LUIS GOYTISOLO

Antagonía

PRÓLOGO DE IGNACIO ECHEVARRÍA



Luis Goytisolo

Antagonía

Prólogo de Ignacio Echevarría



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

Supongo que, a las puertas de un libro como éste, de tan intimidante envergadura, conviene no irse por las ramas y animar al lector a que se atreva a emprender una travesía que se le puede antojar ardua, además de larga. Así que comenzaré por volcar, a modo casi de reclamos publicitarios, unas cuantas afirmaciones gruesas, dejando para luego los argumentos capaces de sostenerlas.

Diré, de entrada, que *Antagonía* es una de las grandes novelas del último siglo; comparable en sus logros, y no sólo en su ambición, a títulos como *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce, *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, o *El hombre sin atributos*, de Robert Musil. No son ejemplos tomados al azar, sino escogidos –entre otros posiblesen razón de los paralelismos que cabe establecer entre ellos y determinados aspectos de *Antagonía*. Ésta es, en no escasa medida, una novela sobre la formación de un escritor; ofrece un cuadro muy revelador de toda una sociedad, observada con extraordinaria perspicacia crítica; y entraña una sutil teoría del conocimiento basada en las reminiscencias que en la conciencia del sujeto despiertan tanto el acto de escribir como el de leer.

Ligada a esta teoría del conocimiento, *Antagonía* propone una de las más exhaustivas, rigurosas y profundas indagaciones que nunca se hayan emprendido sobre la creación literaria, entendida como un ámbito en el que el lenguaje convoca sentidos que comúnmente encubre. De esta indagación se desprende una implacable denuncia del poder enmascarador de la palabra, y una radical concepción de la novela y de los presupuestos a partir de los cuales cabe plantearse en la actualidad el ejercicio de este género.

En el contexto particular de la narrativa española, *Antagonía*, publicada entre los años 1973 y 1981, contiene, además, una lúcida recapitulación del período histórico y cultural que por entonces concluía –el del franquismo– y una severa impugnación de las retóricas de todo tipo, incluidas las literarias, que prosperaron durante el mismo. En el momento de su aparición, la novela señalaba rumbos hacia los que, sacando partido al camino recorrido hasta entonces, la narrativa española bien hubiera podido orientarse, si por esas mismas fechas la mayor parte de los nuevos novelistas, y algunos de los ya veteranos, no hubiera optado por vías prácticamente opuestas, en las que cobraban renovada vigencia muchas de las convenciones que *Antagonía* relegaba a un segundo plano o, sencillamente, daba por superadas.

Finalmente, *Antagonía* ilustra espléndidamente, como muy pocas

otras novelas o documentos literarios, las transformaciones de la sociedad española durante las décadas de los sesenta y setenta, proporcionando, en múltiples pasajes de extraordinaria agudeza y comicidad, atisbos muy iluminadores de la mentalidad, de las actitudes, de las tendencias de todo signo (incluidas las ideológicas, en su más amplio sentido) que determinaron el desarrollo de la tan cacareada Transición a la democracia, y que, contra todo pronóstico, se prolongan en la actualidad, lo cual da bastante que pensar.

Si el lector ha llegado hasta aquí sin haber leído previamente la novela, lo mejor sería que, sin continuar este prólogo, se decidiese de una vez a juzgar por sí mismo el acierto y los alcances de lo que se lleva dicho. Lo que sigue son apenas unas pocas consideraciones que tanto valen para encuadrar y orientar la lectura como para contribuir a sedimentarla.

Antagonía se gestó a lo largo de casi veinte años. Luis Goytisolo ha contado cómo «sus líneas maestras cristalizaron en cuestión de pocas horas algún día de mayo de 1960». Fue durante su encierro en la cárcel de Carabanchel, en las semanas que permaneció allí sometido a un severo régimen de aislamiento, tras su ingreso en prisión a consecuencia de su pasada militancia comunista. «El núcleo estructural entonces creado prosiguió su desarrollo en forma de notas y más notas, pero no comenzó a cobrar entidad real hasta el 1 de enero de 1963.» Para entonces, Goytisolo ya tenía claro el plan general de la novela, y muchos de sus detalles. Las últimas líneas de *Antagonía*, sin embargo, no fueron escritas hasta el 16 de junio de 1980, justamente el día, sí, en que se celebra el Bloomsday.

Con sólo veintitrés años, Luis Goytisolo había obtenido en 1958 el Premio Biblioteca Breve con *Las afueras*, su primera novela. Desde entonces, se acumulaba sobre él una gran expectativa, que sólo a medias satisfizo su segunda novela, *Las mismas palabras* (1963), que él siempre ha considerado fallida, y que apareció el mismo año en que empezó a escribir *Antagonía*, donde ajusta cuentas con ella. Resulta admirable que un escritor tan joven aún, y tan prometedor, como era Luis Goytisolo en 1963, se abstuviera de publicar nada durante casi diez años, ocupado en un proyecto de la ambición de *Antagonía*. Pero lo cierto es que, pese a tener muy claro el plan de la novela, Goytisolo no previó la extensión tan grande que iba a adquirir. De ahí que, llegado un momento, se resolviera a publicarla por entregas, persuadido de la necesidad de «contar con cierto número de puertos si quería llevar a buen término el periplo».

La novela, así, comenzó a publicarse mucho antes de ser enteramente concluida, lo cual había de tener importantes consecuencias en el tipo de recepción de que se hizo objeto, y en su

recta comprensión. Aunque desde un principio se dejó claro que se trataba de una tetralogía, el valor de este concepto resulta insuficiente para sugerir el tipo de vínculo que une sus diferentes partes. Éstas fueron leídas como piezas en buena medida autónomas, y lo que es peor: dada la distancia de varios años que medió entre la aparición de cada una de sus entregas, fueron muchos los que leyeron una u otra aisladamente, sin conexión con las demás. Todavía hoy se oye mencionar los diferentes «libros» que integran *Antagonía* como novelas independientes, segregadas del conjunto más amplio al que pertenecen. No se destaca lo bastante que, por mucho que en su interior incluya varias (no sólo cuatro), se trata de una sola novela cuyas intenciones resulta imposible apreciar si no se recorre enteramente, como ocurre con *En busca del tiempo perdido* (a nadie se le ocurre referirse a *El mundo de Guermantes* o a *El tiempo recobrado* como novelas independientes), o como ocurre con *El cuarteto de Alejandría*, de Lawrence Durrell, por mencionar otro título al que *Antagonía* ha sido insistentemente comparada por quienes han buscado precedentes a su colosal empeño.

La primera edición de *Antagonía* corrió a cargo de la editorial Seix Barral, que publicó *Recuento* en el año 1973 (en México, dado que en España el libro fue secuestrado por el Juzgado de Orden Público y no se pudo distribuir hasta 1975). *Los verdes de mayo hasta el mar* apareció en 1976; *La cólera de Aquiles*, en 1979, y *Teoría del conocimiento* en 1981. En 1983 la novela fue reeditada por Alfaguara como número 100 de su colección literaria, de nuevo en cuatro volúmenes, hermosamente diseñados por Enric Satué. Los cuatro fueron publicados simultáneamente y en ellos se destacaba muy llamativamente, por encima del de cada volumen en particular, el título general de la obra. Se trataba, en palabras del propio Goytisolo, de «la primera edición propiamente dicha» de *Antagonía*. A esta edición –revisada por el autor y que es la que ha servido de base para la presente– siguió en 1993 una edición en bolsillo, en Alianza, también en cuatro volúmenes, y aun otra más, de nuevo en bolsillo, por Plaza & Janés, el mismo año. Alfaguara aún había de reeditar la novela en 1998, esta vez en dos volúmenes en cuya portada aparecía únicamente el título general: *Antagonía* (I y II). Se trataba así de paliar, muy tardíamente, la tendencia a leer la novela fragmentariamente, algo que seguía ocurriendo aun a pesar de que, desde la edición de 1983, no cabían dudas sobre el hecho de que se trataba de una sola obra. La mejor manera de salir al paso de todo malentendido, sin embargo, era publicar *Antagonía* en un único volumen, que hiciera inevitable afrontarla en su conjunto. Y éste es el objetivo que cumple por fin esta edición, más de treinta años después de concluida la novela.

Leer *Antagonía* en su conjunto modifica las lecturas parciales que puedan haberse hecho de sus entregas sucesivas. Quien la leyó en el transcurso de varios años, difícilmente pudo percatarse cabalmente del apretado tejido de alusiones y correspondencias, algunas muy sutiles, que establecen entre sí las diferentes partes de la obra. Ésta es una de las razones –más allá de sus dimensiones descomunales, disuasorias para muchos, y de un título desconcertante– que explican que, aun reconocida unánimemente como una obra mayor de la narrativa española, *Antagonía* haya mantenido durante todo este tiempo una posición en cierto modo dislocada dentro de aquélla. Ocurre como si la potentísima carga que la novela contiene deflagrara lentamente, habiéndose perdido la oportunidad de hacerla explosionar con un único estallido.

¿Cabe pretender que, de haberse publicado desde el primer momento en un único volumen como este que el lector sostiene entre sus manos, la fortuna de la novela hubiera sido distinta y hubiera tenido un impacto superior al que obtuvo? Pienso al escribir esto en el caso reciente de *2666*, de Roberto Bolaño, novela póstuma que hasta última hora se vaciló entre publicarla por partes o en un único volumen de dimensiones tan intimidantes como las de éste. Finalmente se optó por la segunda posibilidad y no cabe duda sobre el acierto que ello supuso, dada la extraordinaria impresión que produjo el libro, sin duda muy superior a la que hubiera producido cada una de sus partes por separado.

En el caso de *Antagonía*, ¿qué habría pasado si en 1981 se hubiera publicado como por fin se hace ahora? ¿Estaban los lectores españoles, en general, bien dispuestos para apreciar un empeño de estas características? Podría pensarse que sí, dado que se trata de una novela que, como se ha dicho, transmite como pocas el pulso de la sociedad española de aquellos tiempos; dado también que propone un apasionante juego de espejos que la convierten en cima insuperable de una corriente que, desde comienzos de los años setenta, no ha dejado de gozar, en España y fuera de ella, de una amplia aceptación: la de la llamada metaliteratura, en la que la figura misma del escritor y las vicisitudes de su creación acapara un importante protagonismo.

Considerado retrospectivamente, sin embargo, y aun desde la seguridad de que el impacto de la novela habría sido bastante superior de haber sido publicada en un solo volumen, cabe mostrarse escéptico acerca del tipo de acogida que la cultura española en su conjunto estaba dispuesta a brindar en aquel entonces a una obra como ésta. ¿Por qué?

En 1975, cuando *Recuento*, la primera entrega de *Antagonía*, se publicó por fin en España, se hubiera dicho que un libro como ése, que en fecha tan oportuna proponía un implacable «recuento» de la

deprimente realidad que empezaba a quedar atrás, concernía vivamente a un amplio sector de lectores que habían pasado por experiencias semejantes a las de su protagonista o que podían sacar buen provecho de asomarse a ellas. Y así fue, en efecto, pero sólo hasta cierto punto. Ese mismo año de 1975 fue el de la publicación de *La verdad sobre el caso Savolta*, de Eduardo Mendoza, y fue esta novela, mucho más que *Recuento*, la que catalizó la atención de los lectores españoles, se diría que resueltos a desentenderse del período recién cancelado y atraídos masivamente por la inteligente y entretenida manera con que Mendoza contaba un caso criminal ambientado en la Barcelona de comienzos de siglo (la misma ciudad, por cierto, que tan importante presencia tiene en *Recuento*).

En 1981, por otro lado, justo el año en que, con la publicación de *Teoría del conocimiento*, concluía la de *Antagonía*, se publicó con gran éxito de público y de crítica *Belver Yin*, de Jesús Ferrero, saludada por muchos como el disparo de salida de lo que en adelante iba a conocerse como «nueva narrativa española», etiqueta que sirvió para nombrar una abigarrada multiplicidad de propuestas novelísticas cuyos rasgos más recurrentes iban a ser un cierto adanismo en relación con el género mismo, la restauración de una narratividad muy sujeta a las viejas convenciones, la ostentación de un cosmopolitismo a menudo impostado y el estricto desentendimiento del pasado inmediato, así como de todo amago ya no de politización sino de simple incursión crítica en el presente.

Justamente lo contrario de lo que entraña una novela como *Antagonía*, cuya poética, por otro lado, insiste en las significaciones que inevitablemente pone en juego el acto de escribir –y de leer–, y el carácter relativamente accesorio de la mayor parte de los elementos que se juzgan constitutivos de una novela: argumento, descripciones, personajes, diálogos.

No, a la vista de como sucedieron las cosas no parece probable que, pese a las numerosas razones que podían haberla señalado como un hito destinado a irradiar una influencia decisiva en el desarrollo de la narrativa inmediatamente posterior, *Antagonía* hubiera alcanzado a ejercer esa influencia, aun publicada en las mejores condiciones. Baste pensar en que, pocos meses antes de la aparición de *Teoría del conocimiento*, se publicó la obra cumbre de Juan Benet, *Saúl ante Samuel* (1980), sin que el impacto de esta novela excepcional fuera apenas apreciable –pese a ser Benet, a diferencia de Luis Goytisolo, un escritor de importante ascendiente sobre un buen puñado de escritores más jóvenes que él, y muy dado a polémicas intervenciones, no sólo en en el campo literario. En el caso de Benet, el ímprobo esfuerzo que reclamaba la lectura de su libro puede explicar el estupor con que fue recibido. Como sea, justo al comienzo de «la pleamar de los ochenta»

–como había de bautizarla Francisco Rico–, *Saúl ante Samuel* y *Antagonía* colocaban la narrativa española a una altura, a un nivel de calidad y de reto, que desbordaba con mucho las pretensiones y los recursos puestos en juego por la mayor parte de sus contemporáneos, sobre todo los pertenecientes a promociones posteriores, no tanto intimidados por estos modelos como decididos a emprender una trayectoria más acorde con el espíritu propio de lo que cabe entender por cultura de la Transición, impregnada de una nueva sociabilidad que tenía mucho de comercial.

Alguna vez se quejó Benet de la «tibia y dispersa recepción crítica» que tuvo *Saúl ante Samuel*. No es el caso, ni mucho menos, de *Antagonía*, que, a pesar de cuanto se lleva dicho, y sin que suponga ninguna contradicción, fue objeto, ya desde su primera entrega, de lecturas muy perspicaces. De hecho, asombra, en retrospectiva, tanto el caudal como el nivel de las reseñas y comentarios que mereció la novela, por parte tanto de críticos profesionales como de escritores y estudiosos en general. Apenas dos años después de concluida su publicación, Anagrama editó un volumen, *El cosmos de «Antagonía»* (1983), que recogía un buen puñado de contribuciones críticas sobre ella, en las que se incluían espléndidos trabajos de Ricardo Gullón, Gonzalo Sobejano y Luis Suñén, entre otros. Como escribía Salvador Clotas en la introducción, se trataba de un volumen excepcional, en cuanto revelaba «una capacidad crítica que no suele ser, desgraciadamente, la más frecuente en nuestro ámbito cultural». Pero ya antes las sucesivas entregas de *Antagonía* habían recibido en los más distintos medios comentarios puntualísimos y en ocasiones muy penetrantes, como los de José Ángel Valente y Guillermo Cabrera Infante sobre *Recuento*; como –muy en particular– los de Pere Gimferrer, sobre *Recuento* y sobre *Los verdes de mayo hasta el mar*.

El repaso de estos y otros comentarios pone de manifiesto un nivel de receptividad crítica casi inimaginable en el presente. Y deja bien patente una cosa: ninguno de los lectores que ha tenido *Antagonía*, por exigentes que fueran, ha dejado de apreciar su valor y su mérito extraordinarios.

Al poco de concluida la novela, Guillermo Carnero se refería a ella como «una de las empresas narrativas de mayor complejidad y riqueza en el ámbito de la novela española posterior a la Guerra Civil». Un juicio que se superponía a las altísimas calificaciones que habían ido cosechando las sucesivas entregas de la novela en el momento de su aparición. Así, por ejemplo, Pere Gimferrer saludó *Recuento* como «una de las cuatro obras más importantes de la narrativa española de posguerra», al lado de *Tiempo de silencio*, de Luis Martín-Santos, *Volverás a Región*, de Juan Benet, y *Reivindicación del conde don Julián*, de Juan Goytisolo. Una valoración que, transcurridos unos cuantos

años, ya completada la publicación de *Antagonía*, probablemente no hiciera más que reafirmarse, y a la que cabe hacer una apostilla: en los cuatro casos se trata de novelas inmersas en proyectos narrativos de largo aliento. (En el caso de Martín Santos, la muerte le impidió prolongar su planeada trilogía *La destrucción de la España sagrada*, de la que se rescató póstumamente *Tiempo de destrucción;* en el caso de Benet, cabe entender *Saúl ante Samuel* como la culminación del programa estilístico expuesto en *La inspiración y el estilo* y emprendido con *Volverás a Región*; en el caso de Juan Goytisolo, *Reivindicación del conde don Julián* se inserta en la que el propio autor ha bautizado como *Trilogía del mal*, a la que pertenecen *Señas de identidad* y *Juan sin Tierra*.)

Como sea, más que en ninguna de estas otras novelas, y de los importantes proyectos en que se encuadran, *Antagonía* permanece en suspenso, por así decirlo, sobre la más reciente literatura española, y así es en cuanto no ha dejado de interpelarla tácitamente a través de su propia manera de concebir la escritura narrativa, conforme a unos presupuestos que dejan a un lado, por decirlo con palabras del propio Luis Goytisolo –escritas, todo sea dicho, ya mucho tiempo atrás, pero válidas todavía–, «todos los apriorismos teóricos formulados sobre la novela en los últimos cincuenta años».

A este respecto, si por un lado *Recuento*, el primer libro de *Antagonía*, contiene una severa crítica de la estética realista que de modo tan determinante marcó la narrativa española de los años cincuenta y sesenta, en las sucesivas entregas de la obra se va perfilando gradualmente una forma de novelar que no sólo ampara una poderosísima voluntad de estilo sino que propone un molde idóneo en el que, junto a los conflictos a los que sirve de escenificación, la escritura se revela capaz de atrapar la compleja y cambiante realidad del mundo.

Pero va siendo el momento, antes de continuar, de procurar al lector que aún no la tiene una idea, por superficial que sea, de cuál es el «argumento» de *Antagonía*. Y nadie mejor que el propio autor para hacerlo.

«En líneas muy generales, y limitando drásticamente la diversidad de lecturas que ofrece el texto –declaraba Luis Goytisolo en una entrevista inédita–, se podría decir que *Recuento* es la biografía de un hombre», Raúl Ferrer Gaminde, contada hasta el momento en que, desprendiéndose de cuanto se lo ha impedido durante años, encuentra por fin el cauce adecuado para dar rienda suelta a su vocación de escritor. «*Los verdes de mayo hasta el mar* –continúa Goytisolo– nos ofrece la vida cotidiana de ese hombre, que ya escribe, mezclada con sus notas, con sus sueños, con sus textos. *La cólera de Aquiles* es el libro que tal vez desorienta más al principio, porque, en apariencia,

poco tiene que ver con nuestro protagonista: el relator ya no es Raúl, ni en tercera persona ni en primera, sino una antigua amante y prima lejana, Matilde, que nos da su propia imagen del mundo de Raúl y que convierte a Raúl en protagonista implícito. El *Aquiles* es una obra dedicada a Raúl: es como la tierra vista desde la luna. Finalmente, *Teoría del conocimiento* es la obra de Raúl, una obra escrita por Raúl» que asume su propia experiencia biográfica, volcada en *Recuento*; su experiencia de escritor, de la que ofrece significativos atisbos *Los verdes de mayo hasta el mar*, y otros elementos de los que se tiene noticia indirecta a través del testimonio de Matilde.

En *Teoría del conocimiento* se encuentra un pasaje que ofrece una versión invertida de esta apurada síntesis. Leemos allí cómo Ricardo Echave, cuyas notas ocupan el centro de esa novela (la novela de Raúl, recuérdese), acaricia el proyecto de escribir «una obra compuesta por diversos libros articulados conforme al siguiente esquema: a partir de un relato A, que se ofrece al lector como un todo acabado, explorar el contorno real de B, el autor de A, considerándolo exclusivamente desde fuera, a modo de personaje visto por otros personajes; aproximarse, a continuación, a los orígenes de A, al proceso de gestación de la obra, las notas tomadas, los escritos previos, a ser posible en el contexto en que fueron escritos –realidad cotidiana, sueños, etcétera–, para concluir, finalmente, con una reconstrucción de la vida de B. Esto es: incluir al autor en la obra y, con el autor, el tiempo, el tiempo que torna a ese autor el desarrollo de la obra» (p. 1041).

Pere Gimferrer acertó al decir, a propósito de *Recuento*, que el suyo era «un arte del tiempo y de la estructura». No hay mejor modo de sintetizar el proceder de *Antagonía* en su conjunto, animada como está por el propósito de «incluir el contexto en el texto, presente el autor no menos que el lector entre los personajes, y como ellos insertos uno y otro en la trama» (p. 1042).

Juan Goytisolo, por su parte, ha señalado cómo «el arte literario de *Antagonía* –el desenvolvimiento centrífugo de un texto cuyo lenguaje se expande mediante un conjunto de asociaciones, símiles y metáforas de raíz posiblemente proustiana– podría cotejarse hasta cierto punto con el del autor de *À la recherche*... en la medida en que ambos incluyen al autor en la obra y junto a él el tiempo que le lleva su gestación material de la novela; pero de un Proust que hubiese inserto en aquélla no sólo el *Jean Senteuil* sino las primeras y balbuceantes versiones de la misa».

El artificio entero de *Antagonía* está diseñado para que, cuando el lector emprende finalmente la lectura de *Teoría del conocimiento* –la novela de Raúl Ferrer Gaminde, el texto que corona y que trasciende el radical empeño de *Antagonía*, el que abre la novela misma a rumbos

más inexplorados y más nuevos–, se halle en posesión del tejido de referencias al que remite la mayor parte de los elementos presentes en este libro, en condiciones de apreciar cómo los elementos de la realidad se transforman en la escritura, y de captar las resonancias que su empleo cobra en la mente de su autor, además de en la suya propia.

Para conseguir esto, Luis Goytisolo no sólo ideó el mecanismo básico que se acaba de esquematizar muy sucintamente: también dispuso, a modo de correlato sumergido, una amplísima malla de motivos recurrentes que recorren la novela entera, que establecen entre sus distintas partes conexiones apenas perceptibles a veces, que actúan casi subliminalmente, y que contribuyen a dotarla de la conveniente densidad (densidad de tiempo, de experiencia acumulada). En la misma novela se alude a la forma en que estos motivos operan en el texto (p. 1040), mediante un procedimiento de prefiguración y posfiguración de los que –conforme avanzase revelan como sus temas centrales. Se trata por lo común de imágenes de gran carga metafórica que se repiten en diferentes lugares de la novela –como, al comienzo y al final de la misma, la de ese oficial montado sobre un caballo blanco–, pero también de situaciones, de escenas, de personajes que aparecen y reaparecen a veces bajo situaciones diferentes, bajo disfraces distintos.

En otro nivel cabe situar los motivos –asimismo recurrentes– que actúan como reflejos de la propia novela, en cierto modo ilustrándola. Así, por ejemplo, ese mapa de la Ciudad Ideal (tácitamente contrapuesta a la muy real ciudad de Barcelona) cuyo diseño trasluce el de la estructura de *Antagonía*. O las referencias a los cuadros de Velázquez *(Las Meninas*, *Las hilanderas*, *Las lanzas)*, que proporcionan un correlato gráfico al modo en que esa estructura se escenifica. O las menciones a Dante y su *Comedia*, que cumplen parecida función. Y luego están, actuando subrepticia pero muy significativamente, recursos como el de la sutil organización de la obra a partir del número 9, «el único número cuyos múltiplos, reducidos a una cifra inferior mediante sumas sucesivas de los elementos que los componen, da siempre como resultado el propio número 9. Así: $9 \times 3 = 27 = 2 + 7 = 9$» (pp. 666-667).

«Es una cuestión de peso –ha declarado Luis Goytisolo respecto a la sofisticada urdimbre de *Antagonía*–, de espacio, de equilibrio, que cuenta no menos que la composición de un cuadro o la de una sinfonía, dos tipos de obra con los que, en cierto modo, podría asimilarse *Antagonía*, y en los que desde siempre se ha hecho más evidente la preocupación estructural. Que luego la estructura no sea visible, que parezca haber sido retirada como se retira un andamio una vez terminada la construcción, no tienen nada de particular; su función es ésa, la de ser asimilada por el lector sin ser percibida.

Tampoco el lector suele contar el número de sílabas o de versos del poema que lee.»

De todo intento de describir el complejo tinglado narrativo de *Antagonía* queda inevitablemente sustraída la naturalidad con que se articula, la amenidad con que se despliega, siempre al servicio, como se viene insistiendo, de una deslumbrante reflexión sobre la naturaleza del acto creador y sobre el tipo de conocimiento a que da lugar. No tiene demasiado sentido tratar de glosar los alcances de esa reflexión, pues se trata de algo que se desgrana muy matizadamente del recorrido de la novela entera, y que encuentra inmejorables formulaciones en pasajes a veces muy explícitos de la misma, como esas mencionadas notas de Ricardo Echave en *Teoría del conocimiento*, en las que aparecen en buena medida recapitulados muchos de los vislumbres dispersos por todo el texto.

Al comentarista de *Antagonía* le suele embargar un cierto sentimiento de redundancia, dado que se las tiene con una novela que –pues de eso trata– lo dice todo de sí misma. Muy sumariamente, y sucumbiendo casi inevitablemente a la tentación de encabalgar una cita tras otra, cabe apuntar que el núcleo en torno al cual se despliega la novela entera es la intensa experiencia de que «el autor, al proyectarse en su obra, se crea a sí mismo al tiempo que crea su obra» (p. 660). La escritura creadora, cualquiera sea la forma que adopte, vendría a constituir la «expresión objetivada de la conciencia y, sobre todo, del inconsciente del autor» (p. 646). En cuanto tal, es decir, en cuanto «expresión objetivada», se constituye en campo de proyección no sólo de las obsesiones y de los conflictos del autor, sino también del lector, dado que «el fenómeno de la lectura es la sombra, el negativo del fenómeno de la escritura» (p. 886). De ahí que el sentido último de una obra de ficción no haya que buscarlo «en el texto, ni en su autor, ni en el lector, sino en la relación que vincula la obra con uno y otro, relación a través de la cual aquélla cobra vida, se vivifica, a la vez que ilumina la figura del autor lo mismo que la del lector» (p. 1090).

Antagonía toda, por decirlo nuevamente, surge del desentrañamiento de ese «momento áureo» en el que –cuando da por fin, durante su encierro en la cárcel, con su propia vena de escritor– Raúl, el protagonista de la novela, se siente embargado por «la sensación de que por medio de la palabra escrita, no sólo creaba algo autónomo, vivo por sí mismo, sino que en el curso de este proceso de objetivización por la escritura, conseguía al mismo tiempo comprender el mundo a través de sí mismo y conocerse a sí mismo a través del mundo» (p. 499).

El énfasis puesto en la palabra escrita como desencadenante de ese «proceso de objetivización» que *Antagonía* trata de reconstruir

analógicamente –constituyéndose ella misma en la novela de una novela– obtiene todo su alcance y su relieve en acusado contraste con la muy contundente crítica que en la novela se hace del «poder asignativo de la palabra, su facultad de estereotipar la vida cotidiana, de interponerse entre uno y las cosas, entre uno y los otros, entre uno y sí mismo» (p. 362). Mientras busca todavía su camino como escritor, Raúl constata una y otra vez, perplejo, la tendencia natural del lenguaje a esclerotizarse, a encubrir la realidad. Y a lo largo de toda *Antagonía*, pero muy especialmente en *Recuento*, se despliega un imponente arsenal de recursos para mostrar cómo ocurre así.

«La identidad del narrador futuro, cuya existencia anuncian los últimos tramos de *Recuento*, se construye, en verdad, contra la cristalización ideológica del lenguaje, contra lo que en cualquiera de las vertientes de la ocupación ideológica constituiría, con uno u otro signo, un lenguaje totalitario o paralizante», escribió con acierto José Ángel Valente acerca de la primera entrega de *Antagonía*.

Por su lado, Pere Gimferrer destacó –también a propósito de *Recuento*– el peso que en este libro tiene lo que él mismo bautizó muy felizmente como «la parodia impasible», entendiendo por tal «la parodia basada no en la deformación o caricaturización de los datos del caso, sino en su transcripción fidelísima y escueta pero descontextualizada, de modo que, al aislarla de su contexto habitual y confrontarla con otros, se convierta en un ejemplo de discurso irracional pese a su apariencia o, mejor dicho, pretensión, de máxima racionalidad».

«Este procedimiento –continúa Gimferrer– requiere, de una parte, una capacidad singular de observación, de recreación del lenguaje hablado», algo para lo que, como el mismo Gimferrer observa, Luis Goytisolo se halla excepcionalmente dotado, al igual que buena parte de los escritores de sus misma franja generacional, formados en la práctica del behavorismo. Y requiere, además, de una formidable «aptitud para el *pastiche*, ya sea de un género literario existente o de la convención lingüística de un grupo social determinado».

Goytisolo es maestro insuperable en las dos cosas, y en consecuencia *Antagonía* entera, y no sólo *Recuento*, contiene un amplio repertorio de conductas verbales de todo tipo en las que se pone de manifiesto, por lo general con efectos extraordinariamente cómicos, las maneras tan variadas en que el lenguaje contribuye a la idiotización del sujeto, a su inconsciente alineamiento dentro de un estereotipo previo. En este sentido, Gimferrer (cuya perspicacia crítica fraguó, por el mismo período en que se publicó *Antagonía*, algunas de las más certeras reseñas que nunca se hayan escrito en lengua española) destacó ya hace mucho cómo «Luis Goytisolo posee quizá como ningún otro escritor peninsular actual [corría el año 1973] el don de la

transcripción de la estupidez, de lo ridículo o desaforado, la convención vacua o la incoherencia»; un don que ha conservado siempre y que, sin restar un ápice a la profundidad de sus planteamientos, siembra la lectura de sus obras –incluida *Antagonía*– de impagables carcajadas.

El fino oído de Goytisolo para la captura de conductas verbales necias, ridículas, viciosas o directamente aberrantes recuerda el de Karl Kraus en la Viena del primer tercio del siglo XX. Mediante «la parodia impasible» registra Goytisolo, una sobre otra, lo que Elias Canetti –discípulo de Kraus– denominaba «máscaras acústicas», nombre con el que bautizó el uso particular que las personas suelen hacer del lenguaje y que es característico de los límites que imponen a su relación con la realidad.

Canetti nunca dejó de asombrarse de la «rotundidad», de la «firme obcecación» con que a menudo dichas «máscaras acústicas» excluyen cuanto queda por decir del mundo («la mayoría, todo»); una y otra vez se escandalizaba ante el hecho de que, en lugar de abrirse a esa riqueza, los seres humanos prefieran aferrarse a unas pocas palabras, reservándose «un solo atributo: tener que repetirse y repetirse incesantemente». Y bien: toda *Antagonía* (que en este aspecto se emparenta también con *Auto de fe*, la única y portentosa novela de Canetti) está plagada, como se viene diciendo, de minuciosos e infalibles registros de este tipo de conducta lingüística. Baste traer aquí, muy sucintamente, la patética imagen del padre de Raúl, anciano ya, obsesionado con disfrazar su propio fracaso con «una historia remodelada con el tiempo». «Hablaba –se nos dice– como quien ante un magnetofón ensaya diversas variantes de un mismo discurso» (p. 409); «desplegaba su artillería verbal contra aquel indeseable que le había caído, que le había tocado por cuñado, el bohemio, el fracasado, el sinvergüenza, la ignominia de su familia política, etcétera, para acabar invariablemente en lo de si tu pobre madre lo viera, etcétera, etcétera, elementos de una retahíla fijados y ordenados, a fuerza de repetidos, en una especie de letanía» (p. 608).

La «parodia impasible», por otro lado, se ceba particularmente, sobre todo en *Recuento*, en cuatro discursos ideológicos que marcan en particular la educación de Raúl: el del falangismo más o menos afín al franquismo triunfante, el de la resistencia comunista, y el de los nacionalismos español y catalán. Las procelosas tiradas correspondientes a estos últimos resuenan con alarmante familiaridad en los oídos del lector de hoy. No ocurre así con la retórica falangista, ya completamente obsoleta. En cuanto al discurso de la resistencia comunista –que Goytisolo conoció muy de cerca–, su «transcripción fidelísima» documenta algo más que lo que pudiera parecer a muchos unas reliquia ideológica: permite a cualquier lector de hoy hacerse

cargo retrospectivamente de algunos de los motivos por los que el importante capital tanto político como moral del que gozaba el Partido Comunista bajo la dictadura de Franco quedó dilapidado en apenas una década.

La progresiva hipertrofia y mutuo solapamiento de estos discursos –conforme a un proceso de mutua interacción que va mucho más allá del empleado por Joyce en su *Retrato del artista adolescente*; que se sustenta, de hecho, en una capacidad para mimetizar, parodiar y superponer hablas y estilos que recuerda el *Ulysses*– produce la fenomenal algarabía de *Recuento*, que precipita la toma de conciencia, por parte de Raúl, del poder redentor de la escritura. En el resto de *Antagonía*, comprometido ya Raúl con su destino de escritor, el arte paródico de Luis Goytisolo se dedica a registrar, de modo menos abrumador pero igualmente incisivo, los discursos latentes en la sociedad española del tardofranquismo, aupada desde los años sesenta a una cierta prosperidad y a una tímida apertura a consecuencia del boom turístico.

A partir de *Los verdes de mayo hasta el mar*, la mirada de Goytisolo se centra sobre todo –pero no únicamente– en las actitudes de una nueva y emergente burguesía acomodada, ideológicamente evolucionada, sexualmente liberada, y progresivamente captada por un modelo de vida consumista. El certero retrato que Goytisolo hace de este sector social ofrece especial interés en cuanto corresponde, en amplia medida, al sector que lideró la transición española a la democracia, tanto desde el punto de vista político como cultural, y que terminó por alumbrar una nueva plutocracia. Se trata de un sector legitimado por su militancia en la resistencia antifranquista, de la que se zafó oportunamente y que le permitió desentenderse, llegado el momento, de su ideario progresista, o mejor dicho: promover políticas neoliberales desde un imperturbable sentimiento de representar a la izquierda. Resulta altamente instructiva, en una lectura actual de *Antagonía*, la vigencia que, transcurridos treinta años, mantiene el retrato de este sector social, índice bien elocuente de su perduración y apoltronamiento. Como resultan instructivas, asimismo, las perspectivas que la novela traza sobre el ascendiente que sobre este sector han tenido los idearios nacionalistas.

La irrupción gradual, durante el desarrollo de *Recuento*, de «la parodia impasible», es simultánea a la de otro recurso estilístico que, aún más que aquél, termina por ser el más característico de *Antagonía*. Me refiero ahora al empleo, por parte de Luis Goytisolo, de amplias comparaciones cuyos términos, muy dispares entre sí, se yuxtaponen con tal prolijidad de detalles que la atención del lector tiende a distraerse del supuesto nexo que había de justificar la comparación para quedar absorta en el interés de cada uno de los términos por sí

mismo.

Gonzalo Sobejano ha hecho un excelente análisis de este recurso estilístico, señalando cómo constituye «un modo de ejemplificar el espectáculo de la realidad configurada por la escritura mediante un tejido de correlatos latentes». Procedimiento acorde –subraya Sobejano– con la convicción, expresada por el narrador de *Los verdes de mayo hasta el mar*, de que «junto a una cosa hay siempre otra, y otra contrapuesta y otra colateral y otra anterior que la contradice y niega, que la altera y confunde hasta el punto de obligarnos a reconsiderar la hipótesis inicial, la cuestión de si es realmente la estructura un instante del proceso o es el proceso una mera línea de la estructura: el suprarrelato y el infrarrelato, los dos verdaderos niveles de una obra, en relación a los cuales el relato en sí hace de simple vehículo» (pp. 647-648).

El carácter peregrino, cuando no directamente disparatado, de las asociaciones establecidas tiene a menudo un potente efecto humorístico, como ilustra bien esta comparación relativamente breve en la que, hallándose Raúl en la cárcel, se alude a las «pequeñas rapiñas practicadas por unos presos comunes que no por desempeñar determinadas funciones de orden interno dejan de ser lo que, con obvio sentido de predeterminación, se suele llamar carne de presidio, ese pequeño delincuente que roba en la cárcel y que, por seguir haciéndolo en cuanto salga, volverá a entrar sin tardanza, tal vez el mismo día de su salida, ni más ni menos –se diríaque si la policía le estuviera esperando o que si él hubiera ido a su encuentro, recalcitrante como ese sodomita que, ya de rodillas ante el verdugo, al reparar en el grosor del paquete que abulta bajo aquellos leotardos morados, ajustados hasta el extremo de permitir adivinar claramente las nervaduras esenciales del miembro, solicita con humildad, a modo de última gracia, licencia para una mamada» (pp. 436-437).

A propósito de la desmesura progresiva con que se despliega este recurso estilístico, Sobejano se ha referido al estilo de Luis Goytisolo como «un estilo emanativo», aludiendo así a la forma en que «la emanación de similitudes a través del montaje de marcas comparativas unas dentro de otras (“así como...”, “así también...”, “de modo semejante...”) llega al punto de que, entre tantas asociaciones, se pierda de vista la comparación».

Tanto Sobejano como Gimferrer, entre otros, han destacado el signo proustiano de estas tiradas comparativas, que Sobejano contrasta con las del estilo de Juan Benet. Gimferrer, por su parte, se adelanta a subrayar cómo, en el caso de Goytisolo, las comparaciones tienen un signo inverso al proustiano, dado que, «en vez de cumplir una función de síntesis, de *raccourci*, como en la *Recherche*, se traducen en amplificaciones e insistencias, y en último término en demoras del

ritmo».

Una vez más, la mejor caracterización de este proceder se encuentra en la misma *Antagonía*. Refiriéndose al «diario del joven Carlos», que ocupa la primera parte de *Teoría del conocimiento*, el ya mencionado Ricardo Echave observa cómo, «en lo que se refiere al estilo, no es difícil descubrir la huella de Luis Goytisolo: esas largas series de períodos, por ejemplo, esas comparaciones que comienzan con un homérico así como, para acabar empalmando con un así, de modo semejante, no sin antes intercalar nuevas metáforas encabalgadas, metáforas secundarias que más que centrar y precisar la comparación inicial, la expanden y hasta la invierten en sus términos, no sin antes sentar las bases de nuevas asociaciones subordinadas, no sin antes establecer nuevas relaciones de concepto no más afines entre sí, y nuevas asociaciones de apariencia no menos coloidal, que el mercurio y el azufre que mezclan los alquimistas» (p. 999).

El pasaje es indicativo de la autorreferencialidad –repleta de equívocos– que, en su propio transcurrir, asume *Antagonía*; del modo en que la novela constituye por sí misma un sistema de referencias autónomo en el que la realidad aparece sometida a diferentes niveles de ficcionalización, incluido el propio autor, el propio Luis Goytisolo.

En este punto, guarda un interés muy particular la «Lectura familiar de *Antagonía*» que Juan Goytisolo hizo en su día y que dio lugar a un insólito intercambio de artículos entre los dos hermanos. Se dice insólito por lo que tiene de improbable el hecho de que dos narradores, ambos muy notables, aborden un mismo escenario familiar, el uno –Juan, en *Coto vedado*– en un relato abiertamente autobiográfico, y el otro –Luis, previamente, en *Antagonía*– en una novela cuyo protagonista presenta abundantes trazas que invitan a tomarlo como un trasunto del propio autor. El «careo» entre las dos memorias enfrentadas constituye un documento apasionante que ilumina el profundo tratamiento que en *Antagonía* recibe la memoria como vía de conocimiento; una vía, eso sí, repleta de trampas, de vacíos, de falsas apropiaciones.

«Los caminos de la memoria –se lee hacia el final de *Recuento*–. Algo así como la visita a una de esas catedrales edificadas sobre otra anterior, construida a su vez con residuos de templos paganos, piedras pertenecientes a esa otra ciudad excavada bajo la ciudad actual, ruinas subterráneas que uno puede recorrer contemplando lo que fueron calles y casas y necrópolis y murallas protectoras, cimentadas casi siempre con restos de ciudades precedentes. Un recorrido, no obstante, que suele encontrarse no ya en la base del conocimiento de uno mismo, sino además, en la plena realización de todo impulso creador» (p. 497).

Se ha dicho más arriba que *Antagonía* «permanece en suspenso»

sobre el discurrir de la narrativa española. Ésta no ha dejado de transitar en las últimas décadas por muchas de las vías abiertas por aquélla. Una de estas vías es, precisamente, la que de un tiempo a esta parte se denomina *autoficción*, término a cuyo buen entendimiento contribuye magníficamente esta novela –como más adelante, dilatando sus importantes vislumbres en este campo plagado de malentendidos, *Estatua con palomas* (1992), del mismo Luis Goytisolo.

Cabría proponer una lectura de *Antagonía* superpuesta al desarrollo de la narrativa española en los treinta años transcurridos desde su publicación. Al hacerla, se repararía en cómo la novela explora e integra lúcidamente, anticipándolos, usos narrativos que entretanto se han vuelto relativamente comunes, tales como la tendencia a la digresión, a la fragmentación, a las estructuras arborescentes o fractales, a las imposturas autográficas, al solapamiento de los planos de la ficción y de la realidad, a las mixturas de ensayo y novela. Por no entrar aquí en el tratamiento tan desinhibido y explícito que Luis Goytisolo hace del sexo. O en el registro de una lengua –el castellano que se habla en Cataluña– amestizada, al margen de toda ortodoxia normativa.

Consecuente con la concepción de la escritura narrativa que se abre paso a lo largo de *Antagonía*, la novela misma cuestiona radicalmente convenciones de toda índole, empezando por las relativas a marcas tipográficas tales como las cursivas, las comillas, los guiones, con evidente intención de subrayar la naturaleza indistinta de cuanto pasa a integrar la materia del texto. Previamente, ha ido redefiniendo poco a poco el tratamiento que cabe dar a las descripciones, al argumento, a los personajes, a los diálogos, a la figura misma del narrador, elementos que se supeditan al hecho de que el valor real de la escritura se juega en niveles más profundos, a los que aquéllos sirven de pantalla.

En la propia *Antagonía* se habla de «novelas que nada tienen de imitación de la realidad, de mímesis, ni tampoco de insustancial rechazo de toda realidad, como tan vanamente se pretende a veces; no, nada de eso: novelas que son una metáfora de la realidad, esto es, que proceden por analogía, única vía de aproximación al objetivo propuesto, un objetivo que, como en el caso del pensador, tiene más de recorrido que de meta, o mejor, un objetivo cuya meta es justamente el recorrido, impulso creador que, al tiempo que reflejarse a sí mismo en las obras que genera, sea reflejo analógico del proceso creador por excelencia» (p. 1062).

Antagonía misma se postula como una de esas novelas. Como toda gran obra de arte, inventa su propia forma. Una forma en la que el lector participa como elemento activo de la trama. Una trama que lo atrapa en una aventura del conocimiento destinada a conmover en

profundidad la relación que mantiene con el lenguaje, con el mundo, consigo mismo.

Treinta años después de concluida, *Antagonía* conserva intacta no sólo su carga literaria, sino su capacidad de interpelar al sistema entero de la narrativa en lengua castellana, moviéndolo a una reconsideración de sus propias premisas.

Más allá de la leyenda que en torno ella se ha ido tejiendo en todo este tiempo, y de los malentendidos de todo tipo a que ha dado lugar (o precisamente por ello), *Antagonía* sigue ofreciéndose en la actualidad con toda la novedad que supuso en su día. De ahí que esta edición, la primera que por fin la presenta en un único tomo, imponiendo sin disimulo su compacta unidad y su imponente estatura, deba ser saludada como un importante acontecimiento, como la reivindicación de una obra de la que todavía queda mucho por descubrir, por aprender, por asumir.

IGNACIO ECHEVARRÍA

Barcelona, noviembre de 2011

REFERENCIAS EMPLEADAS

Pere Gimferrer, «Círculos y metamorfosis» (reseña de *Recuento* publicada en *Plural*, núm. 36, México, septiembre de 1974, pp. 80-83) y «Luis Goytisolo: obra en marcha» (reseña de *Los verdes de mayo hasta el mar* publicada en la revista *Destino*, Barcelona, en 1976); los dos textos reunidos en *Radicalidades* (ed. corregida y aumentada), Barcelona, *Destino*, 2000, pp. 89-96 y 97-99. ¶ José Ángel Valente, «Luis Goytisolo: *Recuento* (tres fragmentos de lectura)», *Ínsula*, núm. 341 (abril de 1975), pp. 1 y 12-13; recogido en J. A. Valente, *Obras completas, II. Ensayos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2008, pp. 1194-1201. ¶ Varios autores, *El cosmos de «Antagonía». Incursiones en la obra de Luis Goytisolo*, Barcelona, Anagrama, 1983; prólogo de Salvador Clotas, textos de Ricardo Gullón, David K. Herzberger, Julio Ortega, Alessandra Ricio, Alfred Sargatal, Gonzalo Sobejano, Robert S. Spires, Luis Suñén y Bozena Wislocka. ¶ Guillermo Carnero, «»El universo egocéntrico de Luis Goytisolo», *Studi Ispanici*, s/n, Pisa, 1983, pp. 153167. ¶ Juan Goytisolo, «Lectura familiar de *Antagonía*», *Quimera*, núm. 32 (octubre de 1983), pp. 38-45; «Las dos memorias», *El País Libros*, núm. 297, 30 de junio de 1985, p. 5. ¶ Gonzalo Sobejano, «Dos estilos en comparación: Juan Benet, Luis Goytisolo», *Bulletin Hispanique*, núm. 85 (julio-diciembre de 1983),

pp. 403-431; recogido en Kathleen M. Vermon, ed., *Juan Benet*, Madrid, Taurus (serie «El Escritor y la Crítica»), 1986, pp. 254-280. ¶ Ignacio Echevarría, entrevista inédita con Luis Goytisolo realizada en Barcelona en marzo de 1984. ¶ Luis Goytisolo, «Acotaciones», *Investigaciones y conjeturas de Claudio Mendoza*, Barcelona, Anagrama, 1985, pp. 77-117; reúne los artículos publicados previamente en *El País Libros* en los meses de junio y julio de 1985.


Recuento

Para María Antonia

I

Las detonaciones, retornadas por los ecos del valle, formaban un largo trueno, y sobre las colinas, entre aquel humo que parecía emanar de los bosques, se divisaba el relampagueo de los cañonazos. Dos motos y unos cuantos camiones pardos avanzaban despacio por la carretera y, en el cruce, un grupo de soldados maniobraba con una pieza de artillería. También había un oficial montado en un caballo blanco galopando arriba y abajo con el sable desenvainado, caracoleando; un oficial montado en un caballo blanco.

Ramona dio cuerda a la gramola y puso un disco, pero tía Paquita lo quitó enseguida, haciendo chirriar la aguja. La gramola, una vez en marcha, no se podía parar y el platillo siguió dando vueltas hasta que se acabó la cuerda. Estaban todos en la parte delantera de la casa, en la sala, con los postigos entornados. Cuchicheaban. Kyrie eléison. Christe eléison. El comedor, en cambio, daba a la galería, detrás, y allí había mucha luz. La Quilda estaba con su familia, en la planta baja, y Felipe dijo que se habían tapado con los colchones.

Dicen que los del Comité se han ido del pueblo, decían.

Cuando salieron a la calle todavía sonaba algún cañonazo lejano, algún disparo perdido. Habían abierto las ventanas de par en par, riendo y llorando, abrazándose, y en la calle gritaban y cantaban y todo el mundo levantaba el brazo, corría y se empujaba, seguía a los soldados hacia la plaza. Los soldados eran altos y caminaban muy deprisa, con mantas en bandolera y alpargatas y cacharros colgando del correaje, una riada de fusiles, de codos balanceándose acompasadamente. La Quilda cogió a Ramona en brazos y Ramona también se puso a llorar, pero nadie le hacía caso. Había montones de cosas tiradas, ropa usada, libros, restos de vajilla, y el edificio de las escuelas estaba vacío, con paja esparcida por el suelo. En la casa de los milicianos tampoco había nadie y Felipe y Padritus se llevaron latas de sardinas y de leche condensada y en un coche abandonado en el jardín encontraron unos prismáticos. En la bifurcación, una columna de camiones pardos seguía por la carretera, dejando atrás el pueblo. Mira los moritos, dijeron.

Felipe también desfilaba. Y Padritus. Francamente bien, dijo papá. Hacían instrucción en el campo de fútbol, con fusiles de madera, y al final desfilaban todos con boina roja y camisa azul. Detrás del campo de fútbol había una hilera de álamos grises, sin hojas. Francamente bien. Les mandaba el sargento gordito, y papá le iba a ver por las mañanas y charlaban sentados al sol, en el jardín de la casa de los

milicianos. El jardín era grande y húmedo, intrincado, y las ramas de los abetos formaban como cabañas de suelo liso y oscuro.

Esta piña es una bomba.

Al Pere Pecats le mató una bomba. Ocurrían muchas desgracias. Contaban que si un niño, dándole a una espoleta o bien jugando con municiones o bien apuntando a otro con una pistola o bien manipulando una granada, etcétera. El escondite estaba debajo de la escalera del huerto; había allí dos bayonetas, un fusil sin cerrojo, un gorro ruso, un casco agujereado por un balazo, una careta antigás, relucientes cápsulas de artillería y, sobre todo, balas, balas de pistola, de fusil, de ametralladora. Los chicos del pueblo también tenían lo suyo y había que cavar trincheras. Se supo que cazaban sapos, los cargaban de pólvora y encendían. Felipe aprendió a sacar la pólvora de los casquillos. Hacer estallar las espoletas en el Valle de los Jinetes de la Pradera Roja era mejor que arrancarle coles y remolachas al Pere Pecats.

Era mejor. Pero las remolachas crudas sabían muy bien, comidas a mordiscos, algo astillosas, llenas de jugo. Se arrancaban de los márgenes, gordas y pálidas como tocinos, y agitándolas en alto, Felipe llamaba: ¡Pere Pecats! ¡Pere Pecats! O se adelantaba entre las ringleras de viejas coles compactas, acaracoladas, todos llamando al Pere Pecats. Y el Pere Pecats salía gritando y blasfemando, pero caminaba torcido y no podía correr. En otros huertos había que vigilar; Padritus y Felipe se subían a los árboles, y Ramona recogía en la falda las peras, las manzanas. Las castañas se podían llevar en cestos, pero había que cubrirlas con setas cogidas en el bosque. La Pilate y la Nieves ensartaban las fresas en tallos de hierba muy finos para que al comerlas juntas, tirando del tallo, tuvieran más gusto. El agua de la cascada brillaba al sol, y la Pilate se descalzaba y metía los pies en la orilla. Felipe pescaba cangrejos con un cazamariposas. La Nieves no estaba. Las piedras eran resbaladizas y, en el remanso, el agua se estancaba sobre un fondo de hojas marronáceas y viscosas. Al oscurecer daban miedo aquellos quietos remansos, el agua opaca. La Pilate iba al baile de los milicianos.

La Pilate tocaba la pitoleta a Padritus, y la Nieves a Felipe y a Lalo. Por la noche.

La bombilla era de poca luz y se reflejaba en el cristal, aislada y radiante bajo el platillo de opalina. El Mon había traído dos ardillas y una liebre despellejada; era un hombre grande y colorado, con bocio. La Quilda se inclinaba sobre el hogar, negra y nariguda como una bruja. Papá dijo que aquello no era una liebre. Esto es un zorro, dijo. Y a una mujer que vino con la Quilda le cambió una gallina por jabón. La mujer regateaba, decía que era jabón de poca espuma. Sacó la gallina de un cesto, por las patas, la cabeza no obstante enderezada; la

posó en el antebrazo acariciándola, hinchada como un plumero, la cresta fruncida, el ojo furioso. La cocina daba a la galería y los campos estaban cubiertos de nieve. La Quilda hundía las tijeras en la gallina, le chamuscaba los cañamones, se reía; buscó en las entrañas hasta extraer un colgajo amarillo y arracimado. Y lo del pato decapitado caminando por la cocina, contra el negro enrojecido del hogar.

La Quilda subía para ayudar a la Nieves cuando había que matar algo. Vivía en la planta baja. Iba muy arropada, y cuando llegaba un paquete de comida se comía la loncha de jamón más gruesa. El Mon era su novio, el Mon-Jamón; tenía escopeta y un pasamontañas.

Había nieve. Caminaban obstinadamente, pequeños y colorados, con sabañones, el cuello encogido y los hombros agarrotados, las manos en los bolsillos, la bufanda colgando por la espalda, los calcetines acampanados y flojos. El edificio de las escuelas estaba junto a la carretera, y Felipe tenía que pasar por delante de la casa del señor Daunis. El señor Daunis era muy flaco y llevaba un abrigo largo y ajustado, con las solapas levantadas. Estaba tuberculoso y había que apartarse. Del Pere Pecats también; Padritus decía que el Pere Pecats le tiró una piedra, en la plaza. Iba mucho al bar de la plaza. Maldecía y amenazaba con el puño a los niños. Hablaba solo y cojeaba, y todo el mundo le hacía rabiar.

El señor Daunis estaba escondido y procuraba que no le vieran los del Comité. Como el cura de encima del estanco y las dos monjas de can Vidal. Papá decía que en Barcelona le habían querido fusilar porque iba a misa y tenía una fábrica. Estaba cargado de hijos con los que nadie quería jugar, por lo de la tuberculosis, y pasaban mucha hambre. Era viudo. Decían que el río se había helado.

El divino Mozár, dijo tía Paquita.

Y Ramona puso un disco. Estaba sentada en el sofá de rejilla, junto a la gramola, y balanceaba las piernas. Tía Paquita preguntaba qué podía ser aquel dolor. Venía por las noches, a escuchar la radio, y a veces le acompañaba la señorita Lurdes, rubia y estrecha, con cejas no de pelo sino pintadas. Consultaban un mapa de carreteras Michelin, señalaban con el dedo quitándose las gafas, dobladas sobre el mapa. Charlaban: los rojos, registros, paseos, la cárcel, disfrazado, profundamente católico, palabras dichas a media voz. La lámpara era de mesa, con pantalla de flecos ambarinos. Deja el balancín a tu primo, dijo.

El abuelo no escuchaba la radio. Seguía en la mesa comiendo metódicamente, indiferente como un cactus, como una piedra cubierta de liquen. La abuela, en cambio, ayudaba, se movía; llevaba un vestido floreado, blanco y negro. Bajaron del autocar, en la plaza, y caminaron despacio, cogidos del brazo: El abuelo salió de su habitación en pijama, con la cara rayada por la almohada, los ojos

achinados y el pelo blanco y disparatado, carraspeando. Para postres había sandía, enormes rodajas de sandía roja, y el abuelo iba escupiendo en el plato las pepitas negras, de una en una. El comedor era fresco y frondoso, las sombras de las hojas vibrando en el techo. Ramona bailó en la sala y todos aplaudieron. Daba cuerda a la gramola, ponía un disco y bailaba. Baila con Ramona, dijeron.

Mi pimpollo, dijo papá.

La ventana de la sala se abría sobre la calle; allí el sol entraba únicamente por las mañanas. Los muebles eran oscuros, de rejilla, y los discos había que dejarlos encima de la consola, bien ordenados. Había muchos: Ramona, Matonkiki, la Júpiter, etcétera. Las fundas de los discos, en su mayoría, eran iguales; de papel grisáceo, con un dibujo azul oscuro que representaba una orquesta de negros tocando para unas cuantas parejas.

¿Ramona es de Ramona?

El Valle de los Jinetes de la Pradera Roja era muy verde, con álamos enfilados pendiente abajo. En el fondo, enmarañado el arroyo, había zarzas y arbustos. El arroyo se cruzaba por una pasarela de leños musgosos y oscurecidos. Padritus se desabotonaba la bragueta; había que bajarse los pantalones. Ramona se quitaba las bragas, se tumbaba en la hierba. Mira como trempa, dijo. Examinaban el hoyito de Ramona, se establecían comparaciones y todo eso. Se torturaban por turno. Lalo, el último.

Siguiendo el arroyo se llegaba al río. Allí los prados se ensanchaban suavemente extendidos y había pilas de troncos descortezados y húmedos. El río bajaba crecido y espumoso, y se tenía que gritar. Estaba la Pilate; se recogía las faldas y mojaba los pies en la orilla. Aguas frías y cascadeantes, de nieve fundida. Los remansos quedaban más abajo. Sonaba el agua a lo largo del valle y el sol resplandecía en el rocío, ay mi rocío. Las vertientes estaban cubiertas de bosque de hayas, y más arriba, por encima de las umbrías laderas de abetos, de las escarpas, descollaban los picos, afilados, desnudos. Los cangrejos se comen a los muertos.

La Pilate planchaba sobre una tabla dispuesta en la cocina, en casa de tía Paquita. Canturreaba distraída, contestando a veces, preguntando. Soñar dientes, muerte de parientes, dijo. Soñar muelas, muerte de abuela. Se ponía colorete y canturreaba, se rizaba el pelo, se pintaba los ojos, los labios, capullito florecío. Bailaba en la casa de los milicianos. La Nieves tenía novio y no iba. La música se oía desde la calle, pero para verles había que entrar en el jardín oscuro, emboscarse en los setos, arrastrarse; la puerta de la verja estaba abierta. Bailaban en un salón bien iluminado, con arañas de cristal, y algunas parejas se asomaban a la balaustrada, gritaban y reían, se achuchaban. Al pensar en tus quereres voy a perder el sentío. Ramona

tropezó, deslumbrada por los ventanales.

Felipe habló con uno. Era un día de cielo blanco y hacía frío. Los milicianos habían encendido un pequeño fuego ante la verja y comían sentados en el suelo, alrededor de una cazuela tiznada.

¿Tenéis hambre?, dijo.

Y también: esto son lentejas; si las quieres las tomas, y si no, las dejas.

Iba mal afeitado, con el gorro torcido y el capote sobre los hombros. Y otro hurgaba en una bota con la bayoneta.

Llegaron más. Acamparon junto a la carretera, entre los castaños, y el humo de las fogatas se extendía como una niebla, a ras de las ramas desnudas. También había refugiados, gente oscura y abrigada. Y una columna de prisioneros. Al pasar miraban hacia la ventana de la sala, hacían gestos de que tenían hambre. A uno le dieron un culatazo. Abajo, en casa de la Quilda, se alojaron una mujer y un niño que tenía un ojo más grande que otro. Decía que eran de Málaga.

Y sobre todo no os alejéis, dijo papá.

Decían que los rojos habían derribado un avión, un caza, que había ido a caer sobre la vía del tren, incendiado. Y los chicos del pueblo encontraron un soldado muerto, flotando en un remanso del río, trabado con las sucias zarzas sumergidas; estaba medio podrido y no se sabía si era rojo o nacional, un infiltrado. O un desertor. O un ruso. Hundido apenas en las orillas quietas, el agua como un aire más limpio sobre el fondo como de mermelada; los cangrejos. Padritus dijo que él lo había visto y tía Paquita le arreó un sopapo por contar trolas. Cuchicheaban, pegados a la radio, y en la sala Ramona bailaba inútilmente. Felipe no iba a la escuela; llegó mordiendo una remolacha, emocionado. Sí, la banda del Valle de los Jinetes de la Pradera Roja. Y había otras, de la colonia, del pueblo. Los del Puig Sec cogieron a Padritus y dijeron que si le volvían a coger lo iban a colgar de un árbol, sobre una hoguera. Era cuestión, además, de espiar al señor Daunis. El huerto estaba cercado y desde allí, al anochecer, era fácil llegar hasta la galería; luego había que acechar al pie de la ventana, todos en silencio, esperar en vano que sucediera de nuevo. La vez que, al atisbar por la ventana, vieron al señor Daunis agazapado en la cama, desnudo, meneando muy deprisa la mano izquierda, entre los muslos, la derecha atrás, haciendo girar el dedo, el pulgar hundido en el culo. Se escuchaba un retumbar apagado y la gente decía que eran cañonazos.

Un día nítido, con el sol suavizando los campos marrones, las aristas nevadas de los picos. En el comedor vibraban los cristales y a través del ramaje desnudo de los árboles se distinguían claramente los fogonazos, las colinas humeantes. Y las motos, los camiones pardos, los cañones; eran motos con sidecar. Y el oficial del caballo blanco que

galopaba con el sable desenvainado. Al Pere Pecats lo encontraron entre unos matorrales, reventado por una bomba de mano. Decían que fue una desgracia, que iba bebido y le estalló, o bien que fue cosa de los moros, que los moros no habían entendido lo que gritaba.

Durmió en la habitación contigua a la sala; iba de uniforme, con gafas y boina roja. Soy el capellán, dijo. El páter. La Nieves le preparó el baño. Hablaba, con una mano sobre el hombro de Felipe, y los demás reían, sentados a la mesa. Sacó un bote de vidrio con peritas blancas en almíbar. Había de todo, plátanos, conservas, y en el ayuntamiento repartían chuscos.

Se celebró una misa en la plaza, al sol, rosa de epifanía. Muchos llevaban boinas rojas y camisas azules; charlaban en grupos, entonaban coplas a coro, serenatas, el Carrasclás. Cantaban cara al sol, formando corrillos, celebrando. La victoria fue tuya porque así lo esperaba cuando, muerta de pena, a la virgen rezaba tu novia morena. ¡Tu novia morena! ¡Tu novia morena!

El señor Daunis abrazó a papá, y la señorita Lurdes repetía la historia de su padre, que murió en África cuando iba a ser ascendido a comandante. En la escalinata de la iglesia destacaba la sotana de mossèn Pascual. Sables presentando armas, relucientes bayonetas, galones dorados, gloria, incienso y victoria.

Llegó tío Pedro con regalos. Son unas vistas tomadas en Génova. Y traigo unas placas con todos los himnos. También él tenía uniforme, una boina verde y una especie de capa. Conversaban reunidos en el jardín de una villa, sobre el césped soleado. Los sillones eran de mimbre y sonaba una gramola. Había una señora que fumaba.

¿Barcelona es la ciudad más grande de España?

¿Tiene puerto y parque y tranvía y metro y autobús y cine?

¿Están todavía los rojos en Vallfosca?

¿Hay animales en Vallfosca?

La señorita Lurdes daba clases de bordado y de alemán, y tía Paquita se ofreció para enseñar solfeo a las chicas de la colonia. Volvían de excursión, algo acaloradas, con el jersey anudado en torno a la cintura, y pasaron cantando bajo la ventana, sanas y jóvenes, paseando despacio cogidas de la mano, lo de las cinco rosas. Lucía un tiempo espléndido, de primavera. Capullos y brotes rosas, flores y frutas como brasas frescas.

La tropa pasó de largo, apretadas columnas de camiones erizados de fusiles, carros blindados, piezas de artillería, y sólo quedó el sargento gordito. La Pilate ya se había marchado y tía Paquita buscaba otra chica. A la Pilate le cortaron el pelo al rape, por roja. Tía Paquita consiguió que la soltaran, a condición de que se fuera del pueblo. Contaban que cuando subió al autocar iba llorando, la cabeza cubierta con un pañuelo. Lo contaba la Nieves.

Hubo una merienda. Estaba la abuela, y tío Pedro trajo borregos. La abuela se atribulaba preparando, cargada de espaldas, el moño blanco que se le deshacía. No me atribules, dijo. La Nieves y la Quilda la ayudaban, y tía Paquita iba y venía y le decía que no se preocupara, que estaba más que bien, doña Gloria. Había muchos invitados. Y Ramona bailaba en la sala y todos aplaudían, etcétera.

II

Durante todo el mes se rezaba el rosario en la capilla. El rosario, y después venían el Acordaos y el tema de meditación. Las oraciones, mortificaciones, limosnas y sacrificios realizados en el curso del día se anotaban en las casillas de un pequeño folleto, todos arrodillados, apoyados sobre el respaldo del banco delantero; siempre había quien se olvidaba el lápiz. Por cada buena obra se entregaba un granito de trigo y decían que con la harina de aquel trigo se harían hostias. Los pequeños eran los últimos en entrar, pero ocupaban los primeros bancos de la nave izquierda, la de la Virgen. Avanzaban por el pasillo central, hacían una genuflexión ante el altar y doblaban hacia la izquierda, despacio, con una flor en la mano, roses d'abril. Cantaban, animados por un padre. Venid y vamos todos con flores a porfía, con flores a María, que madre nuestra es. Sonaba el órgano en las alturas y el sol poniente traspasaba las estrechas vidrieras, coloreaba misteriosamente la penumbra. Se salía también de dos en dos, pasándose el agua bendita en sucesión indefinida. El padre Palazón vigilaba, inmóvil entre las dos prolongadas hileras, impávido como un romano ante el viento desatado que le sacudía la sotana. Y sin embargo sus miradas se cruzaron, le hizo desviar la vista.

El altar de la Virgen estaba adornado con guirnaldas de flores blancas. Al mes siguiente se adornaba el del Sagrado Corazón con flores rojas, en la nave de la derecha, pero era época de exámenes y –decían– bastaba una visita individual durante los recreos, un simple Credo y algunas jaculatorias rezadas a la recogida luz del sagrario.

Yo tengo mucha devoción a la Virgen de Montserrat, dijo Gomis.

Pues yo a san Jorge.

Les había escuchado un padre y sonreía. Colgaban la bata, se ponían la chaqueta, recogían el plumier, los libros y cuadernos, la cartera. Gomis era mediopensionista y por la tarde salía con los del autocar. Él no, a él le iba a esperar la abuela. Bajaban en silencio, ordenadamente, y no rompían filas hasta la portería del parque. Felipe acababa más tarde.

Se lo explicaba todo pidiéndole a veces la opinión, asegurándose de que ella le escuchaba. Compraban tebeos en el quiosco, ante la parada del tranvía, y empezaban a leerlos por la calle, absortos, chupando un polo de menta, no dejando de chuparlo más que para intercambiar algún comentario. A mediodía el tiempo era escaso, pero por la tarde se tomaban un refresco en La Granja, sorbiendo directamente de la botella con una pajita. Un día, Felipe y sus amigos les descubrieron y

se hicieron invitar. Dejaron de ir a La Granja; iban a un bar, aunque los taburetes de la barra no eran giratorios. Él llevaba la cartera y ella la bolsa de la merienda.

La Nieves les preparaba el desayuno y la abuela hacía la cola del pan. También se ocupaba del racionamiento y guardaba las cartillas en el cajón superior de su cómoda, dentro de una carpeta color ladrillo. Contaba los pliegos, enumeraba: azúcar, aceite, carne... No me amoines, decía. El resto lo compraba la Nieves en el mercado salvo cuando llegaba el recadero de Vallfosca. ¡El cesto! ¡El cesto!, gritaba desde la puerta, y todos se asomaban al jardín. Arrancaban el saco cosido por un cordel a la boca del cesto. ¡Mira, Raúl, mira qué acelgas! ¡Qué escarolas!

Desayunaba en el comedor, con Felipe, y luego salían juntos. Para el recreo de la mañana llevaba media barrita de pan con aceite y azúcar, y para el de la tarde, la otra mitad y una pastilla de chocolate familiar. Gomis se traía un termo verde con cacao humeante y un bocadillo de ternera fría; el pan, blanco, de estraperlo. Empezaba a comer durante las clases; levantaba la tapa del pupitre como para buscar algo y pegaba un bocado. ¿Sabes qué quiere decir feto?, dijo.

Los jueves, en cambio, había comunión y la Nieves le preparaba un emparedado de tortilla y un envase de agua oxigenada lleno de leche con jarabe de café y mucha sacarina. La botella tenía una arandela de goma ajustada al tapón de porcelana y cerraba herméticamente gracias a un mecanismo de alambre. No desayunaba hasta después de misa, durante un breve recreo, y entre todo enseguida pasaba una hora. Con el devocionario abierto entre las manos contemplaba aquellos ámbitos de imitación piedra, los arcos y columnas pintados como si fueran de mármol, los capiteles de estuco, los relieves dorados. Procuraba sentarse junto al pasillo central y hacía lo posible por ser de los primeros en comulgar. Había dos padres repartiendo, desplazándose lateralmente, ora convergiendo, ora distanciándose a lo largo del comulgatorio. El suyo iba más aprisa, inclinándose apenas entre los monaguillos, el copón contra el pecho, las gafas refulgentes. Todo inútil: le rozó el labio superior con los dedos mojados de saliva. Volvió a su sitio y se postró, las manos contra la cara, entreabriendo los dedos para ver. Todavía desfilaban de dos a dos por el pasillo central, hacia el presbiterio, los congregantes con su cinta azul celeste, aglomerándose ante las gradas, cediendo el paso a los que se incorporaban del comulgatorio, sustituyéndoles, incorporándose a su vez y regresando por los pasillos laterales con los ojos bajos y las manos unidas, polvorientas las rodillas. Entornaba los párpados y los haces radiantes de los cirios se avivaban y crecían hasta cegarlo todo. Ser apóstol o mártir, acaso, mis banderas me enseñan a ser, cantaban.

En la confesión de los miércoles cambiaba cada vez de padre y se

confesaba de lo mismo. Luego alargaba lo más posible, arrodillado en su sitio, como si la penitencia impuesta fuese mucha, y antes de volver a clase daba un rodeo por el parque desierto, a lo sumo alguna visita, los familiares de alguien vagando bajo los plátanos de la avenida. Recorría los senderos apacibles, un cuidado laberinto abierto entre apretadas plantas, y a medida que avanzaba los mirlos se revolvían con su trino aflautado, levantaban el vuelo. Ante el edificio se extendía una gran explanada rectangular, desnuda. Se oían cantos cantados a coro y de las cocinas llegaban ráfagas de un agradable olor a grano de café tostado.

Otros hacían igual, un chico moreno y vivaz de rasgos algo asiáticos. Pero se quedaba en la iglesia con su grupo, cuchicheando, riendo por lo bajo, y al regresar se empujaban y perseguían. El apellido también era sugestivo: Vélez de Guillén. Lo miraba con disimulo y en los partidos le gustaba formar parte del mismo equipo. Una mañana coincidieron a la entrada, camino del patio. Pudo darle alcance y se acomodó a su paso comentando con la mayor naturalidad posible algún hecho que les afectara a los dos, algún problema común, seguramente una observación de tipo irónico acerca de las clases o los profesores, algo que estableciera entre ambos cierto clima de solidaridad. Se hacía tarde y resoplaban. Vélez de Guillén le echó una ojeada, consideró su chaqueta demasiado caída, sus pantalones de golf demasiado largos y demasiado anchos. ¿Tan joven y ya heredas?, le dijo.

Felipe era del equipo de hockey sobre patines y los domingos iba a entrenarse; guardaba el conjunto en su armario, bajo llave, y toda la habitación olía como a vestuario. En las paredes había pegado recortes de revistas, fotos de automóviles, de actrices de cine. Por las tardes, al salir del colegio, jugaba a ping-pong en la sala interior de un bar. A veces se traía los amigos; se les oía bromear y discutir, encerrados en la habitación. Lucharon en el jardín sin escuchar a la abuela, sin hacerle caso, pisoteando los lirios. Luego esperaron a que la abuela se metiera en el váter pequeño, bajo el arco de la escalera, y a una señal de Felipe tiraron de la cadena desde el piso alto, abriendo la pequeña puerta que daba directamente al depósito. También le ponían cebos, un corrusco de pan sobre la mesita del vestíbulo a la luz del aplique. La abuela pasaba meneando la cabeza y, al reparar en el corrusco, lo recogía.

¿Qué quiere decir cebo?

Los jueves, entre la misa y la clase de urbanidad, después del recreo, la mañana pasaba pronto. En el Salón de Actos, el padre Palazón les hablaba de cómo debían comportarse en cada circunstancia de la vida, en la mesa, con las visitas, y de cómo y cuándo debían realizar el aseo personal y mudarse de ropa, cómo acostarse y levantarse, cómo

desvestirse, por ejemplo, y en qué orden, para no quedar en ningún momento totalmente desnudos. Primero la camisa y la camiseta, para ponerse enseguida la chaqueta del pijama y, sólo entonces, empezar a desvestirse de cintura para abajo, los zapatos, los calcetines, los pantalones, los calzoncillos; es decir, igual que para revestirse, pero en orden inverso.

Por la tarde tenían fiesta. Y salía con la abuela; en casa no decían nada, pero iban al cine. Como los domingos, cuando decían que iban al cine del colegio, pero iban a uno de Sarrià, el que la semana anterior hubiera anunciado mejor programa. La abuela se olvidó el dinero y tuvieron que volver a buscarlo y se perdieron el principio. No rundines más, por favor, decía. Ha sido un descuido. Y después de la cena, cuando él ya estaba en la cama, se puso a llorar. ¿Qué quieres? ¿Que te pida perdón de rodillas? Pues mira, ya está. Y se arrodilló junto a la cama con los brazos en cruz y él le tiraba de una mano para que se levantara. Entró papá. Vamos, basta de juegos, gritó. A dormir.

Cuando había invitados comían aparte, en la salita; macarrones y carne asada casi siempre. Allí podían releer tebeos, hacer cábalas. Casi parece imposible que hayan logrado salvarse de los hombres de acero, dijo ella.

Lo más emocionante es cuando por poco los descubren. Suerte de Zarkov.

Yo sí que no lo hubiera resistido, pobre de mí. Si sólo de mirarlos me entra angunia.

Le hablaba de cuando era niña, de sus juegos, del hermanito, del otro hermanito que murió, de la torre de San Gervasio que habían derribado para hacer una casa de pisos, de un perro que la llevaba a caballo, de un columpio; explicaba que paseaban en faetón, que su tía Marta publicaba poemas con seudónimo, que su padre, por Cuaresma, les compraba buñuelos de viento. Guardaba los corruscos en la cómoda, un mueble negro, recargado, con tiradores y chapería de latón, que atufaba levemente a sobado. Los cajones eran profundos, difíciles de manejar, y estaban llenos de fajos de cartas y postales, de carpetas, de cofrecillos, de estampas y escapularios, dijes, medicinas, un costurero, el misal y la mantilla, unas ligas moradas, llaves de quién sabe dónde. Sobre el mármol había ovalados retratos de familia, dos estrechos floreros y un candelabro, y encima, colgando de la pared, un grabado relativo a Moisés y la zarza ardiente.

Buscaba las cartillas del racionamiento, sacaba cintas y recordatorios, papeles, resguardos caducados. Una tarde se olvidó el dinero y no pudieron comprarse polos; vació su gastado monedero. Dispensa, hijo, decía. Me lo habré dejado en casa. De regreso la hizo cargar con la cartera y tocó varios timbres seguidos. Ella se le reunió al doblar la esquina, sin atreverse a volver la cabeza, doblándose más

que de costumbre para ir más aprisa, muy afligida. Nos reñirán, se pondrán furiosos. Revolvía la cómoda, bisbiseaba, no encontraba las píldoras. Después de comer tapaba con la servilleta un trozo de pan, una piel de fruta y, mientras se levantaban de la mesa, lo escondía en la bocamanga. Felipe enarcaba las cejas, sonreía. Luego ella salía al jardín, a sacudir el mantel, silbando; los gorriones conocían el silbido y descendían a picotear las migas. Felipe le dio un codazo. Ven, vamos a enchamparla, dijo. Entraron bruscamente en su habitación.

Ten, comida, dijo.

¿Comida?, dijo la abuela.

Sí, te traemos un poco de pan.

Ah, gracias.

La pillaron medio desnuda, floja y deforme, con las enaguas levantadas, arreglándose una liga, y se cubrió los pechos. En los floreros de la cómoda había ramilletes de mimosas, y las cuatro velas del candelabro estaban encendidas, avivando el grabado, la zarza ardiendo. Felipe se escondía en el pasillo; sonaba una voz.

¡Gloria! ¡Gloria!

La abuela abría la puerta, escrutaba. ¿Francesc?, decía. ¿Francesc? ¿Qui em demana? Avanzaba hasta el vestíbulo, se guardaba la piel de plátano.

La Nieves se encargaba de recoger el racionamiento y guardaba las cartillas en el cajón de la mesa de la cocina. Pero a veces ella iba más tarde, sin cartillas, a recoger lo ya recogido, hacía la cola del pan. Un día telefonearon, avisando. Papá se exclamaba. ¡Como si no tuviéramos bastantes quebraderos de cabeza!, decía. Tampoco le iba a buscar a la salida del colegio y él volvía corriendo, tocando timbres. Ahora no lloraba como la primera vez, cuando ella se equivocó de hora y él se encontró solo al romper filas en la portería. Le habían dado una bata con un número bordado en rojo sobre el bolsillo –1017– y formaron en la explanada, ante el edificio; una bata algo grande y acartonada, no como la de Vélez de Guillén, que le caía igual que hecha a medida. Muchos ya se conocían y charlaron hasta que el padre les hizo callar; el día era gris y los globos del techo estaban encendidos. Le situaron hacia el fondo y hubo reparto de material escolar. Su compañero de pupitre ordenaba los libros, los cartapacios; tenía un estuche de piel con lápices de colores. Mi hermano sabe encender los pedos, dijo al poco rato. Y también: los americanos envían el algodón en balas, así, pzt, por encima del mar. Mi padre compra lotes.

Era Gomis, un chico pesado, de nariz gruesa y párpados aburridos, que olía ligeramente a mantequilla. En los recreos también se juntaron, y en las formaciones. Enumeraban películas; Gomis las había visto casi todas. Además, el hijo de los porteros de su casa tenía

muchos tebeos y hacían intercambios. Era un chava un poco mayor, pero no más crecido, moreno y anguloso, con algo como de lobo. Repartía para una farmacia y, con las propinas, compraba tebeos de segunda mano que luego revendía o cambiaba a razón de dos por uno. La farmacia quedaba junto a la portería, y Manolo, en una escapada, sacaba los tebeos, los extendía sobre la acera. La abuela buscaba en el portamonedas, pagaba. Y los jueves por la tarde le acompañaba al cine. Volvían de la mano, recitando la lista de compañeros de clase por orden alfabético.

Farré
Farré
Fernández
Fernández
Ferrer Gaminde
Ferrer Gaminde
Fisas
Fisas
Folch
Folch
Fuster
Fuster

Ahora ya no. Desapareció, y papá llamaba por teléfono. Vamos, hay que cazarla, dijo Felipe. La encontraron –decían– haciendo cola ante la puerta trasera de un convento, con los mendigos que aguardaban la sopa gratuita. Llegó cantando, qué felices seremos los dos viviendo en la casita de papel. Venía entre varios, con las medias gruesas y algo caídas, formando pliegues sobre las zapatillas de fieltro gris.

Papá y tío Raimón hablaban encerrados en el despacho y papá levantaba la voz. Tío Raimón apaciguaba y, al salir, les daba fugaces palmaditas, besaba a la abuela en ambas mejillas, apresuradamente; se ajustaba la gabardina con un tic de mentón, se ponía un sombrero de alas gachas y, escondiendo en los bolsillos sus manos flexibles, se iba por el jardín con una especie de balanceo, el paso largo y adhesivo, como si temiera caerse o hacer demasiado ruido. Papá se exclamaba. ¿Qué culpa tengo yo de que en su juventud malgastara toda su fortuna? ¿Qué culpa tengo yo de que le diera por la música? ¡También a mí me hubiera gustado hacer el bohemio! Tía Dolores era espantosa, y los primos, una pandilla de chicos con ojeras que apestaban a meados. Había conciliábulos familiares y la abuela decía: estoy muy atabalada, Raúl. Son todos muy atentos conmigo, pero me atabalan con tantas preguntas. Hoy ha venido el notario.

La acompañaron hasta el taxi, un taxi con gasógeno; cargaron la maleta y un hatillo sujeto por varias correas. Llevaba abrigo y un sombrero negro adornado con flores artificiales, y cojeaba un poco,

seguramente debido a que tenía juanetes y los zapatos le hacían daño; papá también subió al taxi. No llores, dijeron. Volverá pronto. Hicieron limpieza de la cómoda y lo ordenaron todo. Retiraron los mendrugos enmohecidos, los residuos de fruta estropeada y unos pocos macarrones envueltos en papel de periódico.

A fin de cuentas él es pariente consanguíneo, dijo papá. Y yo no soy más que un colateral.

Felipe se trazaba la raya ante el espejo, ladeando la cabeza: se untaba con fijapelo verde. Ha hecho otro niño a tía Dolores, dijo. ¿Sabes cómo le llamó? El Pitoletas. Se le notaba muy complacido. Compraba cigarrillos y a la salida del colegio iba a esperar a las alumnas del Sagrado Corazón. ¿Se dice jodear o joder?

Ellos también iban a un colegio de monjas. Entraban por la parte trasera del jardín, que daba a un torrente, y había que deslizarse a través de una cerca de espinos y rama seca de palmera. Aquello era espeso como un bosque de verdad, y después había senderos bordeados de setos y estanques y un puente colgante y una gruta enorme con estalactitas. Emboscados entre los laureles y las tuyas y los pitosporum, espiaban a las niñas que jugaban en una plazoleta, en torno a un laguito de azulejos con un surtidor, sus sombras corredizas veteando el sol ya bajo que traspasaba los setos, rayos amarillos entre las hojas y una gran mariposa sobrevolando. Las miraban correr y chillar y perseguirse y esconderse tras las columnas del inmenso hipogeo porticado que servía de acceso a la gruta de las estalactitas, bajo las bóvedas donde todo sonaba como en un cuarto vacío. Y luego, al acabar el recreo con unas palmadas de la monja, las veían pasar sobre sus cabezas por el puente colgante que se cimbreaba y oscilaba traviesamente, recorrido por aquel desfile de rosadas piernas que se perdían en la profundidad de las faldas.

Mira, mira, decía Manolo.

Pero si no se ve nada.

Hosti. Hasta las bragas.

¿Y qué? Las bragas lo tapan todo.

Más emocionante, mucho más, era llegarse al huerto, al fondo del jardín, y robar algo, aunque fuera un palosanto, sin que les viera el jardinero. Decían que tenía una escopeta que disparaba cartuchos de sal. También tenía un perro lobo, encerrado en un gallinero, que sólo soltaba de noche.

Era el Mes de María y la capilla estaba engalanada con guirnaldas blancas. Rezaban, algunos todo un misterio con los brazos en cruz, el rosario colgando entre los dedos. Luego le dieron aviso de que el padre Palazón le mandaba llamar y se salió de la fila. El padre Palazón le esperaba en su despacho encristalado, de pie junto a la mesa. Le miró durante intolerables segundos antes de hablar, sereno, apacible,

los rasgos despejados, el cabello suave y corto peinado hacia adelante. ¿Estás seguro de que haces bien tus confesiones? ¿Estás seguro de que no te callas algo, de que no escondes algo que te avergüenza? ¿Por qué, Raúl, por qué te obstinas, si Dios también lo sabe? Aguardaba sonriendo apenas, estático, parecido a Julio César, y él esquivaba la vista con espanto, como cegado. Cómo, cómo era posible. Y el padre le decía que aún estaba a tiempo, que además ahora tenía una gran responsabilidad, que su padre le necesitaba, que lo más importante era conservar la pureza, la modestia. Tu hermano no es malo, pero se deja arrastrar por las malas compañías. Tú eres más juicioso y no debes imitarle porque no puede darte más que malos ejemplos. El corredor era largo y estaba vacío, con olores de sobremesa. A los lados se sucedían las aulas, las voces, los reflejos de las vidrieras, las declinaciones latinas.

En los patios había plátanos nudosos, como de piedra, formando amplias naves, bóvedas de ramas. Estaba prohibido no jugar, estar parado, de modo que para charlar había que aprovechar coyunturas como la de beber agua o demorarse ante los retretes. Los padres paseaban por las terrazas, a lo largo de las balaustradas, y siempre había quien les acompañaba. Los muros eran altos y se escalonaban siguiendo la pendiente, coronados por un tejadillo de azulejos, pero el balón se escapaba a pesar de todo y entonces abrían una puerta lateral, de hierro negro, y salían, miraban la calle empinada, los escasos transeúntes. Al finalizar el recreo formaban apresuradamente y después del segundo toque se hacía el silencio. En la balaustrada aparecía el profesor de gimnasia rodeado de padres. ¡Por el Imperio hacia Dios!, gritaba. Y sobre las compactas filas, todos con el brazo en alto, se elevaba un inmenso ¡Arriba España!

No le gustaba, en las filas, tener a Gomis detrás, que posara la mano en su hombro cuando ordenaban cubrirse; no le gustaba y se lo sacudía desde que, en cierta ocasión, al levantar la tapa del pupitre, aplastó un grueso moco pegado al borde, del lado de Gomis, todavía fresco como un caracol. Se tocaba mucho, Gomis, y después se olfateaba los dedos. Sacaba malas notas y ni sabía copiar. Todos le hacían el vacío, se metían con él. Es un nena, decían. Los padres le castigaban y cuando corría la regla siempre era de los que cobraban. Acabaron trasladándole a un pupitre apartado, donde guardaba una caja de cartón con orugas, gusanos de seda. Se pasaba las clases rescostado sobre sus brazos cruzados, indiferente y vago. Tampoco trataba con Manolo, decía que su padre se lo había prohibido. Y Manolo dijo: espera que lo enganche.

Salían juntos cada domingo. Manolo conocía los cines en que se daban las mejores películas, algunos muy lejos, locales que parecían garajes, la fachada como una decoración estropeada, cubierta de

carteles llamativos. El ambiente era turbio, como fermentado, y a la difusa claridad de la pantalla la gente gritaba, sacudía las filas de butacas. Tipos con aspecto de trincheraira. Después, ya fuera, discutieron la conveniencia de aprender el alfabeto Morse. Y no se perdían una sola fiesta de barrio, los barracones de feria montados, según la época, en diversas calles y plazas. Manolo guiaba y él procuraba no perderle de vista al tomar el tranvía en avalancha, separados por chaquetas y gabardinas, con algún bolso de señora aplastado contra la cara. Y una teta que, ella, intentaba en vano proteger con la solapa del abrigo; debajo llevaba un jersey rojo y una cadenita, un jersey muy ceñido, agradablemente perfumado. Había una luz cenicienta y la calle era amplia y monótona, sucias casas de vecindad, tapias interminables, angulosos techos de uralita, postes y cables.

También iban a los cines de Sarrià. Y al salir seguían a sospechosos, cada uno por una acera y distanciados, como si no se conocieran. Sobre todo, al repartidor de periódicos, al Papitu, que decían que tocaba a los niños. Y luego, en casa, durante la cena, se mostraba reservado, como amargado, y bebía la leche a tragos, como emborrachándose. Y al día siguiente, en el recreo, al cole le llamaban la jaula, y hablaba de los profes por lo bajo, como si fueran los guardianes de la prisión y ellos estuvieran preparando un motín. Llevaba una pistola hundida en la cintura y, al cambiar cromos, lo hacía como un espía. Y Vallfosca era la India o el Oeste, y preparaba el equipaje.

A Manolo no le gustaban las novelas. Ni siquiera las del Coyote. Decía que había mucha letra. Y en cuestión de tebeos nunca se ponían de acuerdo. Prefería el Hombre Enmascarado a Flash Gordon, y Juan Centella a Jorge y Fernando. Y como a Felipe, le gustaba más Tarzán que Merlín el Mago. Y daban golpes. En Sarrià. Mientras compraban tebeos y cigarrillos de anís en la tienda de revistas, vigilados por la vieja desde el otro lado del mostrador, pero lo suficientemente inclinados, al elegir, para guardarse alguno en la cintura, bajo el jersey.

Por Jueves Santo recorrían unas cuantas iglesias de Sarrià y Bonanova, comparaban monumentos, los altares enmarcados por cascadas de flores, de esbeltos palmones, tensos, levemente despeinados. No circulaban coches y las familias paseaban a sus anchas, unidas y reposadas; saludándose, sonriéndose. Se veían muchos uniformes y mujeres afulanadas con peineta de concha y mantilla negra, flojos pliegues de encaje. Rehuían a los conocidos, al padre Palazón, que salía de un convento acompañado de otro padre. El templo olía fuertemente a incienso, a cera, y la gente se postraba ante los velos morados, escuchaba las oraciones de las monjas que

llegaban desde el coro enclaustrado. Pero Gomis les vio en el atrio, se vieron; iba con su familia y los ojos le brillaron repentinamente, maligno y satisfecho. Manolo tampoco hizo ningún comentario; continuaron un rato más, como sin ganas de hablar, y se despidieron pronto, los dos muy jodidos.

Para ver la procesión, el lento paso de los encapuchados y penitentes, fueron a las Ramblas. Manolo dijo que en su casa se había armado la gorda con la hermana mayor. Sale con muchos tíos y mi madre acabó mirándola y descubrió que ya la tenía abierta. ¿La qué? ¡La chona, tonto! Que a veces pareces tonto y todo.

También pasaba la Pascua en Vallfosca, con papá y los tíos, y entonces visitaban las iglesias de dos o tres pueblos, en tartana; escuchaban el De Profundis, asistían al Oficio de Tinieblas. El Polit y la Merè salían a recibirles, y los perros le reconocían enseguida. Pero el campo estaba frío y desnudo, silencioso, y hasta el humo de las masías parecía inerte. No era como en verano, y caminar por el monte con zapatos y calcetines, con su ropa de ciudad, le hacía sentirse incómodo, fuera de lugar en aquellos bosques, pálidamente soleados, sin pájaros. Los payeses iban muy arropados, con zamarras y cazadoras, y las mujeres cubiertas con pañuelos, las caras enrojecidas. Además, el Mallolet hacía de monaguillo, vestido de colorado y blanco, y acompañaba a los de las caramellas, de modo que apenas podían verse. Iba con ellos de casa en casa y, cuando acababan de cantar, era él quien pasaba la barretina y recogía el dinero que les echaban. Le preguntó si la Rosalía seguía siendo su novia, la Rosalía, delgada y sigilosa, toda ojos, siempre siguiéndole. ¿La Rosalía?, dijo el Mallolet. ¡Si la tiraría por enlaire! No sabía qué decir, qué hacer; los días eran cortos, el tiempo pasaba de prisa. Igual que cuando, hacia Navidad, el Polit comparecía en Barcelona con dos pollos y se sentaba en la salita, macizo y rubicundo, envarado, con su negra boina encasquetada, con la gabardina abierta, sin abrochar, debido posiblemente a que le iba demasiado justa. Entrechocaba sus manos agarrotadas y escamosas, con rasguños. Qué, Raúl, decía. ¿Qué fotem?

El domingo de Pascua llegaba la mona, que Gregorius había encargado para Felipe. Una casita de crocant con huevos de chocolate alrededor y huevo hilado por encima. O un frutero de crocant con huevos de chocolate y fruta confitada. O una gallina de chocolate metida en un cesto de crocant. Raúl no tenía mona; su padrino era tío Raimón. En cambio, por Ramos, tía Paquita le regalaba un palmón con un gran lazo de seda y adornos colgantes, muñequitos, confites. Iban a la parroquia y, por el camino, cada uno miraba el que llevaban los demás y, ya en la iglesia, había que comparar alturas, ver quién lo llevaba más largo, y en un momento dado, que siempre pillaba desprevenido, golpear el suelo con el tronco hasta machacar la punta,

ver quién hacía más escoba. Luego lo sujetaban con alambres a los hierros del balcón en tenso, leve, marfileño, erizado desmayo.

Manolo silbaba desde la calle y él salía; iban al jardín de las monjas, al cine, a dar un golpe. Cada vez que le hablaba de Vallfosca, Manolo se ponía de malhumor. Dijo que su abuelo también tenía una finca, en Aragón; una gran casa de piedra, con un patio y con un escudo sobre la puerta. Parecía que le fastidiara que Raúl se marchase. Cuando los ejercicios espirituales, en Manresa, le había acompañado a comprarse novelas de aventuras y cigarrillos de verdad y una botella de moscatel, cosas que ayudaran a contrarrestar, en la soledad de la celda, el efecto de las pláticas, la muerte, la condenación, el infierno, la confesión mal hecha y la comunión sacrílega. Pero ir a Manresa representaba un viaje y unos días menos de clase. Pues vaya plan, chaval, dijo Manolo. Yo iría con cuidado. Hay curas que chupan la sangre. Cuando abrieron las tumbas de los conventos encontraron muchos esqueletos de niños.

A veces se enfadaban sin motivo concreto. Manolo alzaba la voz, casi gritando, como para que le oyera la gente, y decía cosas que no tenían nada que ver. ¡Ondia! Pues si no te agrada, te aguantas, chalao. Y ya está. Se separaron. Era el día de Todos los Santos y recorrían un cementerio como llevados por la riada de visitantes. Recorrían los paseos polvorientos, entre bloques de nichos blanqueados, con coronas, con floreros, con retratos y velas encendidas, con lápidas de mármol, con argollas; leían las inscripciones. Había altavoces difundiendo canto gregoriano y los cipreses destacaban negros y secos contra los muros calinosos, contra los panteones caóticamente confundidos, cúpulas y cruces, verjas, imágenes de piedra. Coincidieron con un entierro y, perdidos en el respetuoso corro, pudieron ver un poco, sobrecogidos, la tapa que levantaban por última vez, un féretro negro, con incrustaciones centelleantes. El sol violento avivaba la ropa enlutada, y las flores calientes, tallos caídos, crisantemos aplastados, esparcían un aroma ponzoñoso. Y al otro día – o al siguienteGomis le dijo: Manolo ya no está. Les han sacado por ladrones. Estaban en una formación y hasta más tarde no le acabó de contar. El padre de Manolo entraba cada noche en la farmacia y sacaba unas cuantas pesetas de la caja; el farmacéutico terminó por descubrirle, habló con el dueño de la casa y le hicieron desalojar antes del mediodía. Mi padre dice que aún han sido demasiado buenos, dijo. Se explicaba afectadamente, los párpados pesándole con delectación.

Bueno, ¿y a mí qué me cuentas?

Volvió, y en uno de sus merodeos pudo ver al nuevo portero sacando los cubos de la basura. También llevaba un blusón a rayas, pero era más joven y no tenía cara de enfermo. Le observó un rato desde la esquina haciendo como que esperaba aburridamente, igual que si hubiera quedado con alguien.

Entraba solo en el jardín de las monjas. Reptaba, se abría paso, espiaba, luchaba y vencía destrozando a mandobles las plantas, precipitándose en veloces cargas o pasadas, ramas, armas enemigas. Y exploraba la gruta: la Cueva del Sésamo.

Al salir del colegio compraba sobres de cromos en el quiosco, cromos de películas, de Las Mil y Una Noches. Todos hacían colección, y él compraba no tanto por llenar el álbum como por tener ocasión de intercambiar con los demás los cromos repetidos. Estaba prohibido y había que hacerlo bajo mano, en el patio, en la misma clase. Le gustaba, sobre todo, aquel cromo en el que se ve a María Montes bailando doblada para atrás, enseñando las tetas. Gomis decía que la Virginia Mayo estaba más ferma, que la había visto desnuda en una foto. Trolero, le dijeron. Vélez de Guillén prefería a la Ivón de Carlo.

Vélez de Guillén era su compañero de pupitre y se ayudaban. Tenía una madre joven y elegante, y el padre lo llevaba del brazo como a un amigo. Les vieron pasear a los tres con el rector, durante un recreo. Después los de su grupo acudieron a palmearle, a llamarle enchufado, y él les apartaba, sonreía. Se le juntaban en cada recreo y a la salida tomaban el mismo tranvía. Tenían sus bromas, alusiones que sólo ellos entendían. Pero un día le invitó también a él, le invitó a la fiesta de su santo que iban a celebrar el domingo por la tarde. Contestó que no podía, que ya estaba comprometido con sus primas.

Antes de la cena, acabados los deberes, seguía a Eloísa por la cocina, chinchoso, excitado. Y vinieron los cartagineses y sacaron a los griegos y los romanos sacaron a los cartagineses y los visigodos sacaron a los romanos y vinieron los musulmanes y sacaron a los visigodos. Salte, anda, salte de aquí, dijo Eloísa.

Llovía y aún era pronto para ir al cine. Desde el despacho contemplaba la lluvia oscura, una borrasca de mayo que se abatía sobre el jardín espumante, sobre los lirios alborotados. Cristales empañados por su respiración, leve agrisamiento decreciente en el que tan divertido era dibujar algo. Curioseó un rato en el ropero, registró las chaquetas por si había alguna moneda olvidada en los bolsillos. Luego volvió al despacho. Cargó con un grueso volumen de la Biblia y, sentado en el suelo, al pie de la ventana, repasó los grabados, José y sus hermanos, Moisés y la hija del Faraón, el Paso del Mar Rojo, Muerte de Moisés en lo Alto del monte Nebo y, sobre todo, La casta Susana. Canturreaba flojito y con la uña del índice agrandaba un agujero abierto en el yeso del zócalo.

La casa tenía dos plantas y una azotea, y balcones de hierros entrelazados en forma de ramillete, como en la verja, con un palmón seco y gris el de su habitación. El óxido se había corrido y ensuciaba la fachada amarillenta, los frisos floreados, los festones. La escalinata era corta y dos jarrones de obra, con grises pitas, coronaban las

pilastras de la entrada. Había dos hileras de tres acacias; el mosaico de los alcorques estaba cuarteado, medio levantado, y entre la escasa grava crecían hierbas. Además de lirios había viejas lilas leñosas, algún pitósforo nacido espontáneamente y, en la parte de atrás, un ciruelo. La mayor parte de las torres vecinas –Villa Gloria, Villa Hortensia, Villa Josefa– tenían también su breve jardín, su verja comida por la glicina o la madreselva, un barrio de calles tranquilas y mal pavimentadas. En las proximidades había vastos eriales, barrancos, desmontes surcados de senderos, campos yermos, gastados por las pisadas desde donde, cuando el tiempo era bueno, llegaba disperso el vocerío de los chiquillos.

III

Tío Gregorio les había tomado la delantera. Se lo dijo el Polit en la estación, cuando subían a la tartana, y efectivamente, como cualquier otra tarde de cualquier otro verano, se lo encontraron en el jardín, sentado junto al velador, con su café ya frío, sus periódicos, su paquete de picadura. No avisaba, lo decidía súbitamente, y a veces pasaba eso, que se lo encontraban esperándoles; todo dependía del tiempo que hiciera en Barcelona, del calor excesivo y, en última instancia, de un simple deseo que basaba, pongamos por caso, en la prolongada belleza de los atardeceres. Generalmente, sin embargo, los primeros en llegar eran ellos. Después llegaban tía Paquita y los primos, a principios, de julio, y tía Paquita se quedaba hasta septiembre, aunque Ramona y Pedro seguían pasando en la playa todo el agosto, igual que cuando vivía tío Pedro. Tío Gregorio también se iba pronto y no regresaba hasta septiembre, en la época de la uva; se iba siempre al mismo sitio, un balneario de clima fresco. En agosto, en cambio, venían Montserrat y Juanito, y el día quince Montserrat daba una fiesta; había muchos invitados y hacia la hora de la merienda empezaba a presentarse más gente, grupos de veraneantes, algunos casi desconocidos. Montserrat se traía la niña, pero la dejaba casi siempre al cuidado de tía Paquita, de la familia. Tanto Ramona y Pedro como Felipe salían también con los chicos y chicas de la colonia.

En la tartana, mientras remontaban la riera, el Polit les puso al corriente, habló de la sequía, explicó que el Jaumet ya no trabajaba en la casa y que la Chispa había muerto de moquillo y que la Estrella había parido catorce cachorros. Le preguntaban y él resumía los acontecimientos más destacados del año, contaba los chismes de las masías vecinas, del pueblo, se quejaba de las cosechas. Cogía suavemente las riendas y, de vez en cuando, ahuyentaba los tábanos con la vara. Contestaba con reticencia, sonriente, y entornaba las pestañas ralas y rubias mientras Raúl, sentado frente por frente, miraba las colinas matizadas, las viñas, los cerezos cargados de roja fruta, doblegados, reventones. ¡Cuántas cerezas!, dijo Eloísa. Detrás, a paso más lento, distanciándose progresivamente, subía el carro de los equipajes con un mozo al pescante –el Ramón o el Jaumet o el Mario–, un carro cargado de baúles y maletas, todo lo necesario para pasar el verano. Pronto las cañas se irían cerrando hasta rozar el toldo y después el camino se saldría de la riera, y entonces, por un momento, se vería, como un fulgor, el tejado de la casa, justo antes de meterse

en el bosque. Allí las ramas se enmarañaban y el tejado de la casa no volvía a despuntar más que al final, ya casi en el jardín. Tío Gregorio se incorporó y a pocos metros se alzaron dos vistosas abubillas, con un aleteo como de abanico; tenía la camisa manchada de café y llevaba unos pantalones de rayadillo algo colgantes, el cinturón flojo, la bragueta mal abrochada. Le dio con un periódico plegado, le tomó del hombro explicándole, por ejemplo, que aquella mañana había presenciado una interesante pelea entre un lagarto y una serpiente. Entraron charlando. Luego llegaba la hora de los primeros paseos, de inspeccionar sus dominios, la quieta habitación que olía como a deshabitado, la cálida galería, el desván, los rincones oscuros del jardín.

Con el Mallolet se veía al anochecer, cuando regresaba del campo. Generalmente se veían en casa del Polit, sentados a la entrada, entre los mozos que aguardaban la cena. El Polit se ocupaba de los animales y no comparecía hasta última hora; se destacaba bajo el dintel, descalzo y despechugado, sacando abdomen, moviéndose pesadamente. Si estaba de buen humor empezaba metiéndose con alguien, el que hablaba en aquel momento. A veces callaba; bebía un largo trago del porrón y liaba un cigarrillo. Había mosquitos y sólo encendían la luz de fuera para juntar varias mesas desiguales, disponer los platos, el pan y el vino, las fuentes de ensalada. Se sentaban a la mesa y entonces el Mallolet se iba, pero Raúl se quedaba charlando hasta que le llamaban para cenar. Can Mallol quedaba más arriba, en un repecho del valle. También allí se reunían al fresco, en la era, pero estaban los hermanos mayores y no les dejaban en paz. Se metían con el Mallolet, pero las bromas también apuntaban a Raúl. Espera que vengan los rusos y verás cómo te espabilan, gandul, que es lo único que haces bien, el gandul. Sonaba como un vago timbreo el canto de los grillos y a partir de la canícula comenzaría a dejarse oír el gallo carbonero, el gamarús, que anunciaban, decían, el otoño. La Mallola repitió que esperaban a Emilio. Lo decía en una carta, vamos, que sí, que llegaba pasado mañana. Se lamentó de que la comida no le luciera, de que sus padres pudieran pensar de que no lo cuidaban bien. A media mañana se tomaba una buena rodaja de pan con tomate y una tortilla, y ella le reñía porque al mismo tiempo leía una novela. Tragaba sin mascar apenas, los brazos sobre la mesa, rodeando el plato, la mirada descendiendo fijamente, de línea en línea. A estas horas en la casa quedaban sólo las mujeres, la madre y la cuñada de Mallolet, y Raúl las escuchaba esperando a Emilio, asegurándoles cada día que ya había desayunado. Tanto estudiar, se quejaban, tanto libro. Emilio se levantó bruscamente. Maldición, dijo, se me ha encasquillado el revólver. Y la Mallola, posiblemente medio dormida sobre sus labores, pegó un respingo, le dijo que era un poca solta.

Emilio dejó la novela sobre el aparador, con las páginas dobladas, y tomó su escopeta. Era más alto y más flaco que Raúl y nunca acababa de ponerse moreno; llevaba camisa de ciudad, con las mangas cortadas para el verano, y tenía por cinturón una envidiable correa de cuero oscuro y macizo. Cazaban toda la mañana, por los bosques, por los torrentes, tirando a los mirlos, a los grajos, a las urracas, como si todavía salieran con carabinas de aire comprimido. Había guarda jurado y no se atrevían a recorrer los sembrados y las viñas, el monte bajo, la solana de piedras calientes y matorrales crepitantes, aromáticos, de donde siempre acababa levantándose algún bando de perdices. El Mallolet les acompañaba los domingos; Raúl le prestaba una escopeta a escondidas y salían los tres. El Mallolet tiraba muy al tuntún, como sin apuntar, y luego buscaba inútilmente al pie de los árboles, entre las matas. Emilio, en cambio, tiraba por lo menos tan bien como Raúl. Se adentraban separados, sin ruido, escuchando, atentos a las ramas, un súbito remolino entre las hojas. Cazarían.

La mejor de las escopetas era la de tío Pedro, decían. Una Holland antigua, de gatillos, pero mejor que las de ahora. Tío Pedro cazaba al acecho, en la riera, cuando hacia el mediodía las palomas iban a beber a la balsa del molino. Tía Paquita se empeñó en acompañarle y volvió encantada, contando que había conseguido espantarlas a todas. Tío Pedro hacía como que aparentaba reñirla, como que protestaba en broma, pero disimulaba mal, se le veía irritado de verdad. Le hizo alguna carantoña y se puso a pasar la baqueta, a mirar por los cañones contrayendo la cara. Tía Paquita suspiraba recostada en un banco de la glorieta, se abanicaba. Lo que no entiendo, entonces, es que te pases el día con la mancha de flit arriba y abajo, le dijo tío Gregorio. ¿Por qué las palomas sí y los mosquitos no, si también son criaturas del Señor? Reía con el estómago, los ojos maliciosos, empequeñecidos por las gafas de miope, el cabello gris y despeinado, como pelaje. Y explicó que, precisamente, se había orinado en la boca de un hormiguero hasta que las fastidiosas hormigas lo desalojaron por completo, en torrente. Tía Paquita terminó enfadándose. Por Dios, Gregorio, no seas majadero, dijo. Se levantó y cuando volvió a salir fue para sacudir el polvo y limpiar el cristal de un cuadro ovalado, de tamaño mediano, un cromo de la Asunción. Lo había descubierto tío Gregorio: la Mercè rezaba ante una reproducción de la Gioconda –una hoja de calendario, seguramente– que tenía enmarcada en el comedor. Fue un domingo, al volver de misa. No había sitio en la tartana y Raúl regresó a pie, con tío Gregorio, y se sentaron a la sombra de los plátanos, delante de la casa del Polit. La Mercè también regresaba a pie, con Eloísa, pero se entretenían charlando a la salida de la iglesia y llegaban más tarde. Por el atajo se ganaba tiempo y ellos ya estaban allí cuando la tartana pasó de largo a buen trote y se internó en la

espesura del jardín. Saludaron con la mano. El Polit venía del campo, los pies terrosos, los pantalones arremangados, en camiseta de incierto color desteñido; algún mozo le acompañaba. La Mercè les enseñó el cuadro, la virgen celeste, el coro de ángeles, y acariciaba la suavidad del marco; decía que era precioso, mejor que el otro. Se mostraron circunspectos. Oh, prou, dijo el Polit. Charlaban bajo los plátanos mientras los perros se mordisqueaban y lamían, juguetones, adormilados, en estado de semierección.

Una mañana luminosa, de viento limpio y seco. La Mercè recogía la ropa tendida, el blanco restallante de las sábanas secas, los anchos pantalones hinchados, llenos de remiendos, como acartonados, igual que las camisas.

Aparecieron el Mallolet y Emilio con sus carabinas de aire comprimido y se sentaron también en el poyo, contra la pared, como desganados. La casa era de piedra, parecida –las puertas y ventanas enmarcadas en ladrillo– más que a una masía, a un edificio industrial o a una pequeña estación de principios de siglo. Las dependencias estaban dispuestas perpendicularmente, a los lados del cuerpo central: la vaquería, una larga nave con siete u ocho vacas alineadas en un extremo; las pocilgas, una sucesión de encierros bajos, desocupados en su mayor parte, aireados y vacíos, agrisados por el polvo; las cuadras de suelo blando, tibias y oscuras; los lagares y las bodegas, los cobertizos de uralita, los almacenes excesivamente grandes, donde, junto a las tolvas para cereales y a los sacos de nitrato, se amontonaban incubadoras anticuadas, artefactos complicados, de utilidad imprecisa. El conjunto formaba un patio rectangular cerrado por tres de sus lados y desde allí, bajo los plátanos, la visibilidad era poca. Se divisaban apenas los anchos campos del fondo del valle, el rastrojo, y más allá, las colinas y los bosques, las viñas, el verde oscuro y polvoriento de agosto.

Seguían un rato por el fondo del torrente y luego remontaban el bosque, desplegándose en silenciosos avances, de matorral en matorral, reptando hasta aquella roca, saludándose a veces con la carabina en ademán de inteligencia, igual que cuando va el protagonista y le sale un soldado alemán por la espalda, o asoma un japonés que está escondido, y en el momento en que lo apuntan se oye un disparo, y el protagonista se vuelve a tiempo de ver cómo el japonés se desploma y, desde otra roca, un compañero le saluda en silencio, sonriente, alzando el fusil. Algún domingo, a la vuelta, se bañaban en una balsa, asegurándose primero de que no hubiera ninguna serpiente en el fondo. Fumaban un cigarrillo tumbados al sol y se entretenían enumerando los colores que veían con los ojos cerrados, según apretaran los párpados. Rojo, amarillo, morado, negro.

Se cansaron pronto de los torrentes. Sobre sus cabezas, el follaje estaba quieto, aflojado por el sol, y los pájaros parecían haber desaparecido. Treparon por un talud, entre matorrales, y salieron a una viña de cepas jóvenes y bien cuidadas. Comieron uva ácida y caliente, algo verde todavía; apartaban las hojas, elegían los granos más gruesos de cada racimo, de cada cepa. Después dejaron a un lado las carabinas de aire comprimido y divagaron un rato. Emilio había confeccionado unas boleadoras y discutieron la forma de lanzarlas con mayor eficacia, intentaron sin éxito enrollarlas alrededor de un tronco. Se hizo tarde. Hostia, tú, dijo Emilio. Sus padres habían venido a pasar el fin de semana y le esperaban para comer, dijo, tenía que estarse con ellos. Por la tarde, sin embargo, le dejaban libre para ir con el Mallolet al baile del pueblo. Quien entonces no podía era Raúl. Había invitados, gente de la colonia, y debía quedarse en casa. O bien devolver una visita o acompañar a Felipe y a los primos a una merienda de jóvenes, en bici. Emilio y el Mallolet llegaban ya de noche, a la hora de la cena, los dos muy alborotados y como cómplices. Contaron que la Rosalía se dejaba meter mano por todo el mundo.

Veraneantes. Bromeaban, curioseaban por el jardín, por la casa, se acodaban en la baranda de la galería. En la glorieta había bandejas de canapés, de pan con tomate y jamón, y jarras de limonada y horchata y, para los mayores, sangría. Los mayores se concentraban allí y en el campo de croquet, de donde llegaba el seco chocar de las mazas. También paseaban hasta el estanque, en lo más escondido, un breve surtidor que escurría sobre el agua transparente, cuajada de algas sombrías. Los senderos se entrecruzaban irregulares, con algún peldaño aislado, y en las plazoletas había bancos mazacotes, hechos de obra, imitando troncos partidos. La hiedra cubría los parterres, extendida como un césped; trepaba por los troncos, colgaba de las ramas. El arbolado era espeso y oscuro, tilos, cedros, tejos, cipreses, palmeras enanas, pinos, las ramas cerrándose, apretándose contra la casa apenas visible, envolviéndola como un nido enmarañado. Se trataba de un edificio de tres plantas, airoso, de color salmón, y el tejado, de vertientes muy pronunciadas, era de cerámica azul, acharolada. La capilla quedaba a un costado de la casa, con entrada independiente, aunque también había comunicación interior desde el zaguán. Ahora no se utilizaba, pero cuando los tíos eran pequeños tenían un cura fijo todo el verano y había misa diaria. La última vez que se utilizó fue para la boda de papá.

A partir del zaguán ascendía la escalera en un tenso giro, desnuda, de barrotes grises, iluminada por una claraboya. Arriba había vidrieras opalinas y los cuartos quedaban en la penumbra, al amparo de las estrechas persianas desplegadas, levemente listadas de luz. El piso era

de pequeñas baldosas, un dibujo geométrico, concéntrico, en tonalidades apagadas. Las paredes y techos estaban blanqueados y la cal disimulaba las molduras, las orlas de estuco, hacía casi imperceptibles los resaltes, en otro tiempo coloreados. En el salón, dispuestos simétricamente con respecto a una mesita de mármol rosa, había un sofá y dos amplias butacas con fundas de cretona. También había rinconeras, sillas isabelinas, sillones de mimbre, un piano, una mecedora, y sobre la consola, ante el espejo, una campana de cristal con un ramo de cardos secos, piezas de nácar y siemprevivas. Dos siluetas se destacaron deformes tras el vidrio esmerilado y se oyó una risa. Raúl siguió subiendo hasta las golfas. Las piezas interiores eran oscuras, con alacenas y estantes empotrados, y el agua sonaba en los depósitos de uralita. Alrededor, bajo el plano inclinado del tejado, se alargaba una angosta galería con ventanucos a ras del suelo, abiertos al ramaje de los árboles. La parte de poniente era cálida y en el piso polvoriento abundaban los cadáveres de moscas y mariposas. Había pocos trastos, algún mueble, baúles y, arrinconado, el aterrador sillón de tío Raúl, un sillón articulado, con ruedas como de bici, cubierto de telarañas. Por una empinada escalerilla de madera se podía subir aún al mirador, una pequeña torre con cuatro ventanas desde la que era posible salir al tejado y, agarrándose a los cables del pararrayos, alcanzar las claraboyas translúcidas y resbaladizas. Abajo se entreveían los recovecos del jardín y, en segundo término, sumida entre los plátanos, la casa del Polit; luego, las vertientes replegadas tras el rastrojo, los compactos pinares, los alcornoques. En el campo de croquet había una discusión y los jugadores se agrupaban en torno a un aro, apoyados en sus mazas.

La fiesta más importante era el cumpleaños de Montserrat, en agosto, el quince. Así celebramos la Asunción de Montserrat, decía. Fue ella quien hizo pintar de blanco las sillas del jardín, los hierros de los veladores, y compró gandulas de lona a rayas y cojines de tonos vivos. Charlaban en la glorieta, y Juanito habló de un amigo que había llegado a ver una partida de maquis a cien metros del balneario, paseando tranquilamente con sus metralletas. Se quejaba de la ineptitud del gobierno, de todo. Vestía como de ciudad, un traje de hilo, perfectamente planchado, por lo general azul marino o blanco, y los zapatos eran blancos y negros, de rejilla. Se sentaba con las rodillas muy juntas y las puntas de los pies convergentes; de vez en cuando montaba una pierna sobre otra y entonces aprovechaba para tironearse el calcetín, para alisarse los tobillos. Con tío Gregorio, a la hora del café, la conversación se encendía y generalizaba. Por lo regular se prolongaba hasta que, hacia media tarde, tío Gregorio les azuzaba por última vez y se iba a dar un paseo. Raúl llamaba a los perros y le acompañaba. Los dejaban enzarzados, Juanito muy

exigente, atacando al Régimen, explicando el desplante de la duquesa de algo a la mujer de Franco, destacando los ideales traicionados de Renovación Española, coincidiendo con tío Pedro, ambos monárquicos por encima de todo. ¿Pero vosotros de qué coño os quejáis?, oyeron que gritaba Montserrat. Si os hubierais pasado la guerra como yo, de hospital en hospital, aún podríais opinar. Pero los únicos que realmente tienen derecho a quejarse son los que, como nuestro hermano, dieron su vida por la causa. Hablaba exaltada, echando para atrás su cabellera castaña, bruscamente, con cara de rugido, y seguramente tío Pedro tuvo que volver a resaltar la importancia vital de que alguien se quedara en la retaguardia, organizando. Por favor, querida sobrina, no seamos tan simplistas. Se formaban bandos, se establecían alianzas; si hubieran dejado que los rusos y el Japón, si los americanos no fueran tan estúpidos, si en vez de arrasar Alemania, Alemania, Alemania. A tío Pedro la palabra le llenaba la boca, la paladeaba como si fuera una cucharada de miel o mermelada. Juanito era anglófilo y discrepaba. Se volvió hacia Raúl.

Bien, muchacho. ¿Y cómo van esos estudios?, dijo. ¿Ya aprendes griego?

No escuchaba la respuesta. Sin mirar, pensativo, tarareaba unos compases, sacudía el pie derecho montado sobre la pierna izquierda. Al sonreír mostraba una dentadura muy pulcra. Se levantaba tarde y ocupaba el cuarto de baño durante media mañana; tío Gregorio aseguraba que se teñía el pelo. Iba impecablemente afeitado, pero lo más sospechoso era que estuviese tan moreno sin tomar el sol. Desayunaba únicamente una taza de café, bajo los tilos. Buenos días a todos, dijo agitando la mano. Pronunciaba siempre con cierta dificultad, como esmerándose. Papá y tío Gregorio discutían las posibilidades de intentar una explotación racional de la finca.

Mira, Jorge, dijo tío Gregorio. Una cosa es echar las cuentas de la lechera y otra montar una vaquería, una granja modelo o lo que se te antoje. Si no piensas vivir aquí todo el año y llevar el negocio directamente, es mejor que dejes de fantasear.

¿Fantasear?, dijo papá. ¿Tú crees que papá fantaseaba cuando construyó todo esto? Sabes tan bien como yo que lo hacía, precisamente, con vistas a crear una colonia agrícola. ¿Y ahora resulta que son fantasías?

Juanito carraspeó, dijo que lo importante era tener en cuenta la rentabilidad de la inversión; se toqueteaba la punta del pañuelo que asomaba por el bolsillo superior de la americana. Por cierto, añadió. ¿Y dónde venden sus productos los labradores?

Después de cenar salía al jardín con tío Gregorio si la noche era buena, lejos del deslumbre de la casa, y se tumbaban a mirar el cielo en alguna plazoleta: despejada de árboles. Miraban las estrellas, las

constelaciones y sus giros, según pasaba el verano. A veces también salía Montserrat y canturreaba flojito, por su cuenta, los brazos cruzados bajo la nuca haciéndole de almohada. Papá sólo se asomaba para volver a entrar enseguida; decía que hacía fresco. Y Raúl se ponía a mirar fijo a lo alto, sin ninguna referencia próxima, y acababa cogiendo vértigo hacia arriba. La tierra estaba fresca y se oía en los hondos correr el agua entre los árboles, y el canto de los búhos y de los ruiseñores, y el de los grillos, que sonaban como astros caídos.

Luego, cuando Montserrat y Juanito ya se habían ido, les criticaban. Papá más a Juanito, y tía Paquita más a Montserrat, a Monsina, como la llamaba; sus costumbres, que saliera por ahí con militares y jefazos. Además, tiene un léxico y utiliza unas expresiones y términos totalmente impropios de una mujer. El que su matrimonio haya sido un fracaso no justifica nada. ¿Qué educación puede dar a la niña con la vida que lleva actualmente? ¿Qué va a aprender, la pobre, amén de expresiones cuarteleras? Aparte que lo del alemán, que ha sido su ruina, ya era de prever. Un aventurero, un don nadie. Se veía venir que un día iba a desaparecer igual que había llegado, por las buenas. Estaban en el comedor, sentados a la mesa, y tío Gregorio se servía ensalada.

En eso Montserrat es como yo, dijo, muy ocupado en elegir las mejores hojas de lechuga. Le gusta lo verde y lo picante.

Pues yo nada más te digo que, si la niña le sale una mujer como Dios manda, no será por el ejemplo y los desvelos de su madre.

¿Y él?, dijo papá. ¿Cómo va a tener autoridad sobre su hermana, si es el primero en llevar una vida de crápula, cada noche por cabarets y todo eso, con fulanas? Estos excesos sólo conducen a la ruina moral, económica y hasta física. El abuso sexual es de lo que más desgasta al hombre; hay quien de tanto hacerlo se volvió memo.

No creo que en el caso de Juanito estos efectos fueran apreciables, dijo tío Gregorio, risueño como una gárgola maléfica. Y, a fin de cuentas, en un hombre es cosa natural. Peor sería que fuese invertido.

Papá sonrió, incrédulo.

¿Invertido? Yo vi uno hace años, en un tranvía. Hablaba en femenino y tenía ademanes así, como de mujer.

Dijo que, en vez de gastar energía, lo que había que hacer era acumularlas, que por eso Juanito era un gandul, una persona sin voluntad. Cuidarse, divertirse, no dar golpe en todo el santo día... Eso sí que es vida.

Si de paso quieres aludirme a mí, Jorge, pierdes el tiempo, dijo tío Gregorio. Tus consideraciones me resbalan. De haber hecho como yo, es decir, de no haber hecho nada, a estas horas serías mucho más rico.

Inevitablemente, alguien sacaba a relucir lo del chalet de la calle Mallorca. La millonada que valdría ahora si no se hubiera vendido y

derribado para edificar una casa de pisos, en uno de los cuales seguía viviendo tía Paquita. La millonada que ahora valdría el solar. La responsabilidad de Raúl, de tío Raúl, el padre de Monsina y Juanito, en cuanto hermano mayor. El disparate.

Salieron de paseo, con los perros, y tío Gregorio le puso en antecedentes. Doc, Chisa, Estrella, nem, nem, gritaba Raúl. Acudió incluso el cargante Balet, que nunca se despegaba de sus talones, un perro rubio, mezcla de setter irlandés, de perfil regio, hocico rosado y ojos amarillos, de maricón. Los otros dos trotaban por su cuenta, olisqueando. Y le contó el secreto, la historia de cuando Juanito casi pierde la herencia, de cómo un día compareció en casa de tío Raúl una especie de corista diciendo que estaba embarazada, y cómo Juanito, aunque aseguraba que él no tenía nada que ver, tuvo que acabar pagando. Entonces tío Raúl ya estaba paralítico, pero se enteró de todo; dijo que Juanito no podía heredarle mientras estuviese en pecado mortal y lo envió a Montserrat, de ejercicios espirituales. Tío Gregorio llevaba unos prismáticos en bandolera y, por bastón, una vara de acacia descortezada. Generalmente tomaban la riera y luego seguían por algún camino frondoso hasta cualquier fuente. El caño era de hierro y el agua caía sobre una pila circular, hundida a ras de suelo, semiembozada por la hojarasca. Había toscos bancos de piedra, ceñidos a la sinuosidad del talúd, y tomaron asiento al pie de los altos plátanos, contemplando el rameo estremecido. Los troncos estaban llenos de inscripciones y había restos de hogueras, cenizas, piedras renegridas, alguna lata oxidada y retorcida. Tío Gregorio sacó pan con chocolate, las pastillas algo ablandadas dentro del papel de plata.

América, dijo.

Le alentaba a irse, a emigrar como el abuelo, pero no a Cuba, ni siquiera a la Argentina, donde prácticamente ya estaba todo hecho, sino a Venezuela o al Brasil, país de verdadero porvenir. En el interior, el clima es bueno y se puede criar ganado. ¿Qué vas a hacer en España? Si yo volviera a ser joven... Hablaban del Mato Grosso o de los Llanos como de un recuerdo compartido, de un paisaje conocido por ambos. Nada de eso, en cambio, parecía interesar ni a Emilio ni al Mallolet; echaban apenas un vistazo a sus mapas y la idea de emigrar los tres juntos no les atraía más que cualquier otro tema de conversación. Y Raúl se encerraba con sus atlas, con sus tratados de ganadería. Al concluir la merienda, tío Gregorio bebía un poco de agua fresca y después liaba dos cigarrillos.

¿Y África?, preguntó Raúl.

El molino quedaba algo más abajo, en una hondonada. Allí iba solo, siguiendo un camino de carro poco utilizado, con las roderas casi ocultas por la hierba. El edificio estaba en ruinas, sin tejado, sembrado de piedras derrumbadas, y entre los muros crecía matorral de encina,

maraña. Sin embargo, había una pieza reconstruida, y bastaba desatar un cordel para abrir la puerta maciza. Dentro, el suelo estaba cubierto por un lecho de hierba seca y olorosa, una pieza desnuda, con argollas en las paredes. La ventana daba al arroyo, a una esponjosa masa de helechos sobre los que volaban mariposas, y la luz llegaba verde, filtrada; un lugar ideal. Cerró la puerta.

Una vez se trajo al Mallolet y a Emilio y, ocultando su excitación, les propuso convertir aquello en su cuartel general. También es un lugar apropiado para sacar los malos espíritus, dijo Emilio. El Mallolet era el más indiferente: a mí cualquier sitio me va bien, tú. Raúl se arrepintió enseguida, pero afortunadamente ellos parecían haberlo olvidado y se guardó de insistir. Emilio no les hacía caso; dialogaba solo, a gritos, como si representara una comedia, recitaba clasificaciones de Botánica. El Mallolet terminó por enviarle a hacer puñetas. A veces parece que estés sonado, le dijo. Y Emilio soltó una carcajada estentórea. Su madre había venido a pasar unos días y cada tarde le hacía estudiar. Ella cosía a máquina en el comedor, con la Mallola, y charlaban rato y rato. La Mallola salpicó el suelo en zigzag, vaciando el cántaro, y se sentó a enhebrar, la ropa sobre sus rodillas. Cosían muy juntas, con las gafas caladas, haciendo largas pausas para reír a gusto, mientras la nuera, algo retirada, se limitaba a sonreír. Luego volvía a sonar la máquina. Los postigos estaban entornados; por el sol y las moscas.

El noi está pegando el estirón, dijo la madre de Emilio. Y será tan peludo como mi marido. Si le vieras...

Hablaba con lentitud, concentrada en su trabajo. La Mallola habló de su hija, que ahora tendría la edad de Emilio. Ahora, ahora que decían que había un remedio contra la tuberculosis. Calla, calla, dona, dijo la madre de Emilio. Se conocían desde jóvenes, desde que la Mallola estuvo en Barcelona, sirviendo. Evocaban, y cuando al fin bajaron los dos, forcejeando retozones, como si se hicieran cosquillas, les miraron. El Mallolet y sus hermanos trabajaban para el Polit en la trilla y se fueron todos juntos, con los perros. Aventaban en la era, envueltos en un revuelo de briznas ásperas y soleadas, y un mozo valenciano que sostenía el girar de los caballos sobre la paja extendida, cantaba jotas. Raúl y Emilio acompañaron a los que iban al campo, a cargar gavillas. Alguien intentó bobamente meterles miedo con historias de escorpiones ocultos entre los haces. A media tarde reposaron un poco y el porrón pasó de mano en mano. El tejado de la casa destacaba allá lejos, sobre la verde masa del jardín, brillando al sol. Y mientras el Mallolet se entretenía masturbando a su perro, Raúl preguntó al Polit. El Polit contrajo la comisura de los labios. Mal asunto, dijo. Los Mallol, dijo, habían padecido mucho. Durante la guerra, cuando la partida del hijo mayor, el Polit prometió celebrar su

regreso con una cena, con una buena cena. Tardó algunos años en regresar, en regresar de los campos de concentración, hecho un fantasma, en regresar por poco tiempo y para arrastrar con él, además, a su hermana, también contagiada de tuberculosis; y no celebraron nada. Les habían molestado mucho y, aún ahora, ninguno de la familia tenía licencia de armas. Han padecido mucho, repitió. El Mallolet no se llamaba Mallolet, ni su padre Mallol. Pero como eran de can Mallol, al viejo le llamaban así, y a la mujer la Mallola, y al más pequeño, el Mallolet, aunque su nombre era Quim.

Continuaron acarreando, y ya era casi de noche cuando el Polit se irguió y, con los brazos en jarras, dijo que a plegar. Venga, nois, dijo. Volvieron en carro por los caminos ensombrecidos, recostados sobre las gavillas, contemplando el cielo cada vez más incoloro. Luego, en el poyo, proseguían las historias, las divagaciones. Aquella misma noche, probablemente, el Polit recontó las circunstancias de su encarcelamiento, subsiguiente a la entrada de los nacionales, las diversas anécdotas de su reclusión en la escuela del pueblo hasta que fue puesto en libertad vigilada, gracias tanto a la decidida intercesión de tía Paquita y del sargento como a la habilidad de su propia defensa, argumentada en el sentido de que, si bien podía considerársele parte responsable de que la iglesia hubiera sido convertida en almacén, no era menos cierto que tal medida suponía un mal menor, puesto que así, de hecho, al menos la estructura propiamente dicha se había salvado de una irremediable quema. El sargento era Montserrat, mote que databa, decía el Polit, de la época en que iba y venía con el uniforme de jefa de la Cruz Roja. Aún ahora siempre se acercaba a charlar un rato, a encararse con el Polit, y el Polit le seguía la corriente, sabían entenderse. De vez en cuando le entraba el arrechucho de las compotas y entonces la veían llegar resollando, cargada de fruta. Soltó el cesto y se sentó con las piernas extendidas, el pelo suelto, la cara sudorosa.

Usted rai, que tiene temperamento, dijo el Polit.

Coño, ¿y usted?, dijo Montserrat. Si tuviera más temperamento no tendría tanta pancha.

Raúl se quedó con ellos mientras cenaban, hasta que le pegaron un grito desde la torre. Juanito, por el contrario, como Ramona y Pedro y hasta como Felipe, se marchaba en ocasiones sin haberse acercado ni a saludar. Además, todos ellos venían cada vez con menor frecuencia y por menos tiempo; Juanito, a lo sumo, unos pocos días alrededor de la Asunción. Ramona y Pedro preferían la playa, y tía Paquita se lamentaba de su soledad, pero seguía dejándoles pasar largas temporadas en Palamós, con la familia de tío Pedro. Felipe hacía igual, apenas paraba; iba a Puigcerdà, a casa de un amigo, y papá decía que allí tenía una medio novia.

Una chica Roura, gente de posición. Empezó a irle detrás y, por lo que parece, ella no le hace mala cara.

Qué quieres, dijo tía Paquita. Están en la edad de pollear.

¿Pollear?, dijo tío Gregorio.

Es que no lo digo porque sea hijo mío, pero realmente Felipe es un chico excepcional. Bueno, y Raúl lo mismo, claro. Esperad, esperad, y veréis como también sale adelante. ¿Verdad que sí, Raúl?

Felipe se negaba a dar explicaciones, pero se encerraba y escribía cartas. Transformó su habitación, sustituyó la cama por un catre, la mesita de noche por una banqueta, retiró el espejo y dejó las paredes desnudas, sin recortes ni fotografías. Cuando se quedaba en casa apenas salía de allí; todo lo más, una vuelta por el jardín. Una tarde entró en la habitación de Raúl. Sigue, sigue, le dijo, y Raúl intentó reanudar la lectura –un estudio sobre la adaptación de diversas razas europeas de ganado vacuno a los climas tropicales– bajo la mira de Felipe. Felipe se había tumbado en la cama y fumaba un cigarrillo. Al poco, no obstante, le preguntó si no le gustaría jugar al tenis. A tu edad se aprende enseguida. Tengo raquetas de sobra y podríamos ir juntos. Sienta muy bien, ¿sabes? Y, mira, además charlas con la gente, y eso. También preguntó qué pensaba estudiar cuando acabara el bachillerato.

No sé, dijo Raúl, cerrando el libro. A lo mejor Derecho.

Claro, hombre. Derecho está muy bien, dijo Felipe. Es una carrera con muchas salidas.

Luego propuso llegarse hasta el pueblo en bici, a echar un vistazo. Le arregló la raya del pelo, le hizo ponerse una camisa limpia. Pero, hombre, quítate esta pescadora, que es feísima.

Tardaron en localizar a los del grupo, reunidos bajo los pinos de una torre, a las afueras del pueblo. Estaban proyectando una exploración nocturna del cementerio y las chicas chillaban. Lo que hay que hacer es organizar otro día de playa, dijo una. Hablaron de la última excursión; el mar no estaba lejos, se divisaba al doblar la collada, pero la cuesta era fuerte y había que pedalear de firme. Alguien les recordó la caída de Celia.

Hizo unas vistas de campeonato.

Frescos, sois todos unos frescos.

Pasaba lo mismo cada septiembre. Todos estaban un poco hartos de las excursiones, de ir a comer a tal o cual fuente, las de siempre, en definitiva, y de tener que pedalear más de dos horas para llegar a la playa, y de las fiestas y meriendas que cada familia iba dando, ocasiones en las que irremediablemente Javi Solans acabaría por cantar aquellos ojos verdes, lindísima amapola, es imposible, mi vida, tan separados vivir. Mirando a Celia al abrir los brazos, en los momentos más significativos. Se cansaban de los paseos de media

tarde, de las bromas y hasta de los piques y chismes que se habían ido produciendo a lo largo del verano, y las charlas se hacían cada vez más aburridas y divagantes. Y entonces llegaba septiembre y, aunque todavía tuvieran el mes por delante, ya casi era como si el verano se hubiera acabado. Los cateados en alguna asignatura tenían que empollar y, en algunos casos, irse ya a Barcelona, a tomar clases particulares. Es que de mates voy pez, dijo uno mayor, casi tan mayor como Javi Solans. Y charlaban de las películas recién estrenadas o de las que anunciaban los periódicos, todavía por estrenar. Y pese a que todo eso suponía el comienzo de un nuevo curso, las ganas de marcharse, de estar ya en Barcelona, de ver a los otros amigos, a los compañeros de estudios, de ir al cine, de compras, a equiparse para el otoño, eran como contagiosas. El mismo proceso que en junio, cuando todo el mundo iba llegando, pero al revés.

Sólo a Raúl parecía gustarle septiembre y, ahora que no tenía que acompañar a Felipe a un pueblo que se iba vaciando de veraneantes y que Emilio se había ido y que el Mallolet estaba ocupado con la vendimia, salir a caminar solo y descubrir que los lugares que años atrás parecían míticamente lejanos, que cuando iba con los primos requerían un día de excursión, con mochilas, fiambreras, platos de baquelita, cubertería plegable, termos, ahora los alcanzaba con una autonomía y rapidez que ni la misma Mercè acababa de creer al verle llegar antes de la comida, ya de vuelta.

Pavero, más que pavero.

Sirvieron más bebidas, horchata, cerveza. Raúl escuchaba sin soltar el vaso, en segundo término. De pronto su mirada se cruzó con la de Felipe y adivinó que iba a ser mencionado. Este sí que es un donjuán, oyó decir. Tiene enamorado a un colegio entero de niñas. Todos le miraron. Probó de aguantar la expectación, las sonrisas de simpatía y estímulo; bebió precipitadamente. Nada de aquello era verdad. Tal vez, al cruzarse con un grupo de colegialas, ellas reían y alborotaban, o bien, si se cruzaba con una sola, la veía pasar muy tiesa, crispada en su uniforme, sacando pecho, mirando fijo al frente; pero nada más. Y ni siquiera le gustaban, nada en ellas llamaba su atención, las piernas demasiado gordas, el pecho chato, el culo grande, pero no apretado y hermoso sino solamente grande y, en todo caso, informe, la cara poco cuajada, de expresión inhibida, con algún irritante granito, fruto tanto de los cambios propios de la edad como de una desenfrenada pasión por los pasteles. No, no resultaban a pesar de sus esfuerzos al acercarse y pasar de largo, hieráticas en apariencia, pero tensas, con el oído anhelante: inútil, todo inútil. La que a él le gustaba era Celia, tostada por el sol, con su pelo revuelto y su boca pintada exageradamente. Llevaba un cuerpo amarillo, de manga japonesa, y cuando levantaba el brazo se le veía el vello del sobaco, el suave

arranque de la teta. Ella, evidentemente, lo había advertido y repetía el ademán con frecuencia; se echaba para atrás, juntaba las manos en la nuca y reía.

También la observaba durante la misa, los domingos. Celia se situaba siempre en los últimos bancos, entre sus amigas, con rebeca y mantilla. A ratos tomaba el misal y hacía como si leyera, pero lo más atractivo era la expresión de su cara cuando volvía de comulgar, su grueso labio inferior algo húmedo, sus párpados entrecerrados. Raúl se quedaba con los jóvenes, de pie, contra la pared del fondo. Papá y tía Paquita, en cambio, ocupaban invariablemente el primer banco de la izquierda. Iban en tartana con la anticipación debida para que, según deseos de tía Paquita, no fuese necesario fustigar al caballo. Raúl prefería ir caminando, por el atajo. Salía más tarde pero llegaba antes, a tiempo de presenciar –uno de tantos entre los mirones– la irrupción de la tartana en la plaza de la iglesia, tía Paquita sentada delante, negra y erguida frente al mozo, cubierta de velos como una santa. El mozo saltaba a tierra y ayudaba a bajar, mientras algún conocido, alguna señora de edad, acudían afectuosos. El caballo se agitó, inquieto por la multitud que les rodeaba, por los automóviles que seguían apareciendo, y el mozo tuvo que correr a tomarlo de la brida. Los veraneantes formaban corrillos, intercambiaban saludos, y la gente del pueblo, algo aparte, les comentaba, se fijaba en los vestidos. Luego volvió a escucharse el toque de las campanas y fueron entrando. Raúl se quedó en último término, arrimado al portillo del atrio y, no bien penetró un rezagado, aprovechó la lentitud del mecanismo de cierre para escurrirse. Encendió un cigarrillo y, deslumbrado por el sol, se metió en un bar, al otro lado de la calle mayor. Tomó asiento junto a un ventanal desde el que se dominaba toda la plaza. La sala era profunda, con ecos, con transparencias fluidas –como de acuario– a partir del fondo, donde una pequeña puerta se abría al patio, a una violenta cascada de campanillas azules. Había veladores alineados y, ante el mostrador de mármol, dos hombres mezclaban sus voces. Más cerca, con un vermut sobre la mesa, tío Gregorio le miraba en silencio, por encima del periódico desplegado. Caramba, Raúl, dijo. Le invitó a sentarse a su lado, a pedir también su vermut; no acababa de sosegarse.

Qué calor, ¿eh?

Sí, dijo Raúl. Pero aquí se está bien.

Sonrieron a un tiempo y tío Gregorio le palmeó la espalda, encantado.

Mira, la verdad es que no me he movido de aquí. ¿De qué color eran hoy los arreos?

Creo que verde.

Contemplaban los gorriones adueñados de la calle desierta,

ampliamente sombreada, y la conversación discurrió con placidez hasta que empezó a salir gente de la iglesia. Entonces tío Gregorio pagó y se dejaron ver por la plaza. La gente salía despacio, buscándose, quedando para más tarde, las señoras de la colonia cerrando el bolso y doblando la mantilla, congregándose al amparo de los plátanos, floreadas y aparatosas, mientras algunos principiaban a dispersarse reanimando las callejas, el pueblo viejo por el que, otros domingos, Raúl se dedicaba a vagar en tanto no acabara la misa. Vagaba por el pueblo en calma, entre hondos portales y ventanucos, muros color de liquen, rincones con girasoles, geranios colgantes, radiantes trepadoras, y era como de siesta aquella cálida quietud que inevitablemente sería destruida cuando, por encima de los imprecisos arrullos de corral, se elevara el repentino vocerío de la plaza y Raúl tuviera que reintegrarse.

En Barcelona no había problema, y cuando alguna vez acompañó a Mireya a misa de once, al monasterio de Pedralbes, bromeaba por lo bajo implacablemente, le hacía observaciones mordaces. Ella decía que, más que nada, iba por lo maravilloso del sitio, por la música del órgano, y luego, durante el paseo por los alrededores, se dejaba magrear. Por la tarde la llevaba a un bar con reservados y poca luz y música de ambiente. Se compró un encendedor y unas gafas de sol y se apropió de una pitillera dorada que Felipe no usaba nunca. Habitualmente fumaba negro, pero cuando salía con Mireya compraba cigarrillos rubios sueltos y rellenaba la pitillera. Ya en el bar, abría la pitillera y le ofrecía un cigarrillo y, como había visto en una película, encendía al tiempo que ella, de la misma llama. Soltaba una lenta y penetrante bocanada de humo, le pasaba un brazo por los hombros.

Entre semana apenas podían verse; Mireya tenía clases de danza clásica a última hora de la tarde y su padre le había prohibido entretenerse después, llegar pasadas las nueve en punto. La tía estaba muy bien; llevaba una trenza gruesa y larga, y parecía mayor. Hablaba de los palcos del Liceo, de otros chicos, de un antiguo ingeniero. Me encantas porque se te ve tan crío, dijo. Y una tarde, al salir del colegio, Raúl se atrevió, entró en Madame Rita, donde –se decía– no preguntaban la edad. Aguardaba fuera hasta que entraba alguien y, al pasar a la sala, se sentaba a su lado para hacer como que iban juntos. Se quedaba un rato, hundido en el sofá de terciopelo gastado y muelles flojos, observando a las putas una por una, fijándose sobre todo en la forma de llevárselas, en la actitud que había que guardar, en las convenciones propias del sitio, en las palabras y los gestos. Las putas parloteaban y reían, se sobaban, aireaban las sudadas desnudeces que se traslucían bajo los pliegues de nylon, acercándose de vez en cuando, repitiendo el fragmento de alguna canción. Demasiado tarde. Era época de exámenes, finalizaba el curso, y

Mireya se resistía, se mostraba obstinada y distante; dijo que estaba harta de bares oscuros, de altillos y reservados, de escuchar siempre los mismos discos, aquello de caminemos y tal vez nos veremos después. La vio en moto, asida suavemente al tipo, y procuró que ella no le viera cuando frenaron a pocos metros en espera de que cambiaran las luces. Atardecía y Raúl continuó dando vueltas por las calles endomingadas, asomándose a los bares de más jaleo, parándose ante la entrada de los cabarets, de las casas de putas, atisbando. Se decidió en su rincón de terciopelo cedido: una mujer muy morena, de cejas gruesas y párpados hinchados, los labios casi azules, con una sombra de bigote en las comisuras. Subieron al otro piso; los corredores silenciosos y antiguos, levemente alumbrados por globos grises, olían como a colada tibia. Raúl entabló conversación con cualquier frase, sin duda premeditadamente cínica, destinada a facilitar los preliminares, el problema de si debía desnudarse o desnudarla o las dos cosas a un tiempo y en qué orden y empezando por dónde, adelantándose así a toda pregunta por el procedimiento de comportarse como si en modo alguno se tratara de la primera. Pero ella no preguntó. Se colocó encima, a gatas, dándole el culo, abrazándole los muslos, cálida, deslizante, adhesiva, húmeda, sus pechos colgando matizados por la penumbra enrojecida.

Te haré una cosa que te gustará, dijo.

Se lo contó al Mallolet a la primera oportunidad y el Mallolet, con cejas taimadas, dijo que él también. Explicó cómo eran aquellas casas en los pueblos de la comarca, y entraron en los detalles de cada cuándo, de cuántas veces, de durante cuánto rato. Yo voy a lo mío, rápido, dijo el Mallolet. Llamó a sus hermanos y siguieron hablando con entera libertad, como entre compañeros. Estaban en el pretil de la era y los hermanos relataron sus experiencias, anécdotas de cuando la mili principalmente, hasta que la Mallola les llamó para cenar. Y cuando pocos días más tarde llegó Emilio le recibieron muy exaltados, soltándole alusiones, discriminando, retardando en lo posible el aclararle de qué iba. Emilio protestó, les aseguró que ya sí, que lo había hecho y que todo salió muy bien aunque, justo después, le entró un dolor. La historia no era coherente y le hicieron la vaca. El forcejeo les dejó cansados y conciliadores, y cambiaron de tema. Faltaba un solo curso para acabar el bachillerato y era agradable hacer proyectos, pensar en el futuro, en que todo se reducía a saber aguantar otros nueve meses. Nueve meses y ya no habría más formaciones ni misas ni batas de chiquillo ni cigarrillos fumados en los retretes ni domingos pasados haciendo multiplicaciones ni –lo más importante– nada de lo que implicaba, incluso fuera del colegio, ser todavía colegial. A Emilio, sin embargo, aquellas consideraciones parecían importarle poco; lo que le preocupaba era su carrera, su porvenir, y hablaron

seriamente. Había llegado muy cambiado, más alto, y desde luego se afeitaba a diario. Se decía que su padre estaba ganando mucho dinero, que había tenido suerte, que la lampistería llevaba el camino de convertirse en una verdadera empresa de instalaciones eléctricas. Pero Emilio insistía en que su verdadera intención era estudiar medicina. Va, va, cantamañanas, dijo el Mallolet. Hojeaba tebeos sin prestar demasiada atención a lo que decían, se impacientaba. Y pasearon, igual que otros veranos. Aún quedaba alguna cereza pendiendo de las ramas despojadas y en la higuera de la viña había grandes brevas, frutos pálidos e insulsos, no como los higos de septiembre, dulces y rezumantes, de piel como cuajada, resaltando, fisurados de rojo, entre las hojas ásperas y oscuras. Discutieron acerca de las fiestas del pueblo; San Ireneo caía en viernes, pero el Mallolet aseguraba que lo bueno siempre era el sábado por la noche. Acordaron darse una vuelta, asomarse al baile.

En la glorieta, tío Gregorio hacía bascular su silla con los pies apoyados en otro asiento, meditabundo, el vello canoso asomándole por la camisa entreabierta. ¿Miraría quizá las nubes, ajeno a la conversación? Sobre el velador, sus gafas plegadas, el periódico, el paquete de picadura, la taza vacía, con amarillentos churretes de café.

Huía del ruido de las verbenas. O del calor húmedo de Barcelona. O de la Leonor, la raspa, mandona y gruñona, siempre riñéndole por despistado, por no lavarse y cambiarse lo suficiente, por su afición a meterse en la cocina, por sus manías. Siempre tiene que estar quejándose de algo, dijo. Tan buena mujer como insoportable. Se estaba mejor en Vallfosca.

¿Fiestas?, dijo. Eso para el que trabaja.

Se quejaba del calor de Barcelona, de las verbenas, del resplandor de las hogueras y los fuegos artificiales, de la música y los estallidos que no le hubieran dejado pegar un ojo en toda la noche. He venido huyendo. Con lo que no contaba es con que aquí, este año, se dieran tanto los mosquitos. También estaba tía Paquita, fatigada por el viaje, cada vez más estricta, cumpliendo sus devociones, una práctica –la precisa– para cada ocasión: la hora Santa, los cinco sábados de la Purísima, los cinco domingos en honor de las llagas de san Francisco, los seis domingos de san Luis Gonzaga, los siete domingos de san José, los nueve primeros viernes de mes, los quince martes de san Antonio... Cumpliendo, acumulando indulgencias, hablando de la particular protección que gozan los que usan escapulario e, incluso, los que llevan un simple rosario en el bolsillo, siempre dispuesto, discretamente enfundado, refiriendo todavía la horrorosa muerte de Voltaire o la condenación irremisible de Isabel de Inglaterra. Las cuentas de su rosario eran huesos de olivas de olivo del Getsemaní, y las pasaba. Después tocaría el piano, un piano alto y negro, con

apliques para cirios, desafinado de año en año, las teclas estropeadas por los sucesivos aporreos de las visitas; tocaría –Lizt, Chopin, Beethoven– con sus dedos céreos, como delgados bambús, y papá diría invariablemente que Paquita tocaba con mucho sentimiento.

El día de san Ireneo era primer viernes de mes. Tía Paquita y papá fueron al pueblo en tartana, a comulgar. Probablemente fue entonces, al concluir el oficio, cuando empezó a correr la noticia de que la Rosalía había abortado. A Raúl se lo contó Emilio, muy excitado. Por la noche, en casa del Polit, ya se conocían más detalles; que estaba de tres meses, que la hemorragia había sido contenida, que la hemorragia continuaba, que lo hizo con una aguja de hacer media, con un tallo de ruda, con una hoja de hiedra, que el médico se lo diagnosticó abriendo una rana y examinando las entrañas, que como en el caso de la Toni, que al contrario que en el caso de la Mariona, etcétera.

Pues claro, dijo el maño. ¿A quién cojones podían pedir cuentas si la noia, de su hermano para abajo, ha puteado más que una gallina?

Sí, jugando, jugando, y mira, dijo la Mercè.

Trajinaba los platos, los cubiertos. Habían encendido, y el Polit, en el poyo, bostezaba huecamente, con los brazos crispados. Raúl escuchó las ranas, el croar que llegaba de la balsa como un gorgoteo discontinuo. Y yo que contaba con ella para el baile de mañana, dijo el Mallolet. Se la estaba tocando a través del bolsillo.

Lo pasaron bien en la fiesta mayor. Vieron al Polit con su hija y su yerno, que vivían en la costa; llevaba boina nueva y camisa blanca, el cinturón por debajo de la barriga. Les llamó, les invitó a coñac; las mesas de fuera estaban abarrotadas y tuvieron que tomarlo en el mostrador. Había gente de toda la comarca, veraneantes, grupos llegados de otros pueblos que desfilaban apretadamente ante los puestos de feria. En el entoldado, en cambio, la animación era todavía escasa: filas y filas vacías y la orquesta tocando para unas pocas parejas. Se acercaron dos o tres niñas de la colonia y saludaron a Raúl, traviesas y retraídas a un tiempo, mientras Emilio y el Mallolet permanecían a la expectativa. Adoptaban aires desenvueltos, pretendidamente impertinentes, pero se notaba que se aburrían, que querían hacerse invitar. Luego siguieron tropezándose con ellas, demasiadas veces para que aquello fuese casual, y Raúl acabó por hacer como que no las veía. Volvieron a los barracones de tiro y sacaron más cigarrillos y algún botellín de horribles brebajes alcohólicos. Tomaron cerveza y almejas, y en otro bar les invitaron a vino; el Mallolet decía que la almeja era lo que más le gustaba del mundo. Hacía calor, sudaban. Ya de noche, en el entoldado deslumbrante, el Mallolet bailó, con una chica del pueblo vestida de rosa, pero no tardaron en verle regresar abriéndose paso, riendo como un loco, contagiándoles la risa. Reían y se empujaban, y Raúl se sentía

invencible. A la vuelta coincidieron con el Polit y el Polit les dejó subir al carro de vela, cargar las bicis. ¡Dioses que me escucháis!, gritaba Emilio desde atrás, dándoles la espalda, con las piernas para fuera, colgantes y traqueteadas. El Polit sabía habaneras y terminaron por cantar los cuatro, saludando a coro el paso de los coches que encendían las sombrías revueltas de la carretera. Fue como el verano anterior, cuando se incendiaron los montes y todo el mundo acudió a apagar el fuego; el Polit llevaba un tonelete de vino con pitorro de caña y bebieron y también entonces volvieron cantando y Raúl no se dio cuenta de cuánto se habían divertido hasta que ya todo hubo pasado.

El domingo hizo todavía más calor, una mañana bochornosa, anubarrada, de resol quieto y árido, como de ceniza. Raúl les prestó las escopetas y salieron, él con la de tío Pedro. Hablaron de lo de anoche, de la Rosalía. Y cazaron algo; Raúl un grajo viejo que tuvo que rematar a culatazos, entre los alcornoques de ramas grises. Se reunieron en la linde del bosque. A sus pies, en algún lugar de la viña ondeante y turbia, cantaban las perdices. Fue a los pocos pasos, apenas iniciado el descenso, cuando oyeron el alto y, enseguida, un disparo, breve y cortante. El guarda convergía hacia ellos también descendiendo, arrollando los sarmientos, el cañón del rifle humeando levemente.

¡Alto!, repitió.

Se miraron. El guarda, dijo Emilio. Lo vio correr a su lado, sorteando las vides, escurriéndose. Sonó otro disparo y Raúl miró hacia atrás, saltando de lado, zambulléndose entre las cepas retorcidas. El Mallolet no se había movido, seguía en el mismo sitio, delante del guarda, con los brazos levantados. Oyó crujir la tierra y un revuelo de hojas, y vio a Emilio arrastrándose hacia él desde algo más abajo. Lo ha cogido, le oyó decir. Escucharon un tercer disparo y la voz del guarda gritándoles que dejaran las escopetas y se levantaron. ¡Venga, para arriba! Raúl notó sabor a tierra seca, entre los dientes. Se incorporaron, tal vez alzando las manos. Los otros se acercaron despacio, el Mallolet delante, pálido, la boca entreabierta, la cara floja, como sin verles. El guarda, algo retirado, venía con el rifle encarado al nivel de la cintura. Resoplaba, contraído y sudoroso bajo la gorra de plato descolorida. De Vallfosca, ¿eh?, dijo. Cargó con las escopetas y emprendieron la marcha, ellos precediéndole, callados.

Encontraron a papá en el jardín, a la sombra de los tilos. Tío Gregorio acudió inmediatamente, calándose las gafas, y también tía Paquita, todavía con sus mantillas. Papá empezó a lamentarse, a decir que ya se lo había dicho. Dijo que no lo harían más, habló al guarda del alcalde del pueblo, del párroco, de un gobernador civil amigo suyo, le ofreció una copa, algún refresco. El guarda meneaba la

cabeza; dijo que, aparte de que ninguno de los tres tenía licencia, cazar en aquella época era un crimen, en plena veda, cuando las bestias aún estaban con las crías. Eloísa, con ojos espantados, seguía la escena desde un respetuoso segundo término. Entonces intervino tío Gregorio, se lo llevó aparte. Vamos, hombre, que hablando es como se entiende la gente, dijo. Hablaron un rato. Luego vieron a tío Gregorio echar mano de la cartera.

Se fueron hacia la casa del Polit.

Burro, dijo Raúl. No se hubiera atrevido a tirar contra nosotros.

Cagado, dijo Emilio. Maricón.

Todos salieron a su encuentro. ¿Cómo ha sido?, preguntó la Mercè. Los mozos, como recién llegados del campo, todavía sin mudar, alguno afeitándose junto al estanque. Y el Polit, sudoroso y barrigudo, descalzo, los pantalones arremangados, en camiseta.

Éste, que es un maricón.

De pronto el Mallolet se apartó, corrió a meterse en una cuadra abierta. Le siguieron, y en la repentina penumbra pudieron apenas distinguirle arrodillado sobre el lecho de paja, llorando contra la pared del fondo. A su espalda apareció el Polit, en el umbral, aureolado de rubio, con los brazos en jarras y una paja entre los dientes.

Hale, dijo. Vosotros dos, fuera.

IV

Llegar a las Ramblas era no sólo un cambio de calle sino también, y sobre todo, de estado de ánimo. Se percibía nada más dejar la plaza de Cataluña, por ejemplo, y dar los primeros pasos bajo la fluida riada de plátanos, pasear acomodándose al paso de los demás, lento y apretado, en pleno juego de miradas buscadoras, de aproximaciones, de roces. Era un clima de ocio y calentura que no hacía sino espesarse cuando, más abajo, el paseo se estrechaba entre los puestos de flores y el aire calmado del largo atardecer olía tibiamente, como a lirios. La gente salía del trabajo y había algo como de ebriedad o fiebre en aquel ir y venir, la ropa leve, la piel transpirada, en aquel ir y venir sin rumbo fijo que tanto podía llevarles a los pórticos de la Plaza Real como a las tascas de Escudillers, a la derecha de las Ramblas, mientras de un modo imperceptible se encendían las primeras farolas, los primeros rótulos relampagueantes. O bien hacia la izquierda, tomando por Conde del Asalto o Arco del Teatro, hacia San Ramón, San Rafael, San Olegario, Tapias, Robadors, callejas intrincadas con sus antros que olían a grifa, callejas donde, según oscurecía, el resplandor de las luces aislaba los bajos, los rojos portales, el pavimento gastado y angosto, las sucias losas de las aceras, zapatos de tacón alto, caderas salientes, escotes, melenas, ojos pintados, una sucesión de bares, de ámbitos avivados por el humo de los cigarrillos. Desde Tapias se podía salir al Paralelo, ancho y luminoso, acartonado, pero aquello no se animaba hasta más tarde, cuando comenzaran los espectáculos, y decidieron volver atrás, todavía tasqueando, bebiendo vino fresco, algo picado. Ahora se veía menos gente; empezaban a escucharse canciones cantadas a coro y había tipos parados en las esquinas, a la expectativa. Sólo las Ramblas seguían tan animadas como antes, como a cualquier hora de cualquier día. Una brisa salobre, oliendo a puerto, inflaba los plátanos afantasmados por el neón, cargados de pájaros quietos entre las hojas. Y allí, en la terraza de algún bar, la hora del cierre les llegó como por sorpresa. Estaban recogiendo y ensordecía el ruido de los coches al arrancar ante las aceras, de las portezuelas que se cerraban. Las bocacalles se habían oscurecido y grupos inciertos invadían la calzada mezclándose al compacto reguero de coches y motos en su agitada marcha Ramblas arriba.

Eran incansables, y después, en la calma desvaída del Ensanche, seguían discutiendo. A veces Leo se complacía en adoptar actitudes sospechosas para espabilar a los serenos adormecidos. Reían. Alargaban. Primero acompañaban a Federico y luego Leo acompañaba

a Raúl o Raúl acompañaba a Leo, y acababa tomando un tranvía, claro y vacío. Al entrar en casa se encendió la luz de la habitación de papá y, cuando pasaba ante la puerta entornada, sonó una tos, el agitado girar de una cucharilla contra un vaso. Pero hasta que volvió del lavabo no le oyó llamar: Raúl, dijo. Sí, dijo Raúl. Es muy tarde, hijo. ¿Dónde has estado? Le miraba recostado en la cama, mostrando una lacia camisa de puños desplegados, y aguantaba un vaso de leche. En casa de Federico, papá, dijo Raúl. Y papá diría: ¿del chico Quintana? Diría que él había llegado a conocer al viejo Quintana, un tipo muy célebre, que los Quintana eran gente de mucha posición.

Federico prefería la ginebra y entonces no tardaba en volverse locuaz, en meterse en las conversaciones. Se empeñaba en asomarse a Los Maños, o al bar de los ciegos, La Gran Bodega, donde en torno al vino verde de los porrones, a los cenicientos toneles dispuestos a modo de altas mesas, se reunían pequeños carteristas, chorizos, descuideros, confidentes. Viva la policía, gritó. Y el gris, que explicaba que era de Melilla, se dio la vuelta con mala leche. Tú, ¿qué dices? Los de más cerca callaron y hubo una súbita crispación de actitudes, de manos pálidas, de cabezas juntas, boinas sobadas, cráneos con clapas en la pelusa exigua. Intervino Leo. Que viva la policía, dijo. ¿Por qué?, dijo el gris. Porque mantiene el orden, dijo Leo. Bueno, dijo el gris. Pero a ver si lo dices con otra entonación, que ésta no me gusta. Nos entendemos, ¿no? Se volvió a los suyos. No te jode, esos venados. En la calle Federico se puso a cantar y Leo repetía que la verdad es siempre subversiva. Era él quien guiaba, quien conocía todos los rincones, quien decidía lo que se iba a hacer; Federico no sabía ir a ninguna parte. Que me pongan cadenas, dijo. Quiero que me arresten y que me pongan cadenas. Los Maños era un vasto espacio ahumado, de puerta endeble y mostrador con fogones y cazuelas de guisos. Entró un empleado del matadero y vendió al dueño pesadas vísceras de vaca que traía envueltas en periódicos rosáceos, destilantes. Después se cruzaron con un viejo que recogía papeles y los guardaba en un saco; se incorporó en una esquina y, como surgiendo de su ancha chaqueta de invierno, les contempló dulcemente, con ojos grandes y enloquecidos.

Un conocimiento directo de la realidad, inmediato, tangible, epidérmico, la vida a flor de piel, la vida al desnudo de una casa de putas, una pelea de noche de sábado, una redada de putas, el apaleamiento de un borracho por dos o tres serenos y grises, una discusión entre una puta y su macarra, bares sórdidos, cada uno con sus asiduos, una clientela de ciegos que venden lotería, por ejemplo, o de carteristas y rateros, o de proveedores de grifa, o de putas, o simples pajilleras, o maricas, más putas, más borrachos, las confidencias brumosas de uno que luchó en el Ebro, decía, los ojos de

una puta besando a un marine mientras contaba los billetes por detrás del cogote rubio, cosas que no se aprendían en el medio familiar, ni en los barrios residenciales, ni en la universidad, experiencias únicas, frente a las cuales los hábitos y principios propios de su clase eran sólo maquillaje o atavío.

El veintiuno de junio Leo no les había acompañado, quizá pendiente todavía de algún examen. En la parte alta de la ciudad se escuchaban estallidos aislados y, de vez en cuando, el trazo de un cohete se disgregaba en la tarde dorada. Por las proximidades de Los Maños pasó una procesión de barrio, gente tocando música y tipos vestidos de payés, con gigantescas cucharas de madera y cochinillos y corderos cargados sobre el hombro. De cada bar salían a regalarles botellas y dos o tres chicos pasaban la barretina. Detrás de otra orquesta –ahora una banda uniformada–, detrás de la presidencia, de los cirios y estandartes, con el cura, venía una doble fila de niños, y después, precediendo a los uniformes de gala que cerraban la marcha, aislada, altiva, envuelta en velos y olor a retama pisoteada, luciendo los emblemas de la virginidad y el martirio, la Santa, una adolescente sólo traicionada en su papel por el chicle que iba mascando, arrobados el aroma silvestre de aquellos puñados amarillos que, como si fuese oro, echaban a su paso; varias putas se arrodillaron. Lo que está haciendo esta santa se llama competencia desleal, dijo Federico. Siguieron por las calles traspasadas de serpentinas ondeantes, y ya junto a las Ramblas, en un bar recogido y sofisticado, de música suave, alumbrado apenas por bombonas de colores, se encontraron con Adolfo Cuadras. Iba acompañado y les hizo sitio en la barra. Chicos, dijo, bebed algo. A su derecha hubo un girar de pelo lacio, y unos ojos le miraron por encima del hombro, sobre el tirante del vestido.

A éste ya le conozco. ¿No te acuerdas?

No, dijo Raúl.

En casa de Adolfo, tonto. Este invierno.

Este otoño, dijo Adolfo Cuadras. Es Nuria Rivas. Entonces era apenas universitaria, llevaba trenzas y callaba.

Les presentó por lo menos a otros dos y a una chica que se llamaba Luisa o María Luisa y que dijo que estaban celebrando su santo. Es la santa, dijo Federico, pero los demás no le entendieron, y enrojeció. Bromeaban, y Nuria, vuelta de espaldas a la barra, a caballo sobre el asiento, juntaba y abría las rodillas bajo la falda de vuelo. Señaló a Federico. ¿Y éste?, dijo. ¿Es de los que no hablan? Se expresaba libremente, soltando algún taco de vez en cuando, libre de lengua como de maneras. Fue divertido; estuvieron en otro bar, seguramente hacia Escudillers, y todos insistían en que no se fueran. Esta noche que pague Luisa, gritaban. Y Luisa reía y repetía: mira que llegáis a tener pencas. Nuria se colgó del brazo de Adolfo Cuadras.

Lo que no entiendo es por qué tenéis que beber tanto, dijo. A mí me basta con una copa.

Ahí tienes un motivo, dijo Adolfo Cuadras.

Comieron algo en una especie de colmado con montones de bocadillos dispuestos sobre el mostrador y racimos de jamones colgando de lo alto, magros, oscuros, como de caoba. Federico había pedido más ginebra, y Raúl advirtió que Nuria tenía los hombros ligeramente pecosos.

No te perdono que ni me recordaras, decía. Has puesto cara de pensar: ¿me habré acostado con ella?

Es que, realmente, es lo primero que hay que aclarar, dijo Raúl.

Y Federico dijo: ¿entonces eres virgen? Acabaron en casa de Nuria, encerrados en el salón, con las ventanas abiertas. Hablaban de la familia, de los padres. Ella estaba enfrente, sentada en el brazo de una butaca, con un muslo sobre el otro y el codo en el respaldo, junto a la cabeza de Adolfo Cuadras. Se estiraba hasta la boca una mecha de pelo, sin mirar a Raúl ni una sola vez, y de pronto se levantó a cambiar el disco. Adolfo Cuadras apenas intervino en la conversación; fumaba en pipa, escuchaba, el cogote contra el respaldo. En el sofá, Federico explicaba que el momento era solemne, pues sólo pasados otros trescientos sesenta y cinco días volvería el sol a coincidir exactamente con el trópico de Cáncer. Quiso tocar el piano y bailar con Luisa, y al fin se puso a curiosear. El piso parecía espacioso; predominaba la madera y, en el rincón de la chimenea, había estantes de libros y objetos de cobre. Volved cuando os apetezca, dijo Nuria. No tenéis más que telefonear.

Por las verbenas salieron los tres. En la noche de San Juan la ciudad clareaba al resplandor de las hogueras, de los juegos de fuegos artificiales, descomponiéndose en imágenes parciales y discontinuas, fugaces, caóticas, esquinadas, bajo el estallido de los cohetes y la lluvia de chispas y el derrumbarse de los castillos de estrellas y el fulgor de las bengalas y el correr de las tracas, explosiones encadenadas, como zigzagueando entre aquellos bloques compactos sordamente destacados, diseminados como ascuas intermitentes en la negrura. Se respiraba la pólvora y, poco a poco, el cielo bajo se fue aquietando en una esfumación cárdena y humeante. Hacía bochorno y las calles rutilaban recorridas por un gentío revuelto, turbulento, enmarañado por las serpentinas rotas, por las salpicaduras de confetti. A los lados, los bares se ahondaban coloreados por linternas chinescas y vibrantes ristras de flecos y banderitas de papel. Se situaron en un rincón de la barra, junto al ventilador. El dueño llevaba un fez de cartón colorado y la mujer una gorra de papel de seda rosa que sentaba bien a su cara de puta embellecida por el reflejo de las bombonas. La música sonaba más fuerte que de costumbre.

¿Por qué hemos venido aquí?, dijo Federico. Nos encontraremos al pelma del conde Adolfo. Esto es su feudo.

¿Adolfo Cuadras?, dijo Leo. ¿Por qué le tienes rabia?

Es un pijo, dijo Federico.

Pues a mí no me parece mal tipo, dijo Leo. En medio de todo es de lo mejor que corre por la universidad.

Nada, dijo Federico. Es un gilipollas. Además fuma en pipa.

En la plaza del Teatro les regalaron un globo malva de forma más o menos fálica. Había tenderetes de cocas alumbrados con candiles, puestos donde se vendían gorros, flautas de caña, espantasuegras, bigotes postizos, trompetas agudas, y desde todas partes confluían grupos jaleadores. Hubo un amago de pelea colectiva y luego un borracho intentó congregar a la gente, hacerse oír. Estamos en el ombligo del mundo, dijo Leo. Y propuso que al amanecer fueran a los merenderos de la Barceloneta, a ver salir el sol desde la playa, entre familias y parejas y preservativos pringosos tirados en la arena.

Le preguntaron por Teresa. Federico decía que era lista y que estaba muy bien. ¿Por qué no sales con ella?

¿Y tú?, dijo Leo. ¿Por qué no la sacas tú, en vez de quedarte callado en un rincón?

No se fija más que en ti, dijo Federico. Y acabará cazándote. Un día se te tirará en el probador y tendrás que casarte con ella.

Raúl se la había encontrado aquella tarde, cuando hacia última hora pasó a recoger a Leo. Al entrar en el portal oyó que le llamaban y la vio cruzar corriendo, con una percha en la mano. Llevaba una bata clara, sin mangas, abotonada en la espalda, y unas sandalias ligeras que le dejaban el talón suelto. Tú, dijo, a ver si dices a Leo que me deje ir con vosotros. Le precedió en la húmeda penumbra, por los peldaños empinados, y a cada rellano la claridad gris de un reducido arco abierto a ras del suelo destacaba sus pantorrillas demasiado robustas. Estaban todos en la galería; el padre cortaba o hilvanaba en mangas de camisa, con las gafas caladas, y la hermana cosía a máquina. El canario vibraba en la jaula, a un lado de la vidriera, y se divisaba una azotea todavía soleada donde chicos y chicas de medio pelo tendían farolillos y tiras de papel, probaban el tocadiscos. Llegó Federico y, con ojos huidizos, se sentó junto a Leo y encendió un cigarrillo. También llegó el cuñado, oliendo a loción, las mejillas recién rasuradas, azulosas, y el cabello ya cano perfectamente ondulado; escuchaba en silencio. Luego reapareció en camiseta, velludo y taciturno, y fuera sonaron los primeros estallidos. Teresa y la hermana cuchicheaban por su cuenta. Teresa acodada en la máquina, sacando trasero. El padre hizo una pausa y, mirando por encima de las gafas, les propuso beber algo fresco. ¿No tenéis calor?, dijo. Y entonces ellas dijeron sí, y se pusieron a reír. Estamos muy

calientes, dijo Teresa. Se tocó la frente, y la otra hizo como que le tapaba la boca.

Va, va, dijo el padre. En vez de hablar, trae unas cervezas. ¿Qué haces con los brazos cruzados?

Tomaron cerveza, y la hermana, gaseosa, y les explicaron que pensaban ir a comer coca a Montjuich, todos, incluso los niños. Teresa dijo: a lo mejor me sale un novio y, mira, pelamos la pava. Volvieron a reír. Venga, tú, ya está bien, dijo la hermana. Mira que llegas a ser de bestia. La mesa era de comedor y había patrones desordenados bajo unas pesadas tijeras. La radio quedaba en el rincón del sofá-catre, entre sillas gastadas, sobre una mesita cubierta por un tapete que colgaba como un chal, desvaído, con flecos de cuentas amarillas. Y el padre decía:

Entiéndeme, Ferrer: yo soy ante todo un humanista. Es decir, que estoy por el ser humano. Creo en el progreso y en que el mundo, tarde o temprano, dará el salto, del mismo modo que el agua, al llegar a los cien grados, se convierte en vapor. Y tras este salto –llámale revolución o lo que sea– empezará una nueva era, nacerá una sociedad sin clases donde a cada uno se le dará según sus necesidades. El mundo va hacia eso, hacia el socialismo, y ustedes, las personas de cultura, los técnicos, los científicos, son los hombres del mañana. Nosotros no, nosotros ya lo intentamos una vez y fracasamos precisamente porque no estábamos preparados. Ya ve, soy el primero en decirlo, yo que he luchado y he pasado por la cárcel. Y mi yerno, que entonces era muy joven, pero tenía un ideal y estuvo siempre en primera línea, le dirá lo mismo. Nosotros ya no servimos para nada y sólo podemos enseñaros, con lo que hicimos, lo que vosotros no debéis repetir.

No te preocupes, que lo que hay que hacer la próxima vez está bien claro, dijo el cuñado. Aquello sí que será una buena verbena. Una de gorda, quiero decir.

Hablaba bruscamente, discrepando, y si le hacían alguna pregunta les miraba con recelo. El padre esperaba, le dejaba acabar, y después, como cerrando un paréntesis, proseguía a partir de la frase en que había sido interrumpido. Contrastaban sus recuerdos, y la conversación terminaba por derivar hacia anécdotas de la guerra civil: el asalto a los cuarteles de Atarazanas, la desorganización en el campo republicano, Teruel, la caída de Alicante, la retirada, las cárceles, los fusilamientos. Y cuando al fin Leo se ponía de pie, el padre también se incorporaba, la voz insegura, los ojos apresurados, escrutadores.: Dispensen, decía. Dispensen si les hago perder el tiempo con mis historias. Yo soy una persona que ha tenido poca preparación mental y no me puedo comparar a ustedes ni en estudios ni en cultura, pero todo eso de que les hablo son cosas que puedo transmitir porque las

he vivido, y considero que vosotros, que sois los hombres del mañana, tenéis que conocerlas.

Fue una época de incendios. No pasaba día sin que, en algún momento, se oyeran decrecientes las sirenas de los bomberos. Los periódicos comentaban la racha al anunciar que en tal almacén, en una nave de tal industria, en el número tal de tal y tal calle, a pesar de o gracias a la oportuna y eficaz intervención de los bomberos, etcétera. Raúl leía a la sombra del ciruelo, en la parte de atrás del jardín. Se levantaba tarde y, mientras desayunaba, Eloísa recogía las ciruelas caídas. Decía que eran las mejores y se quejaba de los pájaros que, no bien amanecía, venían a comérselas. Cuando tenía ganas de charlar se sentaba en los escalones, con las ciruelas embolsadas en el delantal, y a partir de cualquier pregunta sin importancia le hacía dejar la lectura y conversaban un rato. Contó que en la compra nadie podía creer que su pelo fuese natural, aquella gruesa trenza arrollada como una corona que ahora se toqueteaba con mimo, rechoncha y satisfecha. Raúl le hizo alguna broma acerca de los hombres y ella aseguró que, por más que se metieran con ella, ni se molestaba en mirarles. ¡Amos!, decía. Eran preguntas y respuestas ya sabidas, comentarios ya comentados, una charla siempre mantenida en el tono adecuado. ¿Cuántos años debía tener? ¿Cincuenta y algo, bajo aquella apariencia a la vez infantil y coqueta? Salía misteriosamente los jueves y los domingos por la tarde. A ver unos parientes, decía.

De vez en cuando caía una nueva ciruela y, si Raúl se quedaba solo, no tardaba en oírse el rebullir de los pájaros entre las hojas. Luego daba un paseo, remontaba el barrio hasta donde las calles terminaban cortadas por las vertientes de hierba seca; entonces trepaba por los senderos sinuosos y desde algún repecho de las lomas yermas contemplaba la ciudad inmensa, sumida en una bruma baja, entreverada de sol, con la masa morácea de Montjuich destacándose al fondo.

Hacia media tarde se veía con Federico. Leo estaba fuera desde San Pedro, desde antes incluso, pasando unos días en el pueblo. Y una noche Federico le invitó a su casa; se lo dijo por teléfono, con aparente naturalidad. Pusieron discos, apoltronados en amplias butacas de cuero, y una doncella les sirvió whisky con hielo. Era un salón silencioso, impecable, y el comedor contiguo, a nivel ligeramente superior, también daba la sensación de estar apenas habitado, sin estrenar. Cenaron frente por frente, a la mitad de una larga mesa ovalada, y sobre sus cabezas parecía desplomarse una araña de lágrimas refulgentes. Federico le explicó que su familia se había ido de veraneo; hablaba poco y sonreía, como disimulando una broma, como ateniéndose a una complicidad oculta. Después salieron, pero sin Leo los bares de siempre no eran lo mismo; ellos no sabían

intervenir en las conversaciones, provocar con una sola frase la situación más impensada. Se quedaban apagados, al margen, y ya de regreso, con sueño, convinieron en que había que descubrir algún sitio nuevo.

Y acabó decidiéndose. Se puso al teléfono una mujer de voz afectada, y Nuria tardó en acudir. Oh, sí, venid enseguida, dijo. Tengo una tarde de lo más fotuda; leo tres veces el mismo párrafo y ni me entero de lo que pone. Habían bebido bastante y Federico se dejó llevar. Nuria les recibió en pantalones vaqueros y camisa negra, con ojos vivos, de duende; el vestíbulo olía a tabaco rubio y, más adentro, sonaban unos tacones contra el parquet, alejándose. Subieron al ático por una escalera interior. Nuria de una carrera, el pelo lacio y claro barriéndole los hombros. Aquí estaremos más independientes, dijo. Se trataba de una habitación confortable y amplia, con la cama insertada en un conjunto de estanterías y puertas de roble y, ante el cristal de la terraza, una mesa de trabajo cubierta de libros y papeles. Fuera había dos o tres asientos de lona y un tocadiscos portátil, y desde la baranda se dominaba un compacto panorama de azoteas y terrazas. Bebieron ginebra, y Nuria sacó un encendedor que le pesaba en el bolsillo de la camisa, que le desequilibraba la línea del pecho.

Me gusta esta camisa, dijo Raúl.

Es de mi hermano, dijo Nuria. Como está pegando el estirón, sus cosas ya me van bien y me las pongo.

Fumaba sentada en el suelo, abrazándose las rodillas. Federico revolvía los discos por su cuenta, como para matar el tiempo. Leo Ferrer, murmuraba. Te gusta Leo Ferrer. Y de pronto preguntó: ¿si fumas por qué no bebes? Y ella dijo: ¿eres tonto o dices tonterías? Federico se echó a reír. Cómo me maltrata, dijo, y sirviéndose más ginebra les escuchó algo congestionado, con párpados risueños y pesados. ¿De qué hablaron? Nuria bromeaba abruptamente, agresiva, y Raúl seguía el juego. Al hacerse de noche encendieron la luz, bajo el toldo de brezo marrón, y Nuria acariciaba al siamés, un gato afilado y hermético. Alguien mencionó a Adolfo Cuadras. Le quiero mucho, dijo Nuria. Le conozco desde niña, de los veranos, y me parecía tan mayor. Lo dijo ya en la puerta, cuando se iban. Y entonces llegó el señor Rivas, cordial y expansivo, de jugar un rato al tenis o, al menos, con aspecto de haberlo hecho; mantuvo abierto el ascensor mientras les estrechaba la mano como un amigo. Un hombre juvenil, de cabellos bellamente blancos en contraste con la tez curtida, los ojos iguales a los de Nuria, y desde el umbral les sonrió todavía, con una mano tras el cuello de ella, en la nuca.

Federico dijo enseguida:

Te ha gustado, di la verdad.

¿Y a ti?

Nada, primero tú; di la verdad, reconócelo.

Es que realmente no está nada mal. Tiene algo que me pone cachondo.

Pues yo prefiero a santa Luisa, me pone mucho más cachondo. Ésta es una chica discreta: una burguesita catalana, moderna, con sus gatos, sus discos y sus pinitos intelectuales. Seguro que es una discípula del conde Adolfo. Santa Luisa tiene más gracia, es más natural, más cursi. ¿Por qué no salimos con ella?

A la vez siguiente volvió solo, también hacia media tarde, y le propuso dar una vuelta. Fueron a la Plaza Real y tomaron algo bajo los pórticos contemplando el corto revuelo de las palomas que, como aventadas, sombreaban fugaces las amarillas fachadas al toque del poniente. Por lo general charlaban allí, sentados en cualquier terraza de los pórticos, y después rondaban un rato por Escudillers, de tapeo. Pasearon incluso por el otro lado de las Ramblas, hacia Robadors, entre putas que les seguían con la vista y tipos que se paraban a mirarla, frases, estrofas alusivas canturreadas según pasaban. Se adentraron en un bar y, al claror rojizo, les abrieron un hueco con expectación. Raúl fumaba un tanto envarado, oyendo apenas las observaciones que ella le hacía, cubriéndola por detrás con el brazo extendido hasta la barra. Chaval, oyó que decían. ¿Ya podrás tú solo? Nuria, en cambio, se movía con absoluta desenvoltura, colgada de su brazo, riendo, sacando la lengua, haciéndoles pam y pipa. Se soltó y se detuvo detenidamente ante un escaparate de preservativos. Déjales que digan, dijo. No fueron a Los Maños ni, mucho menos, a La Gran Bodega. Con Nuria, Raúl prefería recorrer los bares sofisticados próximos a las Ramblas, las cavas de jazz, los locales de flamenco. Hablaban de los prejuicios sexuales, de las inhibiciones como causa de frigidez, del homosexualismo, de religión. Nuria admitió que creía vagamente, aunque no practicaba; su padre tampoco, y aún recordaba los últimos intentos de su madre para llevarles a misa de doce como a una reunión de sociedad. ¿Por qué el mundo ha de tener un principio creador distinto a sí mismo?, decía Raúl. ¿Por qué Dios no necesita un creador y el mundo sí? Nuria meditaba. Adolfo piensa igual que tú, dijo. Dice lo mismo acerca de casi todo. Una de aquellas tardes salieron los tres. La madre de Nuria había empezado el veraneo con los pequeños; Nuria se había quedado con su padre y una criada. El padre comparecía a lo sumo a las horas de comer, y aquella tarde, cuando ya habían decidido quedarse tranquilamente en casa, a oír discos, se presentó Adolfo Cuadras. No dio muestras de sorpresa ni preguntó nada, no más ensimismado que en otras ocasiones, y encendió la pipa. Sentado laxamente, conversó con Raúl acerca de los exámenes, etcétera. Nuria reapareció cambiada. Vámonos por ahí, ¿no?, dijo, y salieron. Adolfo Cuadras preguntó por Federico, por Leo.

¿Leo qué?, dijo Nuria. ¿Leopoldo?

Leo a secas, dijo Raúl. Nació en agosto y le pusieron Leo. Pero oficialmente se llama Leonardo. Es de los que fueron bautizados después de la guerra.

¿Sois todos del mismo curso?

Federico no; él estudia Exactas.

Y yo soy el ganapia de la clase, dijo Adolfo Cuadras.

Ocupaban exactamente los mismos asientos, con Nuria entre los dos, de espaldas a la barra, igual que entonces. En el espejo de enfrente, tras la barra, por encima de las filas de botellería y de las fotos dedicadas, su pelo claro destacaba ante la turbia penumbra de colores matizados. La conversación fue árida, mantenida como forzadamente sobre cuestiones generales, la importancia de alguna obra de Sartre, de Pavese, la asfixia intelectual y moral en que vivían, la falta de inquietudes del universitario, la mediocridad de todo. Nuria dijo que en Filosofía y Letras aún era peor, que un solo curso había bastado para hartarla de aquel ambiente parroquial de curas y monjas, de jóvenes marchitos, de niñas que únicamente estudiaban para buscar novio o por desesperar de encontrarlo. Deambulaban indecisos, dando rodeos, y las calles intrincadas se agrisaban en el prolongado atardecer. Pero Adolfo Cuadras les descubrió La Venta. Había dos flamencos con tacones rojos y, en un rincón, un guitarrista que no tocaba y un vendedor de cacahuetes, tiras de bacalao y huevos duros. El guitarrista era gitano, craso y canoso, de manos como sapitos. También había un cliente, contra el mostrador, congregando con su gracejo a las camareras emputecidas. Y una de las locas cruzó ante su mesa, altivo, comprimiendo el negro trasero de pera, mirándoles con desplante al prorrumpir en un desgañitado estribillo de fandango. Se olía a urinario, a sótano. Había un falso brocal y una falsa ventana enrejada, con flores de papel, y las paredes estaban recubiertas por un armazón de verdes listones entramados, simulando un patio, todo ello bastante deteriorado, iluminado con pobres bombillas.

Es demasiado pronto, dijo Adolfo Cuadras. Esto se anima de noche, a última hora, cuando cierran los bares.

Podemos volver otro día. Cualquier otra noche que salgamos por ahí.

Sí, tenemos que volver.

Estaban en la terraza, a la sombra del toldo de brezo. Nuria ponía un disco tras otro; decía que la habitación de la criada quedaba justo debajo, que sabía que se sentaba a escucharles junto a la ventana abierta.

Le quiero mucho, dijo. Pero a veces me exaspera. Me mira y me mira y se le ponen ojos de borrego. Pobre Adolfo.

Explicó que estaba enamorado de ella desde siempre, desde que ella

era casi una niña, cuando veraneaban en el mismo pueblo. Y nunca se había atrevido a decírselo explícitamente ni a tocarla. Tenía atractivo, con su cara angulosa y sombría, y hubo una época en la que, de ser más atrevido, quizás hubiera conseguido que le hiciera caso. Estuvo enfermo bastante tiempo, tuberculoso, y ella pensó que se le pasaría. Pero no, con la enfermedad no se le pasó más que algún curso de sus estudios. Le prestaba libros y escribía poemas.

¿Y quién no los ha escrito a determinada edad?, dijo Raúl.

Es que los suyos eran buenos de verdad, dijo Nuria. Si estudia Derecho es sólo para justificarse ante la familia, para ir tirando, porque ser escritor es una cosa que no se puede demostrar de antemano. Pero ahora escribe relatos y estoy segura de que a la larga piensa dedicarse a escribir.

Se encaró con él, vacilante, como turbada. Y yo también quisiera hacerlo, añadió. Y desde el borde del asiento, acodada sobre las rodillas juntas, le reveló todos sus proyectos, sus dudas. Había olvidado el cigarrillo en el cenicero y soltaba las palabras con precipitación, nerviosamente. ¿Dejar la universidad? ¿Trabajar como secretaria de su padre? ¿Llevar una librería especializada en ediciones de arte, como su padre había propuesto financiarle? ¿Irse a Inglaterra a estudiar idiomas, y tener así más tiempo para escribir? Razonaron. Raúl le hizo ver que lo de secretaria del padre sería siempre un trabajo ficticio, y que el libro, desde el punto de vista del librero, era, en definitiva, una mercancía como cualquier otra. Si yo pudiera irme a Inglaterra, no lo pensaría dos veces, dijo. A Inglaterra o a donde sea. Y confesó que tampoco a él le interesaba en lo más mínimo la carrera de Derecho, que únicamente la estudiaba porque quería ser diplomático.

Encuentro que es una carrera estupenda, dijo Nuria. Viajar, conocer otros países.

Y sobre todo, te deja tiempo libre para escribir, estudiar o hacer lo que te dé la gana. Por cierto, a ver si me enseñas lo que escribes.

Oh, no, rió Nuria. No pienso hacerlo hasta que tenga algo que valga realmente la pena.

Se dieron cuenta de que era tarde; una brisa ligera soplaba refrescante. Nuria, a su lado, abrió los brazos sobre el respaldo, como desperezándose. Va bien hablar así, de estas cosas, de vez en cuando, dijo. El día había sido caluroso y, después de comer, Raúl paseó hasta las laderas sequizas, al sol declinante, sesgado de polvo. Llegó sudado, y Nuria le preguntó si no quería ducharse. La oía canturrear y, luego, por la puerta apenas entreabierta, le pasó una toalla de baño. Raúl le había regalado una baratija, un elefantito de cartón que compró en un tenderete callejero, rosado y gordezuelo, de una desnudez difusamente obscena. Se sentaron en la terraza, de lado, y puso buen cuidado en no tocarla.

Ellos, intrigados, intentaban tirarle de la lengua. Pero Raúl no se dejó sorprender.

¿Cómo va la nena?, preguntó Leo.

¿Qué nena?

Si ya sé quién es: una discípula del conde Adolfo.

Discutieron de nuevo. Raúl decía que Adolfo Cuadras tampoco estaba tan mal, que era inteligente y muy aprovechable.

Y si el curso que viene queremos hacer algo en la universidad, desde luego habrá que contar con él. Y más como él que hubiera.

Es un metafísico y un dandy, dijo Federico. Vamos, un tipo vacío, un pelma. Es que no hay más que verle, coño. Un dandy.

Si tú te crees que tienes pinta de obrero. No basta quitarse la corbata para dejar de parecer un señorito.

Sonaba una sirena progresivamente próxima, penetrante, y el tránsito se interrumpió a golpes de silbato. De la cafetería salieron dos o tres mirones, y en la terraza se incorporó algún cliente a presenciar el paso veloz de los motoristas por la avenida tan de súbito despejada, los rojos coches de los bomberos. Cuando todo hubo pasado, Leo hizo una seña y repararon en una tertulia de viejos señores que, desde una mesa vecina, escuchaban aburridamente su conversación. Era en el Nebraska o Arkansas o algo parecido, junto a casa de Federico.

Nos ha tocado vivir una época sombría, comenzó Leo.

Habló como meditabundo, pero por lo bajo se entrecruzaron sus miradas maliciosas.

Malos tiempos, sí. Se diría que estamos en el umbral de una nueva Edad Media. De unos años a esta parte, Occidente no va sino que de claudicación en claudicación; primero los asiáticos, luego los africanos y así hasta los papúes. Y al final, ya verás, serán ellos quienes acabarán metiendo las narices en nuestra propia casa.

Bueno, es que de la decadencia de Occidente desde ese punto de vista, de su pérdida de posiciones y de influencias, ni vale la pena hablar. Yo me refería a su propia descomposición interna, a las convulsiones sociales que lo corroen como un cáncer.

Ya. Al triunfo del hombre masa, a esa sociedad de robots a la que poco a poco nos vamos acercando.

Exactamente. Por un camino o por otro, desde arriba o desde abajo, a eso vamos. Un mundo uniforme en el que no habrá lugar para la iniciativa privada, un mundo sin beneficios estimulantes ni alicientes de ningún tipo.

Ni espiritualidad ni religión que sirva de freno a los instintos, a las pasiones más primarias.

Un mundo vulgar y materialista.

Y es lógico. ¿Qué otra cosa cabe esperar cuando desaparecen las élites y las clases bajas se hacen con el poder? Si son gente sin cultura,

sin ideales, sin noción de patria ni otro interés que su puñetero salario.

Era agradable aquello de llegar a entenderse con una mirada, con medias palabras o, incluso, sin palabras. Leo había vuelto muy moreno, con mayor vitalidad todavía, fortalecido. Alguna mañana iban a bañarse a la Barceloneta, más bien tarde, cuando la playa se vaciaba de familias y aparecían las putas. La arena era un tanto polvorienta y donde rompía el oleaje flotaba casi siempre una sucia orla de detritus ciudadanos. Pero entraban buceando y nadaban lejos, hasta las aguas limpiamente azules. Entonces se desnudaban, chapoteaban y se dejaban derivar con el bañador en la mano. Tomaban el sol y se entretenían contemplando los atléticos atletas que se lucían cara al público, arrogantes, los músculos tensos, el pequeño bikini bien abultado, con un paquete de rubio semiasomando por encima de la ingle y una medallita de oro entre los pectorales peludos. Y, en la piscina, los exhibicionistas de la palanca y los mariconazos acechantes. Después tomaban una cerveza en el bar, a la sombra del cañizo. Un domingo les acompañó Floreal y ellos le preguntaron una vez más por la huelga general del cincuenta y uno, el boicot a los tranvías, los incendios de coches, la acción directa, las manifestaciones de masas. Había un clima de verdadera exasperación y llegamos a crear una situación prerrevolucionaria. Explicó su trabajo en el banco, la pérdida de conciencia de los empleados que, ganando lo mismo que un obrero, creían ser más por el simple hecho de llevar corbata. Hablaron de los horteras, lo peor de todo.

Cuando era pequeño tenía estudiado un plan para atracar el banco de mi padre, dijo Federico. Está de mandamás desde hace tantos años que ni puede concebir que no me interese por las finanzas. Yo le digo que sí, claro. Pero, por mi parte, la revolución valdría la pena aunque sólo fuera para ver cómo volvía a refugiarse en cualquier barco del puerto con bandera extranjera, para verle subir por la pasarela disfrazado de puta.

La vuelta la hicieron en tranvías, apretados entre gente acalorada y sudorosa, bolsos de lona húmeda, rebozados de áspera arena. La cola era larga y Raúl había sugerido tomar un taxi, pero Floreal dijo que no valía la pena. A Leo tampoco parecía importarle; reía y bromeaba, separado por los apretujones, imitando a los chavas. Cada mañana se llevaba un bocadillo y lo tomaba en el bar, con la cerveza. Raúl prefería aquello, la calma de los días corrientes, cuando la playa no estaba excesivamente llena y en el bar nunca faltaba una mesa libre. Y había dos chicas bebiendo cocacola con una paja y Leo empezó a tontear y a decirles cosas y Raúl lo mismo, y acabaron por ligar. Federico callaba, permanecía al margen, y tuvo que esperarles. Leo salió contento. La de Raúl, en cambio, mientras se cambiaban en una

cabina de matrimonio, sólo se dejó tocar y, al besarse, le pasó un residuo de comida, quizás alguna fibra de carne o un tegumento de naranja. Le olía mal el aliento.

Habló por teléfono con Nuria y quedaron como siempre. Cuando llegó, le abrió la puerta ella misma, de un tirón, y le miró significativamente. Sube, sube, que está Adolfo, dijo. En la terraza, Adolfo Cuadras escuchaba algún poema de Les Fleurs du Mal cantado por Ferré. Sonrió apaciblemente.

Se me ha ocurrido venir por si os apetece dar una vuelta, dijo.

Como queráis, dijo Nuria. Salid vosotros. Yo prefiero quedarme en casa.

Se quejó de que no había dado pie con bola en todo el día, uno de esos días en que todo sale del revés. Enumeró las ventajas de ser mujer, un objeto tan respetado que no podía permitirse ninguna de las libertades más elementales para cualquier hombre. Se expresaba burlonamente, intercalando aquí y allá los coños y los caray con la mayor naturalidad. Raúl preguntó a Adolfo por algún libro y cambiaron impresiones acerca de sus compañeros de curso, de la monótona y lánguida vida universitaria. Nuria se apartó, arrastró un almohadón hasta la baranda y se sentó de costado contra los barrotes, en silencio, casi dándoles la espalda. Llevaba un traje claro y ligero, y a Raúl le hizo el efecto de que iba sin sostenes. Me parece que acabaré odiando a Baudelaire, la oyeron decir al poco rato, sin volverse, con la cara dejadamente reclinada en la baranda. Pusieron otro disco, y fue entonces cuando Raúl advirtió que ella le miraba por encima de Adolfo Cuadras. La conversación se fue espaciando, con pausas cada vez más largas entre frase y frase. Raúl respondía con vaguedades; le costaba trabajo decir algo y más aún prestar atención a lo que se decía. Empezaba a oscurecer, pero nadie se levantó a encender la luz. Entonces Adolfo Cuadras recogió su tabaco, su encendedor.

Bueno, dijo. Os dejo.

Nuria no se movió.

Chao, Adolfo, dijo. No te acompaño, ¿eh?

Sin embargo, se incorporó inmediatamente y trasladó el almohadón junto al tocadiscos. Bebió un trago de ginebra, encendió un cigarrillo. Qué pesado es a veces, el pobre, dijo. Se había sentado a sus pies y, por el escote boqueante, Raúl comprobó que, efectivamente, no llevaba sostenes. Estaban casi a oscuras y se hizo un silencio. Luego, Raúl se deslizó hasta el suelo. Lo siento por él, dijo. Se besaron, profundamente, ella abrazada a su cuello, entrelazados, retorcidos, y entre sus manos aparecieron los pechos, muy blancos a la luz desfalleciente. Se encontraron dentro, sobre la cama, y todo sucedió de un modo quizás algo precipitado. Fue en la segunda quincena de julio, un jueves o tal vez un domingo, y estaban solos en la casa, la

criada había salido. Él aguardó tumbado en la cama, desnudo, y ella volvió envuelta en una toalla de baño y dijo: me parece que lo conseguiste, Raúl. Por la noche, claro está, hablaron de nuevo por teléfono. La conversación fue larga.

A veces se olvidaban del tocadiscos y entonces Nuria tenía que salir en un santiamén, apenas cubierta, a cargarlo otra vez de discos grandes. Bromeaban, jugaban, probaban, y el tiempo se hacía corto probando, comprobando los efectos de levantarle una pierna hasta doblársela sobre las tetas, o de levantarle las dos, estrechándolas, o de sentarse frente por frente, balanceándose abrazados, o de hacerlo por detrás, a gatas, enlazados como perros, problemas de angulación, de inclinaciones, de aficiones retorcidas, gusto manifiesto por las posturas difíciles. Aquellos juegos y aquellas probaturas que de pronto se transformaban en algo diferente, aquella súbita seriedad que borraba sus risas como en una sorda pelea, aquel paso de las cosquillas y los volteos a un apretado y trémulo abrazo mientras, parado otra vez el tocadiscos, de fuera llegaban las voces y las llamadas, los gritos de los chiquillos. Un súbito sesgo, el brusco cambio de tono cuando en ella y como a pesar suyo, abandonando todo sarcasmo, se quebraba su desenvoltura y, con expresión dolorida, abatía la cabeza sobre el pelo revuelto, cerrando los ojos al contraído ahogo, a la loca respiración, al creciente espasmo orgullosamente conseguido. Después fumaban, tendidos muy juntos, y ella le exponía sus preocupaciones. Se incorporó sobre el codo doblado.

¿Qué te parece, Pipo?

Que no tienes razón, hombrecilla.

No me llames hombrecilla. Y di, ¿por qué no tengo razón?

Y tú, ¿por qué me llamas Pipo?

Y ella: porque me da la gana, coño.

Y entonces se revolvía, y él la inmovilizaba, recomenzaban el juego, cálidamente sudorosos. Pero las horas eran siempre breves y tuvieron que vestirse a toda prisa. Nuria se arregló el pelo, disimuló con polvos los colores subidos de la cara. También rehizo la cama y lavó la toalla, la puso a secar en la terraza. Decía que no se fiaba de la criada, aquella jovencita que, al abrir a Raúl, sonreía como un cómplice y se movía tan silenciosamente.

Acabarán pillándonos, dijo.

Habló de las relaciones con la familia, de su padre, un hombre de carácter extraordinariamente joven y abierto, de un buen gusto instintivo, capaz de simultanear la fábrica de papel con el tenis, y el tenis con una verdadera pasión por el arte y los libros, las exposiciones, los conciertos. La noche anterior habían salido juntos, la llevó a cenar y a un cabaret al aire libre, alegre –aseguró ella– como un chico de veinte años. Mi madre es diferente, dijo.

El señor Rivas parecía sentir simpatía por Raúl y nunca preguntaba lo que habían hecho. Los acogía cordialmente, sin hacer cumplidos, cuando llegaban a casa, y atraía a Nuria contra su pecho diciendo que la Nuri era la mujer más guapa y más inteligente del mundo. Charlaron de caza y el señor Rivas le enseñó fotos de los perros de aguas que tenía en la finca, para el pato. Raúl tuvo que prometerle que el próximo invierno cazarían juntos algún fin de semana.

Para entonces ellos ya sabían que iban a separarse por una quincena, la primera de agosto; que el padre se tomaba unas vacaciones y Nuria tenía que acompañarle. Ahora apenas iban de tasqueo, y hasta de la Plaza Real parecían cansados. Salían poco, todo lo más a tomar una copa en cualquier cafetería de la parte alta de la ciudad. Un día la llevó a su casa, cuando ella le regaló la tortuguita y fueron a soltarla en el jardín. Estuvieron un rato sentados en los peldaños, contemplando sus cautelosos movimientos de exploración. Discutieron su posible sexo, coincidiendo en que más bien se trataba de un macho. Nuria propuso que le llamaran Camarlengo. Pero en razón de que era una tortuga y, sobre todo, del escudo espléndidamente dibujado de su caparazón, acordaron que se iba a llamar Aquiles. Eloísa les había recibido con recelo, como enmudecida, y desapareció enseguida; pero, al marchar, Raúl percibió el delicado chasquido de las tablillas de una persiana y, como una sensación casi física, el peso de la mirada que les siguió hasta la calle.

La víspera de la partida fue él quien le hizo un nuevo regalo: el Pajarraco. Se le había acabado el dinero y tuvo que vender más libros, polvorientos volúmenes encuadernados en pergamino que le compraban en una librería de lance: Subida al Monte Carmelo, Guía de Pecadores, Las Moradas, una edición ilustrada de El Paraíso Perdido, etcétera. Pero el Pajarraco le sedujo en cuanto lo vio, al pasar ante el escaparate, una cerámica de tonos sombríos, mezcla de fraile y de pájaro ganchudo, como diseñada por un esquizofrénico.

Espero que no traiga mala suerte, dijo Nuria. Según y como, tiene algo de cuervo.

No. Es un ser benéfico. Feo, pero bueno.

No fue una tarde como las otras. Ella parecía algo absorta, echada a su lado mirando el techo. De pronto se dio la vuelta sobre Raúl y él le acarició la espalda, las duras nalguitas.

¿Pero tú me quieres?, dijo Nuria.

Claro, tonta, dijo Raúl.

Ella le miraba, inescrutables sus pupilas vistas desde tan cerca; luego la sintió descender, abrazándole. Se vistieron antes que de costumbre y, sentados en la terraza, escucharon alguna canción, le rouge pour naître à Barcelone, le noir pour mourir à Paris.

En realidad podría no ir a Inglaterra, dijo Nuria. Igual puedo

aprender idiomas desde aquí.

Pero ¿por qué? Me parece absurdo. Si yo pudiera irme, no lo pensaría dos veces.

Nuria no respondió. Fumaba, con el siamés adormecido sobre sus rodillas. Fuera se destacaban las vivas ventanas de verano, iluminadas, con voces y gente. Se despidieron, y entonces ella le dejó en la mano un sobre cerrado, le apretó los dedos. No la leas hasta mañana, dijo. Prométemelo. Y cerró la puerta sin esperar que se metiera en el ascensor.

La leyó al pie de un farol, atropelladamente, y volvió a casa caminando, cantando por dentro. Allí la leyó de nuevo y sólo al día siguiente decidió si era mejor contestar enseguida o bien esperar, si la respuesta debía ser breve, si debía extenderse. Había quedado con Leo, pero antes se encerró en su habitación y redactó la carta una y otra vez, hasta conseguir que toda ella tuviera el tono adecuado.

Había discusión, y los alambreos del canario en la jaula resultaban crispantes. La revolución ha de ser pacífica, repetía el padre para hacerse oír. Y acabó por terciar la hermana, desde la plancha, inclinada sobre los blancos revuelos de vapor. A ver si habláis más bajo, jolín, que se va a enterar todo el barrio. Entonces, el padre aprovechó para insistir en que con la violencia no se conseguía nada, como ya se demostró en la guerra civil; en que, frente al poder, ellos estaban con las manos vacías.

¡Pues se busca con qué llenarlas, collons!, gritó el cuñado. ¿O es que antes no pasaba lo mismo? ¿Y cómo se ganaban las huelgas ? ¡A tiros! ¡Con bombas! Hay que despertar al pueblo. Ahora no piensan más que en el fútbol y hay que despertarles con una buena sacudida.

Los demás se mantenían al margen, Leo, Federico, y Floreal incluso tenía pinta de divertirse. Teresa escuchaba y callaba. Raúl se había situado en el sofá e, inevitablemente, los ojos se le iban al gran cromo de enfrente, reproducción de alguna pintura académica, sin duda, que representaba a Nerón presenciando el incendio de Roma mientras tañía una lira. El padre hablaba de la necesaria difusión de la cultura, de las personas preparadas, y el cuñado volvió a interrumpirle diciendo que el verdadero revolucionario era el que vivía como un perro, que del resto no había que fiarse. Cuando se gire la tortilla arreglaremos cuentas, dijo.

Hubo un momento de tensión, y el padre miró a Raúl y a Federico por encima de las gafas, como apurado. Pero el cuñado continuaba machacando, decía que ni siquiera los obreros se movían mientras tuvieran algo que perder, un salario de miseria o una entrada para el fútbol. Sacudía el índice, golpeaba en la mesa con el puño. Si no, venid a la fábrica y veréis. Yo, que soy técnico de óptica, he visto el cambio de los que llegaban a mi categoría.

Antes de irse se asomaron al cuartucho interior, donde, bajo la cama, en una maleta, el padre guardaba los restos de su biblioteca, obras de Marx y Engels, de Lenin, de Bakunin, en ediciones de antes de la guerra. Hoy día, esto es un tesoro, decía el padre. Y Leo les prestó algún nuevo volumen. Floreal salió con ellos.

Me gusta tu cuñado, dijo Federico.

Es buen tipo, dijo Leo. Pero habla demasiado.

Y Floreal: perro que ladra no muerde.

Dijo que aún tenía la mentalidad de los que habían hecho la guerra, que en el fondo seguía siendo un anarquista. No comprende que la base de todo está en la acción de masas y que la única táctica posible es la de atraerse a la pequeña burguesía e incluso a la burguesía no monopolista, oprimidas por la oligarquía. Ahí está el verdadero enemigo, ahí; en el gran capital, en los feudales latifundistas. Les dejó en la boca del metro con un gesto de mentón, sumiéndose escaleras abajo, una colilla pegada a los labios y las manos en los bolsillos.

Bueno, dijo Federico. Pero este Floreal, ¿es comunista o no es comunista? Si es del partido, quiero decir.

Claro, coño, dijo Raúl. ¿Ahora te enteras?

Leo se echó a reír. Un agente del Kremlin, dijo. Un poco ladrillo, esto era lo malo; demasiado dogmático y simplista, quizá porque fusilaron a su padre. Y se había educado en un ambiente de tal politización que iba por el mundo como si su ideología fuera lo más natural de la tierra, algo que el pueblo, sometido por unos pocos, debía compartir necesariamente, sin problemas ni dudas de ningún tipo. En este sentido, se deja alienar igual que mi padre o mi cuñado. Por lo demás, es la única persona tratable de mi familia. Y le gustaba la juerga, el cachondeo. Si conozco el Barrio Chino palmo a palmo es gracias a él. Ahora no, ahora está casado y su mujer no le deja, es una especie de puritana de izquierdas. Y cuando salen por ahí es para ir al cine o pasear al niño. Así, solo, no va más que al fútbol.

Federico se había quedado meditabundo. Dijo que su interés por el marxismo era puramente racional, desprovisto de sentimentalismos. Los obreros, individualmente, me tienen sin cuidado. Lo que me interesa es su papel histórico, el hecho de que, por ser los únicos que no tienen nada que perder, estén destinados a hacer la revolución.

Es que intentar resolver sus problemas personales es caer en la caridad.

Claro. En realidad, de lo que se trata es de soluciones de clase, no de soluciones individuales.

Y, desde luego, lo peor es la pequeña burguesía.

Exacto. Su papel histórico siempre es objetivamente retrógrado. En cierto modo, casi se podría decir que el capital monopolista es más revolucionario.

Discutían si la revolución era una necesidad histórica, como decía Leo, o si no lo era y precisamente por esto había que hacerla, tesis de Federico. Coincidían en que el objetivo era liberar al hombre de toda clase de alienaciones; no limitarse a elevar el nivel de vida del proletariado, cuya situación objetiva le convertía en sujeto potencial de la revolución: desalienar.

Vagaban, y era estimulante aquella compenetración, aquella unidad de criterio, aquella camaradería de inquietudes compartidas. Era excitante la complicidad creada por sus conversaciones, por el descubrimiento de un mundo secreto de relaciones y actividades, clandestino, subyacente, imperceptible en apariencia, como camuflado bajo la vida de la ciudad, de las realidades más cotidianas. Los primeros contactos, las primeras citas con Marsal, con Escala, las primeras reuniones de célula en lugares de exterior anodino.

Volvieron a los sitios de siempre. Les ofrecieron petardos a duro, y había una puta que iba y venía a lo largo de la barra, más grifada que borracha, eso, eso, a lo loco, gritaba, y bostezaba y se sacudía el pelo y se abanicaba con una revista y se aventaba las faldas y reía a carcajadas. Les miraba; con las ganas que tengo de refrescar la boca, decía. Ni Raúl ni Leo tenían dinero y se hicieron invitar por Federico. A Federico siempre le sobraba, pero no solía invitar y pagaba su parte medio a escondidas, como si le avergonzase. Preguntó a Raúl por la nena. Parecía de buen humor y les decía que estaban jugando con fuego.

¿Y la nena?

Muy bien, gracias.

¿Y Teresa?, dijo a Leo. No entiendo por qué no salís juntos. Los cuatro. Raúl con la nena y tú con Teresa. ¿Tienes prejuicios porque es una asalariada de tu padre? ¿Por qué no sales con ella, si no?

¿Y por qué no la sacas tú? Ya te dije que te la cedía.

Yo prefiero a santa Luisa; es más cursi. Podríamos casarnos los tres: Raúl con la nena, tú con Teresa y yo con santa Luisa. ¿Por qué no lo hacemos? Hay que jugar con fuego.

Divagaron acerca de las mujeres, del matrimonio. Leo decía que se les daba demasiada importancia, que prefería un paisaje. Las mujeres sólo me interesan los sábados por la noche. Convinieron en que lo importante era no casarse.

¿Un paisaje de campo?, dijo Federico. Yo no he estado nunca en el campo. Vamos, sólo de pasada, de verlo así, durante un viaje.

Se le notaba algo ajeno al diálogo, charlando al mismo tiempo con una chica de la barra, atento a su ir y venir según las reclamaban los clientes. Se habían metido en un bar recién reinaugurado, transformado en una cafetería. Federico bebió varias ginebras y terminó por quedar con la chica para cuando cerraran. Me parece que

hoy es mi sábado por la noche, dijo. Y había un tipo con fachada de bujarrón ya maduro, el pelo de un azabache aceitoso, formándole una gran onda sobre la frente, un tipo con bigotes y largas patillas rizosas, dientes nicotínicos y ojos morunos, camisa negra y vaqueros ceñidos, muy hundidos en la cintura, marcándole la tripita y el culo; se lucía al recorrer el local para echar monedas en el tocadiscos automático, caminando con las piernas arqueadas, y a cada paso, por encima de los zapatos, afilados como espolones de gallo, enseñaba como a relampagueos sus calcetines rojos, dominante, eufórico. Acodado en la barra, se ladeó hacia Federico.

Búscate otra de más nueva, chico, dijo con voz de cazalla, experimentadamente. Que a esa golfa se la han tirado ya por todas partes.

Por eso, dijo Federico. Por eso me gusta.

Se quedó, y Leo acompañó un rato a Raúl. Hablaron del campo, de Vallfosca, del pueblo de Leo. Cuando se separaron, Raúl siguió a pie calles arriba, considerando si no había llegado el momento de romper con Nuria, de distanciarse poco a poco.

Pero alguna tarde, al pasear por la ciudad semivacía, la echaba de menos, y resolvió seguir con ella al menos por algún tiempo más. Era un estado de ánimo complejo, mezcla de placidez y nostalgia. Tenía encanto aquella calma canicular, sobre todo los domingos, cuando su barrio quedaba casi desierto con sólo algún paseante aislado y algún coche, alguna moto, extemporáneos. Pasaban, y luego volvía a oírse solamente el aliento del aire entre los plátanos de hojas fibrosas, de temblor cada vez más seco. Deambulaba con indolencia, embargado por la sensación de que la calle le pertenecía, de que podía cruzar por donde quisiera, sentarse en el bordillo o contra el tronco de un árbol, y saborear aquella amplitud y aquel silencio. En la bolera de la Bonanova, una clientela de jóvenes, no más de cuatro gatos, intentaba matar el tiempo y compensar su soledad armando el mayor ruido posible. Las terrazas de los bares se veían vacías, a lo sumo algún asiduo leyendo el periódico, buscando compañía para hacer tertulia. Únicamente las Ramblas seguían como siempre.

Hubo un día particularmente agradable, muy probablemente el mismo quince de agosto. El tránsito era apenas existente y los autobuses y tranvías circulaban como fantasmas ante los urbanos ociosos. Las persianas metálicas de los escaparates estaban echadas, con su cartel de cerrado por, cerrado hasta, etcétera, y los porteros sacaban sillas a las aceras, se reunían de charleta. Las ventanas se sucedían herméticas y en la calle se divisaba, a lo sumo, una criada de blanco paseando al perro, un solitario enlutado, sudoroso y mórbido, niños pululando con sus bicicletas y, ya en la Diagonal, algún marica ansioso, alguna puta desafortunada. Era entonces cuando Raúl

recordaba a Nuria, cuando pensaba en su inminente regreso.

Luego, acabado el fin de semana, todo cambiaba de nuevo, y hacia media tarde los tranvías ya pasaban abarrotados, faltaban taxis y las aceras eran un interminable desfile de gente tomada por el sol, enarenada, con bañadores, con flojas bolsas de lona, una riada de jóvenes acalorados, de familias, de chiquillos. Y las avenidas de acceso se convertían en un caos de automóviles cargados con trastos de playa, motoristas con la mujer en la grupa, sidecars familiares con bultos, paellas, cañas de pescar, todos pasándose, sobrepasándose, entrecruzándose, insultándose, bifurcándose, desplegados en una brusca invasión.

Y proseguía la racha de incendios; muchos de ellos, forestales. Una mañana, Raúl advirtió una gran humareda que cegaba la falda del Tibidabo, y al día siguiente pudo ver la huella del incendio negreando una vaguada todavía humeante, como braseada. Costeaba aquellas laderas y, a la vuelta, ponía discos en la salita, a todo volumen, y con la ventana abierta los escuchaba desde el jardín, bajo el ciruelo. Conversó con papá, que traía noticias de Vallfosca, de tía Paquita, de Ramona. Ramona estaba prometida, le había salido un excelente partido, un chico bastante mayor que ella, doce a catorce años más, un tal Jacinto Bonet, muy metido en el mundo de los negocios, de gran porvenir, ya que, aparte de su fortuna personal, como había estudiado en Madrid, estaba muy bien relacionado, se movía entre personas de influencia. La pobre Paquita, en cambio, tenía preocupada a toda la familia. Sus jaquecas, sus dolencias de siempre, quizá sólo aprensiones, pero lo cierto es que había pegado un gran bajón. Además, ahora se había consagrado a la tarea de lograr la beatificación de un seminarista muerto prematuramente, un joven de buen apellido, flaco y orejudo, con rasgos de oligofrénico, a juzgar por el retrato de las estampas; y, a partir de ahí, fundar incluso una nueva orden religiosa. Mira, tal vez en el fondo le haga bien. Así se distrae.

Raúl no la había visto desde el verano anterior, los pocos días que pasó en Vallfosca, el mínimo tiempo posible. Fue cuando la Estrella tuvo camada y nadie sabía dónde, vaciada y movediza, escurriéndose como una nutria. Pero ella le guió por el bosque, con paso apresurado, girando la cabeza –se diría que sonriente– como para cerciorarse de que la seguía, y así le condujo hasta una oquedad formada entre unas rocas y se adentró a tenderse junto a los cachorros que se rebullían en busca de sus tetitas rosadas, sobre un lecho de musgo y mantillo removido, mientras ella le miraba desde el fondo, sus ojos luminosos color topacio brillando verdes en la sombra. El Polit y él se los trasladaron al pajar, aunque allí, con sus gruñidos, seguía sin dejar que se acercara nadie más, el morro recogido sobre los dientes.

La familia estaba reunida en la galería, en torno a la chaise-longue

de tía Paquita, y se comentaba la inesperada vocación de Felipe, su ingreso en un seminario del Opus. Se repetía infinitamente que, tratándose del primogénito, era triste para el padre, pero que si tenía vocación, etcétera. Tío Gregorio opinó que aquello ya iba bien con Felipe, y papá decía que para él fue un desgarro, pero que no dejaba de ser un consuelo haber traído al mundo un pastor de almas. Es un sacrificio, no cabe duda, pero si Dios le llama, ¿qué mayor honra para un padre que ofrecer a Dios sus primicias? Todos asintieron, resaltando el hecho de que no podía ser una decisión tomada a tontas y a locas, puesto que Felipe ya conocía el mundo, era un hombre de carrera, un abogado, incluso había hecho Milicias. Con esta preparación, seguramente se ordenará enseguida. En eso son como antes los jesuitas: quieren gente preparada. Hubo un debate en torno a las características del Opus; alguien decía que, en el fondo, lo que tenía más mérito era ser cura normal y corriente, de parroquia, en contacto continuo con los feligreses, con los problemas de la vida moderna. Para tía Paquita, ir a Vallfosca ya no era más que cambiar una chaise-longue por otra, una galería por otra, aquella galería de su casa, en la parte de atrás, un lugar de atmósfera agobiante, caldeada como un invernadero por el sol de la tarde.

Hablaban en la habitación de papá, papá tumbado encima de la cama, vestido, las manos cruzadas bajo la nuca, su maletín como de médico antiguo sobre la silla y la gabardina doblada en el respaldo. Dijo que Barcelona le cansaba, que se iba a volver a Vallfosca en cuanto pudiera; había venido sólo para resolver cuatro diligencias. La Anónima, su jubilación, la ingratitud humana, lo de siempre. Cuando dejé aquello, lo hice con la frente muy alta: balance positivo y amplias perspectivas. Y ahora va y me niegan el retiro, como si el fundador y gerente de una empresa tuviera menos derechos que una mecanógrafa. Y yo fui tonto vendiendo mis acciones antes de plantear este asunto. Ésta fue mi equivocación. Ahora ellos tienen el control y harán lo que quieran. Pero, mira, me sentía viejo y cansado, y ellos abusaron de mi confianza. Entonces todo eran sonrisas. No sé; hoy en día se ha perdido toda noción de moral, y ahora soy el primero en reconocerte que, si te quieres evitar quebraderos de cabeza, no te metas en el mundo de los negocios. Dijo que antes, incluso en tiempos de la República, uno podía confiar en sus amistades, en sus relaciones. En cambio, en el curso de los últimos años, había aparecido una fauna de nuevos ricos, fortunas hechas después de la guerra, antiguos don nadie, tipos de esos que, bien apadrinados, con mucho dinero detrás, ligados a los grandes bancos y amparándose en los poderes públicos, cometen toda clase de arbitrariedades.

Ya no hay moral, hijo, no hay moral ni confianza, y la única ley que se respeta es la ley de la selva. Y mira que lo de la Anónima fue un

negocio que emprendí con toda mi ilusión, para vosotros, para que algún día me sucedierais. Pero tú, con tu carrera, lo que debes hacer es especializarte en algo. En Derecho Marítimo, por ejemplo. ¿Has reflexionado sobre este asunto? El Derecho Marítimo es una especialidad bonita y en la que hay todavía mucho campo abierto.

Sí, claro. Pero mi idea es más bien ser diplomático.

Tampoco está mal. Hoy en día, todo lo que sea enchufarse, depender del Estado, es un seguro de vida. Y si ésa es tu vocación, síguela. Ya sabes que yo nunca he querido coartar vuestra voluntad.

Llevaba un traje de alpaca bien cortado; pero, visto de cerca, lleno de arrugas y lamparones. Y debajo, una camisa amarilla, de tejido barato, y calzaba sandalias y calcetines. Le preguntó que cuándo iba a ir por Vallfosca.

Quizás en septiembre, para coincidir con tío Gregorio. Precisamente me ha escrito una postal desde el balneario pidiéndome que concretara fechas.

Preferiría que te vinieses conmigo. Me siento un poco solo, sabes.

Se aficionó al jardín, a cuidar las plantas agostadas, estimulado en cierto modo por el ejemplo de Eloísa, que había plantado geranios, margaritas y claveles de moro. En un principio se trataba de una simple distracción, cavar, podar, regar, pero terminó por tomárselo con verdadero interés. Arrancó algunas matas de acacia y pitosporum que había crecido fuera de los arriates, en la escasa grava, y recompuso los macizos de flores; el viento sonaba como un tintineo entre las acacias, sacudía las vainas secas. En la parte de atrás, se extendía una gran parra trepadora, frondosa, de hojas enfermas y racimos que nunca llegaban a madurar, granos pequeños y negrizos. Repintó de verde las sillas del jardín y, por la mañana, se sentaba a leer a la sombra del ciruelo, donde el sol era como un rasgado pestañeo entre las hojas. Charlaba con Eloísa, mientras ella, parlanchina y retozona, repasaba el jardín, le descubría los nuevos brotes, los capullos. Parecía incluso reconciliada con Aquiles y se entretenía mimándole, alabándole sus gracias. ¡Animalito!, decía. De los jardines vecinos, por encima de cada muro, colgaban tallos de rosal, largos y mustios, y estallantes ramas de adelfa roja, de olor melifluo. También se olía a jazmín.

Nuria regresó a finales de agosto. Tenía el pelo todavía más claro, y las pestañas; y la piel, morena y pecosa, casi áspera. Le abrió la puerta ella misma y se le notaba tímida y cortada, como si fueran dos extraños. Luego se le pasó, en la cama, cuando hicieron el amor como locos, y todo volvió a ser igual que antes. El siamés se había colado en la pieza y, juguetón, quiso participar; tuvieron que sacarle. La contempló así tendida, sus muslos estrechos y sus pechos picudos, la boca decidida y obstinada, los ojos dorados, de cejas más oscuras que

el cabello. ¿Ves cómo el Pajarraco no nos ha traído mala suerte?, le dijo. Y asimismo, igual que antes, oyeron canciones de Leo Ferré en la terraza.

Nuria le preguntó por sus pasadas experiencias eróticas. Raúl se hizo el misterioso. Santa Luisa, dijo Nuria, se diría que fastidiada. Raúl no dijo ni que sí ni que no, evasivo. Dijo que lo que nunca le había gustado era ir de putas, no sólo porque como institución le parecía degradante, sino porque le humillaba tener que pagar por hacer el amor. Pero no era esto lo que importaba a Nuria. Si alguna vez te gusta alguna más que yo, tienes que decírmelo, dijo. ¿Prometido?

Una tarde volvieron a casa de Raúl, caminando sin prisas, Nuria con la cámara fotográfica. Planeaban una escapada hacia fines de verano, a escondidas de la familia, unos días en algún pueblo de la Costa Brava, Rosas, por ejemplo, o cualquier otro. En el barrio, del Paseo de la Bonanova para abajo, había cada vez mayor número de nuevas construcciones, solares a medio edificar, altas grúas, grises estructuras, y más de una villa antigua había sido sustituida por macizas casas de pisos. Y ellos criticaban la fealdad de las obras, curioseaban desde la verja los viejos jardines sombríos. Raúl se detuvo ante el muro exterior de un convento, un muro soleado, coronado de vidrios relucientes, erosionado, con grietas y hierbajos; a pocos pasos, un niño inmóvil, empuñando su carabina de aire comprimido, escudriñaba los resquicios.

Yo también venía por aquí, a este muro, dijo. A cazar lagartijas.

Pobres, dijo Nuria. Esto es de persona malísima.

No te preocupes, que para esas cosas cada vez tengo el corazón más tierno. Ahora, hasta los conejos empiezan a darme pena.

En las obras ya había cesado el trabajo y las calles se alargaban, tranquilas, solitarias. Caminaban enlazados por la cintura y la tarde era hermosa. Un poniente claro, de irisadas lontananzas.

Después, aquel domingo en que salieron de noche, a recorrer sus bares, y se tropezaron con Floreal y Leo. Raúl les saludó sin presentar a Nuria, como sobre la marcha, y ellos le observaban con ojos divertidos. ¿Y tu mujer?, preguntó entonces a Floreal, y Floreal le contestó con un guiño. Habían tomado algo en la Plaza Real, bajo los pórticos, todavía con luz del crepúsculo, y también tasquearon por Escudillers, ya de noche, animada y rutilante. Cruzaron las Ramblas y se internaron por el lado izquierdo, Conde del Asalto, San Ramón, San Rafael, San Olegario, Tapias, hacia el Paralelo. Desde allí se avistaba la mole de Montjuich, muy cerca, como surgiendo de los bloques de casas, encendido, volcánico. De los bares llegaban canciones cantadas a coro y había tipos parados en las esquinas, a la expectativa. Fue entonces cuando se tropezaron con ellos y Raúl les dijo que se trataba de una sueca, un plan que le había salido.

¿Y cómo os entendéis?
Muy mal; en inglés. Pero eso es lo de menos.
Ella quiso saber y Raúl dijo que, junto con Federico, eran sus mejores amigos. Ahora, Federico estaba fuera, dijo, en Sitges, con su familia.
Me gustan más éstos, dijo Nuria. Federico es, no sé, como raro.
¿Raro? ¿Por qué?
No lo sé. Así, raro.
Se los encontraron de nuevo en el bar siguiente, y en el otro. Y también por la calle, siempre en dirección contraria; seguramente les tomaban la delantera y daban la vuelta a la manzana, corriendo, y al cruzarse otra vez saludaban con una profunda inclinación de cabeza. Volvieron atrás, por Arco del Teatro, y en un quiosco de las Ramblas compraron un periódico sueco. El aire estaba quieto y los plátanos aparecían salpicados de gorriones, como petrificados. Se adentraron nuevamente por Escudillers. Al fin, en La Venta, trabaron conversación.
¿Qué cuenta de Suecia?, dijeron.
Nuria plegó el periódico.
What do you want?
He is a friend of mine and this is your cousin.
Oh, they are very nice.
Leo les miraba alternativamente.
¿Así que ésta es la famosa nena?, dijo.
Y ella se giró en redondo.
¿Qué es esto de la nena? Me llamo Nuria, guapo.
Bromearon, Raúl algo incómodo, pero los otros estuvieron poco rato, el tiempo de tomar una copa; decían que era tarde y que mañana era lunes. Raúl se sintió aliviado, como más a gusto y, sentados en su rincón, pidieron otra media de fino. La barra se había llenado de maricas desatados y los bailaores y las flamencotas taconeaban y batían palmas y cantaban a coro canciones obscenas.
Me vas a convertir en una borrachita, Pipo, dijo Nuria, recostando la cabeza. Pero me encuentro muy bien, como flotante.
Pasada la hora de cierre se llegaron a un horno de bollos y comieron ensaimadas todavía calientes, para echar lastre. Era un local profundo, rojo y negro como una fragua, repleto de trasnochadores. Al remontar las Ramblas, el aureolar de las farolas se esfumaba ya en la aurora. En el paseo central había subasta de claveles, y en un bar recién abierto del mercado de la Boquería pudieron tomar café. Luego siguieron paseo arriba, con las cabezas juntas. Los tranvías circulaban abarrotados y en las bocacalles se sucedían los triciclos, las camionetas de reparto. Apagado el neón y los rótulos y reclamos luminosos, las travesías, vistas en toda su longitud, cobraron un

repentino aspecto mísero, el empedrado sucio y las fachadas grises, deterioradas, con estrechas aceras por las que desfilaban obreros, trabajadores, mujeres desaliñadas, cargadas con cestas, todos silenciosos y ensimismados. Y arriba, sobre las cornisas y las azoteas, sobre toda la ciudad, un halo de color malva.

Y cuando el mismo día, con pocas horas de sueño, subieron a la cumbre del Tibidabo, recorrieron las atracciones deliciosamente demodées, se asomaron al mirador, y Nuria se cogió a su brazo, los dos parados ante la baranda metálica, vapuleados por el viento, dominando la ciudad entera, tentadora, tendida, abierta hasta perderse en un acabamiento brumoso, omnia tibi dabo. Al fondo, a partir del puerto, se distinguían los campanarios góticos del casco antiguo, intrincado y prieto, y circundándolo, la cuadrícula del Ensanche con las torres espinosas de la Sagrada Familia en su corazón, el Ensanche ya estrecho que, ciudad arriba, se prolongaba hasta los barrios residenciales, San Gervasio, Bonanova, Sarrià, Pedralbes, ya en las laderas sequizas, y a los lados quedaba bloqueado por los núcleos y barriadas populares, la Barceloneta, Pueblo Nuevo, San Adrián, San Martín, La Sagrera, Santa Coloma, El Clot, San Andrés, Horta, Collblanch, Sants, Hostafranchs, Hospitalet, El Port, Casa Antúnez, distritos proletarios, el cinturón rojo de revueltos humos industriales. Cuando Nuria sacó fotografías de la ciudad, sus cabellos al viento, una ciudad chata, cuadriculada, compartimentada, yuxtapuesta, superpuesta, anárquica, inestructurada, inmensa, sumida en una bruma baja embebida de sol, extendida al pie de las colinas, el Turó de la Peira, la Montaña Pelada, el Monte Carmelo, colinas desnudas, colladas hacia el Besós como estribaciones del Tibidabo, a la izquierda, y a la derecha, Vallvidrera, San Pedro Mártir, lomas en descenso sobre el llano del Llobregat. Y frente por frente, descollando por encima del puerto, por encima de la neblina de brillo salino, Montjuich, penetrando en la ciudad como un cabo acantilado; Montjuich con su Morrot, con sus cimas y simas, ahí, monte de los judíos, con sus canteras y losas, sus fosos y fosas, sus parques y descampados, sus barracas de hojalata y sus palacios artificiales, un monte ahora desvaído, a contrasol, penetrando como un morro amoratado.

V

Afloja más los vientos, tú, que mi gotera empieza a empreñar.

Pues te jodes. Yo tengo mandra.

Coño, pero tú estás más cerca de la entrada.

Sí. Mañana me afeitarás.

No te cuesta nada, coño.

¿Y qué, coño? Esta semana le toca al Ferracollons.

Coño, pero está de permiso.

Ah, pues aflójatelos tú. Yo no tengo goteras.

Este Ferracollons es un rácano. Ni ha barrido ni ha llenado el cántaro ni nada.

Hay que hacerle una buena putada.

Sí, tú, pero si alguien no afloja pronto los vientos nos va a entrar más agua que la otra noche.

Por mí, tú, ya puede entrar. Me envuelvo en el plástico y a dormir.

Levantaron todos la cabeza y contemplaron en silencio el mástil de la tienda, la lona parda, oscurecida por la humedad. En torno a la base del mástil, en el armero, había mosquetones dispuestos verticalmente. También había un cántaro y una escoba y, a media altura, liadas con alambre, colgaban dos candelas apagadas. Permanecían apoltronados en los petates cedidos, de charnaques inseguros, torcidos bajo las sucias mantas. Raúl volvió a cerrar los ojos; fumaba sentado de través, apoyando las botas embarradas en el petate vecino.

Lo empreñador es que los mosquetones quedarán hechos una mierda. El que mañana tenga que ir de parada, ya puede pringar.

Hosti, tú, es que esta montaña tiene un clima de cojón de mico.

Es el culo del mundo, coño, las antípodas. Aquí puede llover y, a lo mejor, en las playas de abajo están tomando el sol. Y cuando no llueve, un viento que se te lleva o un sol que te pela las narices. Y la niebla, tú. Yo nunca había visto lo que pasa aquí con la niebla, que todo está seco menos debajo de los árboles, al revés que con la lluvia.

Pero ¿por qué te crees que han escogido este sitio? Los campamentos siempre están en sitios así.

Ahora, mañana que hay tiro, verás cómo hace buen tiempo. Aquí sólo llueve los domingos.

Es que no sabes dónde meterte, coño. En la cantina no se cabe y fuera de la tienda te mojas.

Oh, coño, y en la tienda también.

Si ni puedes ir de un sitio a otro, tú. ¿Por qué no dejarán tener paraguas? Esto son ganas de empreñar por empreñar.

¿Y por qué tenías que ir a dejar tus cuartos en la cantina, coño? Haber comido en la tienda. Por la mitad de dinero comes mucho mejor. Estos dos y yo nos hemos preparado una comida de cojones. ¿Verdad, tú?

¿Pues sabes qué te digo? Que los domingos lo mejor es jalar en los comedores. No hay casi nadie y comes casi como en la cantina.

Ni hablar, tú. Antes que tener que ir formado, cualquier cosa. Lo mejor es comer en la cantina, que es lo más parecido a comer como una persona, sabes, déjate de puñetas.

Lo mejor es ir de putas a Tarragona, tú, y que te hagan una buena mamada.

Hubo un tremolar de risas. Ahora, insistente, sonaba un goteo cada vez más acuoso, tal vez contra el fondo de un jarrillo o de una marmita.

Pues a mí los permisos me compensan cada día menos, ya ves lo que te digo. Entre viajes y tal, te quedan menos de veinticuatro horas, y luego, cuando te vuelves a encontrar aquí arriba, todavía es peor.

Sí, tú, es la verdad. El único permiso que vale la pena es el de la Jura.

Por esto todos los que se quedaron sin permiso eran catalanes.

Pues si no os gustan los permisos me los pasáis a mí, tú. Me habría ido de putas, habría estado en la playa, me habría comido un buen romesco y a estas horas estaría arrambando en el baile, tú, vestido de persona.

Hombre, pero en eso de la Jura es lógico que den preferencia a los aragoneses. Algunos viven en la quinta puñeta y los permisos de fin de semana no les sirven de nada.

No, coño, no. Les sirven igual que a nosotros, que teóricamente tampoco podemos ir a Barcelona. Lo que pasa es que los aragoneses tienen un trifásico como una catedral. Todos los enchufes son para ellos, furriel, cartero, todo.

Caray, y tanto, tú. Pero no es que los prefieran porque son aragoneses, sino que es a nosotros a quienes tienen mala folla porque somos catalanes.

Sí señor, ahora te escucho. Esto es lo que pasa, que a los catalanes no nos gusta el ejército y ellos lo saben y nos tienen mala folla.

Y en cambio, la mayor parte de los oficiales ha pasado por la academia militar de Zaragoza y todos los aragoneses les llegan recomendados. Quien más quien menos, en Zaragoza todo el mundo conoce algún militar.

Qué tíos los aragoneses, tú. Suerte que en la tienda no hay ninguno. ¿Conocéis alguno que se duche? Nunca he visto tíos más marranos y más gamberros.

Cuando pienso en aquel cabrón que cinco minutos antes del toque

de Asamblea va y me pide prestado el mosquetón y en la parada le dan un permiso extraordinario de limpio que lo tenía, tú, y cuando yo le digo que el permiso me corresponde a mí, me contesta, sí, con la punta l'haba. Asimismo, tú. Ahora, para rato lo vuelvo a prestar a nadie, coño.

Esto te pasa por aguripado. Te juro que a mí no me la hace.

No, tú, en serio, es que no hay derecho. Nosotros pringando, siempre de culo, y ellos racaneando y escaqueándose todo el día. Pero al final, no te preocupes, que no suspenden a ningún aragonés. Y si alguno va a coroneles será sólo para que no se diga.

Y encima empreñando, tú. Que si el catalán es un dialecto y que tal y que cual. Ellos, que son todos veterinarios, se permiten opinar, tú. ¡Llamar dialecto al idioma de Llull, de Ausias March, de Joanot Martorell, de Verdaguer, de Maragall!

¿Joanot Martorell? Pues tampoco yo sé quién es, tú. ¿Joanot? Tiene un nombre de coña.

Sí, hombre, el de Tirant lo Blanch.

Ah, hombre, claro. Es que ahora me confundía.

¿Te imaginas si llegarán a ser desgraciados? Un idioma es un idioma cuando tiene un diccionario, una gramática y una tradición literaria, coño, y el catalán tiene las tres cosas.

Pues si les quieres empreñar, diles que Agustina de Aragón era catalana, tú, que es la verdad. Era hija de Fulleda y estaba casada con el cabo Roca, también catalán, destinado por casualidad a Zaragoza.

Y Jaime Primero acabó la Reconquista antes que Castilla, y Cataluña era una de las principales potencias del Mediterráneo. Y los almogávares conquistaron Italia y el Norte de África y media Turquía, y eran catalanes, tú, que los aragoneses no pintaban nada. Y cuando los castellanos quisieron tomar Barcelona tuvieron que sitiarla once años, y a los franceses se la hemos hecho pasar más puta que nadie. Es que es la verdad, recoño. No nos gusta el ejército, pero cuando hay que pelear tenemos más cojones que nadie. Ya se vio en la guerra civil, tú; el Tercio de Montserrat era de lo mejor que había, y todos voluntarios. Lo que pasa es que nos gusta trabajar en vez de hacer el manta y por eso nos la tienen jurada.

Sí señor. Antes que militar, lo que sea, tú, picar piedra. Ser militar es pasarse la vida yendo de culo. Todo burocracia, coño, y a los catalanes no nos va. En cambio, cuando nos dejan solos, no hay quien nos gane. En deporte y en todo, tú. Y aquí mismo, coño; los primeros números de compañía siempre los sacan catalanes. No les gusta reconocerlo, pero es así, tú, no hay más cojones.

Eso también me parece una gilipollez, tú. Lo mejor es pasar desapercibido. Si destacas por bueno, te presentas voluntario y tal, ya no paras de pringar. Y si destacas por rácano o por Jaimito, estás

jodido. Mira el Pluto Farreras; se quedó sin permiso de Jura, sin el permiso de hoy, y te apuesto lo que quieras a que, con sólo los medianos que ya le han puesto, al final lo bomban. Yo, en cambio, me paso las teóricas clapando, copio en los exámenes y no doy golpe, pero aprobaré. Hay que ser lo más gris posible, tú. El capitán ni me conoce.

Pero el teniente sí, y dice que eres un rácano.

¿Y qué, tú? Más rácano es él. Si me dijeras el alférez, aún. Pero el teniente es un tío cachondo.

Quien no es mal tío es el capitán Mauriño. En serio, tú. No está para puñetas y es más bien un poco estirado, pero es incapaz de hacerte una cabronada. Y yo prefiero un tío así a uno como Cantillo, el de la Primera, que mucho cachondeo, pero después te la fot. Y el que también me gusta es Sánchez Clavijo; nunca te exigirá nada que no sea capaz de hacer él mismo.

¿Estirado? Yo diría que oligofrénico.

¿Y qué leches quiere decir oligofrénico?

Pues peor el alférez, que también es un mal parido y ni siquiera se cachondea. Esto sí que no lo entiendo, tú. Un tío que es universitario como nosotros y que también ha sido aspirante y sargento y que, durante los meses de prácticas, hace más cabronadas que los que son de carrera. Te juro que me gustaría encontrármelo un día cuando los dos hayamos acabado, en la calle, de paisano. Te lo juro, tú.

¿Por qué, coño? Y bien que hace. Cuando yo sea alférez también haré ir de culo a los caloyos. Mientras eres un puto aspirante todos te dan por el saco, ¿no? Bueno, pues espera que sea alférez y verás como seré yo el que se las hará pasar puta a los demás. Aquí, tú, la única ley es el jódete tú para que no me joda yo. Y nada más, tú.

Hostia, pobres regimentales. Esto sí que es pasarlo puta. Al menos, a nosotros, no nos sacuden ni nos cortan el pelo ni tenemos que limpiar letrinas, tú.

Pues a joderse, tú. Por algo son regimentales.

Ya está bien, eh, ya está bien. ¿Cuántas veces os he de decir que no quiero que nadie se siente en mi petate?

Aguardaba a la entrada y el que ocupaba su petate se incorporó. Calla, joder, que pareces un disco, le dijeron. Empieza tú por tener más educación, jolín, dijo él. Se quitó el gorro y de bajo el capote se sacó un compacto paquete. Sacudió los pliegues de las mantas y arrodillado en el asiento, dándoles la espalda, comenzó a guardar en la maleta el contenido del paquete. Y me lo habéis revuelto todo. ¿Quién ha utilizado mi hornillo? Se volvió a mirar al otro que, sentado de nuevo, seguía comiendo galletas, calladamente, como quien va a la suya.

Ha sido el Fofo. También te ha cogido algo de comer.

¿Galletas?

Qué burro eres, coño. El hornillo lo hemos hecho servir nosotros para preparar la comida, pero con alcohol nuestro.

Pues al menos se pide permiso, caramba. Ya os he dicho que no quiero que toquéis nada de mi maleta.

Va, no seas roña, capullo. ¿Has tenido visita? Oye, qué son estas novelas. Déjame una, tú.

No, jolín. Con mis cosas hago lo que me da la gana. Y estoy harto de estar junto a la entrada y de que todos os sentéis en mi petate. Ni que lo hicierais expresamente para fastidiar.

Coño, pues claro.

Tú, me parece que está parando.

Anda, déjame la del Oeste, tú. No vas a leer las dos al mismo tiempo.

Que no, caramba, ya te lo he dicho.

Sí, tú, está parando. Voy a aprovechar para ir de vientre.

Raúl también se levantó; se puso el pesado capote, el gorro. Extrajo la carta de entre las hojas de un libro, el sobre algo pegado a una página por el sello quizás excesivamente humedecido, y la guardó en un bolsillo de la guerrera; se abotonó el capote. De todas las tiendas próximas asomaban soldados, apiñándose, llamándose a gritos.

Déjamela, coño.

Vete a parir panteras.

Un vuelo de nubes sucias se cernía muy bajo y fluido, inmenso, y el campamento aparecía aislado en el paisaje, sólo aquella multitud de pardos conos despuntando sobre los arbolillos claros y raquíticos, de cercos y linderos de piedras encaladas perdiéndose en las ondulaciones del terreno, entre más tiendas, más árboles. Eran pinos de copa redonda, ahora como vidriados, erizados de lluvia, las agujas todavía destilando mansamente, y unos cuantos soldados jugaban a rociarse mediante el sistema de sacudir los troncos más flexibles, se embestían y perseguían con vitalidad de novillos, arrebatados. La compañía se había poblado de voces, de breves corridas, y en pocos momentos se formó un tumulto en torno a los caños de la fuente, gente congregada con cántaros, con cazos de aluminio. Descubrió a Federico aguardándole en la linde de la compañía contigua; no iba en traje de paseo sino en mono, con un machete pendiente del correaje. Sonreía, los pulgares hundidos en el cinto y un pie sobre el blanco reguero de piedras alineadas.

¿Qué hay?, dijo.

Nada, tú, más bien jodido, dijo Raúl. Me parece que voy a llegarme otra vez a Correos por si hay telegrama. ¿Por qué no te vienes?

No, coño, que estoy de cabo cuartel y me jode pedir permiso al cabrón del semana.

Si ni se entera, coño. Te pones el capote por encima y le dices a

cualquiera que te sustituya.

Nada, hay que cumplir, hay que cumplir. La disciplina ante todo. Hay que cumplir hasta el final.

Pues lo mismo el final llega de un momento a otro.

Razón de más, razón de más. Lo que podrías hacer es pasarte por el Economato y traerme una botella de ginebra.

No sé, tú. Me escama que ni haya venido Nuria ni tengamos más noticias.

A lo mejor está empapelada. Oye, pero no te olvides de la ginebra.

Que no me olvido, coño, no seas pesado. En realidad, lo más lógico es que no le haya pasado nada. Fortuny la debió localizar ayer tarde y se habrá quedado para averiguar más detalles. Le dije que la llamara desde un bar. Lo más lógico es que no le haya pasado nada. Primero nos engancharían a nosotros.

¿Te imaginas, tú? Si nos enganchan no salimos de un castillo en nuestra puta vida. Juntos hasta que la muerte nos separe.

Leo no dirá nada. Además, lo lógico sería que la caída viniera por Floreal, y a Floreal no le han molestado... Bueno, coño, no quiero darle más vueltas. Lo mejor será esperar a que Fortuny nos cuente lo que pasa. Igual es algo sin importancia, un susto.

O igual es algo tan importante que ya está empapelado hasta el pobre Fortuny.

Releyeron el telegrama, las grises letras agrupadas en tiras, entre azulados dobleces, León grave primo bien Nuria. Seguro que si hace referencia a Floreal es para darnos a entender que, aunque está bien, la caída viene por ahí, dijo Raúl. Cayó una blanda gota en el papel y avivó el azul.

O que Floreal es el único que no ha caído, dijo Federico. Oye, está bien lo del castillo. Los prisioneros del Castillejo de If.

Lloviznaba, no lloviznaba, y el barro escurría pardas aguas. Raúl recorrió el corredor de las letrinas; inspeccionó uno por uno los pequeños compartimentos alineados cara al muro, algunos ocupados por soldados en cuclillas, asidos al vano, con el mono recogido entre las piernas. Se olía mal y las moscas pringaban los tabiques de obra, los desagües embozados, delicuescentes. Por el extremo opuesto del corredor apareció un puto caballero aspirante en traje de paseo y, plantándose con sonrisa boba, empezó a desabrocharse la quincalla. Jodo, parece una feria de ganado, dijo, y se oyeron algunos gruñidos, más bien de irritación.

Pasó de largo. Había que franquear las últimas compañías, adentrarse en el bosque unos cientos de metros, hacia la umbría. Los pinos crecían espigados y negros, en intrincada trama; luego el bosque clareaba, según el terreno cedía en una suave depresión, un terreno llano y muelle, de mantillo musgoso, rezumante. La depresión era

breve, bruscamente quebrada por un cortado precipicio, y el lugar resultaba recogido, fuera del alcance de los ruidos del campamento. Allí, diseminados al amparo de las rocas, se divisaban los residuos de otras veces, papeles mojados, aplastados por la lluvia. Eligió un nuevo punto, fresco y limpio, sin moscas, ante el vacío invadido por la niebla, y se entretuvo contemplando el rastro pelado de sus pisadas. El río sonaba en el fondo, al irrumpir crecido en los barrancos, y de vez en cuando se vislumbraba algún cuervo oscuro esfumándose silencioso. Pocos pasos más allá quedaba aquel regazo formado entre los peñascos, sobre el cortado, un rincón apropiado para leer tranquilo durante las horas libres o, simplemente, reflexionar, algo tan importante como ducharse y afeitarse todos los días. Estaba orientado a cierzo, sobre un paisaje ahora sólo presentido, un paisaje quieto, inhabitado, cerrado en la distancia por aquel macizo montañoso que se alargaba como un horizonte, plano, meseteño, de pobre vegetación, un macizo montañoso que, en ocasiones, idéntico que en cualquier otro día, pero inesperadamente próximo, se le imponía igual que si lo viera por primera vez, y entonces mirarlo era como un súbito tirón o sobresalto.

De vuelta, el campamento se ofrecía en un panorama vasto e irreal, preñado de rumores imprecisos, de hormigueros sonoros, aflorando apenas de entre aquellas ralas ramas como de camuflaje, de bosque en marcha. Estaban en la tienda de armamento, jugando al póquer, sentados en torno a un charnaque cubierto por una manta; la lona de la entrada estaba echada y el halo de la vela acrecentaba sus sombras oscilantes, confundidas con las del material enfundado. En segundo término, alguien ajustaba las cuerdas de una guitarra. Alzaron las cabezas, y Pluto, tomando un mosquetón del armero, lo empuñó desafiante.

¡Quién vive!, gritó.

¡España!

¡Santiago!

¡White Horse!

Sí, chaval, quién tuviera una botella. ¿Has comido en la cantina?

Se comentaba la última cabronada del capitán Cantillo, ayer, en la primera, cuando ordenó de improviso una revista de armas, y uno de los que ya se iban de permiso se tuvo que quedar porque le habían mangado el cubrepuntos y no tuvo tiempo de ir a que le prestaran uno en otras compañías. Decían que el pobre chaval estaba en la cantina agarrando una castaña de campeonato. Pero ¿y ya las pasa bien putas este chico?, dijo Pluto. Porque, aquí, lo importante es pasarlo puta, bien puta.

Los otros le llamaron la atención, y Raúl examinó el juego de Pluto. El único santo que me interesa es san Jorge, decía Pluto en tanto

estudiaba el descarte. Cazar dragones, eso es lo que debieran haber hecho todos. Se sirvió más coñac; bebían en vasos heterogéneos, de plástico, en copas robadas de la cantina. La botella con la vela, los cigarrillos, los montones de dinero, los naipes boca arriba; había perdido. Raúl preguntó qué tal.

Cojonudo, tú. Sólo que si no me hubieran chorizado el permiso, ahora estaría en Sitges con mi novia; o con la inglesa de Tossa. Pero nada, yo aquí y ellas poniéndome cuernos con cualquier hijo de puta. Esto es lo que se llama ser cornudo y apaleado, me cago en la puñeta. Y todo por un botón de mierda, joder.

Pagó con descuido, como quien apaga una colilla. Esto te pasa por haberte dejado clichar al principio, le dijeron. Cuando el capitán le dijo, Farreras, ¿se cree usted que está en un colegio de Ursulinas?, y él dijo que sí.

Es el capitán, que es un quisquilloso. ¿Qué tiene de malo un colegio de Ursulinas?

Calla y corta, coño.

Córtatela tú, chaval, en vez de tocártela, que se te nota. Esto está lleno de ascetas de la paja en la propia mano, joder. ¿De qué os reís? Pues el domingo que viene ya podéis haceros una pensando que estoy con la viga en buenas manos, que son las ajenas, porque yo salgo tanto si tengo permiso como si no, eso te lo juro.

Hablaba y juraba al mismo tiempo, sin parar, replicando, metiéndose con alguien que empezó a contar que, cuando el último permiso, con una raspa, etcétera. Sí, chaval, tuviste suerte. Os vieron juntos y corrió la voz de que tenías un plan y te la follabas y tal. Ya estamos enterados. Jugaba con dinero prestado y decía que perdía más de trescientas. Es que estoy nervioso, joder. Hoy era mi día de ejercicios carnales y me lo han fastidiado. Después de que me he estado sobrealimentando toda la semana... ¿Qué os pasa? ¿No habéis oído hablar nunca del camino de perfección? Sois todos unos analfabetos. Lo primero es el amor, lo pone la Biblia. Pero no el divino ni el humano, no señor; el femenino. Ahí está el malentendido. Ni Kempis ni leches. Mi libro de cabecera es el Camasutra, o Pichatanta o Pentateuco o Bramaputa o como se llame. Es el libro que describe las 69 posturas elementales. Desde luego las hay que son pura fanfarronada. Además hace falta un caballo. Los otros se agitaron, hubo risas, protestas, y aquel de medicina acabó cabreándose.

Va, va, no seas animal. Un poco de respeto, coño.

¿Qué pasa? ¿Lo has leído? Pues entonces no hables. Yo he sido casi jesuita y sé lo que me digo. ¿Qué te crees que se aprende en el Seminario?

¿Quieres callarte? Me parece que aunque no creas, lo menos que puedes hacer es no ofender los sentimientos de los demás con tus

animaladas.

Carajo, ¿pero quién ofende a quién? ¿Se ha preocupado alguien esta mañana de preguntarme si el ir a misa podía ofender mis sentimientos?

Discutían cada vez con más cabreo, las frentes sudorosas al rutilar de las velas, y en un momento dado entraron dos o tres putoaspirantes, también muy acalorados. Hablaban de organizar una jam session en su tienda y reclamaban la presencia del de la guitarra. Ven también tú, Gaminde. Y el Pluto Farreras, coño. Decían que había botellas de sobras, que se iban a divertir más que jugando, y salvo Pluto, los demás de la partida llegaron a dudar. El de la armónica palmeó a Pluto en el cogote. Venga, Pluto, coño. Pluto le miró por encima de sus cinco naipes.

Chaval, me la meneas.

Había vuelto a perder. Tiró sus naipes sobre el charnaque y se levantó con violencia; dijo a gritos que se iba a mear, pero que la partida seguía, que al que abandonara le ponía un mosquetón por sombrero. Sudaba, y todos callaron. Vamos, Raúl, dijo. Dio media vuelta, apartando, abrió la lona a la claridad nubosa, desabrida, y le cedió el paso mientras dentro se alzaba, con clamor creciente, un abucheo, ep, ep, alto, tú, para el carro, ya será menos. Caminaron hacia las letrinas, la cabeza baja y las manos en los bolsillos, sorteando charcos.

Si no haces un poco de teatro estos hijos de puta acaban tomándote por el pito del sereno, dijo Pluto. Pero ahora les voy a plumar a todos, les pienso dejar sin blanca. No es exactamente hacer trampa, sabes; puede salirte mal. Claro que entonces no les pago. Por eso juego siempre con dinero prestado. Joder, es que en este puto lugar, hasta los que no son gatos y aunque no sea de noche, son pardos. Además pienso mangarles unos cuantos cubrepitos y baquetas. Tener un retén para casos de emergencia. Cuánto chorizo, joder. Estoy de una leche... Me parece que me voy a rebajar por unos cuantos días. Aunque nada más sea para compensar lo del permiso.

Salió de las letrinas abotonándose y en la fuente bebieron un trago. Hablaron de Leo.

Esperaba telegrama, dijo Raúl. Ahora ya no creo que llegue.

Pobre chaval. ¿Le habrán cascado?

Coño, sé tanto como tú. Supongo que Fortuny traerá noticias.

Si me necesitas para lo que sea, ya lo sabes. Estaré toda la tarde con esta partida de cabrones.

Fantástica avenida aquélla, lindante con la fuente y las letrinas, fantástica avenida que, montando suavemente hacia la Plaza de Armas, dividía en dos el campamento, escampada, dibujada sobre el terreno como sobre un plano, a escala uno uno, con sus delimitaciones

de piedras encaladas, con sus travesías simétricas, dispuestas perpendicularmente, también de piedras encaladas, y sus motivos ornamentales, algún arco truncado, alguna columna aislada, de obra, y las casitas de los oficiales, diminutas, como de maqueta, y los tabiques de otras letrinas, de otras duchas colectivas, y las repisas de otras fuentes, y los picos de las tiendas entre los pinos y los altos postes y los cables espectrales, de urbanización fantasma. Una ciudad trazada a cordel y escuadra en la suave planicie de raquítico arbolado, cuadrícula de compañías, avenidas contrapuestas a calles transversales que conducían a las áreas de servicio, Comedores, Botiquín, Economato, Enfermería, Correos, etcétera, mientras que las tres avenidas, la principal en el centro, el Paseo de Gracia, como le llamaban, desembocaban en la extensa Plaza de Armas, sede de los centros oficiales y edificios públicos, Mayoría, la iglesia, el Imperio, etcétera, y como para darle una nota alegre, en un extremo, la cantina.

Los de artillería formaban enfrente, de cuatro en fondo, en posición de descanso, nerviosos, particularmente nerviosos los que tenían permiso, con su macuto ya dispuesto, toqueteándose el gorro, repasando todo el rato los menores detalles del uniforme. Aún seguían llegando compañías y formaban a continuación, en tanto que cada sargento daba la novedad al teniente, cada teniente al capitán y cada capitán al ayudante del comandante Jefe de Semana. El Jefe de Semana era de Artillería y empezó la revista por su batallón y, a las voces de mando –¡Batallooon! ¡Firmés!–, las filas se crisparon y quedaron cara al sol, como clavadas, mientras allá arriba, al comienzo de la avenida, una silueta aristada se perfilaba contra el cielo de la Plaza de Armas. Se destacó también otra figura y corrió a su encuentro, seguramente el capitán ayudante, a darle la novedad. El comandante era enteco, de escasa estatura, y llevaba gafas ahumadas y, bajo el brazo, una varita de brezo; recorría sin ruido fila tras fila, entre respiraciones contenidas y ojos como de ciego, fijos al frente, rodeado de oficiales escrutadores. Apenas hubo pasado, Raúl pudo ya percibir con el rabillo del ojo las expresiones de gozoso disfrute en el séquito, aun antes de que la varita acabara de apuntar la guerrera de Pluto, señalando, con pausa solemne, la falta mal disimulada, la simetría destruida, el ojal vacío, signo irrefutable del dorado botón ausente. Prosiguieron, y el teniente Noguero, al tomar nota, dijo entre dientes, esta vez te va a caer el pelo, Farreras, risueño, quizás divertido por la fatalidad del caso, por el hecho de que el perdón del castigo que correspondía a la negligente pérdida del cubrepuntos, concedido por el capitán Mauriño a instancia suya, hubiera resultado tan vano, del mismo modo que su vaticinio anterior a la Jura, el te van a joder vivo, Farreras, formulado para significar que en su

concepto Pluto estaba predestinado a quedarse sin permiso, se cumplió fatalmente, cuando, al ensayar los ejercicios propios del acto, el comandante distinguió a Pluto ante todo el batallón preguntándole a qué compañía pertenecía, diciéndole, muy posiblemente sin siquiera prestar atención a la respuesta, pues estás dejando cojonudamente a tu capitán, muchachito, pero que cojonudamente. Aquel teniente que en las clases teóricas bajo los pinos, si el capitán estaba ausente, hacía que Pluto saliera a la pizarra para solaz de todos y, en primer lugar de sí mismo, cuando, por ejemplo, lo descubría orinando sobre una mata y lo llamaba con su voz grave, suelta eso y ven para acá, Farreras, indolente, fornido y rubicundo, siempre en actitud bostezante, amigo de pasar el rato, de distraerse con cualquiera de aquellas controversias que hacían más entretenida la mañana y en las que Pluto tan bien sabía dejarse tirar de la lengua y responder con agilidad y precisa indolencia, justo en el límite de lo públicamente tolerable.

Se retrasaba el comienzo de la clase, y el capitán Mauriño, tras su mesa de campaña, les contemplaba en silencio, cada vez más alborotados. El capitán Mauriño, sus pausas, sus vacíos, amparando mediante las gafas negras el desamparo de sus ojos, disimulando el forzado fruncimiento, a punto de recordar, de asir el hilo, de precisar lo que quería decir y, especialmente, qué quería decir lo que quería decir. El teniente Noguero abroncaba al responsable de que no se hubiera nombrado a los encargados de traer la pizarra. Ahora llega el coronel a comer hierba, ¿y qué pasa?, decía. Y el capitán Mauriño hizo un vago ademán, la suave vaguada, los pinos quietos lamidos de resplandor esplendoroso, en dirección al campamento. Vamos, tráiganla. Vayan por ahí, por la niebla.

El capitán Mauriño hablaba de logística y el teniente Noguero se fue a chinchar un rato a Pluto, por lo bajo. Se le aproximaba en las formaciones; aquella mañana, cuando, tras el toque de diana, alegre y español, compareció con cara de gato adormilado, y marcharon a paso de maniobra hacia los comedores atravesando la avenida central y las agrupaciones de Artillería, en busca del obligatorio desayuno dominical de las colas formadas ante cualquiera de las tres calderas de humeante aguachirle repartida a cucharones. Pluto iba delante de Raúl, cabizbajo y abatido, haciendo tintinear el jarrillo, y el teniente Noguero, con aire coñón, le dijo, bonita vista, ¿eh, Farreras?, y Pluto contestó, de los cojones. Las naves de los comedores se alineaban perpendicularmente al cortado, un despeñadero que caía a pico sobre las faldas escalonadas de la solana. Desde allí se dominaba el oscuro llano tendido al pie y, más allá el mar, el mar y las nubes que, como en un cráter explosivo, encerraban el primer sol, el mar inacabable, una inacabable lisura bruñida, con reflejos metálicos, áureos, acerados, manchada de sombríos continentes, de globos terráqueos,

sumergidos, una inacabable superficie acabada en bajos fulgores salinos, en cavernas de luz, cubierta de nubes estratificadas, acumuladas en forma de una ciudad encumbrada como un monte, una ciudad almenada, con murallas, con torres y cúpulas y banderas celestes, una ciudad con su propia luz irradiante y su propio horizonte marino nublado, generador de soles y planetas, de días y noches, rotaciones, ciclos periódicos. Pasados los comedores, asimismo de espaldas al cortado, quedaban el almacén de Intendencia y el Economato y, al otro lado de la calle, el Botiquín y la Enfermería y, haciendo ya esquina con la Plaza de Armas, el barracón de Correos.

Preguntó al soldado del mostrador, un regimental absorto, bajo el foco de una lámpara de oficina, en la lectura de una novela del Oeste. De nuevo fuera, echó la carta al buzón; se entreveía apenas el centinela del Parque Móvil paseando en la niebla, mosquetón al hombro, la bayoneta afilada, centelleante, y también como un ángel, apareció otro cuervo, planeando apagadamente. Al cabo del camino, como colgados sobre el vacío, los contornos del Botiquín y de la Enfermería, camino de rácanos y rebajados, que, a modo de concluyente advertencia, terminaba en el abismo. Allí, desde el parapeto, en los días de buena visibilidad, el panorama era espléndido, ahora que el amanecer tardío coincidía con el toque de diana, alegre y español, el aura de la aurora oreándole la frente, gratos aromas de pinar y rocío. Se rebajó, y mientras aguardaba en la puerta del Botiquín, al abrigo del viento, vieron dispersarse las compañías a partir de la Plaza de Armas, marcando el paso, cantando. Los demás se contaban sus dolencias, acurrucados, convenciéndose de la propia miseria, y Raúl se acodó en el parapeto. El sol rosaba los campos y las planicies, los pinares tiernos, las gargantas violáceas, la hierba rociada de los valles como humeantes, nieblas endebles más bien propias del próximo septiembre, equinocciales. Luego la neblina se iba haciendo inmaterial y poco a poco se precisaba el poblado llano, las planas playas de donde partieron las velas blancas del conquistador de Mallorca, y el mar se ampliaba y ampliaba de lúcido azul. Más acá, sobre pueblos y cultivos, se alzaban las primeras estribaciones de la solana, un monte escalonado en sucesivos planos y espolones perpendiculares al llano y paralelos entre sí, escarpados precipicios, volúmenes de presencia abrumadora, difíciles de escalar, un monte enriscado y yermo, de antiguos bancales abandonados, de corcovas enzarzadas hasta la chata cumbre, sin más animal, se diría, que algún que otro cuervo sobrevolando, circunvolando, al acecho de las basuras. Y de espaldas al parapeto, por encima del campamento, tierra adentro, se avistaban más escalones, cotas aún más altas y retiradas, estribos con perfil de mogote, una crispada progresión de alturas entrecortadas por desfiladeros abruptos y bosques profundos, otras

chatas cumbres más y más elevadas, desde las cuales debía divisarse, nítidamente destacado, inconfundible, el Montsant, Scala Dei rocoso y estepario, a poniente, perpendicular al valle del Ebro. Era una mañana despejada, y el vandálico vendaval levantaba girantes soplos de polvo en la Plaza de Armas. Entonces salió el sanitario, con su halo de olor a insecticida, y dijo que el comandante médico había dicho que o se callaban inmediatamente o los reenviaba a todos a las respectivas compañías. Lo conocía de antes, de cuando estuvo unos días –¿cuántos?– a principio de verano, y el sanitario hacía recados a cambio de propinas y alquilaba novelas de tiros. Aquella Enfermería donde se entraba con una pierna rota y se salía con colitis, o se entraba con gripe y se salía con forúnculos, aquella sala encalada y calurosa, de camas blancas alineadas, y aquel retrete donde había que echar los papeles en una papelera, y el prodigioso pastillón amargo como único remedio de todos los males, y el olor a insecticida, y las conversaciones de los convalecientes, horas y horas charlando de lo que fuera, planeando la forma de engañar al comandante médico. Le metieron entre unas sábanas blandamente sobadas y todavía calentitas, y el vecino de cama con el que empezó a intimar en cuanto le bajó la fiebre era Fortuny. Federico venía con Pluto y le traían tabaco y la correspondencia, cartas de Nuria y una postal de papá con un Velázquez en el anverso, una venus de sinuoso reverso que causó sensación. Nuria le anunciaba que había decidido abandonar definitivamente la carrera y, en lugar de tomarse vacaciones, empezar enseguida a trabajar con su padre, de secretaria. ¿Nuria? ¿Perfecta secretaria taquimecaestenodactilomagnetelofonografista, cliclic, cliclic, clic? Pajarraco.

La Plaza de Armas extendida a modo de marisma enfangada y exhalante, evaporadora, y la niebla parecía clarear y sucesivos volúmenes se iban conformando en profundidad, la masa de la torre de aguas, cuadrangular y maciza, almenada, piedra a piedra como una fortaleza, con sus gárgolas en forma de cañoncitos y el erecto mástil de la bandera que tan mal casaban con aquel reloj más propio de campanario parroquial, pequeño castillejo de si… Clareaba, sí, y la plaza se desboiraba y abría a todo lo ancho, más y más despejada la fachada del Campamento, una plaza rectangular, cerrada por tres lados, con la torre de aguas y los barracones de Mayoría presidiendo el primer tramo del lado más largo, antes de llegar a la avenida central que, arrancando de ahí, dividía simétricamente el recinto, encarada –también simétricamente– a la Guardia Principal, en el lado opuesto, abierto al campo, a la carretera; y pasada la avenida, ya en el segundo tramo, la capilla y el Imperio, y al fondo, en el lado contrario al de Correos, frente por frente, se adivinaban incluso los porches de la cantina, los tejados agudos de la granja, del estanco, de la barbería,

de la Caja de Ahorros. Desapacible lugar, sí, y el jodido limo pardo adherido pesando pegajoso en las botas cada vez más apelmazadas. Sonaban unos desafinados compases de armónica, y a un lado de la torre de aguas descubrió una pareja besándose, ella ceñida al capote, repentinamente desamparados por la niebla alzada y floja, una niebla igual que la de la mañana, no lo bastante densa como para ahorrarse la misa de campaña celebrada en presencia de los tres batallones allí formados, entre clarinazos, todos firmes, inmóviles ante la llamativa casulla visible aun desde los últimos puestos de las más alejadas hileras, verde de enésimo domingo después de Pentecostés. Tenían el alférez detrás, pero hacia el final, cuando el ite missa est, Pluto pudo susurrarle, una de menos, tú.

La cantina estaba todavía repleta, abarrotada de familias empaelladas que tomaban café, las mesas cubiertas de platos sucios, con residuos de arroz y huesos chupados de pollo, padres bienhumorados, satisfechos de ver a sus hijos más sanos y más hombres, recordando su propia juventud, tiempos pasados y mejores, y una mamá, tal vez viuda, que intentaba congraciarse con un graciable brigada en nombre de conocidos comunes, recomendar al vergonzoso chico, un puto aspirante con cordones de perito, lograrle un trato preferente, algún privilegio. Detrás, en el prado de suave declive, prudentemente próximos al protector alero de la cantina, había más visitantes, familiares, prometidas, pequeños grupos dispersos en la hierba, con sus mantas a cuadros, sus termos y sus tarteras, como de picnic. Raúl se cruzó con la vigilancia de día, tres o cuatro putoaspirantes siguiendo al teniente en aburrida ronda, y fuera ya del recinto, buscó una peña más allá de las familias, sobre el desmonte de la Maestranza. La vez que Nuria subió a visitarle, se habían alejado lo más posible, y en un claro luminoso ella dispuso el contenido de la cesta, una cesta de mimbres de lo más tradicional. Se comportaba todavía como si la situación fuera muy divertida, pero ya no tenía la naturalidad de cuando saltó del autocar, radiante, vestida con aquellos colores de lagarto que tan bien sentaban a su tez y a sus cabellos soleados, y le besó delante de todo el mundo, ni de cuando dejaron atrás la cantina, ella cogida de su brazo, la mano descansando sobre la rígida manga de la guerrera. Raúl se esforzaba, hacía preguntas, y en cuanto ella, como contagiada, pareció aflojar, la enlazó por la cintura; hasta para hacer el amor tuvieron que esforzarse y, después, para reírse del desastre que había sido todo. Le escribió el mismo día, no bien se hubo marchado, y se pusieron de acuerdo en que no debía volver a subir. Cuando los permisos era diferente, ávidas escapadas a Sitges o a Tarragona, sin el uniforme; durante el sábado por la noche y la mañana del domingo todo iba bien pero, a partir del mediodía, empezaban también a quedarse callados.

La peña era achatada, de musgo brillante y esponjoso; estaba mojada y escurridiza, y tuvo que sentarse desplegando los faldones del capote. La Maestranza, hundida en el terreno, aparecía convertida en un cenagal, y las piezas de artillería, enfundadas, se reflejaban monstruosas en los charcos lívidos, como abrevándose. A su izquierda quedaba el campamento y a su derecha, hacia poniente, los negros bosques de la umbría, los barrancos, las alturas cubiertas por la niebla alzada, pétreas, encastilladas, coronadas por el Montsant, del que, en día claro, desde aquella peña, se distinguía a lo sumo, diáfana, distante, su lisa cima, áspera sierra alargada como un muro en ruinas hacia el valle del Ebro. En el aparcadero, al pie de la cantina, había mucho movimiento, y por el escaso trecho visible de la carretera, fangosa, estriada, dos o tres turismos marchaban despacio; en la Plaza de Armas, ante las garitas de la Principal, había relevo de centinelas. Mal sitio aquél, demasiado próximo, pasaban oficiales a cada momento y había que saludar y contar las estrellas y avisar, ¡Guardia, a formar! Luego le tocó el cobertizo de las pizarras, por ejemplo, o el polvorín, que aún quedaba más apartado, y pudo fumar tranquilo. Antes de la Jura, los únicos en pelar guardias eran los regimentales, y ellos, caballeros aspirantes no juramentados, velaban armas, se ejercitaban, pringaban cuatro horas seguidas de instrucción, ensayaban, y en los ratos libres, a encalar las piedras de los linderos, a regar el trigo sembrado en el cerco de la tienda para que brotara como grama, a idear el motivo ornamental de la compañía, cualquier virguería con una inscripción, con un rasgo de humor picante, casi travieso, demostrativo, a los ojos de los futuros familiares visitantes, de su característica juvenil y viril alegría. Pringaban la tarde entera, primero cada compañía por su cuenta, ejecutando una y otra vez los mismos movimientos, por tiempos, a toque de silbato, el capitán Mauriño desgañitándose, presenten ¡armas!, descansen ¡armas!, y abrían filas y desplegaban, evolucionaban en orden cerrado, ya aunadas todas las compañías del batallón, ante el comandante, sumidos en una nube de pardo polvo, literalmente acojonados por el riesgo de variar a la izquierda en lugar de a la derecha o de saltarse un tiempo o de perder el paso, un paso en falso que costaba el permiso de Jura, de aquella ceremonia tantas veces ensayada cuando finalmente los batallones desfilaban uno tras otro ante el coronel, a lo largo de la Plaza de Armas. Perfecto desfile, memorable desfile, el desfile con que culminó el brillante acto, la Plaza de Armas engalanada, refulgente, cuajada de flamígeros reflejos, ardiente el aire y como aureolado de oro el sol de aquel 25 de julio, día de Santiago, jinete de blanco caballo, salvador de la cristiana Patria Hispana, cuando los caballeros aspirantes, en presencia de un nutrido público, fueron solemnemente ordenados soldados, militantes diáconos de la guerra. Ondeaban las

banderas como en un estallar de colores rojo y gualda, y la banda interpretaba sin interrupción marchas militares, al jurarla la besé y fue el beso una oración, madre mía, madre mía, el beso que te daría con el corazón. Y la breve pero emotiva alocución, no de un orador sino de un soldado, sonando distante e indistinta en la explanada de petrificadas formaciones, España, nación guerrera y gloriosa, patria sacrosanta, nuestro anhelo y nuestro orgullo es tu grandeza, que seas noble y fuerte, y por verte temida y honrada contentos tus hijos irán a la muerte. Y, también desde la tribuna presidencial, la homilía del augusto purpurado de morado o rojo, igual da, sus invocaciones a Dios y al César, hoy festividad de Santiago, señor de los ejércitos, el protoapóstol protopatrón de la protopatria, rayo de la guerra que tantas veces ha intervenido providencialmente, salvando a España de la enemiga internacional, de las conjuras, intrigas y odios de los que tradicionalmente, caballeros aspirantes, ha sido víctima nuestra patria, y sus consideraciones, o mejor, exhortaciones relativas a cómo la paz terrenal debe ser referida a la celestial; diciendo como la paz social es tranquilidad en un orden, disposición armónica de cosas semejantes o de semejantes, cada una en su justo lugar; diciendo como cuando la Ciudad terrena perturba la paz, los hijos de la Ciudad de Dios recurren a la guerra, guerra justa porque su objetivo es la paz, la restauración del orden destruido, y entonces es Dios quien vence en sus hijos, quien les da la victoria; diciendo cómo así es la historia humana, cómo mientras subsista la Ciudad terrena así habrá hijos del sable y del fusil. Y, para terminar, un último llamamiento, aquí arriba, cerca de los luceros, en este monte de aguerridas asperezas, propicio a la meditación y el arrepentimiento, a las firmes resoluciones, airado dominio del relámpago y del trueno.

Un niño exploraba la Maestranza embarrada, pisando con precaución, deambulando en zigzag entre las piezas de artillería cubiertas de lona, parándose a contemplar, aquí y allá, la vista en alto, la amenazante inclinación de los cañones, dispuestos bajo sus fundas como para una salva olvidada. Apenas si quedaban familias y las primeras gotas de lluvia fina precipitaron en pocos segundos la desbandada. Ya que no voces, sonaba de nuevo el río no visible, allá abajo, hundido en el desfiladero, la cascada blanca desencadenándose salvajemente sobre el remanso, un remanso oscuro, de leves burbujeos y crecientes semicírculos aquietados, inquietantes. Llegaba la lluvia, sesgada, recorriendo los bosques como un escalofrío, y en dirección contraria, hacia poniente, la niebla parecía descender de nuevo, invadir los barrancos de cruda roca, ligera y floja, afantasmada. Los últimos coches marchaban en procesión, muy juntos, y ya en las proximidades de la curva se iban decantando con precaución, casi hasta la cuneta, para franquear el paso a un viejo autocar de línea que

llegaba, sin duda, con los primeros en regresar del permiso. Raúl hundió la cara entre las levantadas solapas del capote y se llegó en una carrera hasta el aparcadero, por detrás de la cantina. Del autocar no saltaron más de media docena, todos putoaspirantes, con sus macutos, y corrieron apresurados, chapoteando en el barro salpicado por la lluvia. En su lugar subieron los pocos visitantes que aún quedaban, y sólo una pareja se demoró ante la portezuela abierta, abrazándose todavía, ella apretada contra el capote. En las ventanillas se agitaban manos tendidas y se oían palabras de despedida, mensajes, encargos, recomendaciones, adiós, adiós, mi lindo marinero. Raúl remontó la cuesta de la cantina encarando el aguacero menguante, una racha pasajera, reducida ya a parda llovizna. La cantina había cambiado de clima, así, medio vacío el aireado porche, los bancos y las mesas salpicados por la lluvia a todo lo largo de la baranda, bajo el escurriente alero de uralita, límpidas, vítreas gotas refulgentes cayendo rimadas de un extremo a otro, ya sin nadie ajeno al campamento, sólo sargentos y putoaspirantes y un pequeño grupo de oficiales hacia medio mostrador. Le sirvieron un coñac caliente. Alguien discutía si el fútbol era espectáculo o deporte, y distanciados por una gotera, unos cuantos sargentos escuchaban doblados de risa, tú, y él dijo, ¿cabo cuartel?, dijo, joder es la primera vez que veo a un sargento haciendo de cabo, así mismo, tú. Se doblaban cogidos del hombro en alborotado corro. Hosti, tú, fue de espanto. Y antes le dijo, ¿y este caballero qué representa? Y el capitán de culo, tú. Y dos sargentos disputaban por pagar, junto a los oficiales, que no jodas, coño. Los oficiales también estaban en plan de cachondeo, el teniente Noguero y el capitán Cantillo y el comandante mayor y el capitán ayudante, más algún que otro alférez lameculos que, aprovechando la momentánea suspensión de toda jerarquía, les reían simpáticamente las gracias, como entre compañeros de peña. Y el comandante mayor terminó por pasarse al otro lado del mostrador y se puso a servirles personalmente, a llenar copas coñeándose del coronel, jo, decía, joé. Pero quien llevaba la voz cantante era el capitán Cantillo, con su voz requemada y sus ademanes enfoguecidos, de luchador, el cuello venoso, congestionado, y los demás le coreaban, corriéndose de gusto, una verdadera coña. Y llegaron los maños cantando, a mí me gusta el vipiriripipí, de la bota empinar, y el capitán Cantillo contaba lo de las milicianas de cuando la guerra, no tías sino tiorras, que lo único que buscaban era que les pasaran bien la baqueta, eso sí, sifilazo garantizado, el arma secreta que los rojos no atinaron a emplear porque Durruti no tenía dos dedos de frente: dejar que todas se nos rindieran en vez de fusilarlas. O lo de la puta de Tetuán, con el vapararapapá, el capitán Cantillo, con un grano de uva en el paladar, empinador más empinado que un fusil o que un mortero del calibre

133, con más cojones que un toro. Pues tampoco se debe agarrar ninguna mierda en África. Joé, no veas, de purgaciones para arriba. Joé. Joé. Jo. No veas. Menudas mierdas las de África. Eso sí, te la dejan más chupada que una pipa de kif. Joé. Jo. Y la mala puta por ahí, haciéndose rogar hasta que voy y le digo, o te desnudas por huevos ahora mismo o te doy por el culo. Y ella se sube a la mesa y se desnuda y, la mala puta, cuando ya está al pelo, va y se pone a mear en cuclillas. Y yo le digo, que te voy a dar por el culo, nena, y ella me dice, a ver si es verdad. Joé, joé. Jo. Que bebas, coño. Raúl pidió otro coñac.

La cantina cantinera. Cantarina.

La, la, la-la, la-la, la, la
La, la, la-la, la-la, la, la
La, la, la-la, la, la
La, la, la-la, la, la

La polca del barril. El capitán Cantillo.

Desayunaba chocolate con churros mientras los altavoces estrepitoseaban populares pasodobles rayados y, como en una romería, seguían afluyendo visitantes, un público de familiares y prometidas, y hasta la alegre ventolera, caracoleante, verbenera, parecía celebrar la fiesta, el inminente acto de la Jura; desayunaba sentado allí, en la cantina orlada de ondulantes banderas, junto a su esposa morena y casta, enlutada y casta, tetuda y casta, con moño, olé, olé, envidia te tienen las flores, María Dolores, mujer española, ambos sin hablar, él cubierto de dorados y centelleos, altivo guerrero, victorioso cruzado, azul divisionario el capitán Cantillo, de bigote canoso y mirada vacía, ojos absortos que parecían contemplar las evoluciones de la polvareda levantada, su rebelde caracoleo en aquella Plaza de Armas como galopada por un blanco caballo, meditando tal vez en la Escalilla o tal vez, simplemente, gozando el ocio de estar allí, matando el tiempo, en tanto que a dos pasos, en Mayoría, se doblaba como si nada la paga extraordinaria de julio, con sus puntos y sus dietas, en imborrable recuerdo de la gloriosa victoria. O aún, por ejemplo, el capitán Cantillo en la ciudad, de tertulia, una tertulia de compañeros de armas acompañados de sus respectivas esposas, todos de paisano, con el sobrio y mimado traje de vestir, reunidos seguramente en alguna sala del Casino Militar o en cualquier local en otros tiempos renombrado, con neón donde antaño arañas de cristal, los asientos retapizados de plástico, una cervecería antigua, sí, pero todavía socialmente aceptable y, lo que aún es más importante, de precios módicos. Departían, conversaban con la más rancia hidalguía española, con hombría, cortesía y señorío, con elegancia y castizo gracejo, y las respetadas esposas correspondían recatadamente,

asentían, se estudiaban unas a otras, las permanentes laqueadas, los reducidos puños y cuellos de astracán, las perlas falsas, sonriendo, celosamente escondidos sus pensamientos más íntimos; apacibles veladas. Y, de pronto, ya otra vez en uniforme de campaña, ya partido el tren entre apiñados adioses –sag mir wo die Blumen sind–, ya en el campamento, con una compañía bajo su mando, una compañía de putoaspirantes en mono y con el pelo cortado, provistos ya de charnaques y de paja para la colchoneta, de marmita, jarrillo, cantimplora y mantas, todo lo necesario, cuando allí, lejos del mundo cotidiano, en aquel monte de planas cumbres, abruptamente escalonado de peldaño en peldaño como la Escalilla, cuando con las primeras formaciones, como a partir de cero, empezó una nueva vida, la brusca transformación: rehostia, ya te puedes ir, cagando leches, a por el gorro, cojones. Y el teniente Noguero le dijo, cómo va eso, Gaminde. Se volvió a los otros. Éste también está hecho un buen golfo, pero es de los que la matan callando. El capitán Cantillo fijó en él sus ojos, negrísimos y penetrantes bajo el entrecejo hirsuto, con una penetración que inmediatamente pareció disiparse, como empañada, bien por incapacidad de persistencia, bien por falta de interés hacia una realidad tan accidental. Coño, pues que beba el Gamíndez, dijo, y el comandante mayor le sirvió, solícito. Para ti, muchacho. El teniente Noguero repitió que cómo iba eso y Raúl empezó a decir que bien, pero nadie le escuchaba, todos pendientes del capitán Cantillo, que hablaba de lo que era, salvo excepciones, el recluta, el guripa, el caloyo, el mozo de reemplazo, el guripa común, morralla, morralla sin espíritu ni heroísmo ni huevos, catetos, patanes cerriles con los que no valía la pena perder el tiempo intentando educarles, inculcarles sentimientos que no tenían, tratarles humanamente, de cualquier modo que no fuera a punta de fusta, a hostia limpia. Y el alférez, un señorito andaluz maligno y remilgado, de gafas ahumadas, escuchaba sonriente, se entretenía haciendo girar la cadenilla del silbato, enroscándola y desenroscándola en torno al dedo índice. Y en la guerra, todo eso de que hay que ir delante de la tropa son historias. Detrás, detrás y con la pistola, y al que retrocede me le dejas seco y te evitas el tiro por la espalda, que yo he estado en Rusia, leche, decía el capitán Cantillo, conceptos probablemente no compartidos por el capitán Sánchez Clavijo, con sus teorías acerca del ejemplo como base del factor moral y del cuartel como escuela de valores, el justo y estricto capitán Sánchez Clavijo, que llegó demasiado tarde para participar en la guerra civil, en la campaña del Este y en la lucha contra los maquis; él, a quien en la academia –recordaba una y otra vez– le sangraban las manos de tanto dar al fusil cuando el golpe de ¡atentos!, consciente del carácter formativo de aquella instrucción en apariencia tan mecánica, primera etapa del camino que conducía al

ansiado campo de batalla. Hombre, coño, Clavijo, vente para acá, dijeron. Felices los ojos, coño. Vamos, hombre, no me jodas. ¿A quién se le ocurre empezar a estas horas? Le alargaron un vaso y el capitán Sánchez Clavijo se dejó acoger resistiéndose apenas, corpulento, de cara elemental, con sus mejillas coloradas y sus mostachos de soldadito de plomo, torpe y azorado hasta que tomaba un par de copas y entonces se convertía en uno de esos tímidos que se sueltan y resultan de lo más cachondo. Mauriño, Mauriño, no tengas morriña, gritó de pronto al ver al fondo al capitán Mauriño, solitario. Mira que llegas a ser gallego. Gritaban para entenderse por encima de los coros vociferantes, de los estribillos cantados machaconamente al abrigo del mostrador, viriles consonancias rimadas, coño y moño, cojones y purgaciones, groserías repetidas de reemplazo en reemplazo, de quinta en quinta, año tras año aplaudidos en la cantina, los domingos por la tarde, como una droga evocadora de recuerdos, de evasiones propias de quien, como el capitán Cantillo, sabe que nunca pasará de teniente coronel.

El aire entraba fresco y gris desde la Plaza de Armas, la Plaza de Armas enmarcada entre los pilares de ladrillo y el alero todavía goteante, vasta, cenagosa, los charcos luciendo tal ciegas pupilas. Venía también otro capitán y, por un momento, el grupo se fragmentó en dos o tres corrillos, buen momento para despedirse del teniente Noguero con cualquier frase ingeniosa y desenvuelta que buscó vanamente y acabó reemplazando por una breve explicación relativa al hecho de que ya iba siendo hora de volver a la compañía, o a su proyecto de comprar una botella en el Economato, despedirse y aprovechar para quitarse de en medio, ser olvidado, convertirse en una más de las formas encapotadas que deambulaban por la Plaza de Armas, donde, poco a poco, el mostrador de la cantina, codos y vasos y gorros y cigarrillos se irían confundiendo como en un vago forcejeo, cada vez más apagados los cantos y los ruidos, el a ver si me guardas un trago, del teniente Noguero.

No como el capitán Cantillo, ni tampoco como el capitán Mauriño, serio, sí, pero ya muy cascado, con una lesión, consecuencia de una antigua herida, que le incapacitaba, de hecho, para responsabilidades mayores que el mando de una compañía. No, el capitán Sánchez Clavijo no tenía la voz ni las maneras de Cantillo, ni, sobre todo, su visión de la vida castrense, como quedó bien de manifiesto cuando el capitán Mauriño estuvo con la gripe y el capitán Sánchez Clavijo, sin abandonar su compañía, se hizo cargo, además, de la instrucción y clases teóricas de la tercera. Supervisaba el trabajo del teniente Noguero y, a veces, tomaba el mando directamente. Les habló de la guerra, y todos, sentados en disperso semicírculo bajo los pinos, se pusieron cómodos, plácidamente dispuestos a escuchar, y hasta los

que leían con disimulo novelas de tiros dejaron de hacerlo. Pero no se trataba de anécdotas, de experiencias vividas, no, sino de disquisiciones sobre la guerra como fenómeno natural a la vez que social, y al poco ya nadie escuchaba, empezando por el propio teniente Noguero, que recostado contra un tronco, mordiscando una ramita de orégano, chinchaba por lo bajo a Pluto; leían de nuevo; estudiaban los movimientos de los insectos entre la hierba, entrecerraban los ojos, adormecidos por el sol y el aroma de tibia resina. Vivir es pelear y la vida un combate. La guerra es lo normal y cotidiano; la paz es ilusión, es lo anormal. La guerra entre los pueblos, como bien demuestra la historia, subsistirá siempre, y la palabra paz no es sino una tapadera de la que suelen usar y abusar las naciones para ocultar su voluntad de dominio. El final de sus palabras resultaba embarazoso, una súbita y tensa pausa que parecía hacerles despertar mientras él les miraba en silencio desde su mesa plegable, pesado y taciturno, amargado –se decía– porque su mujer le ponía cuernos y habían tenido que separarse. Sólo en la instrucción llegaba a perder los estribos, desgañitándose –uno, dos– cuando por último, al finalizar la tarde, desfilaban ante el coronel por esta Plaza de Armas vasta y cenagosa, cuajada de huellas encharcadas. Miró el cielo, la baja bóveda de nubes bárbaramente aplastadas. Los tejados de los barracones se afilaban acerados, bruñidos por la lluvia caída, y según se acercaba a la pétrea mole de la torre de aguas sonaban con mayor claridad, de nuevo, los desdichados compases de armónica. Fue entonces, más o menos, cuando reparó en la presencia de un reducido grupo de cornetas y tambores formado ante la torre de aguas, campanario o castillejo, ya demasiado tarde para echar a correr y, doblando a la izquierda, refugiarse en el Economato antes de que, fuera, el tiempo pareciera detenerse y todo permaneciera como paralizado en tanto se prolongaban los toques consecutivos de bandera y oración, ceremonia repetida día tras día, antiguos toques resonando cuando, cada atardecer, alineadas las compañías en la Plaza de Armas, primero cara a levante, mientras arriaban, y luego, dando media vuelta, cara a poniente, se mantenían firmes hasta que cesaba el último largo de corneta, la vista fija en el bajo sol muriente, blanco y tenue como una hostia, velado por una neblina amarilla, fluida, poblada de cerros entrevistos, de mansos pinares y ásperas crestas, evocadora del ya cercano equinoccio, del verano en trance de esfumarse igual que se esfumaban aquellos crepúsculos cada vez más tempranos. Aguantó, pues, entre otras dispersas figuras igualmente inmovilizadas dondequiera que hubieran sido sorprendidas por el toque, en esa hora de nostalgia y recogimiento, apropiada para pensar en las visitas recibidas, en los ausentes seres queridos y su mundo cotidiano de allá abajo, mientras que ahí, sobre el reloj de la

almenada torre, quedaba desnudo el enorme mástil, erecto, desmantelado. Y al mismo tiempo, mezclada a tales sentimientos y anhelos, una confortadora esperanza basada en el carácter irreversible del paso del tiempo, en la evidencia de que un día más era un día menos, de que con la proximidad del otoño se aproximaba también el momento en que, como los veteranos licenciados en julio, reharían una por una, pero al revés, las diversas etapas de la llegada. Pasaban hacinados en camiones, ya todo cumplido y purgado, cantando, gritando, saludando con el gorro, envueltos en el violento polvo liberado, soldadito español, soldadito valiente, el orgullo del sol es besarte la frente. Cantaban, gritaban, muchachos, adiós, adiós cantina, adiós retreta e imaginarias de la puñeta, se acabaron los trabajos mecánicos, limpiar letrinas y fregar cacerolas, para ellos no habría más cabos primera ni correazos, no más peladas al cero, y serían otros, por lo demás igualmente oscuros y rapados, los que ahora rondarían las compañías de los caballeros aspirantes en busca de un chusco de sobras o de una propina, ofreciéndose para lustrar botas, limpiar mosquetones, lavar la ropa. Serían otros, ellos ya no andarían más escurriendo el bulto, furtivos como espíritus o malhechores, husmeantes, taimados, merodeadores; para ellos, todo eso ya se había acabado.

Pero él seguiría como siempre, con su recorrido de trayectoria generalmente inversa a la del sol, de la compañía a la cantina, en sentido norteoeste, de cara a los desfiladeros de la umbría, a los bosques y las escarpas de aquella sierra que, como de peldaño en peldaño, ascendía en una brusca sucesión de contrafuertes y planos, espolones y despeñaderos, sobre cuyas alturas destacaba, lejana, la lisa cima del Montsant y su Scala Dei, hacia el valle del Ebro, y luego, cruzando la Plaza de Armas, de la cantina al Economato en sentido oeste-sur, como enfilando el parapeto, la vertiente de la solana derrumbada en escarpados volúmenes hacia el llano de matizados cultivos, con el alto mar al fondo, para regresar por último al punto de partida a través de las agrupaciones de artillería, en sentido surnorte, la sombra por delante, torcida hacia la derecha, enana, achaparrada. Sólo excepcionalmente, con algún propósito concreto, asomarse a Correos, por ejemplo, daría un rodeo norte-sur-oeste para llegar a la cantina y a partir de ahí, ya de regreso, desandar lo andado cruzando de nuevo la Plaza de Armas y, a la altura de Correos, doblar a la izquierda y tras efectuar cualquier compra en el Economato, fruta, cien gramos de jamón, una botella de ginebra, esperando tanda pacientemente, como en un colmado de pueblo, adentrarse otra vez en las agrupaciones de artillería, hacia la avenida central, camino de su compañía. Y al día siguiente, el campo de tiro, allá abajo, en un repecho de la desolada solana. Descendían por un sendero brusco y

pedregoso cargados con el equipo completo de, campaña, de uno en uno, en un interminable reguero, y al compañero de delante, debido tanto a una excesiva abundancia de legumbres en el régimen alimenticio como a lo dislocado del paso, se le escapaban continuamente de los fondos del pantalón apestosas sonoridades aflautadas. No entiendo cómo aún te quedan ganas de subir a un monte, dijo Pluto. Lo único que verás desde arriba será otros montes. Y después de fagina, cuando sesteaban a la sombra de una peña, aún insistió en el tema. Los montes me la menean. Todo a la vista y nada a mano. También estaba Fortuny, y Federico no tardó en localizarles. Hablaron de lo primero que harían al llegar a Barcelona, cuando acabaran. Pues a mí me parece una experiencia interesante esto del campamento, dijo Federico. Fíjate, es como una cura de balneario. Te bañan, te hacen tragar aguas purgantes o depurativas o lo que sea, y sales como nuevo. Pues aquí, lo mismo. La convivencia con la gente, la disciplina, el embrutecimiento, hacértelas pasar lo más puta posible. Y todo para acabar nombrándote oficial, integrándote en la jerarquía, convirtiéndote en uno de los suyos. Y Pluto: joder, pues como los vampiros.

Más que en un balneario, me hace pensar en la cárcel, dijo Fortuny.

Qué coño de cárcel. Un colegio de monjas. Ya se lo dije al capitán. Sólo que aquí la gente suelta tacos.

Pues ya me dirás qué diferencia ves entre un campamento y la cárcel. Allí, al menos, estás por algo que has hecho. Aquí, en cambio, porque estás en la edad y eres más o menos normal. Y te aseguro que, a igualdad de tiempo, yo preferiría la cárcel. Al menos, en la cárcel, sabes que en la cárcel ya no te pueden meter.

No dramatices, coño. Esto es un colegio y nada más. ¿Dónde, si no, ibas a ver jugar a guerras como aquí? Jugar a guerras a nuestra edad, joder, una colla de adultos jugando a guerras.

Se volvió a Raúl. ¿Por qué no escribes algo sobre esto, a ti que te gustan las novelas? Y Federico: esto es cosa del conde Adolfo, nuestro cronista oficial. Lo haría más en serio, a lo Hemingway, gente amargada, que bebe, y el protagonista tiene que desertar y todo eso.

Con ojos entrecerrados contemplaban, al pie de aquellas planicies escarpadas, de corteza reseca, los cultivos del llano, olivares, algarrobales, viñedos, simétricos avellanares, los campos torrados en la quietud incolora del mediodía, los pueblos desparramados, la borrosa calina, del mar y del cielo, playas de donde partieron las victoriosas naves conquistadoras, los estandartes benditos que como un fuego prendieron en la dulce isla de la calma. Habían armado pabellones y, al ir a llenar la cantimplora, entre los claros guijarros del manantial, descubrieron una serpiente larga y verdigris, escalofriante, que les plantó cara, erguida, bífida, y acabó por escurrirse hasta

desaparecer de un modo casi imperceptible. O en vez de tiro, guardia; le había tocado guardia principal y quien revisaba la parada era el capitán Cantillo. Que no te pase nada, le dijeron. Pero se rebajó y, mientras los demás marchaban, permaneció en la tienda haciendo el tigre hasta la hora de presentarse en el botiquín. Había aguardado su turno acodado en el antepecho, desde donde aún se distinguían las últimas columnas descendiendo, tortuosas hileras de soldados y mulos perdiéndose en el impreciso panorama de bosquecillos, planicies rosadas, gargantas violáceas, vastos valles como fraguándose según se esfumaban las nieblas, y cuando le llamaron alegó colitis, algo de puro trámite, lo justo para que lo medicaran y reenviaran a la compañía. Entonces se preparó con calma, el uniforme, las botas, las hebillas, el correaje, el mosquetón, el machete, y salió sin percance de aquella parada en la que el capitán Cantillo consiguió empaquetar a casi todos por el procedimiento de fijarse, más que en el ánima del mosquetón, en si había polvo en la ranura de engarce del machete. Por lo demás, era incluso agradable montar guardia; ante el cobertizo de las pizarras, por ejemplo, fumando con cuidado, las horas de soledad pasadas en aquellos pinares suavizados por la brisa, un verde sedoso, como veteado de aguas, sonando airosamente, tal un ligero organeo. Y el polvorín en un mediodía canicular, allí, tan aislado, dominando, al amparo de la garita, la plana humosa, de céreas lontananzas, la plana como escalfada y el monte como chafándose de cumbre en cumbre, desplomándose escalonadamente, y los desfiladeros quietos, de roca estratificada en curvas depresiones, y el brillo apagado de los peñascos, y los árboles escasos, de estructura negruzca, igual que carbonizados en la solana sin aire, y aquel flojo cigarrear aflorando del monte bajo, bajo un cielo de caliente acero. Y aún los grafismos de la garita, de aquel antro de ensoñación, los detallados dibujos como de urinario, las frases, Aquí tu padre se hizo una solemne paja para celebrar su última guardia, inscripción alentadora, adecuada para despertar la imaginación, pensar en lo que sería su vida cotidiana cuando todo aquello hubiera terminado. Y las otras, más reflexivas, incitadoras a considerar el carácter efímero de tales sueños, la mísera realidad de su situación concreta: Putoaspirante, no celebres tu última guardia sin antes pensar que te queda todavía otro verano. Un verano con galones de sargento, pero, en definitiva, otro verano, estancia pasajera, temporalmente limitada, pero no por ello menos hecha de minutos, menos real e irremisible para quien, no mero visitante, permanece allí arriba y la soporta. Las mismas mañanas de clases teóricas, las mismas tardes de instrucción en orden cerrado repitiendo una y otra vez movimientos y evoluciones, sobre todo la siempre imperfecta variación en fila que tanto exasperaba al capitán Mauriño; entonces, el teniente Noguero organizaba un quinteo y a uno de cada

cinco le tocaba verbena, presentarse determinado número de veces, en el curso de la noche, ora con equipo completo de campaña, ora en traje de paseo, ora en conjunto de gimnasia. Y, especialmente después de la Jura, los ejercicios en orden abierto, los supuestos tácticos, las marchas, las maniobras. Y al término de la jornada, el regreso, las canciones, los himnos en camino, largas columnas confluyendo triunfales desde todas partes, irrumpiendo en la Plaza de Armas al ritmo marcial de los tambores y al compás del tararí, cantando, cansados pero orgullosos, sí, arrebatados en el fondo, virilmente machos, las mangas arremangadas y la pelambre del pecho asomando con gallardía, cantando a Lilí, la rubia fenomenal, o bien a la morena Madelón, que tampoco está mal; cantando a Margarita Rodríguez Garcés, una chica chica pun, del calibre 133; cantando a Sole, Sole, Soledad, oirí, oirá, oirí, oirá, a la española una y nada más; cantando y llevando el fusil igual que todo lo demás; y, congregados ya los tres batallones, la espectacular ceremonia de arriar la bandera de la almenada torre de aguas, castillejo de sí, férreamente formados cara a levante y, dando media vuelta, cara a poniente, absolutamente inmóviles en tanto se prolongaran los antiguos toques, y a continuación, en apoteósico desfile final, de nuevo cantando atronadores, compañía tras compañía, el descenso por la fantástica avenida hacia sus respectivos recintos.

Acortó cruzando en diagonal una batería de sargentos, entre las tiendas, y presenció una pelea. Se oían canciones bajo alguna oscura lona, canciones cantadas a coro, con acompañamiento de guitarras y bandurrias, en alguna tienda triste y sola, chicos de la Tuna quizás, estudiantes nostálgicos de otra época, de una universidad que ya no, de ya no poder tener nostalgia de aquella pícara y despreocupada, es decir, sana, vida universitaria de la que, cuando uno está viejo y situado, sólo rememora los buenos malos ratos pasados, el novieo con las novias y el puteo con las putas, y los libros empeñados, etcétera. Y dos salieron a sacudirse, resbalando en el barro, a puñetazo limpio, jaleados por los mirones atraídos, hasta que llegó la vigilancia de día y el teniente se abrió paso y acabó con la gresca. ¡Venga, dadles machetes, cojona! Las peleas se hacen con machete, como en la Legión. ¿Qué? ¿Se os han pasado las ganas? ¡Gilipollas! Pues con el parte que os voy a meter no salís de la prevención en una semana. ¿Y vosotros qué miráis, cojona? ¿Quién más busca un paquete? Hubo una alborotada dispersión general, corridas precipitadas, bullanga, griterío. Entre los tenues troncos, pinos yertos, sin relieve, el campamento aparecía poblado de sombras, de resplandores amortecidos, de formas en movimiento, de carcajadas, de canciones. Las tiendas destacaban mórbidamente, lívidas lonas infladas, con honduras como bocas de horno, humeantes, encendidas.

Dentro, las candelas colgadas del palo goteaban sebo espeso sobre el marco del armero. Nos hemos preparado una cena de miedo, tú, le dijeron. De virguería. Cenaban sentados en los charnaques, frente a frente, mientras en un hornillo se calentaba el agua del café, considerando reposadamente si era o no era macutada la noticia de que, al día siguiente, en el campo de tiro, habría prácticas con granadas de mano. Departían tranquilos, a sus anchas, y al verle cortar un chusco y prepararse el bocadillo de jamón le preguntaron que si gustaba. En cambio, se metieron con el Fofo cuando picó una aceituna de la ensalada; habían tocado fagina y el Fofo entró a por sus cubiertos.

Escucha, mal parido, ¿quieres decirme quién te ha convidado?

Coño, tú, es que el Fofo es de los que se apuntan a todas.

Oh, cojones, pues que se toque los cojones, cojones.

Raúl buscó a Federico en la compañía vecina. Estaba bebiendo con otros, a la entrada de la tienda, y le invitaron a pasar.

Pasa, pasa, un hombre con botella siempre es bien recibido.

Te la pago mañana, tú, que me llega el giro, dijo Federico. Hoy estoy sin gorda.

De lo otro nada, tú, dijo Raúl.

¿Qué?, dijo Federico. Ah, sí. ¿Qué nos caerán? ¿Veinte años? Nos encerrarán juntitos, en un castillo. Y Raúl: déjate de mariconadas. Hablaron aparte. Federico con ojos sonrientes y perezosos, como pensando en otra cosa. Nada, nada, al castillo de If, decía. Y le preguntó si sabía cómo se redactaba el estadillo. Fuera, alguien llamó, ¡cabo cuartel!, ¡ cabo cuartel!, y entonces todos los de la tienda empezaron a gritar, ese cabo, vamos, ese cabo, que está hecho un rácano. Federico se puso el gorro precipitadamente. Coño, el parte, dijo. Tengo que ir a Mayoría. Luego reapareció en la tienda de armamento en busca de un repetidor que, complacido, con paternal veteranía, le explicó detalladamente la forma de redactar un estadillo. Y el que barajaba dijo: hostia, tú, éste va de culo. Y Federico: sí, tú, voy de culo. Discutieron si para un alférez servía de algo llegar a saber cómo se redactaba el estadillo, y Pluto dijo que sí, que era fundamental, y expuso su teoría del estadillo como primera causa o aliento creador del ejército. En el principio era el estadillo. Y el estadillo no cuadraba. Y el estadillo tenía que cuadrar, y fue el ejército. Ganaba mucho dinero, como quinientas, y en cierto momento guiñó el ojo a Raúl y le enseñó un cubrepuntos con disimulo, en el hueco de la mano. Los otros tres, por el contrario, parecían de mal humor. Vamos, juega y déjate de cofias, dijo el de medicina. Y Pluto: sí, hombre, no me importa acabar de limpiaros. Se había terminado el coñac y, entre partida y partida, pasaban el pellejo de mano en mano, un vino áspero y espeso, tenso chorrillo amoratado que, tragado como

a golpes de garganta, tintaba las comisuras de los labios, el mentón. Y llegó un tío pesado con el uniforme lleno de barro, como si hubiera resbalado, y dijo que en la cantina había un merdé de espanto y que los oficiales, al brindar, hacían el saludo comunista, levantaban el puño. Hosti, tú, qué bufa llevo, repetía riendo, y se dejaba caer sobre las lonas que cubrían el material, embarrándolas. Oye, quieres irte a tomar por el saco, le dijeron. Hablaban aún de lo diferente que todo iba a ser cuando fueran alféreces, del trato que darían a la tropa. Tú dirás, pues claro que hay diferencia, dijo Pluto. Una diferencia inmensa. Como en un atropello; es mejor ser el del coche que el que va a pie. Llegaba dominante, desde otra tienda, el jaleo de los de la jam session, armónicas, guitarra y una batería de marmitas, de modo que sólo se enteraron de que había sonado el toque de retreta porque alguien se asomó a gritarlo. Salieron con cachaza, sin prisas, hasta que corrió el rumor de que estaba el alférez y entonces apretaron el paso ruidosamente, embistiéndose, amontonándose al final de la formación, aferrándose al de delante para no ser empujados todavía más atrás, a los últimos puestos. Pero no fue la voz del alférez, sino la del teniente Noguero, más grave, la que oyeron mientras el sargento les enfocaba la linterna, al ser apremiados con el vamos, esa cola. Que voy a tomar nota de los seis últimos, chilló entonces el sargento, y a la blanca luz, tras una postrera contracción, las filas acabaron de estabilizarse.

Qué, Farreras, cómo va eso, dijo el teniente, la cara como nimbada por la irradiación de la linterna. ¿Ha ido bien el póquer?

Regular, mi teniente, dijo Pluto. Sólo gano unas mil pelas.

Hubo risas traviesas, que se convirtieron en carcajadas cuando el teniente dijo, lo ves, hombre, todo eso te hubieras perdido sin el arresto. Cubrían distancias aún, disimuladamente, y en otras compañías ya estaban numerándose. Diez, once, doce, se oía gritar desde distintos puntos, como un eco, cuatro, cinco, como un eco repetido a distintas distancias, en toda la resonante profundidad del campamento encalmado. Bueno, basta de cachondeo, dijo el teniente. Y cuando resultó que el estadillo no cuadraba y el sargento les hizo volver a cubrirse y empezó a recontarlos de tres en tres por si estaban mal cubiertos, el teniente dijo que ya valía, que cada vez saldría peor, y firmó el estadillo. Entonces, alumbrado por el cabo cuartel, el sargento leyó el parte y la lista de guardias y de imaginarias y, al romper filas, hubo una violenta ovación que poco a poco decayó en algarabía, según se dispersaban oscuramente, todos repitiendo que el teniente era un tío cojonudo.

Le había tocado segunda imaginaria. Caminaron en grupo, rezagados, como a tientas, ofuscados por los que iban delante, formas agitadas, confusamente destacadas contra la leve luz de las tiendas.

¿Has oído?, dijo Pluto. Dicen que mañana hay prácticas con

bombas. Si no es macutada, desde luego me rebajo. Me dan un miedo horroroso, coño.

No es radio macuto, no, dijeron. Que se lo han oído decir al tonto l'haba del comandante.

Es que es peligroso, tú. Hay tíos que igual se cargan a cuatro o cinco. Imagínate al Ferracollons tirando bombas, por ejemplo. Seguro que se le escapa alguna y que nos la pone por sombrero, tú.

Eso es lo de menos, joder, dijo Pluto. Lo que pasa es que con el ruido me quedo sordo por un par de días. Cuestión de cojones, tú.

¿Cojones? ¡Qué coño de cojones! ¡Polla! ¡Polla es lo que hay que tener! Y cuanto más gorda, mejor.

Luego, ya solos, se interesó por Leo. ¿No hay nada nuevo?, preguntó. Mira, es que he pensado que habría que hacer algo, tú. Esta gente son unos bestias y lo mismo muelen a palos al pobre chaval y, si no te mueves un poco, encima le clavan veinte años, sabes. Mi padre conoce a un coronel qua está retirado, pero que fue juez militar o no sé qué y tiene bastante influencia. Es un tipo que le debe favores y tal y, si mi padre se lo pide, hará lo que pueda. También conoce a un comisario. ¿Qué te parece si le escribo para que les hable? ¿Crees que servirá de algo? Y, en la fuente, dos o tres putoaspirantes de alguna compañía vecina sostenían un cuerpo doblado, iluminaban la cara chorreante, de ojos cerrados y boca ladeada, entreabierta. Hala, carnuz, decían, y otro aguardaba limpiándose los lentes en la manga, flojo y serio, parpadeante. Había un apretado fluir hacia las letrinas de muros blanquecinos, un ir y volver como en cadena, las botas sonando adhesivas, pegajosas, en el pavimento embarrado de los corredores. Se sucedían en silencio, ocupaban los compartimientos entenebrecidos y, sin adentrarse, intercambiaban perezosas palabras, tarareaban entre dientes, más o menos absortos en las dificultades propias de la micción, problemas tales como presión y continuidad de aquel ya sólo racheado chapoteo sobre papeles empapados, sobre aguas atacadas, hasta que, con un brusco golpe de trasero, se la metían laboriosamente y cedían el puesto. Micromacromundo aquel panorama de orduras verdinegras a la deriva, berzas flotadoras, sulfurosas coles de Bruselas, viscosas cabezas de ajo, troncos de bróquil, cebollas fosfóricas, rábanos explosivos, secas setas de pólvora, huevos oscuros y hongos gelatinosos, piélagos pastosos, densidades, líquidos abisales con firmamentos reflejados, constelaciones arremansadas, astros pantanosos, lunas exhalantes, cráteres convulsos evacuando resoplidos, chorros de estrellas, vacuosidades, ardores, una profunda serie de cálidos desprendimientos infernales, cataclismos y transmutaciones, cosmogónicas imágenes y semejanzas.

Pronto llegarían los últimos en abandonar la cantina, una precipitada copa antes de que cerraran, o bien, en la granja, un yogur

para asentar el estómago, y en las tiendas todos empezarían a extender los charnaques, a disponer la colchoneta, el saco de dormir, disputando acerca de si tal o cual no dejaba sitio a los demás, de a quién le tocaba hacer la limpieza y llenar el cántaro aquella semana, comentando los acontecimientos más destacados del día, las macutadas, las putadas, cantando todavía, bebiendo el último trago, disputando, comentando, contando, rebebiendo, disputando, difuso y alborotado vocerío que sólo iba a terminarse cuando, tras el toque de silencio, la vigilancia nocturna comenzara su ronda.

Tuvo un encontronazo con Emilio y se saludaron brevemente, como con prisa. Había creído avistarlo durante los primeros días de campamento, en la cantina, con gafas de sol y bigote, y luego, un domingo, lo reconoció definitivamente, paseando en compañía de sus padres, también muy cambiados. Y aún durante un permiso, en Tarragona, todavía a principios de verano, un sábado en que él iba con Nuria, y divisó a Emilio en medio de un grupo, todos luciendo el uniforme, detrás de unas chicas. Pero no hablaron hasta otra noche, algunos días más tarde, cuando a la salida de las letrinas Raúl encendió un cigarrillo y entonces, a pocos centímetros, apareció aquella cara sonriente, de contornos difusos, la exigua llama rutilando en las pupilas, realzando el brote sobre su boca atrompetada, de mamón berreador y malcriado. No saludes, tú, dijo, y era la misma voz. No saludes. Le preguntó qué estudiaba y si aquella niña era su novia; dijo que él estudiaba Medicina y que todo iba bien, y resultó que estaba en la misma compañía que Federico. ¿Qué?, dijo. ¿Aún te acuerdas de tirar las boleadoras? E inevitablemente terminó por mencionar la muerte de Mallolet. Tuberculosis. Para nosotros, sembrado bilateral específico de origen hematógeno. Habían hecho una de las primeras marchas de la temporada y la compañía estuvo a punto de extraviarse en la niebla. Acamparon en los campos yermos, junto a la pequeña aldea, un poblet de huertas abandonadas, de calles abandonadas, de casas abandonadas, una hermosa ruina donde, a juzgar por el lecho de paja y excrementos machacados que cubría el suelo de alguna estancia, a veces se albergaba el ganado. Después de comer recorrió con Pluto y Fortuny los interiores intrincados y recogidos, de piso pavimentado apenas con piedras desiguales, gastadas por los siglos, un laberinto de escaleras oscuras, hogares negrizos, recovecos como de gruta, vigas carcomidas, grises muros horadados, abiertos a la niebla, y aquel olor a estiércol, a piedra ahumada. Entraron en la iglesia desnuda, de bóvedas con ecos, y desde fuera algunos de otro grupo hicieron tañer a pedradas la campana de la torre. Detrás, en el pequeño cementerio lleno de ortigas, examinaron las inscripciones ilegibles de los nichos, las cruces de hierro clavadas en tierra, torcidas, oxidadas; las fosas señaladas con

un dibujo de guijarros, y sólo al cabo de unos minutos se percataron de que el suelo mullido, entre las hierbas mojadas, estaba sembrado de huesos, vértebras anaranjadas, fragmentos de cráneo, maxilares dentados, frágiles costillas. Y más allá, a cierzo, al otro lado de aquel macizo montañoso que se alargaba como un horizonte, plano, meseteño, pobre, un macizo montañoso ahora solamente presentido, esfumado en la niebla, al otro lado, al amparo de la boscosa umbría, al pie de las pronunciadas vertientes de pinares, el monasterio de Poblet señoreando las claras colinas de la Conca, sobrio recinto aislado, con sus torres y murallas, sepulcros oscuros, ruina dorada y calma, naves góticas, frías y resonantes, lápidas húmedas, estatuas yacentes, bajorrelieves, escorial perdido de conquistas, de glorias y victorias, espléndido epitafio de trofeos, Mallorca, Valencia, Murcia, Cerdeña, Sicilia, Túnez, Argel, Atenas, Constantinopla. Y el paseo que pudo hacer, solitario, por el claustro románico semiderruido, y por el claustro gótico, con su apacible fuente, y los cipreses y laureles, y los rosales, y un delirio de golondrinas precipitándose.

Localizó al primer imaginaria, su tienda. Estaba sentado en el petate ya hecho mientras sus compañeros, como en caótica danza, disponían los suyos agachándose, el trasero en alto, o bien en cuclillas, o se desvestían a tirones, saltando a la pata coja en flotantes faldones de camisa, piernas peludas en calcetines, en calzoncillos cedidos, culones, algunos acostándose con el mono puesto, bromeando, alborotando con el revuelo la llama de las velas, el cabrioleo de las sombras en la lona. Y cuando Raúl le propuso hacer en su lugar la imaginaria, el otro le miró engrescado, levantando la voz como para atraer la atención.

¡Mira qué listo!, dijo. ¿Y yo la segunda, eh? ¡Ni hablar, maduro!

No he hablado de cambios, coño, dijo Raúl. Digo que, si quieres, hago también la tuya.

La, la, la-la, la-la, la, la.

Preparó su petate, extendió los charnaques, la colchoneta, el saco de dormir, las mantas; se quitó el traje de paseo y se puso un mono limpio. Había el mismo barullo que en la otra tienda y, al tachar una fecha más del calendario trazado con tiza en la lona, corearon a grito pelado aquello de: un día menos, un día menos, un día menos de estar aquí. Y, mientras se desvestían en no menos caótica, y extravagante danza, hablaron del cachondeo armado en la cantina, de si era o no era macutada lo de las granadas, de los que el año anterior habían muerto durante las maniobras, del complejo de inferioridad y del rencor que por ellos, por los putoaspirantes, sentían en el fondo los capitanes chusqueros, debido tanto a que ellos eran gente de carrera y superior cultura como al hecho de que sólo en seis meses fueran nombrados oficiales; de si el capitán Cantillo sería por lo menos comandante de no habérsele descubierto un negocio que tenía

montado a costa de la intendencia; de lo puta que era la vida del militar, toda la vida como ellos ahora, siempre de culo; de lo puto que era el clima del lugar que habían elegido para el campamento; de lo poco que les iba a importar ya todo aquello en el curso de las próximas semanas, ante la tantálica perspectiva del inminente fin de sus pesares; de lo primero que harían al llegar a Barcelona; de las novatadas que gastarían el verano siguiente, cuando fueran sargentos, a los putoaspirantes; de que en ningún caso volverían a pasar una semana tan puta como la primera del presente verano, todo el día atontados, sin entender nada, continuamente al tanto de los toques; de quién era el encargado de hacer la limpieza y llenar el cántaro aquella semana; de lo animales que eran los aragoneses; de la evidente superioridad de Cataluña en todos los terrenos, etcétera. Las velas consumidas, reducidas a breves cuajos de chorreras, apenas si alumbraban otra cosa que el cónico vértice de la tienda; discutieron a quién le tocaba reponerlas y terminaron por encender cada uno la suya, en la cabecera del petate. Hicieron circular el pellejo y se metieron con el Fofo, ocupado en examinarse las hemorroides con la ayuda de un espejito y una linterna. Acaba, coño, que esto pone cachondo a cualquiera. Consideraban las putadas que se podía hacer a los que estaban de permiso.

Coserles el saco de dormir, tú.

No, coño, que entonces nos despiertan a todos.

Dejar escrito a Fortuny que tiene guardia.

Eso, tú, que mañana va de parada.

O disolverles un purgante en el cántaro.

Eso, tú, que el Ferracollons tiene colitis.

Eso es hacerles un favor, tú. Que entonces se rebajan y no van a tiro.

Eso, una buena purga.

Que no, coño.

Raúl buscó el machete y la linterna; se abotonó el capote. Federico no estaba y, al preguntar que dónde, los otros de la tienda, ya todos acostados, empezaron a chillar como con voz de mujer. ¡Oh, un hombre!, ¡es de otra compañía!, pasa, pasa, que te follaremos, soy virgo, qué loca, y tuvo que retirarse, aguardar fuera. Federico compareció con su estuche de aseo y una toalla liada al cuello.

¡Montecristo!, dijo. El conde condenado.

Déjate de coñas, coño. Sabes de sobras que el único que se joderá es Leo.

Al contrario. Creo que todos estamos perdidos. Salvo el conde Adolfo, que es de los que al final se salvan.

Bueno, pues sí. Lo que quería decirte es que hago las dos primeras imaginarias, o sea que hablaré con Fortuny en cuanto llegue.

Está bien esto; solidaridad, apoyo moral, expiación simbólica, está muy bien.

Hostia, Federico, qué pesado eres. ¿Quieres dejarte de coñas? Si hay algo nuevo, te despierto.

Eso, despiértame. Quiero que me despiertes cada hora. Me das la novedad.

Si quieres, cada cuarto.

Mejor, cada cuarto. Pero reconoce que estamos perdidos. Reconócelo.

Está bien, estamos perdidos.

Y resonó el toque de silencio, cuando la madre del soldado rezando está por él. ¡A callar!, se oía en las compañías vecinas, y los imaginarias picaban en las lonas, tensos golpes, relampagueos de linterna. Estas luces, coño. Que va a venir la vigilancia. Toses, risas, protestas, broncas, canciones interrumpidas, dejadas como en suspenso, en una noche clara, de blancos luceros, las dulces quejas de mis amores, de mis tristezas. Raúl se sentó junto a la tienda, contra un tronco, hundido en el capote; un tronco demasiado delgado, algo incómodo. El viento rafagueaba las frases, voces como ecos en la cerrazón del bosque, el viento de rumor huero, de rameo oscuro, y se hacía opresivo el presentido paso de las pesadas nubes, nubes compactas, opacas, desplazándose en cerradas masas.

Trae la foto, tú. A ver si aún me la pelo.

Apaga y déjame dormir, coño.

Joder, ya empieza con la tos.

Estás follado, coño, estás tísico.

Es la humedad, tú; qué quieres que haga.

Pues aguantarte.

Al primero que ronque se la corto.

Callaos, coño.

Tócate los cojones.

Y tú, chúpate el pirulo.

Qué más quisiera yo, tú.

¿Habéis aflojado los vientos?

No seas chorra.

A mí rai, tú, con envolverme en el plástico...

Ojalá llueva y no vayamos a tiro.

Calla, maricón.

Calla tú, que roncas.

Pues te jodes.

Y una mierda.

Voces que se espaciaban poco a poco, se sosegaban y desvanecían, y sólo quedaba el viento, vacíos, abismos nocturnos, noche oscura, noche serena y sin estrellas, calma, clara, callada, noche transfigurada,

ardiente, opaca, cerrada, serena, oscura, negra noche negra como ala de cuervo que se cierne y sobrevuela, que, que, quejándose o acaso carcajeándose, que, que, que cae y se eleva y se esfuma, que, que, en lentos semicírculos interrogantes. ¿Qué?

VI

Nubes, fulgores, transparencias, no rojo ni topacio ni celeste, crepúsculo inestable. Deslumbraba, así, de cara, al fondo de la calle, sobre la perspectiva de dos hileras de follaje reduciéndose confluyentes.

Abajo, no. Miradas, destellos, reflejos en los parabrisas, en las ventanillas de los coches, de los tranvías, en las lunas de los escaparates, en el cristal de los portales, imágenes superpuestas, fragmentarias, en movimiento, la marcha demasiado lenta de los transeúntes, exasperantemente entorpecedora. Se volvió a calar las gafas de sol.

Caminaban muy juntos, del brazo, quizá demasiado aprisa. Había un quiosco de periódicos o, al menos, gente en torno a un vendedor de periódicos, y el quiosco era de castañas. También había gente ante un escaparate de electrodomésticos, mirando la televisión, Y más aún ante la parada del tranvía, todos a la expectativa, apiñados en indeciso asalto hacia el estribo todavía no detenido, ya rebasados mientras crecía el rechinar y los cristales se sucedían cargados de fugaces espejeos. Advirtió que Aurora miraba por encima del hombro.

Los grises, oyó que decía.

Estaban en el chaflán, el morro chato de un coche patrulla asomado tras los turismos aparcados, y se distinguían precisas las metralletas, cañones de mosquetón, gorras de plato inclinadas, botas, manos recogiendo las octavillas dispersas por la acera en la que, de súbito, se había hecho un claro entre los transeúntes. No te vuelvas, dijo Raúl. Faltaba poco para la esquina, dos o tres portales. Apretó el paso, apretó el fajo de octavillas contra los muslos, en el bolsillo de la gabardina. Doblaron a la derecha, la fachada de la Sagrada Familia levantándose afilada al otro lado de la calle, hueca estructura ampliamente dilatada en el vacío. Allí, el tránsito era mucho más reducido que en la calle Mallorca y las aceras se alargaban bordeadas de rectas tapias de ladrillo, al amparo del deslumbrante rasante de poniente, apacibles, tan sólo algún turista mirando hacia lo alto.

El coche de Federico quedaba a media manzana, frente al acceso a las obras del templo, pero no tanto aparcado, con el motor en marcha, como despegándose del bordillo, arrancando suavemente para alejarse calle arriba, acelerando, hasta virar a la izquierda, por la primera travesía. Pero qué hace este imbécil, dijo Raúl. Mira, dijo Aurora, y fue como si obedeciendo a su gesto de mentón apareciera aquella pareja de grises que descendía hacia ellos por el centro de la acera, el

paso pausado, uniforme, los tiesos mosquetones destacando paralelamente. Espera, dijo Raúl. Pasó el brazo por el hombro de Aurora y la besó en la mejilla, la mano izquierda hundida en el bolsillo, contra las octavillas, como recogiéndose la gabardina. Cruzaron con las cabezas juntas en dirección a la entrada del recinto de la Sagrada Familia, una pequeña caseta abierta en la tapia que, a modo de vestíbulo coloreado con postales, folletos, banderines, recordatorios, daba acceso al interior del solar, a la escalinata del templo. Desde las primeras gradas ya era posible dominar la calle en toda su amplitud, por encima de la tapia, y pudieron seguir con la vista el patrullar de los grises, lento, vigilante.

En las gradas y rellanos había cierto número de visitantes, parejas, familias, turistas retratándose ante el portal, gente sentada en los pretiles. Contemplaban las altas torres erizadas, las linternas y pórticos de la fachada, áspero tríptico arrancado de los derrames de las puertas; la Fachada del Nacimiento, de levante, del amanecer, destinada a expresar los gozosos misterios que rodean el advenimiento del Redentor, los inicios de su vida. La Puerta de la Caridad, por ejemplo, en el centro, limitada por grandes columnas arboriformes con base en forma de tortuga y capiteles abiertos a manera de palmas, ramos de bienvenida, trompetas de ángeles que anuncian la feliz nueva, una puerta partida por un entrearco de fuste ligado a tierra por una serpiente enroscada, árbol de paraíso perdido, causa remota de todo aquello, de aquel clásico pesebre situado en la base del tímpano, con el buey y la mula descollando bajo el contorno huero de los vitrales y el rosetón, el Niño adorado por José y María y, desde las ménsulas y relieves de los derrames, por reyes y pastores, grises greyes congregadas, gallos, capones, pavos navideños y, más arriba, la arquivolta del pórtico que, cerrándose grandiosa allá en lo alto, invitaba vanamente a franquear el vano, a penetrarlo, una avalancha acrecentada de formas frondosas, lobuladas, chorreantes, como secreciones y adherencias de flor o valva, como témpanos y pétalos, estrellas configurando el plano zodiacal del cielo en aquella noche oscura de Belén, destino mesiánico, gaudiniano gozo, placer que tan presto se va y una vez ido da dolor, no hay rosa sin espinas. Y, todavía más arriba, la arcangélica escena de la Anunciación, coronada en la cúspide de la arquivolta por una gran linterna, raíz del piñón que, irguiéndose agudo, tomando altura, ya entre las cuatro torres, remata un grumoso ciprés de cerámica, cánticos eucarísticos, Sanctus, Sanctus, Hosanna, Aleluya, un corazón sangrando amor, panes, un ánfora, el pelícano, delicia, país de las maravillas. Y a cada lado, flanqueando simétricamente aquel conjunto, otras dos puertas de menores proporciones y, aún, la no visible Puerta del Rosario, con su Virgen enguirnaldada por un rosario de rosas rosas, rosa de epifanía,

portalada del inexistente claustro que, a modo de amniótico aislamiento, debiera envolver el templo, alejarlo del mundanal ruido. Así, a la izquierda, la Puerta de la Esperanza, con sus ménsulas florales y sus frisos en los derrames, la degollación de los inocentes, la huida a Egipto, providenciales rodeos del camino de la Redención, y escenas de Nazaret en el tímpano, tierno retoñar, con sierra y escarpias, escoplos, martillos esculpidos en el dintel, la arquivolta encrespándose proteiforme, como en erupción, hasta la linterna rematada por una gruta, de donde, entre peñascos, emerge la barca salvadora tripulada por san José y la paloma, lengua de fuego, peñascos apiñados en el pináculo, crestas abruptas, arpadas cimas de Montserrat, corona de rocas, pétreo cetro alzándose con énfasis místico, dominante. Y a la derecha, la Puerta de la Fe, arrobado retablo centrado en la representación de Jesús en el templo, con un contorno de imágenes ora hieráticas, ora arrebatadas, como la del Bautista predicando en el desierto, preanunciando la inminencia del Mesías, todo ello sobre un recamado fondo de lacerías, de espinas y flores entramadas, capullos, corolas, tálamos, sépalos, pétalos, estigmas, abejas atraídas por el polen, y sobrepuesta a las fragosas cresterías, la linterna, candileja de tres picos, sempiterno triángulo, base de la Concepción Inmaculada, dogmática efigie elevándose en éxtasis, como una saeta de entre una crecida cascada de espigas y racimos, detalles todos ellos que pueden apreciarse detenidamente desde cualquier punto de las torres de los campanarios, según se sube por las aireadas escaleras de caracol, desde los vanos, desde los miradores sinuosamente integrados en los resaltes de los arquitrabes y cornisas del frontispicio, balcones de barandillas bulbosas, galerías breves y contorsionadas, pasarelas, pequeños peldaños, cavidades intestinas, corredores retorcidos, de relieve irregular, pasadizos cintados en un ir y venir de los campanarios a la fachada, cuatro campanarios intercomunicados, armónicamente erectos, que si bien en su nacimiento aparecen confundidos con los paramentos de los pórticos, al despegarse e independizarse se convierten en curvos conos verticales de perfil parabólico, iguales en altura dos a dos, más elevados los del centro. La ascensión puede iniciarse por el situado más al sur, en el extremo izquierdo de la fachada. Allí se comprueba que los dos cuerpos basamentales, que sirven de arranque a las arquivoltas, son de sección cuadrangular y evolucionan hasta el círculo. Esta parte cilíndrica, con aberturas que suben en espiral, va seguida en cada campanario por otro cuerpo de silueta parabólica, desarrollado en doce estrías perpendiculares que, más arriba, quedan reducidas a seis, resueltas en un volumen prismático de sección triangular y facetas poliédricas, para acabar en un remate conformado por una mitra, un anillo y un báculo acoplados, cuatro crestas como

capullos, mosaicas, refulgentes, de calidades ferruginosas, carbonáceas, vítreas, porcelánicas, policromadas en carmín, encarnado, oro y blanco pontificios, verde botella, malva, rosa de crepúsculo. Los ventanales, de vanos imbricados en hélice, permiten, a medida que se pasa de un campanario a otro por una serie engarzada de pasarelas, arcos hiperbólicos, galerías breves y contorsionadas, pequeños peldaños, corredores retorcidos, cavidades intestinas, pasadizos que huelen a orines, llenos de inscripciones y grafismos, permiten contemplar tanto los relieves escorzados de la fachada, linternas, doseles, hornacinas, grupos escultóricos, como el área interior vacía, anfiteatro ruinoso contornado al norte por la curva vertebrada del ábside, sobre el que se nos ofrece, según se remontan las torres, la ciudad ensanchándose más y más. Exuberante paraje, allí, en plena cuadrícula del Ensanche, aquel recinto presidido por la concha pinchuda del ábside, hueco armazón con espectros de vitrales abiertos al aire y ondulantes molduras escupeaguas, gárgolas plasmadas en caracolas, reptiles, lagartos, serpientes trenzadas, una selvática crestería de piñones y remates enzarzados, un frenesí de pimpollos, de espigas y espinas, de racimos, corolas de rosa, de lirio puro, hojas salvajes, vírgenes, violenta desfloración, tallos, cálices, pétalos, estigmas de pasión o goce, fáunica flora fosilizada, encrespadas crispaciones, pétreo brotar amparando la desolación de la explanada central, con sus sillares numerados entre hierbajos aplanados por el polvo, cantería de Montjuich, obra trabajosa, hormigueo de obreros, carretillas y poleas, entablados y andamios, golpes de martillo, todo muy artesanal, como se construyen eternamente las iglesias, piedra sobre piedra. Había sonado un silbato y los obreros estaban plegando, se dirigían hacia los barracones, se fregoteaban y peinaban congregados en torno a un grifo, se mudaban, mientras, allá en lo alto, la estructura de la fábrica aparecía taladrada de fulgores, vanos abiertos a nada, accesos que conducen a ningún sitio, fulgores cada vez más altos de aquel crepúsculo esplendente, del sol hundido a poniente de la ciudad, corola de cielos, carmines, púrpuras, granates, ámbares, corales, bermellones, tonalidades de llama acaso degradadas, acaso algo alteradas por los cristales oscuros de las gafas.

¿Por qué no se las echamos?, dijo Aurora.

Sería espectacular, ¿no?, dijo Raúl. Una especie de milagro socialista.

Vaciaron de octavillas el bolso, los bolsillos de la gabardina, y Raúl las hizo desaparecer en la oquedad que, circundada por una baranda de maderas, se abría en el centro de la reducida rotonda, base del último cuerpo del campanario, una oquedad cegada con escombros, cascotes, yesos fragmentados. La rotonda olía a orines y, sobre sus

cabezas, la torre se ahuecaba tensamente, estriada de luces, de resonancias. Se escuchaban exclamaciones a diversos grados de lejanía, comentarios inconexos, llamadas de origen impreciso y, escalones abajo, un decreciente repicar de tacones. El plano lo guardo, dijo Raúl. ¿Qué tiene de malo un plano? Desdobló el plano en sucesivos pliegues y con el bolígrafo fue añadiendo al azar nuevas señales, notaciones relativas a los parques y museos de la ciudad, subrayados, indicaciones improvisadas, monumentos destacados con un trazo circular, un trazo como los ya existentes en torno al Obelisco de la Victoria y su negra lápida con el águila del yugo y las flechas, en Diagonal-Paseo de Gracia, o en torno al monumento a Colón, en la Puerta de la Paz, sobre el puerto, un ruedo de graderías con leones custodiando la elevada columna de bronce coronada por un mirador en forma de globo terráqueo, áurea peana para la estatua de Colón descubriendo América con el índice, altivo ademán desplegado contra aquel cielo de centelleantes octavillas cernidas en manso vuelo, cayendo despacio por encima del tránsito, en la vasta plaza abierta al muelle, encrucijada de edificios oficiales, Aduana, Gobierno Militar, Comandancia de Marina, Museo de Atarazanas, el tiempo suficiente para tomar de nuevo el ascensor y abandonar el acceso subterráneo antes de que los empleados advirtieran lo sucedido y, perdidos entre la muchedumbre, contemplar la llegada de la policía minutos después, apartando, acordonando, contemplarles desde la acera tal asesinos que vuelven al lugar del crimen. Había también otras indicaciones más difíciles de disimular, todas en el sector noroeste de la ciudad, por las barriadas de San Martín, San Andrés y Horta, localizaciones de las principales industrias, Hispano Olivetti, Enasa, Fabra y Coats, La Maquinista, etcétera, zonas de viviendas para obreros, concentraciones como Verdún, La Prosperidad, La Trinidad o el Buen Pastor, e incluso, en las márgenes del Besós, el puente de Santa Coloma, ya fuera de los límites municipales.

¿Ciudad de espaldas al mar? No toda ni siempre. No el casco antiguo, la villa medieval extendida desde Montjuich vigilante al barrio marinero de la Barceloneta, con sus atarazanas y su pequeño fondeadero, sin diques, ni dársenas, ni muelles, ceñido a los arenosos bajíos, una Barcelona centrada en torno al Mons Taber, desarrollada a partir del leve declive de sus faldas, prominencia de relieve ahora soterrado, casi imperceptible bajo este prieto núcleo de callejas quebradas contornado por las Rondas, avenidas de circunvalación trazadas siguiendo el perímetro de las derruidas murallas, polígono cruzado perpendicularmente por las Ramblas a partir del monumento a Colón, sobre los muelles, protonauta en actitud de descubrir América, pocos días antes todavía engalanado, banderas y gallardetes, ofrendas florales de aniversario, una riada de plátanos discurriendo

con ligero serpeo, como una vega, tempranamente ajados y marchitos por los persistentes temporales de septiembre, nítidamente atabacados en la sutil atmósfera de octubre, dividiendo, el Barrio Chino a la izquierda y el Barrio Gótico a la derecha, espina dorsal de un enclave tan lleno de encantadores rincones románticos como la Plaza Real o la de Medinaceli, patios apacibles como el de lo que fue Hospital de la Santa Cruz o el de los Naranjos, claustros, campanarios, ya románicos como San Pablo del Campo, ya góticos como Santa María del Mar o el Pino, San Justo y Pastor, fachadas barrocas, Belén, San Severo, San Felipe Neri, La Merced, templos y palacios, sobriedades neoclásicas de La Virreina o La Lonja, realzados volúmenes, edificios públicos, el Ayuntamiento, antes Consell de Cent, enfrentado a la Diputación, antes sede de la Generalitat, ambos en la plaza de San Jaime, de Santiago, blanco caballero defensor de la patria hispana, y el Palacio Episcopal y el Gobierno Civil, antigua Aduana, y el Gobierno Militar y Capitanía, construcción ejecutada sobre lo que fue casa matriz de la Orden Mercedaria, y la Comandancia de Marina, puntos estratégicos como la Telefónica o Correos y Telégrafos, en el arranque de Vía Layetana, vía de apretado tránsito que abre como en canal el casco antiguo, un desfiladero de oficinas y despachos, navieras, compañías de seguros, delegaciones de organismos oficiales, la siniestra Jefatura Superior de Policía, un foso de aplastantes alineaciones bárbaramente abierto a tiralíneas en aquel esquinado conjunto de torres y recovecos de otros tiempos, piedra oscurecida por el humo, bajos vapores de ciudad industrial que agrisan las entramadas calles venidas a menos, mansiones convertidas en conventillos, comercios, tascas, bares de putas. El cinturón de Rondas, trazado siguiendo el perímetro de las murallas derruidas en el siglo diecinueve para permitir el ensanche a extramuros, enlaza una serie de importantes nudos urbanos como la plaza Urquinaona o la de la Universidad y, sobre todo, la plaza de Cataluña, al cabo de las Ramblas, horrible epicentro comercial formado a la mala de Dios entre embocaduras de bancos y grandes almacenes, masas dislocadas, encuadres desacordados, abultadas construcciones desde las que, poco antes de la hora de cierre, las octavillas lanzadas descendieron blancas como palomas de libertad en remolino de holgada envergadura sobre los mirones apiñados ante los escaparates, bulliciosas avenidas las de aquel circuito de Rondas en forma de hexágono irregular, con uno de sus lados más largos normal a la línea del mar, polígono circunscrito con respecto al casco antiguo e inscrito con respecto al resto de la ciudad, un trazado que si hacia levante ofrece entonadas perspectivas decimonónicas, en el límite con el Parque de la Ciudadela y su Museo de Arte Moderno que tan efímeramente albergó el Parlament de Catalunya, hacia poniente linda con el Paralelo y sus dejes de los felices veinte, de sus pistoleros y

cupletistas, llamativas fachadas de cartón, candilejas, luces nocturnas, hoy calle del Marqués del Duero, espantajo de lo que fue, ajetreada y desabrida arteria de tránsito pesado, simple eje de barriada, de Pueblo Seco y sus barracas, ya en los confines del Parque de Montjuich. Envolviendo el casco antiguo y en plano inclinado hacia el anfiteatro de colinas circundantes, el Ensanche, obra de Cerdà, profeta en el desierto ya que no en su propia tierra, un monótono retículo de calles transversales y perpendiculares ajustadas a un módulo de cruce achaflanado, como el de la avenida de José Antonio, antes calle Cortes o, simplemente, Gran Vía, y el Paseo de Gracia, antes de los Campos Eliseos, luminoso foco comercial y bursátil con sus ostentosos escaparates y sus cafeterías, hoteles, salas de espectáculos, espléndidas riadas de plátanos atabacados, un oasis en aquella inacabable sucesión de calles rectas, exactamente idénticas, ya paralelas al mar, Aragón, Valencia, Mallorca, Provenza, Rosellón, Córcega, ya perpendiculares, Nápoles, Calabria, Sicilia, Cerdeña, todo un imperio bien archivado, plan clarividente de realización sistemáticamente predestruida, afeada, adulterada, codicia de fenicios, avara povertà, ciega incapacidad burguesa, chata cuadrícula crucificada en aspa, radialmente, a partir del punto de intersección de la plaza de las Glorias Catalanas, frustrado centro vivo de la gran Barcelona, por la avenida Meridiana, eje de la ciudad en sentido sur-norte, y por la Avenida del Generalísimo Franco, antes del 14 de Abril y aun de Alfonso XIII, vulgarmente Diagonal, en sentido este-oeste. Ensanche ya estrecho, enrejado cercado a su vez por una nueva muralla de poblaciones en otro tiempo periféricas, antiguos burgos anexionados por la inercia expansiva, núcleos difíciles de asimilar, caracterizados aún por su viejo aire de pueblo, barriadas populares como Gracia y Las Corts, con su inmenso estadio, más octavillas desprendiéndose sobre tribunas y graderíos, ante ciento cincuenta mil espectadores, barrios residenciales como San Gervasio y Bonanova, de airosas y matizadas villas, armonías de antaño, Sarrià, Tres Torres, Pedralbes, jardines soleados, viales tranquilos desarrollados en suave faldeo hasta el pie del contorno montañoso, de nuevo con vista al mar, por encima de la ciudad, y los suburbios obreros de mediodía y poniente, Casa Antúnez, confundido casi con el cementerio de Montjuich, El Port, Hostafranchs, Sants, Collblanch, La Torrassa, Hospitalet, y ya orillando el Llobregat, San Feliu, Esplugas, Cornellà, y a levante y norte, los arrabales industriales de Pueblo Nuevo, San Martín, el Clot, La Sagrera, Campo del Arpa, Horta, San Andrés, y en la otra ribera del Besós, hacia Badalona, Santa Coloma, San Adrián, fábricas de productos químicos, siderúrgicos, textiles, calles y calles enhollinadas, chimeneas humeantes, llamear de hornos, muros color cemento, naves grises, herrumbre, bloques de viviendas cuadriculadas como bloques

de nichos, entre descampados y vertederos y un ex creciente conglomerado de elementales edificaciones de ladrillo, caótico desarrollo de aceras embarradas, calzadas estropeadas por la erosión y el descuido, de empedrado ondulante, con charcos, lugares sin tránsito de automóviles, apropiados para recorrer a toda máquina. Federico al volante y Aurora y Raúl detrás, soltando octavillas en blanca estela, al anochecer, antes de que se redoblara el servicio de coches patrulla, cuando la gente salía del trabajo, un oscuro desfilar de masas y masas.

Se les acabó la gasolina en una travesía de San Andrés, a pocos cientos de metros de la barriada del Buen Pastor, y quedaron clavados. Hubo que buscar la estación de servicio más próxima y tuvieron que pedir prestada una regadera para llevar la gasolina hasta el coche. ¿Te imaginas qué ridículo si nos hubiera pasado cinco minutos antes, en pleno reparto?, dijo Federico. También salían al amanecer, y los obreros reunidos en las aceras, ante las pesadas puertas de las fábricas, recogían las octavillas, brazos desnudos, desnudas manos de proletario, catalanes o no, charnegos, hombres del mediodía, murcianos, andaluces, emigrantes del campo, gentes de cuerpo hecho a curvarse como una hoz, a segar, a cosechar aceitunas, mano de obra atraída por la gran ciudad, ejército de reserva del capitalismo, lumpen proletariat, ahora obreros como los otros, como los que siempre lo habían sido, como los obreros hijos de obrero y nietos de obrero, unidos unos y otros por sus comunes intereses de clase, y durante el descanso del mediodía discutían colectivamente y, ya de noche, bajo la lámpara de la cocina, en torno a la mesa de pino, vasos y tabaco negro, ideales, un aurorear de conciencias, de ideas y reivindicaciones, consignas manifiestas, un germen de organización clandestina, células y comités, piquetes, octubre rojo, de hojas marchitándose y fríos en ciernes, brazos desnudos, puños alzados, martilleantes, pupilas como erizados cedros, iracundas, ¡en pie, famélica legión!, ¡hijos del pueblo!, ¡en pie y a las barricadas!

Mira, Daniel, dijo Escala. Lo que nos distingue de cualquier otro partido político, aparte de las diferencias estructurales de aparato y organización, es el hecho de que nosotros poseemos un método de análisis de la realidad totalmente científico. Es decir, que somos capaces de apreciar la realidad tal cual es, con sus leyes y en su dialéctica, sin dejarnos desorientar por el fenómeno, por las apariencias y velos que puedan encubrirla, por sus aspectos estáticos o parciales como árboles que no dejan ver el bosque. Evidentemente caben errores de interpretación o de aplicación, pero lo mismo que en cualquier otro terreno científico, son errores subjetivos, es la persona y no el método lo que falla; el método está ahí, tan objetivo como la misma realidad. Ahora bien: ¿por qué te digo todo esto? Pues porque, ante una acción como la que tenemos planteada, estamos obligados

más que nunca a tomar la realidad como una ecuación o un teorema, sin dejarnos arrastrar por idealismos, misticismos o metafísicas, que puedan llevarnos a actitudes oportunistas o aventureras. Así pues, si examinamos serenamente la situación actual, ¿qué rasgos tipificadores encontramos en primer plano? ¿Cómo formularlos y aplicarlos correctamente en el marco de nuestra línea política? Ante todo, la realidad incuestionable de que la primera parte de la batalla está ganada. A las tres semanas escasas de la inauguración del curso académico hemos conseguido que triunfe la huelga en todas las Facultades y que la universidad haya sido cerrada. La fase inicial de nuestra campaña de agitación culminó cuando la policía, para reprimir el conato de manifestación y en un intento de evitar que se repitieran los acontecimientos del pasado febrero, invadió el recinto universitario y detuvo a docenas de estudiantes. Les pusimos ante la alternativa de conculcar una vez más su propia legalidad o respetarla, y una vez más la conculcaron. La respuesta del comité de estudiantes fue colocar un petardo en el Obelisco de la Victoria, acto que, por fortuna, no tuvo mayores consecuencias y que, al no ser reivindicado por el partido, tampoco comprometió nuestra línea política, aunque, digámoslo sin rodeos, pudo haber tenido graves consecuencias; una acción sólo justificable en parte por la desconexión en que se encontraba el comité de estudiantes a consecuencia de las detenciones y, en mayor medida –valga la paradoja– por su probada ineficacia, pero, quede esto bien claro, que bajo ningún concepto debe volver a repetirse. Pues lo que ahora intentamos es que la acción no termine aquí, que continúe, elevarla a un plano cuantitativa y cualitativamente distinto. De la universidad hemos pasado a la calle, y esperamos que nuestros llamamientos a la opinión ciudadana y, en primer término, a la clase obrera, uniendo a las reivindicaciones económicas otras de carácter netamente político, cristalicen el próximo jueves en una huelga general y un boicot a los transportes públicos. Los camaradas del sector metalúrgico y del textil, de la construcción, los militantes de todas las células, todos trabajan en el mismo sentido, pero por motivos de seguridad elemental nuestras actividades no deben interferirse, y además, dada la situación, somos precisamente nosotros, con nuestras Facultades cerradas y nuestros estudiantes detenidos, quienes debemos actuar a modo de espoleta que haga estallar una serie de reacciones en cadena que, como la experiencia demuestra, si triunfan en Barcelona son susceptibles de extenderse a los restantes centros industriales de la región. A sólo cinco días vista, las perspectivas son francamente buenas, rebasan todas nuestras previsiones y nos permiten ser optimistas aun en el supuesto de que fracasemos en este intento de extender la huelga, ya que, cuando un movimiento de luchas reivindicativas no está en declive, sino en pleno desarrollo, y tal es

nuestro caso, todo intento frustrado no es un paso atrás, sino adelante, una simple fase del proceso que conduce a subsiguientes acciones de resultado positivo. Y si del examen de la situación actual y de sus posibilidades pasamos a un examen más vasto, de conjunto, si examinamos el momento presente integrándolo en el proceso general de la lucha contra la dictadura, si lo comparamos, por ejemplo, con la situación existente en febrero, ¿qué diferencias podemos apreciar?, ¿a qué conclusiones llegaremos? Para nosotros, el cambio más apreciable en las condiciones objetivas reside en la evidencia de una creciente toma de conciencia colectiva, en la distancia que va de un brote más o menos irracional de rebeldía a una acción de masas rigurosamente planificada y cargada de implicaciones políticas antes inexistentes, con tendencia a desarrollarse en un contexto social de base cada vez más amplia. Me refiero al hecho cualitativamente nuevo de que nuestra ideología, la ideología comunista, pueda prender como ha prendido en las diversas capas burguesas a través de sus propios hijos, la juventud, la España de mañana, un fenómeno que es fruto, a todas luces, del grado de descomposición a que ha llegado el Régimen, del conflicto ya insoluble que existe entre las fuerzas productivas y el régimen oligárquico de producción. Y me refiero también a las perspectivas que este hecho nuevo nos abre de acuerdo con los postulados y objetivos de nuestra línea política y, más concretamente, a la posibilidad de unir por fin los diversos partidos y fuerzas políticas de oposición, representantes de todas las clases sociales, desde la clase obrera a la burguesía no monopolista, incluidos, por qué no, determinados sectores del clero y aun del mismo ejército, contra su antítesis común y las formas fascistas del gobierno. Es decir, la misma línea de alianza con todas las clases y capas sociales víctimas de la oligarquía, que tan buenos resultados está dando en toda Europa, adaptada a la peculiar situación española. La Revolución de Octubre, la gran Revolución China, fueron producto de unas circunstancias muy concretas, de una coyuntura favorecida por la guerra europea en un caso y por la mundial en otro, circunstancias, aunque no irrepetibles, sí, al menos, imponderables, datos con los que no hay que contar, porque nada tienen que ver con la presente situación política española. Es por esto, Daniel, precisamente porque el objetivo que está en primer plano es la unidad, por lo que no podemos permitirnos el menor paso en falso, nada que se aparte de nuestra línea de reconciliación nacional y derrocamiento pacífico de la dictadura, ya que, como bien se demostró en la época del maquis, el país está harto de violencias, y cualquier tipo de acción directa sería aprovechado por el enemigo para distanciarnos de nuestros posibles aliados. Esto, al margen de consideraciones teóricas más de fondo, como la de que hasta qué punto, en las circunstancias actuales, el recurso a la

violencia no presupone cierta desconfianza en las acciones de masa y en la capacidad combativa de la clase obrera. Dejemos, pues, todos esos sueños de sabotajes y asaltos a emisoras para cuando las condiciones objetivas sean otras.

Pasaron al estudio de medidas prácticas, y a distribuir el trabajo, la redacción y confección de octavillas, los repartos a pie y en coche; a zonificar la ciudad sobre el plano, señalar los puntos clave, calles, plazas, edificios, lugares especialmente concurridos, nudos de comunicaciones, estaciones de metro. También decidieron ponerse de acuerdo con los restantes grupos universitarios de oposición para, en una sola noche, llenar las paredes de la ciudad de llamamientos a la huelga, y finalmente trataron de las medidas de seguridad que había que tomar en previsión de que las declaraciones de los estudiantes detenidos dieran alguna pista a la policía.

Escala: su predilección por los museos como lugar apropiado para hablar tranquila y disimuladamente. Así, las salas de pintura románica del Museo de Arte de Cataluña, en Montjuich; o la fábrica del museo de Atarazanas, sus naves góticas, hoy sede del Museo Marítimo; o el Museo de Arte Moderno, del parque de la Ciudadela, emplazado donde el antiguo edificio del Arsenal, de tan variados usos antes que museo, habilitado sucesivamente para residencia real y efímero Parlament de Catalunya; o el Museo Diocesano, instalado en el antiguo Seminario, incendiado en 1936, o el Museo Marés, en un cuerpo del Palacio Real Mayor, o el de Historia de la Ciudad, en la desplazada Casa Padellás, siempre alternando, claro, sin insistir en ninguno más de lo prudente. Lo más importante: tener siempre más imaginación que el enemigo.

Parece que todo eso de las torturas y las corrientes eléctricas es pura mitomanía, dijo Federico. Les han cascado mucho menos que a Leo y casi todos han contado lo poco que sabían.

Tampoco es el mismo caso, dijo Raúl. Leo tenía una responsabilidad que éstos no tienen. A fin de cuentas, son unos pobres tíos cogidos a voleo.

Nada, nada, un trato de señoritos.

Corrían rumores de nuevas detenciones, de que un estudiante resultó muerto, de que los falangistas estaban haciendo una lista negra, rumores de registros, de gente seguida y teléfonos intervenidos. Y antes de su visita a la familia de Leo habían llamado por teléfono, por si estaba Floreal y no creía conveniente coincidir con ellos. Floreal estaba, pero, más que de marcharse, parecía deseoso de cambiar impresiones.

No lo veían desde antes de las vacaciones, a finales de primavera, cuando les preparó una entrevista con Cayetano, un obrero textil de mediana edad que había caído con Marsal, igual que Leo, y les traía

recuerdos y ánimos de su parte, de Leo. Un hombre que había pasado siete meses en la cárcel, hasta el consejo de guerra, y como no había dicho nada ni admitido nada, salió absuelto. El mítico Cayetano, que en el curso de los interrogatorios fue amoratado a golpes, y le dieron corrientes delante de su mujer, y luego se ensañaron con la mujer en su presencia, descolgándole un riñón y casi arrancándole el cuero cabelludo, mientras él permanecía colgado de un tubo de la calefacción, con varias costillas rotas y unos pies que no le cabían en los zapatos. Y así unas tres semanas, y otras tantas de hospital, constantemente vigilado, pero ni ella ni él habían hablado y fueron absueltos. Les recibió alegre y animado, un poco chuleta, diciendo que Leo era un chaval muy majo, que se había ganado las simpatías de todos. ¿Seis años? Antes de tres vuelve a estar en la brecha, leches. Y les habló de Maruja, una enlace que había salido igual que él porque tampoco dijo nada. Será mujer, pero os aseguro que tiene unos cojones como pocos. Y eso vale más que los dientes que perdió en Jefatura. Rehuyó el tema de Marsal, aunque había que tener en cuenta, dijo, que fue torturado durante casi un mes y que todavía tiene los pulgares insensibles de los días que pasó colgado de unas esposas. Y les recontó lo del camarada que estuvo a punto de conseguir suicidarse haciendo una especie de torniquete con el pañuelo. De Leo dijo que no lo pasó especialmente mal, unas cuantas palizas y unas cuantas horas esposado en cuclillas, hasta que las muñecas se le pusieron como garrotes. Tuvo suerte; fue uno de los últimos en caer, y la policía ya estaba cansada y sabía lo suficiente.

Y Floreal: me pienso que va a ser un éxito, dijo. Las clases trabajadoras están con nosotros. En el banco no se habla de otra cosa y tengo entendido que en las fábricas hay un clima de lucha tremendo. Los mismos despliegues de fuerza y provocaciones de la policía no hacen más que volverse contra ellos y popularizar la huelga. Y es que el pueblo ya no aguanta más, no está dispuesto a soportar por más tiempo la dictadura, los salarios de hambre, el paro. Por todas partes no hay más que quiebras, suspensiones de pagos, letras impagadas; y el malestar que despierta la política económica del gobierno es tan grande que la burguesía no monopolista ha vuelto definitivamente la espalda al Régimen. Hay industriales que hasta están dispuestos a ayudar, a respaldar la huelga. Los hay que están por el problema obrero, por el salario mínimo vital con escala móvil, por el derecho a la huelga y las libertades democráticas.

Que ayuden, que ayuden, dijo el cuñado de Leo. Que luego ya les apañaremos a ellos.

Floreal sonrió, seguro, superior, sin tomárselo en serio. No hará falta, hombre. Deja que les destruyan sus propias contradicciones. La política que tiene el comunismo no es ninguna trampa, sino eso: dejar

que las cosas sigan su curso. En el mismo seno de la oligarquía monopolista hay contradicciones cada vez mayores, las contradicciones propias de la etapa imperialista del capitalismo, y esta crisis económica no tiene solución de ninguna de las maneras. Porque hay que tener en cuenta que hay dos clases de contradicciones: las antagónicas, o sea las de España, y las no antagónicas, o sea las del campo del socialismo y países amantes de la paz. Éstas son superables, problemas entre hermanos, como si dijéramos; las otras son totales. Y la burguesía pequeña y media empieza a comprenderlo y a darse cuenta de que la única solución es el socialismo. Y, fíjate tú en lo que te digo, acabarán aceptándolo voluntariamente.

¿Voluntariamente? Si no es con una pistola en el pecho... Yo no sé de teorías ni de burguesías cosmopolitas, pero de cómo se llega al poder sí que sé, porque no es cuestión de teorías, sino de cojones. Yo estuve cuando la cosa iba en serio y sé que quien convence a los demás es aquel que tiene la sartén por el mango.

Intervino el padre de Leo, apaciguando. Era algo, dijo, que había visto con sus propios ojos: Mane, Tecel, Fares, apresuradamente escrito con tiza por algún espontáneo a lo largo de los corredores del metro, en plaza de Cataluña, sobre los carteles publicitarios. Y es que esto es como el festín de Baltasar, como los últimos días de Pompeya. El capitalismo sabe que tiene sus días contados y, mientras el pueblo sufre, se entrega a toda clase de desenfrenos. Hilvanaba, las gafas descolgadas hasta la punta de la nariz, y Teresa escuchaba desde la mesa de plancha, seria y esmerada a la vez. El canario en la jaula, la mesa de comedor llena de patrones, el sofá catre y las sillas gastadas, el aparador, el cromo del incendio de Roma en vivos colores, la radio sobre una mesita cubierta por un chal con flecos de cuentas amarillas. Comentó que el domingo habían ido a ver el Tenorio, la inmortal obra del famoso Zorrilla. Una obra que, aunque salga la religión, no deja de ser una denuncia contra la mentalidad del poderoso, del privilegiado. ¡Qué soberbia! ¡Qué desprecio por sus semejantes! Y es que Zorrilla, como hombre del pueblo que era, no podía dejar de criticar a quienes por sus riquezas y sus títulos creen que todo les está permitido, y su vida no es más que una sucesión de juergas y abusos y derroches. Por dondequiera que fui, la razón atropellé, la virtud escarnecí, a la justicia burlé y a las mujeres vendí. Les contempló por encima de las gafas.

¡Aquí está!, dijo Juan. Y ¿por qué? Pues porque tiene la fuerza, y a quien tiene la fuerza sólo se le vence por la fuerza.

Y el padre de Leo: por un camino o por otro, el socialismo acabará imponiéndose, esto es inevitable. Pero todos hemos de hacer lo posible para que el cambio sea pacífico, porque es el pueblo quien más sufre de las violencias. Frente a las arbitrariedades y atropellos de las

fuerzas represivas, nuestra postura de paz hace que el socialismo se vaya granjeando las simpatías y el respeto de todos, católicos o agnósticos, demócratas y burgueses. Poco a poco cada cuyo irá siendo ganado para la causa del socialismo.

¡No señor! ¡No señor! Si algún día te ganas a los burgueses y a los curas será porque habrás dejado de ser revolucionario. Vivimos en una teocracia militar y todos los males de España vienen del clero. Y ya está.

Esto ya es otro asunto. El único pensador religioso que al mismo tiempo ha sido humanista es Confucio. Y Cristo no cabe duda que, como hombre, fue un gran hombre, pero la Iglesia Católica, en cambio, siempre ha estado contra el progreso y las libertades, oprimiendo las verdaderas formas de vida española que son del pueblo, sociales. Mucho antes de los romanos, los arévacos y no me acuerdo qué otros primeros pobladores de la península, ya tenían una especie de comunismo. Y, si vas mirando, en el curso de toda la historia verás cómo el pueblo se ha ido rebelando, rebelando, aquí con los remensas, allá con los comuneros, con las germanías, acullá con los segadores y los rabassaires y, más modernamente, con el impulso revolucionario de las clases trabajadoras catalanas y vascas, de los mineros asturianos, del campesinado andaluz. Han hecho falta muchas inquisiciones y exacciones para sojuzgar estos impulsos naturales del pueblo, pero muchas. Y ahí está vuestro papel, el de los intelectuales humanistas: devolver a la cultura su verdadero carácter popular.

El cuñado decía que él también estaba por la cultura del pueblo, pero de un pueblo en el poder, ejerciendo la vigilancia revolucionaria. La cultura sin el poder sólo sirve para llevarte ante el pelotón, como a Ferrer Guardia. Para el pueblo no puede existir la cultura sin el poder. Luego sí, una vez conquistadas las libertades sí, entonces sí que podría hablarse de la difusión de la cultura, tanto espiritual como física. La conversación derivó hacia el fondo de verdad científica que encierran la sabiduría popular y la medicina natural, tan despreciadas por la burguesía, una clase que vive de espaldas a la naturaleza, tan difamadas por los intereses egoístas de los médicos; hablaban de los beneficios de una vida más natural opuesta al clericalismo oscurantista, de la alimentación racional, del ejercicio físico. El padre asintió: mens sana in corpore sano, dijo. Y empezó a contar de un curandero que le había quitado el dolor cuando, después de haber pasado por las manos de no sé cuántos médicos sacacuartos... Pero el otro no le dejó seguir: explicaba la necesidad de acabar con la familia y liberar el sexo, los saludables efectos de las prácticas desnudistas, de exponer al sol y al aire las partes, la parte del cuerpo que más se suele esconder cuando es precisamente la que más necesita de las condiciones naturales. Hay que liberar el sexo y acabar con la familia,

repitió.

Suerte que no te oye la Antonia, dijo Floreal. Y me gustaría verte si ella empezara, pues venga, a desnudarse, a liberar el sexo.

¡Es que esto no tiene nada que ver! ¡Es que el desnudismo no es ningún vicio! El desnudismo no es ninguna indecencia. Es una cosa seria y científica. Sencillamente, lo natural.

Floreal sonreía, pero se le advertía cierto embarazo, se notaba que prefería cambiar de tema; juntaba las manos entre las rodillas abiertas, mirando al suelo, y, de vez en cuando, a Raúl y Federico, como nervioso. Hablaron de Leo. Les volvieron a explicar la última visita que le habían hecho, en Burgos, y cómo Teresa pudo verle haciéndose pasar por su hermana. Teresa dijo que lo había encontrado con una moral de campeonato y que, al parecer, todos sus compañeros le apreciaban mucho. Hasta los guardianes, dijo el padre. Hubo uno que se me acercó y me preguntó si yo era su padre. Y yo le dije, sí señor, a mucho honra. Y él me dijo, pues tiene usted ahí un capital en inteligencia que vaya, que nada, que puede estar usted satisfecho. Teresa dijo: de prestigio tiene en todas partes. Y contó que en el barrio todos le preguntaban por Leo, que cómo estaba el Leo, que cuándo soltaban al Leo, gente que apenas conocía. Es que aquello fue un atropello, dijo el padre. Cuando vinieron a llevárselo, si les hubierais visto. Se comportaban de una manera, echándolo todo patas arriba, amenazando, diciendo que igual se nos llevaban a todos, que los rojos no teníamos derecho ni a la vida. Y unas caras y un odio. Calló y hubo un silencio. Luego señaló al coloreado cromo del incendio de Roma contemplado, en primer término, por un Nerón que tocaba la lira. Somos como los primeros cristianos, que sufrieron hasta diez persecuciones, dijo. Hablaron del porvenir de Leo cuando cayera el Régimen y tuviera todas las puertas abiertas, de las posibilidades de que hubiera un indulto, según les había dicho el chófer de un general, y saliera en septiembre. Si es que el Régimen dura hasta entonces, dijeron. El pueblo, decían, no estaba dispuesto a pagar las consecuencias de la crisis, el hambre, el desempleo, no volvería a soportar los sufrimientos de la posguerra, aquel terror y aquella humillación, unas condiciones de vida más propias de la Edad Media.

Cada mañana, en el mercado hay una verdadera protesta por la carestía de vida. Todas las mujeres se quejan. Y es que no pueden, el dinero no les llega.

Es que en la posguerra la gente aguantaba el racionamiento, el estraperlo, los atropellos, todo, lo aguantaba todo, porque había una moral de derrota. Ahora, en cambio, la moral es de victoria.

Recuerdo cómo me comía aquel chocolate de racionamiento, dijo Raúl. Era algarroba pura.

Pues si esto te pasaba a ti, cuenta lo que sería para el obrero, dijo el

cuñado.

En casa había de todo, dijo Federico.

Al salir, en el coche, comentaron que aquellas visitas empezaban a resultar penosas.

Pobre Leo, si les oyera, dijo Raúl. Pero ¿cómo vas a contradecirles? Hasta el mismo Floreal parece un poco fuera de onda.

Lo que le pasa a Floreal es que es un tipo así, vamos, tirando a corto.

¿Corto? Qué va, hombre, Floreal es un buen tío. Pero el tipo está tan metido en sus discusiones y lecturas políticas que llega a perder de vista la realidad. Lo ve todo tan claro que si le dijeras que las cosas no son así de fáciles, que el Régimen todavía puede tener cuerda para rato, que igual tarda en caer un par de años, pensaría que quien ha perdido de vista la realidad eres tú. Y es por esto, porque sólo debe tratar gente que piensa como él; y si alguien le lleva la contraria, ni siquiera le escucha.

Con Adolfo Cuadras era diferente, con el mismo Fortuny, tan comedido, poco amigo de arriesgar juicios, de hablar demasiado. Con ellos se podía discutir, matizar, partían de presupuestos comunes, aunque hubiera discrepancias, como cuando Adolfo Cuadras ponía en duda que las acciones previstas para el jueves tuvieran éxito.

En el 51 e incluso el año pasado, las huelgas y el boicot a los tranvías empezaron en la calle. Es decir, de abajo arriba, y no al revés, como ahora. Entonces no hizo falta llamamientos ni octavillas. Al menos, yo no recuerdo haber visto ninguna.

Porque no estabas metido en el asunto, dijo Raúl. Pero detrás de cosas como la del 51 siempre hay una organización. Me acuerdo perfectamente de que por todas partes estaba escrita la palabra huelga, con tiza, con lo que fuera.

Si es lo que digo, que en todo caso la iniciativa partió de las masas, era una cosa que se mascaba en el ambiente. Y ahora, no.

Pues, entonces, ¿para qué sirve la actividad política? Si no existen condiciones objetivas, propicias, se crean.

Perdona, se crean las que es posible crear, aunque parezca una perogrullada.

Bueno, si los obreros no responden es que son unos hijos de puta y se merecen todo lo que les pasa, dijo Federico.

Además, si el año pasado hubo huelga en el sector textil, paros parciales, boicot a los tranvías y todo eso, ¿por qué no ha de haberlos ahora, que la crisis económica es mucho más grave?

Estaban en el bar de algún gran hotel, tranquilo y confortable, con su leve olor a tabaco rubio, chez Adolfo, como decían para citarse por teléfono. Aurora dijo, toma, se le va a caer la enagua, y todos siguieron con la vista a una señora enjoyada y aparatosa, de tintineos

refulgentes. Rieron, y Aurora les miró dócilmente, como esperando participar, callada. Ella, en cambio, se echaba a reír cuando nadie reía, mientras charlaban de cualquier cosa, sin intención cómica determinada. Reía inesperadamente, a destiempo, y ya nadie se preocupaba de preguntarle el motivo, una palabra cualquiera que repetía con su ligero tartamudeo inicial, todavía reprimiéndose. Luego volvía a sumirse en sus mansos silencios, la mano en la mejilla y los ojos bajos, reconcentrados. Permanecía al margen de la conversación, y si le pedían el parecer contestaba que bien, o se salía con observaciones marginales, cuestiones de detalle expuestas con voz grave, entonando apenas, dejando las frases como en suspenso, como por decir algo, por cortesía más que porque le interesara el tema. Callaba, algo retirada, y sólo a veces, cuando más olvidada la tenían, levantaba la vista, y Raúl sentía su mirada, la presentía casi, furtiva, penetrante. La miró también, y entonces ella desvió los ojos, volvió a fijarlos en el suelo. ¿Cuándo empezó aquello? ¿Y cuándo cesó el rehuir y fue como reintegrarse en un espejo el enfrentamiento de aquellas pupilas finalmente sostenidas? No hubo tantos días de por medio desde que, en plena gestación de la huelga, cuando a partir del patio de Derecho proyectaban extender la agitación a todas las Facultades, Federico apareció en la reunión acompañado de Aurora, sonriente y silencioso, limitándose a presentarla como la enlace de Medicina. Después la acompañaron a su casa y Raúl le preguntó si también estudiaba Medicina para dedicarse a niños. Aurora dijo que no, que no le gustaban los niños, que se había matriculado en Medicina porque era lo que estudiaba un primo suyo, y mira. Ahora tiene novia y se va a casar, dijo. Hablaba con aquella voz grave, sin volverse, sentada junto a Federico, pero en el retrovisor se reflejaba su cara seria, de labios cuidadosamente pintados, los ojos negros mirando fijo adelante, el cabello corto y muy negro. La dejaron ante el portal, en la acera de enfrente, y cruzó la calle corriendo.

Oye, ¿de dónde la has sacado?, preguntó Raúl.

Misterio, dijo Federico.

La has traído porque te gusta. Vamos, porque si no, no entiendo lo que pinta.

Los de Medicina. Los de Medicina la han elegido como enlace. Es cosa de ellos.

Bueno, pero a ti te gusta.

¿Por qué ha de gustarme? Parece un travestí. A ti sí que te gusta, en cambio. Vamos, lo he notado enseguida. Te gusta, di la verdad. Se parece a Nefertiti.

Hombre, no está mal.

¿Mejor que Nuria? ¿Quién te gusta más, por ejemplo, la Nuria o ésta?

¿Y qué tiene que ver? No tienen nada que ver.

A ti te va mejor Nuria. Es una chica así, más activa, más desenvuelta, con su vida propia y su trabajo; vamos, lo que se llama una compañera, la mujer compañera. Fíjate, será intérprete de la ONU. Podríais trabajar los dos en la ONU, juntos. Así, juntos, pero cada uno en lo suyo. ¿Cuándo vuelve?

Pues en junio, supongo. Por Navidad quizá venga. O por Pascua. Y si no viene, nos encontraremos en París.

¿Y os casaréis entonces? ¿En secreto? Podrías nombrar padrino a algún tipo importante del partido. El mismo Mr. H. Mr. H. estaría bien.

¿Y quién te dice que pensamos casarnos?

Entonces, ¿qué? ¿Seréis una de estas parejas progresistas modelo? ¿De esas que no se casan, pero que es como si estuvieran casados y procuran no ponerse cuernos y tal?

Pero qué coño estás diciendo de cuernos y tonterías. Los cuernos me la traen floja, coño.

Ah, ¿o sea que no te importa que Nuria se acueste con otros?

Pues claro que no. Vamos, quiero decir que es una cuestión que ni siquiera nos hemos planteado. Si ella ha de pasarse dos cursos en Inglaterra y yo aquí, me parece que es lo lógico.

Está bien esto. Sois gente evolucionada, está muy bien. Entonces, tienes que acostarte con Aurora. Sabía que te iba a gustar, estaba seguro.

Una chica pálida y frágil, con aspecto de poca vitalidad y, sin embargo, tan suavemente movediza aquella pálida desnudez de pechos pulidos y vientre enjuto, flexible el cuerpo tan delicadamente dibujado, las puntas de los pechos, oscuras como los labios, como el sexo que se abría bajo el preciso vello en punta de flecha, Aurora, ahora precediéndole por una serie de peldaños y pasarelas involucrados a las figuras y resaltes del frontispicio, enlazados con las cavidades interiores, corredores retorcidos, reducidas rotondas que olían a orines, aireadas ventrosidades de los cuerpos basamentales. Le contestó que no estaba cansada. Eres ágil, dijo Raúl. Y Aurora: es que tengo una clase diaria de danza clásica. Se detuvieron en algún recoveco y examinaron los grafismos, nombres, fechas, iniciales. Buen sitio para amantes pobres, dijo Raúl. Desde el vano sinuoso se divisaba la ciudad ensanchada hacia poniente, crepuscular, sonora como una caracola, el Ensanche extendido hacia poniente en mecánica repetición de la ya vieja cuadrícula, fórmula planeada más de cien años atrás, el plan Cerdá, empresa nacida bajo los mejores augurios de la con tanto empuje burguesía decimonónica en aquellos años de gracia y desgracia, de dolor y gozo, de revoluciones y restauraciones, de barricadas, represiones, atentados y comunas, cuando un fantasma

recorría Europa, empresa destinada a transfigurar la ciudad, predestinada, ensanche proseguido aún, sólo que de un modo un poco más estrecho o mezquino, cuadrando como un estadillo, sólo sobre el plano, cuadrícula arteriosclerótica, sin parques intercalados ni bloques abiertos a jardines recogidos, manzanas cerradas en torno a garajes, almacenes, pequeños talleres, apretadas edificaciones mecánicamente repetidas, ventanas frente a ventanas, balcones frente a balcones, terrazas frente a terrazas, con amplios panoramas de más terrazas, balcones y ventanas, más algún muy solicitado sobreático, pura fachada, piedra artificial, viviendas ya que no hogares ni con el muy apreciado simbólico hogar, simples puntos de concentración familiar, mecánicamente convencionales con respecto a unas formas de vida demasiado fluctuantes, pisos ya sin las holguras decimonónicas, sin salón, comedor y alcoba rígidamente prefigurados, sin recibidores oscuros ni soleadas galerías, una sala de estar y basta, y una avara profusión de paredes medianeras, patios interiores, flacos tabiques, calculados recuentos de metros de alzada, metros cuadrados, metros cúbicos, palmos, estrecheces, ruines calles cruzadas en degradada extensión de un retículo en otros tiempos proyectado como liberador, excrecencia celular, gris enrejado, fantasmal contorno de aquellas verticalidades, cuatro torres como púas alzadas en el atardecer. La Sagrada Familia, templo inconcluso de inusitadas perspectivas, cuatro campanarios, un ábside y una fachada de exuberante imaginería, astros, sangre, niños, rebaños y reyes, grupos escultóricos, arrebatados retablos, un precursor o profeta de encendido verbo encarnado en transportada efigie, coloraciones del ocaso, obra inacabada, simple anticipo del futuro prometido, profetal estructura de formas presumidas, elegantes, mera fase inicial de lo que algún día iba a ser ambiciosa plasmación de una gran empresa realizada sobre sacrificios de generaciones, dogmática protoplasmación edificada en lo que ahora era sólo un erial sombreado de espectrales perfiles. Sobrehumano proyecto aquel templo de ávido cuerpo místico exterior y de interior como una celeste Jerusalén de cedros rameados, predestruida ciudad, aquella futura fábrica con sus portales de Nacimiento inacabado, de Pasión no iniciada, de Gloria no alcanzada, rosario de misterios en las respectivas fachadas de levante, poniente y sur, donde el sol nace y se desvanece tras alcanzar el cenit, con su masa de torres como un monte serrado de altas cumbres, campanarios enriscados tal espinas o estalactitas, el cónico cimborio de Cristo creciendo por encima de todo, flanqueado de cuatro obeliscoides cimas evangélicas, águila y niño, león y buey, de los doce campanarios apostólicos, la inmaculada cúpula del ábside, la bóveda del cimborio, los cuatro óvalos de las sacristías, cúspides esbeltas, pináculos, ampulosos fastigios, encumbrado conjunto contornado por el valle

oscuro de un claustro, templo expiatorio, redención encendida, altiva tedera purificadora, afiladas llamas, encrestadas, punzantes, como conformando un órgano sonoro o un radiante faro, todo luz y armonía, precursor despilfarro de formas purísimas, descubridores esquemas radiales, ascendentes, disposiciones ovoides, angulares, inclinadas, oleadas de líneas ondulantes, vibrantes, fragosas, figuras elípticas, parabólicas, hiperboloides, flabeladas, harpadas, sagitales, bulbosas, volúmenes grávidos, ventrudos, ventilados engastes, díscolas involucraciones, remates de verticales límites, formas hipertrofiadas, proteiformes, eruptivas, delirantes, espumosas, vegetal lozanía de calidades ásperas, mosaicas, resecas, madrepóricas, de crustáceo o fruto. Obra insólita que, estructurada a partir de elementos fragmentarios, indistintos, llega a conformarlos en un todo cambiante, evolutivo, lleno de contradicciones y coherencias, de simetrías asimétricas, contrastes, resonancias, repeticiones, giros y elipses, alusiones y elisiones, concreciones minuciosas, abstracciones, formas derivantes y derivadas, en fuga, como una hélice que asciende y gira, se desvanece en el vacío. Sobre la ciudad, las nubes se desrosaban y palidecían, flojas rosas de otoño, y las campanas sonaban apacibles, como en un ángelus anunciador del mediodía, ciudad sonora, tendida hacia poniente.

Hermoso y ocre el ocaso contemplado desde allí, en la vertiente sur de Montjuich, de espaldas a la ciudad, desde el cementerio de Poniente, cuando el sol dejó de centellear en lo alto de los columbarios, hundido tras los llanos del Llobregat, desfallecientes lontananzas, cielos rezumando nácares progresivamente agrisados, decolorándose. En la claridad serena, ante un distante término de montes, se avistaban todavía litorales y planicies, las incipientes intermitencias del campo de aviación, borrosas marismas, chimeneas y chimeneas, quietas fumaradas de periferia industrial, y más cerca, casi confundidas con el cementerio, cúbicas formaciones de barracas blanqueadas, y después, ya en la linde de la dársena, los depósitos de la Campsa, plateados volúmenes dispuestos al pie del Morrot, promontorio de Montjuich bruscamente fallado sobre el mar, ocultando el puerto, dejando asomar únicamente muelles extremos, las líneas del dique y contradique, el pálido girar del faro. A su llegada, el sol amarilleaba los setos polvorientos, rasante, por debajo del inflado follaje de la avenida, entre los troncos alineados. Dejaron el coche y remontaron a pie los paseos y gradas flanqueados de pimenteras, de cipreses nudosos, lobulados, con gorriones desprendiéndose. El núcleo inicial, desarrollado en suave declive a partir de los amplios accesos, destacaba ostentoso con sus solemnes mausoleos, vanidades humanas, privilegiada zona de panteones apiñados entre las frondosidades, cúpulas, torres, agujas, obeliscos,

sucesión silenciosa de cancelas cerradas, candados, rejas, hierros forjados, orladuras de cadenas, verjas labradas en torno a templetes y capillas, construcciones neorrománicas, neogóticas, neoplaterescas, neoclásicas, neomudéjares, neofaraónicas, ciclópeas losas esculpidas, columnas truncadas, túmulos, cruces, algún busto hierático, un adolescente con un lánguido tallo, una niña de revueltos bucles, alas y clarines abatidos, espadas flamígeras, donceles caídos y bellas durmientes, epitafios, coronas, flores ajadas y cintas negras, secos pomos de siemprevivas. Más arriba, según se acentuaba la pendiente, circundando el sector de panteones, se abría un ensanche de hipogeos integrados en el terreno, superpuestos de avenida en avenida, variado retículo de fachadas de sabor modernista, series de portales sucesivos, voladizos de airosa curvatura, vidrieras oscuramente coloreadas, mosaicos, aplicaciones florales, hierros como guirnaldas o racimos, una cancela abierta y voces de fregonas resonando, olor a lejía. También se escuchaban martillazos, y un cortejo de coches dobló raudo el recodo. Y todavía más arriba, ganando visualidad por momentos, entre cuestas cada vez más empinadas y tramos de escalinata más largos, los primeros bloques de nichos monótonamente repetidos, una cuadrícula de columbarios y trapeciales alzándose como rascacielos, cristales fulgurando al sol, entrecruzando reflejos, bloques cada vez más desnudos y verticales, sepulcros ya ni siquiera blanqueados en el descreste, diseñados como en una hipócrita aplicación del principio evangélico, de forma que mientras las clases privilegiadas eran situadas en las zonas más bajas del recinto, los humildes eran llevados, a la inversa que en la vida terrena, hasta lo más alto, retículo puramente utilitario, burocrático, última vivienda o pasaporte, último número, afueras con mujeres cenicientas preparando, adecentando, pidiéndose la escalera para trepar hasta lo alto, limpiando los búcaros y vasos de opalina, poniendo agua, ramilletes, flores de plástico, sacudiendo el polvo de retratos y reliquias, avivando las inscripciones con vistas al ya inminente Día de Difuntos, cuando por los senderos, entre las sepulturas, una muchedumbre hormigueante recogería su llamamiento: barceloneses, en memoria de aquellos que lucharon por darnos una vida más digna, en memoria de aquellos por quienes luchasteis para darles una vida más digna, ¡barceloneses!... Habían quedado citados en chez Federico, un anodino bar bodega próximo a su casa, y Raúl fue el único en llegar puntual. La radio retransmitió las doce campanadas del mediodía y una breve oración en latín, angelus anunciador de la buena nueva que nueve meses más tarde iba a fructificar en el gozoso nacimiento. Al poco, el local se llenó de obreros de la construcción, charnegos en su mayoría, andaluces andados y traídos, deslucidos. Hablaban, animados y voceadores, hablaban de lo mal aquilatados

que estaban los nuevos tranvías, de una quiniela de trece resultados, de una mujer de frente a la obra. A las mujeres que les den por el culo, coño. Fúmate un cigarro de hombres, coño. ¿Ideales? Pues sí, hombre, que no matan a nadie. Esta vez me han salido buenos. Sí, señor, son de los buenos, aquí han aquilatado bien. Los compré ayer, no, anteayer, al acabar la faena. Y nada más salir, al ver que me habían salido buenos, entro y compro otro paquete. Llego a casa y digo, coño, por una vez, y ayer, sí, ayer, vuelvo y me compro treinta. Sí, se nota que están bien aquilatados. Bueno, pero qué leches quiere decir aquilatados. Mira esta tía, qué pantalones. Tsit, tsit, nena. Qué polvo te echaba, joder. Nena, aquí, nena, a ver si aprietas menos el culo y lo meneas más. Nena, nena. Me amorraba a la cremallera... Es decir, la típica conversación del lumpen, charnegos llegados del campo sin conciencia de clase ni espíritu reivindicativo, monótona charla sobre el monótono trabajo y las monótonas distracciones festivas, empleo del ocio con las sobras del producto del trabajo, fútbol y cine, el baile, el bar, las putas, la novia, la mujer y los niños, comidas familiares, paseos por las calles dominicales llenas de paseantes, como todo el mundo, consecuencias de una vida hecha de vacíos cubiertos con necesidades demasiado inmediatas. El jubiloso acomodamiento a las características del piso finalmente concedido, por ejemplo, uno cualquiera de cualquier bloque de viviendas para obreros, sintiéndose a sus anchas entre aquellas cuatro paredes tras tantos años de nomadeo hacinado, de realquileres, de barracas, ya toda la familia reunida, júbilo idéntico al de saber leer tebeos y prensa dirigida o de poder escuchar lo que tuviera a bien ofrecer la radio o de tragarse, en el bar, los programas de televisión, hasta que, acaso una frase de algún compañero, acaso una charla o incluso la lectura de una octavilla, desencadenara en ellos el irremediable proceso de toma de conciencia, la convicción de que habían dejado el pueblo por algo más que un plato de lentejas, la necesidad no ya de un salario mayor, sino de otra estructura social, de otras formas de vida.

Cuando entró Aurora, los charnegos de la puerta dejaron de silbar y hubo una incómoda expectación mientras ella avanzaba hacia Raúl entre sonrisas y comentarios por lo bajo. Federico les hizo esperar todavía un rato y ni llegó a sentarse, inclinado hacia ellos, las manos tensamente cogidas al canto de la mesa. Lo del cementerio tendremos que dejarlo para la tarde, dijo. Explicó que había peligro de nuevos registros y detenciones, que había que cambiar de sitio la ciclostil, llevarla a un lugar más seguro. La tenía fuera, en el coche.

Pero ¿qué pasa?

Supongo que nada, acojonamiento colectivo. Lo único seguro es que esos tíos han cantado hasta desgañitarse. Pero es por si acaban por decir hasta lo que no saben y aciertan.

Fortuny les aguardaba en el asiento de atrás, cubriendo la ciclostil con una gabardina doblada. Hemos pensado en el estudio de Pluto, dijeron. Era una mañana transparente, de límpidos clarores otoñales.

¡Carajo!, gritó Pluto. Ya me temía yo alguna putada de éstas. ¿Es que no tenéis sitio mejor que mi picadero? Dejaros imprimir aquí todos vuestros papeles, fíjate, casi nada. ¡Estáis locos! ¡Locos!

Te advierto que si nos enganchan estás listo, dijo Federico. El dueño de la casa las pasa siempre moradas.

Ah, pues os advierto que yo canto, ¿eh? A la primera friega lo digo todo. Además, no tenéis seriedad ni nada. Para empezar, ¿qué falta hacéis aquí los cuatro, en comisión? Bastaba con que viniera el que ha de hacerse cargo de este trasto, ¿no? Vamos, me parece a mí. Y ahora, venga a entrar y salir tíos. La portera se creerá que me he vuelto maricón.

El estudio quedaba en el terrado, con vista al centro de manzana. Constaba de una sola pieza con altillo, grande, apenas amueblada, una cama con almohadones a modo de sofá, una estufa eléctrica, vasos y botellas, un tocadiscos en el suelo, sobre una manta a rayas de colores, las paredes con recortes, reproducciones de desnudos en su mayoría. En el terrado, la puerta del retrete batía de vez en cuando, endeble. Pluto contemplaba, como abrumado, la ciclostil depositada en el centro de la habitación; Pluto, otras veces recostado en el sofá, con sus brillantes disquisiciones acerca de la necesaria restauración oficial del culto fálico, por ejemplo, partiendo de la base de que todo ser humano tiende naturalmente al goce máximo, ya físico, ya espiritual, también llamado místico, sólo conseguible por la superación del yo individual mediante la unión completa con otro ser o compenetración, goce que nadie puede conseguir por sí solo, ya que nadie puede unirse consigo mismo, como bien demuestra el carácter siempre frustrado de las pretendidas autouniones o prácticas masturbatorias, debido a que no es posible ser a la vez y en el mismo sentido cada una de las dos partes o términos de la unión; goce que, por tanto, se debe a la actuación o penetración de un agente exterior en acto, del mismo modo que lo cálido en acto, cual es el fuego, hace que el leño, que es cálido en potencia, lo sea en acto y en este sentido lo modifica; y así como un bastón no se mueve si no es movido por la mano que lo posee, es preciso, de consiguiente, referirse a dicho agente modificador, sujeto penetrante o falo, de características adecuadas al efecto y, en concepto de causa eficiente o acto creador por excelencia, aceptar el culto, hoy oficioso, casi solapadamente referido a su función, como consustancial a la naturaleza humana, convirtiéndolo, consecuentemente, en el culto oficial de la humanidad. Y se explayaba en el examen de la singular riqueza de vocablos con que la lengua popular identifica el mencionado falo, expresiones generalmente

alusivas sea a su aparato externo, sea a su potencia motriz, expresiones de todo género, femenino, ambiguo, neutro, epiceno, probatorias de los atributos de omnipotencia y omnipresencia con que la tradición ha distinguido siempre tan venerado ingenio. Pero ahora no estaba para bromas.

Subidla al menos al altillo, dijo.

Ellos, en cambio, como repentinamente exaltados, bajaron en torbellino, empujándose, alborotando, una escalera con olores de cocina, voces, música de radios, ecos recogidos de piso en piso, a la luz decreciente de la claraboya, y ya en el portal, rieron desproporcionadamente cuando Aurora, rezagada en el último tramo, preguntó qué quería decir carajo. Mediodía espléndido, sí, todo a pleno sol y un bello encaballamiento de cúmulos. Y en el coche volvieron a discutir si había llegado la hora de la acción directa. Federico decía que, puesto que el riesgo era el mismo, valía la pena hacer las cosas en serio.

Encuentro absurdo que te fusilen por poner un petardo puramente simbólico, dijo. Esto es jugar a Prometeos.

Bueno, pero el petardo ya está puesto, ¿no?, dijo Raúl. Aunque nos cogieran ahora, no habiéndonos enganchado con las manos en la masa, no veo por qué la policía tiene que saber que lo hemos puesto nosotros.

Sí, como que se chupan el dedo. Saben de sobras que tienen que ser los mismos que reparten las octavillas. Lo divertido es que Pluto se ha pensado que aquello de que si nos enganchan las pasaremos moradas lo decía en coña. Se ha pensado que me coñeaba. Pero la policía no se chupa el dedo. A nosotros no nos tratarían como a los que cogieron en la universidad.

Bueno, bueno, no fotem, que una cosa es un petardo y otra cosa una bomba, dijo Fortuny.

Ya lo sé. Sólo para la policía es lo mismo. Por eso digo que es absurdo, vamos, que para el caso, mejor poner bombas. ¿Por qué no lo hacemos? ¿Porque te regañó Mr. H.?

No señor, sino porque entonces ya te apartas de la táctica pacífica de acciones de masas, que es la única posible por el momento, dijo Raúl. Fíjate lo que pasó con las guerrillas. Aparte de que Escala no hace más que ajustarse a la línea política elaborada por el partido, que es exactamente lo que debemos hacer nosotros.

Además, con lo que cuesta hacer arrancar una simple huelga, dijo Fortuny. Pues seamos un poco razonables, puñeta. ¿Quién nos iba a seguir en la acción violenta?

Que hay que conseguir que acaben siguiéndonos, es indudable, dijo Raúl. Las revoluciones nunca se han hecho con medios pacíficos. Pero primero hay que llegar a crear unas condiciones objetivas de situación

prerrevolucionaria.

Mr. H. dixit, dijo Federico. El jefe os ha convencido. El jefe es el jefe y os habéis dejado convencer.

Ni jefes ni hostias, dijo Fortuny. Es que es así, tú. La acción violenta siempre es el último recurso.

Al revés, el último recurso es esto de ahora, el símbolo. Ellos están dispuestos a fusilarnos y nosotros nos contentamos con símbolos como lo del Obelisco. Si no hay acción directa de verdad es porque somos incapaces de realizarla y entonces nos consolamos diciendo que es más eficaz la huelga pacífica. ¿Para eso aprendimos a tirar bombas? Ves, en el ejército son más realistas.

Va, va, no digas bestiezas, que Escala tiene toda la razón, dijo Fortuny. ¿Que te crees que con unas pocas bombas vas a derribar al Régimen? Discutir esto es como seguir preocupándose por lo de Budapest cuando nuestra situación es precisamente la contraria. Algo sin sentido.

Y, en cualquier caso, no es porque lo diga Escala porque es Escala, sino porque hay que pensar que Escala conoce las condiciones objetivas mejor que nosotros. Tiene una visión más amplia y menos parcial, en fin, datos que no conocemos y que sirven de base a los análisis que hace la dirección. Nosotros nos movemos siempre en el mismo ambiente. Además, si estamos en el partido no es para hacer la guerra por nuestra cuenta. Solos no iríamos a ninguna parte.

Es claro que no. Y piensa en la represión que habría a la primera bomba de verdad.

Mejor. Así se caldearía el ambiente. Ya se sabe, lo raro sería que no hubiera represión, me parece.

Va, va, no hables como un irresponsable, coño, dijo Fortuny.

Parecía fastidiado, y Federico insistió en sus imágenes de detenciones y torturas, chinchando. Nos cargarán todas las bombas de los últimos años, decía. Y Raúl acabó por unírsele. Y luego, el pelotón. Y a los cómplices como Pluto, treinta años, dijo. ¿El pelotón?, dijo Federico. Si es que llegamos. Después de las corrientes, de que te arranquen las uñas y te metan los pies en un brasero. ¿Te imaginas? Y Aurora dijo qué horror, igual que cuando decía qué susto, sin entonar, sin emoción, más como si quisiera sentir el espanto que como si lo sintiera realmente. La dejaron frente a su casa, en la acera opuesta, y cruzó la calle de una corrida. Hasta luego, Epaminondas, dijo Federico. Al entrar en el portal, Aurora se volvió brevemente y agitó la mano. Raúl había pasado a ocupar su sitio, delante.

Y a ti, Pelópidas, dijo Federico. Os voy a llamar Pelópidas y Epaminondas.

¿Y eso?, dijo Fortuny.

Pero Federico no contestó, los ojos divertidos, premeditadamente

atentos al volante, con la misma expresión de días atrás, al preguntar a Raúl qué pasaba con Aurora. ¿Sois amantes?, había dicho. También entonces estaban en el coche, sólo que sin Fortuny. Qué tontería. ¿Por qué hemos de serlo?, había dicho Raúl. Y Federico había dicho: porque sí, porque os miráis, la esperada observación, esperada desde que, poco antes, reunidos en una granja, Raúl advirtió que Federico había advertido las miradas cruzadas con Aurora. Las miradas y nada más, no aquel contacto por debajo de la mesa, el pie buscado y no retirado, en plena discusión, cuando él dijo, me parece muy bien, y ella, a mí también. Y Fortuny dijo, ¿el qué? Chez Fortuny, una granja de barrio, y por supuesto Adolfo Cuadras estaba ausente. Hablaban de Adolfo Cuadras y sus opiniones sobre la conveniencia de simultanear, cuando no supeditar, la acción política a la formación profesional de cada uno. Si yo no me meto con el conde Adolfo, dijo Federico. Me parece muy bien que se dedique a sus novelas y todo eso. También yo he dejado Exactas y estudio Económicas, que es lo que me interesa. Lo único que digo es que, objetivamente, es más importante la actividad política. Federico, que ahora, mientras le acompañaba a su casa, ya solos, intentaba sonsacarle. Al llegar, quitó el contacto y siguieron charlando un rato.

Os acostáis, decía. Lo sé seguro. Vamos, se nota enseguida. Y está bien, está muy bien. Revolucionarios perfectos. La clandestinidad debiera organizarse así, por parejas. Entonces siempre habría esta cosa de emulación, de quedar bien delante del otro, quiero decir. Como en el Batallón Sagrado de Tebas.

Fue ella quien se ofreció, la enlace de Medicina, al salir de la reunión en que se había decidido, cerrada ya la universidad, extender la agitación a la calle. Si queréis, puedo ayudaros, les dijo. Federico se burlaba de las precauciones que tomaban, de las citas en el patio de la Biblioteca Central, en chez Adolfo o chez Raúl, de las gafas de sol y los relojes sincronizados. Parece que juguemos a bandas, decía. Pero a la hora de la verdad le sudaban las manos, la frente, cuando en el amanecer translúcido, incoloro, la ciudad como inerte y aterida, las calles, el Paseo de Gracia, Raúl avanzó con Aurora hacia las gradas del Obelisco de la Victoria, cogidos por la cintura, y le pasó el cigarrillo y ella, la mecha fuera del bolso abierto, dijo no sé fumar, soplando en un intento de avivar la brasa que no prendía y, con la demora, Federico pasó a recogerles en el momento previsto sin que hubieran terminado, su cara inmóvil en el marco de la ventanilla y el motor mantenido en primera, mientras Raúl aún estaba ocupado en colocar el artefacto al pie de la negra lápida con el águila imperial. Arrancaron. Avenida del Generalísimo Franco arriba, los tres en silencio, hasta que, pocas travesías más lejos, sonó a su espalda la explosión, liberadora. Emociones no más fuertes, en el fondo, que las

de un simple lanzamiento de octavillas, la misma espera, la misma lenta serie de veloces segundos de vacilación, como deseando retrasar el ahora llegado tal un arranque, las octavillas lanzadas desde el monumento a Colón, desde una azotea, desde una esquina cualquiera, con los esplendores del ocaso. Y luego entre dos luces, los repartos en coches. ¿Creían realmente posible un contratiempo? Les embargaba una excitada euforia o gozo, y hasta los pequeños percances les hacían reír, cuando se quedaron sin gasolina al acabar aquel reparto, por ejemplo, tras la visita al cementerio de Poniente, por las barriadas industriales, que poco después, ya de noche, serían una fosca despoblación, con sus hileras de focos y luces aisladas alumbrando calles vacías, de largada incierta, encajonadas entre muros indefinidos, masas apaisadas, siluetas de chimenea, albores como de claraboya.

Ciudad ya rutilante, allá abajo, ventanas, escaparates, farolas simétricas, débiles como primeros astros, y el cielo, disipadas las nubes, no agreste, sino liso, no carmín ni púrpura, no grana, no bermellón ni llama o rosa, ya sólo malva, lila, lontananzas azules, lívidas distancias, vasto acabamiento del ocaso, cielos vacíos, finalmente apaciguados, palidez perlina cada vez como más alta o más lejana, cristalizada, fraguada de frías estrellas. Un extenso ámbito sumido de mar a monte y de río a río, abierto por poniente a los llanos del Llobregat y, por levante, al Besós y el Maresme, ciudad no de ríos, de entre ríos, de arterias rutilantes trazadas sobre ramblas, edificadas en la arena, tierras ensorradas, aluviones depositados a la sombra de Montjuich, mole fallada sobre el mar como un cabo o promontorio, solitaria, acanterada, con sus pérgolas y miradores, barracas y palacios, museos, su Pueblo Español y su cementerio, su prisión y su feria, su Tierra Negra como culo de lobo, su parque, sus paseos otoñales, avenidas boscosas recorridas por el crujiente viento de octubre, arrebatado ramear de árboles, y al fondo, en el extremo opuesto, el contorno de colinas encadenadas, San Pedro Mártir, antes Puig de l'Ossa, Vallvidrera, el Tibidabo, antes sierra de Collcerola, con su funicular y sus atracciones coronadas por el Sagrado Corazón, templo expiatorio, nueva acrópolis desde la que, en día claro, era posible divisar lejanamente destacado el macizo de Montserrat, rocas ojivales, monumental conjunto como mitras o cetros acoplados, el Tibidabo y sus estribaciones, el Carmelo, con su Parque Güell de elegante valseo, agudezas, arte de ingenio, lúdico gozo gaudiniano, la montaña Pelada, el Turó de la Peira, relieve de colinas cerrándose como una muralla, opacidades realzadas según se descendía, casi a tientas, a la pobre irradiación de los vanos imbricados en hélices, reflejos callejeros que acababan por desaparecer en los oscuros cuerpos basamentales. Habían descubierto el coche de Federico aparcado en el mismo lugar de antes, frente a la fachada, iluminado

por un farol. Al pie del campanario, en la explanada interior, se movían dos o tres figuras a la escasa luz de unas pocas bombillas, y alguien les dijo en francés que había que salir por la otra parte, a la calle Cerdeña, donde algún día iba a levantarse la fachada de la Pasión, atravesar aquel desolado recinto rodeado de dimensiones agrandadas por la penumbra. Sagrada institución, empresa nacida bajo los mejores augurios de la con tanto empuje burguesía decimonónica en aquellos años del Señor, de desgracia o gozo, de revoluciones y restauraciones, de barricadas, metralla, represiones, atentados, alzamientos, pronunciamientos, revueltas, comunas, cuando un fantasma recorría Europa, flor de levante, templo levantado como una inmensa flor despuntante, maravillada de haber brotado aquí, en esta levantisca ciudad, entre gente aviesa y violenta e incendiaria, empresa destinada a transfigurar la ciudad, predestinada, protoproyecto de Gaudí, profeta en el desierto, obra sobrehumana, templo de esperanzas y certidumbre, de gloria y pasión, de resurrección y muerte, de redención y caída, encumbramiento de torres y torres como cimas reunidas en corro, suma de obeliscos, sardana de gigantes, Corpus Christi, retama en flor, sierra señera, monte moreno, pinchudo, como de cetros o mitras, corona de espinas, rosa catalana de abril florido, órgano angélico, mosaico, espigado, inmensa tedera expiatoria de afiladas llamas, monumental futuro. Pero ahora, ya en la calle Mallorca, donde algún día iba a levantarse la fachada de Gloria, sólo una cerca de ladrillo que apenas permitía ver el reverso destemplado de los cuatro campanarios y la curva del ábside, el área interior vacía, todo fachada, la fachada del Nacimiento, apreciable en todos sus detalles al doblar por la calle Marina, retablo dedicado a la rosada epifanía, al feliz advenimiento del adorado Pimpollo, retoño de no padres perplejos y gozosos, inconcebido, hosanna, aleluya, venido al mundo para cumplir su papel histórico tantas veces vaticinado, para padecer, redimir y ser glorificado, estrella de Nazaret, del monte Sión, Jerusalén de cedros rameados, ciudad celeste, pueblo elegido, pueblo cautivo, liberado y conducido hasta una nueva patria por aquel mesiánico premesías nacido de las aguas, visionario que, al favor de los poderosos entre los que se había criado, prefirió la causa de los oprimidos y por ellos luchó, aun a pesar de ellos y de sus propios desfallecimientos, a sabiendas de que nunca llegaría a pisar la tierra prometida. Destino incumplido, ruina o monte o rosa de cuatro santas espinas, cuatro trazos de sangre sobre fondo de oro, colores perdidos, ni oro ni sangre crepusculares, cielo estrellado, relumbres y rutilancias de la calle.

Sagrado Aborto, una obra en la que no parece sino que la burguesía barcelonesa hubiera querido no sólo reflejarse a sí misma sino, sobre todo, perpetuarse, proyectarse, darse permanencia, plasmar en piedra

su futuro, como en un libro abierto situando a la familia en el centro de toda organización social, una familia que si por una parte reproduce el esquema de la Santísima Trinidad o unicidad de los tres –tres personas y una sola naturaleza– por otra es concebida a imagen y semejanza de su propio ideal familiar, con un padre que es más, mucho más que el hombre igual a cualquier otro que aparenta ser, un padre que es realmente el creador, el fundador, fuerza generadora por excelencia, y una madre de pureza inmaculada y, sobre todo, un hijo amado que, satisfaciendo las esperanzas en él puestas, tras superar una tras otra las pruebas que la vida le reserva, consolidará definitivamente la empresa paterna, convirtiéndola en un verdadero imperio. Sólo que esta empresa bien podía no discurrir por los cauces previstos, bien podía ser arrollada por una empresa no ya distinta sino hasta opuesta, y cabía que aquel dies irae, dies illa, no fuera el esperado, mientras ese imperio caía y con sus ruinas se construía en su lugar uno nuevo, un templo cuyas fachadas serían otras, las del Levantamiento Popular, con sus pétreos relieves de masas en la calle y barricadas y armas como puños en alto y explosiones e incendios, fuego a discreción, un pueblo en marcha contra las cargas y descargas represivas, avanzando aplastante, con un rojo despliegue de banderas, a modo de remate, proclamando el triunfo. Y la fachada de la revolución, de la construcción del socialismo propiamente dicha, donde hoces y martillos dejarían de ser armas para convertirse en herramientas y a la fuerza de los músculos no se opondría conflictiva, antes bien, se acoplaría, la de la máquina, en aquella singular representación de una construcción que se construye a sí misma, sobria pero armónicamente, a la luz, como un sol en lo alto, de la inteligencia. Y en el centro, flanqueada por las otras dos, la fachada de la Nueva Sociedad, por algún motivo, como el Paraíso de la Commedia, más abstracta, más difícil de expresar o tal vez, de imaginar. Una empresa no metafísica sino materialista, no mecánica sino dialéctica, crítica de la crítica. ¿Qué sentido tenía cualquier otra tarea frente a ésta, cualquier otro problema, las razones para vivir más íntimas, escribir, poner como una hormiga una palabra tras otra, un párrafo tras otro? ¿Qué importancia podía tener lo demás? ¿Qué había de comparable? ¡Gaudeamus! ¡Gaudeamus igitur!

¿Lo creían posible? ¿Un contratiempo? Charlaban alegres, ni siquiera con demasiada emoción, Raúl acodado en los respaldos delanteros, asomando entre Aurora y Federico, y Federico contó a su vez lo sucedido, atento al tránsito. Entonces ha quedado bien, dijo. Jóvenes dispuestos y con iniciativa. Hemos quedado muy bien. Y contó que se había desembarazado de las restantes octavillas soltándolas en unas cuantas encrucijadas, hacia Horta. Allí no he visto grises. Todos debían estar por aquí, detrás de nosotros. Se dirigía a

Raúl mirándole a intervalos por el retrovisor, los ojos vivos, risueños. Pensaba que venían por mí. De pronto me ha entrado la sensación de que estaba metido en el único Renault rojo de Barcelona. Y pensaba, ahora van a disparar y agujerearán los botes de pintura. ¿Te imaginas si me agujerean el capó y voy dejando un rastro como Pulgarcito y acaban pillándome? Fíjate, por más que corriera iría dejando un rastro y me pillarían. No hubiera tenido escapatoria. Igual que un bicho herido, que una alimaña. Y hablaron de aquella noche, cuando la policía les cogiera pintando y, ya en Jefatura, empezaran a preguntar por los nombres de los que, en los demás sectores de la ciudad, estarían llenando las paredes de llamamientos a la huelga. Aurora callaba, quieta, mirando fijo al frente. Hasta luego Epaminondas, dijo Federico al dejarla, y ella cruzó la calle y agitó la mano. Raúl ocupó su asiento, pensando, sin decirlo, si no sería ya hora de ir soltando amarras. Quedaron en que Federico pasaría a recogerle a las doce menos cuarto en punto. El coche se detuvo ante la verja sombría del jardín. Federico quitó el contacto y se apoyó en el volante, medio de costado. Nos pondrán juntitos, dijo. En la misma celda.

La familia estaba reunida en el despacho, papá, Felipe, tío Gregorio, y Felipe dirigía un rosario. Las letanías resonaban oscuramente. Qué hacen, preguntó a Eloísa. Mira, rezan el rosario, dijo Eloísa en voz baja. Le habló de tío Gregorio y de la Leonor, que cada día, en la compra, se acercaba a contarle cosas del tío Gregorio. Se ve que el pobre señor está hecho un desastre. Se olvida de todo, lo pierde todo, la gabardina, el sombrero, todo. Si no fuera por ella, lo mismo salía desnudo a la calle. Y ella está desesperada. Siempre me cuenta que si esto, que si aquello. Es más habladora. Y fea. Parece un leñador. Pero mira, se ve que lo cuida bien. Como que lleva con él tantos años. Además, cada uno tiene sus cosas. Y la gente habla tanto que ya no hago caso de nadie. Se volvió hacia sus cacharros, esquiva, como aparentando querer cambiar de tema.

Felipe: la extrañeza que cada vez, inevitablemente, suscitaba en él su aspecto, quizá por lo poco que se veían, aquella sotana entallada hasta la cintura y, a partir de ahí, abierta en bien cortados pliegues que recogía al sentarse, aquellos faldones de los que, al caminar, despuntaban veloces los ligeros zapatos, sus manos, blancas y nerviosas buscando en los bolsillos, y como ingrávida su negra capa ondeante. Un atuendo que, como por contraste, parecía alterar más que el paso de los años su figura y hasta su fisonomía, los mofletes como descolgados, las pestañas rizadas en torno a los ojos juntos, de suaves ojeras oscurecidas, y la boca afable y débil, y el leve prognatismo, todo él, en suma, con algo de joven monarca de Velázquez.

Tío Gregorio hojeaba revistas apoltronado junto a la lámpara,

leyendo muy de cerca con un solo ojo, el otro tapado con la palma de la mano. La lámpara parecía un planeta y quedaba en una esquina de la mesa, aquella mesa labrada, de patas como garras de fiera, con su escribanía y su carpeta, su pisapapeles de bronce, y la alta librería encristalada a un lado, de caoba, y las butacas de corte cubista agobiando la pieza demasiado reducida. Charlaron de la huelga, del cierre de la universidad.

Esto es lo que ahora llaman gamberrismo, dijo papá. En mi época pasaba tres cuartos de lo mismo con lo del Maura sí, Maura no.

Pues, por lo visto, a los estudiantes detenidos les han pegado unas palizas tremendas, dijo Raúl. Se habla, incluso, de que les han aplicado corrientes eléctricas.

Habladurías, dijo papá. En este país, todo lo que sea denigrar a la autoridad tiene audiencia asegurada.

Dijo que lo que había que hacer era estudiar más y protestar menos, que con estas cosas sólo se hacía el juego a los políticos y pescadores de río revuelto. Mira el marido de Ramona, este chico Bonet. Y el mismo Pedro. Ellos sí que saben lo que se hacen. ¿Cómo vas a comparar un Jacinto Bonet, un Arcadio Catarineu, gente preparada, gente conocida, gente responsable, con esa caterva de tipos patibularios que hablan de arreglar el mundo y prometen el oro y el moro para después de una revolución que todos sabemos en qué acaba? ¿Cómo se puede concebir un mundo sin bufetes, notarías, registros de la propiedad, gestorías administrativas, protocolos, catastros y todas esas cosas que son la realidad de cada día, lo que hace funcionar al país? Muy bonito esto de que todo es de todos. Pero una cosa es la teoría y otra muy diferente la práctica. Las revistas resbalaron del asiento de tío Gregorio. Se había puesto en pie y le acompañaron hasta la puerta.

Eh, déjales que protesten, dijo. Son jóvenes. Yo también protestaría. Motivos nunca faltan ni faltarán.

Vamos, Gregorio, no digas sandeces. Mi hijo estudia, va aprobando, se paga los gastos con unas traducciones que se ha buscado, y esto es lo que cuenta. A nuestros años, para rentistas como nosotros, lo principal es la tranquilidad. Y que Dios nos la conserve.

Felipe bendijo la mesa y Raúl, situado enfrente, tuvo que simular una tos para no unirse al amén final. Papá les tomó de una mano, la izquierda de Felipe, la derecha de Raúl. Esta noche mi dicha es completa, dijo. Los dos aquí, conmigo. Un hijo sacerdote, entregado a Dios, y otro que me sucederá en los negocios de este mundo, Raúl, que ya es como un báculo para mí, el apoyo de mi vejez. Se casará y será un gran abogado. ¿Qué más puede pedir a Dios un padre? Felipe le oprimió a su vez la mano e hizo alguna broma, dijo que, además, con sopas como las de Eloísa la dicha era todavía mayor. Hablaba con

animación y cierto apresuramiento, anécdotas de su vida en Jerez, de la mentalidad de la mujer andaluza, tan distinta de la catalana, siempre pensando en fiestas y saraos, en las tientas y cacerías, damas encantadoras y bienintencionadas en el fondo, sí, pero predispuestas, por la educación recibida y el qué dirán, a persistir en sus costumbres anacrónicas de boato y ostentación, y de la inmensa labor que se podía hacer desde el confesionario corrigiendo inexorablemente sus debilidades, despertando un sentido de la caridad más profundo que el de la mera fiesta de beneficencia, estimulando sus responsabilidades morales para con los necesitados, las muchedumbres de gente sin trabajo y sin una verdadera formación espiritual. A los postres no quiso tomar café, pero pidió un cigarrillo a Raúl. Ahora decía que puesto que Raúl veía seguramente los problemas sociales desde un ángulo distinto, algún día tenían que hablar los dos largo y tendido, con toda franqueza. Y se metió con los pobres sacerdotes, generalmente personas de edad, que no daban a las cuestiones sociales la importancia debida y seguían gastando todas sus buenas intenciones en combatir los bailes modernos, las modas femeninas, como si no existiera más que el sexto mandamiento. Mojigaterías. Encuentro absurdo que esos curas vayan buscando tres pies al gato mientras hay problemas tan urgentes. ¿Qué tiene de malo el rock ese o como se llame? Es un ejercicio físico como cualquier otro. Estaban solos en la salita, sentados en los sillones del tresillo, y Felipe le miraba sonriente, aquellos pliegues colgando sobre los zapatos afilados; un desconocido, un desconocido evocador de recuerdos lejanos, desconocido igual que cuando, todavía seminarista, en el curso de unas vacaciones navideñas, le habló de su repentina vocación al leer El Camino, su viaje a Damasco. El Camino es Jesucristo y encontrar nuestro camino es encontrar a Cristo. Era después de cenar, antes de que Felipe se retirara a su habitación, y hubo un silencio. Debes pensar, vamos, se nota que tengo un hermano estudiando para cura, había dicho entonces, y rió sentado enfrente, en el otro sillón del tresillo, junto a la radiogramola. Fue aquella misma noche, más tarde, cuando Raúl descubrió un cilicio olvidado en el cuarto de baño, al lado del lavabo.

Cerró la puerta y puso un disco en la radiogramola, a poco volumen, elegido algo al azar. El asiento que había ocupado Felipe aún estaba tibio y volvió al otro. Echó un vistazo al sector nordeste del plano, la ciudad desplegándose hacia levante en sucesivos dobleces, de izquierda a derecha, hacia el Besós, hasta San Andrés y el antiguo burgo de San Martín. Plegado de nuevo, dejó el plano sobre la mesita mora. Miró otra vez el reloj. Arriba se oían pasos, el cascadeo de un retrete, y en alguna calle próxima, alejándose acompasadamente, sonaba el chuzo de un sereno. Se recostó en el sillón, de través, las

piernas colgando a un lado. La salita quedaba a la izquierda del vestíbulo, frente al despacho, y comunicaba con el comedor mediante una vidriera siempre abierta. ¿Comedor estilo qué? A la luz de la salita era posible adivinar, entre cuatro sillas, la mesa cuadrada, gruesas patas de contorno husoide, anillado, estriadas simétricamente, las sillas claveteadas, con iniciales repujadas en el cuero negro del respaldo y, sombreando el fondo, las sólidas dimensiones del aparador y el trinchero, con sus escudetes de latón y sus mármoles grises. La salita ofrecía un aspecto más heterogéneo, la altiva mesa Imperio adosada a la pared, con su reloj broncíneo que no funcionaba, alegórico conjunto de figuras e instrumentos agrícolas, y su lámpara de alabastro, de fuste apalmerado y globos de opalina, la mesita de cristal y armazón tubular, la jarra holandesa, la vitrina con porcelanas y plata, cristalería, jícaras, marfiles, chucherías chinas, cestillos de zinc floreado, regalos de la boda de papá o tal vez de las del abuelo Jorge o del abuelo Francisco, y la foto de mamá en Port de la Selva, y el cuadro, aquel jardín de marco dorado con una rosaleda en primer término. El tresillo no era de ningún estilo determinado, simplemente rechoncho, tapizado de felpa color caramelo, un poco pelada, el sofá cedido en un extremo, el de la lámpara de pie, y centrada con respecto a los sillones, la mesita mora, que provenía del chalet de la calle Mallorca, una mesita de marquetería con arabescos, dibujos geométricos, pesada y baja, de cerrados arcos de herradura, muy sugestiva para un niño, para imaginar que se trataba de un castillo o fortaleza.

VII

No van a dejarte comer en paz, dijo Eloísa. Se te va a enfriar todo.

¿Quién era?, dijo papá.

Tío Gregorio, dijo Raúl, que viene a tomar café.

Sobre todo no te descuides de Arcadio Catarineu, dijo papá. Le agradeces el interés que se ha tomado; no cuesta nada quedar bien. Es una bellísima persona y estoy seguro de que habrá movido Dios y ayuda. Íntimo amigo mío.

Cuando vuelva del colegio, papá, dijo Raúl. Ahora tengo la cabeza como un bombo.

Debieras descansar un rato, dijo papá. ¿Por qué no haces un poco de siesta?

¿Hoy también vas a ir al colegio?, dijo Eloísa.

Claro, dijo Raúl. Como cada día.

Eso, como cada día, dijo Eloísa.

Sonrió de nuevo entre lágrimas, la cara como desbaratada, los rasgos pasajeramente desdibujados. Aguardaba de pie, tras la silla de papá.

¿Y Aquiles?, dijo Raúl. ¿Qué hace?

¿Aquiles?, dijo Eloísa. Mira, muy bien. Todavía no se ha escondido. Como ha hecho buena mañana, verdad, pues se ha dado un paseo por el sol.

Se guardó el pañuelo en la bocamanga del jersey, serenada, aunque todavía con voz de catarro.

Es una tortuga inteligente, dijo Raúl.

Amos, si hasta parece mentira el conocimiento que tiene el animalito, dijo Eloísa. Todo, lo entiende todo. Lo mismo que una persona.

Más, dijo Raúl. Más que muchas personas.

Más, más, dijo Eloísa. ¿Será posible, tan pequeño? Pero sírvete más coliflor, sírvete. Fría no vale nada. Ten, come, come.

Quiso saber si estaba buena, que con tantos contratiempos tenía miedo de que le hubiera salido mal, de que hubiera cocido demasiado. No podía vigilar el horno así, con el teléfono sonando toda la mañana. ¿De verdad no ha perdido toda la sustancia?, dijo. Ah, y también ha llamado la de la voz de hombre, dos veces. Y aquella señorita que parece extranjera. Y aquel chico alto y guapo, el de marrón. Vamos, no ha dicho quién era, verdad, pero me figuro que era él. Ha dicho que volvería a llamar. Y mira... Bajó los ojos, como con embarazo, como embargada de complacencia.

Pues sí, sí, dijo papá. Todo el mundo ha mostrado el máximo interés por ti. Y es en casos así cuando distingues los que son amigos de verdad de los que no lo son. Todos se me han ofrecido incondicionalmente.

Todos, pero todos, ¿eh?, dijo Eloísa. El teléfono no ha parado en toda la mañana. ¿Cómo no iban a soltarte enseguida estos bandidos? Mira que querer tenerte preso.

Retiraba la vajilla sucia, la fuente de coliflor al horno.

Pues ya ves, no han podido, dijo Raúl.

Eso, eso, no han podido, oyeron que decía Eloísa desde el pasillo.

Pero, diantre, hijo mío, vaya susto que nos has dado, dijo papá. Vaya susto.

Contó que cuando les dieron la noticia Eloísa estuvo a punto de sufrir un ataque. Y él empezó a moverse inmediatamente, a buscar influencias, Jacinto Bonet, un padre jesuita, Arcadio Catarineu, Montserrat. Montserrat se ha portado magníficamente, dijo. Y aquella mañana cuando se presentó el inspector a pedir informes, Eloísa se puso a mirarle como si fuera a saltarle a los ojos. Yo lo he obsequiado con un café y le he dicho que vamos, que todo esto es absurdo, que el hecho de que te hubieras quedado encerrado en la universidad no quería decir que estuvieras de parte de los alborotadores, en fin, que eres un buen estudiante y un buen hijo. Y el muy animal va y me dice que lo que a ellos les importa no es esto sino lo que está detrás, porque detrás de estas cosas siempre están los comunistas. ¡Figúrate! Era un tipo vulgar, la mar de basto. Y entonces le he explicado, vamos, lo que representa nuestra familia, que siempre hemos sido católicos y de derechas, que yo había pertenecido a las juventudes mauristas, lo que padecimos durante la guerra, lo perseguidos que estábamos, la muerte de tu primo y la medalla póstuma que le concedieron por su heroísmo. Y Eloísa, al servirle el café, lo miraba y lo miraba de aquella manera, que ni parecía escucharme. Por fin he podido mandarla a la compra y entonces él me ha preguntado que si estaba majara, o qué sé yo qué grosería ha dicho. Un animal, lo que se dice un animal. Sólo al acabar, cuando ya se iba, se le ha ocurrido decirme que se trataba de un asunto sin importancia, de puro trámite; después de tenerme todo el rato con el alma en vilo. Un verdadero animal.

Eloísa sirvió a papá una pechuga de pollo pasada por la máquina y a Raúl un entrecot con pimientos verdes. Papá añadió al picadillo unas cucharadas de sus compotas y luego chupó la cuchara. Eloísa había vuelto a situarse tras la silla de papá, mirando comer a Raúl. Raúl levantó la vista y sus miradas se cruzaron, y una vez más a ella se le contrajeron los rasgos en torno a los ojos.

Aquel hombre, dijo.

Pero ya ves, han hecho el ridículo, dijo Raúl.

Hijo mío, hijo mío, dijo papá. Gracias a Dios no ha sido más que un susto, pero nos has hecho pasar por una verdadera prueba. ¿Cómo no se te ocurrió marcharte a tiempo? Tener que soportar las preguntas del tipo este sobre ti, sobre todo lo que haces y dejas de hacer, igual que si fueras un facineroso. Y de mal talante que preguntaba. Yo le he dicho que tú no te metías en política: tu padre, tu carrera y nada más. Que cuando uno es joven siempre hay el peligro de los malos amigos, de las malas compañías que quieren arrastrarle a uno y aprovecharse de su buena fe, como este Leo, que nunca me ha gustado nada. Pero yo le he dicho que tú no te habías dejado embaucar.

¿Le has hablado de Leo?, dijo Raúl.

Sí, claro, pero le he dicho que ya estaba en la cárcel, dijo papá. Si me ha hecho toda clase de preguntas, tus amistades, tus lecturas, si ibas a misa los domingos, si practicabas algún deporte, y Dios sabe cuántas cosas más. Por cierto ¿y este chico Quintana? ¿También lo han cogido? Ay, hijo mío, mira que llegáis a ser ingenuos; haberse dejado pillar en la trampa... Después van los comunistas y lo aprovechan para hacer propaganda. Qué mal rato, hijo mío.

Sonaba el teléfono y Raúl volvió a levantarse. Deja, ya voy yo, dijo a Eloísa. Era la voz de Aurora. Hola, oyó que decía, su Hola grave, seguido de una pausa cargada de espera, de significados, su voz exasperadamente inalterable, aquel Raúl alargado por medio de una suave acentuación de las dos vocales, tan acariciarte como siempre, como si nada hubiera pasado. ¿Sería tal vez posible volver atrás, recuperar lo perdido con la misma naturalidad que había conseguido mantener en todo momento, sin explicaciones ni escenas de ningún tipo, convertir en mero accidente pasajero cuanto hubiera acontecido desde que empezó a sorprender las miradas cruzadas entre Aurora y Adolfo Cuadras, los mansos ojos súbitamente alzados y silenciosamente mantenidos mientras los demás hablaban, los pies entrelazados por debajo de la mesa y bruscamente separados cuando al fin, a media cena, Raúl se agachó a recoger la servilleta que previamente había dejado resbalar? Se vieron a solas una tarde, antes de que dejara de llamarla salvo para cuestiones de estricta actividad política, y se besaron. Un vaivén de lenguas deslizante, retorcido, igual que al principio, cuando aprovechaban cualquier pretexto para quedarse rezagados, abrazarse con violencia o furia y reunirse después con los otros del modo más imperceptible. Buen tipo Adolfo Cuadras, ¿verdad?, había dicho. Como es así, más bien frío y reservado, al principio pasa un poco desapercibido. Pero cuanto más lo conoces, más lo aprecias. Y ella dijo: yo lo encuentro fascinante. La llevó cogida del hombro un rato más. Se habían encontrado a la salida del colegio, y pasearon al desgaire por las descuidadas revueltas de Vallcarca,

entre jardines escalonados, galantes torres novecentistas, atmósfera apacible de amarillas fachadas, como si la savia perdida por las hojas al marchitarse, tostadas, crujientes, caracoleantes, empañara el aire arremansado, perfumado por el humo de las hogueras otoñales. Entonces Raúl dijo que en el fondo no le importaba nada ni nadie, ni su misma piel. Sólo destruir, contribuir en lo posible a la desaparición de la sociedad en que vivían, de sí mismo, si fuera necesario, para acabar de una vez y a cualquier precio con esta monstruosa farsa.

A veces me gustaría ser bomba, dijo.

Y escrutaba aquella luz, aquellas transparencias perdiéndose pupilas adentro, ojos tranquilos, mirada cambiante, pensando qué, queriendo qué, inaprensible. La sensación que dejaba de haber admirado un paisaje no sólo imposible de abrazar sino, incluso, de evocar en su belleza.

Todo es tan raro, dijo Aurora.

Parecían buscar los tramos de escalera que entrelazaban las calles transversales en aberturas bruscas, de perspectiva imprevista. Desde lo alto, contra los tensos hierros de la barandilla, Aurora contemplaba la ciudad, y Raúl, al darle fuego, encendió también su cigarrillo, dos brasas en una misma llama. Ya de regreso, Aurora se detuvo aún a mitad del viaducto. Al fondo, enmarcadas por las pobladas estribaciones del Putxet y del monte Carmelo, que confluían en primer término, se avistaban las estructuras del puerto, grúas, torres metálicas, los buques fondeados en los muelles más lejanos, la línea del dique y, como surgida del horizonte incierto, la estela de un reactor penetrando cielo arriba, progresiva, en arco leve. Es como una de esas ilustraciones de libros para párvulos, dijo Raúl. La miraba mirar, levantar la vista, la cara como una proyección del cuello, como emergiendo de los lacios cabellos, luces de charoles y azabaches, soles nocturnos, reflejos mercuriales, levantar la vista y abatirla despacio, al proseguir, rasgos sesgados, líneas marmóreas y como la sombra de un vuelo en el gesto, augurio impenetrable. La acompañó hasta su casa y ante el portal la besó brevemente, rozándola apenas con los labios; cruzó la calle sin volverse. Chao, había dicho, y sonrió, y ella le siguió con los ojos mientras se alejaba o quizá no, o quizás estuvo a punto de llamarle o le llamó quizá demasiado tarde, incertidumbres imaginadas de antemano, al premeditar su actitud, y ahora rememoradas, ahora que ya no iría a encontrarla cuando saliera del colegio. Los contempló, entregados a una algarabía cada vez menos disimulada, revueltos, osados, retozones, afectadamente traviesos, vueltos con insolencia hacia el compañero, el semblante hipócrita, los movimientos taimados, el ojo vital y glotón. Golpeó en la mesa con los nudillos, y según se extendía la calma entre aplicados chstchst y los últimos comentarios de los de más pachorra, los últimos guiños de gozosa

culpabilidad, ruido de sillas y toses descaradas, se fue haciendo más y más rotundo el yo fui, tú fuiste, él fue, cantado a coro en la clase de abajo. El aula era espaciosa, seguramente un antiguo dormitorio someramente adaptado: el balcón, abierto a las copas de los árboles, centrado entre altos arrimaderos de pintura plástica verdosa; y una hilera de perchas con pequeñas chaquetas colgadas, y una pizarra que a estas horas siempre relucía y hacía preciso encender el neón, y la puerta de cristal esmerilado, deformante, y el dibujo del piso agrisado por los garabatos de las patas de las mesas y de las sillas. Estaban dispuestos por orden de estatura en la escalinata de la entrada, muy puestos, compuestos, con el traje nuevo, pantalones cortos o de golf, corbatas retocadas y peinado impecable, lisuras de fijapelo, expresiones afables, bobas, ligeramente contraídas por la luz, sonrisas, bocas entreabiertas, algún párpado embrutecidamente entrecerrado, de mirar perdido; entre las primeras filas, la cara pecosa de Ángel Gómez, el mal alumno muerto, quién sabe si inconfeso, atropellado por un tranvía cuando regresaba de la playa, en la Barceloneta.

Podéis consultar el libro. Tampoco sirve de nada que copiéis del vecino porque lo notaré enseguida. El tema que voy a poner es general, no corresponde a ninguna pregunta concreta. No me contentaré con nombres, fechas y batallas. Lo que me interesa es el concepto.

¿El concepto? Repasó aquellas hileras de brazos cruzados sobre la mesa, de actitudes cándidas, pasmadas. ¿Es que no habría nada detrás, aparte de la solitaria doble vida habitual, secretos presumidos por todos, no habría nadie aunque sólo fuera con un impreciso malestar, con una incipiente inquietud, una necesidad de insumisión incluso no manifiesta, incluso todavía no exteriorizada, algo que se saliera de las diabluras convencionales, alguien con una indocilidad más insana que traviesa, más sobrecogedora que aplaudida por sus mayores? ¿No cinco ni tres ni tan siquiera uno? En la clase de abajo se había hecho el silencio, y ahora, desde el balcón, llegaba el seco sonajeo del follaje, los plátanos dorados sonando como a lluvia. Detrás y por encima se abrían al sol los abanicos de una palma tensamente esbelta, proyección ampulosa del jardín oscuro y escaso, sin plantas, estropeado por las pisadas, con una filigrana de verja a la que los chicos trepaban aburridamente durante el recreo. Tuvo la suerte, nada más salir, de encontrar un taxi que bajaba despacio, solitario, y ya en la Vía Layetana, al pasar por delante del edificio de la Jefatura Superior de Policía, mientras el taxista exponía sus ideas para resolver el cada vez más acuciante problema del tránsito, miró meditabundo los barrotes de los balcones, los grises que montaban guardia en las aceras. Se hizo dejar en la plaza de Ramón Berenguer, gallardo conde, una estatua ecuestre de bronce destacada ante el foso de espacios

verdes que se extendía al pie de la muralla romana, esquinados volúmenes coronados por el campanario y los contrafuertes de la capilla de Santa Águeda y, despuntando en segundo término, el Mirador del Rey Martín, con sus arcos de medio punto, y las flechas y torres de la catedral, estricta composición de alturas y arrogancias ojivales. Había viejas piedras en el césped, cipos, lápidas, columnas, restos romanos cuidadosamente colocados, y negrizas colgaduras de hiedra en los muros, y algún ciprés airosamente enderezado, áspero, de nudosidades retorcidas. Faltaban todavía unos minutos y daba sosiego adentrarse por aquellas calles de otros tiempos, sin coches, sin ruido de tránsito, realces y estrecheces verticales, torres, cornisas, sobrios paramentos, cortados contrafuertes, gárgolas, relieves animados por el aleteo de las palomas, vitrales, largas ventanas, arcos blasonados, un portal profundo abierto a un patio con pórticos, con escalinatas, un sosiego que se hacía casi opresivo al sumirse en los ámbitos subterráneos del Museo de Historia de la Ciudad, al descender hasta el nivel de las construcciones romanas y visigodas excavadas en el subsuelo del Barrio Gótico, bien desde el acceso de la Casa Padellás, en la plaza del Rey, o más probablemente entrando desde el recinto del antiguo Palacio Real Mayor en la calle de los Condes de Barcelona. Deambuló por las vastas salas de techos encofrados, cielos rasos, blancas bajuras siempre con el zumbar sordo de los extractores de aire y los chirridos como de insectos de algún tubo de neón mal encendido, tacones de mujer contra la madera, pasarelas orladas de cuerda alargándose entre fundamentos de muralla y paredes ruinosas, restos desenterrados, dolios, piscinas, desagües, alcantarillas, fragmentos de suelo de mosaico, columnas, esculturas mutiladas, laudas y ánforas funerarias, vitrinas con cerámica, candiles, vasijas, enseres domésticos, una llanta de rueda, y casi exactamente a las cinco, sin más retraso que el tiempo de llegar a su encuentro, lo vio aparecer en dirección opuesta, acercarse pausado, los lentes centelleantes, la cartera colgando perpendicularmente, oscilando apenas. Y habían proseguido juntos el recorrido, contornando las ruinas diseminadas a la luz quieta, paredes terrosas, oquedades, pavimentos fragmentarios, deteniéndose ante las vitrinas, sarcófagos, maquetas, bustos de mármol, hablando sin mirarse, mirando sin ver aquellos objetos etiquetados.

El análisis de lo que pudiéramos llamar factores logísticos del momento, a la luz de un panorama caracterizado, de un lado, por el desarrollo indudablemente generalizado de las acciones reivindicativas y, del otro, por el progresivo aislamiento y la cada vez más evidente debilidad de la camarilla aferrada al poder, nos ofrece un balance de apariencias hasta cierto punto paradójicas. Pero la paradoja, Daniel, no es más que un problema planteado o resuelto

superficialmente, de forma que, si ahondamos un poco más en la realidad, las aparentes disonancias se irán armonizando hasta quedar ensambladas a modo de distintas fases de un proceso absolutamente lógico. Así, por ejemplo, nada tiene de casual que nos veamos abocados a una situación en la que, de hecho, con respecto a la etapa precedente, la relación de fuerzas y posibilidades se encuentra invertida. Mientras entonces los cuadros de los principales sectores obreros estaban quemados a consecuencia de las caídas provocadas por el despliegue represivo de la dictadura, y resultó imposible, por tanto, empujar las masas populares a la huelga general, actualmente, el aparato del partido está no sólo reconstruido célula a célula sino que el número de nuevos militantes, jóvenes en su inmensa mayoría, se ha multiplicado en progresión geométrica, dándonos una amplitud de base muy superior a la de cualquier otro momento de la posguerra. Por otra parte, en una coyuntura económica como la presente, de pasajera estabilidad, y donde la emigración de mano de obra al extranjero sirve para conjurar el fantasma del paro, las perspectivas de acción en los centros industriales son mucho más favorables, ya que los trabajadores no se sienten amenazados como antes con represalias masivas, cuando constantemente pesaba sobre sus cabezas el riesgo de ser expulsados de la empresa y pasar a engrosar el ejército laboral de reserva. Cuanto más estable es la situación del proletariado y más elevado su nivel de vida, mayor es su madurez ideológica y, en consecuencia, mayor también su disposición y combatividad no sólo de cara a las reivindicaciones económicas sino igualmente, y sobre todo, de cara a las reivindicaciones políticas. De ahí, precisamente, que sean los mineros asturianos, las clases obreras catalana y vasca, y no el lumpen andaluz, los reductos más tradicionales y seguros de toda acción verdaderamente revolucionaria, esto es, capaz de rebasar los límites de la violencia esporádica y ciega, si bien el reciente despertar del campesinado del sur denota un grado de conciencia política hasta ahora inédito y muy digno de ser tenido en cuenta en el futuro, ya que, según todos los informes, se trata de un hecho en modo alguno coyuntural. La situación en la universidad, por el contrario, se halla caracterizada por unos rasgos acaso menos positivos, fruto, sin embargo, del considerable grado de desarrollo que hemos alcanzado. Las minorías activas de oposición son notoriamente más numerosas que en los cursos pasados y están más politizadas y estructuradas de acuerdo con los diversos intereses que representan; pero, debido justamente a este proceso de radicalización, están asimismo más desgajadas del conjunto de la masa estudiantil y cuentan, en estos momentos, con menos posibilidades de convertir la universidad en verdadera espoleta de un alzamiento netamente político. Conviene dilucidar al máximo este punto, no para resignarnos entre nosotros al

posible fracaso de las huelgas y manifestaciones estudiantiles en solidaridad con los mineros asturianos que pensamos desarrollar a partir del viernes sino, antes bien, para tomar las medidas oportunas encaminadas a rectificar cuanto de negativo pueda haber en esta situación y, en cualquier caso, ateniéndonos a realidades, para comprender que la simple labor de agitación que hemos desplegado en la convocatoria de estas acciones, reparto de octavillas, recogida de firmas y, sobre todo, el hecho de que las cámaras de Facultad hayan discutido y una de ellas, la de Económicas, aprobado una moción de apoyo a los mineros en huelga y contra la represión policíaca, es ya en sí un paso de gigantes en las actuales condiciones objetivas. Más aún, el hecho de que por primera vez los estudiantes hayan dejado oír su voz no ya sólo a través de hojas clandestinas sino directamente, por medio de sus cámaras de Facultad, es una prueba tan flagrante de la fertilidad de nuestra táctica de aprovechamiento de las posibilidades legales que casi me atrevo a decir que el papel de las restantes acciones previstas, manifestaciones y huelgas, no ha de ser otro que el de dar mayor realce y resonancia al triunfo político ya conseguido. Lo cual no impide, antes al contrario, es un argumento más a su favor, considerar lo del viernes como algo de importancia vital tanto si lo situamos en el marco reivindicativo universitario propiamente dicho, fuego que hay que mantener vivo a toda costa, como si lo situamos dentro del conjunto de nuestra política de reconciliación nacional contra la dictadura, con sus exigencias de constantes y crecientes presiones reivindicativas a todas las escalas y en todos los terrenos, habida cuenta de que lo de menos es que se logre o no satisfacerlas, de que el objetivo final es otro, tanto más cuanto que el sistema capitalista, desgarrado por las contradicciones que le son inherentes, es incapaz por naturaleza de satisfacerlas de un modo real y definitivo, de aplicar otra política que no sea la del parche, la de los paños calientes. Nuestra lucha se desenvuelve en un campo donde propiamente no cabe hablar de éxitos y fracasos aislados sin referirse de continuo al contexto político considerado en su dialéctica interna, al sentido general de la tarea emprendida. Y en la hora presente, dado el desfase que existe no sólo entre un sector local y otro, sino incluso entre los diferentes ambientes de cada sector local, nuestra línea táctica es la de estimular todas las acciones parciales posibles, por pequeñas que sean, como preludio insoslayable de acciones más vastas que acabarán culminando en la huelga prevista a escala nacional –es decir, la huelga nacional política– y el subsiguiente desenlace, el derrocamiento de la dictadura. Por esta razón, nuestro objetivo de primer plano ante acciones como la del viernes, objetivo que no hay que confundir con nuestro objetivo principal, no es otro que el de impedir que se acentúe peligrosamente el despegue ya existente entre

minorías politizadas y masa estudiantil. Es esencial no perder este contacto con la masa aunque sea en detrimento, momentáneamente, del nivel político de las acciones emprendidas; tenemos la obligación de atraernos a la masa haciendo nuestras sus reivindicaciones, de compenetrarnos con ella, de galvanizarla con un programa reivindicativo susceptible de hacer precipitar las energías potenciales que encierra. Como organización de vanguardia, nuestro papel consiste en esto, estar atentos y saber poner en juego todos los elementos susceptibles de aglutinar voluntades y ensanchar la base operativa, a fin de que nuestros objetivos finales aparezcan encuadrados en un panorama más general de reivindicaciones, tales como las propiamente universitarias y, sobre todo, las dimanantes de la peculiaridad histórica de Cataluña, y es en este sentido en el que hay que trabajar. Es decir, que partiendo del hecho de que en los medios universitarios nos encontramos salvando un impasse, acaso el que precede al asalto final, nuestro principal esfuerzo en esta etapa de consolidación y reorganización, de cuarteles de invierno, ha de ir encaminado a cargar más que nunca el acento sobre problemas como el del catalanismo y las aspiraciones político-culturales de independencia nacional del pueblo catalán, en otras palabras, a plantear desde ahora las reivindicaciones más idóneas para arraigar y desarrollarse en el presente, y para aglutinar, en el futuro, en torno a nuestros postulados la abrumadora mayoría de esta juventud de extracción burguesa que llena las aulas de la universidad de Barcelona. Se trata de una cuestión que ya está ahí, en la calle, no la hemos creado nosotros, pero nuestro deber, si queremos evitar que las fuerzas de la burguesía y pequeña burguesía antifranquistas, desvirtuando nuestra tradicional postura al respecto, la postura de un partido de la clase obrera, la enarbolen como bandera propia, como estandarte exclusivo del nacionalismo burgués, si queremos evitarlo, nuestro deber es el de ponernos al frente de las legítimas aspiraciones populares y encauzarlas, y darles una solución correcta y revolucionaria según los postulados marxistas-leninistas del problema nacional. Resumamos.

Escala, personalidad fascinante, todo lógica y realismo, rigor y método, implacable y preciso como una máquina así en sus análisis teóricos, en sus exposiciones vertidas en términos dialécticos, por encima de operaciones sólo formalmente verdaderas, como en la comprobación práctica de tales análisis, en su aplicación modificadora de una realidad objetiva de cuyo examen eran al propio tiempo producto; hombre de acción, rápido de decisiones a la vez que reflexivo, grave, inflexible, meticuloso, resuelto, precavido al máximo, con sus notas escondidas en el doble fondo de una caja de cerillas, en los librillos de papel de fumar, en el envoltorio de un caramelo, sus

claves, sus medidas de seguridad al acudir a las citas, su sistema de hacer irreconocibles los números de teléfono que anotaba restándoles previamente determinada cifra, su costumbre de no dejar tras sí ni tan siquiera una colilla.

¿Cómo se debe llamar la realidad?, dijo Fortuny.

Se preguntaban si viviría en la clandestinidad como otros miembros de la dirección o si, como parecía más probable, encubría sus verdaderas actividades bajo una situación completamente legal y, en este caso, cuál era el motivo de que, dada su preparación y sus facultades, no fuese una personalidad reconocida cuando menos en los medios intelectuales, siempre que todo aquello no obedeciera, cosa más que verosímil, a un propósito deliberado por parte de Escala, de mantenerse al margen de la vida pública, entregado por entero a la lucha revolucionaria, una plena dedicación cargada de estímulos y sugerencias, perspectiva apasionante por la claridad de su línea de conducta, de sus objetivos, de sus obligadas renuncias, empresa a cuyo lado cualquier otra tarea se disminuía, contingente y efímera, absurdamente marginal. Y consideraban los atractivos y riesgos que, en contraste con el monótono e intrascendente ejercicio de la abogacía, podía ofrecerles esta doble vida, un exterior anodino ocultando un seudónimo popularizado a través de escritos clandestinos, una acción subversiva lo bastante peligrosa como para tener en jaque a toda la policía del país, una responsabilidad política que se acrecentaba en secreto y, en el momento decisivo, aparecer al frente de las fuerzas revolucionarias que como un fantasma brotarían en la calle, alzadas contra los poderes establecidos, en incierta lucha. Fortuny insistía no obstante en la conveniencia de crearse una sólida posición académica, no ya como porvenir personal sino, sobre todo, como plataforma política de cara al futuro; una cátedra, por ejemplo, dijo. Con Federico, en cambio, no era posible hablar seriamente de estas cosas, siempre con sonrisitas y reservas cuando se enteraba de que habían participado en alguna reunión de comité. Qué, qué cuenta este jefe vuestro, decía, o simplemente, qué cuenta Mr. H., con una reticencia y un retintín dirigidos en especial a Fortuny, y Fortuny, recogiendo la intención, aceptando el juego, se prestaba pacientemente a la defensa de los principios teóricos o detalles prácticos puestos en tela de juicio, mientras Raúl terciaba raramente, pero cuando lo hacía, como si en presencia de Federico no pudiera resistir la tentación de chinchar a Fortuny, le llevaba la contra y se desdecía para aliarse a Federico, para respaldarle con un sofisma evidente o una broma.

Tiene razón san Lucas, dijo Federico. Si conseguimos armar el jaleo suficiente para que cierren la universidad, ya será mucho. Nos hemos dedicado tanto a jugar a conspiradores, a organizar comités, comités

de enlace y comités de comités, que ya no somos capaces de organizar otra cosa. Y esto de aprovechar las oportunidades legales me parece de un maquiavelismo tonto. ¿Por qué plantear reivindicaciones por unos cauces que no nos cansamos de predicar que son antidemocráticos? ¿Qué revolución es ésta que se sirve de una legalidad que dice querer destruir? Lo que habría que hacer, en lugar de perder el tiempo infiltrándose, es crear un poder nuevo y paralelo, un poder de hecho, que convirtiera en ficticia la legalidad oficial. Esto es jugar su juego y san Lucas dice que está harto de juegos, y tiene razón.

Bueno, bueno, no fotem, dijo Fortuny. Aprecio a Cuadras tanto como tú y considero que vale mucho y que las cosas que escribe son muy buenas. O sea que, como amigo y como escritor, muy bien; pero de política, nada, tú, no entiende nada. Y no porque lo que dice no sea verdad, sino porque, aunque sea verdad, políticamente no tiene razón. Son dos puntos de vista distintos, y Cuadras, por más que haga, no sabrá ver nunca la realidad bajo una perspectiva política.

Dejaron que Federico les llevara a Miramar, a estirar las piernas, dijo, a airearse un poco, y el coche quedó a la luz de una farola y deambularon por el paseo desierto, demorándose aquí y allá acodados en el pretil; abajo se ahondaban los reflejos vidriosos del puerto. Hablar: también como un reflejo en el agua, no aún como una huella en la arena, mirando aún el presente y no el pasado, formulándose uno mismo al formular lo que uno cree, explicándose a sí mismo en el acto de explicarlo, es decir, creando lo que uno cree o se desea creer o lo que se desea que parezca que uno cree. Habían pasado la tarde en casa de Adolfo, todo, el rato discutiendo. Adolfo no había intervenido, ni Aurora, sentada a sus pies, junto al tocadiscos, desentendida como si formara parte de un grupo escultórico, el disco rodando una y otra vez, pequeños cantores inexorables, híbridas blanduras una y otra vez, infinitamente, bárbara ira o delirio, exaltado triunfo de la muerte. Y Adolfo acabó por interrumpirles con su escucha, esto es lo mejor que existe, dirigido a Raúl, como si no lo hubieran oído ya suficientemente, y elevando el volumen del tocadiscos les hizo callar, escucharan o no, quantus tremor est futurus, los coros irrumpiendo, ininterrumpido torrente de locura, llamas, clarines, liber scriptus proferetur, y entonces veremos en la parte baja, bajo tierra, el fuego negro y las garras, desnudos contorsionados, desgarrones y quemaduras, la sierpe dirigida contra el sexo pecador de un fraile, condenación a la que son arrebatados los réprobos, a derecha e izquierda, desde las sepulturas removidas por el estruendo, caos de raptos y transportes, ángeles y demonios, murciélagos reptilíneos, dragones, capricornios, alas celestes, y allá arriba, en la gloria, sobre mansedumbres de bienaventuranza, un rompimiento de rugiente

bermellón abierto en pleno cataclismo de azules, el Encarnado, el Nacido, el Padecido, el Muerto, el Sepultado, el Resucitado, con sus brazos extendidos de descubridor o navegante, ahora venido a exigir cuentas, llagas en mano, descendiendo al frente de un arremolinado tropel de exterminadores tan implacablemente justos como justamente implacables, juicio final, grandiosa miniatura perteneciente al llamado Misal de Santa Eulalia, expuesto en la Sala Capitular de la Catedral, obra maestra del maestro Destorrents, imagen misma, a su vez, de la catedral que le sirve de receptáculo, esta catedral de lobregueces sepulcrales y crípticas oscuridades, piedra bajo piedra bajo la que no hay sino necrosis y repliegues de ceniza, y en lo alto, la luz gloriosa, vidrieras y rosetones proyectándose en un ámbito que bien cabe imaginar eternamente atravesado de reflejos, de incidencias policromas descompuestas sobre el oro de los retablos. Raúl bebió en silencio, cuidando de no mirar a Aurora, como ensimismado y meditabundo, simulando no escuchar más que por cortesía, o al menos procurando que pareciera que lo simulaba, como desinteresado en el fondo, como por puro respeto y deferencia hacia Adolfo, como por encima de cuantas cuestiones personales pudieran separarles, noble, civilizadamente.

Era la víspera, a lo sumo la antevíspera. Después de cenar, Federico pasó a recogerle y tomaron café juntos. Raúl le habló de Aurora, dijo que estaba empezando a poner en duda su sinceridad. Federico le preguntó que en qué aspecto.

No sé, en todos. Políticamente, por ejemplo.

Claro. ¿Qué te creías? Es evidente que, vamos, que a Nefertiti la política le importa lo que se dice un carajo. Ana María, sí, ves. Ana María es sincera. Su misma cara de calamar la coloca en una situación objetiva equiparable a la del proletariado: no tiene nada que perder.

Pero es que el caso de Nefertiti es muy curioso. Es hija de exiliados y parece que su padre era de los que no querían ni oír hablar de volver a España mientras estuviera Franco. Quiero decir que se ha criado en un ambiente de lo más politizado.

Por eso, por eso ya está vacunada. Ella es comunista porque cayó en nuestro grupo. Igual podría haber caído en un grupo carlista y ahora sería carlista.

Divagó entre bostezos, con dejadez o sueño, acerca de las ventajas de haber recibido una formación lo más reaccionaria posible, a pesar de cuantos condicionamientos pudiera implicar, dado que semejante formación despertaba, en quienes fueran capaces de superarla, una inevitable predisposición al radicalismo y la intolerancia. En eso soy un hombre chapado a la antigua, decía. Lo mejor es aquello de la letra con sangre entra. Es lo que suele dar mayor margen de desarrollo a la mala leche. Y no hay nada que entontezca tanto como estos sistemas

pedagógicos modernos, con estudios que parecen juegos, aborregadores, sin conflictos. Chapado a la antigua, soy un hombre chapado a la antigua. Le miraba risueño, y como la conversación derivaba hacia los peligros de hacer del niño un ser sociable, conforme con la sociedad actual, Raúl tuvo que volver a centrar el tema en Nefertiti.

Pues, desde luego, en el caso de Nefertiti no puede hablarse de intolerancia. Al contrario, es de las personas más libres que conozco. Y te advierto que esto también tiene sus ventajas. Nuestras relaciones, por ejemplo, siempre han sido de una libertad total, sin las exclusividades ni constancias que te piden todas las mujeres. En este terreno, al menos es como yo, muy independiente. Ella ha hecho siempre lo que le ha dado la gana y yo lo mismo, y a ninguno se le ha ocurrido pedir cuentas al otro ni hacer escenas ni nada. En ningún momento nos hemos sentido ligados. Claro que esto no tiene nada que ver con la política, pero quiero decir que tropezarte con una mujer como Aurora, es un descanso. Cuando la cosa decae, cada uno se va por su lado y tan amigos. Al menos tiene esto de bueno: que sabe comportarse.

Fue cogida entre los primeros, bajo los pórticos barridos por los coches-manguera, entre los estudiantes que habían quedado en la periferia de los agolpamientos estrangulados por la estrechez de las puertas y escaleras interiores, atropellada avalancha hacia el jardín y los patios que se había producido cuando, al hacer explosión los petardos, los grises iniciaron la carga, una masa compacta erizada de porras que irrumpió en el vestíbulo por encima de los cristales rotos y de las pancartas caídas y mojadas, y Raúl vio que un inspector lo señalaba con el dedo y sintió un fuerte golpe en el hombro, junto al cuello, mientras quedaba como blocado contra una guerrera de botones metálicos y le sujetaban los brazos por la espalda, levantándoselos, llevándolo doblado, a empujones, hasta un aula, y lo encerraron con otros, alguno empapado de agua y todos más o menos magullados, y luego les hicieron salir de uno en uno, a punta de pistola, y les fueron metiendo en furgonetas, la plaza totalmente acordonada, llena de grises a pie y a caballo que despejaban los grupos de mirones, desviaban el tránsito, y en tanto miraba en vano de descubrir a Aurora pudo ver cómo dos o tres policías sacaban a Federico casi a rastras, esposado, debatiéndose en la chaqueta, y en Jefatura volvió a divisarlo desde la mirilla del calabozo, después de que le tomaran la filiación y le registraran los bolsillos tanquam reus, un calabozo donde había ya un desconocido que le preguntó qué sabía de todo aquello y con quien coincidió en que nada, y el calabozo se fue llenando y todos miraban al desconocido, algo desencajados, un desconocido que no tenía pinta de estudiante, y continuaban llegando

tantos detenidos que hubo que desalojar a las putas para hacer sitio, o tal vez a los maricas, o al menos esto es lo que entendieron que ordenaba un guardia, a ver, a trasladar las niñas, y en un calabozo se empezó a cantar el Gaudeamus, pero les hicieron callar inmediatamente, antes de que nadie se animara a secundarles, y según sonaban los primeros nombres de los que eran llamados a declarar se fue haciendo el silencio, y al ver a Federico por la mirilla pidió al guardia que le abriera e intentó coincidir en el urinario, y Federico dijo, Daniel en la jaula de los leones, y enseguida los separaron, hala, hala, Federico hacia un calabozo más separado de la escalera, de modo que aún reapareció parcialmente en su campo visual, ante la mirilla, cuando lo llamaron a prestar declaración sin que volviera a bajar al poco rato, como los otros, que bajaban contando que habían oído gritos, contando que la policía había descubierto una ciclostil, contando que alguien había cantado, contando que estaban machacando a uno de Ciencias, que estaban haciendo registros en todos los domicilios, que habían sacado una película de la manifestación, contando, cada vez más acojonados, y él seguía pegado a la mirilla y entonces oyó su nombre, Raúl Ferrer. Escalones mal iluminados, rejas, el cuerpo de guardia, más escalones, corredores de perspectivas cerradas, puertas, tragaluces, cuartos interiores, oficinas intercomunicadas, un recorrido hecho con frío, las manos en los bolsillos, precedido y seguido por dos grises de aspecto apesadumbrado, y el inspector le invitó a sentarse. Había un calendario con un paisaje de alta montaña en colores, y el inspector le dio conversación, quiso saber si estaba allí por lo de la universidad y habló de cuando también él era estudiante, antes de la guerra, y de su admiración por Ortega y la poesía de Juan Ramón, y cuando las voces que llegaban del tragaluz crecieron en violencia y aquellos sonidos inarticulados se precisaron en una especie de lloro o gimoteo, le dirigió una sonrisa, luminosos los ojos, antes, naturalmente, de que le trasladaran a la oficina contigua, que tenía una ventana de cristales esmerilados y aquel tubo de neón tan crispante con sus chirridos de insectos, y se entretuvo contemplando cómo se aclaraban los cristales según amanecía hasta que apareció un tipo enlutado y le gritó que se pusiera de pie. ¿Estás cansado? Pues más lo estoy yo, mira tú lo que son las cosas. Habían entrado otros dos o tres, mirándole en silencio, y cuando apartaron el calendario tipo Cocacola, la estampa de una tía con melenas rubias y tetas prominentes, en el pequeño vano enmarcado brillaron brevemente unas pupilas. Volvieron a dejarle solo y al poco, en la oficina donde le tomaron declaración, el tipo enlutado le ofreció un cigarrillo al comenzar el interrogatorio, preguntas y respuestas rutinarias que dictaba trabajosamente al de la máquina de escribir, preguntas formuladas con retintín y cierta desgana, dando

por supuesta la contestación, sí, ni que decir tiene, se había enterado de la convocatoria de la manifestación por la lectura de una octavilla, si no sabía, claro está, quién o quiénes eran los responsables del destrozo de los retratos de Franco y de la explosión de los petardos, si no mantenía relación o contacto con alguna organización clandestina, si no había incitado a sus compañeros al desorden ni pronunciado gritos subversivos, si no conocía al estudiante de Económicas Francisco Guillén y, una vez firmada la declaración, preguntas de índole personal, si era feliz, por ejemplo, o cuáles eran sus ideas políticas y sus sentimientos religiosos, preguntas de respuesta igualmente concisa y negativa: no soy franquista, no me interesa la política, no tengo creencias religiosas, etcétera, pero no por ello menos amablemente acogidas. Por las ideas nosotros no perseguimos a nadie, allá se ande cada uno con las suyas, dijeron. Lo que perseguimos es su exteriorización con móviles subversivos. Y le sacaron al pasillo y se encontró con que Federico estaba sentado algo más allá, la mirada despierta y expectante, y en cuanto el tipo enlutado asomó la cabeza por una puerta y gritó, Jenaro, que a éstos me les vayan soltando, otro de los policías que estaban por allí dijo a Federico, bueno, y di a tu familia que otra vez no hace ninguna falta que remueva a media humanidad, que esto no es un naufragio. Al que no ha hecho nada, no le pasa nada. Ya has visto que aquí no nos comemos a nadie, el mismo inspector que le había acusado de ser él, Federico Quintana, quien descolgó los retratos de Franco, y que le había dado un plazo de tres minutos para hablar si no quería que lo trataran, dado que callaba, como a un comunista, plazo cuya expiración Federico siguió atentamente en el cronómetro, y entonces dijo, ya han pasado, y el policía le hizo saltar del primer revés, chulo hijo de puta el gilipollas este.

Pero no volvieron a tocarme.

Debieron notar que eres masoquista.

Nada, hay que domeñar la carne, someterla, disciplinarla. Esto es lo que se llama una experiencia. La detención, quiero decir. Mr. H. te hará ver enseguida sus aspectos positivos, forja, escuela, etcétera.

Desayunaban en la terraza de una cafetería, eufóricos y demacrados, las caras como aureoladas por el reverbero del sol temprano en las aceras. Se habían metido al fondo a la derecha, a telefonear a sus respectivas casas, por sórdidos interiores sembrados de serrín húmedo. Federico diciendo, siempre es al fondo a la derecha, y Raúl, esto me recuerda a Jefatura, y de paso se asearon en el lavabo, someros, apresurados, sin dejar de hablar, entrecruzando conjeturas, reconstruyendo los hechos. De pronto cambiaron de comportamiento, dijo Federico. Debió ser cuando mis padres empezaron a mover influencias. Parece que se han plantado en Jefatura y, como no les han

dejado verme, han hecho intervenir al gobernador o no sé qué. Como un señor, he quedado como un señor. Por lo visto, al entrar en casa, los policías se han quedado acojonados. Y Raúl: mi padre también me acaba de decir que ha movido no sé cuánta gente. Y Federico: es que ha sido la policía misma quien ha levantado la liebre con lo de los registros. Lo único que me jode es que no me han devuelto el carnet de direcciones. ¿También te ha interrogado el de los bigotes? Y Raúl: ¿el de los bigotes? Sí, pero no el tuyo. Aquel que iba de luto. Oye, ¿y Nefertiti? ¿Sabes si la han soltado? Y Federico: ¿Nefertiti? Claro que sí. Ha estado genial. Y Federico contó que estaba en el cuarto de al lado cuando la interrogaron y que lo había escuchado todo por el tragaluz. Tartamudeaba mucho, y oí que decían: esta niña es lela, dijo. La soltaron enseguida. Creo que han soltado a todas las chicas. Le preguntaron qué hacía en primera fila y ella dijo que ya se quería ir, ya, pero que, como veía tantas porras enfrente, le dio miedo. Algo genial. Habían pedido otro café con leche y más ensaimadas y, en tanto el camarero les cambiaba las tazas, se recostaron contra el respaldo, como ensimismados.

A quien por cierto no le vi el pelo es a Adolfo Cuadras, dijo entonces Raúl.

Se acodó de nuevo en la mesa y dejó disgregar en la cuchara el terrón de azúcar lentamente embebido con café, sin levantar la vista, pero bastaba el retintín de Federico al decir este chico, este chico, para imaginarlo meneando la cabeza como quien quiere aparentar contrariedad, riendo con los ojos.

Este chico, este chico. Es nuestro evangelista y se deja perder un episodio como éste. Mal, muy mal en un escritor. Yo siempre le digo que, como escritor, debiera probarlo todo, buscar experiencias nuevas. Todo, hay que probarlo todo.

Tú ve haciendo bromas, que un día te la encontrarás dentro sin saber cómo.

Hablaron de Guillén. Federico dijo que quien había cantado era Puigbó, que le habían encontrado un paquete de propaganda y que entonces el tío lo contó todo. A Guillén no creo que lo cojan. Debe estar escondido. Lo que pasa es que Puigbó habrá dicho que fue él quien le pasó la propaganda y ahora le cargarán lo de los petardos y lo de los retratos de Franco. Tendrá que largarse a Francia. Y Raúl: ¿y García Moll? Nada, dijo Federico. Si su nombre no ha salido ya, es que no sale. Hablaron también de la conveniencia de que algunos compañeros se escondieran a pesar de todo por unos días y estudiaron las precauciones que debían tomar ellos mismos partiendo del supuesto, más que probable, de que iban a ser seguidos y de que tendrían el teléfono controlado, el modo de reorganizarse lo antes posible, de recontactar con Fortuny, Fortuny que a estas horas estaría

paseando con Escala por los soleados claustros de la catedral, espaciosas crujías de suavizados suelos, con lápidas sepulcrales intercaladas entre las losas, inscripciones, emblemas como limados, apenas descifrables, en torno al patio enverjado, enmarcado por el riguroso calado de los arcos de crucero, el patio, la quieta masa de palmeras y magnolios, el estanque de las ocas, el templete de lavatorio, piedra fría, fuente de claras burbujas y rezumantes excrecencias musgosas, con el centelleo del surtidor que parece centrar la atención en la clave de la sombría bóveda, en su resaltado relieve, la lucha de san Jorge con el dragón, un vértigo enzarzado, el revuelo de fintas y zarpazos que precede al mandoble decisivo, a la victoria final, triunfo y transmutación, san Jorge, émulo de Perseo y de Sigfrido, salvador de princesas cautivas, destructor de quimeras, del mítico grifo que una vez muerto se convierte en rosal o doncella desencantada, Riquilda, mística rosa de abril. Había entrado por la puerta de San Ivo, en la calle de los Condes de Barcelona, un visitante más entre los que vagaban por las naves altivas, como de palmas o cedros rameados, tenuamente esclarecidas en lo alto, bóvedas ahondadas por la transparencia mortecina de los vitrales, realzadas por las crucerías, nervaduras que según se recogen en apretados haces, columna abajo, se atenebran y sumen, negras alzadas, vacíos inciertos, una penumbra en la que poco a poco tomaban cuerpo irradiaciones y oros, la espinosa oscuridad del coro emergiendo en el centro, penumbra poblada poco a poco de presencias concretas, columnas de base sobada, contornos con brillo, bancos afinados por el uso, áureas imágenes, pátinas, fulginosidades, humos, olor de cera, formas orantes ante la verja de las capillas laterales, ante efigies inspiradoras de especial devoción, ante el altar policromado de la Virgen del Rosario, por ejemplo, o ante el de san Severo, ante el retablo de la Transfiguración, ante el sarcófago sobriamente esculpido de san Raimundo de Penyafort o, sobre todo, en la capilla del Sacramento, ante el Cristo de Lepanto, Corpus Christi moreno y retorcido, defensor de la fe, protector de pobres vergonzantes y putas, Ecce Homo de negrura polvórica elevado por encima de la rutilante luminaria, efímeras llamas pendientes de un soplo, ondeantes en un solo encrespamiento o fusión, céreos exvotos, humildad y decoro, genuflexiones, mantillas, figuras arrodilladas, sentadas, pañuelos mal ladeados sobre rizadas melenas, manos unidas en el regazo, sombreros dispuestos en las rodillas, calvas reverentes, bastones o muletas, deformidades, un niño que berrea, ropas de luto, rejas y confesionarios, bisbiseos, sigilo sacramental. Como un visitante más de los que rogaban contemplando las tallas policromadas, los encrestamientos dorados, demorándose ante las capillas radiales del deambulatorio, contornando el ábside a la luz triste de los vitrales,

hacia el vaivén de la puerta del claustro, el claustro ofuscado por las copas de las palmeras, de los magnolios de hojas lustradas por la lluvia, las espaciosas crujías, con sus losas como lamidas, piedra viscosa, gárgolas cascadeantes, delicuescencias cromáticas de los vitrales emplomados.

Un rebelde de barra de cafetería. Esto es lo que es Lucas. Se cree un escritor y le disgusta colaborar en tareas tan anónimas como la de escribir para Realidad, una simple revista universitaria clandestina. Se debe dar de menos, debe pensar que eso es mucho pedirle a un profesional como él, que eso puede hacerlo cualquiera, tú, yo; que para él es poca cosa. Una típica reacción de intelectual puro. No, tu observación no me extraña nada. A fin de cuentas, no hay que olvidar que su padre es uno de esos abogados que hacen de sabueso de los grupos financieros, de esas personas que subieron después de la guerra aprovechando su condición de excombatientes, un señorito de familia venida a menos que, de no ser por la guerra, nunca hubiera pasado de picapleitos pelagatos, un individuo de lo más inmoral, con una querida que conoce todo Barcelona. Y así ha salido el hijo. Como en el caso Esteva, es un producto de su medio, y no me empieces ahora a defender a Esteva simplemente porque es amigo tuyo. Tú enjuicia desapasionadamente su actitud, dejando a un lado el aprecio que puedas tenerle y demás motivaciones subjetivas, ajenas a la estricta consideración de Esteva como un militante más. Enjuicia con imparcialidad y no encontrarás entre su actitud y la de Lucas más que una diferencia de grado en su manifestación, no una diferencia de fondo. No, Daniel, seamos serios; Esteva es un caso muy parecido, como parecidos son sus respectivos medios familiares, si bien te diré que, a decir verdad, la comparación resulta peyorativa para Lucas en el sentido de que su padre es un defensor a sueldo de los intereses de la oligarquía monopolista, mientras que el padre de Esteva, en cuanto director de banco y, sobre todo, en cuanto miembro de una dinastía de financieros, está plenamente integrado en esa oligarquía, cosa siempre preferible, ya que su posición tiene al menos más solidez, más coherencia sociológica. Y peor que los capitalistas propiamente dichos sólo hay una cosa: sus lacayos. Pero, desengáñate, la aproximación de Esteva al partido es producto, más que nada, de una ocasional crisis de conciencia con la consabida reacción contra el medio familiar y social. Es decir, la búsqueda de una solución a problemas personales, no a problemas objetivos. Un defecto, por desgracia, muy típico del intelectual puro. Desde luego, hay excepciones, como tú, como Ferrán, pero, lamentablemente, el intelectual metido a revolucionario se mueve con frecuencia por rencores oscuros, por razonamientos idealizantes, tras los que a menudo se esconde una personalidad hipercrítica y antisocial, enferma en definitiva. No son los sanos

principios del proletariado, los intereses de clase, factores de base económica, inexistentes todos ellos en el caso que nos ocupa. No, ese tipo de individuos no son compañeros firmes y seguros, ni pueden serlo, porque sus raíces no son ni firmes ni seguras. No se trata de camaradas naturales, por así decir; en ellos hay casi siempre un algo de artificioso que, si no se esfuerzan en superar, acaba indefectiblemente creándonos complicaciones. De ahí que lo mejor sea curarse en salud y considerar con prudencia, desde el principio, los elementos en cuestión, aceptando cuanto de positivo puedan aportar a nuestra lucha, pero sin llamarse por ello a engaño. Es la única forma de evitar futuras decepciones y consecuencias funestas. Y cuando sus condicionamientos de clase acaben por imponerse, tanto peor para ellos. La historia de los movimientos revolucionarios está llena de estas inevitables deserciones que, como ya sabemos, suelen conducir a la frustración total del individuo, a su ruina no solamente moral, sino también profesional y hasta casi me atrevería a decir que física. Son ellos, no el partido, quienes salen perdiendo. Afortunadamente, para la revolución no hay nadie insustituible. Que siga, que siga Lucas con sus cuentos que, por otra parte, al parecer no pasan por censura, lo cual pudiera ser ya una excusa, una manifestación de impotencia no confesada. ¿Por qué, si no, no aprovechar las posibilidades legales que ofrece la censura, por estrechas que sean, y poder así llegar al pueblo, haciendo de la censura, en consecuencia, un instrumento inútil? ¿Es que el pueblo, el pueblo español precisamente, no tiene buen oído para captar lo que de verdad le interesa? ¿Es que considera que el pueblo no puede entenderle, lo cual ya sería grave, o más bien que al pueblo no le interesa lo que él pueda decirle, lo cual sería peor, aunque tal vez más exacto? ¿No hay aquí, de cualquier modo, una evidente actitud aristocraticista, una indudable subvaloración del gusto popular, del gusto y los intereses, que en último término deben constituir la piedra de toque del verdadero y legítimo intelectual revolucionario? Que siga Lucas con sus cuentos y Esteva con sus vacilaciones profesionales. También estas indecisiones, Esteva dudando entre Exactas y Económicas, Lucas entre Derecho y su debilidad por la pluma, demuestran en el fondo que son muy poco serios. Y es que en este tipo de gente siempre hay un algo de niño mimado en el fondo. Pues bien, primero que maduren y luego ya veremos. Escritor… ¿Para quién escribe, entonces, si no publica lo que escribe y se hace el remolón cuando se trata de colaborar en Realidad y demás publicaciones clandestinas? A mi entender, está claro: escribe para nadie. El desprecio respecto a la praxis es uno de los rasgos más característicos del intelectual puro. Entregado a sus especulaciones subjetivas, el intelectual puro parece olvidar con frecuencia que nosotros, los intelectuales realmente revolucionarios, a diferencia de

los pensadores de la burguesía, no debemos limitarnos a teorizar sobre la realidad, debemos transformarla; que la veracidad y ejemplificación de nuestros argumentos no pretendemos que se manifieste sólo en los libros, sino también en la praxis, una praxis que al mismo tiempo que sanciona esos argumentos, al crear en virtud de su propia dialéctica una situación nueva, los supera, sentando así las bases de un nuevo análisis. ¿A qué obedecen las recientes concesiones del Régimen en diversos terrenos sino a las últimas acciones reivindicativas de la clase obrera, aplicación en el terreno de la praxis de los análisis teóricos de la realidad objetiva realizados en primer término por la vanguardia del proletariado, el partido comunista? Deja que Lucas escriba sus historias. Ello no alterará en lo más mínimo el hecho de que la verdadera historia la escriben las masas.

La lluvia trizada agrisaba el patio, batía el estanque y la hiedra negra, las eternas ocas aleteantes, rompía turbulenta en estrellas de mercurio, se descolgaba de las largas hojas sombrías, salpicaba la piedra, y todo era cascadeo de gárgolas y acuoso relucir de cornisas, resbalante viscosidad de los vitrales en aquel claustro de agudas arquerías y gastadas losas, encuadrado por los paramentos del templo y de la capilla romántica de Santa Lucía y, en sus alas exteriores, por las calles del Obispo y de la Piedad, un exterior de severos relieves, los aristados prismas de los contrafuertes, la simetría de las portadas, de los ventanales, rejas austeras, series de remates, figuras escupeaguas descollando en lo alto, fantásticos caballeros, jinetes de extravagante cabalgadura, perros, serpientes, unicornios, grifos y tarascas de paladar vacío descollando en este ajustado conjunto de desnudos volúmenes horizontales, con los campanarios, las flechas y las agujas dando la nota de verticalidad, catedral prevaleciente, realzada en la cima del monte Taber, por encima de la ciudad, de la villa tendida hacia el mar, una villa señoreante, encastillada, airosas arrogancias abarcadas en toda su extensión desde la falda nordeste de Monjuí, con un caballero haciendo la corte a una dama en primer término, al pie de un árbol, y, ya en las lozanías del llano, matizada composición de huertas y jardines, un labriego arando con cuatro bueyes, a extramuros, ante las murallas almeriadas, un doble cinturón de fortificaciones que circunda la ciudad, los campanarios, las torres apiñadas, y más allá, una fértil lontananza de colinas y cultivos poblada de pequeños burgos, y a lo largo del litoral, entre puntales y bajíos, el puerto, las atarazanas, la playa adecuada y arenosa, apta para torneos, y un arco iris completo cerrándose a levante, sobre la costa, en un cielo cuidadosamente plumeado, exaltando la lluvia caída, el mar riente y la tierra jocunda, el mar espacioso y largo, harto más que las lagunas de Ruidera. Había bajeles, galeras llenas de flámulas y gallardetes que tremolaban al viento y barrían las

sosegadas aguas, y dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías con suaves y belicosos acentos, mientras en la ciudad, sobre hermosos caballos y al son de muchas chirimías y atabales y ruido de cascabeles, salían infinitos caballeros ataviados con vistosas libreas, y todas las gentes parecían infundidas de gusto súbito, alegría de San Juan, radiantes solsticios de verano, y desde las galeras los soldados disparaban al viento en salvas festivas y de igual modo respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa rompía horrísona los aires sólo turbios de embriagantes humos de pólvora. Una dilatación de cielos y, como cada verano, un rozante rafagueo de golondrinas trinadoras entre las torres, vértigo, vuelo reiterado, ave fénix fascinante, ciudad transfigurada, construida con sus propias ruinas, reconstruida, superpuesta, yuxtapuesta, implicada, entreverada, ensanchada, enaltecida, enclaustrada, enceldada, compartimentada, fragmentada, arrinconada, encorchada, desestructurada, demolida, soterrada, resucitada de sus propias cenizas, críptico paisaje desmoronado, ruinas, muros sin techumbre bajo los cielos rasos, luz quieta y olor a tierra muerta, necrópolis cobriza, histórico mausoleo de glorias y apogeos, todo un pasado petrificado, simples vestigios terrosos, rudeza y tosquedad las que fueron, ay dolor, delicadezas y urbanidades, armónicas simetrías, clásicas severidades de la urbe romana, sofocado panorama el de aquellos ámbitos recorridos por las crujientes pasarelas orladas de cuerdas, bajo el zumbido de los extractores de aire y el rutilar chirriante del neón, vastas salas de techos encofrados, blanca sucesión de bajos planos colgados sobre un itinerario de construcciones troceadas, fragmentos de muro, añicos de mosaico, restos de pavimento, baños y depósitos, desagües, alcantarillas, columnas truncadas, ánforas funerarias, sarcófagos, pedestales, torsos y testas, bustos, estatuas mutiladas. El visitante deberá deshacer ahora el camino recorrido y, pasando junto a la taquilla de la entrada, hallará en la sala D, y a sus pies, unos silos romanos o dolia, y unos zócalos de pedestales colocados en el mismo lugar en que se encontraron. En la sala E, dedicada a las esculturas halladas en las excavaciones, podrán admirarse: estatua mutilada de Diana, torso de un efebo y cabezas de mármol, en general por identificar. Se destacan, en cambio, las testas de la emperatriz Agripina y de Antonino Pío.

Busto que se supone de la emperatriz Faustina, hija del anterior y esposa de Marco Aurelio.

Maqueta del templo de Augusto.

Relieve con una danzarina, labrado en piedra de Montjuich.

Estatuilla de bronce llamada La Venus de Barcelona.

Porque, si bien es cierto que nosotros defendemos la incuestionable personalidad política y cultural de Cataluña, lo hacemos en cuanto

comunistas, esto es, en cuanto vanguardia de las clases obreras catalanas, por ellas y para ellas y sin menoscabo, antes al contrario, de los intereses de nuestros hermanos de los demás pueblos de España. No al viejo modo catalanista, según las posiciones tradicionales del nacionalismo burgués que naufragó en el curso de la guerra civil, más burgués que realmente nacional, sin sus egoístas intereses de clase camuflados de folklore y sentimentalismo. Y si ya entonces, antes de la guerra civil, la alta burguesía catalana, acuciada por el miedo al proletariado en movimiento, fue la primera en traicionar su propia causa cuando con Cambó y compañía abandonó la nave del nacionalismo y su tripulación de pequeña burguesía y capas intermedias, al repetir, con la ayuda de Primo de Rivera, la paviada que tan buenos resultados dio para desembarazarse de la Primera República, después, en la posguerra, no ha hecho más que ratificar su traición al integrarse total y definitivamente en la oligarquía monopolista española, entrando así en fase aguda el conflicto de sus intereses expansionistas no ya sólo con los del conjunto de la clase obrera, sino incluso con los de sus antiguos aliados separatistas. Pero del mismo modo que fracasó en su papel de clase dirigente, del mismo modo que fracasó en su gestión política, fracasará, está fracasando ya, en su gestión económica, y ahora les toca el turno a las clases obreras catalanas que, enarbolando sus viejas banderas cargadas de tradición revolucionaria, han de edificar, junto con sus restantes hermanos de España, Euzkadi y Galicia, una comunidad de patrias socialistas. Por de pronto, nuestro partido, el partido comunista de Cataluña, si bien íntimamente compenetrado con el partido comunista de España, no deja de ser una organización aparte, y esta realidad, en modo alguno casual, constituye ya en sí misma el botón de muestra de toda una verificación política. El hecho de que gran parte del proletariado de Cataluña, la mayor parte, me atrevería a decir, esté formado por obreros no catalanes, por emigración andaluza y castellana, tiene importancia meramente desde un punto de vista metódico y coyuntural, dado que la capacidad asimiladora de Cataluña es algo de sobras conocido por todos. Bien se demostró en la guerra civil, cuando los entonces llamados murcianos actuaron en defensa de sus derechos de clase al unísono de sus compañeros propiamente catalanes, es decir, en cuanto clase obrera catalana, sin que aparecieran concurrencia de intereses de ningún tipo. Sus derechos de clase, no los intereses y privilegios de la burguesía catalana camuflados de derechos nacionales, esta burguesía que, tras fallar en sus intentos de hacerse con el monopolio político del capitalismo español en su incipiente etapa imperialista, se aventuró por los caminos del separatismo para luego utilizar el renacer de los viejos sueños nacionales como elemento de negociación con el poder central, entre

cuyos sectores más reaccionarios acabó integrándose.

Vislumbres de vitrinas, vestigios de los primitivos poblados del llano de Barcelona, corroídas llantas de carro, fragmentos de alfarería, cerámica campaniense, ibérica, griega, restos de las diversas culturas prerromanas asentadas en el ámbito geográfico de la actual ciudad. Un muestrario expuesto en el entresuelo de la Casa Padellás, a nivel del patio, entre la escalera de acceso a las excavaciones y la escalinata que conduce a las plantas superiores, histórico itinerario iniciado en el subsuelo del antiguo Palacio Real Mayor, a partir de las ruinas del foro romano, progresión de espacios subterráneos, de techos cerrados sobre una panorámica de columnas y pedestales, suelos de mosaico, pilastras, fustes y capiteles, bases de estatuas ecuestres, esculturas, torsos togados, manos de mármol, relieves, lápidas votivas, aras y hornacinas, epígrafes, inscripciones funerarias, piezas arqueológicas pertenecientes a la opulenta urbe de la época augusta, halladas, en su mayor parte, en el curso de las excavaciones practicadas en los cimientos de la muralla, cinturón protector de la Barcino rehecha en el siglo tercero con los deshechos de la Barcino augusta, asolada por las primeras invasiones bárbaras, defensas a cuya construcción la nueva urbe consagró –se diría que literalmente– todos sus recursos, acaso en expiación de la pasada impiedad, su paganía, sus costumbres disolutas, la ciudad cristianizante del Bajo Imperio, con tal muralla por todo monumentalismo, imponente presencia cerrada en torno a un núcleo urbano disminuido y pobre, sin asomo suntuario alguno ni huella de anteriores fastos, a juzgar por los residuos visibles en las salas G y H, esta última excavada bajo la propia Casa Padellás, sede central del museo, a modo de prolongación de la sala hipogea de la plaza del Rey, el paramento interior de la muralla dominando un ámbito de habitaciones ruinosas y muretes de mampostería, esbozos de calles y alcantarillas, desagües, cisternas, modestas construcciones con todos sus elementos hogareños, fornax, silos, ruedas de molino, objetos utilitarios, utensilios ahora expuestos en vitrinas, vasos y jarros de cristal, pesas de telar, candiles, punzones y pasadores, intimidades etiquetadas, todo ello situado a un nivel inferior al que siglos más tarde ocupó la necrópolis visigótica, siglos más tarde, ya todo cubierto de tierra, sepultado bajo los sepulcros de tejas y tinajas ahora dispuestos junto a los fundamentos de muralla, pétreo perímetro enquistado en edificaciones posteriores, digerido por la ciudad en su desarrollo, residuo de residuo, muralla prevaleciente sobre cuantos la fueron reemplazando en la función de proteger las vilanovas medievales, barrios desarrollados a sucesivos extramuros, la Ribera, el Arrabal, San Pedro de las Puellas, ensanches estrechamente ceñidos por los nuevos contornos fortificados, las murallas góticas de Jaime el Conquistador y Pedro el Ceremonioso, ampliaciones paulatinamente

rectificadas y fortalecidas, modernizadas hasta pleno siglo XVIII y finalmente, con romántico ímpetu, derruidas por necesidades de expansión, en aras de las exigencias urbanísticas de la época, sobrepasados ya los que fueron sus límites y envueltos por el Ensanche, la cuadrícula decimonónica desplegada a todo lo ancho del denominado llano de Barcelona, asimilando los antiguos burgos, invadiendo los cultivos antaño extendidos a la sombra de murallas torneadas y briosas, góticas cresterías, almenas avizorantes, puertas y rastrillos, escarpas, poternas, puentes reflejados en los fosos, en los ondeantes cielos virtuales, imagen fascinante, sublimada, evaporada, desaparecida, formas prefiguradas y sobrevividas por estas otras, tanto tiempo soterradas y confundidas y, al fin, de nuevo aflorantes, tramo a tramo, de las entrañas del casco viejo, circuito excavado, descombrado, pacientemente redescubierto por la piqueta municipal, progresivamente limpio de adherencias, huellas residuales de las edificaciones encubridoras ya derruidas, paneles de azulejo, empapelados florales, marcas de revoque, de escaleras esfumantes, negruras de chimenea. La muralla romana, polígono irregular de nueve lados y una longitud real de kilómetro y pico de perímetro, según el plano expuesto en la planta baja de la Casa Padellás, sala número uno, al término del recorrido por el área subterránea del museo, muralla imaginable como un desprecio del aire con sus setenta torres y setenta veces siete almenas cerradas en torno a Barcino, una población de estructura urbanística aún hoy día reconocible, con centro en la actual plaza de San Jaime, situada aproximadamente donde el antiguo foro, intersección del cardo máximo con el decumano, es decir, el actual eje Fernando-Jaime I, atravesado en cruz al actual eje calle del Obispo-calle de la Ciudad, la ciudad del Mons Taber, colonia establecida por las legiones de la república en una prominencia aislada, circundada de marismas que la resguardan de los poblados preexistentes en las cercanías, la Barkeno, o Laye de los iberos, gentes probablemente etrusquizadas, núcleos precedidos a su vez en la comarca por elementos procedentes, al parecer, de la expansión de diversos pueblos, celta, ilirio o precelta, almeriese o protoibero, etcétera, invasiones entrecruzadas sobre un fondo más arcaico, amalgama de vestigios de culturas ya entonces extinguidas por completo, cultura pirenaica, cultura de las cuevas, cultura dolménica, cultura del vaso campaniforme, etcétera, migraciones y merodeos que, sin duda, conocieron las cercanías de aquel promontorio destacado a flor de mar como una fortaleza natural, abrigo de navegantes y colonizadores, playas donde Herakles o Hércules, al arribar en su barca novena, dispersadas las otras por el temporal, había de fundar Barcanona, ciudad, en tal supuesto, de origen marítimo, si bien sus raíces pudieran ser asimismo púnicas, una

pequeña factoría de hechura cartaginesa fundada por Amílcar o por Aníbal, de cuyo común patronímico, Barca o Barcino, que en ambos casos significa rayo, procedería la denominación de la ciudad, que también pudiera llamarse así, por otra parte, en recuerdo de su homónima de la Cirenaica, o como derivación de Barschem, nombre que para los chetas o fenicios correspondía al planeta Saturno, posibilidad que en modo alguno hay que descartar y que, de ser exacta, supondría, sin duda, que Barcino fue una colonia de Tiro, teoría que parece confirmada por el hallazgo de indicios que probarían la existencia de un culto local a Astarté, la luna, y a Tanit, representación de la bóveda estrellada, así como al sol, Baal, este último identificable incluso, en opinión de don Salvador Sampere i Miquel, con el Amón egipcio, aunque tampoco faltan quienes, insistiendo en atribuir a la ciudad orígenes griegos, sin llegar a remontarse a Herakles, aportan hipótesis no menos concluyentes en favor de la presunta existencia de una colonia bien a cargo de pelasgos y tirrenos, bien de carios procedentes de Bargylias, lugar próximo a Mileto, o todavía mejor, como en el caso de Ampurias, de una colonia focea irradiada de Marsilia (Marsella), griegos de la diáspora establecidos, por qué no, en lo que debió ser una cabeza de puente natural, de atractiva característica para la potencia marítima de turno, punto destinado a pasar de una dominación a otra, de las manos de los descendientes de Dido –extremo fuera de controversia– a las manos de los descendientes de Eneas y, más concretamente, de las huestes de Cneo Escipión, quien habría añadido el cognomen de Favencia a su conquista, como César añadiría tal vez el de Julia y el propio Augusto el de Augusta, al proclamar oficialmente colonia romana la amena sede púnica hasta entonces generalmente conocida por Barcino, pese a que en la antigüedad no dejan de abundar otras denominaciones: Barcenone, Barcinona, Barcilo, Barcelona, Barcelona la Pía, Paterna o Patricia, nobles títulos, epígrafes asentados con los años, epítetos petrificados, ahora como epitafios de aquella urbe cuyo nombre completo fue, probablemente, Colonia Favencia Julia Augusta Paterna Barcino, parvus oppidus dominante del área comprendida entre los ríos Betulón y Rubricatus y entre el macizo de Collcerola y la península del Mons Jovis o de Júpiter, airado señor del relámpago y del trueno. Pequeño puerto de la Hispana Citerior, ulteriormente llamada Provincia Tarraconense, urbe de engrandecimiento truncado por los primeros embates bárbaros y resurgida después con las murallas acaso más sólidas del Imperio, pax romana incierta, acorralada, subvertida, rica en mártires populares, como santa Eulalia o san Severo, víctimas de persecuciones y represiones, siglos sangrientos, palmas y cruces, puñales, ponzoñas, asesinatos, traiciones, conjuras, vilezas, azares cotidianos en la Barchinona

arriana o Barcino de Ataúlfo, capital efímera de la monarquía visigoda en aquellos tiempos de conversiones, de oscuras metamorfosis, ciudad que en plenas tinieblas medievales aparecería transformada en la Barschaluna sarracena o, con mayor propiedad, mozárabe, pasajeramente infiel, infielmente perdida y recuperada, ora aliada del enemigo, ora enemiga del aliado, terreno escabroso, de franca incertidumbre, centro preponderante de Afranc, tierra de nadie, frontera saqueada indistintamente por los francos, por los árabes, por los normandos, tierra de incursiones, éxodos, asolaciones, arrasamientos, pillajes, tropelías, tierra donde entre rapiñas y correrías se iba conformando el tenebroso embrión de una patria, entre la niebla, en la encrucijada de los Pirineos y el Mediterráneo, a partir de los rudos refugios montañeses de Otgar de Cataló y sus nueve varones de la fama, Otgar u Otger Catalón, Kathasolt, Gazlantes, Gotlantes o Gotlán, hombre providencial y esforzado, realizador de una empresa precursora de la soñada Catalonia o Catalonya, tierra de castillos, conquistas afianzadas por Vifredo I el Velloso, aunque tal vez hubo anteriormente otro Vifredo, en cuyo caso éste sería el segundo, Vifredo o Seniofre, Wilfred, Guifred, Gifré, Xifré, Jofre o Guifré, más conocido por Almondir, esto es, El Bravo, por los musulmanes, primer soberano virtual del Condado de Barcelona, si bien, de acuerdo con la jerarquía feudal en cuanto marqués de la Gotia o Marca Hispánica, perteneciente aún al ducado de Septimania del reino de Aquitania, vasallo del Imperio Carolingio, príncipe con cuya sangre Carlos el Calvo en persona trazó las cuatro barras sobre el escudo de oro, blasón desde aquel momento de la ciudad que aún había de ser asolada por Almanzor y reconquistada para la Cruz por las armas cristianas, con san Jorge al frente de los caballeros, blandiendo un rayo, fenecida y resucitada capital de un estado incipiente, patria de fratricidas y excomulgados, cruzados y comerciantes, navegantes y trovadores, Catalunya, corona a caballo de los Pirineos, su autoridad extendida hasta Provenza bajo el cetro de Ramón Berenguer el Grande, estado bimembre, Corona de Aragón, monarquía de desarrollo polimembre a impulsos de Jaime el Conquistador, hombre de feyts, cofundador, junto con san Pedro Nolasco y san Raimundo de Penyafort, de La Merced, Orden de blancos caballeros redentores de cautivos y cautivadores de infieles, reconquistador de Valencia, así como de Mallorca, dolça illa daurada, la más estimada de sus conquistas, relinchos y rumor de armas, una estela de velas y destellos de acero que blanquea el mar, que enrojece la isla, y el donjuanesco don Jaume gritando, un áspid en la cimera, murciélago desplegado, alas puestas por el miedo, aterradoras, enterradoras, gritando victoria, soldats, victoria, victoria y gloria impuestas a impulso de mandobles, ¡desperta ferro!, mors stupebit et natura, una confederación mediterránea en

apogeo expansivo, Sicilia, Córcega, Cerdeña, Nápoles, Calabria, Malta, Djerba, Morea, Gallipoli, Atenas y Neopatria, trofeos ganados a pulso por los almogávares y sus arrojados rogeres, salvadores de imperios, derrocadores, arrasadores, catalanes vengativos, mercenarios, soldados de fortuna merecida en cuantos combates entablaron con moros y turcos, griegos y búlgaros, franceses y genoveses, cuando ni un pez podía cruzar los mares sin el emblema de las cuatro barras y el Partenón se llamaba la Seo de Santamaría, imperio a caballo del Mediterráneo, de isla en isla, de península en península, ínsulas doradas en la lontananza, corona desparramada, derramada, sangre, barras de oro, codicia y malos usos, tierras de campesinos y bandoleros, guerreros y artesanos, místicos y cartógrafos, señores y siervos, redentores y remensas, revueltas, represiones, incivil y revolucionaria sociedad del siglo XV, Humanismo abortado, Renacimiento de adversidades, con su amargo acervo de infortunios, pestes y hambre, crisis, calamidades, tiempo de declive, implacable perigeo con antagonismos donde armonía y ensoñaciones donde realidades, la Cataluña de Ferran o Fernando forjando la unidad nacional como sin darse cuenta, un monarca demasiado ambicioso para un pueblo demasiado ensimismado, inconsciente de que al entroncarse con una Castilla en auge, emprendedora y fortalecida, había entrado a formar parte, la peor parte, de una entidad superior, la España donde Isabel monta tanto como Fernando e incluso más, los Reyes Católicos en el acto de dar la bienvenida a Colón a su triunfal regreso de las Indias, inicio de una grandiosa labor colonizadora, de la creación o destrucción de un imperio, cuestión de perspectiva o más bien de color, del color de la piel con que se mira, real ofrenda en cualquier caso, un nuevo mundo a sus pies, como en bandeja, un mundo que ya es un pañuelo, descubrimientos y presentes de todo tipo, pájaros, frutos, piedras preciosas, pieles rojas emplumados entre pajes y heraldos, prelados, hombres de armas, corazas, mantos, rojos damascos, pieles de armiño, plumas, enseñas, picas, trompetas, mitras y cetros reunidos presumiblemente en el Salón del Tinell, bajo aquellos arcos tal palmas desplegadas, vasto salón del trono del Palacio Real Mayor, con vista, desde la contigua antecámara, construida sobre la muralla romana, a la plaza de Ramón Berenguer el Grande, yerno predilecto de Mío Cid, viejo campeador en su caballo de bronce, el yelmo avivado por el aleteo de una paloma al posarse, brioso jinete como dirigiendo el tránsito de la Vía Layetana, brecha brutalmente abierta a lo ancho del Casco Antiguo, dirigiendo o simplemente presenciando, dando la espalda a los ventanales traseros del Palacio Real Mayor y fachadas posteriores de las edificaciones contiguas, la capilla de Santa Águeda, construida también sobre las torres de la muralla, capilla real y, más tarde, en el curso de los años,

escuela, almacén de decorados del Gran Teatro del Liceo, imprenta y taller, hoy día recuperada, tras tantas vicisitudes, con su intacto artesonado policromo y sus retablos de Epifanía y Pentecostés, Calvario y Resurrección, interior ojival de una sola nave que comunica así con la antecámara del Tinell como con las salas superiores de la Casa Padellás, edificios conjuntados, cerrados todos ellos en torno a la plaza del Rey, espacios intercomunicados que, junto con la red de excavaciones subterráneas, forman el actual Museo de Historia de la Ciudad, agrupación de ámbitos y recintos con sede central en la Casa Padellás, construcción gótica organizada alrededor de un patio con crujías donde una escalinata descubierta se desarrolla en un solo tramo hasta la planta principal, palacio desalojado por necesidades urbanísticas de su anterior emplazamiento y trasladado hasta aquí, reedificado piedra a piedra como las iglesias, como el templo de Montesión, por ejemplo, ahora en la Rambla de Cataluña, o Santa María de Junqueras, ahora parroquia de la Concepción, en Aragón esquina Lauria.

Es decir, dijo Escala. Dentro de tres cuartos, a las seis. En el patio de Letras. Concentración de estudiantes de todas las Facultades con el fin de compensar las defecciones que puedan darse por separado en cada una de ellas. Formar piquete en previsión de que se impida la entrada a quienes, por pertenecer a Facultades situadas en la Ciudad Universitaria, carezcan de excusa para presentarse en el edificio de la Universidad Central. Será leída la moción aprobada por la cámara de Económicas en favor de los mineros y contra la represión en Asturias, y se invitará a todos a solidarizarse, recogiendo asimismo cuantas reivindicaciones profesionales y políticas surjan espontáneamente de las masas congregadas. Se sacarán pancartas, se arrojarán al patio los retratos de Franco y, aprovechando que a estas horas las calles están llenas de gente que sale del trabajo, se intentará salir en manifestación hacia el Gobierno Civil siguiendo el recorrido previsto, Gran Vía, Plaza de Cataluña, Ramblas y Paseo de Colón. Hay que lograr como sea que las autoridades cierren la Universidad Central. Una vez logrado, convocar una huelga de protesta en las restantes Facultades y conseguir que la suspensión de las clases sea general en todo el distrito universitario. En ese sentido, los petardos de los catalanistas pueden ser de efectos positivos: forzar a las autoridades a intervenir, precipitar los acontecimientos, en una palabra, catalizar. Aunque tales actos se apartan de nuestra línea política, quizás no está de más, en las presentes circunstancias, que sean realizados por otros. Los socialistas aseguran que ellos harán otro tanto, pero seguramente se trata sólo de uno de sus característicos faroles. Vuestro papel consiste en resolver sobre la marcha cuantas cuestiones se vayan planteando, siempre identificados, tenlo bien presente, con la masa estudiantil, inmersos en

ella. Tomar las decisiones oportunas sin que parezca que sois vosotros quienes las toman. Centralizar la actividad de los piquetes. Ordenar la aparición de las pancartas. Canalizar la manifestación hacia el Obispado, como quieren los católicos, en lugar de hacia el Gobierno Civil, si ésa parece ser la opinión predominante. Contrarrestar las acciones dispersivas de la policía. Evitar choques, salvo en el caso de que la policía pretenda practicar detenciones. Los responsables, insisto en ello, no debéis distinguiros, destacaros de la masa estudiantil en ningún momento. Sería un error de graves consecuencias para la organización superponer al papel de responsable clandestino el de líder visible. Para eso están los Ros, los Martinell, los Guillén. Por lo que respecta a Ferrán, no parece prudente arriesgarle a las investigaciones que suscitaría, como hijo que es de un viejo militante superfichado, en caso de ser detenido. No tiene ni que acercarse, tanto más cuanto que, en cambio, permaneciendo al margen, y ya que hasta el momento no se ha significado, es la persona más idónea para mantener el enlace de seguridad. Si tuvieras algún contratiempo o te sintieras vigilado, acudirá en tu lugar a la cita. Mañana a las once, en los claustros. Basta que no reciba tu llamada, que no le llames esta noche desde un teléfono público diciéndole que tienes ganas de ir al cine o lo que sea. Y entonces acudirá él. Cuidaos y cuidadme. Cuidado sobre todo con los teléfonos. Y hacer limpieza de papeles comprometedores. Nada de notas.

Tener en cuenta las experiencias de las últimas caídas, las nuevas técnicas de vigilancia empleadas por la policía. Cuando siguen a una persona, lo hacen varios agentes a la vez, relevándose continuamente para no llamar la atención, comunicando entre sí por radio. Utilizan coches y motocicletas. Desconfiar por principio de los uniformes de apariencia anodina, soldados, tranviarios, barrenderos, etcétera. No olvidar que también las mujeres participan en misiones de vigilancia. Tomar todo tipo de precauciones. Coger el metro en la penúltima estación de una línea, por ejemplo, donde sea fácil notar si uno es seguido. En caso de advertir algo anormal en el lugar de la cita, sacar el pañuelo para sonarse. Las citas siempre cruzándose, fijando de antemano el recorrido de cada uno. Un encontronazo como por casualidad y luego cada uno por su lado. Uno hacia la salida de la plaza del Rey y el otro hacia la de la calle de los Condes de Barcelona. O sea, si se ha entrado por la plaza del Rey, salir por la calle de los Condes de Barcelona. O bien, en la Catedral, entrando por la calle de San Ivo, también llamada de la Inquisición, y saliendo por la de la Piedad o por la de Santa Eulalia, ambas en los claustros. O entrando por la capilla de Santa Lucía, construcción románica integrada en el recinto de la catedral, y saliendo por cualquier otra puerta, a la calle de la Piedad, a la calle del Obispo, a las mismas escalinatas de la

fachada, salir y perderse en las enrevesadas callejas violáceas del Casco Antiguo, tomar Puertaferrisa o Canuda hacia las Ramblas, Pelayo y plaza de la Universidad o, atravesando la avenida de la Catedral, tomar calle dels Arcs hacia Puerta del Ángel, plaza de Cataluña, Rondas y plaza de la Universidad, plazas y calles amplias, de apretado tránsito, centro comercial de la ciudad, monótonas alineaciones, ampulosos volúmenes de bajos encristalados, bancos, cafeterías, grandes almacenes, dejando atrás aquel núcleo de rancias estrecheces y piedra húmeda, olores fluctuantes, propios de alrededores catedralicios, comercios y artesanías desarrollados al amparo de la iglesia, templo siempre atractivo a los mercaderes, efluvios pasajeros, cera, antigüedades hacinadas, libros de enésima mano, áspera estera y hierro forjado, olores sucesivamentes matizados sobre un fondo más general de cargados vahos industriales, contrastadora atmósfera matutina de luz amarilla penetrando en la sombra, transversal y turbia, sol metalizado, como embebido de limaduras, descubriendo la erosión de los palacios que fueron, ahora casas de vecindad, fachadas corroídas, de revoque agrisado, desfiguradas por los apaños, vanos cegados, ventanucos torpemente abiertos en los gruesos muros de piedra, cacharros con plantas en los balcones, ropa tendida entre elementos románicos, góticos, renacentistas, barrocos, neoclásicos, isabelinos, gárgolas y cornisas, ventanas ajimenizadas, portales y escalinatas con niños, turistas fotografiando arcos ya no triunfales, puertas maltrechas de cochera, ahora bodega o tienda de antigüedades, colmado, herboristería, estanco, librería de lance de souvenirs y postales, taller de, almacén de, etcétera. O aún en cualquier manzana del Ensanche, cuadrícula repetida hasta extremos laberínticos, en la manzana formada, por ejemplo, por las calles Diputación, Sicilia, Consejo de Ciento y Cerdeña, dando vueltas en sentido contrario al de las agujas del reloj o viceversa, hasta toparse con Escala o, en ocasiones, directamente con Obregón, cada vez en una manzana diferente, aparte de las citas, también con Obregón, en el Parque Güell, por las mañanas, Obregón con otra indumentaria y gafas negras, contactos tanto más espaciados cuanto más preciosos, notificados previamente por Escala en el curso de un encuentro efectuado en una manzana cualquiera, Córcega-Nápoles-Rosellón-Roger de Flor, por ejemplo, girando en el sentido de las agujas del reloj, o de nuevo en el Museo de Historia de la Ciudad, entrando por lo que fue Palacio Real Mayor y más tarde sede de la Inquisición, el escudo de la cruz llameante visible aún hoy día sobre el portal, en la calle de los Condes de Barcelona, y saliendo por la Casa Padellás, en la plaza del Rey, tras haberse encontrado sea en los ámbitos del subsuelo, sea en cualquier punto del itinerario que, incluidos el Salón del Tinell y la capilla de Santa Águeda, ambos

lugares aproximadamente a nivel de la segunda planta, conduce hasta las salas superiores de la Casa Padellás, en la planta tercera, estancias ambientadas de siglo en siglo, de reliquia en reliquia, historias y gestos petrificados, esculturas, tallas, retratos, escudos, armas, banderas y estandartes, balas de cañón, muebles, vitrinas con cerámica y telas, antigüedades y reproducciones, maquetas, planos y mapas explicativos, semblanzas clásicas, típicos preciosismos dieciochescos, ilustraciones iluminadas, ancas, florituras modernistas, dioramas, estampas de asedios y exposiciones, recepciones y revueltas, fiestas y solsticios, trofeos y frustraciones, días de ira o de gozo, imágenes de la guerra y de la paz barcelonesas, un grabado en colores simples, de añejas amarilleces, la ciudad vista desde Montjuïc o Montjuich o Monycich o Montjony o Montjoin, etcétera, mole fortificada y vigilante antes llamada Mons Jovis o Mons Judeorum, la Barcelona del siglo XVI, espejo, farol, estrella y norte de la caballería andante, escuela de hidalgos y archivo de cortesías, Barcelona la rica, la urbe ubérrima que hizo decir al joven Carlos prefiero ser Conde de Barcelona a emperador de los romanos, Carlos I de España o Carlos V, emperador de Austria, heredero de reinos y principados, ducados, condados, cetros y coronas, la Corona de Aragón y su estela de dominios mediterráneos, los estados alemanes y Castilla, Borgoña y Granada, Luxemburgo y Navarra, Flandes, Artois, Brabante, Holanda, Zelanda, etcétera, más las posesiones norteafricanas y los crecientes virreinatos de Indias, herencia de cuatro abuelos agrupada, extendida por los cuatro puntos cardinales a partir de Barcelona, corte pasajera del Imperio en virtud de una preferencia reveladora de sus óptimas cualidades residenciales, propias, por otra parte, de una ciudad progresivamente provinciana, entregada a las pueblerinas consolaciones de una vida marginal y vegetativa, simple capital de un principado exhausto y decadente, demasiado impotente para prevalecer, demasiado esforzado para eclipsarse, áurea mediocritas de una noble ciudad, todo fachada, hermosas murallas dentadas, torres poligonales, puertas y fosos, rastrillos y escarpas, almenajes, tejados, espadañas, patios y jardines, una vegetación de granados, limoneros, naranjos, palmeras, pinos, vides encaramadas a los muros, palacios, iglesias, campanarios sobreelevados, la catedral donde el emperador convocó el Cónclave de Caballeros del Toisón de Oro, entre incienso y púrpura, brocados, terciopelo, cantos angélicos, emblemas desplegados, adelantándose a recibir el collar, bajo el blasonado León de España, Cristerno de Dinamarca y Segismundo de Polonia, reyes arrogantes, soñadores, encabezando la lista de caballeros, sus nombres detallados minuciosamente et in saecula saeculorum en los asientos de coro, sepulcral conjunto de vacíos, ni oro ni púrpura en este apunte al óleo tomado de espaldas al radiante altar mayor, tenebroso claroscuro

de vitrales y luminarias, tubos de órgano, luces de nervaduras, bóvedas y ojivas como un eco de cantos, no más mantos carmesí ni séquitos, momentos de esplendor, sólo glorias pasadas, veneradas victorias, el Cristo Negro, enseña de Lepanto, campeón de la Cristiandad y defensor de la Fe, cerrojo de la Sublime Puerta, cuarto menguante de la Media Luna, confrontación sin precedentes de bajeles y galeras, apocalíptica carnicería con su consabida secuela de cicatrices y mutilaciones, manos perdidas para la pluma y para la espada. Batalla decisiva, apogeo o cenit de un imperio donde el sol no alcanzaba a ponerse, a caballo de tres océanos y de cinco continentes, de Sicilia a Chile, de Florida a Orán, de Filipinas a Flandes, desplegada omnipotencia del águila, negras alas, negras leyendas, sanbenitos, sentencias colgadas del reo, hogueras y patíbulos, rex tremenda majestatis, Felipe II en su Escorial aislado, panteón y cuna, primera y última morada de tantos monarcas, rey de reyes, señor de los ejércitos hasta entonces invictos de toda suerte de lances, tercios y armadas al fin vencibles, crepúsculo de Flandes, lanzas por tanto tiempo erguidas y ahora doblegadas, vueltas contra sí mismas, guerras intestinas de un imperio en descomposición, hegemonía puesta en tela de juicio, absolutismo relativizado, sublevaciones, movimientos separatistas, centrífugos, como en un buque que se hunde, huyendo del naufragio, Países Bajos, Portugal, Italia, Cataluña, tierra o terruño en la periferia política ya que no económica ni espiritual, con sus villas industriosas y sus campiñas cultivadas, arrebatadas con saña a la fragosidad natural del terreno, montes eremíticos, aptos para la contemplación de lo sobrenatural, abrigo de ascetas y meta de peregrinos y romeros, riscos encendidos de retama. Virgen Negra de Montserrat, a quien san Ignacio ofrendó su espada, santuario de retiros y meditaciones, inspiraciones, visiones, determinaciones, corazón de un principado harto de validos y efectivos favoritismos discriminatorios, alzado contra la burocracia culterana desarrollada a la sombra de la esclerosis real, verdadera decadencia dinástica, un despótico vacío de poder por todo gobierno, problema capital de un país donde la vida es sueño, corte de los milagros, país de monjas y donjuanes, de bufones y meninas, pícaros, aventureros, hidalgos arruinados, bolsa vacía de don Dinero, caballero poderoso, sueldos impagados de la tropa enviada a pacificar, causa de saqueos y desmanes de la soldadesca, causa de revueltas contra la soldadesca, círculo vicioso, cerco cerrado en torno a la levantisca Barcelona del siglo XVII, amenaza real para la monarquía española, virtualmente sentida como extraña por una ciudad celosa de sus privilegios y costumbres, exasperada por el avasallamiento de sus tradiciones, capaz de pedir Dios y ayuda al mismísimo diablo, tierra insumisa, insurrecta, hoces y velos negros en aquel Corpus de Sangre y cabezas castellanas, de segadores hechos carniceros, de pueblo en

armas, ciudad de intrépidos baluartes, ciudad asaltada por mar y tierra, así por los españoles como por sus aliados ocasionales, franceses, ingleses, alemanes, por el Marqués de Los Vélez, o por el duque de Vendôme, o por el duque de Anjou o por el almirante Lord Peterborough o por el duque de Berwick, imágenes de asedio a vista de pájaro, con descripción de las posiciones y campamentos de las fuerzas asediantes y de la disposición de los veleros bloqueadores, al igual que de las fortificaciones y defensas de la plaza, bastiones y baterías, el escudo de la ciudad en un ángulo del grabado, blasón acuartelado, como también puede apreciarse en las diversas reproducciones expuestas en el vestíbulo, temas guerreros, motivos patrióticos, causa belli, un blasón con la cruz de San Jorge en 1.° y 4.° sobre campo de plata y cuatro barras de gules en 2.° y 3.° sobre campo de oro, oro y sangre de una patria fuera de la ley, rica en bandoleros, héroes populares, defensores de causas perdidas, sucesiones y secesiones, Cataluña descastillada, enmudecida en la medida en que deslenguada, minimizada, reducida por la fuerza, centralizada, esto es, apartada de todo centro de poder, alejada de sus propios destinos, desposeída de privilegios y autonomías, universidad trasladada y fueros suprimidos por el real decreto, la Nueva Planta, mala hierba de una tierra feraz a pesar de todo, lozana, precisamente, en cuanto ajena a la vida del Imperio, sustraída a sus avatares, consiguientes grandezas y subsiguientes decadencias, tierra pronto refloreciente en el marco de una España exangüe que no cesaba de declinar, región pronto adaptada a la dura realidad, tiempos de capitulación y recapitulación, tiempos de integración y trabajo, de progreso ilustrado, luces del siglo, alegorías dieciochescas, justa contrapartida de una integración que, si cerraba unas puertas, abría otras, las de América, a los nuevos españoles de hecho y derecho, comercio no por tardío menos decisivo para el Principado, y que, junto con las virtudes de laboriosidad y seny propias de sus habitantes, crearía un incipiente proceso de capitalización, base de la industrialización desarrollada sin pausa desde entonces, no obstante las peripecias de la época, guerras y guerrillas, invasiones, independencia defendida acaso de un modo unánime por todos los pueblos de la península, todos indiscutiblemente aunados contra su común opresor o liberador, el pueblo catalán enfrentándose a Napoleón como antaño a Aníbal, César o Almanzor, espíritu de cruzada envuelto en ira, guerra clamada por el sacerdote, altares y púlpitos aclamados, tribunas plebiscitarias, juntas proclamándose contra la Revolución o el Imperio, lucha incierta, encarnizada, fusilamientos, empalaciones, horrores goyescos de la guerra grabados para siempre, su híbrida simiente tal vez arraigada también para siempre, híbrida, prolífica, vivero fecundo en fervores lo mismo apostólicos que liberales, revolucionarios o absolutistas, los

cien mil hijos de san Luis marchando francamente, y su riego ensangrentado, sendas inconstitucionales, santas alianzas, sociedades secretas, terrorismo, cuarteladas, pronunciamientos, rebeliones y restauraciones, monárquicos, isabelinos y carlistas, bandos opuestos, irreductibles, guerrilla, pasar el tiempo entrematándose, crucigrama español, ruedo ibérico de asnos, brujas y simios congregados en orgiástica danza, feroz aquelarre decimonónico el de aquel Principat renaciente, impulsor del progreso y la democracia a la vez que de un tradicionalismo desafuerado, impulsor de movimientos republicanos, federalistas, cantonalistas, anarquistas, al propio tiempo que reconstitucionalizador, proteccionista, colonialista, imperialista, enconadas contradicciones de una Cataluña obrera en cuanto burguesa, antagonías extendidas a la par que las humaredas de sus concentraciones industriales, entre turbias revueltas y cañoneos de castigo, Barcelona bajo las bombas, explosiones de violencia, alborotos, el motín de las Ramblas, por ejemplo, cuando los revoltosos asaltaron el Palacio del Gobernador y asesinaron al general Bassa, romántica escena de obreros, campesinos e intelectuales hermanados, y quién sabe si hasta estudiantes, levitas y blusones listados, oscuras chisteras y barretinas rojas tal gorros frigios, sables y pistolas, fusiles blandidos en torno a un cuerpo defenestrado, despedazado, chamuscado en una hoguera hecha con los papeles arrojados desde los balcones de la Delegación de Policía, sobre las turbas exaltadas, puños en alto, crispaciones, un perro olfateando los destrozos, denuestos, expresiones coléricas, fisonomías alteradas por la ira, facciones desaforadas, posturas irreconciliables, lucha de clases, furor ácrata, atentados, estallidos exterminadores, bombas orsini lanzadas a la platea del Gran Teatro del Liceo, una de ellas, que no llegó a estallar, exhibida junto a los cuadros representativos del espanto que cundió aquella trágica noche de noviembre, mientras se interpretaba el Guillermo Tell de Rossini, desmayos y lágrimas de la sala de descanso, noria rebullente, y una agitada imagen exterior de coches de caballos encabritados, coces, relinchos, gritos, corridas, lívido relucir de ojos, anárquico trasfondo reverso de la medalla de una sociedad en pleno auge expansivo, de una Cataluña de un mayor peso cada vez en la vida pública de la nación española, presencia encarnada, sin ir más lejos, por el general Prim, hacedor de reyes, personas con flaquezas o veleidades redentoras, carrera fulgurante, de Reus a Castillejos, de Castillejos a Barcelona, de Barcelona a Madrid, de Madrid al cielo por la sublime puerta del Turco, en olor de magnicidio, transportado por una carroza posiblemente similar a la que había utilizado en Barcelona para hacer su entrada en la plaza de San Jaime o de la Constitución, a su victorioso regreso de la campaña de Marruecos, apoteósico recibimiento tributado por la ciudad al hombre cuya

meteórica ascensión no parecía sino prefiguración y augurio de un providencial destino colectivo, vítores, arcos triunfales, banderas y gallardetes, flámulas, colores barrados, rojo y gualda tendidos al viento. También en esta sala de la Casa Padellás, maqueta de la estatua ecuestre del presidente Prim, caballero de presencia altiva y porte militar, que preside las elegantes perspectivas ochocentistas del parque de La Ciudadela, monumento erigido por una sociedad barcelonesa que convirtió en jardines lo que había sido fortaleza ejecutada por Vauban, con su plaza de armas, sus calabozos y sus patíbulos, ímpetu arrollador de una sociedad en progreso, formas de vida en transformación a impulsos de una burguesía que iba a rebasar con sus iniciativas los límites del pasado, a demoler murallas, a proyectar una nueva ciudad a su imagen y semejanza, empeño de clarividencia visionaria o, más sencillamente, cuestión de vista, de buen olfato y cálculo afinado, la Barcelona de ensanches sólo en apariencia excéntricos y planes en modo alguno extemporáneos, de empresas colosales, de extravagancias modernistas, la Barcelona de la Exposición Universal, románticas expansiones y delirios de grandeza, días de euforia y alborozo ni tan siquiera empañados por las miserias del 98, degeneración esteparia de una España en cuyo seno, y en nombre de una realidad, la con tanto empuje burguesía catalana decimonónica reclamaba, ya sin ambages, el poder o la autonomía, renaixença de una Catalunya tan renovadora como tradicionalista, capaz de iniciar la monumental obra del Templo Expiatorio de la Sagrada Familia y, al mismo tiempo, restaurar la fachada de la catedral, gótico museo de esplendores pasados, historias y leyendas petrificadas, naves resonantes, lóbrega penumbra, el órgano y el coro, la cripta, formas espectrales, ángeles turíferos, imágenes yacentes, sepulcros, el de santa Eulalia, por ejemplo, o el de san Raimundo de Penyafort, y junto a la puerta que comunica con el claustro, los sarcófagos de Ramón Berenguer el Viejo y su esposa Almodis, fundadores de la catedral que antecedió a la hoy día existente, la desaparecida catedral románica, edificada, a su vez, sobre las ruinas de otra más antigua, la primitiva basílica paleocristiana de suerte insegura, reconsagrada tras haber sido mezquita musulmana y anteriormente, y de un modo no menos episódico, sede episcopal arriana, templo cuya fundación es atribuida a Santiago, todo ello en las inmediaciones de donde estuvo el templo pagano dedicado a Augusto, construcciones superpuestas de las que ahora sólo quedan vestigios en el subsuelo de la actual fábrica.

Un interior traspasado de sol, bóveda de relieve aureolado por las luces matutinas, proyecciones irisadas de los vitrales, transparencias oblicuas que coloreaban las nervaduras de las columnas, los sillares, las losas, manchas cromáticas cada vez más bajas, más y más

destacadas en las profundidades del crucero, graves simetrías, penumbra cuajada de brillos de oro viejo, amarilleces de antaño, tallas, labrados barrocos, retablos, pinturas cegadas por un reflejo, cegadas y no cegadas según se avanzaba bajo el resplandor de las corolas multicolores del ábside, hacia el deslumbrante vaivén de la puerta que, como a destellos, dejaba entrever al exterior, el claustro, rincón de sosiego y aun de tradicional solaz, apunte al óleo sacado desde aquel mismo ángulo, una familia ochocentista en primer término, junto al templete del surtidor, el padre con bastón y chistera, la madre en actitud de dirigirse al niño que aparece pegado a sus faldones, como si le estuviera contando algo, quién sabe si lo de l’ou com balla o lo de san Jorge y el dragón, encantadora estampa de costumbres con la vegetación del patio como fondo, macizos de flores, árboles jóvenes, apenas despuntantes, todo ello encuadrado por arquerías sin rejas, arcos repetidos, la geometría de sus calados proyectándose achatada en el enlosado, disminuida progresivamente por la perspectiva, luminosidad similar a la de hoy, no menor hoy día pese al desarrollo de la vegetación, la espesura enverjada del patio, altas palmeras con el corazón como de polen, grandes magnolios salpicados de irradiaciones, centelleos solares, y los chillidos de las ocas, y el burbujeo musgoso del surtidor, hiedras, piedra sombría, olor y luz de sotobosque en las crujías de aquel recinto abierto a la calle de la Piedad por la puerta del mismo nombre, y a la calle del Obispo por la puerta de Santa Eulalia, frente al monumento a los mártires de la tiranía bonapartista plasmado en los paramentos exteriores de la iglesia de San Severo, grupo escultórico flanqueado por paneles de azulejos con ilustraciones y textos explicativos del suceso, expresiva evocación de los diversos acontecimientos acaecidos a partir de la horrorosa escena, o sea, a partir de la ejecución de cinco patriotas en el glacis de la Ciudadela, cuando mientras se executaba la sentencia contra los cinco Héroes, otros tres valerosos de Barcelona, a saber, don Ramón Mas, don Julián Portet y don Pedro Lastortras tocaron a rebato en la torre de la catedral para convocar al Pueblo y liberar a sus hermanos. Voló allá la tropa napoleónica, y cerrando la iglesia, empezó un escrutinio el más escrupuloso. Desesperados por no encontrarlos, ofrecieron a grandes voces el perdón y a tal influxo salieron de debaxo los fuelles del órgano los tres mencionados después de haber estado más de setenta y dos horas sin comer ni beber nada. Procuraron reanimarles con vino generoso avivando la promesa de perdón, los mismos que luego, faltando a la palabra, instaron su muerte, que se executó el 27 del mismo junio en que murieron gloriosamente, acendrada entereza y bravura ejemplar de unos hombres que, por fidelidad a la causa a la que estaban entregados, por lealtad y abnegación, por obligada nobleza, por solidaridad con sus

camaradas, arriesgaron y perdieron sus propias vidas en el intento de tocar a rebato con arrebato inútil, todo inútil, barceloneses de oídos cerrados a cal y canto, por quién doblan las campanas, por quién redoblan desde estas torres, catedral preeminente, sobreelevada, circundada de iglesias y palacios, alzada como una encumbración de lo que fue monte Taber, por encima de un sinuoso contorno de edificios de otros tiempos, estilos mezclados, elementos superpuestos, dispuestos a diferentes niveles. Así, sin ir más lejos, dando una simple vuelta al exterior de la catedral a partir, por ejemplo, de la puerta de Santa Eulalia, en la cuesta noroeste de esta prominencia de callejas entrecruzadas, y girando siempre según las agujas del reloj, encontraremos, calle del Obispo abajo, el Palacio Episcopal, de origen románico, y al doblar a la derecha, por la calle de Santa Lucía, la Casa del Arcediano, construcción de hechura plateresca empotrada en un lienzo residual de la muralla romana, compacto volumen que junto con la Casa de la Pia Almoina, levantada en el siglo XV con restos de edificaciones anteriores, enmarca la plaza de la Catedral o de Cristo Rey, desplegada entre ambas la escalinata que realza el pastiche decimonónico de la fachada, y doblando nuevamente a la derecha, sorteando un corro de visitantes que escuchan los chapurreos de un cicerone, nos adentramos en la calle de los Condes de Barcelona, donde se suceden los cuerpos engastados del antiguo Palacio Real Mayor y del Archivo de la Corona de Aragón, antes Palacio del Lugarteniente, y tras doblar otra vez a la derecha, por la calle de la Piedad, tortuosamente ceñida a la línea del ábside y a un ala del claustro, las Casas Canonicales, conjunto de edificios esmeradamente retocados que se prolonga hasta la calle del Obispo en su confluencia con la calle de la Piedad, ante el costado gótico del antiguo Consejo de Ciento, bifurcación que, a la derecha, nos conducirá de nuevo al punto de partida, y a la izquierda, siguiendo la calle del Obispo en su caída hacia el sureste, a todo lo largo del costado gótico del antiguo Consejo de Ciento, actual Diputación, conduce a la plaza de San Jaime, antaño de la Constitución y, también episódicamente, de la República, centro administrativo de la ciudad, sede del Ayuntamiento a la vez que de la Diputación, fachadas enfrentadas y rigurosas líneas; san Jaime, Jacobo o Santiago, patrón de España y ariete de la Cristiandad, capitán de los ejércitos, campeador de las batallas, hijo del trueno, caballero de blanca montura que, llegado a Barcino, subió a la cima del Mons Taber y, tras contemplar la ciudad, fundó la catedral allá en lo alto, primera piedra preformadora, piedra de toque, transformadora tal piedra filosofal, tal un talismán o encantamiento, transustanciación de la acrópolis, consagración del templo, tabernáculo prevaleciente, enaltecido, monte Taber o del milagro, de la desaparición, ni Moisés ni Elías ni resplandores, monte transfigurado, aplastado por el propio

crecimiento de la ciudad, sepultado, esfumado para siempre et in saecula saeculorum, siglos de historia contemplando, visión fantasmagórica, espectral desfile de imperios y dominaciones, ciudad condenada a revivir, a sobrevivirse, Roma engendrada por la perdida Troya, vértice de una patria construida poco a poco en el curso de los años, con el paso de los estados y las soberanías, retórica retahíla de títulos, nombres desterrados, flatus vous, Aquitania, Septimania, Occitania, Marca Hispánica, Corona de Aragón, monarquía polimembre, imperio a caballo del Mediterráneo, estela de islas doradas de un imperio arcaico, esto es, precoz y, en todo caso, desfasado, apoteosis no por mucho tiempo sostenida, imperio tempranamente desmembrado, descabalgado, corcel sin jinete, carro atascado, pliego del cordel o letanía de infortunios, banderas distendidas, arriadas, sueños de grandeza disipados, delirio agónico de un destino inconcluso, abortado, malogrado, rosa de abril truncada, corona de espinas, corona de flores, el dentado recinto de Poblet por toda corte, escorial de triunfos y esplendores, conquistas enterradas, reposante retiro aislado en las lejanías, monasterio de doradas piedras, con sus torres moradas por suaves búhos solitarios y las tardas golondrinas recogiéndose sobre los claustros, mientras en las altivas bóvedas las tinieblas se hacen cada vez más absolutas, yacentes monarcas de alabastro, pupilas vacías, última mirada, polo ensimismado y revertido en polvo y aventado, polvo mordido, tierra anónima, mestiza, crisol y encrucijada del viejo mundo, clásica ruta de las invasiones, país ocupado, patria irredenta, sedienta de libertad, famélica de independencia, hambre y epidemias, males endémicos, días aciagos, de desgozo y desventura, de desaliento, tiempos dantescos, de furia y cólera, de peste, de opresión, de abismos raciales, fosos y desniveles, muros rotundos, ciudad encastillada, circunvalada, ciudad de asedios numantinos, asaltada, conquistada, reconquistada, conquistadora, impulsora de expediciones y ocupaciones, ciudad de suertes trocadas, liberadora y cautiva, sojuzgada y renaixent, recalcitrante y díscola, incivil, ciudad de rebeliones y restauraciones, de alzamientos, motines, atentados, bombas, barricadas, masacres, linchamientos, descargas, cargas, matracas, petardos, incendios festivos, ciudad de colores llameantes, amarillo, rojo, amarillo, rojo, amarillo, rojo, amarillo, rojo, amarillo de ginestas floridas, totes flaire i sense fum, fuego inextinguible, ave fénix de abril, refloración al viento, enseña cantada y enarbolada, señera, dominante, singular bandera, senyera roja y gualda, escudo de oro barrado de sangre y, sobre campo de plata, la cruz blanca de san Jorge, caballeresco patrón, jinete providencial y decisivo, salvador y mártir, matador de arañas, oh fábula del tiempo, ciudad de patrones inexistidos, Virgen ubicua de la Merced, descarnecida Eulalia, doncella despechada, ni

virgen ni mártir de Barcelona, antes bien, piadoso desdoblamiento de su homónima de Mérida, fenómeno similar en su desarrollo al de san Severo, cuya festividad se celebra hoy, día seis de noviembre, Severo de Rávena, obispo y mártir, caído en el curso de alguna persecución y posteriormente trasladado hasta aquí con su vida y milagros, el de las habas incluido, misterios de la historia, aucas, aleluyas, muecas caprichosas, bocas chascarrillescas, cabezudos espantosos, gigantes, rey y reina como de oros girando sobre sus pies diminutos, los rasgos estáticos, el ademán recatado, reyes católicos de cartón y trapo señoreando ceremoniosamente la calle, los cortejos, festejos populares, banderas desplegadas y gallardetes al sol, flámulas, trémulas oriflamas, altos y airosos estandartes, lábaros, pendones, damascos y púrpuras, colgaduras, bandas de músicos, cornetas, tambores, timbales, trompas, platillos como soles, metal y viento acompasados, jinetes, caballos blancos, relucir de morriones empenachados, uniformes de gala, guardias civiles, cinturas fajadas de rojo, barretinas, confetti centelleante, calles enhebradas de serpentinas, una procesión saliendo de la catedral, nutrida y pausada, pasos hieráticos, escoltas, palios custodiados por prelados y dignidades, bamboleos gregarios, multitudes en marcha hacia calle Arcs, Puerta del Ángel y plaza de Cataluña, aceras atestadas, calles acordonadas, muchedumbres congregadas, concentradas en la plaza de San Jaime, entregadas a la más bella danza, palpitación de sardana, corros que se hacen y deshacen, alfombras de flores, dibujos de pétalos, retama, claveles, suelos coloreados de Corpus, cabezas de cartón, máscaras carnavalescas, asaltos de lujuria, báquica promiscuidad, desenfreno generalizado, vides y laureles, palmas de bienvenida, fiestas mayores, ciudad alegre y despreocupada, riallera, vanitosa, traçuda, Barcelona bona i dolenta, con sus noches viejas y sus viejos solsticios verbeneros, saturnales de estío, champán y cocas, flecos de papel, papel de plata, lentejuelas, farolillos, juegos de fuegos artificiales, hogueras nocturnas, incendios provocados, quema de conventos, humos de pólvora y petróleo, civitas diaboli, Barcelona covarda, crudel i grollera, siempre pronta a desdecirse, a ciscarse de todo lo humano y lo divino, puta disfrazada de monja, monja disfrazada de puta, condesa condescendida, princesa sin principios, reina travestida, res publica, archivo de cortesanías, segunda Roma, Barcelona traicionera, pronta a vitorear y aplaudir, a ovacionar, a recibir caudillos y arrastrar cuerpos despedazados por las Ramblas, a celebrar caídas o liberaciones, dominaciones y tronos, destronamientos y ejecuciones, coyunturas dislocadas, torturas, descoyuntaciones, juicios inquisitoriales, sentencias rigurosas, castigos ejemplares, suplicio hecho fiesta, duelo hecho enseña, aniversario hecho exaltación conmemorativa, perspectivas divergentes, diferentes aspectos propios

de un lugar a la vez cuna de ciutadans honrats y de bandidos, capital de una tierra montaraz, campo abonado a la violencia, levante alzado de hito en hito, de siglo en siglo, levantisco, bagudas y remensas, cadells y nyerros, segadors descabezadores, hoceadores de cabezas castellanas, bandolers y rabassaires, cuadrillas represivas, mossos d'esquadra, somatenes, partidas enfrentadas, enfáticas interferencias, heridas inferidas dimanadas de recelos ancestrales, situación prolongada en el curso de los siglos, medianamente pasadera, pasablemente insostenible, siempre vadeando la adversidad, evadiéndola, cayendo en ella, infortunada tierra de castillos destruidos y condes condenados, el comte Arnau, impenitente señor de malos usos, extorsionador de siervos y estuprador de abadesas, alma en pena de tenebroso séquito, nocturna cabalgata como de eslabones, chispazos, ecos de galopadas, país maldito, país de blasfemias y sacrilegios, de santuarios violados, fray Garí o Garin, ultrajador y asesino de Riquilda, hija de Vifredo el Velloso, doncella resucitada igual que una rosa cuando, siete años más tarde, nueve tal vez, el ermitaño anatemizado, convertido en irreconocible fiera errante, fue apresado en los riscos de Montserrat por un grupo de monteros y, transportado a Barcelona en una jaula, confesó su crimen ante el estupor de la corte, todo pelambre y uñas, talla de autor anónimo situada en un rellano de la escalera, expuesta a la curiosidad de las gentes, gentes dispuestas a rendir tributo y aclamar, a ensalzar hasta el cadalso, desdichada estrella de Juan Sala, alias Serrallonga, natural de Viladrau, prototipo de buen ladrón, caballero andante del pobre, del menesteroso, zorro de las Guilleries, robinbosqueador, bandolero inmortalizado como Tallaferro y Trucafort, como Perot lo Lladre, es decir, el quijotesco Pere Rocaguinarda, más conocido por Roque Guinart, héroes populares, pistoleros del pueblo, raza de ínclitas inclinaciones libertarias, Ferrer Guardia, injusticiado, el Noi del Sucre, Quico Sabater, mártires aureolados, cruz y raya, borrón y cuenta nueva, cuenta por reajustar, raza de iconoclastas e imagineros, santos y criminales, místicos y precursores, transfretadores y navegantes, salvadores, poetas, visionarios, fratricidas, conquistadores, fenicios, filisteos, mercaderes, bastarda historia de transacciones y contubernios, actividades secularmente centradas en Barcelona, ciudad prostituida, ciudad de ocios y ocupaciones, de ambiciones políticas y esperanzas cortesanas, prisiones y patíbulos, glorias perdidas y empresas abandonadas, milagros y revueltas, ciudad contumaz y versátil, aviesa, farisaica, maniquea, zalamera, solapada, ladina, disoluta, disolvente, ácrata, separatista, integrista, reaccionaria, plutocrática, rica ciudad holgazana y laboriosa, libidinosa, lasciva, vesánica, profanadora de sepulcros, incendiaria, ciudad barrada de sangre, embarrada de sangre, bajos fondos de bofia

y hampa, de matones y dinamiteros, guardaespaldas patronales y pistoleros sindicalistas, terroristas y fuerzas de choque, hombres de asalto, guardias y civiles, espíritu de cuerpo envuelto en ira, organizaciones polarizadas como en otro tiempo las de cadells y nyerros, viga buscada en el ojo ajeno, diente por diente y talión por talión, cóctel de violencia, mezcla de Chicago explosiva y Nápoles camorrista, crónica jalonada de negros sucesos y fechas sangrientas, semanas tragicómicas de una ciudad habituada a dirimir cuestiones en la calle, a liquidarlas a la vuelta de la esquina o a lo largo de las perspectivas en fuga de sus paseos, cuando no en las no menos expeditivas revueltas de Montjuich o la Rabassada, cuneta hecha embudo, ley de la trampa, pueblo oprimido, pueblo perseguido, pueblo cautivo, pueblo mesiánico, siempre en éxodo hacia sí mismo, movediza tierra prometida, ciudad edificada sobre arena, ramblas abajo, de monte a mar, de río a río, suelo nacido de las aguas, terreno brotado de las marismas en retroceso, aflorado entre aluvión y bajíos, islas y penínsulas gradualmente agrandadas, extendidas hasta configurar una sola planicie brumosa y burbujeante de barro en sedimentación, de algas y hongos, viscosidades derivantes precisadas poco a poco en un pastoso germinar de verdes, acrecentada vegetación herbácea, intrincamientos leñosos, gigantescas ramificaciones, raíces fijando la tierra, tallos trepadores envolviéndola en tibias colgaduras, revertiendo a la tierra, descomponiéndose, fermentando en lentos ciclos vitales, asentando las bases del fértil llano, de las Barcelonas futuras, sucesión fugitiva de florecimientos y desolaciones, ave fénix fenecida y resucitada, renaciente de su postrada envergadura de cenizas, ciudad hoy desplegada al abrigo del circundante anfiteatro montañoso, del Tibidabo al puerto, del Llobregat al Besós, límites rebasados de día en día por la mayor concentración humana del Mediterráneo, periferias tejidas de postes y cables, chimeneas, hierros entretejidos bajo rasantes estratos de vapores industriales, fábricas y fábricas, vías férreas, arterias de penetración, barriadas laberínticas, suburbios más y más adensados en torno al casco urbano propiamente dicho, sede amena tanto de centros de actividad trepidante como de apartadas zonas residenciales, arremansadas bajo otros cielos, aires más livianos, follaje estremecido de apacibles avenidas y paseos, vergel deleitoso y sosegado, cultivada tierra de juegos florales y ejercicios del espíritu, ciudad tradicionalmente abierta al progreso, conservadora y restauradora, archivadora de esplendores pretéritos, palabras y gestos hechos mito, fabulaciones petrificadas, un rentable pasado arqueológico desenterrado por el municipio en beneficio de todos, estimulante, enaltecedor, profundidades valiosas, excavaciones fecundas, arcos y acueductos, columnas truncadas, paramentos descombrados, dejados al descubierto, ruinas urbanizadas,

perspectivas recompuestas, límpido césped y espigadas farolas, alturas coronadas de hiedra, clásicos cipreses, mirtos, piedra fructificada y laureles triunfales, Barcelona, ciudad de ferias y congresos, como proclamaba aquel gran cartel levantado en el verde, ante los viejos muros, acaso desde las equinocciales fiestas de la Merced, en septiembre pasado, ante los muros del circuito exterior de este dédalo de callejas enrevesadas, sesgadas por el declinante sol vespertino, pobladas de pasos anónimos, griterío de chiquillos entreoído como un rumor natural de las plazuelas imprevistas, de los recodos y recovecos, patios, escalinatas, portales de casas venidas a menos, ensombrecidas por los ribetes negrizos de las cornisas, por la herrumbre corrida hasta los bajos garabateados, portones abiertos a interiores oscuros, talleres, pequeños comercios, anticuarios, artesanos, imagineros, establecimientos recargados, escaparates estrechos, librería de lance, bodega, tienda de souvenirs y de bisutería, postales expuestas en el exterior, aspectos diversos de la catedral y sus inmediaciones, la plaza de San Jaime, la plaza del Rey tomada desde la Casa Padellás, la plaza de Ramón Berenguer el Grande vista desde lo alto, entre dos luces, contra el amarillo ácido del anochecer y los nítidos cirros atravesados, perspectivas de la calle del Obispo, de la calle de los Condes de Barcelona, de la calle de la Piedad, en su contorneo del ábside de la catedral, detalles de los claustros, el medallón de san Jorge, por ejemplo, en la clave del templete, piedra labrada, arquivoltas y capiteles, la puerta de santa Eulalia, la de san Ivo, la portada, composiciones de carácter más general, la fachada al fondo y un saliente de la muralla romana en primer plano, la catedral entera de frente, el núcleo de lo que fue Mons Taber sacado en su conjunto, una estructuración de techumbres, de ocres relieves con espacios verdes enclavados, panorámicas aéreas del centro comercial, de los muelles, del Ensanche, vistas parciales de la ciudad desde el Tibidabo, con las atracciones de la cumbre colgadas en el vacío, o bien desde Montjuich, los parapetos del castillo recortándose ante distancias apretadamente edificadas y un término en esfumación de colinas como nubes, vistas parciales, ponientes y contraluces, nocturnos azules y rutilantes, imágenes de la Barcelona típica, el monumento a Colón enristrado de banderines, Colón contra los cielos, el globo terráqueo como peana, Colón a la luz de los focos, señalando las tinieblas, Colón asomando entre las jarcias de la carabela Santamaría anclada en el puerto, como remontando los cielos en su globo terráqueo, el Arco de Triunfo, el Obelisco de la Victoria, la Sagrada Familia espectralmente iluminada, el estadio de las Corts repleto de espectadores, las fuentes de la Exposición, el parque de la Ciudadela cuajado de amarillosidades abrileñas, el parque Güell y sus avenidas tranquilas, aptas para citas mañaneras, paseos petrificados, árboles de roca, rugosos y retorcidos,

el parque Güell y sus columnas oblicuas, su airoso serpeo de mosaico multicolor, flores hechas de fragmentos de azulejos floreados, instantáneas callejeras, tráfagos y ocios de la vida cotidiana, las Ramblas, plátanos de ramas desnudas y podadas, de brotes primaverales, de hojas secas, atabacadas, colgando en orla por encima de los paseantes, un abigarrado ir y venir entre quioscos de libros y revistas, de postales y estampas ciudadanas, entre puestos de flores, ramos y plantas y frescura como de rocío, crisantemos, pomos de siemprevivas, rígidas coronas de brusco dorado, ofrendas fúnebres, tristezas novembristas in memoriam de los que nunca más, de los que ya no van y vienen ni se detienen ni se detendrán ante los quioscos de las Ramblas, ante los puestos de flores, en coincidencia anónima, instante fijado para siempre, en un ángulo de la postal, de espaldas, un pintor ante el caballete coloreado de esbozos, todo pintoresquismo, color local, movimiento, las Ramblas y el Liceo, la plaza de Cataluña vista desde las Ramblas, la plaza de Cataluña sobrevolada de palomas, la plaza de la Universidad circunvalada de tránsito, de regueros virantes y diversificados, tranvías, turismos, taxis, autobuses, plaza congestionada, presidida por una fachada de sobrias simetrías, las seis menos veinte en el reloj de la torre cuando entró en el edificio por la puerta central con paso decidido, tras comprobar que había destacamentos de grises en todas las bocacalles de los alrededores, jeeps, caballos, fuerzas de policía preparadas para intervenir al primer síntoma de agitación, para acordonar la plaza y desviar el tránsito rodado, disolver los grupos de mirones, hacer circular los transeúntes mientras los coches-manguera entraban en acción, mientras rafagueaban los pórticos del vestíbulo despejando el terreno a los grises, abriéndoles paso por encima de los cristales rotos y las pancartas caídas y mojadas. En un principio, salvo en lo relativo al escaso número de estudiantes concentrados, inferior al más pesimista de los pronósticos, todo se desarrolló conforme a lo previsto, incluso demasiado conforme para que también el final se desarrollara conforme a lo previsto, para que se llegara a crear un clima de enardecimiento y combatividad capaz de liberar energías, de potenciar y contagiar, de desencadenar espontáneamente un proceso de acciones incontenibles, arrolladoras. Pero el factor moralmente decisivo en la posterior marcha de los acontecimientos, más que una mera cuestión de número, fue, acaso, la cruda comprobación de la incuestionable ineficacia, por circunstancias no tanto imponderables como misteriosas, de todos sus llamamientos a la conciencia universitaria, causa inmediata y manifiesta, a fin de cuentas, de la situación en que ahora se encontraban. Eran pocos, los de siempre como quien dice, los directamente comprometidos, y el fervor que desplegaron en su actividad no bastó para suplir la ausencia de las

masas convocadas ni para acallar una cada vez menos imprecisa convicción de haberse embarcado en una empresa abocada al fracaso. ¿Apenas doscientos? ¿Ciento ochenta al menos? Algunos hablaron subidos a los bancos del patio, arengando a sus compañeros, pero la lectura acto seguido, sin dar margen a la improvisación, del mensaje de solidaridad con los huelguistas asturianos, resultó precipitada y confusa, casi ininteligible. Las pancartas aparecieron también con excesiva presteza y poca naturalidad, insospechadamente pequeñas y aisladas, y los gritos sonaban como furtivos, débilmente coreados. Fueron quemados unos cuantos periódicos que insertaban las notas oficiales sobre las huelgas de Asturias, y los retratos de Franco y de José Antonio, tumultuosamente descolgados de las aulas, no tardaron en hacerse añicos contra el suelo, mientras las voces se iban aunando en las rotundas estrofas del Gaudeamus Igitur. El movimiento hacia la calle se emprendió con cierta indecisión, sin que quedara del todo claro a dónde se dirigían, cuál era el recorrido, a lo largo de qué calles proyectaban manifestarse, tal vez porque nadie creía posible que pudieran llegar más allá de los pórticos, los pórticos ante los que se iban a congregar según solían, vacilantes, arremolinados, enfrentados a las formaciones de grises, a la acción de los coches-manguera, ahora vociferando ¡libertad!, ¡libertad!, bajo el embate del agua hasta que, cuando estallaron los petardos, uno tras otro, sobresaltantes, la policía respondió iniciando la carga en apretado arranque de botas y porras y cascos de acero. Debían ser alrededor de las seis y pico.

Fui por curiosidad, a ver qué pasaba.

Ni curiosidad ni pollas, dijo Montserrat. Conmigo déjate de cuentos, que no soy la policía. Tú fuiste porque tenías que hacerlo.

Bueno, pero por solidaridad con mis compañeros, quiero decir. Es que ahora basta que pidas libertad para que enseguida te llamen comunista.

¿Ahora? Hasta de José Antonio dirían que es comunista.

Eloísa recogía la mesa y, desde la salita, por la vidriera abierta, la vieron correr con sus platos hacia la cocina, la cara súbitamente contraída, borrosa de lágrimas, igual que cuando Raúl había llegado a casa y papá le abrazó y ella oyó que le decía hijo mío, hijo mío. Montserrat le interrogó con la mirada. Estaban solos. Papá se había retirado, probablemente al retrete, momentos antes de que apareciera Montserrat, de que se detuviera apenas en la puerta, enfática y triunfante, y sin contestar a su saludo, se le viniera encima abriendo los brazos para estrecharle entre besos repetidos, atrayéndole, el bolso y los guantes contra su cogote, apartándole como para verle mejor, manteniéndole sujeto por los hombros mientras repetía machote, que estás hecho un machote. Raúl volvió a llenar las tazas de café, echó más coñac en la copa de Montserrat; la suya, en cambio, seguía

improbada, poco apetecible en tal estado de fatiga y, sobre todo, de aturdimiento, tensión resultante del sesgo insólito de las últimas horas, de la condensación de acontecimientos, del carácter absorbente de las emociones acumuladas hasta dejarle seco y áspero, como con resaca, la cabeza acolchada de somnolencia, bruma blanda, deformadora de la percepción, las palabras sonando contra vacíos, rebotando entre incoherencias, hilo enredado de la frase, evocaciones difícilmente concretadas y de respuesta todavía más difícil. Dificultad tanto mayor cuanto que la conversación de Montserrat era ya de por sí más bien incoherente, ideas dispersas, en fuga, expuestas con exaltación y apresuramiento, cambios de tema demasiado bruscos, personalidad de José Antonio, juventud de entonces, ideales. El verdadero José Antonio: carácter sublime, intransmisible, de la cualidad poemática y viril de su estilo, de su palabra. Lo había conocido en un mitin, durante la República, cuando Jaime era uno de los líderes falangistas de la universidad. Gente con una capacidad de sacrificio inconmensurable, contagiosa, gente entregada total y apasionadamente a la causa, por encima de intereses egoístas, al margen de toda mezquindad. Magnetismo inolvidable de una época, de un modo de ser, hombres que marcaban, que sabían hacer vibrar, hombres de verdad, como José Ramón y José Pedro, como Florentino, como Vittorio, como el mismo Ernst, que, al menos en este aspecto, en cuanto a hombría y bravura, no tenía que envidiar a nadie. Una generación de héroes, algo inimaginable para quien no lo hubiera vivido, aquella actitud de arrojo y desprendimiento, de desprecio por la vida, siempre jugando con la muerte, viviendo como entre paréntesis, apurando hasta el último minuto los cortos permisos en retaguardia, alegres igual que niños traviesos. ¡Temeridades! ¡Rasgos de valor y gestos de osadía! Arrestos, desdenes, fierezas, arrogancias, denuedos, hazañas... Imposible expresar lo que era aquello. Los mejores murieron y, ahora, los otros, los emboscados, los que no llegaron a disparar un tiro, nos dan morcilla a todos. Porque nosotros no hicimos la guerra para estos chupópteros, para esa pandilla del Opus, para los falangistas de ahora, para los que ahora cortan el bacalao y arriman el ascua a su sardina hablando de estabilización. Su dinero, esto es lo que quieren estabilizar. ¿Tú crees que alguien hubiera no ya dado, sino siquiera arriesgado, su vida por la cara bonita de los estraperlistas, de los enchufados, de los nuevos ricos, por esta gente de los bancos y grupos financieros que se han apoderado de la economía del país? Tocinaires, como les llamábamos entonces, gentuza, purria que no tenía dónde caerse muerta antes de la guerra y que hizo su agosto con el estraperlo. Buena prisa se dieron. Y maña. Tanta como para esconderse mientras hubo peligro. ¡Si José Antonio levantara la cabeza! Quedan tan pocos, los fieles, los afectos a la

verdadera causa. Pero es un consuelo saber que puedes contar con ellos para lo que sea, que te responderán incondicionalmente, que removerán Roma con Santiago si es preciso. Cuando me he enterado de lo tuyo, no he tenido más que hablar con Madrid, con Florentino, un amigo entrañable, el que te recomendó cuando las prácticas de alférez. Montserrat, me ha dicho, me voy a interesar por el chico como si fuera mi propio hijo. Y esto que estaba mal informado, que tenía una idea equivocada de los hechos. O, al menos, deformada. Pero, por Dios, Florentino, ¿no te das cuenta de que, tal y como están las cosas, a un muchacho honesto no le cabe hoy adoptar otra postura? ¿De que su actitud es, en el fondo, y aunque tal vez ni él mismo lo sepa, la de una persona realmente adicta, dado que entraña una noble lealtad, si no a la letra, sí al espíritu de los mismos principios que nos impulsaron a nosotros? ¿Te has olvidado de cuando nosotros teníamos su edad? ¿Crees tú que ante una situación como la de hoy día nos hubiéramos comportado de otra manera? Y le he hecho ver que para nosotros representa hasta una obligación alentar, respaldar y orientar, en lo que podamos, a cuantos de vosotros, en estos tiempos de confusionismo y naufragio de valores, aparecéis como moralmente sanos, con inquietudes y coraje, con ideales, con altruismo. Y Florentino me ha dicho que, vamos, que desde luego se iba a tomar el mismo interés que si se tratara de su propio hijo. Es todo un caballero, recto a carta cabal, insobornable. Calló por un instante meneando la cabeza, arqueando las tenues cejas depiladas, rememorativa. Había momentos en que se diría que llevaba una careta, aquella lisura algo inflada de rasgos en un contorno de repliegues empastados, la tez empolvada y blanca, el pelo claro y rígido, crinoso, y los ojos saltones en medio de la cara; parecía llevarla al inclinarse hacia adelante en el asiento, los codos sobre las rodillas, como asaltando, y luego se repantingaba contra el respaldo, las piernas estiradas, la copa de coñac cogida sobre el vientre abultado. Le preguntó por su vida y sus proyectos, por Nuria, por la carrera.

¿Y tu novia? ¿Está todavía en Inglaterra?

¿Nuria? Sí, en Inglaterra. Pero no es mi novia.

Novia o como quieras llamarle, ya me entiendes, no vamos a empezar ahora tú y yo con circunloquios. ¿Lo habéis dejado correr?

Bueno, en realidad nunca hemos sido nada concreto. Y ahora ni siquiera eso.

Ah, pues que conste que lo he preguntado con toda ingenuidad, que no sabía nada. Ya sabes que no tengo ni así de chafardera. Allá se las componga cada uno. Pero si quieres que te diga la verdad, creo que has hecho bien. Seguro que estás hecho un Tenorio y que lo último que te apetece es el matrimonio. Pues muy bien. Eres todavía muy joven para ligarte. Es más, te lo digo de verdad, si yo fuera hombre,

desde luego no me casaba. Y no lo digo por la libertad que invariablemente sacrificas, sino por la falta de contrapartida, por los desengaños que te llevas, por los chascos. Créeme, no hay responsabilidad más ingrata que la del matrimonio. Y el lastre que representa para todo. Yo no sé exactamente a qué pensarás dedicarte, pero apostaría el cuello a que no será a una cosa de carácter rutinario, sino, al contrario, algo muy poco convencional, que exija independencia y personalidad. Escribir, por ejemplo; porque no sé de qué género es lo que escribes, pero estoy segura que lo haces, a mí no me engañas, que tengo un sexto sentido para estas cosas. Pues imagina ahora tú qué traba. Monsina porque es una chica y para una chica es diferente, porque una chica siempre lleva las de perder y hay que cuidarla, pero te aseguro que si en vez de una hija tuviera un hijo... Sobre todo, nada de enamorarse, eso sobre todo. Tú haz lo que quieras, pero no te enamores, le diría. Arréglatelas para no hacer ningún bombo y, si lo haces, arréglatelas para no dejarte agarrar. Y si algún día te apetece casarte, te casas, pero no te enamores, que entonces estás perdido... Claro que las niñas de hoy día tampoco son lo más indicado para inspirar sentimientos elevados. Las niñas y los niños, que también se las traen. Estos niñatos imberbes, que parecen criados en un invernadero. Por lo visto, es un problema mundial; tú que has viajado sabrás si es verdad. Lo que te aseguro es que, al menos aquí, estos niñatos de ahora, los que vienen por casa cuando Monsina da una fiesta, son el acabóse. Yo, al menos, no los entiendo. Es como si tuvieran la sangre de horchata, sin pasiones al mismo tiempo que sin principios, sin caídas, sin remordimientos, sin lucha, ni carne ni pescado, no sé, aigualidos. Ya sé que tú pensarás de otra forma, pero para mí es esencial tener religión, tener principios. Tú tendrás otras convicciones, pero por lo menos tienes esto, convicciones, y no creas, que yo también he pasado por baches y conocido la duda. Pero la verdad es que no sabría pasarme sin la misa del domingo, por ejemplo. Sin la misa, el domingo sería para mí un día como cojo. Y es que creo que me trae suerte. En cambio, ellos no, en ellos no ves una contención, un freno, unas convicciones. Es como si no tuvieran nada que contener. Por un lado, lo saben todo; por otro, no se interesan por nada. ¡Si yo, que soy casi una vieja, a su lado me siento hecha una cría! Pero ellos, nada, no tienen ideales, no tienen preocupaciones, todo les es indiferente, no hablan más que de tonterías... No les ves con un algo, aquello que dices un carácter, un temple. Yo creo que no les interesan ni las niñas. Si no hablan más que de trapos, como nenas. Todo lo que no sean sus trapos, sus discos y sus guitarras... ¿A ti te parece normal? Hace sólo unos años, cuatro, cinco máximo, esto no pasaba. Tú mismo, por ejemplo, tú, a su edad, eras de otra manera. Y es que los chicos como tú que, aunque no

habéis vivido la guerra, os acordáis de ella, sois ya de otra generación, no cabe duda. Y se nota. A sus mismos años, teníais como más nervio, más empenta, buscabais, ibais detrás de las chicas, en fin, lo normal. Era más como en mi época, como ha sido siempre. Y yo creo que es por eso, por la guerra; la visteis, por niños que fuerais, la tocasteis, crecisteis en la lucha, y sabéis que la realidad de la vida pues es eso, lucha, lucha, y no un colchón. En cambio, hablar de nuestra guerra a estos que vienen ahora es como hablarles del paleolítico.

Sostenía la mirada de Montserrat, pero sin fijar propiamente sus ojos en los de ella, sin establecer una relación recíproca y, como inerte, se dejaba traspasar por aquella mirada, asintiendo. Era como obstinarse en leer distraído por algo, sacando sólo intuiciones parciales del sentido del texto, destellos aislados y al instante esfumados, esforzándose en ligarlos entre sí, en reconstruir su continuidad. Entonces, la oía decir; evocaciones, contrastes, contraposiciones, evidencias. Entonces: voluntarios muertos a los diecisiete, dieciséis y hasta quince años; Jaime, a los veintidós. La miraba buscar en el bolso, rebuscar en el bolso mientras hablaba, y tomó con cuidado la foto que ella acabó por tenderle, una cara de rasgos muy dibujados, llena de sonriencias juveniles, borrosa y retocada en derredor, como nimbada, cartulina de cantos machacados y sucios y olor a uso, a billetero. Ahora, en cambio, ahora: ¿dónde vamos a parar? Chicos cada vez más afeminados, chicas cada vez menos hembras. ¿Hacia una completa confusión de sexos? Le preguntó otra vez por sus proyectos. ¿Oposiciones a cátedra? ¿Sociología? Esto es lo que necesitamos, maestros, dirigentes, cerebros. Gente que mire por la sociedad. Gente capacitada, con visión, con autoridad. Que gobierne, no en beneficio de unos pocos, sino de todos. Con sentido social. Sin atender a intereses particulares ni a favoritismos. El bien común. Inflexiblemente. Camino difícil, lleno de disgustos y amarguras, tanta gente fallando, abdicando. Reciente y triste decepción sufrida con una persona muy amiga y allegada. Yo le tenía por un puro y ha resultado ser lo que aquí en Cataluña llamamos un torracollons. Créeme que te admiro. Pero yo no podría, ya he perdido para siempre la confianza en el prójimo, me han caído en la vida demasiados palos. Se había hecho con el coñac y rellenó las copas sin poner atención en el movimiento denegativo con el que Raúl intentó proteger la suya. Demasiados, dijo. Y enseguida: vamos a agarrar una cogorza... Hundió los dedos en un paquete de rubio y escarbó distraídamente, sin resultado, para acabar estrujando sobre un cenicero la envoltura vacía. Aceptó en silencio un cigarrillo negro, y Raúl, al darle fuego, advirtió que miraba por encima de él, hacia la puerta, y la vio levantarse soltando una bocanada de humo, alisándose la falda. Tío Jorge, guapo. Obstinarse en leer y releer, palabras

superpuestas, sensaciones simultáneas, impresiones desdobladas, volver a pasar las páginas buscando inútilmente en el periódico alguna referencia a los incidentes de la universidad. Mira, gracias a Dios, sólo un susto. Si al menos le sirviera de escarmiento. Doblar el periódico, apurar el café, mirar la hora, la taza sobre la mesita, el periódico doblado en el asiento, a su lado, imágenes reiteradas; ir al colegio, dar la clase, tomar un taxi, la cita con Escala o con Santiago o con un enlace, o una reunión del comité de coordinación, o reunirse con Fortuny y Federico, en casa de Adolfo, teóricamente para discutir cuestiones de tipo práctico, si Marius Cots estaba ya maduro para plantearle el ingreso en el partido, si no le quedaban todavía residuos de su anterior catalanismo pequeño burgués. Y cuando no había cuestiones de tipo práctico por discutir, se reunían igualmente y, de hecho, volvían sobre los mismos temas, sobre los problemas de siempre, disquisiciones teóricas, circunstancias que hicieron posible el stalinismo, Budapest, países socialistas e internacionalismo proletario, posibilidad, probabilidad o seguridad de que el partido comunista español, aceptando el juego parlamentario según el ejemplo de tantos partidos hermanos, terminara por institucionalizarse en oposición perpetua, problemas y distingos que, a impulsos de los incisos de Federico, derivaban con facilidad hacia el terreno personal, aquí, en Cataluña, el comunismo ha sido siempre cosa de la pequeña burguesía, Cots se entenderá enseguida con Fortuny, le dije que si Cataluña no es una nación independiente por algo será, etcétera, vueltas y más vueltas, fluctuaciones de tono y hasta de argumentos en torno a un núcleo inalterable, la actitud o, si se prefiere, el papel de cada uno, posiciones personales revestidas de conceptos variables y derivados, como derivan las palabras, por ejemplo, en un himno patriótico, con todos sus ripios residuales, como derivan en determinadas exposiciones ideológicas o en una historia de carácter apologético, con sus hipótesis e interpretaciones tan frecuentemente articuladas por la retórica, exégesis propensas a perderse en el curso de la frase, en los giros e incisos del período, conclusiones como creadas por la propia dinámica de la oración, por el atractivo magnético que unas palabras parecen ejercer respecto a otras, independientemente de lo apropiado de su aplicación, de acuerdo con un desarrollo fundamentado no tanto en los datos objetivos a que uno cree referirse como en las palabras empleadas, palabras, palabras, quién sabe si con cierta conciencia de que es lo único que queda en definitiva. Montserrat dijo puedes estar orgulloso de él, y empezó a sonar el teléfono, y papá la miraba con ojos suspicaces, y Raúl dijo voy yo, y se adelantó a Eloísa, y Fortuny, seguramente desde algún teléfono público, dijo que no había ningún enfermo grave, que todos se iban restableciendo, que no había perdido la llave de contacto,

claves diáfanas, caso de tener intervenido el teléfono, puntualizaciones casi más comprometedoras que hablar con naturalidad, mientras papá decía vamos, vamos, qué metedura de pata, qué más pruebas quieres que el que hayan tenido que soltarle, y Raúl preguntó si sabía si en la universidad había habido clases, si había pasado algo más, y Fortuny dijo que no, que las clases habían transcurrido normalmente, que ya le iría llamando, que aquella tarde no podría ir donde siempre. ¡Pero mira que decir que he puesto desidia en la educación de mis hijos!, dijo papá. Reunirse en casa de Adolfo, discutir, divagar, oír discos, beber ginebra, imágenes simultáneas, reiteradas. Adolfo con Aurora como a sus pies, Aurora escuchando o pareciendo escuchar, sentencias fascinantes, cataclismo repetido acaso hasta el amanecer, ebriedad de lo irreparable, dies irae, dies illa, illa daurada y perdida, entonaciones esfumadas, malogradas mocedades mozartianas, réquiem a la juventud y a la vida, teste David cum Sibila, doloroso despertar, belleza miquelangélica, recostada y desnuda, Aurora marmórea, enigmática. Y Adolfo sereno, pensieroso, la mano izquierda aguantando la pipa humeante entre los dientes. Mientras no cayera del pedestal, mientras el mito no se derrumbara; mientras. ¿Por qué respetado? ¿Por fascinante? ¿Fascinante para quién? ¿Fascinante para todos? ¿Respetado por todos? Por todos. Incluso por Federico, y acaso respetado por todos en tanto que respetado por Federico, respetado hasta el punto de que ni siquiera Pluto se atrevía a bromear a costa suya. O bien respetado porque todos coincidían en que era un tipo muy inteligente aunque, de hecho, como apenas hablaba, apenas hubiera base real para saber si era o no era inteligente. O porque todo el mundo decía que estaba escribiendo una gran novela, una gran obra de la que, por otra parte, nadie conocía más que fragmentos, y que, en consecuencia, bien pudiera resultar un fracaso, en el supuesto, nada aventurado, como todo lo que está por suceder, de que algún día llegara a concluirla. Y tanto más respetado cuanto que, quién sabe si debido a razones apriorísticas o como resultado de su propia actitud colectiva, todos ellos, Raúl el primero, le otorgaban implícitamente una especie de autoridad o aquiescencia, callaban no bien lo pedía Adolfo, acabando con discusiones en las que Adolfo no participaba, dejaban que se impusiera su voz cuando, de haberse tratado de cualquier otro que no fuera Adolfo, no hubieran llegado ni a oírle. Callaban, Raúl el primero, y bebían sus ginebras sin escuchar la música o escuchándola a pesar suyo, dando por bueno, uno por otro, cuanto Adolfo hubiera dicho, no tanto porque estuvieran de acuerdo como porque, al margen de estar o no estar de acuerdo, descartaban de antemano la oportunidad de ponerlo en duda, conforme a una especie de deferencia impuesta por el ambiente, por un ambiente creado en definitiva por ellos mismos. ¿Dónde había que buscar la raíz

de esta deferencia, de este acatamiento? O mejor: ¿qué cualidad tenía Adolfo que no tuviera cualquier otro, Federico, él mismo, cualquier otro no menos inteligente ni menos rápido y brillante? ¿Fascinante? ¿Cuál era el sentido exacto que Aurora daba a la palabra? ¿Algo definitivo, de valor total, absoluto, antepuesto a cualquier otra cosa? Probó el coñac.

Lo que no entiendo es cómo haces caso de Juanito, tío, francamente. ¿No ves que Juanito es lo que se llama, hablando en plata y llamando a las cosas por su nombre, un gilipollas?

Porque soy abogado y sé lo que quiere decir desidia. Y de lo que él me acusa es de negligencia culposa.

Pero ¿no ves que quien no sabe lo que quiere decir desidia es él? Si él supiera qué quiere decir lo que dice, ya no sería Juanito.

Hombre, hombre, por el amor de Dios. Mira que decir que yo, que tengo un hijo nada menos que sacerdote, he puesto desidia en la educación de mis hijos, que he puesto desidia cuando precisamente el ambiente familiar en que se han educado no podía ser más cristiano, cuando he puesto todo mi esmero en que fueran a los mejores colegios religiosos y jamás he escatimado sacrificio alguno en aras de su formación ¿Qué culpa tengo yo de lo que después hagan mis hijos, si yo he hecho todo lo que he podido? Además, que lo de Raúl no ha sido más que un error del que ha sido víctima él como podía haberlo sido cualquier otro, la prueba es que han tenido que soltarle. Es esta gente de la policía que quiere encontrar quien pague los platos rotos sea como sea. Él iba a sus clases, como cada día, y se vio envuelto en todo este jaleo. Ése es su gran delito.

De Raúl puedes estar orgulloso, sólo te digo esto. Es de la madera de Jaime. Ningún otro de sus primos le llega ni a la suela de los zapatos.

Diantre, pues que tu hermano mida un poco sus palabras. No se puede llenar de oprobio a la gente así, sin ton ni son, sin tener suficientes elementos de juicio. Ni aun teniéndolos, vaya, porque las cosas nunca son tan simples como parecen. No juzguéis y no seréis juzgados. Y mucho menos lanzar semejante baldón así, como una piedra. Cuando no se sabe de qué se habla, lo mejor es callarse. ¿Qué tendrá que ver Raúl con que tu pobre hermano muriera como un héroe, porque era un héroe, luchando contra los rojos?

¿Cómo, pobre? Aquí el único pobre es Juanito. Un pobre de espíritu. Jaime era todo menos pobre, era la generosidad y el arrojo personificados, era la grandeza misma. Ni en su vida ni en su muerte no hay nada que merezca el calificativo de pobre. Dios me libre de desear una desgracia a Juanito, pero que Dios siempre se lleva a los mejores, esto sí que te aseguro que es cierto.

Pues ya ves lo que anda diciendo. Que no quiere tratos con los que mataron a su hermano. Así mismo lo ha dicho. A Gregorio, esta

mañana.

Tal para cual. Valiente chafardero está hecho también Gregorius. Seguro que le habrá faltado tiempo para venir a contártelo. Ahora, por lo que respecta a Juanito, para qué vamos a hablar. Mucho insignia y mucho su alteza arriba y su alteza abajo, pero, en el momento de la verdad, no sería capaz de arriesgar por don Juan ni uno solo de sus pelos teñidos. Y, fuera de esto, no le saques del Círculo Ecuestre, de los rayos ultravioletas y de sus putitas del Bolero, que ahí se acaban todos sus ideales. Ah, y de la Asociación de Amigos de los Trenes en Miniatura, que le han nombrado vocal o qué sé yo.

De esto me quejo. De que un individuo como él, que no ha tenido ningún desgaste, que ni sabe lo que es trabajar, que se ha dedicado siempre a darse la buena vida, se atreva a criticarme a mí, que aparte de ser hermano de su padre, del respeto que me debe, soy un hombre que ha luchado, un hombre que se ha entregado al trabajo, que ha consagrado todos sus esfuerzos a dar una educación cristiana a sus hijos. Yo, que después de haber sido destrozado por la vida, que después del golpe de lo de Eulalia, me encontré de buenas a primeras con dos hijos en el mundo y sin mujer, eh, y perseguido por los rojos, y que a pesar de todo he conseguido asegurarles una situación desahogada. No, si la de padecimientos que he llegado a pasar no lo sabe nadie.

Por Dios, tío, no lo sabré yo de sobras. Pero Gregorius también ha hecho mal contándote una cosa que, viniendo de quien viene, no tiene ninguna trascendencia. Es un correveidile incorregible y lo será toda su vida.

Me gustará que le oigas. Verás como no me invento nada.

Tío, pero por Dios.

Es que me gustaría que le oyeras. Ya debiera estar aquí. Esta mañana ha estado conmigo, en el jardín. Y ha dicho que volvería enseguida después de comer. No entiendo cómo tarda tanto. Sabe que después siempre hago un poco de siesta.

Se habrá olvidado. Yo creo que ni sabe dónde tiene la cabeza. Se olvida de todo, se duerme en todas partes.

Yo creo que es porque toma demasiadas pastillas. Todas estas porquerías para el insomnio dejan muy chafado. Pero si te habitúas, ya estás listo. Y además son carísimas, un verdadero censo. También dice que tiene angustia. Para mí, que está cargado de manías. Si a veces parece, no sé, como chiflado.

Será chiflado de amor.

Es que nadie lo diría, pero yo le llevo seis años. Y la misma Paquita, medio imposibilitada y todo como está, la pobre le lleva once, y tiene la cabeza mucho más clara. Gregorio chochea, no está en sus cabales, vaya.

Es lo que te digo, el amor. No hay más que verle por la calle, con la Leonor. Van del brazo como dos enamorados, como una parejita de tórtolos. Me los encontré un día, hace meses.

Debió ser cuando pasó aquel bache. Pobre Leonor, pues es una buena mujer. Es como Eloísa, lleva tantos años en la casa. Suerte tiene de ella, que aunque ahora no está tan chafado, no sé qué haría si no. Es como un niño, necesita que le estén todo el día encima.

Si yo no les critico, que conste. Al contrario. El que ella sea una chacha para mí no cuenta. Como si fuera la reina de Inglaterra. Gregorius es muy libre de liarse con quien le dé la gana. Lo que pasa es que ella no es precisamente lo que se llama un dechado de encantos. Ésta es la única pega que le veo a su Leonor.

Montserrat, Montserrat, ya sabes que no me gusta que hables tan a la ligera. Dices las cosas en broma, pero quien no te conoce puede tomárselo en serio y, vamos, produce mala impresión. Y luego las cosas se repiten, la gente es terrible. No hay que hacer juicios temerarios, Montserrat. Tú eres muy aficionada a hacerlos y no está bien. Al menos en mi presencia. Y lo digo en serio, vaya.

Pero, tío, si sabes de sobra que no lo digo en su demérito ni con ánimo de criticar. A Gregorius lo quiero muchísimo, con sus rarezas y todo, y sé perfectamente que sin ella andaría perdido. Si es que es el colmo del despiste. Con decirte que hace unos años, cuando Monsina tenía nueve o diez, tuve que prohibirle que se la llevara al parque. Ya sabes que Gregorius tiene locura por Monsina, vamos, por todos los niños, pero quizás más por Monsina, y que los niños siempre tienen locura por él, que no se sabe por qué, pero Gregorius es para los niños una especie de institución. Pues, bueno, tuve que decirle que no les dejaba más ir solos al parque, que si no iban con la Leonor o alguna persona responsable, que no. Y es que, ya sabes lo trazotas que es, jugando con ella, se ve que forcejeaban, que le levantaba las faldas, que hacía como que la zurraba, en fin, y un buen día se llegó a formar un corro de gente y hasta se acercó un guardia y empezó a hacerle preguntas. Un verdadero espectáculo. Y suerte tuvo que había por allí alguien que ya le conocía de otras veces. Le debieron tomar por uno de esos maniáticos que van detrás de los niños. ¿Por qué os lo he contado? Ah, sí, pues nada, pues ahora que la niña está ya hecha una mujer, él sigue con las mismas bromas. Y, claro, quien no conozca su modo de ser, pensará que es un viejo verde. Pero él ni se da cuenta de que la pobre Monsina lo pasa fatal; se pone como un tomate y una vez se echó a llorar y todo. Y yo dije, pero, por Dios, Gregorius, ¿no te das cuenta de que no se puede tocar el culo a una chica de quince años?

Desde luego, este Gregorio es el acabóse. ¿Y qué me dices de aquella vez que le robaron la gabardina en el parque? Él cuenta que un muchacho joven le preguntó la hora y que, cuando se dio cuenta, le

había desaparecido la gabardina del respaldo del banco. Para mí que se debió dormir.

No me extraña nada. Se queda dormido, se olvida de las cosas y luego se piensa que le han robado. Si se duerme hasta en los cines. Parece que en una ocasión dio un susto de campeonato a los acomodadores, que vieron que todo el mundo salía y que él se quedaba como un muerto.

Ya, ya. Es que tiene cosas de persona trastornada. Yo creo que toma demasiado el sol, que el sol le coge en la cabeza y lo deja como atontado. Tanto sol no puede ser bueno. Se queda dormido como un lirón y luego, claro, por la noche no puede conciliar el sueño y tiene que tomar pastillas. Está metido en un círculo vicioso y no sabe cómo salirse. Paquita tiene la cabeza mucho más clara, ya te digo.

¿Tía Paquita? Qué quieres que te diga. Yo creo que si estuviera en sus cabales no se hubiera tomado en serio todas estas historias del milenario de los Ferrer y del escudo de la familia con que esos mangantes de la heráldica le sacan los cuartos. Claro que la culpa es de Juanito, que es un majadero, y fue quien le calentó los cascos; pero hace sólo unos años, ella no le hubiera hecho ni caso. Todos tenemos nuestras manías y ella tenía las suyas, como la de los santos y las devociones. Pero, que yo recuerde, nunca le había oído hablar de milenarios ni de escudos. Y ahora parece un disco rayado, no te habla más que de que en 1963 o no sé cuándo se cumple el milenario de la familia, y que si para entonces ella falta, no nos olvidemos de celebrarlo. La pobre. Imagínate qué van a saber que no sepamos nosotros de la familia estos desgraciados de las investigaciones heráldicas. Pero ellos halagan la vanidad de la gente con escudos nobiliarios y árboles genealógicos que se sacan de la manga, y de eso viven. El único que se los puede tomar en serio es Juanito, que se ha hecho sacar un sello para el anillo y va por ahí pavoneándose, contando que los primeros Ferrer eran señores del Ampurdán que fueron a establecerse en no sé qué tierras de la provincia de Tarragona. Y yo le digo, ¿pero no ves, cretino gilipollas, que el apellido Ferrer es de lo más menestral que puede haber?

Mira, cada cual tiene sus manías. Y con ésta no le hace daño a nadie.

No hace daño, pero hace el ridículo. Sus amigos monárquicos deben ser los primeros en empezar a chotearse a la que se da la vuelta. Claro que tampoco ellos tienen demasiados motivos para enorgullecerse, títulos de hace cuatro días la mayor parte, premio a las virtudes ciudadanas y a los buenos negocios, un origen no muy glorioso. Todo el mundo sabe que en Cataluña nunca ha habido nobles en el sentido convencional. Ni falta que nos han hecho, dicho sea de paso. Había condes, eso sí, y lo demás eran señores y basta. ¿A qué viene ahora

tanto marqués? Pero si cualquiera de estos títulos de pacotilla hace ya el ridículo al lado de un duque de Alba o de Medinaceli, puedes contar qué ridículo no hará Juanito presumiendo de nobleza.

Y qué más da, mujer, qué más da. Además, quién sabe si no hay un fondo de verdad en todo eso.

Vamos, vamos, tío, que sabes tan bien como yo que, hasta que Juanito conoció a los mangantes estos, en casa nunca se había oído hablar de semejantes historias. Lo que pasa es que, ya conoces a tía Paquita, con lo del milenario le pillaron la onda, y en esas estamos.

Pobre Paquita, también tiene una buena cruz con su salud. La vida no le ha deparado más que adversidades y desgracias. Le pasa como a mí, que aparte de ver a los hijos ya encarrilados... Primero pierde el primogénito, luego el marido, y ahora esta enfermedad consumiéndola años y años. Y la desaparición de otros tantos seres queridos, tus padres, los dos en pleno vigor, eh, en la flor de la edad. Se diría que Dios ha querido ponernos a prueba. Por mi parte, siempre lo he aceptado todo con resignación, pero a veces pienso por qué, Dios mío, por qué. Lo de Eulalia representó para mí un golpe terrible, no puedes figurarte. Ni sé cómo no perdí el oremus. De no tener fe, de no tener religión, creo que hubiera hecho un disparate. Suerte también de mis hijos, que me obligaron a reaccionar, a seguir luchando para sacarlos adelante. Fuera de ellos, ya no tenía ilusiones, había perdido las ganas de luchar, todo. Y apenas me había recuperado, la guerra, las persecuciones, y otra vez vuelta a empezar, un golpe detrás de otro. Pero lo de Eulalia marcó el principio de mis desgracias, fue la verdadera tragedia de mi vida. De haberla tenido a mi lado, nunca me hubiera retirado de la Anónima, como me retiré, cansado de la vida y de todo. Pero sin ella me sentí viejo antes de tiempo y sin fuerzas, y una vez encaminados mis hijos, uno sacerdote y el otro acabando los estudios, me faltaban alicientes para continuar al frente de la Anónima. Claro que un hombre de costumbres frugales como yo, que no tiene necesidades, vive con nada, y para los gastos de la casa, gracias a Dios, nuestras rentas son suficientes. Pero no es el dinero, el deseo de lucro, no. Es el aspecto moral. Yo tenía facultades y empuje y hubiera podido llegar a ser, qué te diré yo, un Jacinto Bonet, una personalidad en el mundo de los negocios.

¿Jacinto? Pues la verdad es que no sé qué ves en él, aparte de que sea un ricacho. A mí no me parece nada del otro modo. No sé, cualquiera diría.

¿Jacinto? ¿Un cualquiera? Por el amor de Dios, Montserrat, no me digas esto. Jacinto es un chico que vale mucho, todo el mundo lo sabe. A su edad, las relaciones que tiene y la posición que se ha forjado. Yo, al menos, lo tengo por un portento. Es un hombre que, vamos, ha triunfado. ¿Qué más quieres?

Uno de tantos que chupan del bote. Así ya se pueden tener haigas y criados y estar siempre de la ceca a la meca. Además, un hombre que se va a América en barco y a Madrid en coche porque tiene miedo al avión, perdona, pero no es mi tipo.

Pero, mujer, no hagas caso de estas cosas, que son naderías. Tú pregunta a quien quieras en Barcelona por Jacinto Bonet, eh, y si es alguien enterado, si es alguien introducido en el mundo de los negocios, te dirá que hay que quitarse el sombrero. Jacinto Bonet es una personalidad de valía reconocida. ¿Que tiene enemigos? Como cualquier figura importante. En este mundo, todo es envidia y maledicencia, ya se sabe. Pero los que le critican son los de quítate tú para ponerme yo. Y bien que hace aprovechándose. En definitiva, el secreto del mundo de los negocios es éste: saber aprovechar las ocasiones. Sin afán de lucro no habría actividad económica. Mientras no infrinjas las leyes... Y este Régimen podrá tener muchos defectos, pero el Plan de Estabilización era una medida necesaria. Te lo digo como hombre de negocios. Una medicina que había que administrar al país, y el Régimen lo ha hecho, y créeme que el tiempo le dará la razón, aunque de momento sea un mal trago para todos. Ya se sabe, hay que estar a las duras y a las maduras. Y aun con todos los defectos que este Régimen pueda tener, antes que volver a las andadas, cualquier cosa. Aquella inseguridad, siempre con el alma en vilo, pendiente de que te fusilaran en cualquier cuneta, de que te asesinaran nada más que porque eres persona de posición o porque habías votado a las derechas. O simplemente porque te encontraban un escapulario. Aquellas bandas de criminales sueltos, la chusma desatada, las checas, los registros. A nosotros nos robaron las joyas, la plata, todo lo que pudieron. Lo que fue aquello es algo que no tiene nombre. ¿Y ahora vamos a quejamos de la Estabilización? Vamos, vamos. Como si lo que hace falta no fuera precisamente estabilidad, estabilidad y más estabilidad. Lo que pasa es que los españoles nunca estamos contentos. ¿Quieres mayor desgracia que una revolución, el caos económico y social, las venganzas, la pérdida de tantos seres queridos?

Dímelo a mí, tío. Y de esto es de lo que me quejo, de que Jaime no murió para esto de ahora. Será un mal menor, si quieres, pero él no murió para esto.

Sí, mira, las cosas nunca salen según nuestros anhelos. Pobre chico, era un héroe, un idealista de verdad. En estas cosas siempre pagan justos por pecadores. Y precisamente él, tan joven, tan lleno de vida y de energías. Qué mala suerte tuvo. Vamos, y tú, por la parte que te toca. Parece que el destino se haya querido cebar en nosotros. Muertes, enfermedades, guerras, descalabros económicos, toda clase de calamidades. Las desgracias nunca vienen solas. Quién le iba a

decir a tu padre, por ejemplo, cuando éramos pequeños y jugábamos en el chalet de la calle Mallorca, que él iba a ser el primero. Claro que era el mayor de los hermanos, pero a su edad, en plenas facultades, parecía imposible. Ahora, la mayor es Paquita. Y luego, yo. ¿Te acuerdas del chalet de la calle Mallorca?

Pero ¿cómo quieres que me acuerde, tío, si me parece que ni había nacido? Soy vieja, pero no tanto.

Pues era algo digno de verse. Uno de los mejores palacetes de su época. Ahora valdría una millonada. Y se vendió, qué sé yo, por una cantidad ridícula.

Así estamos todos ahora, un cojo guiando a un ciego. Ninguno de nosotros tiene siquiera la posibilidad material de comprar a los demás su parte de Vallfosca, que es absurdo que sea todavía un indiviso. Salvo Jacinto, claro, que es el que acabará quedándosela.

Ah, esto sí que no. Ya se lo he dicho a Gregorio, esto sí que no. Desde un punto de vista legal, nada le prohibe hacerlo, pero como hermano mayor y con la fuerza moral que ello me da, me opongo rotundamente, ya se lo he dicho.

¿Y qué quieres hacer? Uno por otro lo vamos dejando y aquello está cada vez más abandonado. Y ahora no sé qué va a pasar. Pobre Polit, con todo y ser un vivales, no se puede negar que lo llevaba bien. Pero es que una finca que es de muchos no puede estar nunca en condiciones. Y a este paso, en la próxima generación, tendrá cincuenta propietarios. Pero Gregorius venderá su parte y, a la larga, serán los Bonet y sus hijos quienes acabarán disfrutándola. Por cierto, que parece que Ramona está otra vez esperando.

Que no, vamos, que te garantizo que no. He hablado con Gregorius y confío en que he podido quitárselo de la cabeza. Aquello es como la casa pairal de los Ferrer Gaminde y tiene que seguir siéndolo, no me he cansado de repetírselo. Pero mira que es célebre este Gregorius. Salirse ahora con éstas. A quién se le ocurre.

Perdona, tío, pero hasta cierto punto es lógico. Si tú eres el primero en ponerle a Jacinto como un prodigio, como el orgullo de la familia, y Jacinto va y le dice que le compra su parte, y Gregorius está de acuerdo y le parece bien el precio, pues es lógico.

No es cierto, no es cierto. Fue Gregorius el que se lo ofreció a Jacinto y no al revés; fue Gregorius. Y Jacinto, como es natural, aceptó porque tiene vista y sabe que el día de mañana aquello valdrá una fortuna. Y esto es lo que Gregorius no ve. Pero toda la culpa es suya, por ofrecérsela. Se lo he dicho un montón de veces. No seas zoquete, es una locura, una verdadera locura. ¿A quién se le ocurre hacer semejante propuesta a Jacinto? ¿No comprendes que Vallfosca es, ha sido y ha de seguir siendo patrimonio de los Ferrer-Gaminde?

Ay, hijo mío, a mí qué me cuentas de hereus ni de mayorazgos. Para

empezar, si lo hubiéramos aplicado en nuestro caso, a estas horas no estaríamos discutiendo porque ni tú tendrías tu parte ni yo la mía. Todo hubiera ido a parar a los hijos de Raúl, a Juanito, más concretamente.

Si no me quieres entender, no me entiendas. No es por el interés material, es por lo que representa para la familia. Aquello está vinculado a nuestro apellido, viene a ser nuestra casa pairal, no es una propiedad cualquiera.

Tenía el sombrero inclinado sobre la nariz y miraba a tío Gregorio a la sombra del ala caída, estirando el cuello en altiva exhibición de nuez abultada, mentón protuberante, nariz ganchuda, y los ojos al fondo, inquisitivo y quieto tal un pájaro añoso. Y tío Gregorio, sentado atravesadamente, casi dándole la espalda, se protegía del entresol del ciruelo con un periódico doblado. Eloísa escuchaba desde los peldaños, haciendo como que desgranaba guisantes.

Pero ¿a mí qué me explicas? Yo no tengo descendencia. Y no veo qué servicios haría a mis sobrinos dejándoselo cuando me muera si el Estado se lo lleva casi todo. Además, tan sobrina es Ramona como los otros. Ya se las compondrán luego entre ellos, no te preocupes. Y entre tanto, pues yo cobro unas pesetas. Éste es el problema. ¿De qué me sirve conservar mi parte? ¿Para qué la quiero? En cambio, si invierto su valor en títulos, en papel, me produce algo, me renta.

Es que eres tremendo, Gregorio, terco como tú sólo. Cuando te pones así no sé qué te haría, me sacas de mis casillas. ¿Es que no hay manera de hacerte entender, pedazo de alcornoque, que lo que ahora estás dispuesto a venderte por una miseria valdrá en su día una porción de dinero? Ahora que todo el mundo empieza a tener su coche, si urbanizas aquello, la gente vendrá a quitarte las parcelas de las manos. Y figúrate la de casitas que pueden llegar a caber allí. Si no hay más que promoverlo.

Sí, precisamente allí. Tienen toda Cataluña para escoger, pero irán en sus cochecitos precisamente a Vallfosca. ¿O es que también el resto de Cataluña acabará vendiéndose a palmos?

¿Y por qué no? Es un fenómeno general. Después del coche, la gente quiere tener un chalet, y aquello es precioso. Lo de las playas acabará poniéndose imposible. No tienes más que ver las fotos que traen las revistas, qué amontonamiento. Están tan llenas que tarde o temprano se empezará a volver al campo. Si parecen latas de sardinas, de saturadas que están. Además, en coche, aquello se queda como quien dice a un paso de Barcelona. Y son millones y millones de palmos.

Mira, Jorge, no me hagas reír. Para entonces, todos calvos.

Gregorio, no sabes lo que estás diciendo, desvarías. ¿No ves que no hay más que promoverlo, encontrar capital para ponerlo en marcha? Tantos sitios hay que no reúnen las condiciones de Vallfosca y, sin

embargo, ya están de moda. Por el amor de Dios, no seas mentecato.

Pues a ver si encuentras este capital. Lo que es yo, encantado. Ahora, que si es un negocio tan bueno como dices, lo que no entiendo es por qué no me compráis entre todos mi parte. Os la vendo bien barata y todos contentos.

No sé cómo eres, Gregorio. Me da tanto coraje oírte hablar así que te soltaría un soplamocos. Pareces un descastado. ¿Tan poco apego tienes al apellido, a tu casa, a los tuyos? Porque sabes de sobras que, actualmente, ninguno de nosotros está en condiciones de hacerlo, de comprar tu parte.

Claro que lo sé. Si sólo es un decir. Pero entonces no sé qué quieres que haga. La vida está cada día más cara y las rentas son las mismas. Por esto se me ocurrió que lo mejor era vender mi parte a Jacinto.

Pues fue una ocurrencia desgraciada, vaya. Sería como vender la primogenitura por un plato de lentejas. Jacinto puede ser el hombre que impulse aquello por interés propio, como parte interesada, pero nunca el titular de nuestro patrimonio. Aquello es el porvenir de la familia.

Pues tampoco veo qué diferencia ves entre que venda mi parte al marido de una sobrina y vender parcelas a extraños.

Pues fue una ocurrencia desgraciada.

El Polit, contrayendo un carrillo, chascó la lengua, dijo que aquello estaba listo. Durante la guerra, entonces, entonces. Y después, cuando el racionamiento, cuando la gente venía de la ciudad y se te llevaba las patatas y las verduras a cualquier precio, los huevos, la harina, la matanza. Y los jornales eran bajos y se podía tener la finca como un jardín. Ahora, no; ahora, un solo mozo y todo eran exigencias y ni bastaba para tener a raya las hierbas. Y cuando llegas al mercado con tus patatas, ya no te dan nada. Ni el trigo, ni el maíz, y la verdura todavía menos, los tomates, las habas, los guisantes, las judías. Y la viña no pagaba ni vendimiarla. Desde que se habían puesto en explotación las huertas de por Almería, de por allá abajo, que se ve que cosechan antes. Se ve que allá hacen verdura todo el año. Y aquí vas al mercado y lo que llevas ya no vale nada. Y encima, antes de la cosecha, todavía importan del extranjero y te bajan los precios. Parece que no quieren más que hundir al payés. Ahora, nada más que los árboles, chopos, plátanos, todo el mundo se ha tirado a plantar árboles. Y, al menos, al cabo de unos años, y sin preocupaciones, dinero limpio. Yo mismo se lo dije al señorito Jacinto: árboles. Levantó la cabeza y la hizo girar despacio, como abarcando el cielo luminoso de la tarde y las colinas, el rastrojo dorado, las extensiones baldías, campos no labrados, coles espigadas entre las hierbas. Una luz ya sin golondrinas, de otoño, y en la quietud se perfilaba el vuelo curvo de las torcaces. El Polit. No en el poyo ni en la silla de anea:

sentado en un sillón de mimbres, hinchado, amoratado, con unas gafas oscuras plantadas ante los ojos. Dijo que los que vinieran detrás se comerían los higos sin saber siquiera que había sido él quien plantó las higueras. En el Hospital de San Pablo salía también a la entrada del pabellón y se sentaba en las escaleras. Contemplaba las pobres mustiezas del jardín, el paso rebasante de las nubes sobre los edificios. Sonrió como cohibido. Ya ves, un golpe de sangre. Le pidió tabaco, dijo que se lo habían quitado desde que cogió el mal, pero que la monja de la mañana no decía nada, que no era mala persona. Y ahora querían meterle a él en una portería, en Barcelona; seguramente era cosa de la mujer, que la mujer se lo había pedido a la señorita Ramona. O la señorita Montserrat. A mí no me la fot con sus cuentos. Se volvió a la enfermera. Qué, señora. Cuándo me dejarán volver a casa. Sus colores de campesino contrastaban con la palidez de los demás, y sus grandes pies nudosos, como de madera, calzados con abarcas de llanta. Y al volver, nada más bajar del taxi, lo primero que hizo fue sentarse allí, bajo los plátanos de la era, enfrentado a los campos, al fondo de bosques y colinas. En su casa no había sillones y tuvieron que bajarle uno de la torre. Permanecía rígido, con los codos pegados a los crujientes brazos de mimbre. Calella, irían a Calella con su hija. Decían que había mucho movimiento por allá, en toda la costa, forasteros, vamos, turistas. Allá siempre encontraría algo que hacer y no era como la ciudad. A la Mercè siempre le había gustado la ciudad, pero, para el caso, él prefería Calella. Siguió con la vista una bandada de torcaces, los párpados contraídos tras los cristales oscuros. Ya había vendido las bestias, dijo. Los pollos, los patos, los conejos, las vacas, los cerdos; y mañana venían a por el caballo. Quedaban los perros. Y los gatos. Fuera donde fuese, no podía llevárselos. Los perros rascadores, olisqueadores, aulladores, una pandilla en ocioso retozar de gruñidos y dientes, meneos de rabo, zalamerías. Parecían inquietos, advertidos, o acaso desacostumbrados al silencio de los corrales y los establos, a la calma de los contornos no rastreados por las gallinas, no escarbados, no curioseados, gallos encrespados y cacareantes, tomateros picoteadores, polluelos, cluecas, gallinas movedizas, de ojos espantados, avizorando con el cuello ladeado, apretando a correr, escapando, ayudándose con las alas, la cabeza puntiaguda por delante, zanqueando, disparando como resortes las patas de flojas calzas amarillas. Sin pollos, sin patos, sin conejos, sin vacas, sin cerdos, sin caballo.

Tomó un taxi al llegar a Llinás, en la misma estación, y durante el camino quedó con el chófer para que volviera a buscarle a primera hora de la mañana siguiente. En el exterior de la casa, a la sombra clareante de los plátanos otoñales, había ya una pequeña multitud de vecinos y familiares, gente grave y expectante, payeses mudados y

oscuros abriéndole paso con circunspección cuando salió del coche. Dentro predominaban las mujeres y hacía calor o más bien faltaba el aire y aturdían las sudorosas expresiones de aflicción y pésame, llantos que se acentuaron al máximo en el momento de sacar el féretro. El recorrido era largo y la viuda y la hija siguieron el cortejo en tartana, apretujadas entre otras mujeres, casi inidentificables bajo los velos negros. La mayor parte de los asistentes se despidió en el pueblo, a la salida de la iglesia; sólo unos pocos se animaron a subir hasta el cementerio. El camino discurría sesgando las viñas de la loma, empinándose, estragado por las roderas, y el cura terminó por montar en el pescante del carro dorado y negro, junto al cochero, desgarbadamente destacados contra los cielos del atardecer, alturas todavía frecuentadas por torcaces centelleantes. Fue una subida trabajosa y, además, el carro dejaba tras de sí un tufo persistente, producido acaso por la grasa que empastaba los ejes. Raúl había caminado en compañía del yerno y le explicaron algún lío de familia, una hermana del Polit con la que no se trataban y que ahora había comparecido a recriminar, a echar en cara a la Mercè viejas diferencias. Paseó entre las pobres cruces de las tumbas, entre nichos agrupados, por los senderos de arena bordeados de cipreses, de setos desabridos con pájaros guareciéndose; sonaban martillazos.

A la vuelta, la gente empezó a desperdigarse en pequeños grupos, según fuera su camino, y algunos payeses se aflojaron el cuello sobre la marcha, a buen paso, se quitaron la chaqueta y hasta los zapatos, mientras charlaban entre bostezos, locuaces y desahogados, de nuevo familiares, con el alivio que produce la recuperación del mundo cotidiano. Se oían sus voces distanciándose, aisladas en el sosiego, manso como un humo que se abate, de la claridad mermante, atajos, veredas evasivas de aquel paisaje tan andado, solitario, de caza, tantas veces asolado de cantos, de movimiento, aquietado, las viñas y el rastrojo, las ramas entramadas, y sólo el suave son del viento en los pinares tras el disparo, la paloma caída tal un ángel aleteante, en tumulto de plumas, las mismas colinas ahora opacas, ahora que el giro del sol es cada día más bajo y el aurorear de la noche más temprano, luces que se acortan, valles que se ofuscan, relieves que se desvanecen, campos como apagándose en la austera oquedad nocturna. La tartana les había tomado la delantera y, cuando llegaron, las mujeres se afanaban ya en la cocina, sin dejar hacer nada a la Mercè. La hija, sí, limpiaba verdura, decía que así se distraía. La Mercè, en cambio, callaba, miraba el fuego, y de pronto se puso otra vez a hacer pucheros. Se escuchó algún suspiro, y todas siguieron con lo suyo en silencio, primas, cuñadas, parientas venidas de otros pueblos. Los hombres conversaban en el comedor, haciendo tiempo, frases vagas, espaciadas, observaciones de carácter general; se pasaban el porrón, el

tabaco. Cenaron reunidos allí, taciturnos, la Mercè que no quería comer y acabó escurando el plato, ajena a lo que se decía, acongojada. Los perros merodeaban crispantes, sobrecogían con sus ladridos y salidas en tropel, y el yerno tuvo que arrearles. Quedó uno, acurrucado junto a la silla de Raúl, despierto y hociqueante, el ojo ribeteado de espanto. El portal iluminado, el fresco de las eras, el camino de la torre, una cuesta suave y curva adentrándose en la cerrazón rameada, en el jardín hojoso, hacia el edificio como cobijado, las ventanas ciegas, el alero oscuro. Y luego, en el interior, el salón, los retratos de los abuelos y el del bisabuelo, óleo sacado a todas luces de una fotografía y, muy posiblemente, con posterioridad a su muerte, en reverente recuerdo. Y las fotos enmarcadas a lo largo del pasillo, duros cartones amarilleantes, Cuba, los ingenios del abuelo y sus productos, su casa, sus tierras, su zafra, su ganado, sus negros, heredades y herederos, hijos, nueras, yernos, parientes lejanos, anónimos rostros familiares, ocres poses, atónitas, de instante detenido, fondos de balaustras, de jardines, de salones con retratos y espejos, pertenecientes, tal vez, al chalet de la calle Mallorca, en este pasillo lejanamente iluminado, penumbra, sombras de alto ejemplo, memorias funerales. Noche acallada, de desazón, de insomnio y figuraciones, hasta que el albo amanecer prendiera en el cielo, opalino. Y los pájaros negros removiéndose aflautados.

Milenarios. Se le encaraba, aureolada de pelo trepado, reteñido de rubio, el hálito alcohólico, ardiente, el verbo más y más encendido. Déjate de historias; para mí, los Ferrer empiezan con el bisabuelo. Más lejos, le digo siempre a Juanito, yo no buscaría, igual te sale un canónigo. Por esto, cuando hablo de nuestros antepasados, me refiero exclusivamente a la generación del bisabuelo y las que siguen. A saber: bisabuelo Jorge y su hermano Jaime, que por lo visto hizo la campaña de África con Prim. Está incluido en la Galería de Catalanes Ilustres, y parece que participó en la batalla de Tetuán o de los Castillejos, gesta inmortalizada por Fortuny en un grandioso retablo visible todos los días de 10 a 14 h., festivos inclusive, en el Museo de Arte Moderno o de la Ciudadela. Hay una carta muy interesante que hace referencia al embarque de los voluntarios en el puerto de la Ciudad Condal, un verdadero documento histórico. También existe la mención de un Ferrer que luchó como lugarteniente de Cabrera en las partidas carlistas; pero de todo esto, en relación con la familia, nada hay seguro. Y lo mismo puede decirse de otro Ferrer que figura en la crónica de las guerrillas antinapoleónicas de la provincia de Tarragona. Del bisabuelo Jorge se sabe, en cambio, que emigró a Cuba en su juventud, a Matanzas, y que amasó en pocos años una inmensa fortuna. Contrajo matrimonio con María Ignacia Gaminde, vasca de pura cepa, perteneciente a una vieja familia guipuzcoana, de Rentería,

un apellido que consta entre los de los señores que se reunían alrededor del árbol de Guernica. También se sabe de bisabuelo Jorge, aunque a los tíos no les guste que se comente o recuerde, que sembró la isla de mulatos. Vamos, lo que se dice un machote. Con él, con él empieza la historia de la familia que, como la historia de las naciones, tiene sus períodos de auge y sus períodos de decadencia. El abuelo Raúl, por ejemplo, todo un señor; se instaló en Barcelona poco antes de la pérdida de Cuba, construyó el chalet de la calle Mallorca e invirtió su dinero, que era mucho, en valores y alguna que otra finca. Fue él quien añadió al apellido de Ferrer el apellido de su madre, Gaminde, con el fin de evitar que desapareciera, al menos en lo que se refiere a nuestra familia, ya que, por lo visto, no había descendientes varones. De esta manera se formó el apellido Ferrer Gaminde propiamente dicho. Parece ser que abuelo Raúl era una persona muy piadosa. Llegaron a proponerle un título pontificio por sus obras de caridad y lo rechazó, porque no era una compensación social lo que buscaba ni es la nobleza mera cuestión de título. Lo que decíamos antes, la nobleza auténtica, la genuina, es otra cosa; no se hereda: se es o no se es. Por esto prefiero hablar de nobleza que de aristocracia, porque no todo aristócrata es lo que en sentido estricto se entiende por noble. Y menos aún en Cataluña, donde, como en el País Vasco, los señores han sido siempre simplemente señores. Concepción más legítima y, sobre todo, más alta, no dependiente de un título, nobleza no de sangre, sino de espíritu, algo que los que ahora se llaman de buena familia, de buen apellido, y no son en realidad más que burgueses enriquecidos, nunca podrán tener, con su cobardía y mezquindad características, encerrados en su mundo estrecho, sin grandeza. Un estilo altivo, una amplitud de miras, una actitud gallarda, esto es lo que distingue a los bien nacidos. Y abuelo Raúl, aun sin tener la empenta del bisabuelo, lo era. La familia de la abuela era otra cosa, burguesía liberal de aquí, una dinastía de abogados y notarios, como la familia de tu madre. Gente que yo llamo de la calle Fernando. Con todo y ser de lo más respetable, sin la personalidad de los Ferrer, del abuelo, sin este algo, este no sé qué que el abuelo tenía. Y sus hermanos: Felipe, que con la pérdida de Cuba se trasladó a Norteamérica, y Cecilia, casada con un tal Andechaga, de origen vasco, en Santiago, donde aún hay descendientes, los Andechaga de Santiago, que se siguen sintiendo muy españoles. Juanito todavía se cartea con ellos de vez en cuando, así como con los Ferrer de Norteamérica, que creo que viven en California y también están sumamente orgullosos de su ascendencia española y, más concretamente, catalana. Y sus hijos, Cecilia, que murió muy niña, papá, tía Paquita, tío Jorge, Gregorius. Gregorius siempre ha sido algo especial, pero los demás, en su juventud, se codeaban con lo mejor de

Barcelona. Y no es por nada, pero parece que papá era realmente una persona dotada de un temple y de una inteligencia privilegiados. Y no creas que se trata de mis recuerdos personales, que, naturalmente, carecen de valor para terceros, sino del testimonio de cuantas personas tuvieron la oportunidad de conocerle, que guardan por él una verdadera adoración. Por algo se llamaba igual que el abuelo. Y como tú, por cierto. Y tanto tu padre como la misma tía Paquita, aquí donde los ves, se ve que estaban hechos unos pollospera. Ahora tienen sus años y todas las rarezas de los Ferrer, porque, hay que reconocerlo, los Ferrer somos un rato raros. Pero tu padre, pues, se ve que era un chico muy fino. Fue a partir de la República, aproximadamente, cuando empezamos a recibir batacazos, cuando sobre la familia, como palos de ciego, empezaron a caer desgracias de todo orden. Después de la muerte de papá, la de mamá, la de tía Eulalia, que estaba tan unida a mamá, la de Jaime, todas en un intervalo tan corto, con tan poca diferencia de tiempo. Creo que sólo una tragedia general como la guerra, una hecatombe como aquella, podía distraernos, en lo que cabe, de nuestra tragedia familiar. La guerra y luego esta inflación y la baja constante de valores, que nos han ido arruinando mientras cuatro enchufados se hinchaban con el estraperlo, como ahora con la estabilización. Es lo del pez grande que se come al chico, la ley del embudo. Porque Gregorius siempre dice que si tío Jorge, en vez de meterse en negocios, hubiera tenido una querida, no habría perdido tanto dinero. Y esto, claro, es fácil de decir para quien como él se ha dedicado a vivir de renta. Pero yo, y que esto vaya en descargo de tu padre, yo que he tenido que bregar lo mío para salir adelante con la fabriquita de cartones, que es el pan de mi hija, te garantizo que la vida se ha puesto muy difícil y que hoy día es casi imposible mantenerse a flote así, rodeada de tiburonazos. Aparte de cosas, te advierto que Gregorius, que siempre ha nadado dejándose la ropa en tierra y que si no ha perdido es porque no ha jugado, también está empezando a pensárselo dos veces antes de gastar una peseta. Y yo no es que me alegre, pero le está bien. La inflación no perdona a nadie y menos a los que, como él o como Juanito, se creen que sólo trabajamos los tontos, porque en el fondo es esto lo que se creen. Y es que Gregorius, mucho hablar de que si volviera a ser joven se iría a América y haría Dios sabe cuánto, pero puedes tener la seguridad de que en realidad volvería a hacer exactamente lo mismo, de que ni se marcharía a América ni nada y de que, ahora que tu padre no está delante, acabaría casándose con la raspa, que es como acabará, y si no, al tiempo. Tú dirás. Si es la clásica persona que a base de ir siempre a lo suyo, a lo fácil, no llega a ninguna parte. Y mira que le quiero muchísimo, pero la verdad, la verdad verdadera, es que Gregorius es un comodón y un egoísta como él solo. Y entre los

primos, pues ya ves, no hay excesiva madera que digamos. No es por halagarte, pero realmente al único al que veo con casta, con verdadera casta, eres tú, como se la veía a Jaime, que era de la misma madera que el bisabuelo. Hasta físicamente no podía haber salido más Ferrer. Ponle bigotes y barba y dime si no recuerda al bisabuelo. Porque lo que es los demás, flojillo, flojillo. Ramona, casada con este hombre, que habrá hecho un fortunón y todo lo que quieras, pero que yo considero esencialmente deshonesto, y tengo elementos de juicio suficientes para poder afirmarlo. Pedro, más bien insustancial, poca cosa; Juanito. Y para de contar. Bueno, y yo, que estoy de lo más fotuda, que ya no valgo para nada. Ah, y Felipe, que por cierto está cada vez más soso. Antes no era así; antes era un chico, no sé, normal. Se ve que es esto del Opus, que están cargados de puñetas. La última vez va y me sale con que no quiere ponerse a mi lado en el coche. Debía tener miedo de que la gente pensara que iba con una fulana o qué sé yo qué, y ya me tienes a mí delante y a él detrás, llevándole como si fuera su chófer. ¿Tú te crees que es normal? Y es que no sé cómo es ahora la gente. Los unos por pijos, los otros por mojigatos, total que estamos aviados. Cuando comparo los jóvenes de hoy con los de mi época. No ya con Jaime, que era un caso excepcional, algo fuera de serie, tendrías que haberle visto los meses que precedieron al alzamiento, en los mitings, sereno y altivo, gallardo, impávido, estampa misma de la fiereza, enfrentándose impasible a las hordas aquellas que se la tenían jurada. No ya con Jaime, sino con cualquier otro. Con un Florentino, con un Abelardo, chicos que sin ser nada del otro mundo, pues tenían esta hombría, esta decisión de entonces, que son cosas que parece que se las haya tragado la tierra, rasgos, cualidades como extinguidas, como retiradas de la circulación. O es que a lo mejor me tocó vivir un momento privilegiado, una generación de héroes que afloraron de pronto, y lo que pasa es que estoy mal acostumbrada. Pero para quien lo ha vivido es algo que marca, que no se olvida. Hay que haberlo vivido para comprender lo que era aquello. El Tercio de Montserrat, la flor y nata de Cataluña, chicos que en lo mejor de su vida arriesgaron el todo por el todo para poder pasar clandestinamente a Francia e incorporarse a su puesto en la España nacional y allí seguir jugándose cada día el todo por el todo. Y los alféreces provisionales alistados en los cuerpos de choque, en la Legión, en Regulares, en Contracarros, como Jaime. Y los capitanes de los bous, y los pilotos como José Ramón, un as del aire que, después de cien combates y con la laureada individual, murió tan absurdamente en una exhibición de vuelo acrobático. Lo que son las cosas. Quizá de haber sobrevivido, me hubiera casado con él en vez de con Ernst, y mi vida hubiera tomado un rumbo bien distinto. Pero la vida es esto, un azar. Conocí a Ernst y mira; tres semanas de

relaciones, lo que se llama un matrimonio de guerra. La típica historia de aquel entonces; yo era su madrina y nos escribíamos y le enviaba paquetes, hasta que un día le conocí, durante un permiso, en San Sebastián, y fue un amor de lo más loco. Con Vittorio trabé relación en el hospital, mientras se me reponía de una herida. Muy hombre. Uno de los pocos italianos verdaderamente hombres que he conocido, con nada de cobarde ni de afeminado. Quiero decir que no era de los de Guadalajara, de esos señoritos que más parecían señoritas, y hasta llevaban redecillas para el pelo. No, Vittorio no era de esos, te lo aseguro. Parecía español; vamos, español de los de antes. Me gustaría saber qué se habrá hecho de él. Habrá muerto, esta clase de hombres no puede durar. Y la verdad es que Ernst también era de un arrojo y un atractivo irresistibles. Esto es lo que me cegó; mientras estuve apasionadamente enamorada de él no supe ver otra cosa. Y como una ingenua que soy, porque esto es lo que soy y lo que seré toda mi vida, una ingenua y una boba, sólo me di cuenta de su faceta de aventurero cuando ya no había remedio. Empezó a engolfarse y acabó como tenía que acabar, hecho un gángster, haciendo un desfalco y fugándose a Sudamérica con aquella mala puta. Lo que ha llegado a hacerme sufrir este hijo de la grandísima. Y como ésta, tantas otras desilusiones. Está visto que sólo los bribones prosperan, los piernas, los listillos, los cínicos, los vivales, los emboscados, los que nunca han disparado un tiro y aprovechan el momento en que lo están haciendo otros para colarse, para situarse en los puestos clave y forrarse a costa nuestra y luego, encima, darnos morcilla a todos. Si entonces un profeta nos hubiera vaticinado a los puros que todo iba a acabar así, lo hubiéramos tomado por un agente provocador, por propaganda roja. Nos hubiera parecido inconcebible. Era el clima de entonces, el entusiasmo. Imbéciles que éramos, pienso ahora. Y, sin embargo, otras veces pienso que volvería a firmar, que, pese al desengaño, siempre es preferible aquello a la inercia de los jóvenes de hoy día. Había una riqueza de experiencias, una intensidad de emociones, de sentimientos, no sé, un tono vital tan elevado. La vida tenía otro sentido, más fuerza, siempre con la muerte como una espada suspendida sobre la cabeza. Y el riesgo, el espíritu de sacrificio, el compañerismo, la misma forma de amar, de entregarse. Y aquellos momentos de apoteosis, de confraternización, la entrada en un pueblo recién liberado, por ejemplo, algo inenarrable. Son cosas que han desaparecido, que se han perdido, que las cuentas ahora y parecen increíbles. Y, lo que es peor, que ni siquiera interesan a la juventud de hoy día. Y cuanto más jóvenes más indiferentes, más como embotados. Yo lo veo cada día en estos niñatos que vienen por casa detrás de Monsina y que no se interesan más que por bobadas. Verdaderos mequetrefes, chicos que si físicamente no tienen ni media bofetada,

espiritualmente están huecos como cántaros. Sólo tienes que fijarte en su modo de hablar, en el léxico que emplean, que es de una pobreza que da grima. Cuatro expresiones chabacanas y un puñado de calificativos que valen para todo. Las cosas son una mierda o son cojonudas, y con decir estupendo, por ejemplo, se cargan los mil matices que en nuestra lengua distinguen una palabra de otra, bello, sublime, agradable, guapo, atractivo, cómodo, armonioso, y cientos de palabras más que ahora no se me ocurren. Esto, para mí, es de lo más sintomático, puesto que tal pérdida de riqueza expresiva sólo es el reflejo de una pérdida general de valores. Monsina, no, Monsina es diferente. Y no lo tomes como apreciación de madraza, porque si estuviera hecha una tontaina o una cursi, también te lo diría. Pero realmente es un encanto de niña, y muy chic, una verdadera monada; parece una alemanita. Y de temperamento, que a veces me sale con un genio; claro que tiene de quién sacarlo. Total que tendrá, que tiene ya, un éxito loco. Pero yo no dejo que se le suba a la cabeza y procuro educarla conforme a unos principios morales muy rígidos, porque aparte de que éste es mi deber, como buena católica que me considero, buena católica, eso sí, sin prejuicios, aparte de eso, soy de las personas que piensan, aunque parezca anticuado decirlo, que la religión siempre es un freno. Ya sé que la gente, este conventillo que es Barcelona, me saca la piel, que se dice que descuido la formación de mi hija, que no hago más que darle mal ejemplo, que soy una madre irresponsable, etcétera. También se dijo, lo sé, que tenía un amigo financiero que me mantenía. Qué más quisiera yo, pobre de mí, nada menos que un financiero. Pero precisamente porque sé lo que es la gente y lo que es la vida, me he esmerado tanto en la educación de Monsina, porque es chica y no chico y, en nuestra sociedad, desengáñate, una mujer sincera y de buena fe, una mujer que sea lo bastante cándida como para confiarse a sus impulsos naturales, pues va vendida. Puedo asegurártelo porque esto es lo que me ha pasado a mí y es lo que no quiero que le pase a ella. Porque, y perdona el símil, te diré que a mí se me han tirado ya demasiadas veces sin dejarme gozarla, que me han caído las duras sin ir a las maduras. De ahí que haga lo imposible para que Monsina pueda ir prevenida, para que tenga criterio. Prefiero que desde el principio sepa lo que son las cosas, que no se llame a engaño. Como a uno de mis ahijados, porque has de saber que yo tengo muchos ahijados, que sus padres iban a dejar interno en un colegio de frailes, y yo le digo enseguida: mira que te querrán tocar el pito. Y Maruja: pero, por Dios, Montse, qué cosas de decir al pobre hijo. Y yo: ¿sí? Pues aguarda y verás. Y bueno, pues lo acompañamos al colegio y, nada más llegar, sale a recibirnos un fraile con tales meneos de góndola que yo pensé, tate, aquí lo tienes. Y efectivamente, al poco tiempo, el gran escandalazo, que si cuando un

niño se encontraba mal el fraile de la enfermería le daba masajes en el vientre y todo eso. Tú dirás. Como que no conozco ni nada a los frailes y a las monjas. Y es que es mejor advertirlo, así la criatura sabe a qué atenerse y le evitas el susto. Y con Monsina hago lo mismo. No quiero que se me descarríe, pero que tampoco me salga mojigata. Que sepa lo que son las cosas, sencillamente, que se guarde y, por lo demás, que sea una niña bien normal y corriente, que no haga el tonto ni sea de éstas con problemas. Y, sobre todo, que no se case por amor, que es el peor disparate que puede hacerse. Que se case con un hombre rico, que luego ya hará lo que le dé la gana. De ser un chico y no una chica, no te digo que le hubiera educado igual. Pero es una chica y esto, en nuestra sociedad, lo cambia todo. Un hombre puede tener los devaneos que quiera y no pasa nada, mientras que a la mujer, en cambio, le toca quedarse con el bombo. Una pequeña diferencia. Aparte de esto, te diré que casi me alegra que sea mujer porque así no se meterá en política. Vamos, al menos no como se meten los hombres, que son quienes tienen que dar el do de pecho a la hora de la verdad, a la hora de los tiros, porque ésta es la verdad, por mucho que se diga que la mujer es igual al hombre y todas estas monsergas, que ya se vio el resultado que les dieron a los rojos sus famosas milicianas, aquellas tiorras que ellos mismos tuvieron que acabar fusilando, y es que lo que no puede ser no puede ser, por más que uno se empeñe, y, con el pandero que se nos pone, no vamos a ninguna parte. La guerra es cosa de hombres y no hay que darle más vueltas. Y por esto te digo que aunque yo admiro pero mucho vuestro espíritu de rebeldía, pero muchísimo, no me atrevo a afirmar que, como madre, de tener un hijo varón, le empujara a imitaros. He visto ya demasiada sangre y demasiados muertos. Y me he llevado también demasiados desengaños, demasiados palos. Efímera memoria de la gente y efímero carácter de la amistad, cuántas veces, en el momento de la verdad, dejan que te apañes como puedas. El tiempo es un filtro, y si de todos los que se dicen tus amigos acabas conservando un puñado de fieles, puedes darte por satisfecha. Cuando tengo ocasión de reunirme con alguno de estos pocos amigos que se han mantenido auténticos, con Claudio, el Claudillo, como le llamamos, con Florentino, que seguramente ha sido el ministro que menos ha durado en el puesto, porque ni podía consentir ni le podían consentir que no consintiera, porque ésta es la verdad de lo que pasó, pues siempre acabamos agarrándola triste al recordar aquellos tiempos, las ilusiones frustradas, los ideales traicionados. Cada vez somos menos, además. Falta Abelardo, que mientras fue un hombre honesto no podía faltar, y como él tantos otros. Y, sobre todo, los que se nos han ido, Carlitos Martí, Xènius, José Pedro, que murió allí, confinado en la VI Región, de capitán general, cuando en estricta justicia le tocaba ser ministro

del Ejército. Pero, pese a todo, a los pocos que quedamos nos sobra juventud para pasarlo todavía bien si salimos por ahí, de tasqueo por Madrid. Porque, no creas, nadie se ha tragado un sable con los años y, gracias a Dios, todos seguimos siendo personas de trato sencillo y alegre y franco, y lo que nos gusta de verdad, pues es eso, las tapas bien picantes y el valdepeñas. Lo he pasado bien a veces, en la vida no todo han de ser espinas y, en realidad, a veces lo he pasado bien, y ahora sólo siento que no haya sido más a menudo, no haberme puesto el mundo por montera, que es lo que hubiera hecho de no ser por Monsina, por mi responsabilidad de madre. El grupo, cuando estábamos todos, era excepcional, esta es la verdad, gente selecta, de élite, y todos muy compenetrados, uña y carne. Y creo que nunca he llegado a reírme tanto como aquella vez que estábamos todos en el Ateneo, oyendo a Xènius, que daba una conferencia, el gran Xènius, gran persona y gran amigo, y Xènius, al vernos entre el público, un poco colocados, dicho sea de paso, va y empieza a recitar, casi sin que venga a cuento, aquel romance satírico dedicado al gilipollas del duque de Windsor cuando dimitió de su realeza, un romance que, por cierto, es tan poco conocido que yo creo que permanece inédito. Bueno, era como para mearse, la plana mayor de los monárquicos sin saber qué cara poner, me parece que nunca he llegado a reírme tanto. Y es que Xènius no era sólo un cerebro de primera, tal vez la mejor cabeza que ha tenido España en lo que va de siglo, Xènius era, además, un ser de una calidad humana extraordinaria y un amigo entrañable. Y cada uno en su terreno, todos los del grupo, personas de competencia y autoridad bien patentes, intelectuales, políticos, militares, financieros. Y amigos de los de verdad todos ellos, de los que te lo demuestran con obras, de los que son capaces de remover por ti Roma con Santiago. Siempre que he necesitado ayuda, siempre que he tenido algún lío con mi fabriquita de cartones o con lo que sea, han sabido portarse, me han respondido. Verás, hay que vivir, hay que defenderse. Y yo soy una mujer sola y con una hija que alimentar, y si no tienes un poco de mano izquierda y, sobre todo, buenos padrinos, ya puedes ir plegando. Cuando ves tanta inmoralidad por todas partes, te aseguro que llegas a la conclusión de que sería hacer el primo no recurrir a la influencia de tus amigos. A fin de cuentas son favores totalmente desinteresados, puro ejercicio de la amistad, y en este sentido, algo de lo más natural, que si hay algo en la vida a lo que te debes, algo que valga la pena salvar, es la amistad. Además, sus mujeres son sus mujeres, pero en lo que al grupo se refiere, el hecho es que yo soy la única señora, y claro, ellos me adoran, y no existe cosa alguna que puedan negarme, como no existe cosa alguna que yo, dentro de mis limitadas posibilidades, pueda negarles. En cierto modo, yo soy, como si dijéramos, un poco como la hermanita de todos ellos,

y no hay pena ni alegría de la que no me hagan partícipe, ni problema que no comparta. Claudio, por ejemplo, nunca deja de llamarme cuando viene por aquí, de encontrar un rato por muy ocupado que esté, como buen catalán que es, catalán de pura cepa, catalán como Jaime, como el bisabuelo, como su hermano Jaime, el homónimo de mi hermano, el otro Jaime Ferrer, buenos catalanes precisamente en cuanto que buenos españoles, en cuanto pertenecientes a una parte clave del todo español, de un todo del que secularmente han sido adelantados y proclamadores, estirpe de militares, de hombres de empresa, de verdaderos conquistadores. Catalanes de siempre, tradicionalmente situados por encima de particularismos mezquinos, defensores probados de la integridad española, dispuestos a vivificar con su propia sangre la causa de la unidad nacional y de sus intereses supremos tantas veces como ha sido necesario y, donde quiera que ha sido necesario, igual en Cuba que en Marruecos, en la misma Cataluña incluso, tan a menudo trinchera destacada y puesto avanzado de la madre patria; catalanes de los que perezca Cataluña si ha de ser su personalidad una traba a la de España; catalanes, en suma, que han puesto su máximo anhelo en la tarea de construir para siempre, al margen de credos y colores, una España de todos, empresa de la cual, con todo su ser y toda su vehemencia, son salvaguardia y garantía.

Pueblo noble, tierra patricia, rica así en arte como en comercio, en ocios como en industrias, panoplia de gestas y de famas, de honras y de triunfos, para envidia del mundo y las estrellas. Patria persistente por encima de vicisitudes, recobrada por debajo de las adversidades, colonia o imperio, Principat o Corona, provincia o condado, virreinato o Generalitat, experimento republicano o hipótesis libertaria, patria en éxodo, patria madre de exilios y encarcelamientos cuando no sepultura, común fosa de propios y extraños, exterminio nunca terminado, país de fueros y desafueros, de silencios y griteríos, renaciente como la retama que lo cubre, llama de abril inextinguible, omnipresente de monte a mar, de monte a monte, serra d'or angélica. Historia de esplendores que aureola las andanzas y aventuras de Barcelona, ciudad de rancias tradiciones y extravagancias modernistas, ciudad cargada de resonancia, ecos de coros, de danzas acordadas y orfeones sonoros, lisonjero escenario de festejos y espectáculos populares, explosiones de júbilo colectivo, de violencia, insurrecciones, levantamientos populares, supuestos golpes bajos, furor ciego, cargas y descargas, fuego, metralla, hoces y cuchillos, mandobles entrechocados, ciudad de bandos, bipartida, consumida en luchas intestinas cuando no en expansiones conquistadoras, bífida efigie, un áspid con alas en el yelmo, estampa misma de la proeza, Barcelona campeadora, lugar frecuentado por caballeros, de Santiago a Don Quijote, pasando por san Jorge y el de la Blanca Luna, émulo

real del no menos blanco ni más real Tirante, y quién sabe si hasta por el propio Roldán; la Barcilona de don Remont, presa de Myo Cid el de Vivar, bandoleros andantes, hacedores de entuertos, lugar propicio a la creación de fantásticas fabulaciones, historias de un pueblo, una tierra y una lengua, verbo tan a menudo hecho sangre por la conjugación de diversos factores, siempre entre el deseo y la realidad, entre el seny y la ensoñación, entre la resurrección y la muerte, ciudad de encantos y desencantos, desencantamientos, desolaciones, desvanecimientos, ciudad de agonías y reapariciones, trances inciertos, añoranzas, arrobamientos, aniquilaciones, ciudad enterrada y desenterrada, sepulcral, momificada, petrificada, ciudad transfigurada tal Jerusalén celeste qua resurget ex favilla, ave fénix reencarnada en sí misma, corazón de un pueblo de impulsos contradictorios, de fuerzas encontradas y a la larga perdidas, inútiles empeños de una patria asentada en un lugar de linde, de frontera entre Cataluña y no Cataluña, apariciones y desapariciones de una identidad centrada en torno a Barcelona, antaño condado hegemónico de un imperio de expansión mediterránea, hoy simple blasón honorífico en el árbol genealógico de su don Juan condenado, conde en el exilio dorado de Estoril, título virtual del mismo modo que, cuando real, cuando ser conde de Barcelona significaba ser rey de Aragón, de Mallorca, de Valencia, de Nápoles, de Sicilia, etcétera, eran virtuales los títulos de rey de Hungría o señor de Dalmacia, de Croacia, de Serbia, de Bulgaria, así como el de duque de Atenas y Neopatria o el de rey de Jerusalén. Infortunada civitas. ¿Cuál fue su mala estrella en el firmamento profundo? ¿O fue acaso la enemiga divina, némesis violenta, despiadada? ¿O fue tan sólo su insensata ligereza la causa de tantas pesadumbres, de tantas perdiciones y golpes redoblados? Ni república, ni principado, ni condado, ni reino, ni asomo alguno de carro de fuego, dominios descuartizados, soberanía destronada, una corona de espinas y un cetro de caña tras los cuatro barrotes del emblema, pasión burlada, deterioro vandálico del tiempo, desdoro de la historia, una historia intrincada, llena de entresijos y vericuetos, de aviesos devaneos, vías angostas, soluciones con frecuencia non sanctas, desenlaces inusitados de la intriga, enrevesada ciudad, otrora soberbio anfiteatro, hoy sólo tramoya y candilejas, desdichada escena de farsa y comedias, paródicas supercherías, lastimosa reliquia poblada de pedestales y figuras, figuraciones, reyes muertos y mitos repuestos, histriónico mausoleo, hoy cenizas, hoy soledades, tal de Itálica famosa o de Troya destruida, de Atenas arruinada, de Roma perdida y no encontrada en Roma, patria de los dioses y los reyes. Esplendores pretéritos, luces eclipsadas, islas doradas y sangrientas desaparecidas en la lontananza como un relumbre del crepúsculo, fuego interior, añoranza retraída,

mero ideal ensimismado, refugiado en los eremíticos repliegues de Montserrat, corazón árido de esta pobre, triste y disortada patria, templo encastillado en su almenaje de riscos y cantos resonantes, canto del cisne, lenta sustitución de una lengua por otra, desde arriba y desde abajo, desde dentro y desde fuera, patria bífida, paulatinamente alejada de su imagen primigenia, Catallunyàna, tierra de cantos y desencantos, tierra de castillos, castillos de arena, castillos de naipes, châteaux en Espagne, tierra de montañas sagradas, paisaje, más que natural, clásicamente sobrenatural, monte dedicado a Venus por los antiguos, más sensibles a la naturaleza venérea que a las sugerencias ascéticas de sus relieves, la Extorcil romana, un decorado indecoroso en exceso para sus futuras funciones escatológicas, peñascos como fantasmas o ermitaños, tierra grata a patrones peregrinos y caballeros errantes, misiones apostólicas, predilecciones, patrañas disipadas, procesos desentrañados, incógnitas despejadas, noble tierra sin nobleza, condado sin conde, principat sin príncipe, estat sin tierra y tierra sin estat, capitalidad decapitada, patria sin cabeza, ligada una vez más de pies y manos a los pies de España, entregada a su merced, la España negra reanimada, reanimada y no resucitada ya que nunca muerta, reanimada y acaso eterna como dicen, penetrando a partir del Ebro, anegándolo todo como un río en su crecida, tierra apresada, vencida incivilmente por el franquismo, reconquista del pasado, revés de la trama, final de la aventura, la ocupación y consiguiente cantilena infausta de penurias y pesares sin siquiera las maneras de otros tiempos, ya no donosa reacción, ya no escolásticos criterios retrógados: zarpazo puramente troglodita. Personalidad histórica de rasgos no respetados por el hado, destino discontinuo y errante, a la deriva de los acontecimientos, de los caprichos del destino, Barcelona separatista de 1934, Barcelona anarquista de 1936, Barcelona comunista de 1937, Barcelona fascista de 1939, vitoreante, apoteósica, acaudillada, versatilidad sintomática, espectáculo ominoso, ignominia enaltecida en el recuerdo hasta su volatilización, presunta pesadilla nocturna cuando no escenificación potemkinesca cuidadosamente montada. Historia de un pueblo más que escrita, reescrita, adaptada a las necesidades históricas del pueblo, ligada a su renaixença, epopeya grandiosa, épica encarnada, hecha realidad en el ámbito de lo fantástico. Vicisitudes, experiencias y esperanzas de una causa más que baqueteada, Catalunya, romántica sublimación burguesa de un comportamiento colectivo erróneo, independencia descorazonada, sin vigor o sin ánimo, incapacidad política tenida por individualismo, cerrazón desafortunada confundida con resistencia numantina, torpes rapacidades transformadas en virtuosa laboriosidad, mezquindad cerril transmutada en sensatez, avara povertà recontada como gesto austero, características

ancestrales, imágenes magnimizadas en el espejo del tiempo, peculiaridades reivindicadas tanto más cuanto más inactuales si no inexistentes, residuos del pretérito convertidos en pretexto de la impotencia presente, en contemplaciones soñadoras del futuro, añoranzas de sobremesa, especulaciones de tertulia, ser de aquí, una de las pocas cosas importantes que se puede ser en la vida, destino en lo universal, la millor cosa del món, do de Déu, cualidad mesiánica, entidad prometida, mítica patria mediterránea hecha ya realidad en decorativos mapas de salón, territorios y confines, áreas y fronteras de marco dorado, Països Catalans extendidos –más de cuarenta– de Alicante al Rosellón, cuando no de Murcia a la Provenza, materialización de la catalanidad espiritual, entelequia polimembre, arrebato orondo de erudito, lirismo de mercader o filisteo, ínsula fortunata, país en verdad ideal, peonizado por los charnegos y financiado por el turismo y las inversiones extranjeras, mejor que civilizado, urbanizado, vendible a palmos, telar a la vez que hostal, paisaje no embotado por el huso, por la actividad fabril y el espíritu de empresa, por la iniciativa privada, rincón de naturaleza idílica, a la vez que de una organización ágil y eficiente, eminentemente práctico a la vez que sublime, visión o sueño de los epígonos de unos hipotéticos Países Bajos mediterráneos, de lo que bien pudo ser una Bélgica o una Holanda, un Portugal aunque fuera, imperio todavía a caballo de cuatro continentes, a pesar de que nadie le preste demasiada atención, o a ser posible y sobre todo, una especie de Suiza soleada, tradicional remanso de paz y divisas, una balsa de aceite en un charco de sangre, privilegiado graderío del ruedo ibérico donde los perros fuesen atados con longanizas, sueños que algún día, por qué no, no serán sueños, que serán realidades, sólo que un poco tarde y no de la forma prevista, menos heroica, menos decisiva y aparatosa, cuando, al menos por esta parte del mundo, el problema nacional sea ya, más que nada, cuestión de hacer números, convicciones y conveniencias más de cartera que de corazón. Sueños polémicos, teorías contrapuestas, ideaciones, separatismos, centralismos, España como dolor, España como problema, España sin problema, España, Europa, Cataluña, entidades con personalidad propia no ya histórica, cultural o geopolítica, sino sustancial, ontológica, el Mediterráneo y la Meseta, la Meseta y la Periferia, movimientos centrífugos y movimientos centrípetos, decadencias, renaixençes, grandielocuencias, palabras rimbombantes, conjeturas, mecanismos preciosamente simétricos y reiterados, piezas de dialéctica atractiva ya que inexacta y hasta estúpida, majas naderías no por ello, como todo, infactibles o indemostrables, tesis antitéticas sobre preeminencias trascendentales, lo ibérico y lo romano, lo árabe y lo germánico, dilemas, elucidaciones, vocación mediterránea o atlántica, americana o

africana, folklore y costumbrismo, tema típico motivo, causa lamentable a la vez que efecto de tópicos hechos carne a fuerza de creídos y repetidos, hechos coartada, elucubración provechosa, restricción mental justificativa, mentir con sólo no mentar, lenguaje no simplemente esclerótico: cadavérico. Rechazo de España, proclamación de Cataluña, suplantación de un sueño recién muerto, de un imperio perdido, por el recuerdo de otro ya revertido en polvo, el de esta Cataluña que sería si fuera o fuese, si hubiera o hubiese sido.

La realidad, hoy por hoy: una industriosa región española donde la mano de obra es masivamente no catalana y, en definitiva, el interés del capital, los beneficios de la integración, mal menor siempre preferible. Lenta reducción de un ideal, gradual penetración materialista hasta lo más recóndito, angustia visceral e íntimo desgarro producidos por la disociación de los ideales respecto a la base material en que se asientan, inevitable corrupción de una empresa siempre desfasada, bien por falta de fuerza motriz en el momento oportuno, bien por falta de suficientes elementos susceptibles de ser puestos en marcha por la fuerza motriz, puro residuo formal en este caso, fábula o arrebato hipostasiados. Como una gema de cristalización demasiado lenta o una geometría floral destruida por el frío, anunciación sin epifanía, gestación sin alumbramiento, profecía o promesa no cumplida, no en la coyuntura para tantos otros pueblos decisiva, en la romántica época de los risorgimenti y las afirmaciones irrevocables, cuando superadas las últimas convulsiones derivadas de su condición de hijastra malquerida, ya par inter pares, partícipe indiscriminada de la explotación pacífica de las posesiones coloniales, de la colonización de las posesiones, de la pacificación de las explotaciones, no por disminuidas desdeñables, intentó inclusive catalanizar España, infundirle otro espíritu, renovarla. No entonces, sino cuando llegadas las vacas flacas, perdidas las últimas colonias dignas de considerar, se acabó el jamón, problema planteado sin duda como alternativa política a la política colonial, problema de mercado, de ultramarinos, cuestión doméstica, comidilla callejera, reguero de pólvora capaz de prender en el comercio social, de encender el verbo, de reavivar el pasado, de realzar enseñas, de desplegar banderas. No en el momento oportuno ni con la decisión debida, vacilando siempre entre rehacer España a su imagen y semejanza, con Prim y la Primera República, la partida que jugó y perdió, o marchar por la habitualmente más empinada senda de la independencia, cuesta arriba o escalada de la acción directa, movimiento sin luchas, sin verdaderos alzamientos nacionales, sin héroes, causa que, si no había tenido su Petöfi, tampoco iba a tener su alcalde de Corck; causa, de hecho,

sinceramente indeseada por las clases dirigentes locales, algo así como esa dama que por su atrevido atuendo en las reuniones mundanas, por su actitud y sus palabras, bien puede hacer creer a sus admiradores que no les será difícil convertirla en su amante, y sólo tras el chasco acabarán comprendiendo que su verdadero propósito se cifraba no en poner cuernos al marido, sino en brindarle las solicitaciones obtenidas para hacerse así más valiosa a sus ojos, más elemento negociable que instrumento de separación y libertad, esto es, como lo del enano de la venta, amenaza verbal más que otra cosa, comodín para utilizar de acuerdo con las circunstancias, en el curso de las vicisitudes socioeconómicas; Cataluña apostólica y liberal, tierra de burgueses proteccionistas y de obreros anarquistas, actores todos ellos del repertorio, parte activa de la función, entregados como el que más a la peripecia histórica de la farsa española, romántica comedia de personajes zarzueleros, grotescos monarcas indeseados y funestos caciques tribales, tipos simiescos, de reacciones atávicas y espiritualidad totémica, lamentable pulular de brujas y asnos, de fígaros y cigarreras, con una ensañada danza de la muerte por telón de fondo, imposible más al fondo, todo sordidumbre y excremencia, decrepitud de un imperio que fue, a caballo de cuatro continentes, tal vez la mayor potencia existida, de Catay a El Dorado, con sus especies orientales y sus minas occidentales, metales preciosos y preciados, siglo de oro transcurrido como un reloj de arena, y como de arena erosionada la metrópoli, su antigua imagen, prefiguración que fue de John Bull o Uncle Sam, reducida ahora a pintoresco campo de exploración para viajeros curiosos procedentes de otras latitudes, de niveles más altos, tierra atracada, en seco, atractiva en cuanto anacrónica, algo así como la Italia garibaldina, tipismo ameno y pugnas operísticas, pero con un deje de la crueldad y el misterio de la Sublime Puerta, intolerancias, brutalidades, ruedo circense a la vez que cuadrilátero de salvaje pugilismo, círculo cuadratizado, la España decimonónica descuajaringándose, cantón por cantón, junta por junta, constituciones de quita y pon, cuarteladas, pronunciamientos, la violencia campeando entre instituciones decorativas, estampas características, la del español y su honor, la de la española ardiente tras su celosía, Torquemada y el Cid, Don Quijote y Don Juan, toreros y eclesiásticos, gitanos y guerrilleros, militares, mangantes, manos tendidas para apuñalar o para pedir limosna, la cara y la cruz, el haz y el envés, una misma historia diversamente vivida, diferencias derivadas de dos grados de desarrollo, ajustadas a la distancia que media entre uno y otro grado, chabacanería burguesa de una Cataluña plañidera y altisonante, tierra de magnates cazurros y tesoneros, hombres de presa, de carga y tiro, fenicios entre los fenicios, hombres de mundo a fuerza de pulirse con el roce y, no obstante, siempre

apegados a la tierra, con los resabios de quien conoce el terreno que pisa, tosquedades campesinas y ásperas maneras, abruptas exteriorizaciones bajo cierta apariencia de cosmopolitismo provinciano, burdo comercio y comedimiento hipócrita de una parte, contradicciones propias de una sociedad industrial, y de otra, coexistiendo, lo propiamente español, es decir, castellano, y en especial, por lo característico, de Madrid, quintaesencia farragosa de Castilla, de sus llanezas agarbanzadas, chaturas de meseta entendidas como superioridad y aislamiento estepario entendido como dignidad, rasgos genéricos matizados en la corte por sus peculiares bullicios verbeneros, honras aberrantes de una existencia llevada como un relicario, frugales enjuteces o siluetas panzudas, triste figura, viejo o nuevo castellano, llano, llano, encumbrado o no, no menos el de arriba que el de abajo, el alto clero, las castas militates, los feudales, latifundistas ociosos trasladados directamente del inmovilismo habitual en toda monarquía absoluta y consecuente rigor jerárquico atemperado apenas por la corruptela, a las sociedades anónimas, a los consejos de administración, gentes poco amigas del compromiso y del diálogo y, mucho menos, de la crítica, gentes propensas al golpismo, a la solución maximalista, a los favoritismos y acuerdos entre caballeros y sólo entre caballeros, soberbia coloidal y abismos de clase, situación mantenida por procedimientos indirectos y directos, el de quien pega primero, práctica, por otra parte, también familiar en el resto de la península, terreno propicio en general a los movimientos retrógrados, alzamientos preventivos abatidos como un sablazo, preventivos y curativos, cortes por lo sano, reacciones barbáricas, elementales, cometidas con naturalidad asombrosa, acometidas casi con campechanía, tal compadres en plan de juerga, y la lógica contrapartida de todo ello, miserias progresistas, acciones anárquicas realizadas como a bulto, sin pies ni cabeza, y vanos intentos de darle cierta coherencia, de informarlos de pobre dialéctica, refritos ideológicos, abstracciones traídas de otros meridianos, rebajadas hasta la cortedad por la merma que supone todo transporte y, en ausencia de una mentalidad revolucionaria capaz de infundirles otra originalidad que la de su heroica impotencia, reverencialmente sostenida contra viento y metralla y, lo que es más penoso aún, contra toda lucidez, por mediocridades moderadamente inteligentes, progresivamente necias, prolongado historial de afrentas mutuas, de enconados enfrentamientos, guerra civil gestada durante años y años, órgano creado por el ejercicio de su función, fabuloso espectáculo, sueño de la razón, cortejo de monstruos, caprichos diabólicos, el negro y el rojo nuevamente, tonalidades de estallido, circunstancia poco adecuada para mantener vivas cuestiones ya marginadas en relación al núcleo central del conflicto por la propia dialéctica de los

acontecimientos, para salvaguardar autonomías efímeras y demás ficciones proclamadas por los representantes políticos de la pequeña burguesía local, pescadores domingueros en río demasiado revuelto, incidencias de una empresa fatalmente escamoteada sobre la marcha, engullida en el curso de la lucha entre burguesía centralista y proletariado revolucionario, destinada a perder perdiera quien perdiera, a irrealizarse, al menos tal y como fue soñada, madre patria –cuál– inencontrable, sólo sus ruinas por única evidencia, como se desprende de un análisis implacablemente objetivo de los hechos, sus escombros. Desolante despertar.

Una Barcelona de mar a monte y de río a río, sí, pero no según lo imaginado, tanto menos catalana cuanto más grande, cuanto más masificada, poblada de emigrantes, convertida en El Dorado del charnego y La Meca del lumpen, reducida ya a un reducto de sí misma, cercada por sus propios arrabales, progresivamente asimilada, englobada en una unidad superior y distinta, infiltración oficiosa, a menudo solapada, barrios con frecuencia inexistentes en el plano, de etimología casual y toponimia nómada, Somorrostro, Casa Valero, Casa Antúnez, Torre Baró, Campo de la Bota, etcétera, barracas propagadas, pulcras blancuras, tabiques encalados y techos endebles, urdimbre de hojalata y brea enarenada, suburbios terrosos, cenicientos, andurriales resolanescos, ricos en escenas costumbristas, en colorido impresionista, lacras naturalistas tarde o temprano subsanadas no obstante, hogares algún día asentados en construcciones compactas, extendidas hasta donde alcanza la vista, del Besós al Llobregat, del Tibidabo a Montjuich, aglomeración humana de ambiente explosivo, predispuesta a acoger como semilla germinadora la ideología comunista, como una yesca la chispa, como el viento las velas, ejército de reserva ya no tanto del capitalismo como del socialismo, fuerzas productivas en desarrollo, un bosque de industrias trepidantes en marcha, formaciones de grises bloques ceñidas en torno a la ciudad, antenas enristradas, destellos de cristales, trapos soleados y ondeantes, como avanzando, cerniéndose en torno a la ciudad, tan espléndidamente planeada por la burguesía decimonónica, la cuadrícula del Ensanche, el perímetro de Rondas, el Casco Antiguo partido por las Ramblas, el monte Taber a la derecha, en el corazón del Barrio Gótico, museo de glorias pretéritas, de triunfos petrificados, el Barrio Gótico labrado de calles y plazas solariegas, la plaza de San Jaime, la plaza del Rey presidida por la torre del Rey Martín, la plaza del Rey con su salón del Tinell y su capilla de Santa Águeda, su Archivo de la Corona de Aragón, su Casa Padellás, sede principal del Museo de Historia de la Ciudad, entraña de aquel recompuesto conjunto de murallas romanas, de arcos románicos, de agujas góticas, de iglesias y palacios, tiempo jalonado

de campanarios, de ángelus en ángelus, espaciadas resonancias, adusteces hieráticas, las torres de la catedral por encima de todo, prevalecientes, sobrevoladas cada verano, golondrinas idénticas y reiteradas. ¡Ruinas triunfales! ¡Realces! ¡Magnificaciones! ¡Residuos fructificados! ¡Perduración de la metamorfosis, de la gloria en escombro, de la piedra en templo, piedra a piedra, hallazgos desenterrados, imágenes veneradas y morenas, museo hecho vanagloria, cementerio hecho victoria, permanencia del vértigo, fugacidad de la piedra! ¿Y ahora? El desenlace, la última fase del proceso, la síntesis de contrarios o negación de la negación, es decir, afirmación, resolución, disolución de las diversas contradicciones desarrolladas en el curso de la historia de este pequeño pueblo resurgido de los despojos de la sociedad esclavista romanovisigótica, en la Alta Edad Media, pueblo de precoz expansión mediterránea y también de precoces conflictos sociales en la metrópoli, conflictos tanto entre el campesinado y la estructura feudal de la época, sus servidumbres y malos usos, como entre dicha estructura y las incipientes clases burguesas de artesanos y comerciantes aparecidas al socaire del gradual engrandecimiento del imperio, fuerzas políticas en ascensión gracias, frecuentemente, al apoyo de la monarquía y, en correspondencia simbiótica, en absoluto desinteresada, utilizadas por ella para afianzar el poder real, corona reafirmada sin cesar y engrandecida hasta los albores del Renacimiento, cuando en pleno período de decadencia económica y demográfica y de recrudecida agitación social, coincidente con la general tendencia de la época hacia la formación de estados nacionales, se vio abocada a constituirse, casi a pesar suyo, en virtud de su unión con Castilla, en piedra angular de la España moderna, Estado nuevo construido no sólo a costa de que Cataluña, la parte débil del maridaje, cediera fatalmente su antigua hegemonía mediterránea, sino también de que, aun en la misma península, su área de influencia se viera reducida a los actuales límites regionales, desvinculada de los que fueron países hermanos, convertida por la ley del más fuerte en cola de león, simple principado provinciano apartado de toda empresa colonizadora y en frecuentes crisis de supervivencia con el absolutismo reinante y su representación local, el virrey enviado por la corte, un principado incrustado en España más que integrado, engarzado a la corona imperial como pudieran estarlo Flandes o Portugal o el reino de Nápoles, no más español en la práctica ni con más derechos ni deberes ni más oficio ni beneficio, sin que ello fuera obstáculo, más bien todo lo contrario, para el progresivo desenvolvimiento del llamado estado llano y de la vida económica catalana en general, marginada de toda bancarrota por el mismo ostracismo al que había sido sometido, desarrollo consolidado cuando la supresión de las restricciones que

impedían el comercio con América, al abrir nuevos mercados en óptimas condiciónes competitivas, permitió asentar sobre saneadas bases materiales la incipiente industrialización, fundamento de la prosperidad y el auge de la burguesía catalana decimonónica, en contraste con una Castilla ahora ella erosionada por la decadencia, en el seno de una España, más que anacrónica, regresiva, bárbaramente encarnizada consigo misma, contraste que no hacía sino poner de manifiesto el movimiento ascensional de esta burguesía catalana paulatinamente identificada con las clases dirigentes del resto de la nación, burguesía cada vez más alta, española más y más, de día en día, de sentimientos patrióticos crecidos en razón directa a la amplitud de los nuevos mercados, española hasta el límite, hasta el punto de pretender, y en cierto modo conseguir, hacerse con el poder central, de conformar España a su imagen y semejanza, es decir, de realizar en España la revolución burguesa, intentos reiterados, y como si la reiteración más que remachar hiciera perder impulso, progresivamente tímidos, tanto más tímidos cuanto más identificada, como clase en ascensión, con ese poder, cuanto más innecesarios cuando no indeseables se hacían los objetivos, más proceso de ósmosis que asalto, impulso en definitiva lastrado, frenado, por el fantasma de la agitación social, debilidad de acometida o arresto que más tarde se iba a hacer extensiva al significado mismo de su correspondiente papel histórico en la etapa imperialista del capitalismo, siempre con menos decisión de la suficiente, siempre gravada, siempre hipotecada por su propia poquedad, grandilocuencia y palabras rimbombantes para encubrir su probidad prevaricada, su medrar amedrentado, su tendencia a hacer promulgar leyes favorables y a conculcar leyes desfavorables, su maestría en el cohecho y la especulación, su costumbre de recibir por añadidura, de quedarse en todo a mitad de camino, mediocridad de una actitud a su vez imputable a la endeblez de la estructura económica que le servía de soporte, esencialmente de invernadero, manufacturas y comercio propio de una tierra pobre en recursos naturales, de escaso atractivo, en principio, para otros capitales que los resultantes del trabajo acumulado de sus habitantes y, en consecuencia, más propenso a la dispersión que a la concentración industrial, y asimismo, imputable en no menor grado al carácter ambiguo de sus relaciones con el resto de España, corsé burocrático al tiempo que mercado estimulante, contradicciones como grabadas en la suerte de esta burguesía regional que cuando parecía lanzada a la empresa de redimir a España de su hemofilia histórica, de establecer nuevas fórmulas constitucionales que redujeran a tabla rasa todos los engendros heredados, se echó bruscamente atrás, se diría que sobrecogida por el giro de los acontecimientos, por la consecuencia del ejercicio de la libertad tanto tiempo reclamada y

finalmente conseguida, contribuyendo a desmantelar la Primera República igual que había contribuido a construirla, encerrando en un paréntesis lo sucedido, dando suelta a la Restauración, hechos que, según introducían en el tira y afloja de la vida política española a la alta burguesía catalana, desvinculaban a ésta de las clases medias de su propia tierra, donde el primitivo regionalismo federalista de algunos núcleos intelectuales se iba trocando en nacionalismo separatista, de acuerdo con un fenómeno de radicalización que, entre alentado y retenido, no dejó de ser oportunamente esgrimido por los representantes políticos de la alta burguesía, no como aspiración real, sino como instrumento de negociación con Madrid, como chantaje o espantajo, mediatizando así un ideal previamente hipostasiado en beneficio exclusivo de los intereses que representaban, comerciando con los sentimiento del pueblo, vendiéndolo y vendiéndose, decepcionantes realidades de la política que no podían menos que acabar de despolitizar a la única clase social totalmente ajena a los intereses en juego, la clase obrera, las masas trabajadoras de Cataluña objetivamente forzadas al anarquismo y la inadaptación libertaria, a todas las variantes de la violencia, de la acción directa como respuesta al orden público, peculiar dialéctica cuyo crescendo había de desencadenar una vez más el duro dictado de un régimen autoritario que mereciese la confianza de las clases dirigentes, reacción o golpe en el que la alta burguesía catalana y, más concretamente, barcelonesa, actuó ya descaradamente en calidad de promotora, de modo que, al derrumbarse también este andamiaje totalitario, montado para defender sus posiciones de los embates de la historia, y acuciada por el temor a las nuevas fuerzas populares liberadas, puestas en marcha en el curso de la Segunda República, no vaciló en alzarse contra la legalidad democrática desde las filas del franquismo, en franca guerra civil con su propio pueblo, así como con los restantes pueblos de España, traición completada al quedar definitivamente integrados los intereses de esta alta burguesía catalana en los de la oligarquía monopolista española, con la cual se iba a identificar hasta el extremo de convertirse no ya en cómplice, sino en responsable objetiva, tras la polarización de posturas y modificación de alineaciones resultantes de la guerra civil, de la opresión política de la realidad catalana en particular como de la explotación económica o, mejor, expoliación, del pueblo español en general, situación inédita, cualitativamente nueva, ya que, al añadir a la contradicción fundamental entre burguesía monopolista y proletariado la contradicción entre burguesía monopolista y burguesía nacional catalana, encierra en germen o implica no sólo la lógica alianza entre proletariado y burguesía no monopolista, sino también la superación de la antítesis histórica entre Castilla y Cataluña y, en último término,

la fusión de tan diversos elementos sociales, políticos, económicos y nacionales, en una síntesis revolucionaria, verdadero salto cualitativo que coloca en primer plano el antagonismo existente entre Franco y su camarilla, de una parte, y el pueblo español tomado en su conjunto, de otra. Cataluña y Castilla, pueblos llamados a complementarse una vez redimidos, rescatados de cuantas diferencias impuestas desde fuera, desde arriba, hayan podido separarles, a hermanarse junto con Galicia y Euzkadi, países de existencia igualmente problemática, en la tarea de construir una España diferente en cuanto unidad voluntaria en el socialismo, unidad sin uniformidad, unidad en la diversidad, descentralización compatible con el centralismo democrático, nacionalismo revolucionario entendido como oposición, como apoyo unánime a la política de la Unión Soviética y demás países del campo socialista, empresa en la que tan importante papel está reservado a esta Barcelona de inmensos suburbios obreros cargados de fermento revolucionario, primer centro industrial de España y capital que fue de una tierra tradicionalmente sacudida por movimientos liberadores, la Cataluña libertaria, la Catalunya de la Generalitat, del octubre rojo, del 19 de julio, enrojecida por el fuego y conquistada por Franco y sus legiones de mercenarios, sus moros, sus tabores, banderas de oro y sangre, atronadoras tropas; Cataluña injusticiada, sojuzgada, Cataluña caída y de nuevo puesta en pie, ahora en otra dirección, con un designio diferente, ahora decididamente en marcha tras el partido comunista, vanguardia del proletariado y última y decisiva fuerza política aparecida en la lucha, cal y canto de una sociedad por fraguar, de una patria nueva, futuro preclaro donde hubo pasado equívoco, arrolladora marcha, haces de martillos, redobles triunfales, alas y clarines, lucha final, juicio fallado, resuelto ya por la historia. No Imperio Español ni menos aún Imperio Catalán, no más espectros del pasado: Unión de Repúblicas Ibéricas Socialistas, URIS, realidad ante la cual, Daniel, todo lo demás será sólo un sueño dentro de un sueño.

VIII

Más triste, sí, más triste si es posible, mas no con la tristeza tierna que complace en el fondo ni con sentimiento egotista alguno, no sumido en ensoñaciones solitarias, no, sino más bien con el ánimo deprimido de quien contempla la entrada victoriosa de los ejércitos enemigos y, en contraste con el movimiento y las aclamaciones circundantes, no percibe su cuerpo más que como una presencia grávida, piedra irreparablemente desplomada. Bajo, más bajo de ánimo que otros años por esas mismas fechas de nefasto ambiente prenavideño, cuando en el vestíbulo se acumulan las felicitaciones y los escaparates se revisten de estrellas y las calles se enguirnaldan de luces y oropel y ante la catedral se enmaraña la feria de belenes y ramas, muérdago, musgo, acebo, tiestos con abetos cuajados de llovizna, brillos y verdes en razón directa a la tristeza y el agobio y la rabia acrecentados de año en año. Y hoy especialmente acrecentados no sólo por la marcha de los acontecimientos, ni siquiera por los presagios, o al menos no sólo por eso; también, qué duda cabe, por el torvo curso de las nubes y la lluvia presentida. Como la primavera, la lluvia. ¿Qué relación tienen las bajas tonalidades del ánimo, los niveles depresivos, la niebla interior y el vacío inerte, con la lluvia? ¿Causas de orden físico, la actuación de factores atmosféricos, el influjo de ciertos fluidos sobre el organismo? ¿De orden simbólico? Como cuando rompen los brotes y se abren paso y los capullos revientan y se desarrollan los tallos rosáceos y los pámpanos, y lo que al principio va de uno en uno se multiplica incontrolable, se extiende, recubre, gana espesura, y ante las frondas frescas uno siente como si también tuviera raíces, pero no para transmitir impulso alguno, para infundir fuerzas, aliento dinámico, sino para fijar, para atornillarlo a la tierra, mineralizarlo, sobrepasado igual que una pagoda asimilada por la selva, inmutabilidad en el cambio, impotencia en la acción, apariencia perseverada. Así esta lluvia que por el momento se diría conjurada, si bien no lo suficiente como para hacer desaparecer de la calle los paraguas y las gabardinas, los plásticos centelleantes, en modo alguno tranquilizador el aire húmedo, translúcidas alturas de diciembre, mediodías como atardeceres, el día entero entre dos luces, la claridad anodina del neón y el abalorio de las ambientaciones navideñas contra el resol negro de las nubes en expansión, relumbre movedizo por encima de la plaza, donde, como a la espera del cataclismo, la tierra se abría en el centro y los sepulcros se alternaban con los macizos de flores, Dis Manibus Flaviae Theodote heres ex testamento.

El peculiar sonido de las pisadas en un suelo más pegajoso que mojado, a lo largo del reflejo ciego, por Canuda, Vertrallans, Santa Ana y, cruzando Puerta del Ángel, por Condal, hasta el número 20, sede del Juzgado Municipal número 4. Asfalto mortecino, amortiguado por las poluciones desleídas, calles de tono sombrío, ese gris violáceo de la ciudad que, como el rojo de Londres, el negro de París o el dorado de Roma, caracteriza a Barcelona, coloración de tumor o escoria que, en el casco antiguo, unido a la degradación general de las fachadas, adquiere particular relieve, por más que el hecho escape acaso a la percepción de los barceloneses, del mismo modo que, a partir de cierto grado y en virtud de la misma familiaridad que da la convivencia, la vejez deja de ser advertida en su espantosa progresión de arrugamientos y resecaciones. ¡Comparación tan fatídica como exacta! El exterior funesto del Juzgado Municipal número 4, por ejemplo, el patio severo que sugiere una prisión, las siniestras escalinatas, los interiores tenebrosos; todo allí destila desgracia y sirve de asiento a la corrupción y al cohecho. Todo, desde los objetos y utensilios más comunes, desprende allí un algo opresivo que no tarda en imponerse al visitante, el mobiliario de los sucesivos despachos y negociados, el escritorio tan innoble como indestructible que encontramos en las oficinas más sórdidas, las sillas, los ficheros, la estufilla abominable, las lámparas que apenas alcanzan a orientar al público que deambula o espera, hombres y mujeres cuyas expresiones configuran el rencor disimulado o el servilismo atroz, la avidez abyecta propia de quienes, como los internos de un asilo, saben que su situación no les da derecho más que a lo que graciosamente se les quiera conceder. Por su parte, los funcionarios, desde la anciana mecanógrafa hasta el primer secretario, cuidan de dejar bien sentado con su actitud, tanto por lo que dicen como por lo que callan, que así es en efecto, que a nadie le cabe esperar otra cosa una vez adentrado en aquellos hostiles dominios. De ese modo, limitándonos en nuestras consideraciones a los funcionarios encargados del Registro Civil, si la conducta despótica de uno puede hacer pensar que se trata más bien de un comisario de policía, el cinismo taciturno del otro, que con ademán hosco dio a entender que había advertido la presencia de Raúl y la tenía en cuenta, induce a suponer que se está en presencia de uno de esos hombres que sobreviven en su cargo a todos los regímenes políticos y sociales, Monarquía y República, Generalidad y Franquismo. Lugar, en suma, que un Balzac no hubiera dudado en calificar de rongé, crevassé, exécrable, puant, étouffant, nauséabond, lugubre, affreux, y no sin satisfacer previamente la curiosidad du passant, du voyageur, revelando que el inmueble en cuestión había sido propiedad y residencia de los Ollet, pongamos por caso, hasta que la ruina familiar hizo que fuese vendido en pública subasta por la

irrisoria cantidad de ocho mil setecientos reales, hubiera terminado precisando que para mostrar hasta qué punto lo que fue mansión noble se encuentra hoy en semejante estado, il faudrait en faire une description qui retarderait trop l'intérêt de cette histoire et que les gens pressés ne perdonneraient pas.

De seguida soy con usted, dijo el funcionario que había respondido al saludo de Raúl. Catalán, mala leche, eficacia. El otro, no catalán: engreído y marrullero, de humor inestable y, en consecuencia, más capaz de ablandarse pese a su trato inicialmente tiránico, de tener un gesto humanitario, de ser no sólo burócrata, sino también, y ante todo, ser humano. Muy humano, casi paternal, al embolsarse la propina. Decir gracias, hijo, y oprimir el codo con gesto íntimo, en expresión de sentimientos inexpresables. El catalán, en cambio, más eficiente, expeditivo incluso al retirar los cinco duros dejados sobre la mesa o el cigarro puro, al entreabrir el cajón con la izquierda y barrer hacia dentro con la derecha, limpiamente, como para mejor subrayar el carácter proverbial, aunque voluntario, de la compensación, discreta pero significativamente evocada por el dorado anillo del habano que despuntaba del bolsillo superior de la americana. Imperturbable, reacio a las expansiones, sin siquiera las impertinencias de su compañero, agresividad verbal siempre susceptible, en definitiva, de ofrecer cierto margen de beligerancia, de dar paso al diálogo; más antipático, más miope, más maniático, sus lápices y bolígrafos y plumas y plumillas y sellos y tampones y clips, todo sistemáticamente ordenado, entre tic y tic, con gesto automático. Gato viejo, esclarecido por la experiencia, sabiamente escéptico, implacablemente cerrado así a las protestas como a los agradecimientos del público, insensible y sordo al descontento de los impacientes que nunca faltan en las esperas y que, quién sabe si a causa de un temperamento singularmente irascible o de algún complejo de inferioridad, no pueden reprimir su disgusto al verse relegados en favor de los gestores y demás profesionales que allí acuden en el habitual desempeño de sus funciones, gente lógicamente más desenvuelta y mejor relacionada, disgusto, contrariedad y reprobación a menudo traducidos en imprecaciones pronunciadas a media voz, con el evidente propósito de extender su personal malhumor al resto de los expectantes, de hacerles sentirse individual y colectivamente menospreciados, padres de recién nacidos demasiado ufanos para dejarse arrastrar por la amargura, viudas con demasiadas horas de vuelo para pretender forzar la fatalidad de las colas, viejos demasiado disminuidos, adolescentes demasiado impuestos en su papel de adultos, insoliviantables todos para mayor resentimiento del agitador, un tipo con aspecto de albañil convertido en contratista de obras, catalán también, a la vez cabreado y melancólico, víctima inequívoca de los quebraderos de cabeza

inherentes a su ascensión social –los hijos, las mujeres, las letras–, un tipo de párpados gruesos, macizo, peludo, moreno, atabacado, con la ronca afonía de quien tiene la garganta estragada por el cáncer y la boca por el coñac y las lamidas. Insensible y sordo, asimismo, a la gratitud expresada por medio de promesas o proyectos para el futuro que la obtención de las certificaciones solicitadas suele provocar en algunas personas, promesas no carentes de sinceridad en cuanto el que así se manifiesta, impulsado por el júbilo del momento, llega a experimentar realmente un reconocimiento que raya en lo supersticioso hacia el funcionario otorgante, encarnación material de la diligencia resuelta, así como de las consecuencias provechosas que de todo ello puedan derivarse, pero no por lo sinceras menos efímeras en cuanto no a las pocas horas, sino a los pocos minutos, habrá olvidado por completo a ese hombre prudente y grave por el que súbitamente sintió tanto aprecio, a ese ser anónimo y abnegado que consume su vida sirviendo al público, olvido extensivo, claro está, a la firme resolución recién adoptada de tratarle al margen de las barreras burocráticas que separan o enfrentan a administrandos y administrados, crear una relación de verdadera amistad, siempre útil por otra parte, volver otro día y hacer el vermut a la salida de la oficina o incluso salir a cenar algún sábado con las respectivas señoras, y mientras ellas charlan de sus tonterías, en la sobremesa, con un buen puro cada uno, contarle sus opiniones acerca de la vida, sus problemas, y que él le cuente los suyos. Todo ello en el supuesto de que una vez en la calle, apenas reintegrado al tráfago ciudadano, no empiece ya a recapitular, a montarse poco a poco, tanto más cuanto más lejos del Juzgado, y haciendo memoria de todos los servilismos cometidos y humillaciones soportadas, transformará su mansedumbre en rencor hacia unos tíos que, porque hacen de chupatintas en un juzgado de mierda, se creen que son no sé qué, y parece que te hagan un favor atendiéndote cuando no es más que su obligación, que por eso cobran del contribuyente, de uno mismo, si vas a mirar, y con el fin de quitarse el mal sabor de boca y superar el factor irritativo del recuerdo, en un saludable ejercicio de higiene mental, hará planes a largo plazo, para cuando sea alguien, una personalidad conocida y respetada en algún terreno, con influencia, y entonces dejarse caer por aquí una mañana y darse el gusto de ver a toda esta colla de maricones lamiéndole el culo formados en batería, que en la vida todo se paga y donde las dan las toman, etcétera, discurso interior desarrollado conforme a un esquema sobradamente conocido, sin duda, por el funcionario catalán, conclusiones más que sabidas para considerar siquiera las efusiones iniciales con otra actitud que la de una indiferente reserva. Sensible, en cambio, y perspicazmente atento y receptivo a cuanto entraña no un contacto ocasional, sino

profesional, continuado, el gestor, el procurador, el abogado, el cliente de verdad, asiduo y hábil, con oficio, que sabe envolver en frases a la vez ingeniosas y convencionales la propina justa, la contribución exacta, ni excesiva ni escasa, propia de quien conoce el paño y con quien, en consecuencia, es posible entenderse, responderle ingeniosa y convencionalmente, como es costumbre, trato cerrado entre sutiles matizaciones sobre la base de un entendimiento tácito, con el tacto de un seductor que en cada lecho acomoda las reglas del ritual erótico a las particulares debilidades de su amante, según su intuición le dicta, de acuerdo con una experiencia que a la larga siempre resulta preferible. Pájaro en mano, no padres de familia numerosa, ni desconsolados hijos y demás familia, ni cornudos en trance de separación, ni viudas pasivas, ni mozos pasmados, ni viejos filosóficos, ni patanes sin mundología que sabrán cómo hacer dinero, pero no cómo utilizarlo oportunamente, ni dramoneras empeñadas en sugerir que bastante han sufrido ya en la vida para tener que esperar encima, partida de liantes, charlatanes, desgraciados, fulleros, un andaluz de condición trabajadora, mudado y sumiso, preguntando, afirmando casi, si no será necesario, además, un certificado de la parroquia, posiblemente con objeto de mostrar su buena disposición, a diferencia de otros, ante los trámites administrativos, adhesión incondicional que le llevaba a extremar el rigor de los requisitos pertinentes, completándolos y perfeccionándolos con nuevas pruebas y aportaciones, actitud fatalmente destinada a suscitar la desconfianza del funcionario catalán, por lo insólitamente alejada del normal y razonable antagonismo que tiende a constituirse entre quien precisa una certificación cualquiera y quien se encarga de despacharla, y de hecho la despacha, pero no sin un tira y afloja tan conflictivo como fructífero; desconfianza y animadversión exteriorizadas mediante una mirada por encima de las gafas, una repetición interrogativa de la palabra parroquia y una vuelta a sus papeles mascullando algo, formulación o juicio que, por las torcidas dilataciones de la boca, bien pudiera ser pedazo de bestia, pedazo de bestia o concepto análogo. Desconfianza y animadversión que no iban sino a incrementarse cuanto mayores fueran los esfuerzos del trabajador sumiso por neutralizar o al menos paliar el mal efecto a todas luces producido de entrada, y más insistente su aplicación en evidenciar que él no era sino justamente eso, un trabajador sumiso, un obrero tan dispuesto y voluntarioso como ignorante y, en resolución, necesitado de guía, más aún, con derecho moral a exigir ser guiado, a tener la oportunidad de hacer patente su acatamiento, él, el dócil, el obrero sin nociones ni conocimientos, que por eso pregunto, por si acaso, y perdone la pregunta, que lo pregunté porque yo no entiendo de esas cosas, que yo comprendo que han de estar ustedes hartos de que les pregunten

tonterías, pero pasa eso, que lo he preguntado para facilitar su labor como si dijéramos, por si acaso, obstinada reiteración que si inútil y hasta contraproducente en lo que se refiere al funcionario catalán, atrincherado en sus mascullaciones en un salvaje juego de estampillazos, terminaría por doblegar en cambio, como era de suponer, al funcionario no catalán, más vulnerable a las compensaciones de carácter puramente deferencial y propenso a la confraternización última, llegando incluso, obviamente halagado por las alusiones relativas a la complejidad y responsabilidad de su tarea, a terciar con un estimulante y confortador nada, hombre, para eso estamos. Así pues, se podría establecer una correlación o equivalencia entre el trabajador voluntarioso y el funcionario no catalán, réplica aquél, en cuanto componente del público, de éste en cuanto funcionario, del mismo modo que el agitador con aspecto de albañil llegado a contratista podría ser considerado réplica del funcionario catalán, resultando de todo ello una nueva e ilustrativa relación antagónica, referida más al comportamiento de los elementos considerados que a su función, divergencia o polarización de líneas no horizontales, sino verticales, contraposición entre lo que cabría cifrar como reverencia hacia lo aparencial y formulario en el primer caso, y como animosidad instintiva hacia normas, preceptos y demás ambages extraños cuando no contrarios a lo estrictamente práctico, en el segundo.

Una pupila de fanático en el fondo de todas sus dioptrías, el funcionario catalán se incorporó y, con paso crispado pero testarudo, concluyente, salió al balcón como para cerciorarse de algún hecho exterior, de algún dato pendiente de comprobación, aunque muy posiblemente se tratara más bien de soltar un pedo irresistible al amparo de los ruidos callejeros, no por perfecta la coartada impresumible el móvil, habida cuenta, sobre todo, de la forzada inmovilidad que mantuvo durante el desenlace de la maniobra, destinada con toda evidencia a evitar el lógico desprestigio que su no ejecución le hubiera ocasionado ante el público que aguardaba, rostros de variedad quieta, expresiones aflojadas reflejando, como en un charco la brisa, pasajeras curiosidades por los otros, fuga de ideas insustanciales, casi en la linde del sueño, proximidad que tal vez favorecía la tibieza de aquel ambiente atufado por las ropas y los zapatos mojados que, con la humedad caldeada, emanaban juntamente los efluvios más íntimos del cuerpo, actitudes por un momento ausentes y enseguida de nuevo instantes, conforme corresponde a quien se encuentra en trance de solicitar algo, a la paciente espera del turno, pasividad que en ningún caso excluye el acecho atento, la busca del trato de favor, la pugna por adelantarse a los demás, por acelerar los trámites precisos y acortar los plazos de

obtención mediante cualquier recurso, excepción hecha, claro está, de los que allí acuden con objeto de inscribir un nacimiento, ya que si por una parte la misma naturaleza de su gestión les exime de volver otro día, el estado eufórico que suelen comportar tan felices sucesos les hace, por otra, más llevadera la permanencia, siendo frecuente que haste lleguen a considerarse centro del acontecimiento, a olvidar que el verdadero protagonista de la inscripción es otro, el verdadero recién llegado a unos dominios donde lo único fácil es la entrada. Como olvidar, un domingo al mediodía, lo que será salir por la tarde, las digestiones pesadas de los paseantes, las colas ante los cines, los llenos, el crepúsculo desabrido; o como ignorar, una vez más, que no será menor la abominación de los días que sigan a esta época de burbujeos navideños, cuando remitan los destellos, el movimiento callejero, hoy particularmente animado, en los contornos de la catedral, por los grupos alborotados de modistillas que celebran Santa Lucía, trece de diciembre, martes, fecha lo bastante expresiva como para resumir la racha aciaga de los últimos tiempos, la sucesión de contrariedades, la reiteración de contratiempos, acontecimientos no previstos o al menos no previstos en cuanto problema susceptible de afectarle, lo de la novia de Pluto y la muerte de tía Paquita y el accidente del padre de Nuria y la pérdida del abrigo y las puertas del metro ya en marcha ante sus narices, pequeños tropiezos no menos exasperantes que los grandes, cadena de hechos cuyo examen, en un intento de recapacitar acerca del origen, de precisar el punto de partida, haría obligada la conclusión de que el final de Aquiles fue, sin duda, el primer anuncio.

Certificado de defunción que quién hubiera dicho a Florencio Rivas Fernández, cuando se vieron por última vez, justamente en el entierro de tía Paquita, que iba a estar en manos de Raúl al cabo de tan pocos días, quién lo hubiera imaginado, una persona como él, tan ligada a la vida, tan poco afín a lo irreparable, etcétera, meditaciones adecuadas a la dificultad de aceptar el hecho, arrebatación brutal y brusca lo que en el caso de Francisca Ferrer Gaminde, viuda de Giral, fue ceremonia inexorablemente gestada. Crecimiento inconstruido, algo que no se sabe exactamente cuándo empezó, cuándo sus quejas de siempre y sus dolores y sus aprensiones y sus jaquecas comenzaron a integrarse, a formar parte del proceso, ni desde cuándo la familia lo sabe, ni si ella se lo sospecha, si su capacidad de engaño le permite seguir creyendo en la acumulación de molestas, ya que no graves, complicaciones: ciática, reúma, cólicos, infecciones intestinales, para explicar la progresiva postración de un cuerpo en principio oficialmente afectado de hepatitis ligera, si bien a partir de cierto punto resulta apenas verosímil que la verdad no se le haya impuesto por completo y que, de hecho, ella no haga más que fingir creer a sus familiares para

ahorrarles el comportarse como familiares que saben que ella lo sabe, que conoce la proximidad del desenlace y la identidad del mal, eso que ahora parece que están en camino de curar o, al menos, de saber qué es, de descubrirlo, que ya es mucho, y que a quien lo consiga, vamos, es que hay que hacerle un monumento, y lo más curioso es que parece que no es propiamente una enfermedad, una enfermedad como las otras, quiero decir, un microbio o así que viene de fuera, sino más bien algo que se lleva dentro, algo que fabrica el propio organismo y que acaba destruyendo al organismo que lo ha fabricado, una especie de desarrollo desordenado de las células que se apodera de la estructura ordenada de donde procede y termina con ella, sin que se sepa por qué, ni por qué se desencadena ese crecimiento inconstruido, lo único que se sabe es que no es contagioso, eso no, por suerte, a unos les toca y a otros no, y si te toca ya estás, mala suerte, y si no, también, de la muerte no se escapa nadie, y, si vas a mirar, tanto da que sea eso como cualquier otra cosa. Cómo estás, tía, dijo Raúl. Y ella dijo, muy bien, Raúl. Asintió con la cabeza a los comentarios relativos al fastidio de una enfermedad tan antipática como la hepatitis y a su extensión o frecuencia hoy día en verdad alarmantes, aunque también es posible que no les prestara atención y asintiera sólo por hábito. Miraba a Raúl y le preguntó por Nuria, cuándo se casaban, y por la carrera, obligándole a asumir el aire de debutante en la vida confundido por las preguntas de sus mayores o, más exactamente, de sobrino que simula simular cierta turbación, dado que las preguntas formuladas suelen apuntar a los reconocidos progresos del interrogado, cuyo mérito se quiere así proclamar abiertamente, a efectos de su futura consagración familiar. Pues fíjate, dijo tía Paquita, antes, precisamente, he soñado en ti. Bueno, en todos, pero tú también estabas. Estábamos en Vallfosca, en el jardín, y había como una merienda, y a todos os daban un vaso. Se acarició con una mano el dorso de la otra, lastimada por las endovenosas, pequeños derrames amoratados y amarillentos, no mucho más inmóvil entre las sábanas que en su chaise-longue de Vallfosca, ni más ingrávida que sobre los cojines de cretona descolorida, ni menos lejana la voz que cuando les llamaba desde el entre sol y sombra, el rincón de las hortensias, irradiaciones vivaces, rumores verdes, el olor temprano de los torrentes, uvas ácidas, paja caliente, los nidos de avispas entre las tejas, el porrón que los mozos llevaban al campo, las urracas al levantarse como hilvanando el celeste. Debía de hacer bastantes años que no la veía, y cuando se dijo que había entrado en coma fue a verla, más que nada para que papá dejara de recordarle cada noche que debía ir. ¿Por qué volvió? ¿Qué inercia o fuerza le hizo decir que volvería la otra semana y, contra todo lo proyectado en el momento de decirlo, volver efectivamente, y volver a decir que volvería y volver

de nuevo, por mucho que cada semana supusiera que para entonces ella ya estaría muerta, apreciación subjetiva, acientífica, basada meramente en la convicción o el deseo de que peor no se puede estar, pero resulta que sí, que se puede estar peor, y lo que era cuestión de horas termina por serlo de días y de semanas, estado de semivida o de semimuerte respecto al cual la entereza de antes y la serenidad tan comentada no tienen ya mayor significación que aplicados a la conducta de un hongo o de una larva?

La degradación que se opera a partir del momento en que la proclamación de la agonía queda invalidada por una sorprendente recuperación de facultades del paciente, el revuelo de familiares y allegados trocado en desconcierto, las llamadas, las visitas, las explicaciones, lo embarazoso de tener que puntualizar por ambas partes que mejor que sólo haya sido una falsa alarma, aunque, claro, en realidad está cada día más débil, la pobre, es como una llama que se apaga, te advierto que a veces ya pasa que a lo último hacen como una reacción y parece que vayan a curarse y todo, pero sólo lo parece, claro, y es que tiene la cabeza clarísima, un verdadero milagro, el doctor ya no se atreve a opinar, lo importante es que no sufra, pasad si queréis, mejor no marearla, ahora está tranquila, por eso, quizá dormiría, palabras a media voz en la habitación contigua, y dentro, el olor a steril-air, las luces de intensidad excesiva, al gusto de tía Paquita, la forma en que ella lo escrutó al descubrirle junto al lecho, como para adivinar si las pupilas de Raúl reflejaban ya la muerte, y el médico le tomó el pulso y dijo que no lo tenía malo, recuento siempre esperado no sin cierta ansiedad, tal un veredicto o el resultado de los exámenes escolares leído en la fiesta de fin de curso, por todos los presentes, aun los menos integrados en el proceso de familiarización con la enfermedad que habitualmente experimentan quienes rodean al enfermo, en el progresivo desplazamiento de su interés, inicialmente centrado en la personalidad de ese enfermo, hacia los detalles que caracterizan la evolución de la enfermedad desde un punto de vista más técnico, más propiamente clínico, los análisis tanto más innecesarios cuanto más definitivos, las consultas derivadas de la aparición de nuevas complicaciones, dificultades para obrar y efectuar la micción, imposibilidad de ingerir alimentos sólidos, la sonda, las curas, las punciones, los calmantes, la llaga, etcétera, fenómeno de desplazamiento o traslación, o mejor de suplantación, que en el fondo sólo hace que expresar la efectiva y paulatina reducción de la persona a organismo elemental de un solo conducto, ano a la vez que boca. El gato parecía estar en todas partes, frotándose sin ruido, aquietándose, ojos fijos y ranurados, el iris glauco, como de musgo cristalizado, en el vestíbulo, en el salón, en la salita contigua, aunque también es posible que hubiera varios en lugar de uno sólo, y que fueran exactos.

Murmullos, cabezas juntas, exposición de pareceres, intercambio de impresiones, si ha reconocido a Pedro, si ya sólo Ramona entiende lo que dice, si no parece que sufra, pero se ve que tiene como alucinaciones, eso son los calmantes, sí, efecto de los calmantes, a la pobrecita se le va la cabeza, fíjate tú que se ve que Ramona le ha preguntado si quería el lignum y ella le ha dicho no entiendo, y es que la pobrecita no se entera, yo creo que a veces no sabe ni dónde está, ni si todavía está aquí o si ya está en el cielo, porque con la devoción que tiene a esta reliquia, te la pongo aquí, mamá, encima de la botella del suero, y la estampa del Papa Pío y el escapulario de la Virgen del Carmen y la medallita de la Purísima de cuando hizo la primera comunión, y la de Fátima y la de san Francisco de Asís, y la bendición enmarcada de León XIII de cuando abuelo Raúl la llevó de peregrinación a Roma, y la foto de Gemma Galgani, y el rosario de huesos de olivas del Getsemaní, objetos por los que profesaba un especial fervor y que, unidos a determinadas prácticas, oraciones y jaculatorias, significaban una sustanciosa fuente de indulgencias, cien, trescientos, quinientos días rescatados del purgatorio, cantidad estimable, muy a escala humana, dado que una remisión desmesurada, cincuenta, cien mil años, sería acaso contraproducente, descorazonando más que alentando a la persona en gracia, único sujeto posible de la ganancia, inhibiendo sin duda por anticipado cualquier intento de maniobrar en un ámbito donde las magnitudes que se manejan son de semejante orden, incertidumbre en todo caso cubierta por la plenaria o exención total que trae aparejado el ejercicio de prácticas tales como los nueve primeros viernes, ciclo de nueve meses cumplido una vez tras otra por tía Paquita, en sucesión ininterrumpida durante toda su vida, hecho que tal vez pueda explicar su como desinterés de ahora por lo piadoso, ejercicios devotos a los que solamente parecía entregarse, cuando su estado lo permitía, por sugerencia de quienes de este modo intentaban confortarla, el credo, la salve, el yo pecador, algún misterio del rosario, alguna letanía, el viático, la extremaunción incluso, si bien, a este respecto, lo más probable es que, en aquel momento, su conciencia de estar recibiendo un sacramento de vivos fuese prácticamente nula, latines bisbiseados por un sórdido párroco como a bostezos, con la celeridad abreviante que da el hábito, someras aplicaciones de los óleos, la frente, las manos, la boca, en invocación, per istam sanctam untionem, de la piadosísima misericordia de Dios. Asomaos un momento, si queréis; le hará ilusión veros, dijo Ramona. A lo mejor está descansando un poco. Ha pasado tan mala noche, la pobre. Deja, deja, de verdad. Ya le diré que habéis estado. Tú sí que debieras descansar un poco, debes estar rendida. Ella es la que lleva todo el peso y si no se cuida acabará enfermando. Es que se ve que a la pobre hay que ayudarla en todo, y

como Ramona es la única que la entiende. La tensión que representa eso. Ramona es una chica de mucho temple. Ella y la Elvira, que suerte tienen de la Elvira. Lleva tantos años en la casa que es como si fuera de la familia, una de esas personas como ya no quedan, no como las de hoy día, que es que no saben nada de nada y siempre están pensando en otra cosa y todo les parece poco, con eso de que en el extranjero ganan tanto y cuanto, no sé dónde vamos a parar, la nuestra es que me desquicia, por cualquier cosa dice que se va y empieza a mirar los anuncios del periódico y a telefonear a sus amigas y pasan los días y, total, que no se va, pero un día esto se acabará, porque le tomaré la palabra y le diré, muy bien, ha dicho que quería irse, verdad, pues váyase, vamos, qué está esperando, a ver si encuentra otra casa como ésta, y la pondré de patitas en la calle, y verás cómo entonces ella se achica y me pide quedarse, pero yo ya me habré buscado otra y le diré que no, que en este mundo nadie es imprescindible, y ella se lo habrá perdido, porque además se ha encariñado mucho con los niños, que ésta es la suerte, que se encariñan con los niños y luego les cuesta irse, que si no ya me hubiera plantado el día menos pensado, con los invitados sentados a la mesa, y mira que es una chica que vale, que cuando quiere sabe hacer las cosas, pero es que no puede ser y no puede ser, con sus chantajes me ataca los nervios, y todo porque las tratas con demasiada consideración y entonces abusan, te toman por tonta, las has de tratar como a chachas, que esto es lo que son y es el único lenguaje que entienden, el de las chachas, chachas que viven en un mundo de chachas, las amigas, que son como una banda, el novio, las salidas, el teléfono, la parentela, las tonterías que cantan, los chismes, los líos, los berrinches. La Elvira, no. Y no es que no sea rundinaira ni que no tenga su genio; que cuando está de malas pulgas es capaz de cantarle las cuarenta al lucero del alba. Una navarra tremenda, de ésas de armas tomar. Es que los navarros son una gente espléndida, tipos, no sé, como enteros, como de verdad. Mira, ellos liberaron Barcelona. Las brigadas navarras de Solchaga. Cómo me voy a olvidar, aquella emoción, aquel entusiasmo. Recuerdo, en la calle Cortes. Los navarros. Elogio del navarro: hombre de una pieza, de la cabeza a los pies, leal y bravo, muy trabajador, de constitución sólida, gran corazón, religiosidad viril y nobles sentimientos; tradicionalmente tradicionalista y celoso de sus costumbres; es al mismo tiempo anfitrión hospitalario, amigo de la buena mesa y, eso sí, de empinar un poquito el codo, pero nada maleado ni mujeriego, propenso antes bien al esparcimiento sano, las peleas de carneros, las apuestas y demás aficiones que comparte con los vascos, sus hermanos de raza, a los que tanto se asemeja por lo que tienen en común, sólo que sin separatismos ni problemas sociales. Y sin embargo, y por boca de

Jacinto habla el clásico pesimismo catalán, propio del que ha visto ya demasiadas cosas en la vida, y sin embargo ya se estropearán, espera que aquello se vaya industrializando y verás cómo se estropean, hoy día Navarra ya es una región industrial, ha cambiado mucho y más ha de cambiar, y entonces todo eso se perderá y Navarra dejará de ser lo que es, alma y cuerpo de la tradición, reserva de combatividad, gente que se alza a ojos cerrados y se entrega a la causa de pies y manos y la defiende con uñas y dientes, capaz de dejarse cortar el cuello por Dios y por la patria y, en definitiva, y en virtud de lo que representamos, por nosotros mismos, los aquí reunidos a la triste espera del suspiro último, desfallecimiento, hálito muerto, omega de la vida. Adelante, adelante. ¿No estará descansando? Si no está descansando, nos asomaríamos un momento. Entrad, entrad, por Dios, si la pobre no descansa más de cinco minutos seguidos. Sólo un momentito; entrar y salir. Oír, oye, aunque no sé si os reconocerá, acercaos, esta luz así de fuerte resulta desagradable, pero ella fue quien la pidió, acaso cuando dejó de ver algo más que bultos y colores y movimiento, caras de repente inmediatas, si bien no por ello menos inciertas ni, como las voces que nacían y se alejaban, menos desconcertantes. La percha con las botellas de suero a los pies de la cama, una mesita con el instrumental de las curas, gasas, jeringas, pomadas, algodón, colonia, esparadrapo, y la monja con cara de pescador le musitó algo tan por lo bajo que Raúl le respondió con un carraspeo prudentemente afirmativo, como absorto, la atención puesta en aquellos ojos que no parecían mirar nada en concreto, licuosos, de brillo cada vez más superficial, las trenzas como de niña que recogían sus cabellos contrastando en ceniza con la blancura inflada del lecho. La habitación contigua aparecía iluminada por la pantalla del televisor, claridad sin sonido, y como contra el alba en el horizonte destacaban las figuras susurrantes, las tazas, la tetera, los bizcochos. En el salón había bastante gente e inevitablemente se hablaba demasiado alto. Ramona iba de un grupo a otro, atendiendo con aplomo mundano a la vez que correspondiendo a las manifestaciones de interés y de apoyo moral, y una doncella ofrecía bebidas. Los balcones estaban entreabiertos y, a modo de un tul, escapaba hacia la oscuridad exterior la luz animada por el humo de los cigarrillos. Conversación discreta, sin estridencias, ramas del viejo tronco distanciadas una de otra por la desigual suerte o fortuna, parientes y parientes de parientes que ya sólo coinciden en ocasiones solemnes, en casos de compromiso, en bodas o entierros, y cumplen con y se interesan por, respuestas corteses a preguntas corteses una vez tras otra intercambiadas, la salud, tu madre, los pequeños, la marcha de los asuntos, problemas siempre actuales, chachas, expedientes de crisis, inminencia de un reajuste ministerial, lo revuelto que llega a estar todo, problemas sin

solución, siempre expuestos con esa mezcla de indignado asombro y certidumbre fatídica, puntos de vista, generalizaciones, posturas tajantes reiteradas más que nada como rasgo de carácter o afirmación de la personalidad, anécdotas familiares, Gregorius, que es un desastre; Merceditas, que vuelve a estar esperando; Pedro, que está hecho un tarambana; Montserrat, que es una mujer de rompe y rasga; Jacinto y su franquismo obcecado, Juanito y sus cosas, todo tratado con un respeto exquisito por las líneas que con el tiempo han ido tipificando la imagen social de cada uno, con tacto, con afabilidad, con tolerancia, en tácita búsqueda de lo que armoniza y une, incluso cuando la conversación acaba por centrarse en la controversia más candente, en lo que toda Barcelona está comentando, en lo que de una u otra forma nos interesa a todos por referirse a nuestro medio, por lo que implica para cada uno de nosotros como desquite indirecto, punición ejemplar o identificación en el triunfo, un braguetazo evidente, por ejemplo, o, mejor aún, una separación especialmente escandalosa, aquí comentada evitando todo detalle delicado o escabroso, dejando para mejor ocasión, con las amistades más íntimas, la reconstrucción de una crisis conyugal iniciada con un civilizado acuerdo de hacer cada uno su vida y dejar que el otro haga la suya, y concluida entre demandas judiciales y detectives privados y notarios y fotografías comprometedoras y testigos y fugas y abandono de familia y el argumento de que ella fue la primera en tener un amante oficial, notoriamente consentido, y el contraargumento de que cómo no iba a tenerlo si a él ya sólo le satisfacía una lavativa de agua tibia administrada por cuatro enmascaradas desnudas.

Desde un balcón cualquiera del Ensanche, la ciudad se ofrece al extraño, siempre más atento a la impresión general que al detalle, aproximadamente idéntica a como se la puede ofrecer vista desde cualquier otro, desde un balcón cualquiera de este principal de Mallorca esquina Claris, por ejemplo, en la monótona fachada del edificio de seis plantas levantado cuando la muerte del abuelo en el solar que hasta entonces había ocupado el chalet de los Ferrer Gaminde, según la ya clásica costumbre barcelonesa de ir derribando con la máxima periodicidad posible los edificios para sustituirlos por otros invariablemente más feos, práctica que si por los provechos que reporta en su aspecto especulativo puede considerarse consustancial a toda burguesía, en el caso concreto de Barcelona no hace sino añadir la vulgaridad, el mal gusto y el recato aberrante a la frustración de lo que fue grandioso proyecto decimonónico, anticipación y genialidad de las que sólo quedan atisbos adulterados, suficientes, no obstante, para darnos una idea del grado de mediocridad que caracteriza la realización de lo proyectado y señalar la distancia que va de una generación a las que la siguen, mediocridad extensiva a los

mismísimos tempranos embelesos y grotescas ensoñaciones de una alta burguesía convertida en aristocracia a fuerza de imaginarlo, a fuerza de títulos pontificios y de cosmopolitismo provinciano, de mimética fascinación por la nobleza castellana, por sus virtudes y sus dejes, actitud colectiva que, en el terreno económico, tal vez explique el desarrollo en su seno de una marcada tendencia al absentismo y la especulación, bolsa, seguros, financieras, fincas, terrenos, concesiones de servicios públicos, esto es, el negocio limpio, lo mismo que a la situación de privilegio, a la exclusiva, al proteccionismo, así como su alergia a la industria entendida no como cortar cupones, sino como empresa que hay que dirigir y, consecuentemente, su desprecio por el resto de la burguesía catalana, esos industriales y comerciantes con los que una buena familia sólo debe relacionarse en última instancia, si así lo exige el duro imperativo de la necesidad, mediante enlace canónico, gentes que por haber reinvertido sus fortunas, generalmente de idéntico origen ultramarino, en actividades industriales, y por haber inculcado a su descendencia la severa identificación de apellido y producto y de continuidad de la familia y continuidad de la fábrica en aras de una constante superación competitiva, resultan perpetuamente asimiladas a la imagen social del nuevo rico, ser de fácil localización por su indisimulable falta de clase, alcurnia y señorío, su afán de introducirse y relacionarse, sus modales bastos, su fuerte acento catalán, la estridencia de su risa, nada hay en ellos que no sea digno de desprecio, así sus esplendores exhibicionistas como sus batacazos estrepitosos, lo mismo el dinero ganado en circunstancias que por su inmediatez forzosamente resultan turbias, que la ruina vergonzosa, con frecuencia tan rápida y repentina como lo fue la formación del patrimonio, suspensiones de pagos, quiebras fraudulentas, finales, qué duda cabe, de reprobación sin excusa para quienes, en el peor de los casos, con ir vendiendo sus propiedades suntuarias tienen garantizado el declive por unas cuantas generaciones, cada vez más gangosa y nasalizada la pronunciación, más de gilipollas y repipi la presencia y cretina la mente, más leporinos, belfos y ceceantes, más alelados, conforme a la natural trayectoria de las cosas que caen, al movimiento de descenso que conduce desde las alturas antepasadas a los actuales niveles de subnormalización. Formas de decadencia que sus más soberbios y avispados prolongadores, antes que negarlas, las proclaman, convirtiéndolas en su contrario, en distancia y diferenciación respecto a quienes ahora tienen el poder económico en sus manos, en conjeturas sobre lo distinto que sería todo si las cosas hubieran ido de otra manera, inexpugnables en sus nostalgias de lo que no fue, en sus capitulaciones y recapitulaciones, lamentándose sólo de que los antiguos señores feudales de Cataluña, tal vez por una excesiva

confianza en los derechos y méritos del propio linaje o por un prurito jerárquico que no podía sino inhibir toda exhuberancia de dignidades nobiliarias donde la máxima autoridad era un conde, pero en cualquier caso con una incalificable falta de previsión, sin una precisa conciencia de que los apellidos pasan, pero las dignidades permanecen, no se hubieran preocupado de dar inmanencia y validez objetiva a sus prerrogativas concretas, de sancionar y matizar con los usuales títulos hereditarios su genérica condición de señores, de ensamblar y articular esos títulos en un cuerpo formalmente inmutable, colocando así a cuantos habían de sucederles en el papel de cabeza de la sociedad catalana, a la aristocracia natural de los siglos futuros, en situación de notoria y lamentable inferioridad frente a la nobleza del resto de España y de Europa, sometiéndola a la justificación, a explicaciones prolijas y enojosas sobre todo en esos tiempos en que nadie tiene demasiado tiempo, condenándoles al recurso, humillante en el fondo por la cualidad sucedánea y la consolación que implican, de lucir un título fin de siglo, cuando no más reciente o pontificio, único medio de superar la noción pedestre, y en alto grado incierta de mero buen apellido; o lamentándose de que, acaso debido al desarrollo polimembre de la Corona y a su precoz apogeo, anterior a cualquier concepción más civil que militar de la ciudad, lo que pudo ser continuado enriquecimiento de la corte barcelonesa y acumulación armónica quedó en vasta dispersión de esfuerzos, logros siempre insuficientes: Palma, Valencia, Zaragoza, alcanzados a costa de la densidad monumental de Barcelona, ciudad desprovista de ese arte hecho calle o plazuela característico de tantas villas italianas de significación y rango incomparablemente menores, no hablemos ya de un Campidoglio, de un Lido, de una piazza del Duomo, altares donde ante los ojos del mundo entero es consagrada una ciudad y ennoblecidos los privilegiados pobladores de tan esplendoroso pasado, una aristocracia para la cual el problema de permanecer en sus antiguas residencias es a lo sumo un problema de impuestos, no como en el caso de nuestros palacios, cuya sobriedad primitiva y pobre magnificencia disculpan hasta cierto punto el general desentendimiento de los barceloneses respecto a su suerte, la consideración de que es asunto del municipio rescatar del abandono y la demolición unas mansiones que han acabado convertidas en conventillos en la medida en que son incapaces de compensar con prestigio la falta de confort propia de toda construcción medieval; o lamentándose de que el rencor indiscriminado de Felipe V contra Cataluña, por justo que fuera su designio de castigar a cuantos se habían opuesto a la instauración de la dinastía borbónica, le hubiera impulsado nada menos que a ordenar la destrucción de todos los castillos del Principado, casi la mitad de los existentes en España,

reduciendo a ruina erosionada lo que hoy sería gloria y realce del paisaje y escenario y símbolo de encumbración social; o lamentándose de que la exclusión de sus antepasados, por los motivos que fuera, de toda participación en la conquista de América durante cerca de trescientos años hubiera privado a Cataluña de las proyecciones y resonancias que otras regiones españolas han grabado de modo indeleble en la historia del nuevo continente, proezas y descubrimientos, fundaciones, honores, fortunas, virreinatos, así como del lógico reflujo de riquezas hacia la metrópoli, suntuosidades barrocas aquí, por desgracia, prácticamente inexistidas; o lamentándose de que hubiera gente en Cataluña que, con incomprensible terquedad, se expresara todavía en catalán, estableciendo así, en relación al resto de España, un muro de incomprensión y recelo y automática inquina, que fuerza a quienes nos expresamos en un castellano cuyos giros y acentos delatan inequívocamente el origen, a puntualizar que, a Dios gracias, en Cataluña no todo se reduce a viajantes de comercio y fabricantes textiles, y sobre todo, que una cosa es ser catalán y otra, pero que muy distinta, ser catalanista, individuo minoritario cuya mentalidad pequeña y mezquina nosotros somos los primeros en denunciar y escarnecer, ahora que todas las naciones del mundo hablan de unirse ellos salen con esas, hay que tener miras más altas, ver más allá de la caseta y el hortet de los Macià y Companys, objetivos menos nimios y estrechos, ideales que valga la pena defender con algo más que con el Virolai y la sardana; o lamentándose de la incapacidad política del catalán, entendiendo por tal su ineptitud para llegar a la cima del poder, así como de la menos cacareada y con frecuencia hasta ignorada incapacidad económica, entendiendo por tal no su falta de maña en hacer dinero, sino su rechazo instintivo de cuanto suponga conjugar esfuerzos y fusionar capitales, incapaces de crear no ya verdaderos complejos industriales, acordes al gigantismo que hoy día es cuestión de supervivencia, sino incluso, a diferencia de los vascos, algún gran banco que, con su respaldo a realizaciones de cierta envergadura, contribuyera cuando menos a la remodelación de un panorama económico caracterizado por el minifundio industrial y la descapitalización, fruto todo ello de nuestro individualismo radical y a la larga suicida, y es que somos así y no tenemos remedio, individualistas entre los individualistas, y del mismo modo que lo que aquí había en la época roja no era comunismo sino anarquismo, así en los negocios y en todo, sin que ello obre en demérito nuestro, antes bien al contrario, demasiado caballeros, demasiado señores, carencia de dotes de mercader que nos honra, que nos distingue de tanto nuevo rico y de tanto piojo remontado, que nos exime y purifica de toda confusión con el ambiente circundante hasta tal punto adulterado,

capaces como seríamos, como Sansón, de hundir el templo sobre nosotros y perecer antes que transigir –en materia de principios– con los tiempos y los advenedizos, criterios y consideraciones que si de un modo general propician el escepticismo y la desesperanza, la idea de que la historia, por ejemplo, no parece tener un sentido coherente y acaso no tiene por qué tenerlo y, ni mucho menos, un obligado final feliz, propician también una actitud solidaria en el desdén hacia lo que se innueva y en la afrontación acerba de lo que se va perdiendo, en la forma de cerrar filas ante lo trascendente, aquí y ahora, todos, como siempre que las campanas doblan por alguien y los demás acudimos, confortación en el duelo y consuelo en la aflicción, unidos, aunados, unánimes, desfilando uno tras otro conscientes del apoyo que eso representa no sólo para los deudos, sino asimismo para cada uno de los que desfilamos, enfervorizados por el modo en que las presencias se potencian mutuamente y por la hondura que las circunstancias confieren al acto de oprimir una mano, firmar en el libro de las condolencias o ponerse a la entera disposición, sinceramente emocionados, qué duda cabe que sinceramente emocionados, al ofrecernos a los familiares de la difunta, una gran señora con cuya desaparición desaparece para todos un poco de nuestro propio pasado, de lo que usualmente entendemos por nuestra época. Hacia las dos de la madrugada, en el salón ya sólo quedaban hombres, parientes de diverso grado, amistades particularmente allegadas a la familia o caballeros especialmente cumplidores, y Pedro, como para corresponder a lo que sin duda de él se estaba esperando, centraba la atención de una parte de los presentes con sus anécdotas sobre putas, soslayando por medio de ingeniosas y acertadas perífrasis toda palabra hiriente o cruda, deferencia ostensiblemente dirigida bien a la doncella que traía más café y vaciaba los ceniceros, bien a Ramona, que de vez en cuando se aproxima a encender un cigarrillo en su compañía. Pero ¿lo hacen por gusto o por dinero?, dijo Ramona, recogida en un brazo del sofá, sin que la naturalidad del tono empleado ni el gesto sereno y objetivo a la vez que desenvuelto fueran suficientes para que hasta un extraño, hasta una persona que desconociera la pujanza económica que Jacinto Bonet representaba en Barcelona, no lo comprendiera todo de inmediato, su boda, sus deseos imposibles, las razones de esa imposibilidad y, bajo cualquier apariencia de mero interés curioso, no adivinara la fascinación que a todas luces le producía cuanto se refiriera al tema, y más concretamente, la clave del mecanismo erótico, el misterio de una penetración contundente; estimaciones amorosas. También se contaron chistes políticos, no sin criticar esa costumbre tan española de andar siempre criticando al que gobierna, en tanto que los ingleses consideran incorrecto el simple hecho de

sacar a colación la política en las reuniones, y se habló de la superioridad del sistema educativo anglosajón, de las posibilidades de nuestro equipo en la Copa Davis, del striptease que se puede ver en Londres, más osado que el del Crazy Horse, temas diversos, adecuados a una situación en la que se tiene la noche por delante y es mejor charlar de cosas entretenidas para conjurar la tensión que inevitablemente produce una presencia yacente en alguna pieza contigua, la cérea penumbra del túmulo. Cuando Raúl se despidió hablaban del terrorista condenado a muerte, coincidiendo además, en lo sustancial, con el criterio que había imperado en casa de Leo en lo que al acto causante de la condena se refiere, la obra de un loco, dramáticamente reactualizada por la noticia de la sentencia aparecida en la prensa de la tarde, si bien aquí la calificación de locura se basaba en la convicción de que sólo un obcecado podía pretender alterar con bombas el progresivo desarrollo económico del país precisamente cuando los frutos de la estabilización comenzaban a llegar a las clases más humildes, mientras que, en casa de Leo, semejante recurso a unos métodos que ya en Los Bakuninistas en Acción, casi cien años antes, habían sido rechazados por contraproducentes, sólo... podía ser considerado como una muestra más de la exasperación de las masas populares, sin que los aspectos negativos y hasta provocadores de la acción fueran obstáculo, sin embargo, para que se formularan todos los pronunciamientos de solidaridad con las víctimas de la represión y, más concretamente, de la brutalidad policíaca, fuera cual fuese su credo político, lo mismo que en casos como el de Marsal o el de Obregón, en el de este pobre chico, seguramente tan lleno de generosidad como equivocado, que si no estaba ya fusilado tras un juicio todavía más urgente y sumarísimo era, sin duda, porque su estado físico le había impedido comparecer con mayor premura ante el consejo de guerra, extremos éstos, o conjeturas, demasiado ajenos a la vida cotidiana de los asistentes a la vela de tía Paquita para que, de haber sido planteados por algún espíritu ingenuo y con escaso sentido de las situaciones, tan sólo una cuestión de sensibilidad o etiqueta les hubiera impedido manifestarse en favor de que, a efectos admonitivos, el suplicio se efectuara en la plaza pública, como con Juan Sala, alias Serrallonga, o cualquier otro facineroso de antaño; Serrallonga, que el 8 de enero de 1634, según consta en las crónicas, fue azotado, desorejado, paseado en carreta, atenazado y despedazado en cuatro, siendo su cabeza expuesta en una de las torres del portal de San Antonio de la presente ciudad. Anima eius requiescat in pace. Amen.

¡Cuándo se acabará el martirologio!, dijo el padre de Leo, y como en una pintura del barroco donde el plano sobrenatural se impone triunfante a los sobrecogidos testigos de una aparición, así, en la

pausa meditabunda que siguió a sus palabras, tal implícito y respetuoso homenaje de silencio, se hizo casi palpable la imagen de Obregón colgado por los brazos de una cañería, sus muñecas desolladas, sus pies machacados, su piel punteada por las quemaduras de los cigarros, o la de Marsal esposado a un camastro de hierro que las descargas eléctricas convertían en abismo y alarido, o la del mismo Leo, caído en un corro de golpes, escenas siempre con un algo de inverosímil, tal vez por la sórdida familiaridad de las circunstancias ambientales; oficinas que podían ser las de una notaría, tipos que podrían ser agentes de seguros, todo muy vulgar, desposeído de la plasticidad y la carga mítica de un Sebastián asaetado o de un Savonarola en la hoguera, pero no por ello menos acontecibles y próximas, algo que como para Obregón pudo haberse hecho realidad para Floreal de no haberse escondido a tiempo, algo que nadie dejó de imaginar que fuera ya una realidad para Escala cuando corrió el rumor de su detención, del mismo modo que sólo la suerte de haber llegado antes que la policía al piso donde los del comité de estudiantes tenían la ciclostil había evitado que lo fuera también para Raúl y Federico. Esto es como los últimos días de Pompeya, dijo el padre de Leo. El volcán no tardará en entrar en erupción. Ya en tiempos de Hengel, el gran filósofo alemán cuyos pensamientos, aunque él fuera idealista, sirvieron de base, como si dijéramos, a los de Marx, ya entonces Barcelona era la ciudad del mundo que contaba en su historia con más luchas de barricadas, y ahora se acerca la última batalla. A un lado estarán los poderosos, con sus lujos, sus vicios, sus derroches; al otro, el hambre y la miseria del pueblo. Mientras los ricos son cada vez más ricos, los pobres son cada vez más pobres, y los millonarios y plutócratas ven engrosar constantemente sus pingües beneficios y sus sendos dividendos a expensas del salario del obrero. Por eso la revolución es tarea del obrero, que es el único que no tiene nada que perder, salvo sus cadenas. Pero está previsto que la misma marcha de los acontecimientos vaya demostrando su verdad y que, en su lucha, la clase obrera reciba el apoyo de otras clases y capas sociales, estudiantes demócratas, intelectuales progresistas, pequeña burguesía liberal y burguesía no monopolista, así como amplios sectores del clero y aun del ejército, es decir, de todas las personas de buena voluntad que, ante el fracaso del capitalismo y las perspectivas que el socialismo ofrece para resolver el problema de España, empiezan a ver claro. Nosotros consideramos que la tierra es del que la trabaja, y por eso el campesino, al hacer suyo este principio, se convierte en el aliado natural de la clase obrera. Esto no quiere decir, sin embargo, que seamos contrarios a la propiedad privada, sino al revés, que incluso la defendemos de quienes pretenden acapararla en perjuicio de la comunidad. La prueba es que, en los países socialistas,

aun hoy día continúan existiendo diversas formas de propiedad privada. Y con la cuestión de la Iglesia pasa lo mismo, que no tenemos nada en contra de que el católico de buena fe practique su religión. Intervenía Teresa: parece que en Polonia, por ejemplo, decía, la gente va a misa mucho más que en España. Y Leo: además, decía, en realidad ahora tampoco se trata de hacer la revolución, sino de reinstaurar en España la democracia parlamentaria, un régimen de transición en el que estén representadas todas las fuerzas y tendencias democráticas del país. Y lo que os puedo asegurar es que, cuando llegue el momento, no ya los soldados reclutados en el seno del pueblo, sino los mismos miembros de las fuerzas represivas, policía armada y guardia civil, así como gran parte de suboficiales y cabos del ejército y hasta algunos oficiales y jefes, se sumarán a la huelga nacional pacífica. No os podéis hacer cargo del malestar que se respira en las salas de banderas, de los sueldos ridículos que los agentes del orden franquista cobran por hacer un trabajo que les disgusta, de lo raídos que llegan a estar los uniformes de los funcionarios de prisiones. Yo hablaba bastante con uno de mi galería y os aseguro que podemos contar con muchos de ellos no sólo de cara al derrocamiento de la dictadura, sino incluso en la fase del paso al socialismo. Y con la Iglesia igual, dijo el padre de Leo; el bajo clero, que ve de cerca los problemas del obrero, acabará poniéndose de su parte, y la jerarquía no tendrá más remedio que hacer lo mismo. Lo primero que tendrían que hacer los curas es ir con mujeres, dijo Juan. Ahora, con que tienen que ir a escondidas, se vuelven todos maricones. El Plan de Desarrollo fracasará, dijo Leo. Hace poco pillaron a uno allá en Montjuich, por la Tierra Negra, dijo Juan. Y lo del párroco de Pueblo Seco, que metía mano a los niños de la parroquia, y si no llega a ir la policía lo cuelgan. Lo único que hará el Plan de Desarrollo es desarrollar las contradicciones, dijo Leo. Hay demasiadas desavenencias y demasiados intereses antagónicos y fuerzas en conflicto para que pueda marchar. Inflación, paro, depresión, déficit de la balanza de pagos, cuando no es una cosa es otra. Y eso se debe, aparte de que el país está en huelga de brazos caídos, como aquel que dice, desde que acabó la guerra civil y por eso la productividad es tan baja, de hecho un boicot a escala nacional, eso se debe a que el proceso de descomposición del Régimen ha ido tan lejos que ahora son los mismos grupos y grupúsculos que forman la camarilla franquista los primeros en poner palitos al carro. Por lo que se ve, hasta la propia camarilla franquista está dispuesta a apoyar vuestra huelga nacional pacífica contra la dictadura, diría Federico al salir. Y Raúl: casi, te diría Leo. Pues mal asunto, dijo Juan. Si tienen tantos aliados, por algo será. Aquí pasa como con aquello de ganar la guerra antes de hacer la revolución. ¿Para qué y para quién? Pues aquí pasa lo mismo.

Hablar de derribar al Régimen con los burgueses es engañar al pueblo. Si para derribar al Hitler y al Mussolini hizo falta una guerra mundial, ¿qué collons queréis conseguir con huelgas pacíficas? Y ellos lo saben de sobras. Que por eso fusilan al pobre chico de las bombas. Armar al pueblo es lo que hace falta, armar al pueblo. Y Leo: el hecho de que lo fusilen es una prueba más de la debilidad del Régimen, dijo; el gato se hace peligroso cuando está patas arriba.

Pregunta obligada: ¿puede un tipo como Leo volverse tonto, es decir, comportarse como si lo fuera, o se trataba más bien de una apariencia propia del estado de desorientación que sin duda experimenta al salir de la cárcel todo el que se ha pasado dentro más de tres años, o tal vez ya era tonto antes y no se habían dado cuenta? Pero no era ésta la única modificación observada en su comportamiento: cierta inestabilidad también, como desazón o inquietud, las maneras nerviosas, la risa algo crispada, o demasiado pronta o demasiado tarda, tras una especie de reacción de estupor, sintomática, se diría, de una relativa ausencia o alejamiento respecto a lo que se estaba hablando. La impaciencia que traslucía su silencio mientras el padre decía, no es porque somos hombres, Fortuny, y es humano que para un padre lo primero sea su hijo, pero el Leo ya ha cumplido y ahora lo que tiene que hacer es dedicarse a sus cosas y esperar, reservarse, que bien se lo ha ganado y esta gente se la tiene jurada. Acabar la carrera, ganarse la vida, casarse, fundar una familia; y aunque para nada se mencionase a Teresa, era como si Teresa empezara a crecer como crece una cámara de neumático según es hinchada y se despliega y endereza y cobra relieve, a dilatarse hasta hacerse perceptible incluso para quien no la estuviera mirando del mismo modo que, no obstante haber caído fuera de nuestro campo visual, se nos hace perceptible una centella. Impaciente, incómodo, cohibido, como dominándose para no soltar alguna inconveniencia o salirse con alguna frase destemplada, con la impotencia exasperada del que sólo calla porque cualquier palabra que pronuncie no hará sino redundar en la prolijidad de un tema cuyo mero planteamiento quisiera haber evitado, de manera que mejor hacerse el distraído, como si Leo no pareciera afectado o como si al menos Raúl no se diera cuenta de que lo parecía, forzando la conversación, desdoblándola, por ejemplo, con cualquier frase dirigida a Leo cuando el padre preguntaba a Fortuny, ¿oi que sí, Raimon?, y Fortuny decía que sí, que un abogado juega ya un importante papel político con el simple ejercicio de su carrera, limitándose estrictamente al aprovechamiento de las posibilidades legales, al margen de toda actividad clandestina, y Federico decía, pues es cierto, defender al humilde de los abusos del poderoso. Y entonces Raúl preguntó a Leo y hablaron de somníferos, o de algún tranquilizante concreto, maniobra de diversión de efecto

seguro, uno de los pocos temas sobre los que podían extenderse sin tensiones ni reticencias, una vez mutuamente identificados como personas que tomaban pastillas, es decir –sin que se dijera– que ofrecían, aunque distintamente caracterizado, un cuadro neurótico, más propiamente depresivo en Leo, más bien de ansiedad o angustia en Raúl, con insomnio en ambos casos, y comparar reacciones experimentadas y efectos secundarios de la medicación, prescindiendo siempre, como de tácito acuerdo, de toda referencia a las motivaciones, a la causa de su necesidad de tomar pastillas, asunto siempre muy personal y, en el fondo, no menos ajenos a los dominios de la conciencia que de la voluntad, con independencia de que en un momento dado el fenómeno pudiera agudizarse por razones perfectamente localizables, la caída de Obregón, por ejemplo, en el caso de Leo, y más concretamente la responsabilidad tan involuntaria como efectiva que sin duda le correspondía por el hecho de haber contribuido a engrosar el historial de Obregón, los cargos de los que ahora Obregón debía responder, con su declaración de tres años atrás, al caer con Marsal, cuando él, Leo, sabiendo que Obregón estaba a salvo, y con el fin de reducir al mínimo el ámbito de los interrogatorios, había admitido pertenecer al partido comunista y mantener contactos con Obregón y posteriormente con Marsal, encaminados a intentar, hasta el momento sin éxito, la creación de un comité universitario, declaración no sólo coherente y verosímil, puesto que no constaba ningún otro teléfono de estudiante en las notas en clave encontradas en poder de Marsal, sino que incluso podría haber sido calificada de hábil, en el supuesto de que Leo hubiera tenido la seguridad de que Obregón no caería nunca en manos de la policía, presunción más que cuestionable, como los acontecimientos acababan de demostrar con sobrado énfasis, precisamente Obregón y, entre los sectores afectados, precisamente el universitario, de modo que no sería aventurado suponer, respecto a Leo, que era en la reactualización mental de su propia caída, más que en la caída de Obregón, donde había que buscar el núcleo conflictivo inmediato, del mismo modo que tampoco podía decirse que para Leo el problema fuera propiamente de miedo cuando hizo llegar a Raúl el último encargo de Escala, recibido vía Floreal sólo horas antes de que también él desapareciera a su vez de la circulación, como para mejor subrayar la gravedad y urgencia de los acontecimientos, de una caída que afectaba al metal, universitarios y empleados administrativos, sectores que, al parecer, entre detenidos y escondidos, habían llegado a un total colapso, sin contactos orgánicos de ninguna clase, situación, más que incierta, por momentos más y más alarmante, un derrumbe en cadena ante el que había que reaccionar fuera como fuese si no querían que se convirtiera en verdadera catástrofe. Había que limpiar cuanto antes de papeles

comprometedores el piso donde el comité de estudiantes imprimía la propaganda y, en lo posible, salvar la ciclostil, sacarlo todo de allí antes de que llegara la policía, si es que no había llegado ya, un riesgo que era preciso afrontar aquella misma noche, apenas cerraran el portal, cargarlo todo en el coche de Federico, tú y él, entre los dos podéis de sobras, sería contraproducente que yo os acompañara, seguramente me siguen, a mí me conoce toda la brigada social, consideraciones hechas no exactamente por miedo, no al menos por el miedo a una nueva detención, o no solamente por eso, por el miedo a un nuevo y más penoso interrogatorio, al dolor físico, a más años de cárcel, el miedo a lo que podía llegar a decir si cayera otra vez, como el miedo, ante todo, a lo que podía haber llegado a decir tres años atrás con sólo que el interrogatorio se hubiera prolongado un poco más, con sólo que la policía, venciendo su dejadez o la fatiga o la rutina, hubiera insistido un poco más, el párpado contraído como para mejor dominar la ansiedad de la pupila al mirar a Raúl, los labios afinados como para decir si no lo has pasado no hables, si no lo has pasado no puedes ni imaginar lo que es aquello, refiriendo así su actitud a una experiencia que parecía considerar intransferible, muy equivocadamente, sin duda, dado que la reacción de Raúl, como la del aprensivo que por su misma familiarización con el desastre termina por ser capaz de enfrentarlo serenamente, bien podía estar determinada, más que por una imposibilidad de imaginarlo, por haberlo ya imaginado demasiadas veces, e incluso, en los últimos tiempos, casi deseado, encontrarse con la policía al llegar al piso, por ejemplo, la solución de continuidad que hubiera representado respecto a su actual situación, a sus problemas, quién sabe si hasta respecto a sí mismo, y así, de paso, dar un escarmiento a Nuria, que tan buena era para repetir, cuando hay que hacer una cosa, pues se hace, lo único que hay que tener es cojones, igual de resuelta y rotunda que Teresa en sus juicios y mucho más libre en sus expresiones, un léxico que a Teresa, con toda seguridad, debía parecerle tan inconveniente en una mujer como impropio de un contenido revolucionario, huelgas, repartos de octavillas, represión policíaca, manifestaciones, torturas, actos de heroísmo, frases que en labios de Teresa cobraban el valor de un conjuro, el don de convocar el heroísmo del pueblo más que de testimoniarlo, cuando, bien mirado, mejor haría hablando menos, que a fin de cuentas, dijo Escala, la conducta de Leo no ha sido precisamente la de un Dimitrov. Eso es lo máximo que puede decirse en su favor: que se comportó con debilidad. Criado en un medio semiproletario, Serra ha podido estudiar, no obstante, gracias al esfuerzo de sus padres, como cualquier hijo de la burguesía, permitiéndose incluso, también como cualquier hijo de la burguesía, ser un mal estudiante, cuando el prestigio de su actividad política

exige justamente lo contrario, que el estudiante comunista sea, además, un buen estudiante. Ni intelectual ni obrero, Daniel, Serra tiene esos defectos del que se ha quedado a mitad del camino, sin el rigor ideológico de un Ferran, por ejemplo, ni la solidez característica de nuestros militantes obreros. Una ambigüedad que forzosamente había de ponerse de manifiesto en una situación extrema, como es una caída. Claro que si en una caída el camarada responsable se desmorona como se desmoronó Marsal, la desmoralización suele contagiarse a los demás detenidos, y eso es lo que pasó entonces; pero ello no quita el hecho objetivo de que el comportamiento de Serra no fuera el correcto. Nadie fue detenido por su culpa, es cierto, pero su comportamiento dista mucho de ser el de un buen militante comunista, de ser un comportamiento ejemplar. Si no se le expulsó del partido, como a Marsal, fue sólo porque su responsabilidad en el partido tampoco era la de Marsal. ¿Qué hizo, a fin de cuentas, Marsal? ¿Convertirse en un traidor, en un confidente de la policía, entregar a la policía la organización de la que era responsable? Por supuesto que no. Dio una dirección: la del lugar donde vivía. Y allí había anotaciones, números de teléfono. Y uno de los números estaba repetido: en clave, como los demás, pero también sin clave. A partir de ahí la policía descifra los restantes, desarticula todos los contactos de Marsal con las distintas células del partido, detiene a los enlaces que no han tenido tiempo de ponerse a salvo. Serra entre ellos. Uno de esos enlaces, el textil, se desmorona, y dice a la policía lo que sabe y parte de lo que no sabe. ¿Resultado? Casi cincuenta detenciones y la necesidad de reconstruir la organización de arriba abajo. ¿Y Serra? ¿Qué hace Serra? ¿Entregarnos a nosotros, sus compañeros de universidad? Tampoco. Serra está solo, él es el único estudiante detenido hasta el momento y sabe que debe seguir siendo el único. Pero no se siente con fuerzas para coger el toro por los cuernos, para enfrentar la cara a la policía, para decirles, en efecto, señores, pertenezco al partido comunista; por tanto, es ocioso decirles que no me van a sacar una sola palabra, los estatutos de mi organización me prohiben revelarles nada. Así, de cara. No se siente con fuerzas y opta por engañarles, por hacer creer a la policía que cede, que está dispuesto a hablar. Habla de Obregón, de cómo lo conoció en París, a través de un estudiante español hijo de exiliados; de los contactos que posteriormente mantuvo aquí con Obregón para estudiar un plan de infiltración en la universidad; de cómo Obregón le presentó a Marsal antes de volverse a marchar. Una declaración ingeniosa; habla sin decir nada útil a la policía, cortando incluso las averiguaciones de la policía respecto a la universidad al confesarse único responsable del partido en este sector. Pero lo ingenioso no es lo mismo que lo correcto. Hay una cuestión de principio, de actitud ante la policía, que

no fue que digamos la que adoptó Serra. Pero aún hay más. ¿Cree Serra que realmente no dijo a la policía nada de utilidad, que no comprometió a nadie con su declaración? ¿Imagina que la policía no tiene memoria? ¿Que dejará de utilizar contra Obregón lo que él declaró y firmó si algún día llegan a cogerlo?, reflexiones que, a estas alturas, ya todo el mundo, salvo Teresa, parecía haberse hecho, como si ignorara o hubiera olvidado todos los detalles relativos a la caída de Leo cuando unía su voz a la de Nuria, emulándose ambas con fervor arrebatado en proclamar una integridad militante, una fidelidad política en la que, dada su improcedente insistencia, acaso veían el símbolo despersonalizado de una deseada fidelidad nupcial, Nuria y Teresa totalmente identificadas, por más que separadamente no desperdiciaran ocasión de criticarse, de marcar distancias, de lamentar Teresa, presumiblemente, que Nuria hubiera acabado por atrapar a Raúl, del mismo modo que Nuria lamentaba que Leo, que está muy bien, hubiera acabado por caer en las redes de Teresa; Leo se merecía algo mejor, algo mejor que esta tía que ha estado esperando tres años para ser la primera en metérselo en la cama cuando saliera de la cárcel, para cogerlo por ahí bien cogido y casarse con él y apartarlo de sus amigos de antes, que es lo que está intentando conseguir por todos los medios. Campaña insidiosa de Nuria, fenómeno de contagio o reacción coincidente, el clima hostil que Teresa tenía entre los amigos desde que soltaron a Leo era un hecho que a nadie podía pasar inadvertido, y a Leo menos que a nadie, sensibilizado a la más pequeña alusión, a la más pequeña muestra, ensimismándose, ensombreciéndose, no contradicciones antagónicas, pero sí aspectos de la usura cotidiana que en modo alguno podían contribuir a su estabilidad síquica, una estabilidad sobradamente puesta a prueba en los últimos tiempos por el tránsito que supone pasar de las discusiones ideológicas sobre la realidad española, en la cárcel, al contacto directo con esa realidad, o mejor, con su apariencia, tan irritantemente plagada de particularismos oblicuos, incidencias dispersivas, excepciones desorientadoras y excrecencias parasitarias, que el mero esfuerzo de mantener las ideas claras, de seguir percibiendo bajo semejante maraña las líneas maestras de la verdadera realidad, era algo que tenía su precio, que se pagaba de algún modo, una repentina sensación de cansancio o somnolencia, por ejemplo, una algodonosa amortiguación del intelecto, manifestaciones de postración que Raúl era capaz de reconocer en la medida en que se ajustaban a su propia experiencia, si bien, en lo que a él se refería, contrariamente a lo que cabía presumir respecto a Leo, todo intento de definir la causa, el principio activo de esa clase de malestar, de aislar el hecho concreto, la palabra, el pensamiento que lo había provocado, acababa llevándole, más que a un choque con las deprimentes circunstancias

personales en que se debatía, generadoras no tanto de crispada flojera como de petrificación, no tanto sensación como estado, más que a eso, a una discusión ideológica cualquiera, al debate sobre la aplicación en la praxis de algún principio teórico, a la formulación abstracta, argumentaciones que, al modo de un tóxico que penetra en el torrente sanguíneo y se extiende uno tras otro a todos los miembros, parecían dilatarse en su interior y, como una fiebre, distanciarle de lo que se decía, marginarle del curso de la conversación, decantarle, ausentamiento progresivo que a duras penas conseguía revestir de considerativo silencio, a veces como con la impresión de haber vivido ya aquel momento, de saber exactamente lo que iba a pasar y pasaba, el tembleque o de las plumas contra los alambres, el viejo con un pañuelo anudado a la cabeza en el panorama de azoteas vacías, lo que dijo Federico al quitar el contacto y volverse a medias, recostado en el volante, Aurora trayendo hielo, las aceras de cualquier manzana del Ensanche, la terraza de un bar, las palomas aleteantes, el encontronazo con Escala, dos amigos que se tropiezan en plena calle y caminan un rato juntos, lo más normal del mundo, la autocrítica, Daniel, la necesidad de autocrítica, los errores derivados de un exceso de penetración en el análisis, de sobrevalorar la inteligencia del enemigo, su peligrosidad, porque el hecho de que el Plan de Estabilización no haya sido un completo fracaso no significa, ni mucho menos, que el Plan de Desarrollo deba constituir necesariamente un éxito; no vamos a ser nosotros quienes de antemano cedamos al enemigo todos los tantos. La realidad es que existen las condiciones precisas para el triunfo de una huelga nacional pacífica. Pero aunque las condiciones no fueran las óptimas, tampoco íbamos nosotros a hacer el juego al enemigo proclamándolo, ni a cruzarnos de brazos esperando tiempos mejores. Hay ocasiones en que cierta dosis de subjetivismo es no sólo saludable, sino incluso imprescindible. ¿Qué hubiera sido del partido si los camaradas de la dirección no se hubieran dejado llevar por ese saludable subjetivismo cuando, al final de la guerra civil, se encontraron con que era preciso volver a empezar, poco menos que desde el principio, si no hubieran creído que la hora del desquite estaba próxima, si hubieran sabido que iba para tan largo, que a estas alturas, más de veinte años después, iban a estar todavía en la oposición clandestina? ¿No se hubieran visto ganados por el desaliento, por actitudes liquidadoras y derrotistas? ¿Cómo poner en duda que sin la acción constante y entusiasta de ese subjetivismo sobre la realidad política española no hubiera sido posible cubrir, como se ha cubierto, la distancia que media entre la situación de entonces y la de ahora, entre la instauración de la dictadura franquista y su derrocamiento por medio de una huelga nacional pacífica en la que se darán cita todas las fuerzas

antioligárquicas sin excepción, conscientes de que de su presencia en la calle dependerá su futuro político? Eso sí, hay que estimular la formación de los grupos católicos, socialistas, catalanistas o simplemente demócratas, ayudarles a que tomen conciencia de los intereses que representan, del papel histórico que les aguarda en cuanto portavoces de las distintas clases y capas sociales, hacerles conocer nuestra alternativa democrática. La alternativa democrática: el derrocamiento; la inmediata formación de un gobierno provisional sin signo institucional y con participación comunista que organice elecciones libres y democráticas, el papel del partido en el nuevo régimen resultante, un régimen de transición caracterizado por la aceptación por parte del partido del juego parlamentario, el triunfo del socialismo por vía pacífica; el centelleo de aquellos lentes, más sustancial, se diría, que adjetivo, como si la verdadera función de los cristales no fuera tanto hacer más precisa su visión como ocultar tras los reflejos su mirada, sus pensamientos, su personalidad secreta. Parece que cuando era estudiante creó la primera célula universitaria comunista de la posguerra, en plena época del maquis, dijo Fortuny. No lo comentes con Federico. Se ve que la cosa no arraigó, hubo alguna caída, pero a él no le pasó nada. En cambio, durante la huelga general del 51, cuando ya era abogado, alguien cantó y le pringó hasta las cejas, y tuvo que largarse de su casa por las azoteas; era responsable de propaganda y hasta llegaron a montar una imprenta en un sótano. Desde entonces está clandestino. Conoce casi todos los países socialistas. La China Popular, lo más maravilloso después de la Unión Soviética. Te diré, Daniel, que, personalmente, pese a mi admiración sin límites por la Unión Soviética, siempre he pensado que todo hubiera sido más fácil si, como suponía Marx, el comunismo hubiera nacido no en Rusia, sino en Alemania. Mayor rigor, sin duda. No obstante, si bien en el plano mundial el dogmatismo representa indiscutiblemente un gran peligro, el revisionismo sigue siendo el mayor peligro en el plano nacional. Y en Cataluña, sobre todo, el titismo, por lo que tiene de halago al espíritu nacionalista y pequeñoburgués. Y el trotskismo o desviacionismo de izquierda. En cuanto a Cuba, el castrismo es sólo un fenómeno episódico; Castro es a Cuba lo que Kerenski fue a la URSS. Como espectáculo, quizá impresione a un Lucas o al majadero de Esteve. Y Federico: o sea, un aventurero, un romántico. Y Floreal: esto mismo; la prueba es que cuando quiere hacer algo en serio tiene que recurrir a los cuadros del partido. Y Juan: pues para mí que el tío es un facha. Y Leo: un fenómeno positivo que será superado por la propia dialéctica de la revolución. Y Federico, en casa de Adolfo, o tal vez en el coche: ¡Abstracciones! ¡Disparates! ¿Te das cuenta? Esto demuestra la peligrosidad de la policía. Si cuando cogen a tipos como Obregón o al

Zorro son capaces de matarlos a palos es porque están tan locos como ellos. Acciones de masa en las que no ves más que grises y una vanguardia del proletariado que al parecer está formada, sobre todo, por estudiantes, por hijos de la burguesía, por memazos como tú y como yo. Y Juan: ¿Oi que sí? Señoritos de mierda, sí, señor. Y el padre: no generalicemos. Como en todas partes, hay de todo. Pero yo encuentro que donde el obrero encuentra más comprensión es precisamente en el estudiante. Y esto ¿por qué? Pues porque el estudiante es una persona de cultura. Lo que pasa es que hay que canalizar las enseñanzas de la cultura, que hasta ahora eran privilegio de unos pocos, a todo el pueblo. Dar cultura al pueblo, esto es lo que hay que hacer. Por eso nosotros nos hemos sacrificado, para que el Leo pueda estudiar. Y la hermana: el Leo es diferente. El Leo es, como si dijéramos, un obrero. Y Juan: tú te callas. Tú no hables de lo que no sabes. ¿Tú te crees que los obreros de ahora son como los de antes? Ya les daría yo a los obreros de ahora. Ahora, si el sueldo no llega, pues hacen horas extraordinarias y hablan de fútbol. Pero espera que vuelva la República y verás cómo entonces, que la huelga será legal, te hacen huelga por cualquier cosa. Ya les daría yo entonces con las ametralladoras en los morros a estos castrones de ahora. Y Floreal: ¿y qué tiene de malo que a la juventud le guste el deporte? Seguramente también les gustaba a los jóvenes en el treinta y uno, y ¿quién hubiera dicho, una semana antes del catorce de abril, que iba a venir la República? Lo que pasa es que tú te has parado en la época de la guerra y te piensas que todo hay que hacerlo por la violenta. Pero el mundo ha dado muchas vueltas, y hasta el mismo Lenin, si ahora estuviera aquí, sería partidario de la vía pacífica. Y Juan: el que en realidad hizo la revolución rusa fue Magnus, y luego Lenin lo hizo pelar. Y Leo: el problema no es que el intelectual no pueda ser revolucionario. El problema es que, aunque sea revolucionario, no conoce de verdad a la clase obrera. No está en contacto con las masas, integrado en el pueblo, y su visión es parcial, teórica, exterior a la clase obrera. No conoce la verdadera realidad. Y Floreal: el intelectual revolucionario, por su mayor preparación, tiene actualmente ante sí una gran labor a realizar en ateneos, círculos, peñas y asociaciones de carácter cultural, orfeones, clubs deportivos, centros parroquiales, etcétera. Y el padre: el Leo no puede meterse en líos. Está muy quemado y se la tienen jurada. Y Floreal: pronto lo estaremos todos y entonces querrá decir que ya los tenemos en el saco, palabras que tan breves días después habían de cobrar, como en una celda vacía, ecos sarcásticos para quien atinara a recordarlas, por más que nadie concediera demasiada importancia a las primeras noticias, a los primeros indicios de una caída, la detención de una camarada, empleada administrativa de un laboratorio farmacéutico, golondrina

que no hace verano, polvos que no tienen por qué hacer lodos, de igual modo que a nadie preocupa la mirada burlona de la portera al salir a la calle, aunque uno empezará a inquietarse si se tropieza con la misma mirada dondequiera que vaya; en las mecanógrafas del despacho, en el camarero de una cafetería, en los pasajeros del metro, en el personal de los negociados y notarías, en los alumnos de la Facultad, en los acompañantes de un entierro, como empezaron a inquietarse todos a medida que los datos alarmantes proliferaban y se sucedían a un ritmo tal que, por un momento, llegaron a temer que la caída de cuando Marsal sólo hubiera sido como un ensayo de la de ahora, cuyas verdaderas dimensiones se configuraban en círculos cada vez más amplios en torno al punto inicial, la presencia de la policía en el domicilio de la detenida, el registro, las jactancias de un agente en el sentido de que la detenida estaba seguida desde hacía tiempo, de que la habían cogido en plena cita con un pez gordo, con un miembro de la dirección del partido comunista, la confirmación de que dicho pez gordo era Obregón, los rumores de más detenciones, en el sector del metal, en el de oficinistas y empleados de banca, de que, a través de una camarada de la Caja de Ahorros que estudiaba por libre Económicas, la caída se había extendido al grupo universitario, relatos de torturas, de un intento de suicidio, la búsqueda de casas para los que tenían que esconderse, el aviso de que Fortuny no regresara de París hasta que la situación estuviese más clara, la desaparición de Escala, tomada al principio por detención, la huida de Floreal sólo unas horas antes de que la policía se presentara a buscarle, sus últimas instrucciones, la espera en el coche de Federico vigilando el portal, la subida al piso con dos maletas vacías, el instante de abrir, de recoger las máquinas y llenar las maletas de cuantos clichés y escritos encontraron, ya sin pensar siquiera que la policía, como una araña en su tela, podía estar esperando dentro, esperándoles a ellos, a Federico, a Raúl, por más que también pudiera estar esperándoles fuera, en la calle, para pillarnos con las manos en la masa, cargados de tonterías, fíjate, fíjate, octavillas y borradores manuscritos, ejemplares de Realidad y cartas personales, cartitas de amor, fíjate, Estimada Mireya, seguro que es un petardo, cartitas de amor entre camaradas, un nido de amor y revolución, imbéciles, por culpa de estos imbéciles nos van a enganchar como si fuéramos comunistas. ¿O es que tú todavía te crees que sigues siéndolo? ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué hemos venido? ¿Por amor a Leo? ¿Por solidaridad moral? El sudor excesivo, propio de un esfuerzo físico superior al de acarrear todo aquello, los ojos como con un revuelo de palomas espantadas, la misma risa incontenible de cuando se enteró de lo de la novia de Pluto, una risa contagiosa, producto, probablemente, no tanto de las ganas de empreñar que pudiera atribuirle Fortuny, como de un exagerado

sentido del ridículo, unido al hábito, no precisamente nuevo, de situarse a sí mismo en el centro de la situación imaginada, convertido en objeto de general escarnio, suplantando, por ejemplo, a un Raúl reo de delito común, militante comunista finalmente encarcelado por complicidad en un aborto, ¿no ves que Pluto, con tal de hacer un chiste, es capaz de irlo contando hasta que os empapelen a todos? Tendría gracia acabar en la cárcel, pero no con los políticos, sino con los chorizos. Y añadió: en todo caso, seguro que se está mejor con ellos que con los políticos, conjetura hecha, ésta sí, como si Fortuny no estuviera esperando en París que se despejara el panorama, sino con ellos, en casa de Adolfo, con Nuria y Aurora y Pluto y Mariconcha hablando de ir a dar una vuelta por las Ramblas, igual que meses atrás, al salir Leo de la cárcel, cuando todavía no iba con Teresa y, si se emborrachaba un poco, aún se ponía hasta como eufórico, casi como en otras épocas, metiéndose con la gente, locuaz e incisivo, aunque con una penosa tendencia, tal vez no del todo nueva, tal vez por eso mismo precisamente penosa, a dar una interpretación política a lo que bien pudiera tratarse de mera manifestación alcohólica, a tomar el pelo, pongamos por caso, a un pobre hortera sin conciencia de clase o a confraternizar en exceso con un presunto proletario en busca de pagano, a partir de cualquier astuta sugerencia, posiblemente tan insincera como intuitiva, la afirmación de que él no le lamía el culo a nadie, o similar signo de politización, actitud, pese a todo, natural, propia del Leo de antaño, no cohibido, no inhibido, sin beber apenas, como en las cada vez más espaciadas ocasiones en que aún les había acompañado desde que empezó a salir con Teresa, aumentando con su circunspección la distancia que de ellos les separaba, consciente de esa distancia, así como de que ellos eran igualmente conscientes, y por lo mismo, con toda evidencia, más y más próximo a Fortuny, ahora que también con él casi habían dejado de verse, sin que el paso de Raúl a la célula de intelectuales y el hecho de que Fortuny se convirtiera en secretario de organización del comité de estudiantes fueran suficientes para explicar por sí solos el cambio, la estrecha relación creada entre Fortuny y Leo, el alejamiento de ambos respecto al grupo, postura reticente a la que sin duda no eran ajenas ciertas observaciones de Escala donde, bajo las explícitas referencias a Federico y Adolfo, cualquier buen entendedor podría descubrir una clara advertencia dirigida a Raúl. La clase obrera no es un obrero, Daniel, sino el proletariado considerado en su conjunto, un todo distinto a la suma de las partes, pero no por ello simple dato teórico, sino, asimismo, eminentemente operativo en el terreno de la praxis. La clase obrera no es uno de esos obreros con los que puedas tropezarte de un modo fortuito y, sobre todo, atípico, un sábado por la noche en cualquier bar del Barrio Chino, la clase obrera es algo más que eso y si

alguien tiene derecho a simbolizarla es ese obrero que trabaja sus ocho, diez, doce y hasta catorce horas en talleres, fábricas y construcciones, que se traslada de su casa al tajo y del tajo a su casa en transportes colectivos, metros, tranvías, autobuses, de punta a punta de la ciudad, un trayecto frecuentemente más fatigoso que el propio trabajo, ese obrero que vive en bloques de viviendas como colmenas, cuando no en barracas, en hacinada promiscuidad de padres, hijos, hermanos o cuñados; ese obrero con una mujer que, como verdadera compañera, hace faenas, horas extraordinarias, lo que sea, porque hay que sacar los chicos adelante y el jornal no da para más, esto, esto es la clase obrera. Daniel, la estrechez en la opulencia y no la imagen personal y atípica que puedan haberse formado Esteve o Lucas como consecuencia de sus incursiones nocturnas de señorito rebelde, especialmente Lucas, que a juzgar por lo que escribe se diría que el tajo de los obreros está en el bar, en un bar cualquiera de los que recorre en el curso de sus salidas, de su exploración del arroyo, de sus encuentros con el alcohol y la droga, el homosexualismo y la delincuencia, la prostitución y el lumpen, ejemplo, a lo sumo, de lo que no es un obrero, de lo que nada tiene que ver con la rígida moral y el fino olfato político que caracterizan al obrero, única fauna que uno puede encontrarse en compañía de Adolfo y Federico, un sábado por la noche, por ejemplo, con Aurora, con Nuria, con Pluto, con Mariconcha, con Manolo Moragas, en insana busca del barro necesario para justificar el propio barro, lascivia que justifique la propia lascivia, embriaguez que justifique la propia embriaguez, coincidiendo una vez más ante cualquier otro altar de su ritual peregrinaje, ante una barra fregoteada y unos vasos de borde no previamente secado y quién sabe si tan siquiera limpiado, coincidiendo de nuevo con los dos atípicos, los dos proletarios entregados a celebraciones saturnales, un poco más bebidos que la vez anterior los dos, el charnego batiendo palmas y taconeando, chisteando, triunfando con su traje marengo, su corbata vistosa aunque aflojada, sus zapatos picudos, y el otro, el catalán –a juzgar por el lustre y los negros ribetes de sus uñas, posiblemente un mecánico–, ora coreando todavía las gracias de su compañero, repitiendo sus expresiones más felices, incitándole a nuevos lucimientos, resignado al parecer a su papel de estímulo y comparsa, ora quedando como ausente o absorto, como sumido en barruntaciones, quizás en la admirativa envidia tanto del traje marengo, de la corbata vistosa y los zapatos picudos del andaluz o murciano o extremeño, en humillante contraste con su camisa de franela a cuadros y su chaqueta de paño distinto al de los pantalones, seguramente aprovechada de un traje anterior, como de la diabólica facultad del otro de caer bien a la gente, de hacer gracia a todo el mundo con sus ocurrencias, de ligar con las mujeres con sólo decirles

cuatro tonterías, cosas que él no atina a decir ni cuando bebe, otras palabras y, sobre todo, otra manera de decirlas, no de corrido ni con furia, como cuando él bebe y se dispara como una ametralladora y ya no le para nadie y entonces las mujeres terminan por mandarle a paseo y los tíos se encabronan y acaba liándose a hostias con cualquiera, frustrado, incomprendido, bien por su incapacidad de expresión, bien por falta de la audiencia necesaria para hacer humor en catalán, más socarrón, más campesino, basado, por ejemplo, en el elogio exagerado del interlocutor, contrapuesto a una también exagerada minimización de uno mismo, un humor que para su completa efectividad requiere que los oyentes sepan quién es uno y quién es otro, de modo que la respectiva situación de uno y otro en la comunidad se convierta en soporte objetivo e irrebatible de la ironía, pero que donde nadie conoce a nadie y cuando ni siquiera es seguro que entiendan lo que uno está diciendo, se hace tan imposible como imitar con éxito al otro, al andaluz, de un humor más paródico, fundado en la metáfora o calificación burlesca, esencialmente formal y adjetiva, un tipo de humor para cuya práctica al catalán forzosamente han de fallar las palabras, el acento, el retintín y, sobre todo, la facilidad, toscas, bastas aproximaciones que, lejos de engañar a nadie, evidencian la torpeza y mala sombra del gracioso, marginándole, a nivel de relación personal, en cualquier circunstancia en que importe hacer gala de ingenio, rechazado como interlocutor válido, excluido del humor dominante en cuanto humor del idioma dominante, confinado en sus improbablemente apreciadas bromas en catalán, vuelta al elogio exagerado del contrario y al autovituperio, contraposición que al no ser debidamente captada y celebrada ni por el antagonista ni por la concurrencia, puede llegar a acentuarse amenazadoramente, a obligar incluso a una más explícita inversión de términos, haciendo derivar la cuestión hacia extremos peligrosos, a las manos, en la calle, de hombre a hombre. Y es entonces cuando tiene que intervenir el extremeño y poner paz y aclarar las cosas y zanjar el asunto invitando a todos a una copa, el extremeño una vez más polarizador de la atención general, con la desdeñosa seguridad del alfarero que, como sordo al asombro exclamativo de los mirones, se esmera más y más en la portentosa conjugación de movimiento rotativo y sortilegio digital que convierte el barro en formas perfectas, señoreando la situación sin más autoridad que la dimanada de su natural donaire, acatado tal vez no sin reservas ni rencores por el catalán, pero acatado, uno de esos catalanes en los que él tanto admira el que siempre sepan dónde van y, sobre todo, el que vayan, tozudos, tesoneros, capaces siempre de distinguir lo esencial de lo accesorio y de ir detrás de la cosa y de estropearlo todo al final de pura mala leche que gastan, gente que no sabe beber ni tiene facilidad

de palabra ni gracia, con eso de ponerse a reír solos, en exceso y por anticipado cuando hacen una gracia que no hace gracia a nadie, y eso porque todo el rato están pensando, porque tienen la cabeza en otra cosa, en lo que han de hacer y dejar de hacer, no en que hoy es sábado, sino en que pasado mañana será lunes. Pero hoy es sábado y no hay que pensar no ya en el lunes por la mañana, sino ni siquiera en la vuelta a casa esta madrugada, dormitando en el primer metro si –lo más probable– no le queda para el taxi, ni en la mujer que le espera malhumorada, ni en los niños, ni en cómo se las arreglarán para pagar el próximo plazo del piso, ni en las excusas que dará a la patrona cuando ella vuelva a pedir los atrasos, ni en qué cara poner mientras su hermano empiece con los reproches que él no ha hecho tantos esfuerzos para que él no haga ninguno, que a este paso no podrá casarse ni tener piso propio nunca, que cuántos hay en el pueblo que ya quisieran, que si cuando traigan la madre, que si cuando se case, y la mujer dirá que si no se hubiera casado con él, y la madre dirá que por qué Dios ha tenido que castigarla con esa cruz de hijo, y los chavales llorarán, y los de la barraca de al lado gritarán que se callen, y los del piso de abajo darán golpes en el techo, así que mejor pedir otro cubalibre y olvidar que no puede seguir así, sin ahorrar, sin piso, sin casarse, viviendo realquilado y saliendo por ahí los sábados por la noche, gastando como los que tienen, él, que no tiene, que no es nadie, que es un desgraciado, con una mujer abnegada que no se merece, con unos chavales como soles que no se merece, con una madre querida que no se merece, que está vieja y gastada, que seguramente morirá sin la tranquilidad de verle encarrilado, porque pasa el tiempo y él no prospera, ni puede prosperar mientras no cambie de vida, mientras viva al día y vaya tirando hasta que ya no valga para nada, si es que antes no tiene un accidente y queda imposibilitado, vivir así no es vivir, lo que hay que hacer es olvidar, no pensar, pensar que hay que olvidar, que la vida es un tango, un soplo, una ruleta, fallando y fallando, no vuelvas a apostar, no con el corazón, te diré, no con el alma en la mano, no así por el mundo, tú eres de los que lo darían todo y entonces se aprovechan, el mundo está lleno de falsos amigos, de malos amigos, de hijos de puta, tu hermano, tu hermana, tu mujer, tu cuñado, tu novia, tu madre, todos unos hijos de puta, todos menos tu amigo, y tienes que decírselo, cogerle del hombro, cantar para él solo, que lo sepa, ese sí que es un amigo, el único, y todos los demás son unos hijos de puta, todos menos ése, un amigo de verdad, ahí, el catalán ese, un ser con un corazón así de grande, pese a su exterior algo abrupto y a las naturales diferencias de carácter, un hombre de risa menos fácil, menos voluble y comunicativo, por lo común más bien ceñudo, con aspecto de persona que cavila, que da vueltas a las cosas, un tipo con ideas, con

ambiciones, que va como a tiro hecho, esta tía, aquella moto, gallego si antes de un año no tengo aunque sea una de segunda mano, venga, ésta me plancha las orejas como sea, no saben lo que tienen, si yo fuera mujer vaya puta, todo el día tomando, clases nocturnas, cursos por correspondencia, matricero, técnico en algo, especialista, y entonces se te rifan, y tú, tú sí, dices, tú no, maricón, me voy a esta empresa que me paga más, y si no me paga más me voy a Alemania, te jodes, ya se sabe, tú, así es la vida, como la mili, tú, y entonces todos te respetan y eres alguien y los de la escalera se quedan jodidos, coño, tiene moto, coño, se folla cada tía, coño, se compra un piso y se casa, y dejas la escalera y todos se quedan jodidos, te hacen buena cara y vienen a darte coba, pero se quedan jodidos, y tú, chúpate ésa, toma y toma y toma, a tomar por el culo todos, ya verán entonces, cuando se note que tienes cuartos, que prosperas, casarse y tener un hogar y vigilar a tu mujer como a tu prójimo, que el que no está al tanto mejor que pliegue, tú, en esto hay que tener las ideas claras, es la jungla de asfalto, tú, y el que no se espabila nunca será más que un desgraciado acharnegado y la gente no hará más que meársele encima, meditaciones, sin duda, de contenido distinto a las del murciano, pero de muy semejante valor desde un punto de vista ideológico, a causa, probablemente –la patanería de sus maneras, su pasión sólo atemperada por la desconfianza del que no está seguro del terreno que pisa, los colores de su tez, incluso, delataban que no podía ser de otro modo–, de que, al igual que su compañero –clásico ejemplo de emigración interior, del movimiento sur-norte, del éxodo campo-ciudad, de la asimilación del bracero agrícola al peonaje industrial, al ejército de reserva que para su desenvolvimiento precisa la economía capitalista, mano de obra barata en la medida en que, por su misma miseria y desarraigo, desprovista de conciencia de clase–, también él procedía del campo, de alguna zona atrasada de Cataluña, alguna comarca del interior sumida en la depresión económica, de manera que, aun siendo catalán y encontrándose en Barcelona, su pertenencia a un proletariado de aluvión compuesto casi exclusivamente por gentes de habla castellana, le colocaba en la incómoda y equívoca situación de extraño en su propia tierra, caso tanto o más triste que el del emigrante normal o charnego, y desde luego no menos conflictivo, circunstancia que, en consecuencia, explicaría de forma enteramente satisfactoria su falta de conciencia, su no integración, pese a ser catalán y obrero, en la clase obrera barcelonesa, un proletariado tradicionalmente revolucionario, nacido de la descomposición de las últimas estructuras gremiales, los residuos del espíritu jerarquizante y pactista de otros tiempos tempranamente puestos a prueba por la revolución industrial y su obligada decoración suburbana, adoquines y humo, desamparo y andrajos, hacinamiento, tuberculosis, famélica

legión tempranamente enterada de la clase de progreso que para ella significaba la máquina de vapor, pronta a tomarse la justicia por su propia mano, que la burguesía no tardó en proclamar siniestra mano internacional, peligrosamente diestra en el manejo de la pistola y de las bombas, reencarnación de la Antiespaña, enemiga secular de España y de los seculares valores que España representa, algo que viene de fuera a dentro como un microbio y que como un microbio hay que tratar o, mejor aún, prevenir, con las tradicionales reacciones, el derechazo, por ejemplo, derecho de las derechas, verificándose así un fenómeno, más que de aproximación, de identificación de la gran burguesía catalana y la oligarquía española y sus sanos valores antidóticos y terapéuticos, fenómeno paralelo y de sentido inverso al del internacionalismo proletario, realidad, por lo demás, más dialéctica que real, salvo en lo que pudiera suponer de desentendimiento del problema nacional catalán, relegado entre unos y otros, con el tiempo, como la platea del Liceo, a uso exclusivo de las clases medias, significativo índice del elevado nivel político de un proletariado que gracias no tanto al desarrollo económico como a su combatividad reivindicativa ha conseguido alcanzar una posición hasta cierto punto desahogada, de un proletariado que no por encontrarse, debido a su alta cualificación técnica y al hecho de haber sido sustituido en los trabajos más duros por el charnego, en la linde misma de la clase obrera, donde el obrero se convierte en técnico, ha de renunciar a su sensibilizada conciencia de clase, prosperidad relativa que, sin duda, no hace sino acentuar, por contraste, el amargo tono de los pensamientos de nuestro mecánico, del lumpen catalán, del atípico, empujándole a buscar las compensaciones que el sistema capitalista ofrece al pueblo, el vicio barato, la saturnal ronda de coñac y puta, el ansioso ojeo de bar en bar, apostado en la barra, entregado a la operación de seleccionar la pieza, de integrarla, aunque sólo sea mentalmente, en su delirio de cuerpos entrechocados, de eyaculaciones encabritadas, ocupación susceptible, aun independientemente del resultado final, de sustraerle siquiera por unas horas de la realidad de su situación, catalán y pobre, o mejor, catalán no próspero, con un mal humor en todo semejante al mal humor hasta cierto punto inherente a la condición de catalán próspero, pero sin ninguna de las satisfacciones que para el catalán próspero indudablemente se derivan en orden a una mayor respetabilidad, el lógico mal humor de un catalán que ha tenido que emigrar a Barcelona como un charnego y vivir en Barcelona entre charnegos, sin ayuda, sin relaciones, sin figuras de relieve a que arrimarse, algún familiar, algún hijo del mismo pueblo que hubiera triunfado y ahora echase una mano a los paisanos que siguieron sus pasos, o algo por el estilo, nada, todos en situación parecida a la suya,

dejando el pueblo como él, con una mano delante y otra detrás, un pueblo de desgraciados que hacía desgraciado a quien tuviera la desgracia de nacer allí, un pueblo sin tierras de cultivo que valieran la pena ni suficientes pastos naturales ni industria ni turismo, allí no se acercaba nadie y al que se acercaba lo corrían a pedradas o poco menos, el quinto coño, un pueblo de montaña, eso sí, muy sano, el aire de montaña, el agua de montaña, la comida de montaña, gente de mucha vida, buenos colores y sangre espesa, ardores que prenden de pasión los ojos y nublan la vista y encienden las venas henchidas por el deseo, el miembro acrecentado hasta extremos con frecuencia inconcebibles, así, ante cualquier estímulo, la polla como un madero, agarrotada, así, mirando a estas tías, la de los pelos sobre todo, si lo supieran, si supieran lo que él era capaz de hacer, cómo llegaban a ponerse con él, con sus golpes, dale y dale y dale, las ponía como locas, si tuviera la oportunidad con una de esas tías con cuartos como la de los pelos, una caprichosa de ésas, y si ella ya no pudiera olvidarlo, y si se lo llevara con ella a ver mundo, en su coche; dadme el mundo y lo levantaré con la polla. La pausa que refresca. Maestro, dos cubalibres más. Gesto dadivoso del otro atípico, del charnego, de nuevo aplicado a encender la ya incombustible faria con cierta lasitud, como momentáneamente adormecido en sus bien ganados laureles, la fijeza reluciente de su mirada, la boca floja después de tanto como dispararse al jalear, un deje de triunfo en la expresión a la vez que de desprecio, desprecio hacia todos los que no podían compartir su triunfo, el triunfo de ser de una tierra que si bien tuvo que abandonar para ganarse la vida y en la que, como todos los que habían emigrado, como todos los que habrían de emigrar, por nada del mundo quisiera volver a encontrar, era, qué duda cabe, una tierra única, niño, el flamenco, la manzanilla, el chanquete, los toros, los almejones, la imperforable cachondez de las mujeres, la gracia y el donaire de la gente, única de verdad, de verdad verdadera, asombro de extranjeros, atracción de turistas de todas las partes del mundo, algo grande, niño, los pueblos blancos, el sol, niño, algo que todo el mundo envidia, y él era de allí, niño, él, afortunado entre los afortunados, andaluz, receptáculo de esa gozosa beatidad sólo equiparable, en cuanto producto de la autocontemplación, a la que pueda albergar otro andaluz, terrateniente o peón, latifundista o bracero, uno de otro únicamente separados, en definitiva, por unos cuantos miles de hectáreas, el cortijo y el palacio barroco, pero uno y otro poseídos por la misma convicción de privilegio existencial y la misma desenfadada y elemental ignorancia respecto a todo lo que no es Andalucía, afinidades cimentadas sobre una singular coincidencia de gustos e identidad de aficiones, cuyo disfrute, para el latifundista, se ofrecerá a modo de maravilla natural de un universo armónico, regalo

espontáneo de un dominio donde cada cosa está en su sitio, mientras que para el bracero sólo puede significar algo mucho más inmaterial, un estado más que otra cosa, un estado al que siempre cabe acceder de nuevo, a semejanza de ese ingrávido reposo alcanzable mediante la práctica de diversos ejercicios de yoga, sin que el dónde casi importe cuando se es de la tierra de uno, basta simplemente una favorable disposición de ánimo y un poco de compañía y un poco de cante y unos cuantos vasitos, aunque sean de cubalibre, al alcance de la mano como quien dice, decir allá voy y, como conjurando el ambiente, dar una palmada contra el mostrador, bruscamente reactivado, ea, niño, viva Málaga, otra vez en el centro, también él mirando a Nuria, provocado sin duda por su gesto de sacudirse el pelo, por un momento insistentes sus ojos exultantes, intencionados, como diciéndole, no hagas comedia, nena, ya sé yo lo que a ti te gusta: que te lo coman. La llamada del taconeo, de las redobladas palmas; imposible ya poner atención a otra cosa, propiciando la unción y reverencia precisas para salir ahora por fandangos o cachondeos, malagueño saleroso, noche de ronda y parranda, un tangáy del caráy, ay que me mu con el guirigay, que al Uruguay no me voy, guay, guay, con el marabú, con el ay, sal y pimienta y guindilla y aguardiente, la que se arma. Pero el otro, el Metepollas, el Tragatetas, no estaba para historias, para esperar con los brazos cruzados que el malagueño saleroso concluyera como quien agoniza sus coplas floreadas, y al ver que las tres viciosas aquellas se levantaban con sus acompañantes empezó ya, con ascuas en los ojos, como suele decirse, y las nerviosas manos en los bolsillos, a repasar el resto de las presentes, a valorarlas, a medir posibilidades, firme en su brutal resolución de follar, de agarrar una tía y acabar la saturnal en la cama, los dos al pelo, machihembrando, sin resignarse todavía al desenlace de cada semana, a la materialización habitual, en desdichado comercio, de su deseo, de putas, en la calle Tapias, con algún ser de boca macabra, vientre grabado y esfínteres cedidos, sin renunciar aún a la esperanza, con la fija obstinación con que un oligofrénico con propensiones homosexuales –torvas ansias no por imposibles indiscernibles– abriga el terco propósito de sodomizar algún día al admirable urbano de la esquina, que por las mañanas divisa desde su balcón. Sin renunciar a follarse a una, a jodérsela, picársela, zumbársela, tirársela, calzársela, cepillársela, apalancársela. Sin renunciar a nada, la noche es joven, la vida da muchas vueltas y el mundo es un pañuelo, como lo demuestra, sin ir más lejos, el hecho de que el camino de nuestros dos atípicos se entrecruza de nuevo con el de ellos, ya en la fase final del acostumbrado viacrucis sabático, como diría Pluto, en una de las últimas estaciones, un antro de flamenco y locas, el Metepollas o Tragatetas en torvo ligue con una camarera de la barra, el Malagueño Saleroso desgañitándose para un sujeto con

aspecto de mayoral o apoderado y su corte de invitados, en torno a media docena de botellas de manzanilla, una especie de tiranuelo otomano, hierático y coñón, el típico andaluz de silueta acebollada, esponjoso, cetrino, de hocico atocinado y hablar ceceante, un hiposexual, sin lugar a duda. Fueron al Jamboree y a la Venta, a esa hora un poco lóbrega del cierre de los bares, cuando se van apagando los cristales y los peones y caen las persianas metálicas, mientras la gente se reagrupa, frustrada, vacilante, como desorientada, para finalmente acogerse a las dos horas de aplazamiento que supone meterse en un sitio con música, dancings, cabarets, antros de flamenco. Entraron detrás del albino, justo para cerciorarse de que era él y volver a salir, en tanto que las invitaciones a pasar de una macilenta marica concluían, perdida toda esperanza, en grosero envío. Tampoco en el Jamboree habían hecho más que asomarse y salir huyendo, no bien sus ojos se habituaron a la penumbra y el humo, demasiadas caras conocidas para que resultara atractivo permanecer allí, como no fuera con el fin de constituirse en asamblea libre y proceder a la aprobación de un manifiesto de carácter revolucionario, moral y eróticamente solidarizados con los blues de Gloria Stewar. Y fue entonces cuando vieron al albino, caminando algo delante, el memorable albino, aparentemente, de la primera o una de las primeras noches que Leo salió con ellos, después de la cárcel, un albino cegato y muy borracho que, con la elevada ligereza del melómano, tarareaba tangos en aquel bar ennoblecido con cuernos y banderillas y fotos autografiadas de supuestos diestros, y el del bar le dijo, oiga usted, señor, un poco de urbanidad. Y el albino: oiga, que yo no he faltado a nadie. Y el del bar: pues ya me dirá usted, si a usted le parece correcto venir a gasearse a mi casa, tendré que decírselo de otra manera. Dignidad herida. El albino hizo por sobreponerse, apuntalado por la barra, con el rigor de quien bien puede ser una autoridad, persona de influencia, funcionario importante cuyos servicios podemos necesitar algún día y cuya enemiga puede costarnos cara: oiga usted, usted no sabe con quién está hablando, usted. Y el del bar: que con quién, pues con un albino, coño. Expulsión ignominiosa, un incidente que había de poner a prueba el peculiar sentido del humor de Leo: celebrar el triunfo de la superior agudeza del explotado sobre la ridícula presencia del explotador, papeles, en este caso, difíciles de precisar, de relacionar de algún modo con la razón histórica. En realidad, todo eso es bastante triste, dijo Leo, irremontable ya la noche, ineluctables la decepción y el desánimo, por más que al salir de cada sitio discutieran cuál iba a ser el siguiente, como si de que fueran a uno en lugar de a otro dependiera el feliz desarrollo de la salida, como si el propio esfuerzo para que se desarrollara como en los viejos tiempos no agudizara ya en ellos la

conciencia del tiempo transcurrido, las bromas de Pluto, por ejemplo, inútiles, extemporáneas, si no contraproducentes, como cuando dijo que si él nunca llegó a entrar en el partido fue por no desprestigiarlo, y la risa de Federico se hizo tan desmedida que forzosamente tenía que acabar provocando, así en Pluto como en Leo, un malestar semejante al que suele crear en toda reunión mundana la interpretación equívoca de un chiste, al advertir un sector de los presentes que su risa obedece a motivos distintos y aun opuestos a los del resto de los reunidos, bochornosa sensación como de burlador burlado, intuición de desfase, introducción en su amistad de un elemento de incertidumbre que no podía sino dejar en todos un recuerdo acerbo, bien lo traslucía la actitud de Pluto, ahora que con lo de Mariconcha volvían a verse con cierta frecuencia, el carácter angustiado de su empeño en ajustarse a toda costa a una imagen de sí mismo convencionalmente aceptable, el alocamiento con que se afanaba en rematar una broma con otra, fluidas, eufóricas, disparatadas, propias del Pluto de antes, y eso, evidentemente, no porque le complaciera la autoparodia ni porque creyera todavía que iba a complacer a nadie, sino, más que nada, por temor al vacío que bien pudiera abrirse entre ellos si, aunque sólo fuera por un instante, cedía en su intento de mantener el tono a cualquier precio, de no dar margen a la discontinuidad bajo ningún concepto, aun a riesgo de encolerizar a Mariconcha o tal vez con el deliberado propósito de excitar su cólera, de explotar el valor espectáculo que acostumbra a encerrar toda escena entre una pareja, efecto suscitable a partir de cualquier expresión obscena o simplemente impúdica, ahí donde la veis, con ese aspecto de no brillar precisamente por su seso, brilla en cambio por su sexo, por sus orgasmos. Y ella: ¿quieres callar, payaso? Y él: el hecho es que, por lo menos en la cama, vacilamos como cocodrilos, ¿verdad, Mariconcha? Y ella: ya está bien, ¿no?, bajando la voz, con la encarnizada contención de quien en realidad quiere decir: ¿qué van a pensar de mí tus amigos?, y si no lo dice es únicamente por miedo al ridículo. Y él: por eso la metimos, por una excesiva delectación o detenimiento en el coitus interruptus, también llamado salto del payés, remedio casero no por lo nefando ni por lo nocivo para el sistema nervioso, menos sancionado por la tradición. De habernos atenido a lo prescrito, no estaríamos, helás, en esas. Es decir, a la regla de la regla, sin intentar forzarla. Pero nuestro problema es lo que podríamos llamar exceso de celo, como en los perros. Que el miembro sea vigoroso, decía san Agustín, y ya ves, por hacerle caso. Ésta, este coño de Maricoña, todavía no se ha acostumbrado al espectáculo, y cada vez se queda como extasiada. Maricoña le soltó un revés fácilmente esquivable, con un enfado como pillo, como divertido en el fondo, que ocultaba apenas su real irritación, la facilidad con

que su risa podía resolverse en lágrimas. Realmente, encuentro que a este amigo vuestro le va muy bien lo de Pluto, dijo Manolo Moragas. Es tan simpático como patanero. Un guitarrista y cuatro flamencos tronados, dos gordas con lunares y una especie de anciana, un retaco marica que taconeaba en el centro, pom, pon, tarugo horrendo, porón, y entonces salió una espontánea nórdica, lacia y alucinada, las puntas de la blusa anudadas bajo las tetas, y las lesbianas que la jaleaban y soltaban billetes al guitarrista para que no parara, sus chillidos como de pielroja, sus uñas afiladas, la indignación con que el bailaor de la casa acabó abandonando, furioso, despechado. Y había un marinero como de madera, los ojos de lagarto, ofreciendo un trago a Federico, buscando ligue. Hablaron de santa Luisa. ¿Santa Luisa? La Luisa Valls, ¿os acordáis? Bueno, pues por lo visto es lesbiana. Y Carbonell, aquel tío del SEU, que ha resultado ser marica. ¿Como yo?, dijo Federico. Y Nuria: no me extrañaría nada. Lo que no entiendo es que haya alguna mujer que no sea lesbiana, dijo Adolfo. Y algún hombre que no sea marica, dijo Federico, dirigiéndose evidentemente a Nuria. Es que tú no eres un hombre, sino un hembro, dijo Pluto, pero Nuria no les prestaba atención; siguiendo la dirección de su mirada, Raúl divisó a Mariconcha o Maricoña o Maricona o Maricoño en una mesa del rincón, sola, con la cara entre las manos. Estoy harto de esta coneja histérica, oyó decir a Pluto. Nuria se había semiagazapado junto al asiento de Maricoña y le hablaba, y Maricoña sacudía la cabeza sin apartar las manos de la cara. Se diría que la nórdica estaba efectivamente atada al poste, desnuda, despeinada, los ojos en blanco, y que las lesbianas danzaban en derredor. No quiero que me consueles, dijo Maricoña. No quiero consolarte, dijo Nuria; lo que quiero es que no se te acabe de correr el rímel: mírate. Sacó un espejito del bolso y la forzó a mirarse tomándola del mentón, los ojos borrosos, horrorizados. Maricoña señaló con un gesto a Raúl. ¿Y él? ¿Es buena persona? ¿Éste?, dijo Nuria. Éste es un cabrón. Pues vete, dijo Maricoña. Que se vaya. No quiero verle. Ni a ti tampoco. Ni a nadie, que me lo quiten, lo que quiero es que me lo quiten. Volvió a hundir la cara entre las manos. No faltan ni cuatro días, dijo Raúl. Es que no puedo esperar más, dijo Maricoña. Lo noto crecer. Es como un tumor que te come por dentro. No voy a poder aguantar hasta entonces. Y Nuria: verás como sí que puedes. Y Raúl: mejor que no beba más, ¿no? Y Nuria: ¿por qué? Mejor que duerma. ¿Se mareó la nena?, preguntó una de las brujas de los lunares. Se murió, dijo Nuria. Raúl la ayudó a llevar a Maricoña al señoras; Maricoña tenía las manos mojadas de sudor, propias de la persona atormentada por la angustia, del maniático sexual o político. Estaba en el caballeros, a media meada, y entró un tipo vomitando, dándole tiempo apenas para apartarse de las salpicaduras. En la sala hubo un amago de pelea,

entre sillas derribadas, y el jorobado –simplemente cojo, tal vez– que vendía cacahuetes se quejaba de la falta de caridad de la gente, de alguien que le había escupido. Todo, las carcajadas de las mujeres, la insólita locuacidad de Adolfo, las exhibiciones de ingenio de Manolo Moragas, el brillo pegajoso de las pupilas de Aurora, la euforia de Federico, el derrumbe de Pluto, verde, mudo, todo presagiaba el fin, el cierre definitivo, la concentración última en la plaza del Teatro, bajo la presidencia del monumento a Pitarra, culminación saturnal; ritual apogeo, última cita, última oportunidad de ligue, de encontrar entre los allí congregados un pecho fraterno o un sexo complementario, en aquel recodo ciego de las Ramblas, en aquel tenebroso esfínter de la madrugada, ojos, sonrisas, aproximaciones, ansioso acecho bajo aquella pétrea excrecencia como húmeda y eréctil, como lingual o clitórica, punto de confluencia de las turbas nocturnas, noctámbulos habituales o trasnochadores sabáticos, concurriendo desde todas partes, discurriendo en masa por las calles entenebrecidas, en procesión turbulenta, con la progresiva indiscriminación que se establece en el curso de una romería y que acaba por triunfar según los diversos grupos de peregrinos van llegando al santuario, paulatinamente entremezcladas las distintas fuerzas en presencia, a medida que avanzaban en aparatoso despliegue desde sus diversas bases de partida, desde el Paralelo, Tapias y Robadors, por ejemplo, a la izquierda de las Ramblas, por Arco del Teatro, Conde del Asalto, Unión y San Pablo, las heces de la prostitución junto con las mariconas de los cafécantantes, los traficantes de grifa y los hampones, así como algún que otro adicto al consolador en sus diversas presentaciones comerciales; a la derecha, por Escudillers, desde Códols, Serra, Nueva de San Francisco y Plaza Real, la puta relativamente cara y, en general, los sectores de tono más sofisticado, más burgueses en cuanto a clientela, menos populares, invertidos de ambos sexos, aficionados al jazz, estudiantes progresistas, hijas de familia que teóricamente están pasando el fin de semana en el campo invitadas por una amiga; Ramblas abajo, desde la parte alta de la ciudad, como poltronas o carrozas, los homosexuales adinerados, atraídos por el tira y afloja del cierre, cuando los precios bajan, como en todo mercado, con el aumento de la oferta; y los pijos y pijas del Liceo, también Ramblas abajo, arriesgándose apenas a lucir su etiqueta fuera del paseo central, suficientemente estimulados, por otra parte, en su viscosa progresión erótica, por la simple intuición de pecado; y quién sabe desde dónde, los lisiados mendicantes, los subnormales, los adefesios, todos viniendo a incrementar, como los afluentes el caudal de un río, las multitudes ya reunidas en torno al pétreo monumento, donde, a modo de fanatizados adoradores de una deidad obscena, aparte del paseante curioso y de la inevitable

presencia de la bofia, se daban cita, en espera de alguna clase de remedio, los representantes activos de toda clase de vicios y desviaciones, crápulas, afeminados, toxicómanos, sadomasoquistas, alcohólicos, coprófagos, viragos, hermafroditas, tumultuosa concentración que un observador superficial o una persona extraña a las costumbres de la ciudad bien pudiera tomar por una manifestación o un mitin político.

Debiéramos esforzarnos en salir menos de noche, dijo Nuria. Antes aguantaba mejor, pero ahora, al día siguiente, me encuentro hecha una mierda. Y Raúl: eres tú la que siempre acaba proponiendo salir a dar una vuelta. Y Nuria: naturalmente que sí. ¿O es que te crees que me divierte el plan de casa de Adolfo, emborracharnos hablando de tonterías, siempre el mismo chismorreo y las mismas coñas? Lo que no entiendo es esa necesidad de ver gente cada noche. ¿Tan difícil es que salgamos por ahí tú y yo solos, tranquilamente? Y Raúl: sabes de sobras que es peor. Lo que sí podrías hacer es no emborracharte tanto y así al día siguiente no te encontrarías hecha una mierda. Y Nuria: ¿y cómo quieres que aguante entonces? Además, lo peor no es el alcohol, sino el tabaco. Bebiendo, se fuma el doble, y yo creo que es lo que más me intoxica. Pero es que sin un vaso y un cigarrillo no aguantaba ni cinco minutos; es casi un problema de expresión, de qué cara poner mientras te hartas de oír cada día lo mismo, las bromitas de Federico, los alardes de ingenio de ese memo de Moragas, los aires que se da Aurora. No entiendo cómo la soportas. Y, sobre todo, esa costumbre de criticar al ausente, que es lo que me pone más nerviosa. Dale con Maricoña toda la noche, con la estupidez de la pobre, una estupidez provocativa, como diría Federico, semejante a la de esas personas que en el cine no hacen más que preguntar a su acompañante, pero ¿ahora qué pasa?, ¿le traiciona?, y que nos conducen al borde de la agresión física. O bien hablando de Pluto, de lo jodido que estaba, o nuevamente de Leo, de Fortuny, quién sabe si de ellos mismos cuando no estaban presentes, de igual modo que empezaron a coñearse de Moragas, apenas había salido, aquella noche en que había asegurado a Federico que el rey era de gauche. De todos modos, dijo Adolfo, mejor un burgués snob que un burgués no snob. Que no te oiga Moragas, dijo Nuria; su rollo sobre las diferencias entre burguesía y aristocracia me lo sé casi de memoria. La que es curiosa es Ana Moragas, dijo Federico; es de esas personas que al principio parecen muy divertidas y luego resulta que lo que son es muy tontas. Aurora se encaró con Federico: ¿y esa chica con la que sales? ¿Por qué no la traes alguna noche? Eso es lo que tú quisieras, dijo Federico. Además, es un caso completamente diferente. Menos tonta que Mariconcha, pero mucho más cursi. Y Aurora: casi ideal, ¿no? Hablaba con aplomo, casi con indiferencia, sin mirar apenas a su interlocutor, como si se dirigiera a

otra persona. Yo no le llamaría aplomo, diría Nuria al salir. Lo único que tiene es esa unción de mujer ya instalada, de burguesita que va a casarse y que cierra filas, su Adolfo, la decoración del ático, y para de contar. El que vivan juntos sin estar casados no es más que un número para estar à la page que no influye para nada en lo otro. Si no fuera porque en realidad podría ser perfectamente lesbiana, la consideraría incapaz de todas esas juergas que cuenta de Adolfo y ella. Con lo pava que es, ya me dirás. Pero bastaba la presencia de Aurora, verla moverse por el living, escucharla en sus más bien escasas intervenciones, para que todas las conjeturas y presunciones hechas en su ausencia se esfumaran como ante una evidencia en contra; ni la serenidad casi insolente de Aurora podía ser confundida con la plácida satisfacción de la mujer socialmente asentada, ni su relación con Adolfo tenía nada que ver con la confortable renuncia de la cónyuge a una vida independiente a cambio de la seguridad material y moral implícita en el matrimonio, antes bien con algo mucho más mortificante: la natural dependencia en el amor respecto al ser amado, la inconsciente tendencia a estar en todo momento atenta a sus deseos, la consciente voluntad de llevar en lo posible tal servidumbre más allá del límite de las propias fuerzas. Imposible igualmente intentar recordarla en momentos menos afortunados, revivir su imagen del último verano, por ejemplo, cuando su tobillo roto coincidió con alguna clase de desarreglo que le producía pupas en la boca, y ella les seguía a todas partes con su pata enyesada, sin poder bañarse, pálida, torpe, marginada; cabía recordar los datos, los hechos, pero no su imagen, la estampa actual, superpuesta, era más fuerte, implacablemente reafirmada su belleza con los cambios en su forma de vestir y de arreglarse progresivamente introducidos por Adolfo, toda ella como más hecha y también más sofisticada, con un deje decadente tan sugestivo como hasta entonces insospechado. Salvo la terraza, donde Aurora cuidaba sus plantas como si fueran cachorros, el ático entero denotaba asimismo la influencia de Adolfo, esa cualidad de piso aún por habitar, casi por acabar, blanco, desnudo, sin detalles personalizadores de ninguna clase, los estantes y bancos de obra del living, los cojines, la moqueta, las cortinas, el vasto lecho que se diría abandonado en una habitación vacía, frente a un espejo, la mesa de trabajo totalmente despejada, como sin estrenar, las pipas y los libros dispuestos como para dar verosimilitud a la ambientación, incluso la música, composiciones italianas del barroco, óperas de Mozart, cantatas de Bach. ¿Y el Réquiem?, preguntó Raúl. ¿Ya no lo pones? Lo guardo para cuando trabajo, dijo Adolfo.

Federico salió con ellos. En el coche hablaron de la novela de Adolfo. ¿Creéis que ganará el Nadal?, dijo Federico. Me alegraría por él, dijo Nuria. Pero, aunque sólo conozco fragmentos, creo que Raúl

tiene razón. No se puede escribir sobre la realidad sin comprometerse, sin haber militado de veras, sin habérsela jugado. Y Raúl: bueno, yo no me refiero al compromiso político; lo que quiero decir es que no se puede hacer una novela sobre nosotros, que es lo que de hecho es su novela, un roman à clé, limitándose a dar testimonio de una parte de nuestros actos, sin ahondar, sin darle al menos una significación –la que sea– que la haga literariamente válida. Sin eso, el relato queda pobre, chato. La simple transcripción objetiva de nuestro comportamiento, de nuestras borracheras, de nuestros cuernos, por muy bien hecha que esté, no creo que pueda interesar a nadie que no nos conozca. Y Nuria: aparte de que me parece, no sé, como inmoral, presentar a un premio una novela inacabada. Y Federico, pero si el jurado la da por buena. De acuerdo, dijo Nuria. Pero ¿no tiene eso algo de excusa, como dice Raúl? ¿No será que no sabe cómo acabarla? No, no es eso, dijo Raúl. Y Federico: es que sería mucho suponer, ¿no? Y Nuria: aparte de que si la rebeldía del protagonista ha de consistir en irse a vivir a un ático con Aurora, valiente plan. ¿Por qué en lugar de rebelarse contra la sociedad no intenta cambiarla en serio? ¡Irse a un ático con su Aurora, si casi es de risa! Y Federico: coño, qué mala leche. Y sólo entonces pareció Nuria comprender el juego, al advertir la sonrisita divertida de Federico. Indignada, con desmedida violencia, puntualizó que a ella no le gustaban los fingimientos; que si tenía algo que decir de alguien, el primero en saberlo era ese alguien, que nada decía de nadie que no pudiera decirlo a la cara, y Raúl callaba, entre irritado y como con fatiga o sueño. Una vez en su casa sonaría el teléfono y Nuria continuaría con aquel asunto, repetiría de cabo a rabo lo que ahora estaba diciendo, echaría toda la culpa a Federico, y él la dejaría hablar y luego le diría que Federico sólo había hecho una observación sobre el modo que ella tenía de hablar de la gente, sobre su violencia verbal, sobre su crudeza expresiva, y que, sustancialmente, Federico tenía razón, que no se podía hablar mal de todo el mundo a todo el mundo sin que todo el mundo acabara enterándose, y ella protestaría, lo que pasa es que no soy hipócrita y que no sé poner buena cara a gente que en cuanto vuelves la espalda empieza a sacarte la piel, que es lo que hacen ellos; y él, tener sentido del humor no es sacar la piel a nadie; y ella, bueno, pues no tengo sentido del humor; y él, y yo no tengo ganas de discutir tonterías a estas horas, y colgaría, y ella volvería a llamar inmediatamente, amansada, Raúl, por favor, no riñamos; estamos pasando una mala temporada, pero no empeoremos las cosas, ¿y quién es el que las empeora? Yo, ya lo sé, pero es que estoy muy nerviosa, no te enfades conmigo, Raúl, y a la mañana siguiente, si no aquella misma noche, su primera llamada sería, sin duda, para Nuria Oller, y se desahogaría contándole todo durante una hora, la malignidad de Federico, la

insustancialidad de Aurora, la equivocación de Adolfo y, sobre todo, la crueldad, peor aún, brutalidad, del comportamiento de Raúl para con ella. Violencia verbal y crudeza expresiva que, indudablemente, no eran ajenas a la expectación que sus palabras solían provocar en los bares y lugares públicos en general, ni al hecho de que la mayor parte de los taxistas acabaran haciéndole proposiciones cuando la llevaban sola, un lenguaje que si cuando Raúl la conoció formaba parte de su encanto espontáneo y apasionado, ahora, por algún motivo que convendría precisar con mayor exactitud, tal vez vivacidad adolescente transmutada en agresividad amarga, constituía un rasgo de su personalidad no sólo poco atractivo, sino incluso desagradable. Y ello por algo más profundo que la depresiva situación en la que se encontraba, la muerte de su padre, las sórdidas circunstancias que la rodearon, el nuevo signo que a partir de entonces habían tomado en el contexto familiar las relaciones de su madre con Amadeo; más profundo incluso que la caótica situación económica creada por la desaparición del señor Rivas, la suspensión de pagos que amenazaba convertirse en quiebra, la intervención de bienes y congelación de cuentas corrientes, ruina tal vez sólo momentánea, pero ruina, pobreza de hecho, un factor menos traumático que el accidente en sí y la repentina solución de continuidad creada respecto al pasado, pero no menos capaz de erosionar la moral con su persistente presencia, no tanto por la alteración de planes que para Nuria pudiera significar de cara al futuro, obligada renuncia a determinados proyectos, necesidad de trabajar, de hacerse cargo, en cuanto hermana mayor, de sus responsabilidades familiares, cuanto por las limitaciones que imponía a su vida presente, recordatorio constante, como el anillo puesto en un dedo distinto al habitual, de la desgracia acaecida, la limitación de tener que contar, de tener que calcular, de cobrar conciencia de pronto, por ejemplo, de que el taxi es realmente más caro que el metro, o de que una copa de ginebra es diez veces más barata que una de whisky, de verse en la necesidad de empeñar sus relojes y joyitas no por capricho, sino para atender a sus pequeños gastos cotidianos, situación particularmente dura para una persona como ella, a la que le era casi imposible salir a la calle sin comprar algo: libros, discos, una prenda cualquiera, media libra de marrón, sin duda no por afán coleccionista o acumulativo, ya que usualmente probaba apenas el marrón, olvidaba los libros, no llegaba a oír los discos y regalaba la prenda comprada aun antes de haberla estrenado, sino más bien por una informulada tendencia a mantener en lo posible las circunstancias exteriores que habían ambientado su infancia. Tanto orgullo, tantos lujos, y ya ves, dijo Eloísa, grave, casi plácida, no exactamente con regocijo, por supuesto, pero sí, en cierto modo, con el alivio de quien presencia, una vez más, el triunfo final de la justicia en el mundo, la

implacable oscilación de los dos colosales platillos en busca del punto de equilibrio. Lo miraba desayunar, sentada en el borde de un sillón, las manos en el regazo, todo, la salita sombría, el sol tocando apenas en la pared medianera del jardín, el periódico abierto a la luz de la lámpara, los titulares cuyo contenido intentaba en vano descifrar, todo exactamente igual que días atrás, como si se tratara de la misma conversación o como si la similitud de elementos formales propiciara o prefigurara la similitud de elementos temáticos, cuando mansamente abrumada, sobrecogida, Eloísa le puso al corriente del final de Aquiles. Fíjate, Raúl. ¿Sabes lo que ha pasado? Aquiles. ¿Aquiles? Sí, Aquiles. El jardín al anochecer, el montón de hojas secas, la hoguera y, aquella mañana, al recoger las cenizas, el cuerpo ennegrecido de la tortuga, tiesa, fría, churruscada, pobre animalito, cuánto debió de sufrir el animalito, detalles y reflexiones que bien hubiera podido omitir, por más que ni aun omitiéndolos habría eximido a Raúl de la recurrencia de sus propias reflexiones y detalles, ni alterado en nada su carácter de pésimo augurio. Pésimo augurio, sí, introducido en el panorama de sus tan obstinadamente rechazadas, pero ya no por más tiempo disimulables supersticiones particulares y rituales maniáticos, aflorantes como una primavera inexorable en los más diversos ámbitos de su vida cotidiana, un panorama de gestos obligados y repeticiones sistemáticas, encaminados a neutralizar en lo posible la señal ominosa, el vaticinio adverso: la rigurosa sucesión de actos que constituían su aseo matutino o precedían al descanso nocturno, por ejemplo; la complejidad de operaciones en apariencia tan simples como lavarse las manos o los dientes, la necesidad de que los enjuagues realizados fueran exactamente siete, habida cuenta de que en el caso, no del todo infrecuente, de descontarse, lo más seguro era empezar de nuevo la cuenta, englobado, a efectos de cómputo, el número indeterminado de enjuagues anteriores en el primero de la serie rectificativa, y desglosado el último en siete más, con el fin de tener la certidumbre de no haberse quedado en el número trece; o bien, la conveniencia de franquear los tres peldaños del jardín de un solo salto y con los pies juntos, o de recoger la correspondencia al salir de casa, nunca al volver; o de centrar ante la puerta la estera exterior de todo piso en el que se dispusiera a entrar y sólo después tocar el timbre; o de elegir, ante una serie de objetos idénticos, siempre el del centro, y siempre el de la derecha en caso de ser solamente dos; o de supeditar a inflexibles ciclos rotativos el uso de sus pipas o de sus camisas; o de disponer sus libros y papeles sobre la mesa de trabajo conforme a una distribución no menos rigurosa que la del juego de loza en la bandeja del desayuno, disciplinas sólo observables, claro está, gracias al conocimiento implícito y hasta cómplice de Eloísa, una ayuda tan inestimable como discreta en la tarea de contrarrestar la amenaza

derivada no tanto del valor aciago de un hecho objetivo o de una proyección subjetiva –no menos válida en la práctica– como, más propiamente, del incumplimiento –forzado o voluntario– de los rituales necesarios para conjurarlos por anticipado, operación destinada a infundir a la conciencia la fortaleza moral propia de quien atiende sus deberes y obligaciones, instrumento de sentido más exactamente defensivo que expiatorio, al igual que las restantes armas de su panoplia, como la mediación de elementos propiciatorios, personas o cosas, una prenda de vestir, por ejemplo, o el recurso a fórmulas de carácter invocativo, tararear interiormente determinada composición musical, susceptible, en ocasiones, de disparar los mecanismos protectores del espíritu, de provocar un cambio de humor, de remontarnos, tal un licor prodigioso, de la aniquilación, de esa especie de estado post coitum que es la angustia, cuando también en el pecho algo parece haber rebosado al tiempo que la esperma. Todo inútil, sin embargo, cuando como ahora, tras una noche de agitación insomne, sudoroso y encogido sujeto de pesadillas imposibles de reconstruir, los reveses sucedían a los reveses, resbalar en la ducha, verter el café con leche del desayuno, romper la gastada boquilla de la pipa de turno, recoger por toda correspondencia pequeñas facturas y odiosos folletos publicitarios, salir a la calle justo en el momento en que recomenzaba la lluvia, perder el autobús por cuestión de segundos, sobrarle cinco números para que le dieran un billete capicúa en el autobús siguiente, perder también el metro, avisos inequívocos de que hoy, trece de diciembre, martes, día de Santa Lucía, día de los ciegos, las Letras Catalanas y las modistillas, todo iba a resultar inoperante cuando no contraproducente, las estériles vaciedades discutidas en el seminario de sociología, la imposibilidad –se diría– de encontrar en casa a quienquiera que llamase por teléfono, el infructuoso intento de obtener nuevos anticipos sobre futuras traducciones, negativa por lo demás previsible, aunque el director literario de la editorial no supiera que ni siquiera había empezado con la última traducción cobrada, tan previsible por lo menos como la inutilidad de su cita con Curial en la biblioteca del Ateneo, destacando así como único resultado positivo de la mañana, como único y significativo éxito, un certificado de defunción obtenido en el acto, de modo que mejor volver a casa y no moverse hasta mañana en lugar de andar por ahí con las manos en los bolsillos vacíos del abrigo, el mismo abrigo patoso y azul de sus últimos años de colegial, rescatado de la naftalina por Eloísa y vergonzosamente retocado por el señor Vericat, en sustitución del que había perdido semanas atrás, olvidado en el taxi o tal vez en el mismo mueblé, al comienzo de los tempranos fríos, una sustitución que si desde el principio tenía algo de bochornosa, no tardaría en mostrarse, además,

regresiva, regresiva literalmente, en cuanto experiencia, volver después de varios años a casa del señor Vericat, un sastre de prestigio sólidamente arraigado en el ámbito familiar, el mejor sastre de Barcelona, como se decía, el más clásico, si bien, curiosamente, fuera de la familia, a nadie pareciera decirle nada su nombre, fenómeno que Raúl tal vez jamás hubiera vuelto a considerar de no haberse visto, forzado por la necesidad, en situación de tener que entrar una vez más en aquel piso silencioso y sombrío, donde en cualquier momento cabía esperar la aparición de un abuelo entre las cortinas, afrontar una vez más, sólo que con otra actitud, la que produce el distanciamiento, más crítica, el jovial asombro del señor Vericat al reconocerle, su hablar maquinal, absorto, como el de un maestro infantilizado a fuerza de tratar con niños, sus dedos temblones, el vaho de tortuosas digestiones que emanaba de su boca entreabierta mientras le tomaba las medidas y le marcaba, y también las menguadas y oscuras piezas de los estantes y los modelos y figurines de la desierta sala de espera, indicios de que, más que clásico, era pasado de moda la expresión que convenía a todo aquello, la ambientación propia de una persona que, arremansada en el inmovilismo de la posguerra, ha rechazado por efímeras las posteriores mutaciones de la moda, en espera de que se vuelva a lo de siempre, y en esa espera continúa, y sólo la identificación de criterios y de suertes, unido a una relativa estabilidad en el precio, es capaz de explicar la fidelidad de quienes, sin duda pocos, siguen siendo todavía sus clientes; y regresiva, además, como símbolo, un apaño que sin duda no engañaba a nadie, pero que aun independientemente de que fuera o no advertido, como el soldado que se sabe lanzado al asalto sin el debido apoyo artillero, le hacía sentirse, en determinadas circunstancias, disminuido de antemano y con la moral mermada, cuando el entierro del padre de Nuria, ante los ojos justipreciadores, como de joyero, de tanto fabricante de Tarrasa, ante el acecho de tantos asistentes que sólo esperaban que fuera depositada la última corona para constituirse en junta de acreedores, gentes a las que obviamente no se les escaparía el detalle y mucho menos, con sorna incrementada, el hecho de que en las primeras entrevistas que sostuvo con ellos siguiera llevando la misma chapuza de abrigo, como tampoco se le escapó al notario ni, en el seminario de sociología, a sus compañeros, por más que lo llevara bajo el brazo todo el tiempo posible o incluso justamente por eso, advertidos por su actitud delatoramente cohibida, y menos aún, en el colegio, a la penetración rapaz de sus alumnos, la satisfacción con que debían verle llegar, presuroso y tronado, perdiendo el culo, sentarse frente a ellos como frente a un jurado, con la alegre hilera de sus pequeños y afelpados abrigos por telón de fondo, situación sonrojante y turbadora no tanto por el grado de conciencia que los chicos

pudieran tener del contraste como por la conciencia que él tenía de la identidad del dato de que también él iba con su abrigo de colegial sólo que diez años más tarde, la sensación de no progreso implicada, de que en realidad nada había cambiado tanto, incómodos equívocos y paródicas suplantaciones, papá pidiéndole que pagara el gas o la farmacia, por ejemplo, más que por una verdadera falta de recursos, sin duda, aunque la vida sube tanto, hijo, y tenemos menos entradas que antes del descalabro, ahora la Anónima va viento en popa, nunca debí haberla dejado, pero la pérdida de Eulalia me dejó sin ilusiones, hijo, no tanto por eso como, con toda evidencia, por la satisfacción moral de contar con un hijo que ya trae dinero a casa, que hace traducciones o qué sé yo qué, que da clases, que es abogado, que se prepara para catedrático, así que resultaba preferible tomar la factura y pagarla aunque fuese a costa de venderse libros o un traje usado o de pedirle prestado a Federico hasta que cobrara otro anticipo, antes que aclararle a papá que ni pensaba ser catedrático ni mucho menos dedicarse a la abogacía, o pretender explicar a Federico lo que Federico, como Adolfo, sólo podían pensar que era un decir, que su caso no era el de ellos cuando ellos decían págame el café, tú, estoy sin ni cinco, y ponían gasolina de diez en diez duros y no les importaba comer lo que fuera en cualquier tasca barata, algo que para ellos casi podría ser calificado de excitante, por la impresión de contacto con la realidad que suscita, pero que no correspondía en modo alguno a la situación de él, aunque fuera difícil precisar el matiz, por lo mismo que ya en el colegio resulta difícil para el niño rico advertir la diferencia que le separa del que sólo lo parece, apuros económicos demasiado poco dramáticos para emocionar a nadie, pero lo bastante agudos para agobiarle más aún a uno en días como hoy, ahora, de nuevo en el brillo lascivo de la calle, sin saber exactamente hacia dónde encaminar sus pasos, sin ganas de hacer nada ni de ver a nadie, en ese estado anímico propicio a que un interlocutor cualquiera se convierta en la típica gitana empeñada en echar la buena ventura a un muchacho, seleccionado de entre todos los paseantes por su timidez inerme, y al que fatalmente acabará imponiéndose gracias a su habilidad en la utilización del factor sorpresa, de forma que el desdichado muchacho le pagará lo que sea con tal de que cese el espectáculo, ya sólo ansiando escapar, salirse por la tangente, huir hacia lo alto asido a una paloma, hacia las tétricas alineaciones de cornisas mojadas, sobrevoladas por las palomas, una exageración de oscuros el aire y de dispersas columbraciones metálicas. Volvió sobre sus pasos, en dirección a Puerta del Ángel, no sin antes haber soltado discretamente un poco de saliva en el pañuelo, como cada vez que salía de casa de tía Paquita o, de un modo más general, de los lugares cerrados, de atmósfera cargada, metros, cines, autobuses, etcétera, en

dirección a Puerta del Ángel, y a partir de allí, como llevado por el esfuerzo menor que supone seguir calle abajo en lugar de calle arriba, hacia calle dels Arcs y avenida de la Catedral, el peso de la inercia, el peso del dinero en relación inversa a su valor, del mismo modo que nada más ligero ni más estimulante, incluso desde un punto de vista erótico, que sentir contra el pecho, tal presión de una mano alentadora, el cheque por cobrar que palpita en la cartera, en especial para aquel que, aprisionado entre la adversidad y el propio desánimo, se ve impelido –bloqueada su capacidad no ya de acción, sino incluso de decisión– al desgaste de las repeticiones y recurrencias, de las maniobras de compensación, comportamiento autoimpuesto para obligarse, se diría, a no hacer lo que se debe hacer, inhibida la libido como las facultades creadoras, no más brillante ante el papel en blanco que en el blanco de la cama, ayer, con Nuria, ni de hecho en cualquier otro terreno, de ahí sus lapsus, sus olvidos y, sobre todo, su en apariencia impremeditada renuncia a la puntualidad, la propensión a llegar tarde a todas partes, indicativa, con toda obviedad, de que eran realmente nulos sus deseos así de acudir donde fuese como de emprender lo que fuera. ¿Y el insomnio? La dificultad de conciliar el sueño provocada por un recuento sistemático, no bien apagada la luz, de cuantos problemas hubiera capaces de desvelarle. ¿Y por qué no evitar pensar en ellos? Porque de lo que se trata es de no dormir. ¿Por qué? Pues para retardar al máximo el comienzo de otro día como el anterior, que le enfrente de nuevo con los problemas que le desvelan, lentos despertares a la deriva entre lo que reaflora opresivo y el peso en descenso de lo que se reconfigura, sensación que a partir de ahí no dejaba ya de conducirle todo el día como entre dos sueños, encontrarse de pronto caminando por la calle dels Arcs como un Balzac derrotado, no penetrando la realidad como el rayo de Júpiter, no dominándola, sino, antes bien, a merced de ella, injuriado y vejado y hostigado como uno de esos adúlteros de otros siglos, paseados para general regocijo a lomos de un asno por toda la ciudad, desnudos y confesos, entornados de carcajadas anónimas y palos de ciego, sometidos al ensañamiento de una multitud de infames y desdichados de todo género, redimidos de sus frustraciones por la simple oportunidad de proyectar sobre alguien sus desdichas y sus infamias, de materializarlas, de encarnarlas en alguien a quien sacrificar y con su suplicio salvarse, exteriorizando entonces el júbilo y celebrando el hecho por las calles, recorriéndolas como las modistillas las corren y recorren en grupos alborotados, acaso mofándose de su abrigo, bullicio y luces y brillos prenavideños, el estribillo de los villancicos retornando fúnebremente desde los altavoces apostados quién sabe dónde, ceniciento diciembre, sombrío solsticio de Capricornio, tiempo de Adviento, anuncio de Navidad y augurio de Epifanía, curso

inexorable de la buena estrella de Adolfo, que en la noche del día de Reyes iba a hacerle ganar el Nadal, oro, incienso y mirra para Los Ángeles, una obra con suficientes atractivos, sin duda, para impresionar al jurado, juventud rebelde y técnica objetiva, corrección formal y crudeza temática, ingredientes convertidos en epítetos, epítetos hechos slogans, no promesa, revelación, no revelación, consagración, y mientras, Raúl persistía en su inmovilidad, postración que ni siquiera en la piedra comporta insensibilidad, en una lápida, por ejemplo, una lápida sobre la que cae la lluvia y que la siente caer y que siente la erosión incontenible, incapaz de decir no ya a Fortuny, sino tampoco a Federico ni a nadie, no que lo que estaba escribiendo era mejor que cuanto hubiera escrito o pudiera escribir Adolfo, sino incapaz incluso de insistir en el simple hecho de que también él escribía, demasiado escéptica la actitud de Federico para que él insistiese o aportara prueba alguna en apoyo de sus pretensiones, no fuera a interpretarse como reacción de rivalidad o despecho por lo de Aurora, de igual modo que la firme confianza de Nuria en sus aptitudes creadoras, sin otra base de criterio que su personal antagonía con Aurora, reducción de un problema de competencia a una competencia de cama, tampoco podía servir de confortación a su innegablemente sensibilizado amor propio, a sus recelosas defensas no exentas de sabia profilaxis ni de la supersticiosa costumbre de no hablar de lo todavía no hecho, inexpugnable en su aislamiento. Mejor no decirlo a nadie y aflorar un día repentina, inesperadamente, con una obra maestra, y pasar de golpe a primer plano, a la inversa que Adolfo, de quien todo el mundo hablaba como de un escritor, pero del que nadie había leído más que relatos o fragmentos de esa novela que nunca acababa de acabar, la confianza en sí mismo particularmente acrecentada desde que se animó a leer el manuscrito de Adolfo, venciendo el temor a que, dadas sus amistades y experiencias comunes, la obra de Adolfo, incidiendo en la suya, se le hubiera anticipado, prueba del fuego de la que no salió sino fortalecido, no sólo porque contrariamente a cuanto cabía suponer a partir de los comentarios y observaciones de los amigos que habían leído el manuscrito inacabado de Los Ángeles, la relación entre lo que uno y otro eran capaces de escribir quedaba apenas circunscrita al ámbito de lo anecdótico, sino sobre todo por la conclusión resultante, la íntima convicción de la superioridad de sus proyectos sobre las realizaciones de Adolfo, la certeza de que Los Ángeles no pasaba de ser una mimesis sublimada de las circunstancias personales de Adolfo carente de verdadero talento, un mundo más como se quisiera que fuese que como es, más inteligente, más libre, casi como si se abrigaran intenciones pedagógicas o, tal vez, como si al describirlo de esa manera, el autor encontrara en la tarea de hacerlo las satisfacciones

que la realidad le negaba, una obra que si Raúl no podía menos que alabar, era sólo, dejando aparte el problema de Aurora, para que no se tomara por envidia del oficio lo que a lo sumo era envidia de la suerte, el premio y sus implicaciones y las implicaciones de las implicaciones, no tanto la fama o el dinero, por ejemplo, como la circunstancia de quedar en cierto modo a cubierto de la arbitrariedad policíaca, el premio Nadal que el día de Reyes –mejor darlo por hecho– iba a ser concedido a la novela Los Ángeles, de Adolfo Cuadras, en los salones del Ritz, a más largo plazo, pero no menor exactitud con que esta noche, en los cenáculos del Colón, iban a ser proclamados los premios de las Letras Catalanas, justamente aquí, frente a la catedral, cuando todos esos tenderetes de belenes y ramas estuvieran recogidos y, las aceras, silenciosas y aquietadas a la luz de las farolas, de los fijos reflejos de los coches alineados, sin alegría gregaria ni villancicos, sin esas modistillas que danzaban en corro, cogidas de las manos, en torno a un sobrecogido paseante solitario, esos grupos de modistillas que recorrían la ciudad a la caza del obeso, del lúgubre, terror de viciosos y exhibicionistas, despiadadas correrías, desde la catedral hasta el Parque de la Ciudadela, desde Canaletas hasta el puerto, al abordaje de las golondrinas, al asalto del rompeolas, desafiando la ciudad desde las alborotadas cubiertas, apostrofando el vigor de las grúas, el peso muerto de los buques anclados que rebasaban, el panorama ganando amplitud con la distancia, según se abría y disipaba la estela que dejaban en el agua oleosa, la Puerta de la Paz y sus palomas, el monumento a Colón y su imperioso dedo contra las nubes turbulentas, como llamando al orden a la fachada marítima de la ciudad, oficialidad de alta graduación, Comandancia de Marina, Gobierno Militar, Capitanía, Correos, Gobierno Civil, edificios como formados al conjuro de su enérgico gesto, y la carabela Santa María y la fortificada figura de Monjuí vigilante y, a su amparo, las extendidas arenas, aptas para torneos y galopadas, triunfante Caballero de la Blanca Luna, campeón de leyenda, personificación del mito, proclamación de la realidad de lo imaginado, consagración de la superchería, Troya perdida y reencarnada, Roma en Roma reencontrada, transustanciada en Roma, como un dios puesto donde un dios muerto, bajo otras especies, con los mismos dogales, permanencia de la metamorfosis.

Despertares como sueños o fantasías. Los abismos que se abren en la conciencia de un agente de tráfico cuando, en el curso de uno de esos embotellamientos de circulación que se producen en los lugares céntricos de una ciudad a las horas punta, se descubre a sí mismo soplando el silbato hasta el ahogo, y no con ánimo precisamente de restablecer la fluidez del tránsito sino, muy al contrario, uniendo su silbido al clamor de los cláxones, con una súbita y arrebatada

voluntad de capitanear el caos, de ponerse al frente del alboroto, incitando con sus aparatosas gesticulaciones el avance simultáneo y masivo en todas direcciones, más allá de luces y señales y de cualquier norma circulatoria; o, mejor, los abismos de la propia conciencia cuando el guardián que la regenta termina también por impugnar la guardia. Así, con la inseguridad o falta de norte que caracteriza el comportamiento de ese hombre abrumado acaso no tanto por la magnitud de los acontecimientos como por el vértigo interior, dobló a la derecha, desde Arcs, y se adentró por la calle de la Paja, demorándose ante los escaparates de las librerías de lance y los comercios de antigüedades, sin otra motivación aparente que la de preferir al agitado movimiento de la avenida de la Catedral, el sosiego de las sinuosas calles del Casco Antiguo, la ciudad medieval, apretado conjunto construido piedra a piedra, laboriosa, tesoneramente, sin refinamientos ni ostentaciones, sobriedad de un pueblo fiel a su adusta tradición campesina, más determinado por su esforzado empeño que por sus riquezas naturales, poco amigo de la pompa y el despilfarro no compensados, propensión generalizada que también puede ser entendida como avara povertà, y del mismo modo que una fortuna inesperada –herencia, especulación, estraperlo– facilita en las familias una actitud aventurada y pródiga o dilapidadora, que suele conducir a un desastre no menos inesperado y rápido, o, con mucho, al esplendor efímero de escasas generaciones, mientras que unos ingresos constantes, sean modestos o crecidos, sirven de estímulo a las economías y, lo que por su trascendencia en otros órdenes de la vida es aún más importante, originan una marcada tendencia al cálculo que se prolonga con las generaciones, así Barcelona es el resultado de un paciente ahorro colectivo, ciudad sobrevivida gracias más a la propia obstinación que a elemento geopolítico alguno, una ciudad que si no cuenta con el halo dorado de Roma ni con la monárquica geometría absoluta de París ni con la capitalidad acumulada de un imperio como Londres, sí cuenta, al menos, con una positiva cualidad: la solidez. Característica común, en efecto, tanto al Casco Antiguo, imagen y semejanza de la sociedad barcelonesa medieval, como a la Barcelona moderna, el Ensanche decimonónico y las nuevas áreas urbanizadas, cuyo espíritu de frustración es reflejo de la frustración de sus moradores, de sus prejuicios mojigatos, rectitudes burguesas, recatadas apariencias, todo fachada, constantes denotativas, a fin de cuentas, tanto en los palacios góticos como en las mansiones ochocentistas o en las villas residenciales de la posguerra, de que los ricos de aquí siempre fueron menos ricos que los ricos de otras partes, por mucho que la mítica que de por sí desprende y decanta el curso del tiempo –fotos amarillas, anécdotas familiares, crónicas de sociedad, pinturas de época– haga posible en las jóvenes generaciones,

a la vuelta de los años, la ilusoria identificación del provinciano y marginado mundo de sus antepasados con algo así como el mundo de Guermantes, lo cual no significa tanto que el mundo de Guermantes no fuera marginado y provinciano como, acaso, que la Barcelona modernista no atinó a encontrar su Marcel Proust, sin mayor suerte que en épocas anteriores, ciudad sin menciones y noticias de mejores viajeros que Festo Avieno y Cosme de Médici, sin otras referencias literarias que las puramente anecdóticas y circunstanciales de un Cervantes o, en plan más golfo, de un Genet, sin más literatura viva que a nivel de auca o aleluya, género como quien dice de barriada, apta, a lo sumo, para el consumo o aplicación local. Y, no obstante, sólida: fruto prototípico de una burguesía esencialmente organizada, cada cosa a su tiempo y cada tiempo en su sitio, con la esposa al Liceo, con la querida al Excelsior y con los amigos a El Dorado o al Edén Concert, más barriobajero, y a modo de compensación espiritual de tanta exhibición social consagradora del soporte material, de la potencia económica, empresas como la Sagrada Familia, templo expiatorio levantado en el corazón del Ensanche, esa expansión urbana trazada a cruz y raya en función de una vida mejor –y, sobre todo, más próspera–, sin que su desarrollo haya sido jamás obstáculo para pensar también en la otra vida, en ese otro ensanche extendido poniente arriba, por las laderas de Montjuich, Cementerio Nuevo destinado a inmortalizar lo perecedero, a magnificar allá arriba el tránsito al más allá, a un otro mundo a imagen y semejanza de éste, póstuma lujuria de mausoleos, de aparatosas erecciones, túmulos y obeliscos y demás alardes monumentales que, junto a un buen asesoramiento en las cuestiones fiscales y a las oportunas disposiciones testamentarias, tanto contribuyen al sosiego de la fatigada conciencia en su enfrentamiento a las crueles interrogaciones, panteones construidos uno por uno, fatalmente, conforme a la estructura de esa conciencia atormentada: un exterior, pongamos por caso, neogótico, algo así como una catedral en miniatura, con sus agujas, sus gárgolas, sus relieves, sus vitrales, su pórtico de acceso a la pequeña capilla, y dentro, en el centro, el pie del altar y del polvoriento dorado de las siemprevivas, bajo la basculante losa de mármol, se abre la escalerilla húmeda y verde que, entre nichos con iniciales y fechas, desciende hasta el fondo, en cuyo suelo, a modo de hito entre la historia y la prehistoria, una última losa de alabastro, más reducida, cuadrada, nos separa del osario. La Esfinge llega para todos, dijo Eloísa. Ya puedes tener millones, que llega igual. Qué fortuna no habrá llegado a gastar la Ramona para salvarla, qué de médicos y medicamentos. Pero de nada sirven todos los millones de Jacinto, ni cien veces más que tuviera, cuando la Esfinge dice basta. Así es la vida: unos viven y otros se van y a unos les toca ir para arriba

y a otros para abajo. Y el que hoy está abajo mañana puede estar arriba. Mira la Leonor, que no voy a empezar ahora a llamarla doña Leonor, mira qué recreada está, con todos los requisitos, lavadora, turmix, termostato. A ella sí que no le falta nada. En cambio, en esta casa todo va para abajo: una cocina económica que no tira porque la chimenea se está derrumbando, la calefacción que no marcha porque para cambiar las tuberías hay que levantar todos los suelos, los desagües que se embozan, las bombillas que se funden, la humedad, los escapes, los contactos, aquí nada funciona, todo es viejo, todo está estropeado. Con esta casa, lo mejor sería tirarla abajo y hacer otra nueva, todo moderno. Pero, ah, hay que tener de qué, y como por lo visto no hay, soy yo quien lo paga, quien carga con el trajetreo extra. Como una esclava de los tiempos antiguos, sin lavadora, con una plancha de antes de la guerra, con una nevera que el trapero no se llevaría ni regalada, con la económica que según sea el viento se pone a humear, con un fogón que no da abasto a los potingues del señor, y el señor que se cree que con diez duros se puede hacer la compra, que no se da cuenta de que diez duros de ahora son como uno de antes, que se imagina que doscientas pesetas es un sueldo normal, me gustaría saber a quién iba a encontrar ni por trescientas, si sólo con ver la casa se esgarrifa cualquiera. Como una esclava de los tiempos antiguos, así estoy yo; y es que aquí todo va para abajo. Aunque a mí, ray; con irme al Amparo, sanseacabó. Raúl le preguntó por la muñeca; hablar de la muñeca la ponía de buen humor. Eloísa le mostró la pequeña extensión de punto color rojo caperucita que pendía de unas agujas. Mira, ves, ya casi está. Sólo me falta el gorro. Lo demás ya está, la falda, el abrigo, la blusa, los calcetines. Las braguetas se las dejo. Claro, si es invierno, pobre filla. Se costiparía, ¿eh, nena, que te costiparías? Ahuecó las faldas: guapa, preciosa, quién te quiere a ti. Y la Leonor me dice, pareces loca, me dice. Si a mí no me gusta el cine ni lo entiendo, qué le vamos a hacer. Y prefiero hacer ropita para la muñeca que para la niña, me hace más ilusión. Y la vecina de arriba de mis parientes, vamos, de mi sobrino, pues parece que sí, vamos que dicen que parece que sí. Hace pulseritas y dice que hará una para ella, ¿verdad, reina? Es la vecina de mi sobrino. Y hasta soy capaz de pedirle un collar de perlitas. A la niña que le haga la ropa su madre; si no, por qué se casa. Y la Leonor me dice, mira que eres rara. Y sí que es verdad que lo soy, aunque no lo parezca. No hay cuidado, no, de que salga a la calle con zapatos marrones y bolso negro. En estas cosas soy muy rara. No hay cuidado de que salga así a la calle. Voy los jueves. Los domingos, no. En la casa a donde voy, la de mi sobrino, verdad, ya me esperarían, ya, pero yo me doy cuenta que es la tarde que tienen para ir al cine y no quiero darles la murga. Prefiero estarme aquí, con mis cosas. En cambio, los jueves nos quedamos en la

trastienda y, mira, miramos la tele y así pasa la tarde. Porque tienen tele, que hoy día ya no hay ricos ni pobres. La niña ya conoce todos los programas. ¿Verdad que le hará ilusión la muñeca? Es su regalo de Reyes. Extendió la labor sobre la falda, la cabeza algo ladeada. Había empezado a vestir la muñeca hacia mediados de octubre, justo antes de que, como un frío prematuro que junto con las hojas caídas acrecienta las esquelas, comenzara la mala racha. Y aún no había terminado: las enaguas, la bufanda, un traje sastre, una blusa camisera, otro abriguito; las posibilidades de enriquecer el ajuar, de completar el vestuario, no tenían límite. Y el domingo, desolada, cayó en la cuenta de que la muñeca no tenía camisón ni salto de cama. Fíjate, Raúl, ¿qué voy a hacer ahora? Raúl había regresado relativamente temprano. En la salita, sin más luz que la del tablero de la radio y el leve azul del butano, sonaba una aria de ópera, se diría que de Las bodas de Fígaro. Eloísa escuchaba desde la cocina, con la puerta abierta, ocupada en desprender el encaje de una vieja combinación asalmonada. No entiendo cómo puede dormirse al lado de la radio, dijo. La música perdió volumen. ¿Eres tú, Raúl?, llamó papá. Había encendido la lámpara y aguardaba en el sillón, sentado muy tieso. Es Las bodas de Fígaro, desde el Liceo. Pensé que a lo mejor estabas allí. He estado con unos amigos, dijo Raúl. Y papá: ¿cómo se llaman esos amigos que tienen palco? ¿Moragas? Yo había conocido un Moragas, médico. Pero, al menos en mi época, no tenían palco. Yo había ido mucho de joven. Sobre todo, antes de casarme. Allí vi por primera vez a Eulalia y no paré hasta hacérmela presentar. Entonces íbamos a los mejores palcos. La pobre Paquita y yo, quiero decir, los mayores. El divino Mozart. Raúl subió a su habitación. La ventana le ofrecía una sombría reproducción del interior iluminado, no la noche, fuera, la parte de atrás del jardín, las cenizas de la hojarasca como el oscuro cuerpo de un inmenso pájaro abatido. ¿De qué sexo era Aquiles?

El problema planteado por tío Gregorio, cómo darle la noticia, cómo no dársela, dado su actual estado de salud, resultó ser, de hecho, justamente en razón de su estado, de solución bien sencilla. Bastó que Leonor sustrajera del periódico de aquel día la página de necrológicas. Y así como el niño cuya madre muere cuando él es todavía demasiado pequeño para entender siquiera el significado de la palabra muerte, entenderá sólo que ella le ha dejado, sin atinar, no obstante, a explicarse las brutales motivaciones de tal comportamiento, de modo que serán las mismas defensas por él erigidas contra esa injusticia original las que irán tiñendo de indiferencia y hasta de desinterés su progresiva comprensión de lo sucedido, así los viejos, para mayor comodidad de todos, se suelen habituar sin demasiadas preguntas a la desaparición de quienes han formado parte de su mundo, convirtiendo

en confortación de estar vivo los claros paulatinos de su contorno, al tiempo que evitan a sus familiares más próximos el insoportable contacto diario con esa conciencia, inexpresada pero presente, de la muerte que ronda. Lo importante, por de pronto, era ahorrarle no sólo la última imagen de tía Paquita, el túmulo, los cuatro cirios, los brazos de náufrago del crucifijo, el velo negro, de pliegues pesados y yertos, que apagaba la cérea fulgidez del féretro y aquel cuerpo bajo el cristal, su presumible calidad de piel de plátano, lacia y vacía, y el olor a steril-air ni tan siquiera dominado por el de tantas flores, sino asimismo, seamos prácticos, la dura prueba de los funerales cantados, aquella ventosa mañana en que los morados de adviento se trocaron en negro, negro el viento y doradas las hojas a la deriva que, como dentro los cantos, se elevaban fuera, a la salida de la iglesia de la Concepción, donde, a la luz avara de los días que se acortan, hubiera tenido que despedir el duelo desde la presidencia, en compañía de su hermano Jorge, de su sobrino Pedro, de su sobrino político Jacinto Bonet, enfrentar su mirada a cada una de aquellas miradas tan contritas como ateridas que desfilaban en interminable sucesión, reverencia por reverencia, mientras los más íntimos –o más deseosos de cumplir– se reagrupaban abrigados y se distribuían por los coches, en espera de salir en imposible cortejo hacia el cementerio de Montjuich y, una vez allí, rehacer el camino ya hecho cuando lo del pobre Pedro, junto al cual Paquita iba ahora a descansar definitivamente, un panteón no como el de los Ferrer Gaminde, céntrico y de gran presencia, sino situado algo más arriba, más marginado, y si bien con una excelente vista de la boca del puerto, mucho más sencillo, una simple lápida de acceso a la cripta, tendida, al pie de un ángel con un dedo en los labios, como reclamando silencio: el convidado de piedra. Para llegar allí había que caminar un trecho entre los cipreses nudosos y las oscurecidas formas de las construcciones funerarias, sosegado panorama que, junto al silencio, sólo roto por los martillazos cada vez más próximos, y al hieratismo de las marmóreas figuras y de los relieves, parecía invitar a la actitud reflexiva, al recogimiento y la meditación, al resignado consuelo, vanitas vanitatis, sic transit gloria mundi. Hay, no obstante, en semejantes ocasiones, una general tendencia en la gente a adelantarse a los acontecimientos, a dar por liquidado lo que todavía se está liquidando, y así, aun antes de llegar al cementerio, en el confortable interior de cada coche pueden ya observarse los primeros síntomas del cambio, hablar de otras cosas, volver a lo cotidiano, a las pequeñas compensaciones de la vida, tan violentamente interpoladas por la realidad del cadáver y poco a poco restablecidas en todo su valor con la complicidad y el alivio de quienes no esperan sino que alguien abra el fuego, acuciados quizá por la terrible justeza de la sentencia, dejad

que los muertos entierren a los muertos. Así, un comentario cualquiera relativo a la persona desaparecida, es curioso que al final no soportara la luz, por ejemplo, que no hiciera más que repetir apaga la luz, cierra la puerta, aunque la luz estuviera apagada y la puerta estuviera cerrada, un comentario así, tropieza, por lo general, con un esterilizante clima de vacío, que suele hacer imposible su propagación. La propia Ramona, serena y comedida en todo momento, era la primera en dar la pauta, tanto por su presencia de ánimo como, en un alarde de clase, por su mismo atavío, no mantilla o velo, sino un estilizado sombrero, no ropas siniestramente teñidas, sino pieles negras, sobria elegancia en la indumentaria y tacto en las maneras que hacían presumir y aplaudir una resuelta decisión de superar prontamente la desgracia, de reincorporarse sin más tardanza a la vida de cada día, de recuperar los ritmos habituales, con plena conciencia de estar zafándose de la ruda cuarentena, lejos de lutos anacrónicos, incompatibles con el mundo de hoy, rigores impuestos por la sociedad a modo de medida preventiva, más aún, defensiva, y no, evidentemente, en concepto de aflicción y desconsuelo, como precaución hacia los deudos más que como póstuma distinción al difunto, no tanto emblema de fiel memoria como distintivo fácil o signo externo delator; garantía para la colectividad del acotamiento de las interrogaciones que abre el negro en lo cotidiano, con riesgo grave de alterar su curso normal, de interferirse en los asuntos del prójimo, seguro procedimiento para distinguir y ahuyentar al apenado y entristecido, al sombrío, al callado, al cenizo, en especial de los lugares y ocasiones de un necesario esparcimiento. No era de extrañar, por tanto, que en el cementerio la atmósfera tuviese desde el principio bien poco de opresiva, ni que, como por contagio, según los asistentes volvían a congregarse, se hiciera casi ligera y hasta artificial, en la medida en que todo el mundo se esforzaba en que no decayera el tono y en que, rezado el breve responso, el momento cumbre de la ceremonia –el descenso de la caja– transcurriera lo más discretamente posible. Se hablaba de un pueblo de montaña que alguien había descubierto uno de esos fines de semana, un sitio precioso, igual que en la Edad Media, intacto, con cerdos y gallinas y un restorán para comer, así, en plan payés, costillas a la brasa y conejo y butifarra, todo riquísimo, y tan barato que era de risa, mira, íbamos seis, y la comida, el vino, flan de postre y ocho, no, nueve cafés, ¿cuánto diríais?; apasionada expectación, todos al acecho del anuncio, bajo ese sortilegio que en los ricos produce el ahorro, la satisfacción que experimentan al comprar barato, su afición a las rebajas, a los saldos, a las gangas, no simple fruto de la avaricia ni tampoco mera compensación de su obsesiva idea –no enteramente inmotivada– de que en todas partes les suben los precios porque se les adivina ricos,

sino algo al mismo tiempo más sutil y con más cuerpo, la tangibilidad del dinero ahorrado, es decir, ganado personalmente al vendedor, de un modo totalmente directo e inmediato, un dinero de realidad mucho mayor, menos abstracto, que el producido por la mecánica del negocio, de acuerdo con un proceso síquico similar al que hace que los instintos sádicos del soldado encuentren una satisfacción infinitamente más intensa rematando a un solo enemigo con la bayoneta que aniquilando una ciudad entera desde el aire. ¿Cerca de Rupit? No nos lo cuentes, que enseguida se estropeará y, ahora que todo el mundo tiene coche, los fines de semana no se puede ir a ninguna parte. No, qué va, cerca de La Bisbal, a dos pasos de la Costa Brava. Imagínate: la gente empezará a comprar casas y a hacer arreglos, y entonces perderá todo el encanto. Vosotros sí que tenéis una finca preciosa, Vallfosca. Papá asintió. Parecía prestar poca atención a las palabras con que se quería entretenerle, rehuyendo en lo posible el diálogo brindado por aquellos rostros que, como obedeciendo a un sistemático plan de relevos, se destacaban uno tras otro de entre los presentes, ininterrumpidamente, de entre aquella multitud ocupada en intercambiar saludos y darse mutuamente conversación; sin que la fluidez del movimiento ni la cambiante disposición de los grupos, constantemente entre la formación y la dispersión, fuera obstáculo, sin embargo, para que un observador atento pudiese determinar, con escaso margen de error, la relación que, a grandes rasgos, cabía establecer entre los componentes de cada grupo, clasificados bien a partir de su pertenencia o afinidad a tal o cual rama de la familia, bien de acuerdo con las motivaciones de su asistencia al acto. Los Giral, por ejemplo, la incómoda ambigüedad de su postura, a la vez anfitriones, centro de la ceremonia, en cuanto propietarios del panteón, y elemento marginal, relegados a un papel secundario por su vinculación meramente colateral y política con la difunta; a la vez halagados por la calidad de la concurrencia, por su peso social y económico, y amargamente conscientes de que no era precisamente el actual prestigio de su apellido el objeto de semejante movilización, la verdadera causa de que hubieran concurrido, de que, antes bien, con la desaparición de tía Paquita desaparecía asimismo el más directo nexo de unión con esa parte de la familia y se hacía insalvable la distancia que ya les separaba de sus primos y, más concretamente, de Jacinto Bonet y de cuanto Jacinto Bonet representaba, conscientes por completo, con el lúcido pesimismo propio de los desheredados de la fortuna, con la clarividencia y hasta el alivio con que una ruina humana contempla lo revuelto que está el mundo para así disimular y hasta justificar su propia ruina, ya que, como ese desdichado tras cuya concepción catastrófica del universo, al que no puede augurar otra salida que la autoinmolación, no se oculta más que su propio

infortunio –fracasos profesionales, desavenencias conyugales, talones sin fondo–, la personal desdicha que, como por causa de fuerza mayor, quisiera ver disuelta en una catástrofe de proporciones universales, así el pesimismo imperante en las familias que, de un modo u otro, no son ya lo que fueron; así incluso, pese a su condición de sacerdote, el padre Giral, de los Sagrados Corazones, al hablar de tía Paquita contemplándoles ya desde el cielo, con la misma artificiosa naturalidad con que un espíritu materialista habla de la muerte o un marica habla a otro marica cuando envejecen juntos. ¿Cómo no adivinar, en su atormentada reserva, que para ellos, para los Giral, cualquier detalle, los nuevos astracanes de la prima Ramona, cualquier observación hecha al azar, cualquier comentario cogido al vuelo, lo bien situado que estaba el despacho del primo Pedro, Cortes esquina Claris, equivalía a la lectura de su propia condena? ¿La impresión subalterna que asimismo parecían experimentar ante los Ferrer Gaminde, quién sabe si a causa de Vallfosca o, más simplemente, como consecuencia de la vertical perspectiva del caído a lo más profundo, que suele derivarse de la propia dinámica de la desmoralización? Papá, distante, taciturno; Raúl, ya abogado y, como era de dominio general en los medios familiares, futuro catedrático de sociología; Montserrat, con sus alusiones al panteón de los Ferrer Gaminde, con su magnificación del abuelo, confundido en la memoria, se diría, con la imagen de uno de esos ancianos irascibles de película, coronel retirado, por ejemplo, debelador implacable de las flaquezas de la juventud de hoy día, autoritario, sarcástico y un tanto mitómano, lo que se dice todo un carácter; el mismo Juanito, que aun y con ser esa nulidad de hombre que en el vacío de su adolescencia, a partir de alguna consideración cortés y casual hecha por cualquier amigo de la familia a propósito de su desvaída personalidad a modo de cumplido, parece un inglés, por ejemplo, encauza y asienta su apariencia física, su indumentaria, sus conocimientos y sus modales, en tal sentido, convirtiendo el celoso mantenimiento de esa apariencia en finalidad de su vida, aun así, ese Juanito, no dejaba por ello de imponer hasta respeto a quien le conociera tan sólo superficialmente. ¿Cómo podían ver de otra manera los Giral, en su decadencia, a los Ferrer Gaminde? Únicamente la figura de tío Raimón, las razones de cuya presencia nadie acababa de explicarse, desentonaba del conjunto, tímido y temeroso, intimidado, como queriendo hacer olvidar con su actitud atenta y respetuosa, sólo traicionada por los detalles, su denigrante condición de corredor de seguros, la empalagosa locuacidad característica del empleo, las sonoras correrías de sus tripas, fruto de un vivir apresurado y difícil, tan difícil como la honorabilidad imposiblemente pretendida; era, sin embargo, de todo punto evidente el disgusto con que papá acogió su presencia y el

reticente distanciamiento que mantuvo al respecto, como negándole todo derecho a representar la parte Moret, un apellido que, salvo en el caso de aquel indeseable, en cuanto a clase y reconocimiento social en nada desmerecía del de Ferrer Gaminde. Resultaba innegable, no obstante, que la mayor parte de los allí reunidos lo estaban en virtud de su relación con Jacinto Bonet, potencia económica con suficiente peso en la vida ciudadana para hacer coincidir en torno a su persona –como semanas más tarde había de descubrir Raúlal padre de Nuria y a Amadeo García Fornells, o hacer acudir espontáneamente a ocupadas personalidades venidas a Barcelona en viaje de negocios, como aquel amigo de Madrid tan madrileño, con esa admiración hacia todo lo que se está haciendo en Cataluña sólo comparable a la del catalán ante todo lo que se llega a hacer fuera de Cataluña, enjundioso y rotundo, debidamente provisto del bigotito tipificador y la sotabarba temprana, que, por lo general, distingue a los miembros de la oligarquía monopolista madrileña. El resto de los asistentes pertenecía a esa clase de personas de delimitación más confusa, parientes lejanos o parientes de parientes o amigos de la familia o parientes de amigos de la familia, caballeros respetuosos y cordiales, sometidos a un inexorable proceso de calvicie y abarrigamiento, gente de difícil ubicación, al igual que las señoras, un tanto uniformadas por su común pompa burguesa y su precoz parecido con el Rey Sol, si bien sólo formalmente y a primera vista, sin la aureola, con un algo de Luis XIV, en efecto, pero más comedidas en su seguridad impertinente y pánfila, más empastadas, con esa invertebrada y en definitiva inerte calidad de calamar que, junto con algún que otro rasgo, las peculiariza, la boca como un esfínter, recatadamente cerrada entre las mejillas flojas y golosas, los ojos de viveza escasa, eminentemente ahorrativos, y esas empolvadas arruguitas formadas de tanto sonreír a los pequeños, y las rígidas crepaduras rubiosas del solemne peinado, y la discreta perlita en cada oreja, y sobre todo, al sonreír, los dientes, ya casi los de una calavera; y luego, las preguntas de ese señor que no reconocemos, pero que nos reconoce, tú eres hijo de Jorge, más aseverativo que informativo, todo sabiduría y perspicacia aguda entre sus repliegues de saurio, con el singular conocimiento del alma humana que, aparte de un anciano, sólo puede tener un notario, gracias a su diario contacto con la realidad de la vida y de la muerte, de las transmisiones y sucesiones, de sus vericuetos, de sus intríngulis. Y tú a qué te dedicas, dijo. Montserrat hablaba de la boda de Gregorius, del viaje de Teruel, de la parentela de Leonor de Aragón, son una gente majísima y de bastante posición, de pueblo, pero de posición, con tierras, y como son tantos –los hermanos tienen hasta nietos– y todos empeñados en obsequiarnos y con eso de que Teruel es la tierra del jamón y como yo representaba como si dijéramos la familia del novio,

total que nunca he visto comer tanto, lo de menos fue el banquete propiamente dicho, que fue una barbaridad, pero es que era una cuchipanda detrás de otra, y con el vino de allí, que es de los que pegan, tipo cariñena, y para colmo, después de la boda, a uno de los cuñados, que vive en Vinaroz y tiene una agencia de transportes, no se le ocurre más que invitarnos a Vinaroz, a comer langostinos, lo que le faltaba a Gregorius, con lo que le gustan los langostinos. Yo les dejé allí, no iba a estar como de carabina durante el viaje de novios, y parece que llegaron hasta Valencia; y yo no digo que lo de la inyección infectada no contribuyera a desencadenar el patatús, pero lo que os aseguro es que los atracones que se pegó aquellos días bastaban para entrompar de colesterol a un regimiento. La suerte es que, mira, no ha sido más que un susto. Y, sobre todo, suerte de Leonor de Aragón, que es muy buena mujer, con su carácter, con su genio, como todo el mundo, pero con un corazón así de grande. Suerte de ella, que mejor compañía no podía haber encontrado. Ella lo baña, lo asea, lo maneja, lo saca a pasear y, cuando hace mal tiempo, lo lleva a exposiciones, a los grandes almacenes, al Corte Inglés, una vez creo que hasta lo llevó a la inauguración de una estación de metro, se las apaña para entretenerle como sea y, mira, lo cuida, lo vigila y tiene una paciencia de santa, que con las manías de Gregorius y lo descuidado que es y lo habituado que estaba a los barbitúricos, hubo un momento, cuando el ajipipi, que yo pensé que de ésta no salía, que se nos quedaba, y mira que, por desgracia, tengo experiencia en eso de ver estirar la pata. ¿Qué hubiera hecho un desastre de solterón como él, quién le hubiera cuidado como ella le ha cuidado, por mucho que le queramos todos, si no se hubieran casado? A mí, la verdad, me da gusto verles ir del brazo al parque, como dos enamorados. Los amantes de Teruel les llamo yo. Punto escabroso, ya en el límite de lo ventilable en público, allí donde el mero conflicto no antagónico podía convertirse, considerado fuera del seno de la familia, en antagónico, donde el crudo enunciado de los hechos –se casó con la chacha–, desprovisto del calor de su contexto, no podía sino hacer cerrar filas a los Ferrer Gaminde, ya que, en definitiva, a excepción de Juanito –intolerante, yo no me doy por enterado–, era general la postura de considerar tal desenlace como un mal menor, así está más acompañado y, además, de algún modo había que regular su situación. Papá, a partir del susto, incluso había dejado de echar en cara a Gregorius la venta de su parte de Vallfosca a Jacinto Bonet, casi como si le remordiera habérselo recriminado anteriormente, qué quieres, si a él le interesaba vender su parte, la única persona de la familia que podía comprársela era Jacinto Bonet. Mejor él que un extraño. Claro. Yo creo que ha hecho bien; lo que él necesita son rentas fijas. ¿Para qué quiere dejar propiedades que no rentan si no

tiene ni ha de tener hijos? ¿Para que el Estado se lleve más de la mitad cuando muera? A mí no me extrañaría que lo hubiera hecho empujado por la Leonor, que entre dejar algo a sus sobrinos o a los sobrinos de Gregorius, habrá preferido dejarlo a los suyos, algo fácilmente liquidable, que sea más fácil de repartir que una parte de un indiviso. Pues yo creo que, más que nada, lo ha hecho porque le debía resultar violento ir allí con ella, en plan de señora. No creas, de hecho hace años que apenas se acerca, y la verdad es que me parece que en los últimos tiempos tampoco andaba tan boyante, económicamente quiero decir, que con lo que antes vivías como un príncipe ahora te da justo para ir tirando. Te advierto que también nosotros vamos poquísimo; Pedro el que más, algún fin de semana, con su pandilla, media docena de coches. Es que el único que sigue yendo de verdad es tío Jorge. Es que a mí, no sé, aquello me da como pena; sobre todo desde que murió el Polit, que era un tunante, un pillastre, un vivales y todo lo que tú quieras, pero, mira, tenía un gran corazón; en Vallfosca era casi como una institución. Ahora, en cambio, con esos andaluces que lo tienen todo tan descuidado, que lo que pasa es que yo creo que no se aclaran, vamos, que no son payeses. No, no es eso, lo que pasa es que el campo ya no rinde. Y, aparte de todo, que payeses de verdad, payeses como los de antes, ya no los hay. Por eso, porque ahora el campo no rinde. Y donde rinde se compran un tractor y lo trabajan por su cuenta; lo que no quieren es trabajar para otro. Oh, eso de los masoveros ya pasó a la historia; hoy día, si encuentras un matrimonio de andaluces que te quieran cuidar un poco la finca, cobrando lo que se les ocurra pedirte, te puedes dar por satisfecho. Te advierto que también los hay mañosos. No es ése el caso de los de Vallfosca, por desgracia, Paco, Pepe o como se llame, que nunca me acuerdo, un extremeño bruto como él solo. Pues, siendo así, casi es mejor que Gregorius ni se acerque, ya que todo está tan abandonado. ¿Gregorius? Si la última vez que estuvo todavía vivía el Polit. Abandonado, sí, ésa era la palabra, abandonado más que descuidado, los cultivos, los campos escalonados, las viñas invadidas por la hierba, el bosque cerrándose en torno a la plana, los senderos perdidos, los caminos que ya no conducían a ninguna parte, abruptos, erosionados, lo que fueron roderas de los carros convertidas en arroyos secos, el jardín enzarzado, la hiedra en expansión, la maleza a duras penas mantenida a distancia de la casa. Y en cuanto al interior, sólo una impresión superficial podía inducir a suponer que se conservaba intacto, no olfatear, no advertir el deterioro que tanto como del uso se deriva del desuso, de la falta del contacto vivificador que para los objetos significa utilizarlos, habitarlos. El vestíbulo, las escaleras, el comedor, el salón, la galería, las habitaciones, sobre todo las habitaciones, progresivamente inmovilizadas, intocadas, como fijadas

al destino de sus ocupantes titulares, adscritas a ellos de por vida. La habitación de Gregorius, por ejemplo, con menos desorden que la de papá, pero más destartalada, casi desprovista de elementos personales, como si perteneciera más bien a una pensión de pueblo, con aquel olor como a cigarro apagado que la impregnaba en lugar del olor a droguería que dominaba en la de papá, sin la acumulación caótica de la habitación de papá, sin sus restos de medicinas, ni sus colecciones de insectos, ni sus libros de botánica llenos de hojas secas, ni sus obras jurídicas de cuando era estudiante, ni sus bastones, ni sus prismáticos, ni el acopio de materiales para sus pequeños inventos que desde siempre hacían imposible cerrar el buró. Y entre ambas, la habitación de tía Paquita, cerrada, pero intacta, exactamente igual en apariencia que el último verano en que fue habitada –¿diez?, ¿doce años?–, hasta tal punto idéntica que, sin duda, debía resultar sorprendente no encontrar en la penumbra aquellas pupilas alzadas desde la almohada, los párpados mansos, el hálito dulzaino, las íntimas emanaciones que entibiaban el lecho. Así de exacto todo, sólo que en apariencia. Porque como en las naciones, así en las casas pairales; como en las naciones sujetas a las inevitables fases de esplendor, decadencia y renacimiento, como en esa nación que tras un período de disolución y absentismo, de dimisión de toda responsabilidad hacia la cosa pública, de entrega generalizada a la corrupción de los negocios privados, se hace patente la necesidad de que alguien ponga fin a la disolución y al relajo y, con mano firme, tome las riendas del poder y lo ejerza de un modo absoluto y totalitario, como en esa nación, en las casas pairales, tras toda época de atomización indivisa y de necrosamiento de los lazos familiares, también acaba por imponerse la conveniencia de que la propiedad revierta finalmente a un solo propietario responsable.

Vamos a ver: Raúl Ferrer Gaminde i Moret, hijo de Jorge y de Eulalia. Eso es, se llamaba Jorge. Yo conocía a su padre, tan buena persona como chiflado. ¿Vive todavía? Expedido el 6 de febrero de 1960. También abogado, ¿eh? O sea, que tú representas a la viuda Rivas, de acuerdo con los poderes que doña Dulce otorgó ante mí el pasado cuatro de diciembre, poderes generales a favor, indistintamente, del señor Bellido y de ti.

¿Por qué las oficinas de los notarios tienen siempre un no sé qué de comisaría de policía, si bien es cierto que con algo de casa de un abuelo en el ambiente, tal vez por sus pesados y oscuros elementos decorativos? Eso sí, con una placidez y bonanza poco frecuentes en los despachos, así públicos como privados, por incómoda y larga que sea la espera en la salita, en el recibidor, en los pasillos y hasta entre las pilas de legajos y las máquinas de escribir, junto a la mesa de un oficial encanecido –superior en saber, sin duda, así como en dedicación, al propio notario–, donde hasta las palabras de su dictado

y el tecleo de la mecanógrafa, lejos de aturdir, producen en el cliente un efecto más bien sedante y tónico, como en el agricultor las lluvias primaverales, palabras que se oyen como desde casa se oye la lluvia que cae fuera, confortablemente, el alentador misterio de las fórmulas jurídicas, el rigor ritual de la terminología empleada, sonando casi a plegaria, respaldando sicológicamente la confianza que el cliente deposita en la mecánica de la profesión, en su probidad incorruptible, secular defensor de los intereses del particular frente a la Administración y, más concretamente, frente al fisco, según tradición –sobre todo en Cataluña– de singular antigüedad y arraigo, et propter enmendacionem ipsius culpe per hanc scripturam donations nostre damus vobis ipsum Castrum quod dicunt Portus quod est in territorio barchinonensi a parte occidentali predicte urbis ad calcem montis cuiusdam qui vocatur iudaicus in marinis litoribus. Todo ello unido al carácter, más que meramente voluntario, deseado, de los tratos que normalmente se conciertan en las notarías, así como al habitual happy end de los desenlaces, contribuye a que en los rasgos de cuantos allí aguardan ensimismados se trasluzca la paz interior de quien ante la taquilla de una estación recoge con parsimonia la vuelta de su billete, consciente de que él, a diferencia de la mayor parte de los que aguardan impacientemente a su espalda, tomará sin carreras el próximo metro; y a que las charlas de los clientes de carácter más extrovertido con cualquiera de aquellos amanuenses de provecta apariencia tengan ese tono entre conciliatorio y resabiado propio de las ideas generales que tienden a imponerse como tema de conversación en semejantes casos, las ventajas de que el Estado concediera la explotación de la Telefónica o de los ferrocarriles al capital privado, por ejemplo, lo rápido que se tocaría el resultado, lo pronto que mejoraría el servicio, porque el Estado, no, si no hay estímulo, no, si no hay iniciativa, porque robar al Estado no es pecado, porque a un particular por la cuenta que le trae, porque ir con reclamaciones a la burocracia es perder el tiempo, porque la burocracia es una merienda de negros, porque los negros, porque los chinos, porque con media docena de bombas atómicas, porque la cocina china, dejémonos de historias, nosotros ya nos entendemos, nada en la cocina china se puede comparar a un buen plato de butifarra con judías. De ahí la animación y buen humor y los ojos de cuco de aquel sujeto, indudablemente un pequeño industrial, que invitaba a fumar al encanecido oficial mientras echaba una última ojeada a las cláusulas clave de alguna escritura pendiente de firma, enriqueciendo la aridez contractual con vívidos comentarios relativos al desarrollo de las negociaciones cuya culminación y síntesis era el presente contrato, sin dejar de apuntar con sus guiños a la salita de espera, donde, al parecer, aguardaba la otra parte, el comprador, un

inversor extranjero, un alemán, representante, por lo visto, de una firma interesada en los terrenos industriales objeto de la venta, interesada y no es arriesgado suponer –puesto que los compraba– que hasta satisfecha de las condiciones de adquisición, condiciones que probablemente juzgaba ventajosas, sin sospechar siquiera que más ventajosas todavía las juzgaba para sí el pequeño industrial vendedor, Bertrán, como decía llamarse, Bertrán o Beltrán, feliz liquidador de una industria cien veces amortizada, de utillaje nunca renovado para no mermar los beneficios, todo a punto desde siempre para que, llegado el momento –como sin duda había llegado– en que las perspectivas pareciesen empeorar, pudiera convertir, sin más, su empresa en empresa ruinosa, recurrir al expediente de crisis y sacudirse así el muerto con la máxima celeridad y limpieza; y entonces, dinero en mano, a otra cosa, contratas de obras públicas, plásticos, urbanizaciones, lo que más represente lo que se dice una ocasión, una oportunidad, lo que resulte mejor, igual que un soldado de fortuna va a donde mejor le paguen, igual que sus gloriosos antepasados medievales iban a Sicilia, a Túnez, a Grecia, a Turquía, los almogávares. Como los almogávares, sí, como ellos ese Bertrán o Beltrán y cuantos como él, hombres de la pequeña y mediana empresa, constituyen la vanguardia de la industria coyuntural catalana; y como en los almogávares, la primera impresión más bien desfavorable o negativa que puede sacarse de ellos, en razón de su presencia, no hace sino facilitar el posterior trueque de esa primera imagen peyorativa en admiración y asombro ante las cualidades de combatividad, rapidez y arrojo que le son propias. Gente de ideas claras, que se ríe de quien no sabe que lo que importa es reír por anticipado y salir con buen pie y pegar el último. Grave error cometería aquel que subestimara sus reacciones y recursos o minimizara su movilidad y olfato, su espíritu de presa, verdaderos almogávares de nuestro tiempo, hombres pugnaces y endurecidos y diestros en ardides y estratagemas, ya Josep Sol i Padrís, el gran poeta del romanticismo valenciano, los cantaba resueltos incluso a que brillaran de nuevo las armas al grito de ¡desperta, ferro!, si así lo requería la defensa de sus empresas. No menospreciemos, pues, al pequeño industrial catalán ni subvaloremos sus atributos positivos en nombre de principios abstractos, ni ignoremos su capacidad de maniobra a partir, por ejemplo, de su pretendido individualismo o de una presunta ausencia de mentalidad asociativa que le impide unirse a otros en la tarea de crear el verdadero imperio industrial, la empresa gigante exigida por la economía de hoy; nada más engañoso que dejarse llevar por esquemas teóricos o por prejuicios relativos a cuestiones accesorias, sus gustos groseros, sus ostentaciones, sus delirios de potentado, la pesadez de sus maneras, características

explicables, a fin de cuentas, en virtud de la relación mimética que tiende a establecerse entre el hombre y su negocio, de modo que, así como no es difícil adivinar en la persona del ganadero actitudes y hasta rasgos de su ganado, existe asimismo una evidente correlación entre la machacona marcha de una máquina cualquiera y el comportamiento social de un representante de la pequeña y mediana industria. A nuestro entender, hay un solo rasero oportuno y pertinente para medir la valía de ese pequeño y mediano empresario, de ese industrial coyuntural: su innegable, más aún, su extraordinaria facultad de ganar dinero; cualquier otra base de juicio no sería más adecuada, pongamos por caso, que la de considerar a los almogávares no por su grado de combatividad, sino por su tosco aspecto o por lo rudimentario de su armamento. No fue otro, en definitiva, el error –error que pagó con la vida– de Gualterio de Brionne y de su caballería francesa, a la vista de aquella infantería de miserable apariencia, sin comprender que la falta de escudo de aquella tropa era su mejor escudo, que su ligera túnica era su mejor montura, que su predilección por la piedra entre todas las armas arrojadizas era su mejor fuente de aprovisionamiento y, sobre todo, que esa apariencia miserable era, precisamente, su gran arma secreta: el factor sorpresa. Lo contrario del armiño: el perro que lo caza; pues así el empresario coyuntural, perfectamente sabedor de que, como la caballería francesa, pocas cosas hay más vulnerables que una industria comme il faut, donde, por lo general, su tendón de Aquiles no suele ser otro que su propio prestigio.

Trompas, tabors, senheras e penos et entresenhs e chavals blanc e niers veirem en brieu.

E no pot enser remasut, contra cel no volen tronzo, e que cendat e cisclato e samit no.i sian romput, cordas, tendas, bechas, paisso e trap e pavilho tendut.

Adoncs veirem aur et argen despendre, peirieiras far destrapar e destendre, murs esfondrar, tors baissar e deissandre e.ls enemics enchadenar e prendre.

Tan grans colps los ferrem nos drut.

Lo perdr’er grans e.l grazanhs er sobriers.

Anz sera tics qui tobra volontiers.

Tal vez un tanto charlatanes y jactanciosos, sería no obstante sencillamente suicida tomar su vehemencia por bravuconería o considerar antieconómica la actividad que desarrollan. Muy al contrario: agrupados por lo general en torno a la gran industria, a la industria que pudiéramos llamar estructural, esos hombres de la mediana y pequeña empresa, esos industriales coyunturales, son en verdad la punta de lanza a la vez que el rastrillo de todo desarrollo industrial; fuerzas más fluidas, dinámicas y ligeras, pero en modo alguno inútiles, desdeñables y, mucho menos, condenadas a desaparecer, como harto precipitadamente podría acaso concluir un materialista vulgar, ya que, lejos de ser el pez chico destinado a ser devorado por el pez grande, se asemejan más bien a esos delicados pajarillos que limpian y afilan los dientes del cocodrilo en tácita relación simbiótica, y así como se equivocaría el estratega que, por un exceso de confianza en la eficacia penetradora y demoledora de sus divisiones acorazadas, olvidara en sus planteamientos lógicos el papel decisivo de los infantes que avanzan tras los carros limpiando el terreno, haciéndolo propiamente suyo, así también andaría equivocado el planificador económico que descuidara el papel que en todo proceso de desarrollo corresponde jugar a la mediana y pequeña empresa, y la eficacia y demás virtudes prácticas de la clase de hombres que nos ocupan.

En contraposición al industrial coyuntural podemos ahora tipificar la figura del industrial estructural o gran industrial, atendiendo preferentemente no a su pertenencia a tal o cual sector de la industria, sino al volumen de producción de la empresa, así como a su continuidad –con frecuencia, de siglos–, factores que, por otra parte, dado el tipo de vida que obligadamente conllevan, suelen incidir en la personalidad del sujeto, diferenciándole vigorosamente de los restantes miembros de la alta burguesía, componentes de la burguesía mercantil, financiera o profesional barcelonesa, frente a los cuales, aun en la actualidad, el industrial estructural, por motivos tan fútiles como sofisticados, se diría que –socialmente hablando– goza de menor consideración y audiencia. Injusticia palmaria, es obvio reiterarlo, no sólo hacia uno de los más firmes puntales del progreso de Cataluña, sino incluso hacia la misma calidad humana de los representantes de una clase social preeminente, de una clase social descrita, según las interpretaciones más fieles y más autorizadas por los propios miembros de esa clase, es decir, más ajustadas a los criterios con que se reconstruye un árbol genealógico, más sensibles a los sentimientos magnificadores que cabe atribuir a todo cliente de un gabinete de investigación heráldica, descrita, decíamos, en términos arquetípicos, como capitanes o conquistadores, hombres fundamentalmente sólidos así en su complexión física como espiritual, conscientes de las

ventajas, tanto en el orden moral como en el energético, de un prudente exceso de peso, los ojos inocentes y duros del que posee la más límpida convicción en la rectitud y universalidad de sus principios, su concepción del beneficio económico no tanto como derecho o privilegio cuanto como obligación, su militante paternalismo –o, mejor patriarcalismo– social, su inflexible voluntad justiciera de defraudar impuestos, su escasa apetencia de signos externos –más que por motivos puramente fiscales, por su íntima creencia de que sólo una peseta ahorrada es una peseta realmente ganada–; una vida, en suma, trazada a imagen y semejanza de una jornada de domingo, la cópula matutina y la misa, el paseo al sol con los niños y la dilatada sobremesa, la visita a los abuelos, un rato de tele, la cena frugal y el teatro, imagen ejemplar que, señera enseña y patente de conducta, a modo de un manual de urbanidad, ha de servir no sólo para que las jóvenes generaciones acorden el paso al paso de sus mayores sino, en especial, para ofrecer un modelo a los titulares de las nuevas fortunas, afloradas con el flujo y reflujo de la historia, de sus aguas revueltas, fortunas tumultuosas y episódicas, que sólo llegarán a sedimentar si su consolidación económica corre pareja a su integración moral en el medio. Es decir: una mentalidad cuyo antecedente histórico más adecuado podríamos encontrarlo en la propia expansión medieval catalana en el Mediterráneo, una expansión de carácter eminentemente familiar y patrimonial, conquistas que uno hace a modo de adquisición para los hijos, como propiedad o dote nupcial, fortunas que acaso serán disipadas a la muerte de los padres, si los herederos salen pródigos o ineptos, es decir, algo que nada tiene en común no ya con el concepto tradicional de Imperio sino, simplemente, con el de Estado moderno, hecho que si bien no puede contener juicio moral alguno, ni favorable ni adverso, en cuanto acorde con la mentalidad de la época, no deja por ello de imprimir carácter en un pueblo que, por los avatares de la historia, jamás llegó a superar semejante estadio, ni ha conocido las sucesivas fases de desarrollo y decadencia comunes a los restantes pueblos del occidente europeo. Con todo y haber prescindido en nuestra exposición de cualquier elemento sospechoso de parcialidad, de cualquier semblanza de los miembros de la alta burguesía industrial catalana propensa al encomio más que a la objetividad, a presentar como empresa colectiva y de utilidad pública lo que es a lo sumo empresa de utilidad personal, a convertir el apellido industrial en mito, a involucrarlo al cultivo de las artes y de las ciencias por medio de mecenazgos mezquinos y coleccionismos rapaces, a entender la convivencia social como un juego de sociedad, todo, acaso, excesivamente sublimado para la reticente retina contemporánea, del mismo modo que, ante los retratos que componen la Galería de

Catalanes Ilustres, un espectador de espíritu crítico relacionará, probablemente, las venerables barbas blanquecinas no tanto con el capitán Acab como con el protagonista de La Venganza de Don Mendo, somos conscientes, con todo, de las limitaciones de la imagen por nosotros esbozada, esencialmente literaria, de los defectos de que adolece desde un punto de vista científico, del carácter provisional de nuestras conclusiones, válidas, a lo sumo, en tanto no sea establecida una interpretación más definitiva y satisfactoria, una interpretación no idealista sino materialista, no metafísica sino dialéctica, esto es, una interpretación que, a diferencia de la presente, sea fruto de algo más que simples intuiciones y observaciones anecdóticas, superficiales e insuficientes, por muy basadas que estén en hechos tan ciertos como, por otra parte, realmente chocantes. Así, Florencio Rivas Fernández: un hombre de los que se han hecho a sí mismos, despierto, dinámico, perspicaz, ganador nato y, no obstante, apenas integrado en el medio social que le era propio, la alta burguesía barcelonesa. Y eso no por falta de peso económico ni menos aún por su particular tren de vida, casi exageradamente alto, como tampoco por sus condiciones personales más bien atractivas, su simpatía, su natural elegancia –y si no natural, asimilada con extraordinaria aptitud–, su aparente buen gusto y, en lo que cabe, hasta su relativamente cultivado espíritu. O mejor dicho: no por motivos económicos, profesionales o personales, pero sí por algo relacionado de algún modo –sobre todo formal– con todo ello, del modo en que se relaciona lo antagónico, el modo con que cualquier interlocutor sagaz adivinaba en él, contra cuanto podía esperarse de un industrial impresor que había llegado a donde había llegado, su indiferencia final por el dinero, esa especial indiferencia del jugador, en cuya pasión el dinero es sólo un medio y el juego el verdadero fin, o el modo en que, aun sin ostentaciones de mal gusto, se evidenciaba su despreocupada negativa a ligar reputación profesional y vida privada, a considerar, ni tan siquiera protocolariamente, la vida privada como prolongación o complemento de la reputación profesional. Un hombre así, es obvio, jamás podría ser plenamente integrado, en razón, sobre todo, de su misma resistencia a integrarse, tanto más cuanto que, en principio, la no integración carecía –o debiera haber carecido– de repercusiones en el normal desarrollo de sus actividades, en la mecánica del mundo de los negocios y sus leyes de solvencia y crédito. Lo de menos eran sus orígenes, o mejor, su historial, su trayectoria: de fracasado editor de ediciones populares de los clásicos a gerente y accionista mayoritario de una de las industrias gráficas más importantes de la ciudad, es decir, del país, todo de modo algo oscuro, durante los oscuros años cuarenta; realmente lo de menos. Lo importante era lo otro, bien demostrado quedó con los comentarios suscitados por las

circunstancias de su muerte: lo que en cualquier otro caso, en relación a cualquier otra persona, no hubiera sido considerado, en tanto que accidente, sino como casual y fortuito, fue aquí generalmente juzgado como consecuencia inevitable de una actitud moral, de una línea de conducta; temeridad, desprecio de forma, escándalo. Tenía que acabar así: un amanecer, chocando con una farola, ebrio sin duda, en compañías ni tan siquiera dudosas. Lo que ya sería más difícil de precisar es si, al igual que cuando un hombre que une su vida a la de una mujer con muchas horas de vuelo, el observador imparcial y distanciado no sabrá decir con exactitud si ha sido ella la que ha elegido, la que ha preferido ese hombre a sus amores de hasta entonces o, por el contrario, él ha sido el primero de la serie lo suficientemente cándido como para apechugar con ella, para cargar con el saldo, esto es, la víctima final de la enganchada, así, en el caso de Florencio Rivas Fernández, la duda –por demás estéril– residía en saber si su forma de vivir, especialmente en los últimos tiempos, fue la que le condujo al fatal accidente, o si fue el accidente la causa de que a posteriori se hiciera de dominio público su forma de vida de los últimos tiempos, que, de no haberse producido la desgracia, bien hubiera podido prolongarse indefinidamente.

El teléfono. Un sábado por la noche. Habían salido con Federico, Moragas y los Adolfos, y al dejar a Nuria, ante el portal, habían discutido con esa irritabilidad que a veces da el alcohol, pero cuando llegó a casa se encontró con que ella ya había llamado diciendo que la esperase, que pasaba a recogerle. Papá lo escrutaba con ojos desvelados, entre suspicaz y aprensivo. Parece que su padre ha sufrido un accidente, dijo. En el taxi Nuria le contó que las criadas la habían recibido llorando, diciendo que habían telefoneado del Clínico; su madre y sus hermanos se habían ido a pasar el fin de semana al campo. El enfermero de Urgencias dijo, sí, un accidente de automóvil; ¿son ustedes familiares? Y Nuria: ¿pero cómo está? Y el enfermero: aguarde, mujer, lo primero es saber dónde está. Y se puso a consultar una libreta y a marcar un número de teléfono y, aprovechando que Nuria encendía un cigarrillo, escribió una palabra y se la mostró disimuladamente a Raúl: muerto. Y dijo, pasen, hablarán con el interno. Era el mismo enfermero que luego dijo a Nuria, ¿quiere que se lo saque? ¿El qué? El anillo; saldrá con un poco de jabón. Rígor mortis.

Sin embargo, pese al continuo sonar del teléfono, al amontonamiento de telegramas y a la sucesión de visitas de condolencia que, a la vez que trastorno del tiempo, lo era también del espacio, del domicilio invadido de los Rivas, pronto se vio que había allí, con todo, un cierto trasfondo impropio del clima que habitualmente suele crearse en torno a un fallecimiento. Por debajo de

las consabidas expresiones de pésame y de exaltación de la figura del finado y de los vacuos tópicos acerca de los peligros del coche, todo el mundo recordando casos, contando descuidos, horrores, todos un poco como esa viuda que indaga en la vida de los demás por si descubre algún drama en el otro y puede establecer así un nexo de afinidad y comprensión mutua a partir de las respectivas desgracias, por debajo de todo aquello, se intuía más y más la tenebrosa trama de conjeturas y sospechas, bastaba tomar en consideración la misma ausencia de preguntas sobre las circunstancias del accidente y, sobre todo, el inquietante silencio que siguió a una de tantas frases anodinas: es que, hoy día, coger el coche es un verdadero suicidio. Inútil la bienintencionada salida del chistoso de turno: pronto ni podrás tener un accidente tranquilo. Raúl se escabulló al cuarto de baño, a fumarse un cigarrillo; en los bordes de la taza del retrete la loza estaba rayada en dos puntos, uno casi en el centro y el otro muy lateral, huellas residuales que, aunque cuidadosamente limpiadas, delataban la costumbre de uno o varios miembros de la familia de acuclillarse encima, tal vez alguno de los chicos o el propio señor Rivas. El domicilio del señor Rivas ocupaba el ático y el sobreático de unos cuantos pisos, de construcción relativamente reciente, añadidos al vuelo de un edificio modernista de la Rambla de Cataluña, un edificio de exterior horriblemente mutilado, truncada la cúpula y arrancado el grupo escultórico del portal, para disimular, sin duda, en un arrebato de racionalismo –y de rentabilidad– aquel bárbaro pegote de piedra artificial, muy años cincuenta, sobrepuesto a lo que fue armonía asimétrica.

Si la generalizada presunción de un suicidio fue la primera advertencia del ambiente reinante, rumor probablemente fundado en el hecho de que el señor Rivas había suscrito una póliza de seguro de vida muy elevada, del todo inhabitual en un hombre de su posición, que lógicamente ha de confiar más en la buena marcha de sus negocios que en los beneficios de su muerte, a la hora de pensar en el futuro de los hijos, fue Bellido, abrumado, casi lloriqueante, la persona a quien el mismo desarrollo de los acontecimientos, en virtud de su cargo de abogado de la familia, convirtió en heraldo de la catástrofe en ciernes: la más delicada situación económica de la empresa, la actitud más que reticente de los bancos, la posible infidelidad de algún empleado de la casa, la intransigencia de los acreedores, monolítica, maximalista, orquestada, se diría, por el mismo cerebro que había provocado tanto la reacción negativa de los bancos tras la muerte del señor Rivas como la defección de parte del personal hasta entonces considerado de confianza; la necesidad, en suma, de ir a una inmediata supensión de pagos que encubriera, por el momento, lo que bien pudiera acabar en verdadera quiebra. Y con la misma ansiedad y

angustia con que, como ante un temblor sísmico, el gobierno de una nación, legalmente constituido o simplemente instaurado en el poder, recibe las iniciales y confusas noticias de lo que más que como un motín se va configurando como golpe de estado, pronunciamiento de la academia militar, adhesión al alzamiento de guarniciones fronterizas y lejanas y de unos cuantos cuerpos especiales, conducta ambigua de la aviación y la propia policía, caída en poder de los sublevados de las emisoras de radio y el palacio presidencial, proclamas radiofónicas, comunicados de prensa, noticias contradictorias relativas a supuestas peticiones de asilo político, detenciones, juicios sumarísimos, ejecuciones, esa hora H en la que todo es irreal en la medida en que todavía incierto, aunque no tanto, por supuesto, como para que sea imposible no concluir que algo grave y hasta irremediable está sucediendo, así, la familia Rivas veía precipitarse los acontecimientos, con la impotencia fatalista con que esos gobiernos de países en vías de desarrollo o francamente subdesarrollados contemplan el violento final de su mandato, lejos, muy lejos, del sereno y solemne ritual sucesorio que, como en la muerte de tía Paquita, está previsto por las constituciones de las democracias tipo occidental, sea electivo o hereditario el nombramiento del Jefe del Estado, tras la defunción de la reina de algún país nórdico, por ejemplo. Y luego, la traición, el golpe bajo, la evidencia de que sólo una persona que en teoría gozaba de la suficiente confianza del señor Rivas como para tener acceso directo a su mesa de despacho podía haber puesto en circulación aquel fajo de fotos encontradas en un cajón –se decía– al clasificar papeles, aquellas fotos cuya existencia, en el plano abstracto de la murmuración, tomó finalmente cuerpo al ser depositadas, con solicitud hipócrita, sobre el bufete de Bellido, enfrentándole, sin duda con toda premeditación, a lo que un Bellido, como a la soga de un condenado, se sentía incapaz de plantar cara: el escándalo. Tanto más cuanto que la identidad de aquella putilla de ojos listos que posaba con alegría en diversas posturas fornicatorias –a gatas, de frente, con los pechos colgándole como a una cabra; a gatas y de espaldas, la cara vuelta hacia la cámara, sonriendo; a gatas y de perfil, acodada en el lecho, el trasero atractivamente destacado, etcétera– fue rápidamente establecida, y sus relaciones con el señor Rivas se revelaron como un secreto a voces entre el personal de la casa, la Mary, la misma mujer, indudablemente, que figuraba en las composiciones de primer plano, reconocible en sus detalles anatómicos pese a la proximidad del objetivo y al esquematismo de los elementos fotografiados, una boca, aquella boca, en trance de sorber simultáneamente dos erectos sexos masculinos, uno de ellos más oscuro, se diría que el de un negro; una mujer –el cabello le tapaba los ojos– entregada a la misma operación

con un solo sexo al tiempo que era penetrada por el otro; o, lo que es más curioso o llamativo, la mujer, la misma mujer, aparentemente penetrada por un hombre, penetrado a su vez, inequívocamente, por otro miembro viril, el oscuro. La Mary y el negro. Pero ¿y quién había sacado las fotos? Con todo, más trascendente que la personalidad de los componentes del trío era el esclarecimiento de la personalidad de quien ahora movía los hilos de cuanto estaba sucediendo y de las motivaciones que tenía para moverlos, para crear a los Rivas una situación tan dramática como la que había creado: un nombre, Plans, el industrial papelero, dato lo bastante concreto como para dar pie no ya a conjeturas calenturientas sino a desesperanzadas conclusiones. Y luego otro esclarecimiento: la clase de relación existente entre el señor y la señora Rivas, insospechada para las personas más próximas en razón de su misma proximidad, del mismo modo que son con frecuencia los familiares más inmediatos de un homosexual los últimos en enterarse de sus hábitos; insospechadas más que insospechables, de hecho, algo muy simple, el clásico arreglo conyugal de cuando es demasiado tarde y, aunque mejor que nunca, resulta obvio, por poca lucidez que se tenga, que ya no es posible rehacer ni enderezar nada, salvarse a lo sumo de las abyectas gratificaciones matrimoniales, de su ensañado cumplimiento, de sus licencias tanto más sórdidas cuanto más pasa el tiempo y se acrecientan los crujidos, canas, arrugas, dientes que se mueven y esfínteres que se aflojan, varices, hernias, hemorroides, pero, por encima de todo, el odio mutuo y la repugnancia y la agresividad que se intenta soterrar, en lo que cabe, con esta clase de arreglos. Y el golpe, el golpe bajo, consistía simplemente en que ese arreglo privado se hiciera noticia pública, y en que no sólo Bellido sino también doña Dulce y Nuria, ya que no los pequeños, lo supieran: que se había hecho noticia, con todos los atractivos de una crónica de sucesos. ¿Cómo se atreven a opinar?, diría Nuria. ¿Qué saben ellos de mi padre ni de mi madre y qué les importa el tipo de relaciones que tenían? Ellos, cornudos que van de putas, ¿cómo se atreven a echar la primera piedra? Mi padre hacía lo que le daba la gana y hacía bien. También mi madre tiene un amante: Amadeo García Fornells, lo sabía toda Barcelona, mi padre el primero. Todo estaba claro entre mi padre y mi madre, sin hipocresías, sin mierda. ¿Y eso es todo lo que les interesa? ¿Qué saben de él, de cómo era, de su capacidad de querer? La eficacia del golpe bajo, el objetivo logrado: minar la moral de la familia Rivas, destruir su seguridad, hacer centrar su atención en el problema del buen nombre con el fin de distraerla del problema de fondo, sin duda esencialmente económico, conseguir que, más que la raíz de este problema y las soluciones posibles, preocuparan a los Rivas las reacciones del medio ambiente, que les hiriese y exasperase, por ejemplo, la incongruencia

de la gente al rumorear, por una parte, que el accidente parecía ser un suicidio y, por otra, que el señor Rivas, cuando ese accidente se produjo, iba acompañado de amistades inconfesables, cuya presencia había sido escamoteada. Raúl lo adivinó el mismo día del entierro: para alguno de los allí presentes todo aquello no era más que una espera, la pausa que precede al gesto de poner las cartas boca arriba; que terminaran de enterrar al muerto, que a eso habían venido. Y, si no adivinar, sí al menos algo debió presentir la viuda Rivas en el transcurso de la ceremonia, serena y llorosa, sincera e insincera, ilesa y abatida, con la obnubilación y el desamparo que pueden resultar tanto del dolor más profundo como de esa especie de atontamiento culpable –los rasgos borrosos, aflojados– que en la mujer suele seguir, delatoramente, a varias horas de intenso placer carnal, confusa, estupefacta, en su papel de viuda, más que pálida casi translúcida entre los velos negros, con la suficiente intuición residual, no obstante, como para presentir algo, si bien, como el dilapidador que agobiado por las facturas, las letras, los vencimientos, se empeña todavía en buscar una explicación superior a su falta de fondos –un error, un extravío, una estafa, la mala suerte– resistiéndose a aceptar el dato escueto de que ha gastado más de lo que podía gastar, con la misma inocencia, no atinara acaso doña Dulce a explicarse en qué podía fundar ese presentimiento. Imposible concretar nada con ella ni entonces ni en los días sucesivos, según se desarrollaban los acontecimientos, demasiado anulada para aportar no ya ideas o precisiones de cualquier género sino ni tan siquiera un parecer, a las catastróficas previsiones de Bellido, un abogado apto, tal vez, para gestiones y papeleos de rutina, pero no para enfrentarse a una situación como la presente, caracterizada por la celeridad y contundencia conque en estos casos se suceden los hechos: la interrupción por parte de los bancos, pretextando el carácter eminentemente personal de la empresa, de toda clase de crédito y descuento tras la desaparición del señor Rivas; la declaración de suspensión de pagos; la desaparición o, cuando menos, no localización de documentos importantes junto con el papel evasivo, casi de boicot descarado, asumido por más de un alto empleado de la casa; la denuncia de quiebra, de que el pasivo de la sociedad era mayor que el activo; la convocatoria de reuniones y asambleas encaminadas a la constitución de un consejo de acreedores; la mano de Plans, el industrial papelero, detrás de todo aquello, su evidente voluntad, en su condición de accionista minoritario y acreedor principal, de hacerse a precio de saldo con la sociedad para volver a remontarla cuando estuviera bajo su control absoluto. Y Bellido, sabiéndose superado, sabía también sin duda de antemano, como el sargento que en plena acción se queda sin oficiales superiores, que no podía esperar ayuda

alguna exterior, que la sugerencia tan balbuceante y atropelladamente expuesta –en exceso para ser una ocurrencia natural– de recurrir a la ayuda de Amadeo, como en modo alguno desprovista de buen sentido, esa sugerencia expuesta con tanta esperanza en su trascendencia, caso de ser aceptada, como desesperanzada de que así sucediera, de que fuera acogida de otro modo del que fue acogida, con el silencio de doña Dulce y la negativa cerrada de Nuria. Nadie allí parecía capaz de proponer una solución intermedia entre la negociación claudicante y el combate numantino que, por ajustarse al terreno elegido por el papelero Plans, suponía a todas luces jugar su juego.

La facilidad con que el hombre de negocios, en el transcurso de una discusión acalorada, puede constituirse en gánsgter o policía, especialmente cuando son varios los que participan en el acoso verbal y se potencian sus ataques a la parte contraria, un deudor moroso, por ejemplo, o un proveedor informal o cualquier otra persona a la que el carácter de la relación comercial le coloca en posición subalterna, de modo que sólo la falta del adecuado cauce o respaldo legal –por negligencia o escrúpulos del legislador– impide que, manos a la obra, pasen directamente a la aplicación del tercer grado; sí, para el pobre Bellido, los primeros escarceos con los hombres de Plans debieron significar una dura prueba. No obstante, cuando Raúl empezó a asistir en su compañía a las entrevistas con la representación legal de los acreedores, más como respaldo moral que por considerarse de alguna utilidad, el tono de éstas no tenía ya el carácter que, de creer a Bellido, había tenido inicialmente, cuando se encontró encerrado en aquellas mismas oficinas, entre una serie de individuos que se agrupaban con el aire resuelto que suele adoptar parte del público al salir del boxeo, como matones en camino de dar un escarmiento a alguien, espoleándose mutuamente con brutales sarcasmos. Bien porque hubieran calado a Bellido, bien porque consideraran que el tiempo trabajaba a su favor y juzgaran cada vez más firme su posición, lo cierto es que ahora parecían estar de acuerdo en adoptar la actitud desahogada y la calma afable del que se sabe en posesión de la llave precisa para cerrar el trato y, en consecuencia, eximido, si le place, de guardar las formas, de resultar simpático, libre de quedar como un caballero o como un canalla. Sobre la marcha, por otra parte, se puso aún más de manifiesto la verdadera talla de Bellido, su escaso fuste para esa clase de lides; como quien prefiere aguardar a que pase un taxi en la esquina de una calle de improbable tránsito a tener que disputar con otros acechantes el derecho de prioridad en el cruce de dos grandes avenidas, así Bellido parecía preferir tratar las propuestas –o mejor, condiciones– de los acreedores como si formaran parte de un negocio normal, aunque no enteramente favorable, a tener que considerarlo como una maniobra sucia, como –pura y simplemente–

una marranada, cosa que le hubiera obligado a un comportamiento para el que no estaba hecho, él, Bellido, un ser meticuloso y ordenado, muy trabajador, introducido y comúnmente apreciado en Hacienda, Juzgados, Registros, notarías y oficinas públicas en general, pero siempre a nivel de ujieres, de secretarios, de pasantes, el tipo de persona menos indicado para medirse con hombres de presa como los de Plans, habituados a actuar no ya conforme al principio del que pega primero sino, más bien, al de quien pega el último. Raúl, a su vez, tan bruscamente convertido en abogado en ejercicio, no se sentía con una seguridad superior a la del obrero de la construcción que, de regreso a casa, atraviesa un barrio residencial de la ciudad, impuesto, más aún, sobrecogido, por aquel ambiente suntuoso y reposado y, sobre todo, por el paso elástico y decidido de unas mujeres que no parecen esperar ni temer las expresiones obscenas que él, en cualquier caso, tampoco se hubiera atrevido a dirigirles; así, como con una mano delante y otra detrás, pese a todo su bagaje no ya jurídico sino intelectual, se sentía Raúl entre aquella gente. Lo del abrigo era sólo un elemento más, un detalle –el apaño– que no podía haber escapado a la perspicacia de ninguno de los presentes, algo que, de caer a tiempo en la cuenta, Raúl hubiera podido evitar presentándose sin abrigo y aludiendo, como de pasada, a una caprichosa manía a los abrigos, si bien, para no colocarse todavía más en evidencia, debiera haber tenido asimismo preparada una excusa cualquiera –cosas que hacer por allí cerca, una visita, otra entrevista– para que a la salida no se le preguntara como se le preguntó, dada la crudeza del tiempo, que dónde había dejado el coche, obligándole a admitir, pillado por sorpresa, que no tenía coche, que iba a tomar un taxi, dando pie con ello para que los representantes de la otra parte, los hombres de Plans, triunfales, se ofrecieran a llevarle hasta su casa; lo realmente importante no era eso sino algo mucho más general, la falta de convicción respecto al papel que le correspondía en todo aquello, la escasa confianza en la eficacia de su actuación y hasta en la mera impresión que durante cada entrevista pudiera causar a la gente de Plans, cada vez, al acabar, con la desazón de quien al relatarnos un incidente cualquiera, un diálogo, una disputa, da cuenta de sus palabras diciendo no tanto lo que dijo como lo que, ya todo pasado, meditado, reconstruido, piensa que estaría bien que hubiera dicho pero que no dijo, la respuesta brillante que la situación requería y que no llegó a dar, rápida en la oportunidad y pausada y diáfana en la exposición. Y sin embargo casi sería posible asegurar que, a la larga, las intervenciones de Raúl, si tuvieron algún signo, fueron antes positivas que negativas, en razón de la extrañeza, desorientación y hasta inquietud que producían en los hombres de Plans, por lo inhabituales en la clase de tratos a los que estaban acostumbrados: su

cortesía, por ejemplo, en cierto modo impropia de las circunstancias, o su tendencia a hacer preguntas cuya respuesta le tenía en realidad sin cuidado, más característica de un departamento de tren que de una discusión de negocios, fruto, sin duda, de una marginalidad hacia todo ello, de un informulado rechazo del problema que le hacía retrasar en lo posible la entrada en materia, no tanto por cobardía como por repugnancia o vergüenza, no como el reo en capilla que evita pensar en el brillo azul de los fusiles sino más bien como aquel que rehúye el recuerdo de una experiencia sexual bochornosa; de ahí la reacción de los hombres de Plans, impaciente –la impaciencia que en una joven puede provocar la conducta del muchacho que la ronda tiempo y tiempo sin hablar más que de cine o de novelas– a la vez que desconfiada, la misma clase de desconfianza que en una mesa de juego despierta la sangre fría con que el jugador desconocido acoge su inicial racha de pérdidas, el temor de los otros de hallarse en presencia de un profesional que tras soltar cuerda acabará limpiándolos a todos, reacción que muy posiblemente contribuyó de un modo decisivo a que se precipitaran los acontecimientos. Era como si, por incomodidad más que por prisas, hubieran decidido que el asunto estaba ya lo bastante maduro para que fuera necesario seguir entrecruzando propuestas y contrapropuestas, que habían llegado al punto más delicado de toda negociación, el momento de concretar y ajustar, de amarrar de una vez la cosa cuando al margen de lo que se diga o deje de decir, cada parte sabe ya a qué atenerse respecto a la otra, no te queda otro remedio, majo, no es verdad que te hayan hecho otra oferta y sabes que lo sé, y el otro lo sabe y sólo espera que su contrincante no sepa también que, aun siendo unas condiciones más duras que las que inicialmente creía llegar a conseguir, firmaría incluso aunque fueran todavía menos favorables con tal de terminar de una vez, de romper de una vez la tensión que produce lo que está por caer; y con todo, aun a sabiendas de lo que se avecina –igual que cuando, en la guerra de trincheras, para salir del impasse de las líneas estabilizadas, una súbita concentración de fuego anuncia la inminencia del ataque a la bayoneta–, temiendo el instante decisivo, el del bajón, la boca entreabierta, los ojos fijos, adivinando por la en apariencia indiferente expresión del otro lo que iba a decir aun antes de que lo dijera, de que lo pronunciara: el ultimátum. La cantidad justa, esto es, lo justo para que, dadas las circunstancias, sea aceptada, ya que, por mucho que se pierda, más se perdería no aceptando y, en todo caso, ni que decir tiene, usted, como asesor legal, y usted, joven, como intermediario, representante o lo que sea, también tendrá su trozo de butifarra, de eso no se preocupen, que al fin y al cabo se trata de una compra y donde hay compra hay comisión. Eso sí, nos interesa saber su respuesta antes del próximo martes, el señor Rodríguez (¿no

era antes el malo?) ha conseguido que el señor Vilá (¿no era antes el bueno?) convenza al señor Plans que espere hasta entonces; parece que el señor Plans tiene cada día menos ganas de cargar con un asunto como éste, digamos tan confuso, tan poco simpático, pero el señor Vilá ha podido convencerle de que ya no viene de una semana, aunque el señor Plans dice que preferiría invertir en otro asunto que se trae entre manos, una verdadera ocasión según parece, y dejar que lo de la quiebra siga su curso legal, que bastante tiempo y dinero lleva ya perdidos el señor Plans con lo de las Gráficas Rivas. Ya está: el trágala perro, el toma del frasco; a encajar. Y Bellido, en una tentativa de ganar tiempo, de justificar, al menos formalmente, el hecho de no rechazar de plano una propuesta que, de acuerdo con sus condiciones mínimas, era de todo punto inaceptable, a poner un poco de vaselina a la cosa, en fin, lo estudiaremos, la señora Rivas, vamos, la viuda Rivas –un poco de dramatismo– tiene la última palabra, y en su situación, una viuda; y los otros, la gente de Plans, claro, claro –también vaselina–, pero usted ya sabe que más valen mil pesetas en determinados momentos que un millón en otros, usted ya sabe, por vaselina no quedará la cosa. El doble error cometido por la gente de Plans: por una parte la precipitación, apretar los tornillos demasiado y demasiado pronto, como secuestradores que, una vez cobrado el rescate, se vuelven sonrientes hacia el pequeño cuerpo del delito, atado a una silla y amordazado, diciendo, y ahora ¡a pelarlo!, sin haberse cerciorado previamente de que no están rodeados por la policía; por otra, falta de decisión o tal vez de cálculo, no pegar en caliente una vez descubierto su juego, dar una semana de plazo en lugar de veinticuatro horas, no pensar que la parte contraria pudiese en ese tiempo empezar a jugar un juego distinto al suyo; en una palabra, dormirse, dormirse como el seductor que promete a la joven víctima una vida de felicidad en su compañía y, realizado el estupro, mientras ella se cobija en sus brazos, él fuma un cigarrillo pensando en la forma más expeditiva de liquidar la ya fastidiosa historia, lejos de imaginar todavía que el desenlace más probable de esa historia sea una boda. De ahí que hasta el propio Bellido se atreviera a insistir de nuevo en la necesidad de ver de recurrir a otras armas, y que hasta la propia Nuria aceptase la conveniencia de consultar con Amadeo, de ponerlo al corriente de la situación.

La entrevista fue amable y concisa, casi protocolaria, ya que si algo parecía evidente era que Amadeo precisaba bien poco ser puesto al corriente de nada, por más que escuchara con atención las explicaciones de Bellido y que más de una vez pidiera el parecer de Raúl sobre cualquier detalle; pero la ambigüedad residía sobre todo en lo que no se nombraba: doña Dulce. Y también, acaso, en la no lo bastante encubierta curiosidad con que Amadeo parecía considerar a

Raúl, curiosidad hasta cierto punto lógica, tratándose del amante de la hija mayor de su amante, y acaso incrementada por el rojo halo de comunista que para los Rivas debía emanar la personalidad de Raúl; de hecho fue a él y no a Bellido a quien se dirigió cuando dijo: llámeme mañana. Yo soy de los que nunca deciden sin consultarlo con la almohada; la mejor pitonisa, créame. Más ágil intelectual y hasta físicamente, más joven, más despierto, más cínico también, de lo que Raúl había imaginado. Bastaba con una entrevista como aquella para comprender que Bellido no andaba desencaminado en su empeño, que si alguien podía aún salvar a los Rivas de la ruina, ese alguien era precisamente Amadeo García Fornells; sin embargo, sólo después, ya en la calle, gracias al cambio de humor que suele propiciar toda sensación de alivio, pudo empezar a divertirle la idea de que venía de adentrarse en los dominios de la oligarquía monopolista de un modo real y no desde un plano puramente teórico y especulativo. Por teléfono, la voz de Amadeo era, si cabe, todavía más convincente: he estado sopesando los diversos aspectos del problema, dijo. Y puestos a buscar un profesional capaz de encargarse del asunto con las máximas garantías de responsabilidad, creo que vale la pena elegir el mejor especialista en la materia, Espada, a mi entender, gran abogado, además de gran persona y de gran amigo, un verdadero primera espada; así es que me he tomado la libertad de concertarles una entrevista para mañana. Gestación del contragolpe: toma de contacto con Primera Espada, nueva recapitulación, sin que Primera Espada se preocupara siquiera en disimular hasta qué punto estaba ya en antecedentes, demasiado ocupado, sin duda, para andarse con rodeos. Primera Espada acepta encargarse del caso o, mejor, no oculta que lo había aceptado de antemano, basta que me lo pida el señor García Fornells. Raúl y Bellido convienen nuevas citas con Primera Espada, no tanto porque su colaboración sea precisa como para estar al corriente de la marcha del plan anti-Plans, el atribulado Bellido cada vez menos atribulado, de nuevo a sus anchas en su papel subordinado, en su modesto puesto de auxiliar o gestor concienzudo. Hipótesis de trabajo: Plans ha socavado la confianza de los bancos en el porvenir de Gráficas Rivas, S. A., para provocar la suspensión de pagos y hacerse cargo del activo y el pasivo de la sociedad a precio de saldo. Estrategia de Primera Espada: actuar de forma paralela y por la vía rápida, sin dar tiempo a que las cosas lleguen a lo judicial, haciendo abortar la junta de acreedores antes de que llegue a constituirse oficialmente. Método: lograr, por una parte, que los bancos concedan un nuevo margen de confianza a Gráficas Rivas, S. A.; si es necesario, mediante una ampliación de capital que, estoy convencido, no tendríamos problema en cubrir; por otra, simultáneamente –he realizado mis investigaciones al respecto–, hacerle ver a Plans que la

situación de su papelera no es precisamente desahogada si se encuentra a su vez con que los bancos le limitan el descuento, por no hablar ya de restricciones de crédito, salvo, claro está, que también lo creyéramos aconsejable. Resumiendo: que Plans comprenda que no está en condiciones de hacerse cargo de nada. Finta realmente digna de un primera espada, aun admitiendo que su fuerza residía no tanto en la propia destreza como en la sombra tutelar de Amadeo, sin cuyo respaldo todo ingenio hubiera resultado vano. Ahora bien: para Raúl todo aquello no podía dejar de tener algo de traumático; pese a su bagaje ideológico, pese a su perfecta comprensión de que el presumible triunfo de Amadeo sobre Plans representaba una vez más, reducido a esquema, a ejemplo altamente ilustrativo, el triunfo de la oligarquía sobre la burguesía no monopolista, era inevitable que Raúl cobrara conciencia de que, a semejanza de su abrigo de colegial en un guardarropa, así de desplazada resultaba la imagen que de casos como el presente pudiera tener quien no los conociera más que a través de las asignaturas estudiadas en la Facultad, del mismo modo que la doméstica que opta por entregarse a la prostitución, por poco habituada que esté al potente tropismo de las grandes habichuelas rosadas y a las distintas maneras de incorporarse un miembro, se familiariza no sin torpeza con el argot de sus compañeras y las exigencias de los clientes –bollos, flagelaciones, penetraciones posteriores– en virtud, sobre todo, del tiempo que lleva ajustar las nuevas claves y revelaciones a la realidad aparente en la que hasta entonces se había desenvuelto, el medio al que estaba acostumbrada, la casa donde servía, los señores, las amistades que frecuentaban, cuyos hábitos y comportamiento adquieren un significado totalmente nuevo a la luz de sus experiencias actuales.

En el cementerio, cuando el responso, el cura no quiso que finalizara el acto sin dirigir unas palabras a los presentes, un viejo clérigo amigo de la familia que, como explicó entre balbuceos, con fuerte acento catalán, había bautizado a Florencio con las mismas manos con que ahora bendecía su ataúd, y se refirió al Enemigo, a la cruzada contra Santanás, aquel Tentador que, gracias a la caída de nuestros primeros padres, consiguió someter el género humano al pecado, a la amenaza de la condenación eterna, a la verdadera muerte, la muerte del alma, respecto a la cual, la muerte del cuerpo era sólo un pálido reflejo, esta muerte que tan violentamente había golpeado el cuerpo pero no el alma del siervo del Señor Florencio Rivas Fernández, amigo entrañable y cristiano ejemplar, igual que si, como por despecho, el Demonio se hubiera complacido en hacerle morir en vísperas, como quien dice, del nacimiento del Niño Dios y de su gloriosa Epifanía, sustrayéndole al júbilo de las fiestas con que la humanidad entera celebra y conmemora la aparición de aquella

pequeña estrella que desde el cielo de Belén había de proclamar la Redención del hombre. Fue también aquel viejo clérigo el responsable –días más tarde– del solemne ceremonial de los funerales, de aquella interminable misa oficiada por él, entre otros dos sacerdotes no menos ancianos, y comentada por algún diácono mediante un micrófono, se extienden las manos, el cuerpo se curva, los ojos se clavan en el cielo y los labios tocan el altar, lecho de Cristo, en un beso de adoración; adorar, etimológicamente, quiere decir llevar a la boca aquello que se venera y, en griego, venerar, proskunien, es besar inclinándose. Varias personas comulgaron, papá entre ellas, y Raúl permaneció sentado en el banco igual que cuando, en el colegio, tenía que dejar paso a los que se levantaban para ir o regresaban con los ojos entrecerrados y las manos juntas, el mismo olor de entonces, como a billetes, el vaho propio de los reclinatorios, de los devocionarios, de las alfombrillas de los internos, mientras él pensaba, me quedan diecisiete misas, me quedan diez, me quedan siete. Irás a comulgar con los ojos bajos, las manos juntas o cruzadas sobre el pecho, con devoción y modestia, haciendo actos de fe, de dolor, de esperanza, etcétera. Al comulgar tendrás la cabeza recta y, puesta la punta de la lengua sobre el labio inferior, recibirás con modestia y devoción la Sagrada Forma, que procurarás pasarla cuanto antes. Finalmente, recogido en tu puesto, de rodillas, piensa, medita, reflexiona, qué has hecho, a Quién has recibido, cómo le debes agradecer tan inmenso beneficio. Por lo que respecta al ayuno eucarístico, la regla es de tres horas para los alimentos sólidos y de una hora para las bebidas. El agua no rompe el ayuno, pero es preferible abstenerse también de ella. Y Gomis, con perfeccionismo hipócrita y prurito mimoso, propio de quien, más que interesado en el estricto reglamento de las reglas, lo está en dejar constancia de su piadosa conducta, levantó una mano y preguntó: ¿y la saliva, se puede tragar?

Volvió a casa con papá, en autobús; hacía tiempo que no tomaba el autobús, y mucho más –años– que no lo hacía en compañía de papá. Soplaba la brisa, negra, estremecida. ¿Para qué quieres un taxi?, dijo papá. El autobús es lo más cómodo. Contó la calderilla de la vuelta con parsimonia, perfectamente aplomado en la plataforma trasera, pese a la relativa brusquedad de la marcha; antes de sentarse, quitándose el sombrero, saludó a la esposa de un conocido. Sentado justo delante había otro de aquellos conocidos, vagamente vecinos, gente que desde hacía años tomaba el autobús aproximadamente a la misma hora y bajaban en la misma parada; durante el trayecto, papá y el otro, vuelto a medias, hablaron de eso, de los años que llevaban utilizando la misma línea, primero el tranvía y ahora el autobús, antes de que se edificara tanto, cuando el barrio era sólo de chalets y los pasajeros que llegaban a las últimas paradas se conocían de vista, y no

había apretujones y la gente era más educada, aunque, pese a todo, el autobús seguía siendo lo mejor, sin los problemas y preocupaciones del coche, con tanto tránsito, y los peligros, cada vez peor, precisamente venimos de enterrar a un íntimo amigo que se ha matado con el coche, ya ve usted. Del Paseo de la Bonanova para abajo se había desarrollado un barrio nuevo, densamente edificado, en todo a tono con ese aire emprendedor y optimista propio de los jóvenes matrimonios que lo habitaban, y lo que tiempo atrás fue paisaje de descampados y solares yermos, era ahora una clásica composición de clase media, tan decorosa como monótona, aceras apacibles, pequeños comercios, automóviles utilitarios, chachas de compras, mamás con sus pequeños y sus cochecitos y sus aparatosos embarazos; la parte alta del Paseo tampoco se había salvado de una progresiva transformación, aun y conservando entre reformas y demoliciones su ambiente ajardinado, villas convertidas en clínicas, colegios, parvularios, chalets remodelados, ampliados en superficie y altura hasta el límite autorizado por las ordenanzas municipales, compartimentados, subdivididos en apartamentos, pero esto es un error, es mejor aguantar hasta que cambien las ordenanzas municipales –que tarde o temprano han de cambiarlas– y puedas edificar la totalidad del terreno, y entonces, sin problemas de inquilinos, figúrate; yo no lo veré pero tú sí, y aunque no tengamos mucho jardín, un solar de casi treinta mil palmos con quince metros de fachada, pon que te lo paguen a doscientas el palmo, figúrate tú, una porción de pesetas. La verja herrumbrosa y chirriante, el jardín anárquico, desbaratado, las flores baratas y entremezcladas, como de barriada, las persianas desteñidas, las delicadezas de hierro de los balcones, sus churretes de herrumbre, fachada abajo, descolgándose por las airosas molduras de las cornisas, por las guirnaldas y los festones y los encintados florales, casi hasta los zócalos hinchados y desconchados por la humedad. Papá aguardó junto a la puerta de la verja a que Raúl cerrara, y luego le siguió por el jardín, algo rezagado. Un hombre en la plenitud de sus facultades, dijo. La pobre Paquita, en cambio; para ella fue casi una liberación. Era la mayor. Ahora el mayor soy yo. Como aislados en la atmósfera encapotada y opaca, llegaban los martillazos de alguna obra próxima. Limpió con cuidado sus zapatos en la estera de la entrada. Parece que su empresa tenía dificultades económicas y que ahora todos se echan encima de la pobre viuda. La ingratitud humana; yo sé bien lo que es desde el descalabro de la Anónima. La reiteración estática de sus pisadas, en la estera, el crisol de ámbares de sus ojos como interrogándole, atónitos, inocentes, resignados, con el fatalismo por ejemplo, con que el cliente recibe una vez más la dolorosa confirmación de que sólo antes de pagar se es digno de respeto, cuando, realizada la compra, se dirige al

vendedor, hasta entonces a su entera disposición y ahora a la de otro comprador, en solicitud de una última puntualización relativa al objeto adquirido, para sólo tropezarse con destempladas réplicas y sardónicas maneras, cuyo significado, tan implícito como ostensible, no es otro que el de si quiere más cortesía, compre más.

Evidentemente, la situación económica de los Rivas preocupaba a papá no sólo por la familia en sí, por el cariño y simpatía que pudiera tener por Nuria, sino, sobre todo, por Raúl, ya que, si bien nunca había hecho preguntas relativas al carácter de las relaciones existentes entre Raúl y Nuria, tal vez porque, aunque todavía inanunciado, consideraba obvio el compromiso y, en consecuencia, por más que por razones de tacto juzgara preferible no darse por enterado, estaba claro que no dejaba de ver con aprensión el porvenir de Raúl junto a una mujer que, contra lo previsto, nada pudiese aportar, acaso, a la unión. El resto de circunstancias que rodeaban la muerte del señor Rivas, en cambio, parecía ignorarlo por completo, muy probablemente porque, como con un niño al que hay que mantener al margen de ciertos detalles, nadie se hubiera atrevido a hacerle partícipe de los rumores en curso. ¿Y qué, qué perspectivas hay?, preguntó a Nuria el domingo, durante la comida. Y Raúl: ¿qué perspectivas quieres que haya?; deliberadamente, como si la víspera no hubiera sido puesto en marcha, o al menos establecido, el plan de Primera Espada. Estaba de mal humor, lo estaba ya al despertar, con resaca y mal de cuerpo, y ni el vuelco que había dado el asunto de Gráficas Rivas, S. A., la tarde anterior, con la simple exposición del plan anti-Plans de Primera Espada, vuelco a cuya luz la decisiva entrevista del próximo martes con la gente del papelero aparecía como algo muy distinto de lo que la otra parte debía estar imaginando, lo cual no hacía sino intensificar la satisfacción de rechazar de plano con cuidada indiferencia, no ya su ultimátum sino incluso la necesidad de proseguir las conversaciones, dejándoles perplejos, incrédulos, sin capacidad de reaccionar, posiblemente, ante lo que no podía parecerles sino como resultado de la locura ajena, cuando no la propia; ni el vuelco, ni la subsiguiente salida nocturna con Adolfo y Aurora y Federico y Pluto y Maricoña, su eufórico deambular por el Barrio Chino hasta la madrugada, ni luego, el rato –¿cuánto?– pasado con Nuria, entregados por entero a la destilación erótica, al placer licuante, nada de eso le parecía ahora motivo suficiente para sentirse, no ya contento de sí mismo, sino simplemente contento, datos fútiles y hasta fuera de lugar ante el oscuro panorama del día, la comida con papá y Nuria, la visita a casa de Leo, el sombrío desamparo de una tarde de domingo y, sobre todo y de un modo más general, ante la cruel entidad de lo incuestionable: se estaba ligando cada vez más a una mujer a la que no quería, era abogado y le disgustaba serlo, quería escribir y no podía escribir, y no

tenía dinero, y no podía hablar de nada de eso con nadie, con Nuria, con Federico, con Aurora, con Adolfo, con Leo, con Fortuny, no podía, o mejor, no quería, le aburrían y cansaban y deprimían y no tenía nada que decirles. Pero así como en papá la preocupación por el futuro económico de los Rivas y sus posibles consecuencias no afectó para nada el calor de su trato con Nuria o, si lo afectó de alguna manera, el resultado no fue otro que el de un aumento de atenciones para con ella, en Eloísa, por el contrario, como si en la racha de adversidad abatida sobre la familia Rivas hubiera encontrado una especie de sanción oficial a su actitud de hostilidad hacia Nuria, los acontecimientos de las últimas semanas habían acentuado, si cabe, su irreprimible recurso a los feos, las puyas, los desplantes. Después de comer, mientras papá se retiraba a hacer la siesta, Nuria, en uno de sus reiterados empeños por ganarse la buena voluntad de Eloísa, contraproducentes en la medida en que más bien estimulaban en ella la conciencia de dominio del que se sabe solicitado, se fue a darle charleta, a interesarse por la marcha del ajuar de la muñeca que estaba confeccionando para la hija de su sobrino, etcétera, y Eloísa, con malignidad radiante, debió mostrárselo, perfectamente sabedora de que a Nuria no podía habérsele escapado el detalle de que, por el contrario, la muñeca que tan inútilmente había regalado a Eloísa tiempo atrás, seguía intacta en su caja, exactamente donde Nuria la había dejado, sobre una pequeña consola de la salita. ¿Qué dice?, oía Raúl. ¿Que hace mal tiempo? Pues esta mañana bien ha llegado a salir el sol. Quien se levanta tarde se pierde muchas cosas, ya se sabe. Eloísa, tiránica, triunfando por procedimientos tan simples como el de fingir no entender las palabras de la otra y hacérselas repetir, lastrando así, implacablemente, su espontaneidad, o bien haciéndole concretar el sentido de expresiones de significado evidente, o aun, en última instancia, adoptando una postura puramente negativa, cerrándose de banda a cuantas aseveraciones pudiera hacer la otra, por indiscutibles que fueran. Y todo ello, conforme a una reacción que sería muy equivocado interpretar como simple voluntad de zaherir, dado que se trataba, fundamentalmente, de dejar bien sentada una situación de primacía, de modo semejante a como, en el niño, el acto de volver a tirar un cenicero, por ejemplo, hay que entenderlo, no tanto como actitud desafiante, puro espíritu de contradicción o empecinada tozudez, cuanto, de una manera más abstracta, como manifestación de esclarecer si la respuesta punitiva de los adultos sigue obligadamente al acto de tirar el cenicero, o si es más bien de naturaleza casual y arbitraria.

En el supuesto de que el objetivo de la obstinación de Nuria respecto a Eloísa no fuera otro que el de ganar posiciones, a fuerza de constancia, entre la gente que de un modo u otro formaba parte de la

vida de Raúl, el hábito por ella establecido de seguir acudiendo de vez en cuando a casa de Leo respondía, en cambio, más probablemente, a una –aunque más modesta no menos inútil– tentativa de afianzamiento, de fijar el pasado, de permanecer fiel a las personas, lugares y costumbres de cuando Raúl y ella se conocieron, de conservar vivos cuantos elementos pudieran representar un nexo de unión entre ambos, de convertirlos en aliados, aun a costa de negar el deterioro y la artificialidad de unas visitas idénticas a sí mismas como la misa dominical y, como ésta, penosas en su reincidencia. Leo y su novia y su hermana y el viejo con su soliloquio y Juan con sus exabruptos, cortes que, a modo de un contrapunto, el viejo parecía incorporar sobre la marcha a la marcha de su discurso, absorto en la exposición de sus concepciones como ese hombre que, aunque atosigado por la vida –la familia, los negocios, la competencia, en fin, atosigado–, a veces, no obstante, vislumbra algo grande en el mundo, en el cielo que escampa sobre la ciudad después de la lluvia, por ejemplo, o en una marina holandesa del XVIII, o en un libro que no acaba de entender, pero que sin duda dice algo grande, algo grande que él quisiera expresar y de hecho intenta expresar, expresar a los amigos todo eso que vislumbra, a los clientes, a los colaboradores y subordinados, palabras que se le escapan, claridades conceptuales que se ofuscan en el momento de asirlas, balbuceos, gesticulaciones, bronquedades enfáticas que –los ojos saltones, la boca inhalante–, poco a poco, irreparablemente, le van definiendo, en círculos cada vez más amplios de su medio ambiente, como el clásico pesado que hay que rehuir a toda costa, el plomo, el pelma, el rollo, el ladrillo. Pero si Nuria tenía razón al decir que, a fin de cuentas, el padre de Leo siempre había sido sustancialmente un rollista reconocido, clichado por todos, no dejaba de ser objetable, en cambio, la necesidad de seguir soportando el efecto acumulativo de sus digresiones, opresivamente concéntricas, de ámbito reducido con los años, como una salsa espesada a fuerza de vueltas de la mano del mortero. Y, más objetable todavía, la utilidad de poner a prueba en circunstancias tan desfavorables, la incómoda relación con Leo, de reactualizar cada vez su progresivo distanciamiento, muy superior –y de otro signo– al de cuando todavía estaba en la Modelo, antes del juicio, y Raúl y Nuria le iban a visitar un día por semana, adentrándose, precedidos por los guardianes, en aquella sucesión de pasillos y puertas que volvían a cerrarse, todo oliendo, como los interiores del colegio, a refectorio, a fregadero, y en el locutorio, al otro lado de la doble reja, aparecía Leo, y hablaban casi sin saber de qué, cohibidos como en el andén de una estación; mayor cada vez, como cada vez se ponía de manifiesto, desde que salió de Burgos, cuando, desfasado por el tiempo transcurrido o acaso inadaptado aún a la libertad, podían hablar, no

obstante, casi como hablaban antes, nadie con miedo a ser mal interpretado, como aquella mañana en la que, justamente, les habló de su padre, algo congestionado por los vermuts y el sol que daba en la terraza del bar, no sé qué le pasa, se ha vuelto insoportable, llego a casa y me lo encuentro derrumbado en un sillón, y dice tantas veces que está cansado que llega a contagiarme. Me pone enfermo, no habla más que de jubilarse, de que ya tiene la edad del retiro, que el primer deber de un hijo es para con su padre, que me ve tan poco como cuando estaba en la cárcel, que se siente solo, que ahora que es viejo se encuentra sin la alegría de un hogar. Ya antes de la cárcel me quiso colocar de pasante en casa de un abogado de cuarta amigo suyo, un comunista de toda la vida al que las circunstancias de la vida –como él dice– le han obligado a abandonar la lucha, una especie de chorizo; y ahora me habla de otro amigo que tiene un vivero de mejillones. Supongo que quisiera que trabajase con él, que me casara con alguna mujer hacendosa, que tuviera hijos. Yo, no mi hermana; los de mi hermana no llevan su apellido, y además dice que mi hermana se parece a mi madre y yo a él. Yo creo que por eso nunca le ha hecho demasiado caso, porque le debe recordar a mi madre, y a mi madre nunca le hizo caso. Y a los hijos de mi hermana no los ve más que un par de veces al año, y no quiere que ella venga a hacer limpieza entre semana ni a poner orden, dice que Teresa lo hace mejor. Y no es que lo haga mejor, es que lo hace todo; mi padre toma las medidas a los clientes y va a derrumbarse al sillón, y es ella la que corta, la que cose y la que plancha y la que reparte los encargos, y él habla y habla de la revolución, del socialismo, ¿oi que me entiende, Ferrer?, y es que con los socialistas pasa como con los árabes, que la gente cree que eran unos salvajes y en realidad tenían más cultura que nosotros. Los almogávares, los almohades, los benimerines, todos nos dejaron monumentos inmortales que atestiguan su cultura. Los verdaderos salvajes eran los cristianos que, con el oscurantismo de la Inquisición, perseguían a sabios humanistas como fray Luis de León, que decía que Dios había hecho el mundo para todos, pero que los reyes subyugaban a los pueblos. Igual que hoy día el capitalismo con los hombres de buena voluntad, como los esposos Rosenberg, un crimen de lesa majestad. Pero contra viento y marea todo se va ensamblando, todo lleva a lo mismo, el mundo camina cada vez más aprisa hacia el socialismo. Y es que, con que no hay explotación, el ser humano se siente más responsable y rinde más y hace que el socialismo vaya delante en todo. Esto se ve hasta en las Olimpíadas, donde los atletas socialistas baten continuamente sus propias marcas. Y de la misma manera el hombre conquistará el espacio, explorará el fondo de los mares, descenderá hasta el centro de la tierra. Nada hay que el hombre no pueda hacer con ayuda del socialismo. Y es que en el

mundo socialista todo tiene un sentido distinto, el trabajo, el deporte, las relaciones humanas, y esto es porque de la explotación del hombre se ha pasado a la administración de cosas. Y esto que todo esto es, como si dijéramos, sólo el preludio. Porque con el paso de la sociedad socialista a la sociedad comunista han de desaparecer todos los problemas del hombre, exceptuando, está claro, los que son fenómenos naturales, como la muerte, los terremotos, etcétera. Entonces no harán falta ejércitos, ni policías, ni cárceles, porque si hay alguien en contra quiere decir que está loco, porque sólo un loco puede estar en contra, y esto es cosa de los médicos, que son quienes tienen que curarlo. Y todo el mundo tendrá tiempo para entregarse a la cultura, todos seremos poetas y músicos, todos pintaremos, y el arte y la literatura serán una cosa hecha entre todos. Las iglesias, por ejemplo, podrían ser convertidas en verdaderos templos de la cultura. Sin prohibir el culto, claro, mientras siga habiendo personas religiosas; pero, fuera de las horas de culto, son locales que ya están, que ya los tenemos y que debemos utilizar para dar cultura al pueblo, para darle ideales y salvar a la juventud de esta ola de sexualidad y pornografía que está corrompiendo a los países capitalistas. Porque, aunque personalmente yo sea agnóstico, considero que hay que respetar las creencias de los católicos de buena fe, que en muchos casos son los primeros en escandalizarse de que la Iglesia, contra las enseñanzas de Jesucristo, se haya puesto al servicio de los ricos. El otro día vimos a Fabiola. Aquello sí que es moral. Y es que la película, aunque se refiera a los cristianos primitivos, es aplicable a los socialistas de ahora. Y el público se da cuenta de que, así como Fabiola estaba entonces con los cristianos, ahora estaría con nosotros. Y es que Cristo no era Dios, pero fue un gran hombre y un gran revolucionario. Lo mismo que Confucio. Lo que pasa es que, con el tiempo, la Iglesia dejó de ocuparse de los pobres, y predicaba una cosa y hacía lo contrario de lo que predicaba. Pero de católicos de buena fe y hasta de curas de buena fe los hay aún hoy día. Pues que vayan poniendo las barbas a remojar, dijo Juan. Que con el obrero hay que estar a las uvas y a las maduras. Y, guiñando un ojo a Raúl, hizo un expresivo gesto con el codo. Parecía animado; al sentarse había cacheteado a Leo en la rodilla, como para sacudirle aquella expresión sombría. Teresa sacó pasteles y, mientras preparaba más café, insistió en que se sirvieran más coñac, más anís. Y la hermana de Leo anunció que igual se iban a Alemania, a trabajar en una fábrica de óptica de no sé qué ciudad, donde a un buen técnico como Juan le pagaban barbaridades, lo sabían por unos que ya estaban allí. Juan intervino, como contrariado por la forma de dar la noticia, o como si temiera que las explicaciones de ella fueran mal interpretadas, sin el adecuado encuadre político: no es que estuvieran decididos, puntualizó, pero es que esto ya no se

puede aguantar y nadie se mueve ni hace nada; y lo malo es que esto es precisamente lo que quieren los capitalistas, que el obrero que piensa un poco se canse y se marche al extranjero. Te advierto que es un arma de dos filos, dijo Leo; está demostrado que los obreros de la emigración vuelven más politizados de lo que se fueron. Y con ahorros, dijo Raúl. Y tanto, dijo la hermana de Leo. Muchos ahorran todo lo que pueden y a la vuelta montan un negocio, dijo Raúl. Y la hermana, la Antonia: es lo que le digo al Juan: poner algo, un comercio, algo. Sé de unos que pusieron una lampistería y ahora tienen una tienda de electrodomésticos y una empresa de instalaciones eléctricas. Otros empiezan con un restorán. O con un bar. Y Raúl: con lo que sea; lo importante es tener vista. Pilló al vuelo la mirada de ira que le dirigió Nuria, como con crin encabritada en los ojos, y la de Leo, más ambigua, entre desorientada, casi dolida, y componedora, como la de quien se encuentra en falso, poco menos que culpable, mientras, con forzado humorismo, terciaba con algo relativo a que, desde luego, bien podía suceder que volvieran hechos unos repugnantes capitalistas o algo por el estilo. Y, ahora que el viejo le había vuelto a coger por su cuenta, era probable que también a Raúl le delataran sus ojos, que en tanto el viejo decía, porque yo acepto lo que es natural, el calor, el frío, los terremotos, lo que no acepto es lo que es culpa de los hombres, lo natural no puede ser malo; es, sencillamente, natural, son los hombres, si acaso, apartados de la naturaleza, los que hacen el mal, mire, Ferrer, yo considero, y en tanto lo decía y exponía sus consideraciones era probable, no tendría nada de raro, que los demás –salvo el viejo– captaran igualmente en su mirada las ganas de escapar, de decir al viejo me importa un carajo lo que usted considere, y salir arreando.

Si a Nuria no parecían exasperarle como a Raúl los rollos del viejo, su oratoria imperturbable, su pegajosa tendencia a identificarse con el presunto interlocutor, a hablar de religión, por ejemplo, como si Raúl fuera un joven vicario con inquietudes sociales, haciéndole concesiones, autocriticándose, considerando los problemas de la Iglesia casi desde dentro, con sólo unas cuantas pegas formales que oponer, el celibato, los derroches litúrgicos y cuatro puñetitas más, con tal de que, en razonable contrapartida, también fuese aceptada su buena voluntad, de forma que, despejada toda incomprensión, pudieran suscribir ambos, el viejo socialista y el joven eclesiástico, una común base de entendimiento, más aún, de objetivos, que, según hablaba y hablaba, parecían convertirse no ya en algo factible, sino incluso en un hecho; si ella no se exasperaba, o al menos no en el mismo grado que Raúl, era tal vez porque, como contagiada por la atmósfera conciliatoria, de sinceración, reinante en la casa, ella misma, cuando opinaba, procedía con frecuencia de manera similar,

cuando, como para sustraerse al estrecho círculo de las mujeres, reclamaba con firmeza la atención general hacia sus intervenciones, temas polémicos que si podían tener cierto valor planteados en familia, pongamos por caso, a modo de afirmación de la propia independencia frente a los padres, en el presente contexto resultaban por lo menos extemporáneos, temas como el de la inmoralidad de la anulación del matrimonio canónico en cuanto divorcio para ricos, inmoralidad innegable incluso desde un punto de vista católico, cuestiones fatigosas, desplazadas, de un pelma subido, aun considerando la inestabilidad síquica de Nuria, aquel oscilar, desde hacía semanas, entre la opresiva angustia y la excitación irritada, los nervios como mechas en combustión hacia un estallido que no acababa de producirse, estado en verdad propicio a cualquier reacción neurótica, al repaso exhaustivo de cuantos datos traumáticos fuera posible reunir, la muerte de su padre, las críticas relaciones con su madre y con Amadeo, sus dificultades con Raúl, los problemas económicos y demás, con una marcada tendencia a buscar un denominador común, una causa general, un responsable único de todo aquello, sujeto inasible en cuya sustitución el rencor acumulado y la cólera vengativa de Nuria –por otra parte, contagiosasolían descargarse sobre terceros, muy habitualmente sobre Raúl. No le veo la gracia a eso de burlarse de esta pobre gente imitando al cínico de Federico. Francamente, no le veo la gracia. Pareces la Libertad de Delacroix guiando al pueblo con la punta de las tetas. ¿Lo ves? Otra salida digna de Federico. Ni que fuerais amantes; no sé lo que haríais el uno sin el otro. No sabríamos cómo vivir. Por lo que respecta a Federico, te advierto que no me extrañaría nada. Es un marica mental como he visto pocos. Y él es el responsable, con sus bromas de mala leche, de que te vayas distanciando cada vez más de Leo, de la política y de todo. Yo creo que debe tener celos. Si no, no me explico su forma de ensañarse con esta pobre gente que no serán intelectuales, ni genios ni nada de eso, pero que al menos son buenas personas, que ya es mucho, y una familia muy unida y no hay derecho a meterse con ellos. Y tú que te crees tan comunista y todas esas cosas; pues a mí no me parece que tu comportamiento sea propio de un comunista, ni el tuyo ni el de ninguno de tus amigos. Y por eso, a Leo, que es el único sincero, le estáis todos buscando las cosquillas. Pues no señor, en esto soy muy estricta, y Leo tiene razón. Un arte que no sea asequible a todos, un arte que no esté dirigido al pueblo, no me sirve. Lo que a vosotros os pasa es que tenéis las deformaciones del intelectual, y el obrero no es un intelectual. Afortunadamente, vamos. Mira que en Inglaterra también he conocido comunistas y lo que te aseguro es que no son como vosotros, que allí lo son de verdad. Y Raúl: no creo que, aparte de ti, a nadie en el mundo le preocupe cómo son o dejan de ser

los comunistas ingleses.

Louis. El amiguete de Nuria, su aventura londinense. Un físico aniñado, una presencia afectuosa, desinhibida, disponible, una presencia que, como en el caso de ese encendido revolucionario de residencia universitaria, cuyas radicales exigencias de orden abstracto suelen traslucir, no obstante, la viscosa imperiosidad de sus deseos más groseros –que se la froten, que se la sacudan, que le hagan alcanzar el orgasmo como sea–, así, en Louis, de manera semejante, la apariencia exterior no constituía un obstáculo, sin duda, para que en su interior abrigara los designios más sórdidamente camuflados, de acuerdo con el comportamiento de quien, acostumbrado al sexo letárgico de las anglosajonas, se siente atraído y al mismo tiempo amedrentado por la espontaneidad de Nuria, de modo que, incapaz de atraérsela de cara, llevándosela sin más a la cama, actúa solapadamente, se ampara en proposiciones oblicuas, en argumentos políticos o morales. El libro de erotismo chino, por ejemplo, que Nuria se había traído de Inglaterra. Regalo de Louis, seguramente. ¿Programa de experiencias comunes? ¿Intento de compensar con esta clase de lecturas sus aptitudes instintivas, indudablemente escasas, como bien lo probaba el hecho de que, a fin de cuentas, no fuera a él, sino a Raúl, a quien se aferraba Nuria?

Prosiguieron sin hablar, sin un determinado punto de destino, aunque, como con la fuerza inerte de un tropismo, derivaran insensiblemente hacia las Ramblas, a tomarse una copa en cualquier bar, cerrados en sí mismos, odiosos, disminuidos, sin otra cosa que hacer ni lugar a donde ir, sin dinero y, en consecuencia, sin ganas siquiera de hacer algo o ir a parte alguna, con toda la opresión que sobre el ánimo puede ejercer el movimiento callejero de una tarde de domingo, las aglomeraciones, las pacientes colas ante los cines, bajo la llovizna en emulsión con los reflejos del neón y las luces del tráfico, y sobre todo, ese ambiente apresurado de jóvenes que se atienen expeditivos al plan previsto –la fiesta, el baile, la camalos grupos, las parejas, los coches que pasan sonando a jolgorio, y que, como el contraste entre la animación de determinadas calles y la desolación de sus travesías, o como el decaimiento aún mayor que suele suscitar en quien se encuentra entumecido por la angustia el contraste entre la desdeñosa exhibición de vitalidad de los putos rambleando, por ejemplo, y su propia persona, no podía sino incrementar la sordina de su deambular inane. El fastidio de tener que acomodar el paso al paso de los demás hasta encontrar un resquicio y poder adelantar en zigzag varias filas de paseantes, dominando el irresistible impulso de apartar y atropellar y abrirse camino como fuera, dejar atrás de una vez el vasto ejemplo de aquella familia completa, o la penosa estampa de aquel joven matrimonio, su andar parsimonioso, la esposa en estado

ostentosamente interesante, trapezoidal y grave –predestinada, se diría, a romper aguas por Nochebuena–, el esposo sujetándola firme por el codo, posesivo, desafiante, plantando cara con la frente muy alta a cualquier posible afrenta, al menor signo de que era captada la ignominia, la clara y notoria enganchada; sobre todo a la altura de la iglesia de Belén, donde, debido al angostamiento de las aceras, la marcha se hacía particularmente apretada y lenta, y era también particularmente desalentador caminar bajo los triunfales arcos de bombillas ajustadas al ramaje desnudo de los plátanos, y las colgantes estrellas luminosas, y los altavoces con sus villancicos enervantes, proclamando la apoteosis de la espera esperanzada, la inminencia del Nacimiento y de la Epifanía, la adoración del Niño en Belén, aldea como catalana, con sus masías en las proximidades del destacado establo, y sus prados y su pequeño puente sobre el arroyo y –si prescindimos de la nota exótica dada por los Reyes Magos y su séquito de camellos– las deliciosas imágenes de los payeses y los corderos y los cerdos y aves de corral y el cazador con su escopeta y el cura párroco con su paraguas y –lo más sospechoso de todo por incomparablemente más popular– la figura del caganer agazapado tras una mata. Y las agujas de abeto aureoladas de lluvia caída y el musgo y el muérdago.

O vos omnes qui transitis per viam atendite et videte si est dolor sicut dolor meus. Luna menguante el ánimo, sol en declive, tiempo de esperar, ¿qué?, de caminar con las manos en los bolsillos vacíos, como si nunca hubiera hecho otra cosa, indiferente así al dolor como a la belleza, la sacudida de una hermosa cabellera, por ejemplo, aquella joven que salía de uno de tantos comercios de antigüedades, el gesto de sacudirse el pelo al ajustarse el abrigo, el perfil entrevisto apenas antes de que le diera la espalda y ganara distancia con paso decidido, dejándole atrás, cada vez más atrás, no menos sordo a la esplendorosa caída de aquel pelo con oros que al campanilleo todavía resonante de la puerta al cerrarse, igualmente inútil la belleza de aquella cabellera perdiéndose entre los transeúntes que realzando la desnudez del cuerpo sobre las sábanas, insensible, insensible, calle de la Paja adelante, adoquines bruñidos, pulidos por el agua resbalante, tenue, casi sólo un reflejo, obsesivo como la certidumbre de lo que le esperaba aquella tarde, martes, trece de diciembre, la decisiva reunión con los hombres del papelero, tanto más desagradable cuanto más próxima, pese a todas las dulzuras de la venganza, dada la inevitable dureza del encuentro, mientras aproximadamente a la misma hora, sobre las cinco, la comadrona preparaba por segunda y última vez a Maricoña, en vísperas ya de la intervención, de la poco grata visita que le harían cuando todo hubiese acabado, ya en casa de Adolfo, sin que fuera precisamente improbable la perspectiva de tener que

aguantar después una llantera histérica peor que lo de ayer. El recuerdo de no haber sido y el dolor de seguir no siéndolo, con el desarraigo de quien no sólo se siente lejos, sino sin ganas siquiera de estar cerca, escrutando inerte, ausente, los grabados y libros expuestos en el escaparate, más allá del ciego reflejo, esforzándose en asimilar el sentido de lo que contemplaba, intentando interesarse, escaparates a fin de cuentas entretenidos, aun cuando no se tuviera dinero para comprar nada ni la moral suficiente –o el desparpajo– como para entrar y curiosearlo todo y acabar diciendo que ya volvería, si bien, en último término, tampoco era tanto el esfuerzo de entrar y contestar al saludo del librero y decir claramente que sólo venía a echar un vistazo, sin más explicaciones ni justificaciones de ningún género, casi agresivo, y quedarse revolviendo hasta la hora de cerrar, apenas media hora, sin que posiblemente el librero tuviera nada que objetar, antes al contrario, usted mismo, siempre hay algo nuevo, ya sabe, como en su casa, brindándose tácitamente, sin lugar a duda –como cuando en la pantalla, cerrando los ojos y con las narices dilatadas, ella entreabre los labios–, el acceso a su santuario secreto, la pequeña trastienda donde, con la seducción de lo prohibido, mostraban sus lomos los títulos allí preservados, por lo general viejas ediciones de la época de la República o traducciones más recientes impresas en Argentina o México, alivio de inquietudes de toda índole, dada su variedad temática, desde el Kapital hasta el Kama Sutra, pasando por los Tesoros de Magda, Las Dos Tácticas y el Anti-Dühring, materias aptas para estudiantes en vías de s'engager, así como de personas interesadas por el sexo, como es normal cuando el sexo despunta dando el alto, en los escolares deseosos de saber lo que el sexo les depara, o de desentrañar, cuando declina, lo que les debía deparar, pero no les ha deparado ni se lo deparará ya, con los achaques usuales en toda persona próxima a la edad provecta, gente que, si no consuelo, encontrará amplio campo para las ensoñaciones al enterarse de que las mujeres de Maharashtra gustan de practicar las setenta y cuatro artes, articulan palabras bajas durante el coito y desean que se les hable en el mismo tono, o que las de Pataliputra son de igual temperamento, pero no expresan sus deseos sino en secreto, o que las de Uda sufren continuamente de una picazón en el Yoni que sólo puede ser satisfecha mediante la aplicación de un sólido Lingam, o que la mujer del Punjab enloquece por el Auparishtaka o unión bucal, una clase de público fácilmente identificable con sólo verla entrar, con la tensa naturalidad de la pareja que se mete en un reservado. Siendo lo más simple no recoger la invitación implícita, Raúl se sumió husmeante en el examen de lo que tenía más a mano, las carpetas de grabados y litografías, sin que el librero volviera a prestarle atención, más interesado, era obvio, por la charla interrumpida, una

conversación entablada entre dos clientes, bajo sus auspicios, se diría, en la medida en que ellos no se conocían entre sí, mientras que el librero, por el contrario, parecía conocer lo suficiente de ambos, de sus rasgos afines o complementarios, como para ir a tiro hecho, tal una tan experimentada como desinteresada alcahueta, sin más segundas ni otro propósito que el de poner en contacto, merced a sus buenos oficios, a dos personas que le agradecerían que lo hubiera hecho, aunque sólo fuera por el goce procurado por aquella improvisada tertulia, aunque la tertulia no tuviera continuidad periódica, ni se fuera ampliando progresivamente hasta convertirse en una especie de institución o hito, como los hitos de otros tiempos en la vida cultural barcelonesa, ni entre la vida de aquellos dos hombres se estableciera a partir de entonces un permanente lazo de amistad, a la sombra tutelar del librero, respetuosamente retirado ya a un segundo plano, silencioso y contemplativo como una gárgola esencialmente benefactora, a semejanza de ese individuo –tocólogo, abogado, funcionario del Registro Civil– que, bajo un exterior ogroide, esconde un espíritu de fino pensador o delicado poeta, dolorosamente inconfesado. ¿Cómo podía haber brotado si no la chispa entre el presunto escultor que hacía humear pastosa picadura en un Peterson's, interesado en cualquier clase de estampa de tema vinícola, y el bibliófilo de gafas centelleantes y enloquecidas y calva sudorosa, coleccionista de libros gastronómicos y propietario de un restorán típico regional, especializado en cocina tarraconense? ¿Cómo, entre dos desconocidos, sin la propiciación del librero? Ahora bien: por más que un movimiento de frotación sea imprescindible para que de un fósforo brote la llama, no es menos necesario que la calidad de la superficie frotada sea adecuada a la calidad del fósforo, es decir, que al margen de la mediación del librero se daba entre los dos contertulios una común idiosincrasia, una común voluntad no tanto de discutir como de coincidir, gente cultivada con la que se puede hablar, predispuesta a entenderse, a darse la razón y confortarse mutuamente, gente que conoce sus propios gustos que son los del otro, que se miran el uno al otro como en un espejo. Y lo que es más importante: una inteligencia basada en un material más sutil que la llama del fósforo como es la lengua, el catalán en este caso, inteligencia establecida a partir de algún matiz fonético, sintáctico o morfológico presente en las primeras palabras que el librero les invitó a cruzar, a partir de la significativa justeza de alguna expresión o término, en contraste con los degradados castellanismos que paulatinamente se han ido introduciendo en el barcelonés coloquial, centrando en el terreno lingüístico, a manera de contraseña, la base de la aproximación, más aún, de la identificación, entre los dos contertulios, del mismo modo que una cierta calidad adhesiva en la mirada o una risa suelta en

exceso o una simple entonación impertinente se encuentran siempre en el comienzo de la aventura que, en la soledad del movimiento callejero, arrastra a los homosexuales Ramblas abajo después del anochecer. Así, de modo semejante, debió haberse producido el mutuo reconocimiento de los contertulios, merced a un intercambio de fluidez rico así en supuestos como en perspectivas, terreno que es un regalo ir sondeando y que, como suele suceder en los grandes momentos, la mañana de la boda en casa de la novia, por ejemplo, cuando se dan los últimos toques al traje y se resuelven sobre la marcha los pequeños contratiempos que siempre surgen y la gente va y viene y aguarda en una atmósfera de nerviosismo y regocijo, de atolondramiento y eficacia, tiende a crear un clima general no ya de compenetración y confidencia, sino también de exaltación y euforia, el desahogo de haberse encontrado, el ansia de explorarse, de explicarse el uno al otro, de exteriorizar su voluntad de entendimiento, la firmeza de sus convicciones, y no sólo a nivel teórico, todos movilizándose, solidarios y solícitos, cuando irrumpió el taxista, un catalán grueso, de gozosidad paquidérmica, no exento en sus prisas de calma socarrona, y pidió el Calendario del Payés del año próximo, cada año lo compro, dijo, el coche ante la puerta de la librería y con el motor en marcha, y todos se hicieron cargo de la situación –¡el urbano!–, y mientras el librero despachaba apresuradamente y el presunto escultor salía a vigilar, el gastrónomo le daba aliento moral con sus denuestos contra las multas, los impuestos, la burocracia, hasta que el taxista arrancó victorioso, ni tan siquiera apremiado por un claxon, todo perfecto como en un golpe de mano, y los contertulios, embargados por la felicidad que se deriva del deber cumplido, se reencontraron de nuevo en la paz de la librería, más a sus anchas si cabe, cómplices, hermanados, el librero, el gastrónomo y el presunto escultor, y hasta aquel joven de aspecto educado, catalán, probablemente, o al menos, persona que gozaba de la confianza del librero, y que si bien no se sumaba a la tertulia, fuera por juvenil timidez o por encomiable respeto a los años, parecía cuando menos aficionado a los grabados y litografías, cosa que para la juventud de hoy ya es mucho, Le Cap de Quierz, Plan de la Ville de Roses en Catalogne asiegée le 2 d’Avril par les Armées du Roy très Chrès Commandées par le Marêchal du Plésis, Vista General de Barcelona desde Montjuich, Interior de la Catedral de Barcelona, apunte tomado desde el coro, con el altar mayor destacado contra las claridades del cimborio, vidrieras y rosetones proyectándose en la profundidad de un ámbito que bien podía imaginarse atravesado de coloraciones, de fulgores, de incidencias polícromas descompuestas sobre el oro de los retablos.

Como el cocinero que no da comienzo a su tarea hasta haber

reunido todos los ingredientes requeridos por la receta, así, sólo tras los primeros tanteos encaminados a delimitar posiciones y acotar temas, se aplicaron los contertulios a la manipulación propiamente dicha de los elementos considerados, una labor de alternativo glose y desglose del material en cuestión, al objeto de ir configurando, como con el barro un escultor, la imagen deseada, lista para recibir el soplo de la vida: Cataluña, el carácter catalán, sus rasgos más distintivos, realismo, laboriosidad, sensualidad, individualismo, un individualismo indisolublemente unido a un fuerte sentido de la fraternidad, espíritu irónico, civilizado, sabiamente escéptico, casi pagano, sensible a las bellezas naturales, a los goces de los sentidos, apegado a sus tradiciones, dotado de instintivas aptitudes mercantiles, propenso, en caso de dilema, a la solución más razonable, a la transacción, ajeno a todo dogma inconmovible, a todo furor fanático, rasgos lo bastante expresivos como para definir las causas de la superioridad de Cataluña, en los terrenos más diversos, sobre cuantos pueblos la circundan, economía y arte, deporte y cultura, paisaje, incluso, un paisaje que es fruto de la perfecta conjunción de naturaleza y trabajo humano, superioridad que es, en última instancia, la de un modo de vida más abierto, más rico, más vivo, si se nos permite la redundancia, ya que si por una parte, a fuerza de trabajo y tesón, el catalán ha sido capaz de hacer próspera una tierra parca en fuentes de riqueza, no le falta vitalidad ni alegría, por otra, a la hora de celebrar ese esfuerzo, para entregarse a la fiesta de los sentidos y, en especial, al más excitante de los placeres, el de la carne, despuntando hasta en eso, lejos de las fúnebres represiones o etilismos compensatorios de otros pueblos, superioridad total que explica tanto la animosidad impotente que el poder central ha manifestado siempre respecto a Cataluña, como el atractivo que ejerce sobre los habitantes de otras tierras de la península menos dotadas, sobre el emigrante, el ahora llamado charnego, asimilado hoy como ayer, a la vuelta de una generación, por el vigor de la sociedad catalana, de manera similar a como, en el pasado, la personalidad de Cataluña se impuso rotundamente en el seno de la Confederación, siempre por delante de aragoneses, mallorquines, valencianos y napolitanos, Jaime el Fornicador, Pedro el Glande, fiereza violentadora de los almogávares, fálica agresividad de un pueblo de natural pacífico, pero que, cuando nos empreñamos, somos terribles; tengo entendido que actualmente, en Grecia, Bulgaria y Turquía, todavía recuerdan la venganza catalana, feroz erección cuya resonancia histórica, merced a la general ignorancia de las naciones y al silencio administrativo con que el centralismo español traspapelea tradicionalmente las glorias de los pueblos que oprime, puede quedar reducida, a los ojos de las jóvenes generaciones, a poco más que las jactancias de un sexagenario que evoca los líos de faldas

de cuando era joven o a las fantasías de quien se permite hablar de proezas sexuales, a despecho de su atiplada voz, de su grueso vientre de alubia y de su presumiblemente ridícula pitolina. Hacer el vacío, no darse por enterado, premeditada actitud centralista llevada a extremos tales como el de olvidar que Agustina de Aragón era en realidad catalana, natural de Fulleda, casada con el cabo Roca, también catalán, accidentalmente destinado a Zaragoza, por no mencionar ya el más escandaloso de todos, el de Cristóbal Colón o Colom, respecto a cuya persona los eruditos, Porter, sin ir más lejos, aportan evidencias, pruebas cada vez más concluyentes de que no era genovés o mallorquín, sino catalán, de origen sefardí, posiblemente. La inquina de Castilla, la envidia que todo lo catalán ha despertado siempre. Una envidia fundada, como es usual, en el temor. En el temor a Cataluña. Lógico, hasta cierto punto, pues ¡lo que Cataluña podía haber sido! ¡Lo que podría ser aún, si las viejas virtudes no se perdieran sustituidas por las nuevas, si unas y otras coexistieran, el temperamento antiguo, caracterizado por lo montaraz, como por lo orondo el de ahora, producto sin duda de la industrialización, del hábito sedentario que a la larga supone el empleo de máquinas, sobre todo cuando son manejadas por operarios foráneos; lo que sería: elucubraciones, asombros, lamentaciones y, por encima de cualquier otra consideración, el afán de distinguirse a sí mismo de la brutal península en la que están histórica y geográficamente anclados, de su desarrollo tétrico y discontinuo, distante por igual de los esplendores franceses y las armonías italianas, una península donde hasta el arte se diría más trashumante que sedimentado, aquí románico, allá gótico, más allá neoclásico y barroco, pero siempre separados, excluyentes, como si el cultivo de uno de ellos exigiera el confinamiento cuando no la demolición de los otros, distingo problemático, por otra parte, en cuanto para distinguirse de algo hay que dilucidar primero los propios límites y quién sabe cuáles son los nuestros, desde cuándo y hasta dónde alcanza esta Troya sobre Troya, esta tierra enterrada, cuya presencia, no obstante, olfateamos todavía como los cerdos la trufa, un perfume que brota de la tierra para esfumarse impreso, un ritmo al que intentamos acordar el nuestro y que se nos escapa, tal vez por demasiado acelerado, no como en la Barcelona de antes, con su ritmo de vida de ciudad suiza o bávara, una de esas poblaciones estructurada por los siglos, habitada por ciudadanos laboriosos, meticulosos, pacientes, puntuales, reposados, precisos, de elevado nivel así técnico como económico, una de esas ciudades de viejas piedras y gruesas barrigas, ciudades donde la artesanía es un arte, donde el progreso es perseverancia, donde el perfeccionismo es el único objetivo y la alta calidad el premio, virtudes que fueron, que podrían seguir siendo las nuestras, si la ciudad no se desvirtuara como

se desvirtúa, si no creciera como crece hasta dejar de ser nuestra, el centralismo, la charnegada, la simple expansión urbana, distancias que exigen más y más velocidad para salvarlas y, lo que es más peligroso, la velocidad interior que inevitablemente acaba poseyendo al habitante de una gran ciudad, la destrucción de toda mesura y jerarquía moral, síntomas inquietantes que ya están en la calle y que acaso, como un cáncer, no admitan más tratamiento que el propio diagnóstico, cuadro clínico ante el cual ya sólo nos restan el retraimiento lúcido y los placeres de la nostalgia. O trist de mi!; quin fet pot ser aquet? De cuant en ça esta axi Barselona? ¡Catalunya la vella! ¡La yaya! ¡La tieta!

La Cataluña de antes, la Barcelona de antes, sus fiestas, sus mercados, sus bacanales, sus devociones, sus prodigios, el Cristo de Lepanto que concede una de las tres gracias solicitadas, la Santa Rita de la calle del Carmen, remediadora de imposibles, el San Nicolás del Pasaje de los Campos Elíseos, propicio el auxilio de todo el que acuda, con el debido recato, a tocarle las rodillas, centros de atracción sólo comparables, aunque de otro signo, a los que entonces como ahora, en tantos puntos de la parte baja de la ciudad, congregaban cada noche, de acuerdo con la especialización erótica del local, verdaderas multitudes, hermanando en fervor al pistolero y al bala perdida, al lumpen y al bohemio, una ciudad con inquietudes culturales no inferiores a las mercantiles o a las sociales, una ciudad de tertulias, de movimientos artísticos, la Barcelona de Els Quatre Gats, de L'Auca del senyor Esteve, de cuando cualquier barcelonés recitaba de memoria las rimas más obscenas de Pitarra, la Barcelona de El Patufet y de en Pere Fi al tiempo que de El Be Negre y L'Esquella de la Torratxa, golosinas de coleccionista como todo lo que ya es sólo recuerdo, como estas aucas y aleluyas, la más fiel crónica de las tradiciones y costumbres barcelonesas, calendario permanente de cuanto de entrañable se olvida y pierde, instituciones como el Pesebre y el Rei de la Fava, propias de la festividad de Epifanía; la bendición del mar el día de San Raimundo de Penyafort, patrón de los marineros antes de serlo de los abogados; la cabalgata de los Tres Tombs el día de San Antonio Abad; la feria de cerdos del paseo de San Juan y subsiguiente matanza, sacrificio realizado en plena calle con el auxilio de una experta mocadera, ante cada casa, siendo motivo de fiesta familiar y diversión de vecinos y transeúntes; el reparto de candelas típico de la Candelaria, y el de panes, que tenían la propiedad de evitar a la mujer todo mal en los pechos durante un año, el día de Santa Águeda; las libertades carnales características del Carnaval, Carnestolendas o Carnestoltes, y su inmediata expiación, la Cuaresma, alegóricamente representada por una vendedora de pescado con siete pies asomándole bajo la falda, tantos como semanas de obligada abstinencia; los

pasacalles y romerías de la fiesta de San Medín, en memoria de sus habas milagrosas, que salvaron a san Severo; la peregrinación de Santa Madrona, en justo acatamiento a la tácita voluntad de la santa, martirizada en Tesalónica, de que sus restos mortales, traídos a Barcelona por una tempestad, permanecieran en Barcelona; el postre de crema quemada con que se celebraba la fiesta de San José, cuyo cepillo de carpintero, conservado en la catedral, se pasaban por el pecho las jóvenes que deseaban ver incrementado el volumen de sus senos; la feria de palmas y paletones que serían bendecidos el Domingo de Ramos, y la visita de Monumentos del Jueves Santo, y los coros de caramellas del Sábado de Gloria, y el cordero asado y la mona del Domingo de Resurrección, y los aplecs y sardanas del Lunes de Pascua; los torneos de San Jorge, sustituidos con el tiempo por la feria de los enamorados, con su venta de rosas y de libros en los alrededores de la actual sede de la Diputación; la antigua fiesta del árbol, el primero de mayo; la bendición del término municipal de Barcelona desde las azoteas de la catedral, en conmemoración de la Invención de la Santa Cruz; el mercado de frutos confitados y de hierbas y de licores caseros, llamado Feria de Sant Ponç, en la calle Hospital; las procesiones del Corpus sobre alfombras de flores, sus trompas y tambores, sus figurones, el dragón, el águila, símbolo de san Juan a la vez que heraldo oficial de la ciudad, el rey gigante, un Goliath que acabó representando a Carlomagno, fundador del condado de Barcelona, la reina giganta, los ángeles, los demonios, los perversos cabezudos, y las escenificaciones a cargo de los antiguos gremios, entremeses y pasos como La Creación del Mundo, El Infierno, Adán y Eva, Moisés y Aarón, El Profeta Daniel, Los Reyes de Oriente, El Ave Fénix, El Suplicio de Santa Eulalia, San Jorge a Caballo, La Doncella de San Jorge, El Rey y la Reina Madre de Dicha Doncella, en lento recorrido con su séquito, por las calles y plazas que componían el itinerario previsto, y el espectáculo de l’ou com balla en los claustros de la catedral, un huevo en perfecto equilibrio sobre el chorro de agua del surtidor; los solsticios de verano, las verbenas, San Juan y San Pedro, las hogueras, los fuegos artificiales, todo invitando a la ebriedad y a la lujuria; el mercado de melones de San Jaime, en la plaza que lleva su nombre, santo procurador de novio a las muchachas solteras, Jaime, Yago o Santiago, blanco caballero que convirtió a los barceloneses con sus prédicas desde lo alto del monte Taber; la feria de cántaros de la Puerta del Ángel, cántaros que era costumbre inaugurar con el agua curativa de Santo Domingo, en recuerdo de su estancia en Barcelona, donde introdujo el culto al Santo Rosario; las caniculares ferias de la Virgen de Agosto y las lluviosas fiestas equinocciales de La Merced; y los panellets de Todos los Santos y los mercados de flores establecidos a la entrada de los cementerios el Día

de Difuntos; y los pasacalles petitorios de los estudiantes el seis de diciembre, celebrando la fiesta de San Nicolás de Bari, su santo patrón, antes de que fuera suplantado por santo Tomás de Aquino; y santa Lucía, patrona de los ciegos y de las modistillas, que hoy, trece de diciembre, pululan como antaño en torno a la catedral, donde se encuentra la capilla dedicada a su culto; y las ferias de Santo Tomás, el día veintiuno, coincidentes con los solsticios de invierno, los tenderetes que invadían las aceras de la ciudad, agrupados conforme a la clase de productos que ofrecían, manteca y paños en la Boquería, seda, puntillas y blondas en el Call, repostería en Petritxol, joyas en Argentería, cerámica en la plaza de San Jaime, turrones en la Plaza Real, libros de lance en las Ramblas, y así en tantos otros lugares, ferias de cuya animación son sólo un residuo las tres que se celebran actualmente, de juguetes en la Gran Vía, de pavos en la Rambla de Cataluña y de belenes y ramaje ante la catedral, ayer como hoy preludio de la Natividad, con su rito del Tió y su apoteosis gastronómica, y el consecuentemente día feriado de San Esteban para acabar de digerir, y la fiesta de los Inocentes para acercarse con un poco de humor al aquelarre de Nochevieja, el paso que separa un año del que le sigue, paso que el barcelonés de entonces –a diferencia del de ahora– procuraba dar con buen pie, convencido de que el primer día del año iba a ser reflejo o prefiguración de lo que el año entero le reservaba.

Momento de hacer balance, de recapitular: qué puede depararnos el nuevo año; cuál será el destino de Cataluña, a partir de lo que somos, en los meses futuros; qué suerte nos espera a partir de los meses y años pasados, a partir de los siglos. Porque así como, por ejemplo, en la Italia actual, a la vez que el paso de milenios de cultura irradiante, óptimo caldo de cultivo para un natural buen gusto, pesa, qué duda cabe, el secular ejercicio de la pillería política, económica y moral, establecida ya para siempre, a modo de inevitablemente complemento humano de las doradas piedras imperiales, en los hábitos de vida del pueblo romano y de sus descendientes, no pueden por menos de pesar, en la Cataluña actual, los sedimentos de su pasado, rasgos tales como su esforzada aplicación a lo concreto y tangible y su instintiva desconfianza hacia todo tipo de organización superior, más abstracta o más amplia, que no pudiera ser abarcada con la vista desde cualquiera de sus montañas, como quien dice, reacción lógica, en cierto modo, en los habitantes de una tierra que, pasillo de pasillos, corredor de corredores, han visto crecer y decrecer y extenderse hasta la esfumación las construcciones políticas de cuantos pueblos la han atravesado. País de frontera, sendero natural de las invasiones, rebasado una y otra vez desde los cuatro puntos cardinales, su comportamiento no está, en efecto, menos condicionado por el pasado

que el de ese hombre que, frecuente testigo presencial, cuando niño, de las infidelidades de su madre, se manifestará impotente de llevar una vida erótica estable, incapaz de no convertir, cada vez, cada amor en un fracaso, frustraciones que achacará inevitablemente a tal o cual incompatibilidad con la persona amada, sin llegar, tal vez, a tomar nunca conciencia de que su deseo profundo, inadmitido, informulado, era, justamente, el de que ese amor fracasara; es decir: una personalidad propensa a lapsus delatores y actos fallidos significativamente reiterados, deseos y aspiraciones desarrollados en un plano onírico y con frecuencia transformados en pesadilla, en virtud de las propias represiones del inconsciente. En otras palabras: un claro ejemplo de histeria histórica, de neurosis colectiva, con crisis periódicas: que tienden a repetirse, a replegarse sobre el trauma inicial cada vez que vuelven a darse circunstancias similares, la imposibilidad de asumir la propia personalidad y actuar en consecuencia, de renunciar a su consustancial masoquismo, humillada, apaleada, pisoteada, como una de esas mujeres siempre quejosas de los malos tratos y sevicias que recibe de su amante, demasiadas veces quejosa para no acabar llegando a la conclusión de que son precisamente esos malos tratos y esas sevicias el único lazo que le une a su amante: la marcha. Extremando los términos, de igual modo que, en un plano metafísico, si Dios fuera español, Satanás sería catalán, de igual modo, pasando del terreno de las neurosis al de las sicosis, podríamos incluso llegar a caracterizar los dos términos de la contraposición Cataluña-España, como entidades de rasgos esquizofrénicos y paranoicos respectivamente, aquella, Cataluña, sumida en sentimientos autolibidinosos que le llevan a contemplar amargamente la destrucción del ser amado, esto es, de sí misma; la otra, España, entregada por entero, sin cortapisas de ningún género, a sus mitomanías, sus delirios de grandeza, su manía persecutoria; rasgos que, en ambos casos, no hacen sino encubrir, posiblemente, a modo de tapadera, un soterrado homosexualismo. En consecuencia, si de algún modo tuviésemos que calificar la actitud histórica así de una como de otra, habría que concluir que el papel de España es típicamente sádico, definido ya el de Cataluña como esencialmente masoquista; un tipo de personalidad que, de ser posible trazar el horóscopo de los pueblos como se traza el de los hombres, no habría otro remedio que considerar, a la luz de su fisiognomía histórica, como nacida bajo el masoquista y autodestructivo Escorpio, con Géminis –signo bimembre– por ascendiente, en su aspecto más informe o inmaturo, y claramente sometida al funesto influjo del planeta Saturno. Así, por ejemplo, un sucinto examen de la cocina tradicional catalana, de sus líneas más características, nos la define como acuñada por un marcado infantilismo, en razón de su naturaleza, a la vez elemental o

espontánea, y escabrosa; una cocina que conoce pocas especias, escasamente elaborada, verdura cruda o apenas hervida, carnes apenas braseadas, costillas de cordero, pollos, conejos, todo entre sanguinolento y churrascado; la afición del catalán a participar directamente no sólo en la condimentación de sus platos preferidos, sino también en su recolección o captura, mejillones, lapas, erizos, mariscos de todo género devorados en vivo, setas, caracoles, caza menor; su marcada preferencia por los alimentos que considera de elevado valor energético, de propiedades ahorrativas y flatulentas, la infame y cómplice jocosidad popular establecida en torno a las propiedades de la alubia, pongamos por caso, la noción de su particular poder alimenticio y motriz, derivado del esponjamiento y la fermentación que su consumo produce en el aparato digestivo, consiguiente compresión del diafragma y subsiguiente expansión de gases, esto es, el pedo, tácitamente considerado, en diversos medios sociales, como una manifestación de dinamismo, vitalidad y don de gentes; su culto a los alimentos de apariencias fálicas o excrementales, la butifarra, el bisbe y los demás embutidos típicos, las habas, los nabos, los pimientos y berenjenas, los ajos, las cebollas; su obsesión de que el vino sea natural, de los que pegan, de bota, de payés, de los que hacen trempar, y las aguas, de manantial, de reconocidas cualidades terapéuticas y vitalizadoras; su tendencia a celebrar con tales componentes y al aire libre, aprovechando fiestas, puentes y vacaciones, cuantos banquetes sea posible, en las fuentes y claros del bosque, propensión respecto a la que no es preciso ser un Freud para relacionarla con prácticas rituales de iniciación sexual, individuales o colectivas. Hombre por lo general de excelente estómago, el catalán es capaz de asimilar, como la sociedad catalana al charnego, los alimentos más indigestos y de defender la gastronomía catalana con una total convicción en el valor universal de sus apetitos, del mismo modo que el avaricioso que expone o relata sus operaciones de ahorro atribuye a sus oyentes un goce similar al que él experimenta en la contemplación de los fenómenos acumulativos. Buena prueba de ello es la institución navideña del Tió, no Papá Noel ni Santa Claus, ni tan siquiera el verde árbol, sino, más elementalmente, un seco y viejo leño encargado de proveer a cada familia de los adecuados postres pascuales al conjuro del Padrenuestro del Tió, rezado a coro por los niños de la casa, aullado a coro entre garrotazo y garrotazo, en tanto se le propina un salvaje castigo, ¡caga Tió, caga turrons i pixa vi bo!, infortunado chivo expiatorio que purga de antemano, con sus anheladas evacuaciones, la brutalmente abrumadora indigestión propia de la jornada, aparte de cargar el acento sobre el aspecto simbólico de los oscuros orígenes excrementales de lo más dulcemente paladeado y, en un plano más conceptual, de la relación dialéctica

existente entre los procesos naturales de ingestión y deposición, dato tanto más interesante y revelador cuanto que, en Cataluña, la comida navideña es la comida por excelencia, la comida del año, culminación ceremonial que abre y cierra el año gastronómico con su extenuante menú: sopa de caldo, cocido, ensalada de crudos, rubio capón relleno, melón y piña y perlíneos racimos decorativamente dispuestos, y turrón y barquillos, todo ello regado con adecuados vinos de mesa, champaña y malvasías y licores, las botellas en segundo plano, composición plástica, naturaleza muerta, que no suele faltar en ninguna de estas láminas referentes al tema, ni menos aún, sugestivamente nimbada, en las antiguas tarjetas de felicitación, a modo de marco ambiental y oportuno elemento de contraste de la gallarda estampa del sereno o del basurero, con su anónimo poema al dorso, donde, junto con el elogio de los servicios prestados, justificativos de la esperada propina, y los votos por la prosperidad del felicitado en el curso del próximo año, son evocados el alegre clima popular y la ilusionada impaciencia que rodean a estas fiestas, asunto en modo alguno ajeno, por otra parte, a los mejores representantes de la poesía vernácula, que tradicionalmente han encontrado en la Navidad un inagotable motivo de inspiración. Y es que, del brazo de la gastronomía, el otro último bastión de una cultura: la poesía. Una poesía que, no obstante la desfavorable impresión inicial que al viajero curioso pueda producirle el contacto fonético con la lengua en que está escrita, toscamente onomatopoyética y hasta cacofónica para quien no esté familiarizado con su uso, apta para el cultivo del trabalenguas y de los juegos de palabras, setze metges mengen jutges, o como sea, y aquello de en Pinxo va dir a en Panxo vols que et punxi amb un punxó?, etcétera, ha sido capaz de alcanzar las más altas cumbres de la orografía poética contemporánea, obras como Els Carquinyolis de Sarrià, sus versos eternos de puro cotidianos, clásicos en razón de su exacta medida humana, universales por su concreción mediterránea; o la lúcida desolación de El Triomf del Minotaure; o la mágica realidad de Me la va desfer Monna Lisa. Una poesía viva, actual, que esta misma noche, a la sombra tutelar de santa Lucía, verá enriquecido su historial con un título más, que junto con los títulos de las restantes obras premiadas, pertenecientes a otros tantos géneros literarios, dejará una vez más clara constancia de que la poesía no es ni mucho menos la única forma de expresión vigente en la literatura catalana, de que las letras catalanas no son los únicos elementos integrantes de la cultura catalana, de que la cultura catalana y su soporte material, la lengua catalana, no son los únicos componentes que fundamentan la entidad real de los países catalanes. Lotería literaria otorgada en los cenáculos del Hotel Colón, avenida de la Catedral 7, mediante un paciente mecanismo alternante o rotativo, no tanto –como pudiera juzgarse

ligera y malintencionadamente– para que los jurados y ganadores de los diferentes premios se revelen de manera tan juiciosa como moralmente inadmisible, cuanto porque materialmente el resultado no puede ser otro, en razón de la misma abundancia y variedad de premios para un número limitado de cultivadores de una lengua de público numéricamente modesto, modesto hasta el punto de que uno cualquiera de sus mandarines –autor, lector, jurado, premio, prologuista, antólogo–, al comprobar la vigilante asistencia del policía secreta de cada año, orgulloso, en el fondo, de la relativa inquietud que tales actos parecían inspirar a las autoridades y orgulloso, sobre todo, de la unánime y reiterada entereza, así como de la puntual regularidad con que, cada año, los asistentes al acto desafiaban relativamente a esas autoridades, orgulloso, feliz casi, pudo llegar a decir: si ahora estallase una bomba, se acababa Cataluña, frase acaso algo desgraciada para quien quiera entenderla sin alteza de miras, desconociendo el verdadero alcance del problema, ignorante de su carácter, o lo que es peor, indiferente a las pérdidas que la inexorable condición humana, esto es, la muerte, infringe a los fieles asiduos en tantas de sus cabezas espirituales, de año en año disminuidas en número, aunque todavía nos queden figuras como Uirpse y Quart de Pere, aparte de valores no por más desconocidos del gran público menos apreciables, un Moll, un Coll i Alentorn, un Aramon, y de la hasta cierto punto compensadora incierta aparición de jóvenes promesas, que aunque con notoriedad más bien escasa, no dejan por ello de aportar savia nueva al viejo tronco ni de contrarrestar con su presencia la aniquilación implacable que se complace en abatirse, se diría, sobre las empresas más abatidas por la desgracia, única explicación de las perseverantes circunstancias adversas que han acompañado desde los orígenes el desarrollo de las letras catalanas. Porque es cierto, sí, que su aparición en el panorama de las literaturas romances fue más bien tardía, a partir de una existencia puramente oral, en dura competencia con el provenzal y el latín, hasta entonces privativos de la escritura, y que, apenas consolidada su independencia, incluso antes, incluso mientras se conformaban sus rasgos diferenciales y definidores, tenía ya lugar un paralelo proceso de dialectización y fragmentación, de acuerdo con los particularismos de los diversos reinos de la Corona, siendo por desgracia el Principado de Cataluña, el menos pródigo en logros de todos ellos; y también es cierto que tras esa primera floración de las letras catalanas, cuyos méritos son aún, por otra parte, insuficientemente reconocidos, sea porque su difusión e influjo fueran de carácter más bien moderado, sea porque premeditadamente se haya pretendido marginarlos y hasta ignorarlos o silenciarlos, se abre una fase de eclipse, un intervalo de casi cuatro siglos durante los cuales las letras catalanas dejan de serlo,

literaria y literalmente hablando, por razones que si a primera vista pueden parecer misteriosas, sobre todo a los ojos parpadeantes del lector ingenuo, no son en realidad difíciles de desentrañar mediante un correcto análisis de las estructuras propias de la sociedad catalana durante dicho período; laguna o vacío que se prolonga hasta bien entrado el siglo diecinueve, cuando con la aparición del poema en lengua vernácula –aunque escrito en Madrid– La Patria, se inicia la resurrección de las letras catalanas, refloración progresivamente acelerada, como a impulsos, se diría, de la máquina de vapor, una progresión ligada inevitablemente a los avatares políticos, sociales y, sobre todo, económicos, de la época, progresión que había de culminar con la reelaboración científica del instrumento de ese progreso, con la fijación gramatical del idioma, en 1913, concretamente, cuando todo parecía augurar que la estructura económica de esa patria renaciente y su ansiada superestructura política, iban a encontrar en la poesía su flor más natural, cultivada, como antaño, preferentemente, por letrados y clérigos; todo eso es cierto, sí, la Renaixença y su fracaso histórico –¿excesiva confianza en la lengua, prudente temor de recurrir a otra clase de armas?–, como igualmente ciertos y tangibles son los últimos esplendores de esa poesía, aflorados, como la fortuna que le llega a uno cuando ya es demasiado viejo para disfrutarla, o como el embellecimiento que suelen experimentar tras la muerte los cuerpos atormentados por la agonía, o más crudamente, como el canto del cisne, pero tampoco es menos cierto que todo hubiera sido distinto, que el peso de las letras hubiera podido llegar a enmendar la historia, que hasta la política hubiera tenido que doblegarse ante unos hechos literarios de mayor entidad, si la historia de la literatura catalana hubiera sido otra, si ya en sus orígenes hubiera conocido un desarrollo arcaico pero definitivo, equivalente, digamos, al de la lírica provenzal, o hubiera contado en el momento oportuno con un Dante, capaz de aglutinar un idioma en torno a su obra, o con un Renacimiento normativo como el de Francia, o con un teatro como el isabelino, o con una Contrarreforma barroca como la castellana, o desde una perspectiva más amplia, si la literatura catalana, aunque discontinua, hubiera contado al menos, en el curso de su historia, con una sola figura de indiscutible valor universal. Ahora bien: su aparición tardía, ¿no es una prueba del cosmopolitismo y elevado grado de cultura de un pueblo que redactaba en latín y componía versos en provenzal mientras hablaba en catalán? ¿Y no es una muestra de riqueza expresiva y de finura matizadora su pronta modulación dialectal? ¿Y de vigor su capacidad de resurgir tras casi cuatro siglos de silencio? ¿De producir una poesía como la contemporánea, cuyas irreales omegas nada tienen que envidiar a la mejor poesía escrita en castellano o en cualquier otro

idioma en lo que va de siglo? ¿Empresa caquéctica? ¡No! ¡Rotundamente! Qué duda cabe de que una literatura así no puede morir, de que como antaño, de que como siempre, la literatura catalana sabrá superar las desfavorables circunstancias en que se desenvuelve actualmente: su reducida base humana, la creciente dificultad de asimilar unas clases populares mayoritariamente no catalanas, la falta de sostén y colaboración –cuando no despectivo desentendimiento– en el seno de la sociedad catalana propiamente dicha, por parte de sus clases dirigentes, de sus cabezas rectoras, de sus personalidades más representativas, políticamente hipotecadas al poder central, factores de diversa índole que se potencian mutuamente en un enfermizo círculo vicioso, factores que si socialmente circunscriben el uso de esa literatura a un ámbito de burguesía media, desde un punto de vista interno, esctrictamente literario, parecen abocarla paulatinamente a la alternativa –en su dramática lucha a nivel de supervivencia lingüística, con el consumo de energía que supone la defensa de una existencia problemática– de elegir entre la trivialidad y el localismo, algo en todo caso menor o menudo, cosas marginales cuando no ajenas al interés de cualquier persona no directamente implicada en el problema, situada más allá de sus disminuidos límites; qué duda cabe de que pese a tantos obstáculos, así como a las trabas administrativas centralistas de las que somos víctimas, trabas que nuestros enemigos, haciendo gala de su habitual mala voluntad y de su espíritu malicioso, no dudarán en calificar de coartadas, qué duda cabe de que la literatura catalana perdurará, de que en peores se ha visto y de peores salió, qué duda cabe, convicciones íntimas, de cenáculo o cabecera, difíciles de mantener en la calle, donde el elemento ambiental, desmoralizadoramente descatalanizado, capaz de desleír la resolución más firme, hace embarazosa su defensa, esa carencia de respaldo popular, esa indiferencia tanto peor que la enemiga violenta, ese temor a sentirse, falto del necesario aliento, extemporáneo, ridículamente forastero, en una ciudad que es la nuestra, en nuestra Barcelona, una ciudad cuyos rasgos más tradicionales parecen deslabazarse de día en día. Pero ¿y desde un punto de vista marxista, a la luz del materialismo histórico, qué porvenir puede esperar una literatura inicialmente escrita con fines apostólicos, piadosos balbuceos en forma de homilías y sermones, con objeto de hacerlos asequibles al pueblo, para llegar a las gentes que, en el curso de los siglos, habían ido dejando de entender el latín, idioma más y más alejado de su tosco lenguaje en formación, cuando ahora, con fines igualmente apostólicos, para llegar al proletariado, con gran dolor y tristeza y desesperanza de Fortuny, hay que abandonar la redacción en catalán de toda propaganda política, si se pretende que los habitantes de las barriadas obreras

alcancen a enterarse del significado de las octavillas distribuidas, qué porvenir, ya que si el nacimiento de las letras catalanas hay que atribuirlo al carácter inadecuado del latín y del provenzal a las nuevas realidades de la época, no habrá que concluir, consecuentemente, en el carácter ineluctable de la progresiva inadecuación de las letras catalanas a las nuevas realidades de Cataluña? Y otro hecho nuevo: la aparición de escritores nacidos en Cataluña que escriben en castellano, hecho por lo menos tan nuevo o insólito como el de que cien años antes, por primera vez en cuatro siglos, aparecieran simplemente escritores, fenómeno que contemplado desde una perspectiva marxista, buscando la razón material, estructural o económica, podría ser achacado a la conversión de Barcelona, desde la inmediata posguerra, en primer centro de la industria editorial española; o ateniéndonos a otros criterios, apelando a otros enfoques, a un análisis de tipo sociológico, por ejemplo, a las ventajas que para esos escritores representa el haber nacido, por lo común, en el seno de la burguesía barcelonesa, esto es, en una ciudad, Barcelona, particularmente abierta, inquieta y renovadora, entre todas las de España, y en una clase social, la burguesa, objetivamente más progresista que el esclerótico feudalismo castellano; o al declive de España, o al declive de Cataluña, sin que nada de ello explique gran cosa en el fondo, ni tenga por otra parte demasiado interés la explicación, sea cual fuere, ni sea tampoco nuestro propósito examinarla siquiera. A lo sumo, tomar buena nota y llamar la atención del sociólogo, del erudito o del simple aficionado, sobre un dato que por ser común a la mayor parte de esa nueva generación de escritores, puede facilitar la descripción del fenómeno, ya que no su interpretación: no son de los nuestros, no están integrados en la vida propiamente catalana ni cooperan en su mantenimiento, oriundos, por lo general, de las clases acomodadas, pertenecientes a esas familias que, aunque barcelonesas de apellido y de nacimiento, son culturalmente castellanizantes, bien por sus enlaces foráneos, bien por una cuestión de principio, es decir, por lo que la unidad nacional de España, firmemente salvaguardada por las fuerzas armadas, representa para ellas como garantía de estabilidad y orden, familias incondicionales del franquismo que, a la vuelta tan sólo de una generación, purgan así su amedrentada renuncia a la catalanidad, su cobarde y corrupta defección de la causa catalana, con unos hijos cuyas inquietudes –no solamente literarias– parecen llevarles a renunciar no ya a Cataluña, sino también a España, a su patria, a su religión, a su estirpe, a su clase, a su sangre, uniendo a la traición la apostasía y la subversión política al terrorismo moral, comunistas, anarquistas nihilistas, reacción tan imprevisible como generalizada, desdicha de la que en cierta medida somos responsables todos

nosotros, nosotros que por ellos hicimos y ganamos una guerra, por ellos y por la integridad territorial, política y moral de España, de una España que queríamos entregarles exactamente igual a como la habíamos recibido, o si cabe, más pura, más depurada todavía, más idéntica a sí misma, y sin embargo, puesto que no es concebible hablar de justo castigo respecto a una causa justa además de victoriosa, algún error cometimos, algún fallo cuya naturaleza no acabamos de entender, para que en nuestras propias entrañas anidara esa caterva espúrea, esa nueva y negativa generación de escritores que por su conducta hacen secundario y accesorio todo juicio puramente literario, dado que su circunstancia personal, al igual que la de algún que otro elemento del resto de la península, roza frecuentemente el delito común, depravados, toxicómanos, alcohólicos, homosexuales y quién sabe si hasta parricidas. ¡Inextirpables tumoraciones morales! ¡Lear, oh Lear, viejo y ciego y loco y abandonado! ¿Qué dirían los señores de la Barcelona fin de siglo, los don Eusebio, los don Manuel, los don Juan, los don Antonio, los don José, los don Augusto, los don Francisco, qué dirían si ahora salieran de sus tumbas? La pérdida de valores, la disolución de las costumbres y lo que es más grave: la amplitud del mal, del que las reprobables creaciones de cuatro escritores y artistas es sólo uno de tantos síntomas, simple materia de tertulia para personas con obsesiones vernáculas. ¿Clásico conflicto generacional planteado cuando uno es joven, y olvidado y replanteado otra vez, sólo que a la inversa, trocados los papeles, cuando se es viejo? ¿Resultado de la estructura social barcelonesa cuando, si bien no tiene nada de particular que en el hijo del charnego que puebla la periferia industrial de la ciudad se manifieste, de acuerdo con sus intereses de clase, una actitud de desafío y rebeldía, lo mismo que en medios como el de los Tarrés, de técnicos y obreros especializados, de trabajadores por cuenta propia y administrativos, y hasta, con la irritación y amargura que suelen dejar la derrota, en determinados sectores de la pequeña burguesía catalana, la gran víctima, junto con el proletariado, de la guerra civil, casos como el de la familia de Aurora y el de los Fortuny, por ejemplo, la argumentación no es tan satisfactoria y resulta más que incompleta, cuando una actitud semejante puede llegar a darse en hogares como el de un Rivas Fernández, típico representante, al igual que el papelero Plans, de la burguesía no monopolista, o en apellidos como el de Ferrer Gaminde, no por venidos a menos, tras varias generaciones de absentismo, desprovistos por entero de consideración social, o en el seno de familias como la del financiero Quintana, figura relevante de la aristocracia castellana, ligado por su matrimonio a la alta burguesía barcelonesa, o la del abogado Cuadras, miembro eminente de esa burguesía, una actitud que sin duda sería exagerado considerar como

genuinamente revolucionaria, pero que, aunque solamente fuera por su real desinterés por los intereses de clase, de su clase, no deja de parecernos francamente atípica, producto de algo más profundo que un lógico y pasajero antagonismo entre padres e hijos, pues lo cierto es que antes, o más exactamente, hasta ahora, esto, esto que pasa ahora, esto, no pasaba? Jacinto Bonet, sin ir más lejos, un hombre relativamente joven aunque no lo parezca tanto, y sin embargo, a sus cuarenta años escasos, oligarca por antonomasia, no tecnócrata al servicio de la oligarquía como un Amadeo García Fornells, sino oligarca en el sentido más estricto, integración que Jacinto Bonet padre, simple estraperlista afortunado, nuevo rico de la posguerra, con todo y haber amasado una buena fortuna, jamás hubiera llegado a soñar, inhibido quizá por sus maneras algo torpes o primitivas, o tal vez por la instintiva reserva del hombre de negocios catalán –fundamentada en razones esencialmente fiscales– hacia toda aproximación excesiva a los altos círculos de la Administración; espíritu forjado en los felices años de la posguerra, nuestro oligarca no ha vivido, por otra parte, experiencias distintas a las de tantos otros jóvenes de su época y de su clase que como él han sabido responder a la educación recibida, una mayor exhibición de riqueza tal vez, un más fuerte vínculo familiar, una visión más optimista de las oportunidades que la vida ofrece, mentalidad hoy en retirada, constreñida a disimular su nostalgia de aquellos tiempos y acomodarse a los de ahora, obligada a sentir sinceros deseos de olvidar los orígenes de todo aquello, la última sangre y el primer oro, a echar tierra e incluso barro sobre la memoria de tan mídicos tiempos, sobre la tan mal entendida ostentación del nuevo rico, necesidad tomista de tocar para creer, de ver para vivir el milagro de transubstanciación del pan en oro, de la chatarra en oro, de los cupos de lo que sea en oro, de vivir para ver la increíble realidad del dinero, una vida en tecnicolor como sus coetáneas películas americanas, torres con piscina, coches tipo haiga, queridas esposas y queridos hijos y queridas queridas, y más que nada, la enloquecedora sensación de impunidad que se deriva, en un sistema de corrupción y coerción generalizados, del poder económico liberado, sin conflictos laborales, ni fiscales, ni sociales, ni siquiera domésticos, con la libertad más absoluta de abusar de todo, de saber que absolutamente todo tiene arreglo; nostalgia tan comprensible como, por desgracia, inconfesable, triste necesidad, tristeza tristemente triste de negar no sólo relación alguna con todo aquello sino incluso de convencerse a sí mismos de la conveniencia de que todo aquello haya quedado atrás, capricho de la historia, versatilidad del tiempo, que hace que a los jóvenes que ahora empiezan, a diferencia de los que empezaron en los duros pero fascinantes años cuarenta, y que, conformados por los positivos

principios que informaban la vida española de la época, hoy son hombres de provecho, a diferencia de ellos, a los jóvenes de ahora, de cuya educación esmerada y de la armonía familiar y paz social en que se desarrolló su vida a partir de la primera infancia, cabía esperar la máxima integración en el medio, todo parezca resultarles menos claro –el mundo, la vida– más impreciso, cuando no –¡lo revuelto que anda todo!– contradictorio y hasta disparatado. Metástasis moral. Inconcebibles la inconsciencia y desconsideración de esta juventud de ahora, sus ocios, sus placeres, unos hábitos tan diferentes a los de nuestra época, aquello de ir al Liceo, a flirtear en los palcos, y los domingos por la mañana, en la Diagonal, pasear por las aceras soleadas, arriba y abajo hasta Calvo Sotelo, arriba y abajo, haciendo goma, y las fiestas y las puestas de largo, y aquellos bailes, el slow de antes, cheek to cheek, comiendo oreja, cosas que entonces lo eran todo y ahora nada, como si nada de eso interesara a los jóvenes de ahora, y no tanto por falta de deseos –aunque tampoco hay que descartar una posible pérdida de vigor de ámbito generacional– como por considerarlo poco menos que una pérdida de tiempo, como pueril o demasiado formal o insuficientemente excitante, rebasando a un tiempo la norma, los rodeos y sustitutivos que años atrás reglamentaban las relaciones chicos y chicas, y la excepción, el orgullo veterano de las heroicas fornicadoras de los años cuarenta, sus pasiones secretas, sus desgarrados recuerdos, escandalizándolas, peor, decantándolas, arrinconándolas, con las facilidades actuales, los privilegios que han sabido ganarse hogar por hogar, familia por familia, casi sin que los propios padres acaben de entender cómo, sus fiestas, sus reuniones, sus diversiones de las que se sabe tan poco y tanto se rumorea, esa inasible y famosa dolce vita que tanto obsesiona a los que ya no son tan jóvenes, preguntas –qué hacen, dónde lo hacen, quiénes lo hacen– a las que cada cual da contenido de acuerdo con sus particulares frustraciones eróticas, orgías que una mente calenturienta bien podría situar, pongamos por caso, en un apartamento como el de Adolfo, o incluso en la misma casa paterna, los Cuadras de fin de semana y el piso en manos de Adolfo y de sus amigos y amigas, todos en busca de disfraces, enaguas y chaqués, chisteras y ligas, libreas y corsés, pieles, ornamentos litúrgicos de la capilla de la finca, albas y casullas y cíngulos, el olor como a polvo de los encajes dominado por el alcanfor de los paños, no menos fatalmente destinada, pese al mimo con que los padres conservan en los altillos del ropero la indumentaria de los abuelos, al solaz de los nietos, a dar sabor picante y temperatura caldeada a las fiestas de las nuevas generaciones y adecuado ambiente –como dice el poeta– a sus imposibles propensiones, en su progresiva búsqueda de tiempos pretéritos, en su remontarse, de prenda en prenda, hasta la

culminación final, todos con el disfraz original y primigenio, la pura y simple desnudez colectiva y promiscua, a media luz, a media música, a medio vaso, a medio cigarrillo, quién sabe si de marihuana, escenas que la mente calenturienta antes mencionada bien pudiera imaginar tal amasijo sixtino de cuerpos entrelazados. Se ve que de bollos para arriba, lo que quieras, dijo Nuria. La gente siempre exagera, dijo Raúl. ¿Ha pasado algo alguna vez estando nosotros delante? No ha pasado ni pasará porque Aurora sabe que tengo más agallas que ella y me tiene miedo. Sabe que soy capaz de ir más lejos que ella en todo. Y a ella, si no ha de ser el centro, no le interesa. Pues yo, a quien no me imagino metido en esas, es al flojo de Adolfo. ¿Adolfo? Pues yo te aseguro que si ella participa en este tipo de cosas es sólo por él, porque sabe que es la manera de tenerlo cogido, sólo por eso, por darle gusto. Con lo mosquita muerta que es Aurora, hará lo que sea, le apetezca o no, con tal de retenerlo. Pues me parece muy bien; yo no tengo nada en contra de las camas redondas. Ni yo tampoco. Lo que pasa es que en España la gente es demasiado incivilizada para estas cosas; aquí cada uno va a lo suyo y, en este plan, no puede ser.

¿Incivilizada? ¿Quería eso decir que en Inglaterra sí, que allí sí que era posible la práctica múltiple de las treinta posiciones fornicatorias previstas por ese ritual de la sexualidad que es el erotismo taoísta, Perros en Otoño incluida? La misma estúpida discusión, las mismas estúpidas conjeturas y sospechas que por la mañana, en el bar aquel de la plaza San Jaime, después de ir a pagar la luz y el gas y de que ella empeñara sus joyas, ayer, no, sí, ayer, lunes, pero no por la mañana sino por la tarde, tras acompañar a los Plutos a su cita con la comadrona, todos en el coche de Adolfo, mientras esperaban en un bar, y Adolfo buscaba aparcamiento y la sirvienta debía estar ya introduciendo a los Plutos en aquel ambiente de reverberancias blanquecinas atemperadas por la penumbra, donde no tardaría en resonar la voz de hombre de la comadrona, sobresalto no imputable al desacuerdo existente entre su timbre de voz y las cariñosas palabras con que sin duda acogería a Maricoña, ni a la naturalidad con que se expresaría durante la preparación, como si en lugar de proceder a dilatar el cuello de la matriz le estuviera haciendo las uñas, sino a algo a la vez más superficial y más inquietante, en virtud de su misma irrealidad, la sensación que pudiera provocarnos, por ejemplo, la aparición de un payés mejilludo con los labios pintados de rouge; una discusión replanteada tal vez en este caso, a modo de recurso, como medida de distracción, tema polémico que les desahogara o relajara aunque sólo fuera por unos momentos, el tiempo de esperar, en una mesa desagradablemente próxima al vaivén de la puerta, que se les reuniera Adolfo y, en su compañía, aguardar el regreso de los Plutos, en una especie de ensayo general de lo que debía producirse pasado mañana, todos a la espera del feliz advenimiento de lo que no ha de nacer, álgebra maligna hecha carne, ni X ni Y, incógnita definitivamente despejada, epifánico aborto. Esta tía, con sus dedazos de marimacho, que te hace ver las estrellas con sólo tocarte. Es que es tortillera y se ponía como loca contigo, ¿no te has dado cuenta, Mariconño?, dijo Pluto. Y Mariconño: pues, hijo, será que no me gustan las tortilleras. Y Pluto: siempre he dicho que eres una estrecha. Y Mariconño: espero que el médico tenga mejores manos y que sea verdad lo de la anestesia, aunque te juro que, en el fondo, la pupa es lo de menos, te lo juro, Nuria. Te haces a la idea de que vas a pasar un mal rato y lo pasas y ya está, decía, ya está, más animada, desde luego, y también más tranquila que Nuria, una Nuria totalmente incapaz de prestarle el aliento moral que, en principio, podía suponerse que correspondía a su papel en todo aquello, crispada, sombría, casi lóbrega, agazapada en el fondo del coche, como agotada por la breve carrera bajo el aguacero, desde la puerta del bar, o aturdida aún por el furioso repiqueteo de la lluvia contra el inútil paraguas, o abrumada ya por la redundante sentencia del

limpiaparabrisas en marcha durante todo el camino, desvelando el gris con su reiterado no, no, no, peor, más anulada que por la mañana, cuando Raúl llegó con tanto apresuramiento como retraso al lugar de la cita, una tasca de la plaza de la Villa de Madrid, para encontrarse con que tampoco ella había llegado, y él, que por no entretenerse estaba sin tabaco desde que salió de casa, todavía dudaba entre pedir un paquete en la barra, donde era seguro que no tendrían su marca, o llegarse hasta el estanco, solución siempre más aconsejable, ya que si bien su marca no le traía forzosamente buena suerte, tampoco se la traía mala, y eso era algo, y además el estanco estaba a dos pasos y nadie, absolutamente nadie, podía haber previsto la murga que representa un ama de casa comprando christmas, su detenimiento, sus monsergas, sus monederos, sus molletes, sus monsergas, sus historias, sus repugnantes cálculos, sus monsergas, su empastada unción de mujer sexualmente iniciada y socialmente respetable, demorándose plácidamente en cada elección, exponiendo sus gustos, razonándolos, no tanto, evidentemente, por la impresión que su personalidad pudiera causar en el estanquero, como en la improvisada audiencia de público que su moroso proceder no hacía sino incrementar por momentos, y en última instancia, por el placer puro y simple de formular en alta voz sus opiniones y gustos personales, no, nadie podía prever semejante pérdida de tiempo, de modo que, cuando volvió a la tasca, Nuria ya estaba esperándole, todavía con ese algo atónito de persona recién despierta, menos mal, pensé que llegaba tarde, dijo. Es que llegas tarde, dijo Raúl. Bueno, hijo, más tarde llegas tú. ¿No hay tiempo de que me tome un café con leche? Y Raúl: no, no hay tiempo, y renunciando a toda explicación, la tomó del brazo y, casi corriendo, la llevó por Canuda hacia Puerta del Ángel, dejando que ella perdiera el aliento contándole que le habían telefoneado Mariconcha y Aurora, que por eso llegaba tarde, que habían quedado para lo de la comadrona, que Aurora había estado extrañamente simpática, que le había dicho que por qué ella no iba a su casa mientras los demás acompañaban a los Plutos, yo le he dicho que por Mariconcha, pero mira que si tu Aurorita es bollera de verdad y lo que quiere es tirárseme, si no, no lo entiendo, francamente, ella debe saber de sobras que no le tengo especial aprecio, espera, espera un poco, no puedo más. Entraron en los locales de la Catalana de Gas y Electricidad, Puerta del Ángel, 20 y 22, a las trece en punto, justo cuando el ordenanza ya estaba haciendo girar la puerta de barrotes que separa de las oficinas en general la sección de ventanillas de pago, dando apenas margen a que Raúl y Nuria se colaran, a diferencia de dos mujeres que venían detrás, dos amigas o parientas o vecinas, en fin, dos mujeres que tras el chasquido de la cerradura, aferradas como reclusas a los barrotes, comenzaron inmediatamente a lamentarse, a

rogar al ordenanza que les dejara pasar, exponiendo simultáneamente diversos argumentos de carácter más o menos patético, vivían lejos, les iban a cortar la luz, bien había dejado pasar a aquella pareja de jóvenes, etcétera, al tiempo que el ordenanza, hombre sin duda de criterio rigorista, sacaba con calma la llave de la cerradura. Entonces estaba abierta y ahora está cerrada, dijo, no pudiendo ocultar el goce de sentirse, aunque sólo fuera por breves momentos, brazo ejecutor de un poder inapelable, así cuando otorga como cuando deniega, sus rasgos inflados y mortecinos, pasajeramente reanimados por un chispazo despótico, amos, amos, con la delectación que encuentran ciertos espíritus –oscuro desquite de todas las injurias que la vida inflinge– en el hecho de poder dar personalmente una mala noticia a los interesados, a los allegados más directos de la víctima de la desgracia, esa clase de delectación que experimenta quien –siempre hay un quién, agente de la autoridad, testigo ocular o mensajero espontáneo– cumple el penoso deber de participar –al principio como sin atreverse a mirar a la cara del angustiado destinatario del mensaje– la triste, la trágica nueva, un mortal accidente, por ejemplo, su vítrea escrutación, después, al puntualizar certero: abrasado, algo horroroso, su seguro acecho de la reacción catártica, de que el otro exteriorice de una vez el dolor que le embarga, descarga emocional con frecuencia de tal fuerza que acaba hasta por contagiársele a uno, por hacerle sollozar a uno, es decir, a nuestro mensajero, desahogarse en lágrimas, buscar el alivio, la paz interior, sentir firmes deseos de rehacer su vida, de mejorar, comportamiento que a su vez no suele sino potenciar la intensidad de la respuesta emocional del resto de los presentes, contribuyendo a la general desesperación y al atolondramiento y al paroxismo, un fenómeno de raíces sin duda similares al de la afición a los seriales y dramones que se manifiesta en el gran público, a llorar por lo que uno ha hecho cuando llora por lo que sucede en escena, a expiar la propia culpa mediante la propiciatoria expiación representada, pecados que atentan contra el vínculo familiar generalmente, un adulterio de infortunadas y ejemplares repercusiones, la premeditada marginación de los padres por parte del hijo que ha prosperado y ahora se avergüenza de ellos, el cobarde aborto cometido por el qué dirán, etcétera, etcétera, cuestiones de higiene mental a las que probablemente no era ajeno el caso que nos ocupa, como parece probarlo el hecho de que, cuando Raúl y Nuria salieron, el ordenanza, siempre a través de los barrotes de la puerta, que únicamente abría para permitir la salida de cuantos quedaban dentro, aún seguía de charla con las dos mujeres, atento a sus problemas, en la actitud de quien intenta ponerse en el lugar del otro, asumir sus puntos de vista acerca de la vida, dándoles sin duda algún buen consejo, alguna orientación acertada de cara al futuro.

Un itinerario muy semejante al de hoy, con las pequeñas variantes que se dan en cualquier motivo artesano repetido hasta la obsesión, pues del mismo modo que a partir de la plaza de la Villa de Madrid habían llegado a Puerta del Ángel por Canuda y no por Vertrallans y Santa Ana, así, al llegar a la avenida de la Catedral, en el punto conocido por plaza Nueva, desde Arcs y Puerta del Ángel, a diferencia de hoy, habían continuado por calle del Obispo y plaza San Jaime, hasta el número 6 de Jaime I, discreta puerta de acceso a la sección de pignoraciones o empeños de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad, a cuya sede central se accede por Ciudad 1. Otras diferencias: la feria de belenes y ramas de delante de la catedral quizá no estaba aún propiamente inaugurada, y en lugar de lluvia, a modo de esas treguas que no tienen otro objeto que minar la moral del enemigo, era el ambiente de humedad neblinosa, la luz como un halo color zumo de limón que parecía acolchar las cosas, los sonidos, tránsito como amortiguado, fachadas aisladas, farolas espectrales, gente apresurada y callada, se diría que bajo una sensación de amenaza, con frío y sudando al mismo tiempo, calles y plazas que, a diferencia de las calles y plazas del Londres de Dickens o del París de Balzac y, apurando mucho, hasta del Madrid de Galdós, no habían encontrado y tal vez no encontrarían jamás un fiel cronista de sus grandezas y sus miserias, de sus dramas anónimos y cotidianos, un Balzac que tanto la hubiera gozado ante el espectáculo de la sala de espera del Monte de Piedad, ante la posibilidad de apreciar los mil matices que distinguen a las personas que allí se dan cita, desde las gentes más humildes, sea por su origen, sea por venidas a menos, pero en todo caso de pobreza honrada y loable honestidad, madres abnegadas, esposas ejemplares, hijas amantísimas, hasta la más variada gama de sujetos de diversas figuras delictivas, rufianes, proxenetas, estafadores, prostitutas, homosexuales, usureros, tahúres, así como ladrones en general, en todos los grados y de todas las especialidades, cada uno con sus problemas, cada problema un entresijo, situaciones conflictivas que, dada su peculiar materia, sólo nos sería posible definir de un modo riguroso recurriendo a las sutilezas de la terminología jurídica, las finas distinciones con que, gracias a tal lenguaje, podemos establecer entre los complejos elementos que concurren en una mujer que va a empeñar sus joyas, por ejemplo, una querida, sin lugar a duda, en relación enfitéutica con alguien que la mantiene: la diferencia que hay entre propiedad de una cosa –su propio cuerpo, en este caso–, posesión –la del enfiteuta– y dominio –el del chulo– en cuyo beneficio empeñaba a todas luces sus joyas, constituyendo así en relación a éste una nueva relación de enfiteusis, sólo que de sentido inverso a la primera, el dinero obtenido en posesión del chulo y los servicios consecuentemente a él exigibles bajo el dominio de ella; vidas, en

resumen, que se prestan a conjeturas infinitas y juicios insondables, así reunidas ante el ojo penetrante del genio creador, de aquel clima de ansias y ansiedades, en aquel ambiente truculento, poblado de estrecheces, pasividades, deudas, esfuerzos, cálculos, desilusiones, empeños, desempeños, amortizaciones, intereses, caja de miserias y monte de sordidez. Un ambiente propicio, por otra parte, tanto al diálogo, a la confidencia y hasta a la indiscreción, de acuerdo con los lazos de solidaridad que tienden a crearse entre compañeros así de espera como de pesares, como a la desconfianza y al distanciamiento receloso o vergonzante, el de la anciana señorita de aspecto monjil y reprobatorio, por citar un ejemplo, la vieja que al tiempo que procuraba evitar todo contacto con su vecina de banco –una cuarentona arruinada y emputecida, marcada por la degradación implorante de la fornicadora ya muy baqueteada, por la triste disposición de quien se conforma aunque sólo sea con cuatro puntadas– al tiempo que se recogía en su abrigo casposo, al mismo tiempo, vigilaba alerta, defensiva, a todos y cada uno de los presentes, valvas cerradas sus rasgos en los que no era difícil adivinar la nostalgia de una Barcelona como ella venida a menos, la Barcelona de su juventud, la familiar Barcelona de la calle Fernando y Petritxol y Puertaferrisa, de la calle Ancha, calles en las que se podía vivir y se vivía, y el ritmo de la vida era minucioso y afable como en una mercería, lo contrario a la Barcelona de hoy, llena de desconocidos y desconsiderados, llena de peligros: los coches, los sinvergüenzas, los apretujones del metro, los ladrones, los resbalones, las caídas, las gitanas, los borrachos, y, por encima de todo, el exhibicionista, ese hombre de satánica verga trempante que acecha en las calles solitarias del oscurecer; consideraciones a las que en el pensamiento de aquella maldita vieja –uno de esos cuerpos híbridos, marchitados por la virtud, a los que uno tiende a considerar sujetos desde siempre a periódicas secreciones de humores más que, cuando tenía la edad, a menstruaciones o reglas propiamente dichas– no escapaban seguramente la propia Nuria y el propio Raúl, juzgados sin duda más severamente si cabe que por el tasador, cuya forma de mirar a Nuria entre las pestañas rubias, irónico, condescendiente, en la intimidad como de confesionario de la cabina de pignoraciones, evidenciaba su convicción de que la operación de empeño de cuatro chucherías de hija de familia –medallitas, pulseras, pendientes, el reloj– no era sino la fatal factura de evaporados derroches y nocturnos placeres, impresión que Nuria se esforzaba inútilmente en disipar con su charla, de una animación tan excesiva e injustificada, que incluso podía hacer presumir al tasador que la alocada muchacha se hallaba al borde de la prestación carnal, de la prostitución episódica, quién sabe si impulsada por su silencioso acompañante, su novio, su gigoló,

seguramente. Prefiguración hiriente y cruel réplica de la imagen que, poco después, en la cafetería de la plaza San Jaime, ellos mismos, Raúl y Nuria, podían haberse formado respecto a la pareja trasnochada y pachucha que ocupaba una mesa vecina: ella, una mujer de cabello retenido hasta su conversión en fibra sintética, de aspecto más bien adinerado y duro, característico del dominio moral que la superioridad económica infunde así en las naciones como en las personas; él, igualmente maduro y no menos consciente que ella en lo que al papel del dinero se refiere, incluso en el terreno de las relaciones eróticas, a la inferioridad que de su no posesión se deriva, lúcida comprensión que se traslucía no sólo de su pulcra presencia –esa pulcritud obligada de quien no tiene ya otra ropa presentable que ponerse– sino, sobre todo, de la deferencia algo tirante de su trato –el envaramiento propio de la dignidad ofendida– así como de sus maneras pasadas de moda, el énfasis con que se quitaba las gafas de sol, por ejemplo, o el rictus, rictus más que sonrisa, de su boca, tics amargos y una corrección mantenida más allá de toda humillación, de todo sufrimiento; la corrección desolada del hombre que sabe encajar o, más sencillamente, del majadero.

Habían entrado en la cafetería como llevados por la euforia y reconfortación que implica encontrarse repentinamente liberado de los apremios económicos más inmediatos, bajo ese impulso de meterse ante todo en alguna parte, a recapitular, antes de que esa misma recapitulación empiece a ensombrecer el inicial y precipitado aturdimiento de la celebración, antes de que un recuento aproximativo de sus pequeñas deudas frente a las cuatro mil pesetas cobradas les hiciera ver que, de hecho, una vez saldados todos los préstamos, su situación no sería mucho más desahogada que antes de empeñar las joyas, que les iba a sobrar, como quien dice, para pagar el café que se estaban tomando y gracias, paulatinamente acallados y hostiles de nuevo, en agudo contraste con el activo movimiento de la cafetería, con su clientela vinculada, por lo general, al trabajo de los centros oficiales contiguos, un público que se renueva continuamente, dinámico, expeditivo, gente habituada a otro ritmo de vida, a un tiempo medido y organizado, a un rendimiento constante en la realización de lo concreto; personas cuya mera presencia suele acentuar la desalentadora sensación de marginación y anormalidad de la vida de uno, incierta, casi parasitara, por más que la desenvoltura de que en su comportamiento hace gala toda esa gente, no deje de estar basada, para cualquier espíritu reflexivo, en la seguridad insensata e irresponsable de quien va por el mundo ignorando que el hombre no es un ser racional compuesto de alma y cuerpo. ¿Cómo no sentirse hasta cierto punto en falso –vida desordenada, clandestinidad, amores problemáticos, dificultades económicas, irrealizadas ansias

creadoras, sórdidas actividades legales, abortos, pignoraciones– hasta cierto punto, o mejor, en cierto modo, ante la salud física y moral de una persona como ésta, pongamos por caso, de una mujer como ésta, una mujer de alrededor de treinta años, catalana sin duda, que toma su breve café con una amiga o compañera de oficina en una mesa próxima; en falso y minimizado ante la multiplicidad de planos en que, con toda seguridad, es capaz de desenvolverse simultáneamente? Una mujer con la viveza lozana y el sereno aplomo que son fruto de un organismo en perfecto estado de funcionamiento: regularidad en el ciclo periódico, así como en las diversas fases del proceso digestivo, neurovegetativo impecable, completo equilibrio síquico; una mujer de complexión vigorosa y aspecto deportivo, curtida, con el sano bronceado que da la práctica del esquí, ágil de gestos y de risa armoniosa, los labios de lesbiana, tan eficaz secretaria personal de algún jefe de negociado, probablemente, como eficiente ama de casa y solícita madre de familia en el hogar y puntual adúltera en su vida privada, sin que nada de todo eso obstara para que también ella –acabado el café, recostada en su asiento, envuelta en el humo del cigarrillo– recurriese en más de una ocasión a la risa estudiada y cantarina de la mujer que se sabe observada por un libertino. Pues era en ella, indudablemente, en quien se centraba la atención del crápula, su mirada de ojeras violáceas, cargada de libidinosos designios, en ella y no en su compañera de mesa, contra lo que de primera intención pudiera creerse, pese a ser la amiga de una de esas mujeres –no necesariamente maduras– que, sea por cierta lasitud en los rasgos, sea por la coloración de su tez, con malvas y marrones, o sobre todo, sea por la tenebrosa hondura de sus pupilas, tienden a sugerirnos, o mejor, incitarnos, a practicar con ellas todo género de perversiones; en ella, en la catalana, y no en la amiga de origen impreciso y lasciva apariencia, en la catalana madre de familia y secretaria de algún jefe de negociado, ya que si bien a primera vista podía pensarse que era a la otra a quien el joven crápula dirigía sus miradas, intentando establecer entre ambos un fluido de afinidad, de entendimiento en la depravación, sería no sólo precipitado sino totalmente erróneo excluir la posibilidad de que fuese justamente ella, la catalana, la secretaria y madre de familia, quien constituía su verdadero objetivo, en razón, precisamente, de su fresca naturalidad, de su jugosa constitución, elección con la que el joven crápula se acreditaba, por otra parte, al tiempo que como hombre de gustos difíciles, como penetrante conocedor de las profundidades del alma así como del cuerpo femeninos, de lo que una mujer como la secretaria catalana puede llegar a dar de sí, las dulces, selectas palabras de que es capaz, las inspiradas expresiones encarecidas por el empalagoso acento, los apasionados términos de amor que alcanza a emplear y que nadie

imagina, ni en su medio familiar ni en sus relaciones de trabajo; su fervorosa, enfebrecida forma de entregarse; su sexo de trazo grueso, poderosamente labiado. Y sin embargo, también se engañaría nuestra secretaria y madre de familia si creyese que era ella el único objeto de los deseos del crápula, de su ojerosa fijeza de obseso; ella, es cierto, pero igualmente el bocadillo de jamón que devoraba ante un café corto y un cigarrillo a medio fumar; más aún, podría incluso afirmarse que, por el valor de su carga simbólica, era el bocadillo de jamón lo más importante para él en estos momentos, la expresión más totalizadora de los encontrados pensamientos y sentimientos que lo embargaban, de sus apetitos más imperiosos, comer, beber, fumar, tirarse con los ojos a la mujer aquella, todo a la vez, dominándolo, abarcándolo todo a un tiempo, la mente a mil, sus cálculos entremezclados a lujuriosas imágenes y desenfrenados proyectos, típica estampa del ser presa de la reacción canibalesca que suele desencadenar la obtención de algún ingreso inesperado o muy esperado, producto del cohecho, la herencia, la especulación o la prevaricación, reacción por otra parte extensiva a sus dos acompañantes, a su ferocidad devoradora: no comer, asir el bocadillo, dentellearlo, asimilarlo, zampárselo en un santiamén, en un decir Jesús, como el pez grande se traga al chico, incorporándoselo con todas sus proyecciones y valores emblemáticos, como en las tribus primitivas los cazadores se incorporan el corazón de sus presas, mientras comentaban la impresión favorable –a juzgar por su voracidadde la entrevista que acaban de celebrar en algún despacho del Ayuntamiento o de la Diputación o de la Caja de Ahorros, impresión que, de ser cierta, bien podía constituir el punto de partida de un excelente negocio del que todos iban a sacar su beneficio, su porcentaje, su comisión, el joven ávido y libertino, su socio, el intermediario y hasta el gran ausente, la personalidad que acababa de recibirles, el otorgante del favor, todos con el pensamiento puesto ya en el bocado, dispuestos a aferrar su parte como ahora aferraban el bocadillo, como si de dos nalgas se tratase, si bien los proyectos difiriesen según el caso personal de cada uno, más ambiciosos, sin lugar a duda, en el joven crápula, como en el jugador que quiere aprovechar la racha o en el estratega que explota con ininterrumpidas presiones la victoria obtenida, más ambiciosos y también más imaginativos, iluminados por los flashes de las instantáneas en color que le muestran a uno todo a lo que el dinero da acceso, mujeres todavía más seductoras, hoteles de lujo, placeres feroces, en tanto que su socio, un hombre de más edad y, sobre todo, más cascado por la vida, con todo el aspecto de aportar más que nada, junto con el conocimiento de los mecanismos burocráticos, la experiencia de repetidos fracasos, se entregaba a cálculos obviamente más modestos

o realistas, dificultados por el esfuerzo de estar simulando escuchar con reverencial interés la historia que contaba el tercero del grupo, el elemento relacionador, el intermediario, para quien todo aquello formaba parte de su cotidiana rutina, como muy probablemente la misma historia que estaba contando, un plan, que estuvo a punto de salirle el último fin de semana, algo escasamente verosímil en un hombre de sus años, pero que el otro, el socio, el pobre diablo, fingía seguir como pendiente del desenlace, amparándose con deferencia servil –compensadora de la manifiesta falta de atención de su vicioso y joven asociado– en una expresión de hombre entre divertido y admirado, casi incrédulo, sólo traicionado en sus cálculos por la evidente vaciedad o ausencia que velaba su mirada, consideraciones relativas a las letras que podría pagar y a las diversas deudas ya no por más tiempo prorrogables que podría liquidar con el final feliz de todo aquello, el chollo que esta vez acaso iba a caer, bajo los auspicios del confortable ambiente de una cafetería y el tono bonancible de la conversación, ahora centrada en la belleza singular de determinado paisaje, el objeto del negocio en cuestión, posiblemente, con esa peculiar satisfacción que suele producir la posibilidad de aliar negocio y belleza, propicia a la revelación de un arrebatado lirismo y de unos elevados sentimientos, insospechados, incluso, para el propio ser que los formula, el industrial que decide bautizar personalmente un producto de inmediato lanzamiento, por ejemplo, un nuevo champú, pongamos por caso, que bien pudiera llamarse Solivent, un nombre poético a la vez que pegadizo. Luego, la convencional disputa por pagar, los gestos de sacar la cartera como si fuera un revólver y, como si efectivamente se tratara de un revólver, para impedírselo al contrario, para adelantársele, hasta en eso más rápido y seguro o con mejores reflejos el más joven, el ávido, el crápula, todavía limpiándose la encía con la lengua, en tanto sacaba unos cuantos billetes verdes sujetos por una pinza de plata y separaba uno de ellos haciéndolo crujir entre los dedos y lo ponía sobre la mesa sancionando su valor de un manotazo, con la característica imperiosidad, impaciencia y dureza inclemente de las nuevas generaciones que vienen pegando, menos interesadas en el respeto a las reglas del juego –para ellos pura formalidad o farsa ritual– que en la caza de su oportunidad, siempre más combativos, más fajadores, más implacables, escalas arriba caiga quien caiga, sorprendiéndose únicamente de que el poderoso al que pretenden aproximarse para medrar a su sombra o pasar sobre su cadáver, bien por haberse reblandecido antes que endurecido con los años de lucha, bien por haberse entregado al relajo y la disipación que el disfrute de su fortuna le permite, parezca tener escrúpulos, por tiburonazo que sea, en hacer sentir a los demás, con la máxima tangibilidad, el verdadero peso de su poder, algo incomprensible para

aquel que abriga unos ocultos sentimientos agresivos semejantes a los de ese joven erudito que, al acotar su parcela de investigación, procura especializarse en alguna cuestión de segundo orden, lo bastante importante para proporcionarle cierta notoriedad, pero no lo bastante para inquietar a ninguno de sus maestros, asegurándose así el factor sorpresa para cuando llegue el momento de lanzarse al asedio de las posiciones de alguno de esos maestros, conquistarlas una por una y –la suerte del desposeído en sus manos– permitirse el placer de darle personalmente el tiro de gracia; unos modos y un talante que, hoy día, por lo generalizados, parecen desmentir de plano las lamentaciones alarmistas y agoreras de cuantos achacan a la juventud actual un comportamiento hedonista y disoluto a la vez que un idealismo excesivo, olvidando que juicios parecidos suelen repetirse en cada generación cuando en su horizonte empieza a despuntar la que le sigue, por más que en la práctica los hechos no tarden en demostrar lo contrario. ¿Qué otra imagen debían haberse formado de Raúl los hombres de Plans, por ejemplo; qué papel podían atribuirle, como no fuera el de joven abogado con aptitudes y ambiciones y bien relacionado, metido en negocios rápidos y seguros de tipo especulativo (exclusivas y patentes, construcciones, licencias, contratas de obras públicas), esa clase de negocios en los que todo es cuestión de vista, decisión y buenos padrinos?

El poder asignativo de la palabra, su facultad de estereotipar la vida cotidiana, de interponerse entre uno y las cosas, entre uno y los otros, entre uno y sí mismo; como el tímido que en su trato con el hombre de la calle, a fin de ocultar su dificultad de comunicación, recurre a bromas que ha visto utilizar a otros en ocasiones similares, pero que dichas por él, bien por falta de aplomo o de maña y gracejo, bien por algún defecto de exposición o matiz, corren el riesgo de no ser correctamente interpretadas y aun de ofender gravemente a su interlocutor, así Raúl se sentía como inhibido e incómodo cuando se veía obligado a responder, aunque sólo fuera exteriormente, a cualquiera de los papeles conforme a los cuales podía ser clasificado según las circunstancias. En la universidad, por ejemplo, profesor de una asignatura que no le interesaba en absoltuo, vigilando el desarrollo de los exámenes parciales, paseando amable y silencioso por el aula, haciendo comentarios por lo bajo –obviedades– con el catedrático, para dar un mínimo de verosimilitud a todo aquello; los encuentros con sus colegas, en los pasillos, en los patios, en el vestíbulo, la necesidad de adoptar un paso decidido, sin que se le notara que ya los había visto aproximarse en dirección convergente, mientras preparaba algún saludo a la vez original y convencional, adecuado al tipo de relación que les unía, y luego, casi como quien tropieza, una súbita expresión de sorpresa, una sonrisa de inteligencia,

la frase atropelladamente dispuesta. O cuando, de golpe, al morir el señor Rivas, se convirtió en novio de Nuria, y la gente que acudía a la casa de la viuda siempre encontraba el momento de preguntarle, entre presentaciones y pésames y frases relativas a lo terrible del caso, si hacía mucho que eran prometidos, y él, como urgido por cualquier problema inmediato al que debía hacer frente, decía perdone un momento, y en la pieza contigua se unía discretamente a cualquier grupo demasiado atento al desarrollo de la conversación para advertir su presencia, o puntualizaba cualquier cuestión de detalle con el servicio o, simplemente, se encerraba en el baño a fumarse un cigarrillo. La misma sensación de extrañeza, o mejor, de equívoco, que no con menor intensidad había experimentado cuando aún pertenecía al comité universitario y Escala le había llevado a una reunión de comisiones obreras, presentándole como el camarada responsable del sector universitario, que os va a explicar en pocas palabras algunos pormenores de la lucha que están desarrollando y de sus expectativas políticas. ¿Qué contar, no ya de la lucha y sus expectativas, sino de la universidad misma, a los camaradas de las comisiones obreras? ¿Qué podía contarles él? ¿Que había estudiado derecho sólo por no disgustar a su padre? ¿Que, de entre todas las carreras, abogacía era la que más detestaba y que éste era el motivo, justamente, de que la hubiera elegido, para distanciarse al máximo de la vida universitaria propiamente dicha? ¿Que las actividades extraacadémicas realizadas en este sector, es decir, las actividades políticas, distaban mucho de ser lo que Raúl había imaginado cuando entró en el partido? ¿Que las perspectivas de una clase de lucha como la que se estaba desarrollando eran más bien pobres, y escasas las posibilidades de mejora dentro de la actual línea política? ¿Qué podía contarles, qué, sin dejar de decir lo que se esperaba que dijese y, al mismo tiempo, sin faltar a la verdad, sin desconcertar ni confundir aquellas expresiones difíciles y atentas, que le contemplaban como se contempla lo exótico, a un tiempo recelosos, con el recelo instintivo de cualquier colectividad hacia cuanto no pertenece a ella, y reconfortados, bajo el efecto del espaldarazo moral que suele dar a los miembros de una de esas colectividades el comprobar que sus principios y normas de conducta tienen vigencia incluso más allá de sus propias fronteras? ¿Cómo explicarles, en pocas palabras y en estas circunstancias, los conflictos ideológicos que se planteaban en el seno del sector universitario, precisarles las diferencias doctrinales que escindían a los estudiantes en diversas facciones, hacerles ver que, con todo y contra lo que pudiera parecer a primera vista, aquella situación representaba un progreso en relación a la universidad de unos años atrás, la universidad que él aún había alcanzado a conocer, una universidad definida por la catetería de los catedráticos y el vegetar

inane de los estudiantes, un ambiente que en virtud de su total y nítida vacuidad hacía obvia la necesidad del compromiso político, de pasar a la acción, de integrarse en la única organización que, precisamente en la medida en que era considerada como negación de todos los valores vigentes, se revelaba como la única salida, esto es, el partido comunista, el partido comunista a secas, sin más distingos ni sutilezas, algo sin duda mucho más claro, más natural, más sano, desde el punto de vista de lo que su auditorio esperaba oír? La universidad de antes, sus funciones: no atender a la formación del alumnado; mantenerlo a raya. No educación; doma descarada. No comunidad vocacional entre enseñantes y enseñados; hostilidad, enfrentamiento, la ley del embudo entubado, del trágala perro, del más fuerte. No guía; palo duro y seco. No ejercitamiento de facultades; policíaca detectación del punto flaco, del pie flojo, del tendón de Aquiles. No voluntad de estímulo; despótica imposición de fárragos seleccionados en función de su capacidad de inhibir, de embrutecer, de abrumar. No, nada en ella que pudiera evocar el sereno clima de invitación al estudio de una prototípica universidad centroeuropea, por ejemplo, ningún punto de contacto, tampoco, con la educación anglosajona, dirigida no sólo a la asimilación de conocimientos sino también, como ya es tópico, a la forja de caracteres útiles a la sociedad y, más particularmente, al Reino Unido; no, nada en común con todo eso en la universidad española de la posguerra, centro de expedición de títulos académicos al que los alumnos acudían no tanto por vocación o voluntad propia como porque así lo requería el status social de sus padres, y donde lo único que importaba de la carrera era ganarla, es decir, obtener el título, singularmente el de abogado, que, como todo el mundo sabe, abogacía es la carrera que tiene más salidas, la que más ayuda a defenderse, a conocer lo que es la vida, fideicomiso, enfiteusis, usufructo, usura, un pacto en cualquier caso, hijo mío, figura o ficción jurídica. Un título que, en definitiva, garantiza la paulatina familiarización de quien aspira a conseguirlo, en el curso de los cursos, con la jerga del oficio, casi igual a como uno se familiariza con los hábitos heredados de la tradicional picaresca estudiantil, entre clase y clase, entre bar y patio, y algún follón saludablemente gamberro, alguien al lago, por ejemplo, un viejo bedel o un tipo bien pijo o uno muy de pueblo, y la iniciación en el tasqueo y en las canciones y los libros empeñados, etcétera, y la episódica frecuentación del prostíbulo, y el siempre más asequible recurso a la paja, y los tímidos intentos de estupro a propósito de determinada compañera de curso, o simplemente una chica que conozco que está un rato bien y con la que seguro que hay plan, tentativas por lo general resueltas en el sacramento del matrimonio, conforme a los derechos más canónicos, en fin, cosas de jóvenes, fases que hay que

pasar y que pasan, y son sustituidas por un creciente sentido de la responsabilidad, del que la formalización del noviazgo es sólo uno de sus síntomas, una de tantas facetas del deseo que nuestro joven experimenta de sentar cabeza de una vez, de encarrilarse, de olvidar las locuras que ha cometido o que estuvo a punto de cometer, y es así como sus ansias empiezan a reflejarse en su relación con la realidad de la vida, en el súbito interés que manifiesta por la distinción existente entre bienes gananciales y parafernales, o en la diferencia que hay entre acción y providencia, o entre demanda y querella, o en la determinación de conceptos como el de corruptela o el de vicio de forma, y hasta en cierto sentimiento de nostalgia –impropio casi de su edad– hacia instituciones tales como censos y derechos de agnación y capitulaciones entre consortes, hoy en trance de desaparecer, en aras de lo práctico y en detrimento de lo que por su antigua raigambre merece formar parte de nuestro patrimonio histórico, nostalgia que, abundando en los diversos extremos opuestos, confirma la continuada habituación a un lenguaje, el progresivo dominio de un léxico críptico y esotérico, imputable, como el de los oráculos, a la necesidad de valorar debidamente sus futuros emolumentos. ¿Te acuerdas?, dijo Fortuny. Qué diferencia de la universidad de ahora. Y lo que ha de cambiar todavía. Imagina, cuando en España haya aunque sólo libertades formales como en Italia o en Francia, imagina qué prestigio para el partido el que tú seas catedrático de Sociología y yo de Laboral, por ejemplo, ejemplos y reflexiones –mientras Raúl se preguntaba: pero qué es en realidad la sociología– de un sospechoso paralelismo o, con más propiedad, coincidencia, respecto a las alusiones de Escala relativas al papel del verdadero intelectual revolucionario, aproximadamente por las mismas fechas, cuando Raúl pasó del comité universitario al grupo de intelectuales, es decir, de la dirección de uno a la base del otro, y Escala le acompañó a la primera reunión de célula, y en su intervención, sin que en apariencia nada lo justificara, con la irritada agresividad con que el cuarentón suele acoger las juveniles iniciativas, sean del orden que fueren, en razón directa, por lo general, al grado de decaimiento del propio sexo, criticó la postura de quienes consideraban la militancia como algo similar a la mili, una obligación moral con la que se cumple durante determinado tiempo y luego se va dejando en manos de los más jóvenes, como si la actividad política y los riesgos que conlleva tuvieran algo que ver con la edad, o como si con el derrocamiento de la dictadura fuese a concluir su misión, como si en un régimen de transición de democracia parlamentaria –las condiciones ideales de lucha, según Lenin– ya no hubiera razón para seguir luchando, como si precisamente cuando llegaran al poder no fueran más necesarios que nunca, tanto por el esfuerzo que representa la construcción del

socialismo como porque sería muy ingenuo suponer que el enemigo se resignará, que no seguirá ahí, acechando, en espera de su desquite, y habrá que permanecer vigilantes y nuestros cuadros precisarán más que en ningún otro momento de dirigentes dispuestos a ocupar los puestos de máxima responsabilidad, dirigentes políticos llevados, no por ambiciones personales, como los políticos burgueses, sino por la legítima aspiración de contribuir a la causa socialista de acuerdo con la exacta capacidad de uno. Anteriormente, mientras se encaminaban al lugar de la reunión, más bien se había extendido en consideraciones de tipo práctico: la conveniencia de que Raúl cambiara su actual nombre de batalla por cualquier otro –¿Luis?– a fin de cortar todo lazo orgánico entre intelectuales y universitarios, de hacer desaparecer toda huella susceptible de establecer relaciones con el pasado, que la policía nunca pudiese relacionar al Daniel de entonces con el Luis de ahora, el Luis que iba a formar parte del órgano de propaganda del comité de intelectuales, en conexión directa con Blanch, secretario de la célula y camarada responsable de la propaganda del comité. No había ningún inconveniente, en cambio, en que los miembros de la célula utilizaran entre sí sus verdaderos nombres, porque nada menos sospechoso que lo natural, y nada más natural que un médico, un abogado y un licenciado en filosofía sean amigos, se reúnan a hablar de vez en cuando. Pero para cualquier otro miembro de las diversas células que componen el grupo de intelectuales, para cualquier otra clase de contacto, atenerse a su nuevo nombre, olvidar el antiguo, no mezclar bajo ningún concepto a sus antiguos camaradas universitarios en su actividad actual y, mucho menos, a los Lucas, a los Esteve, a todos los que, para nuestra suerte, se han ido bajando del tren, que ninguno de estos intelectuales de pacotilla imagine siquiera que estás integrado en el secretariado de propaganda del comité de intelectuales de Barcelona, donde ahí sí que hay cabezas de verdad, científicos, investigadores, economistas, profesionales, artistas, personas de prestigio reconocido en sus respectivos terrenos, cuya pertenencia al partido sólo es mantenida en secreto por elementales razones de seguridad. De tus compañeros de célula, Ruiz es tal vez el de mayor penetración analítica, pero Blanch tiene más capacidad de síntesis.

Se reunían en casa de Blanch los sábados por la tarde y su mujer les sacaba jerez y pastas. Habían acordado despachar primero los problemas prácticos: reorganizar el sistema de casas-estafeta con vistas a la recepción de maletas de doble fondo con material impreso; comprar una máquina de escribir que se utilizara exclusivamente para picar los clichés de la ciclostil; asignar a cada célula del grupo un número determinado de los nombres y direcciones de las personas a las que se enviaba propaganda por correo, con objeto de diversificar al máximo las características de los sobres empleados y –todavía más

importante– los buzones y las horas de distribución; los elementos de laboratorio fotográfico necesarios para poder enviar a París los negativos de las fotocopias de informes y documentos en lugar de los originales; cuotas y ayuda económica de simpatizantes, etcétera. Después, si había tiempo, un rato de discusión ideológica, tomando como base las últimas publicaciones del partido o algún texto clásico; Raúl propuso La Sagrada Familia, pero Blanch dijo que era preferible el Manifiesto donde, de hecho, estaba todo. Ruiz hablaba poco, distraído a veces, se diría, por la elección de alguna pasta de la bandeja, que terminaba por escoger de modo casi furtivo; también a él le sudaban las manos, y era flaco, afilado, miope, con un rictus avaricioso en su cara como de bruja. Por lo general, no obstante, cuando acababan con las cuestiones de orden práctico, se limitaban a comentar la actualidad política nacional o internacional, y Blanch se exclamaba de lo mal organizada que estaba en España la asistencia médica del Instituto Nacional de Previsión. Mira que llega a tener pencas esta gente, decía, y se acariciaba los bigotes. Sacó un ejemplar de Paris-Match, con un reportaje sobre España. Lo guardo por la parte gráfica, francamente buena; pero el texto es tan reaccionario que parece subvencionado por el Ministerio de Información y Turismo. No ven –o no quieren ver– más que lo folklórico, lo typical spanish; es tremendo. ¿Y la lucha del pueblo español, qué? Lo que al marxismo le hace falta es una metafísica, dijo Rois, y enrojeció. Tirant se acarició los bigotes. Es interesante, dijo. Habló de sus diecisiete años de militancia en diversos puntos de España, y de las once caídas a las que había escapado antes de instalarse en Barcelona, todas rozándole; hablaba lentamente, con ojos ensimismados, con una como somnolencia contagiosa. Una sola imprudencia puede echar por tierra la labor de varios años. Y entonces, vuelta a empezar desde el principio. Por eso considero que todas las precauciones son pocas; hay que saber guardarse, que, cuando caiga Franco, el futuro del partido dependerá de los militantes que estén entonces en la calle, no de los que estén en la cárcel. El de Corella asintió, o acaso sólo acabó de tragar una pasta masticada con excesiva precipitación. En cualquier caso, con toda evidencia, el objetivo de aquel intercambio de puntos de vista sobre la realidad política no era otro que el de buscar en la realidad ejemplos o pruebas de la teoría, reafirmar las propias convicciones, oírse el uno al otro reafirmándolas y –¡arriba esos ánimos!alentarse al unísono, sin suscitar dudas, sin poner pegas o plantear posibles discrepancias respecto a las interpretaciones de los hechos obviamente intuidas como ideológicamente correctas y, en tal concepto, aprobadas de antemano en un clima donde la insistencia crítica quedaba tácitamente fuera de lugar, por razones semejantes a las que en una comunidad de vecinos, por ejemplo, la convivencia se

haría imposible de no desentenderse cada uno de la intimidad de los demás, de no saludarse cortésmente los unos a los otros al encontrarse en el portal, cada uno haciendo como que ignora todo lo que sabe del otro, controlando al extremo los sentimientos de conmiseración o regocijo que, según el caso pueda estar experimentando, pacto implícito de buena vecindad sin cuyo acatamiento sería insoportable el simple hecho de tener que compartir la misma escalera, el mismo ascensor, con los restantes inquilinos de un edificio donde todo acaba sabiéndose, los apaños de cada uno, los arreglos a que obliga la vida, que imponen las circunstancias, el tiempo que pasa, cosas como que el señor Sancho, a sus años y con sus achaques, aún se las compone para tener contenta a la propietaria de una mercería, o que mucho deben los Valls del quinto segunda a que ella ha sabido entenderse con el jefe de la oficina en que trabaja el marido, o que al chico de la portera, al Pepito, le habían dado por el culo, y que desde todo el patio se oían sus lloros cuando los padres descubrieron la hemorragia, cosas de las que nadie se da por enterado en presencia de las personas directamente afectadas y que, en el supuesto de que excepcionalmente, en un acceso de cólera o agresividad histérica, alguien se atreviera a quebrantar la regla, no dejaría de ser unánime y duramente criticado por sus convecinos. Y así como al psicópata con manía persecutoria la misma marcha de los acontecimientos suele ofrecerle una holgada base en que cimentar su obsesión, así a Tirant y a Curial les bastaba la cotidiana lectura de la prensa para encontrar pruebas suficientes del declive del capitalismo frente a las grandes conquistas del socialismo, cuyos reveses, a diferencia de los experimentados por el mundo capitalista, no constituían sino los obligados repliegues tácticos de todo proceso hacia la victoria, de igual manera que toda depresión orográfica es preludio inevitable de una nueva altura, de una nueva cumbre, de forma que, por extensión, las contradicciones y conflictos internos del campo socialista aparecían apenas como fabulación o fantasmagoría que ni merece ser tenida en cuenta. Pero es que hasta en un contexto cultural más amplio, la relación de fuerzas era igualmente favorable: Pavlov, los Curie, Yuri Gagarin, y, en novela, Gorki, Cholokhov, Asturias y, sobre todo, Howard Fast; y el mismo Balzac que, aunque personalmente reaccionario, su honradez profesional –como bien observó Marx– le había hecho reflejar fielmente las contradicciones propias de la sociedad de su época; y poetas como Neruda y Nicolás Guillén y Aragon y Miguel Hernández y Nazim Hikmet y Blas y la voz de Paul Robeson, social y bueno, una especie de padre, o la vigorosa fuerza popular de los coros soviéticos, o las canciones de Atahualpa Yupanqui, con más garra, aptas incluso, en los medios universitarios, para propiciar las maniobras de aproximación erótica hacia alguna

camarada, nada tiene de malo el amor libre entre camaradas, a fin de cuentas, al contrario, es casi una obligación moral, una forma más de lucha contra las convenciones burguesas, si bien estos aspectos quedaran aquí fuera de lugar, así para Tirant, juicioso padre de familia, como para Curial, por motivaciones, en este caso, de precisión tan farragosa como innecesaria por lo evidente. ¿Consecuencia, este último extremo, de la común extracción de ambos, de su indudable pertenencia a la pequeña burguesía, esa clase social a la que si algún rasgo caracteriza de manera predominante es el de la decencia, rasgo que imprime carácter incluso, o mejor, en especial, cuando uno se hace comunista, bien por tradición familiar, como en Tirant, bien por reacción a una reacción de signo contrario, como en Curial, ex seminarista antes que licenciado en filosofía, profesor de francés y latín y militante del partido? Consecuencia de ello, en efecto, pero no la única causa, insuficiente por sí sola para explicar no ya los complejos mecanismos del inconsciente, sino ni tan siquiera el mero comportamiento del sujeto ante los estímulos de la vida, ya que, a semejanza del joven de actitudes ostentosamente conservadoras, que de hecho lo son, no tanto como reflejo de posición política alguna, cuanto porque el respeto a las fórmulas que tal postura supone y a un código de comportamiento no escrito, pero consuetudinariamente establecido, salvaguarda el distanciamiento respecto a la gente que su natural tímido y temeroso necesita, así en Tirant y Curial la militancia no era sólo cuestión hereditaria o de medio familiar o social, sino también y ante todo una defensa del yo contra las asechanzas del mundo circundante. Claro que, con frecuencia, la misma dinámica de su elección, del compromiso adquirido, les llevaba a situaciones poco acordes con su temperamento, y como ese adolescente cuyo estático narcisismo, sabiamente trabajado por la zorruna experiencia de un pederasta, se ve abocado irremediablemente a pasar de las disquisiciones sobre la amistad, el amor y la belleza, sobre Platón y sobre Gide, a los hechos, así, de modo semejante, Tirant y Curial se encontraban en ocasiones ante la necesidad de realizar, en el terreno de la praxis, el resultado de sus conclusiones teóricas, participar en alguna manifestación pro amnistía, por ejemplo, o al menos en un intento de manifestación, caso de que sobre la marcha pareciera que aquella vez sí iba a cuajar, que aquella vez, por fin, la cosa iba a ser algo más que pasear arriba y abajo por la zona señalada en la convocatoria, en inquieta búsqueda, más que de caras conocidas, de gente con aspecto de estudiante o de obrero, a la espera de que en algún punto llegara a formarse el núcleo aglutinante de gritos y movimientos. Pero, aun al margen de esta clase de situaciones extremas, había momentos en que las duras exigencias de la lucha clandestina hacían que Tirant y Curial se sintieran, si no excedidos, sí

al menos abrumados por la responsabilidad de la tarea, actividades tales como recoger firmas para un documento de protesta contra las sanciones académicas, documento que había que poner en marcha y hacer circular por los diversos medios intelectuales de la ciudad con la máxima urgencia, a fin de que su publicación hiciera como de caja de resonancia de las nuevas acciones previstas por el comité universitario, que debían culminar el próximo 21 de diciembre, aprovechando las tradicionales licencias callejeras con que los estudiantes celebran la festividad de su patrón, santo Tomás de Aquino. Me temo que habrá que tomar alguna determinación, dijo Tirant. Y de repente, con el silencio cómplice de Curial, se encaró con Raúl: Luis, ¿podrías encargarte de preparar el esquema del escrito, de redactarlo? Tengo entendido que tienes cierta práctica.

Aprovechar los actos públicos organizados con motivo de la fiesta del de Aquino, una típica iniciativa de Escala, quien, al parecer, había dado las instrucciones precisas a Tirant en el curso de una reunión a la que también asistió un camarada de la dirección del comité universitario, Fortuny, por lo que Raúl pudo colegir; esto y algo más: el significado de su ausencia en una reunión a la que, en su calidad de antiguo dirigente del comité de estudiantes y actual componente del grupo de intelectuales, lo normal sería que hubiera sido invitado, tanto más cuanto que, a fin de cuentas, en cuanto profesor, seguía vinculado a la universidad; el hecho de que hubiera tenido que enterarse del proyecto –por más que los acontecimientos posteriores, caída de Obregón, detenciones en cadena, esfumación de Escala y de Fortuny, así como de la mayor parte de militantes universitarios– gracias a un momento de debilidad de Tirant, de un Tirant poseído por la desesperanza; el carácter admonitivo de las palabras de Escala cuando fue traspasado a intelectuales, subrayado por el dato de que no habían vuelto a verse desde entonces, dato a cuya luz, tanta insistencia en que interrumpiera toda relación orgánica y hasta inorgánica con sus antiguos compañeros, adquiría nuevos matices; la evidencia de que Fortuny le había sustituido en el comité universitario sin hacerle ni tan siquiera una insinuación al respecto, síntomas, en suma, que reconocía como algo déjà vu, como algo ya observado otras veces, en relación a otras personas, experiencia que le permitía tener asimismo perfecta conciencia de que los elementos por él percibidos constituían sólo una imagen inconexa, fragmentaria y parcial de un hecho de entidad mucho mayor, de acuerdo con un principio similar al que hace que la imagen de una escena, la visión de un incidente cualquiera, resulte siempre mucho más pobre si es relatada por uno de los sujetos directamente implicados que si lo es por parte de un tercero, de un espectador objetivamente situado que la contempla en su conjunto y, sobre todo, desde fuera. El mismo proceso que con

Federico, que con Adolfo, repetición en cuyo desarrollo estos procesos habían jugado, sin duda, el papel de importante prueba de cargo contra Raúl, involucrados en lo de ahora a modo de antecedente sintomático, con el agravante genérico de la relación amistosa que entre los tres se había seguido manteniendo; como en el caso Esteve, como en el caso Lucas, también ahora debió bastar que algún superior jerárquico, Escala, por ejemplo, hiciera un comentario incidental con algún miembro del grupo universitario, el que está bastante mal es Daniel, para que el juicio empezara a correr, a circular, ilustrado con diversos elementos acumulativos de carácter no tanto político como moral, la gente con la que se trataba, los amigos, Nuria, las relaciones entre ambos, sus salidas nocturnas, es decir, cualquier dato equivalente al que en su día pudo representar la pasión por el juego, por las partidas de póquer, con elevadas apuestas, descubierta en Federico, o la barragana de Adolfo, esto es, Aurora, según expresión, inmediatamente popularizada, de origen anónimo –aunque no inatribuible– y aceptación en modo alguno sorprendente, basada en el hecho de que ella y Adolfo vivieran amancebados; algo así, con toda seguridad, debió bastar para que Garrido empezara a llamarle con menor frecuencia, y la Corberó dejara de buscarle en el patio de Letras, y no tardara en llegarle que Iglesias había dicho y lo que había dicho Terrades, opiniones y testimonios tanto más decisivos cuanto más vagos y conceptuales, cuanto mejor caracterizan el naufragio de la personalidad que no puede dejar de acompañar a una tomada posición política subjetivista y errónea, posición que si en quien la mantiene es causa de su progresivo distanciamiento de la línea correcta, produce al propio tiempo a su alrededor, en el seno de la célula a la que pertenece y como lógica contrapartida, un clima de vacío, que la involuntaria o premeditada falta de iniciativa y entusiasmo del sujeto no hace sino acentuar y extender, reuniones que se celebran sin su presencia, en parte porque no pregunta, porque no hace por enterarse, en parte porque no se le avisa, ausencias que, cuando por una vez asiste, le hacen sentirse no sólo marginado y ajeno respecto a lo que se discute, sino inútil y como de más, en su ignorancia de las novedades precisas para que sus apreciaciones merezcan ser consideradas, inadecuado para hacer frente a sus anteriores responsabilidades, reemplazado poco a poco por algún valor en alza, un Ferrán, pongamos por caso. El primer indicio de que la onda expansiva había llegado ya a las altas esferas: su último y funesto viaje a París, poco antes del verano –su encuentro con Nuria, las ganas de que ella no hubiera acudido, de que le dejara en paz de una vez, y el clima de tensión, de reserva reticente, de violencia verbal mal contenida, y la frustración erótica, y la lluvia y el frío, impropios de la estación, y la maldita proliferación de la primavera, y los

tulipanes des Tuileries castigados por el aguacero, y las tiernas y resbaladizas hojas caídas, y la aparición de Pírez, el típico gafe, un canario de la Cité Universitaire que venía de parte de Guillén y que quería volver a España, a Barcelona, a hacer la revolución de verdad, y necesitaba que le buscaran un trabajo, de obrero, claro–, cuando acudió a la cita concertada con la dirección, y al llegar a la casa de otras veces, cerca de Bastille, se encontró con Escala y un camarada desconocido, un tipo con aspecto de miembro suplente a la vez que de violoncelista ruso, y que, pese a mostrarse atento y hasta vigilante al desarrollo de la reunión, casi ni despegó los labios, viaje para el que no hacían falta alforjas –incluso el café que les ofrecieron parecía, en esta ocasión, hecho de recuelos–, problemas de trámite pronto despachados, casi a modo de preámbulo o cortés tanteo preliminar de lo que a todas luces se trataba, del verdadero motivo de su presencia allí: proceder a lo que les había traído: un enérgico baño ideológico. Todo aquel que no es capaz de percibir la verificación real de nuestra ideología en la praxis, que no la percibe o que la pone en duda, es porque sus condicionamientos de clase se lo impiden. Porque el criterio de racionalidad de nuestra ideología viene mediatizado por la concreta ubicación del individuo en la sociedad, por sus condicionamientos de clase. De ahí que un desplazamiento, por mínimo que sea, de esos condicionamientos, un simple cambio en su modo de vida, repercuta necesariamente en su apreciación de nuestra praxis política, para terminar a la larga, fatalmente, por abrir fisuras en el plano ideológico. Porque la relación dialéctica entre teoría y praxis es de tal índole que toda desviación acerca de determinado aspecto de la línea política del partido, por ejemplo, concluye siempre poniendo en tela de juicio la esencia misma de la ideología marxista. Son las consabidas posturas de los llamados marxistas no comunistas, de los comunistas sin partido, de los comunistas que crean otro partido comunista, de los que creen que ha llegado el momento de superar a Marx, o de revisarlo, o de actualizarlo, o de atenerse más a la letra que al espíritu de sus textos, o de separarlo del pensamiento de Lenin, su consecuencia histórica; de los que invocan al Marx premarxista, de los renegados, de los tránsfugas, de los revisionistas, y también de los mecanicistas y de los dogmáticos. Quieren dividir lo indivisible, lo que constituye un todo y como tal hay que tomarlo, posturas hipercríticas propias generalmente de intelectuales que se consideran desengañados o defraudados por no haber encontrado en el partido lo que no podían encontrar: residuos de la filosofía idealista burguesa. Y es que, aun tratándose de realidades objetivas, en estas cosas siempre hay, en el fondo, una disposición apriorística, casi una cuestión de fe, de creer o no creer, de forma que para una mente que no sea dialéctica y materialista, para una mente metafísica y

especulativa, los resultados prácticos de nuestra ideología, las pruebas palpables que ofrece al mundo entero la construcción del socialismo desmentirán y aun contradecirán la idea que esas mentes se habían formado respecto a la realización de la teoría. Por su incapacidad de apreciar lo evidente son verdaderas mentes enfermas, pero la historia nos demuestra que esa clase de enfermos pueden acabar convirtiéndose en elementos más peligrosos para el partido que los anticomunistas declarados, puesto que, valiéndose de argumentos seudomarxistas hábilmente manipulados, pueden sembrar la confusión y aun la división en nuestras filas, minar la confianza del militante en la línea política, en la dirección que ha elaborado esa línea política, en el papel del partido como vanguardia de la clase obrera y aun en el papel de la misma clase obrera y, finalmente, en nuestra capacidad para transformar el mundo y crear la nueva sociedad, el hombre nuevo, consideraciones todas ellas en modo alguno personales ni animadas de particular encono contra Raúl, antes bien, expresión de un estado de opinión poco menos que unánime en la base del partido, fiel imagen de lo que un Floreal o el padre de Leo hubieran formulado al respecto, de haber contado con el bagaje ideológico y un dominio de la terminología similares a los de Escala, de acuerdo con una visión del militante, del partido y de la marcha del mundo en general, cuya representación plástica más adecuada sería una de esas comedias musicales americanas de los años cuarenta, una de esas escenas en las que una pareja determinada arranca a bailar en un lugar cualquiera, una sala de fiestas, la calle, un trasatlántico, y entonces arrancan otra y otra pareja, y poco a poco todos los presentes les siguen y se suman al baile, hasta conjuntarse en un todo coreográficamente perfecto, de modo semejante a como, según esa visión o concepción del mundo, se van superando las contradicciones y armonizando los intereses de las fuerzas populares, quedando así lenta pero firmemente establecidas las bases no sólo de la nueva sociedad y del hombre nuevo, sino también del verdadero comienzo de la historia.

¿Aristocraticismo? ¿Aventurerismo? ¿Izquierdismo pequeñoburgués? Pues yo creo que tienen razón; de hecho, es la verdad. Fíjate que yo, inconscientemente, de un modo instintivo, elegí un nombre de batalla que no puede ser más pequeñoburgués: Esteve. Y tú, uno de profeta, y Adolfo, uno de evangelista. El que, en cambio, está muy bien es el que eligió el de Penyafort, Ferrán, nombre de rey católico. Y lo de Escala también es de lo más gráfico; le va mucho mejor que cualquier apodo que puedas ponerle, aquello de Mr. H, como le llamábamos, o el Zorro o Z, como ahora le llaman. En realidad, lo que debiéramos hacer es sicoanalizarnos todos, como los frailes de Cuernavaca. Aclarar la compulsión que le llevó a cada uno a meterse en el partido. Hablar de mala conciencia es del género lírico,

y de toma de conciencia o de conclusión racional, ya me dirás. Pero fue él mismo quien lo dijo cuando Fortuny aún acudía a veces a casa de Adolfo, y quizá justamente por eso, porque Raimundo Fortuny de Penyafort estaba presente y a él apuntaban sin lugar a duda sus palabras, aunque acaso sólo en parte, demasiado calculado el efecto para que la intención de Federico no fuera la de que le llegaran también a Escala, la de ofrecer a Escala ejemplos concretos con que ilustrar sus vaticinios, sus juicios, ser acusado, por ejemplo, de haber dicho esto y esto, al principio como en broma, carácter que no tardó en perder, no sólo en razón del contenido de lo que decía, sino hasta por el modo de decirlo, por el mismo rigor de la argumentación, expuesta conforme a un esquema de articulación casi ciceroniana, que podría resumirse en las siguientes proposiciones: los partidos comunistas occidentales, conscientes de que con sus solas fuerzas no pueden hacer la revolución, aceptan la llamada alternativa democrática, es decir, el juego parlamentario propio de una democracia burguesa; al aceptar las reglas del juego de una democracia burguesa, los partidos comunistas occidentales sólo pueden defender los intereses de la clase obrera constituyéndose, a través de los sindicatos, en eficaz mecanismo reivindicativo; la clase obrera, satisfechas determinadas reivindicaciones económicas, tiende a ser asimilada por el sistema, en cuyo marco el obrero espera llegar a emanciparse individualmente, a superar su condición de obrero; en consecuencia, cuanto más amplio sea el abanico de reivindicaciones satisfechas gracias a la acción sindical, menor será el interés real de la clase obrera en una subversión del orden establecido mediante la violencia revolucionaria, respecto a la cual, como sucede en los países de más alto nivel de vida, los obreros pueden llegar a convertirse en sus más firmes oponentes. Así, aproximadamente, se expresó o quiso expresarse Federico, casi sin balbuceos ni risas extemporáneas, con calma, aunque no sin angustia en los exaltados ojos, como de caballo en pleno incendio, y probablemente por eso, por la insólita brillantez de la exposición más que por la originalidad de los conceptos, pareció potenciarse la sensación de sacrilegio que, sin duda, se impuso en todos los ánimos, un sacrilegio que se diría colectivo en la medida en que un silencio evasivo, de neutralidad culpable, fue toda la reacción de los presentes, mientras Fortuny, incrédulo y desbordado, incapaz de discernir dónde estaba el sofisma, si es que lo había, y a falta de la refutación clamorosa y escandalizada que parecía esperar, buscaba con los ojos la ayuda al menos de Raúl, diciendo, como para ganar tiempo, en espera de los refuerzos que no llegaban, del respaldo ideológico de Raúl, de una intervención que no acababa de producirse, diciendo, bueno, bueno, desde un punto de vista marxista, no es así, y Federico, pero desde un punto de vista no marxista, sí, y

Fortuny, bueno, todo esto es muy discutible, un Fortuny desbordado y confuso como quien creía ir a una partida de golf y, ya con sus palos a la espalda, se encuentra con que se trata de una cacería, confuso y acaso también íntimamente humillado, sensible al desprestigio que representaba el hecho de que un abogado y dirigente político como él no acertara a dar la vuelta a la argumentación de Federico, de alguien que, objetivamente considerado, no era más que un tipo que se había salido del partido igual que había colgado la carrera y que, sin embargo, había sabido arrastrarle a un género de controversia –planteada no desde dentro, desde unas bases comúnmente aceptadas, sino desde fuera, poniendo justamente en tabla de juicio la validez de estas bases para el que no estaba preparado, situación que finalmente resolvió Pluto, saliendo con que lo que sí es más que dudoso es eso de que los proletarios joden mejor, tópico literario del que los amores de lady Chatterley con su jardinero son el exponente más representativo. Y entonces, no obstante, aún desconocían la verdadera personalidad del Zorro. Fue algo más tarde, a finales de verano, cuando Federico hizo el descubrimiento. Había reconocido su foto en uno de esos cuadros de promoción, con orlas y dorados, que tenía colgado en su despacho uno de los abogados que trabajaba para su padre. Más joven, pero exacto; se llamaba Salvador Puig y parece que unos años después de acabar la carrera andaba metido en negocios de publicidad. ¿Te imaginas? Allí debió aprender el oficio, porque se ve que de sus actividades políticas en la universidad y en la guerrilla y todo eso, nadie sabe nada. Debe ser de esos viejos zorros que siempre escapan a tiempo; un salvador de verdad empieza por sí mismo. A finales de verano, sí; primeros de otoño como máximo. Louis ya se había ido y Adolfo había decidido presentarse al premio y más o menos por estas fechas empezaron a tratar a Moragas; mejor dicho: Moragas se convirtió en asiduo de casa de Adolfo. Los Ángeles: una novela destinada a ratificar a Escala, caso de que algún día estuviese realmente terminada, en todas sus críticas y predicciones, al proveerle de la prueba documental más concluyente –un relato de claros rasgos autobiográficos, casi una confesión– de la escasa confianza que en general merece, en lo que a solidez política se refiere, ese sector de la juventud burguesa de hoy que, en abierto –e ideológicamente incoherente– conflicto con su medio social, alterna una vida disipada y nocturna con pretendidos empeños revolucionarios, cuyo marcado radicalismo sólo encubre, en la mayor parte de los casos, la búsqueda de una solución a problemas personales, cuando no a deseos inconfesados o ambiciones egoístas, doblez esencial no soslayada, antes bien, masoquistamente subrayada, por la propia estructura narrativa de la obra, construida a modo de confluencia de diversos hilos temáticos que, desarrollados en técnica objetiva a partir de

diferentes puntos de vista, contrastan la insinceridad y el autoengaño no sólo de cada uno de los personajes, sino hasta del relato mismo en cuanto forma literaria. De hecho, dijo Moragas, lo que haces es convertir al lector en un personaje más, en algo así como un testigo de excepción de la simulación de todos, de los personajes, del autor, de uno mismo en cuanto lector, tout le monde triche et tout c'est une grande tricherie. Escribió brevemente en su carnet de notas y volvió a encararse con Adolfo: oye, ¿y por qué no enfocamos seriamente la posibilidad de hacer una adaptación cinematográfica? El cine me interesa tanto o más que la novela, dijo Adolfo. Las mismas palabras, los mismos gestos y hasta la misma gente que entonces, cuando comentaron por primera vez el manuscrito de Los Ángeles, digresiones literarias a las que Raúl, refiriéndolas irremediablemente a su propia obra, se sentía por completo ajeno, sin propósito alguno de crear un argumento interesante, ni de profundizar en la psicología de los personajes, ni de ser un fiel reflejo de la sociedad, y lo que al parecer aún era más grave: sin apriorismos formales ni pretensiones de experimentación técnica de ninguna clase, cuestiones todas ellas que, además de tenerle sin cuidado, le resultaban ingratas por la agresión implícita en el hecho, no por natural menos hiriente, de que no pudiera hablarse en cambio de su obra, una obra sobre la cual, en cuanto no realizada, no tenía sentido extenderse, y de la que los demás, en consecuencia, apenas tenían noticia, ignorancia en la que, por otra parte, se hacía fuerte y convertía en su principal defensa, campo de sus íntimas ensoñaciones, al decirse que ni uno siquiera de aquellos viandantes con quienes se cruzaba, por ejemplo, o de aquellos asiduos clientes de una librería de lance, tenían la menor sospecha de que se hallaban tan cerca de un futuro gran escritor, cuyas obras serían acaso algún día objeto crítico de sus improvisadas tertulias. ¿Henry James?, dijo Moragas mientras anotaba el nombre. Yo creía, no sé por qué, que era un autor de obras tipo Lo que el Viento se Llevó. Federico parecía impaciente. Io mi voglio divertir. Io mi voglio divertir. Io mi voglio divertir. Tenían que ir al Liceo, al palco de Moragas, salvo los Plutos, que dijeron que no les apetecía, pero quedaron en encontrarse a la salida, para dar una vuelta por los sitios de siempre, seguramente hasta la hora de cierre. ¿Cuál era el elemento de más peso entre cuantos influyeron en la irrupción de Moragas en la vida de Adolfo y Aurora o, mejor, en la situación de dependencia en que él mismo se había colocado en su relación con ellos, aparte de la disponibilidad y el tiempo libre de que gozaba una persona como él, rica y ociosa, llamándoles o viéndoles cada día, invitándoles a todas partes, acompañándoles invariablemente en sus salidas nocturnas? ¿Un sincero interés por la obra de Adolfo? ¿La satisfacción snob, propia de un hombre de su posición y con

inquietudes artísticas, de tratarse con un escritor? ¿La sugestión que en él podía ejercer una forma de vivir voluntariamente en conflicto con los principios imperantes en la clase social a la que pertenecían? Algo de todo eso, sin duda, pero en primer término, probablemente, la atracción que para determinadas personas –entre las que él, Manolo Moragas, se encontraba– parecía irradiar la personalidad de Adolfo, una atracción basada no tanto en lo que Adolfo hiciera o dijera como en lo que no hacía y dejaba de decir, en lo que callaba, en la oportunidad de sus silencios, una clase de atractivo semejante al que empuja a la mayoría de las mujeres a preferir, antes que al hombre típicamente macho, al indeciso y ambiguo, en la medida en que así se sustrae a la obligación de la respuesta sexual que convencionalmente se le atribuye y respecto a la cual ella tiene la íntima convicción de no estar a la altura, de que es excesivo el esfuerzo para simular que lo está, para ajustarse a su papel de hembra embravecida, de objeto manipulable, de resorte mecánico, no tanto por secreta aversión al otro sexo o repugnancia instintiva, cuanto por simple fatiga, de modo que la conciencia de que el hombre aceptado se puede encontrar no menos inhibido que ella ante la imagen del adecuado comportamiento que oficialmente se le exige, no hace, de hecho, más que facilitar enormemente las cosas.

El verdadero don Giovanni es el Zorro, dijo Federico. Yo me identifico con donna Elvira. Y tú eres donna Anna y Leo la Zerlina y Fortuny es Leporello. Desde la barra del bar contemplaban el esplendoroso movimiento de dispersión del público por escalinatas y pasillos, iniciado con el aviso de que iba a comenzar el segundo acto. Te advierto que el verdadero espectáculo son ellos, dijo Manolo Moragas. Se ve cada hortera; el otro día, hasta el hijo mayor del mantequero de casa. Pero mírales bien: ellos parecen camareros y ellas raspas endomingadas. O extras de teatro haciendo el papel de público, dijo Adolfo. Exacto, tú, muy bien observado. Habría que provocarles de alguna manera, qué sé yo, salir del palco en mono azul o algo así. Es que te aseguro que, antes, la vida de los antepalcos, gilipollas y todo, tenía su gracia. Esto de ahora no es más que un símbolo: la ascensión de una clase y el declive de otra. ¿Tú crees?, dijo Federico. Ahora viene gente que antes no venía y gran parte de la gente que antes venía ahora no viene. Pero esto es porque el Liceo ha perdido su función de punto de relación social. Ahora, esta función se realiza en otros lugares y de otra forma, y la distancia entre la alta burguesía y esta burguesía que está tomando por asalto el Liceo no sólo se mantiene, sino que aumenta. Bueno, estoy hablando como un marxista: perdón, perdón. El Zorro me felicitaría, pero creo que es la verdad. Éste es, precisamente, el drama de toda esa burguesía patanera, de esa gente ansiosa de lucir el smoking prêt-à-porter y el

traje de noche de baratillo, ese vestido que a estas alturas de la temporada ya ha perdido un tanto, con el apresto, la fragancia de las primeras funciones, cuando, recién puesto al día por alguna costurera domiciliaria, todavía podía colar; ansiosa de verse con ese atuendo y, sobre todo, ansiosa de verse aquí, en este templo sancionador de la propia prosperidad, en este escaparate donde sólo se exhibe lo que ha triunfado, con el afán de exprimir, de apurar la experiencia al máximo, de amortizar al máximo el precio de la butaca, el precio del palco, afán expresado con aplausos no sólo extemporáneos, sino incluso excesivos, no tanto porque sea o no de su gusto la representación como por el simple hecho de que a nadie le gusta hacer el primo y, como en cualquier otro trato, el valor del espectáculo debe responder al precio de la entrada. Un drama que, con la fatalidad de una tragedia, no parece sino incrementarse en razón directa al dinero que se posee: cuando el smoking no es de serie, como quien dice, sino que está cortado por el sastre más caro de Barcelona, y el traje de noche es sólo uno más de los modelos exclusivos elegidos a principios de temporada, esto es, cuando se trata de nuevos ricos verdaderamente ricos, inequívocos en su desmañado empaque y en su desconcertado desánimo, particularmente sensibilizados a la realidad amarga de que, así como paralelamente a su ascensión económica y social los buenos apellidos se van retrayendo conforme ellos se aproximan, igual que en una pesadilla donde uno camina y camina y no se acerca, así también, ahora que se encuentran en situación de dar a sus hijos, relativamente afinados por una infancia fácil y confortable, bien diferente a la propia, el atildamiento y los modales arquetípicos de la juventud adinerada de su época, esa distinción natural de entonces a la que nunca tuvieron ni ya tendrán alcance, ahora que se encuentran en situación de que al menos sus hijos sí tengan acceso a, de que al menos ellos puedan codearse con, ahora, ahora resulta que esa clase de distinción ya no está de moda, y que su forma de elegancia consiste en estar al corriente de la extravagancia de turno, lamentablemente imprecisa, incomprensiblemente al alcance de todos, al margen de todo criterio de valor, como si la categoría hubiera dejado de tener categoría. ¡Quién, una vez instalado en el tren, pudiera dar marcha atrás a la máquina y recorrer desde el principio el trayecto no recorrido! Y es que así como un bar o un baile o una prostituta se ponen de moda entre la gente joven y con ella maduran, envejecen y se pasan, así el Liceo, nacido al mismo tiempo que una determinada sociedad, que unas formas de vida apoteósicamente burguesas, perdía ahora su propia identidad y se convertía en otra cosa, según iban muriendo esas formas de vida, esa sociedad en la que había nacido. Ahora que creemos que la historia se repite, dijo Federico, si algún día vuelven a dar Guillermo Tell tenemos que sacar

entradas en la fila trece de la platea.

Pero, a todas ésas, ¿quién es Manolo Moragas?: un pijo remozado, un niño litri de los años cuarenta que ahora, cuando doblaba o casi la edad de entonces, parecía haber encontrado, a través del círculo de Adolfo, una segunda juventud, alicientes que le habían faltado en la primera, y como en uno de esos casos de homosexualismo tardío, hasta una explicación satisfactoria de sí mismo, de su modo de ser y hasta de su incapacidad de ser otra cosa, y de forma parecida a como suele reaccionar un precoz letraherido, un poeta, por ejemplo, que más astuto que dotado, adelantándose a toda posible crítica, pretende que los rasgos de banalidad y torpeza presentes en su juvenil obra poética son voluntarios, premeditados y hasta renovadores, como si con banalidad y torpeza pudiera construirse algo que no sea torpe y banal, como si cualquier intento en este sentido no concluyera irremediablemente con la asimilación de la obra en cuestión al género de obras banales y torpes, y sobre todo, como si la torpeza y banalidad no constituyeran las características esenciales y, en consecuencia, irreprimibles de ese joven poeta, así, de modo semejante funcionaban las defensas de Manolo Moragas, sus compensaciones, transformando en caprichoso desdén la ignorancia de todo dato cultural que no resultara imprescindible en el círculo de Adolfo, y en franco desprecio la apreciación de los valores culturales tradicionalmente propios de su medio, con el cínico desenfado de que hace gala una dama de condición elevada, entre sus amigas, cuando alguna de ellas pone sobre el tapete el tema del fastidio que representa tener marido. De hecho, un pasado susceptible de adquirir, a la luz de su actual actitud, cierta entidad y hasta cierto interés, un algo como legendario, propiciado sin duda por esa actitud de desafío a los convencionalismos y a su posición social, su fortuna, su mujer, la fortuna de su mujer, la delicadeza que distinguía las relaciones entre ambos, del todo excesiva para que con ello no quisiera expresarse que, para ambos, todo se reducía a eso, a guardar las formas; un desafío, por otra parte, que en nada alteraba, naturalmente, los hábitos propios de su posición social, desde los almuerzos al sol del Real Club de Golf o las fuertes partidas de póquer hasta el amanecer en el Círculo Ecuestre, pasando por una somera, pero mucho menos despreocupada de lo que a primera vista pudiera creerse, supervisión de la marcha de sus negocios, actividades en las que sus bromas, sus alardes de misoginia, sus salidas mordaces y displicentes, sus frases como: la única lata de New York es que sea tan terriblemente provinciana, o: yo sólo me acuesto con una casada cuando su marido está totalmente de acuerdo, o: la única forma de evitar complicaciones sentimentales es que las mujeres se enamoren no de uno, sino de su dinero, etcétera, le proporcionaban incluso, entre la gente de su medio social, una aureola de originalidad y

brillantez, de persona imprescindible en cualquier clase de reunión mundana, por las mismas razones, aunque consideradas desde el ángulo opuesto, por las que su trato podía resultar sugestivamente insólito en un círculo como el de Adolfo Cuadras. Y luego, sus anécdotas, sus evocaciones, los veraneos de antes, no sé si vosotros los habéis conocido, si los recordáis, pero es que hasta después de la guerra civil los veraneos seguían siendo casi como a principios de siglo, cuando la alta sociedad barcelonesa añadió, a la casa pairal en el campo, la villa en una colonia veraniega de moda, entre jardines umbríos y miradores, en busca de un sitio fresco que les aliviara del calor, la obsesión de la época, fruto no sólo de las condiciones climatológicas del país, sino también de un exceso de grasas e hidratos de carbono en la alimentación y, sobre todo, de una excesiva fidelidad al modelo londinense o parisiense en la indumentaria, obstinados en pasar por alto que un agosto en Sitges o Caldetas tiene más relación con Alejandría que con Dauville y, en consecuencia, que más adecuado a las circunstancias hubiera resultado el salacot que el cuello de pajarita. Cosas que ahora uno podía considerar no sólo con cierta perspectiva, sino con añoranza y nostalgia en la medida en que, pese a la liberación de las costumbres que supusieron los años veinte, descaradamente afianzada al comienzo de los treinta, algo de aquel mundo había perdurado en España, donde, tras el intervalo de la guerra civil, todo pareció fijarse y hasta retrotraerse; en aquella España que era como una isla en el tiempo, una isla paradisíaca donde, en plena guerra mundial y en plena desmoralización de los revueltos años posteriores, todo seguía como siempre, un ritmo de vida, un mundo que no habían de desaparecer enteramente hasta bien entrada la década de los cincuenta, aquellos agradablemente ininterrumpidos tres meses de verano, pasados ya a la historia en la identidad reiterada de su apacible transcurso, como tantas otras cosas del pasado que la nostalgia y la añoranza permitían sublimar en razón de su alejamiento en el tiempo, el Liceo de antes, los coches de caballos, los primeros automóviles, las nalgas de las cupletistas, el juego, los escándalos, los derroches suntuarios, jardines como pintados por Rusiñol, chisteras, canotiers, levitas, polisones, manguitos, sombreros con velo, abanicos, elegancias propias de un apunte de Casas, sublimaciones narcisas tanto más intensas cuanto que en una época como la actual, superado u olvidado en las buenas familias al aspecto filisteo de sus orígenes, la fase constituyente de su patrimonio, los obscenos cálculos y cogitaciones de los bisabuelos, en una época como la actual, con tanta fortuna reciente y pujante, por más que el nuevo rico esté perfectamente localizado y, en ocasiones –penosas– hasta buscado, el dinero ya no basta para marcar diferencias y distancias, y el peso de la presencia de los antepasados en el común

acervo social se convierte en medida de casta y distintivo de clase, como hasta cierto punto lo es también el problema de esa juventud de hoy, de su inadaptación a las convenciones sociales, de esos ángeles caídos que se dan –se diría que con preferencia– hasta en las mejores familias, peculiaridad que viene a añadir un elemento más de tribulación a los buenos apellidos de Barcelona, tan castigados ya por el problema más tradicional de la frecuencia oligofrénica, producto funesto de sus infames fornicaciones. Una alta burguesía más regresiva, en realidad, que progresiva, carente del espíritu creador de sus bisabuelos, de cuyas virtudes conserva tan sólo, acaso, la tacañería; una alta burguesía más a remolque que nunca de su propio snobismo, del cine de arte y ensayo y del teatro de vanguardia, de la arquitectura orgánica, la música serial, la pintura informal y, por encima de todo, de una dolce vita escurridiza –siempre en otro lugar o la próxima vez– que generalmente no acaba de pasar de los ordinarios cuernos; una alta burguesía que, no obstante, gracias a ese snobismo y a la pátina que da el tiempo, puede permitirse toda clase de transfiguraciones y proyecciones a partir de la vulgaridad más excelsa, la triste suerte de Antoñito Canals, que se mató tan absurdamente, o de la pobre Totem, una monada de niña, que se casó y fue tan desgraciada y se fugó y acabó tan mal, etcétera, buen ejemplo de ello lo tenemos en Manolo Moragas, con sus rememoranzas y reflexiones, con los perfiles magnificados de su memoria, al hablar de Alicia y de Sunche, al referirse a la abuela Magdalena como si se tratara de la duquesa de Guermantes y como si abuelo Augusto fuera el duque, y doña América madame Verdurin, y la loca de Tito Coll un Charlus, y él, Manolo Moragas, el yo relator, un Marcel desganado, demasiado escéptico para tomarse el trabajo de escribir nada, único motivo de que no se encontrara recluido ya en su celda de corcho, convertido en cronista de la sociedad barcelonesa, la transcripción literaria de cuyos avatares, para cualquier lector no directamente implicado en ese mundo, despertaría el mismo interés, probablemente, que la prosa de uno de esos estilistas de la edición dominical de un periódico de provincias que han conseguido cierta notoriedad local por el carácter ameno de sus colaboraciones, estilistas que filosofan como rumia un cordero ante las ruinas del Partenón, no en función de la validez de las ideas desarrolladas, sino, para los paletos de sus lectores, de la originalidad del enfoque y el gracejo de la exposición, así, como la prosa de este estilista, el interés de los problemas propios de ese mundo, de los personajes susceptibles de protagonizarlo, pastando y abrevándose entre las ruinas de la cultura, con la gracia y sutileza y donaire de una testa astada que, como un narciso, se contempla en la charca. Caminaron Ramblas abajo, adentrándose en el ámbito saturnal y sabático de tenebrosas luces y movimiento anónimo, largas horas sin

duración deambulando por los lugares habituales, como a la espera del pequeño acontecimiento que, dentro del escaso margen de variación, por un tan agudizado como pasajero fenómeno de percepción, agigantándose, otorgara personalidad a la noche, un albino borracho, el peregrinaje paralelo de dos obreros obstinados en divertirse, o cualquier otro espectáculo que diera ocasión de ejercitar el propio ingenio al celebrarlo, el reencuentro con algún conocido, la fusión con algún otro grupo deambulante, un tanto acres las bromas, y propiciadas las risas y alumbradas las caras por el alcohol. Acordeones: el recuerdo de haber sido y el dolor de ya no ser.

Ah, cuando se sentía como dividido por la cintura, especialmente después de haber bebido, con la resaca, todo el día siguiente, mitad hombre y mitad cabra, el manto de pelaje del engarce de las patas con el bajo vientre a modo de soporte o trono de la imperiosa culebra alzada, calambreante, poseído de su furor, impulsado por su energía, como un cazador sumido en la obcecada búsqueda de su presa herida. No como ahora, comportándose más bien como un perro que va y viene y se orina en los rastros, no como ahora, entrando casi porque sí en una librería de lance, inerme ante cualquier cabellera hermosa, con el punzante dolor del recuerdo: no haber llegado a ser. ¿Estado pasajero o bien el precio de excesos precoces este decaimiento temprano y tal vez irremediable en su progresión, no, sí, no, sí, no, no? ¿Fruto maldito del otoño, después de un verano accidentado, lleno de tensiones y agarradas y resaca y devoración erótica, a partir del momento en que Nuria llegó de Londres y le telefoneó para decirle que quería verle, charlar un rato tranquilamente, y él accedió, pese a su ruptura definitiva, en primavera, durante el encuentro en París, cuando ella le contó lo de Louis, y él le dijo que hacía ya tiempo que no veía motivo alguno para que siguieran considerándose ligados por algo el uno al otro, para que no lo dejaran correr, ella con sus cosas y él con las suyas, y ella dijo que no, que ella no renunciaba, que lo de Louis estaba acabado, y que a quien ella quería era a él, sólo a él, y él dijo que él, en cambio, no? Mientras cenaban Raúl estuvo correcto pero frío, casi duro en su implacable distanciamiento de cuantas maniobras de aproximación intentara Nuria, esfuerzos que, así como las reglas de urbanidad tienen por objetivo no tanto facilitar las relaciones entre personas pertenecientes a una misma clase privilegiada, como distinguir fácilmente a las personas que no pertenecen a esa clase y establecer de inmediato una separación respecto a ellas, así, los esfuerzos de Nuria por reactivar las antiguas claves de su intimidad iban dirigidos, más que a obtener directamente un cambio en la actitud de Raúl, a poner en lo posible entre paréntesis cuanto hubiera podido sucederles a cada uno de ellos por separado. Volvieron a los sitios de antes, y hasta los acordes de acordeón eran

los mismos, el tango que se estira y arruga y desfallece, como si no hubiera dejado de hacerlo desde entonces, o mejor, como si ellos no se hubieran movido de allí. Ya sé que todo ha terminado, dijo Nuria. Lo que pasa es que tengo ganas de ti. Esto nunca podrás evitarlo; ni yo tampoco, aunque quisiera. Estaban un poco borrachos y en el taxi ella se recostó en su hombro, mientras le acariciaba despacio un muslo. ¿Por qué no subes? Mi familia se ha ido a pasar fuera el fin de semana. Se besaron casi ininterrumpidamente desde el portal, y en el ascensor ella se desabotonó la blusa, o tal vez fue él quien lo hizo, el hecho es que estaba desabotonada, y en el descansillo se quedaron a oscuras y ella revolvía el bolso sin dar con las llaves en tanto que él, con la otra mano, buscaba bajo las fáciles prendas de verano según el principio de la reiteración progresiva, profundizando, con la satisfacción con que un zahorí ve aflorar su manantial, hasta las áreas de lo delicuescente, y a ella, contra la puerta, parecían fallarle las piernas, y abrió y entraron, ella casi desnuda, y fueron a parar al living y cayeron en el sofá, recorriéndose con las manos, con los labios, con la lengua, tibia la ropa deslizante y suave el repentino vello, centrado en las armónicas sonrosidades, él curvado sobre sus pechos, sobre sus muslos muy levantados que le enmarcaban los pechos, entreabrazándose, los dedos de ella moviéndose sobre su espalda, sobre su pecho, sobre su vientre, crispándose, clavándose, cuando, el pelo salvaje y los ojos girantes, la creciente violencia ritmada se fue transformando en aproximación a la vez que demora de la fusión quemante, aproximación y demora –cuánto, cuánto tiempo– del brote borboteante que, como un revulsivo que al sacar afuera aplaca o como una sustancia alcalina que neutraliza el ardor de los ácidos, licuaría sus cuerpos, acalmándolos, tras aquel enloquecimiento, tras aquel absorto silencio suspirante sólo turbado por el ruido de los muelles y la idea, como a fogonazos de magnesio, de que alguien del servicio podía andar por la casa y, sobre todo, el exasperante golpeteo contra la pared del respaldo del sofá, que él intentó contrarrestar, fijando un pie en el parquet y haciendo fuerza, como quien pone en marcha una moto, para desplazar el sofá, para separarlo, sin mengua de su actividad principal, hasta que, abandonando el empeño y la conciencia, se abismó en el anudamiento convulso. Al volver en sí, advirtieron que el sofá les había transportado casi hasta el centro de la estancia.

En la chimenea quedaban algunos rescoldos y Raúl los reavivó y añadió varios leños. Nuria apagó la lámpara, y a la luz del fuego, desnudos sobre la espesa alfombra, bebieron whisky directamente de la botella. Polvo somos y al polvo volveremos, dijo Raúl. Antes de lo que te imaginas, dijo Nuria. Y en efecto: lo recuperó literalmente a pulso, sobre la alfombra, sobre el sofá, sobre la alfombra, pájaro en

mano, empuñándolo como una daga, arriba y abajo, arriba y abajo, una daga que ella misma se hundía o en la que se dejaba hundir dulcemente, dulcemente arriba y abajo y vuelta a empezar enseguida, antes de que fuera tarde para empalmar una vez con otra, en caliente, sin dormirse ni dejar dormir, despierta, activa, eficiente, arriba y abajo hasta realzarlo, hasta tenerlo en forma de nuevo, reanimándolo y reanimándose, recurriendo si era preciso a sus mejores artes de tragasables, me gusta tanto, te quiero tanto, yo no podría vivir sin ti, Pipo. Sí: recuperado. Se asomó a la terraza y contempló la ciudad en la claridad creciente del amanecer, el silencio de los bloques acumulados, caótico conglomerado de fachadas y azoteas y claraboyas y antenas y cables y cemento enhollinado, un panorama de vacíos y volúmenes que pronto empezaría a emanar, conforme se iba esfumando aquel pesado gris paloma, un vaho opaco de trepidación y tráfico. Al caminar hacia su casa ya era completamente de día y le costó encontrar un taxi; y conforme avanzaba, como deslumbrado, por las calles agradablemente desiertas, fue desapareciendo aquella sensación mezcla de desánimo, disgusto y hasta de asco, de igual modo que en otros casos, después de otras aventuras amatorias, tampoco había tardado en desaparecer, gracias al propicio ambiente de olvido que suele encontrar cuanto nos molesta, el recuerdo de las claudicaciones cometidas, de las confesiones hechas a instancias de la otra parte, afirmaciones, si no del todo falsas, sí, al menos, exageradas, sentimientos pretendidamente experimentados desde hace tiempo, o bien brusca pero inconteniblemente planteados, aseveraciones inequívocamente ficticias, por más que en aquel instante uno quisiera que fuesen no sólo reales sino incluso definitivas, y que, bajo el insistente aguijón antagónico, hasta puede llegar a creerse que lo son, deseos expuestos como hechos, hechos adaptados a las circunstancias, amor, amor, palabra y talismán y soplo que da vida; extralimitación de la que sólo se es del todo consciente acabado apenas el orgasmo, a los pocos segundos, pero ya demasiado tarde, confuso despertar como el de un día de desgracia o duelo con el que uno sabe que deberá enfrentarse, la muerte de un ser querido, un accidente, algo ya irreparable como el hecho de haber dicho lo que se ha dicho, disparates repetidos una vez tras otra, afirmaciones que aunque se reduzcan a un simple sí, nos dejan, en cualquier caso, cuando todo ha pasado, con la impresión de haber hablado demasiado, una impresión, no obstante, que como sometida a la terapia de la autovacuna o al principio físico según el cual toda fuerza dirigida en un sentido determinado genera otra igual de signo contrario, pronto da paso, conforme uno camina hacia su casa, a una saludable reacción de cinismo que induce a recrear los aspectos agradables del asunto, los deseos satisfechos, a sentir el íntimo orgullo

de haber podido demostrar la propia competencia en materia erótica, en cierto modo ya con el pensamiento puesto en la próxima vez, a fin de cuentas no importaba seguir viéndose en este plan de vez en cuando, siempre que la situación quedase bien clara, el tipo de relaciones que a partir de ahora iba a establecerse entre ambos, si Nuria aceptaba sus condiciones, la absoluta libertad de cada uno para hacer lo que le diera la gana, sin intromisiones de ningún género ni el más mínimo derecho a pedir cuentas de nada, condiciones que aunque incondicionalmente aceptadas, haré lo que sea con tal de seguir viéndote, no fueron obstáculo serio para que Nuria dejara pasar muchas semanas sin preguntarle, como quien no hace nada, si había tenido muchas aventuras durante todo ese tiempo, y con quiénes, y qué habían hecho y si lo habían hecho bien, como con divertida curiosidad, haciéndose la misteriosa, con la seguridad del que sabe algo que el otro no sabe, y entonces Raúl le preguntara a su vez si había habido otros aparte de Louis, y Nuria le dijera, no muy convincente, que no, y Raúl le preguntara detalles de lo de con Louis, y Nuria de lo de con las otras, y como si todo aquello les excitase, acababan, con aplicación reconcentrada, haciendo el amor de nuevo, o bien, según el día, enfureciéndose, intercambiando palabras violentas, buscando la ofensa, la agresión verbal, y haciendo también el amor, sí, pero más bien como un matrimonio ya erosionado por la convivencia, un hombre y una mujer todavía jóvenes que regresan a casa tras una velada transcurrida en compañía de parejas que uno siempre tiende a considerar más afortunadas, amigas y amigos de otras épocas, personas con las que cada cónyuge puede imaginar que todo hubiera sido diferente, no como ahora, tras la velada, cuando, en el silencio del hogar, se entregan al amor, se poseen con saña suicida, cada uno en lucha enconada con su propia ruina, con sus rencores, sus frustraciones, encerrados, como púgiles entre las cuerdas, en el lóbrego ámbito del matrimonio. Pues así como en la briosa estatua ecuestre del Conde Ramón Berenguer, bajo su gallarda estampa guerrera, se esconde sin duda el estremecido espíritu de una doncella, sólo comparable al de la de Orleáns en su vehemente voluntad de conquistar entregándose, de poseer siendo poseído, así la esencial ambigüedad sadomasoquista de las relaciones entre Raúl y Nuria.

La aparición de Nuria Oller, primero, con sus recuerdos londinenses, la evocación de sus correrías con Nuria, sus referencias a amigos comunes, a las peripecias de su boda con Peter y demás, obviamente al cabo de la calle en lo que a la aventura de Nuria con Louis se refería, y la llegada del propio Louis, después, introdujeron, por otra parte, qué duda cabe, nuevos matices en el desarrollo de esas relaciones. Una cosa era la imagen lejana de Louis, su presencia en las fotos de Nuria Oller, donde aparecía junto con Peter y las dos Nurias y

otros miembros del grupo, un grupo cuyos miembros, como decía significativamente Nuria Oller, compartíamos hasta el último penique, y otra cosa era su imagen física, su presencia real en Barcelona. Debió ser hacia primeros de septiembre cuando Nuria le dijo que Louis le había escrito desde Madrid, y que venía a Barcelona, que le buscaran habitación para unos cuantos días. La carta decía sólo eso; estaban en un bar y Raúl pudo comprobarlo aprovechando que Nuria se fue un momento al lavabo, tomándola de su bolso y leyéndola antes de que volviera. Ahora bien: ¿no habría dejado expresamente allí aquella carta, acaso dictada por ella misma, asomando del bolso a fin de que él la leyera como la había leído y, más confiado, aceptara la coherencia de toda aquella historia, tan acorde con el aspecto de buen chico aficionado al jazz y a tocar el clarinete, de aquel lampiño imberbe, uno de esos solapados consoladores de mujeres solas, cuyas veleidades izquierdistas posiblemente no escondían más que su miseria sexual, su estúpida fascinación ante el mito más que discutible de la española cachonda, las tan celebradas mille tre conquistas del seductor? Otro indicio: el hecho de que cuando al fin llegó Louis, a Nuria se le escapó llamarle Pipo, y de que, al darse cuenta de que a Raúl no le había pasado inadvertido el lapsus, se creyera en la obligación de explicar que ella llamaba Pipo a todas las personas a las que quería, una explicación que si por una parte nadie le había pedido, por otra no dejaba de resultar inesperada y poco tranquilizadora, tanto más cuanto que, con la ventaja que sobre el marido tiene el amante que como un jugador de fortuna apuesta sobre seguro a la carta de la aventura contra la de la convivencia, a la de lo pasajero contra la de lo permanente, así Louis o cualquier otra de esas personas queridas se encontraban al respecto en una situación de franco privilegio, un privilegio cuyo peso podía ser decisivo en el examen sereno y ponderado de cuantos argumentos pudieran contraponerse –en el supuesto de que alguien se entretuviera dando vueltas al asunto– acerca de cuál podía ser el comportamiento de Nuria en un caso semejante: el aparentemente sincero apego que Nuria parecía sentir por Raúl en todos los terrenos, susceptible de evitar, por temor a perderle, que diera un paso en falso, frente a la infinita capacidad de engaño característica de las mujeres, la tranquilidad, por ejemplo, con que podía decirle adiós desde la terraza, mientras Louis la aguardaba, ya desnudo, en la cama. Nuria Oller también había acudido a recibirle y por la noche cenó con ellos y luego fueron al Jamboree. Tengo la sensación de estar en Londres, decía. Lástima que falte Peter. ¿Y el clarinete?, dijo Raúl. ¿No te lo has traído? Louis meneó la cabeza. Es una pena; en los hoteles no los admiten. Sacó a bailar a Nuria, y cuando volvieron, Raúl dijo que les dejaba, que mañana tenía que levantarse temprano. ¿Te importa

acompañarla? Le palmeó en la espalda y besó levemente a Nuria en los labios. Y algún otro día en que habían quedado en verse los tres, llamaba a última hora y decía que a él le era imposible, que había una reunión a la que no podía faltar; y una tarde, en casa de Nuria, dijo que debía irse y, ya en la calle, vio que ella le saludaba con la mano desde la terraza. Porque ¿cómo tener nunca la certeza? ¿Había llegado realmente aquel Armstrong imberbe el día en que dijo y no dos antes, durante los cuales apenas vio a Nuria? ¿Se habían pasado la mañana en las salas de arte románico del Museo de Montjuich o bien habían estado sólo un momento, para que aquel Brazo Fuerte, para que aquel Pija Floja, se hiciera una idea, y poder comprar un catálogo y postales probatorias? ¿Por qué, si verdaderamente lo habían recorrido en lugar de irse a un mueblé, ponían tanto énfasis en los detalles, el David y Goliath del Maestro de Tahull y el Pantocrator y la hostia? ¿Por qué cambiaron de conversación cuando él volvió del lavabo? ¿Cómo saber si Nuria se iba a quedar efectivamente toda la noche en casa, a pesar de que cuando él telefoneó preguntando por ella con acento anglosajón, le dijeron un momento, y ella se puso, diga, diga, clic? ¿Cómo saber si no estaba también con ella aquel Pija Floja, aquel Prickloose o como se diga en inglés, ya que donde desde luego no estaba era en el hotel o al menos eso le dijeron? ¿Si no contaba ella con la complicidad del servido, de la doncella, seguramente, que era quien permanecía en el piso cuando el resto de la familia pasaba fuera el fin de semana? ¿Y por qué Nuria se hizo la estrecha y, como apurada, se apartó, deja, deja, que se van a dar cuenta, cuando después de bailar con Louis Prickloose, Raúl empezó a acariciarle el cabello al tiempo que le metía mano disimuladamente, como en un arrebato de calentura, explorándola en busca de delatoras humedades y dilataciones? ¿Y no cabía en lo posible que cuando él llegó a casa de Nuria y se encontró con que el Prickloose ya estaba allí, no cabía en lo posible que no acabara de llegar como dijo, o que, de hecho, de donde acabara de llegar, y ella también, fuese del dormitorio, después de ayudarla a estirar las sábanas y cambiar las toallas del cuarto de baño en previsión de que él subiera a hacer averiguaciones? ¿No podían haberlo hecho sin pesario incluso, ya que, como tuvo ocasión de comprobar, el pesario estaba en su estuche, donde siempre, con las cosas de tocador, no podían haberlo hecho así, bien porque ella le hubiera engañado en sus cálculos y aquel día no necesitara usarlo, bien porque decidieron prescindir del pesario, por desagradable que pueda resultar tener que retirarse en el último instante, a fin de que Raúl, cuando se quedara aquella noche con ella, aprovechando la ausencia de la familia, no se encontrara con que ya lo llevaba puesto, y únicamente la doncella cómplice, la alcahueta, fuera capaz de apreciar desde su cuarto, con tanta sorna como discreción, el diferente

sonido de los pasos en la escalera del sobreático? Lo de menos era la imagen de Nuria entre otros brazos, sus orgasmos en otros abrazos, aquella expresión como dolorida que tan bien conocía, la luz –más exactamente que mirada– de sus ojos. Pues así como en caso de muerte repentina o violenta, las crisis emocionales de mayor intensidad que experimentan quienes estuvieron más íntimamente ligados a la persona desaparecida, suelen ser las que sobreviven con los pequeños detalles que, pasadas las primeras exteriorizaciones de dolor, después del entierro, siguen dando testimonio de su increíble ausencia, el paquete de cigarrillos apenas empezado, el traje que traen de la tintorería, la correspondencia que sigue llegando, detalles a cuyo común valor aflictivo sería equivocado dar otra explicación que la propia crudeza irreparable con que se manifiesta lo que no existe, así, no menos equivocado sería considerar que los lacerantes ramalazos que en la persona que es o cree ser víctima de una infidelidad, puede provocar, aun mucho después de los hechos, cuando ya todo parecía asimilado, una simple frase, un gesto, una determinada postura de la infiel amada y, más aún, la recurrente visión de esa mujer entregándose al otro, la reconstrucción imaginaria de su comportamiento erótico, considerar, en otras palabras, que todas esas representaciones plásticas presentes en la memoria son apenas otra cosa que la expresión externa de algo mucho más abstracto: la traición en sí, el hecho escueto de que la infidelidad haya sido posible. Y más concretamente todavía: no tanto la traición en sí –sobre todo cuando en realidad no se quiere a esa mujer, cuando se está harto y lo que se pretende es romper, desembarazarse de ella– como su formulación verbal, esto es, la mentira, el que mientras su infidelidad se consumaba, fuera capaz de escribir, de repetir, de seguir diciendo, no puedo vivir sin ti, eres la única persona en el mundo a la que puedo querer, como aquella misma noche, igual que tantas otras, Nuria –aunque especialmente saciada, de ser cierta la hipótesis de que cuando él llegó terminaba de acostarse con Louis– sin duda había de decirle. ¿Por qué no me dices que me quieres aunque sólo sea de vez en cuando?, dijo Nuria. Porque sabes de sobras que mentiría, dijo Raúl. Ella se desprendió de su costado, girándose hacia el otro lado de la cama. No entiendes nada, nada. Lloraría un rato, cada vez más suavemente, se diría que como a la espera, como si supiera que él se iba a ceñir a su espalda, cuerpo contra cuerpo, acariciándola, abrazándola, penetrándola. Y luego ella diría: pero aunque sólo sea un poco sí me quieres. Y él diría: un poco sí.

Sin embargo, ya entonces, el deterioro general de sus relaciones afectaba también, posiblemente, al aspecto erótico, alterando, según los días, la libido de él o la de ella o la de ambos, disminuyéndola, anulándola, y sería muy difícil determinar si fueron los

acontecimientos posteriores –lo de Aquiles, lo de tía Paquita, lo del abrigo, lo del señor Rivas, lo de los Plutos, etcétera– las gotas que colmaron el vaso, o más bien la excusa, la justificación al desánimo y la desgana que les poseía, el ahora no, Raúl, por favor, estoy demasiado crispada, cuando no el ya sé lo que pasa, que ya ni siquiera te apetezco. ¿Por qué seguían juntos? ¿Por la inercia que mantiene unidos a los seres en la desgracia o, más simplemente, por un fenómeno similar a la vacía obstinación con que un cerebro bloqueado por la neurosis pasa el tiempo jugando con una palabra, un nombre propio, Paitubí, por ejemplo, quizá chocante, quizá no, Paytuby, Paytobe, Paytobuy, Buytopay, Tobepay, Tobebuy, o con una declinación latina, o con un verbo irregular inglés, forget, forgot, forgotten, reflejo de quién sabe qué sobrecogedores sortilegios, de qué lúgubres asociaciones? Y, al margen de cuantos factores hubieran intervenido en la degradación de sus relaciones, ¿a qué otros elementos y a qué nivel de conciencia cabría atribuir el hecho de que, así como el solitario obsesionado por la idea de terminar en el agua no dejará de encontrar una inequívoca respuesta, mejor, una sentencia, en el dónde están las llaves, materile, materile, cantado a coro por unos niños de la calle y a partir de entonces convertido en siniestro ritornello de su mente, así, de modo semejante, el hecho más fortuito e intrascendente de la vida cotidiana podía representar para Raúl la réplica más burlona de su decaído estado de ánimo? ¿Qué duda cabe, en cualquier caso, de que en el sujeto que atraviesa una fase de angustia, o acaso de lucidez, al fallarle la seguridad en sí mismo, en sus condicionamientos intelectuales y morales, en el propio vigor sexual, qué duda cabe de que en ese sujeto se pondrá en marcha un mecanismo defensivo de carácter ritual y compensatorio, donde el sentido preventivo y no groseramente higiénico de las abluciones que practica al acostarse o al levantarse, por ejemplo, vendrá definido por el mismo orden implacable y rigor sistemático con que las practica, tendencia que no hará sino agudizarse en la medida en que se acentúe el tono sombrío de los pensamientos que como por azar le asaltan, preguntas, interrogaciones, volveré a recorrer esta calle que hasta ahora nunca había recorrido, a cuál de esos viejos parientes que sólo se ven en los entierros no veré ya la próxima vez, hasta qué punto el final de los otros no forma ya parte de nuestro propio final, cuándo fue su comienzo, cuándo se empieza a acabar? Hay casos, hay personas, hay momentos, desde luego imprevisibles, en que la misma cerrazón de horizontes parece inducirle a uno, más que a escapar, a buscar refugio en otro cuerpo, a integrarse, a encarnarse, a materializarse en el otro, a ser el otro, perdiéndose hasta desaparecer en unos labios, en unos pechos, en unas nalgas, en los rosas que se abren en el suave vello, como si en cada una de las partes pudieran

encontrar el todo, el escondido secreto, la cueva del sésamo, proceso igualmente desintegrador, aunque en apariencia inverso, al de la burocratización del amor, el amor que con los años, entre viejos amantes, acaba despachándose como si se tratara de un expediente administrativo, y así como los trámites reglamentarios engendran, por su misma naturaleza, la prevaricación y el cohecho, así la continuidad y el hábito en la vida sexual engendran y anuncian la traición, el atractivo de la aventura, de proyectar los mismos deseos en otro cuerpo, de repetir en él un idéntico ritual erótico, la unción lasciva en la boca, en los pechos, en las nalgas, en el sexo, atribuyendo, por lo general, a ese otro cuerpo los apetitos complementarios de los propios apetitos, dando por buenas cuantas ideas generales circulan al respecto, contribuyendo con su testimonio a la difusión del mito, el auparishtaka, por ejemplo, la afición de las mujeres a recibir nuestro esperma en su boca, creencia fundamentada, más que en una verdadera comprobación, caso por caso, en el simple hecho de que corrientemente ellas lo practican, perfectamente sabedoras de su eficacia, de las cálidas manifestaciones de reconocimiento que su ejecución suele valerle; y fundamentada, sobre todo, en el deseo de que les guste lo que nos gusta. Y la contrapartida del auparishtaka: el beso en el yoni, de acuerdo con el concepto antropomórfico del fundamental clitorismo femenino, la idea de que nada enloquece tanto a una mujer como una prolongada aplicación oral a su sexo, algo que ya nunca olvidan, que las somete para siempre a quien de esta forma les ha hecho alcanzar tan intenso placer, idea muy común que se basa en la concepción del madanashastri o clítoris como un equivalente del pene o lingam, y, consecuentemente –por triste y peyorativa para la mujer que a una mente cándida pudiera parecerle la equivalencia–, en la superioridad indiscutible del orgasmo clitórico sobre el vaginal, superioridad reivindicada tanto por las sinceramente adictas, en defensa de sus apetitos inequívocamente onanistas y lésbicos, como por las que no quieren dejar de parecerlo, sin atreverse a revelar, creyéndolas anormalidad insana, sus preferencias vaginales, sea por motivaciones puramente síquicas –narcisas, por lo general, sublimadas en trascendencia, apreciar el goce que su cuerpo es capaz de generar, alcanzar juntos el orgasmo, etcétera–, sea por ir asociado a cierta realidad física, deducciones y cavilaciones que en el hombre, conforme a un proceso semejante y no menos tendencioso, suelen incrementarse en razón directa a la irrealización de sus deseos, no siendo infrecuente que, habituándose a la represión, ese hombre termine por encontrar mayor satisfacción en imaginar detalladamente el acto sexual en todas sus fases y variantes, que en el acto sexual en sí, en su ejercicio, satisfacción que tiene la ventaja de permitirle, por otra parte, atribuir a la mujer con entera libertad, sin trabas, sin

posibilidad alguna de ser contrariado, una réplica exacta de sus deseos, con tendencia a olvidar que si bien en ella esos deseos son difusos, como difuso es el erotismo de su cuerpo, no por ello dejan de ser también igualmente concretos. Menos estudiado, en cambio, como aspecto del erotismo masculino, es el recóndito atractivo que sobre el hombre ejercen las nalgas de la mujer y sus profundidades intermedias, la compulsiva propensión a adentrarse en ellas, a penetrarlas, fijación mucho más extendida de lo que suele creerse al amparo de una general resistencia a tratar del tema, apetencias de las que los hombres no hablan entre sí ni se jactan o vanaglorian, no tanto quizá ante el temor de que por una torpe analogía, mediante una burda y mecánica transposición, sean interpretadas como sintomáticas de un homosexualismo inconfesado –hipótesis, por otra parte, en modo alguno descartable– como por el problema previo y más vasto que plantean: el oscuro significado que para uno mismo representan tales apetencias, el esotérico sustrato que las vivifica, menos fácil de explicar, por ejemplo, incluso para un espíritu analítico, que la aplicación con que el joven, desde su primera experiencia sexual y de un modo totalmente inconsciente, succiona los pechos de su pareja; más difícil y, sobre todo, más sobrecogedor, en virtud de la carga como de profanación que el acto encierra, de máxima violación de la intimidad de la persona objeto de nuestros deseos, más aún, de su individualidad, la voluntad de trascendencia que supone ese deseo de introducción –no siempre sencilla– en lo más reservado del otro cuerpo, de fusión, de comunión total con el otro organismo por medio del acceso directo a su verdadero centro, al punto de confluencia o desembocadura de todos sus sistemas asimilativos, algo así como el salón del trono. Deseos, claro está, que sólo acostumbran a ponerse en práctica –salvo cuando se recurre al brutal empleo de la fuerza– a partir de un probado entendimiento erótico, de una progresiva acoplación de ritmos, de un mutuo franqueamiento físico, intercalando su realización, cuando no sustituyendo a la habitual penetración final, en un punto cualquiera del ritual: caricias, besos, succiones, las orejas, el cuello, los pechos, las nalgas, el vientre, el lento descenso paulatinamente centrado en el mundo nuevo que se abre con sólo separar las piernas.

El fin del acto sexual es la concepción. ¿Os acordáis?, dijo Pluto. ¡Qué concepciones ni engendramientos: orgasmos, orgasmos! Lo demás son ganas de empreñar. Esto sólo les pasa a tontos como yo, que durante años y años han creído en eso del fruto sagrado de tu vientre Jesús Amén, y luego van y preñan a una tonta como la tonta de Mariculo. Se estaba emborrachando y Mariconcha o Maricoña o Mariculo volvía a llorar. Aurora no le hacía caso y Nuria no parecía ni enterarse, absorta y como ida, agobiada, se diría, por el mero hecho

de estar allí, como una mamá con sus niños un domingo por la tarde, idiotizada, saturnizada por ellos, al borde de la demencia, bailando como una hechicera al son de sus cacas y sus lloriqueos y sus baños y sus juegos y sus riñas y sus papillas. No había dicho palabra desde que llegaron, mientras establecían entre todos el plan definitivo: Mariconcha o Mariloquesea diría a su familia que se iba a pasar un par o tres de días a casa de una amiga, a La Molina, por ejemplo, a ver la nieve; a las nueve en punto de pasado mañana, miércoles, catorce, ella y Pluto estarían en casa de la comadrona y Adolfo les esperaría en el bar de hoy y les traería aquí y aquí se quedarían hasta que ella estuviera en condiciones de volver a casa, no precisamente soleada por el clima de alta montaña, sino más bien desmejorada, el mal tiempo y, sobre todo, la malapata de una regla especialmente fastidiosa, la hemorragia periódica en que iban a resolverse aquellos informes abultamientos y magmáticas palpitaciones, feliz y rápido desenlace de las gestiones iniciadas el nueve, el día siguiente al santo de Mariconcha, la Purísima Concepción, cuando Raúl fue a ver a la comadrona, no sé si me recuerda, usted atendió a mi mujer hará unos cuatro años, y la comadrona se acordaba, de modo que recibió a los Plutos, y quedaron en que el doce, hoy, la prepararía, y en que la intervención sería el catorce. Correcto, dijo Pluto: cuestión a resolver entre la concepción y la natividad. ¿Y el médico?, dijo Adolfo. ¿Qué garantía tenemos de que sabe lo que se hace? Ya me dirás, dijo Pluto. La garantía que ofrece un gran hijo de puta. Nosotros todavía no le hemos visto el pelo. Aquel pelo y su bigotillo muy blancos, en contraste con su tez de sesentón bronceado, casi como un negativo fotográfico; aparecería, apareció, en el momento oportuno, cuando ya todo estuviera dispuesto y ella en la postura adecuada, bien abierta y en alto, y se calaría unas gafas al sentarse delante para examinarla, indelicado y cínico como ese paseante ocioso que se detiene a contemplar las infructuosas maniobras de un conductor inexperto en su empeño de aparcar, no contribuyendo con su descarada atención más que a turbar el desarrollo de las reiteradas tentativas y a hacer más intensos el apuro y la vergüenza del principiante, no por simple falta de tacto, sin duda, sino, además, premeditadamente, con delectación insidiosa, perfectamente a sabiendas de que, tras entrechocar sucesivamente con el coche de atrás y el de delante, su víctima terminará por renunciar y salir arreando, ofuscado y enfebrecido. Así, el médico, mientras la comadrona preparaba la anestesia, se pondría los guantes con calma y procedería a una ruda exploración vaginal, como si gozara de la situación o considerara, acaso, sus efectos catárticos en la paciente, indiferente por completo a la vergüenza y al horror que ella pudiera experimentar, siniestro en sus maneras y en su aspecto, más el de un verdugo aplicando

tormento que el de un operador, sórdida impresión, producto, por supuesto, más de las circunstancias que de su físico, una cara, una presencia, que en otro contexto quizá nada tendrían de especialmente desagradable, como ese oficial nazi que en las películas interroga a los miembros de la resistencia, rubio y gris, ofídico, cruel, pero que en otro papel, bajo otra caracterización, igual podría resultar un simpático horterilla. Luego, cuando ella despertara, diría, dijo, mire, era una nena.

Caminaron con los Plutos hasta encontrar un taxi. Tomadlo vosotros, dijo Nuria; Mariconcha no se siente bien. Lo máximo que le puede pasar es que aborte, dijo Pluto. Raúl y Nuria se quedaron allí, esperando que pasara otro. También podríamos caminar un poco más y tomar el metro, dijo Raúl. No, dijo Nuria; que al menos sirva para esto lo del empeño. Se encaró con Raúl: ¿tienes algo que hacer por la mañana? Nada: una cita con un pelma a las once, en el Ateneo; y después asomarse al Registro. Entonces, ¿por qué no te quedas a dormir conmigo? Mis hermanos están con los abuelos. ¿Y tu madre? ¿Qué importa? Quizá está con Amadeo. Bueno, subiré, pero sólo un rato. ¿Y por qué no a dormir? Por mi padre, lo sabes de sobras. Si cuando se levanten no me encuentran, creerán que me han vuelto a detener o qué sé yo qué. En el taxi no hablaron y al llegar a casa de Nuria subieron directamente a su habitación. Cuando Raúl salió del cuarto de baño se la encontró tendida en la cama, todavía con el abrigo puesto, y los zapatos, oprimiendo la correa del bolso, mirando al techo. Debiéramos haber empezado a vivir juntos antes de que fuera demasiado tarde, dijo. Si algún día ha de ser demasiado tarde, no vale la pena empezar, dijo Raúl. Pero es que la forma más segura de que sea demasiado tarde es ir retrasando las cosas. Y la más rápida, no retrasarlas. Nuria encendió un cigarrillo. En realidad, no entiendo cómo no duró más tu asunto con Aurora. Sois tan parecidos; lo que se llama almas gemelas. Le vas mucho mejor tú que Adolfo. Y Raúl: lo que me va mejor es una guapa completamente idiota. Si Adolfo quiere cargar con Aurora, es asunto suyo. Yo seguiré buscando a la guapa idiota. Y Nuria: ¿quieres decir que tengo que estar esperando que encuentres una idiota para que me dejes? Y Raúl: no; también puedo irme ahora mismo. Ya tengo bastante con mis nervios para tener que aguantar los de otra persona. Nuria le retuvo la mano. Perdona, dijo; la idiota soy yo. Raúl retiró la mano para encender otra vez un cigarrillo. ¿Por qué se ha estropeado todo?, dijo Nuria. Tendríamos que habernos decidido a vivir juntos cuando pasó aquello. Aquello lo estropeó todo y nos hizo daño a los dos. Y que conste que no te echo la culpa de nada; yo fui una cobarde total. Y Raúl: no te preocupes, aquello no cambió nada; yo te quería, pero no estaba enamorado de ti. Y Nuria: pero ¿qué es para ti estar enamorado? Y Raúl: otra cosa. Y

Nuria: ¿y por qué? ¿Por qué? Yo te he querido tanto desde el principio. Volvió a coger la mano de Raúl; la mutación de sus pupilas, con colores de acuario y como con peces abocados al cristal. Perdona. Soy una idiota. Perdona. Son tantas cosas a la vez y en tan poco tiempo. Pero el problema no es éste, dijo Raúl. Y ella: ya lo sé, ya lo sé, meneando la cabeza, como negándose a escuchar, extraordinariamente parecida a su madre en los momentos de dolor, días atrás, cuando, derrumbada y rendida, su imagen casi hacía olvidar a la doña Dulce de siempre, resuelta y autosuficiente, un tipo de mujer al que, aun desconociendo, como Raúl había desconocido hasta entonces, su relación con Amadeo, no resultaba difícil atribuirle la determinación y sangre fría típicas de esa casada que, enterada de que su marido la engaña, se hace llevar a un meublé por el primer taxista bien parecido que encuentra, sometiéndose allí a toda clase de sevicias, ofreciendo al incrédulo ejecutor cuantos placeres ha venido negando a su esposo desde las nupcias.

Le acarició el cabello, le besó las lágrimas, y ella, como si adivinara que aquel sabor salado terminaría por excitarle, se dejó acariciar, inmóvil pero cada vez menos crispada, más mansa, como bajo el efecto de un masaje relajante, hasta que de pronto, todavía mojándose con sus lágrimas pero ya sin el reprimido llanto, empezó a devolverle los besos, casi brutalmente, devoradora, como si hubiera adivinado aquella desnudación desordenada entre más besos y más caricias y más succiones, conforme al ritual, los labios, las orejas, el cuello, los pechos, el vientre, el culo, el sexo, etcétera, además, por supuesto, de cualquier otra variante introducida sobre la marcha, de cualquier iniciativa espontánea, cosas que en una de esas novelitas pornográficas que se encuentran en las librerías de lance vendrían descritas con palabras como: y él besó con su poderoso pene los senos de ella, aplicándoselo como un soplete, y como si de un soplete se tratara, ella se encendía más y más mientras él continuaba aplicándoselo a la nuca, a las orejas, al cuello, y entonces ella, estremecida de placer, se lo arrebató literalmente asiéndolo con ambas manos, la izquierda a la altura de los testículos, la derecha ciñendo la base del glande, acariciándolo con su sedosa cabellera rubia antes de dar comienzo a una succión tan ávida como floreada y profunda, etcétera, o en tono y términos semejantes; o dicho de un modo no tan gráfico, más conceptual, recurriendo a los diversos procedimientos, sancionados por la propia experiencia, con los que uno procura dar variedad y alargar al máximo el acto sexual, dada la mayor facilidad de llegar al orgasmo que distingue al hombre de la mujer (Kinsey, Stekel, Tong-Hiuan-Tsen), no tanto en concepto de autogratificación erótica –muy al contrario, en ocasiones– cuanto por elemental norma de masculinidad, por una cuestión de prestigio, así como de deferencia

progresiva respecto a la satisfacción de la libido femenina, satisfacción entendida como derecho inalienable de la mujer, prescindiendo, claro está, ya del caso de fuerza mayor, del caso en que uno se ve específicamente obligado a retrasar en lo posible el orgasmo, sea porque no esté de humor o no tenga buen cuerpo o lo que sea, y le cueste entrar en materia, y el esfuerzo de entrar forzadamente en materia acabe por conducirle a uno a un rápido e indeseado desenlace, aun sin haber logrado obtener siquiera las requeridas condiciones standard de consistencia y tamaño, del mismo modo que sin los ejercicios de precalentamiento, en frío, ningún atleta alcanzaría las marcas deseadas; o aún, más poéticamente de Tong-HiuanTsen, ateniéndonos a su contemplación meditativa de cuando la mujer toma el tallo de jade del hombre o lingam, mientras éste acaricia la puerta de jade de la mujer, el yoni. El hombre experimentará así la influencia del Yin, y su tallo precioso se elevará con vigor, tieso como el pico de una montaña dirigido hacia la Vía Láctea. La mujer, por su parte, experimentará la influencia del Yang, y la grieta de cinabrio se humedecerá de ricas secreciones. A continuación, el hombre sitúa su tallo de jade a la entrada de la vagina –el yoni–, esa región frondosa que parece un bosquecillo de pinos ante una gruta profunda. Cuando la grieta de cinabrio deja escapar ricas secreciones, la lanza –el lingam– penetra en la vagina, derramando secreciones que se mezclan a las de la mujer para regar el campo sagrado, arriba, y abajo, el valle sombrío. Tong-Hiuan-Tsen dijo: el tallo de jade ahonda entonces en la grieta de cinabrio hasta la terraza del Yang; ese tallo de jade parece entonces un grueso peñasco que bloquea un valle profundo. Es decir: como un general se abre paso en el campo enemigo o el caballo salvaje atraviesa un curso caudaloso o las gaviotas juegan con las olas o una roca se hunde en el mar o la serpiente penetra lenta en su agujero hibernal o el halcón cae sobre la liebre fugitiva o la vela brava se enfrenta a la tempestad, así hasta que la mujer pida gracia; así. Tong-Hiuan-Tsen dijo: y cuando un hombre siente que va a llegar al orgasmo debe esperar que la mujer llegue asimismo al orgasmo para alcanzar juntos el goce; entonces, el hombre dará golpes superficiales entre las cuerdas de la lira y el grano de arroz, y los golpes deberán parecerse a los movimientos de un bebé que mama. Y entonces, que el hombre cierre los ojos, concentre su pensamiento, apoye la lengua contra el fondo del paladar, curve la espalda, extienda el cuello, dilate las narices, contraiga los hombros, cierre la boca y retenga el aliento. De este modo, la esperma, la Kama-salila, volverá atrás por sí misma. O no volverá atrás y todo habrá sido inútil. Algo que también puede suceder antes de que, como el general o las gaviotas juegan con las olas o una roca se hunde en el mar jade haya penetrado en la grieta de cinabrio; antes: cuando la mujer, girando la cabeza y sacudiéndose el

pelo, como en un arrebato, como acometiendo o cobijándose, se decide bruscamente, de frente y a fondo, y entonces la visión del hombre tiende a desvanecerse, tomando como punto de fuga la imagen de aquel pelo que cae revuelto, sobre la cara, sobre el jugoso ritmo precipitante, aquella cálida ventosa en movimiento húmedo. O hasta sin auparishtaka o felacio simple, o complementada con su práctica inversa, es decir, un sesenta y nueve; hasta sin eso, hasta bajo la simple pero persistente caricia de una cabellera rubia. E incluso antes de que el miembro viril haya adquirido las proporciones habituales en tales circunstancias. Fallos que pueden ser evitados o cuando menos mitigados, más que siguiendo las enseñanzas prescritas por Tong-Hiaun-Tsen para estos casos, más que realizando los actos por él aconsejados, tratando simplemente de recordarlos en el orden debido, ya que muy posiblemente la clave del éxito resida en el mero ejercicio memorístico y su ejecución material sea tan sólo una hábil maniobra de diversión. O bien, más sencillamente, pensando en lo que sea, lo más destrempante posible, en la muerte de tía Paquita, por ejemplo, o en la del señor Rivas, conforme al principio de la concentración mental como inhibidora de la libido cuando su función no es específicamente estimulante, en una tentativa de distraerse mediante la memoria, de centrar la atención en algo anodino cuando no ingrato o preocupante, buscando pensamientos capaces de interferir el sentido burbujeo ascendente, evitando pensar que llega, pensando distráete, olvida lo que estás haciendo, no sigas así, no pienses en eso, dile que pare, que no atice esta quemazón fusionante, no pienses, piensa en otra cosa, en personas, en frases banales, el recuerdo de haber sido, y Manolo Moragas que dijo la verdad es que todo eso del sexo es una lata, y Federico que dijo Escala hace todo lo que puede por parecer lo que es, y Leo que decía no se puede perder el contacto con las masas, y quien no participa regularmente en las discusiones políticas y en la vida de partido acaba perdiéndolo, y el que lo pierde es al partido lo que un cura que cuelga los hábitos es a la iglesia, peor que el que nunca ha tenido fe, y Federico, ¿como Stalin y como Pluto?, y el padre de Leo, Tertuliano era un gran hombre y si viviera hoy día sería comunista, el comunismo siempre ha estado por la cultura, a Lenin le gustaba la música de Mozart y a Marx le gustaba Balzac, y Federico, la mejor forma de encubrir las aspiraciones pequeñoburguesas de los obreros es llamar pequeñoburgueses a quienes no las comparten en cuanto no comparten las aspiraciones de la mayoría de la clase obrera y por tanto son pequeñoburgueses, y Floreal, la verdadera realidad son los salarios de hambre y los accidentes de trabajo y la miseria y las torturas, ésta es la realidad que debe servir de inspiración a los escritores y a los artistas, y Leo, el partido siempre tiene razón y la razón sólo puede estar en un sitio, y

Floreal, casi te diría que a veces es más importante hacer vida de partido que calentarse los cascos pensando en la revolución, y el padre de Leo, la humildad es la más difícil de las virtudes, y Federico, pasará lo que dice Leo pero al revés: el proletariado se aliará con la pequeña y mediana burguesía, con la gran burguesía y hasta con la oligarquía monopolista. Un frente popular, sólo que al revés. Y mañana, la cita con Curial a las once, en el Ateneo, y luego el Registro. Tirant y Curial y Rocaguinarda y Rocafort y Entenza y Roca Guinart y Serrallonga y sus hombres, Pixafort y Cagaferro o así, caballeros y bandidos o bandidos caballeros o caballeros bandidos. La cita con Curial y el Registro. Y por la tarde, ver a los Plutos, ver si todo va bien, ver de darles ánimos, y la entrevista con los hombres de Plans, los Rodríguez, los Vilá, los engendros de esa burguesía tan característicamente barcelonesa, no muy distinta, por otra parte, a cualquier otra burguesía sólidamente asentada en cualquier otra ciudad de Europa. Otra conjetura: que el pretendido conflicto con Plans, que con tanta facilidad parece haber resuelto satisfactoriamente Amadeo, haya sido, en realidad, algo mucho menos maquiavélico que la reconstrucción mental de los hechos, fruto de los recelos de una viuda, la ineptitud de un abogado y un clima general de imaginación neurótica que había llegado a imponérseles. Sencillamente: la maniobra –no complot– de un vivo, Plans, para sacar el mayor partido posible de la situación, indudablemente difícil, en que se encontraban las Gráficas; o todavía más simple, para no pillarse los dedos, para cubrirse de una posible quiebra. Y, en este sentido, la intervención de Amadeo bien podía haber aliviado al Plans tanto como a ellos. ¿Y el abrigo perdido? ¿Y las cenizas de la hojarasca como el oscuro cuerpo de un pájaro abatido? Vértigo y torbellino, nombres, cosas, personas, acontecimientos, sucediéndose, transformándose, metamorfoseándose, fantástico vórtice aquel, con el deseo, en el centro del fondo, de pararse y pensar, pararse y mirar en derredor y adelante y, sobre todo, atrás, recontarlo todo, pararse dónde, mirar desde dónde, en derredor, adentro, al fondo, encima, desde qué cima pararse y mirar. Y así como un hombre que se esfuerza en responder a los estímulos amorosos de su pareja y, llevado de ese impulso, sólo atemperado por el desaliento y la fatiga y la ausencia, no tarda en intuir que se ha precipitado en exceso, la adecuada forma demasiado forzadamente adquirida bajo aquella cabellera loca que le aureola el sexo, o bien, cuando penetrando ya a la mujer con esa conciencia de fracaso, intenta desesperadamente evitar el inevitable desfase, retardar la eyaculación extemporánea, recuperar el ritmo debido, contrarrestar las crispaciones que anuncian la muelle paz final, el reposo húmedo y tibio de un cuerpo sobre el otro, unidos por el rosa escurridizo de dilataciones todavía destilantes, contrarrestar este final cuando aún se

está a tiempo, recurrir a lo que sea, concentración mnemotécnica, procedimientos chinos, pensando no pienses, pensando no te avergüences de antemano del desenlace, no aceleres el irremediable abandono, moral perdida y desánimo y desencanto que cede y se entrega al hervor que sube, a este final tan bruscamente acabado

IX

Lo peor de la vida: que resulte ser exactamente lo que nos habíamos temido. Un Purgatorio en el que somos castigados no propiamente por las faltas cometidas, sino más bien por nuestra adscripción apriorística a tal o cual condena, a tal o cual sector o campo sometido de antemano a determinada clase de castigo. Lo demás, el Paraíso, el Infierno, son sólo los dos términos, por otra parte intercambiables, de una metáfora que hace alusión a ciertas situaciones extremas o en apariencia imaginarias por su analogía con todo lo que se quisiera encontrar y no se encuentra en la aridez del monte; perspectivas opuestas de un mismo accidente del paisaje. ¿Por qué Dante se detuvo en la descripción del décimo cielo, más allá de los nueve cielos móviles y hasta de los nueve coros angélicos, por qué le faltó la fuerza a su elevada fantasía para darnos una imagen de la culminación del Empíreo, por qué la palabra poco es poco para explicarnos con palabras lo que vio en el centro de la Luz, cómo era el fuego del tercer círculo, reflejo de un iris reflejado en un iris, por qué no pudo, igual que un fante che bagni ancor la lingua alla mammella? Porque en el fondo de este fuego descubrió la pupila del Infierno, y entonces comprendió que este último círculo del Paraíso era a la vez el noveno círculo del Infierno o, si se prefiere, el punto de unión entre ambos; que, centro contra centro, eran de hecho una misma cosa, como ante un espejo donde realmente uno no supiera de qué lado queda, donde lo más próximo toca con lo más próximo. Es decir, lo que se temía desde que, llegado al vértice del Infierno, contrariamente a lo que cabía esperar de sus excepcionales dotes de observador puestas al servicio de una delectación sádica, anuncia su resistencia a escribir lo que vio allí arriba, más arriba de lo más profundo, puesto que cuanto dijera al respecto sería poco. Algo que, bien pensado, ya era de suponer para el lector atento del canto número 34, último del Infierno, este canto que como sobrante, al igual que el décimo cielo, parece romper o entrar en contradicción con la simetría y estructura ternaria de la obra, 3 veces 33. ¿Cómo ningún crítico o erudito ha caído todavía en la necesidad de investigar más a fondo el sentido de ese canto sobrante, de ese canto añadido, de ese canto que tiene de más el Infierno sobre el Purgatorio y el Paraíso y que quizá, con más justeza, debiera llevar el número cien, en cuanto nexo de unión o puente entre Paraíso e Infierno, en cuanto que cierra el círculo?

El proceso, el encadenamiento de hechos y, más aún, el motivo inmediato que le habían llevado hasta allí, hasta esa situación, hasta

esta forzada actitud, firme como una roca o un militante o un centinela de afilada bayoneta, era en cierto modo una cuestión sin importancia; como un nocturno Comte Arnau que no necesita de los chispazos de su cabalgadura, de aquellos cascos que suenan como cadenas, para saberse condenado, o como el violador Fra Garí en su errabunda vida de alimaña por los riscos de Montserrat, producto no de su sentimiento de culpa, como ingenuamente podría diagnosticarse, sino de una rotunda sanción objetiva, o como un impío Serrallonga en el suplicio, así Raúl sabía que un día u otro aquello tenía que llegar, por más que como en el caso de un Al Capone, que acaba cayendo por perjurio o evasión de impuestos, bien cabía suponer que de otra manera. Tampoco tendría mayor interés, en definitiva, el papel predominante que en todo aquello podían haber jugado determinados rasgos conflictivos de su personalidad –la virtus o la pietas de un Eneas, su capacidad de entrega a un objetivo transpersonal, a una empresa colectiva, ejercitada con la astucia y el cálculo de un Ulises o, muy posiblemente, a la inversa–, sin acertar a explicarnos previamente el porqué de esa personalidad conflictiva; no, no mayor su interés que el de destacar, por ejemplo, el papel decisivo que en su detención jugó Modesto Pírez, el funesto Modesto, el chivato que, sin duda, tampoco debió faltar en la caída de Al Capone, una de las primeras cosas que vio en Jefatura, Modesto Pírez sentado en una silla y con el cinturón puesto, y su mirada de adulto sorprendido en pleno acto de masturbación, la súplica de comprensión contenida en sus desolados ojos, la aceptación de su culpa, la esperanza de que todo se resuelva por el lado cómico. Algún acontecimiento tenía que sacarle de esa vida cotidiana a imagen y semejanza del Purgatorio, imagen de la cual instituciones como la escuela o la mili son, a su vez, imágenes, siempre a la espera del título, del licenciamiento, de la redención final, y entonces todo será diferente. Puesto que así como el elemento natural del enamorado es la cárcel de su amor, o en un místico lo es la cárcel del cuerpo, soporte de sus trances, así, fuego vivificador puede llegar a ser la cárcel real para el condenado, hasta el punto de que, como para el místico o el enamorado, si esa cárcel no existe, se la inventa.

Inmóvil, en posición de firmes ante la puerta abierta de su celda, como un Farinata puesto de pie en su llameante fosa. Pero a diferencia de Farinata, y aunque igualmente aguijoneado por la curiosidad o el tedio, no por voluntad propia, sino –convenientemente encarado– obligado a asistir quisiera o no quisiera, a la ceremonia que, punteada a toques de corneta, se celebraba sobre la plataforma circular del Centro, en el arranque de aquel vasto ámbito, entre nave de catedral y puente de un buque; a mirar sin ver los lejanos destellos morados y el ritual de los movimientos, no menos rigurosos en su ejecución que los

que él mismo realizaba en el curso del día, al recorrer la celda en diagonal, por ejemplo, contando los pasos –siete en ésta, como cuatro en la anterior y tres en la primera–, pisando siempre las mismas baldosas, girando siempre del mismo lado –el derecho–, dando con los codos contra las paredes en ángulo cada vez que giraba, y vuelta a empezar, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. O cuando hacía siete enjuagues después de lavarse. O cuando se tomaba su ración de rancho –lentejas, judías, lentejas, garbanzos, lentejas, judías, lentejas, garbanzos, lentejas– en setenta cucharadas justas, siempre susceptibles, por otra parte, de ser graduadas. O, en cada recuento, contar hasta veinte, treinta, cuarenta, según los casos –aunque afinando, arriesgando más cada vez, por aprisa que contara–, antes de ponerse en posición de firmes ante el umbral, en el intervalo que media entre el paso del cabo de galería que va abriendo las celdas y el paso del funcionario entrante o saliente que recuenta y su séquito, intervalo calculado en función de la distancia, cada vez variable, que separaba el paso de aquél del de éstos al recorrer las celdas de enfrente y, sobre todo, cuando llegaban al fondo, a la última del otro lado y pasaban al de aquí, en función de sus voces, 237 uno, 236 uno, 235 uno, más y más próximas a medida que se acercaban, hasta aparecer justo, cada vez más justo, 234 uno, para encontrarse con Raúl en posición de firmes, plantado ante el umbral más de un sobresalto que de un salto, con la expresión crispada y una corriente de aire a su espalda, coreado por la silenciosa expectación de los comunes del otro lado de la galería, donde el cabo de planta, haciendo correr la llave a todo lo largo de la barandilla, iba ya de celda en celda, chapando o simplemente pasando la condena, según el momento. O en la maniática disposición de sus pertenencias detrás de la cabecera, sus cosas de aseo, las camisetas, los calzoncillos, los calcetines, el papel higiénico, el tabaco, la pluma, las cerillas. O en el orden estricto que seguía al vestirse y desnudarse. O en la regularidad con que fumaba un cigarrillo cada media hora sin necesidad de consultar el reloj; un error superior a tres minutos de más o de menos era mala señal. Como un error en el orden de ponerse y quitarse las diversas prendas de ropa, o en el de disponer sus cosas; o como descontarse en sus numeraciones. Y como, en general, también lo eran el mal tiempo, los cielos nublados, la lluvia. Tendencias interpretativas y rituales de claro signo neurótico, desde luego; pero no especialmente agudizadas por las circunstancias. De igual modo que ahora, sin sus pastillas, sin sus somníferos, sin sus tranquilizantes, sin sus estimulantes, no dormía peor que antes ni se sentía más fatigado ni más desanimado. Al contrario. Aunque, por supuesto, si tuviera sus pastillas volvería a tomarlas, no sólo por miedo al insomnio, la fatiga y el desánimo que pudieran asaltarle, como por la

mala suerte que le podría traer el no tomarlas. Un insomnio, por otra parte, casi podría decirse que inducido –pese al cuidado con que extendía el abrigo sobre el somier de la litera de encima para que le resguardara de la bombilla, una bombilla empotrada en la pared, sobre la puerta, que permanecía encendida durante toda la noche–, voluntariamente suscitado merced a una metódica batida, a la hora del sueño, en los dominios de su pensamiento, de su memoria, de su imaginación. Insomnio: ojos, círculos, búhos.

No sólo un ritual maniático. No. Una forma, además, de jalonar el tiempo, un sistema personal superpuesto al orden del régimen penitenciario, a sus pautas de ranchos y recuentos, sometiendo la sucesión cronológica a un ritmo hasta entonces inexperimentado, conforme al cual los días pasaban de prisa y las horas despacio y, todavía más despacio, los minutos. Así, se diría que habían sido más lentos los minutos transcurridos con antelación al instante presente, nueve y nueve, si su reloj iban bien, que la semana entera que había pasado desde el domingo anterior a la misma hora, un domingo que prefiguraba, sin duda, lo que iba a ser este domingo; repeticiones que al prolongar el instante trastornan –vértigo o inmovilidad, aceleración o pausa– el desarrollo temporal. Pausas que después de romper bruscamente el curso de sus reflexiones, como un despertador que nos saca del sueño, le hacían volver a ellas con renovada penetración, con renovado distanciamiento, como si en el intervalo la clave presentida se hubiera impuesto por sí sola, precipitando los mecanismos de la conciencia, enriqueciéndolos, lo mismo que otras pausas a las que naturalmente deriva todo hombre sometido al aislamiento: intercambiar el mayor número posible de palabras con los vandálicos distribuidores del rancho; con el siempre más cordial cabo de planta, un tal Barquero o Botero; leer el número más reciente de Redención desde la primera palabra hasta la última, único eco del mundo sublunar; cantar en alta voz canciones que alienten el ánimo o traen buena suerte; dar caza a las arratonadas borlas de polvo que circulaban como dueñas del piso, llevadas por las corrientes de aire; mirar por la ventana, desde la litera de encima, cuando los reclusos salían al patio; o, atento a los ruidos de la galería, a los pasos, a las voces, a los golpes de llamada, a la voz del cabo de planta preguntando el número, ¿numbro?, a los toques de corneta y las risas locas, a los altavoces, pegar el ojo al chivato como a un microscopio, intentando descifrar los peculiares ritmos de vida del lugar; y los diálogos de celda a celda a través del muro, con su vecino, el 233; intentar incluso seguir en lo posible el verbo de la Merche, confusamente repetido por los altavoces, palabras relativas a la próxima Pascua, conmemoración de la pasión y gloria del Señor, Pascua significa travesía y se celebraba antiguamente para

conmemorar la travesía del mar Rojo, pero ¿y qué es la vida del hombre sino una travesía, un tránsito hacia su salvación o condenación eterna?; repasar las figuras ya descubiertas en las aguas de las baldosas; seguir el sol en su recorrido por el suelo de la celda, seguir el curso de sus mutaciones desde que entra como una rendija y se ensancha y va tomando formas geométricas, polígonos oblicuos, cuadriláteros irregulares, rombos, rectángulos pronto deformados, rombos, cuadriláteros irregulares, polígonos oblicuos, en sentido opuesto al inicial, adelgazados más hasta desaparecer como por una ranura, geometrías resultantes de la proyección de la reja sobre el suelo, un retículo de sombras superpuesto a la soleada cuadrícula de las baldosas como las líneas de transportes públicos se superponen al plano de una ciudad, un plano como el del Ensanche, de ese Ensanche donde está situada la Cárcel Modelo, en el espacio acotado por las calles Rosellón, Provenza, Entenza y Nicaragua.

¿Cuántas veces no lo había soñado en los últimos tiempos? Un inspector se disponía a detenerle en el Paseo de la Bonanova, o en el jardín de Vallfosca, o –también en Vallfosca– por un recodo del camino aparecía un camión lleno de grises con fusil y casco de acero, como soldados alemanes, o varios policías de paisano le perseguían por las galerías Astoria, situadas en el mismo lugar que había ocupado Almacenes El Siglo, destruido por un incendio pocos años antes de que él naciera, en vísperas de Reyes u otra fecha de similar resonancia. Y él tenía que huir o esconderse y, al disparar, la pistola se le encasquillaba, o al menos las balas no salían. O bien, en una oficina, varios inspectores le preguntaban acerca de algo, un algo siempre difícil de recordar una vez despierto; y él mentía, inventaba coartadas. Lo mismo que cuando fue detenido realmente, mientras era interrogado en sentido literal y no en sentido simbólico, no por policías que de hecho actúan como agentes represivos del superyo. Un sueño que desde la realidad de su detención había dejado de repetirse. Igual que tampoco había vuelto a soñar que, consciente de que no sabía conducir, conducía un coche a gran velocidad y, aunque manejaba los mandos al azar, conseguía siempre no estrellarse. Una sensación más bien excitante, similar en cierto modo a cuando, de niño, montaba con Manolo en los autos de choque de las ferias de barriada; una sensación que no había vuelto a experimentar en sus sueños a partir del momento en que empezó las prácticas para sacar el permiso de conducir, antes incluso de pasar sin problema el examen, aquella fría mañana de enero en Montjuich, cuando angustiado por algo más profundo que el simple nerviosismo propio de la prueba, quizá la situación en sí, infantil y regresiva por lo que tenía en común con otras situaciones ya vividas, como el colegio o el servicio militar. Como si presintiera que ya iba seguido. Porque así debió ser, puesto

que la misma policía le había hecho una relación detallada de sus idas y venidas el día de san Raimundo de Penyafort, 23 de enero, fecha anterior a la del examen. Y todo parecía indicar que fue justamente este día cuando comenzaron a seguirle, el día de san Raimundo de Penyafort, jurista insigne, transfetador super undas y patrón de los abogados; a raíz del juicio bufo que se celebró en el patio de Letras contra un estudiante disfrazado de policía, cuando entre los espectadores descubrió a Modesto Pírez y decidió llamarle la atención, no sólo por la mezcla de irritación y malestar que conseguía producirle la personalidad del canario y hasta su misma presencia física, sino porque venía como a confirmar las aprensiones que Leo le había expresado al respecto no hacía mucho, una noche en que salieron a cenar juntos, su preocupación por la confianza que Floreal parecía haber depositado en un charlatán como aquel, cuyo comportamiento no hacía sino incrementar su peligrosidad, moviéndose como se movía, cayendo en casa de todos los amigos de Guillén, compañeros, nombres y direcciones que Guillén sólo pudo haberle facilitado en un momento de ebriedad parisina, de nostalgia irresponsable. Tuvo un aparte con él –sin duda observados no por un estudiante disfrazado de policía sino por un policía disfrazado de estudiante– para advertirle que allí había policía secreta, que su presencia podía llamar la atención por más que viniera con un amigo universitario, sobre todo si se tomaban la molestia de averiguar que no era universitario, que acababa de llegar de Francia y trabajaba en la construcción. No te preocupes, compañero, que antes de hablar me cuelgo del cinturón si hace falta, dijo el canario Modesto Pírez. Una conversación breve, pero que no podía pasar por alto al policía o a los policías que ya entonces seguían a Pírez y que a partir de entonces, probablemente, empezaron a seguirle también a él. Hasta el 12 de febrero, día de santa Eulalia, cuando al poco de llegar a casa después de una salida nocturna en la que afortunadamente no había bebido demasiado, sonó el timbre de la verja.

Porque bien podía haber acabado ni relativamente temprano ni relativamente sereno. Una de esas veces, por ejemplo, que a la mañana siguiente, en la ducha, con la resaca, le hacían prometerse no ceder más, no aceptar más por puro hábito, por el simple hecho de que hasta entonces siempre había aceptado, la propuesta de salir a dar una vuelta aquella noche, cuando hacia media tarde le telefoneaban Nuria, Federico, Fortuny, Pluto, los Adolfos, salidas que no le apetecían, que le aburrían, los lugares, la gente, los amigos, todos, él en primer término, ajustándose al tipo de broma, al papel que les era habitual, parodia de sí mismos y de otras épocas, escenificaciones aterradoras por lo que tenían de reiterativo, de intento degradado de volver atrás o –casi peor– de seguir como siempre. Lo de menos era

que sólo en muy contadas ocasiones bajaran hacia las Ramblas, sea por natural agotamiento de la zona, sea por el confort y la calidad del alcohol que, de acuerdo con los precios y la clase de público, caracterizan la vida nocturna de la parte alta de la ciudad. Otros ambientes, otra fauna, pero las mismas bufonadas. Y si la simple llamada telefónica, la propuesta aceptada con tan poca convicción, bastaba para estropearle el trabajo por el resto de la tarde, cuando además bebía, cuando pese a su propósito de no beber más de la cuenta las cosas se liaban y, en un momento dado, a partir de cierto punto, se olvidaba del propósito y de la hora, y de pronto se daba cuenta de que ya amanecía y de que estaba borracho, entonces era todo el día siguiente lo que perdía y, a veces, hasta el otro, niebla en la cabeza y corrosivos en las entrañas, y –lo más persistente– el agotamiento opresivo que produce todo deber incumplido y que únicamente se desvanece al reanudar el trabajo abandonado a raíz de la fatídica llamada telefónica. ¿Qué podría haber llegado a pasar si hubiera sido detenido al volver de una de ésas, no ya por Fin de Año, sino, pongamos por caso, la noche que se encontraron a Montserrat cayéndose por Las Vegas, acompañada de Monsina y de un azorado joven de chaqueta azul marino con botones de plata? ¡Raúl, machote, el mejor de los Ferrer Gaminde: eres cojonudo! Les hizo sentar a todos, casi por la fuerza, y pidió otra botella de whisky. ¿Yo? Pues tan jodida como siempre; en el mal sentido de la palabra, por desgracia. Se volvió hacia la penumbra de otra mesa. ¡Claudio, coño, Claudio, mira qué primo más cojonudo tengo! Mamá es un sol, dijo Monsina. Salió a bailar con el joven de la chaqueta azul marino con botones de plata y Montserrat tiró de Adolfo. Tú, vamos, que no quiero pecar con un primo hermano. Se colgaba de Adolfo, derrumbándose, y volvieron enseguida, Montserrat con unos pasos de tango más bien involuntarios. Se deslizó entre la silla y la mesa, arrastrando algunos vasos al caer. La impresión del batacazo pareció espabilarla, aunque seguía oscilando en la silla con una sonrisa como de sabiduría, excesivamente fija la mirada. Coño, Raúl, a ver cuándo salimos a tomar unas copas mano a mano. Cuando lograron sacudírsela, Raúl se había bebido cuatro o cinco whiskys y ya daba igual seguir y, una vez todo cerrado, acabar en el piso de cualquier asiduo más o menos conocido que iba reclutando gente sobre la marcha.

La noche de la detención, en cambio, la del 12 de febrero, fue demasiado borde desde el principio para ver de contrarrestar nada bebiendo. Un Federico apagado y tendente a irse apagando más y más. Un Eme Eme más pelma que nunca. Y las mujeres tirándose con bala rasa, y Mariculo intentando imponer su tema, el problema de las chachas, y Pluto cortando. Lo malo son las cochinadas. Escupen en la sopa antes de servirla. Se meten los dedos en el culo al hacer

albóndigas. Cuando tienen la regla, la mezclan a la salsa de tomate. Es más que sabido. Como lo de los panaderos que se hacen pajas al amasar. Y la Mariculo: el cochino eres tú, puerco, más que puerco, siempre tienes que arreglártelas para fastidiarlo todo. Y Nuria Oller repitiendo, ¿y por qué no vamos al Carmelo? Va, tú, anda, vayamos al Carmelo. Buscando la mirada de Raúl, algún significativo chispazo de entendimiento, al invocar con su insistencia la reactualización de aquella otra noche, hacia finales de octubre, cuando Federico propuso que subieran al Carmelo y, repartidos en tres coches, se persiguieron por las aviesas revueltas hasta lo más cerca posible de la cumbre, y luego, entre portazos, de súbito en la oscuridad quieta, continuaron a pie cogidos de la mano, tanteando, deslumbrados por los resplandores que aureolaban la cima, y una vez allí, contra la cresta, al abrigo del viento norte, como aislados en el espacio, como a mitad de camino entre el cielo frío y la ciudad que, como un cristal, parecía reflejar los relumbres y negruras de allá arriba, recitaron a gritos fragmentos de san Juan de la Cruz y Góngora y Quevedo y de la Epístola Moral a Fabio. Pero fue mientras miraban las constelaciones cuando Raúl sintió el pelo de Nuria acariciándole la mejilla, un roce que si al principio podía juzgarse casual, su misma persistencia, junto con los anodinos comentarios sobre las estrellas dichos junto a su oído, como besándole, no dejaban lugar a duda. Sentir también sus pechos mientras ella, pegada a él, un poco detrás, señalaba a lo alto preguntando algo, fue casi innecesario.

Aunque imprevista, las circunstancias en que tuvo lugar su detención difícilmente podían haber sido más convencionales. ¿Hasta qué punto pudo haberla precipitado el hecho de que Federico, al recoger a Raúl en su coche, hubiera despistado a la policía sin siquiera darse cuenta, de forma que ésta, ante el temor de que se les escapara de las manos, decidiese tirar de la manta, acabar de una vez? No debía ser siquiera la una cuando Federico dijo que se iba a dormir, y Raúl se apuntó enseguida y Nuria terminó por hacer lo mismo, más bien de mala gana. Dejaron primero a Nuria y luego siguieron hasta casa de Raúl. Federico quitó el contacto ante la verja y se recostó en el volante, pero apenas se demoraron hablando, los dos como bajos de tono. Fue unos veinte minutos más tarde –ya estaba en pijama y con una pastilla de somnífero a cuestas– cuando sonó el timbre. Se puso el abrigo sobre el pijama y abrió personalmente: tres inspectores. Fuera quedaron el chófer y un gris, paseando ante la puerta. La noche era muy fría. Mientras se vestía registraron superficialmente la habitación, curiosearon sus papeles. Le pareció que se guardaban algún escrito.

Papá salió en bata. Eloísa les observaba desde el fondo del pasillo, un chal blanco sobre un largo camisón blanco en la penumbra. No se preocupen, una diligencia de rutina. Y Raúl: sobre todo, tranquiliza a Nuria. Antes de salir le dejaron mear y volver a su cuarto por el tabaco, pero sin perderle de vista. En el coche le situaron detrás, entre dos inspectores. Si quiere salir al Paseo de la Bonanova, tome la siguiente, dijo al chófer. Ésta no tiene salida. Sí, ya sabemos que conoce pero que muy bien la ciudad, dijo el inspector que se había colocado delante, volviéndose a medias; hay que andar vivo para seguirle. Uno de los de al lado le dio una palmada en el muslo. Pero lo que de veras nos interesa, más que sus conocimientos urbanísticos, es lo que se refiere a sus conocimientos sobre el partido. Y Raúl: ¿qué partido? El de al lado volvió a palmearle: usted sabe mucho mejor que yo que no hay más que un partido. Y Raúl: lo siento, pero no entiendo ni lo que me dicen ni lo que hago yo aquí. Y el de al lado: claro. Cualquiera va a empezar diciendo lo contrario, ¿no? ¿Qué iban a pensar en Moscú? Una sonrisa calculadamente desagradable, una sonrisa que ponía entre paréntesis, sin duda sinceramente, la parte de sinceridad que pudiera haber en la afirmación de Raúl, la realidad de su perplejidad, el significado de una detención producida cuando se hallaba prácticamente al margen de toda vida de partido, la velocidad de las preguntas que se hacía, superior con mucho a la del coche que les llevaba, preguntas que sólo empezó a orientar correctamente cuando, al atravesar las oficinas de Jefatura, se tropezó con Modesto Pírez, sentado en una silla, con el cinturón puesto. La escueta temática de la declaración que acto seguido le tomó un funcionario de hablar cortés, casi tímido, acabó de centrar la cuestión, de aclarar de qué lado venían los tiros. ¿Nombre? ¿Edad? ¿Estado? ¿Profesión? ¿Conocía a Modesto Pírez, alias Salvador, miembro del partido comunista? El declarante contesta que no, repetía en voz alta el funcionario al transcribir la respuesta; tecleaba con lentitud de principiante y no ponía objeción alguna al contenido de las respuestas que iba recibiendo. Profesor de universidad, dijo en un inciso. Debe ser apasionante dedicar la vida a la enseñanza. Ordenó el original y las copias y le rogó que las firmara. Ahora tenga la amabilidad de aguardar aquí, profesor; vamos a ver si les gusta el estilo, dijo, y le hizo un guiño. Le dejó solo en la pieza, un pequeño despacho interior, con tragaluces que permitían ver los neones de las piezas contiguas. Se oían voces y risas en distintas direcciones. En un momento dado se asomó a echarle un vistazo un tipo macizo, sanguíneo, torácico como un negro; se retiró sin dejar de mirarle, igual que un coleccionista mira su última adquisición antes de irse a dormir. Raúl se asomó a su vez al pasillo y preguntó a un funcionario que pasaba de largo si podía telefonear a casa para tranquilizar a la familia. Lo voy a consultar, le

dijo el otro, y Raúl volvió a sentarse en espera de la contestación, importante no sólo como índice del ambiente que allí se respiraba, sino también, caso de ser afirmativa, por lo que el hecho de que le permitieran hacerlo podía significar tanto para papá y Eloísa como para los amigos, por más que la llamada telefónica que papá debió hacer a Nuria en cuanto salieron de casa ya debía haber puesto en marcha a estas horas la señal de alerta, Leo ante todo, pero también Fortuny y hasta Federico y Adolfo, dado el confuso origen de todo aquello. Papá, que últimamente, como si presintiera algo, mientras Raúl trabajaba, entreabría la puerta de su habitación y le miraba brevemente antes de volver a cerrar sin decir palabra, como para cerciorarse de que estaba, o tal vez, igual que cuando de noche, al oírle llegar, agitaba una cucharilla en el vaso de sus infusiones, haciéndola sonar para cerciorarse de que era él, no Raúl, sino él, quien estaba.

Yo soy un hombre que, en continua lucha con las circunstancias adversas, se ha entregado de cuerpo entero al cumplimiento de sus deberes de cristiano. He cumplido con Dios. He cumplido como esposo y padre de familia. He cumplido con mi prójimo, trabajando por el progreso industrial y económico del país. Y he recibido tantos golpes de la vida que la parte que pudiera tocarme de purgatorio creo haberla saldado ya de sobras en este mundo con los sufrimientos padecidos. Primero, la pérdida de Jorgito, mi primogénito. Luego, lo de Eulalia, como un mazazo. Luego, la época roja, siempre con el alma en vilo, refugiado allá en un pueblo, con dos hijos que alimentar y sin recursos. Luego, el descalabro de la Anónima. Y ahora, en mi vejez, no diré que con apuros económicos, pero sí teniendo que contar al céntimo. ¡Con el dinero que había llegado a manejar! Habla hundido en un sillón de la salita, como abrumado por la ignominia de haber intentado hacerse el filisteo y no haberlo conseguido. Y Eloísa lo escuchaba desde el pasillo, sentada junto a la puerta, haciendo media. Ay, Señor, dijo. De vez en cuando se llegaba a la cocina, a vigilar el caldo de la cena. Y papá contaba lo de la Anónima pasando por alto no sólo las imputaciones relativas a la supuesta competencia de su gestión al frente de la sociedad –el desorden de su gerencia, su descuidada administración, el carácter fantasioso de sus proyectos–, imputaciones que habían servido de base al consejo de administración para desposeerle de su cargo, sino incluso pasando por alto el hecho de que tal derrocamiento hubiera tenido lugar, dando por bueno el pretexto oficial de jubilación, una jubilación, eso sí, a su entender del todo innecesaria por más que tuviera la edad. Lo que es la ingratitud humana. A mí, el fundador y principal accionista, el hombre que puso en marcha la Anónima, cuando empiezan a verme viejo y enfermo, sin la energía de la juventud ni el aliento de cuando tenía a Eulalia a mi

lado, pero todavía en pleno uso de mis facultades, va y me jubilan, como si ya no sirviera para nada, igual que se tira un trasto, abandonado y olvidado de todos, sin ser bueno ninguno ni tan siquiera para felicitarme el santo. Así agradecieron lo que yo había hecho por la Anónima. El error fue haber vendido mis acciones. Creo que ahora están dando mejores dividendos que nunca. Claro que casi es mejor ni presenciar cómo otros cosechan lo que uno ha sembrado con su esfuerzo, con sus relaciones, con su iniciativa, con su asesoramiento jurídico. Y Eloísa: no se preocupe, que también a ellos les ha de llegar la hora del retiro. ¿Y de qué les servirá lo que hayan hecho o dejado de hacer delante de la Esfinge? Y papá: yo, al menos, tengo la conciencia bien tranquila. Y lo que Dios me ha quitado por un lado me lo ha devuelto por otro. Esta casa, por ejemplo, que cuando me casé todo el mundo decía que quedaba tan lejos. La compré por nada y ahora vale una fortuna. Y espero que las ordenanzas municipales autoricen, que acabarán autorizándolo, edificar en altura, como en el Paseo de la Bonanova. Imagínese entonces: una millonada. Recuerde lo que le digo: esta casa ha de ser la hucha de mis hijos. Calló, como entregado a cálculos mentales. Y la finca, apuntó Eloísa; lo que debe valer aquello. Imagínese. La cantidad de hectáreas que hay allí y, hoy día, que todo se vende a palmos; usted misma. La tontería que hizo Gregorius vendiendo su parte. El pobre señor ya no estaba muy en sus cabales. Y, mire, se ve que se le metió esta idea en la cabeza. La lástima es lo de los chopos, que aquello ya no se cultive, que no dé rendimiento. Con lo buenas que eran las patatas de allí, y la verdura, y aquellos pollos que criaba el Polit. ¿Se acuerda de cuando cada semana llegaba el cesto? No me voy a acordar. Aquello sí que era natural; no como lo de ahora, que todo es química. Hubo un silencio. Raúl, ¿y te ves, hijo? Te vas a sacar los ojos. ¿Por qué no enciendes la luz? Calle, que ni las agujas me veo. ¿No será el fin del mundo? Ponga la radio, señor, que esta casa da miedo. Es que hay niebla, mujer. ¿No oye las sirenas del puerto? Está todo tan oscuro. Es que está haciendo un otoño bien malo: nieblas, lluvia, frío. No sé, señor, pero esto es como las doce plagas. ¡Egipto! Eso sí: no quisiera morirme sin conocer Egipto.

Hablaba como quien ante un magnetofón ensaya diversas variantes de un mismo discurso. Y Eloísa, como ese espectador ya entrado en años que no deja de ver el Tenorio cada noviembre, que incluso sabe de memoria párrafos enteros, escuchaba atenta, asentía, se asombraba, ya ves, ya ves. Menos versátil que papá en sus juicios, cuando hacía sol, por ejemplo, y papá plegaba el periódico sentado en el jardín. De todas maneras, Eloísa, nos ha tocado vivir una gran época. Dentro de pocos años iremos a la luna como ahora vamos a Vallfosca. Y el hombre conocerá el sistema solar y el origen de la vida. Nunca las

perspectivas han sido tan apasionantes. Y Eloísa: y qué nos importa la luna y el sistema solar a usted ni a nadie, con sólo que nos duela una muela. Eso de la luna y de la ciencia es como la televisión, que si quieres mirar, pues miras, pero por mucho que te distraigas nadie te quita que sigas aquí y no allá, y que tus problemas sean éstos y no aquéllos. Menos versátil, sí, el humor menos variable, salvo cuando venía Nuria, y entonces, por más que hicieran, se cerraba de banda, coriácea, insobornable. No están los tiempos para gastar en flores, decía si Nuria traía flores cuando venía a comer a casa. Y si lo que traía eran bombones y ella no podía resistir la tentación: yo no tengo manías. Yo no soy de estas personas que van diciendo esto me gusta, esto no me gusta. Yo como de todo. Y cuando llegó con la foto en que aparecían juntas en el jardín: no me gustan las fotografías. Para el tiempo que nos toca vivir. Eres joven y, cuando te das cuenta, ya eres vieja. Y ella, que luego se quejaba de los invitados, es decir, de Nuria, como si no tuviera bastante trabajo con los de casa, el día en que se les ocurrió comprar previamente en una mantequería, aparte del postre, un capón relleno, se les plantó en plena cocina. Muy bien. Entonces puedo irme a descansar. Ya veo que estoy de más. Por mí, mejor. Si se las arreglan tan bien sin mí, con irme al Amparo, todos contentos. Si era fiesta o día de salida, se iba sin despedirse, con su abrigo y su bolso y su pañuelo de campesina rusa anudado bajo el mentón. El enfado le duraba aún a su regreso, mientras preparaba la cena en silencio, con estrépito de cacharros, y a veces todo el día siguiente. Y los intentos de papá para calmarla no conseguían sino el efecto contrario, por un principio semejante al que hace que el boxeador arrecie sus golpes al ver la sangre en la ceja abierta del contrincante. Pero Eloísa, hija mía, guapa, ¿no ve que lo han hecho con la mejor intención, para ahorrarle trabajo? Vamos, mujer, por Dios, no se ponga usted así. ¿Trabajo?, saltaba Eloísa. ¿Es ella quien lava la ropa sin lavadora y se apaña con una cocina que da vergüenza y hace la limpieza sin electrodomésticos y le prepara a usted sus potingues? ¿Y daría la cara ella por usted cuando el chico de la farmacia o quien sea trae algo y usted no le da una propina o cuando vienen a cobrar algo y usted me dice que les diga que vuelvan otro día sólo porque sí, para retrasar eso de soltar unas pesetas, y yo ya ni sé qué cara poner, con lo poco que le cuesta en cambio firmar un cheque a cualquier timador de esos del tocomocho que venden enciclopedias por las casas y suscribirse a lo que el primero que caiga le proponga? Ya está bien, ya, que los rusos tengan la bomba atómica. Así acabaremos de una vez. Para lo que vale la pena vivir. Mejor irnos todos a la luna. Y papá, pero Eloísa, Eloísa, no se sulfure, que lo han hecho por su bien. ¿Por mi bien? ¿Lo haría ella por el sueldo que cobro? ¿No sabe usted que las hay que cobran más del doble de lo que

yo estoy cobrando? Imagínese, un disparate. El mundo se ha vuelto loco. Hoy día casi da miedo salir a la calle. Pues con no salir, con meterme en el Amparo, sanseacabó. Para estar aquí, preparando los potingues que usted se toma. Y luego todo son corridas al cuarto de baño. Porque estoy enfermo, mujer. ¿Enfermo? ¿Y cómo no va a estarlo con esos potingues que lo están matando? Y desde la cocina, mientras papá iniciaba una prudente retirada hacia la salita, continuaba exclamándose, exponiendo rotundamente su concepción de lo sano, de lo que alimenta, de lo que aprovecha, de lo que conviene al cuerpo, conforme a un esquema cuyas líneas maestras, establecidas por contraposición, serían las siguientes: ante todo, lo sustancioso. Es decir: lo que tiene sustancia frente a lo que no la tiene. Lo especiado y picante frente a lo no especiado. Lo salado frente a lo soso. Lo graso y sabroso frente a lo desgrasado y lo desabrido. Lo dulce frente a lo seco. Lo espeso y cargado frente a lo claro, a lo flojo. Lo astringente frente a lo laxante.

Llegó sin ruido, envuelta en frío, con su abrigo, su gran bolso, su pañuelo de campesina rusa. No rezongaba, no despotricaba. Aguardaba en una silla de la cocina a que cociera la verdura, como si hubiera hasta olvidado sus desplantes a Nuria, el portazo de aquella tarde al irse. Fíjate, Raúl, la suegra de mi sobrino tiene el maligno. Ella no lo sabe, le han dicho que es un reúma y que por eso le dan corrientes. Se ve que hace ya tiempo que, por las noches, oía y todo al bicho, de grande que es, royéndola por dentro; pero no decía nada. Y ahora se ve que le dicen que no, que es el reúma que hace que crujan los huesos. Pero es el maligno. Suspiró. Y habló de la pena del sobrino y de la pena de ella por los dos, por la pobre y por su sobrino, todavía en completa ignorancia de que Raúl, así como sabía que no se llamaba Eloísa sino Eulalia, que había cambiado de nombre porque papá le pidió que lo hiciera cuando entró en casa, sabía igualmente que su sobrino no era su sobrino sino su hijo. Lo demás, las circunstancias del caso, ni ese hijo debía conocerlas. ¿Seducción? ¿Estupro? ¿Violación? ¿Y el padre? ¿El cura en cuya casa comenzó a servir? ¿Un señorito como esos de los seriales? ¿Un padre de familia? ¿El guardia de asalto del que hablaba a veces? Algo que únicamente ella debía saber con exactitud, la parte subterránea de su secreto. Un secreto que sólo semanas más tarde había de descubrir que para Raúl no era tal, en su esencia, desde hacía años; aunque Raúl fuera el pequeño, aunque no fuera el señor como papá ni un sacerdote como Felipe. Fue a raíz de que el José, el Pepe, planteara el problema de que Eloísa se fuera a vivir con ellos. Probablemente, un problema relacionado con el progresivo agravamiento de la suegra, con el problema, cuando ella se fuera –como decía– de quién iba a estar al tanto de los críos mientras los padres atendían el bar; muy probablemente, sí, aunque de esto

nada se dijo, claro. Había telefoneado un domingo por la tarde pidiendo por Raúl, aprovechando seguramente que Eloísa estaba con ellos, para tratar personalmente, dijo, un asunto confidencial. El bar estaba situado en el Mercado de Santa Catalina, y el Pepe, el José, le dijo que aquello no era para hacerse millonario, pero que tenía una clientela fija, la suficiente para ahorrar cada mes unas pesetas. Hacía tiempo que Raúl no lo veía, que no venía por casa, desde que se casó, aproximadamente. Estaba cambiado. Debía tener más o menos la edad de Felipe, pero igual podría ser su padre, grueso –aun prescindiendo del mandily casi calvo. Les gustaría que su madre se viniera a vivir con ellos, explicó; se estaba haciendo vieja y allí podría ayudarles sin cansarse demasiado. Cuando la habitación de la madre de mi esposa quede libre, dijo. No es que sea muy espaciosa, pero una vez vuelta a pintar quedará maja. Raúl le dijo que por supuesto estarían de acuerdo con lo que ella decidiera; pero que era él, su hijo, quien tenía que hablarle. Lo hizo a la primera oportunidad, el jueves siguiente. Eloísa volvió a casa antes que de costumbre, descompuesta, enfurecida, quién sabe si por los términos de la propuesta, por la forma probablemente algo tosca de exponérsela, por las palabras probablemente poco afortunadas del José o, más probablemente todavía, por la súbita revelación de que Raúl, el pequeño, también estaba al cabo de la calle en lo que a su secreto se refería. Dijo que se iba, que se iba al Amparo, que ella no quería ser una molestia para nadie. Y papá la seguía por la casa, ¡pero mujer!, ¡pero mujer! Su indignación sólo empezó a ceder cuando se convenció de que la idea no había sido de ellos sino de su hijo, del José, del Pepe. Es tonto. Tonto, siempre lo he dicho. Tonto. Ya lo escarmentaré yo. Ya le enseñaré yo lo que es bueno. Llevaba todavía su pañuelo de campesina rusa, entreabierto el abrigo, únicamente desabotonado, mostrando la agitación de su busto abultado y uniforme, toda ella sofocada, la ira, el calor de la cocina. Yo estoy mejor aquí, con los de esta casa, con los de aquí. Y papá, pero Eloísa, guapa, por Dios, claro que ésta es su casa, si usted es casi como de la familia.

Papá orinando en el jardín, su sexo como una raíz entre las manos. Se volvió al oír los pasos de Raúl sobre la escasa grava. Es muy sano para las plantas, dijo; materia orgánica. Cada día lo hago en una diferente. Se abotonó distraídamente, meneando la cabeza. Pobre Eloísa. Se ha llevado un disgusto tremendo con toda esta historia del dichoso Pepe. Suerte que es una mujer muy entera. Con una tragedia como la suya o como la mía uno sólo puede salvarse a fuerza de entereza. Es tan fácil dejarse ir. Mira Gregorius. Como si yo no hubiera tenido también tentaciones. Pero he sabido resistirlas. No es que quiera meterme con la pobre Leonor, que conste, que por lo demás es una buena mujer y, en cierto modo, es una suerte que haya sido ella y

no otra. Pero no es una persona para él, para un hombre de su clase, de su cultura. Y es que Gregorius siempre ha sido un desastre, un comodón, un egoísta, un ser que sólo piensa en sí mismo. No ha luchado como yo, no ha sufrido. Ahora tú compara: un caso completamente diferente. Completamente. El día que vinieron a comer, casi me hace saltar. La pobre Leonor toda cohibida de estar sentada en nuestra mesa, esforzándose en ayudar a Eloísa, en no llamar la atención, y él, en cambio, tan pancho y tan campante, sin preocuparse más que de su comida. Daba un coraje verle. No le quitó el ojo mientras se servía, verdaderos palmetazos sus pupilas, censor, colérico, envarado. Y Gregorius, con la atenta aproximación del miope, iba eligiendo de la fuente sin siquiera enterarse. A mí me gusta lo verde y lo picante, dijo.

Leonor le abrió la puerta y se lo encontró sentado en el recibidor, en camiseta, la mirada abstracta, fija en el globo encendido del techo. Al oír voces le contempló atónito, con una incredulidad y una efusión que sólo podían explicar el hecho de que le hubiera confundido con algún pariente o amigo de su propia infancia, muerto mucho tiempo atrás. Le abrazó repetidamente, apartando a Leonor, que decía que pasaran al living. Deje, déjame, mujer, aquí se está mejor. Le olía mal el aliento. Cuando Leonor supo que Raúl venía a invitarles a comer a casa, en parte por atolondramiento y en parte porque sin duda respondía a una realidad, se apresuró a advertir que, aunque él estaba muy recuperado, todavía no era el de antes. Y como para darle la razón, mientras ella hablaba, Gregorius volvió a la contemplación del globo. Mire, no hay manera de hacerle poner la camisa. Y esto es porque ve que hay sol y entonces dice que tiene calor. Pero si ve que está nublado, por más que estemos en verano, se empeña en salir con abrigo. Y es que se toma pastillas a escondidas y, a la que te descuidas, come y bebe y fuma y hace todo lo que el médico le tiene prohibido, y no hay manera de controlarlo, siempre se las arregla para jugármela. Hasta en el excusado lo he pillado fumando. Los días de cada día, pues lo llevo al Corte Inglés o al Sears o a las exposiciones, y así pasa la tarde. O a la Clínica Barraquer, a la sala de espera, y allí lee las revistas. Pero los domingos, después de misa, ¿dónde le voy a llevar sino al parque? Alguna vez, ahora que hace buen tiempo, lo llevo a la terraza de un bar, pero entonces pide un vermut o un café o Anís del Mono, y si yo digo que no, se pone furioso y agarra una verdadera pataleta, y así hasta que todo el mundo nos mira y acaba saliéndose con la suya. No se le puede dejar solo. Se compra tabaco y embutidos todavía no sé cómo. Y cuando se encierra a fumar en el retrete tiene la malicia de abrir las ventanas para que se vaya el humo. Calla, dijo Gregorius. Tomó del brazo a Raúl, sometiéndole de nuevo a su penetrante halitosis. Oye, ¿piensas ir este verano a Vallfosca? Yo ya

tengo ganas de ir. Allí se está más fresco. Y si vamos los dos siempre es más entretenido. Con avisar al Polit para que nos vaya a esperar con la tartana.

A primeros de noviembre, por todos los santos difuntos. Llegaron ya oscuro. Ellos iban con Federico y la Oller venía detrás, en el coche de los Adolfos. Según se acercaban a la casa, en los últimos recodos de la cuesta, los faros ahondaban entre los alcornoques, ramas blancas, años cayendo, fantasmas. Una impresión que no hacía sino acentuarse en la quietud resonante del interior, hostil, se diría, a las voces aquellas, a las risas, a los pasos, que venían a turbar el silencio de los recuerdos, las inasibles imágenes que lo animaban como sombras de un movimiento, apariciones, o mejor aún, desapariciones. Como el paisaje. Las nieblas bajas de la mañana, ceñidas a las hondonadas, aislando las lomas como un bálsamo, igual que cuando años atrás salía de caza al clarear. Y los mismos aromas de otoño, cambiantes, matizados, impregnantes emanaciones del húmedo descenso amarillo, del enfermizo suelo de hojas, suave a la pisada. Mientras los demás dormían se dio una vuelta por los alrededores, los antiguos cultivos, las planas sembradas de chopos jóvenes, grises delgadeces despojadas. En torno a la casa del Polit rondaban los hijos del guarda, un número impreciso de críos que le espiaban desde los rincones. Los vanos del portal y de las ventanas estaban encalados, y estos ribetes, que parecían ahuecar el exterior deteriorado, y los cacharros de flores, daban al edificio un aspecto como de calavera maquillada. Al fondo de la era había ahora un rosal que abatía descuidadamente sus flores sobre las porquerizas vacías y entreabiertas, unas flores de ese rosa ácido tan frecuente en las cercas de los pequeños huertos que los guardagujas y los jefes de estación del pueblo suelen cultivar junto a la vía férrea. Regresó por los senderos serpeantes del jardín, abandonado a las hierbas, invadido de hiedras reptilíneas, zarzas agazapadas, garras secas rechinantes.

Si el tiempo era desapacible, la casa estaba inhóspita, circunstancia que quizá tuvo su influencia en el clima de tensión y malhumor general. La noche anterior, cuando llegaron, al encontrarse en el ambiente más bien caldeado del salón, ante el fuego de la chimenea, después de haber contemplado desde la galería el cielo frío, la luna ya como de invierno, con su halo violeta de medusa, y aquellas estrellas como de un hielo hecho añicos, les entró a todos una alegría insólita, una euforia casi física, pronto reforzada por el alcohol. Recorrieron la casa, y la Rivas propuso desnudarse sobre el altar de la capilla y celebrar una misa negra, siempre que la calentaran con suficientes cirios. Finalmente jugaron al strip-póquer a la luz de la chimenea, y sea porque el efecto del alcohol había llegado hasta el punto en que se hace reversible, sea por las incidencias del juego, por los piques de las

mujeres cuando se enfrentan, sus fintas, sus maniobras de prestigio, sus ajustes de cuentas, lo cierto es que el tono de la reunión se fue crispando a la vez que degradando por momentos. Y si, por una parte, el distanciamiento que desde hacía tiempo volvía a manifestarse entre Adolfo y Federico se consagró oficialmente aquella noche, conforme a una dialéctica no muy clara para quien no hubiera seguido el proceso de cerca, por otra, la ruptura de hostilidades entre la Rivas y la Oller se planteó por primera vez de forma abierta. Luego, en la habitación helada, la Rivas se empeñó en hacer el amor bajo aquel montón de mantas, perfectamente consciente, sin duda, de que la Oller, desde la habitación contigua, en la frialdad de su lecho, podría apreciar con toda claridad sus intensas exteriorizaciones de placer.

De hecho, fue la propia Oller la primera en alertar a la Rivas con su poco disimulado comportamiento: la muda relación libidinosa que tendía a establecer respecto a Raúl ante los demás, como si los demás no fueran capaces de advertirlo, o acaso, justamente, calculando que así lo hicieran. Sus enfáticos mensajes que evidenciaban, en el contexto de la reunión, un tácito entendimiento entre ambos, a modo de una de esas consignas adoptadas por los participantes de una conjura, excesivamente burdas para no ser descifradas a tiempo por los organismos de seguridad. ¿Por qué no pones un disco de Brel, Raúl?, dijo. Es decir: no un disco; el disco. El disco concreto que habían oído juntos en tal o cual ocasión. Su disco. Un disco que ahora ella quería oír continuamente, como se oye una marcha nupcial o de victoria. Sólo en un dato, posiblemente, andaba desencaminada la Rivas: concebir como algo que podía suceder lo que en realidad estaba sucediendo. La cita. El taxi. El mueblé. La pericia con que los dedos de la Oller se introducían en la bragueta, el arqueo felino con que, ambos todavía a medio vestir, se deslizaba hacia los pies de la cama, como con prisas por contemplar su obra, entreabriendo ya la boca con la unción de quien se dispone a comulgar. Su obvio conocimiento del erotismo masculino, aunque, cabía suponer, no tanto por natural intuición cuanto por experiencia, casi adelantándose más que acompasándose, como con un deseo de lucimiento, con un exceso de movilidad y ritmo acelerado que podían resultar hasta fastidiosos, por más que sobre la marcha su efectividad fuera indudable y no hubiera lugar para tales consideraciones en pleno ejercicio, ni para otras, el hilo del discurso como perdido entre aquel revolverse, invirtiéndose, entrecruzándose, ahogándose casi entre sus piernas, entre sus nalgas. Después se quedaba dormida. Una noche poco menos que hasta el amanecer. Sus agitados despertares daban idea del grado en que su actuación erótica venía a ser una continuación de ese estado calenturiento, entre sueño y sueño, entre deseos como realidades, penes penetrantes, desnudos bálanos blandidos distributivamente,

glandes embistiendo como lechones, y el escroto fascinante, con su aspecto de fruto de mar que aflora entre algas y púas, su viscosa movilidad vegetal preñada de eyaculaciones, perpetuamente como retrayéndose, como respirando, como desplazándose peristáltico, y el empinado tropismo del pene que ella tan bien sabe suscitar al emplearse a fondo, ella, empinando penes empinantes, manipulando, obteniendo empinaciones aparatosas, trempaciones bien templadas, tensas, calientes empalmaduras, el arma de Raúl a su entera disposición. La Oller diciendo no sé lo que me pasa pero te quiero mucho, y Raúl diciendo yo también, y la Oller diciendo quizá yo soy sólo una más, pero tienes que prometerme que si algún día te cansas me lo dirás enseguida, y Raúl diciendo no eres una más y no veo por qué tengo que cansarme, y la Oller diciendo estoy tan bien contigo, y Raúl diciendo yo también, y la Oller, todo es tan raro y complicado pero creo que te quiero, y Raúl, yo también. ¿Y cómo sabes que me quieres? (la Oller). Tautología (Raúl). Estoy bien contigo. Me das como una paz. Pero se te pasará pronto (la Oller). No sé por qué (Raúl). Tú eres el primero en decir que no hay amor que pueda durar (la Oller). Es un decir (Raúl). Diciendo, besándose, chupándose, lamiéndose, abrazándose.

Miraron sus cuerpos desnudos reflejados en el espejo, sobre el desorden de las sábanas. Y yo que pensaba que ya no podría querer a nadie. Y es que yo creo que todo el mundo me ha querido siempre demasiado. Empezando por mi marido. Y no es que no me guste que me quieran, claro. Pero que no sean pegajosos, que no se pongan como borregos. Y mira que Peter tiene un atractivo bárbaro y que nos llevamos muy bien en todos los terrenos. Pero es otra cosa. No sé si entiendes lo que quiero decir. Que sean así, como tú. Es todo tan distinto contigo. A mí todo el mundo me quiere demasiado. Mi padre, mis hermanos, siempre he sido la preferida de la casa, la petita. En cambio, no hay mujer que a la corta o a la larga no me odie. Y más a la corta que a la larga, casi con sólo verme. No sé por qué, pero ya de entrada parecen dar por supuesto que lo único que busco es quitarles sus hombres. Y te aseguro que a veces me entran ganas de darles motivos. Me hacen escenas, hubo una que hasta se me abalanzó en público, arañándome y todo. Y la verdad es que tampoco he tenido tantas aventuras. En todo caso, son ellos quienes se me quieren tirar. No te das cuenta y ya te están metiendo mano, manoseando. No te lo puedes imaginar: dejan a su mujer y antes de cinco minutos están intentando violarte en el mismo coche. Ya de niña me salían siempre exhibicionistas; en la calle, en el cine, en los portales. Algo asqueroso. Yo creo que acabaré puta, tirándomelos a todos a ver si se hartan. A veces me dan verdaderos ataques de nervios. Y es que no puedo soportar que me toquen en este plan. Casi me hacen sentir frígida. Y

mira que de eso tengo bien poco. Le hablaba desde el baño, mientras Raúl fumaba tumbado en la cama, todavía desnudo, confidencias acaso no muy apropiadas, en su exaltada exposición, para escucharlas poseído por el estado de ánimo característico del post coitum, cuando, inerte y vacío como el náufrago que, llegado a tierra firme, no se siente siquiera capaz de comprobar si aquella playa es algo más que una isla desierta, como acogotado de cansancio, sin fuerza para moverse, para decidirse a localizar su ropa, uno se hace las preguntas y los reproches más radicales, qué haces aquí, por qué tenías que llegar a decir las tonterías que has dicho. Fastidio que no tardaría en potenciar su impaciencia ante el inacabable y minucioso desarrollo de lo que la Oller llamaba arreglarse, la ducha, el pelo, el maquillaje, proceso tal vez similar en su mecánica a esa obsesión herbicida que se da en ciertos ancianos, la aplicación sistemática con que dedican sus ocios a la tarea de arrancar la mala hierba del jardín, extirparla, raerla, una obsesión sólo interpretable en términos de acto simbólico y compensatorio.

¿Te crees que no me doy cuenta de que ella te busca?, dijo la Rivas. Si basta ver cómo se sienta; lo más abierta de piernas que puede. Nos conocemos de sobras. Ya en Inglaterra no hacía más que mirar de tirarse a todos los tíos de sus amigas. Y te aseguro que Peter es un tipo que está un rato bien. Pero quizá sea mejor para él; así acabará hartándose de tanto cuerno y se la sacudirá de una vez. Como yo esta tarde; le he colgado el teléfono. Bastante tengo con los Plutos para, encima, tener que aguantarla a ella. Estaba irritable, de mal humor; decía que malditas las ganas de ver a los Plutos, que los Plutos eran deprimentes, que no veía por qué estaban obligados a salir con ellos por sistema. Y en la cafetería, mientras esperaban, discutió violentamente con Federico. Pues si Adolfo es el conde, tú serás la condesa (Nuria). De acuerdo. Y el Conde no me gusta. Un problema conyugal (la Condesa). Pues no entiendo por qué. Yo no lo encuentro tan mal (Nuria). Pero yo sí. Lo ideal es el hermafrodita del Louvre. Y el Conde quizá tenga suficiente pene pero en apariencia le falta busto. Lo contrario que en tu caso (la Condesa). Las ambigüedades me resultan penosas; lo que debieras hacer es definirte de una vez, aceptar la realidad de lo que eres (Nuria). Es que la realidad siempre es ambigua. Yo, por ejemplo, sólo empecé a tomar conciencia de travestí al enterarme de que mi madre, cuando era pequeño, me disfrazaba de niña.

La discusión había empezado no a propósito de Adolfo sino de Eme Eme. Memo; no cretino ni idiota ni imbécil ni bobo ni estúpido: memo, dijo Federico. Pero el problema no era Eme Eme. Como el invertido de cierta edad que con los años ha ido adquiriendo la sabiduría sobre las cosas de la vida propia de una tieta, la prudencia

un tanto pesimista de quien ha visto ya muchas cosas y se retrae, así, la personalidad de Eme Eme, sus agudezas, sus nostalgias, forzosamente tenían que acabar por cargarles a todos. El problema era Adolfo: la sospecha por parte de Nuria, o tal vez el deseo –un pretexto para dar desahogo a su ansiedad, a su beligerancia contenida– de que los ataques de Federico a Eme Eme fueran de hecho dirigidos a Adolfo, tiros indirectos contra el que había hecho posible la presencia de Eme Eme en sus reuniones. Y la intención de Federico –previa o provocada sobre la marcha por la misma actitud de Nuria– de que así fuese entendido, su voluntad inequívoca de hacer saltar a Nuria. Especulaciones relativas, por ejemplo, a la apetencia de vida mundana que significaba, en el caso de Adolfo, la continuidad de su trato con Eme Eme, no tan grave, en definitiva, por sospechoso que fuese en una persona de pretendida inteligencia creadora y libertad moral, el trato con un memo rico y con la gente de su ambiente, si no la enmascarase de colaboración en un vago proyecto cinematográfico, proyecto que, a su vez, muy posiblemente no enmascaraba otra cosa que su cada día más indisimulada esterilidad literaria, la novela todavía por acabar, el miedo a terminarla, a que su publicación diera fin a un mito fundamentado en la reducida base que pueden ofrecer unos pocos relatos prometedores. Argumentos que no estaban al alcance de los Plutos, que para quienes como ellos desconocían además las motivaciones internas de la discusión carecían incluso de sentido. Sobre todo para Mariculo, a la que ya habían visto en su elemento, embargada de maternidad, enristrando a su bebé con biberones y supositorios, un berreador pipicacoso, eructopedorreante, de rebeldes llantos y vomitaciones.

Pero también para Pluto, un Pluto expansivo y ocurrente, sí, aunque más como papel impuesto que como comportamiento habitual. Un papel –no sería de extrañar– reservado a ellos en exclusiva, a fin de que entre ellos todo siguiera siendo como siempre. Y aun así, como ese enamorado tímido que se insinúa apenas en espera del primer signo de reciprocidad, en determinadas ocasiones, cuando venía rodado, dejaba entrever la realidad: lo jodido que es el mundo de los negocios, levantarse a las siete, pencar de verdad, ir subiendo peldaños sin permitirse un solo paso en falso, ascendiendo a costa de los otros para que los otros no asciendan a costa de ti. Sondeos, ver si captaban su longitud de onda, si los demás habían seguido su misma evolución y sólo faltaba que alguien fuera el primero en romper el hielo. Una evolución que posiblemente se había iniciado poco antes de su boda, con el susto del cheque sin fondos y el peloteo de letras, un asunto resuelto por el futuro suegro a su manera y, sin duda, bajo sus condiciones. Lo demás, sus bromas, sus números, su forma de exasperar a Mariculo, era más bien como la evocación de alguna

anécdota del campamento, una especie de peaje que pagaba cuando se juntaba con ellos. Mi suegro es una bellísima persona, dijo. Un hombre de un gran corazón, de una gran polla. Dio un braguetazo tan tremendo que gracias a eso vivimos hasta nosotros. Pero con él hay que hilar fino. Si no le respondes, se abotona la bragueta. Las protestas de Mariculo, la contrarréplica de Pluto, etcétera. Y no obstante, algo fallaba. Raúl se esforzaba en reír de buena gana. Pero Federico se había liado a charlar con un puto, en la barra. Y Nuria: es raro que no os angustie hablar igual que si todavía estuvierais en el campamento. Federico, muy achispado, se vino con el puto e hizo las presentaciones, Raúl, Nuria, los Plutos, mi amigo No sé Cuántos. Y tú cómo te llamas, dijo el puto. Y Federico: la Condesa. Aquí van a cerrar. ¿Por qué no vamos a Castelldefels? Allí no cierran (el puto). No tengo dinero ni para gasolina; pero podemos hacer el taxi en las Ramblas para recoger fondos. Tú por una acera y yo por la otra (la Condesa). Vale (el puto). Lo que les faltaba a los Plutos: que aquellos dos se fueran por su cuenta. Y no tardaron en desaparecer oscuramente, como si temieran verse complicados en algo. O, más posiblemente, como si Pluto temiera que el comportamiento de Mariculo no estuviera a la altura de las circunstancias. Un tipo de reacción que un Leo jamás hubiera tenido, aunque luego le costase horas de explicaciones con Teresa. Y es que igual que cuando el amor se acaba, se acaba definitivamente, y entonces lo que se repite es el esquema del comportamiento amoroso, las mismas pasiones, las mismas pruebas, sólo que con otra persona, toda amistad creada en la primera juventud tiende, en cambio, por encima de distanciamientos y hasta de rupturas, a mantenerse a lo largo de la vida en un nivel de entendimiento inalcanzable para cualquier relación amistosa establecida posteriormente, con Pluto, por ejemplo, con Fortuny, quizá porque, de hecho, la capacidad de hacer nuevos amigos se pierda y pase con ese momento de la primera juventud.

Era como si Leo, desde que había sido rehabilitado, hubiera recuperado no sólo la confianza en sí mismo sino la lucidez y hasta el sentido del humor. Se podía bromear y, por encima de cualquier clase de reserva, hablar francamente, casi como en otros tiempos. Un tipo de relación que sólo meses atrás hubiera parecido imposible que llegara a restablecerse algún día. Decirle, por ejemplo, que lo de su rehabilitación era un caso descarado de nepotismo, influencia de Floreal, un Floreal cuya espectacular carrera política en el exilio, durante su forzada estancia en París, que tanto contrastaba con la decepcionante experiencia de Fortuny, tampoco quedaba al margen de sus irónicas conjeturas. Una carrera que arrancaba de la caída de Obregón, de que entonces hubiera conseguido escapar literalmente de entre las manos de la policía y llegar a París, puesto que sin tales

antecedentes, en otra coyuntura, posiblemente nunca hubiera tenido ocasión de tratar con la dirección, de mostrar su completa identidad de criterio, de llegar a integrarse de forma tan perfecta, de volver a Barcelona clandestinamente, convertido sin duda en una de las piezas clave del aparato, todo tan casual como para ese poeta que, manipulando un ripio, se encuentra con una idea profunda. Floreal, un hombre –vino a decir Federico– no tanto del pueblo como de barriada; algo así como uno de esos populares hinchas que desde el graderío orquestan los escándalos con que se anima al equipo local o se desmoraliza al visitante, uno de esos tipos que sea por su físico generalmente grotesco, sea por su atavío más bien estrafalario, sea por sus simiescas ocurrencias, parecen ejercer sobre los espectadores el magnetismo de un hechicero de tribu. Eso sí, su lealtad está fuera de duda. De hecho, tanto en su caso como en el de Fortuny, sus jefes han demostrado una gran penetración sicológica.

¿Y Leo? En lo que a Leo se refiere, como en ese solterón que si nunca ha llegado a casarse es tal vez únicamente por el problema de compartir el cuarto de baño con una mujer, cuestión más de timidez que del egoísmo que comúnmente se le atribuye, así, igualmente equivocado sería calificar de simple oportunismo su posición actual respecto al partido aun en el caso de que él mismo llegara a definirlo en semejantes términos. Ya que, como aquel que en posesión de su horóscopo –que considera no ya halagüeñamente acertado, sino incluso de benéficos efectos estimulantes–, pone lo posible de su parte, de ahí en adelante, para que se cumplan los designios de los astros y en todo encuentra pruebas de que cuanto sucede no es ni más ni menos que lo ya augurado, así, de modo semejante, no sólo Leo o el mismo Floreal, sino, en general, todo militante, tiende a esforzarse en que la imagen que ofrecen de la realidad del país a sus superiores jerárquicos coincida en lo posible con los supuestos teóricos de la línea política por ellos elaborada.

La medida de sus actuales responsabilidades –sobre las que Leo se mostraba muy reservado, aunque no resultaba arriesgado vincularlas a las comisiones de barrio y quién sabe si también al comité de Barcelona– venía dada, como es usual, por detalles. Como el hecho de que fuera él quien le informara de modo confidencial –y más bien risueño– de que Fortuny había caído en desgracia, antes, seguramente, de que el propio Fortuny fuera informado –sin pillarle indudablemente de sorpresa– de que, ahora que volvía a estar en Barcelona, era conveniente que se abstuviera de toda actividad política hasta nueva orden. Dicen –¿quién sino Escala podía haber dicho?– que se han dado cuenta de que sus luces no son superiores a su firmeza, dijo Leo. Una crisis cuya gestación había tenido lugar en París, fruto de lo que en él adivinaron los miembros de la dirección al tratarlo más a fondo, o de

lo que él adivinó en ellos, o de ambas cosas a la vez, o de lo que él empezó a contar o comentar, o de lo que ellos supieron que contaba y comentaba. Intimidades cuya difusión, si en un terreno como el conyugal pueden llegar a ocasionar la destrucción del vínculo, ¿cómo no van a ser capaces de destruir también las bases de una relación política? Y es que así como para una joven burguesa recién casada la primera intuición de una realidad distinta a la hogareña, de otro género, suele coincidir con el primer acceso explosivo de términos soeces y vociferaciones barriobajeras que desencadena en el esposo la noticia de algún contratiempo en la marcha de los negocios, asimismo, casi de incredulidad, acostumbra a ser la reacción a las primeras disonancias advertidas por el militante neófito en la vida interna de la organización política a la que pertenece. Cuesta habituarse, qué duda cabe, a esa dimensión inherente a toda forma de trabajo en equipo, transposición objetiva de conflictos personales, de rivalidades soterradas, de preeminencias no tanto protocolarias como relativas a un control efectivo del poder, a la dirección del aparato. Cuesta aceptar que, a semejanza de la divertida discreción con que en el mundillo literario local circulan esos anónimos en forma de rimas burlescas cargadas de alusiones concretas a la persona de tal o cual escritor, obra de cualquier gacetillero de ideales regresivos y aspiraciones frustradas, de una babosa enriquecida en el solitario ejercicio de la procacidad y la maledicencia, saludable desahogo de la cotidiana labor de divulgación periódica, noticiero universal de cuantos valores eternos existen y, en especial, han existido, caso de higiene o caso, acaso, de debilidad mental, así, a su equivalente político, puede llegar a reducirse en ocasiones la vida interna de una organización. Cuesta incluso aprender a respaldar sin reservas la postura acorde con la línea cuando esas sordas tensiones salen a la superficie, al nivel que le corresponda en la estructura de la organización, y se resuelven en una purificadora sanción disciplinaria, apartando al elemento o elementos cuya actitud era errónea –puesto que son sancionados– de cuantas responsabilidades se juzgue oportunas, llegando a la expulsión si es preciso, si la gravedad del caso lo aconseja, cargos que pueden remontarse muy atrás, imputaciones que súbitamente recorren todo su historial o historiales de militancia y que, de golpe, se convierten en motivo de un informe verbal –cuando no de una declaración oficialsobre las actividades desviacionistas de la facción, repetido y unánimemente aprobado de reunión en reunión, de comité por comité, célula por célula, de cada sector directamente implicado por la caída en desgracia del antiguo camarada responsable, un sector donde, lógicamente, su postura errónea hubiera podido cundir y ramificarse, acusaciones expuestas con la excitación y el encarnizamiento con que un anciano del asilo grita al oído de su

moribundo compañero de dormitorio, ¡fracasado!, ¡no has sido más que un fracasado!, con esa clase de rencor que resulta de haber tenido que callar demasiado tiempo lo que uno reventaba por decir. Es difícil, por qué negarlo, hacerse a todo eso, pero no menos necesario que, en el matrimonio, hacerse a las pequeñas vulgaridades que supone la convivencia, sin lo cual el fin esencial y el buen funcionamiento de la institución serían poco menos que imposibles.

Hay casos, no obstante, en que por experiencia que uno tenga de la vida de partido, por oportunidades que haya tenido de ejercitar su tacto político, todo lo aprendido puede ser olvidado como bajo el efecto de un trauma o, lo que es peor, resultar inútil. Una reacción subjetiva muy común, en especial cuando el camarada caído en desgracia es uno mismo. Y entonces se dejan de ver las cosas desde dentro, que es como hay que verlas, según se admite generalmente, y empiezan a verse desde fuera. De ahí que sea preciso apreciar con la ponderación oportuna toda versión unilateral de los hechos, los juicios con que cada uno se defiende o ataca, dictados con frecuencia por el apasionamiento, producto de la reacción subjetiva, observada. Así, el estupor de Fortuny, semejante al de la mujer o el marido que, tras una intensa vida erótica extramatrimonial, se entera de pronto, ¡inconcebible!, de que su consorte le pone cuernos. Os aseguro que la categoría intelectual de una buena parte de la dirección no puede ser más baja. Lo único que ahora les preocupa es el problema de los chinos. Y, aunque casi parezca increíble, muchos de esos miembros de la dirección no saben una sola palabra de marxismo. Y Federico: te advierto que esto es más bien una ventaja. Aunque de poco ha de valerles en una situación como la actual, sin unas condiciones objetivas que propicien la formación de una vanguardia revolucionaria capaz de propiciar las condiciones objetivas. ¡Qué tragedia para un Z! Nacer con vocación de héroe revolucionario en una época sin heroísmo revolucionario debe ser casi tan amargo como no haber sabido ser heroico en una coyuntura revolucionaria. Y Fortuny: pero es que imaginaos a Floreal que de buenas a primeras os suelta: ¿has visto qué hijos de puta los chinos? Y tú le preguntas por qué. Y él: coño, porque no hacen más que putadas, y entonces se pone como histérico, y dice que los chinos son unos imperialistas y unos racistas y unos fascistas, que de ellos no se puede esperar nada bueno, que son como los negros, gente que cuando sale uno que vale algo lo pelan ellos mismos, como a Lumumba. En estos términos. Por el amor de Dios, ¿creéis que este lenguaje es digno de un marxista? Y mira que hasta por temperamento soy bien poco sospechoso de chinismo, que personalmente creo ante todo en la lucha sindical. Pero basta que preguntes qué pasa, simplemente por estar al corriente, para que, sobre todo si se enteran de que tratas con Guillén, que ha sido

expulsado por pro chino, pero que a pesar de su radicalismo es una de las pocas personas con las que allí se podía hablar, basta eso para que también a ti te consideren pro chino en potencia. Pobre Guillén, con lo jodido que está. Inciso de Federico: pues no sé de qué se queja. Expulsado del partido y sin poder entrar en España; la situación ideal. Y Fortuny: y lo de Cayetano. También se me ocurrió preguntar por él y me dijeron que estaba loco, que la tensión de la lucha había terminado por perturbar sus facultades mentales. Y luego Guillén me contó lo que había pasado. Bueno, ¿os acordáis de Cayetano? Aquel responsable del textil que también tuvo que escapar cuando la caída de Obregón. Un tipo que había pertenecido a las Juventudes durante la República, que luchó en la guerra civil, que hizo el maquis en Francia, que volvió con la guerrilla, que cayó prisionero y fue torturado y condenado a muerte, que a última hora le conmutaron la pena y con los indultos salió a la calle, que con la caída de Marsal volvieron a detenerle y con la de Obregón tuvo que exiliarse. Bueno, pues se ve que en París le fueron con las mismas historias sobre los chinos, y él dijo que no, que a él no le hacían creer que los chinos fueran imperialistas o fascistas, y les llamó de todas y les dijo que una cosa era ser comunista y otra ser ruso, y que él no era ruso, sino comunista. Y se ve que le tuvieron que sacar poco menos que a empujones. Y a mí me dijo: ¿y qué te juegas a que si los chinos dijeran lo que dicen los rusos y los rusos lo que dicen los chinos, serían los rusos los que seguirían teniendo razón? Estaba que se subía por las paredes. Por eso dirán que se ha vuelto loco. Treinta años de militancia y ahora resulta que está loco. Loco. Les miró como sin dar crédito, como si en lugar de verles a ellos estuviera contemplando un díptico gótico, cuyo insólito tema fuera, por ejemplo, san Cayetano martirizado por sus compañeros de martirio; san Cayetano precipitado en los infiernos. Nuevo inciso de Federico: el sovietismo, la enfermedad senil del comunismo. Y Fortuny: y el peor, Z. Lo mismo que luego repiten los Floreales, sólo que con más rigor formal. Ya os lo podéis imaginar.

Y, efectivamente, costaba tan poco imaginarse a Z en acción como imaginar al propio Fortuny viéndose a sí mismo como uno de esos héroes de película, expulsado de una fiesta –generalmente por haber aspirado a un amor muy por encima de su condición social–, que se pierde en la soledad nocturna, mortificado no tanto por la humillación de haber sido puesto de patitas en la calle, por la contundencia de la escena, por el retumbante portazo a su espalda, cuanto por lo que imagina que debe estar sucediendo en el interior de la mansión, el encogimiento de hombros no ya del señor, sino sobre todo de los criados al reajustarse la librea, las conversaciones que se reanudan, la fiesta que sigue. Fulminación del pataleo incoherente. Triunfo de la

razón dialéctica. Y Z diciendo, esos voceros del ultraizquierdismo, esos extremistas de ayer y de hoy, maoístas, trotskistas, anarquistas, mentes enfermas y paranoicas, grupúsculos que, desvinculados de las masas, enquistados en su propia impotencia, no tienen otra opción que la violencia ciega y estéril, olvidando que durante la guerra civil no fueron precisamente ellos, sino nosotros, con la generosa y fraternal ayuda soviética, quienes hicimos frente al franquismo y sus aliados italianos y alemanes, lucha de la que hubiéramos salido victoriosos de no haber sido víctimas, además, de una conspiración internacional, de la traición de nuestros presuntos amigos occidentales, de los títeres y marionetas del imperialismo. Ahora pregunto: ¿no serán estos revolucionarios que quieren revolucionar la revolución verdaderos contrarrevolucionarios, aliados objetivos, títeres y marionetas, ellos también, del imperialismo? Pretendidos marxistas españoles, ignorantes tanto del marxismo como de la historia patria al pasar por alto el hecho de que sólo es posible interpretar correctamente la guerra civil española insertándola en el curso general de la lucha del pueblo español por su libertad, ya que decir el Ebro o el Jarama es como decir Bailén o los Bruchs, y tantos otros heroicos combates de nuestro pueblo, el pueblo que inventó la lucha revolucionaria por excelencia, la guerrilla, contra el invasor napoleónico. Y, teniendo en cuenta la utilización por parte de Franco de mercenarios moros, cabría establecer una relación de continuidad hasta con la Reconquista, con los ocho siglos de lucha que los pueblos hispánicos sostuvieron contra el expansionismo árabe, Roncesvalles y las Navas de Tolosa, Mallorca y Sevilla, Valencia y Granada, hitos de nuestra historia que tal vez prefieran pasar por alto los eternos enemigos de España, los solapados peones de la Antiespaña. En otras palabras: nuestra gesta puede y debe ser situada en la línea de las grandes gestas nacionales, de esas singulares empresas cuyos símbolos son el Cid, Isabel la Católica, Don Quijote, Cortés, Pizarro y tantos otros héroes cuyas hazañas ha celebrado nuestro pueblo durante siglos y siglos y que, bien a través de las crónicas, bien a través de la tradición oral, han pasado de generación en generación, y que, también de generación en generación, el pueblo ha reactualizado con nuevas aportaciones de su propia sangre nuestra gloriosa Cruzada de Liberación la más reciente y no inferior a las de antaño, proezas tales como la del Alcázar de Toledo o la batalla del Ebro, proezas que por sus características literalmente milagrosas, bien podrían haber sido propiciadas por la intervención directa del apóstol Santiago. Pues no en vano la Historia de España empieza donde acaba la Historia Sagrada. Una España predilecta ya de Cristo cuando encargó a Santiago su especial conversión, asignando a los españoles futuros la misión de salvar a la Cristiandad así del Islam como de la Reforma, de cualquier clase de

reforma y revolución, de cualquier género de subversión, pueblo elegido, nación predesignada desde siempre, desde antes incluso de que existiera como tal, entidad o entelequia genéticamente informada de un espíritu y un papel universales, predestinada a descubrir nuevos mundos y cristianizarlos, destinada a extender su sangre y sus valores hasta extremos y alturas que ningún otro imperio alcanzó ni alcanzará jamás, una historia que ha de concluir con el triunfo de nuestra verdad en el mundo entero, tras el enfrentamiento final entre España, por una parte, y la masonería y el judaísmo internacional, por otra. Espada de Roma y Bastión de Occidente, Defensora de la Fe, sea cual fuere, mientras se halle ortodoxamente expresada, afirmaciones dogmáticas no muy distintas, por otra parte, a las de cualquier otro pueblo entregado a delirios megalómanos o simplemente narcisistas, casos como el de Cataluña, sin ir más lejos, el de ser catalán, calificado de don de Dios por el poeta, infundido acaso como un Teresias, ya que no de evidencias, del don divino de la adivinación.

De acuerdo, dijo Leo. La sociedad soviética tiene actualmente tanto de revolucionaria como su política exterior. Y, en lo que a nosotros se refiere, ni el partido sigue una línea realmente revolucionaria ni aunque la siguiera, en las actuales circunstancias nacionales e internacionales, tendríamos la más mínima posibilidad de hacer la revolución. Ahora bien: propónme una alternativa. ¿Vamos a ser nosotros los primeros en decir que no la hay? ¿Vamos a renunciar a toda actividad y autodisolvernos como quien liquida un comercio? Y otra cosa: ¿qué quieres que haga yo? Yo no soy como Fortuny. Yo soy, o al menos creo ser, una persona que lleva al partido en las venas. Fuera de la política, y concretamente de la política del partido, no hay nada que me interese. ¿Qué podría hacer yo fuera del partido? Quand on n’a pas ce qu’on aime on doit aimer ce qu’on a. Piensa lo que te parezca, pero piensa también en lo que hay detrás de una actitud como la de Fortuny. El cálculo tardío de que el partido no iba a ofrecerle la carrera política que se esperaba. Una carrera que su reposado temperamento socialdemócrata debía imaginar complementada con el ejercicio de la abogacía y, sobre todo, con la famosa cátedra de Laboral. Además, cuando lo de Obregón, vio pasar los tiros muy cerca, y esto debió hacerle recapacitar. Sería mucha casualidad, iría contra todo cálculo de probabilidades, que la próxima vez tuviera la misma suerte. En fin, piensa lo que quieras, pero ten en cuenta que, en todo caso, yo sigo corriendo unos riesgos que para él ya no existen.

Habían quedado en verse a última hora de la tarde. Pero Raúl se había entretenido más de lo previsto en casa de tío Gregorio y llegó tarde. Y, puestos a hablar, decidieron cenar algo en cualquier parte y seguir charlando. Leo llamó a Teresa y le dijo lacónicamente que no

cenaba en casa, como para demostrar que, a diferencia de Pluto, él no tenía por qué dar explicaciones a su mujer. Raúl llamó a casa y a Nuria y, curiosamente, fue Nuria la que se puso pesada: que con quién estaba, que por qué no podía ir ella y, finalmente, colgó diciendo que se iba a casa de Adolfo. Mejor así. Se sentían a gusto y locuaces, predispuestos a hablar de intimidades, poseídos de esa impunidad que da el alcohol y que permite hablar de los problemas del partido en la mesa de un bar. En el restorán fueron a mear, y Leo, como si se sintiera algo acalorado, se mojó la cara en el lavabo y se secó con el pañuelo, mirándose después en el espejo con esa expresión que uno pone sólo ante el espejo, más como quisiera verse que como se ve.

¿Qué objetar? ¿Cómo reducir a una palabra lo que está más allá de palabras como sinceridad o cinismo, lucidez o tontería? El temor a lo cotidiano, a la vida diaria de uno, a esa dimensión que uno intuye que le falta y que pretende encontrar en los otros, fuera de uno, en alguien o en algo, colmar o suplir esa ausencia presentida metiéndose en el seminario o haciéndose socio de algún club deportivo o casándose o entrando en el partido. Lo que sea. Lo importante es salirse de esta vida cotidiana sólo comparable, por el tedio que puede llegar a producir, a la lectura de uno de esos poemas de asombros y pasmos, de duda entre el acaso o el tal vez, matización de una simpleza o simplemente de la pequeña experiencia personal, tan pequeña que obliga a considerar la seca mente del autor, el valor de su lenguaje tan memamente manejado, la vaciedad polifacética de su verso, su metropolimemo; así, como tal poema, los hábitos, los tics, los ripios de la vida cotidiana. De ahí el sacerdote que con su labor de apostolado se salva en primer término a sí mismo. El hincha amparado por los colores del club. El militante ínsito en los misterismos de su ideología, en sus postulaciones. El esposo y la esposa instalados en el matrimonio, confortados, reconfortados, fortalecidos, acomodados, repantingados, a salvo de las asechanzas y chanzas del mundo. Todos en todo semejantes a ese militar que, destinado a un fuerte fronterizo –donde le alcanzará la jubilación–, está dispuesto a sacar de la situación todo el partido posible, señor absoluto en su pequeño reino, deidad local y despótica, con sólo una idea en la cabeza mientras, igual que Satán al tomar posesión de sus tenebrosos dominios, pasa revista a las tropas que le rinden honores: convertir el alejamiento en poder y el confinamiento en fuerza; fortificarse. Tendencia al repliegue que no hace sino aumentar con los años, bajo la usura del tiempo. Nada más deprimente, por ejemplo, que ese matrimonio que sigue en la brecha, cada mitad apuntalándose en la otra hasta que la muerte los separe, derrota tras derrota, fracaso tras fracaso, por encima de impotencias y frigideces, por debajo de ruinas y claudicaciones, dos cadáveres en un solo sarcófago.

¿Quién es?, oyó que gritaba Gregorius. Es que lo estoy bañando, dijo Leonor. Que pase, que pase, gritaba Gregorius. Se lo encontró metido en la bañera, sin gafas, desnudo, su mustio capullo aflorando de la espuma. Tráele una silla, dijo. Y Leonor: vamos, húndase más. ¿No ve que está enseñándolo todo? Los dejó solos un rato, pero en su ir y venir por el piso iba anunciando por anticipado los temas de la conversación. Ahora le hablará de Mallorca. Ahora le hablará de América. Ahora le hablará de Vallfosca. Volvió con un ruso bastante raído y con unas zapatillas. Bueno, y ahora cierra la boca, que te va a entrar jabón. Se arrodilló junto a la bañera y, con una ruda esponja, empezó a fregotearlo de la cabeza a los pies. Por su gusto, no se bañaría en la vida, iba diciendo. Y por más que le riñas, ni caso. Hace como que no oye y se pone a silbar al cuclillo ese del reloj que sale cuando dan las horas, como si fuera un pájaro de verdad. No puedo con él, sencillamente no puedo. Mientras un día no le armen un escándalo con esa manía que tiene de acariciar a los niños. Con los que le conocen del parque, aún. Pero, quien no lo conozca, al verle con esta facha puede pensar cualquier cosa. Ni cambiarse de ropa ni lavarse ni afeitarse, por él iría hecho un pordiosero. El otro día tuve que acabar por tirarle toda su ropa y sus zapatos de antes, que era lo único que quería ponerse.

Bajo los enérgicos brazos de Leonor, Gregorius asomó su enjabonada cabeza y, al filo de la bañera, dirigió a Raúl una sonrisa taimada, antes de volver a hundirse, mientras Leonor continuaba despotricando, con la cólera de ese médico de pueblo que, al proceder al examen del miembro del paciente, descubre que la pretendida enfermedad venérea se reduce a una simple irritación local debida a la falta de higiene, cólera sin cesar acrecentada por el modo con que el marrano aquel soporta el chaparrón de invectivas, su sorna cachazuda, su pachorra. De hecho fueron esas invectivas, las quejas de Leonor, más que la charla con Gregorius, de predominante carácter enunciativo, el motivo, de que llegara tarde a su cita con Leo. La última. Y, como si tuviera una premonición, fue precisamente aquella noche cuando Leo le expresó su preocupación por la confianza que Floreal parecía haber puesto en Modesto Pírez, al colocarle en un puesto donde, en caso de caída, podía complicar a mucha gente. Como si adivinara lo que iba a suceder el 12 de febrero, día de santa Eulalia de Sarrià, virgen y mártir, víctima de la cruel represión decretada por el procónsul Daciano contra los cristianos por sus actividades subversivas, azotada, arrancados sus pechos, descoyuntada, descuartizada y quemada a trozos ante el público congregado para no perderse el suplicio en la actual Bajada de Santa Eulalia, aunque tal vez la doncella no era de Sarrià y todo eso no pasó en Barcelona, sino en Mérida, entonces Emerita Augusta. Han pasado tantos años...

Tú, ¿qué haces aquí?, le preguntó un inspector. Eran ya las nueve y parecía llegar de la calle, activo y animado, en posesión de esa energía matutina con que los oficinistas de temperamento dinámico inician su jornada de trabajo. Le dio con el codo, cómplicemente. ¿Y no será que te has llevado alguna chavala a un descampado?

Al poco volvió y, mediante una seña, sin pronunciar palabra, indicó que le siguiera. Le condujo a una oficina muy próxima, igual o casi a la anterior. Quédate aquí, dijo. Desde distintos puntos llegaba un rumor de conversaciones entremezcladas al tecleo de las máquinas de escribir. Luego, unas voces más precisas se fueron imponiendo a todo otro ruido. Tanto por su especial resonancia como porque cada vez se escuchaban más cerca, la charla parecía tener lugar en algún corredor. El tono era como de tertulia, con bromas, con risas, la de alguno casi de mujer. Discutían la conveniencia de dar una mano de pintura. Eso sí, el canario canta que es un primor.

Un índice señalándole desde la puerta. Coño: ¡El Pipa!

Entraron tres o cuatro más. Sí, es él. Y tanto que lo es. Comunista: se nota enseguida. ¡El Pipa! ¡El Pipa! ¡Ya lo tenemos! Fui yo quien lo detuvo; yo. Me has hecho seguirte como si fueras Marilyn Monroe, maricón. La risa de mujer. Dinos algo de Alsina. ¿Alsina? Una bofetada en el oído, hasta el cerebro; el de la risa loca. ¿Tampoco conoces a Matías? ¿Ni a Salvador? Más bofetadas en el oído, en los oídos, desde los lados, a su espalda. ¿Y a Leonardo Tarrés? ¿Sí? Vaya, algo es algo. ¿Y a Floreal Conesa? ¿Y a Modesto Pírez? ¿Al Pírez no? Nueva bofetada. Deja, no preguntes, que sea él quien hable, a ver si nos gusta el tema. Qué va; todo eso lo aclaramos ahora mismo, ya verás. ¿O sea que conoces al Tarrés y al Conesa, pero no conoces ni al Matías ni al Alsina? Un directo en el estómago y, al doblarse, taconazos en los pies. Le sostuvieron para que no cayera. ¿Qué pasa?

Le miraba un tipo calvo y con gafas. Los demás le hicieron sitio. Este hijo de puta, que quiere hacerse el duro. No seas tonto, chico. Aquí todo el mundo habla. Si tus jefes son los primeros, no quieras cobrar tú por ellos. ¿No ves que tu amigo el canario ha cantado como un canario? No se preocupen, que voy a cantar por folías. Así mismo lo ha dicho. Y sin tocarle, te lo juro.

Carcajadas. No conocías al Pírez, ¿eh? Tú nunca le entregaste un solo texto de esos que redactáis los señoritos de mierda de la universidad, ¿no? Se lo pasaban de uno a otro, a empujones, preguntando todos al mismo tiempo. ¿Qué nos cuentas de Floreal Conesa, alias Matías? ¿Qué nos cuentas de tu amigo Tarrés, alias Alsina? Sí, hombre, Alsina; antes le llamabais Serra. ¿Te crees que no lo sabemos todo? ¿Te crees que no han cantado? ¿Te crees que no vas a cantar? ¿No sabías que en el piso del Pírez estaba la multicopista de las comisiones de barrio, verdad? ¿Que allí se tiraban los textos que tú

escribías?

Un rodillazo entre las piernas que pudo esquivar hasta cierto punto, ladeándose un poco. Alguien se abrió paso entre los empujones agitando una foto. ¡Mira, aquí tengo la prueba! ¡Tu foto! Era una foto carnet de Raúl.

¿Que qué prueba? Puñetazo en el estómago. Y otro. Vio aparecer una pistola. Ahora forcejeaban con el de la pistola, lo sujetaban. ¡Lo mato! ¡Es que lo mato! ¡Quitádmelo de delante o lo mato!

El calvo de las gafas. Vamos, dejadlo para después. Y tú, ojo con moverte. De pie, sin apoyarse en nada. Que alguien se quede con él.

Miró el reloj; marcaba las once y diez, pero el minutero no corría. La cuerda o algo estaba roto. ¿O sea que tú eres El Pipa?, dijo el que le vigilaba, sentado al otro lado de un escritorio. El famoso El Pipa. Hablaba como por decir algo, para matar el tiempo.

Le trasladaron a otra oficina, contigua al lugar donde se encontraba el calvo de las gafas, quién sabe si su despacho. Se movió unos pasos, justo para controlar parte del pasillo. Vio llegar tres inspectores; apresurados, con esa brusquedad de movimientos que da el mal humor. Los pájaros han volado, les oyó decir. ¿Qué pájaros? El Tarrés y su gachí. Al no recuperar el contacto, nos decidimos a entrar. Y lo que recelábamos: faltan desde anoche. Sonó un portazo. Muy amortiguados, improperios, gritos como de bronca.

Todo fue quedando en calma. La hora de comer, posiblemente. Todavía tenía la ropa mojada de sudor, pegada al cuerpo. Quizá por eso no sentía especiales deseos de mear. De beber, sí. Y, sobre todo, de fumar.

Ven acá, camarada, le dijo un tipo canoso. Nuevo traslado. ¿Un poco cansado, verdad? Pues como te vea mover un pelo las vas a pasar moradas. En Rusia sois duros, pero verás que aquí también sabemos serlo. Traía un transistor: se sentó junto a la puerta y lo puso en marcha. Fútbol. La voz animada del locutor, los sustos, las contrariedades, las ovaciones del público.

Era ya oscuro cuando reapareció el inspector que le había tomado declaración a su llegada; los cristales del corredor cogían reflejos de luces callejeras. ¿Lo ves, Raúl? Si hubieras sido sincero desde el principio, te hubieras ahorrado todo eso. Dijo al del transistor que les dejara solos. Hizo que trajeran a Raúl un vaso de agua, y le ofreció un cigarrillo. Mira, aquí hay que decir la verdad. Tú eres abogado y debes saber que, de cara al juez instructor, tiene casi tanta importancia el informe que hacemos sobre la persona del detenido como la declaración en sí. Pero es que, aparte de esto, el que no adopta una actitud razonable puede pasarlo muy mal. Verás, aquí hay de todo. Hay quien por temperamento, porque es un apasionado, o porque los rojos le fusilaron al padre, o qué sé yo, por prurito profesional, por

entrega al oficio o lo que sea, pues empieza y no acaba. Se dispara. Y luego lo que cuesta es pararle. Se pone como un loco y para entonces el otro ya está hecho un primor. Lo que se dice un primor. Hazme caso, créeme. Porque hay cada cacho mula. No sé, casi parece que disfruten.

¿No? Raúl se incorporó a medias para dejar el vaso sobre la mesa. El puñetazo volvió a hundirlo en el asiento. Se miraron como con desconcierto. El vaso debió de haber rodado sobre la mesa y ahora sonó al estrellarse contra el suelo. ¡Vamos, vosotros, venid aquí!, gritó el otro. Entraron en tromba. Se sigue haciendo el duro, dijo el otro. Arturo, tú eres Arturo. Pues a tortas con Arturo. Lo levantaron. Se formó la rueda. Eso, a torturar a Arturo. No, Arturo es otro, pero da igual. Los dos son rojos. Risas. Zarandeos. Tú ya nos has tocado bastante las pelotas. Ahora te las vamos a tocar a ti. Más risas. Empujones. ¿Por qué no jugamos al siete, catorce, veintiuno? Yo ya empezaba a tener ganas de despejarme un poco. ¿Te gusta bailar?

Recomenzaron las preguntas, los golpes. En el estómago y el hígado, sobre todo. Eso, Armando. Dale.

Este Armando siempre es el primero en armarla.

¿Qué dirán tus jefes cuando se enteren de la caída? ¿Qué dirá el Nikita?

¡Tuyo, Armando!

Se animaban mutuamente a pegar, mientras Raúl, por su parte, intentaba mantener las formas en lo posible, respondiendo con tranquilidad, aunque entrecortadamente, sin dar muestras de odio, temor o cólera, como si interrogador e interrogado fueran, por igual, agentes de una fuerza superior que los enfrenta, protagonistas de una situación que, por lo mismo que está por encima de sus respectivas voluntades, conviene tomarse con calma, delito para uno, error para otro, ambos puntos de vista por un igual fatalmente antagónicos. Todo ello en la creencia de que si lo conseguía, si lograba mantener su conducta de acuerdo con esa tónica, mirarles y hablarles con la máxima serenidad de que fuera capaz, había ganado la partida. Hipótesis más de valor moral que científico, es cierto, de probabilidad inversa a la importancia que para quien pregunta tienen las respuestas, pero no por ello –incluso cuando se ve desmentida en la práctica– carente de todo fundamento. La idea de que, fingiendo aceptar la situación impuesta por ellos, les hacía aceptar a ellos, en realidad, la relación planteada por él. Con la certidumbre de que incluso los recursos más elementales de la policía, focos en la cara, etcétera, tienen por objetivo –tal vez sin saberlo siquiera los interrogadores, sin conocer el porqué, sólo por experiencia– no tanto deslumbrar al interrogado, convertir su expresión en mueca, como protegerse a sí mismos de su mirada, del mismo modo que las gafas

oscuras, a las que son aficionados, sirven, más que para ofrecer una constante de impasibilidad, para permitirse cualquier violencia sin tener que esforzarse en que la expresión acompañe al acto, en que adquiera la convicción adecuada. Crear una atmósfera no ya insólita, sino irreal. Y, en tanto que irreal, susceptible de romper cualquier línea de conducta, de convertir a la persona objeto del interrogatorio en objeto apenas humano, de transformarle en un ser aterrorizado, en una despreciable alimaña acorralada, abyecta, lloriqueante, suplicante, enloquecida; o, según sea su carácter, encolerizarle, hacerle insolentarse, perder los estribos, insultos y ofensas que la autoridad no puede menos que repeler o castigar; o incluso, conseguir desencadenar su odio y estimular su orgullo, llevarle a proclamarse comunista, amenazándoles con la justicia del pueblo que tarde o temprano les alcanzará, y entonces ellos, ya odiándole, le dan su merecido al rojo aquel, le ajustan las cuentas ahora que lo tienen en sus manos, casi como en defensa propia, cascarle a fondo, patearle, descoyuntarle, darle corrientes como quien le da al telex. Es decir: promover en ellos mismos un estado de exasperación únicamente comparable al que puede alcanzar una madre particularmente crispada respecto al bebé que no la deja en paz y que cuando la deja, cuando al fin está tranquilo, es ella quien lo zarandea y sacude para que vuelva a llorar y así tener motivos para seguir aborreciéndolo. Pues del mismo modo que un sistema pedagógico rico en castigos y puniciones revela por parte del educador, sea un familiar o un maestro, no sólo reprimidas tendencias sadomasoquistas y eventualmente homosexuales y –caso de mediar parentesco– incestuosas, sino, ante todo, un fenómeno de traslación sobre el niño de las propias impotencias y frustraciones, tanto más abrumadoras, por lo general, cuanto más intenso es el castigo aplicado, así, cuando un policía golpea, lo hace, normalmente, ofuscado por los espantos de la propia conciencia.

¿Qué hacer entonces cuando la poli lo hincha a uno a golpes? Lo contrario que uno de esos jugadores de fútbol o de rugby que, tras caer como fulminados y retorcerse aparatosamente en el césped, terminan por incorporarse y, después de cojear doloridos unos pocos pasos, aprietan a correr como lebreles.

Bien porque la praxis avalara la teoría, bien porque los otros se encontraran tirando a cansados, lo cierto es que los golpes no tuvieron la virulencia de los de la mañana, que ni la dureza ni la duración de la ronda fueron como las de entonces. Le contemplaron también jadeantes. Éste no es como El Folías. Éste es un frío. Son los peores. Es que necesita corrientes. ¿No ves que suda frío? Tiene que entrar en calor. Risas. Sí, un poco de electricidad le sentará bien. Eso es: en Rusia pasan frío; le conviene un poco de electricidad.

El que le había tomado declaración al llegar se destacó de los otros y le paseó la brasa del cigarrillo delante de los ojos. Te vamos a machacar; tú lo has querido. Se volvió a los demás. Que me lo bajen a calabozos y esta noche lo subimos. Esto no ha sido más que un ensayo general.

El calabozo, en el último sótano. Una puerta de hierro con mirilla o respiradero. Una bombilla empotrada a la altura del techo. Un banco de obra con una estera. No pudo dormir o no tenía sueño. Y, sin embargo, cuando le subieron, estaba como soñando. Hacía frío: las piernas le temblaban de frío. Los corredores, las oficinas. Tanta luz de repente deslumbraba. Una puerta abierta de par en par: Floreal. ¿Floreal? Estaba sentado en un sillón de madera, descalzo, la cabeza sobre el pecho. Le tiraron del cabello para que Raúl pudiera verle la cara. Los rasgos de un chino. Y las manos agrandadas, como de boxeador. Y al menos en una muñeca, la única visible, un cerco o hendedura entre amarillo y negro. ¿Le conoces? ¿El primo de Leo? Eso ya lo sabíamos, majo. Le pareció que Floreal le guiñaba un ojo, aunque resultaba difícil asegurarlo.

Volvieron a bajarle. Atmósfera cargada; tufillos íntimos, hedores como de urinario. Tampoco entonces durmió. En el cuerpo de guardia le habían quitado el cinturón, la corbata, los cordones de los zapatos, el reloj, la estilográfica, los fósforos. Para fumar tenía que pedir fuego a los grises de guardia. Como para mear: gritaba su número de calabozo, el 18, y el gris le abría y le acompañaba sin perderle de vista. Desde la mirilla vio pasar un cuerpo colgado entre dos agentes, hacia los calabozos del fondo. Llamó al gris de guardia para pedirle fuego. Era un tipo de cierta edad, más bien taciturno. ¿Floreal Conesa? No, hijo, éste es un tranviario. Otra sesión como ésta y se les queda arriba. ¿Floreal Conesa? Aquí no hay nadie que se llame así. Me acordaría por eso de Floreal.

Le sirvieron un líquido caliente, oscuro, en una escudilla abollada y roñosa; se lo bebió. Más tarde le entregaron un paquete en el cuerpo de guardia. El gris que le hizo subir hasta allí, un gallego, no aclaró previamente el motivo, como complaciéndose en hacerle creer que se trataba de un nuevo interrogatorio. Camina delante, le había dicho, a modo de quien cumple una penosa obligación. Abrieron el paquete en su presencia y examinaron cuidadosamente el contenido. Una manta. Una almohada. Cigarrillos. Chocolate. Galletas. Leche condensada. Le hicieron firmar un recibo.

No creía haberse dormido, pero era obvio que se despertó con el estrépito de los que repartían el rancho. Después empezó a recorrer una y otra vez, en diagonal, el espacio que mediaba entre la puerta y el banco de obra. Cuatro pasos, o mejor, pisadas, y media vuelta, tocando el ángulo de la puerta con los codos en cada giro. De vez en

cuando mascaba chocolate. La orden de subir coincidió con el rancho de la cena.

Desde el principio se hizo evidente que algo había cambiado en la actitud de la policía, el clima, las maneras, de forma semejante a como cambian en las relaciones eróticas del libertino cuando éste pone en juego esa facultad que tiene de desinteresarse de golpe del placer ya gozado. Y no simplemente –o pese a ello– porque el inspector le invitara a sentarse frente al escritorio ni porque le ofreciera un cigarrillo. Era más bien –se respiraba en el ambiente– como si la policía estuviera aburrida del asunto, como si quisiera despacharlo de una vez como se despacha una cosa que ya fatiga y fastidia. Mira, chico, dijo. Aquí hay unos hechos innegables: conoces a un miembro del comité central y suplente del buró político del partido comunista. Conoces a un miembro del comité de Barcelona, metido hasta el cuello en lo de las comisiones de barrio. Dices que no conoces al Folías, pero en su piso hemos encontrado un libro de Marx que lleva tu nombre escrito con tu letra.

Soltó el libro sobre la mesa. La Sagrada Familia. ¿Lo habías olvidado? Pasa mucho con los libros cuando se prestan. Pero es tuyo. Pusiste tu nombre como en tantos otros que tienes en tu casa. Sólo que éste no estaba en tu casa. Estaba en la de Modesto Pírez. Además, os hemos seguido. Os hemos visto juntos. En el patio de la universidad, concretamente. Seguro que lo recuerdas. Y sabemos que os conocisteis en París: a través de Guillén, otro comunista, como sabes de sobras; que, aunque ahora esté exiliado, bien erais compañeros de estudios. En fin, comprenderás que todo eso son cosas que no pueden quedar sin aclarar. Que a todo eso tú tienes que darnos una explicación que sea coherente.

Escuchó a Raúl con cierta impaciencia, como si de antemano supiera lo que iba a decir, más aún, lo que estaba pensando en aquel momento: bueno, esto ya es otra cosa. De acuerdo. Antes te acusaban de otras cosas, de más cosas. Y en el mismo piso del Folías no hemos encontrado ni un solo escrito que corresponda a tu caligrafía o a tu máquina. Y antes te acusaban de redactar las publicaciones de las comisiones de barrio. ¿Y qué? Que te acusen de tal o cual cosa es lo de menos. Lo que tú tienes que hacer es dar una explicación coherente a unos hechos concretos e innegables. Como abogado, sabrás que lo que vale, salvo prueba en contra, es lo que tú digas o declares. O sea, que vamos a ver: admites conocer a Modesto Pírez, ¿no es eso? Muy bien. Pero esa relación entre un profesor de universidad y un elemento como el Folías, ¿en qué se basaba, cuál era su objetivo? Buscar un trabajo en Barcelona al amigo de un amigo. Bien. Pero ese común amigo resulta que es comunista. No querrás hacerme creer que no hablabais de política. Eso es, hablabais de política. ¿Y no hablasteis, o

no te habló él alguna vez de pasar a la acción? Sólo problemas teóricos. Pero marxistas, claro.

El calvo de las gafas les escuchaba en silencio, sentado en la esquina de otro escritorio. Se dio una palmada en el muslo. Bueno, basta por hoy. Mañana empezáis desde el principio, lo vais pasando a máquina y que lo firme. Y que hable del Conesa y del Tarrés. Se volvió a Raúl. ¿No quieres un vaso de leche? Te sentará bien.

Desde aquel momento hasta el traslado a la cárcel en el canguro, al otro día, pasó casi tanto tiempo en las oficinas como en el calabozo. En el calabozo dormía, aunque no de forma continuada ni profunda. Quizá por eso, en las oficinas, el tiempo se hacía más largo. Y por más que su declaración fue breve, hubo muchas interrupciones, y entonces siempre se acercaba algún policía con ganas de charlar, como por curiosidad, o porque no tuviera otra cosa que hacer, y hasta se diría que para mejorar la impresión que pudieran haberle causado. Sobre todo después de firmar la declaración.

Preguntado si está afiliado o pertenece al partido comunista, responde que no. Preguntado si conoce a Floreal Conesa bajo el nombre de Matías u otro apodo, responde que no. Preguntado de qué forma conoció al mencionado Floreal Conesa, responde que de frecuentar el domicilio de su amigo y antiguo compañero de curso Leonardo Tarrés, primo hermano de Floreal Conesa. Preguntado si tales reuniones tenían cariz político, responde que no, aunque a veces se hablara de política.

Un anciano asomó la cabeza. Qué, ¿ya va hablando el chico?, dijo. También se acercó el calvo de las gafas y releyó por encima los folios. Bueno, bueno, pero que no vaya a quedar como simpatizante y nada más. Que aquí hay materia de complicidad o, al menos, de encubrimiento. Nada más faltaría que el instructor nos tomara encima por idiotas.

Si todo eso es verdad, si no estás intentando engañarnos otra vez, no sabes de lo que te has salvado, dijo otro policía, apuntándole con un bolígrafo. Tú no conoces bien a los comunistas. Y si creyeras en Dios, que no haces cara de creer, debieras darle gracias de que te hayamos detenido a tiempo. Fíjate tú, sin ir más lejos, el caso que hemos tenido días atrás. Un tranviario. Un buen hombre, en el fondo. Pero se metió en líos, se dejó engañar. Y se ve que ahora, al darse cuenta de lo que había hecho, le entró tal desesperación que empezó a darse trompadas contra las paredes. Quedó como un Cristo. Suerte que el guardia de abajo se maliciaba algo y pudo impedir que hiciera el disparate.

Entró uno de los que fueron a detenerle, el que entonces parecía llevar la voz cantante. Bueno, no te quejarás de cómo te hemos tratado, ¿no? Ya ves que aquí no nos comemos a nadie. Hombre, no te diré que a veces no se nos escape un revés, como con el Conesa este,

que acaba con la paciencia de cualquiera. Pero, más que nada, es la fama que tenemos. Y no creas que nos moleste. Así la gente se asusta y habla sin que tengamos que tocarle ni un pelo.

Y el del bolígrafo: eso, sí, aquí todo el mundo habla. Al principio, siempre dicen que no saben nada o, los más gallitos, que no dirán nada. Pero esto es sólo el plumaje. Al final acaban hablando.

Y si alguna vez somos un poco duros es porque no tenemos otro remedio. La policía es igual en todas partes. ¿Cómo te crees que actúa en Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos?

El del bolígrafo: ¿Y en Rusia? ¿Cómo crees que me tratarían si algún día me cogen allí de misión?

Intervino uno muy joven, casi como un quinto. Raúl le identificó como el que le golpeaba con el canto de la mano. ¿Y los chinos?

Aún peor. El ruso no es malo. De por sí es un hombre de corazón, como nosotros, los españoles. En cambio, el chino odia al blanco. El chino es cruel. En todo el mundo son famosos los suplicios chinos.

Pero ¿qué hacen?

El que había tomado a Raúl la declaración definitiva palmeó al otro en el hombro. No quieras saberlo. Te daba un par de detalles y ni dormías.

No era como los otros, esos policías de ahora que no parecen policías, gente de aspecto bisoño y vagamente deportivo, como de jugadores de un club de barrio. No, él no era de ésos. Era de los veteranos, de los de antes, tal como Raúl los recordaba o tal como uno tiende a imaginarlos, aun sin haber sido detenido años atrás: el bigote entrecano, la mueca amarga, el ralo cabello en retirada, con el aliento nicotínico y la tez malsana de ese cincuentón que acelera su decadencia física y moral jugando a los dados en la barra de una cafetería, problema no de juego o de alcohol o tabaco y, mucho menos de mujeres, sino simplemente de tiempo pasado en la barra de una cafetería.

Otra vez el calvo de las gafas. Venga, a trabajar. ¿Qué hacéis todos aquí? ¿Ya ha firmado, no? Pues a otra cosa. Y tú, cuando salgas, explica a tu gente que no hay para tanto. Y que no te beneficia en nada que se arme todo este barullo en torno a ti. Claro que esto es lo que les importa menos. Lo que quieren son pretextos para el barullo. Intelectuales, catedráticos, abogados, curas, hasta curas del Opus. La Acción Católica, los curas, siempre ha de haber quien meta el morro. Espera que se levante la veda del cura y ya verás qué pronto lo arreglamos. Como estos cuatro gilipollas de monárquicos. Nosotros mantenemos el orden para que puedan gozar de la vida y de sus dividendos, y ellos aún protestan. Quieren que se haga lo que hacemos, pero no quieren enterarse de cómo se hace. Se olvidan de la guerra civil, de que ellos volverían a ser los primeros. Muy por delante

de nosotros, esto te lo aseguro. ¿Y tú? ¿Qué crees que estarías haciendo en Rusia? Nosotros, en cambio, hacemos falta en todas partes. Hay compañeros que ya eran policías con la República, que lo son ahora y que, si cambiara el Régimen, seguirían siéndolo. ¿Qué te imaginas? No te hagas ilusiones.

En la penumbra del canguro, al comienzo de aquel recorrido que había de concluir en el interior de la cárcel, rodeados ya todos los viajeros por fosos y muros que poco tienen que envidiar a los de la ciudad de Dite, el clima de desconfianza y escrutación mutua era general, todos con algo en común así en la actitud como en el aspecto. Junto a Raúl, un sujeto envuelto en exhalaciones pódricas al parecer irretenibles, sobre todo con las sacudidas de la furgoneta, efluvios no menos maléficos por lo silenciosos en su difuminación persistente, como apegados a los pliegues de sus ropas, mísero y sobrecogido, con toda la facha de un pobre caco, aunque sería poco correcto, poco elegante, excluir sin más la posibilidad de que fuera un detenido político. Luego, entre los sentados al fondo, dos o tres empezaron a referirse a los malos tratos recibidos, a cómo habían llegado a ensañarse con ellos, a que todos tenían que hacerlo constar ante el juez instructor. Alguien se inclinó hacia Raúl. Y tú, ¿por qué estás aquí? Pues todavía no lo sé, dijo Raúl. Frente a él, silencioso, como alelado, como si le costara entender lo que se decía, creyó reconocer al tranviario. ¿El juez instructor pega?, le oyó preguntar al fin, cuando ya llegaban.

¿Nombre?

Raúl Ferrer Gaminde Moret.

¿Hijo de?

Jorge y Eulalia.

¿Algún otro nombre o apodo? ¿Alguna peculiaridad física?

Las mismas preguntas, aproximadamente, que cuando le ficharon en Jefatura. La foto, las huellas digitales. Y, en cierto modo, hasta el mismo tipo humano. El que le tomó las huellas, justamente; sólo que aquí –menos afortunado– con el uniforme marrón del que está cumpliendo condena. Yo, a los rojos, los colgaría a todos de los cojones, dijo mientras le entintaba los dedos no sin cierta violencia. Hablaba torciendo el clásico bigotillo gris del ex combatiente, de ese producto de la guerra civil que a partir de su posición de vencedor, considerada al pie de la letra, en sentido absoluto, ha ido adentrándose exageradamente, o sin la debida maña, por las sendas de la corrupción y el cohecho, según las oportunidades del momento –estraperlo, licencias de importación, especulación inmobiliaria– hasta dar, cada vez con mayor frecuencia y duración, con sus huesos en la cárcel, sin que sus antiguas amistades, relaciones y méritos le sirvan ya para obtener algo más que cierta situación de privilegio, suficiente,

no obstante, para que, así como en libertad se encontró siempre entre los incondicionales a la hora de participar en concentraciones conmemorativas, demostraciones de adhesión o recibimientos de carácter oficial, tampoco en cautiverio desperdicie ocasión de manifestar su fervor combativo –como ese mal alumno de colegio religioso que, muy equivocadamente, cree compensar con una conducta piadosa las malas notas habitualmente obtenidas– de marcar distancias respecto a quienes, en idéntica condición de recluso, no pueden presumir de su pasado –la mayoría de los comunes– y, con mayor motivo, respecto a los que están allí por razones políticas, a fin de identificarse en lo posible con los poderes establecidos así fuera como dentro de la cárcel, de defender sus pequeños privilegios y, de un modo más general, poder justificar la propia desgracia, atribuyendo al enemigo todos los males que, como a la Madre Patria, le aquejan.

El registro, en cambio, practicado también por unos cuantos reclusos bajo la supervisión de un funcionario, fue mucho más riguroso. Le dejaron la estilográfica y el cinturón, los fósforos y los cordones de los zapatos, pero le hicieron desnudarse completamente y revisaron a conciencia las costuras de la ropa, escrupulosidad similar al detenimiento –que aunque acaso reglamentario, bien podía ser interpretado como exceso de celocon que le habían examinado el culo y los testículos. Le abrieron algún cigarrillo y el bote de leche condensada, y le devolvieron la almohada descosida y medio vacía. También le faltaba chocolate y tabaco, pequeñas rapiñas practicadas por unos presos comunes que no por desempeñar determinadas funciones de orden interno dejan de ser lo que, con obvio sentido de predeterminación, se suele llamar carne de presidio, ese pequeño delincuente que roba en la cárcel y que, por seguir haciéndolo en cuanto salga, volverá a entrar sin tardanza, tal vez el mismo día de su salida, ni más ni menos –se diría– que si la policía le estuviera esperando o que si él hubiera ido a su encuentro, recalcitrante como ese sodomita que, ya de rodillas ante el verdugo, al reparar en el grosor del paquete que abulta bajo aquellos leotardos morados, ajustados hasta el extremo de permitir adivinar claramente las nervaduras esenciales del miembro, solicita con humildad, a modo de última gracia, licencia para una mamada.

Los del Peculio le canjearon por vales doscientas cincuenta pesetas del dinero que llevaba. Del resto le dieron un resguardo. Se incautaron igualmente de cuantos papeles y tarjetas llevaba en la cartera con palabras y números escritos a mano. Y una foto de Nuria en la playa, en traje de baño, de cuando estuvieron en Rosas. Un ceremonial de ruptura respecto al mundo exterior parecido, en su significación preparatoria, al estado de ánimo que se hace experimentar a los

escolares que inician una tanda de ejercicios espirituales cuando entran en la residencia donde tendrá lugar el retiro. Uno de esos retiros como los que se desarrollan en Manresa y que suelen terminar con una visita a la cueva de san Ignacio de Loyola.

Impresión redoblada en el caso de Raúl, camino ya de la celda por una sucesión de corredores desnudos y galerías como desiertas pero llenas de resonares, por un detalle tan tonto como su provisión de chocolate y galletas y leche condensada, lo que un escolar se lleva más a más cuando va de ejercicios, aparte del alcohol, el tabaco y los libros prohibidos. Una celda, por otra parte, no muy diferente en lo esencial –recogimiento y soledad– a las de una casa de ejercicios. Incluso los grafismos e inscripciones murales, pese a la diversidad de su contenido –aquí estuvo P. P. ciento veinte días por tomar goma, aquí estuve yo por grifa– respondían al mismo sentido expiatorio y purificador que las profesiones de fe y propósitos de enmienda que podían leerse en el interior del cajón de la sobria mesa de pino, en la celda de Manresa. Antes de volver al Mundo quiero escribir con mi propia sangre: prometo no volver a pecar jamás.

Primero aquel lóbrego lugar, en el subsuelo, que con todo no dejaba de representar una mejora en relación a los calabozos de Jefatura. Seis pasos en vez de cuatro. Lo regentaba un sujeto en cuya sombría presencia medieval sólo se echaba de menos la capucha. Su trato era, no obstante, acogedor, y hablaba casi como excusándose. Son celdas de castigo. Pero vosotros no estáis en régimen de castigo sino de incomunicación. Se ve que arriba faltaba sitio. Y me han dicho que ya están acondicionando toda una planta de la sexta para vosotros. Allí estaréis mejor. Las celdas son menos húmedas.

Una celda que iba a ser la 243, en la planta tercera de la sexta galería. Y en la que se iba a ir habituando a la liturgia de la vida penitenciaria, a sus ritmos, a sus rumores, siempre a la espera del juez instructor. Y después de prestar declaración, lo que se llama el período, es decir, otros cinco o seis días de aislamiento, quizá ni eso, en opinión de Pedro Botero, teniendo en cuenta los que ya llevaban. Y entonces, la libertad dentro de la cárcel. Un juez instructor que cada día iba a llegar mañana.

Inestimable la ayuda de Pedro Botero, el cabo de la tercera planta, verdadera encarnación, en su condición de recluso a la vez que carcelero, de la ambigüedad del sistema, un sistema conforme al cual, mucho más que acatar el cumplimiento de las normas establecidas, importa acatar –como en toda sociedad, por otra parte– la convención de que se están cumpliendo. ¿Un pobre diablo, un demonio abyecto y subalterno? ¿Un Belial? Posiblemente, pero no por ello de menor alcance y eficacia sus poderes. De hecho, uno de esos seres serviciales que saben cobrarse sus servicios. De esas personas que te ponen sobre

aviso, que te previenen contra los ladrones –aquí no se fíe usted de nadie, lo que se dice de nadiemientras te están limpiando la cartera. Gente endurecida y a la vez sinceramente humana. Y, cosa que en ellos no deja de ser un fallo, con cierta debilidad por las personas cuyo desconocimiento del sistema, lindante casi con la candidez, va unido, como en el caso de Raúl, a una intuición y un sentido de la oportunidad –su adecuada largueza en las propinas, por ejemplo– que no tardan en hacerle digno del respeto y la estima de todos. Una buena disposición dominada, en cuanto efímera y superficial, por ese realismo inapelable del antiguo pecador convertido en propietario de un restorán típico de la costa, que, requerido por la policía de tráfico para transportar en su coche los cuerpos de dos accidentados, reconoce en ellos a la amorosa pareja que comió aquel día en su establecimiento y, a la vista de aquellos vientres ya inertes, no puede evitar el pensamiento: lástima de langosta.

Otro rasgo estimable: la discreción. No hacía preguntas y, obviamente, a diferencia de la mayoría de los presos comunes, tampoco deseaba ser preguntado. Ya que, como el niño solitario que interpone un comportamiento de adulto entre su persona y la de sus aterradores compañeros, como la mujer declinante que encuentra la justificación precisa en las enfermedades que inventa, como el viejo que se proclama víctima de la adversidad, como el adulto aferrado a una niñez que le protege de sus responsabilidades, así, en la cárcel, con el mismo desamparo, todo el mundo tiende a contar su caso, todo el mundo asegura haber hecho lo suyo, salvo, justamente, el delito por el que cumple condena o ha de ser juzgado. Reacción infantil, de cualquier modo, en la medida en que ignora que lo que el adulto castiga no es tal o cual acto del niño, sino el niño en sí. Pero es que así como en determinados bares frecuentados por homosexuales no es extraño verles entregados a canciones y juegos colectivos netamente infantiles, cuando el ambiente es bueno y se encuentran a sus anchas, aquello de voulez vous planter de choux cantado alegremente a coro, estribillos que sin duda les retrotraen a la edad clave de su conflicto personal –el simple hecho de haber presenciado escenas semejantes, en cuanto supone haber frecuentado uno de esos bares, bien puede resultar ya un indicio de tal conflicto–, así la mera condición del preso, tan similar a la del colegial y el soldado, suelen provocar una marcada regresión hacia actitudes y hábitos típicamente infantiles. Un fenómeno que sin duda viene propiciado por la misma estructura de la organización penitenciaria, por su esencial formalismo, ya que a semejanza de la mili o el colegio, donde el elemento básico de toda clasificación reside en datos tales como la edad o la estatura o el orden alfabético de los apellidos, así, en la cárcel, aunque cada uno de los que allí se encuentran lo está en función de lo que ha hecho, por el

delito concreto que ha cometido o se presume que ha cometido, en la práctica, los reclusos son clasificados y distribuidos o agrupados conforme a categorías previas, independientes de toda consideración ajena a la organización penitenciaria en sí, de acuerdo puramente con la pertenencia objetiva del preso a cualquiera de las categorías en que, de forma apriorística, se articula el sistema. De ahí la división por galerías en blancos, invertidos, políticos, bujarrones, fuguistas, etcétera. División que responde a una concepción no sólo idealista sino también artificial, ya que así como la soberanía no excluye la lujuria, la pertenencia a determinada clasificación penitenciaria no impide que existan motivos suficientes para pertenecer a cualquiera de las otras.

Raúl golpeó la puerta.

¿Número?

243.

Y en el umbral, como surgido de una botella, aparecía Pedro Botero con sus nuevas, sus confidencias, sus orientaciones, sus servicios. Le tenía al corriente no ya de cuanto pasaba en la galería, sino de la marcha general de la cárcel. De aquel Perdón, oh Dios mío, por ejemplo, que se oía cantar a coro lejanamente. Son los de la quinta, dijo. Ejercicios espirituales. Al final siempre cantan eso. Aquí, en la sexta, la tanda empieza el lunes. No es de obligación, pero muchos van por eso de estar bien con el padre mercedario. Y es que, después del director, quien tiene aquí más influencia es el padre. Desde luego, mucha más que el jefe de servicios y que el médico. Nosotros le llamamos la madre Mercedes o, con que es de Madrid, la Merche. No es mala persona. Las niñas lo adoran.

A veces, sus consejos eran espontáneos. Cuando Raúl hacía un pedido al economato para complementar o suplir la cíclica monotonía del rancho, lentejas, judías, garbanzos, lentejas. Bistec o un par de huevos fritos, le dijo, como el maître que se permite recomendar las especialidades de la casa; es lo más claro. Le traía vino, su propia ración, según él, ya que los incomunicados quedaban excluidos del reparto. Y no cabía duda de que bajo un régimen menos severo, levantada la incomunicación, era él, Pedro Botero, el camino más indicado para proveerse de alcoholes de más grado y hasta de grifa. Le proporcionó Redención, una especie de hoja dominical, la única clase de prensa autorizada para reclusos, así como una de esas novelas policíacas introducidas bajo mano que van circulando por las celdas hasta que junto con algún abrelatas, algún hornillo de alcohol hecho con un bote de nescafé y alguna baraja de fabricación casera, son confiscadas para cubrir el expediente en el curso de algún chequeo. También le proporcionó un tintero y papel higiénico, pues el papel de escribir, a diferencia de la estilográfica, estaba prohibido a los reclusos

en régimen de incomunicación. Un tipo de ayuda que, unido a la disciplina ritual autoimpuesta y a los ritmos aritméticos propios del sistema, había contribuido, sin lugar a dudas, a su rápida familiarización con la celda, a que en ocasiones necesitara el anuncio de un recuento o el eco de un movimiento inusitado en la galería para caer en la cuenta de que estaba en una celda de la Cárcel Modelo y no en su habitación, trabajando, ni menos aún en su cuarto de Vallfosca, donde, de niño, se encerraba a pensar.

El 242 cantaba tangos. Sobre todo, Confesión. Y a diferencia del 244, retraído y silencioso, se comunicaba de vez en cuando con Raúl a través del muro. Naturalmente, fue asimismo Pedro Botero quien le informó de su nombre: casi como usted, Farré, Ferrer, Farrés o algo así. Político; dicen que un pez gordo. Y era casi seguro que de haberle interesado a Raúl, si Raúl se hubiera fiado suficientemente no ya de Pedro Botero, sino también del 242, se habría prestado a transmitir mensajes. Pero desde todos los puntos de vista parecía preferible continuar con aquellos diálogos de brevedad forzada, por incómodos y difíciles, que el 242 había sido el primero en iniciar. Como por teléfono. Un golpeteo a modo de llamada. Para hablar, hacer pantalla con las manos en el punto exacto donde han sonado los golpes. Para escuchar, pegar la oreja en el mismo punto del muro. ¿Te gustan los tangos? Sí. Menos mal; yo hasta los bailo. ¿Y tú? ¿No cantas? Sólo por dentro. Es mejor hacerlo en voz alta. Y bailar. ¿Tienes mal las cosas? No creo. ¿Y tú? Hombre, supongo que para unos cuantos años.

Hasta el domingo anterior no tuvo oportunidad de saber cuál era su aspecto, cuando les sacaron a la galería, cada uno frente a su celda y con un guardián a la espalda, para asistir a la misa que se celebraba en el centro. Era de mediana edad aproximadamente, aunque con el pelo ya blanco, y parecía avispado y de buen humor. Señaló hacia el altar con una mueca como de asombro admirativo, meneando afirmativamente la cabeza. Raúl no recordaba haberle visto antes. Claro que Felipe, de entrada, al comienzo de la visita, tampoco pareció reconocerle a él. Y a él mismo, cuando se hizo de noche, trepado en la litera superior para contemplarse en el cristal de la ventana, también le costó trabajo reconocerse. Pelos, ojeras, palideces hinchadas: Montecristo.

La visita tuvo lugar después de misa, poco antes del rancho. Por jueces, igual que cuando las visitas a Leo, sólo que al otro lado de la reja. ¿Cómo estás? ¿Te tratan bien? Es que parece que salgas de una catacumba. Hablaba excitadamente. Había costado Dios y ayuda obtener un permiso para poder visitarle antes de que el juez instructor le tomara declaración. Pero todo el mundo se había movido mucho. Papá recoge firmas. Y Montserrat dice que está dispuesta a retirar el saludo a todos los amigos que se desentiendan del asunto. Pero la

gestión más eficaz ha sido la del abogado de la familia de tu novia, este García Fornells, que se ve que tiene mucha influencia. Parece que Jacinto Bonet, en cambio, no ha querido saber nada. Eso que las perspectivas son estupendas. Tu detención ha desencadenado una verdadera avalancha de protestas, estudiantes, catedráticos, abogados, todos pidiendo tu libertad. Y lo más importante es que hasta en las fábricas los obreros saben que junto a sus camaradas encarcelados hay un intelectual, un profesor de universidad. Tu caso se ha convertido a la vez en una denuncia y un ejemplo a seguir. Una denuncia de la injusticia social y un ejemplo de solidaridad. No palabras. Un ejemplo.

Le observaba con ese deslumbrante dominio profesional, no muy diferente, en definitiva, del que hace gala cualquier otro joven clérigo, más tradicional en su proselitismo, cuando pregunta a sus feligreses: ¿Por qué tenéis que andar siempre con prisas? ¿Por qué todo el mundo ha de tener prisa? Yo nunca la tengo. ¿Por qué habría de tenerla? Queriendo significar con ello: ésta es la paz interior de quienes hemos sabido elegir la vida eterna. Y no obstante, una vez acabada la plática, para cualquier observador atento, la leve crispación de su sonrisa al retirarse, la ligereza un tanto forzada de sus andares, la volatilidad de sus ademanes, parecen más bien contradecir la firmeza del enunciado implícito, comprometiendo gravemente el valor de una seguridad más aparencial que profunda, permitiendo vislumbrar el resquicio de lo que bien pudiera ser una sima de incertidumbres e interrogaciones.

Y con el mismo humor inefable: te advierto que yo también tengo mis dificultades con el sector reaccionario de la Obra, con los carcas. Y tapándose la risa con la mano: cuando salgas, igual te encuentras con que también a mí me han puesto de patitas en la calle. Con ese humor, con esa exaltación eufórica que en ciertas personas suscita la acumulación de obstáculos. ¿Otro contratiempo? ¡Magnífico! Un problema más que resolveremos. En un plano teológico, incluso. No, Dios no ha muerto, podría llegar a decir, por ejemplo. Está simplemente beodo, durmiendo la mona como el viejo Noé.

Antes de despedirse cambiaron de reloj. La correa del de Felipe olía a cura.

Por la tarde, una tormenta providencial desbarató aquel ambiente como de casino de pueblo o de peña taurina que se había enseñoreado de patios y galerías, reclusos deambulando endomingados, algunos hasta con sombrero y fumando un puro, achispados con la cerveza más o menos libre del economato y los pasodobles ubicuamente repetidos por los altavoces, depresivos compases de En un Mercado Persa como única variante de aquel fondo musical que ambientaba el aire festivo con que los reclusos discutían en corrillos y jugaban a los chinos y cruzaban apuestas sobre los partidos de frontón, todos mágicamente inmovilizados y en silencio cuando la retransmisión se

interrumpía para ir dando anuncio a los resultados de la Liga. Si la tormenta no acabó con el jolgorio, sirvió al menos para vaciar los patios; y sentado en la litera superior, la cara contra la ventana, uno casi podía olvidar el colmeneo de la galería. Rayos y truenos en las oscurecidas alturas, aun antes de que se abatiera la lluvia desde las nubes turbulentas, y la sensación de que en instantes pasaban años, de que el tiempo corría hacia atrás y las imágenes acababan por superponerse, como si se encontrara no en la celda, sino en Vallfosca, y fuera otra la música que hacía vibrar el cristal en que apoyaba la frente, contemplando el paisaje incierto bajo uno de esos aguaceros de finales de agosto o primeros de septiembre, en lugar de aquellos cielos retorcidos sobre la arquitectura rectilínea de la cárcel, revueltos tal un amasijo de músculos y esfuerzos en titánico combate, hercúleas arremetidas, centauros enzarzados alejándose entre centelleos y atronaciones, dejando tras de sí tensiones rotas, espacios aligerados, claridades renovadas, hasta que a poniente se abriera un cráter de blancuras solares, glorias celestes desvelando, según escampaba, un panorama de magnitud creciente, cúmulos encastillados, templos en formación, catedrales en marcha con sus torres violentas y sus naves afiladas y sus criptas laberínticas como ciudades en ruinas, formas violáceas que se decoloran y terminan por esfumarse cuando la sierra de Collcerola no es más que un tenebroso recorte negro contra el poniente apagado. El violáceo de Barcelona, una tonalidad que está más en su luz que en la ciudad en sí, en sus coloraciones materiales, a modo de un vaho que, del malva al morado, emana de sus calles, de sus construcciones, producto quién sabe de qué, posiblemente de la conjunción de factores tales como la proximidad del mar, el reverbero sombrío de la sierra circundante, la humedad estancada y la atmósfera industrial, aires contaminados que filtran la transparencia del cielo, es difícil saberlo, tono crepuscular, de día que se acaba.

¿Y el morado litúrgico? Color cuaresmal, propio del tiempo, pero sobre todo de las circunstancias. Color penitenciario, de carne atormentada, de cardenales, hematomas, quemaduras y tumefacciones, resultante de una adecuada combinación del rojo del fuego y el azul del hierro, atributos característicos de la condenación. La misa morada, la misa de los iniciados, una misa respecto a la cual las misas vulgares, las otras misas, son sólo la escenificación que enmascara un espectáculo de mucha mayor entidad. Pues ¿qué otra conclusión podría sacar un espíritu analítico de aquella celebración del santo sacrificio en lo alto del Centro, sobre la torre de control, una encristalada oficina circular cuyo sótano es el ámbito donde suele cumplirse la pena capital, por el procedimiento del garrote, en los reclusos condenados a muerte? ¿A qué podía responder el hecho de que se celebrara precisamente allí, so pretexto de máxima visibilidad,

sino al grandioso propósito, digno de una creatividad delirante, de conferir a la representación un carácter más ejemplar y auténtico, de realzar el simbolismo conmemorativo, renovando sobre la presencia intangible de cuantos allí han sido realmente ajusticiados, la muerte del Redentor entre dos ladrones en lo alto del Gólgota? Sí, justamente allí, en el centro geométrico no sólo de aquella sucesión de fosos y muros exteriores, sino también de aquella disposición radial, donde confluían las diversas galerías que configuraban la estructura interna de la cárcel. Y asimismo, en cuanto ceremonia, eje o punto central de la vida de la cárcel en su desarrollo cotidiano, de igual manera que la comunión es resumen y esencia del santo sacrificio de la misa, y la misa, esencia y resumen del año litúrgico entero. Galerías concéntricas, y en cada una de ellas, sin duda, una similar distribución de los asistentes. Así, en la sexta, a lo largo de la planta baja, los ancianos y enfermos en primer término, más próximos al altar y con derecho a banco en atención a su edad y estado. Detrás, ya de pie, el resto de los reincidentes. Y, convenientemente separados, las niñas, ataviadas y maquilladas de acuerdo con la importancia del acto, su oportunidad semanal de exhibirse ante los demás reclusos. Y arriba, a lo largo de la barandilla de la tercera planta, los incomunicados, inmóviles ante las puertas de sus respectivas celdas, con un guardián a la espalda.

Y mientras el celebrante leía para sí el evangelio, los altavoces difundían, amados hermanos, las palabras de la madre Mercedes, sólo unas palabras, amadísimos hijos, para recordaros que las prisiones de los hombres no son las verdaderas prisiones, como la muerte del cuerpo tampoco es la verdadera muerte. Sólo la muerte del alma es muerte y sólo la condenación eterna es prisión. Y no son los juicios de los hombres, sus sentencias, lo que debe importaros. Pues ¿qué cuentan los juicios humanos frente al de Dios? ¿Frente a ese Juicio Final que inexorablemente ha de preceder a la instauración definitiva de la Ciudad de Dios, cuando suenen los clarines anunciando el fin del mundo, de un mundo sometido a la esclavitud del pecado, y se abran las tumbas y la carne resucite y legiones de ángeles eleven a los bienaventurados hasta la presencia del Altísimo y hordas de demonios precipiten a los réprobos en el fuego eterno? ¿Qué ocultar a su terrible mirada, cómo escapar a su espantosa voz cuando Él os convoque a su presencia y, a todos simultáneamente a la vez que a cada uno en particular, os pregunte: qué has hecho de mis barcos? ¿Dónde está mi escuadra? ¿Cómo soportaréis entonces una pregunta que ya es en sí una condenación? Porque habéis pecado y por esto estáis aquí. Porque habéis desoído a san Pablo al no someteros a los poderes. Porque habéis desoído a san Juan al amar el mundo. Porque habéis incumplido todos los mandamientos y conculcado todos los preceptos.

Porque vosotros habéis pecado contra el cielo y contra Mí. Vosotros, maricones y herejes, reincidentes y fuguistas, comunistas, suicidas, adúlteros, adivinos, terroristas, traidores. Como Fra Garí cedisteis al Tentador, al Ángel Caído, y como él habéis sido condenados. Como Fra Garí o Garín, el santo ermitaño que violó Montserrat, ese templo expiatorio que la propia naturaleza ha levantado en el corazón de Cataluña; el santo profanador convertido en alimaña errabunda de aquellos pétreos cerros, de aquellas rígidas efigies reales. Condenado como la ramera Riquilda, la putilla, la lolita. Y como el padre de ella, Jofre o Wilfredo, primer conde de Cataluña, cegado, como un Rey Lear, por su amor incestuoso. Y como santa Eulalia, culpable de la mentira original. Y como san Jorge, que inventó un dragón. Y como Santiago apóstol, el farsante. Y como Tirant lo Blanch, la proyección de un cobarde. Y como Don Quijote, la creación de un trastornado. Y como Cide Hamete el Campeador. Henos, pues, todos aquí, en las profundidades vaginales de Proserpina, en los penetrantes dominios de Plutón, donde sabiduría y oligofrenia, debilidad y fuerza, se confunden en la oscura ambigüedad de lo elemental. Todos, Prometeo el pirómano, Sísifo el fullero, Vulcano el cornudo, Saturno el castrado, y junto a ellos el forzudo Herakles y el colérico Aquiles, y Orfeo y Áyax y Ulises y Laertes y Anquises y Eneas y Virgilio y Dante y Milton y la Merche. Y Yo, desde el centro de todos los círculos, me dirijo a vosotros, y especialmente a mis compañeros más próximos, a quienes habéis pecado con la inteligencia además de con el sexo, a los enemigos de Dios, de la Patria, de sus gobernantes y bienhechores, a vosotros os hablo y particularmente a ti, Raúl Ferrer Gaminde i Moret. A ti y a todos, príncipes, potestades, guerreros, esplendor del cielo en que morabais y que ahora habéis perdido. ¿Es posible que semejante estupor pueda apoderarse de vuestro espíritu? ¿De vosotros, que en otro tiempo destrozasteis aquellos gigantes que parecían molinos de viento? ¿Es esto ahora posible? El espíritu lleva en sí mismo su propia morada y puede en sí mismo hacer un cielo del infierno y un infierno del cielo. ¿Cuántas veces no se ha complacido el propio Altísimo en reinar entre negras y densas nubes, sin por ello oscurecer su gloria, en rodear su trono con la majestad de las tinieblas de donde brotan los retumbantes truenos de concentrada rabia, hasta el punto que el cielo se asemeja entonces al infierno? ¿Qué tememos, pues? Ya no hay profundidad que pueda contener en sus abismos nuestro vigor inmortal. Aquí, al menos, estaremos libres. Vivamos, así pues, en este vasto retiro para nosotros mismos, libres, sin tener que dar cuentas a nadie de nuestras acciones, prefiriendo una dura libertad al ligero yugo de una pompa servil. ¿Pues qué es el mundo sino cárcel de tinieblas? ¿Qué es el mundo sino tierra estéril, campo pedregoso, prado verde lleno de serpientes? En lo cual veréis, como dijo fray Luis

de Granada, cuánta semejanza tiene este mundo con el infierno. ¿Y qué otro nombre merece el paraíso –si es que alguna vez existió–, que nos redujo a nuestra actual condición? Despertad pues, levantaos, o permaneced caídos para siempre. Construiremos aquí nuestro propio paraíso.

No ya el serpeo de la multitud, las riadas entrecruzadas de transeúntes, máscaras y trompetas de colores, gorros de papel y onánicas zambombas, en promiscua danza, yendo y viniendo, entrando y saliendo y rondando, entre las serpentinas y el confetti, entre los destellos y fulgores callejeros, deambulando sobre las uvas pisoteadas a modo de bienaventurados que, hartos de contemplación, hubieran resuelto trocarla –capitaneados por el propio Todopoderoso bajo la forma de estatua de un Pitarra súbitamente puesta en movimiento, su encrespado pedestal de la Plaza del Teatro convertido en pódium de animador– por emociones y placeres más sustanciosos, no ya todo eso, sino, más concretamente, el mismo horrendo espantajo de La Venta, el mismo marica maquillado y marchito y depilado, taconeando y cantando y batiendo palmas, meneando las caderas caídas y flojas, casi un viejo, seguramente, más espantoso que obsceno con su deprimente síntesis residual del romancero y la poesía mística, sus desgañitadas rimas, Españia, mi vida, cariñio, mi ser, amores, primores, morir, mi existir, olvido, perdido, entrañias, volver. Y las carcajadas demoníacas de las lesbianas y los ojillos de buda bribón del guitarrista. Lo mismo y los mismos, los Adolfos y la Rivas y la Oller y Pluto y Federico y hasta Fortuny y hasta el pelma de Eme Eme. Todos, bien por la inercia de la rutina, el como cada año de cuando quedaban por teléfono, bien por exactamente lo contrario, como si todos presintieran que, visto el deterioro de las relaciones que les unían, aquel fin de año iba a ser el definitivo, el último fin de año que celebraran juntos.

Pluto venía solo. Mariculo se ha quedado con el niño. Me parece que voy a tenerla embarazada toda la vida. El embarazo coge ya nueve meses y entre cuarentena y demás, cuenta un año. Ella encantada y yo también. La gran ventaja que tiene Mariculo es que es muy tonta. Hoy, por ejemplo, le he dicho que tenía una cena de negocios y lo ha encontrado muy natural. Mira, ya se sabe que en España hay tres formas de pagar: pagar, no pagar y pagar con una letra de cambio. Y Mariculo es como una letra de cambio.

Fortuny, añadido un poco a pesar de todos, reía bobamente. Se nota que eres lo que se llama un hombre de letras, dijo. Y Pluto: ¿Ves? A Mariculo le hubiera convenido un tipo como tú, así, sensato, tirando a paradote. Tengo que arreglármelas para que Mariculo me ponga cuernos contigo lo antes posible. Así me dejará en paz doce sobre doce. ¡Lo que este tío me está proponiendo es uno de sus peloteos!

(Fortuny). No me has entendido, chaval (Pluto). Endoso puro y simple. Y con aval bancario si quieres.

También Federico estaba bastante soplado. La Rivas le llamaba Federica, no sin algo de libidinoso en la provocación, pero él no le hacía caso. Como era habitual cuando bebía, su conversación giraba, recurrente, en torno a la política. Cogió a Raúl por su cuenta. ¿Pero tú por qué no te das de baja del partido? Es absurdo dejar que las cosas mueran por sí mismas. Estas situaciones deben quedar siempre claras, como cuando te divorcias. Yo quiero que Leo me prepare una entrevista con Escala para pedir la baja oficial. Y decirle que el proletariado es una especie de Frankenstein, un ser construido con los desechos de todas las clases sociales.

Cabrear a Escala, producirle un ataque de nervios, un cólico hepático, la coronaria. Y es que, con el indignado estupor propio de la fiel esposa que tras varios años de matrimonio averigua casualmente, gracias a las confidencias de sus amigas, que la frecuencia con que su marido ejerce el acto sexual es apenas digna de un eunuco y, tras una primera fase en la que no atina más que a ocultar su vergüenza, tras esa fase, igual que el seminarista que a punto ya de cantar misa decide colgar los hábitos, pero sólo al encontrarse en plena calle acaba de cobrar conciencia del equívoco en que ha vivido, y entonces se entrega a excesos de todo género, así la esposa defraudada, una vez repuesta, cae fácilmente en la ninfomanía, y así Federico, desvinculado de toda actividad política, parecía complacerse no obstante en adoptar, aunque sólo fuera en un plano verbal, las actitudes más provocadoras en todos los órdenes. Lo que da pena, dijo, es pensar que la humanidad haya tenido que esperar tantos miles de años el comienzo de la verdadera Historia. La pobre gente a la que le ha tocado vivir en una sociedad feudal, o teocrática, o capitalista. ¡Qué tragedia, por ejemplo, haber nacido hitita!

De hecho, como siempre que se produce cualquier acontecimiento que parece dar a la noche un algo de insólito, todos estaban bastante a tono. Seguramente fue con lo del tipo aquel del otro bar cuando se calentó el clima. Un tipo que recorría la barra arriba y abajo, parándose a veces frente a ellos. Les miraba entre amistoso y desafiante, con una sonrisa de amplitud variable. Al cerciorarse de que había captado su atención, se abrió la camisa, ya con la mirada triunfal de un escorpión, mostrándoles las cicatrices como de metralla que le salpicaban el pecho, clapas coloreadas en el vello cano. Encendió una cerilla y, con énfasis como de prestidigitador, empezó a socarrarse el vello con la breve llama, repasando meticulosamente las áreas mal socarradas, encendiendo una cerilla con otra, el vientre estremecido de risa sorda. Ni el de la barra ni nadie más le hacían caso. Le invitaron a una copa. Cuando yo hacía la guerra, vosotros

erais unos críos, dijo. Bilbao, el Cinturón de Hierro. El Ebro. Le preguntaron de qué lado. ¡De qué lado! Rió y rió. Sacó una cartera oscura y sobada, dejándoles entrever, como quien despliega una baraja, los papeles que la hinchaban, billetes, documentación. Corrió a la calle y, justo ante la puerta, la coló por una boca de la alcantarilla. Y luego hizo lo mismo con cuanto llevaba en los bolsillos, monedas sueltas, un llavero, el tabaco, el pañuelo, las cerillas. Reía, y al observar que había conseguido cierta audiencia, volvió a entrar lentamente, mirándoles a todos a un tiempo. Le invitaron a otra copa. Les pidió, además, un celta y aspiró el humo con delectación. No hubo forma de que siguiera con ellos. Se hacía el vivo, de esos que no se dejan levantar la camisa así como así. Pero para entonces ya todos estaban disparados.

¡Vivan las revoluciones!, gritó Federico. Había venido con una pareja argentina, ella prima o pariente en grado próximo, o al menos eso decía Federico. El marido, o lo que fuese, iba disfrazado de inglés; un rollista de físico carnoso, acarnerado. La prima no estaba mal, pero hablando se hacía pesada, con su afición a las frases trascendentes. Pidió excusas por haberse traído a una amiga que también estaba de paso. Al contrario, con dos mujeres es más divertido; lo importante es que sea un poco bollera (Federico). La amiga parecía con más nervio o, al menos, con más ganas de juerga, todo el rato procurando que le cayeran los tirantes del vestido, y entonces reajustárselos lo más llamativamente posible, dilatada toda ella al mandarle besos al buda de la guitarra. Pluto la rondaba. Cursilita, pero cabalgable (Pluto). La prima, en cambio, tiene todo el aspecto de ser como un supositorio. Lo difícil es sacarlos una vez puestos.

Y había otra, una especie de putilla, traída también por Federico. Modelo, según ella. La prima parecía como tensa con su pareja, o tal vez irritada con Federico, y miraba de ligar con Adolfo. Y Adolfo, sea por atracción morbosa, sea por esquivar las insinuaciones de la Rivas, le seguía la corriente.

En el Jamboree, Raúl se apartó con Aurora. ¿Cuántos años hace que no hablamos? (Raúl). No sé, ya tantos (Aurora). Se recostó en el hombro de Raúl, cerrando los ojos. Pienso que fue una lástima que se estropeara todo; no me atrevería a decírtelo si no estuviera un poco borracha (Aurora). Pues acabemos de emborracharnos (Raúl). Oh, Raúl, es que hago tantas tonterías. Pero es que no puedo más. Estoy harta de él, de sus números, de su gusto por rodearse de cretinos, de la vida cretina que llevamos. Hay días en que llego a pensar si no será un cretino de verdad que sólo puede brillar entre cretinos todavía mayores. Y que si llevamos esta vida no es por debilidad de carácter, sino porque se siente incapaz de un trabajo realmente creador, y dejarse comer por el medio en que nos movemos le sirve de excusa.

Pero yo no puedo soportarlo. Y entonces hago tonterías. Mira que acostarme con Federico sólo para fastidiarle a él (Aurora). No te preocupes, no eres la única. Ya me dirás qué hago yo acostándome con la Nuria Oller (Raúl). Se besaron en el pasillo de los lavabos. Luego se encerraron en uno. Aurora le abrió la bragueta y se arrodilló delante. Ven, ven, dijo después, bajándose la ropa, dándole la grupa, los codos apoyados en la tapa del retrete, él y ella como espoleados por las sacudidas del tirador de la puerta cuando alguien quería entrar.

¿Les había visto la Rivas o había notado algo? En todo caso, era no tanto la Oller como Aurora con quien la había tomado aquella noche. Quizás únicamente porque la Oller, que no podía atribuir la súbita frialdad de Raúl para con ella más que a un excitante cinismo, a un deseo de guardar la intimidad del secreto compartido –su encuentro de aquella tarde en el Pedralbes–, se dedicaba, con cómplice disimulo, a timarse preferentemente con Eme Eme. Y también para la Rivas debía ser obvio que Adolfo la estaba rehuyendo, un motivo más de malhumor.

Esta mala pécora, con sus aires enigmáticos, es que me crispa los nervios (la Rivas). ¿Y tus nervios? ¿Te parece que no crispan? (Raúl). Defiéndela, defiéndela. Estaríais tan bien juntos. Tú con Aurora y yo con Adolfo (la Rivas). Ya te acostaste con él una vez, ¿no? Por mí, ningún problema (Raúl). Habla la picha de oro. Pues te advierto que a mí tampoco me costaría nada levantarme a un tipo cualquiera. Si no fuera porque tengo la regla, me iba con uno (la Rivas). Hazlo igual. Siempre podréis hacer algo (Raúl). La Rivas se dio la vuelta. Tocada. Las defensas de Raúl, su capacidad de ser lapidariamente desagradable, de responder con aspereza a sus histerias y sus historias, contundente como ese policía que, apenas iniciado el interrogatorio, corta por lo sano con un seco par de bofetadas.

Como la argentina de los tirantes. Sólo que en la Rivas los efectos del alcohol eran de mayor violencia. Salió a bailar con alguien, ciñéndose al máximo, las tetas casi fuera. Y después, la escena, la necesidad compulsiva de acabar armando bronca. Algún tío sobón, o una palmada en el culo o algo parecido. ¡A tocar a tu madre!, gritaría o gritó. La vieron abrirse paso entre las mesas. ¿Qué se creen? ¿Que las mujeres somos como las mulas? Se sentó con inseguro equilibrio. Nervios, zozobra, naufraga, hace agua.

Cargante en sus escenas no menos que en sus parloteos, capaz en ambos casos de exacerbar hasta el límite, como todo lo que se repite y repite. Cuando, voluble y apasionada, se soltaba a charlar, o mejor, a discursear con un taxista, con el camarero, con quien fuera, a explicarles su posición ante cualquier problema, temas por lo general que les había visto desarrollar con propósitos proselitistas en otras

épocas, cuando se conocieron, la injusticia de la caridad, las mejores condiciones de trabajo fuera de España, la necesidad de libertades políticas, etcétera, regresión deprimente en razón directa a la frecuencia del asunto elegido, como ese disco que estuvo de moda en otros tiempos, en unos tiempos que para nosotros no guardan más que penosas evocaciones.

Por una parte, era evidente en ella la tentación de la aventura. Bien por emanciparse de Raúl, bien por todo lo contrario, para evitar que Raúl se emancipara de ella. Con preferencia, una aventura inesperada y feliz y obligadamente episódica por imposición de las circunstancias. Dicho y hecho y luego cada cual por su lado con sus compromisos, con el buen recuerdo que deja todo amor interrumpido, frustrado antes de que se disipe el malentendido en que se ha basado la unión, no tanto compenetración real como ocasión de que cada yo se exponga ante el otro, se proyecte en el otro como ante un espejo, se contemple en el otro, se estreche en el otro. Antes de terminar por descubrir que el otro era otro, un otro con quien nada tenía en común.

Por otra, la irrealización de sus tentaciones. Su pérdida de velocidad, algunos días hasta quedar poco menos que en ralentí. Como si desconfiara de la vitalidad que antes le sobraba, del poder de sus impulsos; como si le hubiera cogido miedo a la vida. La sensación de ir en camino, de estar a punto de pegársela. Como si de pronto hubieran cobrado validez para ella los aspectos represivos en que había sido educada, por mucho que la propia realidad familiar se hubiera encargado de desmentirlos: la inexorabilidad del castigo, el clásico ejemplo de la loca de la familia, de su destino ejemplar, esa tía o prima apenas conocida de la que cuentan que fue de las primeras en fumar en público y en salir sola de noche con hombres, hermosa y desenvuelta entonces, y ahora avejentada y empobrecida y, sobre todo, sola, una de esas personas que al principio pueden divertir y resultar amenas con el relato de sus andanzas, pero que, a la larga, todo el mundo termina por sacudirse porque a nadie le atraen las ruinas y los finales no felices.

Un proceso de inhibición paulatina, cuya ocasional ruptura una noche cualquiera, a fuerza de alcohol, no hacía más que agravarse después, al despertar y con resaca, ante un nuevo día. Un proceso cuya relación con Raúl, cada vez más difícil, no explicaba suficientemente. No unidos como la luz de dos ventanas en una pieza, o como el agua de un arroyico en la mar, o como la lluvia caída sobre un río o una fuente, ni siquiera como dos velas juntadas en tal extremo que, aun siendo dos, la llama pareciera una. Como el agua y el aceite.

En modo alguno simple resultado de problemas cotidianos o de una concreta situación conflictiva, era como si la Rivas se sintiera anulada

por algo más general, como si algo se le impusiera y condicionara su propio comportamiento, quién sabe si la personalidad de su madre. Como si sus recuerdos infantiles relativos a las relaciones entre doña Dulce y Amadeo, cuyo carácter había tardado en comprender, lejos de haberle servido de ejemplo a seguir, de norma de conducta, a la larga le hubieran quitado arrestos, seguridad en sí misma; cuando veraneaban en Lloret y por las tardes doña Dulce se hacía acompañar por ella a casa de Amadeo y la dejaba jugando en el jardín con la niña del chófer. Una dependencia que se traslucía incluso físicamente. No porque doña Dulce se conservara bien, porque casi pudieran parecer hermanas. La diferencia estaba sobre todo en la actitud, en el porte. Sabia y madura, madura y grave plenitud, impecable presencia y espléndida estampa, como la de una de esas jacas con fustas en la mirada.

No ya ella. La propia madre de Amadeo, perfectamente acorde con su legendario pasado amoroso. Viuda también, autoritaria, lúcida, tacaña, vestida con sobriedad diamantina, encargándose todavía personalmente de la dirección de sus negocios, con la clase y la desenvoltura de quien se mueve como si el mundo no fuera más que un vasto Ritz. La cara empolvada, con tersura de cirugía estética. Los cabellos recogidos bajo un turbante de seda y los ojos tras unas gafas oscuras. El interior de su coche negro tapizado de madera y cuero capitoné, y ella, dando órdenes al chófer, mirando apenas al exterior entre las cortinas semicerradas, imperturbable y solitaria como un general o la muerte. ¿Qué iban a aprender de una mujer como ella o como doña Dulce la Rivas y la Oller, hijas de una época difícil por anodina y amorfa, de transición, como ese salteador callejero que no posee ni la precisión profesional del antiguo gángster, ni la naturalidad del drogadicto que sale a cobrarse su diaria ración de inyectables? ¿Era concebible en ellas, en las viudas, en sus buenos tiempos, un comportamiento semejante al de las Nurias? ¿Lo hubiera sido? ¿Aunque sólo fuera por razones de standing?

La extrañeza del matrimonio, la sensación que puede suscitar de súbito, pese a los daños de convivencia, una expresión cualquiera del otro cónyuge. La incomodidad de una mirada, por ejemplo, aunque sea amorosa, la incredulidad con que uno se pregunta quién es ella, quién es él y, sobre todo, qué coño están haciendo juntos. Una transustanciación episódica de lo familiar tan imprevista como inevitable, igual que cuando en la pantalla aparece la luna llena tras unas nubes y el atormentado hombre lobo no puede impedir que se dispare el fatal mecanismo. Así, como en uno de esos paréntesis de irrealidad propios de la vida conyugal, se ofreció la Oller a Raúl en el Pedralbes, la última tarde del año.

Quizá Raúl empezaba a cansarse. Quizás empezaba a buscarle

defectos: las flexiones destempladas de su risa, un timbre de voz propenso a los gallos, la excesiva avidez de su mirada, expresiva de ese perpetuo estado de agitación –siempre como sobre ascuas, con ansias de afán– que la caracterizaba. Y la costumbre de reír tapándose los labios con la mano, residuo, sin duda, de cuando en alguna época le arreglaban la boca y llevaba un puente.

Pero nada de todo eso hubiera bastado. Lo decisivo fue la transformación de la Oller en la Hyde. Cuando tras semanas, meses, años, de hablar bien de Peter, atractivo, encantador, buen compañero, una de esas personas con las que sabes que siempre puedes contar, todo cambió de repente. Peter era sucio. Peter era torpe. No sabía hacer el amor. Roncaba. Y ella tenía sus planes, todo estaba pensado hasta en sus más mínimos detalles. Y los expuso, no con el simple cálculo perverso de la lolita que, haciendo autostop, es recogida por tres taciturnos cuarentones, y entonces, una vez dentro, pregunta sugerente, ¿no me irán a violar, verdad? No, no con esa clase de cálculo, sino con algo realmente infame en la aviesa victoria de su sonrisa: el divorcio, la seguridad de obtener, según las leyes inglesas, una buena pensión, se había asesorado bien, tenía todos los triunfos en la mano. Contemplaba su desnudez en los espejos, radiante como la diosa de la venganza, sin darse cuenta al parecer, de que, al menos por parte de Raúl, aquella última tarde era efectivamente la última. Pues así como el niño que oye relatar a las mujeres de la casa la muerte repentina de algún sombrío vecino, comentar que dijo que tomaría un poco más de tortell y se lo estaban sirviendo cuando empezó a deslizarse de la silla, de modo que para el niño la palabra tortell guardará durante años las horrendas connotaciones de un maleficio cuya fórmula intentará en lo posible no pronunciar, así para Raúl había en la Oller ciertos dejes, ciertas actitudes, de las que sólo tomó conciencia aquella tarde, no menos traumáticamente oscuras.

Quizá nunca hayan sido debidamente ponderadas las mujeres de la burguesía barcelonesa. No ya esa juventud actual, libre y estética, que tantos convencionalismos ha sabido superar por sí misma. No estas chicas de hoy, o cuando menos no ellas en especial, sino sus madres, sus abuelas, esas mujeres que hoy las jóvenes juzgan frecuentemente con severidad por simple desconocimiento de causa. ¿Qué saben ellas de las difíciles condiciones de otras épocas? ¿Las formas que había que guardar, la apariencia de recato, los obstáculos hasta de lugar con que tropezaba la simple realización de un adulterio? Y en otro terreno, el familiar, sus excelentes cualidades organizativas, sus dotes administradoras, su perfecto control del ropero y la despensa, sus

llaves. Y su conciencia del valor del dinero, en nada inferior al de la mujer de condición trabajadora, ya que si ésta procurará sacar el mejor partido posible de la cantidad que destina a la cesta de la compra, nuestra consciente esposa de un adinerado hombre de negocios se empleará no menos a fondo, salvando las distancias, en el nivel de actuación que le corresponde, de obtener en los comercios los descuentos que se merece en tanto que buena clienta, de hacerse con verdaderas gangas en los anticuarios por el procedimiento de pagar al contado, de sacar el máximo de renta a la villa de veraneo los meses que no la utilizan y a los apartamentos amueblados previsoramente puestos a su nombre.

Claro que en un mundo en perpetuo movimiento –y el de hoy lo está más que nunca– hay siempre unas familias que suben y otras que bajan. Y es en el seno de éstas, en las que el descenso en lo económico no deja de traslucirse a la larga en lo social, donde esa aptitud y ese mordiente, contrariamente a lo que cabría suponer, empiezan a embotarse. No es ya la mujer, sino la familia entera la que, falta del adecuado respaldo material, empieza a perder pie, y junto con el ritmo de actividad, la noción de los precios, encerrada en un círculo vicioso que no hace sino incrementarse en espiral. Y es entonces cuando esa familia se convierte a su vez en víctima de los anticuarios, de los especuladores, de las letras, de las hipotecas. Pues como en el marido energuménico que llega a casa vociferando contra la juventud –¡todos maricas!– con la idea de ir preparando sicológicamente a su esposa, de mejor subrayar la fortuna que a ella le espera en cuanto objeto del subsiguiente abrazo carnal al que tan torpemente va a ser sometida, así, en las familias en declive, el progresivo repliegue sobre sí mismas suele ir acompañado de una despectiva teorización de lo imposible que se está poniendo el mundo, juicio que, más en general, suele ser asimismo tema predilecto de toda persona cuando envejece. De ahí ese señor que, a sus años, retirado hace tiempo de los negocios, cada mañana que va al banco a cambiar, más que otra cosa, cuatro palabras con el subdirector y, si el subdirector está muy ocupado, con el interventor, o con el cajero, o con el ordenanza, con la obsesión, ahora que ni el movimiento de su cuenta ni de sus rentas son lo que eran, de ser conocido y considerado, de reafirmar su respetabilidad, de mencionar sus amistades y relaciones, de proclamar una vez más sus ideas conservadoras, así en lo político como en lo económico, lo mal que está todo, la suerte que tenemos con Franco, etcétera, y de paso –los bancos se enteran de todo– de quitar importancia al hecho de que su hijo esté en la cárcel, cosas de estudiantes, ya se sabe, en mi época era lo mismo.

Cábalas, construcciones. Y es que como el chiste viejo que acaba convirtiéndose en anécdota real y, con los años, para aumentar el

efecto, es relatado por todos como algo que le sucedió a un amigo y hasta, por increíble que parezca, a uno mismo, en la sincera creencia de que así fue y que sólo por un fallo de la memoria le resulta difícil a uno concretar las circunstancias, así la historia de las familias, su desarrollo en el pasado desde el presente. Los lazos de sangre, la herencia de un carácter, ya que no de una fortuna. Tendencias a sacralizar el código cifrado del clan frente a cualquier explicación menos genética. Una explicación que excluyera el parentesco, por ejemplo, del por qué la muerte de tía Paquita pudo afectar a Raúl más allá de toda previsión. Que refiera ese por qué, pongamos por caso, al hecho de que, para Raúl, con ella desaparecía un nexo de relación entre el pasado consciente y recordado de los veraneos en Vallfosca, y aquel otro más olvidado, pero no menos intenso en sus destellos, del Montseny durante la guerra civil.

De hecho, una sola cosa comparten esa antigua alta burguesía barcelonesa, hoy en declive, y la nueva gran burguesía: su común desarraigo, salvo en lo económico, respecto a la tierra en que han nacido. En un caso, por apego a una tradición que les permite seguir creyendo que son todavía lo que fueron. En otro, por la coincidencia de sus intereses con los del poder central, a cuya sombra han medrado, en el seno de esa oligarquía monopolista de la que forman parte. Y tanto en un caso como en otro, aunque de manera remota e informulada, su común sentimiento de identidad perdida, uno de esos destinos nacionales abortados como aborta un orgasmo merced al coitus interruptus.

El destino de un pueblo que con sus expediciones a Oriente, con sus pugnaces almogávares, reconquistadores sin trabajo, en paro técnico, debía prefigurar, la conquista de un nuevo mundo a Occidente, en la que no le sería permitido participar. Un pueblo que con sus marinos, sus cartas de navegación y hasta su dinero, iba a sentar las bases de ese descubrimiento, de esa empresa de la que iba a quedar excluido. Un pueblo que de la unión con Castilla, forjada por sus dirigentes, sólo iba a conseguir quedar marginado de todo verdadero centro de poder. O lo que viene a ser lo mismo: tomar el partido, en sus luchas dinásticas, del archiduque Carlos como antes del príncipe de Viana, abrazar la causa que no puede triunfar antes de que, eligiendo la contraria, se acabe igualmente perdiendo. Y así, al menos, conservar la carta del mito, de la empresa inacabada. Pues así como la pretensión sociológica de que el contexto social explica al hombre en cuanto lo conforma no pasa de ser una petición de principio, ya que, muy al contrario, es la relación del hombre con los distintos contextos sociales en que se ha desarrollado desde su niñez, su comportamiento en cada circunstancia, lo que nos ha de llevar a la comprensión de lo que el sujeto era ya esencialmente incluso antes de sus primeros

recuerdos, comprensión que a su vez nos lleva a esclarecer lo que en general es el hombre fuera de todo contexto particular, como componente de una misma civilización, así, remontándonos a un punto cualquiera de la historia de Cataluña, su reveladora identificación con el príncipe de Viana, por ejemplo, un pobre diablo, el clásico perdedor nato que infaliblemente conjurará uno tras otro los diversos componentes de cada fracaso, encontraremos ya –en este punto como en cualquier otro– cuantos elementos configuran y encarnan la suerte de la propia causa, del destino final de Cataluña.

Pues ¿a qué motivos puede obedecer si no, pongamos por caso, el hecho de haber adoptado por patrón a san Jorge? ¿De haber tomado como emblema la lucha victoriosa del caballero con el dragón? ¿De qué forma interpretarlo, si no es como proyección de un problema interior, como expresión simbólica de un deseo, de sus ansias de resolver mediante un combate quimérico, el combate real que Cataluña sigue librando consigo misma? Un combate, de resultado mucho más incierto, que postula el triunfo del orden y del rigor formal, el dominio de la razón y la soberanía de la sensatez, sobre las sórdidas ruinas de un tenebroso inconsciente colectivo. Impulso similar, en definitiva, al que lleva a un pueblo a construir catedrales o templos expiatorios y votivos.

Dragones, princesas, imágenes muy al nivel de la pequeña y mediana burguesía, el núcleo más sólido de esa personalidad conflictiva llamada Cataluña. Ya que, como esa joven mecanógrafa formada emocionalmente entre seriales radiofónicos y fotonovelas, así, en Cataluña, la mentalidad plañidera y ñoña de sus clases medias. ¿Y con qué otro material podemos contar si prescindimos de un proletariado de inmigración y de una alta burguesía que ha renunciado a su papel histórico de clase dirigente, desde el punto de vista de la nacionalidad catalana?

El mito, el tópico literario, las esdrújulas de la retórica. Barcelona, ciudad proclamada espejo, farol, estrella y norte de toda la caballería andante, epítetos aceptados sin siquiera un mal repliegue de ironía, por cuanto se aplican a una ciudad exultante, en pleno solsticio de sus fiestas, que pocas líneas después recibirá a tan ilustre huésped metiéndole una aliaga bajo la cola de su cabalgadura y reirá a sus espaldas colgándole un sambenito, llufas, mofas, befas y cabronadas que sólo pueden pasarle por alto al lector papanatas o al balbuceante edil que, lector de oídas, recurre una vez más al lugar común, en el curso de cualquier pleno, recepción, homenaje o cuchipanda municipal. Archivo de chorizadas y puterías, ciudad que goza como de una verbena del espectáculo que puede ofrecer el caballero descabalgado, el caído, el naufragado en sus playas, destroyación o fin, forma o propósito de entretenerse, de matar el tiempo como se

mata a un bandolero, como se le descuartiza y decapita en un cadalso. Una ciudad que injuria y escupe al que cae, escupe, aplástalo, que se encarniza y mata, una mata de pelo sanguinolento, y el público lo celebra con salvas y fuegos artificiales y hogueras, escuela de cortesanías, sepultura de extraños y exilio de propios, capital de un pueblo que tal vez se enfrentó a las huestes de los mayores caudillos de la historia, Aníbal y César, Almanzor y Napoleón, quizás a todos ellos, y perdió. Historia repetida en el tiempo como la de una doncella reiteradamente violada por sucesivos salvadores, entre apasionadas promesas, cada vez, de amor eterno.

Esta ciudad que tan bien se contempla en su vastedad desde lo alto del Carmelo, las hierbas negras en primer término, contra el rescoldo rutilante de allá abajo, y el mar inmenso al fondo y las grises unidades de la Sexta Flota ancladas en el puerto, y las chimeneas de las fábricas, y las banderas y gallardetes ondeando al sol, y los soldados desfilando con palmones al hombro, conmemorando el feliz advenimiento de la Epifanía, el restablecimiento de la calma, el fin de los incendios, de las iglesias en llamas, como si los cielos hubieran accedido a las plegarias de los obispos, a sus Petendam Pluviam, y una lluvia salvadora hubiese anegado la ciudad desde el Llobregat al Besós, desde Montjuich al Tibidabo, convirtiéndola en una planicie de reflejos mortecinos, agua terrosa, lodo germinativo, ciénaga de aspecto seguramente no muy distinto al original, cuando Montjuich era un abrupto cabo que se adentraba en el mar, colosal Alcides de cuyo costado debía nacer Barcelona, y como Moisés, salida de las aguas, nacida y renacida como Ilión o Troya o Hissarlik.

En las laderas del Carmelo se encuentra el gaudiniano Parque Güell, y al pie de sus estribaciones, de hecho a escasa distancia, aunque ya en plena cuadrícula del Ensanche, el visitante podrá apreciar las no menos gaudinianas torres de la Sagrada Familia, alzándose, se diría, como escabrosos riscos de un monte sagrado. Una obra que si algún día fuera terminada tendría probablemente muy poco que ver, como las catedrales tardías, con el proyecto original, lo mismo que suele ocurrir con el plan urbanístico de una ciudad, siempre superado en su desarrollo por las nuevas realidades no previsibles ni previstas. Una de estas empresas preinacabadas –al menos conforme a la imagen que de ella se habían hecho sus fundadores– en la medida en que el peso de su realización suele encomendarse o dejarse a cargo de las generaciones futuras. Sacralización del medio, mediatización del fin. Templos dominantes, destacados por lo general –sea por su situación sea por su propia altura– del conjunto urbano, como para que desde allá arriba, en el caso más bien excepcional de que no sea un viajero quien se anime a remontar las altas torres, el ciudadano obtenga un panorama inédito de su ciudad, al que, de acuerdo con su gusto, le

pueda añadir la dosis de futuro que prefiera.

Una ciudad roja, por ejemplo, como bajo los fuegos del poniente. Paralizada por una huelga general de trascendencia mucho mayor que la del 51. Una huelga general que, mediante un salto cualitativo, desemboca en verdadera coyuntura revolucionaria. Una breve noticia, un pequeño recuadro en Le Monde, que, de golpe, se apodera de los titulares de la prensa del mundo entero.

Noviembre revolucionario en Barcelona. Barcelona, 9. La huelga general ha triunfado. Tras la industria, los transportes públicos y los bancos, también los comercios han cerrado sus puertas. Las manifestaciones se multiplican en toda la ciudad. Por la Vía Layetana descendieron más de 50.000 obreros y estudiantes cantando la Internacional. Las tropas han sido acuarteladas y los edificios públicos aparecen protegidos por alambradas y fuertes contingentes de policía. A partir de media tarde, la ciudad ha quedado a oscuras debido a una brusca interrupción en el suministro de fluido eléctrico. Rumores sin confirmar aseguran que ha sido proclamado el toque de queda. En el momento de cerrar esta crónica se oyen disparos aislados. La situación es muy grave.

Barcelona, 10. La huelga revolucionaria iniciada ayer en Barcelona parece haber revestido especial virulencia en el cinturón industrial de la ciudad. Testigos presenciales aseguran que han sido asaltadas diversas comisarías y cuartelillos. Se habla de centenares de víctimas entre muertos y heridos. En un patético mensaje difundido por radio a primeras horas de esta mañana, el gobernador civil de la provincia ha pedido un inmediato cese el fuego, ofreciendo explícitamente su dimisión, al mismo tiempo, si ello ha de contribuir a calmar los ánimos.

14h. El Consejo de Ministros, reunido en Madrid en sesión extraordinaria, tras desmentir la dimisión del gobernador civil de Barcelona, anuncia la proclamación de la Ley Marcial en las cuatro provincias catalanas. Fuentes dignas de crédito aseguran que, en Barcelona, el pueblo ha tomado la sede central de la Telefónica, de Correos y Telégrafos y diversas emisoras locales.

19h. Las masas toman por asalto cuarteles y centros oficiales. Se mencionan entre otros, el Ayuntamiento y la Diputación. Resisten todavía el Gobierno Civil, Capitanía y la Jefatura Superior de Policía. Se asegura que, por el contrario, en los cuarteles, los soldados confraternizan con el pueblo. Las emisoras de radio transmiten sin cesar proclamas y llamamientos revolucionarios.

21h. Según noticias de última hora, el Gobierno ha procedido ya al envío de fuerzas aerotransportadas a Cataluña.

Revolución en España. Madrid, 11 La huelga revolucionaria iniciada anteayer en Barcelona se ha extendido a diversos puntos de la nación,

Asturias, Guipúzcoa, Bilbao, Valencia, Sevilla y la propia capital. La acción de las masas parece haber adquirido especial violencia en Asturias y el País Vasco.

Fuentes oficiosas aseguran que el Gobierno se dispone a proclamar el estado de guerra en todo el territorio nacional.

Aunque las noticias que llegan de Barcelona son muy confusas, parece que los hospitales están abarrotados y las calles sembradas de cadáveres. La situación de los últimos focos de resistencia se califica de desesperada.

21h. Madrid, urgente. Rumores sin confirmar aseguran que unidades de la Sexta Flota se dirigen a toda máquina hacia Barcelona.

¿Y después? Un holocausto, posiblemente. Pero también el inicio de una guerra no ya civil sino insurreccional, la larga marcha que supone el desarrollo de la revolución europea.

El viaje a Madrid aquel noviembre, los frustrados intentos de establecer entre las dos organizaciones locales un contacto más directo y ágil que los habituales mecanismos del partido, con objeto de coordinar al máximo las acciones de masa proyectadas. La premonitoria sensación de fracaso que le asaltó al descender sobre Barajas, entre dos luces, aquella sorprendente proliferación urbana brotada en la sequedad erosionada del atardecer, en el centro de un desértico horizonte de relieves aborregados, confiriendo un carácter de verdadero prodigio al súbito aflorar de tan inmensa luminaria, neones y rascacielos que daban abrigo al Madrid de siempre, penurias y estrecheces, subdesarrollo moral a la par que económico, la misma propensión al tasqueo como forma predilecta de relación humana y a la solución en un plano verbal de todas las represiones, negros humores y elemental comercio, fárrago a la vez que quintaesencia, en cuanto crisol de España, de casticismos llanos, chatas simplezas y campechanería, dichoso dechado de dicharacherías charadescas y redichas.

La reunión con los camaradas encargados del contacto. Mentes de entrañable carga noventayochesca empobrecida por otros residuos ideológicos remotamente traducidos, una mentalidad propensa al estreñimiento intelectual en su extenuante búsqueda de la tópica tipicidad, más populistas que socialistas científicos, más pueblerinos que puritanos, más beatos que dogmáticos, aunque también dogmáticos y puritanos y socialistas científicos, con la agudeza de la meseta en sus ideas y la fecundidad del yermo. Encarnación viva, pese a su condición universitaria, de ese héroe positivo del realismo socialista, de ese militante ejemplar, de ese obrero normalmente llamado Juan o José o Pedro, nombres sencillos como el pueblo mismo, un hombre honesto y abnegado así en la fábrica, entre sus compañeros de trabajo, como en el barrio, con el vecindario, siempre

dispuesto a prestar ayuda a quien la necesite, sea con su esfuerzo sea con sus consejos, a mostrar con el ejemplo cuál es la línea correcta. El positivo, un tipo que es capaz de sacrificar un domingo entero de merecido descanso y vida familiar, recorriendo media ciudad para entregar a su destinatario un paquete que ha encontrado casualmente en la calle, recorrido que es ocasión para que la novela nos ofrezca una verdadera panorámica de los diversos ambientes que nuestro héroe se ve obligado a conocer, guardando en todo momento una conducta intachable. Un tipo que consigue calmar los ánimos, justamente soliviantados, de los vecinos de un inmueble deshauciado por el Ayuntamiento, evitando así que los empleados municipales sufran vejación o mal alguno ya que, en definitiva, esos agentes no son los verdaderos responsables, sino simples asalariados como ellos. Un tipo, en fin, cuya humanidad le lleva a mediar entre huelguistas y policías, para evitar violencias innecesarias, y que acaba atropellado accidentalmente por la ambulancia que él mismo ha llamado para que se haga cargo de un niño alcanzado por una bala perdida. Y entonces su compañero Antonio, el individualista, el obrero de temperamento anárquico y casi disoluto, toma conciencia y entra en el partido.

Y como quien un buen día se para a pensar que su apego a un paisaje, a una gente, a un olor, a un vino, nada tienen que ver con la palabra patria, por más que quieran hacerle creer lo contrario, que en todo eso se juega con un gran malentendido, y que, de hecho, más real que el patriotismo, es su adscripción a tal o cual equipo deportivo por lo que al menos tiene de voluntario, así la indiferencia de Raúl, cuando no el impaciente desagrado, ante el curso de los problemas allí evocados, y no ya por su temática sino hasta por la forma de plantearlos.

De repente, el desánimo absoluto, ese desánimo que en lo físico se confunde con el cansancio, consecuencia de toda actividad desarrollada en torno a un equívoco. Darse cuenta que del mismo modo que él había sobrevalorado la capacidad de movilización de masas del partido en Madrid, sus camaradas madrileños daban por descontado que, a diferencia de lo que pasaba en Madrid, en Barcelona bastaba que el partido diera la señal para que las masas salieran a la calle. ¿Cómo intentar siquiera hacerles entender que, al igual que el despertar de la siesta en un anciano, su vuelta a la realidad en plena somnolencia calenturienta, su conciencia de la imposibilidad de ir más lejos con aquella fláccida semierección, destinada a desaparecer no sólo ante el menor ejercicio físico inherente al acto sexual sino ante el simple hecho de abandonar la tibieza de la butaca, así, en la práctica, parecían esfumarse los impulsos revolucionarios de las masas barcelonesas? Pues ¿quién pone en duda que del mismo modo que los deseos se basan en realidades,

las realidades se basan en deseos? ¿No se refieren las ideologías más que a ideas, a la exclusión de ideas? ¿No son los principios ideológicos más que razones, actos de voluntad cuando no de fe?

La lucha final, la fase de transición, y luego, las armonías preestablecidas de la nueva sociedad, principios inducidos o deducidos del curso de la Historia, en una ocasión revelados y desde entonces diariamente remachados a macha martillo. Pero es que si además de esa confianza en el futuro, sucede que el hijo de uno se ha casado con una buena chica que también trabaja y también es de ideas socialistas, y entre los dos reúnen lo suficiente, y los terrenos que la familia tenía en el pueblo resulta que, con todo eso del turismo, ahora valen dinero, y la marcha general del mundo es buena, y uno puede finalmente jubilarse tranquilo, ¿qué más puede entonces esperar de la vida? De ahí el bajón, en lo que a claridad de mente se refiere, dado por el padre de Leo en los últimos tiempos, ya que así como una larga permanencia en la cama no suele convenir a la gente de edad, de igual modo una excesiva sensación de felicidad puede acabar afectando su normal fluidez del pensamiento.

A semejanza de ese antiguo cliente de determinada marca de automóviles, a cuyos sucesivos modelos, en la medida en que se lo permitían sus limitados medios, permaneció fiel desde el principio, convirtiendo la elección casual en hábito, el hábito en principio, el principio en orgulloso rasgo de su personalidad y ese rasgo en motivo de solidaridad para con los restantes usuarios de la marca, y ahora, después de tantos años, al recibir alguna recompensa honorífica por su lealtad, una de esas distinciones establecidas con propósitos publicitarios, una miniatura en cualquier metal precioso, del primer modelo fabricado, por ejemplo, o una medalla, la emoción le embarga en el curso del acto de entrega, culminación de un proceso dialéctico, por cuanto objetiviza la doble relación entre realidad de hecho y sublimación de esa realidad, entre magnificación del objeto poseído y custodia celosa del objeto magnificado, ceremonia para la que como en un día de Navidad celebrado en familia, las lágrimas que confunden su vista parecen facilitar la vertiginosa sucesión de imágenes, las luces, las velas, las canciones, los regalos, la mujer, los hijos, los nietecitos, los presentes todos y todos los ausentes, los muertos, los inviernos, los anocheceres, la vejez, toda una vida de fidelidad y entrega ya casi concluida, mientras las efusiones de que es objeto no hacen sino ahondar en la dulce tristeza y en la contemplación de la bondad de todo; así, a semejanza de este hombre, había encontrado Raúl al padre de Leo.

Espera, dijo. Y sin más explicaciones desplegó sobre la antigua mesa de sastre un plano de Moscú, para retirarse enseguida a un segundo término, aguardando radiante la reacción de Raúl. Lo acababa de traer

el yerno de un viejo compañero, un joven ingeniero hispano-soviético que había ido a pasar las Navidades con su familia de allí, la soviética. El viejo compañero había tenido un papel muy destacado durante la guerra civil. Ahora tenía una posición desahogada y estaba retirado de la política, pero eso no quería decir que en el aspecto ideológico no siguiera tan en la brecha como siempre. Tiene un comedor por estrenar desde hace doce años. Ya te puedes imaginar qué día va a inaugurarlo. Y enarcó las cejas cómplicemente.

Le mostró el plano. Éste es el río Neva. La plaza Roja y el Kremlin. El Mausoleo. La Ópera. Se ve que allí las panaderías son verdaderas fábricas de pan. La Universidad, que es una especie de rascacielos. El parque Gorki. Hay mucha afición a patinar sobre el hielo. Los niños sonríen y toman mantecados.

Y así, de pronto, el mundo. La Nueva Sociedad: su necesidad histórica como fatum, como fruto de la voluntad divina revelada (Moisés, Cristo, Mahoma), al igual, en su origen, que cualquier otra de las grandes construcciones de la Historia, Roma, Bizancio, el Islam, el Sacro Imperio, la España Imperial. Y esto, contra cualquier esfuerzo humano por impedirlo, contra cualquier obstáculo en apariencia insalvable. Sobre la dura y brutal represión de la brutal dictadura triunfará siempre el carácter revolucionario de la revolución. Y la Nueva Sociedad será instaurada. Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes nuestros hijos pondrán el nombre de dorados y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de acero tanto se estima, se alcance en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivan ignorarán estas dos palabras de tuyo y mío.

El Miliario. Y su consecuencia o quizás causa: el Hombre Nuevo. Visión que el padre de Leo, en su dificultad expresiva, debía representarse de forma eminentemente plástica, a modo de proyecto de monumento, de uno de esos grupos escultóricos de carácter alegórico, igual que ahora, justo en el momento de la consagración, ante un panorama de reclusos arrodillados, realzado en su solemnidad por el concéntrico silencio inmóvil de las galerías, había también algo de monumento alegórico en aquel preciso instante de la ceremonia celebrada sobre la plataforma del Centro, del que la hostia alzada se convertía a su vez en centro.

Un monumento de composición monolítica, graduado en profundidad y altura. Obra ingente, vigorosa, creación hecha de poder y furor, de amor y piedad, empresa de titanes, de guías emanados de las masas, aquí un joven de mirada airada como un guijarro, allá la arrogante torsión de un anciano mostrando la lapidaria ley del pueblo, ambos destacados contra un fondo en relieve, un amasijo de músculos en feroz batalla, todo ello dominado por la figura de la sibila

dialéctica que anuncia la inminencia de una sociedad sin clases ni contradicciones, síntesis de los contrarios, apoteosis o juicio final, que desde lo alto, en el justo fiel de la balanza, aparecía resuelto, en actitud de pensativo sosiego, por la imagen del Hombre Nuevo, igualmente alejado de los extremismos y excesos juveniles, simbolizados por la lascivia adolescente de un cuerpo femenino desnudo, y de los crepusculares y decadentes residuos del pasado, representados por un anciano decrépito hasta la punta del sexo, un Hombre Nuevo que con su serena calma, por encima ya de todo conflicto, parecía presidir como desde un trono, a modo de remate, el monumental conjunto.

Es decir: el momento culminante o salto cualitativo, el de la transubstanciación, cuando Dios desciende y se hace Sagrada Forma. La consagración definitiva de la consolidación de la instauración, de una vez por todas, definitivamente consagrada tras la decisiva lucha final, consolidación de la instauración de las conquistas definitivas, de una vez por todas, finalmente establecidas, como conquista culminante decisiva, como consagración final de la culminación instaurada definitivamente, como instauración de la consagración de una vez por todas, presencia real que conmemora el misterio de la Encarnación, del Dios que se hizo hombre, y fue agarrotado.

La consagración. Requisito indispensable de la comunión, esencia misma del santo sacrificio de la misa, una comunión preparada desde la víspera por la confesión general que había cerrado el ciclo de ejercicios espirituales desarrollado los días precedentes. La confesión o penitencia, un sacramento cuya importancia tanto había señalado la Merche en sus pláticas, tan propio de este tiempo expiativo de Cuaresma, el tiempo que media entre el de Epifanía y el de la Pasión. Hablaba, se diría, no por los altavoces del Centro sino a través de un micrófono, exclusivamente para los reclusos de la sexta formados sin duda en la planta baja, desde un improvisado púlpito, en la luminosidad abstracta de la galería, casi como de templo masónico en la simetría de su arquitectura. A las cuatro en punto, mientras se hacía el silencio, empezaban las pruebas de micrófono. Haló, haló, os habla la Merche. Desde la celda, aunque Raúl pegara el oído al chivato, la audición era confusa. Hablaba del principal negocio para el hombre, su salvación.

Hoy voy a invitaros, queridísimos hijos, a que subáis conmigo al monte Carmelo, a que me sigáis sin caer ni decaer hasta su cumbre. Así, con cuidado, cogidos de la mano. Que el más joven sirva de apoyo al más viejo.

Contemplemos. ¿Qué se ofrece desde aquí a vuestros ojos en los esplendores nocturnos, qué se extiende desde aquí a nuestros pies? Una ciudad. Una ciudad desarrollada en torno a lo que fue Mons

Taber, la antigua acrópolis, lugar prominente al que los viajeros de antaño, como el apóstol Santiago, debían acceder en sus ansias de contemplar la ciudad. Sí: ese monte que no se ve. El Mons Taber. No Horeb ni Nebo ni Tabor. Taber. Simplemente Taber. ¿Pero no es eso suficiente, convertido ahora en catedral? Y delante, al fondo, como apuntando al piélago, Montjuich, monte de Júpiter o de los judíos, Sinaí de la ley, talión por talión, muerte por muerte, monte de Dios en todo caso. ¿Y detrás, a nuestra espalda? Esa prominencia de la sierra de Collcerola hoy llamada Tibidabo. Tibidabo o monte del Diablo. Ese monte al que el Tentador trasladó a Cristo y le dijo: todo cuanto ves desde aquí será tuyo. Esto es, queridísimos hijos, un monte desde cuya cima se domina no sólo la ciudad y sus pecados, sino que también se divisa, más lejos, más alto, Montserrat. Desde allí, un anillo de riscos agrupados como torres de un templo, góticas agujas, tubos de un órgano tocado por ángeles, como figuras fijas, en movimiento, arrancando ondeantes, ora a la izquierda, ora a la derecha, como en una danza, en un anillo bello que se hace y deshace. Un monte como aserrado por los propios ángeles, puro erotismo geológico, con sus nidos de fantasmas y sus áureas cascadas de retama y sus racimos de vampiros, relieves y erecciones como trompas y escrotos y culos de elefante, en colosal cópula, lugar donde las vírgenes desfloradas refloran como rosales, monte nacido de las aguas o por partenogénesis, igual que una virgen nace de su violación, o que un precrusoe, un preandrenio o un náufrago cualquiera renacido de las aguas, convierte su naufragio en su santuario.

¿Qué mejor atalaya pues, hijos de mis entrañas, para el alma? ¿Qué mejor puesto de observación para Jaime el Conquistador cuando desde allí proyectaba la toma de Mallorca, perfectamente visible a su penetrante visión más que a su vista? ¿Qué mejor trono para contemplar sus dominios, no ya el próximo Tibidabo, a cuyo amparo se extiende Barcelona, sino igualmente el Montsant, el Montsech y el Montseny, con los blancos Pirineos al fondo, bajo el estímulo de aquel paisaje de esotéricas simas y fálicas protuberancias? ¿Qué mejor morada o celda, en fin, que este paraje que tanto propicia la contemplación, la meditación, la inspiración? Lugar de retiro de conquistadores y profetas y santos y fundadores y descubridores y navegantes, santuario que conserva sus espadas, sus victorias, sus banderas, sus descubrimientos, Lepanto y Mallorca, la Compañía de Jesús y América, Montserrat, primicia de un Nuevo Mundo, a modo de prefiguración simbólica de la Ciudad de Dios. Por eso os incito ahora, hijos queridos, a realizar todos vuestro viaje a Damasco, a cabalgar conmigo como este santo varón que tras una adolescencia libertina en la que se entregaba al juego y a los pequeños hurtos y a pensamientos y prácticas concupiscentes, sin excluir aquellas contra natura,

empujado por las malas compañías, robando para ir al fútbol o a los billares o a los bailes o a los baños o a los gimnasios o de putas, cometiendo más tarde atracos a mano armada con premeditación, nocturnidad y alevosía, con desprecio de sexo y en cuadrilla, acabó pervertidor y pervertido, sin fe de clase alguna, blasfemo, sacrílego, diabólico. Y entonces, encarcelado por sus múltiples vicios y desviaciones, en la soledad de la celda, justamente en aquella recogida morada, alejado del ruido del mundo y del pecado, aislado como un ermitaño, allí, a resultas de una llamada divina, allí, tras una lucha interna consigo mismo, justamente allí, superó todas sus maldades y renunció al mundo, al demonio y a la carne, a embriagueces y deshonestidades, y reconociendo sus anteriores miserias, hizo suyo el estandarte de Cristo, entregándose a Él como una esposa al esposo, clamando, caído del caballo, perdón, oh Dios mío, perdón y clemencia, clamando, sí, clamando, Agustín, Pablo, Saulo, Saúl o Raúl o como quiera que te llames. ¡El mundo! ¡La verdadera cárcel, como dijo el filósofo! ¿Y qué son sus tinieblas sino la ceguedad en que viven los malos? ¿Qué cadenas son estas con que están presos sino las fuerzas de las aficiones con que están sus corazones aferrados con las cosas que desordenadamente aman? ¿Y qué hambre es ésta que padecen, sino el apetito insaciable que tienen de infinitas cosas que no alcanzan? Y ellos, estos cautivos, son los que han construido la cárcel donde te encuentras, que, negación de la negación, es afirmación, lugar de salvación y libertad. ¡La celda! Morada de grandeza que el Júpiter benigno que serena el cielo con su rayo, cercado de mil bienes, ha creado para ti. Porque sólo estás en prisión porque el Señor quiere que la vejación te dé entendimiento, por el cual conozcas la debilidad que padeces. Y llegado al conocimiento de la verdad, puedas inducir a cuantos secuaces de tu condenación quieran abominar de ella, con objeto de que no se pierdan y alcancen el paraíso. No es pues tanto por vuestros delitos como por la compasión de Dios por lo que estáis aquí. Para que así, los que llevabais mal camino, podáis redimiros y salvaros. Y ahora repetid conmigo: oh, Señor, ¿no os cansaréis nunca de otorgarme mercedes? Luego cantaremos el Perdón, oh Dios mío.

Fuera, a juzgar por el sol que en rombo oblicuo proyectaba la ventana sobre las baldosas, la mañana debía ser espléndida. Una de esas mañanas de fuerte viento, un viento que escampa la estancada atmósfera ciudadana y disipa los ruidos del tránsito, permitiendo que el sol resplandezca en el aire limpio. Y a uno le entran ganas de tomar, al abrigo del viento, un sol que ya calienta. Un día que le hace olvidar a uno los rigores invernales que todavía han de volver, prefiguración de la primavera que evoca ya el verano. Y mientras él permanecía allí, inmóvil ante la puerta abierta de la celda, presenciando el desarrollo de la ceremonia, todo debía ser en la calle movimiento y luz. Aquel

viento soleado desbaratando las suaves cabelleras y las faldas livianas, rachas bruscas y traviesas que someten los rostros a expresiones como de supremo goce o suplicio, cálidos ramalazos que aceleran de golpe el ciclo de las estaciones, la rotación de las raíces, la hinchazón de los brotes y los capullos, lujuria reactivada a flor de piel.

Como aquella mañana en que tomó un campari al sol con Aurora, en la terraza de un bar del Ensanche orientado al mediodía, no lejos de la universidad. Tú no dejarás a Nuria, le había dicho Aurora. Tienes valor para poner una bomba pero no para romper con Nuria. Y Raúl: es que no hay nada que romper. Hemos pasado un tiempo juntos, sin hablar nunca del futuro. Y este tiempo ya pasó. Y Aurora: esto es lo que te hace más difíciles las cosas; haber rehuido hablar del futuro. Y Raúl: no veo por qué. De momento ella está en Inglaterra y yo estoy aquí, contigo. Y Aurora: ¿y este verano? Y Raúl: bueno, no sé. Supongo que nos veremos. Seguimos siendo amigos. Y después de las vacaciones, se volverá a Inglaterra. Y Aurora: haz lo que quieras. No sé si tú estás bien conmigo, pero yo sí lo estoy contigo y, en cambio, no me parece que estés bien con Nuria. Que con ella seas quien eres, quiero decir.

Se equivocaba: tampoco estaba bien con Aurora –lo que ella implícitamente insinuaba– y no tenía la menor intención de que sus relaciones se prolongaran más allá del verano. Y sin embargo, durante aquel verano, cuando empezó a percibir la aproximación Adolfo-Aurora, lejos de la sensación de alivio que hubiera creído experimentar al verse liberado de un lazo que empezaba a cansarle y que, en todo caso, pensaba cortar, la realidad de los hechos le hizo sentirse más bien como víctima de una traición. Una traición que sin duda, al menos por su parte, hizo precipitar el rompimiento, tanto para adelantarse así a los acontecimientos, como para evitar que la observación de los progresos de esta aproximación se convirtiera para él en algo poco menos que obsesivo.

El camino que conduce hasta estas notas escritas sobre la cara satinada de bastas hojas de papel higiénico. Un itinerario largo y enrevesado, a veces como bloqueado, como cortado; a veces perdiéndose como se pierden en el monte los senderos que no llevan a ninguna parte. Y, sin embargo, el primer resultado tangible de aquella imprecisa intuición que tuvo un amanecer, mientras montaba guardia junto al polvorín, a levante del campamento. Intuición o tal vez recuperación de intuiciones olvidadas, justamente de aquello que, cuando niño, en sus redacciones escolares, se esforzaba no tanto en desarrollar como en ocultar, escribiendo no lo que hubiera querido escribir sino lo que suponía que se esperaba que escribiera. De igual modo que tal vez no fue aquella guardia junto al polvorín la decisiva. Ni aquel amanecer. Antes y después hubo otras guardias, otros amaneceres.

Sus primeros experimentos válidos o, al menos, satisfactorios, distintos a cuanto podía haber escrito hasta entonces. Y se entregaba a ellos poseído de esa demencial sensación de realidad de un artificiero que cree haber descubierto una mina indesarmable, capaz de ir explotando indefinidamente, y consume sus noches en montarla con cuidado. Pues como el niño que al atascársele un juguete opta por destruirlo totalmente, así los sadismos infantiles o una temprana afición a la caza o una vocación terrorista más tarde, suelen acabar sublimándose en cualquier actividad concreta, siempre que en tal actividad el individuo encuentre un cauce adecuado para dar expresión satisfactoria a los sentimientos de destructividad que están en el origen de todo; mientras por el contrario, cuando el individuo en cuestión no encuentra el cauce idóneo para dar salida a los sentimientos que en él se engendran, la destructividad acumulada se vuelve entonces contra sí mismo y su mundo más inmediato, dando lugar a la creación, así en las relaciones personales como en las de vecindad o trabajo, de los pequeños infiernos personales.

Era indudable, no obstante, que el campamento había actuado de catalizador en el despertar de aquellas intuiciones imprecisas, hasta entonces dormidas o decantadas, latentes en alguna fase anterior de sus mutaciones. Que su aparición, el último estadio de la metamorfosis, se había visto propiciado por el ambiente allí imperante. Como reacción a un tipo de vida caracterizable, a grandes rasgos, por la bruma mental y el embrutecimiento moral. Un mundo que giraba sobre dos polos –pringar y racanearque por ser a la vez antagónicos y complementarios, tendían a neutralizarse en la práctica, a sintetizarse en una sabia fórmula de compromiso, avalada por la

tradición, conforme a la cual lo importante es que todo el mundo sin excepción cumpla estrictamente con su deber de cubrir las apariencias, un como presente aplicado por extensión a los más mínimos detalles del sistema, a las exigencias más obviamente imposibles de conciliar. Un mundo cuyo fruto más prototípico era quizás el vecino de enfermería que le tocó en suerte, cuando al salir de un estado poco menos que delirante producido por las fiebres –gripe o cualquier otra afección vírica, nunca le dieron a conocer el diagnóstico, si es que el comandante médico llegó a establecerlo– se encontró ocupando la penúltima cama de la hilera, entre Fortuny y el rácano aquel que se hacía pasar por más enfermo de lo que estaba para permanecer el máximo tiempo posible en tan sórdido ámbito, leyendo tebeos, y perdida su ligera pátina de hijo de la clase media y futuro médico o abogado o ingeniero, ofrecía más bien el aspecto de un niño enorme y embrutecido, un lelo entre jocoso y acojonado que olía a orines y exudaciones, las manos pegajosas, los mofletes de un bobo, mientras entre borbotones ciclópeos se entregaba a titánicas masturbaciones.

Fue después de su estancia en la enfermería. Montando guardia junto al polvorín. O, de modo más definido, aquel domingo en que, a la vuelta de un permiso, le tocó hacer la cuarta imaginaria. Seguramente entonces. Cuando le despertaron era todavía completamente de noche, pero no tardó en amanecer, levemente verde la claridad quieta hasta que las nubes empezaron a coger luces.

Al regresar de uno de tantos permisos, a la larga resumibles en uno solo. La llegada a Reus, acompañado de Nuria, tras un día de playa: ingemisco tamquam reus. Las últimas vueltas, ya incómodas, bajo los pórticos de la plaza Prim, saludando a los conocidos que no cesaban de congregarse por aquellos contornos, pendientes de la hora. La última copa tomada en la terraza de un bar, a modo de despido de toda forma de vida civil. El embarque, entre adioses de novias y familiares, en un oscuro autocar conducido por un sujeto de torvo aspecto, algo así como un Virgilio degradado, convertido en remero auxiliar de Carón, en su total incapacidad de guiar a nadie a cualquier punto que no fuera la otra orilla del Aqueronte.

Y el nocturno mar de niebla en el que se perdían poco a poco, remontando el monte encastillado, camino de aquel desabrido paraje por el que debían deambular aún los sin permiso, aprovechando las últimas boqueadas de indulgencia dominical, a los compases de la Polca del Barril, que no tardarían en ser silenciados por las primeras rondas de vigilancia nocturna. Y el descenso en la oscuridad, ante un centinela de bayoneta resplandeciente, el momento de saltar a tierra cargados con sus macutos y, nostálgicos y entristecidos, dispersarse en silencio hacia las respectivas compañías tropezando con los tensos

vientos, apartando las cuerdas y lonas endurecidas por la lluvia caída, desnudándose a la luz de una vela, entre los reniegos de los compañeros despertados y los propios, provocados por la ausencia de espacio suficiente para extender los charnaques, doblando la guerrera con cuidado a fin de no mancharla de barro, contemplando melancólicamente aquella fecha más tachada en la lona, esto es, una fecha menos, un día menos de estar aquí, saliendo por último a mear, ya en pijama, abrigado con el capote, iluminando el recorrido con una linterna, la tierra empastada y el húmedo relucir de los troncos hasta llegar a las letrinas y, apagando la luz, mirar somnoliento, en tanto suenan bajo el chorro los papeles mojados, mirar la opacidad del cielo anubarrado, buscar inútilmente las estrellas.

Leo había sido detenido y Federico y él podían correr la misma suerte en cualquier momento. Una espera casi como un arrebato o como un éxtasis. La nítida ambigüedad de una llama. La llama aislada de una vela que revela apenas la movediza indeterminación de los contornos circundantes. Que deslumbra tanto como alumbra, designando sobre todo a la persona que la lleva. Aquella negra noche negra como ala de cuervo, qué, qué, que se ciñe y circunvuela destacando mansamente contra el celeste, ala que se cierne y circunvuela y desaparece como esparciéndose al descender y confundirse con las laderas verdinegras en sus círculos descendentes, como hecha peña y pino y monte bajo en movimiento, sólo aquel qué, qué, signos de presagio o invocación o vaticinio, qué, qué, círculos inciertos, interrogaciones, qué. ¿Qué? ¿Destrucción? ¿Creación? ¿Inmolación? Inmolación y creación y destrucción.

Lo había visto varias veces en los corrillos del patio de Letras, al entrar o salir del aula, en el bar. Y le había llamado la atención no sólo por la mordacidad de sus comentarios sino incluso por el desenfado de su actitud y hasta de su presencia.

Se situó a su lado ante las puertas del aula y, en el tumulto de la entrada, comentó que les trataban como a ganado o algo expuesto en términos semejantes, dentro del tipo de humor ácido que gastaba el otro. Y Leo dijo: claro. Lo que menos les interesa es que la gente aprenda a pensar. Raúl se sentó a su lado y, durante toda la clase, analizó los dos extremos de aquella proposición que tanto impacto le había causado: el genérico pero concreto interés que alguien, ese les, esa tercera persona del plural, tenía respecto a ellos, y el que ese interés consistiera, precisamente, en impedirles pensar por su cuenta.

Realmente parecemos borregos, dijo cuando salían. Y Leo: ¿qué quieres? A eso apunta la educación burguesa. Los obreros tienen al menos esta ventaja: que no han sido educados y saben instintivamente lo que les interesa.

Tomaron una cerveza en el bar. Haría falta una minoría preparada,

dijo Raúl. Y Leo: si esa minoría no es la vanguardia de la mayoría, de poco sirve. Y Raúl: claro. Nuevo golpe. No se trataba de distinguirse de las mayorías como, sin mucho interés por el problema, hasta entonces había supuesto –quizá por simple traslación del terreno literario al político–, sino, muy al contrario, de capitanearlas.

Federico hablaba poco pero con agudeza: se burlaba de su familia, de la estupidez de las niñas bien, del sentido de la realidad del obrero, mucho más desarrollado que en un miembro de la burguesía, lo mismo que el vigor sexual. Se había hecho amigo de Leo antes que Raúl, pero para Raúl era evidente que entre Leo y él se daba un tipo de comunicación que no existía entre Federico y Leo.

Hablaban horas y horas. Tardes dilatadas coincidiendo, deambulando, descubriendo. La imposibilidad obvia de ser hoy día un verdadero intelectual sin ser marxista. El materialismo dialéctico como clave de la necesaria identificación o síntesis de materia y forma. Hacer compatible libertad y compromiso; mejor aún, de hallar la libertad en el compromiso, etcétera. La revelación de que no estaba solo en su insatisfacción respecto al mundo. Que esa insatisfacción respondía a una realidad objetiva y que esa realidad objetiva tenía su interpretación ideológica. Que esa ideología no se limitaba a interpretar el mundo; que su verdadera finalidad era transformarlo.

Caminaron Ramblas abajo. El contacto con la realidad, la sensación que experimentaba Raúl de haberla palpado, derivada de la localización, en una tasca cualquiera del barrio chino, de algún tipo cuyas expresiones irónicas y animadas o amargadas y destructivas, sus alusiones implícitas y hasta su risa y movimientos, le revelaban inequívocamente, a modo de consigna o santo y seña, como poseedor de conciencia política, la clave explicativa de aquellos bajos fondos organizados en torno al robo, la prostitución, el alcohol y la grifa, cosas que en el mundo familiar de los Ferrer Gaminde eran tenidas por poco menos que míticas de puro remotas, culpable ignorancia con que la burguesía proscribe y exotiza el inevitable resultado de su propia existencia, la otra cara de la moneda, miseria y degradación siempre susceptible de convertirse en precioso material revolucionario en un momento dado –la canaille, la explosiva y espléndida canaille– a partir de una toma de conciencia colectiva, en cuya cristalización, las voces de tipos como éste, convertidos en líderes por las mismas masas de las que habían salido, estaban destinados a servir de clarines, clarines a la vez que mecha. Apreciaciones teóricas sin duda irrefutables, si bien con frecuencia, a la hora de materializarlas, debido a la falta de experiencia propia de la juventud o a cierta precipitación voluntarista en el juicio, asimismo muy propia de la juventud en cuanto tiende a confundir lo que una cosa es con lo que uno quisiera que fuese, fácilmente basadas en algo equívoco; tomar,

por ejemplo, por conciencia de clase las rememoranzas de un mitómano o de un desgraciado cualquiera que está algo bebido y que ya no recuerda bien aquella época en la que, de manera fortuita, se había visto implicado de algún modo en la causa republicana; ese hombre que combatió en Teruel o en el Ebro o en Belchite, y conoció, por regla general, a Tito, a Líster, al Campesino, a Clement Atlee, no está muy seguro, y fue felicitado. O lo que no pasa de ser la palabrería de una puta, la maniobra de aproximación a esos tres muchachos con pinta de estudiantes que igual le pagaban una copa, maniobra sólo traicionada en su ingenio y perspicacia de cálculo por ese turbio coqueteo del que hace gala quien no sabe todavía exactamente por dónde van los tiros. Y aunque así fuera, estaría en su derecho, dijo Federico.

Adolfo, en cambio, no caía bien a Leo ni menos aún a Federico, cuyas reservas hacia Adolfo se referían a la persona en sí más que, como en el caso de Leo, a motivaciones ideológicas. Raúl había empezado a tratarle a principios de curso y desde entonces se juntaban de vez en cuando y Adolfo charlaba de Baudelaire, de Sartre, de la novela americana. Pero los argumentos de Leo –¿Quién es libre, en nuestra sociedad, sin dinero? No escribir para el pueblo, ¿no es ser cómplice objetivo de la reacción?– parecían interesarle en la medida en que le hacían mella sus sarcasmos, incisivos, casi desdeñosos, como si a Leo le irritara especialmente la posición en apariencia crítica y hedonista de Adolfo. Ya que, contrariamente a esa grosería pequeño burguesa, particularmente arraigada en Cataluña, esas bromas y chistes de mal gusto que se cuentan a modo de gentileza, para que el interlocutor se sienta cómodo, como en casa, al objeto de favorecer un clima de cordialidad y entendimiento, la actitud de Adolfo, educada pero reservada, parecía apuntar más bien a un clima de distanciamiento y hasta de antipatía, fórmula secreta, acaso, del aura de respeto y prestigio que parecían rodear por anticipado así su persona como sus opiniones y hasta sus proyectos literarios, mientras los hechos no demostrasen lo contrario. Una postura que rozaba la cortesía puntillosa, de carácter reparador, de la que ciertas personas hacen gala el día siguiente de haber agarrado una tranca de la que apenas recuerdan nada. Pero que, desde el punto de vista de Leo, bien podía ser interpretada en términos clasistas.

El caso de Nuria era distinto. Caía bien en general y fue aceptada sin reticencias. Lo que sucedía es que, por motivos difíciles de precisar y pese a su disposición a dar por válidas y compartir todas sus teorías políticas y religiosas y económicas y sociales y sexuales, o tal vez precisamente por eso, no era tomada muy en serio. Al menos no independientemente, no al margen de Raúl.

¿Y Raúl? ¿Cómo podía no haber descubierto antes, contra todo

condicionamiento de clase, semejante concepción total del mundo? ¿Cómo podía haberse manejado sin conocerla? Una imagen tan real de todo que cuanto más se ahondaba en ella mayor era la sensación de que no hacía sino descubrir evidencias, revelarse a sí mismo lo que en el fondo había sabido siempre, estar leyendo, en suma, la realidad misma transcrita en palabras. Consecuencia obvia: solicitar la entrada en el partido, en un partido que no por claro que fuera su papel histórico dejaba de ser una incógnita en lo que a su funcionamiento en la práctica se refería, una organización de excitante carácter mistérico tanto por la doble personalidad de sus miembros como por la ubicuidad subterránea de su presencia.

Una decisión que, aparte de representar la consecuencia lógica de sus sentimientos de disgusto y hostilidad respecto al mundo tal cual es, le liberaba de toda responsabilidad objetiva en relación a las verdaderas víctimas de la sociedad actual, obreros y campesinos, desde el momento en que entraba a formar parte de su vanguardia política, el partido comunista. Y, al mismo tiempo, le emancipaba de todos los principios morales propios del medio en que se había criado, que no podía acatar ni, de hecho, había acatado nunca más que en lo externo. Y de todos los odiosos proyectos de solución personal que la burguesía ofrece a sus hijos, carrera, matrimonio, profesión, objetivos ciegos cuando no cómplices y aberrantes frente a una tarea como la que se había propuesto, ante la empresa en cuyo desarrollo iba a tomar parte: la transformación del mundo por la violencia.

Aquella sensación de entrar en contacto con un poder oculto como la que puede experimentarse en el curso de una sesión de espiritismo, cuando la médium empieza a hablar. No hizo falta que Leo le dijera que era aquel hombre. Caminaba delante de ellos, cuesta arriba, por un desierto sendero del Parque Güell, despacio, leyendo el periódico; indudablemente llevaba ya un rato allí, reconociendo el terreno. Y al ser rebasado dijo, salud Daniel, sin aguardar, contra lo que Raúl suponía –condicionado sin duda por los formulismos burgueses–, a que Leo hiciera las presentaciones. Y para cualquiera que pudiera verles desde lejos, el aire de Escala era el de estar diciendo, caramba, chicos, ¿pero qué hacéis por aquí?

Y los primeros resultados de sus actividades, los primeros desórdenes universitarios, las primeras cargas de la policía, que ellos contemplaban frotándose los ojos, por así decir, más que las manos, casi incrédulos de que todo aquello fuese el fruto de la labor de agitación que habían desarrollado conforme a una interpretación correcta de la línea política del partido.

El espaldarazo: representar al partido comunista en una reunión con el representante del partido socialista de Barcelona. La reunión fue propuesta por los socialistas, a fin de establecer un modus operandi,

como dijo su enlace, de cara al boicot a los transportes públicos que se preparaba y, eventualmente, a una huelga general.

El contacto tuvo lugar en una chocolatería. Allí estaba el socialista, desayunando chocolate con nata y ensaimadas. Un tipo de edad mediana, tirando a madura. Pareció sorprenderse de la juventud y el aspecto de Raúl hasta que –se leía en sus ojos– encontró la ficha: el típico señorito comunista. El hallazgo debió contribuir a que recuperara la seguridad en sí mismo.

Al grano, dijo; el camarero es de confianza. Pero empezó a divagar. Hablaba de la guerra civil, de la resistencia en Francia, de alcohol y mujeres, todo ello unido a fervientes demostraciones de obrerismo. Conocía bien a los comunistas, dijo. Pero él no estaba dispuesto a ser ningún Kerenski; por esto, durante la guerra, no dejaba su pistola ni para dormir.

Quizás entonces no tuviera tanta barriga. Y lo que era seguro: ahora no llevaba pistola. Y lo de las escuadras de choque, sus comandos de jóvenes socialistas que hablaba de movilizar, pura fantasía. Y el carácter que pretendía dar a la entrevista, como de gángsters que se reparten los sectores de la ciudad, carecía de toda verosimilitud, pese a la ambientación de la chocolatería –elegida sin duda para dar la sensación de que todo había sido calculado al objeto de no despertar sospechas–, pese al público aquel de ancianas señoras voraces y chicas fofas, lechosas, gozosas, cuchicheantes. En la pared, una foto mural de un paisaje pirenaico de nata y mermelada, estampa viva de una Cataluña empalagosa y casta como la clientela misma de la chocolatería, como la Europa socialdemócrata e idílica de la que hablaba aquel fantasmón.

Porque, como España, también Europa temía la verdadera revolución. Y de hecho, para ellos, las normas de vida clandestina, las precauciones que tomaban en Barcelona respecto a las citas, seguían rigiendo en París. París, esa ciudad que llegó a serle tan familiar que, cada vez que se encontraba en la gare d'Austerlitz, tenía la impresión de regresar a casa tras un viaje, una impresión que le lleva a uno a poner como entre paréntesis cuanto ha sucedido desde su partida. Y no obstante, disipar el equívoco inicial requería su tiempo. Pues así como en la Costa Brava, por ejemplo, los nativos, la gente de los pueblos, tardó incluso años en enterarse de que los primeros turistas llegados a sus playas no eran forzosamente unos potentados, contra lo que a primera vista pudiera suponerse, sino, con frecuencia, tenderos y hasta proletarios, así Raúl, en sus primeras salidas, tendía a ver en todo francés la complicidad de un militante de izquierdas. Un equívoco similar al que se le creó con Obregón al cabo de varias entrevistas, cuando se dio cuenta de que la alternativa pacífica, la renuncia a la lucha armada, en cuanto línea política del partido, no

respondía tanto a una estratagema como a una imposición real de las circunstancias.

París. Los amigos y las amigas. Y la libertad de hablar en voz alta en las terrazas de los bares del Boulevard Saint Germain. Y de comprar los libros que quisiera en Le Globe. Casi una obligación, como asistir a determinadas sesiones de la cinemathèque, detrás del Panthéon, completamente a sus anchas entre aquel público de jóvenes de inequívoco aspecto izquierdista, con algo de guerrillero y a la vez que de intelectual en la presencia y hasta en el trato con sus compañeras. Ver una película de Eisenstein era como asistir a una ceremonia religiosa. Eisenstein y el cine soviético en general. Así, aquella película que vieron en un cine próximo al Boulevard Montmartre, una película que pasa durante la guerra y, mientras él está en el frente, ella le pone cuernos, y cuando se entera de que él ha muerto, va a la estación y distribuye sus flores entre todos los soldados que regresan, como una Ofelia socialista sólo salvada de la locura por su entrega a las masas. Y al encenderse las luces había que parpadear para despejarse la vista y había que aclararse la garganta y pensar en otra cosa y demostrarse encendiendo un cigarrillo y haciendo como que el humo se le iba a los ojos, y salir diciendo no está mal, sin más comentario, sin insistencias innecesarias, bastante elocuente era ya la identidad de situaciones, la lucha y sus desgarraduras, el problema de los cuernos en la militancia, el sacrificio, la inexorabilidad de todo.

El amor practicado en hoteles sórdidos, de parquet desigual, sobre camas cedidas, de cobertor manchado y cortinas desteñidas, apartando el fardo del traversant que todo el rato se les venía encima, sudorosos y desnudos, de madrugada, a la vuelta del sitio aquel de la Contrescarpe o de alguna estimulante incursión por Montparnase, él y ella, tras dejar a los demás entregados a discusiones abstractas. La excitación de los comienzos: curioseándose, pulsándose, comprobando delicadamente, desnudeces felinas y relamidas, nítidas tetas, el sexo sombrío, el descarado culo. Incluso con Nuria le iba mejor en París que en Barcelona, quizá por lo que aquello tenía de encuentro pasajero, porque Raúl sabía que después cada uno se iría por su lado. La misma causa, seguramente, de que también les fuera bien en Rosas, cuando él hacía las prácticas de alférez en Figueras y, aprovechando cualquier puente, ella se venía desde Inglaterra y él se arreglaba las guardias y la esperaba en la estación y se iban a Rosas. Fue en primavera y, con sol, ya era agradable bañarse.

No como al principio, claro, como en los primeros tiempos, cuando todo parecía concurrir y armonizarse para que hasta sus relaciones con Nuria marcharan perfectamente y la exaltación general que les poseía se reflejaba igualmente en el terreno erótico. Aquella noche, por ejemplo, en que habían bebido bastante y Adolfo se empeñó en

que fueran a ver Yerma, y Nuria hizo una paja a Raúl durante el primer acto, al amparo de la gabardina doblada.

Como aquel que tras una noche entera de amor y, en especial si ha sido bien hecho, y lejos de todo agotamiento, muy al contrario, más bien estimulado, contempla insomne la ciudad desde lo alto de un monte y el mismo esplendor de la mañana no parece sino dar realce a sus ansias de actividad, su impaciencia por acelerar el triunfo de la revolución, por abandonar de una vez sus mezquinos estudios jurídicos y entregarse por entero a la tarea de contribuir a la formación –más allá de simples teorías, ya en el terreno de la praxis– de un verdadero ejército popular de liberación, y llegado el momento, reírse del aterrado estupor de la burguesía, abogados, financieros, agentes de la propiedad, notarios, registradores, negociantes, especuladores, gentes que en su cerrazón rutinaria habían creído estar ocupándose de cosas importantes y que, de pronto, veían abrirse la tierra bajo sus pies, la corteza de un mundo que había tomado por real y que súbitamente se revelaba como un mero juego de apariencias hipócritas, así, ante un similar panorama de armonizaciones sincrónicas y respuestas totales, se sentía Raúl por aquel entonces. Así: como un caballero andante o un navegante o un fundador o un profeta, con esa característica voluntad de transcenderse a sí mismo, de transformarse transformando, sólo comparable a la lucidez demente con que un científico se propone destruir el mundo, a su conciencia de que la locura no está en él sino en el mundo.

Y así como Don Juan jamás siente remordimiento o culpa por sus seducciones ni le importa la suerte que puedan correr sus víctimas ya que, como el terrorista o el bandolero, tampoco ignora su inevitable condenación final, así Raúl se sentía igualmente predestinado a llevar hasta sus últimas consecuencias el papel que se había impuesto. Predestinado, casi como un elegido, como ese ser que nacido de las aguas o del limo o del fruto de un árbol o de la cópula de arcángeles o dioses o, a la inversa que en Ovidio, de la metamorfosis de un cactus o un espino en un niño. Y luego, tras una infancia oscura, hecho ya un hombre, concibe un buen día –o se le revela– determinada idea del mundo, de la vida, de sí mismo, un futuro que diseña y llena de imágenes como quien contempla un cielo de poniente o de amanecer, los cúmulos que se configuran como ciudades encastilladas, con templos y murallas y rascacielos reflejados en los mares celestes.

¿Qué importancia podía tener lo demás? Todo era más fácil desde esta perspectiva de entrega y desprendimiento. Incluso los problemas económicos. Vivir al día, sin caer en los cálculos propios de una óptica burguesa. Tener lo suficiente para manejarse y basta. ¿Cómo? Haciendo cualquier cosa, trabajando en lo que fuera, lo justo, para ir tirando. Las traducciones que hacía con Leo, por ejemplo; mal

pagadas, claro. ¿Y qué? No valía la pena protestar por esto, no era ésta la explotación que les preocupaba. Tampoco ellos se esforzaban en matizar ni en dar con la expresión exacta si hacerlo les tomaba tiempo. El dinero les bastaba para moverse y eso era lo importante. Y traducir no tenía ese carácter como infantil o poco serio de las únicas soluciones encontradas por Raúl hasta entonces, resultado de la lectura sistemática de los anuncios económicos de La Vanguardia, cómo ganar dinero fácilmente en sus horas libres, etcétera, cultivo de champiñones, soldaditos de plomo, taxidermia, seguros de coche. O comprar a verdadero precio de ganga alguna de las diversas fómulas para hacerse millonario que vendía aquel viejo loco de El Clot a quien quisiera comprarlas, instalado en una lóbrega cocina que olía a petróleo y a tocino rancio, mientras una especie de bruja troceaba y limpiaba unos pescados azules, barat, jureles, seguramente.

Había problemas menores. Lo incómodo que se sentía con Nuria, por ejemplo. No a solas, sino cuando en presencia de los amigos lucía sus indisimulables dejes burgueses, su incoherencia ideológica. Una desazón semejante a la del muchacho que intuyendo la sospecha de sus padres de que frecuenta malas compañías, se atreve finalmente, para desmentirla en lo posible, a traer un amigo a casa y, con angustiada turbación, incapaz de reaccionar, se ve convertido en testigo de cómo el amigo, con sorprendente falta de todo sentido de las situaciones, resultado tal vez de su juvenil jactancia, no hace sino confirmar todos los temores de la familia, para la cual, callada y acechante, sus expresiones y hasta su mero talante, no son sino pruebas concluyentes de las prácticas encanalladas a las que su joven vástago es adicto.

Problemas quizá subjetivos, quizás imaginarios. Pero es que así como en el mundo geofísico la recta y el plano son sólo una ilusión de los sentidos, una apreciación excesivamente próxima e inmediata de lo que en realidad es curvo y esférico, así, igualmente superficial sería explicar el comportamiento amoroso de Raúl, la brevedad de sus entusiasmos, su pronta tendencia al distanciamiento cuando no al abandono –excluida en principio toda hipótesis que tal comportamiento parezca descartar por sí mismo, una exagerada aversión misógina, por ejemplo, o un componente homosexual predominante– en razón del tipo de mujeres con las que se había relacionado, sin preguntarse a continuación por qué se había relacionado precisamente con mujeres de ese tipo; o argüir que lo importante para Raúl era salvaguardar su libertad, sin preguntarse entonces qué clase de libertad era esa que le hacía desechar de antemano cualquier posibilidad de relación continuada voluntariamente; o achacarlo a su creencia, tantas veces expresada, de que no hay amor sin final y los finales raramente son felices, sin

preguntarse por último cómo podía suceder de otra manera cuando él era el primero en encargarse de hacer precipitar ese final.

De hecho, la idea del matrimonio le había repugnado siempre. Más aún: la palabra en sí, casarse, suscitaba en él una sensación como de vergüenza. Igual que cuando de niño, sin conocer aún el contenido preciso de atracción sexual implícito en ciertas palabras, le irritaban las bromas de Felipe, que si el Lalo tenía novia, la niña rubita, una niña con la que se cruzaba cada mañana al ir al colegio. Y los mayores hablaban de noviazgos y bodas. Se ve que se le ha declarado, oyó decir a tía Paquita.

No ya la incierta y vergonzante pregunta: ¿te quieres casar conmigo? Simplemente: te quiero. Palabras que nunca podría llegar a pronunciar.

En todo caso, así como en una estación, sentados junto a una ventanilla, la suave llegada de un tren por la vía contigua puede producir la impresión de que somos nosotros quienes partimos, así, a estas alturas era ya difícil de precisar si las relaciones amorosas de Raúl estaban dominadas por determinada fatalidad o si era él, con su comportamiento, quien determinaba el carácter fatal de esas relaciones. Pues así como el joven perteneciente a una familia venida a menos es siempre en potencia un revolucionario, no sólo por el deseo de ver repetida su particular experiencia doméstica de progresiva reducción, de progresivas estrecheces, en todas las familias pertenecientes a su clase social, esto es, por rencor y resentimiento, sino también por la necesidad de encontrar una explicación o justificación de valor objetivo y aplicación general al fenómeno cíclico de esplendor y decadencia de las cosas humanas, así Raúl parecía predispuesto hacia determinado tipo de mujeres o, al menos, a determinado tipo de relación con las mujeres. Pero de igual forma que han de pasar los años para que el seductor de una casada de mediana edad llegue a comprender que la clave del adulterio no reside en él, en sus atributos viriles y en su pericia fornicatoria, ni tampoco en una supuesta inferioridad del marido que dé pie a una fundamentación coherente del propio triunfo, sino en ella y sólo en ella, en la presunta seducida, en el pesado poso de la vida conyugal, en su voluntad de resarcimiento, en las ansias de ver reflejado en otro el no saciado amor hacia sí misma, de manera que casi lo de menos es la capacitación erótica de ese otro, dado que para ella el resultado de la aventura, sobre todo si es corta, será necesariamente feliz, así era de inevitable que Raúl hubiera vivido tanto tiempo sin formularse pregunta alguna relativa a la naturaleza del amor.

Ni conjeturas ni interrogaciones: planes concretos, encaminados a resolver el problema de la forma menos traumática posible. En lo que cabe, en la medida en que, en un joven, las intuiciones a la vez claras

e imprecisas se entremezclan confusamente a sentimientos e ideas. Estar con Nuria un tiempo más y luego ir soltando cuerda; que las cosas se calmaran poco a poco y ellos quedaran simplemente como buenos amigos. De ahí el fastidio de que ella, como presintiéndolo, le preguntara tanto si la quería. Sobre todo cuando la situación empezó a prolongarse, sin visos de final próximo, y Raúl descubrió que ante terceros le llamaba mi novio y que como novia se colgaba de su brazo los días de permiso, no bien bajaba del autocar en la plaza de Prim de Reus, evidentemente orgullosa –aunque no lo admitiera, poseída de ese orgullo atávico que suele producir en las mujeres la compañía de un uniforme– de tener también ella su novio. Tu novia y la mía han venido en el mismo tren, le dijo el Ferracollons.

Y entonces, el aborto. La complicación que resultó de todo aquello, la necesidad de continuar con ella todavía un tiempo más. Y el alivio, las perspectivas de solución definitiva que después supuso su idea de irse a estudiar a Inglaterra, quién sabe si con la esperanza –equivocada– de que una separación temporal influiría favorablemente en el curso de sus relaciones con Raúl.

Lo normal, en principio, era que todo discurriese como en esos métodos para aprender idiomas, uno de esos cursos donde, a través de las lecciones, se desarrolla una leve trama argumental, cuyas incidencias sirven para introducir al alumno no sólo en el conocimiento de la lengua sino hasta de las costumbres y el modo de vida del país en cuestión. Llega ella; o él. Es su primera visita, pero una familia amiga de los padres aguarda ya en la estación y tutelará su estancia en el país. Pues ¿qué mejor manera de conocer el país que a través de sus gentes?

A veces, la persona visitante va acompañada de sus padres y, si se trata de una joven, el matrimonio nativo tiene por lo general un hijo, también joven; y viceversa. Los maridos suelen ser malhumorados, tacaños, propensos a la fatiga. Las mujeres, más activas e irritantes, evidencian una profunda insatisfacción sexual. Y, en cualquier caso, las últimas lecciones acostumbran a coincidir con el compromiso matrimonial de la joven pareja. Sólo que, en la realidad, las cosas no tienen por qué suceder como en las lecciones del curso. El padre de la chica, por ejemplo, puede resultar un temible bujarrón que viola a su joven huésped extranjero. O el conductor del coche que recoge a nuestra joven amiga en la carretera, un asesino de autopistas. Y el afectuoso matrimonio que la invita a pasar un fin de semana en el campo, una pareja de sádicos que la someten, en la impunidad del sótano, a todas las torturas, ultrajes y sevicias, de las cien noches. De modo que casi el mal menor y la manera más rápida de aprender el idioma es que Nuria, por voluntad propia, se acueste con cualquiera, y acabe olvidando, con el tiempo y la distancia, toda historia anterior.

Pues ¿qué mejor forma de conocer a las gentes de un país que copulando con ellas?

¿Qué otra cosa podía suceder cuando algo semejante había ocurrido ya y el tiempo y la distancia que entonces les separaban eran mucho menores? Con Adolfo, mientras Raúl estaba en el campamento. Estábamos muy borrachos, Pipo. Habíamos salido por ahí y ni sé cómo pasó. Lo que te puedo asegurar es que fue un completo fracaso.

Se lo dijo años después, durante alguno de sus encuentros en París. El último día, en el bar de la gare d'Austerlitz. Uno de esos viajes que hacía en couchette de segunda, cargado con una maleta de doble fondo. Y, pasada la frontera, por la mañana, pensó que esto carecía de importancia en una mujer que nada tenía que ver con él. Desde la ventanilla, como siempre, las jóvenes agudezas del Montseny anunciaban de lejos la estación de Llinás, su estación, tan próxima a Vallfosca, los pinos y las viñas, los paisajes familiares, tierras antiguas, de relieve erosionado. Unos picos que, de hecho, separaban su niñez de su primera infancia.

Tía Margarita. La hermana menor de su madre. Murió poco después de la guerra. Una figura sin rostro, en bata, desayunando en la galería de Vallfosca, seguramente durante alguno de aquellos días que debió pasar con ellos en verano. Un rostro sólo reconstruible con la ayuda de las fotografías escasas que habían quedado. Y la habitación que ocupó, aquella habitación en la que había entrado repentinamente, sin llamar, sorprendiéndola a medio vestir, con los pechos desnudos, y ella le dijo que pasara y cerrase la puerta. Una habitación en la que antes había un lavabo que, por algún motivo, fue posteriormente suprimido. Quedaba el agujero mal disimulado del desagüe, un pequeño boquete con un hoyito cegado con cemento.

Recorrió todas las salas de los prostíbulos, repetidamente, de igual forma que el terrorista solitario reconoce previamente el objetivo elegido, en busca del lugar más adecuado para colocar la bomba. Finalmente se encontró en una cama, asiendo y asido, en acción, atento a lo que hacía como en un corro infantil donde cualquier fallo en el juego fuera penado con la muerte. O como siguiendo las instrucciones de un profesor de gimnasia que, tras advertirnos que es más viejo y más fuerte que nosotros, añadiera que nada debía preocuparnos, no obstante, mientras cumpliéramos al pie de la letra los tiempos y movimientos del ejercicio. O como aquel que sueña reiteradamente ser un galeote y es despertado por el chasquido del látigo junto a su oreja.

Urna sola inhibición: bailar. ¿Por el elemento competitivo que

supone? ¿Por su repugnancia a formar parte de un espectáculo en el que, por el mero hecho de saberse observado por los que no están bailando, le iba a situar en inferioridad de condiciones respecto a los otros, a los que saben bailar y les gusta hacerlo? Rechazo, en todo caso, de un terreno operativo –eróticamente marginal– como terreno apropiado, en cuanto sucedáneo y simbólico, para dirimir cuestiones que nada tenían de simbólico ni de sucedáneo. Convertir, en suma, en algo afirmativo el hecho de no saber bailar, de modo semejante a como ese corredor que encabeza la carrera finge una caída ante el temor de verse rebasado en el sprint final. Sería, en cambio, una ligereza referir esa inhibición, al menos por entero, a la época en que le gustaba Celia, por ejemplo; al hecho de verla bailar sabiendo que, dada la diferencia de edad, ella no podía considerar seriamente que un niño se atreviera a sacarla.

Estaban bajo los plátanos de la plaza, repartidos por los bancos, charlando, y las bicis descansaban contra un muro, junto a la fuente. Los habituales, los viejos del pueblo, como desplazados, se habían concentrado en dos o tres de los bancos y hasta delante de la iglesia, sentados en las gradas. Irrumpió entonces un rebañito de perros agitados, rabos vibrantes, orejas tiesas, hocicos arrugados, centelleos de ojos y brillar de dientes, girando en círculo entre gruñidos y gemidos, agrupándose alborotadamente, y en medio del corro, la Diana, divergentemente enganchada a un patanero de orejas gachas, como cohibidos ambos en aquel tenso clima de violencia apenas contenida. Mira qué cuadro, dijo alguno de los viejos. Y una de las chicas hizo la típica pregunta de por qué no les desataban. Y todos hicieron como que no la oían, obstinadamente divagantes. Una vieja se asomó a un portal y en las ventanas aparecieron caras solapadas, cazurras, lascivas, y cayó un cubo de agua que, más que dispersar el tumulto, lo apartó hacia la iglesia, dejando hecho hilachas a un lastimoso perro de lanas. Los viejos reían, y la gente de los portales, y de ventana en ventana. Y uno de los chicos dijo: pero ¿no es ésta vuestra perra? No, dijo Felipe. Y alguien dijo, estos perros. Y entonces Celia pareció renunciar a contener la risa, su expresión de ensimismada como deshaciéndose de golpe, una risa contagiosa, generalizada con el atrevido ya podrían ir a otro sitio que añadió alguien. Y por fin, la observación temida: fijaos qué colorado se ha puesto el Lalo.

Organizaron una excursión a la Font Freda, dos horas y pico de camino. Se llevaban la mochila y cargaban con ella por turno. Los primos y ellos salieron desde Vallfosca y los demás desde el pueblo y se encontraron a mitad de camino. Se habló de cine, de las películas que ya se anunciaban para la próxima temporada. Alguien comentó con una severa sensatez impropia de su edad, reproducción sin duda

de algún juicio escuchado en casa, que ya empezaba a estar harto de estas películas sicológicas en las que al final resulta que lo que pasa es que, inconscientemente, el chico está enamorado de su madre y que aunque desprecie al padre en el fondo lo quiere y qué sé yo qué historias. La charla tenía ese tono desenfadado que adoptan las personas reprimidas al hablar del sexo, como si se tratara algo intrascendente y divertido, irreal, superado, algo que no podía tomarse uno más que a broma; como si en sus sudorosas vigilias la presencia del sexo no fuera para ellos una especie de pulpo abrasante del que no hay escapatoria. ¿Se había dado cuenta Celia de que Raúl no le había quitado el ojo de encima un solo instante? Su risa, su mirada irónica, sus movimientos no tanto provocativos como ya lascivos.

Un caso insólito, sin duda, respecto a las chicas de la época. Pues así como cierta ansiedad en los ojos delata a la ninfómana incluso antes de descubrir en el lecho sus carnes prolapsadas, sus vulvas majadas, sus labios distendidos, doblegados, así, de modo semejante, hasta en el inconfundible aspecto exterior, la niña bien de entonces, a diferencia de ahora, era ostensiblemente distinta a cualquier otra joven de su edad pero diverso nivel o condición.

La niña bien de entonces, su recato, su estreñimiento crónico de raíz esencialmente moral, producto natural de aquella burguesía barcelonesa de la posguerra, instalada en su propia ciudad como en plan de veraneo, a modo de prolongación, o mejor, perduración, del truncado verano del 36. Aquella juventud de la posguerra, los pijos de los años cuarenta, mantenidos, gracias a las propicias circunstancias históricas, en un absoluto aislamiento del mundo circundante, el pasado próximo y remoto y el futuro posible, y lo que es peor: el presente del mundo adulto. Optima situación para que, sólo una vez inculcados firmemente los fundamentos morales establecidos, fueran asimilando por sí mismos, sin explicaciones innecesarias, el último y más preciso de los principios: mantener la propia inmoralidad en compartimientos totalmente estancos, como un negocio más, como un aspecto más de la profesión, algo que se desarrolla al margen del hogar, de la vida familiar y social, de los veraneos, esos meses de apacible ocio en los que la gente de su clase lucía el blanco de sus atuendos, un blanco como la inocencia misma, que contrastaba gratamente con las oscuras tonalidades de los pobres, negros, grises, azules payeses que se agazapaban en sus viñedos como pieles rojas, con el fin exclusivo, se diría, de esperar que algún distraído paseante pretendiera probar su fruta, y entonces descender energuménicos, aullando atroces blasfemias, rugosos, desdentados, furtivos, deformes, rapaces, de mirar rencoroso al ser rebasados sus carros por las bicis de los jóvenes veraneantes, no menos hostiles, aunque más familiares a la

vida de la colonia veraniega, que los obreros de la ciudad, esos seres andrajosos que se divisaban al atravesar los arrabales de Barcelona o, en los barrios residenciales, en torno a los edificios en construcción, inconcebiblemente difíciles y embrutecidos sus rostros, casi como alienados o deficientes mentales, con su costumbre de comer como salvajes en torno a unas brasas, de cantar, de piropear groseramente, de dormir obscenas siestas tumbados en la acera, y luego, gregariamente, con sus tarteras, con sus ropas malolientes y deslucidas, torpes, parlanchines, gesticulantes, simiescos, reintegrarse a sus arrabales, donde todo es fealdad y convivencia degradada.

La chusma que asesinaba, incendiaba, saqueaba. ¿Por qué tanto sacrilegio? Iban a misa en tartana y conducía el Polit, suaves las riendas en sus manos. Y el Polit, como sintiéndose obligado a justificar su presencia en la quema de alguna iglesia, dijo que, en una de éstas, al acercarse para ver qué pasaba, se encontró con un crucifijo tirado en el suelo, y como le dio pena verlo así, tirado como un trasto, prefirió empujarlo hasta la hoguera. Raúl se situó de pie, contra una columna desde la que podía observar a Celia tan discreta como privilegiadamente.

¿Cuándo empezó a dejar de cabalgar, de sablear y alancear matorrales, de reptar con la carabina de aire comprimido, y las rocas dejaron de ser cimas sobre desfiladeros aptos para emboscados, y selvas con tigres los bosques, con indígenas ocultos en la maleza? ¿Cuándo empezó a apreciar no sólo el atractivo de Celia, sino también el del paisaje, aquel anudamiento de colinas, y los viñedos, los fondos con álamos, la nítida arquitectura de los pinares?

Una mañana de mal tiempo, por Pascua. Y él estaba en la galería poniendo discos, un poco harto de dar cuerda a la gramola, y fue al escuchar la Júpiter cuando sintió, primero, como si aquello ya lo hubiera vivido, la sensación de estar mirando desde una ventana el cielo nublado y revuelto, y después, esa sensación de sentirse una parte de lo que estaba mirando, de los cielos callados y movidos y del monte agrisado y, al mismo tiempo, de algo distante y preciso, de una resonancia que, como esa palabra que tenemos en la punta de la lengua pero que no nos sale, resulta difícil de localizar. Y papá dijo en qué piensas, Lalo, y él, me parece que me voy a dar una vuelta antes de comer, y caminó entre los alcornoques con euforia apacible, sin ganas de jugar a emboscadas ni a nada, evitando pensar que dentro de nueve días se reanudaba el curso.

O quizás antes, la primera vez que al llegar a Vallfosca cobró conciencia del peculiar olor de la casa, el zaguán, la galería, el salón, su dormitorio, estancias en las que, con sólo entrar, entonces igual que cuando ahora se dejaba caer por allí con los amigos, se le agolpaban tantas sensaciones simultáneas. Ese olor de las viejas casas, imposible

de suprimir aunque se las remoce y repinte por entero, consiguiéndose a lo sumo añadir un estrato más a ese poso de vidas y vidas, formado por el paso de las generaciones, el deterioro y la desgracia.

La casa, recogida en el jardín como en un claustro. Un jardín de espesuras apacibles, entenebrecidas matizadamente al atardecer. Luego, las oquedades nocturnas, los búhos, el croar de las ranas, el ruido del agua al caer en los estanques, mucho más claro que de día. Tío Gregorio dijo que aquella noche habría lluvia de estrellas y después de la cena salieron todos a la glorieta. Y llovieron estrellas y ellos se entreseñalaban con excitación cada una de aquellas fugaces caídas silenciosas. Mira esta constelación, Raúl, dijo tío Gregorio. Es el Dragón. La más difícil.

En septiembre las noches eran ya demasiado frescas y el cielo no estaba tan limpio. Y desde el jardín se presentía el quedo paso de las zorras y el ociqueo de los jabalíes y de los astutos tejones y, como un fantasma, sonaba localizable el gamarús o gallo carbonero.

Le gustaba pasear las mañanas de calor, sin nubes, con girasoles en el cielo. Seguía los caminos empastados de la riera, rezumantes, recorridos de frescura, entre las cañas ligeras que se cerraban a los lados, a lo largo de las roderas arenosas, en continua disgregación, que centraban el oscurecido reguero de blandas huellas y los tibios excrementos de caballo. Y con el oído atento, dispuesta la carabina de aire comprimido, se adentraba en el bosque, abriéndose paso entre los helechos, bajo la urdimbre de entresombra. O bien por los torrentes, álamos tiesos y precisos en la claridad verde, reflejados en el agua quieta y hojosa. Y, al mediodía, salir al rastrojo agostado, el cielo ya como de zinc, incoloro, caliente, tal una plancha soldada y sin resquicios sobre nuestros cuerpos. Y luego, el sopor y calentura de las tardes, cuando después de comer la casa se acallaba y, en la siesta, todo invitaba a una lánguida paja.

El comienzo de las vacaciones: tres meses por delante. Junio, con sus verdes mullidos y el trino templado de los mirlos palpitando en los matorrales, revolviéndose en las zarzas. Y las tormentas. Se presentía la lluvia en la tensa quietud del aire y la crispación de los pájaros entre las hojas como erizadas; y aquel horizonte de nubes en marcha que sonaba, se diría, como un mar lejano o una caracola aplicada al oído.

Eran, por lo general, chubascos breves, chaparrones retorcidos y burbujeantes, pronto escampados por el viento tibio, por brechas de azul jubiloso, por el arco iris doblado sobre los frutales rebosantes y limpios en el atardecer, con los últimos chillidos de las golondrinas y los primeros de las aves nocturnas.

Antes del fin de curso empezaba ya la emoción de los preparativos del viaje, o mejor, de la expedición a Vallfosca. Baúles, provisiones,

ropa, maletas, su maleta, sus lecturas, sus armas, lo imprescindible, todo lo que básicamente iba a utilizar en el curso de los tres próximos meses. Y finalmente, el cierre de persianas y postigos y llaves de paso, de la puerta de entrada y de la verja, ya todo acarreado en el taxi, subir y decir adiós, no sin cierta tristeza, a los árboles, a las casas, al vendedor de helados que ni siquiera les veía pasar, a todo lo que permanecería igual durante su ausencia, reflexiones hechas mientras cruzaban la ciudad por sus calles más céntricas, camino de la estación, donde tomaría el Orient Express, iniciando así un largo recorrido a través de Europa central, los Balkanes, Asia Menor, Turquía; días y noches y más días en tren, Persia, Afganistán y, finalmente, la India, donde le aguardaba un destacamento de caballería, lanceros nativos que, entre abruptos parajes, me daban escolta hasta mi unidad, de cuyo mando debía hacerme cargo.

Una de las primeras cosas que hacía era llegarse a la masía del Mallolet, enterarles de que había vuelto. Una masía con cachorros blancos y calientes, oliendo a meados, tripudos y mamones, y patos bulliciosos que, formados en cuña, abrían el verde velo de la balsa, y pajares con nidos de avispas bajo las tejas, y un caballo de ojos pacientes en la cuadra. Y aquel hálito denso de huerta recién regada, tomates, pimientos, berenjenas, sandías, melones, calabacines.

Aparte del Polit. ¿Por qué aquella intuición premonitoria cuando le dijeron: al Polit le picó un escorpión al coger un haz de forraje, justo sobre el corazón? Y otra pregunta: ¿por qué al Polit le llamaban el Polit si en realidad se llamaba Josep?

Pascua significaba que ya sólo quedaba un trimestre de colegio. Y en Vallfosca apenas se notaba siquiera que fuese Pascua, aparte del Sagrado Corazón de la capilla que tía Paquita velaba de morado, como se vela o encapucha el cuerpo de un agarrotado. Raúl se salía de los oficios religiosos y en casa contaba que lo de visitar monumentos prefería hacerlo solo, en bici, por los pueblos de la comarca. Había mucha gente de la colonia y, aunque las fiestas vinieran adelantadas, aquello era ya un anuncio del verano. Ternezas de abril, estallantes amarillosidades, un rebrotar de aguas, de tonos, de suavidades que se abrían al sol como en cascada. Los caminos de la riera aparecían estriados de largos reflejos. Contempló desde lo alto el serpeo de los álamos, como una boira rosada la tupida trama de ramas en brotación. Cuando los mirlos callaban se oía respirar la hierba.

No era simplemente que la geografía y la historia le prestaran, como el cine, material creador para sus juegos. En su fascinación por la geografía y la historia había que buscar motivaciones más profundas en la medida en que se le ofrecían como realidades absolutas e inapelables, lugares que existían aunque él no llegara a conocerlos nunca, con total independencia del curso de su vida, acontecimientos

inmodificables en cuanto ya sucedidos, hechos acaso increíbles pero ciertos e igualmente autónomos e inapelables, susceptibles, con sus elementos míticos y milagrosos, con sus arbitrariedades e incoherencias, con su irrevocable tragedia esencial, de desencadenar, en el espíritu del alumno con predisposiciones imaginativas o neuróticas, las más radicales interrogaciones.

Quizá fuese la contrapartida de su frialdad religiosa. Esa irreligiosidad propia de quien ha tenido un padre sin ninguno de los atributos característicos del padre, un hombre derrotado, enfermo real o imaginario, más necesitado de ayuda que capacitado para prestarla. Eso sí, a veces, en la iglesia del colegio, ante determinada nota exaltante del armonium o las coloraciones oblicuas de los vitrales, la palpitación y el terror hacían presa en él, cielos inefables por un instante abiertos bajo sus pies, sobre su irremediable realidad perversa, predestinada a la condenación. La realidad del diablo, tan superior a la de los dioses.

Ramalazos de corto efecto y basta; de acuerdo. Como al volver a casa, cuando en la penumbra del pasillo practicaba el excitante juego de llegar a producirse pánico a sí mismo ensayando muecas ante el espejo, bastante más aterradoras que el coco, por ejemplo, todo pelos hirsutos en torno a los ojos.

Pero algo persistía, algo había de constante en esos ramalazos. El luto con que le marcaron, como exponiéndole a la compasión pública, cuando murió la abuela, por ejemplo. La vergüenza, la rabia y el rencor hacia cuantos le miraban, entre intimidados y retraídos, en el colegio y en la calle, con su ropa de cada día espantosamente teñida de negro, humillantemente llamativa, no menos delatora que el tétrico tufillo del tinte. O el primer día de colegio, cuando salió de casa acompañado por la abuela, la cartera a la espalda como una mochila, y los plumieres sonando dentro, y los pliegues de la bata asomando.

Al salir del cine, los jueves o los domingos, agradecía el amparo de la oscuridad, abrumado como estaba por la bajeza moral que suele descubrir en sí mismo todo adolescente con mucha mayor claridad en el cine que en la iglesia, al contrastar los castos contactos físicos y elevados sentimientos de que dan muestra los protagonistas en el terreno amoroso, con la tenebrosa indecencia de los propios pensamientos y deseos.

Si la película era policíaca, a la salida hacía como de gángster o espía, ocultándose en los portales para cerciorarse de que no era seguido. Y Manolo le hacía señas desde la otra acera, disimuladamente. O juntos seguían durante un rato a cualquier sospechoso, tal vez un agente doble.

La Calle Mayor de Sarrià, sus Ramblas de entonces, centro de atracción de todos los niños de los barrios residenciales circundantes,

Bonanova, Tres Torres, Pedralbes. Eje de aquel núcleo de ocres angosturas, enrevesadas travesías, más de pueblo que de barrio urbano, y una periferia de quietos conventos y gorriones rebotantes, muros de jardines rebasados por trepadoras lánguidas, hiedra y glicina y viña virgen, tupido arbolado de pinos y plátanos y pimenteras y palmeras, dejes ochocentistas en sus torres y en los almendros floridos de sus huertos.

Casi tan de pueblo como siempre el núcleo central, gracias, sin duda, a la misma estrechez de sus calles, todavía con sus olores a panadería, a comercio de comestibles, a portales oscuros. La granja o dulcería, donde compraba polos, ahora cerrada, con visillos en los escaparates, la puerta todavía pintada del mismo azul, pero sin el rótulo sobre el dintel. ¿Sonaría aún aquella campanilla al entrar? Y la mercería donde la abuela, mientras elegía botones, le compró un coche de hojalata al que había que dar cuerda para que corriera como una carraca en breve giro, penosamente renqueante. Y el cine, las películas ahora anunciadas en carteles impresos y no en una pizarra; en el intermedio se llegaban al bar y tomaban whisky o ron según la película fuera de gángsters o vaqueros, o bien de piratas. Y la tienda de revistas donde compraba tebeos y cigarrillos de anís. La mujer, la hija estaba sentada bajo la bombilla polvorienta, sin pantalla, exactamente en el mismo punto y en la misma silla de anea en que se había sentado su madre. Ahora también ella tenía el cabello blanco y, al decirle que ya no se hacían cigarrillos de anís, le miró por encima de las gafas, igual asimismo que su madre, sin reconocerle. Eso era antes. Los de hoy van al estanco y compran tabaco de verdad.

Regresó paseando por las calles de nuevo trazado, una cuadrícula de grandes bloques extendida sobre los cultivos y jardines que, cuando para expresar que se iba al centro de la ciudad se decía voy a Barcelona, aislaban a Sarrià. Nuevas edificaciones cuya geometría implacable se alzaba como una muralla sobre los viejos tejados entramados, altas luces mercuriales recién encendidas en lugar de los antiguos faroles de gas adaptados a la electricidad, tránsito intenso y aceras animadas, con terrazas de bares y un interminable deslumbre de escaparates.

La abuela y Manolo y Emilio y el Mallolet. Pero se acostumbró a jugar solo. Mejor. Lo prefería. Así no había interferencias y todo salía como tenía que salir. Jugar con otros era como ir a ver una película de la que ya todos nos han hablado en el cole y que, ahora que la vemos, nos decepciona: pasa lo que nos han contado, pero no como lo habíamos imaginado. Y como un espía o un agente secreto se aproximaba, se infiltraba en el mundo de los mayores. Por eso, cuando papá le llevaba de visita y en la casa también había niños, tendía a quedarse con los mayores hasta que se producía la inevitable

expulsión. Raúl, ¿quieres ir de una vez a jugar con los demás?

Era como si ya entonces intuyera la totalidad del proceso, el momento en que un muchacho, pacientemente trabajado por una formación positiva, aprecia por primera vez el sentido sustancial de algunas palabras clave al pensar en casarse y tener hijos, y comienza a verse a sí mismo bajo una perspectiva histórica, y le empieza a seducir la idea de contar algún día a los chicos que él llegó a conocer la locomotora de vapor o que con veinte duros se hacían tantas y tantas cosas, y más aún la idea de que los chicos cuenten de él todo eso cuando a su vez tengan chicos, llegando incluso a complacerse en seleccionar las futuras anécdotas personales y rasgos de carácter –¡todo un carácter!– conforme a los cuales podría ser tipificada su figura, y así, en lugar de sentirse como cegado ante la visión de los sórdidos círculos de este mundo limitado pero infinito, así, como cumpliendo hasta el fin con aquella primera apropiación del mundo adulto, cerrando ya el ciclo, ya todo calvas, en el cráneo, en la panza, en las nalgas, poder acabar hablando de Peter Pan, de cuando era chico, de sus travesuras, de la nostalgia que le producían los recuerdos de aquella época.

Nada más odioso, nada más antipático, que la figura de Peter Pan, las sublimaciones autocompasivas que implica, su transmutación de las opresiones de la infancia en refugio y paraíso, su negativa a introducirse lo antes posible en el reino de los mayores, hacerse con las claves que, a modo de talismán, van a permitirnos hacer frente al dragón.

El abuelo: un viejo tronco musgoso; sus crujidos recónditos, en reguero prorrumpidor y canoro. Felipe y él lo espiaban desde el pasillo. Fíjate, dijo Felipe: es un cuáquero.

Al acabar de comer producía indefectiblemente un desencadenado rosario de tortuosos ruidos de origen intestinal, sonoridades mal disimuladas con una seca tos, al tiempo que removía la silla que había ocupado como para encajarla en la mesa, tentativas o artificios no siempre afortunados ni realizados en el momento oportuno, aunque, a juzgar por la impertérrita reacción de los presentes, todo contribuyera a hacerle creer que lo había conseguido.

Felipe y los primos y toda la pandilla se mofaban del abuelo como luego se mofarían de la abuela, como los niños se mofan de los viejos, de sus abruptas cavernosidades, de sus rasgos de iguana, mofándose cuando no tiranizándolos, una vez percatados de su vulnerabilidad y extravagancia.

Clasificación y denominación de los pedos según sus grados de sonoridad, duración y pestilencia: cerbatana, chalupa, cornetín, canario y carga de profundidad. Felipe propuso añadir mofeta, teodolito, coscorrón y retruécano. Teodolito era como una máquina de

retratar junto a la que aparecían fotografiados tío Pedro y sus compañeros de equipo durante la construcción de algún embalse. Y retruécano era una palabra que empleaba mucho tía Paquita. Como coscorrón. ¿Os gustan los retruécanos?, les dijo. ¿De qué os reís, si se puede saber? Parecéis memos. A ver si empiezo a coscorrones. Y todos huyeron riendo. Y a la faba, dijo Felipe, también se le puede llamar verdugo.

La muerte del abuelo fue justo después de la liberación, apenas regresaron a Barcelona; quizás incluso antes de que acabara la guerra. La abuela se vino a vivir con ellos; probablemente murió años más tarde que tía Margarita. Pero era como si hubiera sido antes, pues hacía tiempo que ya estaba en la casa de salud. Y tío Raimón se presentó en casa para hacerse cargo de aquel dormitorio pesado y lóbrego y de los enseres que había dejado la abuela: un cuello de piel algo pelada, un abrigo teñido de negro, algunos vestidos de estampado, su manguito y sus mitones, sus bolsos enmohecidos por el desuso, una caja con papeles y fotografías, la dentadura.

Era un día de fiesta y Felipe y él fueron a visitarla acompañados por la Nieves. Le llevaban merienda, pasteles. Fíjate qué jardín tan bonito, dijo la Nieves. Una monja les abrió la puerta de la verja, joven, sonriente. Mire qué bien, doña Gloria: tiene usted visita. Pasearon con ella –la monja la llevaba del brazo– por los senderos de grava, entre laureles y acantos y pinos. Una preciosidad de nietos, ya puede estar usted orgullosa, doña Gloria. Merendó sentada en un banco de piedra, y ellos decían lo que la Nieves les decía que dijeran. Ella no les hacía demasiado caso, como si les viera cada día y no le interesaran sus historias, o como si estuviera ocupada, con otras cosas en que pensar, y la hubieran interrumpido. Qué rico el chocolate, ¿verdad?, decía la monja. Hicieron despacio el recorrido inverso, dando un rodeo. Vamos, dígales adiós, doña Gloria. Y la Nieves: anda, y vosotros dadle un beso a la abuelita. Y la abuela dijo adiós, adiós, mirándoles fugazmente. Una vez cerrada la verja, se dio la vuelta enseguida, y la monja tuvo que correr para darle alcance. Las vieron alejarse, ella con sus medias arrugadas y sus zapatillas de fieltro, hablando dócilmente de algún asunto que parecía acuciarla, sendero adelante, en el jardín atardeciente, de verde oscuro y dorados. Para llegar hasta allí había que tomar un tren.

Decir: ese sol en las hojas que soy yo, ese cielo de metal que soy yo, esas roderas en la arena que soy yo; y el ruido del agua en la noche que soy yo y los nevados picos del Montseny que soy yo. Y el peculiar brillo de la tierra en los senderos del jardín cuando le da el sol, casi deslumbrando, seguramente debido a las partículas de mica que contiene aquel viejo terreno de granito en descomposición. Y, sobre todo, la galería, los desvanes, la bodega. Yo.

Imágenes fijas. Imposible pensar en papá o en Gregorius o en Eloísa con un aspecto distinto al actual. Y las figuras de su infancia, la Ramona de entonces, Padritus, el propio Felipe, eran sólo eso, figuras. Figuras sin rostro, como las personas que han desaparecido o muerto hace tiempo, la abuela, el abuelo, la Nieves, la Pilate, la Quilda, tío Pedro. Salvo el Polit, quizás. Porque el Polit siempre había sido igual. ¿O también esta identidad era ilusoria?

Porque igual que una confidencia que sirve no tanto para exponer un móvil como para enmascararlo, así ciertos recuerdos, el mecanismo de la memoria. Su preferencia inicial por ciertos aspectos de Vallfosca, los bosques umbríos, las hondonadas con álamos y, casi como una manía, los puntos desde los que se divisaban las lejanas y agudas cumbres del Montseny. Es decir: los aspectos paisajísticos más afines a los panoramas del propio Montseny que ambientaban sus primeros recuerdos, susceptibles de actuar a modo de puente o nexo, de escenario intermedio entre una y otra época. Y en la medida en que éstos, los más próximos, se afirman y establecen, aquéllos, sus antecedentes, tienden a perder entidad hasta desaparecer, a ser recubiertos por una segunda representación, cuyo atractivo para nosotros bien puede acabar por parecernos inmotivado, arbitrariedad y capricho, cuestión de gustos.

Un paisaje como de cuento: un bosque sombrío, con helechos y piedras verdes y troncos cavernosos y escabrosas ramas con colgajos de musgo y líquenes, escarpados leños secos y, más arriba, huecos estratos de hojas, frondosidades tenebrosas. Y las violetas entre la hierba y la amarga fragancia de las fresas silvestres. Todo muy apto tanto para historias de princesas encantadas como de bandoleros. Y luego, si uno vuelve al cabo de los años, resulta que aquel bosque es simplemente un bosque. De hecho, la umbría del Montseny, en la base de cuya solana quedaba Vallfosca.

De ahí la sugestión que sobre él ejercían los aspectos más recónditos y húmedos de Vallfosca, los más similares a los del otro lado de aquel macizo que, como entre el norte y el sur, se interponía entre uno y otro período de su infancia. Y del mismo modo que desde Vallfosca buscaba la silueta del Montseny, sus inciertas cimas con frecuencia insertas en la niebla, así, tras estas cimas, al pie mismo de Matagalls, desde Viladrau, podían contemplarse, distantes, los picos nevados de los Pirineos, casi como nubes en el sol de la tarde.

El Montseny. Monte de sensatez y de razón. Un macizo montañoso que separaba no sólo dos paisajes, sino también dos épocas, dos mundos. Y la distancia entre los dos puntos, que entonces parecían tan alejados el uno del otro que el viaje a uno u otro desde Barcelona suponía tomar una línea férrea diferente, ahora resultaba que podía hacerse por carreteras de montaña en menos de dos horas de coche. Ir

a pasar un fin de semana a Vallfosca, por ejemplo, pasando por Viladrau.

Claro que de igual modo que cuando volvemos al lugar en que transcurrió nuestra primera infancia nos encontramos invariablemente con que todo es menor, más pequeño, más reducido de lo que recordábamos, así, de forma semejante, el adulto tiende a minimizar, a restar importancia y considerar nimios y relegables los problemas que más le habían atormentado durante su infancia, equivocándose con ello por completo, ya que, así como en relación al niño que fue, los objetos que le rodeaban eran enormes y siguen siéndolo en cuanto los evoca, no menos verdaderamente grandes eran para él aquellos problemas, la importancia que tenían y siguen teniendo sus impresiones de entonces.

Había vuelto. Y todo lo veía como a escala reducida, los tamaños, las distancias, de acuerdo. Pero el cruce de la carretera que se divisaba desde casa quedaba, en cualquier caso, bastante lejos. ¿Cómo era posible entonces que hubiera podido percibir con tanta precisión los movimientos de la tropa en aquel cruce, con el detalle con que puede apreciarse a la gente que se encuentra a menos de un tiro de piedra?

Las trampas de la memoria, sus vacíos, sus disfraces, sus apropiaciones. Como con la Nieves. La Pilate tocaba a Padritus y la Nieves a Felipe y a él. Se reía mucho, cuando le acostaba, al verle empalmar a la débil luz que colgaba del plato de la pantalla. Lo mismo que aquella vez que, además, estaba la Quilda y alguna otra mujer del pueblo, todas inclinándose sobre la cama, riendo como confabuladas al meterle un poco de aceite en el culo, igual que si se trata de desplumar un pollo, con esa clase de regocijo que suscita, cuando se juntan varias comadres, el espectáculo del lelo local masturbándose en la plaza de la iglesia, sus colosales, descomunales eyaculaciones.

Por lo demás, ¿cómo estar seguro de que no superponía imágenes? El recuerdo de lo que les contaba Padritus: que la Pilate se la chupaba. Algo que luego Raúl contó en el colegio, atribuyéndoselo, como algo que le había pasado a él.

Y la Pilate y sus novios milicianos, hombres con aspecto como de ferroviario. Y lo que veían cuando espiaban por las ventanas. ¿Eran cosas que había visto personalmente o que los otros contaban que veían o habían visto? La victoria y sus conmemoraciones. El desfile que presenciaban desde el balcón del despacho de tío Pedro, todos los primos reunidos contemplando el paso acompasado de la caballería, capitaneada, se diría, por el propio Santiago, Santiago o Jaime o Jacobo o Yago o Santiago o Sanseacabó, patrón de España, con sus huestes de moros y sus legionarios, y luego los tanques y las piezas de artillería y las grises compañías de policía armada y la guardia civil,

ejércitos de tierra, mar y aire, banderas y bandas marciales, marchas sonando mientras ya vienen, ya vienen, los gastadores al frente, aquellas tropas como con paletones erizados al hombro, entre brazos en alto y niños en brazos, canciones y vítores, una orgía acerada de afiladas hojas, suya fue la victoria y la gloria engalanada de rojo y gualda, la foto del joven Caudillo saludando a las apretadas formaciones que se suceden ante su tribuna, en la cubierta de La Vanguardia, a toda plana, contra un cielo florecido de impecables escuadrillas, repetida de año en año la estampa de aquella alegre primavera tempranamente relucida.

Porque sólo hay una clase de guerra comprensible: la guerra civil. La guerra que permite al individuo proyectar sobre la sociedad las cicatrices de su personalidad enferma. La guerra donde uno puede concretar y poner en práctica las abstracciones de la ideología adoptada, por las motivaciones que sean, sin salirse de su pequeño mundo cotidiano, aplicarlas a su vecindario más inmediato. De ahí que las guerras civiles sean las únicas capaces de apasionar al pueblo, y que las otras, las de carácter exterior, sean sólo sentidas en la medida que suponen la prolongación o consolidación de algunos de los elementos en juego en anteriores guerras civiles: la expansión de una creencia religiosa, de una ideología, de un modo de vida, de cualquier rasgo en común de los ciudadanos que se desea imponer a los pueblos limítrofes. O a la inversa: la defensa que hace un pueblo de esos rasgos que le dan cohesión lo mismo que pueden dársela los lazos de lengua o de sangre, su lucha por mantenerse independientes de cuantas expansiones los pongan en peligro, por salvaguardar estos principios que, tras una fase de salvajes contiendas internas, terminaron no por ser impuestas sino por imponerse, por ser aceptadas por todos los ciudadanos. De ahí también que, cuando esas circunstancias no se dan, haya que recurrir a las cadenas como en los antiguos ejércitos de esclavos, y rebroten el antimilitarismo, el pacifismo, la apología de la deserción, el general desentendimiento de una causa cuyos motivos, por demasiado técnicos y ajenos al individuo, son incapaces de prender en el pueblo.

No así en caso de guerra civil. Cuando tiene lugar un fenómeno de doble liberación, entendida no como la victoria aniquiladora de uno de los bandos en liza, como fin del horror, la sangre, la venganza, sino, muy al contrario, como su desencadenamiento. Mejor que el horror: el terror. No el que puede experimentar, antes de caer, el trabajador fusilado simplemente por lo que las callosidades de sus manos atestiguan acerca de su condición; no para quien el mal no representaba nada enteramente nuevo respecto a su vida anterior, hambre y agotamiento y andrajos y desempleo, y la prostitución de la hija como ayuda económica, y la huelga o el boicot o el sabotaje como

solución colectiva, con sus inevitables secuelas, comisarías y cuartelillos, cargas a caballo, matracas, descargas, tiros a la barriga, y los matones de la patronal esperándole. No esa clase de terror, en absoluto. Sino el terror que hace presa en el hombre de bien, en el burgués, en el aristócrata, en las personas educadas, honradas, adineradas, con principios, el terror, en los límites de la alucinación, de ese género de personas ante el tiro de gracia, recibido no ya por haber sido un patrón duro o un terrateniente altivo, sino simplemente por ir a misa o a veranear, más aún, por su simple aspecto bonachón y cordial. La arbitrariedad aparente convertida en norma. El crimen hecho espectáculo, el incendio y los cadáveres en las aceras hechos urbanismo y paisaje. El paseo como hábito cotidiano, la locura como lógica al hundirse en los soles negros de la cuneta.

Y es entonces cuando se produce esa doble liberación: activa para el ejecutor, pasiva para su víctima. La liberación que para unos y otros representa todo eso respecto al carácter aberrante de nuestras relaciones con el prójimo y a la pegajosidad de las cosas y a los efectos momificantes de las instituciones.

Liberación frustrada, meta siempre inalcanzada. Y como al náufrago, al que le faltan fuerzas para alcanzar la costa y las energías gastadas le dejan a merced de la deriva, también una sociedad salida de una guerra civil, como de una intensa explosión emocional, parece quedar sin más fuerza que la de la inercia ni más peso que el de la postración, sin capacidad de reaccionar, con la mansedumbre del que ha quedado medio imbécil pero ha salvado la piel, y la violencia punitiva del débil vencedor con el todavía más débil vencido. Una extenuación hasta de los deseos, similar a la que experimenta quien ha practicado el amor excesivo número de veces en una noche, de modo que, al vestirse, lo último que le apetece es un nuevo polvo.

Una vida boba. Más mansa y apacible que realmente pacífica. El cole, la uni, la mili, la novia, la carrera, el matrimonio, la profesión, los hijos, y vuelta a empezar. Como una pesadilla, cuando uno sueña que vuelve a ir al colegio y que el profesor, aunque lleve sotana, es un capitán que tuvo en el campamento.

Entonces, en estas condiciones de agresividad reprimida, bien puede uno aficionarse precozmente a la caza. A cobrarse pieza tras pieza. Incluso antes de la edad reglamentaria. Algo tan clandestino como la fascinación de Raúl por el fuego, cuando creaba lámparas maravillosas quemando alcohol en los jarrones o ensayaba hornos en los cajones de los escritorios.

Tentativas insuficientes. Pues a la inversa de esa paz interior de un cacique rural en noviembre, cuando ya todas las cosechas están almacenadas y en marcha el nuevo ciclo de la siembra, a sabiendas de que ni siquiera un año inclemente conseguiría contra él otra cosa que

compensar con el elevado precio de la escasez la penuria del fruto, exactamente a la inversa, angustia en la incertidumbre, la conciencia de Raúl. Igual que cuando en la adolescencia, sin saber bien por qué, uno piensa que en la vida todo acaba fallando y que nada vale la pena, y se siente incluso orgulloso de su lucidez, satisfecho de su perspicacia. Hasta que todo empieza a fallar y realmente nada vale la pena. La realidad del juego.

Esta sensación de estar asistiendo a una representación ritual, por ejemplo. Uno de esos espectáculos entre carnavalescos y litúrgicos, con su profusión así de imágenes como de fuegos artificiales, que enfrenta cada año a moros y cristianos en diversas fiestas del litoral levantino, combates simulados en cuyo desarrollo suele participar el pueblo entero, sin que nadie, por otra parte, sepa a ciencia cierta la gesta que se conmemora. Una parodia que ya ni siquiera se sabe parodia, objetivada, sacralizada, convertida en ceremonia. Una especie de representación consustancial a unos actores que se obstinan en repetirla una y otra vez, aunque sea sin público, en las ruinas de un anfiteatro. O en estas naves rectilíneas donde, desde el 19 de julio de 1936, se han recitado tantas listas, tantos nombres, tantos recuentos de condenados al pelotón, facciosos, fascistas, anarquistas, trotskystas, comunistas, años y años de vidas en capilla; fascistas muertos a tiempo de no presenciar impotentes cómo la disolución contra la que habían luchado socavaba a domicilio los cimientos de la victoria, cómo esa disolución se encarnaba en sus propios hijos, cómo era ilusorio recuperar con las armas el tiempo ya pasado; anarquistas muertos a tiempo de no llegar a conocer al obrero de la sociedad de consumo; trotskystas muertos a tiempo de no ver la revolución echando el ancla nación por nación, de acuerdo con los intereses nacionales de cada pueblo más que con los intereses de clase; comunistas muertos a tiempo de no tener que combatir, para salvar la revolución, contra el propio proletariado, contra la propia vanguardia de ese proletariado, contra la propia dirección de esa vanguardia, contra sí mismos. Pero como si el anfiteatro no estuviera en ruinas, como si resonaran aún los aplausos del público, los actores seguían con su representación, los unos como si todavía pudieran o quisieran hacer la revolución, los otros como si estuvieran impidiendo que se hiciera, como si la disolución de valores que decían contener estuviera allí, encerrada en aquella cárcel, y no instalada en sus propios hogares. Y únicamente el cansancio de los años que pasan les impidiera seguir fusilándose como antaño, del mismo modo que los duelistas habituales, una vez cumplidos todos los requisitos del reglamento, terminan disparando al aire sus pistolas.

Como en un auto sacramental interpretado según el método Stanislawsky, con el verismo que se deriva de la identificación, un

auto sacramental en el que los actores se obcecan hasta el punto de seguir adelante con su papel una vez acabada la función, empezando por el propio Autor y, ya fuera de escena, continuaran ajustando su comportamiento al de sus respectivos personajes, paranoico el Rey, esquizofrénico el Labrador. Y sobre todo el Autor, un demente que creyera seguir siendo el Agarrotado, con su barba poblada y su túnica o sayo, ya sudario, sentado todavía contra el poste, una, cruz entre sus rígidas manos, oblicua como un miembro erecto, eyaculante.

¿Número?

Así como Dante, en la exposición de su periplo por las zonas más oscuras de la conciencia –bajo la guía del genial pederasta, cuya personalidad se sublima, conforme progresa el ascenso, hasta transformarse en la pureza inalcanzable de una niña muerta–, no hace sino proyectar sus propias represiones y perversiones venéreas o sádicas y, articulándolas en un sistema, inmortalizar sus rencores y frustraciones con la delectación que le es característica, con el mismo espíritu vengativo que le permite juzgar y condenar no sólo al mundo en general, sino, sobre todo, a su más inmediato contorno, así, de la reclusión y la soledad, puede también extraer quien las soporta el máximo de libertad y clarividencia concebibles.

Y así como la relación cielo-infierno es de inversión coincidente, como la imagen de una mano contra el espejo, continuación una de otra, pero a la inversa, así la relación entre Dios y el Demonio sólo cabe entenderla como de índole esencialmente dialéctica, en cuanto, representando uno el orden armónico y el otro la transgresión, cuando tras varias revueltas fracasadas la sublevación triunfa, y con ella el caos que, al irse posando, al irse asentando, siempre da lugar a un orden nuevo y definitivo, los papeles se truecan, el Demonio, el rebelde victorioso, ocupa el puesto de Dios y, al tiempo que instaura un nuevo orden armónico definitivo, engendra su contrario, un nuevo principio de disolución, un nuevo Demonio, aquel antiguo todopoderoso derrotado, un indómito vencido que desde sus actuales simas tartáricas intentará una y otra vez, fracaso tras fracaso, la reconquista de las cimas olímpicas, el restablecimiento de la perdida Edad de Oro, nuevamente el Demonio contra Dios, Saturno contra Júpiter, las prometidas bondades del orden nuevo convertidas con el tiempo en arbitrariedad tiránica y en horror el bien, mientras las subversiones de ese orden –la transgresión, el mal, el terror– cobran el valor de actos liberadores, y de proezas las añagazas del Tentador, y cualidad de arcángel la naturaleza de sus agentes, como bien sabe aquel que ha descendido a lo más profundo, no como viajero curioso,

como Ulises y Eneas y Dante, sino como aquel Prometeo que descendió a los infiernos en busca de su Eurídice, quien se había propuesto dar la libertad al hombre comiendo del fruto prohibido.

De ahí la diversidad de nombres del Creador, la ambigüedad de sus orígenes, sus confusos lazos de parentesco, Júpiter, Jehová, Ormuz, Elhoim, Saturno, Arimán, Él. Es decir, el que no tiene nombre, el innombrable. Aquel que es uno mismo y su contrario.

Este Gran Narciso de juego proclive que, como para hacer ostentación de su poder, al entregarse a uno de esos actos de onanismo de los que brota un mundo, parece complacerse mutilando al hombre, amputándole determinado número de componentes, a fin de que, conforme a un demoníaco cálculo de probabilidades, le sea tan matemáticamente imposible encontrar en el amor su complementario como en el equilibrio cósmico la libertad. Sus leyes lapidarias, que hicieron subir a Moisés a lo alto del Sinaí y gritar al cielo anubarrado: ¡Parla Cane!

Pues de la misma forma que resulta difícil discernir si es más aterrador considerar, por ejemplo, el condicionamiento que para uno suponen hechos tan alejados en el tiempo y en el espacio como la fundación de Roma, la formación de Barcino en el seno del futuro Imperio Romano, su cristianización tras la llegada de Santiago, su reconquista por Wifredo el Velloso, el recibimiento tributado a Colón por la ciudad al regreso del descubrimiento, la partida hacia esa América de un tal Ferrer que allí hizo fortuna y entroncó con una Gaminde, la vuelta a la península de una rama de la familia, el asentamiento del abuelo en Barcelona, la boda de su hijo Jorge con Eulalia Moret, el nacimiento de Raúl, la guerra civil, el colegio, la mili, el partido, Leo y Federico, la Sagrada Familia, Nuria y Aurora, la catedral, Modesto Pírez, la Cárcel Modelo, yo aquí en este instante, o por el contrario, que tal cadena no existe, que la alternativa de un hecho contingente no puede ser sino otro hecho contingente, dominio absoluto de lo arbitrario.

Y es que no menos radical y traumático que esclarecer el dilema es decidirse a romper un buen día, pongamos por caso, con el agobio cotidiano, con sus lazos y servidumbres, familiares a los que no queremos ni ver, conocidos cuyo trato no podemos seguir soportando, mujeres a las que no queremos pero que tampoco acabamos de dejar, el pasado, en fin, que hemos ido acarreando sobre nuestras espaldas, telaraña que envuelve y empolva y enmohece, relaciones que, no obstante, persisten y duran generalmente toda la vida, no tanto por miedo al hecho en sí de romperlas como a la soledad y desamparo que le siguen, a la libertad, de igual modo que lo que nos asusta no es tanto concebir de pronto el progreso como constelación, dibujo obtenido mediante el trazado de una línea imaginaria que enlaza

estrellas seleccionadas caprichosamente, figuras, en definitiva, proyectadas por nosotros mismos. Lo que realmente asusta son las consecuencias que se derivan de esta idea en cuanto concepción del mundo.

Porque, así como en la amante de comprobada infidelidad el problema es saber si sus lágrimas corresponden a la vergüenza de haber sido descubierta o a la rabia por la traba que tal descubrimiento representa respecto a la continuidad de sus planes, así, de manera similar, resulta problemático saber, en las diversas fases de la vida, si no es más apropiado considerar fin de la juventud lo que llamamos madurez, o inversamente, generalizando, si lo que creemos principio de una nueva época no es todavía el final, el último coletazo de la precedente.

La gran diferencia que hay entre culpa y condena. El caso del desdichado, por ejemplo, que cuando era joven tuvo una idea brillante, y en articularla y desarrollarla se le fueron pasando los años hasta que se hizo viejo, más que nunca y para siempre atrincherado en sus cuatro chorradas, un sociólogo o un siquiatra o un lingüista o lo que sea, más y más encerrado en su pequeña prisión personal, con el funesto apoyo de la mujer y cuatro amigos incondicionales. Y es entonces cuando la vida se manifiesta con toda nitidez como un monte de piedad y penitencia, de redención, que debemos remontar paso a paso. ¿Qué otra cosa, si no, significan las pirámides escalonadas, los templos budistas? ¿Y las cúpulas de las mezquitas, las torres de las catedrales, la misma predilección que siempre han mostrado los dioses por los montes? Un mundo como un monte cuya cima debemos alcanzar, puesto que, como en lo alto del Purgatorio, allí se encuentra todavía el paraíso terrenal, del que nada más nos separa el cauce cristalino del Leteo, el río del olvido, cuyas aguas ponzoñosas será preciso beber. De modo que, cuando uno ha cumplido su condena, muere. Y el cielo será la inexistencia del infierno y el infierno la inexistencia del cielo.

Por otra parte, así como para nuestro amante traicionado el descubrimiento de la traición puede ser causa, sobre todo si su personalidad es propensa a ello, de una verdadera crisis neurótica, con repercusiones hasta en el propio equilibrio sexual, así para Raúl, la inseguridad derivada de dejar de contemplar el mundo a partir de una determinada ideología en la que toda pregunta tenía su respuesta, en la que todo quedaba explicado, había repercutido momentáneamente, qué duda cabe, no sólo en su estabilidad síquica y sexual, sino, lo que es peor, también en su capacidad creadora, sumiéndole en la incertidumbre, en la indecisión y la impotencia, como si, al igual que la infidelidad de la amada puede suponer una espléndida solución de continuidad en unas relaciones que ya estaban durando demasiado,

una ocasión de las que difícilmente se repiten, emanciparse de esa ideología, liberarse de una óptica aceptada no sin esfuerzo, no fuera susceptible, análogamente, de ensanchar su campo visual antes que de reducirlo.

Y esto tanto más cuanto que, si por una parte ni siquiera podía decirse que confiara plenamente en la validez de los puntos de vista que defendía, no menos anestésicos que durante la pasada crisis ideológica habían sido, por otra, durante años, respecto a la agudeza de sus facultades, los efectos de su entrega a la puesta en práctica de la ideología aceptada. Pues lo mismo que el buen burgués compensa su insatisfacción erótica coleccionando tal o cual cosa o reformando sin fin su residencia, o como ese viejo cacique rural que se sobrepone a todas sus frustraciones personales –lo que hubiera podido ser marchándose a tiempo, lo que hubiera podido vivir, lo que hubiera podido ver, lo que hubiera podido amar, de no haberse quedado en aquel maldito rincón– pensando en sus propiedades y, sobre todo, en las que no lo son, en las que todavía le faltan para completar esa especie de dogal que le tiene puesto al pueblo, así en Raúl, a la larga, la rutina de unas actividades políticas en cuya utilidad no creía, el ejercicio de la militancia por la militancia, había suplantado por compensación el desarrollo de sus impulsos creadores, sofocándolos, inhibiéndolos, al amparo, además, de una justificación moral que le respaldaba en la alternativa. Una alternativa que no se planteaba en los primeros tiempos, cuando parecía que todo iba unido, acción y fuerza creadora y libertad y compromiso y amor. Esto es: antes de que acabara por sentirse como ese caballero andante que, tras cumplir con todos los requisitos, realizar todas las pruebas requeridas y atenerse al más estricto ritual que los reglamentos y normas exigen para ingresar en la orden, nombrado ya caballero, cabalga y cabalga sin tropezar con gigante o dragón alguno, ni poder participar en ningún torneo ni entrecruzar desafíos ni salvar reinos ni princesas ni, menos aún, encontrar el Grial perdido.

De igual manera que la persona en cuya infancia el padre jugó un papel casi nulo, por tratarse de un hombre débil y enfermo y deprimido y acabado, lo último capaz de inspirar admiración y temor a un niño, de igual manera que esa persona será siempre, muy probablemente, de una gran frialdad en sus sentimientos religiosos, así Raúl, en su infancia, cuando se sentía movido más por temor al Demonio que por amor a Dios, en razón de la tangibilidad mucho mayor de los poderes maléficos en el mundo, y sobre todo, de su sentimiento de condena, convencido como estaba de su total incapacidad de cumplir los preceptos necesarios para ganar el cielo, dados los oscuros sentimientos de destructividad y venganza que intuía dentro de sí, ya entonces intentaba conjurar en lo posible esa

irremediable condena, o cuando menos distanciarla al máximo, por medio de apuestas rituales –llegar a la esquina del paseo de la Bonanova antes de que cruzara un tranvía, terminar de contar siete veces setenta en el momento preciso de entrar en el colegio, etcétera– y, de un modo más general, con su comportamiento cotidiano, entre cuyos rasgos no eran los menos sobresalientes, en cuanto compensatorios de los remordimientos que no sentía, su tendencia a crearse estrictos deberes y responsabilidades en relación a determinadas personas, a determinadas tareas, y al autosacrificio reparador en determinadas situaciones.

Ahora bien: ¿cómo no relacionar esa profunda irreligiosidad en una fase concreta de la vida de una persona con su posterior, no tanto falta de convicción revolucionaria, como insinceridad socialista? Ya que así como en Dante resulta obviamente insincera la mística cristiana de la que hace gala y, en la Commedia, la escolástica es una ideología superpuesta, así, en Raúl, la interpretación marxista del mundo como clave de la realidad más que en una evidencia racional –aunque voluntarista– se había basado desde el principio en una indisimulada voluntad de liberación y aun de terror, lejos de propósito constructivo alguno.

O su indiferencia patriótica, que aunque tardíamente formulada, no por ello dejaba de estar presente ya en la edad escolar, de manifestarse con un sentimiento como de fastidio cuando, sumido en la historia universal, se topaba con España, con la encomiástica estampa que de su papel singular daban fe los textos. De fastidio cuando no de repugnancia. No mayor, por otra parte, no más intensa que la que pueda experimentar un francés, o un ruso o un americano, con cierto sentido crítico respecto a su propia patria. Algo similar a lo que a la larga llega uno a sentir respecto a su propia ciudad cuando se vive en ella, en razón de su misma inmediatez, el ámbito donde se concentran las cargas que pesan sobre la vida de uno. Y si estando lejos se puede recordar Barcelona hasta casi con añoranza, metido en ella, a uno le asalta con frecuencia el deseo de vivir en cualquier parte siempre que sea al norte del Besós, al sur del Llobregat.

Ruptura con los hábitos. Dejar de hacer como que se acepta lo que en realidad no se acepta. Combatir la petrificación con los estímulos, liberar los impulsos creadores. Porque a veces hay algo en uno que no espera, que tiene su tiempo exacto, como un parto, como la muerte, como una bomba de relojería, y entonces sale afuera como la lava de un volcán o la esperma de un orgasmo. Y es que así como sólo tomamos verdadera conciencia del desarrollo de un arbolado que nos es familiar, el de un jardín, una calle, un bosque, al mirar una foto tomada años atrás y hacer comparaciones, comprobar hasta qué punto ha ido destacando, adueñándose de su contorno anterior, así Raúl,

sólo tras examinar desde el principio el desarrollo de tales impulsos, podía llegar a establecer el grado al que había terminado por imponérsele su actividad imaginativa, su voluntad creadora.

Y es que, a la inversa de lo que parecen creer los adultos cuando se vuelven hacia el niño diciéndole: así te acordarás, anuncio que suele preludiar la aplicación de un severo castigo corporal, cuánta mayor no es la importancia de los olvidos que la de los recuerdos. Esta selva que está al comienzo de nuestra vida y de la que, cualquiera otra que en el futuro encontremos, será solamente un eco oscuro.

Los caminos de la memoria. Algo así como la visita a una de esas catedrales edificadas sobre otra anterior, construida a su vez con residuos de templos paganos, piedras pertenecientes a esa otra ciudad excavada bajo la ciudad actual, ruinas subterráneas que uno puede recorrer contemplando lo que fueron calles y casas y necrópolis y murallas protectoras, cimentadas casi siempre con restos de ciudades precedentes.

Un recorrido, no obstante, que suele encontrarse no ya en la base del conocimiento de uno mismo, sino además, en la plena realización de todo impulso creador. En estas notas. Pues tal un Eneas que, así como Herakles fundó Barcelona tras un naufragio, fundó Roma tras la destrucción de Troya, así Raúl se enfrentaba no tanto a su pasado como a su futuro al tomar sus notas sobre aquellas hojas de papel higiénico, con la aplicación y el ahínco de un Robinson en recuperar la noción del tiempo o de un Montecristo en horadar la roca. Y lo que allí escribía no era como lo que escribía antes, cuando en lugar de imponerse a las palabras, las palabras se le imponían a modo de material objetivo, de acuerdo, sin duda, con el papel represivo del lenguaje sobre la personalidad, en la medida en que una relación cualquiera entre los nombres y las cosas que designan es a la vez expresión y reflejo de una determinada realidad exterior. Y es a través de esas relaciones del lenguaje como se van conformando, en la mente del niño, las relaciones imperantes en el mundo exterior. Y es así como, al tiempo que se establece ya en la primera infancia un determinado sistema de relaciones entre los nombres y las cosas, se excluye desde entonces cualquier otra posibilidad de sistema de relación.

Tal posibilidad, sin embargo, existe; podemos intuirla durante años, olfatearla, cada vez más próxima, localizarla. Sólo que su realización, esto es, su nacimiento, no es sencillo, ni tiene por qué ser necesariamente afortunado. Y casi parece que para que el fenómeno llegue a producirse sea preciso un naufragio o una destrucción o una condena.

Resultado sorprendente. Por primera vez, al fijar las palabras en sus notas, tenía la sensación de estar creando algo y no –como el actor

que una buena noche descubre el tedio de repetir por enésima vez su papel y se pregunta qué hace allí si nunca le ha interesado verdaderamente el teatro y si, en realidad, podría estar dedicándose a cualquier otra cosa menos monótona y repetitiva– la impresión de estar jugando un juego por jugarlo, no porque le interesara de veras. La sensación, en otros términos, de estar creando una realidad nueva en lugar de contar una historia más o menos acomodada a la forma de contar cualquier otra, el triunfo de una huelga que sea al mismo tiempo el triunfo de una toma de conciencia, o el vacío moral de quienes llevan una vida disoluta al margen de todo compromiso con la sociedad y demás cosas que se escriben, descripciones, diálogos, relato, monólogo interior, contrapuntos y puntualizaciones, los qué hay dijo Juan, los encendió un cigarrillo, los ella soltó una carcajada, etcétera, tan pesados de leer como de escribir, incluso cuando se trata de un productivo medio de ganarse la vida.

¿Qué diferencia hay entre una flamencota que, entrevistada en la tele, habla con total desparpajo de su arte, y el escritor salido del anonimato por obra y gracia de algún premio literario, un maestro nacional o el secretario de un pequeño municipio, miope, con cara de rana, cuando se refiere al carácter intimista de su obra o a sus ideas sociales, y entonces, al dar lectura a alguna de sus cosas, sólo entonces descubre el maravillado espectador que bajo la feroz apariencia de aquella Bête que mantiene prisionera a la princesa late un corazón lleno de amor y que, tras aquella cara de rana, hay un hombre que ama y apostrofa, que habla de balcones sangrantes de geranios o del vigor que le alienta del pueblo soberano? No, nada parecido a eso. Al contrario, la sensación de estar configurando, con sólo palabras, una realidad mucho más intensa que la realidad de la que toda esa literatura pretende ser testimonio o réplica.

Más aún: era como si las palabras, una vez escritas, resultaran más precisas que su propósito previo y hasta le aclararan lo que, con anterioridad, sólo de un modo vago intuía que iba a escribir. Un libro que fuera, no referencia de la realidad sino, como la realidad, objeto de posibles referencias, mundo autónomo sobre el cual, teóricamente, un lector con impulsos creadores, pudiera escribir a su vez una novela o un poema, liberador de temas y de formas, creación de creaciones.

Se diría que así como una célula humana fecundada contiene ya en germen todo lo que ha de ser la persona con cuyo nacimiento culminará su desarrollo, hay igualmente instantes en la vida del hombre que, por su fuerza metafórica, vienen a ser resumen o compendio de todas sus percepciones conscientes e inconscientes, la concentración, una dentro de otra, de toda experiencia implícita, instante y duración, un tiempo muy superior, en su elasticidad y amplitud, al tiempo cronológico. Y fijar ese instante, esa duración,

supone un desarrollo centrífugo, círculos que se dilatan sucesivos, que se amplian como las ondas que se agrandan en torno a donde la piedra se hundió en el estanque o como una metáfora dentro de una metáfora supone un relato. El momento áureo, la sensación de que por medio de la palabra escrita, no sólo creaba algo autónomo, vivo por sí mismo, sino que en el curso de este proceso de objetivización por la escritura, conseguía al mismo tiempo comprender el mundo a través de sí mismo y conocerse a sí mismo a través del mundo.

Más allá entonces de las palabras, de su enunciado escueto. Algo que no está en ellas sino en nosotros, aunque sean ellas, a su vez, las que nos dan realidad a nosotros. La unión suprema. Los comulgantes subiendo al Centro. Las niñas primero, como maniquíes que echan a andar por la pasarela. Después, sólo algún ser piadoso, encogido, culpable. Y algún valetudinario, o algún viejo de presurosos pies deslizantes, como con miedo de que no le esperasen, de no llegar a tiempo. Y algún tunante con ganas de congraciarse, de enchularse con la Merche. Y las niñas, con las manos juntas y los ojos bajos, se arrodillaban ante el capuchón amoratado del verdugo, y entonces el verdugo levanta la hostia. Y la Merche iba musitando, dejad que las niñas entren en mí, haced esto en memoria mía, decid una sola palabra. Y las niñas: señor, apartad este cáliz de mis labios. Comiendo la verdadera carne y bebiendo la verdadera sangre de un Agarrotado.

Nadie está solo, decía cada uno como para sí, por lo bajo. Entre unos y otros nos vamos haciendo compañía.

Así como en el curso de un largo viaje en tren, el tipo de pasajeros que se suceden va cambiando tan paulatinamente como el paisaje exterior, de modo que la continuidad del trayecto acaba siendo el único punto de contacto entre la partida y la llegada, así, con el paso de los años, casi todo termina por tener vinculación con la muerte y muy pocas cosas con la vida.

Sin embargo, igual que los pájaros se recogen sin asombro al comienzo de un eclipse solar, sin que sus apresurados piares revelen interrogación alguna acerca de la inusitada brevedad del día, así el paso del tiempo durante la juventud, la convicción inocente de que a lo largo de la vida un año más es sólo un año más. Pero lo mismo que la veladura de nuestra respiración empieza a desaparecer no bien apartamos del cristal nuestra cara, así se reduce y se atenúa, igual que el aliento, nuestra vida, mientras fuera, al otro lado de la ventana, lo que estamos mirando sigue ahí, como seguirán ahí las cosas que quisimos dominar en nuestra vida y que incluso creímos haber dominado.

Drama alegórico: la vida es sueño. Salvo, quizá, para quien sueña, entonces, será únicamente el de salir. Ite missa est.

Luego las preces y bendiciones finales, el último evangelio, el último miserere nobis. Y después el himno nacional, y a su compás, el desfile de los reclusos, galería tras galería, ante la plataforma del Centro –convertida ahora en algo así como la tribuna presidencial de la Plaza Roja, donde, en torno al director, se colocaban jerárquicamente las distintas autoridades penitenciarias–, los presos políticos en último término, sin marcar el paso, aunque para entonces, a fin de no crear un innecesario conflicto de forma, el director ya les había dado la espalda, ignorándolos, advertido de su llegada por el grupo precedente, las niñas, quienes, por el contrario, ataviadas y maquilladas lo más exageradamente posible para aquel gran momento, se aproximaban contoneándose provocativamente, no menos conjuntadas y marciales que las chicas del coro en una revista musical.

Y a continuación, mientras a los incomunicados los iban chapando, cada uno en su celda, para los demás, la suelta en los patios, el cine, las niñas detrás de todo, aparte, de acuerdo con la estructura sexual de la organización penitenciaria, tanto menos arbitraria cuanto más ahondáramos en las tinieblas síquicas de sus artífices. Y la paella con aceitunas y una sardina en lugar del rancho de cada día. Y la tarde, el jolgorio, las apuestas, los altavoces, los resultados de la Liga, En un Mercado Persa. Después, otra semana, otro domingo, la declaración ante el juez instructor que, pese a los anuncios de Pedro Botero, terminaría por llegar, tan sólo retrasado unos cuantos días por los atascos y embotellamientos del tránsito. Y la rutina cotidiana de su vida de preso político hasta el consejo de guerra, del que, absuelto o sentenciado a una condena simbólica que de hecho ya habría cumplido, saldría directamente a la calle.

Inmóvil ante la puerta, volvió la vista al interior de la celda vacía, el sol en las baldosas reticulado por la proyección oblicua de la reja. Tenía sueño. ¿No se dejaría vencer por un sueño invencible cuando volviera a encontrarse dentro? ¿O acaso venciendo el sueño invencible, un poco como dopado, tomaría la pluma y se pondría a escribir sobre la cara satinada de una de sus hojas de papel higiénico? Notas deslavazadas, tomadas conforme a un plan todavía muy vago. Nada en común, sin embargo, con sus inconfesados poemas de adolescencia. Ni con la prosa heroica de su época de militancia. Ni con sus frustrados intentos posteriores y, por algún motivo inexplicado, siempre temáticamente infelices, suicidios, amores malogrados, procesos de deterioro. Una pregunta: ¿cuándo empezó a escribir? Otra pregunta: ¿por qué?

¿O, sin ganas de escribir, no dejaría, en ese estado como de vigilia,

vagar su mente, pensar en cuando saliera, en su regreso a casa? El jardín caótico, desbaratado por completo su diseño original de arriates y acacias, un desorden de dondiegos y geranios y malvas y flores sin nombre y frutales enanos nacidos espontáneamente y extrañas trepadoras con frutos en forma de calabaza y la hiedra reptilínea y la madreselva invadiéndolo todo, introduciendo sus intencionados tallos entre los hierros, por el entablillado de las persianas, turbadora, envolvente. Muy sano, diría papá. Es como vivir en plena naturaleza. Y aprovechando los escasos huecos existentes en aquel desbordamiento degenerativo, había plantado tomillo y orégano y brótano y romero y ruda, plantas aromáticas, proliferación vegetal que en su conjunto desdibujaba incluso las líneas exteriores de la casa. Y el interior, la sombría humedad de unos espacios donde, no menos presentes que los olores intangibles, como ellos ocupaba cada recuerdo su lugar correspondiente. El ligero tufillo a gas en la entrada, junto a los contadores, especialmente perceptible, igual que aquel olor como a moho, a cerrado, al adentrarse en la planta baja, al irla recorriendo, el vestíbulo, la salita, el comedor y, escaleras arriba, casi hasta el piso alto, cuando llegaban de Vallfosca, acabado el veraneo. Y el armario de su habitación, que olía a escopeta, y a medicinas la cómoda del pasillo y a castañas pilongas la despensa. Y a vacío el cuarto de los abuelos y el de Felipe, los más húmedos. Y a ropa vieja y seda pasada el desván, donde se amontonaba, desmontado y polvoriento, el dormitorio conyugal de papá. Y el cuarto de papá, que olía a hierbas y droguería exactamente igual que el de Vallfosca; y su mesa de despacho, una acumulación de proyectos fracasados e inventos no realizados, de patentes inútiles, de las estafas de que había sido víctima. Y las baldosas estropeadas del piso y los bajos bufados de las paredes, con desconchados y blandas chapas de yeso, y las cañerías salpicadas de soldaduras y las bombillas fundidas y no repuestas de tantas lámparas y la ruina cuidadosamente conservada de la batería de cocina, de los cacharros. Total, para dos ya vale, dijo Eloísa. Sus batas viejas y remendadas, sus delantales raídos, la montura rota de las gafas apañada con esparadrapo, las zapatillas abiertas a los lados para que no le oprimieran los juanetes. Y papá otro desastre: lleno de lamparones, de costuras deshilachadas, como si se aferrara a sus prendas, a sus zapatos más viejos. Era como si durante su ausencia se hubieran dejado ir y, en virtud de esa misma ausencia, se le hiciera más patente a Raúl su grado de abandono. ¿Para qué comprarme nada, hijo? A mi edad es tirar el dinero. Y vendrían los pequeños problemas, las quejas. La manía del señor de ventilarlo todo, de abrir puertas y ventanas de par en par. No sé cómo aún no hemos agarrado una pulmonía, diría Eloísa. Pero acabará llevándonos a todos al otro barrio. Las gafas de Eloísa; ahora no parecía importarle llevarlas todo

el día y no únicamente para coser.

¿O tomaría la pluma, como alucinado, para volver a dejarla, adormecido por el resplandor geométrico de aquellos rombos que el sol proyectaba en las baldosas, finalmente vencido por el sueño, por un sueño, una de esas breves cabezadas, que, pronto interrumpidas, no sirven más que para dejarnos con el ánimo menguante y la cabeza espesa para todo el día, como al despertar de una pesadilla que, de momento, tal vez ni siquiera recordamos haber soñado, sueños que no son sueños, que en el recuerdo acaban incluso imponiéndose a la realidad, por desagradable que ésta sea, fijados con más precisión en la memoria?

Un estado semejante al que, tras despertar, había de poseerle años después, una mañana, Vallfosca, la habitación de papá, el sol temprano deslumbrando en las baldosas, papá, evidentemente muerto –¿por qué evidentemente?–, entrando con su sombrero de alas gachas, la gabardina plegada sobre un hombro, sin prestarle atención, como preocupado o abstraído, y Raúl incorporándose en la cama como si acabara de despertarse, gritando o como si gritara, pero qué haces aquí, cómo has vuelto, y papá sin mirarle, husmeando los objetos amontonados sobre su escritorio, como curioseando, pues mira, cada uno tiene sus cosas, distraído y ajeno, buscando algo, se diría, y Raúl, sacudido de palpitaciones, quédate aquí, quédate otra vez, como si el hecho de que papá hubiera muerto tan pocos días antes pudiera facilitar una solución, problema de buena voluntad o empeño, sólo cuatro días antes de que el niño cumpliera un año y a pocos más del cumpleaños del propio Raúl, hecho en el que todos pensaron pero que sólo Eloísa se atrevió a mencionar, la misma mañana del entierro, a la vuelta, cuando vio al niño gateando por el jardín y lo cogió en brazos, y así como el niño no se asombra del adulto sino el adulto del niño, así, entonces ella dijo, pobrecito, qué sabe él de la muerte y de los años, cuatro días antes, relación de fechas que tuvo la virtud de desviar la atención, de hacer olvidar por el momento el tiempo transcurrido entre las primeras manifestaciones del proceso de la enfermedad y las últimas, con sus detalles, las recetas, las inyecciones, el oxígeno, y sobre todo, las frases, las palabras, sus palabras, su preocupación por los dolores de Eloísa cuando aún pasaba parte del tiempo en el sillón, pobre Eloísa, con su reuma y esto de la pierna que debe ser ciática, se lo tendría que hacer ver por un médico, entonces, cuando aún recibían la visita periódica de tío Gregorio y Leonor, y él y tío Gregorio hablaban indefectiblemente de los amigos de su juventud y tío Gregorio le preguntaba cada vez por Arcadio Catarineu, te acuerdas, hace tiempo que no lo veo, y Eloísa y Leonor procuraban que cambiaran de conversación, porque tampoco papá sabía que Arcadio Catarineu había muerto hacía poco, Eloísa había hecho

desaparecer la hoja de necrológicas del periódico, y papá decía estás flaco, hijo, debieras esforzarte en comer, y le preguntaba que cuándo acabaría la tesis doctoral, y se interesaba por su trabajo y le decía que había tenido mucha suerte con Nuria, que era una chica de muy buen corazón, y contemplaba los juegos del niño en el centro de la alfombra, hasta que un día fue él mismo el primero en decir que mejor que no lo trajeran más por el momento, que la casa de un enfermo no era sitio para un niño, y cuando se agravó y Felipe compareció de nuevo y anunció que le habían destinado a Barcelona, dijo que se alegraba mucho, haciendo como que lo creía, y a partir del momento en que ya no pudo levantarse de la cama dijo que no quería más visitas, que las atendieran ellos, a quien me hubiera gustado ver es a Gregorio, pero un enfermo siempre impresiona, y con su estado de salud, no creo que le convenga, por más que, muy posiblemente, tío Gregorio ni siquiera llegase a advertir esta alteración en sus hábitos, a lo sumo proponer algún día, de repente, visitar a Jorge, y olvidarse enseguida, y Eloísa decía pobre señor, al salir el médico tras cada visita, al ver que papá aceptaba sin ninguna clase de objeción todas aquellas explicaciones relativas a las fastidiosas complicaciones que se iban presentando, como si estuviera más tranquilo viendo que le veían tranquilo. Sólo al final, cuando empezó a necesitar el oxígeno, aprovechando un momento en que se quedó a solas con Nuria, le dijo, ayúdame a quitarme los anillos ahora. Luego es peor.

Era como si desde que salió de la cárcel se hubiera acelerado el ritmo del tiempo, los acontecimientos, y no sólo para él –su boda, el trabajo que le procuró Amadeo, el hijo– sino como si el fenómeno obedeciera a una ley general, la boda del propio Amadeo con doña Dulce, la boda un poco más precipitada de Monsina, forzada, como su matrimonio con Nuria, por un embarazo, aunque los motivos de conservarlo no fueron los mismos en uno y otro caso –imposición y acuerdo de las respectivas familias en el de Monsina– y el nacimiento de ese niño, el de Monsina, poco antes que el de Nuria, y su inmediata separación, la de Monsina, no menos precipitada que la boda, como un anuncio, también, de su inevitable separación de Nuria, no porque se llevaran mal como en otros tiempos, por la tensión o violencia de sus relaciones, sino más bien por una mutua indiferencia, correcta y hasta respetuosa, aunque sólo fuera por fatiga, pero suficiente para hacerles comprender la falta de sentido de dar continuidad a una convivencia de esta clase, en un piso amueblado de la parte alta de la ciudad que nunca llegó a perder su aire de provisionalidad, una vez resolvieran del mejor modo posible el problema del niño. Una convicción que, curiosamente, pareció cristalizar en ambos a partir del momento en que se encontraron casados.

¿Cómo explicar el proceso? ¿Como si a Raúl, como a tantos, el

desamparo de la libertad le hubiera hecho volver momentáneamente al redil? No, no algo tan sencillo y concreto, nada susceptible de ser reducido a una sola cláusula. Más bien como si el simple regreso a los lugares familiares le hubiera cargado de nuevo con los problemas del mundo cotidiano, cuestiones que tenía que resolver y que, sin apenas percibirse, habían terminado por envolverle una vez más, una tras otra, encadenadamente, papá y Eloísa, sus deberes para con ellos, la necesidad de trabajar, la buena disposición de Amadeo al respecto, su deuda con Nuria, etcétera. Como si sólo al cabo de tres años hubiera podido reaccionar, recuperarse, salir de su estupor, decir definitivamente basta. Y volver al libro. Y, de momento, irse unos días a Rosas. Y dejar de fumar en pipa.

Sus notas de la cárcel, aquellas notas tomadas en hojas de papel higiénico, que al salir, con la precipitación de los acontecimientos y el vértigo del tiempo, llegaron casi a parecerle como esas notas que uno toma cuando despierta a media noche, porque las considera de una importancia extraordinaria, pero que por la mañana, si es que tienen algún sentido, nunca suele serlo en relación al contexto previsto. Era como si para que recuperasen su significación fuese necesario que de cuantos elementos personales hubieran servido de base al material literario allí reunido, que de cuantos puntos de referencia respecto a la realidad pudiera haber utilizado, no tuviese que quedar absolutamente nada, reducido todo sólo a eso: palabras; como si todo aquello que había destruido en sus notas tuviera que destruirse también en la realidad para que esas notas cobraran autonomía, entidad propia. Y sólo entonces, aquella caótica recopilación de reflexiones, núcleos argumentales, descripciones, evocaciones, diálogos, etcétera, pudiera recuperar su cohesión y sentido y, sobre todo, como de golpe, se le revelara la idea central: un libro como una de esas pinturas, Las Meninas, por ejemplo, donde la clave de la composición se encuentra, de hecho, fuera del cuadro.

La idea de pasar unos días en Rosas obedecía a esa necesidad que, en ocasiones, siente el escritor de reconocer una vez más algún escenario de su obra. Pero, al mismo tiempo, las notas que había seleccionado para llevarse, que había de utilizar en la redacción del primer capítulo del libro, un libro todavía sin título y sin nombres propios, dado el lugar elegido y el actual estado de sus relaciones con Nuria, cobraban un carácter casi prefigurador, ahora que volvía justamente a Rosas y justamente con Nuria. Un hombre acaba de salir de la cárcel. Su estado síquico es inestable y las relaciones con su amante, críticas. En un último intento de salvar lo insalvable, deciden ir a pasar unos días a Rosas, como en otros tiempos, volver al punto de partida. Así arrancaba el libro.

La visita que hicieron a Eloísa la víspera de su partida, tuvo, qué

duda cabe, algo de conjuro. No por la tarde sino por la mañana, sin llevarle el niño, como para evitar –inútilmente– que se repitiera lo de la otra vez, cuando aquel funesto viaje a Ibiza –todo el tiempo lloviendo– cuando la tarde anterior a su marcha, pasaron por casa para que papá viera el niño, pero únicamente a la vuelta, al saber que estaba enfermo, se enteraron también de que ya antes del viaje, aunque nada les dijo, había ido al médico, y sólo entonces Raúl ató cabos, cayó en la cuenta de los síntomas que se habían ido sucediendo, quizás el primero pocos meses atrás, todavía no casado con Nuria, la noche en que, al llegar a casa, se lo había encontrado vomitando en un orinal, anguloso y endeble sobre la cama como un aguilucho en su nido. Son los antibióticos, hijo, que me han deshecho el estómago. Y he tenido que tomar tantos por los dichosos forúnculos. Entonces como ahora habían dejado al niño con la abuela, con doña Dulce. Ahora Felipe vivía en casa para no dejar sola a Eloísa, aunque no paraba casi nunca. Y Eloísa se dormía oyendo el transistor. Le habían comprado un televisor, pero ella decía que le cansaba la vista, que la mareaba, que prefería la radio. Le interesaban sobre todo los sucesos y un día, les dijo, hasta llegó a llamar a la emisora para saber si ya habían encontrado al pobre Antoñito, el niño desaparecido. Resultaba casi inverosímil que no asociara, que no relacionara: el reuma, la ciática, el hígado, la circulación. Escuchaba los diagnósticos que se inventaban sin prestar atención, se diría, a su significado, casi como complacida, como orgullosa, de la atención que le prestaban los médicos, de los aparatos con que la examinaban, del léxico que utilizaban, misterioso, casi, como el de un rezo en latín. La operación es inútil, les había dicho el especialista. Está completamente extendido. Es probable que no pase de tres meses. Pero a su edad nunca se sabe. Igual dura un par de años. Felipe y él acordaron no decir nada por el momento al hijo, al José, al Pepe.

La otra vez, el viaje a Ibiza había sido en enero, en busca –lo que son las cosas– de un poco de buen tiempo; no como ahora, ya en primavera, después de Pascua. Caminaban sin prisas por la calle tranquila, y había un niño cazando lagartijas con una carabina de aire comprimido ante un muro soleado. ¿Te acuerdas?, dijo Nuria. Y Raúl: no sé por qué, pero sabía que ibas a decir exactamente esto. Es como si ya hubiéramos vivido este momento. Fuera de la caverna, claro.

Papá estaba clasificando fotos, anotando en el dorso quién era quién. Les mostró una composición familiar sacada en el salón del chalet de la calle Mallorca: los padres, las nodrizas y los hijos formados como una promoción, Jorge en primer término, sentado sobre un balanceante caballo de cartón. Ésta es Paquita y éste, Gregorio y éste, el pobre Raulito y, aquí, la pobre Cecilia; al fondo, vidrieras emplomadas, tiestos con palmeras, el arranque de una

escalinata. Lo apunto, dijo, porque es la única manera de que dentro de unos años se sepa quiénes eran.

Tomó al niño y, ayudado por Raúl, lo sostuvo ante el espejo, mientras el niño contemplaba atónito el desdoblamiento de sus dos servidores, a la vez enfrente y a cada lado, señalando a y apuntando desde, el carácter cínicamente grotesco de la tercera persona que allí aparecía, sólo enfrente, tal vez la solución del misterio.

Salió al jardín a despedirles. Dijo que, por poco que pudiera, iría cada día a ver al nieto. No te preocupes, ya te lo traerán por las mañanas. Bueno, dijo, pues entonces iré por las tardes. Les dijo adiós desde la verja, una concentración de arrugas en torno a los ojos, bajo las cejas blancas, ojos preñados de tarde, cada pupila traspasada de poniente hasta el infinito, con líquenes y ruinas, con lontananzas.

Los martillazos. Desde alguna obra en construcción.

LA BAHÍA. Como dos peces que nadan en sentido contrario. Un modo de ser más que un signo del zodíaco. Explicación de la ambivalencia de nuestra escapada. Con ella: más separados que nunca. A Rosas: un pueblo que está dejando de ser lo que ha sido.

Fuimos al hotel de siempre. Ampliado, estropeado con reformas de mal gusto. La dueña nos abrazó a los dos y, aunque no dijo nada, por la forma de hacerlo y sus ojos líquidos y la barbilla temblona, quedaba claro que sabía lo de la cárcel. Yo abrevié. No era eso lo que venía buscando.

El marido tampoco dijo nada, pero como para contrarrestar su papel de segundo de a bordo en todo, se creyó en la obligación de exclamarse contra el Régimen. Incómodo, por otra parte. El problema del pescador, anarquista de toda la vida, que acaba encontrándose propietario de un próspero hotel en la costa.

TRANSPARENCIA DE LA TRAMONTANA. Para bañarnos, preferíamos no seguir el litoral de la bahía, a la derecha del pueblo, las orillas bajas y continuadas, dunas, hierbajos, arenas orladas por el viento y el calado de la espuma a todo lo largo, breves olas oscurecidas por residuos vegetales en descomposición, algas a la deriva.

Tomábamos el camino del faro, a la izquierda. Al doblar el promontorio, se perdía de vista el pueblo, y la bahía dejaba de parecer un lago según asomaba el mar abierto. A partir de allí, la costa se hacía abrupta, rocas erosionadas, quebrantadas rompientes, pura demolición geológica, con toscos acantilados y calas como de basalto.

También el mar cambiaba de color. Sin la suavidad de tonos de la bahía. Mucho más acentuados y densos, en profundidad.

Nos bañábamos en cualquiera de aquellas calas. Ella tomaba el sol tumbada en la arena y yo exploraba las rocas de ambos lados a nivel del agua, flora espumosa y soleada, con algo como de sexo, de cerveza rubia. El agua estaba bien para dar unas cuantas brazadas y salir, pero demasiado fría para bucear con calma.

Quieta cala quieta. Mineral. Apenas otra gente. Sólo alguna pareja más: turistas, casi siempre. Mejor. Que hablen holandés, noruego.

Al abrigo de la tramontana el romper de las olas queda neutralizado. Y mirando adelante, casi parece que el agua fluya mar adentro, como en un estuario. Un briseo, leve al principio, que arrancando de la brillante orilla, se va ampliando a medida que se aleja, desplegándose en abanicos, libre, acelerado, veladuras metálicas como el vuelo de un pájaro, como la sombra de su vuelo, lejos, cada vez más lejos, hacia la locura blanca de los horizontes, uno tras otro, como de nevisca y crines y vapores salinos arremolinados.

Claridad de la atmósfera con la tramontana. Desde la habitación del hotel, los Pirineos se distinguían perfectamente al fondo de la bahía, casi cercanos, picos nevados, con esplendores de carámbanos.

À QUOI RECHERCHER LE TEMPS RETROUVÉ? Un pueblo de la costa fuera de temporada, agradablemente vacío.

Por la tarde paseábamos, remontábamos la rudeza de los senderos. Entre muros de pizarra y matorrales achaparrados, faldeando por las abiertas laderas de monte bajo, atrás las hondonadas con zarzas y retorcidas higueras malditas.

La primavera venía más adelantada que otros años. Verde y verde la montaña. Y el coralíneo aflorar de las amapolas en los campos. Y los cardos de los márgenes, malvas asteroides, cuerpos celestes. Y el resplandor solar de la retama.

Los paseos. Salíamos del pueblo entre paredes encaladas y un desfallecer de las glicinas de los patios. Y más allá, los blancos, tensos, encintados caminos. Un paisaje de viñas y olivares y serpeantes muros de pizarra. Y las verdes laderas de monte bajo. Al fondo, sobre un promontorio, dominando la entrada de la bahía, las ruinas del castillo de la Trinidad, poco más que un risco erosionado, perfectamente integrado en la pétrea orografía de aquel promontorio, todo él como disgregándose. Un atractivo más para las nuevas superficies urbanizadas.

El interior del pueblo seguía casi intacto. Husmeábamos con detenimiento las calles blancas y despejadas, oliendo a brea igual que

entonces, a salazones; y los mismos gatos atusándose en los portales. Y las golondrinas. Su áureo descenso sobre la plaza de la iglesia, lanzándose afiladas, cayendo en picado, piando despiadadas. Su esfumante desaparición en la limpidez vespertina, como atraídas por un vórtice y dispersadas por una fuerza centrífuga, tras su girar y girar rafagueante alrededor de la iglesia.

Caminábamos a lo largo del malecón, recorríamos la fachada marítima del pueblo de punta a punta, como turistas en busca de color local. Una inmensa pupila la puesta de sol en la bahía. Brillos fluidos, crisoles, ágatas abigarrados, del morado al turquesa, tonalidades de crepúsculo, de un crepúsculo de cielos desgarrados como una gloria o rompimiento, los párpados contraídos al máximo. La misma dilatación cromática que debía acompañar al sol en este mismo instante, dondequiera que, según aquí se hundía, estuviese despuntando. Una aurora que es un ocaso.

Nos llegábamos hasta el dique, deambulábamos por el muelle, casi sin vida en esta época. Algún pescador de caña, algún turista aprovechando las últimas luces para sacar su foto de aquel poniente inflamado en la blanca síntesis del tránsito, azules aguas amarillas, rojos cielos azules, verdes rosados, violetas y lilas y añiles y malvas anaranjados, un tornasol de lunares oleosos en la mansa opalina de la bahía, líquido amniótico más que mar aquella calma de la superficie, caldeada aún por los colores en degradación, irisados ya translúcidos, translúcidos ya incoloros, ya grises, ya espesos, ya plomo.

Visitamos las ruinas de la ciudadela o, en el extremo opuesto, del castillo de la Trinidad. Nos internamos en el pueblo, seguimos los senderos que conducen al monte. Paseamos por el malecón. Hasta el dique. La plaza de la iglesia. Las golondrinas.

Regresamos ya oscuro. Era como si en cada paseo buscásemos una nueva prueba del fracaso de nuestras relaciones.

No pude dormir hasta que se hizo de día. Ella tenía un sueño tranquilo, y esto siempre aumenta la agitación del que no puede. Acabé por salir a la terraza arropado con una manta. Se diría que necesitaba ver amanecer. Que se abriera otro paréntesis, y el insomnio quedaría fuera. Invertir los términos de la metáfora.

Una planicie de fosforescencias con reluces, con escameos, poco a poco trocada en difuminaciones azules. Agua quieta, y la estela de una barca como punta de fuga, abriendo el amansado jaspeo de manchas anilladas, círculos más y más coloreados en aquellos albores como de mercurio, más y más ambarinos, el trepidar decreciente del motor pautando el silencio. Y en el contorno cobraban relieve las laderas cobrizas, pulidas, realzadas por el sol temprano.

Sólo entonces me dormí. Hasta el mediodía.

PREDOMINIO DEL PAISAJE. Regresamos ya oscuro. Lisuras de acero al fondo y un descenso de formas nocturnas, lomas como de sal, árboles de cuarzo, ramas graves, la luna confabulando fantasías.

Cielo azul noche. Y las crispaciones del firmamento, alfilerazos cristalinos.

O la luna. La luna floreciendo sobre los pedregosos brotes, rosada y luminosa como una medusa. Y, en el pueblo, un proliferar de ventanas en la acumulación de volúmenes, clarear de cristales, sombras y blancos acoplados.

La descripción debe predominar al principio. Dar sensación de sosiego, de algo apacible y relajante. Lo que él quiere encontrar. En contraposición a los periódicos que no compra, a las radios de las que huye, a la tele, motivo de que abandone un bar cuando la ponen.

Evitar tipismos: la llegada de las barcas, la subasta del pescado, etcétera.

No obstante, ya en el curso del primer capítulo, las descripciones deben ir perdiendo su carácter objetivo, casi enunciativo. Se irán haciendo subjetivas, irreales, en cierto modo. Como los paisajes que uno imagina al contemplar las nubes desde un avión. Repeticiones contradictorias.

En los capítulos siguientes, lo mismo que los diálogos, desaparecerán paulatinamente.

EL CABO. Ir al Cabo Creus en barca, desde Rosas, es un problema. No técnico; simplemente dar con la persona que quiera hacerlo. Pero el dueño del hotel nos encontró un pescador, un viejo dispuesto a llevarnos si el día era bueno.

No es que no me apetezca, al contrario, dijo ella. Pero son tres horas o cuatro con buena mar. Y otras tantas de vuelta. Y yo: pero es que al cabo sólo se puede llegar en barca. Y ella: lo que no entiendo es lo que esperas ver desde allí. Y yo: el otro lado. Y ella: eso ya lo hemos visto: Francia, el golfo de León. Alquilamos un coche y lo vemos todo en una mañana. Y yo: pero no como desde el cabo.

PENTECOSTÉS. Por la mañana hicimos el amor, con el sol en la cama. Nos fue mal.

Un día espléndido, casi de verano. Atmósfera cerúlea, ígnea en el cenit, zarza ardiendo, y la incandescencia movediza de las distancias.

Ideal para que el pueblo pareciera también como en verano, invadido de coches, de paseantes, gente venida de Barcelona en gran

parte, y también franceses del Midi. Nos costó trabajo encontrar una mesa libre en la terraza del bar.

Era la hora de su aperitivo al sol. Pequeña burguesía catalana, ávida y porcina, exhibiéndose en plan familiar, obscenamente próspera, con la respetabilidad de apariencias de quienes quieren dejar bien patente su ascensión social, su derecho a ser aceptados por los que ya sí, y junto con ellos cerrar filas ante los que todavía no, respetabilidad propia del que cumple todos los requisitos, la mujer, los hijos, el cochecito, la parcelita, manifestaciones todas ellas, como cierto exceso de peso, del general desarrollo económico del país, pero sobre todo, de su propio triunfo personal, signos externos por los que está dispuesto a pagar, si es preciso, ¡todavía más impuestos!

Pero no sólo salidas de domingueros. El domingo suele ser incluso el mejor día para formalizar determinados negocios. Especuladores, promotores, vendedores, contratistas, hablando de terrenos como de la matanza del cerdo: se le echa el gancho, se le amarra bien amarrado, se le cercena y, luego, longaniza para todos.

En la mesa contigua, parejas de franceses, jóvenes matrimonios seguramente. Mon petit trésor, dijo uno del grupo como en un acceso de efusión, atrayendo, besuqueando, como quien aplica ventosas, a su arisca enjuta, a su desafiante despectiva, contrastadora actitud de los dos elementos de la cópula, derivada, sin duda, de un para ella insatisfactorio desenlace del habitual ejercicio amoroso, inconmovible, en consecuencia, al calor de semejantes transportes, incapaz de compartir cualquier gesto alusivo a tantos placeres no recíprocos, sólo valiosos para él, para él escondidos en aquel cuerpecito obstinado y sólo para él, sus prácticas particulares, sus íntimas manipulaciones, ces petites cochonneries. Erótico anal.

Y los charnegos endomingados. Y las collas de excursionistas, animosos y bullangueros bajo las mochilas. Se diría que más que la conmemoración del descenso del Espíritu Santo en forma de lengua de fuego, hubiera podido a la larga el significado que la fiesta tenía para los judíos, conmemorativa de la subida de Moisés al monte. Y una vez arriba, cagar escaqueados, cada uno tras una mata.

Viejos pajarizados, ahuyentados por todo aquel movimiento. Demasiados años ya para no perder pie, para seguir el ritmo de los cambios experimentados por el pueblo en los últimos tiempos. Lo que han visto, lo que han oído, lo que dice la tele, lo que se construye, los millones que vale la tierra, los millones de turistas que llegan, los hábitos de sus hijos, de sus nietos, el aspecto exterior que han adquirido, también ellos casi como turistas, comprobaciones que han ido haciendo hasta perder toda capacidad de asombro, de discernir lo posible de lo imposible, aceptando así lo imposible sin otro quebranto que una mayor propensión a la paranoia y la megalomanía. Pero

pasada la fase eufórica, si es que llega a producirse, los ojos cada vez más redondos y dementes en sus nidos de arruguitas, tanta transformación termina por retraerles, por hacerles sentir, cada verano que pasa, más extraño el mundo y más extraños ellos mismos. Y es entonces cuando se pajarizan: su tez casi córnea; su cuerpo torcido y cojeando de espantajo, hecho para doblarse por los riñones; sus manos hechas para empuñar azadas y tirar de las redes, casi ya empuñaduras; su voz hecha para hablar a gritos, en el campo, en el mar, en casa, gritar a la vieja, a los niños, a los perros, una voz que, con tanto grito, acaba por no ser más que chasquido y ronquera, estridencias que se retuercen entre los pocos dientes ensalivados que nos muestran al sonreír, inseguros de si han sido saludados o no. Por eso, en plena temporada, se atreven a lo sumo a comparecer en la subasta del pescado, haciendo lo posibe, como si intuyeran su papel, por parecer típicos. Los viejos son ya pájaros.

Aquella tarde salí a pasear solo. Lejos. Mirar las nubes que se iban formando: claros estratocúmulos alternando con claros, figurando vastedades orográficas, configurando ínsulas y piélagos, penínsulas, montes o valles como cráteres, crestas, más crestas, ínsulas, penínsulas, litorales, llanuras, ríos, itsmos, cabos, bahías, y abajo cielos nublados y, arriba de todo, entre las grietas, una superficie desvaída, como la del mar cuando uno bucea.

BRONCA NOCTURNA. Ellos sólo vieron el final. Lo demás se lo contaron. Habían bebido bastante y tardaron en enterarse. Hacía frío para estar en las mesas de fuera.

El Roc estaba borracho. El bohemio del pueblo: medio pescador, medio alcohólico, con suficientes dotes artísticas para pintar óleos, copiados de postales, que vendía a los turistas. Había bebido lo suyo en otro bar de por allí y aquella noche le dio por armar escándalo. Entonces entró el sereno. El del bar dijo que no pasaba nada, que aquello lo arreglaba él con el Roc. Pero el sereno se la tenía jurada porque el Roc, cuando bebía, se metía con todo dios y sus madres y daba vivas al comunismo. Alguna vez se las había tenido con la guardia civil, pero siempre habían preferido dejarlo correr, no darse por enterados. Lo que pasa en los pueblos: todo el mundo se conoce. Una noche en el calabozo y ya está.

Y el Roc, dijeron, al ver que el sereno levantaba el chuzo, se lo quitó de un manotazo y lo tiró a la calle, y al sereno se le cayó la gorra de plato. Tipo fuerte, el Roc, macizo. Y entonces el sereno hizo dos disparos al techo y le dijo que afuera, que se colocara contra la fachada, dándole la espalda. Le dio con el chuzo en una rodilla, de

canto, y al verle doblarse, en la otra. El Roc se agarró a la reja de una ventana, las piernas como de trapo. Y entonces el sereno le dio primero en una mano y luego en la otra, lo descolgó. Y una vez lo tuvo tumbado en la calle, siguió dándole, pateándolo.

Ellos llegaron en este momento, justo para ver los últimos golpes en el suelo, y como se lo llevaban a rastras cuando llegó la pareja de civiles, escupiendo dientes. La gente miraba en silencio. Un silencio que se hizo hostil cuando oyeron decir: eso es, a cocear la cuadra. Una buena doma es lo que necesita. Un gordo de acento andaluz que fumaba en boquilla.

Volvimos a nuestro bar, a nuestra mesa. Me di cuenta de que ella lloraba contra mí, hundiendo la cara en mi hombro. No aguanto ver pegar así a un hombre. El aborto este, porque lleva pistola y uniforme, pegando así a un hombre. No puedo aguantarlo. No puedo aguantarlo. No puedo aguantarlo. Se fue corriendo al lavabo.

Desarrollar la escena prescindiendo de toda clase de elemento ambiental. Rasgos principales de la prosa que deben irse apuntando ya en este primer capítulo: densidad, tensión, intensidad. Un estirón sintáctico. Un retorcimiento semántico.

METÁFORA. Como contemplar el paisaje desde el faro, las rocas batidas de las rompientes emergiendo apenas de la espuma, chorreantes de anémonas y moluscos y negros erizos, sobrevoladas por las gaviotas, salvajemente batidas, encabritadas de blanco. Y más allá del promontorio derruido, de las ruinas integradas en las pedregosas laderas, la bahía desleída y calma bajo el cielo como salino, y las risueñas medusas flotando a la deriva, llevadas por el aire cefíreo y diáfano. Y el pueblo, entre las ruinas del castillo y las de la ciudadela. Y el puerto, las barcas ancladas al amparo del dique, los embarcaderos, las pasarelas de madera perpendiculares al malecón, y las arboladuras y las antenas del radar y los tejidos de aparejos bordeando las pasarelas, cortinajes de redes y de corchos marrones y de cruda cuerda a lo largo de las pasarelas, y el olor como a orines y a brea y a pintura fresca desde las pasarelas, y los apagados chapoteos bajo las pasarelas, contra los cascos de las barcas, contra las piedras del malecón. Y el pueblo, los muros de cal y las vértebras de los tejados color lagarto; y más lejos, la larga playa sucia, algas secas, sinuosamente acumuladas, y maderos y ramas como de hueso y residuos orgánicos y plásticos indestructibles y pisadas hacia ninguna parte, huellas borradas por los remolinos de arena, socavadas por la delicuescencia.

Las rocas decoloradas al sol del mediodía, bajo el céreo cenit, costa

como de salitre o pólvora. Y un frente de nubes avanzando amenazante, como rebaños o polvaredas o las blancas cejas que aguzan la vista de un loco escrutando, escrutando como un faro en la noche, una y otra vez, una y otra vez como un faro que gira, una y otra vez, obsesa mirada que abarca un ángulo de 360 grados, no tanto para ser visto desde el mar intermitente como para escudriñarlo, para vigilarlo como vigila las costas dislocadas, costas que giran como gira una sardana o como gira el ruedo en torno al toro abatido, piedras tumultuosamente dispuestas, masas proteiformes en las que, a un ojo penetrante, no tardan en revelársele, perfectamente identificables, batallas petrificadas, cargas de caballería, murallas asaltadas, naves estrellándose, todo inmovilizado por los siglos en un eterno instante, como Pompeya o Machupichu, todo hecho piedra como en una gruta la gota de agua se hace piedra, fantasmales selvas de estalactitas, rocas caóticas como el cerebro de un loco, demolición eólica y ruina erosionada bajo aquellos cielos iracundos y el oleaje violento, bahía sublevada por el temporal, devastada frontalmente por el levante, aquella tensa línea que en días claros como hoy, con tiempo despejado y calmo, precisa en su extremo, nítidamente perceptibles, las ruinas de Ampurias, piedras ibéricas, griegas, romanas, pueblos barridos por la arena del viento, enterrados por el mar llameante, ese viento y ese mar que trajeron hasta aquí las batallas y los naufragios como naves que se estrellan, caballeros y caballeros galopantes, asaltantes de murallas y murallas, estas aguas y este aire que son apenas una imagen del impulso que les trajo hasta aquí, de los vendavales, de los mares que llevaban dentro, clave última del paisaje. Y el diáfano zafiro del cierzo y el cenit árido sobre el relieve proteiforme de la costa, excrecencias rocosas, pétreas disgregaciones. Y el sucio cielo ceniciento y los brillos negros del agua, escollos, arrecifes, peñascos derrumbándose sobre la llanura inerme, sobre los cabrilleos procelosos, espuma implacable y furor del aire. Y la gris resaca, esa corriente que le aleja a uno de tierra firme, que le lleva mar gris adentro, cerebro adentro.

FIGURAS EN LA PLAYA. No me gusta tomar el sol tendido en la playa, quieto. Ni siquiera me gusta la arena. Prefiero las rocas.

Ella me hablaba tumbada boca abajo, con los tirantes del bikini sueltos. Dijo que no habían podido localizar la casa de cuando veraneaban allí, después de la guerra. Sólo recordaba que era una casa de pescadores, en una de esas calles paralelas al mar del interior del pueblo. Luego empezamos a ir a Lloret. Papá tenía más dinero y le debió parecer más elegante. Pero yo siempre he guardado mejor

recuerdo de Rosas.

Es como si en todo tuviese que haber algo que se interpusiera entre nosotros, dije. ¿Por?, dijo ella. Pues porque yo había veraneado justamente al otro lado del cabo, en Port de la Selva. Antes de la guerra. Yo no recuerdo nada, claro. Pero salgo en una foto. Debía tener poco más de un año.

Una playa de guijarros, con barcas. Y yo sobre una barca, y ella aguantándome. Apenas se le notaba pero, por la época, el embarazo debía estar ya muy avanzado. Quizá su última foto. Ella miraba a la cámara, sonriendo más con los ojos que con los labios.

I

EL VIEJO. Las laderas eran suaves y escasos los accidentes del terreno. Un panorama cuyo principal relieve lo constituían, de hecho, las ruinas diseminadas por aquel vasto jardín abandonado. Algo similar, pongamos por caso, a la impresión que uno, sin conocer Atenas, puede imaginar que produce la vista del Partenón desde cierta distancia, las piedras antiguas destacando entre los cipreses y los pinos y las pimenteras, los capiteles caídos, las columnas truncadas, las ramas de laurel a las que uno se agarra para ayudarse a vencer la pronunciada pendiente. Sólo que, en la cerrazón del atardecer encapotado, bajo un cielo tan oscuro que hacía preciso encender los candiles como si fuera de noche, más que una sosegante acrópolis aquello parecía una ciudad recién destruida, todavía cargada de humo la atmósfera, de pólvora y ceniza. Tanto más cuanto que otros elementos del paisaje –la geometría de las alambradas, la oquedad de las garitas, la negrura de los barracones– contribuían a reforzar el efecto de catástrofe. Y en mayor grado todavía el aspecto de los hombres que por allí deambulaban, pelambre gris y mirada hostil y unos andrajos que hacían de sus ropas un dato atemporal. Al bajo resplandor de una fogata, sombríamente enrojecidos, revolvían con pértigas la masa pastosa que llenaba aquel amplio foso abierto como un cráter en una explanación del terreno, la cal viva burbujeante donde flotaban y giraban diversos cuerpos como flotan y giran los leños a la deriva. Las llamas teñían las coloraciones lunares del alabastro. Se aproximó a un altar: el mármol de los bajorrelieves estaba estropeado como a golpes de maza; también las columnas que sostenían el ara y las repisas desnudas, y se ofrecía descabezada la blanca imagen de la virgen que remataba el nítido volumen del sagrario. Abrió el sagrario: dentro, huesos amarillos, casi anaranjados. Oyó voces montaña arriba, cada vez más cerca, y echó a correr entre las alambradas. El bosque era poco menos que llano, y los grandes árboles estaban lo bastante distanciados como para que la fronda intrincada de cada copa se individualizase al máximo. Las voces sonaban como desde distintos puntos y se percibían como amagos de movimiento entre los troncos. Descubrió su presencia al atravesar un claro, según el otro asomaba de la linde. Parecía uno de esos mendigos de una película de Buñuel, harapientos, codiciosos, su premeditada degradación convertida en fuerza y en motivo de terror sus miserias y sus años. Avanzaba hacia él despacio, sonriendo. Y él aguardó a que estuviera lo suficientemente cerca y entonces le arrojó una tela de saco a la cabeza

y lo derribó y, a horcajadas sobre su tórax, le golpeó a través del saco con una gruesa piedra, le golpeó una y otra vez en el cráneo y la cara, asiendo la piedra con ambas manos, sintiendo como bajo la tela se hundían dientes y cartílagos, maxilares, arcos ciliares, gritando, aullando, difícil saber si él o el otro o ambos a la vez.

¿ZAHORÍS? ¿ZAHORÍES? Un sarmiento verde cortado en forma de Y; decían que también podía hacerse con un vástago de avellano. Había que tomarlo por los dos extremos de la horquilla, uno con cada mano, suavemente, como si fueran riendas, y echar a andar despacio, cuidando de mantenerlo paralelo al suelo, sin ejercer presión alguna, lo más libre posible. Al pasar sobre la buscada veta de agua, la punta del vástago comenzaba a empinarse por sí sola, a levantarse más y más, según menor fuese la profundidad de la veta y mayor la importancia del caudal. El hombre llevaba una camisa gris a rayas blancas, sin cuello, y después de haber localizado en el torrente el punto óptimo para abrir el pozo, hizo una demostración en el mismo jardín, no lejos de la casa, en una de las plazoletas formadas por la confluencia de los senderos escalonados, una glorieta sombreada por la frondosidad del arbolado, oscurecida por la hiedra circundante: aquí hay agua, dijo. Y tío Rodrigo: como que habrá dado con la conducción del surtidor.

Aceptó a regañadientes prestarse a la prueba, mucho más indócil que el abuelo. Chico, qué quieres que te diga, yo no noto nada. Claro que si te sugestionas y pones un poco de tu parte, seguro que se levanta. Y papá: ¿y yo qué, entonces? ¿Y los chicos? ¿Y el Vernis? ¿Ahora resultará que todo eso no es más que sugestión? Llevaba días cruzando una y otra vez la glorieta, antes del desayuno, después de la siesta, acumulando puntos positivos, ratificando abrumadoramente el resultado afirmativo de su experimento, quién sabe si dando vueltas a la idea de ordenar una nueva prospección, de abrir un segundo pozo aunque sólo fuese para demostrar de qué parte estaba la verdad. Algo de eso, al menos, debía haber en su cabeza el día en que se presentó el Vernis a tratar de la pela de los alcornoques.

Este hombre parece un centurión romano, dijo papá palmeándole el hombro. Y, efectivamente, más de un deje de testa clásica había en sus rasgos vigorosos y proporcionados, en los breves rizos rubios con algo de gris descuidadamente adaptados a la línea del cráneo, y hasta la serenidad de su presencia y sus maneras reportadas traslucían el hieratismo propio de una escultura. Vestía como cualquiera de sus hombres, camisa de basto tejido azul y pantalones de pana oscura, y no parecía menos diestro que ellos en el manejo del hacha. Pero no se

quedaba como ellos en el bosque en tanto durase el trabajo, en sus cobijos hechos de ramaje, con sus mantas, sus jergones, sus provisiones, sus cántaros, sus pequeñas botas de vino, con pitorro de caña, que hacían circular durante las comidas, todos en torno a los rescoldos de una fogata. El Vernis iba y venía con su moto por los caminos del monte, del bosque al pueblo y del pueblo al bosque, supervisando las talas de cada una de sus cuadrillas, asistiendo al pesaje de las cargas de corcho y leña, comprobando la buena marcha del trabajo en la serrería. Pero más que su indudable diligencia era tal vez su proclamado parecido con un centurión romano la causa profunda de que papá, en todo lo relacionado con el bosque, prefiriese tratar con él antes que con cualquier otro contratista de la comarca, por mucho que se dijera que con el Vernis, al final, los números nunca salían lo bien que habían salido las cargas; su parecido con un centurión romano y también la sabiduría de su actitud, una mezcla de deferencia y distanciamiento susceptible de imprimir a sus tratos un carácter no tanto de negocio como de favor personal, y un tono de relación amistosa a sus visitas. Y papá, llevado de ese contento que suele suscitar en el veraneante toda visita que rompa la monotonía de la vida en el campo, no desperdició la ocasión de hacer repetir al abuelo, a modo de pasatiempo, la prueba del sarmiento. Venga, don Eduardo, venga usted acá, a ver si ahora tiene más suerte. Al Vernis le ha salido perfectamente.

Lo había pillado justo en el momento de salir al jardín, de escapar –bajo el brazo el periódico finalmente conseguido– hacia el rincón de las hortensias, a la vez sombreado y al calor del poniente. Le hizo dejar el periódico, empuñar los extremos de la tierna horquilla y empezar a cruzar la glorieta en todos los sentidos, dar vueltas y más vueltas, despacio, con el sarmiento por delante, mientras papá, desde el primer peldaño del sendero escalonado, junto al Vernis, comentaba en voz alta sus movimientos, sarcástico, con la seguridad impune que siempre da la compañía de un centurión romano, de aquel hombre que le escuchaba silencioso y atento, sonriendo inescrutable, quizás entendiendo, quizá no, quizá sintiéndose incómodo y cohibido, quizá persuadido de que, en todo caso, lo mejor era seguir la corriente. ¡Ande, don Eduardo! ¡Al Vernis se le ha levantado a la primera! Y el abuelo daba vueltas y vueltas, ya sin pretender acierto ni éxito alguno ni, menos aún, protestar o insubordinarse, poseído por la amedrentada resignación de quien sólo espera que, tarde o temprano, finalice la bochornosa exhibición de la que un mal azar le ha convertido en protagonista. Parece que las mujeres no sirven, dijo papá. Para que salga bien hay que ser bien macho.

Otro motivo de seguridad: el hecho de encontrarse en terreno propio, en la casa pairal del apellido que, en su condición de

primogénito, le tocaba el honor de representar, una finca (¿La Noguera?; algún nombre que sugiera frondosidad, propio de un lugar fresco y retirado), que, aunque indivisa y de significado económico residual respecto a la antigua fortuna de la familia, cuando menos seguía siendo eso, patrimonio de la familia, de su familia, situación de dominio moral que ni siquiera la Eugenia dejaba de acusar en su comportamiento, notablemente más controlada en sus habituales desplantes y exabruptos que en Barcelona. Justamente en el caso de la Eugenia, pese a sus anuncios –reiterados cada verano– de que aquél era el último año que se dejaba engañar, justamente en su caso, el de una mujer de pueblo, estaba fuera de duda que pasar tres meses en el campo tenía para ella sus compensaciones, no siendo la de menor importancia el puesto preeminente que su temperamento enérgico había contribuido a crearle entre las demás mujeres que trabajaban en la finca. La única víctima, así pues, era el abuelo, sacado de sus ámbitos, de sus ritmos cotidianos, fatalmente sacrificados a la necesidad de campo que tenían los chicos, de cambiar de aires, de salirse de la viciada atmósfera de la ciudad al menos durante las vacaciones de verano. Y, para campo, nada como la finca, claro, lugar más sano imposible, y sin los gastos que supone la vida en una colonia veraniega, que también esto hay que tenerlo en cuenta. Se diría, por otra parte, que el hecho de que papá estuviera en su terreno y contribuyera así en mayor grado, aunque sólo fuera por lo que se ahorraban, a los gastos de la casa, estabilizaba en igual medida sus relaciones con el abuelo, circunstancia ésta que, al abuelo, el beneficiario más inmediato, seguramente no le pasaba inadvertida. Era como si, por el contrario, la situación que se daba en Barcelona, donde el chalet figuraba a nombre de los chicos, sí, pero por donación del abuelo, y donde la aportación económica del abuelo al presupuesto familiar se iba incrementando, qué remedio, de año en año, no tuviera otro efecto que el de exacerbar a papá, extremar el áspero trato al que tenía sometido al abuelo; como si le mortificara no ya el desfavorable efecto que tal dependencia económica de yerno respecto a suegro pudiera producir a terceros sino, sobre todo, el equívoco, la confusión objetiva susceptible de crearse en torno a lo que, más allá de toda apariencia superficial, no era otra cosa que el resultado de dos concepciones de la vida: el contraste entre una actitud pugnaz y creadora, llena de riesgos, de iniciativas audaces que igual que al descalabro podían haberle conducido al triunfo, y una actitud pasiva, carente de imaginación, conservadora, propensa a invertir en valores seguros, aunque no por ello menos condenados, para cualquier mente lúcida, dado el creciente proceso inflacionista a escala mundial, a resultar cada vez más insuficientes, a obligar a su poseedor a la muerte lenta de reducir sus propios gastos según se vaya

reduciendo el poder adquisitivo de las rentas. Dos actitudes, sí: generosa la una incluso en la adversidad; mezquina la otra, además de ciega, ante su destino, no por aplazado menos inexorable. Y esto era lo malo, precisamente: que fuera él y no el abuelo la persona más afectada por los problemas de liquidez monetaria, inherente a toda época de crisis y convulsiones socioeconómicas como la que actualmente atravesamos.

En Barcelona, además, el enfrentamiento era cerrado, directo, sin un tío Rodrigo que con su espíritu de contradicción estimulara los desahogos verbales de papá o, simplemente, negándole toda prioridad, desencadenara una carrera incierta cada mediodía, cuando el periódico llegaba del pueblo, para ver quién era el primero en hacerse con él, una competición que papá no solía dejar que se le escapara de las manos, aun a costa de salir al encuentro del Dionís no bien su carro aparecía en la distancia; volver al jardín, y entonces, cómodamente instalado, poder ir enunciando, sin detalles que disminuyeran el placer de la exclusiva, las noticias más destacadas de la actualidad local o internacional: ¡Ha muerto Trini Pàmies!, o: ¡Desembarco americano en Corea! Tío Rodrigo se levantó y salió silbando, como si nada hubiera oído, igual que pudo haberlo hecho años después, cuando la repentina agravación de su sordera, en apariencia no fingida, hizo preciso hablarle al oído con ayuda de una revista enroscada a modo de trompetilla; más tarde, inútil ya este procedimiento, y reacio como era al uso de cualquiera de los que él llamaba esos aparatos ensordecedores, no había con él otra forma de diálogo que la de ir escribiendo en un papel las preguntas y las respuestas. Fenómenos de desarrollo paralelo: la progresión de la sordera en tío Rodrigo, la dependencia económica cada vez más completa de papá respecto al abuelo, el noviazgo y la boda del mayor de los chicos y el hecho de que el pequeño apenas parase en casa desde que entró en la universidad, siempre con los amigos y la chica esa, como decía la Eugenia de Rosa. Fenómenos, también, estrechamente vinculados todos ellos al unilateral encono de papá en su relación con el abuelo. Sus venganzas, sus castigos, la satisfacción con que insistía, desde su privilegiada anticipación en la lectura del periódico, en los aspectos más catastróficos de la situación internacional, en las inevitables decisiones que habría que afrontar, venderlo todo y emigrar, irse a vivir a América o, al menos, a Canarias, lo más lejos posible del escenario de una tercera guerra mundial, de su epicentro, Europa, España, Barcelona: el cráter de un volcán. Y cuando el abuelo se obstinaba en que no, en que él no se movía de aquí: ¿Pero usted qué se cree? ¿Que quedándose conseguirá algo? ¿Que así defenderá sus valores, sus propiedades, esta casa? ¿Se cree que yo no me quedaría si supiera que iba a poder defender mi

parte de la finca, una parte que, ella sola, a largo plazo, hubiera llegado a valer bastante más que todo lo que usted tiene? ¿Qué se imagina que harán con usted los rusos en cuanto le vean? ¡Fusilarle! ¡Fusilarle enseguida, aquí fuera, en el jardín, contra el limonero! El abuelo se incorporó meneando la cabeza, temblona la barbilla, vacilante el paso. ¡Pues yo no me voy! ¡Yo me quedo aquí con mis cosas! Papá le siguió hasta su habitación: ¡Quédese! ¡Quédese! ¡Los rusos se encargarán de usted! ¡Qué más quisiera yo que perderle de vista definitivamente! Y, como para mejor ilustrar sus deseos, cerró la puerta desde fuera con el énfasis del guardián o carcelero que chapa una celda, con la violenta torsión de muñeca de quien acciona el mecanismo de un garrote vil.

Se había comprado una sahariana amarilla de manga corta y unos pantalones azul eléctrico. ¿Qué te parece, hijo?, preguntó mientras se contemplaba en el espejo, casi de perfil, ladeando la cabeza, entornando los ojos. Es la moda de ahora. Lo he comprado en las rebajas de verano. ¿No encuentras que parezco un japonés? La llegada del verano era un respiro para todos. En el caso de papá porque se iba por tres meses a Santa Cecilia (mejor que La Noguera). Para el abuelo, por lo mismo: papá fuera durante tres meses. La Eugenia, porque decía que ya no estaba para esos trotes, que mejor quedarse aquí, en el jardín, que era como estar en el campo, y todos más tranquilos.

El regreso de papá, en cambio, igual que el de un marido celoso, era esperado con no menos temor que resignación, dado que forzosamente iba a constituir uno de los momentos más críticos del año: la suspicacia de papá, la desconfiada inquisición de cuanto había sucedido durante su ausencia, sus recelos respecto a la apacible armonía en que había vivido el abuelo todo aquel tiempo: la naturalidad impune de las relaciones que el hombre había tenido la desfachatez de mantener con la gente, el hecho, por ejemplo, de que el mayor de los chicos y su mujer y el niño no hubieran dejado de irle a ver a su paso por Barcelona; o que el inconsciente de Rodrigo, sordo como una tapia y todo, ahora que apenas se dejaba ver por Santa Cecilia, hubiera osado seguir con sus visitas, como si le diera lo mismo que él, papá, su hermano mayor, estuviera o no estuviera en la casa, por más que todo el mundo supiera que sus visitas no respondían más que al deseo de leer el periódico en el jardín, igual que aquel que va a un parque público; o las deferencias de Rosa para con él, que bajo sus buenos auspicios hubieran llegado a celebrar el cumpleaños –normalmente ignorado– de aquel hombre, aun contando con que la actitud reticente de la Eugenia en relación a Rosa, la chica esa que sale con el pequeño, no podía haber obrado sino en detrimento del feliz desarrollo de la jornada. Así, ya desde el primer día, a semejanza de ese oficial que, pegando en caliente, aprovecha la oportunidad que

le brinda su primera alocución a la tropa para anunciar las medidas que sancionan su firme propósito de restaurar la ejemplar disciplina tan perdida o relajada bajo el mando de su antecesor, a semejanza de ese oficial o jefe en el acto de tomar posesión, así papá entraba de nuevo bruscamente en la habitación del abuelo, casi como si esperase pillarlo entregado a prácticas vergonzantes, y tiraba el releído y arrugado periódico sobre la cama: abuelo: su periódico. Y se retiraba despacio, sin dejar de mirarle, en tanto que el abuelo, oh, muchas gracias, acudía a recogerlo como acude una gallina al grano recién arrojado; sin dejar de mirarle a medida que iba entornando la puerta, y luego, no menos bruscamente que al abrir, la cerraba, demasiada libertad había gozado ya para no chaparlo otra vez como uno chapa un mal recuerdo, en particular si el recuerdo se refiere a uno mismo, si es uno quien lo protagoniza.

Era el santo del abuelo y Rosa había traído una caja de bombones. Después de comer, mientras ella daba charleta a la Eugenia y la ayudaba a lavar los platos, intentando vanamente ganarse su buena voluntad, papá irrumpió en la salita, los ojos saltones, desaforados, ágil en su agitación como un hechicero: ¡me ha llamado majareta!, gritó. Y detrás llegó el abuelo, la caja de bombones temblándole en la mano como le temblaba la voz al dirigirse a Rosa y a la Eugenia igual que si se dirigiese a un jurado, al decir que papá se los había espachurrado, y poco a poco fueron esclareciendo lo sucedido, entre los balbuceos del abuelo y las furiosas interrupciones puntualizadoras de papá, cada vez más espaciadas no obstante, lo mismo que si en cierto modo le complaciera el entrecortado relato de cómo había tomado la caja, de qué serán por dentro, don Eduardo, a ver, el chocolate es muy malo para el hígado, déjeme ver, y uno por uno le había ido espachurrando los bombones, a ver de qué es éste, don Eduardo, ¡de licor!, ¡puro veneno!, y así siguiendo hasta que el abuelo consiguió hacerse con la caja, con los pocos bombones todavía no espachurrados, ya la proyección de una sonrisa interior en la cara de papá al llegar a este punto, aunque no sin la sombra de una preocupación que sólo expresaría aquella noche, después de la cena, en el recogimiento de la salita: ¿de dónde diablos habrá sacado la palabra esa de majareta?

Se acusaban mutuamente de comerse las uvas de la parra en otoño, incluso antes de que madurasen, con el expreso propósito de fastidiar al otro, y los nísperos en primavera. La iniciativa partía siempre de papá y era la Eugenia quien tenía que terciar en defensa del abuelo: bueno, señor, haga el favor de dejar en paz de una vez al pobre don Eduardo, que en una casa se sabe todo y quien tiene que salir arreando para el excusado es usted y no don Eduardo, y ya me dirá de qué le viene a usted esa descomposición de los intestinos si no es de

comer fruta verde. Y entonces papá hablaba de su salud quebrantada, de la tragedia de su vida, de los embates de la desgracia, a la defensiva ya, en cierta manera. Y es que conocía la crudeza de la Eugenia en sus planteamientos, su certera capacidad de dar en el blanco una vez disparada, sí señor, mucho meterse con el pobre don Eduardo y quejarse de todo, pero ya me dirá dónde estaría usted sin él y dónde estaríamos todos si no fuera por él, que es, en definitiva, el que paga. Porque esto es indiscutible: en esta casa quien paga es el abuelo. Y entonces papá iniciaba un repliegue táctico, una oportuna retirada, sabedor, sin duda, de que tal defensa del abuelo era sólo el anuncio de un temible ataque frontal a sus propias posiciones, lleno de rudos detalles y crueles puntualizaciones, demoledor despliegue verbal que habría de concluir en lamentación, en reflexión amarga, la desdicha de haber ido a caer en aquella casa donde, a la larga, era ella y sólo ella la que pagaba los platos rotos, la que daba la cara por los demás, sí, eso es, escápese, escóndase para no oírme, que así me va usted a evitar los sofocones que paso cuando viene el chico del colmado o el de la farmacia y usted les da veinte céntimos de propina, que es peor que no dar nada; total, que prefiero ir yo misma y cargar con todo aunque ya no pueda ni con mis piernas. ¿Y cuando viene un cobrador? ¡Ah, entonces sí que se acuerda usted del pobre don Eduardo! Pero sin dar su brazo a torcer, desde luego, sin que parezca que usted le debe nada. ¿Se piensa que no me entero? Entra usted en su cuarto igual que si le fuese a pegar y le suelta: abuelo, le vienen a cobrar esta factura. ¡Como si el gasto no tuviese nada que ver con usted, como si él no pagara por todos! ¡Como si no fuese el pobre don Eduardo quien mantiene la casa! ¡Y, encima, tiene usted la manía de que los cobradores roban flores del jardín mientras esperan, que ni que fueran orquídeas lo que dan esos cuatro esquejes que me consigo como puedo! Y lo que pasa es que le fastidia el que vengan con facturas y que usted no pueda y que sea el pobre don Eduardo quien lo haga. Eso es lo que pasa. Lo mismo que con el tío Rodrigo cuando usted se queja de que en la finca le gasta lo que usted ha comprado, el azúcar, el aceite, todo, y seguro que es al revés, que es usted quien gasta lo de él, porque allí no hay quien pague por usted, porque allí no hay abuelo que valga. Ya hace usted bien, ya, teniendo encerrado al pobre don Eduardo como si fuera un preso, que el día que falte, sin sus dineros, no sé qué va a ser de usted, no sé qué va a ser de todos nosotros. Ya puede usted guardarlo como oro en paño.

En la toma de posición de la Eugenia, invariablemente favorable al abuelo, contaba, sin embargo, no sólo la compasión que pudiera sentir por él, un hombre de natural afable y pacífico, preocupado por causar siempre el mínimo de molestias, por pasar en lo posible desapercibido, sino también, y ante todo, el simple hecho de que era él y no papá el

que realmente pagaba, el amo. Una posición que no dejaba de ser reflejo, contagio del clima que el propio papá había creado en la casa al convertir al abuelo en símbolo de sus descalabros económicos, en personificación de la tragedia de su vida, algo, en suma, vergonzoso, impresentable, algo que había que ocultar, que cuanta menos gente lo viera mejor. Un paulatino aislamiento, y no sólo del abuelo sino también de sí mismo y de la Eugenia, al que los tres habían terminado por hacerse y hasta por encontrarle sus ventajas, un estado casi como de placidez y recogimiento que papá era el primero en quebrantar al extralimitarse con el abuelo, al exteriorizar ese encono únicamente equiparable a las crueldades que es capaz de ejercer sobre el homosexual manifiesto el homosexual reprimido, dando así pie a las réplicas de la Eugenia, a sus escenas, a los juicios y sentencias mediante los cuales hacía ella uso de su derecho a castigar al transgresor de un orden, de un equilibrio, del que era al mismo tiempo autor. ¿Visitas?, dijo la Eugenia, las piernas extendidas al sol, sobre otra silla. Por mí, que no venga nadie. No hacen más que traer líos, complicar la vida a la gente, etcétera, afirmaciones de excesiva ambigüedad conceptual a la vez que de seguridad excesiva en la relación causa-efecto para que no resultase evidente que del plano general estaba pasando al particular, y, más concretamente, que el objeto de su enunciado podía perfectamente reducirse a una sola persona. Rosa, esa chica a la que el abuelo, por el contrario, rivalizando con papá en las muestras de simpatía que le prodigaban, acogía con tanto cariño, una chica que traía bombones y pasteles, y de la cual, seguramente, apenas si sabía él otra cosa que su nombre, ni si era la novia del nieto, o tal vez estaban casados y a él no le habían dicho nada, o quizá se lo habían dicho y estuvo en la boda y todo, pero lo había olvidado.

El abuelo se levantaba el primero, incluso antes que la Eugenia; según papá era él, con su intenso insomnio, el primero en despertarse, pero prefería quedarse en cama un rato más aunque sólo fuera para encontrarse con el baño libre. La Eugenia servía el desayuno al abuelo en la cocina, un desayuno siempre más sustancioso que el yogur y las cuatro tostadas que papá tomaba en la habitación. Pero, antes de eso, papá salía a respirar un poco de aire puro; a recoger el periódico, de hecho. Una vez leído y releído, sin prisas, entraba en la habitación del abuelo y lo arrojaba sobre la cama: abuelo: el periódico. A estas horas, el sol –si lo había– era ya suficientemente fuerte, y papá, mientras la Eugenia iba a la compra, salía al jardín, a vigilar, como decía, y el abuelo, con su periódico, se subía a la azotea. No entiendo cómo aguanta tanto el sol, dijo papá durante la comida; horas y horas pegado a la pared como un lagarto, con el sol encima, calentándole la cabeza. Comían en la misma mesa pero no lo mismo, papá ceñido a su

régimen, de acuerdo con la estricta dieta que alguna vez le había prescrito el médico en razón de su salud delicada, ya que no de su menor apetito. Después, tenía prioridad en el retrete, puesto que, también por prescripción facultativa, se retiraba a descansar un rato, un par de horas de siesta entre todo, momentos de calma que aprovechaba el abuelo para disfrutar en el jardín de la espléndida tarde. Al anochecer, el abuelo volvía a su habitación; o bien se quedaba en la salita, oyendo la radio en compañía de la Eugenia, cuando papá se ausentaba porque tenía que cumplir con alguien o cualquier otra clase de compromiso. Cuando papá no salía, era éste quien se instalaba en la salita y escuchaba la radio, charlando, o mejor, discutiendo acerca de la vida con la Eugenia, en tanto ella iba y venía, ocupada en preparar la cena. Papá cenaba en su cuarto, tendido en la cama, y el abuelo cenaba en el comedor y, por lo general, aunque siguiera un ratito más en la salita, él y papá no volvían a verse hasta el día siguiente. En verano, todo era irse papá a Santa Cecilia y dejar el abuelo de poner los pies en la azotea.

El abuelo: sus achaques, sus remedios. Llevaba un cordelito atado en su muñeca derecha. Mira, dijo: noto que me alivia mucho. En invierno se sentaba en el centro de su habitación, bajo la bombilla: decía que allí se estaba más caliente. Y luego los veranos, cuando disfrutaba al máximo del jardín, un jardín del que casi había llegado a formar parte, integrado en un sillón de mimbre como un elemento más, amigo de los pájaros y las lagartijas, siempre como esperando, entre sueño y comida, entre comida y retrete, entre retrete y sillón, levantando los ojos, se diría que de una pincelada, no bien oía hablar de comer otra vez, con algo de caracol en su forma de atisbar. Lo que pasa es que es un introvertido, dijo papá. Me lo dijo Rodrigo cuando aún regía, cuando aún tenía la cabeza clara: y me lo dijo como médico: un introvertido. Un ser egoísta, que no piensa más que en sí mismo, que no se interesa por lo que pueda pasarles a los demás. Se ve que, cuando era estudiante, sus compañeros ya lo tenían por raro, que hasta se extrañaron de que se casara y tuviera hijos. Para la pobre abuela, el matrimonio debió de ser una verdadera cruz. Y él, en cambio, ya lo ves: se le muere la mujer, se le mueren las dos hijas, y ahí le tienes, tan campante. ¡Si yo, simplemente con la pérdida de mi mujer, ya estuve a punto de hacer un disparate! Pero él siempre ha ido a la suya, siempre ahí, solo todo el santo día. Me gustaría saber qué hará y qué no hará en la azotea tantas horas, con el sol calentándole la cabeza. No entiendo ni cómo lo aguanta: un hombre normal se hubiera ya convertido en un perturbado. Pero él lo aguanta todo, tiene una salud de hierro. Y es que se ve que los introvertidos son así, que lo resisten todo. No sufren. No padecen. Tú nada más compáralo con Rodrigo: Rodrigo es un solterón y un comodón y un egoísta y siempre

ha estado un poco chiflado. Pero al menos es normal.

Un día soleado, domingo probablemente; un día en que Rosa había venido a comer y se encontraron con que la Eugenia no había puesto plato, como si se hubiera olvidado, y luego, desafiante, salió a decir que no había café; un día primaveral, el jardín como con fiebre, con aromas, con moscardones, con cantos de mirlo. O bien fue un día anubarrado, con el viento sonando casi como lluvia en las hojas sequizas. Había pasado el día con Rosa y, al regresar a casa, ya oscuro, se encontró a papá y a la Eugenia –después de la muerte del abuelo, en todo caso– charlando del infierno, ese lugar al que ellos nunca irían a parar, dijo papá, porque bastante habían sufrido ya en esta vida. Yo, por ejemplo, yo, sin ir más lejos, de no haber tenido fe, me habría suicidado. Y ella: pues hubiera ido al infierno. Y él: que no, mujer. Quien se suicida es porque pierde la cabeza, y quien pierde la cabeza así, en un arrebato, no es responsable de sus actos. Y ella: sí que va, sí; quien hace algo malo va al infierno. Y papá: depende, mujer, depende. Un amigo mío, vamos, un conocido, se suicidó después de haberse arruinado por una mujer; pero, aun así, ¿quiénes somos nosotros para juzgar a nadie? ¿Cómo podemos saber cuáles fueron sus últimos pensamientos, si murió o no arrepentido? Y la Eugenia: ¿lo ve usted? Desgraciado el hombre que cae en manos de una de esas mujeres. Desgraciado. Y papá: no juzguéis y no seréis juzgados, Eugenia. Perdonad y seréis perdonados.

No era sólo una pérdida de agresividad; era también como si papá se encontrara más cansado, y ese bajón en su estado físico repercutiera en su moral, en su actitud frente a la vida. Como la sordera de tío Rodrigo: quizá por un exceso de antibióticos, la tesis del médico; quizá por dejar de oír definitivamente al mundo en general y a su vieja sirvienta en particular, último eslabón de su personal relación con el mundo. Aparte de que le olía mal el aliento, y la gente, las cada vez más escasas visitas, juzgaban preferible dirigirse a él por escrito, anotar sus preguntas y respuestas en una cualquiera de aquellas cuartillas que se amontonaban sobre la mesa de la salita, entremezcladas, yuxtapuestas a otras afirmaciones e interrogaciones que, leídas retrospectivamente, mientras la gente desfilaba ante el féretro y dirigía frases de consuelo a la vieja sirvienta, la persona más allegada, en definitiva, en lo que a convivencia se refiere, ya que no a parentesco, y todo el mundo comentaba el notable parecido de aquel cuerpo con el de papá, el aire de familia perdido desde la infancia y recuperado por ambos en el rígor mortis, con tan escasa diferencia de tiempo, además, etcétera, un blablablá que sonaba a modo de música ambiental de aquellas frases escritas en distintos momentos y por distintas personas, enunciados que, leídos en tales circunstancias, adquirían, más que un significado sobrenatural, como mensajes

llegados del más allá, un significado anticipador, más propio, por su lógica interna; únicamente comparable a la que genera el tarot, de los ambiguos valores del vaticinio: El planeta Venus, ¿Santa Cecilia?, Yo también me voy, Vale una fortuna, El pozo.

Papá contemplaba con mirada evaluativa una pila de cortezas de alcornoque dispuestas para ser acarreadas. Las tiras, especialmente si provenían de un alcornoque pelado por primera vez, eran rugosas y grises como la piel que muda una serpiente, y había algo de pecaminoso en la pálida desnudez de los troncos descortezados. Empezaba a oscurecer; volvieron hacia la casa remontando los empinados senderos del jardín, sin prisas, a tiempo de ver entrar al abuelo, atraído tal vez por el jolgorio que llegaba de la cocina, las ventanas iluminadas, las bromas que intercambiaban las mujeres, el ruido de los cacharros, anuncio de que la cena estaba ya en marcha. Papá meneó la cabeza, como asintiendo. La vida, dijo. ¡Yo, que me casé con una mujer que era una belleza, encontrarme ahora condenado a cargar con un viejo introvertido!

El pozo de la glorieta fue abandonado antes de alcanzar los nueve metros de profundidad, al encontrar roca. No obstante, dada su proximidad respecto a la casa, los trabajos no fueron del todo inútiles, ya que, embozado o lo que fuera el antiguo pozo negro, se juzgó preferible, antes que meterse en arreglos de resultado imprevisible y, ni que decir tiene, siempre molestos, destinar a tal fin el nuevo pozo, tan adecuado por sus características que casi parecía hecho a propósito.

DIÁLOGO DEL AFRODITA. Te han hecho confidencias, le dijo. Ella sonrió; se le notaba en la cara que le habían hecho confidencias y que tenía ganas de soltarlas. Y él: ¿quién? ¿Aurea? ¿El alemán? ¿Tu amiga torti? ¿Alguien del yate? ¿Carlos? ¿Carlos? Carlos, dijo ella. Y él: ¿en el Nautic? Y ella: claro. Se ha dejado caer por allí seguro de que iba a encontrarme; sabe de sobra que, si hace sol, a estas horas estoy siempre en la terraza. Ha puesto cara de decir caramba, qué casualidad, y, como yo estaba leyendo, ha insistido en que no quería molestarme, en que se iba a otra mesa; bueno, ya sabes lo versallesco y masoquista que se pone cuando tiene resaca. Pero en cuanto le he dicho que no fuera pesado, que se sentara de una vez, que me tocaba invitar a mí, ha entrado en materia con toda la brusquedad de un tímido. Te puedes imaginar la escena: Carlos sentado a mi izquierda, con un vaso en la mano, y hablándome mirando a la bahía. Ha dicho que quería disculparse, que no lo recuerda bien pero que cree que ayer estuvo algo grosero conmigo. Se refería, claro, a cuando se metió

con Aurea y conmigo porque hablábamos aparte, y nos llamó putas y alcahuetas. Yo le he dicho que no tenía por qué disculparse, que en ningún momento me había sentido aludida por nada ofensivo. Me daba cuenta de lo que en realidad quería: hacerme confidencias; lo de las disculpas era sólo un pretexto, una manera de entrar en materia. Lo que de verdad le interesaba era hablarme de sus relaciones con Aurea. Pero, ya le conoces, sus ardides, sus recovecos, sus rodeos, como todo buen capricornio, y antes ha tenido que volver a empezar por su abuelo: la historia del mero; se ve que ha olvidado que ya nos la había contado ayer. Aquello de cuando el abuelo fue a verles a Barcelona y les contó que por la mañana, antes de tomar el tren, había estado a punto de pescar el mero más grande que había visto en su vida, y se pasó el día diciendo que en Barcelona se encontraba mal, que no entendía cómo podían vivir allí, respirando aquel aire tan sucio. Y a la mañana siguiente les dijo que había soñado que pescaba el mero y se volvió a Rosas en el primer tren y pescó el mero exactamente en el sitio en que había soñado que lo pescaba. En fin, su manía de empezar siempre desde el principio, de remontarse a los orígenes de todo: el abuelo, la madre, el padre, el hermano, Aurea, y por último, pero en el centro, él, Carlos, la causa final de sus historias. Por eso noté enseguida que iba a empezar contándome que había tenido una infancia desgraciada. Que su padre, con un hijo muerto en la guerra, y el otro, Carlos, poco más que un niño, y él, el padre, recién salido de la cárcel o del campo de concentración o de lo que fuera, y sin trabajo, algún apaño ocasional como fontanero, electricista o mecánico y basta, él, el padre, se sentía sobrepasado por los acontecimientos, incapaz de reaccionar, de sacar siquiera un certificado conforme había sido depurado y hacer algo por encontrar trabajo fijo, cansado de luchar, inerte. Y que era ella, la madre, la que salvó la casa haciendo faenas, matándose de fregona desde el amanecer hasta la noche. Y que esta situación de incapacidad y dependencia no podía sino agravar el estado depresivo del padre, el sentido parasitario de su existencia, o mejor, subsistencia, socavado además por la reactivación de una vieja lesión pulmonar, tisis ya más que tuberculosis: sombrío, silencioso, sumido cada día más horas en la oscuridad de la cama. Un cura y un militar, un cura y un militar, así todas las farolas de la Diagonal, con un cuerpo colgando de cada una, lo único que quisiera ver antes de morirse, había dicho. Carlos, con estudios elementales, más el bagaje cultural que se iba procurando por sí mismo –esa típica formación de autodidacta, de lecturas de biblioteca pública, donde, no sé por qué, tanto abundan, pésimamente traducidos, los autores franceses más diversos, Sue y Descartes, Dumas y Rousseau, Hugo y Renan y Zola, obras que nuestro joven autodidacta suele leer siempre con el mismo objetivo: aprender lo

antes posible, crecer lo antes posible, huir lo antes posible–, empezó a trabajar de chupatintas en una oficina a los catorce años. Cambió varias veces de empresa, coriáceo, a las relaciones de trabajo que sus compañeros parecían acatar como inevitables; más que el trabajo y hasta el sueldo, le interesaban, con mucho, las posibilidades de seguir leyendo, de seguir preparándose para la aventura a la que se creía destinado; leer y leer donde pudiera, en el tranvía, en el metro, en casa, en la oficina, disimulando el libro entre los papeles de la mesa. La única excepción fue Aurea, que trabajaba de mecanógrafa en la misma sección. La única tanto como mujer –posiblemente la primeracuanto, de un modo más general, por afinidad de carácter: la misma aversión al medio en que se desenvolvían, las mismas ambiciones secretas y proyectos ocultos, mutuamente revelados en el curso de un largo precavido proceso de identificación. Por esa época el padre ya había muerto; nunca llegó a saber que su hijo mayor vivía, que estaba en la Argentina y que le iban bien las cosas. Cuando recibieron la noticia fue como si el sol empezase a girar al revés; pero no había lugar a duda: una carta manuscrita traída directamente por un viajero que previamente había indagado entre los antiguos convecinos la actual dirección de la familia. Aquello era como la señal esperada por Carlos y Aurea, y cuando le dijeron a la madre que se iban a Buenos Aires, que irían enviando dinero hasta que pudieran llevársela con ellos, que no se preocupara, que todo saldría bien, ella dijo que sí, que debían irse, que ella ya iría después; es vuestra oportunidad, dijo. Nunca he llegado a saber si entonces ella ya sabía que estaba enferma de gravedad, que nunca volvería a vernos ni, por supuesto, a reunirse con nosotros en la Argentina. En sus cartas nunca nos dijo nada y la primera noticia de que así iba a suceder exactamente, de que no volveríamos a verla, nos llegó por una carta del abuelo, cuando ella ya no podía escribir. A veces pienso, que, en el fondo, también yo lo sabía y que simplemente no quise darme por enterado. El impulso de fuga, de salir arreando de aquella oficina siniestra, de aquel mundo lleno de imbéciles y de maniáticos y de hijos de puta, era un impulso me imagino que demasiado fuerte. Y el peso de todo lo que nunca había tenido y otros tenían y siempre habían tenido.

Carlos encendió otro Romeo y Julieta con una tira de la envoltura de cedro, despacio, quemando la punta por igual antes de dar la primera calada. Les miraba contemplar la foto, unos cuantos niños y mujeres posando en una calle de barriada que se diría sacada de una película neorrealista italiana, las cabezas rapadas, las sandalias, los calcetines caídos, las batas a rayas, los mocos y, convertida espontáneamente en centro de la composición, casi como si la rodeara un halo, aquella cara de boca sonriente y ojos angustiados, propios del

que hace lo posible por disimular, por parecer normal y hasta contento, uno más entre aquellos otros niños que, ante el acontecimiento que suponía el objetivo de una cámara, reaccionaban buscando una expresión seria y envarada, o audaz y arrogante, o bobamente bondadosa. Un chico como los demás. No uno de esos niños que, bajo una dócil actitud ante los mayores y una mansedumbre hipócrita que con frecuencia les hace ser alabados y hasta propuestos como modelo frente a otros más díscolos, esconden sentimientos e ideas cuyo conocimiento dejaría estupefactos a sus parientes más próximos, pequeños odiadores con un copioso historial de crueldades y acciones destructivas, tendencias pirómanas, maldades anónimas, ese fuego rápidamente sofocado que nadie sabe cómo se inició, esos restos de murciélago descuartizado, esa pobre vecina del entresuelo que tiene que acabar renunciando a los cuatro cacharros de flores de su ventana, al inútil cuidado de unas plantas que algún desalmado le destroza periódicamente. Y lo peor de todo: los horrores que nuestro pequeño odiador desearía a esa persona que tan afectuosamente le acaricia el cabello. Luego, ya muchacho, sus solitarios experimentos sexuales, siempre con algo de frenético, como si quisiera cegarse, machacar las obsesivas imágenes que le agitan. La repugnancia que siente por las putas, por más que en ocasiones le exciten, y el consiguiente fracaso –mantenido en secreto– de cada intento, realizado siempre por iniciativa de algún amigo, el mencionado Ignacio, pongamos por caso, o un compañero de trabajo cualquiera al que tal vez desprecia y al que, justamente en virtud de tal desprecio, no puede permitirse manifestarle flaqueza alguna ante los obligados actos de iniciación característicos de los diecisiete años. Fracasos que tal vez no conseguirá vencer hasta entrar en relación íntima con una chica de la oficina, relación que, comenzada a modo de aventura, de primera seducción o conquista, acabará seguramente por transformarse en algo mucho más duradero de lo inicialmente previsto. Otros datos destacables: sus propósitos, o mejor, intentos frustrados, de ser aviador o marino (volar, navegar, escapar) contrapuestos al pragmatismo de los proyectos que la madre –¿algo más que una sirvienta?– exponía a la hora de la cena, cábalas relativas al trabajo más rentable a corto plazo en un joven sin recursos de catorce, dieciséis, dieciocho años, un trabajo de porvenir y que, al mismo tiempo, trajera dinero a casa. Superación de cada uno de tales proyectos maternos gracias al innegable esfuerzo de nuestro joven odiador solitario, gracias a su formación autodidacta ganada a pulso, gracias a sus lecturas encaminadas a la obtención de una cultura general antes que a unos concretos conocimientos especializados; es decir: la anteposición de sus ansias de saber a las necesidades cotidianas de subsistencia. Las llamadas a la realidad de la madre

contra tanta afición a leer. El éxito que sin duda significó para él poder entrar de chupatintas en su primera oficina siniestra. Su busca de otros trabajos y salidas, su búsqueda de la oportunidad esperada en los anuncios de los periódicos, su sistemática preparación para la gran aventura. La señal esperada, la llegada de esa oportunidad, la posibilidad de empezar, con el apoyo de su hermano, una nueva vida en la Argentina. Y todo para llegar a esto, dijo Carlos. Miró en derredor: la bahía de Rosas especialmente negra bajo aquel cielo estrellado, los reflejos especialmente intensos a lo largo de la orilla, el claroscuro del pueblo, la música distante de una discoteca, el jardín del motel, la rocalla discretamente iluminada, el porche, las tumbonas, los vasos, las botellas, el gato siamés, los insectos acumulados en el interior del farol, la salamanquesa inmóvil junto al farol, el termómetro y el barómetro colgados de una de las columnas del porche, la vista panorámica de la Ciudad Ideal colgada dentro, frente a la ventana, dibujo en tinta china coloreado a lápiz, obra de autor anónimo, un loco, muy probablemente.

Volviendo a lo de ayer, dijo, ya en ese momento en que el mismo tartajeo mental, del que es simple reflejo el tartajeo verbal, le hace a uno olvidar su propósito de parar de beber por un rato y se sirve un largo whisky, qué importa, por otra parte, estando de buen humor, locuaz, casi brillante, casi dominando la situación, casi dominando el mundo. Es decir: atrás ya el instante de perplejidad interrogativa, vencido el vacío, recuperado el hilo transitoriamente extraviado, el punto en el que había quedado el tema, un tema desarrollado noche tras noche ante interlocutores de excepción, amigos inimaginables para el Carlos de antes participando ahora en un diálogo convocado por él y, lo que es más, en un diálogo que había conseguido ir centrando en su tema, impulsado no tanto por el nivel intelectual de esos amigos, por su capacidad de comprensión y, en consecuencia, por el placer de exponerlo ante personas de semejante nivel, cuanto por la posibilidad de que al hacerlo consiguiera él mismo irse aclarando las ideas al respecto. Un tema fugaz, difícil no ya de acotar sino hasta de plantear, su misma complejidad, la timidez, el temor a expresarse mal, a resultar cargante, a parecer incluso tonto, el mismo alcohol tomado para vencer esa timidez, obstáculos que cada noche aplazaban por una noche más la posibilidad de llegar a conclusión alguna. El tema: ¿puede un concepto tan racional como el concepto de clase explicar las incoherencias no ya del comportamiento sino hasta de la personalidad? O sea: ¿cuál es entonces la causa de que yo sea como soy? O mejor: ¿qué me pasa?

Lo que menos podíamos imaginar: mi hermano, el héroe muerto defendiendo su ideología marxista, no sólo no había muerto sino que tampoco era precisamente un héroe. Su conducta en el frente había

dejado mucho que desear –¿no es así como suele decirse?–, sobre todo al final, cuando se derrumbó antes que el propio frente, con una oportuna deserción que tal vez le salvó del fusilamiento. ¿Era además un traidor, como decían algunos de sus antiguos compañeros, o simplemente un cobarde? Yo creo que ninguna de las dos cosas. Esta clase de dilemas no son más que una estupidez. Siempre hay cuestiones previas, problemas de convicción, reacciones indirectas. De hecho –eso es lo único cierto–, no bien consiguió llegar a América se desentendió por completo lo mismo de su ideología que de sus compañeros. ¿Consecuencia de su anterior deserción? ¿Respuestas a la misma causa, a los motivos por los que desertó? El caso es que, una vez en la Argentina, se dedicó exclusivamente a hacer dinero. Y con éxito. Nosotros mismos, sin su ayuda, no hubiéramos tenido la suerte que tuvimos. O, al menos, los primeros tiempos en Buenos Aires hubieran sido mucho más difíciles. Habituarse al modo de ser de aquella gente ya es de por sí un trauma. Pero lo peor eran los otros españoles: los exiliados, con sus historias y sus rencillas, unos tíos que no trataban a mi hermano ni, por fortuna, tampoco a nosotros. Y los demás, los propiamente emigrantes, pura morralla, gallegos que no pensaban más que en ahorrar para volverse lo antes posible. Lo mismo que nosotros, por otra parte. Pero sólo en apariencia: para nosotros, al dejar Barcelona, lo verdaderamente fundamental era largarse como fuera, salir del medio en que nos habíamos criado. Y ellos, en cambio, seguían viviendo como en España, sin pensar más que en España, en cuando regresaran a su patria chica con sus ahorros, en el negocio que iban a montar en el pueblo para admiración y envidia de sus paisanos. Gente espantosa. Con razón decían allí que los españoles éramos peores que los judíos, indigeribles, inasimilables. Y los argentinos, bueno, son argentinos, cursis, empalagosos, de una pedantería que no se puede soportar. Para el caso, me entendía mejor con los yankees, ejecutivos de la empresa, ejecutivos de otras empresas amigos de los ejecutivos de la empresa, funcionarios de la embajada, agentes de la CIA, en fin, la colonia americana. En el trabajo todo estaba claro con ellos y, al menos, los weekends también necesitaban emborracharse. Quizá lo hacían por una cuestión de standing, o de relaciones públicas, o para rendir más el lunes, o por lo que fuera, pero el caso es que resultaban preferibles. Aurea también los prefería. ¿Verdad? Tuvo un asunto con uno de ellos que duró bastante, un tal Bob. Uno de estos chicos de Nebraska o de por ahí, altos, guapos, sanotes, directos, y hasta menos tontos de lo que a primera vista pudiera creerse. Incluso cabe en lo posible que no hiciera desastrosamente el amor. Pienso yo, vamos; en eso sí que es Aurea quien tiene la última palabra. Muy cariñoso en cualquier caso, de esos que llenan de atenciones a las mujeres. Seguro que exacto a como lo estáis imaginando: el típico

americano lleno de principios, un poco ingenuo para los no americanos, completamente imbécil, quiero decir. Tipo tenista, vamos. Pero a las mujeres les gustan de vez en cuando esta clase de idiotas. Vamos, por lo menos ésa fue la más importante aventura de Aurea en Buenos Aires. Que yo sepa, claro. Ninguna como la de Bob el bobo. Ligaron mientras yo estaba en Barcelona preparando el regreso, buscando piso y todas estas cosas, y ella, en Buenos. Aires, recogiendo nuestra casa de allá, apurando las comodidades del hogar hasta el último minuto. Muy discretamente, eso sí. No creo que ni mi hermano llegara a enterarse. Y eso que debía de conocer al Bob en cuestión, que era amigo de amigos. Quien no tuvo ese gusto fui yo; ni siquiera sé la cara que tiene. Claro que no hace ninguna falta haberlo visto para imaginárselo perfectamente.

Bob, Bob, Bob, dijo ella. Dale con Bob. Lo curioso es que, en cambio, no menciona para nada a ese arquitecto que les construyó el motel. Se le notan los celos, no puede evitarlo, pero nunca se refiere a él, como posible amante de Aurea. Dice que los maricones le repugnan y basta. ¿Por qué no acepta que los maricones puedan tener aventuras con mujeres? ¿Porque el hecho de ser maricón lo descalifica como rival, lo mismo que en los antiguos duelos, cuando para un caballero era una deshonra cruzar la espada con un no caballero? ¿Porque le resulta excesivamente ridículo que Aurea le ponga cuernos con un maricón? ¿O porque, conociéndose como se conoce, llegue a considerar posible que la aventura con el arquitecto, más que una realidad, es producto de su imaginación, potenciado tal vez por la atmósfera de misterio y complicidad que, desde luego, Aurea es capaz de crear en torno a lo que bien puede no pasar de sincera relación amistosa? Porque Aurea sabe manejarse, de eso sí que no cabe duda. Sabe que Carlos la conoce y sabe, por tanto, la interpretación exacta que va a dar a cada uno de sus actos, de sus palabras, el valor que dará incluso a la cara que ponga. Sabe lo que para Carlos significan, según y con quien se vean, determinadas posturas, determinados modos de sentarse, determinados trajes y peinados y maquillajes; y hasta que elija tal o cual disco, o que, cuando cenan fuera, insista en pedir determinada marca de vino. Y sus silencios y sus sonrisas y su manera de echarse a reír de pronto, sin motivo aparente, como de pura vitalidad, triunfante. Y esa forma que tiene de acariciarle el pelo como a un crío, como diciéndole a pesar de todo te quiero, tonto, lo que más subleva a Carlos. Y su pretendida frigidez, esa frigidez de la que Carlos habla y ella calla, cuando lo normal sería lo contrario, una de esas confesiones que las mujeres suelen hacer a sus amigas, por lo general más gloriándose de ello que lamentándose, y de las que el marido suele ser el último en enterarse. Porque si Carlos la llama frígida en público siempre que lleva unas copas de más, aparte de la

voluntad de ofensa que pueda haber en tal afirmación, o del deseo de desprestigiarla o de autojustificarse, es porque Aurea se lo ha dado a entender así, si no es que se lo ha dicho explícitamente. ¿Con qué objeto? Con el de suscitar, o mejor, agudizar en Carlos esa falta de confianza en sí mismo que evidentemente le posee, incrementar en él su sensación de torpeza ante las mujeres, hacerle sentirse eróticamente inepto, incapaz de hacerlas gozar en la cama. Y, en consecuencia, por temor al fracaso, inhibir en Carlos cualquier tentación de aventura, al tiempo que, inversamente, introduce en él una duda: ¿será también Aurea frígida con los otros? Colocar a Carlos en situación de inferioridad, a la defensiva: sentirse traicionado y no ser capaz de traicionar a su vez ni de reconocer hasta qué punto le afecta esa traición, reconocimiento doloroso, difícil de arrancar, sobre todo en una persona de carácter introvertido, que tal vez constituya el verdadero objetivo de Aurea: la rendición incondicional de Carlos. Súplica de que no haya más aventuras. Admisión del daño que le causan. Reconocimiento formal de que está dispuesto a ceder en lo que sea. Y, a todas ésas, Aurea no cede en nada: tiene aventuras y no le importa que Carlos también las tenga, que cada uno tire por su lado. Pero ¿es esto realmente cierto? ¿No obedecerá el desorbitado plan de Aurea al deseo de enmascarar, vengar y hacer imposible la repetición de algo que probablemente sucedió en Buenos Aires, algo cuya responsabilidad recae principalmente sobre Carlos, por no decir enteramente, y que destruyó de forma irremediable la armonía existente hasta entonces entre ambos? Que ahora, que desde aquella ocasión y ya para siempre Carlos se diga a sí mismo: Aurea dice que con todos le ha ido mal, que todas sus aventuras han resultado un fracaso. Pero ¿y Bob? ¿Por qué duró tanto su historia, entonces? ¿Y ahora, con el maricón del arquitecto? ¿No creará en ella cierta excitación perversa el hecho, justamente, de que sea maricón, ese placer que experimentan algunas mujeres en hacer el amor con homosexuales, en hacer la competencia, y con éxito, a los propios hombres? ¿Quién me asegura que con los otros no tiene en la cama un comportamiento diferente al que tiene conmigo, que con ellos toda su inercia no se convierte en actividad y experta iniciativa? Si al menos fuese lesbiana y le gustase alguna chica bonita y nos acostáramos los tres y, con la presencia de Aurea, tuviera yo la seguridad de responder, de empalmar adecuadamente y eyacular a su debido tiempo, esa seguridad que sólo tengo con ella y que, por extensión, se aplicaría también a la joven, y yo pudiera entonces cumplir con las dos, mejor que muchos de estos medio imberbes que tanto presumen y a la hora de la verdad se corren como conejos. Y luego, recuperada la seguridad en mí mismo, dejar de una vez las putas y llevarme a la cama a una de estas chicas de ahora y hacerle tener cien orgasmos y, a

la otra vez, que se traiga una amiguita, y hacer números complicados en plan cochino, Aurea ya excluida, con un palmo de narices a falta de otra cosa. Esas chicas que reaparecen cada primavera, traídas como el polen por el aire soleado, provocativas en su juventud insolente, en su vivaz desenfado, en su afectación de lánguida desgana, esas putillas y no Aurea, ya con demasiados masajes en el cuerpo y demasiadas cremas, no menos floja de carnes ni menos apagado el cutis que en cualquiera de esas putas que acabo por recoger alguna noche, ya borracho, y con las que no vuelvo a salir, no menos avergonzado ahora por el fracaso que en la adolescencia, un fracaso que no se compra, que no se paga, que no se salda con el precio estipulado, el único dato que varía en relación a entonces, la diferencia que va de treinta a tres mil pesetas. La humillante sensación de ridículo que sólo llegué a vencer con Aurea y que sólo con ella sigo venciendo, con ese cuerpo esquivo, ya ni tan siquiera demasiado apetecible, ingrato a todos mis esfuerzos por hacerle alcanzar el placer y compartir el orgasmo, un orgasmo solitario, casi una paja en su desamparo, al que, por una diabólica paradoja, tal vez sea incapaz de llegar con cualquier otra persona, por más que alguna mañana, mirando a estas adolescentes de primavera, y con el deseo por todo motivo, llegue a pensar lo contrario. Y él: pero, ayer, ¿qué te contaba?: Y ella: ¿Aurea? Nada. Es sobradamente lista para no hacer nunca confidencias explícitas, para que los demás crean que está haciéndolas cuando en realidad está preguntándote si quieres más whisky, para limitarse, a lo sumo, a una palabra, la que sea –¿amor?, ¿aventura?, y hasta simplemente: ¿él?–, pronunciada con una entonación implícitamente despectiva, despectiva pero convencional, de una convencionalidad sólo comparable a la que manifiesta una de esas muchachas tan sanas de película americana que, inevitablemente, víctima de un malentendido, declara, entre rabiosas lágrimas, que todos los hombres son un asco. Aurea sabe bien que hablar en exceso a las amigas –sobre todo si se está iluminada por el alcohol– de sus asuntos con el marido puede provocar más tarde, cuando las cosas entre ambos parecen arreglarse temporalmente, una violenta ruptura con esas amigas depositarias de la confidencia, relaciones que hay que cortar por lo sano en razón de la peligrosidad que entraña el mero hecho de que ellas la escucharan, operación semejante a esas liquidaciones con que los gángsters ajustan cuentas con el ejecutor que sabe demasiado o al implacable fin del arquitecto real, único conocedor de las cámaras y pasadizos secretos existentes en el palacio de cuya estructura es el artífice.

Esta noche he tenido un sueño muy agradable, dijo Aurea. No recuerdo exactamente la causa de que fuese agradable ni quién aparecía en el sueño. Lo único que sé es que era agradable. No es

difícil imaginar, dijo Carlos: con Bob, jodiendo. Y Aurea: no empieces, por favor. No seas cretino. Y Carlos: ¿que no empiece? Yo no hago más que repetir tus propias palabras. Hace unas noches soñaste en voz alta; lo que decías no tenía mucho sentido –al menos para mí–, pero mencionaste a Bob. Y Aurea: ¿en voz alta? Parecía sinceramente sorprendida. Pues ¿cómo llegar a saberlo a ciencia cierta? ¿Cómo comprobar, si uno sueña o dice soñar en voz alta, que es verdad o no lo es lo que cuentan que ha dicho? Aurea inventa sueños según su conveniencia, pongamos por caso, para inquietar, cuando no irritar, a Carlos, sin tener que dar explicaciones. En definitiva, ¿qué culpa tiene uno de soñar algo? Aurea podría incluso fingir que sueña en voz alta, murmurar vaguedades turbadoras, como dormida, sabiendo que Carlos permanece despierto, atento a sus palabras. Pero ¿y Carlos? ¿Se creería sin más los sueños de Aurea? ¿No sería perfectamente capaz, partiendo de una base cierta, de ampliarlos también a su conveniencia al afirmar que, dormida, había dicho tal o cual cosa? ¿Mentía Aurea al fingir soñar en voz alta o mentía Carlos al asegurar que ella, en pleno sueño, había dicho esto o aquello? ¿Y eran a su vez verdaderos los sueños que Carlos decía haber tenido, tan incontestables como los de Aurea y no menos maleables así a su cálculo como a sus deseos?

¿Y sabes qué soñé yo la otra noche?, dijo Carlos. Que nos acostábamos los tres: tu arquitecto, tú y yo, en cadena, montados los unos en los otros, dándonos por el culo. No, no por la noche; fue a la hora de la siesta, y todo pasaba en la misma cama en la que estaba durmiendo. ¿Qué? ¿Qué te parece? Ahora ya puedes ir a contarles a tus amigas, esas brujas con las que te juntas, que tu marido, además, resulta que debe ser medio maricón, o maricón del todo, si lo prefieres. Y Aurea: ¿Quieres parar de beber, por favor? Cuando bebes te bestializas. Me gustaría que pudieras verte a ti mismo. Ni siquiera pareces inteligente: te conviertes en un energúmeno con el que no hay forma de razonar, en un ser primario, en una bestia total. Luego te horrorizas de lo poco que recuerdas, como después de lo de la otra noche, en Cadaqués. Eran unos burgueses más bien cargantes y unos snobs y todo lo que quieras, de acuerdo, pero si vas a un party de esta clase ya puedes suponer el tipo de gente que te vas a encontrar; si buscas otra cosa, no vayas y listos. Lo que no se puede hacer es aceptar la invitación y llegar muy estirado y muy correcto, y sobre la marcha, según te emborrachas, perder el control, desatarte, y empezar a meter mano a las jovencitas, a romper vasos y volcar ceniceros. Tropezar con todo el mundo, ir quemando a los demás con el cigarrillo y, en un alarde de exhibicionismo masoquista, quemarte a ti mismo, apagarte una colilla contra el dorso de una mano para demostrar lo bien que se puede llegar a controlar el dolor, tu número de siempre. Y las tonterías que dices y la risa boba y la forma de

gesticular igual que un payaso, un payaso quizás un poco fastidioso pero, en definitiva, un payaso que no deja de divertir con su show a los burgueses que tanto te cargan. Quizá por eso te invitan, ¿qué te crees? Con razón estás tan contrito al día siguiente y no haces más que querer saber todos los detalles de lo que pasó, las particularidades de cada escena. Y en todas partes es lo mismo cuando has bebido, en los restoráns, en las boîtes, en la calle. Que si el servicio es malo, que si la cochambre del sitio te pone enfermo, que si los de la mesa de al lado están escuchando nuestra conversación, que si no aguantas el tono reaccionario de lo que están diciendo, que si aquel gordo de los anillos resulta grotesco, que si no soportas el aspecto de gilipollas de aquel hijo de papá que sale a bailar, que si me miran por la calle, que si se han atrevido a meterse conmigo... ¿Qué pasa? ¿Buscas algo, majo? ¿Con esa pinta de maricón? Siempre dispuesto a liarte a hostias, a armar bronca, hecho un bravucón pendenciero que insulta y grita y forcejea. ¡Si serás imbécil! ¡Lo que me gustaría que una vez te encontraras con la horma de tu zapato, con alguien que te sacudiera, que te diera el escarmiento que te mereces! Irritable, agresivo, con esa violencia retenida tan frecuente en determinadas personas, fruto, por lo general, de los rencores acumulados por el muchacho hipócrita y hasta servil que uno fue en otros tiempos. Que –ya no muchacho– aún sigue siendo, en cierto modo. La doblez ya casi consustancial, la capacidad de ser, como buen perro apaleado, todo lo rastrero que se precise ser cuando uno necesita algo de alguien, y todo lo tiránico que quepa ser con los inferiores –camareros, empleados, personas en situación subalterna– cuando les ve comportarse exactamente igual a como él se comportaba cuando las circunstancias obligan y ellos se achican aún sin conocerle ni saber quién es exactamente, sólo porque va elegante y se le ve rico, el mejor de los uniformes, en definitiva. Reacciones que también pueden resolverse a la inversa, en puro afán de contradicción, al afirmar, en pleno party de burgueses cargantes y snobs, equivalentes, por su posición social, a esos otros burgueses ante los que tuvo –y tiene todavía– que achicarse tantas veces, que tal película o tal libro, que ninguno de los presentes considera siquiera película o libro, a él le gusta, o, por el contrario, que tal obra, que gusta a todos, o de la que al menos todos hablan, a él le parece completamente estúpida, algo verdaderamente insoportable. Y su forma bien de combatir el snobismo de una burguesía a la que se siente ajeno, por más que, objetivamente, sea en la actualidad la clase a la que pertenece, bien de compensar la inferioridad que supone una formación cultural de autodidacta, preguntando, pongamos por caso: ¿Rabelais? ¿Quién coño es este Rabelais?, con expresión de idiota o de embrutecido. Las mismas motivaciones cabe atribuir a las fobias que suele manifestar la clase de individuos que nos ocupa, aun sin la

violencia soterrada que el alcohol hace aflorar, perdidas por lo general entre los escombros con los que uno acostumbra a reconstruir su infancia. Así, por ejemplo, prescindiendo ya de las más comunes, fobia a los curas, a los maricones, etcétera, la irreprimible fobia a las esperas, que no hay que confundir con la simple y natural impaciencia de quien tiene el tiempo justo y muchas cosas por hacer; lugares especialmente críticos al respecto: consultorios médicos, restoráns, aeropuertos, comisarías, estaciones de metro, oficinas públicas y salas de espera en general. Secuela, sin duda, de las múltiples esperas entre las que transcurrió su infancia, la cola para entrar en el cine, para recoger el racionamiento, etcétera, ya solo, ya en compañía de algún familiar, de la madre. Y esa otra espera que marca la infancia del pobre: la espera del dinero suficiente para, el tiempo que ha de pasar ahorrando para. Y de un modo más general, las esperas simbólicas a las que, para el sujeto, se reducía en aquel entonces la vida, el tiempo que aún debía transcurrir, la distancia que todavía le separaba de sus metas, ser mayor, huir, no tener nada que ver con la mili ni con los curas, América. Son asimismo objeto frecuente de tales fobias hechos y acontecimientos que no por su apariencia irrelevante o anecdótica dejan de provocar reacciones violentas que sería harto simplista referir a la irritabilidad del sujeto, sin preguntarse, acto seguido, el porqué de esa irritabilidad obviamente desproporcionada. La respuesta agresiva, similar a una crisis histérica en su exteriorización, a que dan lugar los piropos más o menos procaces que un charnego de la construcción dedica a los airosos andares de una bella transeúnte; el trato despótico y grosero que un prototípico nuevo rico inflinge a los camareros y restante personal de restoráns, boîtes y demás locales públicos; la calma con que la cliente que le precede, ampulosa y reposada dama burguesa, hace sus compras en determinado establecimiento; el que un portero de mierda de cualquier sitio elegante de mierda le niegue la entrada por ir sin corbata –y con un jersey cuello cisne de cachemir–, obligándole, lógicamente, a encender un cigarrillo ante sus narices con un billete de mil. Y esas tías que se dan aires intelectuales y que dicen que han leído a Simone de Beauvoir y que hablan de emancipación de la mujer, cuando lo único que hacen es introducir un nuevo tipo de arma en lo que tradicionalmente se ha venido llamando lucha de sexos y que mejor debiera llamarse apertura de sexos, que de eso se trata en el fondo, que en eso consisten las victorias de esta clase de lucha, en poder abrir de par en par, cuando gusten, las puertas de su pequeña ciudadela. Y la amoralidad no ya de estas tías sino de la mujer en general, el caso de una amiga que les vino un día, hecha polvo, con que su marido le había puesto cuernos, y ahora, superada la crisis, les confesó la cantidad de gente que se había llegado a tirar, proponiendo al resto de las presentes hacer cada una su lista y a ver

quién ganaba; el carácter horrendo de tal complicidad femenina, sus confidencias, los detalles íntimos que se cuentan cuando se juntan. Y lo que es aún más abominable, ese joven medio imberbe, exhibicionista hasta en el atuendo, que afirma ser capaz de joderse a cualquier clase de mujer las veces que sea necesario, que se las tira a todas y no se le baja nunca, seis, ocho, catorce veces, una verdadera máquina de joder, y ellas se corren y se corren hasta que no pueden más y son las primeras en pedir que pare, en decir basta, no puedo más, ¡basta!, ¡basta!, obsesos asquerosos, farsantes, tanto polvo es imposible. Ya pueden las mujeres que le escuchan aguzar el oído y tomar buena nota como cretinas que son. Ese joven y, por desgracia y por extensión, la juventud de ahora, esos chicos que fueron alimentados con biberones y papillas y educados por la tele, que han podido ir a la escuela y hasta a la universidad, que mantienen relaciones sexuales con sus compañeras y, si así les apetece –caso cada vez más frecuente–, también con sus compañeros, que forman sus grupos y juntos fuman marihuana y oyen música pop, viviendo quién sabe de qué, hablando quién sabe de qué, sin interesarse por nada, mucho más claro lo que en cambio no les interesa: trabajar duro, llegar a algo. ¿Qué saben ellos no ya del hambre sino de las estrecheces pasadas por sus padres, de la desolación de los suburbios en que crecieron –en que crecimos–, de los años y años transcurridos tragando quina, disimulando hipócritamente, acatando rencorosamente a sus superiores, cumpliendo como una condena la mili de entonces, casándose –casándonos– por la iglesia, de casa al trabajo y del trabajo a casa, siempre en la necesidad de contar hasta el último céntimo, la larga lista de cosas que ni aun así, por más que ahorrase, podía uno creer que llegarían a estar alguna vez a su alcance, aquella larga retahíla de ni esto, ni esto, ni esto, martilleándole a uno día y noche, sonándole por dentro en la cabeza como suenan las pepitas en una calabaza hueca, qué puede importarles siquiera todo eso? Me pregunto, por ejemplo, qué hubiera hecho Carlos en nuestra situación. Un chico como él, a quien la particularidad de haber pasado su primera infancia en Buenos Aires no le distingue en nada de cualquier otro chico de su generación. ¿Cómo hubiera reaccionado en la Barcelona de nuestra época, ante la opresión del medio familiar y social, ante la aventura de América, ante las dificultades que hubo que ir superando? Porque mi hermano nos ayudó al principio, es cierto. Pero ¿y luego? ¿Cuando llegó el momento de regresar, porque allá no aguantábamos más ni el país ni el tipo de vida que llevábamos, y nos encontramos pillados por la devaluación del peso, enfrentados a la alternativa de quedarnos, como ha hecho mi hermano, o volver prácticamente arruinados y empezar de nuevo en España, en Barcelona, diez años más viejos y con un hijo

a cuestas? ¿Comprendéis? Diez años de trabajar y ahorrar como estúpidas hormiguitas, y todo para nada. Cuando nos fuimos a la Argentina el peso estaba a más de seis pesetas; cuando nos vinimos acá, a menos de cincuenta céntimos. ¿Qué creéis que hubiera hecho una persona de su pasta después de haber trabajado para nada tantos años, después de haber conseguido salir del pozo negro de su infancia, ante la alternativa de quedarse allá o volver al pozo negro? ¿Qué hubiera hecho nuestro Carlos, un joven igual a cualquier otro de su generación, con la misma ausencia de ideales o ambiciones o como queráis llamarle, aparte del principio común a todos ellos de ir tirando con el mínimo de esfuerzo? Bueno, quizá sea mucho pedir. Quizá, para empezar, ni hubiera llegado a darse cuenta de que se encontraba metido en un pozo negro del que debía salir. Y ella: yo creo que, fundamentalmente, lo que le pasa a Carlos es que tiene un complejo de cuernos como una catedral. Ya sé que vas a decirme que esto en sí no explica nada puesto que, a su vez, necesita ser explicado. Que por qué este complejo. Que cómo empezó a manifestarse. Pues, por lo que se ve, sus relaciones, al principio, tenían un tono muy distinto; cuando se conocieron, en la oficina siniestra, y juntos tramaban sus proyectos de futuro. Supongo que de no ser así, de no darse entre ambos ese entendimiento y compenetración, ni hubieran emprendido la aventura de América, ni, mucho menos, se hubieran casado. Sus comienzos en la Argentina también parecen los de una pareja unida, sea porque se quieren, sea porque comparten objetivos comunes. Y, no obstante, sin duda es allí, en Buenos Aires, donde se produce la crisis, la fisura que no hará sino crecer con los años. Quizás el asunto del famoso Bob. No lo sé. El hecho es que su regreso a Barcelona tiene un carácter muy diferente al de su partida; suena a derrota no ya en sentido económico, por la pérdida que para ellos pudo representar la devaluación del peso, sino en sentido moral, de pareja a la deriva, aparte, ni que decir tiene, de su vertiente erótica. Es la vuelta atrás de los que no se separan porque ya no pueden, por Carlos hijo, porque la defensa de sus intereses requiere que sigan juntos, o por mero hábito. Pero lo evidente es que en este punto de la historia ya se odian. Estoy convencida que él la quisiera ver vieja y fea para que nadie la mire y así estar tranquilo de una vez. Y la manía que le tiene a las lentillas de ella es clarísima: le gustaría tenerla cegata, siempre con gafas, sin ver a más de un palmo de sus narices. Le fastidia que lea, que tenga sus ideas y, en el fondo, hasta que trabaje, lo mismo cuando se ocupó de la decoración del motel, por las ocasiones que eso le ofrecía de tratar con hombres, operarios, empleados, como ahora, cuando se ocupa de su funcionamiento, y trata con clientes, con proveedores. Muy en el fondo, por supuesto. Pues si por una parte se siente viejo y cansado, por otra es una persona culta y de ideas progresistas, más aún,

libertarias. Es decir: que se encuentra atrapado en su propia trampa; una persona como Carlos, que ha hecho lo que ha hecho y habla como habla, no puede comportarse como un reaccionario troglodita. Y así, si a ella le apetece ver gente –después de uno de esos períodos en los que se pasan días sin hablarse–, él no puede oponerse. Y Aurea le dice que sale con tales o cuales amistades y que si quiere venir, porque sabe que a él no le apetece, que no está de humor y que, aunque lo estuviera, acompañarla sería ceder, dejar ver que le importa, que le inquieta, que si decide salir con ella es sólo por su propia tranquilidad. Tal vez Aurea ni siquiera tenga excesivo interés en salir, pero sabe que lo que Carlos realmente quisiera es que ella se quedara en casa, por más que diga que no, que salga sola, que él no tiene ganas. Y ahí es donde aparece la motivación que tiene Aurea para actuar así, su verdadero objetivo: crear esta clase de situaciones. Se despiden fríamente, sea por teléfono, porque Aurea le llama desde casa de unos amigos para decirle que sale con ellos, que por qué no se viene, sea directamente, porque ella se lo dice al mediodía y se pasa la tarde arreglándose. Aurea sale y Carlos se queda en casa poseído por una irresistible sensación de angustia, una sensación casi física, algo que parece oprimirle el pecho y provocarle náuseas, un mareo que sube desde el estómago a la garganta. No será capaz de ocuparse de nada, de distraerse con nada, de leer, de ver la tele, ni mucho menos de dormir hasta que ella esté de vuelta, y, por tanto, tiene que acabar agarrando el coche y salir a tomar unas copas o simplemente a correr y correr, hacer kilómetros a la máxima velocidad posible, desahogarse de cualquier forma. Por eso Aurea provoca estas situaciones: para que Carlos diga que no, y encontrarlo, a su regreso, irritado, exasperado, pero sin motivo concreto ni razonable para estarlo, para reprocharle algo a ella, y entonces, ella, poder cortar de un portazo diciendo que no hay quien le aguante, que se va a su habitación, que no se le ocurra hablarle hasta que vuelva a estar en sus cabales. Sí, ya sé lo que me dirás: todo eso es exacto pero no explica nada. Un estado anímico como el de Carlos, como el de Aurea, como el de quien sea, son siempre el resultado de todo un proceso cuyo comienzo se remonta a un tiempo anterior al de sus primeros recuerdos. Okay. Ahora bien: ¿qué poder tienen los cuernos o el complejo de cuernos, si prefieres, para hacer precipitar el proceso? ¿Cuál es el mecanismo, quiero decir? ¿Por qué los cuernos más que cualquier otro motivo sexual, moral, afectivo, qué sé yo, la inutilidad de sus diez años de trabajo en la Argentina, las ambiciones frustradas o lo que sea?

Y él: efectivamente. Tienes razón tanto en las objeciones a los argumentos que me atribuyes cuanto en la trascendencia de la pregunta que te planteas. Por una parte, en apariencia, está fuera de duda que el problema de Carlos reside en un sentimiento de amor

traicionado; por otra, no es menos cierto que ese problema corresponde al punto crítico de todo un proceso, y que este proceso, tanto como en Carlos, se manifiesta en Aurea. Cuando Carlos presenta síntomas particularmente depresivos, Aurea se anima de inmediato, estimulada como quien recibe el oxígeno que le falta, exultante. Se vuelve activa, locuaz, le habla de amigos (¡pederastas!) y amigas (¡loros!), y él se siente más y más postrado, cansancio físico –incapaz casi de moverse, de sonreír–, ni tan siquiera atemperado por la cólera: se siente avejentado e inseguro frente a una mujer que, bien aconsejada por alguien –algún amante, se dirá él–, ha encontrado un estilo que le hace resultar más atractiva que años atrás. Es decir: el mismo fenómeno, pero al revés, que cuando él está en forma y nota que entonces Aurea se ensombrece, cosa que no hace sino potenciar en él la exaltación y el retraimiento en ella. Fuera de los momentos críticos, en su silenciosa convivencia, evitan, asimismo, como de común acuerdo, discutir directamente, hacerse reproches concretos, plantear las verdaderas causas de fricción; prefieren proyectarlas sobre otros campos, cuestiones totalmente ajenas a sus relaciones sentimentales, pero que, aun sin necesidad alguna de puntualizarlo, saben de sobra que les separan, que constituyen un terreno adecuado para dirimir sus desavenencias: música, películas, amigos, modas, arreglos domésticos. Ahora bien: cuando te he dicho que en el sentimiento de amor traicionado está la clave de los problemas de Carlos, creo haber matizado la afirmación subrayándola con un en apariencia. Quiero decir que, en mi opinión, hay algo más, algún otro elemento tal vez soterrado pero activo, estrechamente ligado a ese sentimiento, que tal vez ni él mismo conoce, pero que no por ello deja de contar. Al contrario: cuenta en la medida en que el sujeto no es capaz de formularlo o no admite su formulación. Pero como con esas películas y esas novelas que la gente dice que no les interesan porque, más que casos normales, constituyen verdaderos casos clínicos –incestos, parricidios, etcétera–, cuando, en realidad, la motivación de tal rechazo se debe justamente a que algo hay en ese caso clínico que les concierne y que procuran seguir ignorando, así Carlos con sus problemas.

Y el otro día, cuando os fuisteis a Ampurias, ¿de qué quería hablarte? De nada en particular. Simplemente, al saber que iba a visitar las ruinas, me preguntó si me importaba que me acompañase. Supongo que le hacía gracia la idea de ir solos, sin mujeres. Yo le dije que por qué no nos llevábamos también a Carlos hijo, y él me vino a decir que a los jóvenes de ahora no les interesan estas cosas. Pero yo no pensé en ningún momento que fuese a hablarme de nada concreto. Carlos no es de la clase de tipos que buscan a un amigo para contarle sus problemas; para empezar, ni siquiera tiene amigos en este sentido

de intimidad. Como, efectivamente, tampoco es de estos que andan buscando una mujer a quien abrir su corazón para que les dé consuelo. Hará ver que lo hace si cree que puedes estar ofendido con él y se siente en falso, como muestra de confianza; pero sólo lo hará ver. En realidad, lo contrario a revelar algo: dar pistas falsas, pistas que refuercen la imagen que con los años se ha ido forjando de sí mismo y oculten aquellos rasgos que contradicen o escapan a tal imagen. Sólo que estas pistas que a lo mejor uno mismo llega a considerar verdaderas, pero que son falsas, suelen contener indicios realmente verdaderos de lo que se esconde tras esa imagen que con tanto cuidado uno ha ido construyendo. ¿De qué me habló? De lo que hubiera querido ser en su juventud, cuando iba a la oficina siniestra, y ya nunca será: un escritor de talla, mordaz y profundo al mismo tiempo, famoso, discutido como todos los genios, uno de esos escritores de quienes todo el mundo habla y a quienes todo el mundo teme; y de sus experimentos en este sentido, de esas cuartillas escritas a los diecisiete años que uno termina por sacar del cajón un buen día –ya en Buenos Aires– y quemar piadosamente. Otra de sus obsesiones de entonces: ser fuerte, uno de esos tíos puro músculo con los que nadie se atreve a meterse. Todo vino a propósito de este Ignacio no sé cuántos, de alguna nueva noticia sobre su caso que aquel día traía el periódico. Por aquella época, cuando Carlos tenía la obsesión de ser fuerte, Ignacio y él iban al mismo gimnasio y entre ambos llegó a establecerse cierta amistad. A Carlos le atraía el cinismo anárquico del otro, su viveza y hasta su falta de escrúpulos. Se ve que el tal Ignacio era hijo de un cabo de la policía municipal, uno de esos chicos procedentes del Frente de Juventudes y con buenos padrinos en los sindicatos, algún jefazo o así, aunque la Falange, como todo, le importaba un carajo; noctámbulo, un rato golfo, tan golfo, decía, que pronto acabarán por gustarme los tíos. Cuando dejaron de tratarse, el tal Ignacio solía disponer de cantidades de dinero ni siquiera explicadas por el hecho de que ocasionalmente hiciera de matón o guardaespaldas de sus jefazos. Y ahora, después de tantos años, cuando Ignacio era ya sólo un recuerdo más de aquella época, olvidado en lo posible al igual que cuanto a ella pertenece, Carlos va y lee en el periódico que su antiguo compañero de correrías está pringado hasta las cejas en una estafa de pisos, el típico caso por el que le caen a uno cientos cuando no miles de años de cárcel, unos pocos por cada piso. Paradojas de la fortuna; tomemos la historia de dos amigos: el uno sube y sube como sin esfuerzo, escala una tras otra las cotas del mundo económico, se adentra en sus entresijos hasta que un error de cálculo o un exceso de confianza en quienes le apadrinan, más probablemente que una premeditada voluntad de inviable estafa, le precipitan en la cárcel por un tiempo que corresponde al de una

civilización o al de toda una era. El otro, por su parte, se va a América y también consigue salir adelante. Pero a la hora de volver resulta que todos sus esfuerzos han sido inútiles, que por causas que escapan a cualquier previsión y contra las que nada puede hacer –fin de la prosperidad argentina, crisis económica, inflación, devaluaciones en cadena–, las perspectivas que ofrece su propósito de volver a establecerse en Barcelona son apenas más alentadoras que las que le movieron a marcharse, diez años antes. Y entonces, a todas esas, por circunstancias no menos imprevisibles ni ajenas a su propio esfuerzo, resulta que entre tanto, en España, vuelve a ser un hombre rico, mucho más rico incluso de lo que nunca hubiera podido llegar a ser en la Argentina. Es decir: que si nuestros padres habían vivido y muerto modestamente, o mejor, miserablemente, nuestros abuelos se habían convertido en millonarios. O sea que si no hubiéramos hecho nada, que si nos hubiéramos pasado esos diez años en perfecto estado de hibernación, todo sería exactamente igual a como es, y ahora estaríamos hablando con vosotros aquí mismo, en el motel Afrodita, igual que hablamos ahora. En mi primer viaje de tanteo para preparar el regreso, me encontré con que mi abuelo, el pescador de Rosas, tenía una verdadera fortuna en tierras, viñas, olivares contiguos al mar que, con el fenómeno turístico y la expansión económica, le valían un montón de millones. Hubiera podido sacar aún mucho más, pero las cantidades que al principio pagaban las empresas constructoras y que a él le parecían tan altas, de locos, eran en realidad muy bajas; así vendió a un precio tirado los mejores terrenos –los peores según él–, los que daban a la playa. Sin embargo, le quedaban otros, y mi hermano y yo éramos toda su descendencia. Además no le importaba, para él tanto daba un millón como cien, las dos cosas eran mucho dinero; en la práctica sólo sabía contar por miles, por no decir por duros. Lo que de verdad le interesaba eran sus meros, y luego una señora del pueblo, también viuda, algo más joven, con la que se juntó cuando él ya tenía sus buenos setenta y tantos. Por lo demás, seguía ocupándose de su huerto y de los pocos olivos que le quedaban, se fabricaba él mismo su jabón y detestaba la idea de moverse de Rosas. El caso del abuelo de Aurea era distinto. Un hombre calculador, con una idea muy exacta del valor del dinero, el clásico cacique rural. Aurea apenas lo conocía. Por lo que cuenta, lo único que recordaba de cuando estuvo en el pueblo, de niña, es que tenía un sexo enorme; una vez le vio orinar contra un árbol, y estas cosas, en una niña habituada a las pitolinas de sus hermanitos, siempre impresionan. Pero sea por un reflejo de viejo especulador, sea por las oscuras responsabilidades respecto a la propia descendencia que suelen abrigar los laberintos interiores de todo cacique rural, el hecho es que no dudó en aportar su respaldo económico a nuestra iniciativa cuando, tras estudiar y hasta

ensayar las posibilidades de diversos asuntos, decidimos meternos a montar este motel, el motel de la Luna, como le quería llamar Aurea, el motel del Sol, como le quería llamar yo, finalmente llamado motel Afrodita, a modo de símbolo de nuestro mutuo amor indestructible, de la capacidad que tiene el amor de sobreponerse a todo malentendido pasajero, de superar todo antagonismo. Por supuesto que el abuelo de Aurea afianzó su fortuna en los años de la posguerra, que es a partir de entonces cuando se convierte en cacique indiscutible del pueblo, del que todavía sigue siendo amo y señor. También dicen que el origen de su fortuna, lo que pudiéramos llamar primera piedra, fue una olla llena de onzas de oro que encontró enterrada. Nunca hemos sabido si es cierto o si la gente lo dice porque así se lo había vaticinado la bruja local, una vieja echadora de cartas. La típica historia de tesoros ocultos.

LUNASOL. Recoger los papeles, guardarlos en el cajón, lavarse las manos algo sudadas, pasarse un peine. Rosa ya estaba lista, leyendo en la terraza, indiferente a los esplendores del atardecer en la bahía, al fondo, por encima de tejados y azoteas del delirio geométrico de las antenas de televisión; demasiado visto.

Ahora, irnos a cenar algo. ¿Y después de cenar? Aprovechar que los del yate estaban fuera y darnos una vuelta corta, tomar una copa en cualquier parte y volver temprano, siempre que no nos encontrásemos con algún conocido, con Walter y Krista o con el Grec, y la cosa se liase. O, más probablemente, cediendo a esa inercia de que todavía es pronto, de qué coño hacer a estas horas, ya de vuelta en el motel, dejarse caer en el apartamento de nuestros amigos, a charlar un rato, atraídos –los compases del Adiós Pampa Mía sonando a modo de reclamo– por el placer de la conjetura sicológica, atrapados en el juego de la conjetura por la conjetura. Es decir: mostrar, en el curso del diálogo, no tanto la verdadera personalidad de cualquiera de los presentes o de terceras personas y, mucho menos, de uno mismo, cuanto demostrar la propia penetración sicológica, el propio ingenio especulativo. Como la otra noche. Habíamos llegado quizás algo más pronto que de costumbre y en el jardín nos cruzamos con Carlos arreglado para salir, perfectamente conjuntado para unirse a los suyos, como él decía, esto es, a su grupo, sus amigos. Nos saludó suave, afectuoso, desenfadado, casi como si también nos considerase de los suyos. Os está esperando, dijo, y, efectivamente, allí estaba él, instalado ya en el porche, junto a las bebidas ya dispuestas. Discutimos de nuevo quién era con más propiedad huésped de quién, si ellos de Rosa y de mí o nosotros de ellos. Ella tardó en aparecer;

venía envuelta en un ruso blanco, de tomar un baño. ¿Después de la cena? Me sentía pringosa, dijo. Y, además, eso del corte de digestión es un invento de los padres. Se abrigó en los pliegues del ruso, recogida en la tumbona como con cierta somnolencia. Ahora que recuerdo, dijo, esta tarde, a la hora de la siesta, he tenido un sueño muy agradable. No sabría decir exactamente lo que pasaba; sólo sé que era muy agradable. El comentario más oportuno para que él se sirviera de inmediato otro whisky; seguramente alguna historia romántica, dijo. El porche: los vasos, el gato siamés restregándose contra las tumbonas, aquellas tumbonas de gusto dudoso, iguales a las de la terraza de nuestro apartamento, que hicieron exclamar a Pompeyo: ¿qué son estas máquinas?; y la salamanquesa inmóvil a la luz del farol y el termómetro y el barómetro y el dibujo titulado La Ciudad Ideal colgado dentro, ese dibujo encontrado por ella en los Encantes y que tanto parecía fascinar a nuestro amigo, original anónimo, obra probablemente de un loco, realizada, se diría, a juzgar por alguno de los elementos representados, hacia principios de siglo; dibujo en tinta china, iluminado en algunos puntos con distintos colores, composición con todas las marcas características del arte naïf, mezcla de plano y de vista panorámica de una ciudad, al modo de los grabados de ciudades tan en boga con anterioridad a la invención de la fotografía, y como ellos salpicado de llamadas y números que, a pie de página, ofrecen las adecuadas explicaciones de cada detalle. Una sola diferencia: ninguna figura humana, nadie que, aunque sólo fuese a modo de contraste, animara el conjunto, como es usual en tales grabados. Se trataba de una ciudad amurallada y rodeada enteramente por un río, por especificar si natural o encauzado; en el centro de la ciudad, una Ciudadela separada del resto por un nuevo cauce de agua, también coloreado en azul. Estructura urbanística concéntrica: un dodecágono regular dentro de otro, progresiva y proporcionalmente menores, delimitados por siete calles o Paseos de Ronda, como rezaba la llamada; nueve en total, contando con el configurado por la muralla exterior, así como el que bordea el foso de la igualmente amurallada Ciudadela. El acceso a la ciudad puede realizarse por dos puentes o puertas, no queda claro en la llamada cuál de las dos palabras es utilizada: el Puente o Puerta del Naufragio y el Puente o Puerta de la Salvación. La muralla comprende un total de doce torres almenadas. Cuatro calles transversales o avenidas cruzadas en forma de X unen entre sí los nueve Paseos de Ronda, formando una plaza en cada intersección, treinta y seis en conjunto, todas con su nombre, al igual que las avenidas, Avenida de la Creación, Avenida del Sueño, etcétera. En el entronque del extremo de la bisectriz de cada ángulo de la X formado por las calles transversales o avenidas con el perímetro de la muralla, esto es, sobre sus tramos 12, 3, 6 y 9, hay señalados cuatro

palacios o residencias orientados hacia el exterior de la ciudad, que coinciden exactamente con los puntos cardinales señalados en el rincón superior derecho del dibujo, el de Invierno con el norte, el de Primavera con el este, el de Verano con el sur y el de Otoño con el oeste, coloreados respectivamente en blanco –es decir, sin colorear–, verde, naranja y violado. La Ciudadela, denominada Ciudadela Solar, se desarrolla en torno a un edificio de cúpulas doradas llamado Templo de la Ley; sus cuatro torres principales, independientes en su arranque, se unen en un solo prisma, finalmente resuelto en círculo, de altura muy superior a las restantes cúpulas. La nota correspondiente puntualiza, sin más pormenores, que la sombra de dicha torre, al proyectarse –en sentido inverso al de la trayectoria del sol, así como al de las agujas del reloj– sobre cada uno de los doce perímetros concéntricos constituidos por los nueve Paseos de Ronda, más los dos cauces de agua y, al pie de la vertical, la propia linde de la Ciudadela, señala exactamente las horas en el curso del día. En el centro del Templo, rodeado de cúpulas, se encuentra todavía un lago coloreado en plata llamado Lago de la Luna. Y, nota curiosa, no parece haber puentes de acceso a la Ciudadela.

Sí, iríamos a charlar un rato con ellos. Volveríamos a lo de ayer, al tema inacabado, replanteado cada noche y cada noche postergado por el alcohol hasta la incoherencia. Y luego, el maldito regreso, inseguros y malhumorados, a nuestro apartamento, el baño iluminado en exceso, el blanco de la cama excesivamente blanco. Tal vez una última nota tomada en el dorso de la postal que sirve de punto al libro de cabecera de turno, una nota de escritura irregular y confusa, y valor sólo comprobable mañana por la mañana, esa temida mañana de resaca que, lógicamente, se alargará por lo menos hasta el mediodía por lo mismo que el rato de charla con nuestros amigos se alargará inevitablemente hasta la madrugada, temor sólo superado, en estas horas nocturnas, por otro mucho más inmediato, los sueños, la visita del viejo.

II

ITINERARIO. Salir pueblo adentro. Por las callejas del interior, hacia el monte; evitando la fachada marítima, las aceras del paseo a lo largo del malecón, de la carretera que conduce al faro, a las ruinas del castillo de la Trinidad, a las calas que se suceden en dirección al Cabo Norfeo, hasta la Almadraba o como quiera que se llame la playa a la que el Grec dice que llegó a nado cuando naufragó y salvó a otro o fue salvado por otro o lo que sea. Lo importante era rehuir las terrazas de los bares, los posibles encuentros, los saludos, Pompeyo y Quima, Walter y Krista, la Rosa Bosch y el Javi; y Mario y Celia y el Grec y hasta el cenizo del americano, las caras que uno conoce aunque sólo sea de vista. Todos como uno de esos vecinos de barrio o de lugar de verano, o como uno de esos compañeros del cole o de la uni o de la mili a los que nunca llegamos a tratar, una de estas personas que uno ve durante años y años hasta que por fin se entabla el diálogo, y, entonces, la espantada que uno pega cuando, tras un rato de charla amistosa con esta persona a la que sólo conocíamos vagamente o veíamos de tarde en tarde, esta misma persona, con un repentino rigor expositivo que, no por más bien petrificada la expresión y ofídica la mirada, deja de delatar el nerviosismo propio de la pasión a duras penas contenida, nos anuncia su resolución irrevocable de establecer con nosotros una amistad cada vez más estrecha y entrañable, al tiempo que se pone por entero a nuestra disposición y nos ofrece sin limitaciones cuantos favores estén a su alcance, a cambio, a cambio únicamente –es obvio– de que le escuchemos y, sobre todo y en definitiva, de que le salvemos, de que le libremos no de nada exterior a él, el plomo, el ladrillo, el desdichado, sino de algo que no está en nuestras manos resolver ya que tampoco lo está en las suyas, es decir, que le rescatemos de sí mismo, que deje de ser quien es, su ardor y firmeza iniciales dando paso poco a poco a la desesperanza al captar el carácter cortés de nuestras respuestas, como si adivinara ya el desenlace de todo aquello, el valor de una promesa con que una vez más van a dejarle, nuestro: bueno, nos llamamos, con el que irremediablemente terminará la despedida. Así, como ante uno de esos tipos, la espantada. Lo ideal: hacerse con un avión desocupado y escapar en picado hacia arriba hasta donde el fuselaje aguante y los rayos cósmicos o los rayos y centellas de Júpiter lo permitan, y una vez allí, entrar en órbita definitivamente.

Descartada, descartada de antemano, la posibilidad de tirar calle abajo, hasta el paseo marítimo, frente al área del pósito, a estas horas

fatalmente animada por la llegada de las primeras barcas y el comienzo de la subasta del pescado, un lugar, en otras palabras, lleno de peligros, de riesgo de encontronazos, de que alguien nos comente algo, y todo sólo para dejar atrás, entonces, aquel avispero, doblar la punta del faro y continuar al otro lado, costeando las calas y acantilados y cantos de sirena que sólo no oye quien se tapa los oídos. No, en absoluto, nada de eso: por el interior del pueblo, calles en construcción, edificios en reconstrucción, furtivo y apresurado, como en fuga, intentando sustraerse al aterrador canturreo que llega de unas obras, adiós, adiós, mi lindo marinero, algún peón recién salido de la mili, recién licenciado, sin duda, embrutecido por el hábito, quizás hasta nostálgico, un estribillo que produce a uno la sensación de estar marchando al compás, marcando el paso a golpes de tambor, y que únicamente se puede contrarrestar por medio de una forzada arritmia, de un premeditado descuido de movimientos.

Una dificultad: orientarse en un paisaje transmutado, donde todas las antiguas referencias han desaparecido. Ni viñas ni olivares ni cultivos: paisaje humano abandonado a las hierbas enzarzadas y al malva suave de los cardos, remodelado en función de una escala abominablemente más humana por más rentable, chalets a medio construir, esbozos de calle, explanaciones. El molino desmantelado, por ejemplo, sin aspas, aquel torreón oscuro habitado por un búho, justo en la linde del bosque de alcornoques que se extendía ladera arriba, meta habitual de nuestros paseos vespertinos, la primera vez que estuvimos en Rosas: cómo adivinar el lugar exacto de su emplazamiento si ni siquiera existe ya el bosque de alcornoques. ¿Y a qué monte encaramarse para contemplar el pueblo si este monte forma ya parte del pueblo? ¿Más lejos, más arriba? ¿Trepar a la cumbre del Paul, irrumpir en la estación de radar, morir acribillado por los centinelas en plena carrera hacia las dos bolas resplandecientes, las dos descomunales pelotas erigidas allá en lo alto en memoria del difunto Pan, del dios muerto?

Detenerse a contemplar el pueblo desde allí, entre los cuatro alcornoques que todavía dominan el repecho, sigue siendo, no obstante, el ritual tan automático, como el de la genuflexión que realiza el creyente piadoso cada vez que pasa ante el sagrario. Un hábito, una manía o como quiera llamarse, desde el momento en que la panorámica del pueblo desde allí no resulta más atractiva ni siquiera más amplia que desde la terraza del motel, este deslavazado primer plano de calles a medio trazar, de obras, de chalets aislados, de desoladas farolas, construcciones progresivamente concentradas, pueblo adentro, y una acumulación de volúmenes, hoteles, grandes bloques de apartamentos como telón de fondo, a todo lo largo de la orilla, tapando la vista del mar inmediato, dejando apenas asomar un

extremo del puerto, parte de un carguero atracado al muelle, un panorama con algo de postal en su impresión de inmovilidad, de instante fijado, vivificado únicamente por el ruido, un ruido difuso pero intenso traído por el viento, coches, máquinas, motores, resonancias del pueblo entero llegando en su expansión hasta lo alto del repecho, hasta estos pocos alcornoques dejados quién sabe si para disimular lo que bien pudiera ser un depósito de agua, ralo el ramaje, acentuada su cualidad de piedra cruda, con todo el desamparo en su porte de los árboles que sobreviven a una tala. Entre los troncos, detrás de las matas, residuos excrementales, hojas de periódico troceadas, resecadas por la intemperie. Los chalets todos diferentes y todos iguales, como el de Walter. Las calles, dibujadas en el paisaje mediante un doble encintado de bordillo, entre solares esteparios, edificios en construcción, cráteres de cal, pilas de ladrillos, de sacos de cemento, de vigas de hormigón, de tablones blanquecinos y varillas oxidadas, la trepidación de las máquinas machacándole a uno los oídos mientras camina o huye hacia los límites del área urbanizada, insólitos en la medida en que se salen de lo fantástico. El camino que conduce al fondo del barranco era estrecho, sinuoso, accidentado, como de cabra; un barranco de cauce seco, pizarroso, con abundantes recovecos entre los matorrales que lo bordean, pequeños alveolos, escondites óptimos para dar rienda suelta a las funciones fisiológicas de los peones de las obras vecinas, como bien lo atestiguaban más y más restos de excrementos, y también, muy probablemente, para practicar la paja del mediodía, dadas las adecuadas condiciones de soledad y recogimiento que tanto propician toda clase de regresiones y fantasías que alivian los ardores propios de un hombre que trabaja en la construcción, entre mujeres que van y vienen con sus coches, sus hijos, sus maridos, sus amantes, su vida de playa, su vida nocturna, pura orgía desenfrenada.

Y entonces, el sobresalto: la manguera de plástico verde atravesada en el cauce pedregroso, la instantánea sensación de irrealidad que produce, similar, en sus efectos, a los del apagado relampagueo estival en una de esas noches de calor, la imagen de comarcas enteras aflorando, la vasta evaporación de horizontes; así, también como un flash, el sobresalto. Lo mismo que la vez aquella, de niño, cuando en el claro de un bosque de alcornoques di con el pie a una suela de alpargata, y la trenza de esparto empezó a desenrollarse, a levantarse, tiesa, vibrante, plantando cara, y yo me encontré sin más en un camino, a salvo, sin poder recordar cómo había llegado hasta allí ni, ahora, con el tiempo, a cuál de los dos puntos en que sitúo el hecho corresponde el lugar en el que realmente me sucedió. O que cuando uno relaciona de pronto un hecho determinado, una frase, un objeto, con el contenido de una pesadilla que había olvidado haber tenido y

de la que aún ahora conserva sólo un vislumbre impreciso, suficiente, no obstante, para explicar el alterado estado de ánimo, la inquietud y flojera que le han poseído a un tiempo durante todo el día. Serpientes verdinegras, digamos: con un trazado en zigzag y la panza blanca, como desleídas en el agua clara de una charca o en la inmovilidad de un remanso, anilladas, escurridizas, entrelazadas como lenguas, replegándose y desplegándose en zetas relampagueantes, girando despacio, como aletargadas en el tenebroso fondo de un estanque semivacío, removiéndose rosáceas en el agua turbia de la arenosa orilla, contrayéndose, dilatándose. No reptando en tierra ni descolgándose de alguna rama: bajo el agua, intensamente verdes sus gruesos cuerpos desenroscados en la transparencia del agua quieta y de profundidad escasa, a punto casi de pisarlas como las pisa –sólo que sin la indiferencia y el distanciamiento propios de lo celeste– una imagen cualquiera de la Virgen.

Motivos que no hacen sino incrementar las características de la resaca, los efectos del alcohol todavía no eliminado, todavía oliendo en la piel y en el aliento, todavía ardiendo en las venas y en las entrañas, el vientre movido igual que si en lugar de tripas tuviera uno cañas silbantes. Como la desazón que persiste en el perro que ha olfateado la muerte o como el calambreo del miembro en la bragueta durante la mañana que sigue a unas horas de intensa actividad copulativa, así la resaca, la eliminación del alcohol a partir del momento en que uno despierta al mediodía, la cabeza como acolchada por dentro como de vapor o vaho, la cama en desorden y ella, desnuda, todavía durmiendo, y la estera manchada a los pies de la cama, apestando a vomitaciones, quién sabe de quién de los dos, y entonces uno desayuna algo, café o té, a la hora en que todo el mundo almuerza, y sale escapado del pueblo, evitando el centro, hacia el campo o lo que fue campo, hacia levante, para luego, contorneando en lo posible las obras de urbanización periféricas, ir doblando hacia el norte y poniente, agobiado no sólo por la extrañeza del mundo circundante sino, más aún, por la fusión de esa extrañeza con la propia, por la supresión de todo antagonismo entre una y otra, dudas relativas a la identidad de uno, yo, aquí, en este lugar desabrido, en este paraje en mutación, ni ciudad ni campo, ni lo que será ni lo que era, ausencia de datos, de puntos de referencia; relativas igualmente a la continuidad de esa identidad problemática, a sus quiebras: ¿activista revolucionario?, ¿espíritu contemplativo?, ¿padre?, ¿hijo?, ¿maestro?, ¿alumno?, ¿marido?, ¿amante?, ¿don Giovanni?, ¿doña Elvira?; agobiado, enfrentado a la realidad y contundencia del mundo objetivo no menos que a sí mismo, obras, construcciones donde hubo un bosque de alcornoques, el cauce pizarroso de un barranco por el que uno camina entregado a las más elementales comprobaciones,

como aquel que en determinada situación particularmente anómala, ante determinada expectativa especialmente crítica, se plantea en toda su crudeza las preguntas más inmediatas: ¿qué coño hago yo en este pueblo de pescadores? O aun: ¿por qué estar rehuyendo y rehuyendo en lugar de huir de una vez de este pueblo abominable en el que un gorrón cualquiera se sienta a mi mesa y me da conversación con la esperanza de que le invite, cuando yo le pagaría gustoso una copa justamente para que no me hablara, y donde Rosa, por decir algo, cuando estamos solos, vuelve a decir lo de siempre, y donde hasta yo mismo acabo preguntando a la gente lo que imagino que quieren que se les pregunte, aunque a mí su respuesta no me interese en absoluto?, igual que el seductor ocasional que sale una noche y se anima, la música, las copas, la bella compañía, el ritmo, los magreos, puede aún atinar a decirse, aprovechando una pausa cualquiera, mientras orina, por ejemplo, el sexo flojo entre sus dedos: ¿para qué perder el tiempo con esta tía haciendo como si me la quisiera llevar a la cama cuando en realidad es lo último que me apetece?, no menos inerme en su conducta que ese autor que en sus escritos de artista incipiente traducía las experiencias personales en términos literarios, a través del prisma de sus lecturas entonces preferidas, de modo que no sólo escribía a la manera de –Hemingway, Pavese, etcétera–, sino que incluso buscaba en la propia realidad cotidiana elementos afines a los de sus lecturas, con el natural desencanto de quien, en consecuencia, al no dar con lo deseado, encuentra esa realidad mucho más monótona o chata de lo que esperaba, mientras que ahora, en cambio, ahora, con los años, el problema está en cómo ir tirando hasta haber escrito todo el horror, amarrar, fijar el horror en todo su horror, incapaz ya de leer novelas como de interesarse por cualquier otra cosa ajena a esa tarea de fijar el horror, todo el horror del mundo. Un horror que, si precisado en un principio en términos puramente teóricos, a modo de explicación del mundo circundante, aversión atemperada, por otra parte, por las compensaciones que nunca deja de ofrecer ese mundo circundante, acaba no sólo por materializarse, por cobrar realidad, por tomar cuerpo hasta abarcar el mundo entero, sino también por ser asimilado, haciéndose efectiva de esta forma la explicación inicial, cumplida igual que un vaticinio. Así, como tal desdichado, nuestro paseante, un hombre cualquiera en semejante estado de ánimo, predispuesto al sobresalto ante una simple manguera de plástico verde atravesada en el cauce de un barranco tanto como ante la visión y, sobre todo, el olor de los cuerpos inflados y yertos de una carnada de cachorros diseminados entre las piedras, salpicados de pesadas moscas revoloteantes, las patas destacando apenas a modo de aletas o muñones, y entonces, trepar afuera, salir al verde primerizo de una viña levantando urracas al apartar los sarmientos. Reacciones

instintivas, lo mismo, por ejemplo, que la de apretar el paso al acercarse al campo de fútbol local, desde donde, si fuera domingo, llegaría encrespado el vocerío del público. O la de reanudar la marcha no menos apretadamente tras asomarse al cementerio desde la verja cerrada, afectado no por la imagen de aquel quieto recinto, cobijo de nichos y cruces y cipreses nudosos, sino por el brusco descubrimiento de los millares de caracoles pegados al exterior del muro, la proliferación de cáscaras y cáscaras, los trazos de seca baba nacarina configurando una minuciosa composición de movimiento petrificado, plasmado en lo que, a primera vista, bien pudiera parecer el plano de una ciudad antigua, con su intrincada tesitura de calles y plazas, sus vías de penetración y circunvalación, sus puertas, sus fosos, sus murallas, algo no muy distinto, en definitiva, a lo que debió ser la primera villa de Rosas, la Rodas griega, cuyos restos van siendo exhumados con paciencia arqueológica de entre las ruinas de la Ciudadela, al menos así lo proclaman los carteles que dominan aquel contorno de fortificaciones derruidas en torno a un glacis encharcado, invadido de zarzas y hierbajos, aunque, para el eventual visitante, el único signo perceptible de actividad sea el reposado apacentarse de unas pocas cabras. Junto a las piedras de la Ciudadela, en el descampado exterior, barracones de feria, atracciones infantiles, todo recogido a estas horas. El cementerio, las ruinas de la Ciudadela, los eriales, la feria de atracciones y, ya al otro lado de la carretera, tras las últimas edificaciones que se extienden hacia poniente –hoteles, en su mayoría, que lo más prudente sería soslayar–, la curva orilla de la bahía, la playa. Una playa de gran amplitud y extensión sólo limitada por sus propios horizontes, dunas desdibujadas, confundidas con el fuerte oleaje y los remolinos de arena levantados por un poniente destemplado y húmedo, un panorama abierto donde, cuando uno llega, lo último que espera encontrar es una silla de paralítico enfrentada al mar, unos cabellos revueltos sobresaliendo del respaldo y, a la derecha de la silla, de pie, una mujer de cabellos también grises señalando algún accidente del paisaje. Y aquel perro lobo yendo y viniendo, tiesas las orejas y el rabo y afiladas las pupilas, como atentas a un inminente bocado. Y el saco, en plena orilla, un saco informe, semilleno, semienterrado, removido por el romper de las olas, olfateado una y otra vez por el perro lobo. Y hasta la misma arena, tomar un puñado y darse cuenta de su composición, el microcosmos de organismos erosionados que la forman mezclados al elemento mineral, detritus de algas, de conchas de molusco, de caracoles marinos, residuos corales, partículas de nácar, de púas de erizo, minúsculos fragmentos rosados, como de cáscaras de cangrejo o de cualquier otra clase de crustáceo.

Volví hacia el pueblo siguiendo la playa inanimada, sin bañistas, sin

patines de pedal, sin chiringuitos, ningún signo de temporada. Un pueblo de mar visto en la distancia, hacia levante, con su puerto, su paseo marítimo bordeado de grandes hoteles y bloques de apartamentos, su contorno de paisaje en demolición, no más familiar que cualquier otro pueblo contemplado desde lejos, según uno se aproxima caminando por la playa, por otra playa, contemplando otros puertos, quietas embarcaciones recogidas en el puerto, otros paseos marítimos, otras costas, otros acantilados, otras rocas y otra hierba, otra espuma blanca rompiendo en los oídos, la cara contra la arena, la boca seca, la resaca, el sabor amargo, los años transcurridos, los años transcurridos sobre todo, los pueblos y pueblos recorridos desde que estuvimos aquí por última vez, la decisión de volver aquí por el simple hecho de que aquí habíamos estado al principio de conocernos, aun a sabiendas de que tanto el pueblo como el paisaje circundante no podían ser los mismos. O quizá justamente por eso, por un voluntario propósito de encontrar una correspondencia objetiva a nuestra propia transformación. Poseídos por la morbosa certidumbre de que así como la especial fiereza del león enjaulado supone un mayor atractivo a los ojos curiosos del espectador, así, de modo semejante, la abrupta geología de este paisaje, tradicionalmente inspirador de sentimientos eremíticos, lejos del tráfago ciudadano, entre piedras y cielo y rompientes y tomillo seco, marco óptimo para quien se halla en busca de lo absoluto o embargado por un vago panteísmo o en romántico encuentro consigo mismo, así, hoy, la erosión y el salitre constituyen un indudable reclamo de visitantes, en razón inversa, lógicamente, el número de éstos y su posible afincamiento en el lugar a la persistencia de tales cualidades, un contorno progresivamente domesticado, carreteras rebanadoras, postes de alumbrado, proliferación de construcciones standard, modificaciones del paisaje que sólo en apariencia entrañan una contradicción, pues si bien es cierto que su carácter agreste desaparecerá en la medida en que vaya siendo urbanizado, tampoco lo es menos que, por mucho que cada posible comprador asegure lo contrario, nadie acudiría a tan áridos parajes sin la previa convicción de que no va a ser el único, de que muy pronto tan áspera soledad estará poblada de chalets que en nada desmerecerán del que uno se va a construir. Pues no, señores, no hay terreno –como no hay mujer– que no tenga su gracia y, por lo mismo que el cliente siempre tiene razón, todo es vendible: no ya las calas de levante, hacia el Cabo Norfeo, antes como plomizos lagos lunares, o el contorno montañoso del pueblo, las laderas empinadas, la erótica promiscuidad de piedras desnudas. No ya todo eso, lo fácil, sino también este amplio llano que se extiende de un extremo a otro de la bahía, antes marismas, bajas tierras de aluvión entregadas a los embates frontales del mar, lugar desabrido y hasta insalubre, hoy,

como pueden ustedes observar, en plenas obras de dragado y drenaje y canalización y jardinería. Es más: pueden ustedes estar seguros de que serán justamente estos terrenos, los más despreciados ayer, los más apreciados mañana, los de mayor aceptación, los más fácilmente vendibles. Mi consejo personal es que se apresure usted a comprar su parcela, cualquiera de ellas, pues todas han de gozar de las mismas ventajas, todas le brindarán la posibilidad de llegar a lo que será su futura residencia por el medio de transporte que considere usted preferible, en motora o en coche, en cuadriga o en trirreme, sin excluir, por supuesto, ni el aeroplano ni el globo aerostático, características, en suma, que confieren a estas parcelas, en el conjunto del mercado inmobiliario, la característica de únicas. El sueño de su vida, sí, ahora a su alcance, llaves en mano, mediante una asequible entrada y cómodos plazos que estableceremos a su conveniencia, ya que nuestro deseo no es otro que el de que invierta usted bien, que haga usted dinero aunque sea a costa nuestra. Lo que a nosotros nos interesa es la persona, usted, su beneficio y, si es posible, hasta su cooperación, sus libres iniciativas, la ayuda inapreciable que con sus ideas y sugerencias puede usted prestarnos. ¿Qué cree usted, por ejemplo, que puede pegar más desde el punto de vista publicitario: Venecia Nova o La Florida del Mediterráneo?

Es curioso que nuestra primera impresión fuera la de que el pueblo apenas había cambiado. La víspera de algún domingo después de Pentecostés, anterior o posterior a la Ascensión. Llegamos ya oscuro y sólo vimos el centro del pueblo, muy remozado, eso sí, con más bares que antes y mayor animación, mucho mayor para la época. Pero esto era lo que queríamos, a fin de cuentas; un mínimo de vida nocturna. Dimos una pequeña vuelta, justo asomarse al malecón: el olor a mar, las luces quietas de la bahía, no menos inmutable, en apariencia, que el cielo estrellado. Un hombre bogaba sin el más mínimo chapoteo, su negra figura destacada entre el resplandor de los dos focos que iluminaban perpendicularmente el contorno del bote, tan pronto bogando encorvado, tan pronto agazapado, convocando a los peces con sordos golpes contra el fondo del casco, tan pronto erguido, empuñando el tridente, dispuesto a ensartar; en un momento dado llegó casi hasta el malecón, los remos extendidos como alas, igual que si volara en la absoluta transparencia del agua. Gracias a que pasó tan cerca pudimos reconocerle más tarde, en el Nautic, y le invitamos a una copa y él aceptó, aun asegurando que no bebía, y nos dijo que él era el Grec, el rey de las langostas, y que nos llevaba en barca a donde quisiéramos, a Túnez, si nos atrevíamos. Y hasta el viejo americano nos cayó bien entonces, siempre tan dignamente borracho, saludando cortésmente en cada bar a todos los presentes, tocado invariablemente con una barretina roja, como para hacer más patente su condición de

residente típico, de extravagante americano querido casi como un hijo adoptivo por los naturales del lugar, quienes bien pueden haber asimilado su imagen a la del clásico héroe de guerra que huye de sí mismo, destruido por el alcohol y los recuerdos y un amor contrariado, o cualquier otra de las variantes propuestas habitualmente por el cine, sin caer en la cuenta de que lo más probable es que se trate de un simple jubilado americano, ex agente de seguros o lo que sea, que gasta los dólares de su no muy holgada pensión en aquel rincón del mundo donde así la vida como el alcohol le salen a mejor precio que en otros posibles rincones. Atractivo elemento ambiental, no obstante, que nunca deja de pensar en las apreciaciones positivas del recién llegado. Apreciaciones, o mejor, buena disposición inicial, ebriedad propia de todo regreso a un lugar del que guardamos buen recuerdo, que duró, en este caso, lo que una noche. Hasta la mañana siguiente, al salir a pasear, mientras Rosa seguía durmiendo, y poder hacerme una idea de las transformaciones sufridas por el pueblo, igual que cuando, con la luz del día, uno despierta junto a una espantosa mujer sin recordar exactamente qué, y, sobre todo, cómo ha pasado. Fue un recorrido similar al de hoy, iniciado con la visita a lo que había sido un bosque de alcornoques, al punto en que aproximadamente estuvo situado el molino de viento. Y también como hoy regresé por la playa, por el paseo marítimo, aunque no con este fuerte viento de mar ni este sol sin matices del mediodía, sin la resaca de hoy, sin un oleaje como el de hoy, capaz de alcanzar con sus cabriolas el borde del malecón, sin las salpicaduras, sin la espuma nebulizada que levantaba el viento, sin una multa en el bolsillo ni una culebra en la bragueta, el viento y el oleaje ahogando cualquier otro ruido, llevándose las palabras de los escasos transeúntes, reduciendo su expresión a mueca muda en movimiento, anulando incluso la potencia del megáfono instalado sobre un coche que circulaba despacio, estrafalariamente engalanado con motivos flamencos, anunciando inútilmente algún funesto espectáculo. La sensación de impunidad, en tales circunstancias, ante cualquier encuentro intempestivo. La delicia que sería poder pasear siempre así, mientras Rosa va hablando, Rosa o quien sea, y yo asintiendo, meneando afirmativamente la cabeza de vez en cuando.

De vuelta al motel, caminando por el paseo marítimo con todo el azogue implacable de la resaca en el cuerpo, el sexo recorrido por ese calambreo característico, un sexo como fisiológicamente autónomo, dilatándose a ratos por sí solo, caprichosamente, con la inerte ofuscación reiterativa que, cuando uno ha bebido, sigue una y otra vez a cada abrazo carnal, dolorosamente resuelto en espasmo breve más que en orgasmo; acuciado por la insociabilidad irritada que suele producir la resaca, frenesí ansioso más que deseo, en el extremo

opuesto del habitual desánimo con que uno se enfrenta al ritual rutinario, a la murga de empezar otra vez con apasionados besos y caricias y demás preámbulos, para dar correcto cumplimiento a la pasajera sugestión, planteada originalmente en el terreno de lo imaginario, haciendo abstracción de las fatigantes servidumbres que su ejecución impone, del fastidio de semejante esfuerzo, desánimo no menor, sin duda, que la desgana de ella al aceptar batalla, no sin haber anticipado que tiene un dolor de cabeza tremendo, comportamiento que, con toda seguridad, sólo variaba en lo aparencial cuando hacía el amor con otro, por aquello de que si una de las partes no dice o da a entender que le ha ido muy bien, la otra –ella, él, la reacción es indistinta– se atribuirá íntimamente la culpa, con el consiguiente temor al desprestigio personal a la que cunda la noticia, y así vamos tirando o, al menos, ésas son las conclusiones a las que uno puede llegar a partir del propio comportamiento con otras, con las ocasionales, esforzándose más, desde luego, sin que ello signifique obligadamente que la excitación con ellas sea superior a la excitación con Rosa, dado que, precisamente, el ritual repetido debe ser en tales casos todavía más minucioso y esmerado, fenómeno cuya progresiva generalización podría hacernos pensar que, pasada cierta edad, el hombre tiende de natural al voyerismo en la medida en que siempre resulta más nuevo, aparte de mucho más cómodo, ver a otro realizando las diversas faenas de la ceremonia, mientras que la mujer –siempre que no se sienta amenazada por la presencia de algún elemento competitivo– tiende más bien a la satisfacción exhibicionista y narcisa de convertirse en el centro de esa ceremonia, en objetivo último de esas erecciones circundantes tan obsesivamente deseadas, que ella valora con criterio no tanto formalista cuanto temático, tendencias confluyentes, convergencia de mutuas propensiones que explicaría la formidable propagación, de un tiempo a esta parte –retorno, para una mente escéptica y toynbiana, ciclos históricos, etcétera–, del amor colectivo practicado en sus más diversas modalidades, aparte, claro está, de cualquier otra implicación que se le quiera añadir: regreso a los juegos primigenios propio de una tediosa sociedad de consumo, muestra exponente de la decadencia de la sociedad de consumo, imitación pueril que la sociedad de consumo hace de las costumbres propias de las sociedades en decadencia del mundo antiguo, etcétera, o por el contrario, ruptura con la sociedad de consumo, manifestación de cierta vuelta a la naturaleza, a las prácticas propias de los pueblos primitivos, etcétera, etcétera. Imágenes acuciantes, ideas calenturientas, potenciadas no ya por la expansión del alcohol todavía no eliminado, todavía en circulación por el organismo, sino también por la propia inserción de tal estado en el curso de mis particulares ritmos creativos, es decir, por la actual

adecuación de ritmos eróticos y ritmos creativos, ahora ambos en su fase creciente si no en franca conjunción. La evidencia de que, cuando uno empieza a trabajar bien, a sentirse en forma en lo que a capacidad creadora se refiere, su vida erótica atraviesa asimismo un período de euforia, euforia que, poco a poco, irá decreciendo en beneficio de su labor creadora hasta acabar casi inhibida por completo. Pero del mismo modo que las trayectorias divergentes de dos planetas de un mismo sistema solar, superado el punto de máximo alejamiento, vuelven a aproximarse inexorablemente hasta alcanzar de nuevo el punto de máxima proximidad, así, de modo semejante, el trabajo creador no tardará a su vez en comenzar a inhibirse y bloquearse hasta llegar a un estéril y reiterativo impasse del que sólo será capaz de sacarle una reactivación de la propia vida erótica que, incrementada paralelamente al ritmo del trabajo creador, le lleva a uno al punto de partida, al comienzo del ciclo. De ahí esas incontrolables dilataciones del miembro, ese irreprimible andar empalmado, a duras penas disimulable a los ojos curiosos del transeúnte, camino del motel, de la habitación en desorden, de la estera manchada, desteñida en un intento inútil por difuminar las huellas del vómito, aquella rosa emborronada, casi un adorno, que destacaba ostentosa a los pies de la cama en desorden, de ese cuerpo desnudo y adormecido y casi brutalmente sacado de su modorra una y otra vez o, más exactamente, una y otra vez devuelto, trasladado a una mejor forma de modorra, más placentera, hasta quedar dormidos ambos, como bajo los efectos de una fuerte dosis de tranquilizantes.

EL VIENTRE DE ATILA. Una combinación de vodka y pernod a partes iguales. El procedimiento más seguro para desembarazarse de un pelmazo como Xavier. Tumbado de una vez. Al menos hasta que le diera el aire, cuando cerraran en el pueblo y hubiera que seguir en el bar de la gasolinera, que no cierra; o en Mas Paradís, que tampoco cierra porque está lejos y aislado, y la guardia civil hace la vista gorda, o por el motivo que sea. Y ahí estaba, ya con esa expresión –la boca entreabierta, los ojos entrecerrados– propia de la persona sometida a una profunda penetración posterior, tan similar a la que, ante la pequeña pantalla –el sonido a cero– podemos apreciar en el rostro de una vocalista mientras modula enfática la muda melodía, mientras pronuncia, por ejemplo, la palabra apoteosis. Aproveché para apartarme de la barra, como si fuese a echar un vistazo a la pista, y reintegrarme enseguida, sólo que un poco más allá, separado ahora por un par de tipos que habían ocupado el hueco dejado por mí. Pelmas también, pero desconocidos. La inutilidad de pretender

explicar a un tío así, que llega con un amigo, ambos ya bastante bebidos, y que con su charla intenta hacernos partícipes de sus calenturientos proyectos o, al menos, encontrar en nosotros cierto acicate o respaldo moral, que uno no ha venido con la idea de levantar un plan ni de sobar ni de meter mano a nadie, y que las tetas de la rubia aquella, que resulta ser Rosa, no le excitan más que otras, algo tan inútil como procurar convencer al prefrustrado actor de la otra noche, amigo de amigos o conocidos, que no ha salido ni saldrá de sus papeles secundarios, de sus pequeñas actuaciones en programas televisivos, por más luz que procure robar, convencerle o, simplemente, hacerle ver que uno está convencido del carácter de pesadilla que sin duda debió significar para Marilyn, en sus últimos días, el acoso de la fama, la ausencia en todo aquello, a nuestro entender, de un innecesario tinglado publicitario, conscientes de antemano de la incredulidad, el rencor y la cólera que semejante pretendido lugar común puede llegar a provocar en un ser tan ávido de triunfo. Yo la encuentro bastante buena, dije.

Creía que Pompeyo y los demás estaban bailando, pero seguramente debieron salir sin que me diera cuenta cuando me fui a mear, y ahora bajaba con Krista por la escalera tortuosa y escarpada, y tiraron hacia la pista enrojecida, apenas visible desde la barra. Detrás, detenido en los últimos peldaños, suscitando animación con su sola presencia tanto como reclamándola, un tipo de mediana edad, corpulento, alemán o, más probablemente, holandés, bebido, acangrejado, musculoso y rojo, con un atuendo como espacial, de astronauta, con relámpagos azules, satánico en su euforia; en Holanda, vendedor de electrodomésticos, seguramente. Y es que como ese rodríguez, ese soltero de verano que, partida ya de vacaciones la familia, llega al piso silencioso y desierto y –lo primero es lo primero– se entrega a un rotundo acto de onanismo en el sofá del living, así, al igual que esta clase de lelos, aquel hortera holandés en su desenfrenada búsqueda de ambiente caldeado y apaciguante desahogo.

Entraba más y más gente, señal de que los bares estaban cerrando. Un hombre-polla, entre otros, ese típico play-boy cuyo cuerpo, modulado en un todo vigoroso, adquiere, ya desde los primeros días de la temporada, debido sin duda a la coloración uniforme de su tez, como de grandes labios, cierta cualidad de miembro viril, de bálano, más concretamente, una cualidad, o mejor, una propiedad que, si el sujeto tiene plena consciencia de su valor, suele propiciar una seguridad en sí mismo sólo comparable, en su exteriorización, al goce y júbilo de uno de estos italianos rufianescos que dan la sensación de estar siempre como arrobados o absortos en la consideración del temple y notorio maleficio del propio cazzo. ¿Me ayudas?, dijo la Rosa Durán. Se trataba de trasladar a Xavier a la intimidad del lavabo. El

local estaba en pleno apogeo, sus lóbregas bóvedas de bodega sombreadas de movimiento al resplandor de la pista, resplandor interno, se diría, rescoldo y furia abriéndose casi como unas fauces en el marco de las pesadas columnas; la apretada circulación en uno y otro sentido por la empinada escalera; el tumultuoso recoveco de la barra, con sus elementos decorativos de velero decimonónico o de yate de recreo. Justo el clima que seguramente esperaba encontrar esa pareja recién llegada de jóvenes recién casados y, no obstante, a todas luces decididos a conocer el mundo de las orgías nocturnas para luego tener algo que contar a sus amistades en las sobremesas de matrimonios, y al propio tiempo, y de un modo más inmediato, excitarse moderadamente ante la proximidad de tanto exceso, ella, curiosa y sobrecogida, y él, más conocedor de lo que es la vida pese a su aspecto de chico cumplidor y, debido acaso a una palidez propia de quien pasa horas y horas consultando el Aranzadi, casi seráfico, protegiéndola con firmeza de toda posible ofensa al pudor, sea de palabra, obra, gesto o pensamiento en la mirada, un ser que, más que correrse, debía escurrirse con estremecimiento leve, no tanto un orgasmo cuanto algo así como una sudoración localizada mediante una especie de escalofrío. Tiempo de eliminar otra vez y serenarse cuando aún se está a tiempo.

La Rosa Durán seguía esperando a la puerta del lavabo. Entra a ver, por favor, dijo; lo he dejado devolviendo. Había dos tipos meando con aire concentrado; sustituí al primero en acabar, un marinero achaparrado, semejante a uno de esos niños que aparecen en las composiciones de Brueghel, terriblemente fornidos e iracundos. La puerta del retrete en el que se había encerrado Xavier continuaba cerrada, aunque gracias a los ruidos que llegaban de allí dentro era lo mismo que si estuviese abierta, nada más fácil que imaginar a Xavier dando rienda suelta a sus encontradas fuerzas intestinales, ahora por abajo como momentos antes por arriba, casi a modo de esa ballena que, al tiempo que evacúa los restos de anteriores digestiones, expulsa a presión el agua sobrante que ha tragado, en surtidor, a chorro, según va engullendo, torrentes y cascadas y remolinos perdiéndose en la vastedad de su boca, un rebullir de brillos, de espumas de densidad amniótica, precipitándose garganta adentro, como atraídas por el vacío, cavidades no menos profundas que las que uno descubre en su interior cuando se halla entregado por entero a esa radical operación de limpieza, de vaciado total, que precede a la beatitud ansiada, a ese olvido del propio cuerpo, a esa función de la individualidad en la calma exterior, en la pura armonía, un estado sólo alcanzable tras la crispada inmersión en aquel mundo de simas turbulentas, como recorridas de ardiente lava, convulsiones subterráneas, profundidades espasmódicas, entresijo de cuevas y oquedades sometidas –se diría– a

violentos movimientos de sístole y diástole, dilataciones, contracciones que convierten aquellos ámbitos ciegos, vastos como las naves de una catedral o el interior de un barco, en mínimas cavernas que se cierran y aprisionan a modo de vaginas o esfínteres, entre relieves epiglóticos o vulvares que se arraciman igual que estalactitas o hileras de dientes o barbas de ballena, vías de agua que se abren invasoras y anegan hasta los más pequeños rincones, los salones y salas y pistas de baile, la barra del bar, las escaleras, los corredores, los camarotes, los lavabos, un rezumar como de baba escotillas afuera, ojos de buey afuera, fluyendo y fluyendo, llevándose por delante a pasajeros y marinos y camareros y borrachos y tíos cagando, arrastrándolos a todos hasta los infiernos de la sala de máquinas, ardores expelidos, válvulas que revientan entre silbidos y vapores, libre la corrosiva materia, ya temblor de tierra más que naufragio, montes que se desmoronan, lagos interiores que irrumpen, que se abren al exterior en encrespada masa, enclaustrados recintos y tenebrosas bóvedas que afloran a la luz, convirtiendo en estallido el punto de ruptura, avalancha de residuos, materiales de desecho entremezclados que, a manera de primera fase, de un cataclismo que tiende a generalizarse, pronto será sucedida por nuevos seísmos, hecho tromba y vendaval el desbordamiento, y cráter explosivo y burbujeante el maelstrom, lo mismo que una bárbara diarrea erradicadora en su momento más prometeico y crítico, erupciones que poco a poco se irán encalmando de un extremo a otro, desde el vértigo vaginal de la garganta hasta los relieves vulvares de los últimos anillos rectales, dejando, por toda huella de lo acontecido en el pálido cuerpo liberado, una madrépora de sudor frío sobre la tez verde. Como la otra noche en casa de Walter. Y luego me lavé la cara y salí al jardín, espejo de mis ojos el cielo estrellado. Está bien, le dije a la Rosa Durán. Después te lo llevas a que le dé el aire.

Seguía el flujo de refugiados, de noctámbulos acogidos a la prórroga de casi tres horas que supone la barra de una discoteca sobre la barra de un bar. Hasta el Grec. Me dirigió un saludo distraído, liado ya como estaba con el holandés errante, invitado ya a participar en la liquidación de los cristalinos gin-tonics que su interlocutor –eléctrico el movimiento del codo y el encendido de la cara– despachaba como a bruscos golpes, entre bruscas carcajadas, con el eficaz auxilio del inevitable viejo americano, muy en su papel de respaldar al Grec así en sus tragos como en sus palabras, constituido en espontáneo traductor e introductor, eje moral de cuanto allí se trataba en tanto que forastero experto en cuestiones locales, más hemingwayano en su estilo que el errante anfitrión, y también más cascado, inútiles sus intentos de compensar con símbolos de vigor –alcoholes a palo seco, picantes– la deteriorada presencia. Asentía con la cabeza, confirmaba

las aseveraciones del Grec, expuestas en tarzanesca sintaxis, relativas a la vida del pescador, los peligros de la mar, su naufragio ante el Cabo Norfeo, acentuando en lo posible la nota de color, el pintoresquismo, la pesca, las langostas, el coral, las esponjas, esforzándose en ajustarse al máximo a la imagen que sus interlocutores podrían hacerse de un pescador de Rosas, hablador y escéptico, irónico y sabio, todo un tipo, un verdadero personaje, como suele decirse. Esforzándose al máximo, echando mano de sus mejores recursos expresivos en su empeño en hacer frente a las circunstancias adversas, explicaciones que ya casi eran forcejeos, sobrepasado por el desarrollo económico y la proliferación turística, por la falta de puntos de referencia, una clientela que no le entiende, por mucho que él procure autodefinirse como un pescador de los de antes, de los que distraían los ocios de los señores llegados de Barcelona, antes, antes de esa proliferación turística, uno de aquellos pescadores como salidos de un libro de Josep Pla que guisaban suquets y preparaban cremats y cantaban habaneras para los señores de antes, uno de aquellos, él, el Grec.

Al fondo de la barra, en la penumbra, relucía el correaje de un guardia municipal, no tanto, sin duda, cumpliendo ronda alguna, cuanto aceptando con discreta y graciable diligencia la invitación de la casa, tolerante, comprensivo, nada más lejos de sus propósitos que interferir las expansiones del público, la confraternización del alcohol, los ligues, los ardores de los tíos en busca de plan, observando, calculando igual que ese zorruno pederasta que, como transportado por la belleza adolescente de su presa, nimia y rumia la forma de atraérsela, la táctica más adecuada, la actitud susceptible de causar una mayor impresión –demoníaco, vital, atormentado, fascista–, a fin de ganar su confianza, de convertirse poco a poco en su mentor y, desde esta posición tutelar, ir estimulando la inicial timidez del muchacho respecto a la experiencia venérea, creándole poco a poco una adecuada sensación de amparo ante la incógnita del opuesto, brindándole finalmente la alternativa del siempre más conocido sexo al que pertenece, hacia el cual, como sin duda bien demuestra el abultado palmarés de nuestro hombre, el joven pupilo terminará por decantarse.

El Hombre-Polla se decidió por Rosa. ¿Quieres bailar?, dijo o debió decir. Ella declinó, pero sin romper amarras; la música, el ruido, impedían diferenciar las palabras. Y es que así como el joven pescador de la costa, dedicado en las noches a la seducción –activa o pasiva– de turistas de uno y otro sexo, se cree en la obligación de chapurrear poliglóticas fabulaciones no sólo incoherentes sino a menudo contradictorias, la favorecedora medallita de oro sobre el torso tostado la lleva porque como buen español es católico, de macho que es le da igual tirarse a un tío que a una tía, los españoles nunca dejan que las

mujeres paguen pero si ellas se empeñan por algo será, etcétera, y ello no tanto como delirio mitómano cuanto por cortés afán de corresponder a la imagen que es de suponer que sus acompañantes le suponen, así, de modo semejante, Rosa contribuía siempre, en la medida de sus posibilidades, al ambiente disoluto que entre todos procuraban crear.

En algunas mesas se coreaba la música con esa alegría un poco machacona de suizos o alemanes divirtiéndose, cantando a coro, silbando a coro, un rubio corro de gruesas chorras morcillonas silbando cerveza. Walter y Quima se acercaron a proponer algo. Bebió el coñac de un trago, se ajustó el correaje, se desabrochó un botón más para que la panorámica de los pechos resultase más amplia, se sacudió el pelo, se fue al lavabo, se negó a servirle otra copa, dijo que no tenía derecho puesto que no estaba borracho, tomó el vaso empañado y sacudió los cubitos de hielo antes de beber, intentó disimular el escandalosamente creciente abultamiento de la bragueta, se acodó sacando culo, haciendo boquear al máximo la blusa, dijo que todavía no.

METÁFORA DE EUROPA. El mundo: la maquinación de un loco. Una máquina heredada cuyo funcionamiento se conoce sólo de un modo aproximativo, empírico, ya que cada generación, demasiado ocupada manteniéndola en marcha, suele dejar para las generaciones futuras la tarea de desentrañar su conocimiento preciso y, sobre todo, el conocimiento de para qué sirve, de la utilidad que tiene. Pues ¿cómo descifrar los designios de un loco? ¿Cómo demostrar incluso que esa personalidad demente es algo más que un reflejo, una apariencia falsa, la errónea interpretación de algún dato relativo a esa obra cuya paternidad le atribuimos? ¿Y cómo demostrar aun, pensándolo bien, la existencia del hombre –creador y producto de esa ilusión– como existencia autónoma, no mero rasgo irrelevante de semejante obra, cuando para existir no es preciso pensar, o quizá no, quizá ni siquiera la ausencia de pensamiento sea garantía de la existencia de cuanto pensamos que existe?

Caminando y caminando hacia el centro del pueblo, a lo largo del paseo, lado mar, salpicado por los estallidos de las olas contra el malecón, blanca espuma irisada, como de champán barato, más pringosa que refrescante; dando vueltas y vueltas a la multa doblada en el interior del bolsillo, el carácter esotérico del lenguaje en que estaba redactada añadiendo apenas un elemento de irrealidad a la realidad circundante, la jerga aquella altisonante y burocrática, detritus de la combinación del admonitorio tono administrativo con el

léxico propio de los informes relativos a las diligencias policiales, muy lejos no ya del rigor y pureza estilística y conceptual de un código sino hasta de un simple decreto-ley o de una sentencia judicial: amenazas abstractas, regateo retórico, premeditadamente apriorístico, en prevención, sin duda, de la coincidencia, de la pura coincidencia –en modo alguno imprevisible– de que tanto el motorista de tráfico como el multado –él– estuvieran de mala leche en el mismo lugar y al mismo tiempo, y él se negara a firmar la multa y, percibido de la notoria morosidad del agente en el cumplimiento de su pretendido deber e innegable derecho –comprobar la identidad del presunto infractor, extender la subsiguiente denuncia, etcétera–, sólo imputable a un premeditado afán de fastidiar todo lo posible, percibido de todo eso, él se negara no sólo a firmar la multa, decisión facultativa a la que tenía pleno derecho, sino también a ejercer el derecho no menos indiscutible de tomar buena nota del número del agente, augurándole, en términos algo cuarteleros, es cierto, pero muy a su alcance, un buen paquete, consecuencia de su propia reclamación contra el guardia, una denuncia que, al socaire de su condición de abogado y de determinadas influencias airadamente esgrimidas y, sobre todo, a su propio empeño de que prosperase, iba a prosperar sin lugar a duda, y al guardia en cuestión le caería el pelo, como bien se merece quien, estando de servicio, se encuentra en patente estado de ebriedad, única explicación posible del comportamiento observado en el susodicho agente de tráfico. C’est une espèce de coquelicot, je crois.

El viento soleado y las olas que estallaban a su paso, según avanzaba por el paseo marítimo, y las palabras y los ruidos que llegaban aislados del contexto que les era propio, difícil de precisar su procedencia, todo contribuyendo a esa sensación de extrañeza o demencia que puede experimentar de pronto la persona asistente a un concierto ante el éxtasis de los melómanos que, como lunáticos, le rodean. Así, semejante a esa impresión de extravagancia, el aire insólito que, por algún motivo indeterminado, ofrecía el pueblo, un pueblo, por lo demás, apenas alterado por la paulatina acentuación de los síntomas de temporada, fenómeno que por su mismo carácter progresivo –igual aunque inverso al despojamiento de los árboles en otoño– nada tiene de sorprendente en momento alguno del proceso: los botes que se rascan y se repintan, la adecuación de hoteles y apartamentos, las terrazas de los bares que van invadiendo las aceras, los chiringuitos que van abriendo, el incremento en la playa del número de patines de pedal, de toldos de lona, de sillas de lona, datos aislados que, puestos en relación unos con otros, van configurando lo que bien cabe considerar como movilización general del pueblo en espera del turista, ese ser genérico caracterizable por la intercambiabilidad de los individuos comprendidos en tal concepto,

habida cuenta de su difícil diferenciación y común tonalidad acangrejada, cuyos primeros ejemplares, a modo de exploradores adelantados, de intrépida avanzadilla, habían hecho ya acto de presencia en las playas, en las calles, ante las tiendas de postales y souvenirs, poseídos por el júbilo inicial que al calor del sol suelen experimentar nórdicos y centroeuropeos, un júbilo sólo comparable al que los catalanes suelen experimentar en Suiza, cuando al impresionante espectáculo de una puesta de sol en la Jungfrau, realmente enaltecedor, puede unir la satisfacción sedante de una sustancial fuga de divisas. La misma clase de catalán que, aquí y ahora, en su calidad de promotor, constructor, especulador, propietario, industrial hotelero, esto es, de beneficiario más inmediato de los ingresos que en tan diversos conceptos supone la afluencia turística, se dejaba ver cada vez con mayor frecuencia, según con la temporada se aproximaba la avalancha, a fin de ir ultimándolo todo, o de ir vigilando que todo estuviese ultimado, los fines de semana preferiblemente, acompañado de familiares y amigos, combinando el deber con la posibilidad de huir de Barcelona y de hincharse de pescado, a precios razonables, en algún restorán de especialidades marineras. Y junto a esta clase de catalanes, disfrutando asimismo de los esparcimientos que puede ofrecer una soleada jornada dominical, las chachas y los charnegos, obreros de la construcción, peones, camareras de hotel, chicas de servicio venidas con sus señores, artífices materiales de las diferentes operaciones centradas en lo que fue un típico poblado de pescadores, es decir, la puesta a punto del negocio, todos, pescadores o ex pescadores, charnegos, turistas, hombres de empresa, todos integrados de un modo u otro en ese negocio, todos contribuyendo a su desarrollo en beneficio de todos, como si sobre un mismo sedimento ibérico se hubieran ido asentado y superponiendo en pacífica convivencia sucesivas hordas invasoras, a modo de estratos geológicos, griegos, fenicios, romanos, vikingos, visigodos, tártaros, sarracenos, apaches, sagitarios, cada uno en su sitio pero juntos, a diferente nivel pero en un mismo terreno, a lo sumo un tanto degradados justamente por el hecho de su imposible integración.

El pequeño transistor de los paseantes: queridos radioyentes y amigos del espacio. ¿Y él? Un alienígeno, como salido de un ovni en aquel cuadro de charnegos solazándose, gozando el paréntesis que abre y cierra el domingo en la continuidad cotidiana, paseando al sol, volviendo a pasear, alegrando la calle con sus piropos a las primeras turistas hembra, graciosas obscenidades acogidas por los transeúntes con un regocijo similar al que suele suscitarse entre los pasajeros de un tren cuando alguien –una viuda enlutada y avariciosa, un hombre con evidentes signos de resaca– advierte que ha dejado atrás la

estación en la que debía haber descendido. Y el charnego, con la típica mujer en casa y la típica semanada en el bolsillo, llegando incluso a tomarse el mito al pie de la letra, en toda su extensión: la atracción irresistible que la extranjera siente por el macho ibérico y sus atributos, embrujo y sortilegio creados en torno a la merecida fama de vitalidad, energía, buen servicio y demás cualidades viriles que le son propias. Charnegos esforzados y pugnaces, en abierta competencia –a despecho de la obvia inferioridad social y económica que caracteriza la situación del inmigrante interior– con el conquistador nativo, con el joven pescador de Rosas, o ex pescador, o hijo de ex pescadores, en cuyo terreno, a fin de cuentas, era disputada la presa, unos y otros en olímpica competición: peso, longitud, duración, salto, lanzamiento, galopada, ¡diana!, unos y otros a la caza de las primorosas primicias de la temporada, de esas hembras afortunadas que aparecen cuando todavía impera el hambre que es fruto de la abstinencia, esas floridas criaturas tempranamente llegadas en su ansia inaplazable de apurar, de succionar hasta las heces tanto ibérico brío, tanta hombría de pura sangre, de puro esperma, vigor vertido torrencial y, en ocasiones, hasta precipitadamente, demasiado incluso, éste es el peligro, cuando uno ha esperado tanto, y cuando, una vez más, las ilusiones y cábalas y cálculos y fantasías terminarán por esfumarse, a medida que, una tras otra, en el curso del verano, se vayan esfumando esas floridas criaturas, esas rosas del norte, más esplendorosas si cabe que cuando llegaron, dejando como única huella de su paso la consiguiente calentura acumulada, porque una vez más será el maldito profesional, el playboy local, el Hombre-Polla, el único en conseguir algo con sus artes mágicas de gigoló, de macarra, un tipo al que habría que ajustar las cuentas algún día, juzgarle entre todos y, cerrada la temporada, fuera ya el último turista, para que la cosa no trascienda ni nadie quede mal impresionado, quemarlo públicamente en la plaza de la iglesia.

El mismo problema, en realidad, sólo que desde una perspectiva complementaria –no tanto convexa cuanto cóncava– que se les plantea a las chachas recién llegadas, tan dolorosamente apartadas de sus tardes de jueves y domingo en Barcelona, de su mundo, de su gente, solas aquí, desconsoladas, desamparadas, resignadas y, pronto, hasta excitadas, ante tanto rubio como de película, extranjero y enigmático, horteras que parecen príncipes y tal vez las toman a ellas por princesas, al sol de la tarde, cuando las ven en bikini, misteriosas y morenas, dado el amable trato y las deferencias de que les hacen objeto y que ellas, esquivas, aceptan únicamente hasta cierto límite, siempre con el temor, con la espada colgando encima, de que las confundan con lo que no son, con una señora, y luego se descubra todo, miedos y timideces que indefectiblemente les harán recalar en lo

malo conocido, en el charnego ni airoso ni radiante sino achaparrado y oscuro, el charnego que las conoce y al que conocen, que se ven venir el uno al otro, que se entienden incluso a medias palabras, a interjecciones, a carcajadas, de un achuchón, charnego él y charnega ella, gente con la que uno se divierte, que habla el mismo idioma y se ríe de lo mismo, que habla en plata, al pan pan y al vino vino, que huele a hombre y lo es, igual que ella huele a mujer –olores íntimos en este caso matizados por la cosmética–, atracciones olfativas que son sólo como el halo de afinidades más profundas, lo de contigo pan y cebolla en su sentido más literal, un tipo de identificación que les permite acabar cachondeándose de tanto extranjero y tanta extranjera, de tanto tío que hace reír nada más verlo, despellejado y estrafalario, que no entiende nada ni vale nada en realidad, que no se puede comparar a un paisano, un paisano alegre, claro, directo, un paisano con el que una se puede divertir a gusto, calmar a gusto los ardores estivales, tan a gusto como en Barcelona, en realidad, hasta que sea tiempo de volver a Barcelona. La chacha de hoy: un tipo humano censurado unánimemente por la señora, al tiempo que negada, boicoteada en cuanto producto nuevo por la chacha antiguo estilo, la chacha tradicional, esa mujer con todos los dejes de la españolaza más los rasgos neuróticos que conlleva toda doncella prolongada, las amarguras de tantos años de soltería: cejijunta, tetijunta, culijunta, sexijunta, estrecha en general, moñuda, navajuda, de rompe y rasga, apegada a sus canturreos de siempre –las cruces y el olvido–, a la época en la que los hombres eran más hombres porque ella era más joven y le decían cosas, antipática, frígidamente agresiva, destemplado su aire de ande yo caliente ríase la gente, refrán entendido como transferencia al sopor digestivo de los oscuros impulsos venéreos largo tiempo adormecidos, fajados, encorsetados; superviviente de ese mundo que tiene una frase para cada ocasión: nace un niño: ahora, ¡a por la niña! Un buen deseo: salud y pesetas. Un consuelo: a fin de cuentas todavía queda el bacalao al pilpil (fuerte de ajo). Esa clase de personas que, más que congratularse por la ejemplaridad de una sanción, se identifican con su ejecutor, como a todas luces debió de identificarse aquella maldita raspa cuando el camarero salió a la calle y la emprendió a sillazos con una pareja de perros divergentemente enganchados en la triste fase post coitum. Menos mal que hay quien piensa en ellos, que vela por ellos, que se reprime en ellos. En ellos que no hablan, que no piensan, que no tienen, en consecuencia, moral alguna.

Reprobación, en cambio, una reprobación no por lo implícita menos explícita, en los ojos de aquella pareja de jóvenes excursionistas que, doblados por el peso de sus mochilas, se adentraban animosamente en el pueblo, registrando, severos, la brutalidad explícitamente implícita

en aquel acto, reprobación y censura sin duda extensivas a cuanto sus miradas abarcaban según iban avanzando, paseo marítimo adelante, con toda la obstinación de que son capaces dos jóvenes universitarios catalanes que recorren el país en busca de su tierra y su gente, de sus fuentes, de sus raíces. Él: un flojo macizo, torpón y tímido, gafudo, barbudo, peludo, sedentaria la complexión y escaso el paquete, holgada la culera de sus pantalones cortos y anchas las manchas de sudoración en la camisa a cuadros, bajo el sobaco, efluvios atornasolados todo él, dioptrías, tropezones y traspiés, tartamudeos. Ella: igualmente culona y blancuzca además de tetuda, aspecto de falsa frígida, es decir, con esa apariencia de mujer que tiende a solucionar de un modo práctico y expeditivo la conjunción erótica, apariencia que suele encubrir una acusada personalidad ninfomaníaca a duras penas controlada, labios delgados y contumaces que le hacen parecer pava en sus esfuerzos por no parecer mamona –imprime carácter–, menos, mucho menos idealista y disciplinada de lo que pretende ser, y más, mucho más sensual, indolente y presta al exceso de lo que aparenta, una personalidad, en suma, dispuesta a poner cuernos a cualquiera con la misma facilidad con que se pone una pica en Flandes. Ambos: temporalmente unidos en la búsqueda de un ideal sobre el que sea posible fundamentar una relación estable, el mito inaferrable en la medida en que concreto, el ciprés y el olivo del Ampurdán metafísicamente contrapuestos al ente simbolizado por el álamo, o por el que simbolizan las hayas de Olot o el abeto pirenaico o los algarrobos, almendros y avellanos tarraconenses, no menos importante uno que otro de tales elementos en la configuración de contradicciones que entraña el ser, la esencia de esa realidad conflictiva llamada Catalunya. Buscando más que encontrando los rasgos definitorios de tal realidad: el paisaje en cuanto marco geográfico, en cuanto medio natural que ha peculiarizado el carácter y las formas de la vida catalana, los tipos típicamente típicos, la cocina típica que dimana de semejante tipicidad, la pureza de la lengua característica de las pequeñas agrupaciones humanas todavía impolutas, las palabras clásicamente catalanas, mera exteriorización de la inmanencia de los valores que le son propios, hombres valents, trempats, eixerits, hombres, en suma, donde la empenta se armoniza a la perfección con el seny irònic y la más seriosa formalitat. Encontrando sin haberlo buscado: contaminación española a todos los niveles, servilismo, rapiñería, trapacería, corruptela, prostitución esencial, ambientación typical spanish, sin que faltaran siquiera los toros y las flamencotas. No encontrando: su país y su gente, sus tradicionales tradiciones. Encontrando: la codicia convertida en norma de conducta y la comisión o porcentaje en modelo de relación humana, rasgos imputables no tanto a elementos foráneos cuanto a lo

específicamente catalán: falta de la convicción o el interés necesarios para anteponer a la conciencia de pueblo oprimido cualquier otra consideración; exceso de megalomanía y mitomanía; derroche de dinero, de alcohol, de esperma y demás licores venéreos. Ellos, ellos que eran por este orden: catalanescos, progresistas, populistas, timoratos, tímidos, reprimidos, oprimidos, traicionados no sólo en sus sentimientos sino también en su dignidad, avergonzados de ser no menos ni más catalanes que ese hombre de negocios que, personificación misma de la vergüenza de uno, de la humillación y oprobio de uno, tomaba el aperitivo en la terraza de un bar, al sol, rodeado de sus acólitos, de sus cómplices, jóvenes con ganas de triunfar que le reían las gracias con ese buen humor que suele rubricar el feliz desenlace de una excelente operación, uno de esos catalanes que uno creería anglosajones por su extremada afición a los productos derivados del cerdo, afición que llega incluso a hacerles semejantes a un big pig en su aspecto físico, buen ejemplo de ello lo ofrecía nuestro acusado, así como –de modo más incipiente– alguno de sus secuaces –con frecuencia no menos catalanes, desdichadamente, que nuestro Big Pig–, promotores, comisionistas, instaladores, vendedores, especuladores, cada uno con su puñado, con su pellizco, con su bocado, con su tajada, pisando fuerte cuando conviene, sacando la piel cuando conviene, saltando a los ojos cuando conviene, dando por el culo cuando conviene, relaciones públicas, relaciones humanas, antropofagia copromórfica, lo que se dice una verdadera merienda, sondeos, captaciones, mediciones, pie tras pie, palmo por palmo, responsables solidarios y colectivos de la conversión de un país –Catalunya– en una forma de vida, terreno ganado por el mal gusto opulento y la próspera grosería, consecuencia de la ascensión social y económica del pequeñoburgués a la vez que de la extensión de la propiedad horizontal. De ahí la fascinación que ejerce sobre esa pequeña burguesía en ascensión no París, como de primera intención pudiera suponerse, ni menos aún Nueva York o Londres, sino la pequeña Ginebra, símbolo exactamente a su escala, de precisión y eficacia, de calidad industrial y grandioso contorno paisajístico y cuenta numerada, un tipo de fascinación –tradición y progreso, artesanía y automatización, todo muy internacional y muy local, muy concreto, muy determinado– similar a la que podría abrigar un rudo percherón respecto a una yegua trotona.

Características humanas y distintivos fisiognómicos cuya encarnación material, esto es, el tipo de catalán convertido en beneficiario principal del desarrollo económico, si bien se disuelve en el agobio que, para lo que fue una pequeña comunidad marinera, representa la avalancha turística que se produce en plena temporada veraniega, si bien parece difuminarse ante aquel horizonte de blancas

estelas de velas y canoas fuera borda y estilizadas siluetas esquiantes que animan la bahía, o en las playas atestadas de bañistas, o en los atascos callejeros, el lento desplazamiento de los coches, casi al paso de la multitud, la búsqueda de un lugar donde aparcar, de una mesa libre en las terrazas de los bares y restoráns, gente y gente rondando, entorpeciéndose mutuamente, si bien, en suma, parece perderse en aquel ir y venir y en el babel lingüístico, persiste, no obstante, aislado, difícil de encontrar a veces, como la persona del anfitrión en el curso de una fiesta, pero no por ello menos identificable una vez localizado, menos inconfundibles en su discreta presencia, por lo general agrupados, tal ángeles guardianes del fenómeno, velando –por la parte que les toca, como se dice vulgarmente– para que todo se desenvuelva satisfactoriamente, esto es, vigilando la marcha del negocio, al tiempo que, desde su posición privilegiada, disfrutan curiosos de cuantos aspectos suelen conferir al fenómeno la categoría de espectáculo. Así, aquella sobremesa de matrimonios, constructor local y señora, interventor de agencia bancaria en funciones de director y señora, representante en exclusiva de alguna firma introducida y acreditada y señora, por ejemplo, o personas de análoga condición social y económica, tres o cuatro de esos matrimonios que se reúnen asiduamente, una peña, como si dijéramos, centrada en la acostumbrada comilona dominical en el restorán de siempre y subsiguiente indigestión espaciadamente atemperada con más cafés y más coñacs, entre bromas y anécdotas y recuerdos comunes, abiertamente más entregados a la buena disposición del momento ellos que ellas, sin ese retén de control o cálculo, de mutuo acecho, de alerta, que singulariza las relaciones entre las esposas, siempre observándose, estableciendo comparaciones basadas esencialmente en los signos externos, lejos ya los tiempos en los que el físico constituía el principal campo de competencia, tibiezas momentáneamente reavivadas, no obstante, así en ellas como en ellos, con los cálidos efluvios del allioli cuando repite, hechos conscientes durante alguna pequeña pausa, al encender un puro o al repintarse los labios o al desprender con la uña alguna partícula de comida metida entre los dientes o al levantarse para hacer pipí o para soltarse un pedo, vagas lascivias súbitamente despertadas por la visión de la entreteta de un escote o por la insolencia de un culo puesta de manifiesto en el acto de incorporarse a fin de sacudirse las migas del regazo, girando tres cuartos sobre los tacones, ceñiduras y boqueos propiciados por la impune somnolencia de una indigestión pesada, atentados inconscientes a la tradicional tendencia al recato y respetabilidad de la mujer catalana, a su predilección por la manga semilarga y la falda semicorta y el talle semiceñido, por el color negro que va bien con todo y adelgaza, por la discreta perla, tendencia, en síntesis, a llamar

la atención sin llamarla, a huir en consecuencia de todo lo exagerado y atrevido, de todo lo muy. El curioso comportamiento de esa nueva pequeña burguesía, sus maneras eunucoides, fruto de una serie de factores de diversa índole ligados al proceso de su afirmación y ascenso, con el consiguiente esfuerzo de afinamiento en los modales, desarrollado –de modo paralelo al engorde físico resultante de la voracidad acumuladaa partir de su triunfo social, afán de delicadeza y distinción entendidos –vaya usted a saber por qué– como maneras de señora, entonaciones y hasta expresiones de señora, más aún, de abuela plañidera, algo parecido –por lo que tiene de asimilativo– al fenómeno conforme al cual un hortera se autoconfigura como hortera debido a su trato con las compradoras, a que su gusto personal se ha ido modificando de acuerdo con el gusto de esas compradoras. La inevitable consecuencia de todo proceso asimilativo, las fermentaciones que produce, sus resultados: la aerofagia mental, los fumetis del cerebro, el más fabuloso instrumento de anulación del hombre, la enfermedad del siglo, que nada tiene que ver, por ejemplo, con la aerofagia intestinal propia del recluso sometido a un severo régimen de legumbres, ya que, por muy próximo a la explosión que se encuentre, mantiene despierto el intelecto y vivaz hasta el delirio la imaginación. Un coquelicot à cette époque?

El aire de feria permanente que ofrece un pueblo de mar en plena temporada, el espectáculo que ya en sí brinda la calle, el desfile abigarrado de la multitud, la gente que contempla ese desfile desde las terrazas de los bares. Un ambiente festivo que, a su vez, no hace sino potenciar la buena disposición inicial del turista, entusiasmo semejante –¡es precioso!– al que el homosexual suele demostrar respecto a determinados lugares, como agradeciendo, por contraposición a la habitual animosidad que advierte o cree advertir en el mundo circundante, el grato recuerdo que de ellos conserva. Y es que, en verdad, pocos fenómenos hay más felices, desde todos los puntos de vista, que el de la confluencia turística, que el de la convergencia de intereses y ansias que suscita, incluso si prescindimos del atractivo y la animación que acostumbran a revestir sus manifestaciones. La utilidad, los beneficios que representa no sólo para el elemento autóctono, inversor o charnego –aunque en diferente grado– y, de un modo más indirecto y general, para el erario público el país receptor y el sano equilibrio de su balanza de pagos, sino también para el sujeto –u objeto– de esa corriente, de esa afluencia, es decir, para el turista propiamente dicho, receptáculo de los goces que unas bien ganadas vacaciones reportan, un descanso asimismo altamente rentable, a efectos de recuperación y rendimiento, para la empresa en que trabaja, así como, en el marco de una política reivindicativa, para el sindicato al que pertenece, la organización que

ha regateado en su nombre tanto el número de días de ocio que le corresponde cuanto un aumento de sueldo más acorde con el coste de la vida, aumento que siempre estimula la producción, como las facilidades de pago estimulan el consumo y los impuestos sobre el consumo estimulan el ahorro, factores todos ellos, por otra parte, que favorecen indiscutiblemente la inversión, la capitalización de las empresas y el comercio internacional, una diversidad de procesos que ensanchan más y más sus alcances, que se integran y acoplan y armonizan en un solo circuito que, al margen del carácter capitalista o socialista de tal o cual economía, termina por revelar las dimensiones mundiales de su envergadura. Que el dinero corra, como se dice vulgarmente, que circule, que trabaje, time, money, change. Cambiar de lugar, de vida, aunque sólo sea por unos días, en un nuevo intento de recuperar las energías perdidas, de perder la esclerosis de los hábitos adquiridos: los principales impulsos del hombre de hoy, un contribuyente cualquiera de cualquier país, que viaja para sacar fotos y tiene chavales para filmarlos y magnetofón para grabar sus primeros balbuceos y, muy de acuerdo con ese contexto de cuenta atrás, una Polaroid para eternizar los sexos conyugales, el pene de él, particularmente tieso ante el objetivo, como todo aquel que se sabe fotografiado, y el volcánico cáliz de la esposa, unida la familia en el legítimo disfrute de semejantes placeres fotogénicos.

Claro que una cosa es una foto en color lo más parecida posible a una cualquiera de esas postales expuestas ante los comercios, en las aceras, panorámicas del pueblo, puesta de sol en la bahía, las playas, la subasta del pescado, las excavaciones arqueológicas, vista nocturna de las calles, las terrazas de los bares al mediodía, el paseo marítimo, etcétera, y otra muy distinta vivir todo eso días y días, patear una y otra vez aquel maldito paseo, bracear y bracear entre los bañistas, repetir las rondas nocturnas, el cuerpo –ya de por sí sometido al palizón del sol– castigado más y más por diversas molestias, la cabeza y el estómago principalmente, aquella sangría que le sentó mal, la paella que no le dejó pegar un ojo, náuseas, diarreas, jaquecas y, sobre todo, cansancio, tampoco es uno ya tan joven a fin de cuentas, y así, casi con ganas de volver a casa, de que se acaben de una vez las dichosas vacaciones, no es en modo alguno infrecuente que el turista termine por comportarse como una de esas parejas de jubilados, cansinos, incomunicados, con el aura del tedio propia de todo viejo matrimonio cuando, ya sin las cotidianas preocupaciones del trabajo y todo en orden en la familia, deciden un buen día que ya es hora de empezar a ver mundo, a viajar, a visitar los lugares que nunca visitaron ni volverán a visitar, y entonces, embarcados ya en la aventura, resulta que se aburren, que se cansan de recorrer países y de ver cosas famosas que nada les interesan en el fondo y que, de hecho,

basta y sobra con verlas en las postales que se venden en el mismo hotel, y hasta sin haber salido de casa, comprando libros relativos al tema, esos libros caros que, aparte de adornar en cualquier repisa, son útiles para ir hojeando en el silencio de las sobremesas, después de la cena, cuando el programa de la tele no es demasiado interesante. Y es que, en resumidas cuentas, al cansancio personal, subjetivo, que puede experimentar o no el turista, cabe añadir otra clase de cansancio, más general y también más profundo, que afecta al europeo y, por extensión, al norteamericano, al occidental, en suma, ese hombre al que le cansa el tiempo que tiene para descansar, fatiga y hastío no suficientemente explicables por el hecho de que la sociedad a la que pertenece haya ido conformando trabajo y vacaciones como formas de ocupación complementarias que le son por igual ajenas. ¿Desgaste de los principios que informan tal clase de sociedad, del propio cuerpo de esa sociedad? La Europa de hoy, esa empresa con más pasado que presente y más presente que futuro, una Europa más unida y débil que nunca en rotundo mentís de máximas como aquello de que la unión hace la fuerza, recordando nostálgica las preponderancias turnantes de otros tiempos y los espléndidos aislamientos, soberbias construcciones sucesivas realizadas con toda la astucia de Ulises y la violencia de Aquiles y la piedad de Eneas y el heroísmo de Sigfrido y la firmeza de Roldán y la hidalguía de Mio Cid, entidades conflictivas pero siempre homogéneas, canibalescas en relación a los pueblos vecinos y fratricidas en relación a los propios, potencias evangelizadoras del resto del mundo, esto es, hacedoras –como Dios del hombrede un mundo a imagen y semejanza de lo que tenían en común, su fe en la fuerza, una Europa descivilizadora, barbarizadora, drogadora, violadora, esclavizadora, exterminadora, atomizadora, roedora y raedora, convirtiendo países en explotaciones, culturas en antigüedades, razas en productos, pueblos en mercados, mágico cambalache, genio del cristianismo, vasto despliegue de cruces y cañones, éstas son mis razones, éstos son mis poderes, una Europa repentinamente aterrada, culpablemente acomplejada ante ese mundo hecho a su imagen y semejanza, temiendo por encima de todo recibir un trato recíproco, el mismo trato que ha dado, la droga asiática, la verga africana. Ansiedad y culpa y desmoralización que no puede dejar de pesar sobre los hombros del europeo de hoy, de nuestro hombre, y explicar así su cansancio, acrecentado por el esfuerzo de simular una hipócrita cordialidad hacia otras razas, otras sociedades, otras culturas. Esfuerzo tanto mayor cuanto que, soterradamente, cada vez más soterradamente, bulle aún el impulso de volver a las andadas, de volcar la mesa y hacer frente una vez más a los tradicionales enemigos de Occidente, derrotarles como en otros tiempos les derrotó Charles Martell, en Poitiers o en los Campos Cataláunicos o Catalanes,

Charles Martell o Charlemagne o Guillermo Tell, alzados proverbialmente contra el invasor, contra ese Atila de turno que irrumpía hirsuto cabalgando al pelo en su propio bajo vientre, pene en ristre, fornicalopando.

El paseo soleado, prácticamente desierto, y un silbido solitario, de localización imprecisa, por todo sonido, expresión de ese vacío interior que manifiestan ciertos seres insustanciales cuando hacen o llevan el camino de hacer algo. Al llegar al área del pósito, las largas redes extendidas le obligaron a apartarse del borde del malecón, más y más apagado el batir del mar y distantes las salpicaduras de espuma, una espuma floja y pegajosa como la de ese champán barato que, en la relativa irresponsabilidad que produce llevar ya unas cuantas copas, puede uno acabar tomando en el bar de la gasolinera o en el Paradís cuando en el pueblo tienen que cerrar. Y, frente por frente, aquel hombre aproximándose con esa actitud como de flotación que adoptan al caminar –pisando plano, deslizándose más que andando, las piernas blandas, los hombros caídos, los brazos colgantes, pegados los codos al cuerpo y divergentes las palmas, ensimismada la sonrisa mientras avanzaba mirando la lejanía, casi en blanco los ojos– determinados homosexuales, un excéntrico, sin duda, algún remanente del flujo turístico, uno de los escasos forasteros que permanecen fuera de temporada, que prolongan su estancia como si gozaran con el espectáculo que sucede al éxodo, terrazas que desaparecen, hoteles, bares, discotecas y restoráns que cierran, playas que se vacían, barcas que se recogen, un pueblo entero como una sombrilla que se pliega, en tanto que la construcción se reactiva como en una mansión, acabada la fiesta, da comienzo la limpieza doméstica no bien ha partido el último de los invitados, y la población autóctona empieza a disfrutar de su merecido descanso, y descansa y chismorrea y se aburre y se calienta los cascos, disputando unos con otros por cualquier cosa, deseando ya que los días se alarguen y el sol se afirme y, a la hora de iniciar de nuevo los preparativos de la próxima temporada, que no tarde en llegar alguien, que venga pronto a distraerles algún excéntrico interesado en ver cómo disponen los apartamentos y los hoteles, cómo se extienden las terrazas de los bares y restoráns y se ventilan los chalets y se calafatean y repintan las embarcaciones y, en las playas, junto con los primeros bañistas, van reapareciendo los patines de pedal y los chiringuitos, y en las calles se dejan ver las primeras chachas y hasta ese hipotético paseante que explora los alrededores del pueblo y visita las no menos hipotéticas excavaciones arqueológicas y recorre una y otra vez el paseo marítimo y acude puntualmente a la subasta del pescado en el pósito. Un ámbito de contraluces y ecos, fosforescencias, burbujas, espejeos, coletazos, aleteando despacio antes de caer en picado chillando, alborotando,

chapuzando en torno a las barcas que llegan, chapoteos de zuecos, charcos resbaladizos de sal y hielo entrefundidos, círculos atornasolados, boqueos convulsos y tensiones aquietadas en el centro de los corros, caras expectantes atraídas por las atronaciones numerales decrecientes, y algún que otro curioso deambulando de grupo en grupo, aquella extravagante criatura que, afuera, en la calle, uno bien podría haber tomado por un homosexual, pero que, vista más de cerca, resultó ser una bella idiota, algo así como una de esas maniquíes que se complacen en crear revuelo, en provocar casi la agresión física, por dondequiera que pasan, motivaciones similares a las que reconfortan al rico cuando da una limosna –la mano tendida como contraste– o a las que hacen sentirse más vivo al anciano que contempla la agonía de los peces, ya que si relacionamos el estreñimiento crónico –por lo que tiene de retentivo, ahorrativo, acumulativocon las indudables propensiones narcisas y hasta megalómanas del sujeto, habrá también que relacionar los padecimientos que tales desarreglos suponen para el organismo con el lógico sentido de culpa que produce el síntoma, y entender la necesidad de purgarse como compensación expiatoria y, en consecuencia, liberadora, así, de modo semejante, la belleza física y armonía exterior no dejan generalmente de crear problemas de orden síquico y peculiares alteraciones en el comportamiento de quien se sabe en posesión de tales cualidades. Mais c'est justement le temps des coquelicots!

Consecuencias del alcohol circulante, modificaciones en la percepción, aunque también pudiera tratarse de una percepción más aguda, capaz de captar las modificaciones en la percepción que sólo no ve quien no quiere ver, cotas más altas de realidad. Pues así como sería difícil dilucidar si la joven princesa fenicia fue raptada o raptó, robada o robadora, espoleando como un cuatrero los ijares del toro blanco, prendada o prendida de su olímpica verga, cabalgada o cabalgando de playa en playa, sobre las vehementes y ardorosas olas, hasta el aislado recogimiento de su picadero cretense, así, igualmente difícil sería esclarecer en él hasta qué punto maldecía o celebraba el horror del mundo circundante, si maldecía o celebraba los extremos a los que le había conducido la energía alcohólica. Una energía capaz de activar la máquina, esa máquina que podemos conducir como se conduce un coche, pero cuyo funcionamiento desconocemos al igual que el rumbo y hasta que la razón o finalidad del viaje, como sucede en los sueños, cuando soñamos que conducimos, sin que ello sea obstáculo, por supuesto, para que podamos ser objeto de una multa. Impresión nítidamente agudizada por la resaca, como si el alcohol hubiera limpiado el organismo al recorrerlo, aclarando la mente y despejando los sentidos, dejando sólo la duda de si tal impresión era

más patente en la observación del comportamiento de una comunidad cualquiera considerada como conjunto, en las conclusiones generales que de tal observación pueden extraerse, o, por el contrario, en los detalles captados, una silla de paralítico vacía en una playa desierta, el tronco descabezado de un cuerpo a medio reaparecer en la arena socavada por las olas, diabólicamente olisqueado por un perro lobo, siendo ya de relativa importancia poner en claro si el punto central del problema reside en la percepción o en lo percibido, en ese volcán interior que nos impulsa o en la placidez aterradora que nos rodea, en el no por argumentado menos delirante texto del papel que estruja en el bolsillo, aquella cédula de notificación de débitos por recaudaciones que, en cumplimiento de lo prevenido por el artículo tal del Estatuto de Recaudación de tal fecha, requiere a usted para que haga efectivos los débitos que se detallan al margen y que, en virtud de la providencia dictada, están incursos en recargo del veinte por ciento; debiendo advertirse que si efectúa el pago dentro de los diez días hábiles siguientes al del presente requerimiento, el recargo quedará reducido al diez por ciento. Transcurrido dicho plazo, se continuará el procedimiento con inmediato embargo de bienes, con arreglo al precepto tal, título tal, del precitado cuerpo legal.

CUATRO VECES LO DIRÉ. Flashes, actitudes intermitentes, movimientos descompuestos en posturas, la cadera ladeada, los codos separados, el busto para adelante, el culo para atrás, la rodilla derecha en alto, la cara para arriba, el cabello para atrás, los codos juntos, el cuerpo recto, el mentón bajo, el pelo sobre la cara, las manos flojas, el vientre para adelante, los hombros retirados, el pecho para arriba, el paquete para arriba, los brazos como flotando, las manos sueltas, el mentón en alto, el vientre doblado para dentro, las tetas colgando, los pelos a su aire, las cinturas dobladas para atrás, vientre contra vientre, espalda contra espalda, la boca y los ojos como los de un ahogado, el talón contra el culo, un brazo en alto y el otro pegado al cuerpo, la cara ladeada, la pierna como dando una patada, la boca como gritando, instantáneas fijadas apenas un instante, componiéndose, descomponiéndose al dictado del equipo electrónico, un tablero de mandos casi como el de una nave espacial, puesto de control que el cura del cole no hubiera dudado en considerar regido por el mismo diablo, aquella satánica coordinación de luces y sombras y movimiento y ritmo, y su no menos satánico resultado, humedades y dilataciones provocadas a voluntad –y con el concurso de la ambientación en general y del alcohol en particular y, más particularmente todavía, de una genérica disposición individual a

pecar– con sólo ir colocando, debidamente graduados, como un brujo gradúa la composición de su filtro, tal o cual disco, eligiéndolos, igual que comprimidos, según el efecto que se desee obtener, auxiliado en la elección por las no menos diabólicamente excitantes cubiertas de cada funda, casi como espejos que reflejaran los aspectos más sugestivos del propio local, infernales ritmos en infernales ámbitos, el cura del cole presidiéndolo todo desde su púlpito, orquestándolo todo con enrojecido júbilo, pulsando botones, teclas, interruptores, manejando palancas, en sus manos todos los hilos de aquel espectáculo de hombres y mujeres danzando en infernal promiscuidad al son de composiciones cuyo carácter lúbrico proclamaban bien a las claras las diversas fundas vacías, I'm Gonna Suck It, Pau Casals y su conjunto, letra de Paul Claudel, diseño de Paul Klee, o la popular Ad Efesios de Saint Paul Robeson, etcétera. Apagón final. Invitación a proseguir en otra parte, a consumar el pecado, a llegar hasta el fondo y apurarlo hasta las heces. Willy les salpicó al sacudirse el sudor, pura cerveza tibia.

A la salida del Atila Leopoldo dijo: ¡Al yate! Subid a la canoa y estuprémonos todos contra el yate.

A la salida del Atila Leopoldo propuso ir a casa de Willy. O al bar de la gasolinera, o al Paradís.

¿Por qué no nos plantamos en casa de Willy y que las mujeres hagan bollos?, dijo Leopoldo a la salida del Atila.

Casi todos montaron en el jeep de Willy, incluso algún desconocido, sobre el capó, en los estribos, saludando con el brazo carretera adelante, como si entraran gloriosos en un pueblo recién liberado. Él les seguía a corta distancia, iluminándolos con los faros; le había tocado cargar con la Renata Bosch y el pelma de Javi. Javi parecía fuera de combate, bobamente embobado.

El bar de la gasolinera estaba llenándose por momentos, la gente saltando como para un atraco de los coches que iban llegando. Leopoldo llevaba puestos los pies de pato y las gafas de bucear de Willy. Carmen se le acercó doblada de risa por algo que la misma risa le impedía contar. Detrás venían Cristina y ella, con el Hombre-Polla casi en volandas, casi como desorientado o aturdido ante su propio éxito. También estaba el Grec; el de la barra se lo señaló con un gesto de cabeza. Os habrá contado sus heroicidades, les había dicho la primera vez que les vio hablando con él. Que si en la guerra hizo esto y aquello. ¿Lo que hizo? Requisar y venderse lo requisado mientras pudo escapar a la movilización. Y luego, en Intendencia –porque hizo la guerra desde los almacenes de Intendencia–, si no fue fusilado por ladrón es porque cayó prisionero a tiempo. O, más exactamente, se entregó, se pasó. Y si los nacionales tampoco llegaron a fusilarle es porque de hecho nunca disparó un tiro y, en cambio, él, el pescador

anarquista, hizo la vista gorda cuando escapó a Francia más de un señorito del pueblo, si es que no los llevó hasta allí en su propia barca a un precio razonable dadas las circunstancias. Y así había sido efectivamente: advertido, gracias a su fina intuición, del tipo de mentalidad de sus interlocutores –contraria a los valores de la clase social a la que obviamente pertenecían–, el Grec, el Rey de las Langostas, como aseguraba ser llamado, les había puesto al corriente de sus hazañas bélicas durante la guerra civil, no menores, en su desinteresada trascendencia, que las realizadas por un sargento York. Hombre curtido por la experiencia, que ha sufrido y quizá por eso sabe ser generoso, que ha visto de todo en la vida y quizá por eso sabe ser comprensivo y también quizá por eso sabe disfrutar de lo poco bueno que la vida puede ofrecer a un hombre como él, un pescador de noble aspecto, de hermoso pelo de jabalí y rasgos subrayados por el esfuerzo repetido de la lucha que empieza con cada jornada, un hombre que vive de su trabajo, de sus manos, de su barca, esa barca y esas manos que alquila a los turistas sin dimitir por ello de su dignidad de marino, una forma de sacarse el jornal que le ha deparado, por otra parte, un sinnúmero de aventuras y anécdotas con el elemento femenino de su clientela que sería prolijo y hasta impropio enumerar, ahora que ya no es el de antes y el cuerpo no responde como en otros tiempos y casi que lo que prefiere es eso, tomar unas copas con los amigos, con los jóvenes, sobre todo, que son los únicos que aún no están estropeados por la vida, los únicos a los que vale la pena ayudar con la propia experiencia y a los que se puede ayudar, quizá porque él también es joven aunque sea viejo y haya recibido muchos palos, justamente por eso, sí, como un padre en sus consejos y también como un padre en su desamparo, inerme, desvalido, sobrepasado por los acontecimientos, un hombre, en suma, no tanto capacitado para prestar ayuda cuanto necesitado de recibirla, que nos la está pidiendo cuando nos la ofrece y a quien por eso se la prestamos haciendo como que es él quien nos la presta. Reacción similar a ese proceso reivindicativo del padre carnal que se inicia por lo general cuando, por ley de vida, las relaciones de poder se invierten y uno empieza a ver al padre como a otro hijo engañado, un hermano engañado como engañado fue el pueblo judío por Moisés sin que nadie llegase a sospecharlo ni a descubrir el porqué, la causa de que aquel iracundo anciano les hubiera ocultado que el Padre Eterno era él, el eterno padre que recorre el mundo en un carro de fuego, que fulmina con truenos y relámpagos a quienes pretenden apoderarse de ese fuego, que engaña al hijo y le hace morir como a un farsante y le funde las alas cuando a él intenta volver, que inventa un antagonista y crea réplicas de sí mismo y hace predicar la égira a la vez en favor y en contra de sí mismo y se complace en enviar invasores contra sus

dominios y cruzadas contra sus ciudades y conquistadores contra sus templos, complacido de que unos y otros creyeran salvarse con sus cruces encendidas, con sus vientres al rojo y sus ofrendas de corazones todavía palpitantes, y, sobre todo, de que su orden, ese orden de violencias encontradas, fuera contrapuesto a un caos inicial, a un precedente estado de terror plagado de oscuras brutalidades, de que ya nadie creyera o recordara que, a modo de resultado, todas las diversificaciones de la ley revelada formaban parte de la venganza de un viejo rencoroso que había sido traicionado, que había sido acusado de practicar o haber practicado las mismas devoraciones que practicaban o practicarían sus hijos, unos hijos que le habían castrado con la complicidad de su mujer, es decir, de su madre. De hecho, un pobre hombre destronado, desterrado, desposeído, delirante en sus evocaciones megalómanas del poder perdido, un poder que acaso ni tan siquiera tuvo nunca realidad porque la realidad es otra, no, por ejemplo, un pueblo de pescadores con sus cultivos complementarios y sus cuatro familias de veraneantes, señores de Barcelona que, aunque con parsimonia, siempre daban vida, no, no aquello sino esto, lo de ahora, lo que ahora estaba adonde estuvo el pueblo, un fenómeno susceptible de marginar en igual medida que de fascinar, millones y millones, cifras con ceros y ceros, producto de la perfecta conjunción de la belleza natural del paraje y de los prodigios del desarrollo económico, otras dimensiones, otros ambientes, otros ritmos, esa invitación a la velocidad contra el aire a la vez que a la modorra arenosa, al placer surcante como a la destilación erótica, somnolencias y ensoñaciones y éxtasis, rosadas erecciones y honduras vehementes, suficiente la oferta para calmar toda ansia de penetración o incorporación, de abrevarse en la espuma amarga, rendez-vous on the rocks, luces de whisky en la noche y el azul del aire, como un desafío del tiempo y las distancias, igual que por la mañana, es decir, al mediodía, tal huyendo de Tifón, más allá del Eufrates, Venus a salvo con Cupido, sol de sal sobre la piel y la hora blanca en los párpados, ese mediodía que supone el tránsito entre lo que se ha hecho y lo que se ha de hacer, el corazón como una balsa recorrida por las ondas sucesivamente ampliadas de una piedra que cae, según se consume el cigarrillo que tan mal sabe después de tantos otros, un cigarrillo que sólo con el paso de las horas, en el curso de la tarde, irá recuperando las cualidades estimulantes que le son propias, lo mismo que si en lugar de tabaco fuese hierba servicialmente proporcionada por un camarero cualquiera, ya suficientemente reavivado como para adentrarse más y más en una nueva aventura nocturna, en las profundidades del Atila o de cualquier otra discoteca, el Pinocho, el Nautilus, para terminar en el bar de la gasolinera o en el Paradís, contagiado ya por el frenético desenfreno del frenesí que –en palabras

del cura del cole– poseía a los allí presentes. El momento de retirarse discretamente y volver al volante del automóvil, como aquella otra vez que, algo bebido o con algún petardo de más, le apeteció repentinamente salirse por la ventana del baño de casa de Willy y coger el coche, y así lo hizo y se dio una buena vuelta, los camioneros cediéndole el paso tras un previo intercambio de señales, encantadores, fraternos, y él les saludaba con la mano una vez completado el adelantamiento, de compañero a compañero, y lo mismo con los coches, salvo aquel que no acababa de cederle el paso, que parecía resistirse, acelerando, invadiendo casi la banda izquierda, medio borracho con toda seguridad, pero ni eso –y aunque él hiciera lo propio cuando el otro, apenas adelantado por medio de una diestra maniobra, como picado en su amor propio, empezó a pedirle paso con fastidiosa insistencia, obligándole a cerrárselo cuando, en su descuido, el muy cabrón intentó adelantarle por la derecha–, ni aun eso pudo empañar esa sensación de armonía cósmica, de encontrarse en relación directa con las fuerzas que mantienen en equilibrio el orden del universo, rato y rato ceñido a los serpeos de la carretera, una carretera que parecía irse creando al conjuro de sus propios faros, magistral, insuperable, demoniaco, y así hasta que llegó de nuevo a la casa y, ya en el jardín, más que entrar, prefirió tumbarse en el césped y allí le dio el sol en los ojos.

ESCALERA REAL. ¿Y las hijas del anochecer, vestidas de rosada niebla? ¿Querían seguir danzando? Querían. ¿Preferían bañar sus cuerpos en las aguas violáceas? Lo preferían. ¿Correrían monte arriba hasta el Paradís en tanto durase la noche? Correrían monte arriba. ¿Sucumbirían prematuramente al abrazo de algún sátiro como sucumbe una ninfa cualquiera? No hay por qué excluirlo.

Deliberaron. Leopoldo y los suyos debían ya de estar anclados en la bahía de Cadaqués. ¿Por qué no les hacemos una visita?, propuso Willy a la salida del Atila. Nos plantamos en Cadaqués, dejamos la ropa en el coche y abordamos el yate a nado. Muy germánico.

Montaron en el jeep de Willy, tomaron otra copa en el bar de la gasolinera, volvieron al coche, hacia el Paradís, una espiral de vueltas y revueltas remontada a todo gas, tronante el tubo de escape como el del propio Atila.

Recorrieron los diversos ámbitos de aquella vieja masía convertida en discoteca, las piezas y dependencias de la planta baja, bóvedas oscuras, bajas arcadas, patios recogidos, muros de pizarra. Ella quería algo relajante, las tumbonas de lona de las arcadas, desde donde se dominaban las laderas del monte y, al fondo, las luces del pueblo, los

reflejos de la bahía, contemplar la blancura que ya empezaba a emerger del mar y extenderse. Pero él prefirió darse una vuelta, la barra embarullada, la animación de la pista, aquel despliegue de movimientos ligados, de maniobras envolventes, muchachos de risueño levante –despierta la verga bajo el pantalón ajustado– y frescas adolescentes de hermoso crepúsculo. Le fue presentado un carmelita que bailaba en buena compañía; iba en shorts y llevaba una blusa suelta y sandalias y una cinta ciñéndole el cabello. Estudió Derecho en nuestra época, antes de meterse a carmelita. Dos cursos después. ¿No lo recuerdas del patio? Reía y se meneaba con una vitalidad envidiable, alegre, desinhibido; algo muy irritante. Dios está en todas partes, ¿verdad?, le preguntó en un intento de fastidiar en lo posible, de soplar en el rescoldo de su mala conciencia. Y el padre Torrens le guiñó un ojo: pero, sobre todo, en los templos, dijo palmeando significativamente las postrimerías de su compañera.

Desde las tumbonas presenciaron el panorama que una vez más ofrecían los blancos ejércitos angélicos al abatirse, las alas extendidas, sobre las lóbregas hordas infernales expulsándolas de las alturas celestes, precipitándolas a lo más profundo de sus simas relampagueantes, cada vez menos relampagueantes, cada vez más apagado su resplandor nocturno, recluidos en sus dominios subterráneos según se acrecentaban los esplendores del cielo, pronto ultravioletas, infrarrojos, anaranjados, anulando la luz negra luciferina, satánicas profundidades poco a poco desentrañadas por los oros solares, no los reflejos de la bahía sino la bahía, no las luces del pueblo sino el pueblo y sus contornos, esos contornos que algún día iba a recorrer de nuevo, desde las ruinas del castillo de la Trinidad hasta las de la Ciudadela, calles y plazas donde los últimos noctámbulos irían siendo sustituidos por gente de bien, honrados trabajadores, hombres de mar, turistas mañaneros, chachas espabiladas, concienzudas amas de casa. Todo eso cuando el Paradís quede desierto y el placer licuante se resuelva en otros campos, más recogidos, más idóneos, y las bajas pasiones puedan desatarse y atarse a su debido nivel, mientras a levante aflora el capullo de Dionisos y comienza a extender su calor sobre la tierra.

TICS. Ella le despertó al llegar. Su cuerpo desnudo. No podía haber dormido demasiado; estaba apenas amaneciendo, y cuando él salió del yate era todavía completamente de noche. Se había ido sin avisar, mientras desnudaban al Hombre-Polla. Tres noches seguidas de lo mismo era excesivo. De ahí la general necesidad de elementos de refresco como el Hombre-Polla. Volvió a tierra nadando y corrió hasta

el coche en pelotas, chorreando como un tritón. El baño le había espabilado y, en el motel, antes de tumbarse a dormir, se sirvió otro whisky sentado a la mesa de trabajo y tomó algunas notas, simples indicaciones que desarrollaría cuando tuviese la cabeza más clara:

Ella no se duerme antes de las cuatro ni se levanta antes de la una. Mientras él almuerza, ella desayuna acurrucada en su bata, le mira con cansancio, con desánimo: esto no puede ser, dice. Nos acostamos demasiado tarde y yo necesito por lo menos nueve horas de sueño. Si duermo menos no sirvo para nada en todo el día. Y lo que pasa es que nunca he podido dormirme temprano; ni de niña. Pero entonces tenía más aguante. Debiéramos hacer un esfuerzo. Yo necesito hacer algo, dedicarme a algo, lo que sea; si no hago algo pronto, me volveré loca. Tienes que ayudarme en eso, en que haga algo. Tú tienes tu trabajo. Pero yo, nada. Yo no tengo nada. ¿Qué podría hacer yo? Dime: ¿qué podría hacer?

Luego, cuando él toma el café y lee el periódico, la charleta de ella con la asistencia, en la cocina, mientras la asistenta friega los platos: sus proyectos de trabajo, la necesidad de arreglar antes que nada un rincón donde poder realizarlos: decoración, una boutique, un laboratorio fotográfico. Tendencia a interesarse también por los problemas de la asistenta, a darle consejos en calidad de persona de mayor experiencia, a predecirle lo que entonces acabará haciendo el otro, el marido, el novio. Valor compensatorio de tal intercambio: los propios proyectos se objetivizan, cobran realidad en la misma medida que los problemas de la asistenta.

Llamadas telefónicas, largas conversaciones con amigas y amigos; similar tendencia al intercambio de confidencias, de opiniones personales: unos problemas por otros. Fases, no obstante, en las que adopta la actitud opuesta: no llama a nadie, hace decir a la asistenta que no está en casa cuando alguien telefonea.

Parecida alternancia en lo que a gastos de la casa se refiere: un buen día toma el dietario y, tras varias semanas de páginas en blanco, pasa cuentas meticulosamente con la asistenta.

Nunca manifiesta el menor interés por el trabajo de él, pero se queja de que él no la escucha, de que sus problemas no le importan verdaderamente. Si él le hace ver que lleva años insistiéndole en que lo que a ella le conviene es hacer algo, una cualquiera de las muchas cosas a las que podría dedicarse, ella contesta que no basta con alentar, que alentar no es ayudar, que puede resultar hasta contraproducente, agobiante, inhibitorio.

Cuando él no está de humor y ella sí, y parlotea y expone su criterio sobre las más diversas materias –criterio, por lo general, ya expuesto en otras ocasiones– y él la deja hablar, ella acaba preguntando que qué le ha hecho, que por qué está enfadado con ella.

Suele asegurar que las soluciones que valen para los demás a ella no le valen, que ella no lleva anteojeras, que ella no se autoengaña como se autoengaña la gente: la clarividencia que anula toda actividad, que dificulta por exceso cualquier clase de comunicación. No sé qué me pasa. Cada vez estoy peor. Me voy de las conversaciones, no me entero de las cosas. Y, de repente, me entra la sensación de estar en una especie de manicomio donde todos los locos se dedican a contar simultáneamente su caso. Supongo que la loca debo ser yo: superioridad de la locura singular sobre la común.

Comportamiento frente a terceros caracterizado por su afán de parecer normal, de evocar los conflictos típicos de una pareja en un intento de justificar de algún modo lo que ella cree que a todo el mundo resulta raro en sus relaciones con él por el simple hecho de que, como un corazón delator, lo que preocupa tiene que notarse: no es lo mismo –¡ni mucho menos!– ser diferente que ser normal. Así, él se dejaría ir, pero ella le chincha, le obliga a mantenerse en forma; ella es una despistada que siempre está en la luna, suerte tiene de él, que está al tanto de todo; ella es una mujer libre, se lo ha ganado a pulso, él ha tenido que acabar aceptando la realidad; ella es algo ligera de cascos, un poco loquita, y más de una vez él ha tenido que sacarla de un verdadero lío, y es que ella, de hecho, sólo le quiere a él, lo demás le importa un comino, y él es casi hasta demasiado comprensivo con ella; él le ha puesto cuernos ya tantas veces que ella ha terminado por tomárselo deportivamente, con filosofía, si se prefiere; él es celoso, pero lo disimula; ella es celosa y con razón, porque él, etcétera. La caracterización del caso, sus tipificaciones y variantes dependen de la circunstancia concreta de cada interlocutor.

Conducta erótica: narcisa, exhibicionista. Orgasmo indirecto: no tanto el placer que recibe cuanto que ese placer sea la respuesta al placer que su cuerpo sea capaz de engendrar en los demás. Al mismo tiempo, y en contradicción sólo aparente, una profunda inseguridad íntima que, sin la ayuda de estimulantes –alcohol, marihuana–, le hace reaccionar con timidez a la sugestión venérea, pudiendo incluso conducirla a una actitud de rechazo. Este segundo aspecto posiblemente condicionado por el carácter de las relaciones sexuales existentes entre ambos, más bien irregular, ya que él sólo suele tomar la iniciativa cuando ha bebido, teniendo ella que recurrir, en consecuencia, cuando se halla sometida a similares influjos, bajo la compulsión carnal, a los estímulos exteriores más arriba mencionados. Indiferencia de él respecto a ella, o mejor, inapetencia, que ella personaliza al máximo, excluyendo cualquier motivación generalizante: deterioro de la vida conyugal, usura de la convivencia, tedio de lo que perdura. El núcleo traumático: es ella, su cuerpo, lo que no le apetece a él. Algo no referible a un siempre más llevadero

caso de impotencia: no es que él no pueda, sino que no quiere; sin problemas de erección, la respuesta de él durante el acto amoroso, cuando lo realizan, es completamente normal, lo mismo –aunque sin duda menos cariñosa– que cuando lo realiza con otra. Con cualquiera.

Consecuentes manifestaciones de agresividad verbal: reproches relativos a la frivolidad de la que él hace gala, acusaciones de vedetismo, homosexualismo, frialdad sentimental, brutalidad de sátiro, riesgo de acabar convertido en un viejo verde, etcétera. Reproches y acusaciones que se expanden hasta abarcar por entero la personalidad de él y que, a veces, en determinados momentos, abstracción hecha de los elementos proyectivos que contienen, terminan por dar en el blanco, por hacer mella. Cuando le dice que se está pareciendo cada vez más a su padre, por ejemplo. Los dejes, los hábitos, la infusión de manzanilla al irse a la cama, los somníferos, las gotas nasales, las pastillas de regaliz. Su misma sensibilidad, cada vez mayor, a las corrientes de aire. Incluso, curiosamente, el hecho de que cada vez le sienten peor cuantos alimentos componían el índice de severas prohibiciones paternas en materia dietética, conservas, fritos, embutidos, por no hablar ya de los excesos alcohólicos. ¿Podía entenderse tal impulso repetitivo en lo formal como augurio de una repetición de destinos? ¿O era ese temor apriorístico en sí mismo la causa involuntaria que le conducía a la repetición? ¿Herencia? ¿Contagio? ¿Reparación? Dilemas: que pueden adquirir algo de obsesivo en los períodos de ansiedad y bajo estado de ánimo. En la última etapa de la resaca, por ejemplo, dos o tres días después de la noche en que se ha bebido, cuando, atrás los períodos de confusión y de excitación angustiada, queda sólo el cansancio, así físico como moral. Un estado de ánimo similar al de ese honesto burgués y ejemplar padre de familia que un buen primero de año, al volante del coche, tras haber comido en casa de los suegros o los abuelos o como se prefiera llamarles, meditando acerca de los años transcurridos en la enternecida y admirada contemplación de la desvalida pequeñez de los chicos, ahora ya unos mocetones, con esa peculiar tristeza propia de unas bodas de oro, de diamante, o de cualquier otra celebración que supone tanto haber llegado hasta como ya no volver a o, incluso, estar cerca de, poseído de esa clase de sentimientos, sentimientos más que reflexiones, se le ocurre de pronto que por qué seguir conduciendo calle adelante en lugar de, con un suave giro de volante, irse contra una farola. Así él, como ese honesto burgués y ejemplar padre de familia, con esa cerrazón de horizontes que en ocasiones se abate sobre el condenado, en su incapacidad de identificar semejante estado de ánimo hasta haberlo superado: la suprema lucidez de sus momentos más depresivos, de las visiones y las ideas, de las piezas de rompecabezas que entonces afloran a la conciencia. Los momentos que

ella parecía preferir, como intuyendo la especial vulnerabilidad del adversario, para volver a la carga.

Ella, sus conflictos, sus contradicciones, complejidades de un tema al que, ya en la cama y a oscuras, según llegaba el sueño, siguió dándole vueltas, irreductible a notas parciales, múltiples facetas de un poliedro que gira, un todo no menos equívoco y turbio, por ejemplo, que la personalidad de una de esas mujeres, no forzosamente viejas, que se consumen pensando en la cantidad de dinero que llega a circular por el mundo, que pasa de largo ante sus narices, inaferrable, siempre fuera de su alcance, de otros, para otros, premios que caen a la gente, y concursos y quinielas y loterías y recompensas y recomendaciones y herencias de parientes desconocidos y golpes de suerte y golpes de mano, y ese señor que tanto podría hacer por ella con sólo una pizca de su fortuna, y ella, que lo haría todo por él, absolutamente todo, asesinarlo inclusive, a cambio sólo de sus favores, y por eso se le arrodilla y abraza y lloriquea –o al menos eso haríay casi quisiera morir por él, con él, y así saldar la deuda, la culpa. Entre dormido y no dormido, ya en ese punto en el que las ideas se convierten en imágenes y, sin solución de continuidad, uno se encuentra de pronto subiendo a un aeroplano. O con un cuerpo desnudo acoplado al suyo, reanimándoselo, incorporándoselo. Te quiero mucho, le dijo al oído, la lengua entrándole oreja adentro, según se desvanecía la pesadilla. ¿En qué soñaba? ¿El paisaje?

Luego, dormida ella, él se tendió a un lado, sudoroso, vencido no tanto por el sueño cuanto por el malestar, una sensación como de fiebre, efecto, sin duda, de la resaca así física como moral que, particularmente extremada ciertos días, le lleva a uno, apenas despierto, a salir arreando hacia cualquier parte.

Todavía encendió la luz, no obstante, y, llegándose hasta la mesa de trabajo, hizo una última anotación:

Posibles nombres: ella, Camila; él, Ricardo.

III

DIÁLOGO DEL CÉSAR. Leopoldo hablaba del exhibicionismo. Un fenómeno cuya importancia crece de día en día. Es lo que más cabrea a la gente. Les saca de quicio: ¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Criminal! La hija o la mujer o una vecina. Y enseguida organizan una batida. Recorren el barrio como locos hasta que ya no pueden más y, cuando se dispersan, el exhibicionista vuelve también a su casa, lamentando con algún desconocido la mala suerte de que se les haya escapado. Debe de ser un rato emocionante. Ir por los descampados trempando bajo la gabardina, por las calles semidesiertas, escondido en los portales, tapándose con una cartera. O mejor: adaptándose uno de esos falos de goma que venden, el más gordo, de un buen par de palmos. El efecto es tremendo. Les creas un trauma para toda la vida. Después, ya no habrá trasto que les parezca digno de consideración; lo que más temen los maridos, probablemente. Incluso tengo pensado el uniforme: pantalones sólo de rodilla para abajo, sujetos con gomas a cada pierna; y encima, una gabardina con puños de camisa aplicados a las puntas de cada manga, como asomando, y corbata y pechera y cuello de camisa aplicados al interior de las solapas, y que todo pueda abrirse de un tirón, con uno de esos cierres que se pegan como si fueran de esparadrapo. De lo más emocionante. Si te cogen te linchan.

Pero no era eso lo que querían oír. Fuera, cada vez más próximo, sonaba el motor de una canoa, Ricardo se asomó a la cubierta: eran Cristina y Willy; el cabrilleo perpendicular de las luces del pueblo a lo largo del malecón.

Cristina y Willy llegaron disparados preguntando por lo de Guillermina y Gerard. Detrás venían la Renata Bosch y Camila, chorreantes, envueltas en toallas de baño, la Bosch diciendo que por poco las planchan con la canoa, sin que nadie le hiciera caso. Y, al ver que se hablaba de lo de Guillermina y Gerard, volvieron enseguida con toallas secas, tapándose hasta cierto punto, dado el carácter esencialmente discursivo de las circunstancias. Menos impuesta por tales circunstancias Camila, más lanzada, como poseída de ese gozo instantáneo que suele producirse en todo cuerpo propenso al estreñimiento tras una copiosa evacuación, con esa euforia, con esa vitalidad renovada; así Camila, en similar estado de ánimo, tras una simple y precipitada copa.

¿Qué pasaba con Guillermina y Gerard? El César había estado en Cadaqués. En Cadaqués habían visto gente. ¿Qué les habían contado? ¿Qué había de verdad en lo que se contaba de Guillermina y Gerard?

Carmen sonreía y callaba. La Bosch reía sola, satisfecha de saber lo que los otros no sabían. El pelma del Javi se lió con la historia del baño que tomaron antes de volver al yate, cuando cerraron los bares y todo el mundo siguió su ejemplo, desnudándose sobre la marcha, blancos a la luz de la luna como panzas de merluza, cada cual intentando identificar a los demás de su grupo. Y entonces alguien encendió los faros del coche, iluminando al conjunto, y la gente aplaudía y chapoteaba en el agua, salpicándose los unos a los otros. Fue una escena genial, dijo como para subrayar el carácter divertido de lo relatado, aceptando implícitamente la propia incapacidad para expresar en palabras la matizada riqueza de los hechos; casi de sexy-ficción. Silencio. Tampoco era eso lo que interesaba.

Como ese orador que aguarda pacientemente su turno, a sabiendas de que no es sino su discurso lo que constituye el verdadero objeto de la reunión, y puro preámbulo las intervenciones que se van sucediendo, apresuradas más y más según cunden en el auditorio las muestras de impaciencia, una impaciencia que nuestro orador aviva en lo que cabe con su silencio ensimismado, así Leopoldo, la expectación que le rodeaba cuando tomó la palabra. Anclado el Afrodita en aguas de Cadaqués, empiezan a llegarle comentarios relativos a lo de Guillermina y Gerard, el tema del día. Leopoldo pregunta directamente a Blanca, cuya versión de los hechos le parece más digna de crédito que otras. Party en casa de Blanca. Allí todo el mundo parece saber de buena fuente la verdad de lo de Guillermina y Gerard, de lo que pasó realmente, variantes de lo que cuentan quienes conocen o dicen conocer a un testigo presencial. El número de testigos presenciales no deja de aumentar, y hasta el pelma de Javi y la tonta del Bosco acaban siendo incluidos en tal categoría y la gente les pide detalles. Protestas de la Bosch o Bosco no exentas de complacencia. Lo que yo decía, lo que yo decía –decía la Bosch–, lo que yo decía es que me hubiera gustado haber estado. Inútil, nadie la escuchaba.

Blanca disertaba acerca de las indudables ventajas de la felacio practicada sobre un cuerpo que se encuentra debajo, en posición de decúbito supino, y no encima de la persona practicante, ya que tal posición, con un mínimo de habilidad digital, permite graduar y retener el impulso de la emisión que recorre y sacude el miembro erecto, al tiempo que, en virtud de su mismo espaciamiento, lo hace paulatinamente asimilable y hasta paulatinamente expulsable por la comisura de los labios, sin que ni siquiera se aperciba de ello el feliz beneficiario de la operación –cuyo placer no hace sino prolongarse con la destreza de tales manipulaciones– y sin que el sujeto practicante se arriesgue a las náuseas, que en algunas personas puede provocar así el volumen como la densidad y hasta la misma violencia del esperma, ni a otros síntomas de intolerancia, indisimulables en la

posición inversa, defendida, no obstante, por parte de los invitados, entre los que tampoco faltaban decididos partidarios de la posición vertical.

Aprovechando la dispersión de la controversia entre diversas posturas teóricas, Leopoldo centra el diálogo en lo de Guillermina y Gerard. Blanca admite que cuanto ella sabe se lo ha contado una persona que tampoco estuvo presente. ¿Y quién es esa persona, si se puede saber? Félix. ¿Y quién se lo ha contado a Félix? Una persona que estuvo allí. Pero Blanca, dice Leopoldo: ¿a qué viene ahora tanto misterio? ¿Quieres que te diga quién es esa persona que se lo ha contado todo a Félix? ¿Quieres que te diga su nombre? Si te divierten las adivinanzas, dice Blanca. ¿Te lo digo?; pues la misma persona que me lo ha contado a mí, dice Leopoldo. Es decir: Quique. Y es cierto, en efecto, que estuvo presente, con toda su complacencia de cocodrilo homosexual, sin dejar que se le escapara un detalle. Al menos de la primera parte, de lo que fue en sí la noche; no del desenlace. Hasta el momento, del desenlace no hay otra fuente que la propia Guillermina.

Cristina hizo callar a la tonta del Bosco, que intentaba adelantarse, contárselo bajito por su cuenta. Pero ¿qué pasó realmente? (Cristina). ¿Quiénes estaban? ¿Y dónde? ¿En Cadaqués o en Barcelona? ¿Fue como aquella vez en Ibiza? Más bien (Leopoldo): ni Guillermina ni Gerard suelen beber. Son de los que no mezclan.

El interés de la noche, según Quique, lo constituía un invitado ocasional, el negro centroamericano Rolando, Orlando tal vez, un nicaragüense o panameño o de por ahí, amigo de alguien. Y lo cierto es que nuestras esperanzas no se vieron defraudadas, dijo Quique. Efectivamente: en el curso de la velada, el centroamericano, el negro Rolando, se revela no sólo poseedor de la vitalidad y vehemencia que de él cabía esperar, sino también como un ser de gran atractivo físico, maneras armoniosas y notable sentido del humor. Requerido por todos, el negro Rolando, conforme a las más elementales normas de cortesía, permanece sin embargo particularmente abierto a las atenciones de que le hacen objeto sus anfitriones, los Gerard, la Guillermina en primer término. Y, cuando el ambiente se caldea, es en especial con los Gerard con quienes estrecha lazos, hasta el punto de que algunos invitados –invitadas, sobre todo–, llevados por su despecho, optan por retirarse. Es el momento cumbre de Guillermina, apoteósicamente acomodada entre sus dos hombres, exuberante en la exuberancia. La idea que algunas tías se hacen de esta clase de fornicación colectiva, ya sabéis: una especie de ceremonia celebrada en su honor, donde la presencia de otras personas es poco menos que una convención del ritual: a quien los tíos buscan es a ella. Pero tras los primeros escarceos y penetraciones, la situación experimenta un cambio insospechado –incluso para el contemplativo Quique– a partir

del momento en que, sobre la marcha, Gerard propone componer un sandwich en el que a él corresponde el papel intermedio, brindando así sus sinuosidades traseras al negro Rolando, antes de adentrarse a su vez en las profundidades de Guillermina. Es preciso aclarar, por otra parte, que el carácter insospechado del cambio no reside tanto en la propuesta en sí, gozosamente puesta en práctica de inmediato, cuanto en la reiteración del acto, en sus trueques, variaciones y combinaciones, de los que, como si en el sandwich sobrase pan, la Guillermina iba quedando progresivamente excluida. Igualmente conviene puntualizar, en honor a la justicia, que la actitud de Guillermina fue en todo momento correcta y civilizada, divertida incluso, como bien puede testificar el propio Quique, junto al cual, como un espectador más, ella siguió las incidencias del ardoroso encuentro.

De hecho, la eclosión del conflicto –en ausencia ya de Quique– no tuvo lugar hasta la mañana siguiente, después de que los niños, al partir para la escuela, sorprendieran en su natural desnudez a los componentes del trío, desordenadamente dormidos sobre la cama. La reacción de los chicos, por lo que se ve, fue muy positiva, hasta el punto de que pretendieron incluso incorporarse al juego, intrigados, en particular, por las peculiaridades físicas del negro Rolando. Pero, de acuerdo con la versión de Guillermina, la gota que, por así decir, hizo desbordar el vaso, fue encontrar a Gerard y al negro Rolando cabalgándose de nuevo mutuamente, al volver de la cocina con una cafetera humeante. Y visto que ellos ni tan siquiera dieron muestras de percibir su presencia, aprovechó para hacer la maleta y largarse sin más, no ignorando la inutilidad y hasta crueldad, en tales circunstancias, de cualquier intervención por su parte, consciente de la obnubilación de la que eran presa aquellos dos hombres, vencida ya por ambos la fase de fatiga y disgusto que sigue a toda serie de emisiones seminales, la persistencia del sabor a esperma y demás licores venéreos que uno ya no sabría decir de dónde los ha tomado, disgusto y mal sabor de boca que, pocas horas después, trocados en estímulo con el despertar, han de dar paso a renovados accesos de furor copulativo. De acuerdo con la misma versión, Guillermina se limitó a dejar una nota junto al café: en la nevera hay leche fría. Firmado: La Tonta del Bote.

Reconocidas unánimemente las cualidades de presencia de ánimo, discreción y sangre fría mostradas por Guillermina en su comportamiento, las motivaciones personales que la condujeron a formalizar su separación de Gerard constituían un tema hasta cierto punto irrelevante. ¿Amor propio humillado? ¿Sensación de ridículo, tras haberse comportado inicialmente como figura central del cuadro, como sacerdotisa suprema de la ceremonia? ¿Sentimiento de estupor

ante la traición, particularmente agudo para aquella persona en quien la traición es práctica corriente, cuando a su vez es objeto de una traición? El caso es que, como ese portero que, tras blocar un duro disparo del delantero centro del equipo contrario, realiza un despeje largo y, cristalizados los ojos y un agujero en lugar de boca, contempla entonces cómo el receptor del pase, el delantero centro del propio equipo, lejos de seguir campo adelante, hacia la portería opuesta, avanza hacia la suya, dribla a los delanteros enemigos que todavía consideran su acto una estratagema, los rebasa y, ante la inercia de las propias líneas media y defensiva, como paralizadas quién sabe si de estupor o regocijo, chuta certero, con furia incontenible, y marca, rematando una y otra vez, ensañadamente, los rebotes del balón contra la red, antes de correr nuevamente hacia el centro, aupado, abrazado y felicitado con alborozo cómplice por los restantes compañeros de equipo; así, como en ese portero, la sorpresa de la desventurada Guillermina.

Tendré que hacer algo por esta chica, dijo Carmen. No sé, levantarle los ánimos: le voy a proponer que me haga de modelo, sacarle fotos; yo encuentro que tiene un bonito cuerpo. Seguro que le sacas lo que quieras (Leopoldo). ¿Y por qué no me lo sacas también a mí? (la tonta del Bosco, ya como en pose, mordiendo una punta de la toalla que la entrecubría, igual que cuando el fotógrafo pretende sugerir una perversidad inocente). No te permito que me robes a Carmen, que nos conocemos desde niñas (Camila, con la excitación de su segunda copa, sentándose sobre Carmen). Y Cristina, siempre más teutónica, situada entre Ricardo y Willy, acariciándoles la bragueta: ¿y estos hombres?

Reapareció Leopoldo, entreabierto el corto ruso de un púrpura desteñido, empinada la verga curtida, una verga con esa cualidad como de tasajo curado que, más que crecer –ya de por sí gruesa en estado de reposo–, parecía simplemente endurecerse al enderezarse.

Vamos a escenificarlo, dijo. ¿Quién hace de negro Nab?

CONVERSIÓN, DIVERSIÓN, INMERSIÓN. La idea del matrimonio siempre me ha resultado más bien desagradable. Rosa decía que a ella también, pero que era la única forma de resolver de una vez un montón de problemas incómodos. Supongo que el apoyo de su madre a esta clase de solución –resolver unos problemas para crear otros–, el carácter de nuestras relaciones, el tiempo que venían durando, etcétera. Aparte, claro está, de que tuviera de mí una opinión en cierto modo favorable, de que perteneciese a una familia conocida y de que socialmente fuese considerado como un chico que vale mucho, clasificación que, una vez establecida, ni tan siquiera suele ser modificada mediante pruebas en

contra. Y lo de la cárcel, para ella, no era más que eso, como tenía por costumbre decir, cosa de jóvenes. Un elemento, en cambio, que probablemente jugó un papel decisivo en el súbito interés de Alfonso por una pronta y correcta solución del caso: la imagen de un yerno encarcelado por motivos políticos al que, lógicamente, cabía admitir convicciones marxistas y hasta contactos orgánicos, pero –y asimismo no sin cierta lógica– en pleno giro de saludable sentido conservador. De hecho, tampoco yo dejaba de darme cuenta de que, obligado a cargar con el paquete de cuestiones de tipo personal, familiar y económico que me aguardaba a la salida de la cárcel, mi actitud podía inducir a suponer –y no solamente a un Alfonso– que me encontraba en la situación de aquel compañero de estudios que, tras una juventud iconoclasta o sencillamente libertina, en un repentino acceso de pavor hacia los otros y, sobre todo, hacia sí mismo, busca refugio y escondite en los valores, instituciones y mitos tradicionales, el trabajo, el hogar, la esposa, el cambio que para uno representa tener hijos, la necesidad de asegurarse compañía para la vejez, los consuelos que depara la vida familiar junto con los quebraderos de cabeza que conlleva, la necesidad de ser realista, de dar a los chicos una formación religiosa que siempre es un freno y que si luego les sobra allá ellos, etcétera, y un buen día, después de tantos años, nos topamos con él, sus ojos como gaviotas y como nubes los cabellos, y entonces nos abraza y nos increpa y desafía y llora, y nos fuerza a visitar su hogar, y se explica, y justifica sus claudicaciones, y nos agobia, incomoda y deprime ante el espectáculo de su triste intimidad, la sirvienta tratada a gritos para mostrarnos su poder y energía, la mujer abroncada por no pertenecer ni entender la época ahora evocada de recuerdos comunes, los niños –igualmente mantenidos a raya– en los que sólo el obcecado delirio del padre puede confundir silencio con acatamiento, el mismo ambiente y hasta el mobiliario de la casa, expresión y reflejo de las tensiones y desequilibrios familiares, signo y sentencia del carácter inevitablemente catastrófico del inevitable final.

De cualquier forma, me parece fuera de duda que fue justamente ese interés por los aspectos negativos de mi vida –en lo que a ortodoxia de comportamiento se refiere– lo que le indujo proponerme trabajar a su lado en la reorganización de la oficina, con vistas a una mejor coordinación entre los diversos negocios que desde allí se llevaban. Un modo de hacer patente su desprecio por las convenciones sociales unido a la perspectiva de la atrayente controversia que normalmente debe suscitarse entre personas de mente despejada y abierta en el curso de una labor realizada en común, el choque de una visión socialista del mundo, deportivamente aceptada por su parte, con una visión no tanto capitalista cuanto realista, moderna, seria, más calificada técnicamente y, sobre todo, más eficaz en su gestión,

ventajas de las que debía estar seguro que iba a convencerme, reafirmándole así, consecuentemente, en sus propias convicciones. Un tipo de reacción cuyo correlato, en el terreno sexual, habría que buscarlo en esa excitación ante lo exótico que en un hombre de negocios de paso por Hong-kong suele despertar la posibilidad de un ligue, no exento de riesgos, con una putilla local. Debo confesar que su propuesta también a mí me resultaba atractiva, aunque menos por la controversia, que, contra lo que él pudiera esperar, me era más bien indiferente, que por la ocasión que me ofrecía de conocer más de cerca lo que es la vida, como suele decirse, algo tal vez un poco abstracto para un joven abogado morbosamente atraído por las letras, con la mili y la uni como principales experiencias comunes a todo joven de familia acomodada, y la militancia política y su adicional cupo de cárcel como experiencias particulares.

En la práctica, no obstante, mientras mi imagen de reflexivo intelectual marxista parecía conservar, por algún motivo indeterminado, toda su vigencia, fue la imagen tecnocrática de Alfonso la que no tardó en deteriorarse para dar paso a otra más tradicional y marrullera, sin que ello supusiera, no obstante, una disminución de mi interés hacia su persona; tampoco creo que semejante contraste sea motivo suficiente para que mi conducta pueda ser calificada de hipócrita. Era él quien, por así decir, enseñaba la oreja, su oreja de viejo zorro, a quienquiera que, familiarizado con su trato, le viese actuar ante terceros, cosa que, lejos de toda decepción, tenía incluso algo de fascinante. Sus artes dialécticas, el peso de la palabra precisa, la oportunidad de su utilización y hasta su dicción impecable, facilidad acaso derivada del hecho de ser catalán sólo en parte, de haberse criado en un medio cultural castellano y de haber hecho sus estudios en la universidad de Madrid –con la cola de amistades y relaciones que eso supone–, la típica superioridad que da un perfecto dominio del idioma cuando uno se dirige a un auditorio que tartamudea y se traba y se engola en sus esfuerzos por expresarse en una lengua que no es la propia. Su extrema habilidad, asimismo, en imponerse sin recurrir en apariencia a la superioridad –o presunta superioridad– de su posición ni, menos aún, a crudeza expresiva alguna, sin palabras gruesas ni amenazas implícitas ni el más mínimo elemento coactivo en la forma o el sentido de la argumentación, procurando siempre que el interlocutor creyera estar cediendo por voluntad propia, dándole toda clase de facilidades para que se autoconvenciera, aunque no tanto, claro está, como para que llegara a olvidar en manos de quién estaba la fuerza. Y eso con sólo tomar una cualquiera de las armas de su panoplia –la más indicada en cada caso concreto– y, como jugueteando con ella, dirigirla hacia el punto flaco de su interlocutor. La vez, por ejemplo, en la que el viejo

Buenaventura Gasull le anunció la donación de una buena parte de su paquete de acciones a su secretario particular, mi buen Arturo, un obsequio que es lo mínimo que se merece quien como él me ha servido tan fielmente durante tantos años, que me ha dado, como bien se dice, lo mejor de su vida, y Alfonso, por supuesto, don Buenaventura, le comprendo perfectamente, y créame que esa operación le define no sólo como persona de profunda humanidad y gran alteza de miras, sino también como el verdadero protagonista de un acto que nunca con mayor propiedad podríamos calificar de espléndida inversión, frase que no por irreprochable en su enunciado dejó de turbar a don Buenaventura en la medida en que, adecuadamente captada, una finta de Alfonso sin duda lanzada con miras a la inminente Junta General, al consenso que Alfonso, en cuanto Secretario General, esperaba le dispensara sin reservas el Consejero don Buenaventura Gasull, tanto en nombre propio como en representación de su estimado secretario Arturo.

Y, llegada la Junta, su inigualable técnica de persuasión, su método: la reseña inicial de las circunstancias adversas que, incidiendo en una coyuntura ya de por sí difícil, se habían abatido sobre la empresa, y cuya simple exposición hacía estremecer en el asiento a todo pequeño accionista; las opciones descartadas, los remedios adoptados; el fruto de tal actuación que, finalmente, permitía repartir unos dividendos que, de haber sido anunciados en otro contexto, sin semejante preparación dialéctica, no hubieran suscitado sino estupor y reacciones airadas, en lugar de los apretados aplausos que habitualmente sellaban sus informes. Sus inagotables recursos oratorios: fulano es –el presidente del Consejo de Administración, por ejemplo– no sólo un gran caballero barcelonés sino también una personalidad del mundo de las finanzas cuyos desvelos por esta sociedad, junto a su labor discreta, previsora, desprendida y abnegada, son sobradamente conocidos por todos (¡memazo!); pues, y les ruego que no lo tomen por jactancia retórica, más que el incentivo económico, me mueve, en mi gestión, el deseo inherente a la condición humana de dejar una huella ejemplar de la propia obra (¡con muchos ceros detrás!); porque, qué duda cabe, todos estaremos de acuerdo en que lo que más importa es la dimensión humana y la trascendencia social de la empresa, inseparables, me atrevería a decir, de su consideración económica (¡pollas en vinagre!); y es que, en definitiva, entre personas inteligentes y cultas (¡paletos!) nunca puede dejar de haber entendimiento.

Incluso su forma de afilar las uñas, gratuita en apariencia, salvo si se la consideraba como lo que era, como ejercicio, como gimnasia, aparte de la significación preventiva o disuasiva, siempre saludable, que para un presunto antagonista pudiera tener. Al recibir la visita,

pongamos por caso, de algún ex compañero de curso, un tipo a quien la fortuna obviamente no le ha sonreído en exceso, que ahora pretende interesar a las empresas de Alfonso en algún producto que él representa, un comisionista o como quiera llamársele que, a fin de crear un ambiente adecuado a su propósito, procura evocar recuerdos comunes desde una supuestamente común perspectiva, fruto de una supuestamente común posición próspera y desahogada, y con la placidez que se deriva de toda situación de privilegio, de elevado standing, rememora las locuras y barbaridades que llegamos a cometer cuando jóvenes, qué tiempos aquellos, caramba, qué tiempos, al objeto de obtener mediante tal evocación del pasado una renovada identificación presente. Alfonso menea la cabeza, como absorto, mientras habla despacio: somos unos fracasados, dice. Teníamos ilusiones, vocación altruista, y aquí estamos, convertidos en vulgares ejecutivos, realizando tareas que en el fondo nos importan un carajo. Y entonces, con todo el disimulo de unos párpados entornados, gozarse en captar los sucesivos matices de incredulidad en la mueca estupefacta de su interlocutor, quien, ante la machacona repetición de somos unos fracasados, concluía, qué remedio, dada su situación de ir a pedir y no a dar, la distancia abismal que separa al que da del que pide, concluía admitiendo que nada debe de haber más hermoso que ajustar a un ideal la propia conducta y, con un suspiro –¡quién volviera a ser joven!–, convenir, definitivamente apeado del carro, en lo innegable, en que sí, en que eso era justamente ser un fracasado, un verdadero fracasado.

De ahí la extraordinaria muestra de confianza –o de desconfianza: una prueba más– que supuso el que Alfonso me pidiese ayuda en relación a los problemas de Robert. A ver si tú, que estás más cerca de su edad, entiendes al menos su lenguaje. Lo que es a mí, debo reconocer que me sobrepasa, que no entiendo ni lo que dice ni lo que hace ni lo que quiere ni lo que hay de cierto en todo lo que cuenta. Si el papel de consejero espiritual –de manso que encabeza la vuelta al redil, con más exactitud– no era precisamente halagüeño, que la elección de Alfonso recayera en mi persona no dejaba de tener sus razones, toda vez que la relación entre Rosa y Robert, debido acaso a los años que se llevaban, que a esa edad cuentan mucho, nunca había sido demasiado estrecha, siendo en cambio evidente que Robert parecía encontrar sugestivos determinados aspectos de mi biografía –la cárcel en primer término, como es natural–, por lo que más bien buscaba mi trato. Quizá pudiera hablarse incluso de un sentimiento de emulación que le impulsaba a hacerme partícipe de sus confidencias, unido posiblemente al deseo de sorprender y admirar a su hermana, de atraer hacia él la atención de Rosa al tiempo que la mía, sentimientos y deseos que no contribuían sino a confundir la parte de

verdad y la parte de mentira existentes en las historias que nos contaba. Sus problemas, los problemas que creaba con sus problemas, el de la credibilidad que había que otorgarle, entre otros: sus aventuras eróticas, las escapadas con su gente, sus experiencias con drogas, los contactos que mantenía al respecto con las redes de distribución, la dificultad de establecer una frontera entre realidad y fantasía. Su centro de aprovisionamiento –un bar de Las Corts–, por ejemplo, algo perfectamente posible. El alijo que aseguraba haber introducido personalmente vía Londres, una peripecia ya más problemática. Los viajes a Tánger, no tantos, a juzgar por los sellos del pasaporte, como aseguraba. El dinero que manejaba, su origen, en modo alguno suficientemente explicado por las cantidades que pudiera sacarle a su padre. Los contactos locales que aseguraba tener, las bolsas de Sears que intercambiaba quién sabe si en el Parque Güell o en un rincón cualquiera de algún museo, sentados uno junto al otro por breves instantes, nada más fácil que confundir las bolsas.

Mi impresión es que, para Alfonso, el hecho de que en mis charlas con Robert me hubiera limitado a cargar el acento sobre los riesgos que corría, sin pretensión moralizante alguna, supuso una gestión no sólo suficiente sino hasta singularmente sabia, considerando su escepticismo hacia lo que el chico pudiera dar de sí en la actualidad y su confianza inveterada, por el contrario, en lo que cabía esperar del inexorable paso del tiempo, ese fenómeno que hace madurar y caer la fruta, un fenómeno que, a su entender, sin ir más lejos, no había dejado de darse en mi caso, es decir, la positiva evolución experimentada por mi personalidad a partir no tanto del momento en que me ofreció la oportunidad de canalizar mis facultades hacia un objetivo concreto y constructivo, trabajar con él, por ejemplo, cuanto a partir ya de mi matrimonio con Rosa, de aquella ceremonia celebrada con toda la discreción y estricta intimidad que las circunstancias aconsejaban. A puerta cerrada, bajo los auspicios del mismo viejo párroco gagá o lunático que me había atendido en el papeleo previo. Repitió varias veces mi nombre, perdida la mirada –con el auxilio concéntrico de sus dioptrías– en la profundidad del tiempo. Yo conocí a su padre, dijo recostándose contra el respaldo como para mejor asentar su memoria. Vivía en un verdadero palacio. ¿Mi padre?; más bien debió de ser mi abuelo. No, hijo: si hay algo que no me falla es la memoria. Era tu padre. Vivía en un palacete de la calle Mallorca. ¿Lo ves? Por eso le digo que era mi abuelo, me atreví a decir. Murió a los pocos años de la Primera Guerra Mundial, mucho antes de que yo naciera. Y lo mismo pasa con el chalet; mi familia lo vendió después de su muerte. El párroco pareció aguzar las pupilas, como con picardía. ¿Muerto?, dijo. Eso lo acabarán diciendo un día u otro de todos nosotros.

Acabada la ceremonia, almuerzo en el salón privado de un restorán. Alfonso con prisas; tenía una cacería de patos aquel fin de semana y le preocupaba la salud de su mejor perra, una setter de regio pelaje rojo, el extremo opuesto, en su activa inexpresividad, de los entusiasmos retozones de la paquidérmica Poppy, la perra callejera que, como si nos estuviera esperando, había de adoptarnos como dueños no bien llegáramos a Rosas. A ver si otra vez puedes acompañarme, dijo Alfonso, dando por supuesto, en apariencia, que nada podía colmarme tanto como una cacería de patos en la isla de Buda. No le había pasado por alto la observación de Rosa –decidida, se diría, a facilitar la convergencia– relativa a mi buena puntería, y lo más probable es que estuviera considerando el papel socialmente asimilativo que en mi conducta podían jugar sus invitaciones a la perdiz o al pato, el carácter privilegiado de semejante recompensa a mi presunta afición a la caza. Una afición que, como la práctica de otros deportes, golf, tenis, hípica, etcétera, facilita tradicionalmente el enraizamiento y la integración en el medio de nuestro joven iconoclasta, al igual que tantas otras recetas avaladas por la experiencia, tener un perro de raza, ser coleccionista de algo, filatelia, bibliofilia, numismática, mariposas, lo que sea, relacionarse con otros matrimonios jóvenes que también empiezan a ir al teatro, a la ópera, etcétera, etcétera.

No deja de ser sorprendente que un hombre de la agudeza de Alfonso llegase a creer que Rosa y yo podíamos convertirnos en esa clase de gente. No que formáramos lo que se llama una pareja unida, claro; su propia conducta en el hogar, el formalismo de las relaciones con su mujer, correctas hasta lo puntilloso, así como la crudeza de ciertas observaciones de carácter más general que se permitía hacer en la intimidad siempre mayor de su despacho, indicaban bien a las claras cuál era su idea del matrimonio, el agobio de los cuerpos con el tiempo. No, nada relativo a los misterios de la vida conyugal, pero sí a la posibilidad de que Rosa y yo construyéramos al menos un hogar tan capaz de guardar las apariencias como cualquier otro, cuando bastaba echar una somera ojeada al piso que constituía nuestro hogar para que todas las ilusiones al respecto se vinieran abajo. No se me ocurre otra explicación al optimismo de Alfonso que su fe en el resultado beneficioso de que –como presos en libertad condicional– nuestro comportamiento procurase hacerse digno de la confianza depositada en nosotros, un modo de reconocer el espíritu crítico –ya que no otros factores positivos– que caracterizó mi trabajo en su oficina, unido a la indulgencia –debilidad, si se prefiere– con que aceptaba la proverbial propensión al desorden de Rosa, equivocándose de esta forma tanto en mi capacidad –o voluntad– de enmendar ese desorden, cuanto en que tal debilidad siguiera siendo correspondida por su hija.

Ni que decir tiene que Rosa puso de su parte cuanto pudo: sus

esfuerzos por parecer un ama de casa normal, con sus quebraderos de cabeza, sus cálculos, sus cotilleos. Pero el problema residía, sobre todo, en la continuidad de tales esfuerzos, en el sentido –a menudo contradictorio– de los sucesivos papeles que adoptaba en el intento de estabilizar su vida: tranquila y eficiente ama de casa, tirando a escéptica, ya se sabe cómo son los maridos; mujer caprichosa y extravagante, un poco cínica; una chica de esas que no parecen estar casadas, activa, emprendedora, independiente, etcétera. O, más que sus papeles, los actos inherentes a tales papeles: ordenando y equipando la casa, relacionándose con antiguas amigas, pidiendo consejos, dándolos, yendo de tiendas, invitando a la gente, flirteando, viajando, bebiendo, organizándose para montar un estudio, comprando material de trabajo, telefoneando y telefoneando. Decía que necesitaba salir, que el piso se le caía encima. También se quejaba de que en Barcelona no se sabía dónde ir. Los viajes, no obstante, siempre la pillaban de sorpresa, así, tan repentinos –o desconocía que era para tan pronto o lo había olvidado, pero tú bien podías recordármelo, ya sabes lo despistada que soy para estas cosas–, con un montón de maletas por hacer, ya que, sin tiempo suficiente, no había tiempo de seleccionar lo que se iba a poner, lo que podía hacerle falta. Y el regreso, cada vez igualmente repentino, justo cuando empezaba a encontrarse a gusto. Y otra vez aquella casa, aquella maldita casa que la ponía enferma, realmente enferma en ocasiones. Una enfermedad de sintomatología variable dentro de ciertas constantes: necesidad de cariño, de mimos, de ser cuidada con ternura. Tendencia a curarse o a empezar a curarse ante el mero hecho de comprar gran cantidad de medicamentos, como si, más que las propiedades clínicas de éstos, su mejoría dependiera del acto de comprarlos en sí, es decir, como en una limosna, de la cantidad dispendida. Tal relación, necesidad de afecto –compensación económica, resultado aplicable, por extensión, a otros ámbitos: dinero–, estímulo energético, etcétera. Cuando Rosa se ponía en marcha, por ejemplo, cuando entraba en acción y salía de compras y pronto los paquetes se amontonaban en el vestíbulo, donde permanecerían unas semanas antes de ser apilados en el trastero. Renovada insistencia, entonces, en la necesidad de un estudio, de otro piso, aunque sólo fuera para ordenar debidamente sus compras. Atracción especial por las gangas: saldos, rebajas, liquidaciones, oportunidades, facilidades de pago, tarjetas de crédito. Tendencia a explicarlas, incluso, como un negocio, casi una inversión. Volvía triunfante, orgullosa de su actividad, del interés con que había sido atendida, de su popularidad entre los vendedores, de haber comenzado de una vez la puesta a punto de la casa, como si con semejante despliegue pudiera contrarrestar la ruina de su hogar, caso de que pueda arruinarse algo que nunca llegó totalmente a ser, a

funcionar íntegramente, la moqueta ya manchada cuando todavía estaban instalando las cortinas, la cocina ahumada por alguna cocción olvidada en el fuego ya antes de que trajeran los armarios metálicos, las quemaduras de colilla, las copas vertidas, los escapes, las bombillas fundidas, el progresivo ritmo de desabotonamiento de los chéster de cuero que les había regalado Alfonso, como hipopótamos derrotados a los pocos meses, y el desorden de objetos y la acumulación de cacharros, libros, revistas, papeles, hasta el día en que –ruinas amarillas sus pupilas– se echó a llorar, no puedo más, no puedo más, vámonos de aquí, a cualquier parte. Una necesidad, sobra decirlo, totalmente compartida por mí: dejar de una vez todo aquello, poder escribir tranquilo en cualquier parte.

Hay una distinción muy clara: la que separa las relaciones de trabajo de todo lo que se refiere a la llamada esfera de la vida privada. Pero cuando determinados elementos de una parte inciden en los elementos que componen la otra, el panorama se vuelve más confuso. Me imagino que Alfonso hubiera estado más que conforme en mantener en el empleo –la vida, ya se sabe– a un yerno simplemente inepto. Lo malo es que la cuestión no era ésa, que no atañía tanto a mi actividad en la oficina cuanto a mi actitud, a mi manera de ser y, desde un ángulo diferente, a la manera de ser de Rosa y, consecuentemente, al producto resultante de ambas maneras de ser. Todo demasiado próximo a la manera de ser del propio Alfonso para que a la larga no se produjera el choque, por mucho empeño que cada cual pusiera en respetar las reglas del juego, la necesidad de comprensión, de no meter las narices en la vida de los demás, de no darse por enterado de las situaciones que se crean, sonrojantes a veces, como la delicada extracción quirúrgica de un diafragma alojado en un recoveco del intestino ciego de un honesto padre de familia o intervención análoga, algo que pertenece al ámbito de lo estrictamente personal, como suele decirse.

La ruptura con Alfonso, por llamar de algún modo al final de aquel período de estrecha relación entre ambos, al fracaso de su intento de vincularme en cuerpo y alma a los asuntos del despacho, de interesarme realmente en el mundo de los negocios, en otras palabras, el final de sus esperanzas de integrarme, aunque preparada desde hacía tiempo por la propia evidencia del fracaso, se consumó, como acostumbra a ocurrir cuando se forma un clima de este género, a raíz de un incidente más bien trivial. Ambos, por otra parte, nos encontrábamos de especial mal humor: en mi caso, íntimo descontento respecto a lo que estaba escribiendo, ese trabajo que realizaba en pésimas condiciones, a ratos libres, de manera discontinua, cada vez más agobiado por los problemas domésticos, y que Alfonso se tomaba tan a la ligera, extravagancia –a su entender– ni tan siquiera divertida,

una especie de capricho que cuanto antes acabase abandonando mejor para todos, actitud no ya reticente sino despectiva, que mentiría si dijese que no me resultaba irritante. En el caso de Alfonso, su mal genio, su estado de ánimo aquella mañana, más próximo a la respuesta desabrida y ruda que a sus habituales ironías, parecía deberse a la muerte de su perra favorita, la setter de pelo rojo. ¿Afectado? ¡Tú dirás! ¡Ni cuando murió mi madre!

El esperado pretexto surgió del modo más natural, mientras Alfonso me hablaba del señor Botín, gran amigo, gran caballero y gran hombre de negocios madrileño, que tenía anunciada su llegada a Barcelona y con el que pensaba cerrar ciertos tratos, cuando comenté: ¿Botín? El nombre es prometedor; excelente para un hombre de empresa. Y entonces, la transformación del rostro de Alfonso, abultada la mejilla contra el párpado contraído como si le fuera a asomar un colmillo. O para uno de esos revolucionarios que quitan a los demás lo que tienen para quedárselo ellos, dijo. ¿No te parece? Tengo entendido que la Pasionaria vive en Moscú como una reina gracias al oro del Banco de España, rodeada de un lujo asiático. Su sonrisa repentinamente ambigua, como esa música que suena y entonces uno abre la puerta y se encuentra con el capitán Nemo tocando el órgano, a bordo del Nautilus.

La elección de Rosas en lugar de Cadaqués se basaba así en que el lugar, pese a los cambios experimentados, seguía gustándonos, como en que allí, perdidos entre tanto extranjero, casi extranjeros también nosotros, podría escribir con mayor tranquilidad que en un Cadaqués convertido cada fin de semana en un apéndice sofisticado de Barcelona; y sin los recuerdos infaustos de Ibiza. Nos alojamos en el Lunasol, un motel de construcción reciente, tranquilo, bien emplazado, con una espléndida vista sobre la bahía, cualidades difíciles de encontrar en sitios como Rosas, donde todo está orientado en función del turismo de agencia; sus propietarios, por otro lado, cuya personalidad resultó ser insospechadamente interesante, se convirtieron pronto en buenos amigos, gente con la que acabamos viéndonos casi cada noche. El resto de nuestras relaciones –el Grec, el dueño del Nautic, el americano de la barretina– tenía ese carácter de familiaridad episódica que era justo lo que andábamos buscando. Luego, durante la estancia del Afrodita, nos vimos arrastrados, por fortuna episódicamente, a una intensa vida nocturna –a costa de la diurna– y, contra todo lo proyectado, se amplió el número de nuestras amistades locales, Walter y Krista y su círculo, amigos de nuestros amigos del yate, Pompeyo y Quima, el pelma de Xavier, la Rosa Durán.

A Poppy la encontramos –o nos encontró, como ya he dicho– al día siguiente de nuestra llegada. Por eso, más que adoptarla, habría que

decir que fuimos adoptados, casi como si nos estuviera esperando. Caminó a nuestro lado por todo el pueblo, se tumbó en el porche aguardando confiadamente su comida, pasó la noche sobre la estera de la entrada, recogida a modo de grueso almohadón resollante. Como entre oso y foca, la pesadez de movimientos de su corpachón oscuro no le restaba ligereza ni cierta gracilidad circense cuando pretendía mostrar sus habilidades, la aplicación y esmero con que había sido adiestrada, producto típico, su extravagante presencia, del cruce de los más variados ejemplares traídos por los turistas con la raza propia del país, predominantemente compacta y paticorta, recio como un glande el tronco, alicaídas las orejas y melancólica la expresión. Pertenecía, al parecer, a una holandesa o inglesa, y, teóricamente, su mantenimiento corría a cargo de la misma familia que, durante la ausencia de la señora, cuidaba de su chalet y su lancha.

Tardé en advertir los cambios que Poppy estaba experimentando. La misma lentitud de su evolución, quizás. Una evolución que posiblemente había comenzado antes de que la viéramos por primera vez. Cuando me acompañaba en mis paseos ya no correteaba a mi alrededor como antes. Iba siempre detrás, resoplando, pesado el paso. Y al llegar a los confines del pueblo, donde las calles se convierten en campo abierto, terminaba por detenerse. Yo le animaba a continuar y ella me seguía con la vista, mientras me alejaba, inmóvil, como incapaz hasta de aquella expresión que equivalía a una sonrisa, flojo el rabo y circunfleja la frente. Tampoco había reparado en un principio en el progresivo deslustre de su pelo, ralo y como polvoriento, ni en la curvatura de aquellas uñas excesivamente largas. Ni presté mayor atención a su falta de apetito hasta que las manchas de sangre que iba dejando a su paso, cada vez más abundantes, no pudieron ser confundidas por más tiempo con un simple estado de celo. Sólo entonces caí en la cuenta de la marcada orografía de su hocico caliente y seco, antes de que empezase a hinchársele el vientre, y del halo de hedor, y de las moscas que la sobrevolaban. Lo siento tanto como tú, pero Poppy no puede entrar en casa, dijo Rosa. ¿Qué explicación quieres que le dé a la mujer de la limpieza? Poppy se retiraba, como consciente del problema que creaba con su presencia, conformándose con instalarse lo más cerca posible. La familia encargada de su cuidado, una familia de pescadores, se desentendió del caso; la mujer decía que tal como estaba no podía quedarse con ellos. Fui a ver al veterinario, siempre seguido por Poppy, con su rastro de sangre y aquel hedor que ahuyentaba a los transeúntes, no ya para que la curase, sino para que acabara con ella del modo más rápido y menos doloroso que tuviese a su alcance; el veterinario se confesó: incapaz de matar a un perro. Se ofreció a procurarme la bola, una dosis de estricnina que había que mezclar con carne picada. Actúa

entre cuatro y seis horas; con algunos dolores, claro: se la da usted mismo. Acudí al Grec y aceptó. En el patio de su casa, mientras durmiera, de un escopetazo en el cráneo. Ni llegaría a enterarse. Poppy, como alegre de haber dejado sin quebranto la casa del veterinario, parecía más animada, casi retozona. Pero jadeaba mucho y las moscas se abatían sobre su cuerpo, sobre las gotas de sangre, y ni siquiera intentó seguirme cuando, acariciada por el Grec, me vio abandonar el patio.

AUREA COMO INCÓGNITA. Encuentro con Aurea en el Nautic. No en las mesas de la acera sino al otro lado del paseo, en la plataforma montada sobre el mar, el agua sonando contra las pilastras, debajo, chapoteos como lametones. A esa hora de quietud, sin brisa, al calor del poniente que se hunde, la gente suele preferir estas mesas a las de las aceras, integrarse en aquella atmósfera como de espejismo que con la calma absoluta adquirirán los pálidos contornos de la bahía.

La acompaña Carlos hijo. Están sentados de lado, Aurea haciendo como que lo escucha, con todo el aspecto de mamá bien conservada en busca de ligue, como entre divertida y absorta, sin mirar a nadie en apariencia pero sin que se le escape un detalle de lo que pasa a su alrededor, el cigarrillo humeando entre los dedos, la copa en alto y una sonrisa en los labios, más relacionada sin duda con la expresión que había decidido adoptar que con lo que Carlos hijo pudiera estarle contando.

La llegada de él, no obstante, no parece contrariarla en lo más mínimo. Le saluda con la mano al verle avanzar por la pasarela, le invita a sentarse con ellos. Es más bien Carlos hijo quien aprovecha para levantar el vuelo, para irse con los suyos, como dice. Saludos a tu Mariona, dice Aurea. Y diviértete. Lo mismo digo, dice Carlos hijo. Aurea se echa a reír. Explica que se va unos días a Barcelona, a resolver cuatro cosas. Me parece que nos conviene tanto a Carlos como a mí.

Conversación acerca de los jóvenes como Carlos y su grupo. Diferencias respecto a la propia juventud, entre una y otra época, tan distantes en tan pocos años. Aurea habla de Carlos. De todas formas, dice, por mucho que se enfurezca, no debiera minimizar la memoria de los jóvenes. Ni su capacidad de observación.

Cuenta la reacción de Carlos ante uno de esos llamamientos clandestinos a la huelga general en Barcelona, el primero con el que se toparon a su regreso de la Argentina. Por aquel entonces acababan de montar un negocio de libros, una pequeña tienda que no tardarían en liquidar con más pérdida que ganancia, como suele suceder siempre

que a la rentabilidad se quiere añadir la satisfacción de aficiones u obsesiones personales. Y Carlos, influido por su recuerdo de la huelga general del 51, así como por su más reciente experiencia argentina, estaba convencido, es decir, se temía, que la huelga resultara un éxito. La víspera creo que ni durmió, toda la noche dando vueltas y vueltas en la cama, vueltas y vueltas a imágenes relativas a choques violentos, a sangre, a represalias, a la represión policíaca que se abatiría sobre la ciudad. Por eso fue todo menos una decisión impensada el hecho de que por la mañana levantara la persiana de la tienda con la máxima puntualidad, por más que como tantas otras veces todos los establecimientos de Barcelona hicieran lo mismo y, como tantas otras veces, ninguna de las consignas de boicot y huelga fueron seguidas por la gente que, en su mayor parte, debía incluso de ignorarlas. Eso sí: lo que hizo Carlos fue llegarse a un descampado y con un pedrusco rompió el parabrisas de su coche y luego, en el garaje, explicó que había sido un grupo de jóvenes, seguramente un piquete de huelga o algo por el estilo. Para crear ambiente, claro; y tranquilizar su conciencia de revolucionario de toda la vida. Yo, desde luego, no conozco a nadie que aquel día viera un solo piquete de huelga ni creo que todos los llamamientos a la huelga general en Barcelona obtuvieran otro resultado que el parabrisas roto del coche de Carlos. En esa época Carlos hijo debía tener alrededor de diez o doce años.

Y luego este invierno. Cuando uno de esos movimientos estudiantiles con inasistencia a clase y ocupaciones de cátedra y asambleas y manifestaciones que terminan con el cierre de la universidad. Y las cargas de la policía y los disparos al aire y las detenciones y los rumores que circulan en estos casos, que si las torturas, que si hay un estudiante muerto, o varios, cuyos nombres nadie puede precisar con exactitud pero que es seguro. Carlos hijo no paraba en casa, de reunión en reunión, como cualquier otro estudiante. Y entonces Carlos va y lo mete en el coche y se lo trae a Rosas, prohibiéndole no ya volver a Barcelona hasta nueva orden, sino incluso llamar por teléfono, energuménico, vociferante. ¡Asambleas! ¡Cretinadas! ¡Que las ideas brotan de la discusión, entre todos, espontáneamente! ¡Imbéciles! ¡No sois más que unos pobres imbéciles!

No sé de qué se queja ahora, dice Aurea. Ni sé qué debe pensar que piensa Carlos hijo cuando le oye empezar con lo de que los jóvenes de ahora no tienen preocupaciones y todas esas historias. Y él: es curioso que un hombre como Carlos parezca incapaz no ya de conocer mejor a los jóvenes sino de conocerse a sí mismo. Y Aurea: ¿de veras te parece tan hombre?

Carlos hijo y los suyos, esa pléyade de jóvenes que a sus mayores les parecen intercambiables, idénticos en sus atuendos como en sus hábitos, a modo de un postrer desquite sobre el cristianismo de los

soterrados cultos órficos, de aquel Orfeo desterrado en la tierra, abandonado. El hombre que volvió de las cavernas infernales, su singular incursión o descenso. El hombre que era mujer. Aquel que, como presintiendo su fin a manos de quienes tan sólo eran mujeres, perdió definitivamente a Eurídice en su intento de rescatarla, paso en falso –como todos los lapsus– altamente significativo. El inventor de la música. Kathleen Ferrier.

Carlos hijo con los suyos, flores vestidas de humo del Afganistán. Mariona, ¿eres una flor? ¿Una flor que se fuma? ¿Quieres fumar mariona conmigo, Mariona?

Afinidades Robert-Carlos hijo: personalidad evasiva, actitud de reserva respecto a los padres, etcétera.

Trasponer descripción detallada Ciudad Ideal

MATILDE MORET. Cuando me acosté con Matilde por primera vez lo que menos podía imaginarme es que fuéramos primos. La conocí en la terraza de algún bar del Boulevard Saint-Germain, el Mabillon, posiblemente; se decía que el lugar era frecuentado por agentes de la Embajada Española a la caza de conversaciones, y, realidad o fantasía, el hecho es que allí me encontraba a disgusto. Quizá por eso no tardamos en trasladarnos al área de la Contrescarpe, relativamente de moda en aquella época. Y en algún sótano de por allí, en un momento dado, dejamos a nuestros comunes amigos entregados al placer dialéctico y nos fuimos a la cama. Yo sabía sólo su nombre; el apellido no había sido mencionado o, si lo fue, no le había prestado atención. Y a ella, por lo visto, le pasó tres cuartos de lo mismo. Recuerdo que por algún motivo indeterminado –impresionarla, crear un ambiente distendido, centrar nuestras relaciones en un terreno inequívocamente erótico– le pregunté si era lesbiana. Una cosa es ser lesbiana y otra haberse acostado con una mujer, ¿no crees?, dijo. Y por un momento yo me sentí –recuerdo– un bocazas. Además hay algo en ellas que no me gusta, continuó. La suavidad de las mejillas, quizás. O, al contrario, quizás esto es lo único que me atrae; no lo sé. Fue justamente a raíz de estas confidencias, atando cabos, el hecho de que ambos fuésemos de Barcelona y del mismo medio social, etcétera, lo que de pronto nos hizo caer en la cuenta de que éramos primos. Con razón, desde el principio, había encontrado algo familiar en Matilde.

En realidad, por lo que pude aclarar, el distanciamiento en que creció respecto al apellido Moret fue a la vez paralelo, inverso y complementario al que yo mismo había sido acostumbrado. Su padre era hermano de mi madre, el mayor, y aunque Matilde asegura que lo recuerda, murió al acabar la guerra civil, en el exilio, muy pocos años

después que mi madre. Hay que hacerse cargo de lo que fue aquella época, los cerrados cuarenta, para entender la reacción de la madre, la viuda de un rojo no por muerto ni por prestigioso abogado barcelonés menos rojo, ante unos acontecimientos que la sobrepasaban por completo, apartándose de la familia del marido, buscando refugio en la propia –de una tradición conservadora a toda prueba–, dando la formación más integrista posible a sus hijos –colegios de monjas, de jesuitas, ejercicios espirituales, toda clase de prácticas religiosas–, una serie de medidas que, si no dieron los resultados esperados en el caso de las chicas –antes al contrario–, sí lo dieron en el de los chicos, más jóvenes y, acaso por ello, más maleables, más sensibles al deber y a la culpa, a los principios, a la imagen del padre desaparecido, asimilable casi a la de ese legendario primogénito que, en las mejores familias, solía morir tempranamente de meningitis tuberculosa o tragedia similar, y del que, por lo general, solía evitarse hablar, levantar la costra de la memoria. Del resto de la familia Moret, al parecer, únicamente recordaba a tía Magda, apenas con mayor claridad que a su padre, y, como en mi caso, el recuerdo era bueno.

Una peculiar noción del parentesco, así pues, muy semejante a la que yo estaba habituado, el hecho, por ejemplo, de que en casa, cuando se hablaba de la familia, se sobreentendiera siempre la familia de mi padre, tíos, primos, sobrinos, anécdotas, leyendas, todo en relación exclusiva con la rama paterna. Cuando cobré conciencia de tal peculiaridad, los aspectos misteriosos del fenómeno carecían ya de interés para mí, en razón de la misma falta de interés que ofrecían cuantos representantes visibles quedaban de la familia Moret, tío Ramón, el fracasado, el bohemio, y su horrenda mujer y su no menos horrenda prole, gente con la que mi padre no admitía ninguna clase de trato. Muertos el abuelo, la abuela y tía Magda en tan breve intervalo, como sumidos por el remolino abierto por la muerte de mi madre y tan sólo mejor recordados –o más libremente, sin ese halo de tabú que envolvía la memoria de mi madre– justamente por su menor peso específico y por el carácter residual de su pérdida –ignorada la del padre de Matilde–, la imagen física de los Moret había quedado reducida, en efecto, a tío Ramón, un botarate, como decía tío Rodrigo. Tu padre exagera, decía. Ramón no es exactamente una mala persona ni un simple sinvergüenza. Para mí, más que nada, es lo que se llama un botarate.

De ahí que sólo al conocer a Matilde fuese capaz de apreciar con exactitud hasta qué punto la memoria de su padre, ese rojo o abogado de rojos, del que lo mejor que podía hacerse era no hablar, había propiciado en casa el buscado olvido de mi padre, el silencio. El tío rojo, y el oscuro antecedente de un abuelo homosexual, y el general clima de declive económico de la familia Moret, al que, por otra parte

y como contra toda ética, sólo parecía haberse sustraído la rama del tío rojo. De ahí también esas remotas referencias, como desvaídas por los velos interpuestos, a las primas, o mejor, a esas chicas, a esas dos hermanas –a los varones, sea por su mayor juventud, sea porque su conducta irreprochable lo hacía innecesario, ni se les mencionaba– siempre como envueltas en un halo de reprobación y crítica, ya que, con un padre como Dios manda, todo hubiera sido diferente. Se hablaba de una de ellas como de la guapa. ¿Cuál de las dos debía de ser Matilde?

Y junto con la reactualización de unas circunstancias a las que sólo por la fuerza de la costumbre, por el hecho de haber convivido con ellas desde la infancia, podían desdibujar el carácter anómalo, el replanteamiento de un problema que no dejaba de incidir en tal anomalía. Me refiero a mi curioso rechazo –con más propiedad que olvido– de la lengua de mi familia materna, el catalán, la lengua habitualmente hablada por los Moret: la inhibición que me apartaba de su empleo, reacio a utilizarla salvo en ocasiones excepcionales, pese a entenderla, como es lógico, perfectamente; la torpeza que parecía trabar mi fluidez expresiva en tales ocasiones por más que me esforzara; enfrentado con dificultades para mí inexistentes en otros idiomas aprendidos más tarde; fallos, lapsus e incoherencias similares, en suma, a los que comete un pequeño al ser severamente interrogado por sus mayores. Una laguna tanto más inexplicada cuanto que mi hermano, desde niño, habla el catalán con la misma naturalidad que el castellano, y que ambos pasamos la guerra civil refugiados en un pueblo de montaña donde los chicos del lugar no conocían prácticamente otro idioma que el catalán, sin que, en consecuencia, sea motivo suficiente de mi rechazo la no menos común educación franquista de la posguerra, brutalmente anticatalana en sus delirios defensivos de lo propiamente hispánico, esencias y valores hacia los que siempre me he sentido, si cabe, todavía más refractario. Aparte de las diferencias de carácter entre mi hermano y yo, que, más que explicar algo, plantearían más bien nuevas preguntas, hay, desde luego, un dato que podría tener su importancia en cuanto único elemento que establece un matiz entre dos experiencias por lo demás paralelas: la diferencia de edad. Pero reducir semejante matiz a una mayor atribución de conocimiento a mi hermano en razón de los cinco años de diferencia que me lleva, significaría introducirse en el feliz reino de las explicaciones sencillas a los problemas complicados, rehuyendo la verdadera entrada, esa puerta trasera que se abre a los ámbitos de oscuridad en los que realmente reside lo que buscamos, tinieblas ante las que nada valen el tópico ni el sentido común ni mucho menos la evidencia. Simplificaciones tales como concluir, por ejemplo, que un sueño o una serie de sueños relacionados con

serpientes tienen una significación fálica, cuando está incluso por ver su valor directamente sexual, ya que, situadas en su contexto onírico, esas serpientes bien pueden representar el rechazo de algo cuya importancia sólo puede medirse en función del grado de atracción que ejerce, al tiempo que de la intensidad de la carga de espanto con que revestimos su presencia a fin de poder rechazarla con mayor facilidad. O mejor: para rechazar con más facilidad una invitación tradicionalmente ligada al animal, la serpiente en este caso: comer del fruto prohibido. Lo cual no hace sino remitirnos a otra interrogación: ¿cuál es entonces ese fruto prohibido? Y es que, como esa clase de sueños, así los problemas del aprendizaje de una lengua en la infancia, el carácter represivo a la vez que expresivo de la personalidad que a esa edad supone tal aprendizaje en cuanto instrumento gracias al cual el niño asume los fundamentos de la objetividad constrictiva.

Matilde ha poseído desde siempre el don que, si infrecuente o raro en general, es poco menos que inútil tratar de hallarlo en una mujer: sabiduría. Todos debidamente injertados, recuerdo que dijo. Pero luego, a la primera helada, lo que rebrota es el pie, no el injerto. A esta cualidad, probablemente, se deben los celos de Rosa, la aversión incontrolable que todavía manifiesta hacia una persona cuya relación propiamente sexual conmigo no pudo ser más episódica. Y a la estrecha amistad que desde entonces hemos mantenido, por supuesto.

EL BOTARATE. Tío Guillermo decía que la convivencia del abuelo y tío Oriol tenía algo de coloidal. Tú que ya estudias química entenderás lo que quiero decir, dijo. Y, años después, cuando debió pensar que Ricardo también podía entender lo que iba a decir, dijo: algo tan poco recomendable como la cópula de un hombre sin pene con una mujer sin lengua, y rió como si crujiera, el blanco del bigote pringado de café sobre las comisuras.

En presencia de papá era más comedido y casi que hasta defendía al tío Oriol cuando papá desplegaba su artillería verbal contra aquel indeseable que le había caído, que le había tocado por cuñado, el bohemio, el fracasado, el sinvergüenza, la ignominia de su familia política, etcétera, para acabar invariablemente en lo de si tu pobre madre lo viera, etcétera, etcétera, elementos de una retahíla fijados y ordenados, a fuerza de repetidos, en una especie de letanía. Tampoco hay que sacar las cosas de quicio, decía entonces tío Guillermo. Para mí, Oriol no es más que un botarate. Eso sí, créeme que compadezco al abuelo, que es una bellísima persona. Para él debe de ser una verdadera condena terminar sus días con toda esa parentela metida en casa.

En razón justamente de esa inevitable parentela, que Ricardo recordase, nunca hicieron al abuelo más de dos visitas al año: por Navidad y el día de su santo. Y papá, poniendo todo el cuidado en dejar bien claro que aquello lo hacía únicamente en cumplimiento de sus deberes de yerno, para que sus dos hijos pudieran manifestar el respeto y aprecio que les merecía el abuelo y sólo el abuelo, un santo varón.

Inútiles todas las tentativas del tío Oriol, en tales ocasiones, para dar naturalidad a la visita y tono animado y componedor a la charla, traicionado en su cohibida soltura por las frecuentes escapadas al lavabo, prisas de significado inequívoco, esa clásica propensión a la diarrea propia de los pródigos y dilapidadores. Inútil asimismo todo esfuerzo de tía Dolores en decorar así el ambiente de la casa como el aspecto de sus moradores, en suprimir el tufo imperante, como de melifluas flatulencias de monja, que se diría apegado a los objetos, a la paredes y suelos, en adecentar la ojerosa presencia de su infausta prole, aquel incierto número de críos no por atemorizados y atentos a sus más mínimas indicaciones –como los componentes de un coro a la batuta de su director– menos desvergonzados en su ávido descaro y solapadas muecas. Por otra parte, el clima de intimidación al que a duras penas se hallaban sujetos los críos parecía deteriorarse de año en año, según crecían, con todo y ser tía Dolores una de esas mujeres en las que, pese a la sonrisa alentadora con la que procuraba transmutar la fealdad de sus facciones al acoger a los sobrinitos, no era difícil de adivinar la violencia de sus accesos de furor, la excitada agitación de sus gesticulaciones, sólo comparables a las de una hechicera en plena danza, soltando baba y bufidos, humos, pedos, petardos, sulfurada como una mofeta. Casi podría decirse que, con el correr del tiempo, el elemento más inmutable no era otro que el propio centro de semejantes visitas rituales, es decir, el abuelo, poseído ya por esa parsimonia que da la lentitud con que todo transcurre en la vejez, imagen misma de ese sexo que se agazapa con los años, ese caracol que ya ni se atreve a mostrarse, minimizado por su propia insignificancia.

En este caso, como siempre, el error de tío Oriol había sido un error de cálculo: no pensar que el abuelo, cerca de los setenta al acabar la guerra civil, podía vivir aún sus buenos veintipico años más. Su mismo matrimonio con tía Dolores, justo antes de la guerra civil, había sido ya un error de cálculo, un error en el justiprecio respecto al montante de la fortuna que a su entender se encontraba en juego, a la vez que medio –remedio desesperado– de enmendar su juventud bohemia, su suerte de músico fracasado, de bala perdida de la familia, incapaz como era, a la larga, de sustraerse a su destino, ese oscuro y precario submundo del comisionista al que, junto con las estrecheces y el

general desprecio, se iba a ver abocado. Pero, claro está, nada de eso se sabe de antemano. Y así, acabada la guerra civil, muerta la abuela y sus dos cuñadas guapas, acosado por el desahucio y las deudas y los hijos, nada más natural que irse a vivir todos a casa del abuelo, para acompañarle, para cuidar de él, como si dijéramos, ya tan mayor, el pobre. Lo malo fue que ni el abuelo se moría ni su fortuna personal tenía siquiera el mismo valor que antes de la guerra civil, de modo que si no había problema en cuanto a subrogar en su día un piso de alquiler bloqueado en una cantidad irrisoria, lo hubo, en cambio, en los beneficios que la manipulación del mermado capital del abuelo le produjo –el dichoso error de cálculo–, sin que del desenlace negativo de sus desdichadas iniciativas le cupiera la salida de culpar a nadie, ya que el abuelo se limitaba a firmar los papeles que le ponían delante, no sin la escasa convicción de aquel encogimiento de hombros que tanto enfurecía al tío Oriol.

Y conforme decrecían las posibilidades económicas del abuelo –así como el número de muebles, cuadros, elementos decorativos y demás objetos de cierto valor económico existentes en el piso– se endurecía el progresivo régimen de reclusión al que el tío Oriol lo tenía sometido, inoperante la tímida mediación de tía Dolores, más preocupada por sus hijos que por su padre. Reclusión que, salvo contadas ocasiones –Navidad, el santo, las visitas de ritual–, rayaba ya en la incomunicación, chapado en el cuarto casi todo el día no sólo por impresentable –sucio, chocho, descuidado, achacoso– sino, sobre todo, por su conducta reticente, más aún, obstruccionista y desalentadora, causa indirecta, a todas luces, de las catástrofes financieras del tío Oriol. Y en el fondo, a manera de reacción defensiva, por la misma fascinación que su fortaleza a toda prueba despertaba en el tío Oriol, un tipo de fascinación semejante a la que en ese ejecutivo más entrado en años que en éxitos despierta la visión, desde la sala de espera de un aeropuerto, de un reactor levantando el vuelo, la mirada nostálgica con que contempla su empinada trayectoria: qué potencia. Sí, a semejante clase de reacción respondía la obsesa espera del tío Oriol ante la longevidad coriácea del abuelo.

No se portó bien, ésta es la verdad: Oriol, el mal hijo, el bohemio, el rebelde, el artista frustrado, no se portó nada bien con el abuelo, sea por maldad natural, como se decía en casa, sea para resarcirse de las veces que su propio padre tuvo que meterle en cintura, para vengarse, para hacer pagar al maldito viejo aquel, con una de cuyas hijas –la incolocable, el saldo de la familia, la fea, la pachucha, la mala, la tonta, la negada– había tenido que apechugar, para hacerle pagar por el otro maldito viejo, para hacerle pagar por todo, por la esposa, por los fracasos, por la mala suerte que había tenido siempre, por los mismísimos castigos recibidos durante el reinado de autoridad y de

intolerancia en el que había transcurrido su juventud, su infancia, por todo, eso es, por todo.

La cautividad, que el abuelo sobrellevaba con gran entereza y presencia de ánimo, se hizo casi total cuando sus cansados pies no pudieron ya permitirle por más tiempo, los domingos por la mañana, cubrir el trayecto hasta la iglesia, ida y vuelta, y tuvo que conformarse con seguir la misa por radio. A fin de eliminar cualquier pretexto de salida, más que por razones de pura economía, el tío Oriol utilizaba incluso los servicios de un barbero de cara patibularia que hacía horas extra a domicilio y a precios sin competencia. Entraba en la habitación del abuelo con premeditada brusquedad, se doblaba sobre la butaca en la que el otro estaba dormitando, junto a la ventana. ¡Abuelo, vienen a pelarlo!, le gritaba al oído, inescrutable la expresión, mientras las sobresaltadas pupilas del abuelo traslucían diáfanas el despertar de su conciencia adormecida, las ideas, imágenes y rememoranzas que se sucedían confusas en su cerebro esclerótico, traumatizado todavía por los avatares de la guerra civil, la incógnita de los registros, la aventura de los paseos, la inevitable desventura del desenlace, pesadillas revividas, terrores renovados, aquella estampa final del cura párroco del pueblo donde se había refugiado huyendo de los bombardeos, su cuerpo semidesnudo acribillado a balazos en la plaza mayor, tras haber sido previamente ensartado, a efectos de visibilidad, en los garfios de la carnicería, blanco privilegiado por más que pataleara y aullara hasta que sonó la descarga. Y entonces hacía su entrada el innoble y patibulario barbero, casi brutal en su presencia y maneras, debido, sin duda, a que había captado perfectamente la situación ya la primera vez que oyó decir al tío Oriol: pélelo aquí mismo, en cualquier rincón. Y el barbero dio comienzo a su trabajo mientras intercambiaba rápidas bromas con el tío Oriol, a medias palabras y risotadas dobles.

Contra todo pronóstico, la muerte del abuelo llegó demasiado tarde para el tío Oriol, el músico fracasado, el bala perdida, el mangante, la deshonra de la familia, cascado ya, sin los arrestos y recursos de antes, como si con la culpa acumulada le hubiera tocado asumir, de golpe y por anticipado, los achaques de una edad que aún no tenía, prematuramente gagá, penosamente lloricón y reblandecido, indefenso a su vez frente a unos hijos despiadados, perfectamente entrenados por la vida que él mismo les había hecho llevar, provistos de toda la dureza y mordacidad que a él ya empezaban a faltarle. Quién hubiera dicho que esa muerte tanto tiempo esperada, al cobrar cuerpo, hubiese actuado como una puntilla sobre sus disminuidas fuerzas, una muerte tanto más sorprendente cuanto obviamente previsible, ya que, como el reloj que se para, la bombilla que se funde, el amuleto que se pierde, la especial veladura de determinada figura

en una foto, así, no menos premonitorio aquel sueño del abuelo en que se veía a sí mismo convertido en cosmonauta.

Una esfumación mansa y discreta, muy propia de su paciente postura cuando soportaba la expeditiva labor de aquel patibulario barbero requerido por el tío Oriol, así sentado corvamente, el cuello ceñido por una toalla, tal un reo con su sambenito o, más directamente, un condenado dispuesto ya para la aplicación del garrote vil, ofreciendo ya su cogote rugoso, de blanca pelusa.

LA LLEGADA DEL AFRODITA. Con ese carácter saprofítico que suelen tener algunas amistades que rondan al propietario de un yate, similar a la relación amistosa que suelen establecer en la adolescencia una chica guapa y una fea, beneficiada aquélla por el contraste y ésta por la aproximación inevitable de algún amigo del chico que se interesa por su compañera, caso que no se hubiera dado en otra circunstancia, o a esas amigas de buena familia venida a menos, esas nuevas pobres que nunca faltan en torno a la más afortunada señora, señorita o viuda en plena posesión de un sólido patrimonio, durante los últimos años de su vida, damas de compañía, casi escuderos, que disfrazan de ameno y educado trato y servicial disposición lo que para ellas es seguro de supervivencia y amparo contra la miseria, así, la presencia del Pelma de Xavier y de la Rosa Durán a bordo del Afrodita, su estoica pasividad ante las bromas de las que el cambiante humor de Pompeyo les hacía objeto, a modo de obligada prestación o prenda. Un caso muy distinto al de Quima en su claro y siempre más cómodo papel de simple amiga de Pompeyo. De su amiga, para ser exactos.

Quima era el único miembro del grupo que yo conocía previamente y aún no demasiado, poco más que de vista, una de tantas entre las amistades de Rosa, ex compañera de colegio, creo. Cuando nos topamos con ellos en el pueblo, yo, por mi gusto, hubiera pasado de largo haciendo como que no les veía, pues más bien me fastidiaba la idea de soportar, aunque sólo fuera por un rato, el blablablá de esa clase de gente. Pero Quima nos llamó y nos presentó a otros y ya no hubo forma de escurrir el bulto. Por otra parte, Quima era atractiva, y Rosa me había contado que tenía fama de lesbiana; teóricamente se dedicaba a la fotografía. Y Pompeyo, con su léxico y sus salidas, se reveló de inmediato como un tipo cuando menos divertido, algo que en principio –sin duda injustamente– uno tiende a excluir de un hombre cuya ocupación principal parece ser su yate. Xavier aseguraba que nos conocíamos del patio de la universidad y yo dije que sí, aunque no lo recordaba en absoluto. En cuanto a la Rosa Durán, lo más definitivo que de ella podía decirse –lo que decía Pompeyo– es

que era una mujer de una belleza sólo cegada por el resplandor de su propia estupidez.

Walter y Krista eran amigos de Pompeyo y vivían habitualmente en Rosas, donde Walter dirigía un negocio de urbanización o de instalaciones hoteleras o algo por el estilo. Krista era maniquí, modelo publicitaria y trabajos afines, retirada de la circulación por Walter.

Pompeyo dijo que pensaba seguir la costa hasta Port-Bou, aunque, de hecho, se dirigían a Cadaqués con la idea de montar algo parecido a una de esas discotecas en las que no se baila, nada de ejercicios violentos. Teníamos que haber llegado hace una semana, pero empiezas con escalas como ésta y lo mismo tardas diez años, que es lo que le debió pasar a Ulises. Además, la puta Castells tiene mucho sentido del humor y no creo que se tome a mal el retraso. Yo pongo las pelas y él lleva el negocio. Seguro que será un éxito. Y es que los maricones son insustituibles; siempre tienen un detalle amable para con todo el mundo. No es que yo lo haga por dinero, como la puta Castells, aunque tampoco voy a negar que mi interés crematístico se eleva en la medida en que los porcentajes de elevado valor crematístico satisfacen mis intereses. También es verdad que a veces pienso, como bien sabe Katolika, que lo que en realidad quisiera es no tener nada: ni yate ni casa ni coche ni propiedades ni más que lo que llevo encima. Eso sí: un talonario de cheques y un bolígrafo.

Bebimos mucho aquella noche. Como la siguiente y la otra. La ronda nocturna por el pueblo, el bar de la gasolinera, Mas Paradís. Y acabamos todos en el yate, ya de día. O quizás aquella noche acabamos en casa de Walter, pero, de cualquier modo, por la mañana salimos en el Afrodita hacia alta mar, a disipar la resaca tomando un baño frente al Cabo Norfeo. No volvimos al motel hasta media tarde.

El agua estaba espléndida, casi inaguantable; también el sol, potenciado su fulgor por la reverberación del mar circundante. Pompeyo pareció dormirse, la blanca gorra de marino cubriéndole la cara. La charla era distendida, vagamente centrada en la ambigüedad del sexo. Katolika aseguraba que Quima tenía una irresistible vocación de travestí: estoy segura de que lo que en realidad te gustaría es ser un hombre disfrazado de mujer. Y Quima: no es eso: lo que me gustaría, pura y simplemente, es ser maricón. Rosa contó que mi primera experiencia sexual había sido onírica: una mujer desnuda, con pechos y pene y un agujero debajo, sin cara concreta. Yo la abrazaba y besaba y de pronto me desperté. ¿Corriéndote?, se oyó preguntar a Pompeyo bajo la gorra de plato. No lo recuerdo, dije; era muy pequeño, quizá ni tenía la edad suficiente para que me pasaran estas cosas. Y Pompeyo: es que eso hace enarbolar a cualquiera. Imagínate, el ideal.

Se espabiló bruscamente, sea llevado por la atracción irresistible que sobre él ejercía toda clase de charla, sea por su deseo de despejar

la resaca en el terreno verbal, en un legítimo ejercicio de su derecho a dar adecuada respuesta a las provocaciones de sus huéspedes, el Pelma de Xavier y la Tonta de la Rosa Durán, a tal efecto tácitamente invitados: acerca de las palabras de la Rosa Durán, por ejemplo, cuando dijo que no se bañaba porque le parecía que le iba a venir eso. Y Pompeyo: la excepción confirma la regla. O también, otro ejemplo, cuando la Rosa Durán, la Tonta de la Rosa Durán, dijo: si él (Xavier, el Pelma) me engaña, se lo noto enseguida: le crece la nariz como a Pinocho. Y Pompeyo: a mí también me crece cuando me acuesto con alguien. Y, a partir de ahí, de una vaciedad cualquiera, pasar decididamente al ataque: lo que le pasa al Pelma de Xavier es que es lo bastante idiota como para estar preocupado por no tener problemas. Éste es su verdadero problema. Y es lo bastante idiota como para aparentar que los tiene para que no le tomen por idiota por no tenerlos.

Con la idiotez pasa como con la belleza, dijo Pompeyo: son cosas que nunca debieran preocupar al interesado. Además, tampoco tienen tanta importancia. Para las mujeres, por ejemplo, la belleza física es lo de menos. Conozco a un jorobadito que se pasó cierto tiempo en una isla polinésica, único superviviente de un naufragio, y cuando fueron a salvarle se las había tirado a todas. ¿Y yo? ¿Por qué soy irresistible, en qué se basa mi poder magnético? En que el pelo del culo me empieza prácticamente en el cogote.

Hablando de la resaca, Pompeyo dijo: tengo las tripas hechas pedazos, que viene de pedo.

Cuando Quima comentó que el bañador del pasado año le quedaba justo, que estaba más culona: más culona, no; masculina.

Acerca de una excursión a Menorca en el Afrodita: es una isla que me gusta mucho. Está llena de talayots, que son los monumentos donde el prehistórico se hacía las pajas.

De las habladurías: yo ya sólo me creo que un tío es maricón cuando se acuesta conmigo.

Del matrimonio: como en política, la única forma de vida conyugal factible es el triunvirato. Y lo primero que hay que perder es el respeto mutuo.

De los complejos: para acabar con todas esas historias del Edipo y el Electra, la mejor solución es asesinar a la madre y violar al padre. O al revés, ya no me acuerdo.

Sobre el papeleo y demás problemas administrativos con que se topaba Walter en sus actividades: ¿funcionarios? ¡Estos alemanes siempre serán los mismos! Mira: lo primero es saber que tu funcionario traga. Lo segundo, que él sepa que tú tiras de unto; esto abrevia. Y luego, que cohaga. Que empiece a cohacer enseguida.

Sobre el Hombre-Polla: tiene una buena envergadura. Pero, a mi

modo de ver, más que el largo importa el grosor.

Sobre el miembro viril en general: hay pollas que debieran tener nombre propio, como las espadas de los caballeros famosos: Tizona, Durandarte, Excalibor, etcétera. O como sus caballos.

Sobre lo mismo: llevo alianza, sí, pero no como símbolo del matrimonio sino del anillo prepucial perdido.

Sobre Quima: lo mejor de Quima es que tiene espárragos de punta morada, como los de la Rioja.

Respecto a la infancia: ¿la mía? ¡Pelármela salvajemente!

Respecto a Enrique: lo que le pasa es que confundió la subversión con la inversión.

Respecto a Jesucristo: el más efectivo disolvente social es el escándalo. El fariseazo de Jesucristo se dio cuenta inmediatamente.

Máxima: la superstición es la única de mis religiones.

Definición: llamo encoñadura a toda satisfactoria penetración copulativa.

Léxico: centroamericón. Eyankular, eyankulando, Eyanculandia. Sujeta (por tía, mujer en concreto). Multi (por multimillonario). Falófago (homosexual).

Divisa: si vis penis, para el culo.

Inciso etimológico: oráculo viene de os, oris, que en latín quiere decir boca, y de culo.

Respuesta a la Rosa Durán. Pregunta: ¿qué es el gálibo? Respuesta: un pájaro de los Andes en vías de extinción. Su envergadura es superior a la del cóndor. Hermafroditas todos ellos, son fecundados gracias al viento, como algunas flores.

VERRUGAS. La imagen de lo que para mí significaba la bodega va unida a la de lugar infrecuentado, en parte por la vaga prohibición que sobre ella pesaba y, en parte y sobre todo, por cierta sensación de horror que aquellos ámbitos me producían, no tanto por la oscuridad imperante, contrarrestada apenas por alguna que otra bombilla de quince, cuanto por los pegajosos velos de telarañas. En toda mi niñez, aparte de las épocas de vendimia, cuando entre continuas advertencias relativas a la muerte instantánea que supone caer en los lagares, participaba a mi modo en las diversas fases de elaboración del vino, sólo recuerdo haber entrado allí en una ocasión, encargado de ayudar a la prima Pilar a llenar las jarras que precisara para una de aquellas sangrías que solía preparar cuando había invitados. Luego, hace pocos años, volví aún otra vez durante uno de esos fines de semana que pasábamos en la finca con los amigos, los tiempos en que Alejo rondaba a Rosa o viceversa. Me había acordado de que en la bodega

pequeña, algo así como una cripta en relación a la grande, a la vez que santasanctórum de los mejores vinos, el fondo estaba cerrado por un tabique que sonaba a hueco, y Alejo y yo lo derribamos a golpes de pico: detrás, en efecto, había el arranque de una cueva hundida, el motivo, sin duda, de que hubiera sido tapiada.

La vez que bajé con la prima Pilar, su niño tenía verrugas. Lo recuerdo porque tío Rodrigo había dicho que eran contagiosas y yo procuraba no tocarla ni a ella ni al niño, y después de ayudarla a llenar las jarras corrí a lavarme las manos. Seguramente, se las has contagiado tú misma, le dijo tío Rodrigo; al bañarlo. Lo más sencillo es matar a la madre, atravesarla con un alfiler al rojo; la conocerás enseguida porque es la más vieja. Las demás, entonces, se secan solas. Es lo que hace la gente de campo, y el hecho es que se las quitan. Los médicos te harán más historia, el nitrato de plata, el bisturí, pero en el fondo es lo mismo. Eso sí: lo importante es acertarle a la madre.

En cuanto al cuarto de baño, estaba en el desván y no se solía utilizar, un retiro ideal para mis ejercicios masturbatorios. Se instaló pensando en el servicio, un apaño del abuelo para los criados, muy de su época, cuando era normal tener criados.

Por eso es curioso que en el sueño estableciera una conexión entre ambos lugares, si es que puede usarse la palabra curioso en relación a un sueño. El cuarto de baño del desván, la gruta que se abría en una de sus paredes, casi un pozo a juzgar por la pronunciada inclinación que cobraba a los pocos pasos, cada vez más estrecha, semiderruida, como angostada por los desprendimientos, terrones de granito disgregado, fragmentos de roca entre los que había que avanzar a gatas, arrastrándose, una madriguera o poco menos. El descenso a la bodega por este agujero; al menos allí estaba yo, en la bodega. O mejor: no en la bodega propiamente dicha, sino en su cripta, la bodega pequeña, situada a un nivel inferior, un tramo de peldaños más abajo. El sol llegaba hasta allí a través del pozo en ruinas, rayos sesgados, impregnados de polvo en suspensión, la polvareda levantada por los escombros, cascotes, trozos de obra, algo así como el sótano de un edificio bombardeado, derribos esparcidos entre los que yacía el cadáver de tío Rodrigo. Tuve este sueño pocas semanas después de su muerte.

Y otro hecho curioso: en el entierro, la prima Pilar me comentó que el crío –su nieto– se había llenado de verrugas. Seguro que las cogió en la piscina del colegio, dijo. El dermatólogo me ha dicho que todas esas piscinas públicas son una verdadera porquería.

LA TONTA DEL BOTE. Quizás era el viento de mar, la marinada, lo que nos

tenía a todos tan lacios y desganados. Rosa proponía desde hacía un rato ir a alguna parte, pero nadie parecía capaz no ya de ponerse en pie sino incluso de tomar una decisión. Seguir así, tumbados en la terraza de casa de Walter mientras anochece, charlando de cualquier cosa, sin probar siquiera las copas solícitamente servidas por Katolika. Frases de Pompeyo. Evocación de amigos comunes. Soliloquio de Walter, el único en beber, desatada su lengua por el alcohol, como en un intento de hacerles partícipes de ese placer que muchos experimentan en materia copulativa no tanto con la práctica de sus múltiples variantes o reconstruyéndolas mentalmente o meramente imaginándolas, cuanto en su formulación verbal, en pronunciar las palabras precisas, en nombrar lo que se está, estuvo o quisiera estar haciendo, actos, gestos, zonas erógenas, como si con su sola mención –realzada por el rotundo acento germánico– constatara su realidad; lo mismo que una oración, eficaz o no en la medida en que es rezada.

Pompeyo había propuesto nombrar oficialmente Tonta del Bote a la Rosa Durán, merecedora del título antes que cualquier otra persona de a bordo. Lo mejor que tiene son sus observaciones. ¿Os habéis fijado?, ha dicho al venir; no sé por qué, pero el tránsito siempre es más intenso en sentido contrario al que uno lleva. Y Xavier, como prestando su colaboración a lo que debía considerar intentos de animar a la gente: ¿y por qué no organizamos una guerra de las dos Rosas sobre campo de armiño? No seas extemporáneo (Pompeyo). ¿No te das cuenta de lo que cuesta a veces no ya copular sino eyacular? Pues hazte a la idea de que así estamos ahora. Y le recuerda su ocupación habitual de vendedor de motores fuera borda y botes hinchables y canoas, frente a la condición de él, de Pompeyo, el cliente, el que siempre tiene razón, el que manda. Además, te advierto que hay razones de sobras para declararte a ti, en lugar de a la Rosa Durán, la Tonta del Bote. O quizás conjuntamente. Los dos tenéis las mismas ventajas, la de ser muy tontos y la de estar muy bien.

Expresión atormentada en Xavier, amarga, de amor propio herido, como poseído de una ansiedad similar a la de esa joven de extracción pequeñoburguesa que se mueve entre personas evolucionadas, un ambiente donde nadie sospecha que todavía es virgen, ni ella se atreve ya a revelarlo, haciendo así cada vez más difícil justificar su esquivez con pretextados hastíos, de modo que, poco a poco, se va viendo abocada a la desfloración brutal y anónima, practicada por algún rufián barriobajero, como única alternativa al suicidio. O como ese joven –más un caso de desdicha que de ansiedad– que un buen día seduce a una chica, torpemente, poco menos que sin querer, casi aterrorizado, pero que si luego no acaba casándose con ella es porque, en tal caso, ya no podría seguir considerando que, al menos por una vez, había tenido una aventura. La clase de razón o motivo,

posiblemente, de que Xavier se considere en el derecho de recordar a los presentes su situación de hijo de familia obligado por azares de la vida a ocuparse del negocio paterno, pero tan universitario como cualquier otro, suscitando el recuerdo de tiempos pasados, de amistades comunes.

Sois un asco (Rosa). Igual que cuando os juntáis a recordar la mili, siempre las mismas historias. Parecéis uno de esos desgraciados que en los trenes siempre acaban enseñando la foto de la mujer y los hijos a sus compañeros de departamento. Que si Alejo, que si Ángela, que patatí, que patatá. Había empezado a beber, como para cobrar ánimos, para reaccionar, aguijoneada, sin duda, por la ocasional mención de Ana, por la animadversión que su simple nombre despertaba en ella desde que supo que Ana, en determinado momento, la había descrito como una de esas exaltadas revolucionarias de cama que asimila el concepto de pueblo al significado arbóreo de populus, en su versión piramidal, tumultuosa multitud de enhiestos miembros viriles sólo comparable, como panorama, al que se nos ofrece en Las Lanzas. A mí Ángela me extasía, dijo Quima, algo que tampoco podía agradar del todo a Rosa, cuya opinión respecto a la mosquita muerta, a la mala puta de Ángela, difería un poco de la de Quima. Ha perdido mucho (Rosa). Aquel frescor que tenía, ¿sabes? Parece, no sé, como amargada. Hablas como un personaje de la novela de Alejo, le dije. Conclusión general sobre Alejo: creía que el secreto de escribir estaba en las cosas y no en las palabras. Por eso se pasó al cine. Pero tampoco el secreto del cine está en las cosas. No es posible dar una respuesta si se desconoce la pregunta. Descanse en paz.

Examen comparado del caso de Enrique y del caso de Esteban, otros históricos del movimiento universitario clandestino de Barcelona; diversidad de suertes. Evolución de signo defensivo y conservador en el caso de Enrique, atrincherado en el incógnito y la discreción, privilegios que tanto facilita el dinero en la esfera de la vida privada, sus viajes a Tánger, sus amigos, la independencia, o mejor, la libertad de iniciativa erótica que supone disponer de uno de esos apartamentos que la publicidad califica de suntuosos en una zona de la ciudad que no precisa ser calificada de elegante. Su sentido crítico en modo alguno embotado, antes bien, más vuelto contra sí mismo, si cabe, que antes. Sus recapitulaciones, sus análisis, esa masoquista acentuación del contraste entre su actual forma de vida y su pasada, ya muy pasada, actividad revolucionaria, la desorientación inicial, la perplejidad sólo a fuerza de tiempo vencida, una perplejidad no inferior –aunque de sentido contrapuesto, trocados los papeles– a la de un joven bonapartista de la primera época, un incipiente Stendhal, al ver realizar a Napoleón, punto por punto, los programas de sus enemigos de esa primera época, verificar en la práctica los principios

teóricos contra los que había luchado. De todas formas, dijo, lo que nos interesaba no era la revolución. Lo que nos interesaba era echar abajo a nuestros respectivos padres. Y yo: no veo por qué tenía que querer echar abajo a mi padre, la persona más inofensiva que uno pueda imaginar como padre. Y Enrique: es que la revolución es altruista: se destrona a Saturno para restablecer la justicia, por el propio bien de Saturno, si quieres. Y yo: no sé tu padre, pero que el mío era lo más opuesto que pudiese haber a la estampa de Saturno, eso sí que te lo aseguro. Y Enrique: bueno, tú ve dándole vueltas al asunto y verás que tengo razón. ¿Dónde crees que estaba el equívoco? ¿O me vas a decir que nunca te has sentido de pronto como la tonta del bote?

En cuanto a Esteban, debieron haber previsto su futuro además de adivinar su presente, aquella noche en que fueron a cenar al apartamento en que se había instalado con Ana, durante sus últimos tiempos de Barcelona, antes de que tuvieran que escapar clandestinamente a París, cuando Esteban hizo aquella observación incidental relativa a un botón de bragueta que Ana debía coserle. ¿Todavía quieres que te la cosa más?, comentó entonces, destemplada, la fiel, la solícita, la incondicional Ana. Sí, ya todo estaba implícito aquella noche: su próxima separación en París, el inmediato –si no preexistente– entendimiento de Ana con un superior jerárquico, la consecuente ascensión de Ana en el seno del partido, sus responsabilidades crecientes, mientras Esteban, de acuerdo con un proceso paralelo pero a la inversa, más que dejarse apartar parecía apartarse por sí mismo, marginarse más y más de la organización, como arrastrado por su propia indolencia, por la vaguedad así de sus proyectos como de cuanto supusiera cierta actividad, por su tendencia a resolver los problemas en el terreno especulativo –el más apropiado a su cada vez mayor escepticismo– alrededor de una mesa y unas copas, con cuatro amigos, rasgos todos ellos que, si ya perceptibles en sus últimos meses de Barcelona, no hicieron sino agudizarse con el descentramiento inicial que siempre representa el exilio. Menos de prever, en cambio, era su facilidad de adaptación a las situaciones, ya que, para cualquiera que le hubiese conocido, cabía temer, al imaginarlo sumando mentalmente a su condición de refugiado político en París el abandono del que le habían hecho objeto así su compañera como sus compañeros, es decir, la organización revolucionaria a la que algún día dedicó su vida, cabía temer, en verdad, encontrarle poseído del íntimo desconcierto que hace presa en un católico que pierde la fe, que deja de creer, víctima de ese género de desamparo que poseyó a los habitantes de la isla Lincoln tras la muerte del capitán Nemo. Ideas previas difíciles de compaginar con la estampa que de él traían ya los primeros viajeros que lo encontraron sentado

en las terrazas del Boulevard SaintGermain, recordando tiempos pretéritos y más movidos, acciones y reacciones, un Esteban asombrosamente a sus anchas, hablando y hablando, perorando, dejándose invitar, imagen misma del viejo que conversa y se explica ante sus asiduos del soleado banco del parque público, aprovechando la relativa notoriedad y aun autoridad que, por las circunstancias que sean, le otorgan sus reflexiones e ironías sobre el mundo en general, exacto equivalente, en el caso de Esteban, de su pasado, de las anécdotas de su repertorio respecto a la vida de partido, no propiamente acres, pero sí con el suficiente picante para hacer más ameno lo que parecía haberse convertido en definitiva vocación de su existencia: la evocación. Pues como el alcohólico que descubre la justificación de su vida en su victoria sobre el alcoholismo, en las reuniones de grupo organizadas por el sicoterapeuta donde todos y cada uno de los ex alcohólicos, pueden dar rienda suelta a su sadomasoquismo, recontar una y otra vez sus recaídas, sus culpas, increparse furiosamente, acusarse, amenazarse si es preciso, sabiéndose no obstante, por encima de todo, como vampiros, solidarios unos de otros, así, de modo semejante. Esteban había asimilado su imagen a la de ese exiliado republicano que uno puede encontrar prácticamente en cualquier lugar del mundo, generalmente ante una botella, y que nos habla del asalto al cuartel de Atarazanas, o del Cinturón de Hierro, o de Belchite, de Madrid, del Segre, de la retirada, de los campos de concentración franceses, de su lucha contra los alemanes en las filas del maquis, de los campos de concentración alemanes, y, sea total o parcialmente cierto lo que nos cuenta, ni él mismo suele ya saberlo, resulta evidente que recontarlo una y otra vez es ahora su profesión –ya más que distracción– favorita, su razón de vivir, igual en todo a Esteban hablando de su caída, de los interrogatorios, de la cárcel, del exilio, de sus desencantos, con el dominio estudiado y la agudeza hipercrítica que confiere el hecho de tener bien sabido el tema e, incluso, con el tiempo, mejorado en sus efectos, si bien, en su auditorio, para los amantes de la anécdota pura, siempre tendría en su contra, respecto al viejo exiliado republicano, una obvia ausencia de grandeza en el contenido de lo relatado, simples secuelas de una apoteósica hecatombe histórica.

MOBILIS IN MOBILI. Hay paisajes y paisajes. Y así como de algunos se diría que se despliegan solos, al margen de nuestro movimiento o inmovilidad, hay otros que, más que ante nuestros ojos, parecen abrirse ante nuestra mente. Aquel sendero, por ejemplo, que conduce al pueblo, en lo alto de la colina. Un pueblo como desierto o dormido

en su terrosa estructuración de tejados y muros. El sendero también parece poco utilizado, similar a cualquiera de esos caminos que llevan al santuario de la comarca, donde, una vez al año, se celebra una romería. La carretera discurre paralela a la cadena de colinas, ceñida al serpeo de las suaves laderas, un terreno invadido de matorrales y de monte bajo, cultivado sin duda en otros tiempos. Unos cientos de metros más adelante, tras un recodo, también a la izquierda y sobre una loma, destaca una edificación cerrada, de largos paños de argamasa y piedra vista, como corrales o algo por el estilo. Éste es el cementerio nuevo, me dijeron. Al fondo, despuntando al filo de las ondulaciones del terreno y sólo próximos en apariencia, los blancos picos de un macizo montañoso, el particular esplendor de la nieve al sol de poniente.

Una sensación parecida a la que nos dejó aquella excursión que hicimos al Cabo Creus en la barca del Grec, la partida, las rosas rosas del alba, la bahía ensalmada que, al regreso, sería pura formación madrepórica, configuración de rojas entrañas. Y, sobre todo, las incidencias de la travesía, las perturbaciones atmosféricas, cuando, en las cercanías del Cabo, se abatió aquella espesa niebla embebida de sol, y podían escucharse las sirenas, y las rompientes se deslizaban al acecho, y las pétreas moles de la costa se aproximaban a husmear. El Grec había acabado con la Poppy y, la noche anterior, mi sueño fue agitado, imágenes de pesadilla difíciles de concretar.

O como aquel vuelo de regreso a Barcelona, probablemente desde París, en el que yo esperaba captar una vez más la silueta del Cabo desde el aire, tendido como un lagarto al sol, color liquen, nítidamente destacado del azul contorno. Pero las planicies polares que sobrevolábamos parecían extenderse sin solución de continuidad, blancuras soberbias y deslumbrantes rotas tan sólo por un hongo gigante de tonalidades pizarrosas, estampa misma de la muerte atómica a la que nos dirigíamos, cuando, de pronto, la lisa superficie se fisura y agrieta, abriéndose, según nos aproximamos, en un profundo cráter ceniciento, abismos celestes y transparencias marinas en el fondo, rascacielos solares, masas arbóreas petrificadas, corrientes de lava y cúmulos de cúmulos, formaciones rocosas adentrándose en el piélago a modo de montaña o promontorio, privilegiado lugar de observación de panoramas inferiores. Y luego, superada la sima, de nuevo la nívea llanura bajo el azul, campo adecuado, por sus especiales características, para elevarse más y más, hasta donde aguantara el fuselaje, sólo el cuerpo de un ángel abatido en la blancura extensa, los pliegues helados de su túnica como picos pirenaicos, caído al fundirse la cera de sus alas, en vuelo hacia donde el sol no podía ser sino el calor de una mirada.

IV

VELOS. No creo haber estado nunca verdaderamente enamorado. Por supuesto que a veces he creído estarlo, pero la misma reiteración del fenómeno me ha permitido descomponer el proceso en sus diversas fases, y ahora, quizá por ya demasiado conocido, me parece imposible su reaparición. No es el cuerpo, no es el sexo lo que dispara el mecanismo amoroso; será, desde luego, esa boca que pronuncia las palabras precisas y, más aún, esos ojos que las expresan con intensidad todavía mayor. Pero tampoco es sólo eso; es, más bien, algo que está en lo más profundo de las pupilas, detrás de lo más profundo. Y también todo lo que quisiéramos que estuviera en nosotros y no está, que fuera nuestro y no lo es, la voz que nos habla mientras la escuchamos, la mirada que nos escudriña mientras la contemplamos. Y, sobre todo, lo que está en nosotros y sólo en nosotros, el sentido que damos a la palabra oída, las ideas que atribuimos a su silencio, los sentimientos que ocultan sus ojos. Estar enamorado es descorrer uno tras otro los sucesivos velos de la persona amada; y el amor se esfuma cuando comprendemos que los últimos velos no están ya en la persona amada sino en nosotros mismos, que nunca en ella podremos descorrer más que los primeros. He comenzado hablando en singular y ahora hablo en plural; años atrás, efectivamente, había llegado a pensar que así era yo, pero no los demás; que lo que a mí me sucedía, me sucedía solamente a mí. Con el tiempo, en cambio, me he convencido de que, en mayor o menor grado, el fenómeno se produce cada vez que una persona se enamora de otra. De ahí que todo amor se acabe o pase más o menos pronto, más o menos tarde, y sólo queden los arreglos. Y es que, como el lento acoplamiento de dos camiones pesados al rebasarse cuesta arriba, así el amor visto con cierta perspectiva.

Se da el caso, además, de que cada persona tiende a configurar un dispositivo autodestructor a su imagen y semejanza. Como sus amores, así serán sus resistencias, sus miedos, su mala suerte, sus delirios, sus alucinaciones, todo construyéndose de un modo enteramente acorde con la invención inicial, con la primitiva intuición del elemento o suma de elementos que podrían dotar a nuestro destino de algún rasgo magnificante, trazos que con la exactitud más aterradora se van desarrollando tal y como lo habíamos imaginado, con la fatalidad con que ese niño sin madre –fugada, muerta o similar causa de idénticos efectos–, en su rechazo de la persona que lo ha traicionado, olvidará si es preciso la lengua materna. No hace falta ser un Tertuliano para

entender que todo es cierto en la medida en que es absurdo, en la medida en que todo el mundo coincide en negarlo, en considerarlo obviamente falso, ya que, como diría Camila, como dice cuando discutimos sus problemas, tengo la absoluta seguridad, soy perfectamente consciente, está fuera de duda, etcétera. Pues, como ese pozo misterioso que se abre en el interior de la Granite House –allí, en el propio hogar, y no en el exterior, no en la superficie de la isla que sus ocupantes exploran y exploran sin resultado– y que conduce directamente a la clave del enigma, como ese pozo, así, en lo más profundo de la intimidad de uno es donde suele residir lo más desconocido. Y por encima de instintos como el sexual o el de voluntad de poder o de posesión, por encima de ansias y aficiones, la caza, la gastronomía, el coleccionismo, encontraremos siempre en el humano –y con mayor nitidez según pasan los años– un instinto de doble signo, de vida a la vez que de muerte, que, de acuerdo con las distintas proporciones que lo componen, dirige en uno u otro sentido el impulso de esos deseos, de esas ansias, de esas aficiones, tendiendo ora a la conservación ora a la destrucción.

Ejemplo: nuestro sujeto tiene la convicción de que un amor, cualquier clase de amor, está perdido de antemano.

Se observa en él, por otra parte, una marcada tendencia a robar el amor, a sentirse especialmente atraído por la mujer que, en principio, está ligada a otra persona. La victoria sobre esa ligazón amorosa, esto es, su ruptura, actúa a modo de agente catalizador.

Necesidad de que la mujer que constituye su objetivo le sea fiel en tanto para él perdure la atracción o autosugestión; total indiferencia al respecto en cuanto esa autosugestión desaparece.

Sentido de fidelidad inexistente; más aún, impulso irresistible a tener simultáneamente otras aventuras. Ausencia de sentimiento de culpa.

Rechazo de todo amor en el que falle el comportamiento de ella o en el que ella no acepte sin reservas el comportamiento de él.

Quiebra de la relación amorosa, que confirma, consecuentemente, su inicial conciencia de imposibilidad del amor.

OBSERVACIONES. El espejeo del mar, la espuma revuelta, el brillo salino de la piedra mojada. Una roca lisa y amplia, suavemente inclinada hasta el nivel del agua, perfecta –una vez despejada de erizos por debajo de ese nivel– para zambullirse, y luego secarse al sol y volver a zambullirse, y así toda la mañana, explorando los fondos a lo largo de la costa, una costa sinuosa, donde la dentada rabia de los rompientes alterna con el manso azul de las calas, la tajante silueta del Cabo

Norfeo al fondo. Desde la carretera, a cierta distancia y, sobre todo, a cierta altura, se domina mejor el panorama, las breves playas recogidas, el revuelo de espuma de los promontorios, aquel americano tocado con una barretina allá abajo, sobre una prominencia rocosa, increpando, se diría –vencidas sus palabras por el oleaje–, a las dos gigantescas bolas que coronan el Paní, destellantes al sol de la tarde. Perspectivas privilegiadas, puntos que en el mapa de una guía vendrán sin duda señalados con las tres rayitas rojas en forma de haz que indican Vista Pintoresca, quizá no tanto por la belleza en sí del escenario natural, cuanto por el espectáculo que las otras personas atraídas por la belleza del lugar suelen ofrecer a los ojos del curioso en esta clase de escenarios. Así, una pareja bañándose, buceando, tomando el sol sobre una roca plana. O un paseante que contempla con insistencia a un joven que toma el sol sobre una roca contra la que rompe el agua. O un joven que sale del agua y se frota con la toalla, de espaldas a un mar de cuya lividez encrespada los bajos cielos plomizos y las nubes furibundas son sólo un reflejo, frotándose el cuerpo mientras contempla a su vez al paseante que le observa desde la carretera, como el hombre y la mujer que toman el sol sobre una roca contemplan al americano tocado con una barretina que les observa desde la carretera, tal vez increpándoles, roja la tez por el alcohol o por el sol del mediodía.

Un paseante que contempla el mar desde los acantilados, las largas olas frontales que rompen al pie de los acantilados, tal vez contándolas, dos, tres y hasta cuatro apreciables al mismo tiempo, rodando una tras otra, renovándose, perfectamente apreciables; seis, siete, si se adivinan según van emergiendo de aquel azul ilimitado, según se van delimitando en ondas todavía azules y ya verdes y poco a poco orladas de blanco, según el blanco de cada una va irrumpiendo y gira y corre y se dilata y extiende como una nevisca, ganando terreno sobre la que le precede y la que le sigue, aire y nieve revueltos y por un instante amansados como puede amansarse al agua no bajo el aceite sino bajo una red que cae y se hunde, tan sólo un instante, blanco que pronto se degrada y contrae en lunares pesados, como la sombra de una red que se deshace, que se esfuma sobre un fondo moteado y cambiante, entre oscuro y no oscuro, verde botella, verde lejía, palidez seminal en retirada, en descenso, rocas abajo, dejando al descubierto la base chorreante de los acantilados, las adherencias flojas, plantas como animales, animales como plantas que se escurren y peinan según baja el nivel del agua, según se abre como una fosa al blanco hervor que vuelve.

AIR. Disquisiciones en torno al hastío y la fatiga que produce el mundo actual, a la sensación de cambio que se respira como un olor de lluvia que llega, al advenimiento de la era de Acuario anunciado por una colla de tíos y tías al pelo, cantando en pelotas. Ver llegar un día, como el labrador japonés que ante sus ojos incrédulos vio brotar el hongo y acrecentarse en los cielos, más inesperadamente que la revolución, sin ninguna de sus pretendidas razones históricas ni otra motivación que el natural cansancio producido por algo que viene durando desde hace dos mil años, ver llegar así la nueva Era. Algo que, teóricamente, como dice Pompeyo, puede generar por sí mismo el proceso inflacionario que experimenta el mundo actual, toda vez que una desvalorización del orden del veinte por ciento, a la vuelta de pocos años, debe conducir al poseedor del dinero, aunque su renta sea, por ejemplo, del ocho por ciento, a una situación no ya de valor cero, sino incluso de números rojos, es decir, de valor negativo del género v–x, con el consiguiente caos generalizado.

Caso de Roma, esa ciudad que precisó para su fundación la previa destrucción de Troya y, siglos más tarde, la de Jerusalén, para adquirir su condición de Ciudad Eterna, esto es, capital espiritual del mundo en tanto los valores cristianos y sus productos morales, económicos y sociales más directos prevalezcan.

Pero ¿por qué esas ansias de cambio? ¿Esos deseos de ser otra cosa? Igual que preguntarse: ¿motivaciones eróticas en el origen de las inquietudes revolucionarias? Evidente. Lo prueba el énfasis con que se afirma lo contrario.

Como aquel que sueña estar en casa de su hermano mayor, de Felipe, por ponerle un nombre, en una especie de reunión o fiesta, y de pronto llegan el rey y la reina y, mientras el rey –un rey– se distrae, él liga con la reina –una reina–, y la reina le sigue el juego, y él piensa, lástima que estemos aquí, en casa de Felipe, que siempre ha de representar su papel de responsable de la familia y, si se da cuenta, lo fastidiará todo, y dice a la otra, vamos, aprovechemos, vamos a mi apartamento, y al despertar piensa qué absurdo, con esa mujer a la que sólo he visto en fotografía y que no es precisamente lo que se llama mi tipo. Así, como ese despertar, el conocimiento que uno suele tener de sí mismo.

Enlace tema Eneas: y es que así como Eneas, destruida Troya, busca en los infiernos al padre fracasado antes que en las alturas olímpicas a una madre a la que prácticamente desconoce, así el niño, etcétera. O: por lo mismo que Eneas, destruida Troya, busca en los infiernos, etcétera. O: ya que si Eneas, destruida Troya, etcétera, etcétera, también el niño, etcétera. O invertir los términos de la comparación: así como el niño, etcétera, así Eneas, destruida Troya, etcétera, etcétera.

DIONISIACA. Como ese escritor que sólo encuentra su propia voz cuando decide echar por la borda todos los estilos y tonalidades convencionalmente aceptados por el gusto de su época, así, no menos brutal en su irrupción, la presencia de lo insólito, mejor aún, de lo inexplicable, en nuestra vida cotidiana. La transformación, por ejemplo, de un hombre de negocios en un troglodita, algo capaz de provocar una sorpresa sólo comparable a la que se lleva ese concienzudo padre de familia durante la visita que realiza al internado donde recibe educación su hija, a fin de precisar cuanto pudiese haber de cierto en todas esas historias sobre abusos deshonestos y sevicias sexuales que la chica, al igual que otras colegialas, pretende que le inflingen las monjas, cuando se ve enfrentado a las soeces expresiones con que la madre superiora ataja el asunto, sus cortes de manga, su forma de despacharle levantándose hasta la cintura los pesados hábitos, mostrándole, con energuménico ademán, el perejil, el culo americano. O como la desaparición de uno de esos seres pintorescos que nunca faltan en los pueblos de la costa, un hortera que llega de vacaciones con su cochecito, su lancha de motor fuera borda con cabina de dos plazas adaptada, su bote hinchable para trasladarse a tierra, su boya, su ancla, sus aparejos, las operaciones preparatorias de salida y llegada, el cuidado con que deja su lancha cubierta con una funda de lona, su misma indumentaria, la pipa, la gorra de plato, el escudo de Catalunya, es decir, una persona inofensiva con todos los atributos del tipo que pronto se hará popular en el pueblo, que será apodado el Almirante sin que siquiera llegue a enterarse, esa clase de hombre para quien siempre habrá un Grec que le pregunte por el tiempo, o si mañana zarpa, o que cuál será el estado de la mar, hasta que, una mañana, de esa mar salga un pez gigantesco y se lo trague con bote y todo ante los ojos atónitos de los lugareños, en plena bahía. Así, como culminación de un proceso que no por inadvertido deja de ser un proceso –la realidad de las presuntas fantasías imputadas a las monjas por la colegiala, el pez gigantesco acechando y acechando desde las profundidades al bote del Almirante–, un proceso y no un dato casual y aislado, así, lo inesperado: ese hombre de negocios de mente, en apariencia, abierta y moderna que, un buen día, en el curso de una conversación, al decir que uno empieza a ser viejo cuando empieza a perder su capacidad de cinismo, o banalidad similar, comienza a transformarse, verdadero cambio de rasgos lo que al principio parecía simple cambio de expresión, la mandíbula que avanza y crece, el cráneo que se retira y reduce, poco más que un recio arco ciliar lo que fue frente, y el pelo –ya pelaje– que se extiende y tupe, los dientes, los colmillos, las garras, la ropa que cae hecha jirones, los zapatos que revientan, incapaz cualquier prenda de contener la dilatación de aquel cuerpo que emerge, y sólo entonces

caemos en la cuenta de hasta qué punto hemos llegado a olvidar la boca de la caverna que se abre a su espalda, hasta qué punto nos hemos creído la decoración inventada por nosotros mismos, engañados, autoengañados como un autor sin aptitudes se autoengaña con sus propios trucos, cuatro citas y alusiones incluidas en el texto con las que, fácilmente localizables, pretende establecer de cara al crítico no sólo una apreciable formación cultural –aunque acaso de segunda mano– sino, sobre todo, un mundo referencial del que se beneficie su obra y compense, en lo que cabe, esa falta de aptitudes, a sabiendas de que la crítica erudita, ansiosa de hallazgos, no dejará de morder sus anzuelos, de adentrarse en su dispositivo alusivo, en sus claves que nada encierran ni conducen a ninguna parte, pero la investigación estará ya en marcha y, hasta él mismo, con los laureles del triunfo, terminará por tomarse todo aquello en serio. Pero aceptar la existencia de semejante proceso requiere su tiempo, un nuevo proceso, esta vez de comprensión o búsqueda, cuyo punto álgido será el destello que, como un relámpago, iluminará el conjunto, igual que cuando a uno se le enciende una especie de luz en la mente, y repara, por ejemplo, en la notable semejanza de rasgos que relaciona a Gardel con Perón, y en la prudente distancia que media entre la aparición de éste en el panorama político y la desaparición de aquél en el panorama de la canción y, atando cabos, empieza a explicarse entonces el inexplicable ascendiente del general sobre los argentinos y su afición a las cabareteras y la popularidad carismática de Evita y el halo virginal que –en cuanto viejita– la aureola en las estampas y la añoranza del pueblo tras la segunda caída de su presidente, ahora de la Casa Rosada como antes del avión, y la supervivencia de su figura –el tango no pasaráya descaradamente de frac, y aquella superposición de imágenes, engominado el cabello y de colirios la mirada y suave como un murmullo la sonrisa, y así su triunfal regreso repetitivo en vuelo hacia Ezeiza, de nuevo Evita a su lado, y todo el avión cantando aquello de volver y las nieves del tiempo, tan poco tiempo antes de su segunda y sólo Dios sabe si definitiva desaparición, hasta que finalmente se impone por sí misma la certidumbre de que Gardel y Perón eran realmente la misma persona. ¡No! ¡El tango no pasará!

DIÁLOGO DEL LUNASOL. Encuentro con Celia en el Nautic. Le acompañaba Carlos, únicamente a la espera, se diría, de algún pretexto para irse con los suyos. Por la hora, el atardecer, la terraza se parecía a Cadaqués en viernes, cuando van llegando los finsemaneros de Barcelona, ansiosos de despojarse así de su indumentaria ciudadana como de su personalidad habitual, de incorporarse lo antes posible a

la presunta desinhibición de los ritos locales, poseídos por esa impaciencia similar en todo al típico deseo de ir al grano que experimenta el burgués catalán mientras presencia un living-show en Copenhague: que se abra de una vez y de entre la suavidad del vello aflore el rojo grano de mijo. Los asiduos, gente que lleva más tiempo en el lugar, por lo general mujeres, madres de familia con sus pequeños, se distinguen no sólo por el bronceado de la piel sino por el tono más pausado de la conversación, esa joven mamá de una mesa vecina que cuenta sus experiencias con sensual delectación, justo al acabar de recoger los platos que, no sé, como si ya intuyese algo, había recogido antes que de costumbre: no una de esas veces que inundas el piso, no. De esas otras aguas espesas y oscuras, sabes, casi una pasta. Poca cantidad. Pero lo bastante para dejar perdido el suelo de la cocina.

Celia se volvió conmigo al motel. Quedamos en que antes de la cena pasaríamos por su apartamento a tomar una copa. Rosa dijo que cada vez le apetecían menos aquellas charlas en el porche, que no alargásemos, que habíamos quedado con los Pompeyos a las nueve y media, en el Moby Dick. Me habló de un perro que la había seguido por el pueblo, uno de esos perros del país con diversos injertos, entre basset y pachón, obtuso, pesado, todo él con algo como de polla, el miembro propiamente dicho colgando a modo de mero aditamento indicativo. No más perros, dije.

Cuando en el jardín, al acercarnos al porche, oímos el Adiós Pampa Mía, fue como si ya estuviéramos viendo a Mario tal y como efectivamente lo encontramos, repantigado en su tumbona y con un vaso en la mano, un poco más borracho que otros días a la misma hora, insistiendo una y otra vez en el disco, masoquista y desafiante al mismo tiempo, como diciendo, una cursilada, sí, pero es que a mí me gustan las cursiladas, las cosas de mal gusto, y pensando sin decirlo: sobre todo si a Celia le crispan los nervios. Lo demás, igual que cada noche, desde la salamanquesa inmóvil junto al farol hasta el plano de la Ciudad Ideal visible a través de la ventana del living, pasando por el termómetro y el barómetro colgados en el porche, temperatura agradable cuya lectura en grados carecía por tanto de importancia, y presión atmosférica ininteligible en razón directa a la falta de curiosidad que uno ha sentido siempre hacia esta clase de datos, negligencia, por lo demás, solamente inexcusable en el aviador, el marino y determinados maniáticos. De repente se interrumpió el Adiós Pampa Mía y empezó a sonar un madrigal de Monteverdi, la opereta esa, como decía Mario. Y entonces apareció Celia, envuelta en un ruso blanco y con una toalla a modo de turbante, como recién bañada. ¿Sales?, dijo Mario. Sí, dijo Celia. También ella parecía haber tomado sus copas. Quizá por eso volvió a la carga, a reincidir en el tema sobre

el que ya se había explayado cuando nos encontramos en el Nautic, Mario, la forma que tenía de tratar a Carlos, la imagen que el chico, lógicamente, se habría formado de su padre. Y Mario, como harto, como vencido, la dejaba decir, semejante en su renuncia a ese autor de novelas por entregas o seriales radiofónicos o televisivos que un buen día, cuando el interés del espacio comienza ya a decaer en el gusto del público –aunque nunca tanto como en el propio–, fatigado por las reiteradas vicisitudes de los personajes, resuelve acabar con todos de golpe mediante, pongamos por caso, un tan oportuno como inesperado naufragio, terminando así definitivamente con el hastío del público a la vez que con el propio.

Celia ironizaba sobre la reacción de Mario ante la única ocasión en la que Carlos mostró indicios de interesarse por algo más que su gente, sus discos, sus fumadas: tu comportamiento no fue que digamos muy distinto al que tanto criticabas en mi padre cuando la huelga general del 51, que un hombre como él, decías, con todas sus ideas libertarias de huelgas que iban a poner de rodillas al capitalismo, a la hora de la verdad se negase a cerrar su taller por miedo a represalias, ¿lo recuerdas? ¿Y ahora? ¿Qué puede decir ahora Carlos de un padre como tú? Te pasas el día criticando a los jóvenes como él, su falta de ideales, de ambiciones, de interés por las cosas, pero a la que el chico empieza a participar en las cámaras de Facultad y en las huelgas y todo eso, a la que empieza a decirse que hay un muerto, coges al chico y te lo traes a Rosas lo mismo que si fuera un crío que no tiene uso de razón. Humillante, ¿no? ¿O cómo habría que considerarlo? La pregunta quedó sin respuesta y Celia tampoco se molestó en aclarar para quién era humillante, ofuscada, se diría, por su propio encono, todo como en una de esas asambleas olímpicas en las que los dioses discuten los problemas que tienen en común y los que les oponen, pero siempre a partir del pacto que les unió a todos contra Saturno: una historia remodelada con el tiempo, como esa imagen que se hace uno de sí mismo a los dieciocho años y que, mientras destaca y magnifica los rasgos que le configuran de cara a la galería, arrincona en el olvido absoluto lo verdaderamente importante, los conflictos primitivos, el viejo Saturno, el Cielo, la Tierra, el Caos. Algo que se replantea, no obstante, con el descubrimiento de que uno ya no es tan joven, o mejor, con la admisión de esta realidad, reconocimiento al que uno llega no tanto a través de sí mismo, tras considerarse a sí mismo con ojos críticos –fallos en el vigor físico, principalmente en el ejercicio carnal–, ni a través de la observación de esos fallos en el mundo circundante –a propósito de un inesperado encuentro con alguien a quien habíamos perdido de vista–, cuanto gracias a un hecho mucho más intrascendente, tal o cual galán de la pantalla, por ejemplo, de nuestra época, y que, en una película de ahora, caemos en

la cuenta de que hace el papel de padre. De ahí que la sombría expresión de Mario, a semejanza de una de esas hijas de familia no forzosamente jóvenes ni solteras, de actitud estricta y exterior sobrio, voluntariamente alejadas de la alocada vida propia de las mujeres de su clase, de la frivolidad así de sus placeres como de sus preocupaciones, postura que trasciende incluso a su propio físico, a sus atormentados rasgos marcados por la constancia de las prácticas piadosas y del estreñimiento, así, a semejanza de esa clase de mujeres, la expresión de Mario, el hecho de que tan frecuentemente trasluciera –como ahora traslucía– la persistencia de un problema irresuelto o, cuando menos, inexpresado, un problema que para cuando decidiera plantearlo, cuando quisiera decir lo que quería decir, estaría ya demasiado borracho para poder decirlo y, una vez más, quedaría inexpresado, como en un banquete donde el tema del amor o el de la belleza o el del origen de todo se fuese haciendo incoherente bajo los efectos del alcohol, y los balbuceos fueran reemplazando a la exposición de los conceptos, hasta que llega Alcibíades y entonces uno se encuentra en el Moby Dick, o en el bar de la gasolinera o en el mismísimo Mas Paradís, y despierta en una casa que no es su casa o a bordo de un yate.

RECAPITULACIÓN. Nuestro autor, sus notas, apuntes y observaciones, fragmentos de narración, simples frases a veces, variantes de esas frases a modo de búsqueda, de tanteo, de ese algo que tiene en común el comienzo de la redacción de un libro con un piso por estrenar, cuando aún no se está muy seguro de la colocación de los muebles y todavía falta automatismo en los movimientos que uno hace. Un ejercicio de raíces no menos oscuras que las del lenguaje que uno aprende en sus primeros años, con las mismas resonancias que hay que ir descubriendo, los mismos equívocos y malentendidos, las mismas motivaciones en apariencia casuales, ese niño al que le avergüenza la palabra verdugo porque la relaciona con el capullo del sexo, y para quien la palabra tormento supone el despertar de una dilatada ensoñación erótica, de modo que si, no ya a ese niño sino a un adulto –padres, profesores–, se le intenta explicar la conexión entre ambas representaciones –es verdugo el que aplica el tormento– lo más probable es que ni siquiera comprenda de qué estamos hablando. Como el viejo clérigo que, si se resiste a trajearse de paisano conforme a las nuevas tendencias eclesiales, no lo hace tanto por el natural apego a los hábitos que se acrecienta con los años, por la sensación de desnudez que experimenta, cuanto, muy probablemente, por la evocación contextual de la anterior ocasión en que se vio obligado a

hacer lo mismo, durante la guerra civil, para salvar el cuello, rememoranza generadora de un instintivo y explicable retraimiento, pura reacción defensiva en definitiva, así, igualmente equivocado sería considerar nuestro oficio a modo de un oficio como cualquier otro, lo que suele llamarse una carrera, una profesión, una afición convertida por el hábito en algo serio, en un trabajo con el que uno puede llegar a ganarse la vida, etcétera, puesto que algo hay que le ha hecho a uno ser escritor y no otra cosa, algo que por su misma naturaleza proteica resulta difícil de precisar, más difícil, menos obvio, que el de la existencia de una antigua y morbosa atracción por el desequilibrio y la locura, puestos a buscar un ejemplo, en el caso del siquiatra. Porque si bien desde el punto de vista de la exégesis crítica resulta válido establecer, al menos como hipótesis interpretativa, que el reto de Sócrates en el Fedro respecto a la imposibilidad para el poeta de celebrar las regiones celestes pudo espolear a Dante, en la culminación de la Commedia, a enfrentarse a la blanca aridez del Paradiso, en tanto que hombre capacitado para contemplar el conjunto y los detalles al igual que un dios, sería más que aventurado ignorar que debajo del Paradiso está el Purgatorio y debajo el Inferno y, sobre todo, las ambiguas satisfacciones que semejante composición suscitaba en Dante a un nivel inferior al de su conciencia, bajo las crípticas simetrías de un plan donde, como en la Creación misma, no tiene cabida el azar. Y de igual forma que cuatro residuos sin importancia traídos por el mar –un remo roto, una botella con un mensaje, un balón de plástico– suponen tal vez un naufragio, también, de igual forma, en el origen de toda gran obra de creación encontraremos siempre un dato anodino, sugerido, en apariencia, sea por un acontecimiento real, sea por una lectura, ya que, así como un muñeco de madera sólo se transformará en niño, salvándose, de paso, de la tutela de su creador en la medida en que sea capaz de salvar a éste de las aguas, ganando su autonomía en la medida en que haga recíprocas las relaciones de dependencia, en la medida, por tanto, en que las contrarreste y destruya, así, ese naufragio que apenas si deja huellas puede significar el punto de partida de un giro decisivo en la vida de cada uno, como bien lo significó lo mismo para Ulises o Eneas como para un Robinson cualquiera. Un proceso que, por lo general, dada su lentitud, apenas si es advertido por el propio autor, de modo parecido, por ejemplo, a como en el curso del siglo veinte entra en declive no ya, como en el siglo anterior, la figura humana, sino incluso el paisaje en cuanto sujeto del cuadro, declive ciertamente ligado a la paralela desaparición del paisaje natural, a su sustitución por un paisaje urbanizado, mejor aún prefabricado, donde, si algún atractivo encontramos, es justamente en el terreno de la plástica, en una lograda transposición plástica del objeto más que en el objeto en sí,

esto es, en la suplantación del mundo que el hombre ha ido construyendo a su alrededor por una nueva realidad inventada. Y lo que empezó poco menos que como desahogo se va convirtiendo con el tiempo en una tarea a cuya suerte queda ligada la razón de vivir del narrador. Pues si el amor supone una alteración del normal comportamiento del sujeto que hace del enamorado un verdadero enfermo, por más que simule ante terceros y procure que nada se trasluzca en su vida cotidiana, así, el acto de crear y, sobre todo, los impulsos que supone, los problemas que uno intenta expresar y, en mayor grado todavía, los que propone sin siquiera darse cuenta, los que ni tan siquiera constituyen un problema para uno, los que nada tienen que ver con uno, ¡nada más faltaría!, convierten a su autor en una persona no menos enferma que nuestro enamorado. No, nada en la creación de la serenidad y el plácido equilibrio propios de quienes han dado con el ambiente adecuado para un pleno desenvolvimiento de la personalidad; antes bien, la tensión angustiada del gladiador consciente de que de su destreza en el manejo de la red depende su vida. Una obra que incide en la vida del autor del mismo modo que las reflexiones sobre esa vida inciden en la obra. Una obra susceptible incluso de llegar a convertirse, en manos de un autor incauto, en verdadera túnica de Penélope, y no tanto porque se deshaga de noche lo hecho de día, cuanto porque, como una Penélope aprisionada en la trama que la envuelve y envuelve según la teje, así, lo que ese desdichado autor se había propuesto como objetivo concreto y limitado bien puede empezar a dilatarse y detallarse, a extenderse y fraccionarse, hasta el punto de que muy pronto también en su vida parecerán alargarse los períodos temporales y alejarse en la distancia los puntos de destino, todo como un poco más allá y un poco más tarde cada día, progresivamente inmovilizado el cuerpo por el propio tejido que lo cubre, atrapado el reciario en las mallas de su propia red. Y así como el tiempo cronométrico, ese esquema formal que, repetido cada doce horas, se superpone a nuestra vida como el metro del agrimensor se superpone al terreno, produciendo una impresión de sucesión acumulativa que en modo alguno corresponde al verdadero transcurso temporal, así, no menos engañoso que tal sensación de progreso, el valor de toda obra que no se resuelva en el propio autor a la vez que sobre el papel.

LA COVA. El deseo, en ocasiones, de hacer lo contrario que Robinson cuando su último naufragio, acaecido ante las bravas costas catalanas: nadar no hacia las recoletas calas sino aguas abajo, hacia los fondos. Ese último capítulo de sus aventuras, recientemente descubierto entre

otros manuscritos inéditos de Daniel Defoe, en el que se narra cómo, naufragado su buque en un lugar impreciso de nuestro litoral, Robinson consiguió alcanzar a nado la playa y, perdido inicialmente en los bosques de alcornoques que por aquel entonces poblaban la comarca, acabó no obstante constituyendo la primera firma exportadora de tapones de corcho de Catalunya, con oficina central en Londres. De los tapones, es fácil pasar a la fabricación de botellas y garrafas de vidrio, industria de cierta raigambre entre los naturales del país, y de ahí al vino, los excelentes caldos de la región, que no tardó en introducir en la mayor parte del mercado europeo, productos clave todos ellos en la economía del Principado, y fundamento, de acuerdo con las documentadas tesis de Pierre Vilar, de su resurgir económico y futura industrialización, que en modo alguno ha sido obstáculo, antes bien complemento, de la actual expansión turística, de los pingües beneficios que en todos los órdenes reporta la urbanización de esta costa en otro tiempo llamada brava y en la que hay todavía mucho por hacer, muchos rincones por explotar, puntos todavía vírgenes en los que nunca falta un maniático que parezca complacerse en las dificultades de acceso y en la incómoda aspereza del lugar, para bañarse, tomar el sol sobre una roca, bucear, casi como si quisiera perder de vista las excelentes playas que, si gozan de las preferencias del turismo, por algo será, los múltiples servicios que brindan, los hoteles, bares y restoráns que allí se dan cita, no sólo a lo largo de la bahía sino también, doblado el promontorio, en las límpidas calas que hasta hace pocos años daban miedo y todo de puro desiertas, con la siniestra silueta del Cabo Norfeo a manera de telón, hoy unidas al pueblo por una hermosa carretera desde la que un paseante ocasional contempla a nuestro bañista, consciente, sin duda, consciente y hasta preocupado por los peligros de los que nunca está exento un baño solitario en tales batidas rompientes, no vaya a pasarle algo al muchacho. Y bajo aquella mirada, acaso solícita, acaso concupiscente, a ver si hace algo esta pareja, zambullirse en el paisaje que se abre al otro lado del nivel del mar, o incluso –como huyendo de la mirada de ese paseante ocasional– llegarse en coche más allá de Cadaqués y luego caminar sendero abajo hasta una cala cualquiera de las que avistamos desde la barca del Grec cuando fuimos al Cabo Creus, parajes abruptos y desolados donde, en el peor de los casos, encontraríamos a lo sumo otra pareja no menos casual ni maniática, extranjeros por lo general, quizá finlandeses, y una vez allí, instalados en nuestro rincón, perder de vista la cala cenicienta, los finlandeses, las toallas extendidas, la misma Rosa poniéndose crema, el mundo exterior, y bucear entre dos aguas, desplegado, como ingrávido, sobre praderas ondeantes y blancos desiertos, sobre formaciones de peces resplandecientes, agrandados por la visión deformante de las gafas,

como planeando sobre aquellos fondos penetrados por raudales solares, planicies que uno tomaría por panzas de cetáceo, dorsales de escualo hechos peñasco, verdes crines encabritadas y remolinos de anémonas, planeando y cayendo en picado y ascendiendo, ascendiendo entre burbujas mercuriales hacia cielos concéntricos que traspasarás al alcanzarlos, y entonces flotar inmóvil a la deriva, de cara a los azules caudalosos, a los retazos de nubes que arrastran. Y volver a sumergirse, y bucear a lo largo de la costa, serpear ceñido a los vivos relieves de las rocas, rozando casi las adherencias urticantes creadas como a golpes de oleaje, rosas eruptivos y honduras violáceas, revuelos como de cabellera, rugosidades viscosas, mímesis y simbiosis y ambiguas coloraciones de medusa, hendiduras con pulpos palpitantes, blandamente recogidos en los repechos de la piedra que se hunde escarpada, despeñaderos esquinados, acantilados de vértigo, atrás ya las valvas azules y las yemas amarillas y las espinas moradas y las estrellas malvas y las rojizas contracciones de la orilla, sobrevolando las calvas nalgas de arena, el contorno sinuoso de las clapas abiertas entre las algas, desnudez más y más dilatada de un panorama sembrado de esos equinodermos semejantes al grueso sexo de un dios mutilado, como removiéndose todavía, arrugándose apenas al titileo de las luces que sombrean el fondo cada vez más hondo, perspectivas que se amplían según uno se aleja y se adentra, manchas que pronto se configurarán en selvas y desiertos, en cordilleras, en cielos, en océanos.

Obstinadamente, como aquel que vuelve al paisaje de su infancia y busca y busca en el regazo amniótico de la memoria. Pues del mismo modo que el joven suele rechazar la lectura de los antiguos y sólo con los años descubrirá que le son más próximos que la mayor parte de sus contemporáneos, así, en la vida, sólo después de haber dado muchas vueltas cobran nuevo valor los paisajes de la infancia. Aquellos atardeceres en los que el niño, al borde de una balsa, consideraba la posibilidad de que así como el agua y los mansos reflejos que contemplaba, nubes, ramas soleadas, yo, constituían una imagen de su propia pupila, no resultara ser esa pupila, en realidad, imagen misma del universo; más aún: si la tierra y los demás planetas del sistema solar y todos los sistemas de todas las vías lácteas de todas las galaxias, no serían más que un simple microorganismo en suspensión, una célula cualquiera de cualquier órgano, el ojo, por ejemplo, la pupila, el iris, las niñas como asteroides de un chico que como él contemplaba la luz como de pupila de una balsa al sol poniente, un chico igual que él aunque infinitamente superior, inimaginablemente mayor si se prefiere, y si el fin del universo no iba a obedecer, en su día, al mero hecho de que el chico aquel sufriera un leve trauma en el ojo jugando con sus compañeros de colegio, un golpe, lo que se llama

un hecho fortuito, y si su propio ojo no estaría formado a su vez por células cuya estructura interna viniera constituida por infinitas galaxias, del mismo modo que el universo al que pertenecía el inimaginable niño imaginado podrá constituir en su conjunto un elemento más de la estructura celular de un órgano determinado, el ojo, la pupila, el iris de un niño infinitamente superior, de ese niño o de cualquiera de sus compañeros de juego, enésimo eslabón de una serie infinita de seres igualmente inermes y contingentes, nadapoderosos todos ellos, inocentes, incomprobables, separados hasta tal punto uno de otro que, en relación a los universos y universos que conforman el ojo de uno cualquiera de esos muchachos que juegan con sus compañeros, la cuenca orbital suponga un espacio de magnitud ni tan siquiera concebible, y un leve parpadeo al sol de la tarde, la eternidad y, en consecuencia, el instante del accidente, del traumatismo del ojo, del pelotazo, de la pedrada, bien pudiera significar, a un nivel inmediatamente inferior, un proceso destructivo de miríadas de siglos-luz de duración, imperceptible por lo paulatino para generaciones y generaciones de las que pueblan esos universos –enfriamiento de cada planeta, pérdida de movimiento, ruptura de la gravitación, entrechocamientos y cataclismos–, fatal todo en su contingencia salvo, tal vez, las motivaciones profundas de la contusión traumática, la casual fatalidad que afinó el tiro, que aguzó la mano a la vez que el ojo del compañero de juego. Ocurrencias que uno sigue teniendo de vez en cuando, conjeturar, qué sé yo, si la estructura del mundo que hemos construido constituye el simple instante de un proceso o, por el contrario, si ese proceso es tan sólo un aspecto parcial y fugaz, un punto cualquiera de la estructura en la que está integrado, divagaciones pasajeras, ideas que le asaltan a uno en el momento más impensado, al tirarse al agua desde la barca, por ejemplo, para abandonarle enseguida, relegadas ante el reclamo de lo inmediato, la visión que se nos ofrece al dar las primeras brazadas en el ámbito de la Cova de l’Infern, aquel espacio interior, únicamente accesible por mar, situado en la base del Cabo Creus, vasta cavidad donde el verde casco –no menos transparente que el aire o el agua– aparecía como suspendido entre el fondo y la bóveda, nítidamente destacada la línea de la quilla contra las ígneas tonalidades de la piedra, excrecencias rosáceas, malvas, anaranjadas, colores avivados por la luz que vierte una abertura situada en el extremo opuesto a la entrada, un agujero escabroso, sombreado por el descenso de manchas delicuescentes, a cuyo término se avista el cielo, nadar despacio, explorando la gruta, escrutando, atento a las claridades y resonancias de aquellos dominios, a los brillos y espejeos y penumbras, a los ruidos oscuros, entre el gruñido y el soplido, bufidos, chasquidos, succiones, cascadeos, movimientos como de víscera o entraña

realmente propios de la boca del Tártaro.

SANTA CECILIA. Son personajes las personas que consciente o inconscientemente adaptan su conducta a un patrón prefijado. Y eso tiene validez en lo que se refiere así a la vida real como a las obras de ficción. De ahí que, en la novela tradicional, el protagonista sea con tanta frecuencia de rasgos más desvaídos y menos fácilmente caracterizable que determinados personajes secundarios, siempre más redondos. Y que éstos correspondan a esa clase de personas de las que la gente, en la vida real, dice: es todo un personaje. El caso de tío Rodrigo, por ejemplo: sus salidas, sus excentricidades, su atuendo descuidado y hasta el peso de su presencia, la cualidad de escroto añoso de su sotabarba, sus pelajos blancos mal afeitados, sus cañamones, rasgos que, a posteriori, casi parecía que así habían sido desde siempre, como para mejor destacar su carácter de institución en el ámbito de la familia. Cuando en Santa Cecilia, después de comer, tomaba el café en el jardín, y entonces, aprovechando la siesta de papá, se explayaba sobre cualquier tema, el abuelo, el bisabuelo, Cuba, los países que todavía ofrecen un porvenir, alguna noticia del periódico que, arrugado y manchado, aún desplegaba de vez en cuando, comentarios relativos incluso al deporte, de acuerdo con su particular concepción de esta clase de competiciones, es decir, el deporte entendido como epopeya a partir de peculiaridades étnicas, históricas o legendarias, un partido de tenis Suecia-Inglaterra visto como una especie de continuación de la batalla de Hastings, una victoria del fútbol soviético sobre el francés como un desquite de Borodino, un Barcelona-Madrid considerado poco menos que como el enfrentamiento actualizado de Aquiles con Héctor, la ineptitud de los negros en deportes como hípica, tiro y esgrima, prueba de la primacía bélica de la raza aria, el gimnasta japonés, kamikaze en tiempos de paz, etcétera.

Notable, en el recuerdo, la vinculación de tío Rodrigo a Santa Cecilia, más estrecha, si cabe, que en el caso de papá. Más aún, la asimilación de su recuerdo a ciertas imágenes de Santa Cecilia: sus discusiones con papá, por ejemplo, vinculadas para mí a la terraza casi a modo de elemento ambiental, de igual forma que a la era van vinculadas las charlas que teníamos con el Dionís mientras se hacía oscuro, antes de la cena, a su sabiduría, a sus conocimientos, cómo curar una herida con telarañas o barro, cómo acabar con las verrugas atravesando a la madre de todas ellas con una aguja al rojo, y la conveniencia de sembrar y cosechar y hasta de cortar árboles en menguante, o la manera de captar corrientes subterráneas, válida

incluso para localizar oro, tesoros enterrados. Por cierto, la vara del zahorí, ¿tenía que levantarse o más bien apuntar al suelo, al dar con la vena de agua?

De un modo general, cabe afirmar que, en mis recuerdos de Santa Cecilia, el paisaje de sus contornos, los lugares hacia los que con mayor asiduidad encaminaba mis pasos, han ido perdiendo importancia a costa de lo que era en sí la Santa Cecilia de mi infancia y de las personas que la habitaban: las dependencias agrícolas, el jardín y, sobre todo, la casa propiamente dicha, sus interiores, desde el zaguán hasta los desvanes, sede habitual de gran parte de mis sueños, con independencia, en este terreno –al contrario que en el de los recuerdos–, de que el ámbito soñado no constituyera precisamente, no ya uno de mis refugios o rincones predilectos, sino ni tan siquiera lugar alguno especialmente frecuentado. Pero así como la contemplación ocasional del miembro viril del padre, se encuentre o no en estado de erección, acostumbra a tener una gran trascendencia en la vida erótica del hijo –o de la hija– debido a la desproporción entre el propio tamaño y el del miembro contemplado, así todas las impresiones del mundo de la infancia, la relación entre las medidas de ese mundo y las del niño que lo contempla, la realidad práctica de tal proporción y del aparente carácter casual con que se nos manifiesta, simples impresiones a veces, aunque no por ello carentes de significado, el sol entre las hojas de la glorieta, por ejemplo, a la hora del café.

Tío Rodrigo dijo que papá, en lo que a negocios se refiere, yo diría que, más que un zahorí, tiene cualidades de lo que el zahorí busca: un pozo sin fondo. Si no, no me explico cómo ha podido pasarse la vida así, de un granuja a otro, de un sinvergüenza a otro; cómo han podido dar con él. Es casi un fenómeno de imantación. Y, no creas, la idea en sí suele ser buena: ni un disparate ni una fantasía. Lo único catastrófico es el resultado. Y siempre gracias a ese hombre amable, campechano y emprendedor que aparece en el momento oportuno y que, avalado por las mejores referencias, se ofrece providencialmente a ponerla en práctica. Ese hombre que una vez más, como para ir confirmando las aprensiones irreprimibles de las que papá da muestra cuando –ya demasiado tarde, embarcados todos en el mismo buque, su suerte en las manos del capitán– le oye hablar a sus hijos de un porvenir tan lisonjero en general y tan lleno de especiales estímulos para los chicos en particular, que ya ni él mismo puede creer que sea cierto, los temores, pronto certidumbres, de que el hombre aquel no termine por revelarse –y terminará haciéndolo– como un redomado embaucador, en cuya caída papá conseguirá a duras penas quedarse al margen, no verse arrastrado, convertirse también en cómplice de la estafa a la vez que en estafado. Desengaños y fracasos vez tras vez

asumidos con resignación cristiana, como papá decía, con la misma entereza con que un Jonás o un Job soportaban los reiterados palos y amarguras que la vida nunca ahorra cuando tal es la voluntad de Dios, convivir con el abuelo, sin ir más lejos, la paciencia de santo varón que algo tan simple como eso requiere. Aparte, claro está, de la merma económica que cada una de estas operaciones –término con el que, sintomáticamente, el socio de turno, el mangante, designa los negocios– suele suponer para el capital disponible mientras lo hay, el precio pagado por perder de vista la cara de ese socio de turno, de ese mangante, cuya actuación no ha sido, en definitiva y en sentido estricto, más que eso, cuestión de cara, de rostro, como suele decirse, con un factor de duración que, por el esfuerzo requerido, le distingue del sablista habitual, para quien el problema de expresión se plantea sólo en el momento de dar la estocada, de pedir un aval o proponer un peloteo más que directamente un préstamo, de mantener aquella mirada risueña y avispada más que propiamente cínica entre las pestañas semicerradas –ya se sabe, la vida, el ser humano–, confortado por el pensamiento de que es sólo un instante, de que muy pronto, tras una despedida efusiva, sin exceso de promesas ni dar sensación de prisas, puede encontrarse en el ascensor, con un talón al portador y todo lo que eso representa calentándole el corazón.

El problema de los epígonos: un hombre, tu bisabuelo, que funda una dinastía; un hijo que intenta mantenerse a su altura no ya conquistando sino, contra la usura del tiempo, conservando; y unos nietos que fatalmente han de protagonizar el declive y la dispersión del clan familiar, ya sin otra realidad aglutinante que la imagen magnificada de lo que el fundador llegó a ser. Los nietos, es decir, nosotros, los hermanos, tu padre, yo: la decadencia del apellido. Una categoría en la que tío Rodrigo, comodón y vago, el sentido del humor inútilmente desarrollado, no tenía inconveniente en autoincluirse con todos los merecimientos, diferentes, aunque de similares consecuencias, a los de papá, siempre más pugnaz en sus actitudes, quién sabe si para su mayor desgracia. Pues, al igual que la labor infructuosa de generaciones y generaciones de epígonos de determinado autor, que la perpetua frustración de sus intentos –a veces teóricamente conseguidos– de utilizar y aun desarrollar determinadas fórmulas del maestro, ya que el secreto no reside tanto en la obra a cuyas formas pretenden acoplar sus creaciones, cuanto en el propio autor, así los intentos del abuelo por emular de algún modo a su padre estaban condenados al fracaso a partir meramente de semejante propósito, de su incapacidad en apreciar que lo que era válido para Cuba no lo era para Cataluña, que lo que en Cuba hubiera estado encuadrado en una estructura de producción y comercialización, en la Cataluña de entonces, una explotación

agropecuaria de este género constituía una simple extravagancia. Y es que, a fin de cuentas, la creación de Santa Cecilia, bautizada así por el abuelo en memoria de la bisabuela Cecilia, consagrada a ella, se diría, a juzgar por el realce dado al retrato al óleo que, con esa ausencia de vida que caracteriza toda pintura sacada de una foto, de la foto de una persona difunta, presidía el salón, quizá respondiera, en efecto, como se decía, al desplazamiento de una frustrada vocación política, a su traslación al siempre más maleable terreno de lo privado, de forma que lo que no pudo realizar en la vida pública lo realizó en su finca, redondeándola más y más con la adquisición de predios vecinos, ampliando y remodelando el jardín, modernizando las instalaciones agropecuarias hasta convertirlas en una explotación más modélica que rentable, perfeccionando por medio de constantes retoques el interior de la casa. Y ahora, como comentaban los tíos, ahora resulta que si no hubiera comprado tanto, aislado tanto la casa, una casa desde la que no es posible divisar ninguna otra edificación que no pertenezca a la propia finca, sin duda se hubieran ido asentando en las cercanías los propietarios de otras fincas, villas, chalets, formándose así, con el tiempo, una especie de núcleo residencial, y lo que ahora, como castigo a su ambición desmedida, son apartados bosques y cultivos en decadencia, sería hoy una verdadera colonia veraniega de tradición y prestigio, y el valor de las tierras de la familia –aunque menores en extensión– mucho mayor. Errores, en fin, que un verdadero cacique rural, esto es, el hombre del país, que allí ha nacido y allí ejercerá su omnipotencia hasta que muera, no hubiera cometido jamás, errores que sólo pueden cometer personas como aquel señor tan señor y tan a la antigua, aquel anciano de aspecto invariablemente severo que fue el abuelo, adustez en modo alguno atemperada por el ocre degradado de las fotografías, quién sabe si buscando incluso una similitud no ya en lo moral sino hasta en lo físico con el padre, de igual forma que había buscado una similitud en el historial con Santa Cecilia, una de esas posesiones que se crean a modo de sede o razón social de la familia, para las generaciones futuras, y que, a uno u otro nivel, consciente o inconscientemente, invirtiendo la relación, acaban poseyendo a todos los descendientes, uno de esos legados que más bien parecen una condena, y con el que no hizo más que unir a su frustración de hijo que intenta vanamente emular al padre y a su frustración como político, por obvia inadaptación a los tiempos que le tocó vivir, su frustración como cacique rural, en la medida en que para él lo importante era su posesión, Santa Cecilia, a diferencia de ese viejo cacique de extracción campesina para quien la posesión es apenas un aspecto más de lo que realmente importa: el poder.

CONVERSIÓN. ¿Relación conyugal entre viejos en lugar de relación yerno-suegro? Es decir: no relación padre-abuelo materno, sino relación abuelo-abuela; toda la carga de rencores y manías que arrastra el matrimonio fijada en hábitos con el paso del tiempo. Senilidad en conjunción con maridaje.

Los claroscuros de una mente senil, sus ruinas, sus secretos, sus piedras caídas, compleja a la vez que primitiva como la de una lagarterana, o como la de ese lugareño que ve en la tele la de cosas que llegan a pasar en el mundo, y la de gente famosa que hay, mientras él, el muy desgraciado, no ha salido ni saldrá ya del pueblo y sólo espera que pase algo, un accidente, una catástrofe de la que pueda ser testigo, y convertirse así, aunque no sea más que por un momento, en alguien que tiene algo que decir, algo que interesa a los demás, a la gente que le rodea, al menos cuando lo está contando.

Y luego el matrimonio, el problema de vivir con, más destructivo por lo general que el de vivir sin, esa institución que únicamente parece servir para que, con los años, conscientes de su fracaso o acomodadas a él, las gentes se encuentren más solas y desamparadas al llevarse la muerte, con la vida del primero en irse, el objeto del fracaso del que queda, desposeído así de todo justificante.

La vida conyugal y los años, sus bajas, sus fracasos, sus componendas: aversión apenas revestida de afabilidad amedrentada.

El antagonismo viejo-vieja visto por un niño.

SI SU DUEÑO NO APARECE CON ELLA ME QUEDARÉ. Primero el cine. Uno de esos cines de barrio situados en los niveles más bajos de la cartelera, no sólo tras las salas de estreno sino también tras las de reestreno preferente, todo muy de acuerdo con el espíritu jerarquizante de los años cuarenta, con sus categorías y clasificaciones establecidas en consideración a datos tales como confort, precios y clase social del público. Un cine al que sólo salvaba el hecho de estar ubicado en un barrio residencial, de modo que, en lugar de pretender justificar la presencia de uno, al toparse allí con un compañero de colegio, diciendo que habíamos intentado ir al Kursaal pero no quedaban entradas y mira, mejor era convenir de antemano en la superior emoción de las películas que usualmente daban en aquel cine tanto los jueves como los domingos por la tarde, amparándose a lo sumo en la mención de otros conocidos del colegio que, por vivir asimismo en el barrio, eran también asiduos de la sala en cuestión cuando, como hoy, el programa era bueno. Tenía en su contra, eso sí, la historia del hombre que tocaba a los niños, quizás el mismo que una tarde intentó deslizar un dedo entre el borde del pantalón de Ricardo y el muslo, hasta que, aprovechando un

intermedio, se cambiaron de sitio. Y a su favor, la situación, su emplazamiento en una zona residencial, hecho que, unido a la baratura propia de un cine de barriada, lo convertía en el cine de los hijos de la burguesía que habitaba en el contorno. Una fachada como de decorado algo deslucido, un vestíbulo mal iluminado donde, junto a los paneles de fotos de las películas en programa, una pizarra anunciaba las películas programadas para el próximo día; las dos puertas de acceso a la sala, y entre ambas, la taquilla, una ventanilla cerrada por una pequeña puerta de mármol similar a la de un sagrario. Y, en el interior, los huesos anaranjados de su padre.

El otro punto: la acera opuesta del mismo paseo, unas decenas de metros más allá, antes de llegar a la primera esquina, al pie de la tapia de un solar en la que, desde siempre, una inscripción en grandes letras negras proclamaba: ¡Gibraltar para España! Allí, casi a flor de suelo, en un pequeño rectángulo no recubierto de losetas como el resto de la acera, escarbando apenas con los dedos en la blanda tierra, quedaban al descubierto los huesos aquellos, entremezclados a residuos como de ropa. Durante algunos años, el solar estuvo ocupado por una bolera al aire libre, probablemente hasta que el bowling pasó de moda. Ricardo recuerda que fue en el bar de esa bolera donde, una mañana, Silvia le dijo que no podían seguir saliendo juntos, que se había hecho novia de aquel tipo que a veces la paseaba en su moto: un abogado de casi treinta años, por completo fuera del alcance, como competidor, de un estudiante de primer curso de Derecho.

Elementos de contacto entre ambos puntos: su carácter de bifurcación. El cine, junto a la intersección del paseo con la calle que Ricardo tomaba cada día para ir al parvulario. El solar ocupado de forma episódica por una bolera, en la intersección de ese paseo con la calle que conduce al colegio donde su padre estudió el bachillerato en régimen de internado, al igual que tío Guillermo y sus demás hermanos, tal vez porque por aquel entonces también ellos se habían quedado sin madre y al abuelo le resultaba más cómodo así, o acaso, simplemente, porque tal sistema respondía mejor a los estrictos principios educativos de la época. Esto es: dos caminos paralelos que, a partir del paseo, conducían a sus respectivos colegios. Mejor dicho: al parvulario de Ricardo y al colegio de su padre, respecto al cual el parvulario era un simple apéndice o dependencia destinado a los más pequeños. Recuerda, por ejemplo, que así para la primera comunión cuanto para la confirmación les llevaron a la capilla del colegio de su padre, un templo neogótico de estuco dorado. ¿Algún otro recuerdo? Ninguno. Ya que, como un gato encerrado en un saco con la víctima y juntos arrojados al agua, así determinados olvidos.

Una pregunta: ¿y qué tenía de especial ese paseo rectilíneo común a ambas bifurcaciones? Que se le ocurra, que a su comienzo quedaba el

colegio en el que estudió el bachillerato al acabar la enseñanza elemental, su colegio propiamente dicho, distinto al del padre, contra lo inicialmente previsto, por esas cosas de los mayores; y a su término, una plaza con una iglesia. La iglesia en la que fue bautizado, en la que, cuando niños, cumplían con el precepto dominical en compañía del padre, y a la que, no hará ni dos años, le acompañó a su vez, la última, cuando se celebraron los funerales corpore insepulto por el eterno descanso de su alma.

18 DE MAYO. Camila, los intentos de organizarse, de poner un poco de orden en su vida, como conjuro, como proyecto de realización de un orden exterior que compense el orden interior que le falta; prepararse para algo, anunciar simplemente el propósito de hacerlo, tiene ya en sí ciertas cualidades terapéuticas momentáneas, a semejanza de un tranquilizante o de la lectura del horóscopo de la semana cuando es favorable. El orden maniático de Ricardo como proyección de un difícil control sobre las fuerzas antagónicas que se agitan en su interior.

Camila duda horas antes de elegir la ropa que va a ponerse. Descuidada, en cambio, en lo que a ropa interior se refiere, con frecuencia estropeada por el uso.

Ricardo tiende a llevar siempre los mismos zapatos, el mismo chaquetón, la misma clase de jersey, de camisas y pantalones. La ropa interior, por el contrario, impecable. Basta que al ser lavada quede teñida ligeramente para que –en contraste con su exterior descuidado– deseche las prendas afectadas. Camila prefiere el baño; Ricardo, la ducha.

El problema de las chachas para Camila, el miedo a parecer personas excéntricas ante sus ojos presuntamente críticos o, en términos más anacrónicos, gente de vida bohemia, de esencial anormalidad en cualquier caso. No ya beber o el aspecto de los amigos o cierto desorden en los hábitos, sino algo mucho peor: el hecho de que el marido, el hombre de la casa, sea un artista. Y trabaje por la noche. ¡Por la noche!

De ahí la evolución de las relaciones entre Camila y las chachas, la dialéctica que se establece a partir del momento en que entra una nueva: la chica entra con buen pie –esta vez creo que he acertado, me parece que hemos tenido suerte– y Camila la acoge como se merece, le cae simpática, le toma por su mano, le da consejos, la confiesa, la ayuda, escucha pacientemente, en contrapartida, sus advertencias sobre los hombres, la vida, etcétera, recibe consejos –no tome pastillas, no fume tanto, no beba–, se siente mangonada, espiada,

víctima de aquella especie de comadre, de aquella bruja que además de una gandula –porque la casa está peor que nunca–, aparte de una zorra y una entrometida, y es seguro que sisa y que se pone sus cosas y usa sus cosméticos y ropa, y si sigue así terminará por volverme loca, así que lo mejor será despedirla y acabar de una vez con tanta demencia. La dificultad de encontrar una chica de servicio joven, de aspecto moderno e ideas avanzadas, desinhibida, comprensiva y, al mismo tiempo, cumplidora y responsable.

Las señoras como institución. Camila y sus vanos intentos de entrar a formar parte de tal institución, de ser admitida, de asumir los problemas que le son característicos: las chachas, el peluquero, los gases, la celulitis, la frigidez, los abrigos de piel, los supositorios de glicerina, las sisas de las chachas, las gangas, el exceso de peso, los líos del marido, sus deberes de mamá militante como coartada frente a la tentación de halagadoras pero fastidiosas aventuras, ese temor al mundo que le hace a una ampararse tras pestillos, sirvientas, tarjetas de crédito, vida social, cosas caras, a ocultar lo mejor posible sus frigideces mezquinas, sus infidelidades narcisas.

Bien, pero, por cierto: ¿y de qué demonios vivirán nuestros héroes en su feliz retiro de Rosas?, se hubiera preguntado un Balzac en un intento de responder de antemano a las preguntas que, llevado por el frenesí de sus cálculos, suponía que iba a hacerse el lector, ese lector sobre el que tan a menudo proyectaba sus propias preocupaciones financieras. Ya que si nuestro autor no ha publicado aún –como parece– obra alguna, sería absurdo pretender, dada la miseria cultural del país, que vive de sus colaboraciones periodísticas como uno de esos escritores americanos que salen en las películas. De modo que lo más verosímil –aunque acaso menos digno, de acuerdo con la óptica actual– hubiera sido puntualizar que Ricardo vivía del producto de la venta de la finca paterna que su hermano y él habían heredado; las buenas familias en declive heredan tierras y propiedades inmobiliarias antes que valores bursátiles, lo primero, en general, que suele liquidarse cuando empieza ese declive. Caso muy diferente al de Camila, en el que más bien cabría contar con los dividendos de un paquete de diversas acciones (Eléctricas y Bancarias, sobre todo, aparte de cierto número de Telefónicas) que el padre puso a su nombre cuando ella alcanzó la mayoría de edad, si bien sólo pasaron a su libre disposición cuando contrajo matrimonio. Una última observación –eminentemente moral– podría aún destacar que, mientras los ingresos aportados por Camila eran constantes, dado su carácter de dividendos, los aportados por Ricardo consistían, de hecho, en una suicida liquidación del patrimonio, descapitalización pura y simple revestida de una liquidez mayor, tanto mayor cuanto más aprisa fluye. Es poco probable, en cambio, visto el proceso

inflacionario que hoy día experimenta la economía mundial, que un Balzac hubiera arriesgado cifras concretas, puesto que para el lector futuro, de un futuro muy próximo, poco menos que inmediato, tendrían una significación no sólo ridícula sino incluso inverosímil.

Diálogo del Afrodita. Las charlas de Ricardo y Camila con Carlos y Aurea en el motel. Carácter repetitivo de tales charlas, como de banquete que una y otra vez acaba inacabado. Un Carlos atormentado, que se emborracha de pura desazón, desgastado por la lucha inútil contra un enemigo impreciso. Su perplejidad cuando así parece advertirlo, cuando aprecia su incapacidad para expresar lo que quisiera expresar, quizá porque ni él mismo acaba de comprenderlo, una ansiedad semejante a la de ese portero de un equipo de fútbol que, tras un portentoso despeje que ha dado lugar a continuas situaciones de peligro ante la portería contraria, ve despejar a su vez al portero del otro equipo, ponerse en marcha la máquina de éste, arrolladores los mecanismos, los pases, los driblajes, el intercambio casi lúdico que se le viene encima entre la inhibición, cuando no complicidad, de las propias líneas defensivas, etcétera, etcétera; acentuar el factor incredulidad de la comparación. Título capítulo: LAS ROSAS ROSAS DE ROSAS.

El Grec; aprovechar el apodo. Viejo pescador farsante y mitómano. Pesca calamares con tridente, de noche, en las aguas quietas de la bahía, convocándolos como a golpes de tambor, y tiene puntos secretos, hacia el Cabo, donde pesca langostas con nansa. Fuera de la temporada turística, claro, la verdadera plaga de la langosta, como él la llama. Una plaga más bien fructífera desde el momento que, cuando llega, prefiere alquilar su barca para excursiones antes que salir a pescar. Reflejo de su progresiva confusión mental: suerte del turismo, que es lo que da vida al pueblo. Lo único malo, lo que no puede quitarse de la cabeza como si fueran cabellos, son los cálculos relativos a las tierras que vendió al principio de todo aquello, pensando que el comprador –que resultó ser un simple apoderado de una inmobiliaria– estaba loco. ¡La millonada que valdrían ahora aquellos olivares, allí, a tres pasos del mar! Lo que se llama una tomadura de pelo. Y es que estos forasteros no tienen palabra ni moral ni educación ni nada. El otro día, sin ir más lejos, en el mástil de un yate, en vez de izar la bandera española pusieron unas bragas. ¿A eso le dicen tener modales? Ellas son todas unas putas y ellos unos borrachos, pero la guardia civil se lo perdona todo. Traen dinero y quien paga manda. Pero si vienen es porque les gusta el país y porque ellas, que son todas unas putas, se ve que prefieren los tíos de aquí. Por eso pierden las bragas, de tanto quitárselas. Si al menos sirviera para que cambiaran las costumbres de este país, que ya sería hora. Son personas civilizadas porque tienen libertad, no como nosotros, que

somos como salvajes. Y, como que tienen dinero, vienen y compran nuestras playas y si pudieran nos comprarían a nosotros mismos y pronto seríamos una colonia de ellos. Suerte de la guardia civil, que pone un poco de orden, etcétera. Rodeos y vericuetos que hacen imposible reconstruir su itinerario mental, no más claro en su desarrollo que el que corresponde al paseo de un borracho. Asegura ser llamado el Rey de las Langostas, pero incluso sus amistades ocasionales le conocen por el Grec. Usted pregunte allá donde quiera por el Grec y no se preocupe, que le dirán quién soy. En Llansà, en el Port de la Selva, en Cadaqués, en Sant Pere Pescador, en L'Escala. Pregunte, usted pregunte. El sábado por la tarde, desde el Nautic, le vimos paseando a un grupo de turistas por la bahía: plantado en la popa de la barca, con su gorrito tipo Popeye, su camiseta blanca y sus pantalones arremangados hasta media pantorrilla, erguido, los brazos cruzados sobre el abombado tórax, la barra del timón contra una pierna, fijando el rumbo con despectivo ademán, conforme, sin duda, al calculado efecto que su figura debía producir –así realzada por la estela que a su espalda se abría en el agua encalmada– entre los múltiples paseantes que a estas horas deambulaban por el paseo marítimo. Cualidad del Grec: atribuir con un guiño deseos y propósitos que no tengo ni he tenido. ¿Cuál será, por otra parte, su verdadero nombre?

Rehuir toda caracterización cerrada, coherente. Nada de personajes, de caracteres sicológicos; un solo mecanismo mental en acción, gracias a cuyo funcionamiento cobran entidad las personas y las cosas, los hechos, ni verdaderos ni falsos en relación no ya a una realidad objetiva o en relación a sí mismos, sino simplemente así o asá en relación al mecanismo mental generador. En cuanto a persona narrativa, recurrir también a la primera, pues así como en César el uso de la tercera persona constituye un recurso encaminado a obtener una mayor verosimilitud y objetividad en el relato, así, en general, resulta difícil saber dónde hay más campo libre para lo imaginario, si en esa falsa objetividad de los relatos en tercera persona o en la falsa intimidad que ofrece el uso de la primera.

Importancia relativa de esa clase de problemas, pues así como al sicoanalista le es indiferente empezar el examen de los sueños por aquél o éste, da igual, el que el paciente recuerde mejor, ya que, a partir de ahora, a partir de un punto cualquiera, del punto en que se inicia el análisis, el mismo relato de lo soñado le inducirá a volver a soñar, aunque sea bajo otras formas, lo que ha soñado siempre, así, el escritor, por más que al comienzo oculte su tema bajo tal o cual clase de expresión literaria, siempre acabará escribiendo lo que debe escribir. La novela, incluso –o acaso preferentemente– cuando pertenece al género fantástico, es siempre expresión objetivada de la

conciencia y, sobre todo, del inconsciente del autor. De ahí que nada que no haya cambiado antes en el autor pueda cambiar en una obra en gestación, y que las claves últimas de esa obra, en el supuesto de que tenga algún interés su conocimiento, haya que buscarlas no tanto en la obra cuanto en el autor. Sin que nada de eso sea obstáculo para que así como el sicoanalista de manifiesta personalidad neurótica o netamente maníaca, que sólo una mentalidad jocosamente cerril puede atribuir a contagio de los pacientes, toda vez que el origen de su manía, de su personalidad neurótica, hay que buscarlo en las raíces de las motivaciones que le llevaron a elegir tal profesión –no muy distintas a las que al enfermo le han conducido a la enfermedad–, por lo mismo que la vocación del policía hay que examinarla a la luz de la fascinación que sin duda el crimen ha ejercido siempre sobre el sujeto, así, de modo semejante, tampoco el autor puede ser considerado al margen de su obra. Pues así como en la personalidad de Freud, a través de sus escritos, no es difícil encontrar un poderoso homosexualismo reprimido, así, igual que en Freud –o en Jung–, una teoría cualquiera tiende a explicar, en primer término, la personalidad de quien la formula.

Ahora bien: ¿qué es esa personalidad sino producto, a su vez, de un conflicto interior, patente en la obra en cuestión a uno u otro nivel de la conciencia del lector, antes incluso, en ocasiones, de que nuestro autor sea capaz de formulárselo como tal a sí mismo? Porque de igual forma que no fue Dios quien creó a los hombres, sino, antes bien, el hombre quien creó a los dioses, así, de forma semejante, no es el autor quien elige sus temas, sino que son los temas los que se imponen a su autor. Y si, como hemos dicho, para penetrar en el análisis interpretativo de un sueño o de una serie de sueños, vale prácticamente cualquiera de ellos, del mismo modo, para estudiar el proceso de creación no es preciso en absoluto que en la obra elegida se den cita los grandes temas actuales –no ya bélicos como antaño, ni tampoco filosóficos, ideológicos, etcétera, sino esencialmente científicos, viajes espaciales, posibilidad de vida en otras galaxias, etcétera–, temas que pueden incluso interferirse en el intento de aproximación a los procesos creativos y hasta contribuir a velarlos, dado lo poco que les atañe el carácter más o menos espectacular o llamativo de sus representaciones que, igual o mejor, pueden referirse al más cotidiano de los temas. Y por lo mismo que los mecanismos patológicos del inconsciente no son sustancialmente distintos –en su estricto funcionamiento– de los mecanismos no patológicos, así, por similares motivos, los efectos que el surrealismo pretendía obtener mediante la escritura automática, liberada como el sueño de la servidumbre de la verosimilitud, esos efectos, es posible encontrarlos en toda obra de creación literaria, por debajo del sentido y la

coherencia que su autor pretenda otorgarles, de acuerdo con un lenguaje a la vez propio de cada uno de ellos y común a todos, que no sería desacertado denominar infrarrealismo. Ésa es la razón de que, desde un punto de vista subjetivo, en cuanto proyecciones, sea posible considerar creación literaria y profecía como fenómenos equiparables, formas diferentes de dar entidad a lo que carece aún de existencia real, con un claro valor compensatorio para el sujeto en ambos casos. Y, desde un punto de vista objetivo, considerar la creación cosmogónica, y más todavía la teogónica, como casos de expresión modélica y prefiguradora así de la interpretación onírica como de la creación literaria.

Consecuente error de los criterios críticos: tendencia a juzgar la obra por su significación formal en un contexto de significaciones formales ya desarrolladas, a calificarla en función de su importancia en ese contexto, no en función del contexto que ella crea con su aparición. Error paralelo, frecuente en toda clase de narrativa, producto asimismo de la fuerza de la inercia: considerar la vida como cristalización de momentos decisivos más que como un proceso, error que, en el plano de la creación, lleva a centrar el relato en un argumento articulado como un organismo, a encuadrar el ambiente en que se desarrolla igual que si se tratara de una fotografía, a ceñirse al tiempo que la realidad exigiría de los hechos relatados más que al exigido por su expresión literaria propiamente dicha, a aislar, a abstraer, a olvidar que junto a una cosa hay siempre otra, y otra contrapuesta y otra colateral y otra anterior que la contradice y niega, que la altera y confunde hasta el punto de obligarnos a reconsiderar la hipótesis inicial, la cuestión de si es realmente la estructura un instante del proceso o es el proceso una mera línea de la estructura. El suprarrelato y el infrarrelato, los dos verdaderos niveles de una obra, en relación a los cuales el relato en sí hace de simple vehículo.

La imagen como unidad narrativa por excelencia, entendiendo por tal el correlato subjetivo de la acción implícita integralmente estructurada. Esto es: no al modo, por ejemplo, de un monólogo interior magmático, inestructurado, sino vertebración, construcción polidimensional, representación totalizadora de los elementos de diversa índole presentes en el relato mientras los hechos se suceden y, respecto a los cuales, los actos, palabras y hasta pensamientos del sujeto de ese relato son apenas vislumbres del conjunto, de modo similar a como el yo constituye sólo una pequeña parcela situada entre los ámbitos extremos de la mente. Pues así como, para el clásico, lo físico en la orgía es y no es el motivo, ya que el motivo está más allá de lo físico; así como la orgía es, además de exceso en sí, algo que trasciende ese exceso, vía de acceso a niveles más altos, en un intento por alcanzar la plena integración o disolución de la conciencia, es

decir, éxtasis, trance y orgasmo a la vez que alcohol y sangre, danza y copulación colectiva, así la creación, la obra. Planos apreciativos: escritura, estilo, estructura. Necesidad de una intercorrelación.

Peligros que entraña la transposición de elementos de la realidad excesivamente próximos, algo parecido a interpretar un sueño en función de los acontecimientos de la víspera. Aparte de que los sueños más importantes acostumbran a carecer de referencia inmediata, esa clara alusión a lo que sea que parece explicarlo todo. Soñar una vez más, por ejemplo, en un paisaje, un paisaje como deshabitado cuya orografía no hace sino ampliarse y detallarse en cada ocasión que es soñado, como ante los ojos de un caminante que lo recorre, la carretera sin tránsito, el camino de carro erosionado por el desuso que conduce, ladera arriba, hasta el pueblo, una ocre estructuración de tejados y muros simétricamente integrados en el silencio del monte bajo, elementos en modo alguno familiares, ni tan siquiera relacionados con paisaje real alguno, que se repiten, no obstante, con inexplicable insistencia.

Lo mismo respecto a esos sueños –no forzosamente propios de un viejo militante revolucionario– que, como los relativos a la mili o al cole, acostumbran a tener un carácter esencialmente represivo, toda vez que la presencia de agentes del orden –policías, inspectores impidiéndonos hacer algo, persiguiéndonos, interrogándonos–, por más que en apariencia responda a motivaciones subversivas o simplemente delictivas, es de muy otro significado, ya que su papel, lejos de cualquier actividad relacionada con el orden público, consiste más bien en impedirnos realizar en sueños lo que, desde las profundidades de la mente, pugna por salir al exterior, lo que por debajo del nivel de la conciencia quisiéramos llevar a cabo en la realidad. De ahí que cuando nos doblegamos a su voluntad –lo que no es infrecuente–, y hasta les damos la razón sincera o hipócritamente, en ningún caso se trata tanto de cobardía o falta de firmeza –pese al mal sabor de boca que, al despertar, nos dejan los confusos recuerdos de nuestra debilidad– cuanto de representaciones de la coerción que ejercemos sobre nosotros mismos, de nuestra inclinación a cooperar en el control de unas fuerzas cuyas tentativas de liberación es lo que realmente nos ha dejado mal sabor de boca. Cosas que nuestro viejo militante revolucionario puede soñar durante años sin que, cuando despierte, sienta otra cosa que vergüenza por las flaquezas de su comportamiento ante la policía.

Metáfora de Javi: como uno de esos homosexuales que, por lo que han leído o lo que han oído, llegan a la conclusión de que su madre les mimaba demasiado o su padre no tenía suficiente autoridad o lo que sea, todo menos admitir que, como cualquier persona, ha tenido desde siempre su tanto por ciento de sexo contrario y que, de acuerdo

con ese tanto por ciento, hubiera tendido a comportarse según las épocas, según las circunstancias, de no haberse obstinado en reprimir uno de sus dos componentes, en ignorar uno a costa del otro, desequilibrio que no puede dejar de traslucirse en el terreno síquico, así, con la misma tendencia a distinguirse, a individualizar la propia estupidez, el Javi. Lo importante aquí, para el hilo del discurso, no es la relación establecida entre uno y otro término de la comparación, sino lo propiamente comparado, consideraciones que, como olvidándonos de Javi, como dejándolo a un lado, han de pasar a ocupar momentáneamente el primer plano del relato: la trampa, el ghetto en el que la gente termina por recluirse; las historias que inventa, las justificaciones y susceptibilidades, la culpa. Tema Carlos.

El trato con Mario y Celia empieza a resultar penoso; esta tarde Mario acabó preguntando a Celia que por qué no se vuelve a la Argentina por una temporada. ¿Y por qué no? (Celia). Pero Carlos se viene conmigo. Y la temporada puede resultar un poco larga. Mario se sirve otro whisky, pone el Adiós Pampa Mía, etcétera.

Contestar carta Matilde.

INVERSIÓN. DIVERSIÓN. ¿Pudo influir en la reacción de Carlos el aspecto de los jóvenes que le agredieron? O, si se prefiere, a los que Carlos agredió a la salida del Bocaccio, en una calle transversal a Muntaner, mientras intentaba recordar dónde había dejado exactamente el coche, la memoria como empañada, y entonces uno de ellos le dijo: ¿vamos un rato a la cama, cariño? Y Carlos, agarrándole del brazo: ¿qué has dicho, maricón? Y el otro: ¿conque maricón, eh? ¡Pues a tomar nata! y Carlos sintió un fuerte golpe a la altura del diafragma, cortándole la respiración, y otro más fuerte aún en la cabeza, ya hundiéndose, una segunda voz diciendo pártele el coño. El que le habló primero le recordaba a Ignacio con veinte años menos de los que debía de tener ahora. Aquel ambiente de muchachos haciendo músculo, luchando cada uno con su aparato como quien se aplica un suplicio; un ambiente caldeado por las inspiraciones, las espiraciones, las transpiraciones, silencios resollantes y bromas entrecortadas, el peculiar tufillo de humedad embebida de sudor –especialmente intenso en duchas y vestuarios– impregnándolo todo, indeleble ya en las toallas en una época en la que el jabón era caro y los desodorantes poco menos que desconocidos. El Zizí parloteando desde sus poleas, sus cuerdas de nudos, sus paralelas, charlando con uno y con otro, ceceando; y la pareja de los del peso haciendo ejercicios conjuntamente, curvándose alternativamente sobre la banqueta como en un potro, justo delante de los espejos que presidían aquella vasta

sala, una sala de museo, se diría, donde las esculturas, rompiendo el estatismo propio de su condición, entraran en súbito movimiento; y aquel tipo con aspecto de retrasado que les miraba como absorto mientras se duchaban, aspecto, por otra parte, en modo alguno engañoso, una especie de lelo homosexual, no vayas a creer que el único, a decir de Ignacio, quien, como el veterano en una unidad militar, gozaba de un indiscutible ascendiente sobre los asiduos, esa clase de ascendiente que hace centrar la atención general en torno a sus palabras y convierte en sentencias sus comentarios, cualidad basada más en la mordaz penetración de sus observaciones que en la fuerza física, obviamente inferior a la de los otros, a la de los pesos pesados del peso, por ejemplo. El representante de una marca de chocolates contaba que se había casado, que por eso llevaba una semana sin venir, y los demás le hacían broma, cardando, ¿eh?, pues sí que te atipas pronto, tú, coño, que no ves la pinta que trae, y tanto, tú, estás hecho una mierda, tú, y qué, hosti, el rai, que puede echar todos los polvos que quiera gratis. Nosotros, los del peso, no queremos saber nada de estas cosas, dijeron los del peso, mecánicos o algo por el estilo, catalán uno y murciano el otro, más armónico en su desarrollo el catalán, y también más bobo, y más canalla y más pirata el murciano; estas cosas, tú, para los afeminados, y entrecruzaron un guiño. Se ayudaban el uno al otro en los ejercicios, se pasaban las pesas, se sostenían mutuamente en el esfuerzo, contrapesándose, mirándose a los ojos, mientras aguantaban, animándose, aupándose moralmente en la autosuperación. Hablaban de dietas energéticas, de la conveniencia o inconveniencia de la siesta, del número de horas de sueño necesario, del tipo y cantidad óptima de bebidas, leche, zumos de fruta, coca-cola. También hablaban de trajes, de prendas de vestir, la forma de la chaqueta, el corte de los pantalones, el cuello de las camisas, el dibujo de las corbatas, líneas que marquen, colores que favorezcan, la ventaja de llevar el pelo más bien corto para que no se le coma a uno la cara. Y, con toda la autoridad propia de su peso, intercambiaban comentarios en alta voz acerca de los demás: al tío aquel le falta volumen, ¿te das cuenta? Vestido queda bien, pero en traje de baño parece un renacuajo. ¡Hosti, tú, y qué quieres que parezca si no hace más que poleas! Bueno, lo que quiero decir es que, si le miras bien, tiene posibilidades; que lo que le falta es volumen. ¡Hosti, tú, pues a comer buenos platos de sopa! Y ante el regocijo general con que fue acogida su sentencia, el catalán repitió: ¡a comer buenos platos de sopa!, despectivo, inapelable. Un humor acaso rudo en apariencia pero muy común en círculos tales como clubs deportivos, equipos, unidades escolares o militares, etcétera, donde antigüedad y prestigio fraternizan con un viril sentido de la camaradería. Un humor, en otras palabras, dirigido a templar y

endurecer más que a zaherir. La tarde en que compareció aquel novato hijo de un ferretero, por ejemplo, y al salir de los vestuarios, sin duda para pedir instrucciones, se dirigió hacia el profesor, aparatosa la oscilación alternante de sus gordas posaderas bajo el pantalón de baño, los del peso interrumpiendo su actividad a fin de seguirle con la vista, como catalizando con sus cejas enarcadas la expectación de los presentes. Se me van los ojos, había comentado entonces el más pirata, el murciano. Luego, camino de los vestuarios, Ignacio dijo: ¿lo ves? Todos maricas. Se detuvo ante la ducha donde el Zizí estaba enjabonándose, lo contempló con detenimiento: ¿qué, te echo una mano? A la salida, mientras tomaban una cerveza, aún se reía. Sabes, es lo mismo que le dije una vez a un tipo, allá por los descampados que hay al final de la Diagonal. Fue un rato divertido. Yo había salido a correr unos cuantos kilómetros para hacer piernas. Y estaba descansando un poco junto a la carretera, detrás de los cuarteles de Pedralbes, cuando va y se me acerca un tipo con un bigotito, entre manobra y hortera, de unos cuarenta años, y me pregunta la hora. Se la digo y él dice que tiene tiempo de sobras, y se queda rondando por ahí, entre los algarrobos, meneándosela a través del bolsillo. Y yo sigo como si nada, haciendo como que tomo el sol con los ojos cerrados. Pero lo veía venir al muy maricón, ya lo creo que me lo veía venir, enseñando sus calcetines colorados a cada paso que daba, todo el rato silbando. Y, efectivamente, no tarda en bajarse a la espesura de una vaguadita y, al poco, desde donde yo estaba, me lo veo en un claro del fondo, arreándole como un loco a un palmo de polla que se había sacado. Y entonces le grito eso: ¿quieres que te eche una mano? Y el otro, mirando para arriba como quien está en un apuro, me dice: ¡hombre!... Total, que bajo y empiezo a pelársela, y el otro empeñado en desabotonar mi bragueta y en repetir, a las matas, vamos a las matas, y yo, que veía que ya le estaban temblando las piernas, yo le decía, pero si no te va a dar tiempo, majo, y todavía estaba diciéndoselo cuando el otro va y empieza a correrse como un epiléptico. Pero lo mejor es que, cuando yo me voy, me encuentro con que allá arriba, al borde de la vaguada, hay un pastor de cabras, con su bastón y su sombrero de ala ancha, que nos observa meneándosela, dándole gusto a la mano, solemne, quieto y callado como un tótem, mientras sus bestias mordisquean los hierbajos. Fue un rato divertido, dijo, y rió de aquella manera tan suya, precipitada y eufórica como la de un niño que contempla a sus mayores, el efecto que en ellos provoca con sus actos, las sorprendentes, imprevisibles, desmesuradas reacciones que exteriorizan los adultos, sean de cariño los arrebatos o de furor, reacciones que el niño celebra con natural júbilo, como embriagado por el alcance de sus poderes, adelantándose incluso a la respuesta esperada, reproduciéndola de antemano con la mayor

eficacia onomatopéyica posible, a falta de mejores recursos expresivos; así, como ese niño, Ignacio en sus intentos de dar expresión al desenlace de aquella historia, chof, chof, chof, soltando leche como a morterazos, oh, oh, oh, el del bigotito doblándose agarrado a la chorra como si le hubieran dado un garrotazo, todo él temblequeando, ta, ta, ta, ta, catapum, una historia apenas inteligible así, mezclada a sus carcajadas, a sus gesticulaciones, a la espuma de cerveza que se le escapaba al contarlo. Pidió otras dos cañas con toda la imperiosidad de sus palmadas y la seguridad que emanaba de su lozano vigor físico así como de su atuendo, de su impecable traje cruzado, a rayas, por lo general con una flor blanca en la solapa, camisa también blanca y corbata de seda color gris antracita, aquel conjunto, casi propio de una boda, que tanto contrastaba con las tan cuidadas como usadas y baratas ropas de Carlos, un elemento que, sin duda, contribuía también a granjearle el respeto de los chavas de la barriada que frecuentaban aquella destartalada nave que era el gimnasio. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Que te dan miedo las mujeres? Pues te voy a presentar una que quitaría el miedo a un niño de teta. Y es que ni un niño de teta la mamaría tan bien. Trabajo fino, ya verás; de filigrana. La que viene a buscarme tampoco es moco de pavo. Si te gusta, me lo dices y sanseacabó. Ahí la tenemos, y con un gesto de mandíbula señaló a la rubia de gafas oscuras que en aquel momento entraba en el bar. Como de costumbre, Ignacio se levantaría a ofrecerle una silla, afectadamente, igual que en la escena puede hacerlo el mayordomo a su señora, que es al mismo tiempo su amante. Ella sonreiría, cohibida, diciendo que era tarde o algo similar, y él: sí, chata, comprendo que estés impaciente. Y volviéndose a Carlos: a ésta le vuelve loca el chupichuski, ¿eh, chata? El chic-chac, chic-chac, chic-chac, y el dlum, dlum, dlum, ah, ah, así, vida, así, ah, ah, ya entre carcajadas, ella cada vez más agazapada tras sus gafas oscuras y él, finalmente, tomándola del brazo, se levantaría, con no menor afectación que al recibirla, y se la llevaría en su moto, arrancando delante del bar, desde la acera, con el máximo estrépito que fuera capaz de conseguir. Igual que cuando salían juntos por ahí, y entonces era él, Carlos, quien montaba detrás de Ignacio y se agarraba a su cintura, y, lo mismo que a la rubia, Ignacio le invitaba, le llevaba a un restorán caro y a bares caros, ostentoso en su magnificencia, y él, quizás a diferencia de la rubia, se sentía avergonzado, avergonzado justamente de hacer de rubia, de que Ignacio pagara siempre como si él fuera su querida, de lo que pudiera pensar la gente, aparte de la sensación de no estar a la altura, de sentirse incómodo en semejantes lugares donde ni sabía qué pedir, de llamar la atención con sus modales impropios de tal clase de sitios, con su único traje que se le estaba quedando chico o tal vez pasado de moda o ambas cosas a un tiempo, en su digna e indisimulable calidad

de traje de los domingos, para mayor escarnio, y luego, de que Ignacio acabase acompañándole hasta su calle, hasta su casa, una calle de pobres, una casa de pobres, a la que nunca se atrevió a decirle siquiera que pasara. Flashes de magnesio en su mente mientras la rubia aquella de gafas negras les buscaba con la mirada, mientras les saludaba con una sonrisa y se aproximaba entre las mesas, mientras Ignacio decía, ¿pero sabes qué es lo que les gusta de verdad a las mujeres?: que las enculen. Hay que hacerlo por sorpresa. Las agarras bien, les metes primero el dedo, y luego, clac, adentro. Al principio, todas dicen que no y hasta patalean un poco, pero la que lo prueba repite. ¿Verdad, chata? Y ella: ¿qué? A la tarde siguiente no se presentó en el gimnasio ni, como en otras ocasiones, tampoco durante unos cuantos días. Luego contó que había estado en la cuenca minera, acompañando a un jefazo. Yo voy delante, al lado del chófer, y soy el primero en salir del coche; entonces voy y le abro la puerta, mirando al mismo tiempo al comité de recepción, a los mineros, al público, a todos a la vez, serio, con cara de mala leche. Y el Zizí: ¿pero tú erez de la poli o qué? Ignacio le miró de medio lado, como parodiando esa suficiencia sarcástica con la que el inspector de policía se dirige a un confidente en las películas: tú zigue diciendo a todo que zí y no hagaz preguntaz. Hilaridad generalizada, al igual que ante cualquier otra salida de Ignacio, predispuestos los presentes como ante uno de esos gags de cine cómico en los que las risas del público se ven pautadas por el coro de risas incluido en la banda sonora. Aquella vez, por ejemplo, en la que el representante de una marca de chocolates, el chocolatero, como le llamaba Ignacio, llegó con la noticia de que se había casado, y los demás bromeaban acerca de su actividad sexual, que si tantos polvos, etcétera, y él se defendía, más halagado que otra cosa, mientras Ignacio repasaba su cuerpo de pies a cabeza, poniendo especial atención en el bulto leve que centraba la parte delantera de su taparrabos. ¿Con esa miniatura?, dijo. O cuando llegó el novato, el ferretero de culo gordo, y le vieron salir nalgueando de los vestuarios y uno de los del peso dijo se me van los ojos, y entonces Ignacio: y detrás, la punta l'haba. O incluso cuando intervenía en una discusión cualquiera, los de la sueca criticando a los del peso, por ejemplo, que si lo importante es el músculo largo, suelto y bien trabajado, con constancia, no ese apelotonamiento de los del peso, que sólo buscan volumen, sí señor, y tanto que sí, Ignacio brindándoles argumentos, dándoles la razón; o todo lo contrario, se decantaba por los del peso, por la estética del cuerpo, que es lo que de verdad importa, tú; o cuando terciaba en alguna disputa como quien da un veredicto, o cuando se metía con el atuendo de alguien, los pantalones demasiado cortos, la chaqueta demasiado larga, colores que no van, zapatos picudos, mal gusto, lo único que se puede esperar de un chava. Y,

sobre todo, la vez de lo del Zizí, cuando Ignacio llevaba ya varios días interesándose por él, comportamiento que si al principio más bien pareció suscitar el recelo del otro, acostumbrado al trato despectivo del que ordinariamente era objeto, como temiendo que aquel cambio no fuera sino la preparación de una nueva y más cruel broma, acabó no obstante por imponerse, de modo similar a como en la mili, con sólo un poco de protección o aliento, el veterano suele ganarse el reconocimiento del mozo de reemplazo aún aguripado. Le daba consejos, le orientaba respecto a los ejercicios más aconsejables, al régimen alimenticio que debía seguir, a la indumentaria, el Zizí, agradecida la mirada tras sus gafitas, pendiente de sus palabras, con todo el esmero de un buen pupilo, mientras Ignacio le arreglaba la corbata: coño, ni el nudo sabes hacerte; no sé qué harías si yo no mirase por ti, decía. Una palmada. Te estás definiendo, ¿sabes? Se te ve trabajado, con cada músculo en su sitio. No como estos del peso, que en menos de quince días de no trabajar se desinflan. Y el Zizí: ez que hago lo que puedo, tú, entrecerrados los ojos como los de quien espera una caricia, humildes, respetuosos, felices. Y se nota, coño, dijo Ignacio. Si lo que quiero decir es que estás fermo. Que me gustas porque se te ve bien parido. Pasaron a las duchas, Ignacio detrás. El culo también se te ve bien, dijo. Entró en la ducha de Zizí y –a ver cómo la tienes– le tomó el tallo con una mano, como si lo sopesara o estrechase: maja, dijo, muy maja. El Zizí rió confundido: hozti, tú, no fotem broma. Si no es broma, coño, dijo Ignacio; lo que pasa es que me parecía que se te estaba poniendo tiesa. ¡Y se te pone, oye! Mira, mira cómo trempa. ¡Y que tienes un señor cacho, coño! ¡Todo un esparragazo, quiero decir! El Zizí hacía como si se resistiera mientras Ignacio seguía sacudiéndosela, no sin cierta brusquedad en ocasiones, con el mal humor del cirujano que examina una herida, fastidiado por los aspavientos de su paciente, quieto, a ver si te arranco los cojones, encima de que me preocupo por ti. Había ya un buen corro en el pasillo, todos jaleando, cuando Ignacio soltó con una cachetada el tallo del Zizí, erecto, a punto de caramelo. ¡Pues allá te las compongas!, le dijo. ¿Qué te crees? ¿Que para que te la pelen de balde tienes que hacértelas rogar? Y se metió en su ducha mientras los demás, tomándole el relevo, cayeron encima del Zizí, eh, tú, que no podemos dejarlo a medias, que esto hay que acabarlo, sí, tú, hay que terminar el trabajo, eso, tú, eso, estas cosas hay que terminarlas, aupándole entre todos, inmovilizándole, uno de los del peso en funciones de ejecutor, hasta que, en medio de un aplauso cerrado, la mirada del Zizí se hizo mortecina y cedieron en languidez abatida los bueno, se puede saber qué recoño pasa aquí, hubo una espicha, vítores similares a los que corean el fin de una res inmolada que se desangra. Cuando compareció el profe, pero bueno, se puede saber qué recoño

pasa aquí, hubo una escapada general, todos corriendo tumultuosamente hacia la sala del gimnasio, con el alborozo y la bullanga de colegiales sorprendidos en plena diablura, el Zizí como tiritando entre los vapores de la ducha. Ignacio se asomó a la ducha de Carlos. ¿Has visto?: todos trempando. Le tomó con cuidado, como si se tratase de una flor, la endurecida punta del sexo: hasta tú, dijo. Le guiñó un ojo, volvió a su ducha no sin antes asomar la cabeza una vez más: con agua fría se afloja antes. Cosas muy propias de aquellos años y de la clientela de un gimnasio de barriada, que esto es lo que era, a fin de cuentas, aquella nave como de almacén, un tronado gimnasio de barriada cuyo exacto emplazamiento le había sido imposible localizar pocos días atrás, justamente una tarde en la que casi sin saber cómo se encontró paseando por las calles de la zona, ni el gimnasio ni el bar que frecuentaban a la salida, ni referencia útil alguna, con tanta construcción nueva en lugar de las antiguas edificaciones, a menos de una semana de que fuese atracado, de que recuperara el conocimiento antes que la memoria, con sangre en la cara y un fuerte dolor de cabeza, sin reloj, sin cartera, resbalando al pisar las llaves del coche cuando se incorporaba casi a tientas. Aurea dormía o fingía dormir y Carlos no le contó lo sucedido hasta la mañana siguiente. Lo único que omitió de la historia fueron las palabras que había cruzado con sus asaltantes.

V

INCULACIONES. La de años que hacía que no entraba no ya en un bar sino en un restorán, que no iba a ninguna clase de espectáculo –todo lo más al circo, por las mañanas, cuando daban de comer a las fieras– salvo aquella vez que Rosa lo convenció y le llevaron al cine, a ver Las Zapatillas Rojas, que le gustó tanto, ¿como el Liceo? Mejor, mejor que un ballet del Liceo; que no tomaba el tren más que para ir a Santa Cecilia, como si los viajes fuesen una aventura o cosa de millonarios; y, por supuesto, que no se veía con una mujer, como no fuera en el curso de alguna reunión de familia o de una visita de cumplido. ¿Desde que se quedó viudo? Inerme, acobardado, prematura, premeditadamente avejentado. ¿Sabía siquiera llamar por teléfono desde una cabina pública? Como si a fuerza de repetir a Eugenia el mundo se ha vuelto loco, Eugenia, no sé dónde vamos a ir a parar, hubiera terminado por convencerse a sí mismo, hasta el punto de tomárselo al pie de la letra y obrar en consecuencia.

Amedrentado ante la vida, temerario frente a los negocios, esa clase de negocios que, por su misma extravagancia, salen más caros que la querida de mayor postín. ¿Informulado intento de realizar una obra imperecedera? ¿De redimir sus anteriores fracasos mediante un éxito espectacular, que causara asombro en el mundo entero y, sobre todo, en el círculo de familiares y amigos? Porque esto es precisamente lo malo de los negocios en que se mete tu padre, dijo tío Rodrigo; como si la manera de hacer dinero tuviese algún misterio. Y lo peor: sus socios, que no sé de dónde diantre los saca, como especiales para él, hechos de encargo. Stanley y Livingstone. El encuentro de dos genios. El chispazo. Pero quien se chamusca es tu padre. Y el otro aún tiene la cara de enviarle una postal desde el Canadá diciendo que sigue investigando. Así, el mangante de turno, cuando lo de las inoculaciones, sus dilatadas charlas, con papá en el jardín de casa, bajo el limonero, gustando el zumo de aquellos excepcionales frutos, a falta de una bebida de cierto grado, mientras iban perfilando las características del proyecto; la exclusión ignominiosa a la que el abuelo se veía sometido, no ya de la conversación sino incluso del área en que se desarrollaba, el rincón del limonero, como si su discreción fuera dudosa o como si no le asistiera el derecho de estar al tanto de los asuntos financieros de la familia, pese a su condición de puntal en todo lo relativo a tales extremos. O como si su mera presencia física pudiera empañar o amargar el inminente triunfo que papá estaba ya saboreando igual que se saborea el saludable, desde

tantos puntos de vista, zumo de limón, fastidiarlo todo con sólo asomar el hocico, haciendo ver que nada sabía de lo que se estaba tratando, que ni siquiera se había dado cuenta de que tenían visita, que lo único que pretendía era tomar el aire. Pero, sobre todo, como si ignorase que papá, por razones obvias, no se atrevía a lucirlo ante su visitante, sea por cenizo, sea, pura y simplemente, por impresentable.

Los experimentos se llevaban a cabo en Santa Cecilia. Se trataba de la explotación de la patente de un tan audaz y voluntarioso como, sin duda, escasamente preparado inventor local, una exclusiva ofrecida a papá por nuestro mangante poco menos que como uno de esos descubrimientos que marcan el comienzo de una nueva era, la máquina de vapor con respecto a la revolución industrial o, como en el presente caso, su equivalente respecto a la revolución agrícola: incrementar el desarrollo y producción de toda clase de leguminosas –por el momento sólo de leguminosas– mediante una substancia rica en un tipo de bacteria capaz de generar, generar o algo parecido, una enorme cantidad de nitrógeno susceptible de ser asimilado por las raíces desarrolladas a partir de la semilla puesta en contacto con tal substancia –esto es: inoculada–, una especie de arena enmohecida eficaz en un grado de concentración inconcebible, ya que, a decir del inventor, el cultivo contenido en un pequeño bote de vidrio bastaba para toda una hectárea, algo así como la bomba atómica de los fertilizantes. Durante el verano, el inventor y el mangante, Calvet, Roset, Rosell o como quiera que se llamara, subían a Santa Cecilia una vez por semana como mínimo; comprobaban los progresos, el satisfactorio desarrollo así de la vegetación como del fruto, daban las instrucciones oportunas al Dionís, tomaban fotos, un chico al lado de cada planta a modo de referencia. Luego hablaban en la terraza, hacían planes, su trabajo tan sólo interferido por la propia euforia, más propiciadora, en aquel plácido ambiente, de la ensoñación que del cálculo. A papá no le interesó lo del tabique que sonaba a hueco descubierto en el fondo de la bodega. Esta cabecita está llena de fantasías. ¿Qué crees que hay detrás? ¿Un pasadizo secreto? ¿Un tesoro escondido? El único tesoro verdadero, hijo, es el que se consigue con el esfuerzo de uno mismo, juicio o, mejor, sentencia inapelable que encubría apenas una sojuzgada tendencia a lo escatológico, una irreprimible atracción por lo misterioso y secreto.

Al margen del fracaso del negocio, un asunto del que papá no quiso oír hablar nunca más, la realidad de los experimentos de inoculación, de inculación, como decía el Dionís, la conocí muchos años después por confesión del propio Dionís, una confesión hecha con la socarronería de la que sólo era capaz un payés como él, escéptico y cazurro, al contar con toda seriedad una broma; aunque quizá no fuera solamente esto, el deseo de dar satisfacción a un joven de

mentalidad a todas luces distinta a la de su padre, y hubiera también cierta necesidad de contarlo a alguien relacionado con el amo, ahora que tanto el amo como él eran viejos, y, sobre todo él, hacía ya una temporada que no se encontraba demasiado bien. Parecía poco probable, por otra parte, que el giro de los acontecimientos hubiera experimentado algún cambio sin sus trasiegos, incular o no las semillas cuando la siembra, añadir abonos convencionales a unas –las teóricamente inculadas– y a otras no, regar abundantemente a unas y no a otras, colocar el cartel de inculadas a las plantas de mayor desarrollo, con total independencia de cualquier otra circunstancia. A efectos prácticos –la foto de uno de los hijos primero junto a una mata de habichuelas sin incular y después junto a otra inculada– era lo mismo. Y tanto que sí, señoret, decía el Dionís mientras tomaban la foto. Se nota de seguida.

El Dionís me lo contó en el jardín, un día que bajó a Barcelona a que le viera el médico. Papá no estaba en casa, pero el Dionís dijo que le esperaría como siempre, en el rincón del limonero. El limonero se había secado años atrás, cuando las heladas, pero volvió a brotar, y aunque todavía no daba la entresombra de antes, papá seguía sentándose junto a su tronco. Luego resultó que el fruto que producía ya no era el mismo: no los espléndidos y pulposos limones de antes –blanco perfecto para la carabina de aire comprimido de un niño–, sino fofas y achatadas naranjas amargas. Claro que ni papá ni el Dionís llegaron a enterarse nunca de la inesperada mutación que había experimentado el rebrotado pie del presunto limonero, simple naranjo de amargo fruto injertado.

UNA COSA ME HE ENCONTRADO. Como ese niño huérfano que ya para siempre rechazará cualquier clase de afecto que suponga cierta carga de compasión respecto a su orfandad, en la medida en que tal compasión reaviva el dolor de la ofensa sufrida por la desaparición del ser querido, así el comportamiento de Carlos. Su infancia huraña, su dificultad de comunicación con familiares y amigos, o mejor, sus esfuerzos por escapar a toda relación afectiva, sus recelos, sus deseos de llegar a ser hombre lo antes posible, y, entonces, atenerse a una línea de conducta de completa autonomía, sin servidumbres ni ataduras sentimentales, duro, invulnerable, preparado para el desquite, para la venganza. De ahí también su desagrado al sentirse objeto de los halagos y mimos que los adultos dirigen a los pequeños, cariños que los fijan en su indefensa infancia; y su rechazo del habitual trato con niñas y niños de su edad, su preferencia por la compañía de los mayores, su tendencia a soñar despierto, sus

minuciosos planes a largo plazo. ¿Las raíces de todo esto? Nadie menos indicado que Carlos, probablemente, para precisarlo. Un comportamiento de niño malo que, a sus cuarenta y tantos años, casado y con un hijo, le convierte en el característico padre de familia malhumorado y despótico, sin dejar por ello de seguir siendo un niño malo. ¿Hasta qué punto no contribuyó en la persistencia y aun potenciación de esta actitud la conducta de Aurea, sus infidelidades conyugales voceadas por Carlos como algo que le importaba un carajo? ¿No pudo bien haberle hecho revivir la primera de ellas descubierta –del mismo modo que a nuestro niño huérfano toda infidelidad, en el curso de su vida, le hará revivir la primigenia infidelidad materna– su dura experiencia infantil –esa experiencia cuyos comienzos no recuerda– sin que tal vez ni tan siquiera se apercibiese de ello, impulsándole el mismo tipo de reacción que entonces, pese a la diversidad de circunstancias? ¿Y Aurea? ¿Era consciente de las consecuencias de sus actos o había llegado también a convencerse de que cuanto ella hiciera o dejara de hacer le importaba a él un carajo, a sentirse casi vejada por tanta indiferencia, a extremar incluso las cosas –con más frecuencia, sin duda, de lo que el propio Carlos imaginaba–, aunque sólo fuera por ver si finalmente conseguía herir, dar en el blanco? ¿No comprendía siquiera que tal actitud, junto con sus premeditadas maniobras de atracción, de complicidad, de exclusividad respecto a Carlos hijo, no harían sino volverse contra ella con el tiempo, provocando en el hijo una reacción de rechazo no por más ambigua menos acentuada que en el padre? Bastará que Carlos hijo deje de hablar de los suyos, de su grupo, y hable de su chica. Y lo que empezó como relación ocasional, a medida que Aurea pierda pie con tanta mayor celeridad cuanto más se mueva y se defienda y enseñe las uñas, terminará en convivencia permanente. Y Aurea irá quedando al margen mientras Carlos hijo se aproxima cada vez más a su padre, un pobre hombre que ni se entiende cómo ha podido soportar tantos años a la bruja aquella, etcétera.

Importancia mayor de la simple formulación de esos problemas que de su desarrollo y esclarecimiento, sobre todo por lo que tienen de sintomático respecto a la mente enfebrecida de quien se los plantea. Y es que, así como la exposición teórica de la lucha de clases contribuye a su aplicación práctica en cada situación concreta, o como la lectura de Freud contribuye no ya a inducir los sueños sino incluso, por ejemplo, a crear en el lector un Edipo, así, al igual que el hecho de escribir se define y conforma en la escritura según se escribe, con independencia de la trama argumentar inicialmente considerada, así, en razón del mismo principio, la reflexión sobre un problema ajeno puede llevarle a uno, antes que a otra cosa, a un mejor conocimiento de sí mismo.

Reciprocidad del proceso: la preocupación que suscitan en nosotros determinados problemas ajenos puede ser indicio de que tales problemas están ya en nosotros, de que al detectarlos en otros lo que hacemos es simplemente reconocerlos. El autor, al proyectarse en su obra, se crea a sí mismo al tiempo que crea la obra. Una proyección que sería errónea considerar que se limita –como es convencional– a la que el autor vierte directa y conscientemente sobre sus personajes, ya que, como un Dios que, a falta de otro motivo, justifica su barbarie arbitraria en razón de su omnipotencia, el principal aspecto del fenómeno hay que buscarlo con frecuencia en los atributos, en apariencia marginales cuando no contingentes, que ese autor ha otorgado a esos personajes que, como fetiches propiciatorios, son a su vez símbolo de terceros que tal vez ni siquiera aparecen en el libro, que tal vez ni siquiera el propio autor se ha parado nunca a pensarlo, ni mucho menos aún, aceptaría el significado que un lector agudo pueda sacar de todo eso.

Pero lo mismo que el escritor, su complementario, el lector, víctima, en su asimilación de la obra de parecidos errores –o conveniencias– de apreciación. Los efectos en el público de esos diccionarios de simbolismo onírico, pongamos por caso, y demás publicaciones divulgadoras de carácter sicoanalítico, explicaciones relacionadas, por lo general, con el sexo reprimido y el origen de tales represiones, que el lector suele aplicar a su caso personal de acuerdo con las exigencias del propio narcisismo, de manera que uno puede llegar a la conclusión de que la causa del propio comportamiento neurótico reside en el hecho de que siempre ha estado enamorado de su madre o de que es un homosexual en potencia o lo que sea, cuando, si bien la realización a tiempo de sus deseos concupiscentes le hubiera valido, a buen seguro, la superación del transtorno, tampoco es menos cierto que su persistencia actual es tanto impulso cuanto coartada de ese comportamiento neurótico en el que se halla refugiado, y cuando, asimismo, si uno decide autodefinirse como homosexual, lo hace en la medida en que opta por inscribirse en las delimitaciones convencionales del concepto, y adopta una conducta homosexual como aquel que abraza un credo cualquiera en razón directa a los problemas de que le exime rechazar las restantes opciones. El desgaste que suponen –a diferencia de la vitalidad acrecentada de quien, como Aquiles o Alcibíades, asume sus peculiares apetitos sexuales como un aspecto más de la propia personalidadasí el cerrojazo, la reclusión en el más recóndito de los calabozos, de tales apetitos, como la aceptación sin matices de determinada faceta, de lo que sólo es eso, una faceta, su defensa cerrada, jactanciosa, postura excluyente y amputadora en la medida en que, según abre una, pasa el pestillo a tantas otras facetas no menos consustanciales a los impulsos de la

persona; la lenta erosión que eso representa, lanzas y lanzas rotas, estandartes no menos ridículamente enarbolados en el caso del homosexual puntilloso que en el del macho –en principio– a machamartillo, igualmente inermes y ofendidos por la vida uno y otro. Pero las simplificaciones siempre resultan más convincentes, atractivas y hasta convenientes que la ambigüedad de lo real, siempre preterido en favor de la realidad de lo imaginario. Pues así como ciertos sueños aislados, distintos en su trama argumental y separados entre sí por los años y, no obstante, particularmente fijados en la memoria por algún motivo que uno no acierta a comprender, así, del mismo modo que esos sueños que sólo pueden ser correctamente esclarecidos considerándolos pares de una sola serie, interpretados en cadena, así el conocimiento. De tal suerte que, así como para determinado escritor, un Proust, por ejemplo, el arte puede significar no sólo una liberación sino incluso una superación respecto a la vida, no por eso deja de ser igualmente válida la proposición contraria, es decir, la creación como alienación, como distanciamiento y destierro, como droga que no se puede abandonar y a la que, como buen adicto, supeditamos todo en la vida, una obra que queremos realizar a cualquier precio y que es, a la vez, superior a nuestras fuerzas, a las de ese desdichado autor, perfecto ejemplo del cual nos lo brinda la figura del propio Proust. Trabajar sintiéndose como un pintor del siglo dieciséis que prepara sus tierras, sus aceites, sus pigmentos, mientras el paso del primer metro sacude la casa desde sus cimientos; así de extemporáneo, quizás; o quizá no, quizá lo inapropiado sea que el paso del metro sacuda los cimientos de las casas. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué? Preguntas que atañen al autor no menos que a la obra, un autor que hay que considerar no tanto centro emisor de algo cuanto agente transmisor de algún impreciso y antiguo principio creativo.

Reflexiones que a uno le asaltan en el curso de la redacción de sus notas, durante una pausa, y las transcribe sobre la marcha, incorporándolas al decurso de esas notas tomadas en el estrecho escritorio, a la antipática luz que reverbera contra el blanco de la pared, una lámpara y un escritorio pensados más para rellenar cuatro postales con vistas del lugar que para la redacción de este tipo de notas; o bien en el porche, ya un whisky al alcance de la mano, esperando el momento en que Celia o Mario o ambos se acerquen con cualquier pretexto; o, ya en la cama, en el reverso de una de esas postales que utilizo como señal en el libro de turno, justo antes de apagar la luz, o bien –con las protestas de Rosa– volviéndola a encender apenas apagada, vistas de Rosas, panorámicas de la bahía desde distintos ángulos, desde el mismo porche del Lunasol, se diría, círricos amaneceres, carmines carenas del crepúsculo, laderas florecidas de sol, insolente resol del mediodía, cielos como baldeados

de primavera, nubes, y demás estampas de marcado carácter impresionista.

Emplear únicamente esta clase de lenguaje cuando, como en el caso de las postales, venga impuesto por la misma transposición literaria del objeto del relato. Revisar por si se ha colado alguna expresión fuera de lugar. Descripciones escasas y de significación no tanto plástica, de analogía formal, cuanto conceptual, de relación, imágenes a modo de reflejo de la obra considerada en su conjunto; así, en pasajes como los que se refieren a los buceos de nuestro héroe, cuando asciende hacia el resplandor envolvente, y se hace referencia a los fondos, a las planicies a la deriva, a los astros que brillan en las simas, al silencio, etcétera. O: el fluir de las nubes, la sucesión de formas configurándose, ínsulas, piélagos, penínsulas que, como un vuelo de pájaros, sombrean caprichosamente el mar, un mar apenas removido por la nívea estela que dejan a su paso, rumbo a la luz que ilumina el fin del mundo, etcétera, en lo que respecta a la excursión al Cabo Creus en la barca del Grec, cuando, lo mismo que en una repetición ritual de su naufragio, se giró el tiempo y no pudimos pasar del Cabo Norfeo, sin que me diera cuenta siquiera del riesgo real que habíamos corrido, entregado como estaba –mirando sin ver– al campo siempre más abstracto de la meditación, al eufórico descubrimiento de la singularidad del número nueve, y aquella noche Pompeyo dijo mañana os llevo yo, coño, más desaforado que nunca, con algo como de cavernícola, en las enrojecidas profundidades del Atila, danzando, husmeando, diciendo con la primavera el ano se me vuelve un huno.

Relojes. ¿Podrías llevarme el reloj al relojero de la plaza Sarrià?, dijo el abuelo Eduardo. Tiene fama de ser un chico muy mañoso. El reloj era un pesado Longines de bolsillo, con sus iniciales grabadas en el reverso, y el relojero, en efecto, un hombre de aspecto concienzudo que, sea por el exceso de trabajo que proporciona una bien merecida fama, sea por la edad –no muy inferior a la del abuelo–, por la lentitud con que lógicamente se trabaja a sus años, sobre todo cuando se está dominado por el prurito orgulloso y jerarquizante de no contar con otro aprendiz que el propio hijo, ya cuarentón él, sea por ambas razones o cualquier otra, una forma de darse importancia, etcétera, el caso es que la fecha de recogida la dio para dos meses después. Por aquel entonces el abuelo ya había muerto y, de no ser porque entre sus papeles encontraron el resguardo, quizás el reloj nunca hubiera sido recogido. Lo mismo que en el caso de papá, cuando, también sin razón aparente, se le estropeó el reloj de pulsera que usaba en sustitución del de bolsillo –otro Longines de oro–, que había dejado de marchar a comienzos de la guerra civil, un reloj al que prefirió reemplazar antes que recomponer, bien por motivos de comodidad, bien por los malos recuerdos que acaso le suscitaba. La analogía entre

ambos casos, la premonición, si se prefiere, sólo aparece cuando uno ya sale de la relojería de la plaza Sarrià a la que, sin saber aún por qué –inercia, desconocimiento de otros relojeros, etcétera–, ha llevado el reloj de pulsera, premonición que, al verse pronto confirmada por los acontecimientos, propicia el aflorar de las más oscuras intuiciones. ¿Falla el reloj al empezar a fallar el organismo que le sirve de soporte o es tal vez el accidental cese del tictac vitalizador lo que precipita el fin del organismo estropeado? El supersticioso espanto experimentado, que de nuevo iba a verse avalado por los hechos, cuando Eugenia dijo que se le había estropeado el relojito. Y, como un soniquete regresivo, aquello de mi abuelito tenía un reloj, etcétera, dando vueltas y más vueltas, retornando exasperante a la memoria.

Última mención de Santa Cecilia: estaba en la galería, con tío Rodrigo, cuando los divisamos curioseando por el jardín, intentando aproximarse lo más posible a la casa sin llamar demasiado la atención, inconfundibles en su aspecto, la cámara fotográfica, el colorido de la indumentaria, la piel enrojecida por los rigores de un sol al que no estaban habituados; posiblemente habían dejado el coche en la carretera para entrar en contacto más directo con el paisaje. Un perro, vamos, la Estrella, saltó a ladrarles, pero tío Rodrigo se apresuró a calmarla y, a fin de reparar el sobresalto causado a la pareja, un matrimonio de mediana edad, les invitó a pasar. ¿English?, les preguntaba sonriendo –esa sonrisa suya que más bien sonaba a risita cascada–, llevado no sólo de su amabilidad natural sino también de la irreprimible satisfacción interior del entomólogo que se tropieza con un raro ejemplar, gozo, en este caso, incrementado –dada la admiración sin límites que tío Rodrigo sentía por Inglaterra, aun sin conocerla ni hablar tan siquiera el idioma, verdadera fascinación no del todo infrecuente entre determinados miembros de talante liberal de la burguesía barcelonesa y que, en razón de algún motivo indeterminado, se da, o se daba, respecto a Inglaterra y sólo a Inglaterra– por el hecho de que fueran justamente británicos aquellos recién llegados que venían a romper, aunque sólo fuera por un momento, la monotonía del veraneo, una presa que no estaba dispuesto a soltar tan fácilmente. Les invitó a tomar asiento y, en ausencia de papá, que estaba seguramente dando uno de sus paseos vespertinos, les hizo él los honores, ofrecerles alguna bebida, algún refresco, limonada, y ellos sonreían, movían afirmativamente la cabeza, yes, yes. Tío Rodrigo llamó sin resultado a la Engracia –no había forma de que atinara a llamarla Eugenia cuando estaba aturdido– mientras revolvía la cocina, la despensa, cada vez más atolondrado. Ve a buscarla, a casa del Dionís, debe de estar allá, de charleta, dijo; no, espera, ya me las apañaré solo. Y, a falta de algo mejor o más inmediato, tomó una garrafa de las que se hacía subir de

la bodega y unos vasos, y volvieron a la galería, presurosos, como temiendo que sus huéspedes se hubieran cansado de esperar o lo que fuera. No lemon. Vino. Vino de la finca, hecho en casa, gut, gut, is gut, vino natural, iba diciendo a la vez que les servía. Y entre gestos y chapurreos les sacó que eran ingleses; no escoceses, galeses ni irlandeses; verdaderos ingleses, de Leeds, la ciudad de los tejidos de lana, yes, yes, rotundas afirmaciones. Leeds, sí, como aquí Sabadell. Y él había hecho la guerra en África, en Libia, en Egipto, yes, Montgomery, oh, sí, Montgomery, yes. Y Rommel enemigo, los tanques, los panzer. Yes, Hitler no querer a los ingleses, dijo sonriendo con júbilo, no laik english, obvia la motivación de ese júbilo –la ironía implícita en el hecho de que Hitler osara enfrentarse a Inglaterra: ¿y cómo acabó?–, algo tan obvio como imposible de expresar sin hablar inglés. Yes, yes. Los visitantes apuraban sus vasos como con prisas, y tío Rodrigo, en un intento desesperado de retenerlos al máximo, se ofreció a mostrarles la casa. Salieron al jardín y, debido seguramente a que habían comprendido mal y suponían que se trataba de una despedida, en lugar de seguirle hacia la entrada principal, hacia el zaguán, le estrecharon las manos encarecidamente, grasias, muchas gracias, señor. Tío Rodrigo les quiso explicar que no, que les iba a enseñar la casa, reteniendo sus manos, camon, camon, al tiempo que se oyeron ladridos y por un sendero vieron llegar a papá con su rebaño de perros en derredor y su bastón y ese aire solemne de amo y señor de la finca que adoptaba cuando había invitados. May broder, is may broder, dijo tío Rodrigo. Pero se diría que su aparición a la luz ya menguante del crepúsculo, quizás a causa de los ladridos, aceleró la prisa de los ingleses, quienes, tras desprenderse casi con violencia de tío Rodrigo, tras poco menos que un forcejeo, tiraron sendero abajo, por donde habían venido, pese a los gritos y a todas las artes gesticulatorias de que eran objeto: ¡alto!, ¡alto!, indicaciones encaminadas a que se detuvieran, a que volvieran atrás, los ingleses apretando el paso, francamente a la carrera, mirando por encima del hombro, hacia la glorieta, tan sólo para cerciorarse de que no eran perseguidos por aquel loco irascible, aquel viejo nazi que les amenazaba con los puños desde allá arriba, desde la glorieta, secundado ahora por un horrendo viejo, entre adusto y extravagante, descuidadamente trajeado, la gabardina plegada sobre un hombro y el sombrero encasquetado como el de un pescador, un viejo, rodeado de perros aulladores, que ahora alzaba lentamente el bastón, azuzando sin duda a la jauría, la otra mano sobre la cabeza del niño, un niño que no hablaba, como anormal, afortunadamente cada vez más lejos todos ellos, con arbustos interpuestos y muy pronto árboles, gracias al zigzagueo del sendero, fuera definitivamente de su alcance, a salvo. Tío Rodrigo siguió saludándoles con la mano incluso después de que

hubieran desaparecido. Ingleses, explicó a papá. Unos ingleses muy simpáticos. Sólo cuando llegó la Eugenia supieron que no era vino sino vinagre el contenido de la garrafa que les habían servido, los dos vasos que ellos se bebieron, sin rechistar, por otra parte. (El Viejo de los Perros.)

No cargar excesivamente las tintas en lo que a Camila se refiere, y en ningún caso encarnar los rasgos de su carácter en situaciones concretas, en su comportamiento; no convertirla en personaje. Lo mismo respecto a Ricardo. (Nota sobre Camila.)

Matización: cargar las tintas únicamente en determinados aspectos negativos de su manera de ser, de forma que, dado el presunto carácter autobiográfico de la personalidad de Ricardo, el lector, al atribuir a éste una vengativa actitud misogínica, se la atribuya de hecho al autor. Así, los manejos de Camila por conseguir una situación privilegiada en la vida erótica de Ricardo: ser cómplice de las aventuras amorosas de Ricardo, que Ricardo le cuente todos los detalles y, entonces, poder reírse juntos, ser una especie de amante de su esposo, de un esposo que pone cuernos a las otras con ella y no al revés, como ellas pueden llegar a creer, y, así las cosas, estar en situación de pararles los pies cuando convenga con algún secreto de cama comentado en voz alta y sin personalizar –se ve que las hay que no paran de decir qué delicia, qué delicia– pero que la otra, en cambio, la interesada, vamos, la mala puta, sí capta en todo su alcance, no sin un lógico desconcierto.

Sobre Ricardo: arquitecto mejor que escritor. En tal caso, el padre de Camila podría haberle empleado en una constructora, uno de sus muchos negocios. Establecer cierta relación profesional con sus amigos de Rosas, Willy, Cristina, Leopoldo, etcétera.

Despojar el relato de elementos ambientales, lo que uno ve en el curso de un paseo por el pueblo o sus alrededores, a lo largo de la playa, siguiendo la costa hacia el Cabo Norfea. Cuando se dan este tipo de situaciones, romper tal carácter bien por su continuidad o coherencia descriptiva, bien por su continuidad o coherencia temporal. Las descripciones, esa maniática obsesión que posee a determinados autores, impulsándoles a precisar con el máximo número de detalles el ámbito de la acción, igual que si el lector lo conociera personalmente y estuviera dispuesto a tomar buena nota de las omisiones en que se ha incurrido.

Expresiones coloquiales propias del medio familiar: referidas a un conocido, a un pariente lejano:

Es una tarabilla
— un cantamañanas
— — simplaina
— — tiquismiquis
Un chico tan simpático, tan sociable
Una persona de cultura, de mucha conversación

Referidas a diversos motivos:

No seas necio
Una mujer muy charraira
Estuvo en un tris
Se da buena traza
Anda, no hagas tarde

Que suponen una calificación moral:

Persona de orden
Hombre de provecho
Persona juiciosa
Hombre dado al pesimismo

Otras, de extracción tecnocrática:

Buenas expectativas
Abanico de soluciones
Necesidad de mentalizar

Deformaciones populares:

Melitar
Redículo
Cocretas
Almóndigas
Estrapalucio

Coloquial popular:

a) Por la parte de Inglaterra no he estado nunca. Yo conozco, sobre todo, la parte de Suiza y la de Zurich y todo eso.

b) La bebida como vicio: esa cosa es una cosa muy mala, esa cosa.

c) Se ve que sí, que el asunto de los seguros es un buen asunto.

Nombres propios: Alejandro, Carmen, Baltasar, Roberto, Bárbara, Carmela, Andrés, Arcadio (don), Alicia, Lola, Eusebio (don), Blanca, Irene, Gustavo, Elena.

Título capítulo: Una Sonrisa a través de una Lágrima.

Singularidad del 9: el único número cuyos múltiplos, reducidos a una cifra inferior mediante sumas sucesivas de los elementos que los componen, da siempre como resultado el propio número 9. Así: 9 × 3 = 27 = 2 + 7 = 9. O: 9 × 7 = 63 = 6 + 3 = 9. O: 9 × 343 = 3.087 = 3 + 8 + 7 = 18 = 1 + 8 = 9.

Volver sobre las relaciones Carlos hijo – Aurea. A efectos de su cumplimiento.

Rosas, 18 de Mayo

INJERTOS. La súbita alegría de vivir que a veces experimenta Carlos, sus arrebatos de euforia, propios de todo aquel que, pasados los cuarenta años, sale a la calle soleada un buen día de primavera, y el airecillo revuelve travieso los pelos y las ropas de las jovencitas, y de repente se siente joven también él, y con ganas de vivir y de salir al campo y de tomar el sol en las terrazas de los bares de un pueblo de mar, y de levantarse más temprano, y fumar y beber menos para despertarse

siempre como aquella mañana, y hacer ejercicio regularmente y encontrarse en forma, y así, sobre todo, poder engañar del modo más cínicamente cínico a su mujer, emprender, en suma, lo que se dice una nueva vida. Y con mayor razón aún cuando Aurea se ha ido por unos cuantos días a Barcelona y Carlos está solo en un pueblo de la costa cuando aparecen las primeras jovencitas de la temporada, diferentes pero no menos atractivas que en años pasados o en el próximo, dada la importancia relativa que tienen la hechura o los colores de tal o cual prenda sobre un cuerpo joven, riendo, caminando, sentándose, sentándose donde sea, en el sillín de una motocicleta, especialmente en el momento de arrancar delante del coche de uno, no exactamente sentada todavía, un pie todavía apoyado en tierra mientras con el otro le arrea al pedal, separados los muslos hasta el pandero prominente, como brindándoselo, la espalda y la cabellera en fuga hacia adelante, la camisa semisalida a causa del esfuerzo, dejando ver la piel a la altura de los riñones, siguiendo la cintura del pantalón. Las ganas de darle una palmada desde la ventanilla del coche al sobrepasarla, algo que no obstante nunca hará, de igual forma que nunca osará abordar a una de esas muchachas salvo en circunstancias que, en la medida en que inverosímiles, no se producirán, como bien comprende él mismo cuando ceden en ardor los arrebatos de euforia y va quedando de lado la alegría de vivir, no más decidido ni seguro ahora que en su juventud, los años en que, desde las sórdidas experiencias de prostíbulo en que se veía sumido, llegaba a odiar a las chicas en general, la naturalidad y desenvoltura con que ellas parecían tomarse la vida. De cara a Ignacio prefería las putas porque las otras, las que no son putas, en la cama son todas unas estrechas. Pues si son estrechas las ensanchas, dijo Ignacio. Ya te enseñaré cómo hay que tratarlas. Verás, una de estas noches vamos a organizar una de buena.

Aquella tarde no tenía cita con la rubia y le propuso tomar unas copas por ahí. Antes tenía que dar un recado a un jefazo, cosa de un momento, y Carlos le acompañó a través de una serie de oficinas semioscuras, semidesiertas a estas horas. El jefazo, Modesto Pírez, era un hombre robusto, con algo como de bebé en su corpulencia, impresión tal vez acentuada por sus ojos cucos y el cabello claro y ralo. Habló brevemente con Ignacio, por lo bajo, movida y risueña la mirada. ¿Y quién es este muchacho?, preguntó finalmente en voz alta. Mi novio, dijo Ignacio. Me he cansado de tener novias y, mira, ahora tengo novios, broma acogida con difícil jocosidad por Carlos, en turbado contraste con las encabalgadas risas de Ignacio, Modesto Pírez paseando sus ojillos del uno al otro, divertido con el espectáculo, perfectamente al tanto, sin duda, del embarazo de Carlos, su temor al ridículo si desmentía la broma, así como a que pudiera creerse que había algo de cierto en esa broma, tanto más cuanto que en su

relación con Ignacio, él mismo llegaba a tener la sensación, a veces, de estar jugando este papel. Pues a tu amigo, que no se ha cansado de las novias, me parece que va a resultarle más interesante mi último hallazgo que tu cara dura, dijo. Había soltado sobre la mesa un mazo de fotos, diversas perspectivas, ángulos, detalles, de una mujer desnuda en posturas convencionalmente eróticas; era bien parecida, de un atractivo sugerente. Las fotos, obviamente, habían sido tomadas en aquel mismo despacho, algunas incluso en el sillón que ocupaba Modesto Pírez, ahora ofreciéndoles un cigarrillo inglés, dándoles fuego, observándoles, aquellos ojos vivaces y oscuros, importantes como centro de los círculos rosados que configuraban su rostro en la medida en que incoloras las cejas y apenas perceptibles las pestañas. ¿Y cuándo me la pasará su señoría?, dijo Ignacio en ese tono afectado, como si hiciera teatro, que empleaba en ocasiones. Y Modesto Pírez: ¿no decías que estabas cansado de estas cosas?

Modesto Pírez era ingeniero agrónomo, payés murciano según Ignacio, uno de esos huertanos podridos de dinero aunque lleven alpargatas y blusón a rayas. La noche en que Carlos salió con ellos y con las dos chicas, Marujita, la de la foto, y una secretaria de Modesto Pírez, bromearon un buen rato al respecto. Pues no creas, decía Modesto Pírez, eso es lo mío precisamente: la práctica agrícola, la práctica y no la burocracia en la que, por cosas de la vida, me he ido viendo envuelto. ¿Tú sabes el gusto que dan los experimentos de polinización, ensayar nuevas simientes, injertar un árbol con tus propias manos? Aquí donde me ves yo te injerto lo que quieras. Tú porque eres un pillete de ciudad, un pícaro, y quizá no lo entiendas, pero te aseguro que espero retirarme algún día justamente a Murcia, a una de esas fincas de primera que hay en la huerta, ¿sabes?, la casa a todo tren, las dependencias adecuadas, y frutales, frutales, frutales. Ah, y eso sí, siempre en buena compañía, desde luego, y estrechó a las dos mujeres por las caderas. Bueno, bueno, dijo Ignacio, que aún te queda mucho por chupar. ¿Chupar? (Modesto Pírez). Eso es cosa tuya, hijo, y achuchó otra vez a las mujeres mientras todos reían.

Cenaron a base de tapeo, de tasca en tasca por el área de Escudellers, lugares a los que Modesto Pírez les conducía como a tiro hecho, que conocía y donde le conocían y se esmeraban, especiales para usted, don Modesto, invitación de la casa. Carlos bebió demasiado y demasiado aprisa, tinto, blanco, clarete, según Modesto Pírez hubiera pedido callos, boquerón frito, chorizo asado, pimientos picantes o lo que fuera, lo que había que pedir en cada sitio, vasitos que el de la barra volvía a llenar obsequioso no bien Carlos los había vaciado, con ese apresuramiento que delata el nerviosismo, o mejor, el miedo, propio del joven que habla y habla de mujeres con sus compañeros, de salir por ahí alguna noche, y esa noche llega y

entonces se encuentra con que acabará teniendo que irse a la cama con una mujer de verdad y no de fantasía como en las historias que cuenta. Y tanto más atolondrado cuanto ajeno al mundo aquel de poder y dinero y mujeres fáciles, más próximo, de hecho, a la situación de esas mujeres que a la de Modesto Pírez o Ignacio. Aparte de la inexorabilidad con que se aproximaba el momento en cuestión, realzado su carácter solemne por la propia espera, el tiempo que Ignacio llevaba anunciando aquella salida, y la forma en que ahora todo se iba encauzando y organizando por encima de la banalidad de la charla, la incógnita de lo que iba a suceder, es decir, de cómo debía comportarse sin quedar en evidencia, de qué papel corresponde a cada uno cuando tres hombres comparten a dos mujeres. Y las tablas, el oficio que éstas tenían, haciendo como que no iba a pasar nada de particular, llegando casi a convencerle de que así concluirá todo, volviendo cada cual a su casa, y tan amigos. Y la imposibilidad, a estas alturas, de pretender encontrarse mal y volverse realmente a casa. Para el chico un café bien cargado, dijo Modesto Pírez. Y, sobre todo, no mezcles.

El piso de Modesto Pírez. Un salón vasto y oscuro, o mejor, apenas iluminado, todos sentados en la alfombra en torno a una baja mesa moruna. Modesto Pírez, ahora vistiendo una especie de chilaba, hace circular una larga pipa de kif, con motivos ornamentales en rojo y verde. A esto le llamo yo calidad, dice. Recién traído por un compañero; hicimos la guerra juntos, pero él es militar de carrera. Tiene un buen problema, el chico. En fin, cosas de la vida. Da una palmada de ánimo a Carlos: no te hará ningún mal, hijo. Lo que no te conviene es tomar más alcohol. Sonríe, y Carlos también sonríe. De hecho, la secretaria, ahora que se ha quitado las gafas, no está nada mal. Pero las tetas son de la otra, se las ha sacado Ignacio por el escote. Tiene la mejilla húmeda, contra la alfombra empapada de coñac, alguna copa vertida. Está solo y desde alguna habitación contigua llegan quejidos, suspiros, rítmicos sonidos como de chapoteo. Ignacio se le acerca a contraluz de una puerta iluminada, desnudo. Lo incorpora con firmeza, anda, coño, espabila. En la cama, también desnuda, Marujita, la de la foto, los ojos cerrados igual que si durmiera pero con una pizca de sonrisa en la expresión. Olor a semen, ella, la cama, Ignacio, Ignacio que le está ayudando a desnudarse, no jodas, coño, espabila. Y Carlos diciendo que no estoy borracho, coño, vas a ver tú ahora si estoy borracho, dándose la vuelta sobre la chica, chupándole los pechos, acariciando aquel sexo rezumante, sujetándose el propio como con ánimo de introducirlo, un sexo espantosamente inanimado, lo que se temía desde el principio, vas tú a ver, y el regocijo de Ignacio cuando acabó interviniendo directamente, tirándole del pene mientras, sin soltarlo, empujaba un cuerpo contra

el otro como para facilitar el empalme, diciendo abre bien el chocho, coño, Carlos repitiendo vas tú a ver ahora, cada vez con mayor incoherencia, caídos los párpados como si le fuera venciendo el sueño, aunque hubiera jurado que había visto a la secretaria de Modesto Pírez con el abrigo puesto, sacando sus gafas del bolso, un sueño mitad fingido mitad verdadero que de pronto parecía estar poseyéndole realmente. ¿Qué le pasa al chico?: la voz de Modesto Pírez. ¿Qué le va a pasar?: una trompa de campeonato: Ignacio. Nada, hombre, se la ponemos tiesa enseguida. El sexo de ella contra su boca, encima, a horcajadas, dificultándole la respiración, y aquella succión en su propio sexo, en el bajo vientre, en los muslos, en el culo, una lengua contra su culo, venga, muchacho, relájate, tranquilo, tranquilo, relájate, una lengua o quizás un dedo húmedo, un dedo húmedo, ahondando, adentrando y, sobre todo, ensanchando el campo mediante un progresivo movimiento rotativo, algo que olía a cosmético, en tanto le volvían sobre un costado y notaba que la succión le iba endureciendo y alargando el pene, y ahora, entre sus nalgas, el movimiento rotativo cedía el paso a una penetración suave pero más directa y profunda, entrañas adentro, como alcanzándole el sexo desde sus raíces, interiormente, todo muy rápido, la emisión venérea que llegaba, contagiosa en sus contracciones, se diría, a juzgar por la contundencia creciente de las arremetidas, por el entrechocar acelerado de las carnes de Modesto Pírez contra su espalda, por los resoplidos cada vez más bronquiales que resonaban sobre su hombro, por el espasmo en que se iba transformando la succión de que era objeto, la longitud de su pene a modo de elemento transmisor de bufidos y crispaciones, embestidas resollantes ya en trance de apaciguarse, de espaciarse y aplacarse como el oleaje del mar en la tempestad que cede, mientras él se vaciaba y vaciaba y caía despacio en la oscuridad, no sin antes entreabrir los ojos por un momento, el tiempo suficiente, no obstante, para ver la cabeza de la Marujita aquella removiéndose entre los muslos de Ignacio, un Ignacio en forzada torsión sobre la cama, acodándose, levantando la cara, los ojos, los labios blandos, expresión misma de la mamada, esa peculiar expresión tan distinta a la que sigue a una lamida, más distendida, menos emborronada, similar la boca, por la general flojedad golosa de los rasgos, todavía como reajustándose, a la de quien acaba apenas de comer un postre. Ignacio vistiéndole, zarandeándole, arriba, coño, que se está haciendo de día, tirando para arriba de los pantalones, metiéndole los brazos en las mangas de la camisa, poniéndole los calcetines, los zapatos. ¿Qué pasa?, dice Carlos. ¿Dónde estamos? ¿Qué quieres que pase? Que se acabó la juerga (Ignacio). Joder, qué dolor de cabeza (Carlos). ¿Y qué te decíamos todos? ¡Que no bebas más! ¡Que no bebas! (Ignacio). Le acompaña al cuarto de baño, le

ayuda a mojarse la cara, el pelo, le pasa una toalla, el peine. Procura mear, eliminar todo el alcohol que puedas.

Carlos vuelve a la habitación: la cama vacía y revuelta, el olor a esencias seminales, las ropas de la Marujita sobre una silla, las estrías de luz en la ventana. ¿Qué esperas?, oye decir a Ignacio. ¿No ves que deben estar durmiendo como benditos? Anda, vámonos de una vez.

El pálido frío de la mañana en las calles apenas transitadas, la luz diluida de las farolas. Esperan en silencio el paso de un taxi. Que te acompaño, hombre, que prefiero dejarte en casa. Tampoco hablan durante el trayecto, un trayecto casi imperceptible, por otra parte, como instantáneo, delante de casa sin darse cuenta, Ignacio diciendo bueno, tú, nos vemos. Ahora, directo a la cama, y mañana una ducha de media hora y mucho café, Carlos asintiendo desde la acera, como si en casa hubiera ducha.

Dudó unos días en volver o no al gimnasio a recuperar su taparrabos y su toalla, y acabó renunciando, la frase de Ignacio bailándole en la cabeza, durante semanas, aquello de ya te enseñaré yo cómo ensanchar a una estrecha o palabras similares.

SEIS DÍAS. El relato de los días pasados en Rosas después de la ruptura con Alfonso, con todo lo que el mundo de Alfonso representa, esos dejes que inevitablemente afloran de vez en cuando empañando un tanto el aséptico exterior del tecnócrata, lapsus delatores como el que tuvo, justamente, tras la última reunión a la que asistí, aún en calidad de empleado de la casa, una convención, asamblea o como quiera que se llame, de vendedores, cuando le dije que tenía que hablarle y, mientras nos encaminábamos a su despacho, siguió expresándose igual que si en lugar de dirigirse a mí estuviera todavía ante su auditorio de horteras, en caliente, ya que no en una reunión política de marcado sabor franquista: estamos en la era de lo social, hoy día quien tiene el dinero es el obrero, etcétera. Palabras que no hacían sino facilitar mi decisión de dejar el trabajo en la medida en que formaban parte de ese mundo de Alfonso con el que pensaba romper en lo posible, distanciarme al máximo; el mundo en el que yo mismo había crecido, en definitiva. De ahí mi sensibilización al respecto, por lo mismo que al hombre cuya virilidad declina la misma palabra sexo le exaspera. Aversiones, intolerancias que uno ha tenido desde siempre aunque sólo con el tiempo se revelan como tales, y entonces suele ser ya demasiado tarde para encontrarles explicación certera, certera y no simplemente racional, no esa clase de explicación que lo aclara todo y que uno, en cualquier momento, puede construir a su mejor conveniencia. Eso que suele llamarse repugnancia visceral, refiriendo

así el impulso a sus resultados, la náusea. Repulsión hacia las expresiones de una época –las canciones de los años cuarenta, por ejemplo, los uniformes, los toros, el flamenco, las procesiones, las mantillas, el olor a iglesia, etcétera– que no son sino los elementos ambientales del verdadero motivo, del dato olvidado, un olvido que podemos cubrir con perfectas coartadas de significación ideológica, política, etcétera. Algo así como pretender razonar –suponiendo que uno llegue a caer en la cuenta algún día, que es mucho suponer– la crueldad contenida en los juegos infantiles, la infinita capacidad de sadismo que los niños son capaces de extraer de una canción como tournez, tournez, petit moulin, frappez, frappez, etcétera. Las canciones que cantábamos, los juegos a los que jugábamos.

En resumen: la estancia en Rosas de un joven escritor y su mujer, tras abandonar aquél la empresa donde trabajaba para dedicarse exclusivamente a su verdadero oficio; un matrimonio de mediana edad, propietario de un motel, en Rosas, traba amistad con una joven pareja de huéspedes, de cuyas difíciles relaciones se convierten en testigos; un joven arquitecto y su amante, en un último intento de rehacer sus deterioradas relaciones, vuelven al punto de partida, Rosas, lugar predilecto de sus escapadas al comienzo de la aventura; relato evocador de los días que el protagonista pasó en Rosas con su mujer, de las relaciones amistosas que entablaron con los propietarios del motel en que se alojaban y de cuyas complejas tensiones se convirtieron en testigos fortuitos, del ambiente disipado en que se vieron envueltos desde que les cayeron encima unos conocidos de Barcelona, del inesperado final de todo aquello; recopilación de las notas tomadas por el protagonista durante su estancia en Rosas respecto a una obra en curso, entremezcladas a otras anotaciones, recuerdos, reflexiones, comentarios referentes a su vida cotidiana, etcétera; un relato que, al tiempo que refiere la anécdota cotidiana del protagonista y su mujer o amante en Rosas, incluye, junto a las anotaciones relativas a una obra que está escribiendo, así como reflexiones, recuerdos, etcétera, las anotaciones relativas a la anécdota de esa estancia en Rosas, recreación de la realidad con todas las deformaciones y transposiciones que le son propias y que, a la vez que proyección del protagonista sobre la realidad, sobre una realidad a la que éste atribuye todas sus obsesiones personales, suponen asimismo una incidencia de la obra en el autor, tanto por lo que sobre sí mismo le revelan cuanto por lo que le velan. Yuxtaponer, o mejor, superponer a la variante óptima diversos materiales pertenecientes al resto de las variantes.

Las notas que nuestro protagonista toma en su apartamento. Las charlas en el porche con la pareja que lleva el motel. Las confidencias que ella le hace en la terraza del Nautic. Las problemáticas relaciones

de nuestro hombre con su propia mujer. Sus paseos solitarios contorneando el pueblo, como rehuyendo el trato con la gente, como si deseara ni ser siquiera visto, como llevado de una predisposición paranoide semejante a la que puede suscitar y suscita en el niño el descubrimiento del tenebroso contubernio universal del que ha sido víctima, padres, maestros, clérigos, familiares, adultos en general, sus diarios y revistas, los escaparates de los comercios, los adornos callejeros, las cabalgatas y desfiles y las recepciones patrocinadas así por las autoridades locales como nacionales, la organización del mundo en su conjunto, todos colaborando en esa superchería –la llegada de los Reyes Magos cargados de regalos– especialmente ideada para él, a costa suya, así, sólo comparable a todo eso, el espectáculo de un pueblo de la costa en plena temporada, la escenografía que supone, la población flotante, la gente que se da cita en las terrazas de los bares, con la única intención, se diría, de agobiarle a uno, de fastidiar sus caminatas a lo largo de la playa, del paseo marítimo, siguiendo el contorno sinuoso de la costa hacia el Cabo Norfeo. Los amigos del yate, sus orgiásticas salidas nocturnas, energía alcohólica y desahogo promiscuo. Las excursiones marítimas, así en el yate como en la barca del Grec. Fin de semana en Cadaqués, con los del yate, hacia primeros de agosto; visita a los notables del lugar y su corte habituales, esa burguesía snob entremezclada a falsos hippies, pretendidos artistas y tíos chori de diversa índole en pacífica y saprofítica coexistencia que la gente, el outsider, imagina a modo de cama redonda permanente, puro exceso copulativo en un ambiente cargado de olor a hierba. Estructurar las notas tomadas sobre todo eso, articularlas en un conjunto. Como sobre los recuerdos, como sobre los sueños, incluido el de anoche. Y los fondos marinos que se abren a los ojos del buceador. Y la Ciudad Ideal. Y Poppy. Y, sobre todo, la excursión al Cabo. Rosas, como escenario, importa en cuanto pueblo que se autodestruye para reconstruirse de nuevo; lo de menos es el color local, útil, a lo sumo, como materia prima de imágenes que definan no tanto lo observado cuanto al observador, imágenes que, como las de un sueño, expresan algo muy distinto a lo que literalmente representan. Las referencias al respecto, simple detalle de concreción argumental; en realidad, mero punto de acceso a la trama, uno de tantos posibles puntos de acceso. Igual que Rosas valdría cualquier otro pueblo de parecidas características.

Aquellos días en Rosas, la primavera pasada, fueron realmente excepcionales en lo que a cristalización de la obra se refiere, así respecto al conjunto, a sus líneas maestras, como al detalle, ese dato simple cuyo posterior desarrollo lo convierte en núcleo narrativo, esa observación que, debidamente trabajada, se transmuta en invención. Se diría que hasta mis sueños de aquella época fueron particularmente

significativos. También me parece importante que las mortificaciones que desde entonces ha ido experimentando la obra sean de orden interno, fruto de su propia necesidad, que no respondan a ninguna clase de acontecimiento exterior, hechos como la muerte de Alfonso, no hará todavía ni tres meses, a mediados de otoño. Uno de esos domingos en los que Barcelona se queda vacía, todo el mundo a comer setas en cualquier pueblo de montaña, cuando no a buscarlas personalmente por los bosques como quien busca gnomos. La inoportuna coincidencia del infarto con la lentitud del tránsito en retorno, que impidió llevarlo a tiempo al Hospital de San Pablo. Ya casi nueve meses, quién lo diría, desde aquellos días pasados en Rosas de intensidad creadora raramente igualable, aún ahora trabajando en las notas de entonces, reelaborándolas, reestructurándolas, resolviendo incluso el desenlace, si es que puede llamarse desenlace la solución de continuidad impuesta a esa magmática acumulación de materiales cuya misma abundancia y sentido con frecuencia contradictorio no hacen sino complicar, en ocasiones, la simple tarea de desbroce.

Un trabajo, a veces, con algo en común con el del forzado, no más libre el preso que nosotros de abandonarlo, por más que nos preguntemos qué coño nos lo impide, qué coño hacemos sentados ahí, poniendo una palabra detrás de otra como una hormiga que acumula grano, afectados quizá por la llamada de la calle, esa calle como más amplia y clara sin el follaje de los plátanos, ahora desnudos y podados, como más despejada, cuando, pese al sol flojo y desvaído y a los cuellos de piel y a las bufandas ondeantes de los transeúntes, hay algo en la ciudad que nos hace caer en la cuenta que ya falta poco para la primavera. La escasa predisposición al trabajo, los pretextos que uno se busca, divagaciones, pensamientos a la deriva, recuerdos, el paseo con Matilde por el parque de Sceaux una tarde de verano, por ejemplo, entonces uno sale a comprar el Herald Tribune o Le Monde –si han llegado– y alguna revista –si no ha sido secuestrada– y a recoger de paso la correspondencia y, como si el cartero se hubiera propuesto brindarnos nuevos temas de evasión, transmisión del pensamiento, premoniciones, etcétera, nos encontramos con una carta de Matilde, sugerente incluso antes de abrirla, ahora que en París, por poco bueno que haya sido el invierno, deben estar despuntando ya los crocus y destacando en el verde el amarillo de las forsythias, ambientación que se diluye mientras uno va leyendo querido Raúl, ¿cuánto crees que puede durar un amor definitivo? Porque esta vez, y va en serio, creo que es definitivo. Pero me gustaría saber tu opinión, que os conocierais. ¿Tienes previsto algún viaje a París lo antes posible? Si no es así, quizá lo mejor sea que vayamos a España lo antes posible. ¿Está ya el mar como para bañarse? ¿Encontraremos

hotel abierto en algún pueblo de playa? Más tuya que nunca, Matilde.

Recuerdo que en otra de sus cartas Matilde me decía –una de esas frases tan suyas, contagio sin duda de ese tono literario que se diría consustancial a la cultura francesa de hoy– que el amor no es una necesidad sino una fatalidad. El problema, con este tipo de frases, no está en su validez o falta de validez, que suele exceder con mucho el campo concreto al que es aplicada; así, en el caso que nos ocupa, al acto de crear, entre otros. La estructura de una obra tiene su lógica interna, una lógica que la conforma de esta y no de aquella manera, es cierto. Ahora bien: ¿qué hay detrás de esa lógica interna? ¿Qué impulso ha conducido al autor a organizar justo de semejante manera, a elegir esta y no aquella solución de entre todas las soluciones lógicas posibles? Preguntas cuya respuesta –en razón también de su mismo carácter general– sería excesivamente impreciso remitir al instinto de vida y al instinto de muerte, principios que anidan en distintas proporciones y ocultos bajo diversas apariencias –sexo, poder, riqueza, venganza, etcétera– en el interior de cada hombre, clave última de su comportamiento, por más que sólo cobren su verdadero realce pasada la primera juventud, cuando los problemas que hasta entonces nos atormentaban empiezan a dejar de hacerlo, no tanto por inexactos o irrelevantes cuanto, como todo problema de juventud, por anacrónicos; cuando uno empieza a estar capacitado para remodelar la imagen –siempre más halagadora– que se había hecho de sí mismo; cuando, como a merced de tal corriente de escepticismo, uno es ya incapaz de hacer nuevos amigos y convierte las amistades y amores adquiridos en rutina, en citas a horas fijas, a días fijos; cuando termina por preguntarse pero qué hay en definitiva de constructivo en la actitud de los jóvenes de ahora, qué solución ofrecen a las cosas, y todo eso. Pues, como los pueblos que se inician no en el asombro sino en el mero registro de los prodigios naturales, y luego encuentran su desarrollo en el esfuerzo por hacer acatar a los pueblos circundantes las creencias que con los siglos y los milenios se han ido sedimentando en su seno, para, sólo entonces, descubrir que esas creencias, una vez impuestas, no son más firmes ni menos perecederas que las propias de los pueblos circundantes, que tantas otras que serán o han sido, hasta el punto de que, a partir de ahí, más que el cansancio o los años, es tal comprobación lo que les hace ir cediendo terreno poco a poco, consumiéndose en unos hábitos cuya razón de ser ha dejado de ser, de forma que ni en las actividades más excitantes encuentran ya consolación, así cada hombre. Sólo que así como la superioridad del socialismo puede ser tan obvia en la URSS como la de la libre iniciativa en USA, o como la veracidad exclusiva de las respectivas creencias religiosas, al igual que el carácter natural de los hábitos morales que conllevan, sean cristianos, budistas o islámicos, pueden

serlo para quien ha sido educado de acuerdo con tales hábitos o creencias, así, menos normal pero harto más interesante que por lo que tiene de aparente excepción a la norma es el caso del joven hijo de la burguesía al que la lectura de un texto marxista convierte en revolucionario, o el de ese joven lector en quien un escrito de Freud es capaz de crear un Edipo, y no tanto por lo que las motivaciones personales son susceptibles de revelar en cada caso cuanto por lo que ocultan. Y, análogamente, en lo que al acto de crear se refiere, el autor, incluso cuando afirma o piensa lo contrario, no es tanto expresarse lo que hace cuanto ocultarse; y precisamente en la medida en que afirme o piense lo contrario, en la medida en que se sienta seguro de los materiales que emplea. Ese autor no de una obra sino de su obra, una obra en la que incluye determinados elementos autobiográficos en el planteamiento del relato por la sencilla razón de que los tiene más a mano que otros y le son igualmente útiles a sus propósitos, toda vez que esa materia narrativa será sometida en cualquier caso al proceso de transformaciones que constituye la obra en sí, poco menos que indiferente el resultado final a la selección que se haga de la materia prima, del mismo modo que para el análisis de los sueños de una persona determinada es indiferente comenzar por aquél o éste, válidos igualmente ambos respecto al resultado final. Razones sencillas, argumentaciones obvias, evidencias, términos, no obstante, que harán de la comparación algo mucho más exacto de lo que uno supuso al establecerla. Así, nada tiene de particular, por ejemplo, que de niño uno haya soñado que copula con una mujer de grandes pechos y un rosado pene en erección que arranca justo encima del pequeño agujero; que copula o al menos lo intenta, claro, ah, y eso sí, en una cama parecida a la de tía Magda, todo muy de niño, perfectamente explicable bien por el bisexualismo propio de la edad, bien por el desconocimiento que a esa edad suele tenerse del concreto relieve del centro diferencial femenino. Y sería tonto llevarse las manos a la cabeza si, años más tarde, más ducho ya en esas cuestiones, uno sueña que se encuentra penetrando a una mujer que no conoce –o que, mejor dicho, como la anterior, no tiene cara, es decir, que la tiene pero uno no se fija en sus rasgos o no los recuerda– pero que está obviamente muerta ya que su cuerpo es hueco, el propio sexo de uno como bailando en aquel polvoriento interior vacío; puede tener su importancia en este caso que el soñante estuviera en Roma por aquel entonces, y que para volver a casa –cerca de piazza Bologna– tuviera que pasar cada día ante un gran muro del que colgaban manos, brazos, piernas, cabezas, lívidos miembros calle abajo, exvotos de calidad lunar y olor a cirios y formas orantes en las aceras, de rodillas, brazos en cruz, un rosario prendido entre los dedos. Y asimismo, dentro del género, el sueño aquel ambientado en

Santa Cecilia, mi encuentro con tía Magda, consciente de que estaba avanzando hacia una muerta por más que, a juzgar por su aspecto y por las muestras de afecto que me prodigaba, pareciese viva; y mi reacción: besarla y abrazarla y pedirle llorando que no se fuera. ¿Un adulto llorando como un niño? Bueno, adulto o quizá niño, un niño que lloraba como un adulto. En los sueños las cosas van así: uno sabe que es uno y ya está. O que determinada persona es determinada persona aunque no se le parezca en nada, o se trate de alguien que sólo conocemos de nombre o por fotografías. Y soñar aun que uno es visitado por su madre, una desconocida, una persona de la que uno no guarda el más mínimo recuerdo, de la que, igual que el caso de tía Magda, únicamente sabe que está muerta. El lugar es el mismo: la galería de Santa Cecilia; o tal vez el jardín, ante la galería, y hay otras personas presentes, los caballeros de oscuro, en traje como de boda. Una mujer muy hermosa aunque algo fría, o más bien severa, casi cruel en las distancias que mantiene. Sé que te portas mal, dice; que eres un chico terrible. Y él, inerme frente a ella, sin osar no ya abrazarla sino ni tan siquiera aproximarse, llorando también ahora (¿usted, un hombre hecho y derecho?), llorando desenfrenadamente, inmóvil, los brazos como cargados de arena, intentando disculparse, excusarse, decirle que no lo dejara por eso, a pesar de todo, que no lo dejara, ella mirándole con sus ojos intensamente azules (¿lo eran?), no más sonrientes los labios que la mirada; viste un traje sastre de color marrón, o al menos es marrón el sombrero como de fieltro que lleva, adornado con una larga pluma; un gorro más que un sombrero propiamente dicho, un gorro pequeño y gracioso estilo Robin Hood.

Todo muy natural: escenas absurdas, ya que por algo pertenecen a un sueño, a la vez que de explicación muy sencilla teniendo en cuenta las circunstancias concretas de cada caso, sueños separados entre sí por intervalos de hasta varios años, pero que por algún motivo indeterminado –por no decir caprichoso– han permanecido especialmente preservados en la memoria. El problema sólo se plantea cuando a uno se le ocurre –ideas que le vienen a uno a la cabeza sin saber por qué– considerarlos no aisladamente sino como conjunto, formando parte de una secuencia, y entonces establecer conexiones entre uno y otro, relacionarlos y situarlos en una serie a partir de un nexo de unión cualquiera, su sucesión en el tiempo, por ejemplo, el orden en que fueron soñados. O registrar las consecuencias de los dos primeros –descarga seminal– frente a la respuesta sexualmente más débil de los restantes, según se configura y concreta la presencia física de la mujer, según se aproxima y personaliza su identidad, según se incrementa la propia respuesta emocional. O preguntarse por las razones de esa persistencia en el recuerdo que les es común, interrogaciones que parecen tantearnos y cuya respuesta presentimos

inminente: algo que está resolviéndose a un nivel superior de conciencia, integrándose en ella. Una invitación como la de ese mar de tarde, soleado y calmo, que uno aseguraría que nos está llamando como llaman las sirenas, no hacia la orilla sino mar adentro desde la orilla, un mar en el que, como acudiendo, uno se adentra, buceando y buceando en los tibios esplendores hasta perder de vista el resto del mundo sublunar. Luego, fuera del agua, mientras nos friccionamos el cuerpo con una toalla, el problema se nos replanteará de nuevo, ahora desde otra perspectiva, como si mientras buceábamos nuestra mente hubiera seguido trabajando sin que nos apercibiéramos y ahora, en solución de continuidad sólo aparente, las cosas se nos ofrecieran bajo una nueva luz. Y entonces resultará que todo lo que tenía un significado diáfano y unas obvias referencias inmediatas aisladamente considerado, cobra un sentido por completo distinto al entrar a formar parte de una serie, una serie que hemos establecido casi sin saber cómo, de acuerdo con el mismo principio conforme al cual las ideas nos vienen a la cabeza y se van configurando en una obra. Pues a semejanza de esa orgía que, para quienes la practican –o para quienes la imaginan y basta, siempre más numerosos–, forma un conjunto no reductible a la suma de sus diversos elementos considerados aisladamente, ya que su peculiaridad reside precisamente en ese carácter de conjunto; a semejanza incluso de una fantasía erótica presenciada desde la impune oscuridad del cine, examinada en las páginas de una publicación especializada al abrigo de la tranquilidad hogareña, o simplemente imaginada, así, como una fantasía de esa clase que, bajo el juego de los diversos componentes eróticos conjugados, esconde el frenesí de las contradicciones y alternativas que pueden atormentar a una mente insomne, así, con tales rasgos de ritual, de ceremonia sujeta a un patrón a la vez que a una secuencia, el material onírico que precisamos para llegar a una interpretación certera. Y también como esa orgía de salvajes orígenes, aquellas correrías silvestres en las que al olor a chivo y laurel y esperma y vino debía mezclarse el de la sangre, prácticas con frecuencia excesivas hasta para la sensibilidad cotidiana de los antiguos, también como en esa clase de celebraciones donde los estímulos sensuales son sólo punto de partida, fórmula en desarrollo, proceso ascensional, vía de acceso a un estado que propicie la plena integración o disolución de la conciencia, también así la elaboración de la obra, la creación. Y del mismo modo que esa nueva interpretación de un sueño modifica la imagen que el soñante se había formado de sí mismo, así toda obra de creación modifica a su creador a medida que va siendo realizada. Pues como los dioses se crean a la vez que se destruyen, así el autor. Y es que si la creación del mundo modificó sin duda la vida de los dioses, empezando por la del propio Jehová, implicándole incluso en las

vicisitudes de su obra hasta el punto de que Él Mismo, en cuanto creador, entra a formar parte de la crónica de tal creación, hecho un personaje más de los que pueblan su mundo, no, por particularmente distinguido menos sujeto a la arbitraria dinámica de los acontecimientos, así ese autor cuya obra se centra, por ejemplo, en la estancia de un escritor en un pueblo de la costa, el relato de su vida cotidiana, la transposición literaria en forma de anotaciones de esa vida de cada día en un pueblo de la costa, las notas y observaciones personales que toma respecto a su trabajo, al igual que de recuerdos, sueños, ideas, reflexiones, etcétera, fragmentos y textos en diverso grado de elaboración; o mejor: la intersección o incidencia de los distintos planos –real uno, ficticio el otro, ficticiamente real un tercero, y así siguiendo–, cuya confluencia constituye justamente el núcleo estructural de la obra que nuestro escritor se propone llevar a cabo, que está llevando a cabo, así, la realización de una obra de tal género no puede dejar de repercutir en la vida de su autor, modificándola igual que lo creado modifica la vida de los dioses creadores o que el análisis de los sueños, aun en el caso de que su conclusión nada solucione desde un punto de vista práctico, afecta en alguna manera la vida del soñante.

Realidad, ficción autónoma, ficción que se revela como ámbito final de la realidad primitiva, etcétera, incidencias y variaciones concéntricas que van desde la transposición literal hasta el desplazamiento y la transmutación de la materia narrativa, conforme a un proceso correlativo que se efectúa paralelamente en el propio autor. Una obra que, a semejanza de Las Hilanderas, consta de tres planos simultáneos: un primer término de trabajo, mujeres hilvanando la materia prima de lo que ha de convertirse en trama del tapiz; un grupo de damas en segundo término, más iluminado, contemplando el tapiz que se les muestra en aquel preciso momento, mientras en el taller se cuchichea algún chisme, clientela de alcurnia sin duda, señoras venidas sea con ánimo de compra, sea por simple curiosidad; y, al fondo, el tapiz expuesto en aquel preciso momento, uno de tantos tapices de tema mitológico, no muy distinto, probablemente, a los ya mostrados o a los que falta mostrar. De los tres planos, qué duda cabe, es en el primero, en el del taller, donde propiamente se encuentra el centro del cuadro, y no tanto por su proximidad, por su especial realce debido a la perspectiva, cuanto porque constituye el verdadero nexo de unión entre los otros dos, el tema mitológico del fondo y las transacciones relativas al producto acabado.

VI

PERIPLO. ¿Qué otra palabra mejor? ¿Viaje? ¿Crucero? ¿Excursión? ¿Travesía? Todo demasiado solemne en relación a lo proyectado –a menos que se quiera introducir un guiño irónico en el relato de los hechos– y demasiado escueto respecto a lo que había de suceder. Es decir: referido a un recorrido marítimo de alcance insospechado para todos. Ya se sabe: ni siquiera los dioses son por completo omniscientes. ¿Quién podría serlo ante aquel brumoso panorama de marismas y mar quieto, al que afluyen, con el brillo de dos pupilas que agonizan, el Leteo y el Eunoe, aguas muertas tras las cuales, cuando el amanecer escampe sobre la bahía, se divisarán sin duda las blancas ruinas de Ampurias? Un panorama que, según se iba ensanchando la rubia sonrisa de Apolo, como diría el clásico o cualquiera de sus imitadores, era ya en sí mismo una invitación, motivo más que suficiente para justificar la pereza vencida, las incomodidades que supone encontrarse a tan tempranas horas en una barca, con sueño y ateridos, pese a las prendas de abrigo que habían traído, advertidos por el Grec de la frialdad inclemente del mar en tanto el sol, como el águila que cobra altura para caer con más fulgor sobre su presa, no gana la fuerza suficiente y aviva los colores del paisaje junto con el calor de los cuerpos, y entonces uno empieza a decirse que realmente valía la pena, ya en ese estado de ánimo de quien se levanta estimulado por el desarrollo feliz de un sueño, casi una lástima despertarse en aquel preciso momento, sensación similar a la que puede experimentar el caminante que, tras un paisaje más bien árido, un pueblo desierto y semiderruido a la izquierda de la carretera, en lo alto de una loma, el cementerio nuevo algo más allá, en otro repecho, y un fondo de picos nevados despuntando en la distancia, cuando, tras un paisaje de aproximadamente tales características, el campo visual se abre de golpe y, ante los ojos de nuestro caminante, aparece el mar, un panorama de costas acantiladas donde el verde declive del terreno cede bruscamente a las tonalidades marinas matizadas por el sol de la tarde, un mar como avanzando bajo el revuelto manto de espuma resplandeciente, producto no tanto de movimientos interiores cuanto de los bajos fondos, de los escollos diseminados, de las filas sucesivas de rompientes y, sobre todo, de la escasa profundidad de la playa al pie de los acantilados, la suavidad con que la arena se va hundiendo, un mar, en suma, que atrae como el canto de las sirenas o el laberinto de una caracola, que le invita a uno a penetrarlo, a adentrarse en sus aguas no tanto como bañista cuanto

como buceador. Ahora bien: ¿quién contemplaba el mar a su lado desde la hierba, en lo alto de los acantilados?

Como argonautas en busca del cordero de oro, se hubiera dicho. Como si fueran a encontrarlo en las ásperas laderas del Cabo Creus, extremo oriental de la península, primer punto de ella tocado por el día y, en consecuencia, también por la madre noche, primera o última luz de tantos navegantes, de tantos náufragos, clásica intermitencia luminosa que señala dónde empieza o finaliza el mundo. Así, como si tal fuera su objetivo, intrépidos, sí, ¡intrépidos!, afrontando sin desmayo la misión proyectada, respondiendo serenamente al saludo de cuantas naves se cruzaban en su rumbo, insensibles al halago que suponen así los hurras de sus tripulaciones como los remos en alto de los trírremes o las salvas de artillería de los bajeles, elementos muy en consonancia con el aspecto risueño, aquella mañana, de la bahía, bañistas en dulce actividad, tenso reposo, a todo lo largo del litoral, y raudas criaturas surcando el azul salpicado de blanco, curvas estelas alejándose tal si de Afrodita y Eros se tratara, transportados por los peces en su fuga de Tifón, y el aleteo de las tensas velas, y el trepidante vaho de gasolina quemada dejada a su paso por los motores fuera borda. Todos: ni un solo pasajero había faltado a la cita, presentes todos los amigos de Ricardo y Camila y hasta más de uno de los ausentes, desde Leopoldo y Carmen y la Renata Bosch y el Javi, Cristina y Willy, sin olvidar a Blanca ni a Mariana ni a Guillermina y Gerard, hasta Carlos y Aurea y el joven Carlos, pasando por supuesto, por el negro Nab. ¿Razones de su presencia, de la presencia de cada uno a bordo? ¿Coincidencia casual? ¿Cumplimiento de un compromiso contraído en un momento de euforia? ¿Gustosa aceptación de una atractiva aventura? Sólo en parte. Tras esta clase de respuestas y de la natural confluencia de destinos, encontraremos siempre el sesgo incierto de la vida de cada uno, sus atajos y vericuetos, todo a semejanza de ese itinerario derivante, improvisado sobre la marcha, que emprende aquel que echa a caminar poseído por la desazón y el frenesí propios de la resaca etílica, erótica o de cualquier otro género, contorneando el pueblo, siguiendo playa adelante, recorriendo de un extremo a otro el paseo marítimo, pateando todas las sinuosidades de la costa acantilada, sabiendo, más que lo que se busca, más que lo que se quiere, lo que se rehúye, así, de modo similar, la vida, sus objetivos de raíz esencialmente negativa, no ser pobre, por ejemplo, no estar solo, no morir aún.

Reinaba el buen humor en la cubierta del yate, buen humor personificado por el propio Leopoldo, un Leopoldo que, incluso entregado a la conjunción erótica, no dejaba por ello de participar en el curso de la charla y aun de animarla con sus salidas, no menos notorias, que sus entradas. Pero, vamos a ver, decía: ¿no te llamabas

Cayo cuando eras niño? ¿Por qué razón hemos de llamarte ahora Carlos? ¡Exacto! ¡Exacto!, dijo Mariana; lo sé porque cuando mi hermano Carlos hizo la primera comunión también le llamaban Cayo. ¿Cayo o Layo?, preguntó el pelma de Javi. Y Leopoldo: es que ya desde niño, sin duda, como ese clásico loco que cree ser Julio César y ordena en consonancia el mundo circundante, así eres tú. Carlos asintió con la cabeza, como renunciando a hablar, el aire apesadumbrado. No voy a ser yo quien lo niegue, dijo Ricardo; pero dejadme deciros que hubo una Edad, llamada de Plata... Puedo adelantaros lo que os va a contar, interrumpió Camila, distraídamente acariciada por Carmen: que en la Edad de Plata, sucesora de la de Oro y predecesora de la violencia y rudeza características de la llamada Edad de Bronce, de la que algunos autores desglosan el tiempo de los héroes, en esa Edad, decía, el comportamiento de los humanos era en todo similar al de los niños: colgados de los pechos de la madre durante decenas de años, alcanzaban la pubertad sólo en el aspecto físico, ya que su mente seguía tan desmedida en los deseos y cerrada al razonamiento responsable como en la infancia, reacios así al trabajo como a cualquier clase de culto y, en general, a cuanto de positivo hay en la vida, razón que les acarreó el castigo de los dioses. ¿No es así? Y Ricardo: así es. Y lo que quieres decir, dijo Blanca, es que la vigencia de esas edades no hay que referirla a épocas pasadas sino a lo más profundo del ser humano, que alberga a un tiempo a todas ellas. La Edad de Plata, que corresponde a nuestra infancia, se halla situada entre la de Oro –la nostalgia de lo que no se recuerda, de lo que tal vez nunca existió– y la de Bronce, el tiempo del adulto desde la perspectiva de los primeros años. En lo que a la Edad de Hierro respecta, baste decir que no es otra cosa que el tiempo cronológico. ¿Me he expresado correctamente? En efecto, dijo Ricardo. Y que de todas ellas –interviene Carmen sin abandonar el contiguo cuerpo de Camila– es la de Plata la de mayor trascendencia, visto el modo en que determinadas personas se aferran como Peter Pan al ámbito que les es propio y respecto al cual, lo mismo la Edad que le precede que la que le sigue, son meras proyecciones. Más aún: que una porción de esa Edad de Plata persiste durante años en cada uno de nosotros, en ocasiones toda la vida. ¿Me equivoco?

Ni yo mismo hubiera podido expresarlo mejor, dijo Ricardo. Y hubiera continuado con las siguientes palabras: de ahí, por ejemplo –y busco un ejemplo que desmiente en apariencia mi afirmación, sólo en apariencia– ese carácter puntillosamente cumplidor de los jóvenes educados en los años cuarenta, en la dura época de la posguerra, un rasgo que sin duda es fruto de la intensa culpa inculcada; esa cualidad de niño aplicado que les distingue. Y Guillermina: y de ahí también la ambigüedad esencial de la figura del Hombre Lobo, hubiera dicho

Camila que ibas a decir, exponiendo acto seguido, de forma harto menos rudimentaria que yo, las líneas maestras de tus apreciaciones acerca del significado de tal figura, del sentido reversible de sus transformaciones. Lo que para ti, cuando presencias en otro –tu jefe, tu suegro, tu padre, quien sea– su paulatina metamorfosis a la boca de la cueva, no bien le da el rayo de luna, pálidos colmillos, hocico arrugado, pelaje oscuro, etcétera, esto es, todo lo que para nuestro observador supone regresión y brote atávico, resonar de tambores anunciando la violencia desencadenada que para el niño impera en el mundo adulto, a los ojos de otra clase de observador, el que presencia la transformación contraria, pérdida de pelo, retracción dentaria, despojamiento lamentable, convertida la fiera en un desdichado inerme, incapaz de hacer frente a los peligros que le acosan, bien puede suponer el final de la concepción del mundo que hasta entonces le había sostenido, la pérdida irreparable de todas las esperanzas relativas al campo de acción que la vida le reservaba. ¿Estoy en lo cierto? Lo estás, lo estás, lo estás, decía y decía Leopoldo según la penetraba; y éste es posiblemente nuestro propio caso, la persistencia de la Edad de Plata, entregados como estamos, al igual que a nuestra sexualidad irresponsable –en razón de su misma omnipotencia–, a toda clase de actividades. Y de ahí, asimismo, continuó Guillermina, no sin ciertas alteraciones en la dicción, los problemas que suelen abrumar, al comienzo de su carrera, a ese tan bisoño como entusiasta sicoterapeuta: la relatividad interpretativa de la materia que trata, el que una cosa pueda tener así un significado como el significado contrario y, sobre todo, la escasa trascendencia, a efectos prácticos, de que sea precisamente uno y no otro, ajena la salud mental del paciente a la solución del dilema. ¿No era éste, acaso, el hilo de tus pensamientos? Nada más exacto, admitió Ricardo.

Y llegados a este punto –continuó–, Camila, de estar menos concentrada, justo ahora, en otras impresiones o lo que sea, os hubiera anunciado que mis palabras iban a ser las siguientes: así, la aplicación de una especie de código a la interpretación de los sueños, los nítidos ojos de una mujer, pongamos por caso, contrapuestos a las inexplicables lágrimas del soñante, el sexo de ella y la esperma de él, como con excesiva ligereza podría diagnosticar para sus adentros nuestro joven y ambicioso sicoterapeuta, a quien, si yo le hubiese objetado que desconfiaba de cualquier clase de generalizaciones, por más que la identificación ojos-sexo venga avalada por la frecuencia con que el poeta se refiere a los ojos de Beatriz, parte de un cuerpo que, más que ir cobrando autonomía respecto al todo, acaba por sustituirlo como en una sinécdoque cualquiera, ni siquiera hubiese comprendido, en su estulticia, a qué me estaba refiriendo, si es que, estimulado en su agresividad, no llegaba a pensar que le estaba

insultando con eso de la sinécdoque.

Tales palabras hubiera dicho Camila que yo iba a decir, y hubiera acertado plenamente. No sin que entonces, tomando a mi vez la palabra, yo insistiese aún en la murga que acostumbra a representar para semejantes sicoterapeutas, que ejercen su profesión como un militar cumple el reglamento, el hecho de que una vez perfectamente argumentado y resuelto que determinado paciente tiende a identificar, así en sueños como en asociaciones de ideas, padre y patria –suelo patrio, paterno– y madre y ciudad, su ciudad –hijo de la muy bella, ilustre y abominable ciudad de Barcelona–, surja la opción molesta, la pejiguera de siempre, al caer en la cuenta de que es convencionalmente materna la tierra natal, la madre patria, y el orden ejemplar y riguroso de la Ciudad Ideal de los utopistas, viril proyección de la fecundidad del padre. Cargantes imponderables del oficio que sólo la experiencia le ayudará a superar, a ignorar, según asimile el consejo de quien ya es gato viejo en la profesión y, morigerada la pugnacidad novata de sus comienzos, siente cabeza y termine por convenir en que lo importante, más que entender al maldito paciente, es conseguir que éste crea que nuestro sicoterapeuta le entiende, que sólo por exigencias del tratamiento prefiere no entrar en detalles, reservarse, ya sabe él lo que se hace. Y a fin de responder a las preguntas que, llegados a este punto, os hubierais hecho a vosotros mismos, yo respondería por mi parte con nuevas preguntas, interrogaciones que en su interior guardan, como en la semilla el árbol, el desarrollo de lo que ha de ser nuestra búsqueda, ya que no nuestro objetivo: ¿qué simbolismo se esconde bajo el simbolismo sexual?, os habría yo preguntado. ¿Qué oscuras fuerzas subyacen bajo las fijaciones sexuales de las que el acto en sí es sólo un símbolo más? Y Camila diría que ibais entonces a preguntarme: ¿pero qué hay detrás del símbolo de los símbolos?; y que, metidos todos vosotros en el terreno al que os había querido llevar, la victoria al alcance de mi mano, yo hubiera respondido: algo que uno sólo comprende al franquear los límites de la Edad de Plata a la que antes me he referido, ya que desde sus ámbitos resulta imposible: lo que permanece oculto en la Edad de Oro. ¿Ando desencaminado?

No, dijo Camila, en absoluto. Únicamente que aquí hubiera terciado la Renata Bosch con lo de Aurea, queriendo saber qué interpretación daríais tú o nuestro audaz, o lo que sea, sicoterapeuta a toda esa historia, y entonces Blanca hubiera dicho que en esos casos lo mejor es consultar las cartas. Y tú, aceptando con gusto el giro que tomaba la charla, hubieras terminado con un brillante y divertido a la vez que documentado examen de los elementos que componen una baraja de cartas, no sin antes ensañarte aún, de forma casi patológica, con nuestro infeliz sicoterapeuta, su incapacidad de aceptar, por ejemplo,

tal procedimiento de concentrar nuestras cualidades más oscuras como concentramos las más claras en una lente; o su ineptitud para captar la diferencia que va entre soñar un hecho real o soñar, por ejemplo, un film, las ventajas que esta solución ofrece al soñante, convertirnos en meros espectadores de lo que sólo es una película, algo, en consecuencia, que no nos compromete, que no tiene que ver con nosotros absolutamente nada, etcétera, y demás circunstancias atenuantes. ¿Por qué en las barajas, hubieras venido a decir, encontramos tantas veladas resonancias de la copulatio alquímica, sus colores primeros –rubedo y nigredo–, sus símbolos, los oros, la piedra tallada, los aristados rombos diamantinos, espadas o picas como cruces, leños que rebrotan, tréboles como rosas, racimos, copas, cálices, sangrantes corazones? Y, sobre todo, sus doce números, y más aún las figuras, sota o valet, caballero, reina, rey, con el As, el número uno, por encima de todo, aparte de ese elemento añadido, el inmencionado número que sigue al doce, el comodín, el Jolly Joker burlón, cuya función corresponde a veces al tres, matices y diferencias entre la baraja española y la francesa, cuya significación no sería arriesgado remitir y aclarar a la luz de las hogueras inquisitoriales. Por mí, dijo Leopoldo, como en el ajedrez: ¿que los reyes son los papás? Pues ¡jaque al rey! ¡Jaque a la reina! Y es que, si hay que acabar con toda esa historia de los reyes, ¡pues habrá que acabar también con los papás!

Bien, insistió la Renata Bosch, pero ¿y qué pensáis de lo de Aurea? Permitidme, ante todo, que os relate el exacto desarrollo de los hechos, dijo Blanca; que Mariana me llame la atención si omito o altero algo, si trastorno el orden en que sucedieron. Conocéis sobradamente las circunstancias en que Aurea se ausentó de Rosas, dejando así a Carlos como a Carlos hijo. Lo que quizás ignoréis es que su marcha a Barcelona no respondía, en apariencia, a motivación alguna. Una vez allí, sola en su piso, salía únicamente, por lo que se ve, para deambular a ratos por la ciudad, como bien podrá atestiguarlo Cristina, que se tropezó con ella en los lugares y momentos más insospechados, los escaparates de la Diagonal de noche, las terrazas de la calle Tusset –insomne su aspecto– a primeras horas de la mañana, el Museo de Cera al mediodía. El resto del tiempo lo pasaba encerrada en el piso, desnuda, fumando, bebiendo, poniendo discos de los años cuarenta, de forma que, cuando entró en el cine –daban una película de terror–, iba ya bastante bebida: se dormía sin querer mientras alguien le metía mano, y ella se dejaba manosear y hasta hizo una paja a su desconocido vecino no bien se espabiló un poco, un vecino que ya no estaba allí cuando encendieron las luces y ella tuvo que salir porque cerraban. Al encontrarse en la calle echó a caminar, y debió caminar lo suyo porque, cuando el coche

se detuvo a su lado, andaba ya en Carretera de Sarrià, Diagonal o por ahí, y el conductor la invitó amablemente a tomar una copa donde fuera, y ella se dejó acompañar a su apartamento, no muy segura de si era el tío del cine o algún otro vecino que la hubiera visto en acción o un buscador ocasional o el tipo aquel que llamaba regularmente por teléfono y que, cuando ella se ponía, en lugar de decir algo, no hacía sino respirar profundamente, un tipo que bien pudiera ser al mismo tiempo el buscador ocasional o el de la paja o el que había presenciado la paja. Un día después, o varios, encontraron su cuerpo atado en aspa sobre la cama, con una almohada bajo las nalgas como para mejor realzar la confluencia de sus muslos, casi como una parturienta. La habían degollado, pero no presentaba señales de violación ni de haber sido sometida a sevicia de ningún género, que esto es lo más raro del caso. ¿Y qué más?; cuenta, cuenta querida, dijo Cristina, quien, pese al handicap que a todas luces representa la ronca dureza de su acento germánico, de sus registros vocales, chirridos como con herrumbre más que simplemente metálicos, resonancias apenas paliadas por su voracidad gutural, estaba obteniendo una rápida reacción del sexo de Ricardo en lo que a largada, grosor y rigidez se refiere.

Rebasada la punta de cala Nans, según se iba abriendo ante sus ojos la bahía de Cadaqués, se cruzaron con una nave de rubios tripulantes, vikinga, probablemente. En la proa, lánguidamente abrazada al curvo cuello del dragón, divisaron a Isolda, y cuando la distancia entre ambas embarcaciones alcanzó su punto mínimo, pudieron distinguir en el otro puente, cambiando con ellos amistosos saludos, algunas caras conocidas, Vercingetórix, Hallgerd, Hagen, Godwin, Egmont, Crimilda y, ya distanciándose divergentes una nave de otra, inmóvil en la popa y no menos tieso que su espada, como presidiendo la blanca estela que dejaban a su paso, el caballero Roland. En la parte de la bahía más a cubierto del viento de mar, anclado junto al negro casco de un buque pirata, vieron asimismo al César y, agolpados en su cubierta, a Leopoldo y a Ricardo y a Camila y al pelma de Javi y a Willy achuchando a Carmen mientras ésta hacía manetas con Cristina, y a la Renata Bosch toda excitada, la tonta del bote. Blanca les aguardaba en el embarcadero de la Riba, con Guillermina y Gerard, y Leopoldo organizaba el traslado a tierra por grupos, en una pequeña lancha tipo zapatilla con motor fuera borda. ¡Pues os llevo a todos juntos, coño!, gritó a fin de resolver de una vez los problemas protocolarios de prelación. La idea era dejarse caer –tras el sinaliento de la inevitable subida– en casa de Mariana, pero Blanca les informó que Renato Salvatori daba un party, de modo que para allá fueron, Mariana incluida. Ya se sabe lo que pasa en Cadaqués en estas ocasiones, el comportamiento de la fauna local, y Carmen, en su mejor

caracterización de Diana Cazadora preparando sus venablos, precisos como una bífida lengua, no consiguió ponerse a tiro de la fogosa pieza de roja cabellera, Samantha no sé cuántos. También estaba presente Kirk Douglas, mucho más gentleman de lo que era de esperar. Y el ofídico Yul Brynner, con el que Leopoldo a duras penas consiguió intercambiar un brindis. Fernando Rey tampoco está mal, dijo; pero es demasiado español. Perdona, y todo un caballero, dijo la Tonta del Bote; se ve enseguida que es el más señor. A mí me hace pensar en el capitán Nemo, dijo Guillermina. Willy se vio envuelto en una de esas confusas historias de lavabo, y Cristina se quejaba de que le habían robado el enorme chal negro de ganchillo con el que realzaba sus desnudeces; decían que había sido la hermana de Gerard, una lesbianilla de cuidado.

¿Habría manera de que unos cuantos se vinieran con nosotros al yate?, dijo Leopoldo meneándosela a través del bolsillo. Pero el plan, para quien quisiera, consistía en asistir a la proyección de los rollos filmados durante la jornada, excelentes escenas de abordaje, combates, naufragios, más alguna toma de carácter ambiental en la que aparecía el propio César abandonando la bahía de Cadaqués bajo el fuego artillero del buque pirata, ya fuera de su alcance, a salvo de sus cañones antes que de sus ojos, alejándose más y más ante la rabia impotente de aquellos energúmenos estrafalarios enfilados a las bordas, encaramados a las vergas, patas de palo y parches negros y feroces garfios y salvajes aros en las orejas y vociferantes barbas desdentadas, imprecaciones y juramentos que no hicieron sino arreciar cuando, gracias a los catalejos con que les perseguían, pudieron contemplar los cortes de manga que en su huida les dedicaban los fugitivos, los abrazos y muestras de júbilo –que a primera vista bien pudieran confundirse con una disparatada cópula generalizada–, las efusiones a las que se entregaban para celebrar el triunfo, aquel desordenado florecer de rosas que, desde el castillo de popa, parecía derramarse sobre el puente, tan perfecta la visión proporcionada por las lentes de aumento, que era posible apreciar hasta la más pequeña contracción de aquellas vehementes vulvas, Camila, aupada como siempre a un primer término, penetrada a un tiempo por Willy (parte anterior) y el negro Nab (parte posterior), sin por ello descuidar la verga tremolante que Leopoldo mantiene ante sus narices, un Leopoldo aviesamente asaltado a su vez por el pelma, por el mosquita muerta de Javi, mientras Ricardo procura centrarse en Carmen –no muy seguro de la exacta localización del centro ocupado– y Carmen va diciendo, sí, eso creo, por aquí, difícil entenderla así cobijada en el regazo de Blanca, besándola, sus labios superiores contra los inferiores de Blanca, quien por su parte parece haberse tragado la lengua de Cristina, ambas como en un intento de mutua devoración total, en la

medida en que así lo permiten las arremetidas extemporáneas de Gerard y el volumen de las tetas que Mariana va colando por donde puede, Guillermina ofreciendo complaciente –y tal vez no sin cierto cálculo– sus postrimerías a quien quiera tomarlas, oportunidad que no desperdicia el arponero Ned para emplearse a fondo, sin tomarse otro descanso que el que precede a una nueva carga, impetuosidad y recto uso del miembro que, a ojo de buen cubero, nadie hubiese atribuido al canadiense, no tanto glaciar –como el islandés Hans– cuanto géiser.

Aurea, quieta sobre el mascarón de proa, del que ya casi parecía un ornamento –sólo el largo velo escarlata que ceñía su cuello yugulado ondeando a la brisa–, se animó al fin a descender al puente, moviéndose con cuidado entre aquel retozar de figuras que la imaginación inflamada de un cuerpo insomne, agitado, movedizo, desnudo, solo en la cama, intoxicado de alcohol y cigarrillos, a la espera de que suene el teléfono, puede apenas desglosar en el curso de sus retornantes fantasías, detalles y fragmentos que dan vueltas y vueltas y se funden y confunden, ese cuerpo en cuya boca se derrama un rosado miembro mientras otros dos se reparten rigurosos las bajas penetraciones, ese cuerpo sofocado por nalgas o muslos, acosado por endurecidos penes con sabor a culo, por aplastantes tetas con sabor a esperma, esa materia que se licua y corre desde el cerebro, espinazo abajo, hasta brotar vitalizante, relajador, por el extremo de su ocasional prolongación tangente, así, deambulando como con temor, como sin atreverse no ya a participar sino a molestar siquiera con su presencia, inhibida, disminuida, sin la convicción suficiente ni para insinuarse, sea por la repugnancia que a su juicio pudiera suscitar la herida sangrante que ocultaba bajo el velo escarlata, sea por el resultado rápidamente establecido de la comparación entre cualquiera de aquellos cuerpos jóvenes y el de una mujer ya próxima a la cincuentena, sea por un sentimiento de vergüenza similar al experimentado por Venus tras haber sido expuesta a las burlas de los dioses, ella y Marte juntamente atrapados en las sutiles mallas de su propia traición, así, entre insegura y confusa, casi de puntillas, se movía ella, similar en su desconcierto a ese paseante curioso que, en un pueblo de la costa, cuando llegan las barcas, entra en la lonja del pescado a fin de presenciar la subasta, viéndose entonces sorprendido, mientras cantan los números en una regresiva cuenta atrás, por una impensada atmósfera, envuelto en su turbulencia, un ámbito fosforescente y sonoro animado por el revuelo de faldas que se alzan como corolas, de abultadas braguetas que se abren, de frutos de mar que brotan, los pescadores introduciendo sus curtidos falos en las bocas de los peces que agonizan, en los imprecisos puntos de acceso de pulpos y sepias, entre las valvas jugosas de gigantescos moluscos, en lo más profundo de una enorme caracola, en tanto que las

pescadoras se adaptan calamares a las vulvas, medusas, moradas anémonas, y se dejan penetrar por salmonetes suaves y ariscas escorpas, cosquilleos tentaculares, crispados coletazos, formas escurridizas que se deslizan esfínter adentro, bocas que en su agonía succionan lo que sea, ventosas que se adhieren a donde sea, como un enjambre de abejas los destellos solares, los reflejos expandidos en los charcos, en la sal, en las escamas, en el hielo picado.

Ajeno a cuanto le rodeaba, ensimismado, se diría que –tal una triste Isolda– absorto en la contemplación de la imagen que le devolvía el agua, a caballo del espolón de proa, Carlos hijo semejaba en su inmovilidad un airoso mascarón tallado, peinadas por la brisa las hojas de laurel que brotaban de su cráneo, imbricadas y pulidas como verdes escamas de dragón. Sus ojos, a modo de un periscopio, permitían al resto de los viajeros divisar, más aún, adivinar, las incidencias del paisaje, los accidentes de aquella costa que como un velo se iba descorriendo según progresaban en el trayecto emprendido, el Cabo Creus o Cruces o Quiers o Quierz, Corazones tal vez, como punto de destino, extremo oriental de la península, adelantado del risueño Apolo, lugar privilegiado para presenciar el amanecer, la salida del sol de su seno marítimo, cotidiano inicio de un recorrido que ha de llevarle a hundirse finalmente en la tierra, a poniente, mientras el Cap sigue brillando en la oscuridad del cielo con el esplendor de un astro guía, el Cap de Creus o de la luz, para llegar al cual será preciso pasar previamente ante el Cap Norfeu, de Orfeo, el Cabo de la noche y las tinieblas. Avistaban todo eso, sí, la orografía de la costa hasta en su más mínimo relieve, y veían también lo que iban a ver, lo que verían, el recoveco del embarcadero en la vertiente sur del Cabo, el sendero empinado y pedregoso, el falso faro y la cabaña de troncos en forma de arca construidos con vistas al rodaje de la película en un repecho de la vertiente norte, la sirena informal estratégicamente situada sobre escarpadas rocas, a manera de equívoco reclamo de navegantes perdidos en su propia niebla, allá en lo alto, dominándolo todo, el faro y sus dependencias, donde serían recibidos por el farero, glaciares y albatros en sus ojos, blancos sus rubios cabellos revueltos por el viento, un viento que por su violencia haría inútiles las palabras y más expresiva la mirada, esa mirada que les señalaba a la luz espejeante allí arriba, como rebobinándose de sol, y luego, abajo, el oscuro cráter de resonancias eólicas conocido por Cova de l'Infern. Podían verlo todo a un tiempo, de manera que ni necesitaron mirar cuando, con sobrio ademán, correspondieron a la salutación de los bienaventurados ocupantes de una tan blanca como rauda nave que, aureolada de cantos celestiales, apareció como por ensalmo, alba y celeste la estela, como haciendo juego, para mayor encomio y gloria, con los colores de la tridentada enseña, la flameante

bandera que, por especial deferencia, arriaron a media asta mientras descubrían respetuosamente sus cabezas y guardaban el ritual minuto de silencio, el cuerpo del César manteniendo el rumbo a prudente distancia de aquel litoral de dimensiones atlántidas, de los bloques disgregados que lo conformaban, producto, se diría, de una ciclópea ruina, erosionadas rompientes y bajos fondos, afloraciones multicolores, magmas cromáticos y transparencias verticales, abismos oceánicos abiertos de súbito en este marco de serenidad mediterránea.

Así Modesto Pírez como Ignacio parecían algo desplazados, sin saber ni qué actitud tomar ni dónde situarse, como esos caballeros que en los parques públicos se acercan a los niños que dan de comer a las palomas, temiendo, más que la respuesta insolente, el riesgo de no ser siquiera comprendidos en su deseo de tan sólo acariciar un poco la belleza. Y así, con la cautela propia de esa clase de caballeros, se aproximaron ambos a Carlos hijo, contorneando con precaución la nariz del César. ¿Eres aficionado a los peces, muchacho?, preguntó Modesto Pírez. Ante el mutismo de Carlos hijo, sentado en un fruncimiento del entrecejo, recogida su silueta como en dos limpios estanques por ambas pupilas, contra los cielos del fondo, parecieron optar por retirarse, no sin añadir aún Modesto Pírez: tienes un bonito pelo. Para mí, que no hay otra hoja como la del laurel. De eso precisamente viene lo de laureado, de laurel.

El cuerpo navegaba sin problemas, henchidos por el viento los ensangrentados pliegues de la túnica, los pasajeros repartidos por las filas del costillaje salvo algún original, algún excéntrico, o lo que sea, asido a la enhiesta verga. No obstante, el negro Nab, con las palabras más respetuosas, les indicó la conveniencia de trasladarse, por razones técnicas, de la proa a la popa, y entonces, cogidos todos de la mano al filo de la obra muerta y sin perder el equilibrio, fueron haciéndola bascular sobre un costado hasta conseguir que se diera completamente la vuelta, convertida ahora la verga en pala de timón. Así rectificada la posición, pronto se puso de manifiesto que el movimiento impulsor de los pies actuaba con eficacia notoriamente superior, al tiempo que la carga parecía más equilibrada y mayor el confort del que disfrutaba el pasaje, de modo que el negro Nab, en cuanto director técnico de la maniobra, fue objeto de un prolongado aplauso. Pero, no dándose por satisfecho, como un Roland blandiendo su Durandarte, el negro Nab, tras descolgarse desde la rabadilla, penetró no sin esfuerzo entre ambas nalgas mientras iba diciendo ahora hay que insuflarle. Dar al César lo que es del César, comentó alguien. El único amago de incidente se produjo cuando Ignacio y Modesto Pírez, acaso atraídos por el espectáculo de ver al negro Nab en acción, se fueron aproximando como quien no hace nada, hasta ser lacónicamente interceptados y mantenidos a raya por el fiel arponero Ned. Pero,

hombre de Dios, no se ponga usted así, decía el Pírez. ¿Qué hacemos nosotros de malo? Si ni aunque quisiéramos podríamos hacerlo. Este chico está en la cárcel, y yo, pues estoy muerto ya ni sé desde hace cuántos años.

Aposentados con toda comodidad en las partes traseras como en uno de esos prados de suave pendiente donde suelen celebrarse las asambleas olímpicas, la conversación estaba sin embargo decayendo y se hacía banal, como acaba por suceder en el transcurso de un banquete cuando los convidados se encuentran ya demasiado borrachos para llevar el discurso a conclusión alguna, alguien, posiblemente el Pelma, preguntando: ¿cómo llamar el cuerpo de César considerado como nave? ¿Y cómo llamarle sino el Hermafrodita?, contestó Leopoldo sin especial apasionamiento. ¿Y por qué no Santa Claus, esa abuelita bonachona de expresión afable y abrigadas barbas que sale de España en un trineo tirado por renos con cascabeles?, sugirió otro, entre hastiados y aburridos todos, el sicoterapeuta convertido en principal víctima de sus comentarios, observaciones más machaconas que ocurrentes, y como ese grupo de jóvenes que no saben en qué ocupar la tarde del domingo y se van metiendo con el de siempre, con uno que es más débil o con gafas o rollizo, que sólo en virtud de tal elemento marginante es aceptado por los demás, en cuanto receptáculo de sus bromas, así, a semejante papel de blanco de las frases dichas por los otros no tanto por divertir cuanto por decir algo, se veía expuesto nuestro sicoterapeuta en el inquieto ir y venir de su paseo por la popa. ¿A ti qué te parece?, le preguntaban. ¿Qué es más normal, lo normal o lo anormal? Chattering, badinage, la charla insustancial propia de toda situación que se prolonga demasiado.

Casi ni oyeron a Carlos cuando empezó a hablar, en parte por las voces de los demás y en parte por el tono poco menos que inaudible de sus primeras palabras. Tampoco le reconocieron de momento, así, hecho un viejo más que avejentado, con semejante desaliño tanto en su persona como en su atuendo, exacto al Grec en apariencia, sus mismas ropas, sus mismos rasgos incluso, un Grec –con quien sin duda le habían confundido– más tronado que de costumbre, mezcla de pirata en ruinas y de pordiosero. Yo, amigos, comenzó de nuevo, quisiera responderme a mí mismo la pregunta que nos atormenta a todos: ¿cuál es el verdadero objetivo de este viaje? Partir c’est renaître un peu, me diréis. Esto es: destruir la imagen que uno se ha ido formando de sí mismo y que ante sí mismo defiende con uñas y dientes; acabar con el personaje que hemos creado y que, como determinado libro, como determinadas experiencias que en el pasado nos fueron útiles, no tienen por qué seguir siéndolo en el futuro. Y quien así piense estará en lo cierto. ¿Pero no estará asimismo en lo cierto quien, considerando más la finalidad que la motivación, lo

entienda como un viaje a lo desconocido, a lo que no existe? ¿Y qué es lo desconocido sino la muerte? ¿Y qué es lo que no existe sino Dios? ¿Y con qué ha sido llenado el vacío de esa inexistencia sino con el crimen? ¿Qué otra cosa sino crimen hay en el origen de los dioses? ¿Qué sino el crimen encontramos tras la imagen de ese viejo que proyecta sus culpas por medio de las vengativas furias, cuya violencia se descarga sobre los restantes culpables del mundo o sobre quienes podían serlo o acabarán siéndolo? Un crimen que encubre otro crimen que a su vez encubre el Caos, la palabra con que los dioses designan lo que ha sido olvidado. Encubrimientos que bajo la forma de revelación, con desprecio de cualquier clase de justificaciones, permiten a los dioses encubrir también las circunstancias concretas de los hechos que se produjeron, el estado de cosas entonces imperante, a fin de dificultar al máximo el retorno a ese estado de cosas. No de otra forma debe ser comprendida la rebelión de Saturno contra Urano, la rebelión del tiempo entendido como revolución permanente contra el orden rotativo pero implacablemente fijo del cielo en el que todo está escrito, la rebelión de la diacronía contra la sincronía, el discurrir del cambio contra la estructura del ser, de los oscuros movimientos del inconsciente contra la geometría de la conciencia; de acuerdo con esta dialéctica, la rebelión de Júpiter contra Saturno significa la restauración de un orden, la clasificación de los elementos conscientes e inconscientes que fija las fuerzas en movimiento, unas fuerzas entre las que no han de faltar nuevos elementos de disolución.

Es decir: todo a semejanza de los hombres: César contra Pompeyo como antes Mario contra Sila y después Octavio contra Marco Antonio. Y es que así como un vampiro acecha en la noche la presa elegida, recreándose por anticipado –mientras ésta se asea– en el momento en que, dispuesta ya a conciliar el sueño, él se abatirá sobre el tibio cuello, así el adulto se recrea en la educación de sus hijos esperando la oportunidad de descargar en ellos el peso de todas sus culpas, sus obsesiones, sus abismos, de lograr así convertirlo en uno de los suyos, capaz –en posesión ya de todas las cargas que le han sido transmitidas– de perpetuar por una generación más la especie. Y sólo cuando algo anda mal, cuando no lo consigue y comprende que ha engendrado un monstruo, ya que si el vástago no sale como él es porque se trata de un monstruo, lo que se dice un monstruo, un verdadero monstruo, aparece la figura de Frankenstein, simple variante del caso anterior, el bala perdida de la familia, la oveja negra, ese ser artificial hecho de residuos humanos, de detritus, casi podríamos decir, un ser entre subnormal y perverso respecto al cual –dada su deformación así moral como física– lo más piadoso sería destruirlo, quemarlo como se quema un castillo o un mal libro, devorarlo como devoran las llamas o como es devorado un recién

nacido, por su propio bien, en cierto modo, toda vez que, más que no servir para nada, tal engendro es incluso nocivo, una criatura que, como a Lucifer, hay que raer de la faz de la tierra, recluir en el más profundo de los infiernos. El único problema es que, en realidad, se trata del combate que, como el de san Jorge y el dragón, uno emprende consigo mismo. Ese combate en el que así el monstruo como el caballero han de perecer para que, en su lugar, aflore la princesa encantada. Tan sólo con los siglos, y consumado el sacrificio de la ballena blanca, sobreviene la duda irreparable sobre el significado de lo acontecido y de las consecuencias de la acción, sobre si la ballena blanca muerta no era en realidad monstruosamente hermosa y sobre si la princesa tan esperada, tan activamente buscada, no sería algo más que el vértigo final, el remolino, el espejismo que precede a la última imagen de lo que se hunde.

Hasta el momento has hablado del padre. Pero ¿y la madre?, preguntó alguien desde la penumbra. ¿Es que no hay vampiros hembra? Y Carlos: ¿qué ha de ser, qué será pues esa dama mordida en la yugular mientras se dispone a meterse en cama sin advertir que ha sido observada por un caballero en traje de etiqueta, ataviado con esa capa que tan fácilmente se transforma en silencioso aleteo?

No, no era exterior la oscuridad, de crepúsculo, de eclipse, sino interior, esa clase de oscuridad que empieza a dejar de serlo en cuanto los ojos se habitúan al ámbito circundante, bajo aquella bóveda estriada que uno tomaría por el paladar de una ballena, siguiendo casi a tientas aquella sucesión de espacios cavernosos, angosto como una garganta el paso de uno a otro, el esófago, el estómago, el intestino, el esfínter que ciega la recta final, todo como en las entrañas de un pez, la tibia humedad de los corredores recorridos, se diría, por una vibración o estremecimiento, estrechos corredores reducidos aún más, si cabe, en amplitud, por las estalactitas y adherencias vegetales que invadían su contorno, refugio de cangrejos fugitivos y quietas lapas, y aquel resonar lejano, semejante al que produce el mar en el fondo de una gruta, impresiones imperantes hasta que uno empieza a reparar en la claridad que le alumbra, resultado, sin duda, del esfuerzo de una batería fatigada, y en la trepidación irregular de los motores y, sobre todo, en la cavidad en espiral que, como la concha de una caracola gigante, se abre sobre sus cabezas, antes incluso de dar con la escalera resuelta en círculos concéntricos que ha de llevarles al amplio salón decimonónico donde las aparatosas arañas se agrisaban y deslucían a la pobre luz de las escasas bombillas no fundidas, raídas las alfombras y pasado el damasco de los cortinajes, de los desfondados asientos, sueltos los muelles, saltados los botones de la tapicería capitoné, un terciopelo pelado, de color impreciso, bufados los zócalos, desconchados los relieves del dorado estuco, cedidos los listones del

parquet, inútil, por supuesto, pretender avistar a través de aquellos ventanales panorámicos otra cosa que el verde ondear de la flora y fauna que poblaba su cara externa, un verde resplandeciente, matizado de reflejos multicolores, algo así como un acuario visto al revés, desde el interior vacío, y afuera el mundo submarino, innecesario ya, completamente innecesario, que el noble anciano, volviendo la espalda al órgano resollante, al teclado del cuadro de mandos, y no sin poner previamente el piloto automático, se incorporase en lo posible y dijera: bienvenidos al Nautilus, amigos, para saberse en presencia de ese heraldo de la contracultura llamado capitán Nemo.

En mi opinión, si me permitís expresarla, dijo una vez se hubieron instalado todos, hay algo más que eso, pues así como el hombre marginó y redujo hace ya milenios el valor de la mujer, hasta hacerla derivar del aprovechamiento de una costilla sobrante, así, de forma parecida, procedieron los dioses, arrinconando la memoria de la diosa madre en beneficio de la figura del dios padre. Considerado a partir de esta realidad, el caso de Edipo no responde tanto a un error de interpretación cuanto a un falso ejemplo, a una prueba cómplice, velo consciente o inconscientemente interpuesto entre el verdadero planteamiento del problema y nosotros. Una escenificación inscrita en ese movimiento tendente a ocultar por medio de un presunto parricidio original un matricidio anterior, envuelto en las brumas de ese Caos que, como bien habéis señalado, da cabida a cuanto ha sido, a cuanto debe ser olvidado, un crimen primero, una ingrata devoración de la que sólo nos quedan vestigios sublimados por el paso de los siglos, dulcificadas imágenes como la del pelícano que ofrece su propio cuerpo a la voracidad de los pequeños, y sólo como fantasía, como pura fantasía, el recuerdo de una cabeza que cuelga asida por su ensortijada cabellera de serpientes. Una cabeza de efecto no muy distinto, por otra parte, al que debía producir la de Clitemnestra en manos de Orestes. Matar a la persona que nos trajo a la vida; deshonrar, castrar, escarnecer a quien pretende recrearse en nosotros, modelarnos a su imagen y semejanza. Esto es: violar al padre, asesinar a la madre: tales son los verdaderos términos del mito que todavía pervive en las grietas más recónditas de nuestra mente. Un mito personificado, así pues, no tanto por Yocasta y Edipo, cuanto por Clitemnestra y Orestes, un Orestes de rasgos previsoramente minimizados gracias a una marginante aureola de demencia que permita recluirlo de por vida. Impulsos soterrados más que en estado de latencia, algo que, mejor que soslayar o incluso negar, hay que ignorar, ignorar pura y simplemente. Literatura: eso es todo.

¿Una prueba de que mis afirmaciones son ciertas? El que se tenga por obvio y natural lugar común exactamente lo contrario: acatar la

autoridad del padre, salvaguardar la integridad física y moral de la madre, la puesta en duda de cuya pureza es el primer golpe que, en el curso de una pelea, cada contrincante, fuera de sí por el alcohol o la furia, asesta a su adversario, la madre del otro, la puta, la zorra, esa bicha que hay que aplastar como se aplasta una serpiente, un problema que –fuera de sí– cada uno casi parece tomar como propio. Fuera de sí, cuando en uno brotan, como lava expulsada por un volcán en erupción, los rencores más insospechados. Esa traición de la que cada madre hace víctima a cada uno de sus hijos, por ejemplo, y que no por cuidadosamente olvidada dejará de provocar en el niño adulto, bajo las apariencias más diversas, una reacción de rechazo de la mujer en general, que tan sólo será capaz de superar mediante una oportuna liquidación de la estampa materna, quedando resuelto el elemento patológico en simple y ocasional misoginia.

Una liquidación simbólica que raramente suele realizarse antes de que el problema empiece a perder importancia por sí mismo, a transformarse hasta ser totalmente reemplazado por otra clase de problemas, a mitad de camino entre la infancia y la vejez, cuando, aunque seamos la misma persona, no tiene ya nuestro cuerpo una sola célula del niño que fuimos ni tampoco aún del ser que seremos con los años, retorcedura y decrepitación. Y, como en lo físico, así en lo síquico, aunque no sin violencia, no sin forzarnos a una operación de tal dureza –consistente en un implacable vaciado del lastre acumulado que nos permita ascender, elevarnos por encima de la condición a la que estábamos sujetos, una experiencia similar a la que en las llamadas sociedades primitivas y a edad harto más temprana, corresponde o es encomendada a los rituales de iniciación– que son muchos los que no aciertan a llevarla a feliz término, condenados a seguir acarreando –joven la presencia y ruinoso el interiorsu bagaje adolescente, un bagaje –y puedo afirmarlo, toda vez que conozco el caso de cerca– con frecuencia manchado de sangre indiscriminada. En otras palabras: del crimen que reaflora, de su reaparición compulsiva, ese crimen primero al que alguno de vosotros ha hecho referencia y que puede ofrecerse revestido de los principios más sagrados, arropado por un cuerpo doctrinal irrebatible, sea de carácter ideológico su contenido, sea patriótico, sea religioso. Pues, como las islas, así los hombres, la diferencia que hay entre la isla de Robinson y la de Lincoln, entre el éxito de la labor colonizadora del hombre y su fracaso, la destrucción del producto de esa labor por las fuerzas contrapuestas del agua y el fuego, fuerzas contrapuestas que también existen en cada uno de nosotros, que pueden acabar con nosotros a la vez que con el enemigo que hemos creado.

Aparentemente, la isla de Granite House no es muy distinta –salvo en lo que a dimensiones respecta, siempre difíciles de apreciar por

parte del profano, en alta mar, a lo lejos, sin elementos de referencia– de la Meda Gran, situada en el extremo meridional de la bahía de Rosas, o del mismo Cucurucú, frente a Cadaqués. Es decir: una solitaria prominencia de roca desnuda, de aspecto no ya inhabitable sino incluso inaccesible en razón de la misma verticalidad de su contorno, algo sin más interés para el navegante que cualquier otro dato de similares características señalado en sus cartas, uno de tantos puntos que lo más oportuno es rehuir. Y es que, de hecho, la única vía de acceso, la utilizada por el Nautilus, escapa a la vista del navegante: una caverna submarina que conduce directamente al interior de Granite House. Y sólo entonces se percibe que, lo que exteriormente semejaba una protuberancia montañosa, corresponde, interiormente, al cráter no menos perpendicular de un volcán cuyo fondo constituye a la vez el lecho de un lago, un lago donde el escaso cielo visible no bastaba para contrarrestar las sombrías tonalidades que las paredes imprimían a sus aguas. En el centro del lago y como único elemento móvil en aquel panorama por completo inanimado, brotaban de forma intermitente grandes burbujas parecidas, tanto por su sonido cuanto por el dibujo de las ondas en expansión que recorrían la quieta superficie, a las que se producen en un acuario. Con la marea baja, el nivel de las aguas descendía hasta dejar el lago totalmente vacío, y el fondo ceniciento y viscoso cobraba entonces una apariencia como de corteza de un planeta elemental, su impreciso relieve agitado por pequeños seres marinos en busca de cobijo. El Nautilus quedó varado sobre un costado y sus ocupantes salieron al exterior tras comprobar que el capitán Nemo, tumbado asimismo de costado, se había dormido.

Justo en la zona que correspondía a lo que fue área central del lago, allí donde antes brotaba el burbujeo, se abría ahora, como las fauces de una ballena, una lóbrega gruta que parecía exhalar fuertes corrientes de aire tibio, verdaderas ráfagas atemporaladas según se iba uno aproximando a la entrada, origen o fuente, sin duda, de las burbujas que, cuando con la marea alta se formaba de nuevo el lago, impedían que tal abertura fuese anegada por las aguas. Precedidos por el fiel arponero canadiense Ned, se aventuraron todos en la gruta, no por escabrosa y escasamente iluminada intransitable. A los pocos pasos, como custodiando el acceso, como puesto de guardia o garita de centinela, una cavidad abierta a manera de hornacina o capilla lateral de una iglesia, de baptisterio, por ejemplo, la sibila. Se hallaba desnuda y tendida en aspa sobre un amplio lecho de pieles alumbrado por antorchas, envuelta en emanaciones sulfurosas, acaso simple aura o reflejo de sus propios cráteres, de sus propios fuegos interiores, de los humos y ardientes savias que producen esos fuegos del cuerpo al entrar en contacto con el silencio de hielo que constituye el centro.

Tenía una cicatriz en la garganta, o tal vez únicamente una grieta o fisura como las que a la larga se presentan en cualquier escultura tallada en madera, y hablaba, en consecuencia, con la vulva, sus grandes labios inferiores articulando no sin dificultad las palabras, entrecortadas las sílabas por emisiones de humos, sulfurosos a juzgar por el olor, siendo difícil precisar por qué orificio concreto eran expelidos, por ambos a la vez posiblemente, dado el movimiento ondulatorio que experimentaba su vientre, la alternancia hinchazón-vaciado que, como un burbujeo, las precedía; su voz era la de Aurea y su respiración semejaba el rumor a mar de una caracola, sólo que pautado, o el de una respiración profunda oída por teléfono. Como en esa novela B, incorporada al relato de una novela A, en la que el presunto seudónimo del autor o autora de B corresponde al verdadero, al nombre del autor de A, y el presunto autor de ésta corresponde a un simple seudónimo, así tú, dijo. ¿Quién?, preguntaron. ¿De quién hablas?, la suelta de una nueva nubecilla sulfurosa por toda respuesta.

Prosiguieron conducto adentro, una cueva que tan pronto se dilataba en oscuras bóvedas como se reducía a poco más que un orificio de difícil paso, sorteando en su descenso ígneos ríos de lava, extraviándose casi en los intrincados bosques de estalactitas que, como carámbanos al sol, se fundían y confundían, salvando torrenciales saltos de agua gracias a formaciones rocosas tendidas de lado a lado sobre erosionadas ojivas, flujos confluyentes de caudal acrecentado según se profundizaba, al tiempo que se ensanchaba el paisaje y la vegetación se desarrollaba y definía, no ya musgos y líquenes sino matojos y hierbas ladera abajo, cada vez más risueño y amplio el campo visual, un matizado predominio de verdes y azules tan sólo limitado por una lejana cadena montañosa de nevadas cumbres, suave la pendiente que alcanzaba hasta el borde mismo del lago en el que iban a desembocar los diversos ríos, amenidad de un panorama que no parecía sino estimular la ya de por sí animada conversación de los expedicionarios.

¿Es lo mismo sibila que pitonisa?, se preguntaban. ¿No vendrá eso de pitonisa de pitón hembra? ¿De esas serpientes verdes, quieres decir, que se revuelven entrelazadas en el agua estancada? ¿Dispuestas a ser pisoteadas como las pisaría la Virgen? ¿Alguna de ellas lleva una manzana en la boca como quien ofrece un fruto prohibido? ¿Qué será pues la serpiente esa sino el propio diablo, es decir, nuestros instintos bajos como el bajo vientre? ¿Y quién sino la madre del hijo puede ponernos en guardia contra tales instintos deslizantes? ¿Y qué pasaría si cediéramos a esos presuntos instintos? Pues que desafiaríamos la autoridad del padre. ¿Pero cuál es el fruto prohibido? El verdadero amor prohibido. ¿Y qué clase de amor es ése? El amor del hijo por la madre; de ahí que la madre aplaste a la serpiente como se aplasta un

sexo, palabras, frases intercambiadas, en su gozosa irreflexión, como bajo los auspicios de Venus Afrodita, hija, como la vida misma, de la espuma del mar, del esperma del Cielo, de la espuma del esperma, guía imprescindible, desde el punto de vista astrológico, de las personas que pretenden descubrir cuanto de oculto hay bajo la tierra, lo que allí brilla, el manantial que brota, las fuentes que fecundan.

El centro de la tierra estaba ocupado por aquel lago de aguas límpidas al que todos quisieron asomarse, no tanto reflejo cuanto cristal, lente de aumento a través de la cual eran perfectamente visibles así el conjunto como los detalles del cielo estrellado, un cielo semejante al que uno puede haber contemplado de niño en las noches estivales, tumbado boca arriba en el jardín de una casa de campo, una finca como Santa Cecilia, por ejemplo, donde, con ayuda de unos prismáticos, cabe aproximarse a los planetas, a cada una de las estrellas que configuran las constelaciones, a la Vía Láctea, como aquella vez, posiblemente recién llegado de Barcelona, al comienzo de las vacaciones, en que le dijeron que la Estrella se había ido al monte hacía ya unos meses, lo que solían decirle cuando algún perro moría durante su ausencia, y él, por la noche, miraba al cielo viendo más bien los ojos radiantes de la perra, las estrellas doradas contenidas en cada pupila, preso en la duda que supone contraponer la credibilidad de la noticia a la realidad de que, no obstante, semejante huida cabía en lo posible. Un estado de ánimo propicio, en el recuerdo –una coartada si se prefiere–, para que, años más tarde, en el florido patio de una casa de pescadores, uno aguarde a que la perra de matriz sangrante se haya dormido y, entonces, aproximar el doble cañón de la escopeta a su cráneo, volver la vista, y disparar.

Como niños cuyo propio aliento contra el cristal termina por velar toda visión exterior, así contemplaban ellos el dibujo de las constelaciones, la enigmática dirección señalada por la flecha, los sinuosos repliegues del dragón, los osos polares, y anotaban sus impresiones, o simplemente firmaban, en el cuaderno de bitácora como si de un libro de honor se tratase, anotaciones de significación frecuentemente relacionada con el contenido de otras notas, a modo de diálogo atemporal entre interlocutores desconocidos, sus réplicas, sus codazos malintencionados. Ya te la enseñaré yo, capullo, firma ilegible, escrito a continuación de un entristecido. ¡Con lo que me hubiera gustado ver la Rosa!, frase comentada asimismo, a nivel más culto, por una observación de distinta caligrafía: ¿Y qué te creías, majo? No tienes el atractivo de Ganímedes para seducir a un dios (Purgatorio, IX, 19-24) ni una guía con un águila en la mirada que te transporte (Paradiso, I, 46-54), aparte de diversas inscripciones y grafitti, citas, números de teléfono, expresiones de deseo elocuentemente ilustradas, más propios de urinario de ligue que de

una nave espacial. Sólo unas pocas, pese a su carácter en exceso solemne o premeditadamente humorístico, como para mejor encubrir la obsesión implícita, denotaban una mayor altura de pensamiento. Así, aquel ¿Dónde acaba la última Vía Láctea? O mejor: ¿Y qué hay afuera? Y aun: O, más bien, ¿qué hay fuera de afuera? Y a manera de respuesta: Pero ¿y por qué no ser optimistas, de tal modo que, invirtiendo la concepción antropomórfica, en vez de considerar el mundo como simple molécula de una meada que suelta un ser infinitamente superior, por ejemplo, breve caída para nosotros eterna, considerar que cada instante de cada meada de cada uno de nosotros genera millones de millones de universos? Y, en especial, adecuadamente protegida por la retórica, aquella pregunta –¿Y qué es el caos inicial sino la oscuridad del útero, el proteico dominio de las aguas inferiores?– que escribió alguna mente preocupada por los orígenes del mundo, como intuyendo que la respuesta no podía ser sino la proyección de la respuesta realmente buscada, la relativa a sus propios orígenes. Y es que, así como no es Dios quien crea a los hombres sino el hombre quien crea a los dioses, así, y bien que lo experimentan numerosos escritores y artistas, no es el autor quien elige sus temas y sus tramas, sino esas tramas y esos temas los que eligen su autor, una temática y unas formas singificativas conformadas tanto por el anudamiento de los trazos conflictivos propios del mundo en que vive nuestro autor, anteriores a él, problemas, esto es, no de orden individual sino colectivo, sea consciente el nivel en que se producen, sea inconsciente, cuanto por los rasgos maestros de la personalidad de ese autor, demonios de cuya singular cópula el autor, nuestro autor, se convierte en único portavoz posible, poseído por ellos más que poseyéndolos, por más que luego sea él quien aparezca ante el mundo como su creador. Y así como según los antiguos no es la Tierra la que procede del Cielo sino, antes bien, el Cielo quien procede de la Tierra, la Tierra surgida a su vez del Caos –ese insondable útero al que hace referencia la notación de nuestro anónimo predecesor–, la madre Tierra que igual que ha creado al hijo lo mutila, le amputa el sexo; y así como es de la Noche de donde procede el Día y no al revés, así, de modo semejante, la clave última de esa realidad sublimada del hombre que son sus obras, habrá que buscarla no en esas obras sino en la obra de tales obras, en las áreas más oscuras de la personalidad de su autor, esas áreas que, como la Noche en relación al Día, siempre están al otro lado, igual que la Muerte y el Sueño, hijos de la Noche, lo están respecto a nosotros.

Aspectos contrapuestos y compensatorios, simetrías invertidas que, desde su dicotomía esencial, el hombre proyecta sobre el mundo. De ahí el Uno, la única forma de concebir a Dios, como unidad, ya que el Uno es la más perfecta representación de lo que ni tan siquiera tiene

partes puesto que no existe; y de ahí también el Caos, el todo que precede a lo que no existe, algo hecho añicos desde siempre, el espejo de lo que no se recuerda. Y de ahí, finalmente, que el número dos sea en realidad el primer número, respecto al cual el número uno no es más que la expresión ilusoria y virtual de una de las dos mitades que lo componen, resultando ser, en consecuencia, el número tres el segundo número de la serie natural a la vez que síntesis de los que le preceden, de lo real y de lo especulativo, de lo que existe y de lo que no existe. Ya que, como el dos, su antecedente, así la persona, la relación antagónica entre las partes de luz y de sombra que la forman. Y es que de igual manera que, para ese hombre poseído por el deseo de procreación, poco o nada tendrán que ver con tal deseo sus deseos y satisfacciones sexuales o la copiosa afluencia de licor seminal que pueda derivarse, así, no menos equivocado sería atribuir a la creación artística sentimiento placentero alguno antes que necesidad compulsiva, impulso irrefrenable. Diferente, por completo diferente, es el fruto de tal impulso, cuando el hijo se contempló por primera vez reflejado en el agua y amó a Dios, y desde entonces sigue llamándolo, persiguiendo la respuesta que le van dando las montañas. Hasta que finalmente comprende, y es entonces cuando a su vez empieza a sentir el mismo impulso, de cuyo furor acabará poseído, perpetuar la aberración, repetir el acto.

Consultadas las cartas del espacio, era obvio que el principal obstáculo que debían vencer en su trayectoria lo constituía la tajante línea de oposición establecida entre Urano en Aries y Marte en Libra, presagio de dificultades encontradas y accidentes violentos, ante los cuales pudiera resultar difícil tomar las decisiones oportunas en el momento oportuno. Por el contrario, el tríguno configurado por Plutón en Cáncer y Júpiter en Escorpio representaba una perfecta vía de escape, la posibilidad de orientar el rumbo por aguas seguras, sin temor a contratiempos, hacia Neptuno y, una vez allí, hacer escala el tiempo que fuera preciso, en espera de que se verificase la conjunción de Urano y Marte. Cuando la conjunción se produjera, una súbita vibración sacudiría la nave y, a ciento sesenta grados de distancia, un vivo destello sería la señal de que la constelación de Acuario había abierto sus puertas.

¿Derrotero obligado? Sólo hasta cierto punto, sólo si consideramos que los datos que lo prefiguran responden a criterios del todo objetivos, ajenos por completo a la intervención subrepticia de una mano que bien pudiera ser la nuestra. Pues así como el Padre, tal un demente o borracho, se proyecta en el hijo para ser crucificado, o como cualquier otro dios adopta una forma cualquiera –nube, toro, cisne– para engendrar un nuevo ser, así el autor suele proyectarse sobre las formas por él creadas no tanto para darles un soplo de vida

cuanto, ante todo, para explicarse a sí mismo, para realizarse, por ejemplo, a través de sus personajes o de lo que a esos personajes atribuye, y, ocultándose o creyendo hacerlo, mejor revelarse, el Flaubert c'est moi de Emma Bovary o frases por el estilo, aunque también sólo hasta cierto punto, independientes como son las obras del propósito con que fueron realizadas, supeditados como están los derroteros que uno se traza a los hitos y puntos de referencia que previamente ha fijado en la carta. Y es que, así como Freud difícilmente hubiera podido levantar un plano de las oscuras zonas de la neurosis sin ser él mismo y en primer término un neurótico, sin explicar en otros los síntomas que, antes que otros, había experimentado en sí mismo, de modo que la personalidad de Freud se manifiesta mejor que en ningún otro lugar en los casos clínicos por él analizados, así, de manera semejante, es a través de la estructura de una obra de ficción, de los personajes, argumentos, situaciones y hasta descripciones que la pueblan como mejor podemos establecer, ejerciendo nuestra agudeza crítica, la personalidad del autor, siendo de hecho los diversos elementos que componen la obra los que configuran el verdadero rostro de su creador y, más aún, a través del lenguaje por él utilizado, hasta el punto de que resultaría difícil decidir si ese lenguaje es su proyección o bien él es la proyección de ese lenguaje, que, en última instancia, puede revelarnos acerca de él cosas que acaso ni él mismo conoce. Y es que así como la creación literaria es susceptible de parecer una mera imagen de la creación de los dioses y su mundo por el hombre, esta última será a su vez simple metáfora de la creación onírica, siendo producto las tres de los mismos olvidos inmotivados cuyas raíces se pierden en los siglos de los siglos. Pues así como tanto más propensos a los actos de locura son los dioses cuanto más parecen ignorar que su enemigo antagónico no está sino en ellos mismos, así, no menos necesario a ese hombre poseído por el ansia de procreación es cobrar conciencia de en qué cosa consiste lo que él conceptúa natural instinto de reproducción, de las caras ocultas y los ecos de su cumplimiento, que al creador, a nuestro autor, desentrañar los impulsos que le llevan a crear, si no quiere que su obra termine volviéndose en contra suya, con independencia del valor estético de lo creado. O de lo destruido, variante la destrucción de la creación y no menos necesaria para quien la realiza en relación a su propia entidad, a semejanza de nuestro hombre poseído por el ansia de procreación, que estruja y retuerce el cuerpo propiciatorio, en el curso de la cópula, en su deseo de engendrar un monstruo.

Comparable en angustia únicamente a la que puede producir la actitud inequívoca de ese vagabundo que se nos aproxima en descampado, o esa culebra que pisamos sin advertirlo y se revuelve bajo nuestro pie, o, incluso, una mera respiración profunda sonando

por toda respuesta en el teléfono, así el espectáculo que se ofrecía a su alrededor, aquella rotación de figuras con frecuencia amenazadoras que le envuelve a uno, caballos alados, águilas, leones, alacranes, perros, cisnes, lascivos adolescentes, hercúleos luchadores, seres de rusticidad extrema, rojos toros, centauros de color púrpura, cangrejos morados, violáceas profundidades del anillado dragón, marmórea crueldad la de una virgen hierática en aquel girar de cuerpos entrelazados como las serpientes se entrelazan en torno al cuerpo de Laocoonte, una visión de tonalidad cada vez más escarlata que lo mejor sería abandonar cuanto antes, dejar todo aquello colándose por el cuello del ánfora que vierte el sereno aguador, dejándose arrastrar por la corriente del agua que se precipita desde los cielos, dejándose caer entre glaciares y témpanos y castillos de hielo, remolino abajo, un remolino como un cráter de níveas paredes, con relieves porosos danzando en derredor, fieras momificadas y carabelas al viento, formas que uno creería arremansadas por su contraste con el arrebatado descenso de las aguas superiores sobre las inferiores, aquel abrazo fruto de la violencia apasionada con que vuelve a juntarse lo que con violencia ha sido separado, agitada conjunción en la que no cabía distinguir una parte de otra, hervores de espuma en ascenso, revuelo de encrespaciones y abismos turbulentos, como si el mar fuese apenas ese charco que recibe la meada de nuestro niño infinitamente grande, aguacero y temporal de tal naturaleza que, así desencadenados, en plena noche, cualquier nave que no tuviese la forma de arca –la más apropiada en estas ocasiones– hubiera zozobrado a sus primeros embates, olas abriéndose sobre sus cabezas, fauces devoradoras, profundas gargantas gritando –la una eco de la otra– os he traído conmigo para que, llevados de vuestro propio peso, os perdáis en mí.

Hubo un motín contra el Grec, un Grec inepto, desbordado, asido inútilmente al timón frente a las aguas que se le venían encima como un acantilado que se desploma, revelándose así, a la nocturna luz de los relámpagos, como lo que realmente era: un viejo borracho, un fantasmón, un farsante, un pobre diablo capaz sólo de inspirar miedo a los niños, un piloto de taberna portuaria capaz únicamente de conducirles al naufragio. ¡Patrón viene de padre!, gritaban los alborotadores. ¿No es el Rey de las Langostas? ¡Pues a destronarle!, y el Grec se dejaba hacer y decir sin chistar, los insultos, las burlas, la destitución, los galones y medallones que le iban arrancando como si le arrancaran los ojos, estampa misma de cualquiera de esos reincidentes que uno encuentra en las cárceles, un tío bujarra de esos, flojón y desfondado. Pero bastaba echar un vistazo a las bodegas para percatarse de que el verdadero peligro no estaba fuera sino allí, en el cargamento que transportaban, toda esa fauna de seres convertidos –

como Circe, la mujer convertida en cerdo– en arrecifes, escollos, rompientes y demás formaciones rocosas del género de esos relieves de significativa toponimia que el navegante puede avistar a lo largo de la costa entre Rosas y Port de la Selva, por ejemplo, el Cavall Bernat, el Cap Gros, la Punta Prima, etcétera. Y así, de modo similar, aquel erosionado escollo solitario era el desdichado Príamo, y Proserpina la gruta roja y rugiente, y el bajo fondo que afloraba en el vaivén de las aguas, señalado apenas por un dibujo de espuma, de hortensias blancas, acaso Eugenia, abriéndose paso entre los inmortales, entre los que no morirán jamás porque ya han muerto, vueltos al dominio de lo mineral, piedra ejemplar, impasible a los caprichos del agua y del viento como cualquier otra configuración del planeta cuya anterior identidad desconocemos, esos atolones madreporíficos del Gobi, los desiertos oceánicos, las rompientes de Arizona, los cráteres de Nueva York, las selvas carbonizadas de Rotterdam, los rescoldos humeantes de Barcelona.

No, lo que iba a suceder, lo que tenía que suceder, no era tanto respuesta a una motivación exterior cuanto interior: que el arca se abra como se abre un huevo, que el contenido rompa al continente y la nave se estrelle contra su propia carga, lastre que no merece ser salvado, que mejor se hunda con la nave y sus tripulantes y restantes pasajeros cuando a duras penas uno puede salvarse a nado, alejarse a tiempo del remolino que se forma al concluir un naufragio, y, con mayor razón todavía, teniendo en cuenta que todo hubiera resultado inútil, dada la distancia que le separaba de la costa, lo lejos que de ella se encontraba, sin el auxilio de uno de esos pretendidos monstruos de mar, de esos enormes peces que se tragan a los náufragos para trasladarlos sin daño hasta la orilla. Y entonces, como un muñeco de madera, o como ese soldadito de plomo que, huyendo de una rata, es engullido por un pez y sólo en sus entrañas regresará al fuego del amor perdido, uno se encuentra intentando incorporarse en la cavidad bucal del pez, tanteando a gatas aquel terreno palpitante y movedizo, barrido de vez en cuando por nuevas rachas de agua, mientras los ojos se habitúan a la escasa luz verdosa que llega a través de aquellas barbas venerables, floridas de vegetación marina, abrigo de cachazudos moluscos y solitarios ermitaños, y así, aunque todavía tanteando, puede uno ir adentrándose en busca de un lugar más seguro, menos inestable, entre el plateado rebullir de pequeños peces y el balanceo arremansado de los restos de otros naufragios, bajo la oscura bóveda en forma de quilla invertida del paladar, tomando los movimientos espasmódicos de la epiglotis como punto de referencia y, atrás ya la garganta, seguir adelante, recorrer uno a uno la sucesión de espacios interiores, esófago, estómago, intestino, cada vez más a ciegas, hasta alcanzar el cómodo ensanchamiento del recto, en espera

de ser expelido por una descarga del esfínter, esa diarrea que uno oye llegar de lejos como una carga y que como una carga se precipita hacia fuera con una violencia y movilidad sólo comparables a las de Atila y sus galopantes huestes acudiendo al llamamiento de Crimilda en su venganza, en sus ansias de exterminio que la mueven contra el traidor Hagen; ese vaciado interior, esa suelta de peso muerto, esa fase purgativa, purificadora, condición previa, inexcusable, de todo proceso ascensional o de uno de esos viajes tan despreocupadamente emprendidos –como la puesta en marcha de un mundo por su creador– y que tan trágicamente acaban, como el eco de una flauta ante las costas esquinadas, terminantes, del Cabo de Orfeo, salvándose uno de las olas como sólo puede salvarse el dios que ha desencadenado la tempestad o como acostumbra a salvarse su protegido, un niño, en ocasiones.

Llegar a la orilla, algo siempre fatigoso para el náufrago, un esfuerzo semejante, por la lenta recuperación que requiere el salirse, a uno de esos sueños en los que el soñante, turbado todavía por el material soñado, cree despertar sobre un lecho de tierra blanda y esponjada donde, sin escarbar apenas, aparecen huesos anaranjados. Y únicamente poco a poco, como reanimado por el tibio sol de poniente, va uno volviendo en sí, incorporándose, contemplando el mar que se extiende a sus pies, lunares verdes y movedizos configurados en la espuma como anillos de serpiente, esa imagen de mar y hierba unidos sin aparentar solución de continuidad que puede captar una persona recostada en la suave pendiente de un prado, sobre los acantilados, y que, sin embargo, es anterior, en cuanto impresión visual, a la imagen del Cabo Norfeo, por ejemplo, no digamos ya de la vista del mar desde aquel motel situado entre San Juan de Luz y Biarritz, prados abajo, cuando por primera vez pareció resonar un aire ya escuchado, la reactivación de un recuerdo que bien pudiera relacionarse con la primera infancia, quién sabe si la mera magnificación de unas pocas hierbas crecidas en una de esas ondulaciones arenosas que suelen formarse en la parte más retirada de las playas, único elemento de contraste, para un niño que otea allí tendido, frente al mar lejano.

Un dato que merece ser tenido en cuenta a la hora de recapitular, de hacer recuento de lo que fue el regreso a Rosas con Rosa, de aquellos días pasados trabajando en las líneas maestras de la obra, una obra que, como esa ciudad tan minuciosamente diseñada y descrita una y otra vez en el curso de la historia, de acuerdo con las necesidades del momento, en la creencia, por lo general, de que ninguna de ellas puede ya ser alterada, proyectos que si alguna vez han comenzado a ponerse en práctica nunca han sido terminados, y al fin resulta que las modificaciones impuestas por la realidad y sus vicisitudes son tantas que ni su arquitecto original sería ahora capaz

de reconocerla, así, como esa ciudad, la obra, toda obra en elaboración, respecto a su concepción primera, toda vez que, al cambio impuesto por el propio desarrollo de los elementos que componen dicha obra, hay que añadir los cambios que paralelamente experimenta el autor. Y así también, como algo que sólo tiene realidad en el papel, sobre el plano, la mayor parte de las imágenes que guardamos de la infancia, al igual que de cuantas a partir de entonces, del momento en que se empieza a fijar en representaciones la propia infancia, uno suele hacerse de sí mismo. Un trabajo no muy distinto, a fin de cuentas, del que supone la obra en cuestión, seis días entre todo, un tiempo tradicionalmente apropiado para dar por acabada una obra.

La cólera de Aquiles

I

De las mujeres me atrae únicamente el cuerpo. O mejor: determinadas partes del cuerpo. Eso no significa, ni que decir tiene, que prefiera los hombres: en modo alguno. He tenido amantes masculinos, en ocasiones creí amarlos; hasta llegué a estar casada. Pero el cuerpo del hombre, incluso en el mejor de los casos, cuando se trata de un cuerpo joven y hermoso, es árido y duro, áspero al tacto, lo menos adecuado para incitar a una caricia o buscar en él recogimiento. Cuanto me atrae de los hombres, su sentido de la amistad, su claridad en el trato, el carácter consecuente de su pensamiento, pertenece al dominio del espíritu, no del cuerpo. Exactamente lo contrario de lo que sucede con la mujer, de lo que la mujer es: pura invitación al amor el cuerpo y a la contemplación absorta el oscuro mecanismo síquico que encierra, lascivia y crueldad posesiva entremezcladas a una ilimitada capacidad de traición. De ahí que si alguna vez he creído estar enamorada de un hombre, jamás he llegado al extremo de creer que estaba enamorada de una mujer.

Cuando era joven, mejor dicho, cuando tenía alrededor de veinte años en lugar de alrededor de cuarenta, tuve toda clase de experiencias. Y desde entonces no he dejado de tenerlas. Por eso puedo hablar como hablo, decir lo que digo. Porque –y no sólo durante mi primera época parisina– he tenido ocasión de probarlo todo. Incluso he practicado el amor como un hombre suele hacerlo con otro hombre. Pues bien, la conclusión que con los años se me ha ido imponiendo por sí misma es la siguiente: en lo que al hombre concierne, más que aspectos de su cuerpo, me han atraído, podrían atraerme todavía, determinadas proyecciones de ese cuerpo sólo hasta cierto punto físicas: la mirada, la voz, la risa, la sonrisa, la forma de moverse.

En cuanto a las mujeres, lo que menos me gusta es, precisamente, el conjunto de la persona. Su modo de ser y, sobre todo, de actuar: esa manera tan suya de seducir, y una vez alcanzado el objetivo, disponer a su arbitrio de la felicidad o desgracia de su presa. Pero lo peor es la convicción que parece imbuirlas de conseguir más por las malas que por las buenas, y el hecho de que, por lo general, no les falten motivos para pensarlo. Sólo, por lo general, con otras personas; no conmigo. Conmigo no valen chantajes, y las traiciones –consustanciales, se diría, a la especie– encuentran siempre en mí la respuesta que se merecen. No por venganza; tampoco por amor, desde luego. Nada más lejos ya de mí que la pretensión de amar o ser amada, ni de convertir en sana

venganza un amor contrariado. Simplemente quiero lo que es mío. Que no me quiten lo que me pertenece ni, menos aún, que me tomen por tonta. Debo aclarar, por otra parte, que no sé lo que son los celos, y que si hay alguien por quien nunca he sentido compasión es por mí misma.

Quizá sea demasiado concisa en mis afirmaciones, pero lo cierto es que me exaspera la incontinencia verbal de las mujeres. Cuando hablan de sus problemas, de sus cosas, todo como en una de esas novelas ambientadas en París que escriben los que son de fuera, obligándose a una concreción de la que, en el caso de cualquier otra ciudad, se sentirían eximidos: nombres de calles y plazas, parques, hoteles, el nombre del barman o el de la patrona del bistrot, cosas que a nadie interesan y, menos que a nadie, a los propios parisinos, ya que vivir en París no es ni un mérito ni una profesión, y semejante retahíla no tiene mayor interés que las explicaciones que a través de un micro va dando a los pasmados turistas el guía de una de esas excursiones en autocar que, en un solo día, muestran lo esencial de una ciudad a visitantes con prisas o simplemente desdichados.

En contrapartida, existe quizá un encanto mayor en conquistar a una mujer que a un hombre: hacerle morder el cebo de su propia seducción, caer en la trampa que ella misma ha tendido, dejarla enredarse en los hilos que ha ido tejiendo, auxiliarla en la tarea de cortarse la retirada, de corromper los principios que le sirven de amparo; toda una operación de largo alcance donde, como si de un puzzle se tratase, la recompensa reside en la dificultad que entraña y lo paciente se torna sugestivo, siendo Cadaqués punto privilegiado para su desarrollo, tal si sus habituales se sintieran libres en la medida en que alejados del confortable hogar barcelonés. Esas casadas que se desahogan con una, a sabiendas, sin duda, de que una tiene fama de lesbiana, a modo de instintiva coquetería: el marido, sus torpezas, su tacañería, su incapacidad de entenderlas, lo harta que las tiene, el asco que sienten cuando las toca. Supongo que cualquier dama de las que así me habla y que se debe creer una original, se sorprendería de lo frecuente que son esta clase de confesiones, la violencia expresiva con que son expuestas, no ya para interesarnos ni mucho menos por necesidad de contar a alguien lo que les pasa, cuanto por el deseo de que eso, lo que nos cuenta, se repita y comente, lo harta que fulanita llega a estar del pelma de menganito, la mauvaise milk que es capaz de gastar, lo independiente y de cuidado que ella es, etcétera, exhibicionismos y jactancias que no por más aparentes que otra cosa, más de cara a la galería que de trascendencia práctica, una tiene por qué desaprovechar si la ocasión que se nos brinda lo merece, ya que basta con tomarles la palabra al pie de la letra.

Estas reflexiones lúcidas, escuetas, concisas y, como es natural,

debidamente estructuradas, desprovistas del magma de otras mil ideas, sentimientos y aun sensaciones, son el resultado, en el recuerdo, de aquella siesta en Cadaqués, cuando, con la perspectiva que ofrecían las semanas transcurridas desde el comienzo de los hechos, me entregué a la tarea, insomne, solitaria, de reconstruirlos y analizarlos, a partir del furor inicial que rodeó el descubrimiento de lo sucedido.

Los cabos estaban todos en mis manos y ni se me había ocurrido atarlos. Lo hice y, eso sí, de un modo fulminante, aquella noche de un 27 de junio de recuerdo aciago. Pero sólo cuando, vencida por el sueño, me retiré a dormir y, ya en la cama, me encontré con que algo me impedía conciliar ese sueño ansiado, sensibilizada, como sin duda estaba por mi radar particular, por uno de esos golpes de intuición que, lo mismo que un relámpago, parecen iluminarme en todo momento decisivo. Resulta casi humillante reconocerlo: que a una mujer como yo, a quien una de las últimas cosas de las que se la puede tildar es de ingenua, de que carece de sentido crítico, le pueda pasar eso igual que a una imbécil. Haberme dormido sobre mis laureles, ésta era precisamente la intuición que me mantenía despierta, el hecho contra el que me alertaba mi sexto sentido. Algo que, por supuesto, presupone la existencia de laureles. La seguridad derivada de mi situación dominante respecto a Camila, en este caso; de la confianza en mi penetración sicológica, en mi clarividencia. Una confianza que inevitablemente termina por dar paso al exceso de confianza, circunstancia tradicionalmente propiciatoria de todo ataque por sorpresa. Una confortable sensación de seguridad fundada en mi sentimiento de superioridad respecto a Camila, una mujer que si bien posee todas las cualidades que puedan ser halladas en una mujer –de no ser así, nunca hubiera llegado a ser mi amante–, posee también todos los defectos inherentes, por las razones que sean, a su condición. Y, asimismo, una total sensación de seguridad respecto a Roberto, un hombre lo suficientemente anodino –o vulgar, lo que se llama un hortera, basta ya de circunloquios– como para no despertar la más mínima suspicacia en cualquier persona con cierta clase: uno de esos tipos simpáticos y casi divertidos que van dejando secar su seso de año en año, al sol de las playas. Además, por lo que se ve, o por lo que pretende, medio argentino. Un Robert Taylor argentino. La versión dulzona de uno de esos seres canallescos que tanto abundan en las playas de por aquí, luciendo su piel bronceada y su discutible virilidad, entregados a la caza de la pobre secretaria centroeuropea de turno, localización y conquista que, gracias a su mucho oficio, llevan a cabo con precisión de ornitólogo, cobrándose un plus o comisión por

el dinero que le ayudan a gastar y, encima, se ríen de ella –que no entiende lo que se dice– ante los amigos, no te preocupes, nena, tú a lo que ya sabes, a lo tuyo, puntualizando innecesariamente qué es lo suyo con toda clase de obscenas precisiones; uno de esos seres canallescos. Resumiendo: las dos facetas de mi error: considerar en menos a ese Roberto, considerar en más –incapaz de caer tan bajo– a Camila.

Y entonces, no menos divagante mi cuerpo que mi mente, ni dando menos vueltas sobre sí mismo en el intento inútil de dormir, los hilos parecieron entretejerse, formar una trama. Había dejado a Camila y a nuestro apasionante huésped a solas en el celler, entregados a uno de esos insustanciales flirteos que tanto complacen a Camila, sobre todo cuando bebe champán. La conozco, sé que lo necesita, y siempre me ha parecido cruel privarla de expansiones, en definitiva, tan inocentes.

Se habían conocido –nos habíamos conocido, según él, el Robert Taylor argentino– en casa de alguien, circunstancia de la que, por supuesto, nada recuerdo. Y seguimos tropezándonos con él a cada paso, uno de esos zánganos inevitables en lugares como Cadaqués. Total, que aquella noche, después de coincidir en nuestro restorán preferido y tomar una copa en el Hostal, Camila le propuso tomar una más, la última, en casa. Yo me sentía fatigada pero accedí en atención a Camila, a sus caprichos, a sus arrechuchos de vitalidad, de consecuencias tan impensables como con frecuencia estimulantes, resueltos en insaciable actividad erótica, cosa, ésta sí, mucho más previsible y, ni que decir tiene, siempre presente en mis cálculos. El celler, el champán, los números de Camila, sus tangos, su maquillaje estilo años treinta, sus disfraces –o semidesnudeces–, su forma de mimar la actuación de una cabaretera: lo de costumbre. A mí me da más bien por una melodía norteamericana de la época de nuestros padres –The smoke gets into your eyes–, cuando no de nuestros abuelos –Ivette Gilbert–, y asomarme al embarcadero particular, a mirar embelesada el agua, sus luces nocturnas; cuando pongo la Misa Solemnis quiere decir que ya estoy irrecuperable, desenlace que, algunos días, puede provocar el champán mejor que cualquier otra bebida tras la primera fase de exaltación que le es característica, ese peculiar desplome con que responde nuestro organismo por motivos cuya naturaleza específica desconozco, aunque nunca andan lejos de estados tales como cierta fatiga previa, fatiga o hastío, así como de un intento de forzarnos a superar tal estado, de un apresuramiento excesivo, en consecuencia, en vaciar las copas. Aquella noche me dio por poner Core Ingrato, lo que significa –aparte de cierto reblandecimiento sentimental– que, si me da el aire, todavía puedo espabilarme lo suficiente como para decidir que ya es hora de recoger velas. En el embarcadero me dio el aire, y fue allí donde decidí

despedirme lo más discretamente posible, irme a la cama y dejarles que siguieran bebiendo y bailando tangos, casi sin que ellos se dieran cuenta de que yo me retiraba, por más que Camila podía estar más que habituada a este modo tan mío de dejar que la fiesta siga su curso, elemental, por otra parte, para toda persona de verdadera clase.

Se diría que necesitaba llevar un buen rato dando vueltas en la cama, desnuda, abrazada a la almohada como una niña en mis esfuerzos por dormir, para que, sin saber cómo, viniese a mi memoria lo de la postal y, casi simultáneamente, la relación entre esa postal y lo que bien pudiera estar pasando en el celler. Una postal de lo más vulgar –la típica vista de Piccadilly Circus– con un grafismo ilegible por todo texto, dirigida a Camila. Había saltado al suelo desde su bolso aquella mañana, mientras tomábamos un Martini en la terraza del Marítim, cuando yo empecé a hurgar entre sus cosas en busca de fuego. Lo malo de las postales es que ni siquiera te enteras de quién te las manda, recuerdo que comentó. Y sólo entonces, mientras daba vueltas y más vueltas en la cama, desnuda y como una niña abrazada a mi almohada, recordé otro comentario, éste de nuestro apuesto Robert Taylor, un rato antes, abajo, relativo a su reciente estancia en Londres, justamente en Londres. Casi simultáneamente se me impuso una pregunta: ¿a qué se debía la tardanza de Camila? Mejor: ¿por qué alargaba tanto con un pelma del calibre de nuestro apuesto galán? Me arropé en un albornoz de este tono bordeaux que tan bien me sienta –odio las batas, los saltos de cama y todas esas prendas que la gente considera picantes– y tiré escaleras abajo como un águila perdicera que cae sobre su presa. No parecieron enterarse de mi irrupción, los dos a media luz, como dicen los tangos, uno de esos tangos que sonaban y sonaban sin que ellos le prestaran mayor atención, así tendidos en el sofá, desnudos, perfectamente acoplada la simetría invertida de sus cuerpos, entregados ambos con aplicación a esas prácticas que los hombres piensan que nos vuelven locas y para las que ellos suelen estar tan escasamente dotados. No os mováis, por favor, tuve que decir a fin de hacerles abandonar tan torpe artesanía. ¡Os voy a sacar una foto!

Me sería del todo imposible reconstruir el mundo de ideas y sentimientos que parecía ahogarme en aquel instante preciso, mientras se deshacía ante mis ojos el cuadro que me había encontrado, súbitamente desbaratada su composición, una sensación de ahogo tan aguda que realmente resulta poco menos que inconcebible que pudiera haber hablado como hablé, con tanta serenidad y dominio de mí misma. Respecto a Camila, respecto a aquella pobre mujer que corría hacia mí y se agazapaba a mis pies, sollozando, balbuceando, intentando cubrir su desnudez con lo que fuera, como una por segunda vez infausta Eva, ¿qué pensamientos, qué deseos podía yo

abrigar sino el de no verla más, apartarla de mí, como fuera, saber que se encontraba lo más lejos posible? Y, al mismo tiempo, tenerla cerca, a mano, para hundirla, para destrozar su vida y no perderme el espectáculo. En lo que al apuesto Robert Taylor se refiere, sacarlo simplemente a patadas, ya que no hay ley, por desgracia, que autorice, en estos casos, sacarlo a tiros. ¿Qué otras consideraciones podía sugerir a cualquiera semejante show, Camila aferrándose a mis pies desnudos y yo zafándome, desprendiéndome de su cuerpo como de un perro excesivamente cariñoso o de una rata que intenta trepar por nuestras piernas, en tanto que él se iba vistiendo, ridículo –los calcetines, los calzoncillos y todo eso– a la vez que cachazudo, como inerte, un tipo canallesco cuyo lógico final hubieran sido las aguas de nuestro embarcadero, caso de haber pirañas en el Mediterráneo, pequeños peces multitudinarios que, en pocos minutos, destruyeran toda prueba de la ejecución? Tuvo que ser la propia Camila quien, increpándole, insultándole, maldiciéndole –por supuesto que en defensa propia– acabara conminándole a irse de una vez, a desaparecer, bastante mal nos había ya hecho abusando de su embriaguez y, sobre todo, de mi confianza, él, él que no era más que un pobre desgraciado. La bajeza que supone esa manera tan femenina de revolverse contra el ser con el que se ha estado yaciendo casi le valió mi aplauso, por lo que de respaldo a mi particular punto de vista pudiera representar, y únicamente el aspecto bufo de la situación –casi una escenificación– impidió que me manifestara en este sentido, ella a mis pies y él adormecido en una poltrona. No hay que dar importancia a este tipo de cosas, dijo el muy imbécil incorporándose; en Argentina son muy frecuentes. Broche de oro a toda una actuación, perfecta despedida –ahora que finalmente se ibapara un sujeto como él, un ser canallesco provisto de todos los trucos de conquistador barato, empezando por la típica medallita que cuelga en flecha sobre el vello pectoral que, en su descenso, parece señalar a su vez directamente al sexo, aquel abultamiento pulposo que nuestro gaucho cuidaba bien de realzar lo más posible. Uno de esos donjuanes de verano que, cuando la temporada toca a su fin, se saca de la manga los problemas que le plantea la mujer y lo mucho que quiere a los chicos y demás coartadas por el estilo, tras las que inevitablemente se escudan los casados o semicasados cuando quieren dar por terminada una aventura. Trucos de este género.

Camila me siguió escaleras arriba, se interpuso entre la puerta y el marco para evitar que me encerrase en la habitación, se hizo un ovillo junto a la cabecera de la cama, sobrecogida; mientras mi furor estallaba de nuevo, su onda expansiva cobrando mayor y mayor amplitud. La apartaba a manotazos, le gritaba que se fuera, que hiciera inmediatamente las maletas, que no se le ocurriera dejarse ver

nunca más. Las palabras y expresiones utilizadas fueron, ni que decir tiene, mucho más crudas, como corresponde a tales estados de ánimo, por lo que sería innecesario y hasta impropio transcribirlas. Ella, por su parte, la muy imbécil, repetía y repetía que había cometido una tontería, sí, pero que era una tontería sin importancia; que, de cualquier forma, ella hubiera sido la primera en contarme lo sucedido, la tontería aquella, la historia de cómo pudo llegar a dejarse seducir por un pobre desgraciado, algo incluso gracioso de puro disparatado, lo mucho que nos hubiéramos reído juntas, (¡reído juntas!), después, al comentarlo, el más absurdo de los disparates, bien mirado. Casi reía al decirlo, entre sollozos, y volvía a preguntarme, mejor, a preguntarse, que cómo, que por qué había bajado.

Dormía, dije. Y soñé que en el celler había dos serpientes entrelazadas. Me desperté con esa imagen y bajé.

Pero la imagen que volvía a mi memoria mientras así le hablaba era la obscena simetría de aquellos dos cuerpos desnudos y, más que el tango que les arrullaba cuando hice mi entrada, era el Catari, Catari de Core Ingrato la música que sonaba y resonaba en mi cerebro, el disco que yo misma les había hecho oír varias veces antes de retirarme, sumida ya en la flotación que produce el champán y que tanto propicia la sublimación romántica –camuflada de ironía– de esa clase de expansiones a las que una fue sensible cuando creía estar enamorada. Cosas de otros tiempos, para mí muy lejanas, ya por completo fuera de la influencia de tales estados anímicos, ya simple mecánica repetitiva, fruto de la fatiga producida por una parodia que –con independencia de lo que iba a ocurrir, antes incluso de que me retirase lo más discretamente posible– ya estaba durando demasiado.

Los abrazos de Camila se hicieron cada vez más estrechos y apasionados, caricias envolventes lo que al comienzo eran tímidas aproximaciones, suscitándose así, imperceptiblemente, una mutación paulatina en el signo de la disputa. Cambio táctico que, de haberle ofrecido yo antes la oportunidad, de habérsele ocurrido a Camila ponerlo en práctica desde el principio, acaso hubiera evitado que mi violencia verbal, ya que no mi energía física, alcanzase tales extremos. Lo cierto es que, a sabiendas o no de lo que se hacía, con cálculo o sin él, lo hacía bien. De vez en cuando nos quedábamos dormidas, y si un rescoldo de lo sucedido, como reavivándose, me sacaba bruscamente de mi sueño y me acometía de nuevo el furor insaciable –me hubiera resultado difícil precisar en cada momento a qué género pertenecía ese furor–, Camila lo aplacaba una vez más, con especial frenesí a partir del momento en que, sea por un lapsus, sea por lo que sea, le prohibí volver a verle, que el argentino y ella volvieran a verse en su vida, exigencia que, respecto a mi absoluto rechazo inicial de ambos, suponía obviamente un cambio de actitud por mi parte, y un estímulo

para ella en la prosecución del camino emprendido. Un camino –furia y delicia en alternancia– cuyos aspectos agradables yo no dejaba de aprovechar, ni tenía por qué hacerlo, tanto cuanto que se me estaban revelando dos facetas de mi propio erotismo hasta entonces ignoradas, ya que no por completo desconocidas: el placer que me producía el amor no exento de violencia –tirar del pelo, arañar, morder, etcétera–, una violencia más que justificada por las circunstancias, y el acicate, más oscuro en sus raíces, con más elementos sicológicos que directamente físicos en el estímulo, suscitado por la idea de que aquel cuerpo en el que así me ensañaba, al que así poseía, acababa de ser gozado por otro cuerpo, el de un varón. Fue una noche, o mejor, un amanecer, o mejor, una mañana realmente inolvidable, ya que, cuando finalmente conseguí dormirme, tanto los ruidos de la calle como la franja de sol que se colaba entre ambas cortinas, indicaban hasta qué punto se hallaba avanzado el curso del día.

Best celler: imposible más impecable. Como si, más que el decorado de cuanto se había desarrollado allí tan pocas horas antes, se tratase más bien de la siempre idéntica a sí misma sala de un museo. Impoluta, como si aparte del champán derramado, las botellas vacías, las velas consumidas, los discos diseminados y las esparcidas prendas que sirvieron de disfraces, y aparte, sobre todo, del desorden y el olor a colillas, allí no hubiese pasado nada y nadie hubiese oído la música, las voces, los gritos, los lloros, ni resultara extraño que yo me levantase a mediodía y que Camila siguiera durmiendo o, al menos, encerrada en su habitación, de la que no habría de salir hasta la noche. Conocía la eficacia profesional de Herminia, así como su discreción, la total apariencia de normalidad con que acogía por ejemplo eso, el hecho de que Camila siguiera durmiendo –o fuera incapaz de levantarse– todo el día. Una actitud por completo merecedora de mi elogio, aunque, por razones obvias, no hiciera el caso manifestárselo, faltaría más. A diferencia de ella, que sabía encubrir perfectamente la curiosidad morbosa y las prácticas de espionaje consustanciales a todo doméstico, para Emilia y Constantino tal disciplina debía de constituir algo superior a sus fuerzas. Así, Constantino, con su gorra marinera en la mano, no supo renunciar al goce de preguntarme, solícito y respetuoso, si todavía pensaba realizar la excursión en barca prevista desde la víspera. Yo le dije que tal vez saldríamos de pesca al atardecer; que esperase. Y desde la terraza, mientras almorzaba, tuve ocasión de presenciar su aparición en el embarcadero, mascullando para sí solo, maldiciéndome, seguramente: subirse a la barca, parar el motor y sentarse junto al timón sin dejar de

renegar, en cuclillas, como un niño que hace sus necesidades. No soporto esa clase de cazurrería, esas expresiones como de cándida inocencia, de seriedad ansiosa, sólo traicionadas por el goce irreprimible que produce en el inferior cualquier desgracia o contratiempo, por menudo que sea, que afecte al superior, a quien está encima de su nivel en todos los aspectos; los sentimientos de júbilo, de tosca burla, que en tales mentes limitadas suscita el –a su entender– justo castigo a la fortuna, al placer, a cuanto de espléndido hay en la vida: la cuchufleta infame, el rebuzno sempiterno del bajo pueblo.

Emilia, la mujer, es más hipócrita y también, por su mayor inteligencia, más ladina, más consciente de que, dada su condición de pescadores que no pescan –como todos los de Cadaqués, por otra parte–, estar a mi servicio, ocuparse de mi barca y de mi casa, a la que, aparte de algún que otro fin de semana, no vamos más que en verano –y menos aún, tal vez, en el futuro, imposible como se está poniendo el pueblo, adocenado, vencido por el mal gusto snob y por esa fama de costumbres disipadas que no trae sino gentuza–, constituye un verdadero chollo que más de un matrimonio quisiera para sí, teniendo en cuenta lo que les pago. Por eso disimula mejor; por eso, aquella misma tarde, a la primera oportunidad, iban a tener una bronca –la tendría él: ella se encargaría bien de pegársela–: por la impertinencia, por la cazurrería embrutecida con que él se la juega, con que los dos se juegan el puesto. Lo sabe ella mejor que yo y de ahí sus broncas, sus agarradas, sus peloteras, que debían de oírlas hasta los pulpos y demás bichos que habitan las aguas del embarcadero. Con que somos ignorantes, pues somos malos, recuerdo que me vino a decir una vez Constantino –sin poder evitar ni siquiera entonces una especie de sonrisa placentera– a propósito de una enérgica reprimenda provocada por ya no sé qué clase de trastada.

Puse en marcha el tocadiscos, de forma que, mediante el dispositivo automático, Core Ingrato sonara una y otra vez, y almorcé al sol, en la terraza, gafas oscuras amparando mis ojos del mar resplandeciente, alisado por la tramontana. Y como la tramontana, así mi mente, lúcida, diáfana, cristalina. Y también como ella, como la firmeza implacable de su impulso, mis propósitos. Era como si la pasada furia hubiese desencadenado en mi interior un proceso de renovación que sentía expanderse dentro de mí como se expande la tramontana sobre las aguas a partir de la orilla, una especie de vigor, más aún, de sensación de omnipotencia, similar a ese ímpetu incontenible que posee al caballo no bien siente que las puertas de la cuadra se abren a una hermosa mañana. Y, por encima de todo, ansiaba emplearme a fondo en la tarea no ya de trazar las líneas maestras de la estrategia a seguir, sino, sobre todo, de llevarla a cabo inexorablemente, de ponerme de inmediato manos a la obra. A todas ésas, devoraba

vorazmente mi ensalada de tomate y mi filete bien saignant de por lo menos media libra, que Herminia, con su habitual tacto, había dispuesto por propia iniciativa junto a una botella de blanco frío –el tinto no me gusta. Se trata de uno de mis menús preferidos con independencia de sus cualidades, más que verificadas, de riqueza alimenticia, ligereza y valor energético, combinación a la vez sana y estimulante, por más que la gente venga con historias como la de que una persona puede vivir exclusivamente de espinacas a la crema y tonterías por el estilo.

Fue tal vez el estímulo que proporciona la vista incomparable de la bahía desde mi terraza, añadido al que de por sí trae la tramontana. El hecho es que, henchida o no por estímulos exteriores, era no ya una fuerza nueva lo que sentía crecer en mí, un poder hasta entonces desconocido, una sensación como de fiebre que parecía situar a mi alcance cuanto quisiera proponerme, no ya eso, sino más bien como si en mi interior hubiese verdaderamente nacido un ser nuevo, una niña como la que fui, pero, lejos de los factores constrictivos que inhibieron mi infancia, dotada tanto de todas las facultades que caracterizan a la mujer adulta, como de lo que incluso cabría considerar, en razón misma de su omnipotencia, rasgos propios de una nueva especie de mujer. A semejanza del águila que parece brotar de una peña cuando despliega las alas, así, también como un ave que emprende el vuelo, el despertar de esta mujer nueva.

En ese estado superior, que a tan pocos y tan raramente es posible alcanzar, el plan de acción se me ofreció como un todo, a modo casi de un organigrama del que sólo fuera preciso desglosar, para su examen, los diversos puntos concretos en que se hallaba articulado. El plan tenía un presupuesto: la evidencia de que Camila y su flamante Robert Taylor argentino se conocían desde tiempo atrás, de que no había sido aquél su primer encuentro ni tampoco iba a ser el último. El cómo, el dónde y demás detalles de su ligue, carecen por completo de interés, ya que hoy día esas cosas se dan en cualquier parte, a diferencia de antes, cuando el gigoló –la figura más asimilable, sin duda, a nuestro gaucho– constituía un fenómeno privativo de los lugares mínimamente selectos. Lo que realmente importaba era tener bien clara la idea de que la peor maniobra que yo podía haber hecho, dada la situación, hubiera sido abandonar Cadaqués. Llevarme a Camila a Barcelona, por ejemplo, donde la pareja hubiera disfrutado de todas las facilidades para reencontrarse, pretextos, complicidades, nidos secretos, etcétera. Lo mismo podía decirse, en mayor o menor grado, de otros lugares –y debo admitir que pensé en varios, Venecia, Estambul, Tahití– donde nunca llegaría a estar segura, por lejanos que fueran, de que no habíamos sido seguidas.

No: mi terreno era Cadaqués y allí debía jugarse la partida; un

terreno que controlaba a la perfección, tanto por sus dimensiones –todo a mano– cuanto por mi conocimiento de sus habituales y asiduos, de sus hábitos, de sus debilidades, de sus horarios, de sus secretos más íntimos en buen número de casos. Y, elegido el terreno, sería también yo quien eligiese, no ya las reglas del juego, sino el mismo juego a jugar en cada momento, el que más me conviniera según las circunstancias. Esto es: más que cortar por lo sano el gran amor que, al menos Camila, debía de creer estar viviendo, medida contraproducente a corto plazo por el enardecimiento que en esta clase de asuntos suelen provocar temporalmente los obstáculos, las adversidades, más que actuar de este modo, la táctica a seguir, en lo que a mí respecta, consistía, muy al contrario, en procurar facilitarles el trato, encuentros frecuentes y, en lo posible, superficiales, de forma que la afanosa búsqueda de nuevas ocasiones de traicionarme, a la que presumiblemente se habrían de entregar ambos, pendientes siempre del riesgo de ser descubiertos, terminase por resultarles tan angustiosa como agotadora. Y eso por tiempo indefinido, sin puntualizar fechas, sin determinar la duración de nuestra estancia en Cadaqués. O mejor: concretar al máximo para luego ir postergándolo todo, ir dejando para más tarde nuestra partida de Cadaqués tantas veces como pareciese aconsejable; que los alardes gauchescos del gigoló, en suma, se fueran gastando por el roce, desgastando contra las condiciones de furtividad a las que les obligaba. Que la ruptura o, con más precisión, el abandono, dejarlo correr, acabase representando para ambos una especie de liberación. Sofocar el fuego con una manta, el principio que informa todo asedio. O, más vulgarmente, que se cocieran en su propia salsa. Todo salvo permitir que me robaran lo que era mío. No romper con Camila, no cedérsela a nadie, no renunciar a nada. Muy al contrario: vencer como fuera a mis antagonistas, obtener su rendición, hacerles reconocer su derrota. Y sólo entonces, tras la victoria, desprenderme, si así me apeteciera, de Camila.

En cualquier caso, en lo que al futuro de nuestras relaciones se refiere, estaba claro que no podían volver a ser las de antes. Y que si yo decidía permitirle que continuase a mi lado –cosa que estaba por ver, asunto en más de un aspecto problemático–, la supeditación de su voluntad a la mía debía ser total, sin matices, sin falsas apariencias que desfigurasen la crudeza del hecho. La natural supeditación, en definitiva, de una sierva, lo que ella es respecto a mí en lo que a supeditación económica se refiere, ni más ni menos que una sierva, viviendo como vive a mi costa, aunque hasta el momento, por razones de pura delicadeza, no le haya exigido, en lógica contrapartida, vivir también a merced de mi capricho. Ciertamente Camila debiera haber pensado todo eso antes y no después, cuando resultase ya del todo innecesario pensárselo dos veces para saber que una experiencia como

la que me había brindado era simplemente irrepetible. Como bien dijo alguien antes que yo: si hoy te evita, te buscará pronto; si hoy no los toma, querrá dar regalos; si no ama, te hablará de querer, pesándole, pronto.

Por lo demás, las maniobras tácticas y las iniciativas imprevisibles que pudieran modificar mi plan de actuación dependían de las vicisitudes que el mismo desarrollo de los acontecimientos fuese haciendo aconsejables. Lo que en modo alguno estaba dispuesta a tolerar es que se repitiera lo de mi historia con la muy apropiadamente llamada Maldonado, Francisca Maldonado, una actriz teatral de cierto renombre en el Madrid de hará unos quince o veinte años, el número de años, aproximadamente, que ella me llevaba; vamos, que me lleva, aunque nada he vuelto a saber de ella, ni ganas. Yo era poco más que una niña por aquel entonces, y la amaba con toda la ingenuidad apasionada clásica de esa edad. Vivíamos en Madrid, o mejor, yo vivía con ella en Madrid, aunque a tal edad resulte imposible comprender el matiz. Fue una hermosa aventura que concluyó, por motivos que ahora no vienen al caso, de la manera más destemplada, brutal y cínica; imperdonable, realmente, respecto a una joven apenas salida de la adolescencia. Eso sí: una de las pocas veces –mientras duró– en que Madrid me pareció una ciudad satisfactoria; la única, probablemente. Como para llamarla Madridgi, en italiano.

O que se burlaran de mí. Ni siquiera que lo intentaran. Como la W. L., aquella muchacha norteamericana –una de esas chicas americanas que caen por Cadaqués– que el otro verano tuvo la osadía de pretender robarme a Camila –naturalmente sin éxito– recurriendo a todos los sofismas de las lesbianillas que se disfrazan de feministas. Y eso con todo el descaro, con la impertinencia del crítico que, aureolado de joven promesa, irrumpe en las páginas del TLS o similar publicación estreñida, llevado de su juvenil intolerancia, de su agresividad conservadora, de la imperiosidad de sus deseos homosexuales y, sobre todo, de la tonalidad ciclamen de su corbata de seda.

De los hombres, lo que más me irrita es esa especie de aura que parecen irradiar cuando se sienten presa de un complejo de superioridad, seguros de sí mismos como jóvenes dioses. Y si tal espíritu olímpico se manifiesta con especial frecuencia en los años mozos –París, en mi memoria, está repleto de esta clase de deidades–, hay casos en los que el fenómeno no hace sino acentuarse con los años; y no sin motivo, a veces, que esto es lo peor del asunto. Pues lo cierto es que hay dos clases de aura, y que una de ellas es real,

verificable, que responde a una cualidad tangible, como en alguno (especialmente en uno, muy especialmente) de esos amigos de mi época de estudiante de idiomas en París, a la que acabo de referirme. Pero lo más normal es que la presunta aura –como en lo que a nuestro gaucho se refiere– sea simple brillo de bisutería, quincalla de disfraz teatral, esplendores de Kohol y rímel y de pelo fijado con gomina, propios de un galán de la época del tango o, más próximo a nosotros, el particular esplendor que dimana de ese físico de tenista y esas maneras dinámicas y esa agudeza un poco cínica que caracterizan al hombre de nuestro tiempo. Auras que se esfuman ante el primer accidente, la nube breve que ensombrece una vasta extensión de paisaje, la ráfaga de lluvia que desbarata todo el esmero de un peinado.

Una de las cosas que siempre me ha chocado al respecto es la íntima maravilla de los hombres, el orgullo infantil que les desborda, tras la primera unión sexual con su conquista –seducción, violación o lo que sea–, cuando, al menos formalmente, han cumplido con éxito. Éxito formal –desde su punto de vista: erección, penetración, ah, ah, ah, y todo esoque, muy equivocadamente, les lleva a presumir que el disfrute de la mujer ha discurrido a un ritmo y una intensidad paralelas, que su afortunada pareja ha compartido plenamente el placer que ellos han –o creen haberexperimentado. Y, en consecuencia, por poca que sea la maña con que han resuelto el compromiso, parecen sentirse como más seguros tanto de su mujercita –es decir: de la fidelidad que ella les guarda, irremplazables como son, inútil como sería aventurarse con otro– cuanto de sus amores ocasionales y, en último término –o en primero–, de sí mismos. Esa preocupación maniática acerca de si todo ha ido bien, esa obsesión por saber, por estar seguro de que una lo ha pasado como nunca o, al menos, mejor que de costumbre, vamos, no peor que otras veces por lo menos; una insistencia que no puede sino llevarnos a pensar que, a fin de cuentas, acaso sea él quien lo ha pasado peor. La preocupación es comprensible en los hombres escasamente dotados –la mayoría–, aunque, con mucha frecuencia, sean los más torpes los también más despreocupados. Pero lo realmente curioso es que tal preocupación se da, asimismo, entre las raras excepciones a la regla, entre hombres provistos no ya de oficio amatorio, sino, sobre todo, de sensibilidad y tacto. Pienso que, probablemente, lo que quisieran oír no es que lo hacen bien sino que lo hacen mejor, mejor que cualquier otro. El inevitable espíritu competitivo que, contra lo que generalmente se cree, está mucho más arraigado en el hombre que en nosotras, y justamente en el sentido más anatómico y materialista: tamaño, duración, capacidad reiterativa, etcétera. El hecho es que si una les dice que sí, que todo ha ido muy bien –aunque no sea cierto–, nos lo

agradecen como si lo que nos debieran fuese la vida; incluso a sabiendas de que posiblemente no somos sinceras. Pero, sea cierto o no lo sea, si llegan a convencerse, a autoconvencerse, de que para nosotras él es el mejor, es entonces cuando adoptan esa actitud característica del perdonavidas, del perdonaorgasmos, del que sabe que nos vuelve locas a todas y cada una, sin margen de escapatoria, con sus zafias manipulaciones.

Lo que más me subleva, no obstante, lo que ya me resulta por completo incomprensible y escapa casi a mis límites de tolerancia, es la imbécil complicidad que las mujeres, con su comportamiento, les prestan graciosamente. Será que temen ser consideradas frígidas, será que no dejan de considerar un desprestigio haber tenido trato asiduo con un probado incompetente, el hecho es que rara vez admiten su insatisfacción. Tiene que tratarse poco menos que de una payasada, algo que hicieron en estado de etilismo agudo o similar circunstancia, para que opten por hacerlo. Y tal reserva la mantienen no sólo de cara a la nulidad que se han conseguido por amante, sino también, y sobre todo, de cara a sus amigas más íntimas, aquellas que teóricamente gozan de su total confianza; son, simplemente, confidencias que no se hacen jamás. En mis años de París, cuando más experiencias acumulé a este respecto, pude comprobarlo a la perfección. Ni la mayor parte de los hombres sabe hacer el amor, ni las mujeres se atreven a confesárselo.

París. Es curiosa esa tendencia inconsciente que se tiene a cargar en la cuenta de determinados lugares, ciudades, pueblos, paisajes y hasta casas, el recuerdo de las aventuras amorosas que tuvieron tales lugares por escenario, así felices como desgraciadas, siendo, de acuerdo con ese resultado, positiva o negativa, respectivamente, la impresión dejada en el recuerdo por esos lugares. Positiva respecto a París y Londres, por ejemplo. Como a Cadaqués. Negativa respecto a Madrid. Lo mismo que respecto a Sète, un lugar, no obstante, de indudable atractivo, cosa que demuestra hasta qué punto son independientes de todo criterio objetivo las tendencias a las que me estoy refiriendo. Y lo mismo también, en general, respecto a los paisajes verdes y frescos, parecidos al de Aiguaviva, en La Selva, la finca que se vendió mi madre. En este caso, más que de impresión –cuando fue vendida no debía tener yo más de seis o siete años, edad insuficiente para aventuras amorosas propiamente dichas– habría que hablar de predisposición inhibitoria. Claro que si se me pregunta el por qué, la causa de una predisposición de este género, como en tantas otras conclusiones a las que he ido llegando por mí misma, verificables pero indemostrables, nada podré contestar. Lo que sí podría hacer –y tal vez lo haga algún día, si me convenzo de que el esfuerzo merece la pena– es desarrollar un esquema teórico relativo a esta y otras causas

de predisposiciones inhibitorias –prendas, palabras, objetos, incluso nombres propios– por lo menos tan válido como lo del complejo de castración y todas esas teorías que se inventan, no sin la astucia suficiente, no obstante, para que, por el mero hecho de calificarlas de tontas, quede incluida yo, a partir de sus formulaciones, entre las víctimas de tal complejo. Sólo que no menos invulnerables que este tipo de ocurrencias serán asimismo mis construcciones teóricas.

Cadaqués, en cambio, siempre me ha sido un lugar especialmente propicio. Son tantos los estímulos y vitalidad que allí me alientan que, lo noto, soy totalmente consciente de ello, la gente llega a tenerme miedo. Yo sé que allí, en mi terreno, ganaré siempre, que nada ni nadie podrán batirme. Una convicción que, soporte o impulso, me poseía plenamente aquel famoso 27 de junio, mientras almorzaba con excelente apetito al sol de la terraza, perfecta forma física que en nada desmerecía de la lucidez de mi mente. Aceptar la crueldad de lo que es como es: saber que Camila no me quería pero que yo la quería conservar a mi lado por puro y simple egoísmo, por amor propio, por respeto a mí misma, la razón que se prefiera. A fin de cuentas, tampoco yo estaba enamorada ni remotamente de Camila. Pero sólo a fuerza de clarividencia es posible el tránsito de la formulación de un estado de cosas al establecimiento de un plan de actuación como el que establecí entonces, cuando no disponía de ninguno de los elementos –no hablo aún de claves– que estarían en mi poder unos dos meses después, a principios de septiembre –pasado ya lo de Port de la Selva–, la tarde en que, a la hora de la siesta, como vencido mi ánimo por la inminencia de la victoria, renunciando a toda recapitulación, a toda reflexión, a todo cálculo, terminó por imponérseme el recuerdo de aquel amor loco al que nos entregamos Camila y yo tras la escena del celler, allí, en la misma habitación, en la misma cama. Aquella siesta al calor de la tarde, mientras con las rendijas de sol, llegaban las voces de fuera, nada más lejano al ruido callejero de Barcelona, de cualquier ciudad, que ese peculiar arrullo de palabras perdidas, de cuerpos próximos, de sombras que giran en la penumbra del techo. Y yo, desnuda sobre la cama, sintiendo a impulsos de mi memoria disparada que, como alguien ya nos dejó escrito, otra vez Eros, el que afloja los miembros, me atolondra, dulce y amargo, irresistible bicho; sintiendo su opresiva presencia, sintiéndome su presa, llegando a experimentar una excitación en modo alguno menor que la de entonces, un goce superior al goce recordado.

II

The south. A eso, sin duda, se referirá el falso gaucho cuando le escribe que desea todo su cuerpo, de norte a sur: a south en la misma acepción corporal que le daba aquella inglesita de medio pelo amiga de Camila que, mediante un revelador mecanismo asociativo, llamaba south towels a las compresas higiénicas. The deep south, el profundo sur. Podía haber escrito del Chaco al Cabo de Hornos, pasando por la Patagonia, que siempre hubiera tenido más gracia. Pero no: de norte a sur. Lo pone en varias cartas sin darse cuenta, posiblemente, de que se repite. O tal vez le parece un hallazgo y lo repite a propósito, a fin de enardecer a Camila con su propio pretendido ardor. Sabe que esas cosas se contagian y, por otra parte, sería mucho pedir que Camila cayera en la cuenta de que tanta insistencia nada tiene de espontánea, que está hecha con toda premeditación, con todo cálculo. Tenía guardadas las cartas en el más elemental de los escondites: en un cajón de su cómoda, entre la ropa interior, que como a mí no me va, no tengo por costumbre revolvérselo. Yo las leí una tras otra, por orden de fechas, confortablemente instalada en el celler, oyendo las Variaciones Goldberg y paladeando un magnífico aguardiente alsaciano de pera. Sabía que Camila, una vez dormida, se encuentra en un estado que, más que de sueño, cabe considerar como de hibernación.

A la mañana siguiente, haciendo como que no advertía su sobresalto, le dije que había tenido un sueño más bien angustioso: uno de los cajones de su cómoda, no sabría decir cuál, uno que yo abría, estaba lleno de serpientes; lo que se dice de pesadilla. Cuando volvimos de la playa, como es lógico, las cartas ya no estaban allí. No podría asegurar si las devolvió a nuestro falso gaucho o se deshizo simplemente de ellas, que es lo más posible; el dilema, además, me tiene sin cuidado. Lo seguro es que en casa no estaban, pues las hubiera vuelto a encontrar como encontré cuantas cartas siguió recibiendo. Las escondía en las fundas de los tangos, una por disco, a sabiendas de que no era música de mi especial predilección; muy obvio.

Supongo que ni le pasó por la cabeza que me había leído de cabo a rabo su correspondencia secreta y que continuaba regalándome con las florituras epistolares –tipo canción de festival– que le dedicaba el bello Roberto, no bien ella las ponía a buen recaudo. Y yo, por mi parte, me abstuve de hacer nuevos comentarios susceptibles de alertarla, dado que su lectura se completaba eficazmente con la

discreta vigilancia a la que les tenía sometidos. Me ofrecía, en efecto, la cara oculta de sus relaciones, allá donde ni mi vista ni mis deducciones podían alcanzar: el desarrollo de sus breves encuentros en cualquier recoveco, los besos, las palabras intercambiadas, el grado exacto de la intensidad emocional experimentada. La posesión de tales datos era preciosa a la hora de calibrar con precisión la duración y frecuencia de los contactos que yo, más que permitir, facilitaba con la máxima naturalidad posible, siempre dentro de una progresiva tendencia liberalizadora, como si mi actitud respecto a su querido Roberto se dulcificara o se distendiesen mis defensas. Así, mi prohibición inicial a Camila de volverle a ver fue quedando como relegada por la indiferencia o el olvido, según seguíamos frecuentando los lugares de siempre, los diversos puntos donde debieron de haber concertado posteriores citas tantas y tantas veces. Incluso llegamos a coincidir en la misma mesa, primero en el Hostal, lo recuerdo perfectamente, y luego en nuestro restorán predilecto, entre amigos comunes, con apartes y todo eso, ambientes que siempre son ocasión de encuentros relámpago en los lavabos, rincones y pasillos, en la penumbra de la calle y sitios por el estilo. También coincidimos en el cóctel de Fina, sin duda no del todo casualmente, y ello dio pie a nuevas y sospechosas invitaciones coincidentes, complicidades de origen nada oscuro. Pero el cóctel de Fina me permitió, a mi vez, invitar a mi cóctel a todos los presentes –a todos– con lo que, llegada esa noche, tuve el placer de presenciar la reaparición, a la luz aux chandelles de mi celler, de nuestro buen gaucho, realmente discreto y correcto en su comportamiento, hay que reconocerlo. Y digo placer porque el juego empezó a resultar hasta divertido, ya que yo misma les fui preparando el paso de los contactos verbales –orales a lo sumo– y expansiones emotivas, al contacto físico propiamente dicho, por tiempo limitado, ni que decir tiene, muy limitado, elemento éste que suele ser causa, como toda precipitación, de inevitables insatisfacciones. Y eso –estuviera yo tan segura de todo como de lo que digo– sin que la parejita tuviese la más mínima oportunidad de juntarse a mis espaldas.

De hecho, era como si me atuviese a las enseñanzas, consejos y demás prescripciones amatorias del inmortal Ovidio, justo con el propósito inverso: lugares, actos y ardides propicios a que el amor prenda en el corazón de la persona amada y se mantenga vivo como en el primer día, así es; pero sólo al objeto de que su misma persistencia en condiciones no ya inciertas sino de angustiado agobio, adquiera un peso de signo enteramente negativo, a semejanza de esa fresca gota de agua que, a fuerza de tiempo, acaba perforando un cráneo. Favorecer las mutuas declaraciones de amor, cultivar las dificultades necesarias para que ese amor se robustezca y cobre

cuerpo, los contratiempos precisos para que persista en su lucha contra la adversidad. Buscar para nuestros amantes el escenario más adecuado a sus encuentros, fiestas particulares, cócteles de amistades comunes, la promiscuidad crepuscular del Hostal. Proveerles sin restricción alguna de alcohol, marihuana, y demás estímulos que dan pie a un comportamiento irresponsable. Brindar el amplio campo que ofrece la furtividad a sus maniobras y escarceos de aproximación; la posibilidad de compartir el dolor de las respectivas afrentas sufridas, el gozo de lo que parecen buenas perspectivas; de aprovechar el impacto que en el otro producen así las malas noticias como los momentos de felicidad de origen foráneo, invitaciones, regalos, una carta. Alentar su espíritu de resistencia mediante respiros episódicos, suficientes, no obstante, para dar la impresión de que la suerte puede haber cambiado, de que ahora el tiempo juega en favor de los sitiados. Suscitar las expansiones a que da lugar, con ayuda de cuatro copas, todo amor contrariado, promesas y juramentos de valor eterno, fenómenos de identificación, de proyección conjunta, etcétera. Permitir –gracias a un oportuno despiste– la complicidad de amistades (!) y servidumbre, así la propia como la de tales amistades (!). Crear situaciones que den pie a recíprocos sentimientos de celos, a escenas, a mutuos recelos y desconfianzas, esa especie de brasas que mantienen vivo el calor de los corazones que empiezan a perderlo, que amenazan enfriarse; utilizar al efecto terceras personas, amigos comunes cuyo comportamiento –sin que sean siquiera conscientes de estar actuando bajo mi dirección, en la más completa inopia de lo que sucede– provoque, a modo de espoleta, la explosión de esta clase de sentimientos y escenas entre nuestros enamorados. Que se escriban, que intercambien mensajes: yo los leeré todos, así los que ella recibe como los que remite, implícitos éstos en el contenido de aquéllos. Que no hagan caso de las habladurías –más que ciertas y más que lógicas, dado el carácter de sus relaciones, grotesco, ridículamente adolescenteque han desencadenado en Cadaqués, el hazmerreír de todos. Que se amen, que se odien. Que a través de mis comentarios de tipo general acaben por considerarme, en sus relaciones, algo así como el fiel de la balanza. Apoyar implícitamente a cada uno frente al otro.

Lo que no me pilló en absoluto de sorpresa fue la complicidad solícita y desinteresada que mi querida Fina prestó a Camila en ese asunto. Tal para cual. La única diferencia entre ambas es que yo no soy el complaciente industrial papelero que ella tiene por marido. Ella –la alcahueta– puso a disposición de nuestra enternecedora pareja de enamorados, a fin de facilitar sus citas, uno de los apartamentos que tiene para alquilar. Mejor dicho: el que no alquila, el que se reserva para uso propio, el picadero. Queda al otro lado de la bahía y, desde la terraza, aunque no se divisa el portal de la casa, se pueden

controlar perfectamente los dos únicos puntos de acceso a la calle en que se encuentran con la simple ayuda de unos prismáticos.

Camila, en cierto modo, es el prototipo de lo que la mujer es en general: atractiva y tonta. Roberto también es tonto, pero además es cursi. Estilo galán de película. Trucos estudiados, de lo más convencionales. El acento y los dejes argentinos cuidados con esmero, con afectación, cuando –lo que es frecuente– no se le olvida hacerlo, algo que nada tiene de extraño, a fin de cuentas, tratándose de una persona que si nació en Argentina fue poco menos que por azar. Su costumbre de no llevar ninguna clase de prenda interior, de forma que el sexo se le marque lo más detalladamente posible bajo la leve tela de los pantalones, dando como sensación de mayor disponibilidad, de estar más a mano. Su modo de invitar a las mujeres a fumar un cigarrillo previamente encendido entre sus labios. De acariciar con la punta del índice el perfil de una –el de Camila, el mío, el de cualquiera que acabe de conocer–, deslizar el dedo frente abajo, nariz, labios, mentón, como obedeciendo a un impulso irreprimible. De andar descalzo, despeinado y, a ser posible, sin camisa, luciendo tórax y pelo rubio. Hasta su forma de reír, centelleante, desbordante de seguridad en sí mismo. Aparte de la vaciedad de su conversación, de los conceptos generales que vierte de continuo, expresión, a su entender –me supongo yo–, de ese carácter de persona libre de prejuicios que pretende adoptar.

No se me oculta la torpe interpretación que pudiera darse –que él pudiera dar: su coartada, su atenuante, su eximente– de mi victoria, de su derrota: ha ganado ella (yo) porque es más rica, porque quien paga manda, porque la fortuna está de su parte. Pero redistribuyamos los papeles prescindiendo únicamente de la posibilidad de que la fortuna hubiera estado al lado de Roberto, puesto que, en tal caso, el problema ni se hubiese planteado, ya que él no andaría por Cadaqués detrás de Camila, sino que estaría instalado en la Costa Azul –donde la pesca es más abundante–, mimando gatitas caras. Preguntémonos simplemente lo que hubiera podido ocurrir caso de haber sido Camila la rica y yo la pobre. ¿Cuál hubiera sido entonces el desenlace? Pues exactamente el mismo. ¿Hubiera dejado yo de utilizar mi pobreza, mi inferioridad económica como arma frente al adversario, como instrumento decisivo de mi éxito, dando por invariable el dato real de que, en cualquiera de las dos opciones, era de mí y no de Roberto de quien Camila estaba enamorada? Afirmándome precisamente en mi pobreza, ¿no hubiera convertido su fortuna en ostentoso blanco de mi mordacidad, de mis reproches e impresiones? ¿No hubiera rechazado despectivamente todas sus ofertas, todos sus tratos, hasta que, doblegada bajo el peso de sus millones, cayera ella de rodillas y besara mis pies? ¿Qué mejor triunfo que el de la pobreza tiene en su mano la

persona amada, qué mejor instrumento de coacción moral?

Yo soy rica, es cierto. Y Camila sabía y sabe lo mucho que me debe, no ya en el terreno social sino en el estrictamente económico; lo mucho que, gracias a mí, ha podido alcanzar, cosas que, de no ser por mí, hubieran estado para ella fuera de tiro a perpetuidad. Y también sabía lo mucho que puedo seguir ofreciéndole, un tren de vida al que no es fácil renunciar, realidades que ponen cualquier espejismo romántico –el amor de Roberto– a un precio que no merece la pena pagar. Pues ¿qué le podía ofrecer él en este terreno, uno de tantos jóvenes licenciados en Letras sin mejores perspectivas que una mensualidad mediocre, en el supuesto de que tuviese la intención de seguir adelante, de que –como suele suceder con los hombres–, un poco cansado ya de la historia, no fuera el primero en preguntarse qué razón había para continuar con una mujer mayor que él y con la que, fuera de la cama, nada tenía en común? Lo que conmigo hubiera sido posible –una relación profunda–, con ella no lo era. Y eso debía de ser justamente lo que más se temía Camila: que, a la larga, su querido Roberto acabara entendiéndose mejor conmigo que con ella. Celos, en otras palabras.

Todo jugaba a mi favor y yo era consciente de ello, me daba perfecta cuenta de que mi línea de conducta, más que a terminar con la historia, llevaba camino de prolongarla. Conocía el final. Como bien escribió esa persona a la que a veces llego a odiar por lo mucho que me ha plagiado con sólo anticipárseme en el tiempo: viniste, y yo te quería; y helaste mi corazón encendido de deseo. Me pareciste una niña chica y sin gracia. Yo estaba enamorada de ti desde hacía tiempo.

Con los triunfos de la rica, igual que hubiera podido jugar con los triunfos de la pobre, victoriosa en cualquier caso, tenía derecho a complicar a voluntad las reglas del juego. Y no eran recursos ni datos estimulantes lo que me faltaba. Dos palabras –la bruja, expresión con la que a todas luces se me aludía, dado mi, para ellos, inexplicable don adivinatorio–, de una de las cartas recibida por Camila, me habían hecho comprender que, a fin de contrarrestar de algún modo mis poderes, de estar al tanto de mis intuiciones, también a ella podía ocurrírsele fisgar en mis papeles, sabiendo como sabía la afición que tengo a tomar notas, me encuentre donde me encuentre, cuando las ideas fluyen rutilantes, torrenciales, a mi cabeza. En el celler, en el Marítim, en la barca: dondequiera que me encuentre. Así que empecé a escribir notas y notas relativas a ella, a mí, a nuestras relaciones, a sus relaciones; lo que ella quería leer, lo que yo quería que ella leyera. Y, por supuesto, sin esconderlas más allá de sus alcances. Me constaba que registraba mi bolso, y allí solía dejárselas, en el bolso olvidado en el celler mientras yo echaba una siesta. Ni que decir tiene que en cada una de esas notas yo hacía constar explícitamente –cuanto menos

clara es la mente de una persona más claramente hay que hablarle– que nada más lejano a mis propósitos que el que alguna vez llegase a conocer los sentimientos plasmados en aquellas notas, donde, a las expresiones de amor, se mezclaban las reflexiones, los pensamientos, las fantasías, los proyectos, las invectivas, todo ello perfectamente acorde con el tono imperante en la última misiva de Roberto por ella recibida. Respuestas a la respuesta de una respuesta. Una interferencia, a manera de inaudible voz en off, que no podía menos que provocar una especie de crispación en las reacciones de Roberto, en cada carta, ante la límpida transparencia emocional de cada una de mis notas.

Mis poderes. ¿Qué otra cosa sino podía significar aquello de la bruja? Mis intuiciones, mi lucidez, mis golpes de inventiva, mi capacidad de reacción, la celeridad que soy capaz de imprimir a mis actos, cosas que Camila conocía de sobras y a las que, de repente, había que añadir el diabólico control de la situación que me permitía la lectura de sus cartas. Roberto le había escrito una vez más que la deseaba de norte a sur, y yo, mientras tomábamos café, hacía venir a cuento mis conjeturas sobre los mecanismos asociativos de aquella amiga suya –amiga, amante, lo que sea–, la inglesita de medio pelo, que llamaba south towels a las compresas higiénicas. Evoqué su estancia entre nosotras, la forma en que se nos había plantado en casa, aceptando una de esas invitaciones que se hacen sin caer en la cuenta de que pueden ser aceptadas; un saldo como sólo Camila es capaz de encontrar, una provincianita ridícula no menos en el aspecto que en el comportamiento, no más en la manera de reír que en la de hablar, con esos giros expresivos que debía de considerar tan finos y que yo no sé aún a ciencia cierta si eran invención propia –no la veo inventando nadao moda de grupo, de esas modas que adopta un determinado medio social, o simple fruto de la tradicional pudibundez anglosajona. Cuando salió con lo de south towels yo le objeté que, a mi modo de ver, eso de south casaba más bien con la parte posterior, the bottom, el fondo, siendo en consecuencia la expresión south towels muy apropiada para designar elegantemente el papel higiénico. La chica tosió, se ruborizó y cambió de tema, todo igual que en una de esas comedias que dan en el West End y, de repente, tuvo que irse por algún imprevisto y nunca volvimos a saber de ella. Camila, complaciente, reía sólo de recordarlo, pero dejó de hacerlo cuando, de forma incidental sobre la marcha, pasé a comentar lo mucho que el south suele atraer a los hombres. Una especial predilección que, por otra parte, no es exclusiva de los ingleses, con todo y ser los ingleses gente que siempre hace las cosas del revés. No: el sur al que me refiero parece interesar a todos los hombres, y no deja de ser curioso que nadie se haya dedicado a estudiar el asunto. Y mientras un

sonrojo no menor que el que hizo presa en la inglesita hace presa en Camila sin que yo me dé por enterada, sigo remachando: porque hay veces, se diría, en que no es sino eso lo que constituye su diana secreta.

También yo tenía mi diana secreta al hablar así, y el rubor de Camila me demostró que había acertado de lleno. Pues no eran las añoranzas meridionales de los hombres lo que la ruborizaba, sino el hecho de que justamente yo, y justamente aquel día, aludiese a esta clase de preferencias. En lo que a mí concierne, debo decir que la única vez que fui objeto de tales preferencias experimenté más excitación que goce. Y lo que desde entonces nunca ha dejado de intrigarme –todavía sigo haciéndome preguntas al respecto– es cómo demonios se las arreglarán los hombres entre sí cuando se entregan a esta clase de prácticas con la tripa llena. Cuando mi experiencia, el problema, por suerte –puesto que no era precisamente una experiencia que tuviese prevista–, se había resuelto poco antes. El mito del sur; una experiencia típica de mi primera época parisina.

Ahora se me ocurre que tal vez se deba a esa impremeditada previsión el que por aquel entonces encontrara la forma de solucionar el fastidio de las irregularidades fisiológicas que, con las prisas y todo eso, se suscitan cuando una está de viaje. O, simplemente, cuando una está fuera de casa y no tiene la calma suficiente. Descubrí que, mucho más seguros que los lavabos de un bar, son, por lo general, los lavabos del museo más próximo –la entrada cuesta menos que un café–, limpios, discretos, apenas frecuentados.

Las dos chicas de burgos, mirando las cosas con cierta perspectiva, fueron tal vez responsables de mi interés, mis observaciones y mis ideas acerca del mundo del servicio doméstico. En definitiva, la relación de una persona con su sirviente tiene algo de conyugal, y me parece absurdo que la gente se preocupe tanto por el modo de ser de aquel con quien se va a casar y tan poco por quienes igualmente han de convivir con nosotros. Y eso con tanto mayor motivo cuanto que, al igual que los demás productos de hoy día, también éste se encuentra en pleno proceso de degradación, desnaturalización o como quiera que se diga; vamos, que se está estropeando. Las chicas jóvenes ya no son como las de antes, y las que ya no son tan jóvenes es como si se hubieran dejado arrastrar por la corriente, y no suelen dar mejor resultado; más oficio, pero también más malicia. Y es que hasta las que llevan años y años en una casa, que son una especie de institución en la familia, cuando por algún motivo tienen que cambiar, con todo y su valer para esa familia, suelen resultar imposibles para cualquier

otra, incapaces ya de adaptarse a un nuevo ambiente y, sobre todo, a las nuevas costumbres, a la naturalidad con que hoy día se hacen las cosas. Quien no sea experta en el tema, ninguna diferencia captará, por ejemplo, entre el sí señora de Herminia y el como usted mande, señoreta, de Emilia. Pero yo las conozco, las veo venir.

Herminia, por ejemplo, era un caso realmente excepcional, algo de una categoría muy superior a la que cabe esperar en alguien de su condición, de su profesión, de sus orígenes. Me imitaba en lo que podía, fingía frente a terceros una fantasiosa relación de amistad más que de subordinación y, en general, procuraba aprender de mí, es cierto, pero todo ello sin descuidar en lo más mínimo sus deberes, una actitud, en el fondo, que decía mucho en su favor. Me hacía confidencias, me pedía consejos, directa a la vez que aduladora, pretendidamente desenvuelta en sus esfuerzos por estilizar –o esterilizar– al máximo sus intimidades, sus secretos, todo más de acuerdo con lo que ella quisiera que fuese que con lo que era. Y yo sabía que cuando me aseguraba que, bajo esa apariencia de naturalidad, ella era, en realidad, un ser tímido y complicado, su verdadero problema estribaba –yo lo sabía– en el temor de que, sin mi preciosa ayuda, cuanto ella consideraba fino y escogido pudiese resultar pueblerino. Y me daba perfecta cuenta de sus maniobras, de sus triquiñuelas: su forma de aproximárseme en la terraza, de acodarse a mi lado en la baranda, cuando, por la mañana, aparecían ocasionales bañistas en las rocas del embarcadero; sus comentarios banales, su risa inmotivada, todo igual que si estuviéramos sosteniendo una divertida conversación, a fin de ser tomada no por sirvienta sino por amiga.

Pero actuaba con tacto. Comprendió de inmediato el especial carácter de mis relaciones con Camila y supo adaptarse a la situación con una celeridad y habilidad admirables. Y así como al principio, siempre con la insólita y hasta excesiva franqueza que le era característica, nos hablaba de su chico, el chico con el que ella salía, de las cosas que hacían, de la cantidad de veces que lo hacían, con detalles y todo eso –el parte del lunes, lo llamábamos Camila y yo–, mientras nos iba sirviendo el desayuno, así, con igual soltura, dejó de hacerlo cuando se percibió de los lazos que nos unían. Desde ese momento cesaron los partes, y el exhibicionismo en ellos implícito cambió de signo, revistiendo nuevas formas, manifestándose por medio de variantes hasta entonces inéditas: sus desnudeces, sus posturas, sus recursos, aquel bañador tendido al sol con los postizos del sostén significativamente visibles, como si dos viscosos moldes de plástico blanquecino pudieran contener algún atractivo; estímulos de este estilo. Eso sí: Herminia fue, en todo momento, testigo discreto de mis relaciones con Camila; simplemente debía de pretender

excitarnos. O mejor: contagiarnos la excitación que en ella parecían suscitar nuestras relaciones, una excitación, por otra parte, que era muestra evidente de su potencial homosexualismo. Aunque un poco basta –hay que decirlo–, Herminia tenía, no obstante, su atractivo. Y, de no haber sido por el antecedente de las dos chicas de Burgos, es muy probable, lo reconozco, que Camila y yo hubiésemos terminado por dar satisfacción a sus impulsos.

No recuerdo exactamente sus nombres: Marujita y Trini, o Tina y Maricarmen o Maripili o Marialgo; qué sé yo, nombres así. Fue durante el último período de mi matrimonio, en el curso de uno de esos aburridos veraneos de Puigcerdà. Por aquella época se iban ya ordenando dentro de mí los hitos que fijarían mi destino futuro, los nuevos rumbos que había de tomar mi vida, indiferente como una extraña a las aventuras estivales de Juan Antonio, a sus torpes devaneos de hijo de papá, de alguien que será hijo de papá toda su vida. Yo había contratado a las dos chicas sólo para el veraneo y con sueldo de verano, esa costumbre que se va imponiendo sin más base que la tautología de que hay que pagar mejor a las chicas para sacarlas fuera de Barcelona porque, fuera de Barcelona, cobran más; el servicio habitual se había quedado en Barcelona atendiendo a Juan Antonio, encubriendo sus torpes devaneos. El energuménico marimacho que regentaba la agencia de colocaciones –una verdadera brujame había asegurado que tenía precisamente lo que yo necesitaba: dos chicas que se querían colocar juntas, recién llegadas de Burgos, todavía no estropeadas por Barcelona; de la estación a su propia casa, dato éste que no dejaba de tener algo de sorprendente, por más que el energúmeno lo enfocase como práctica normal.

Lo de Burgos era cierto, aunque también hubiera podido no serlo, ya que aquella virago siempre jugaba con el atractivo que las proverbiales cualidades de honradez y nobleza de la gente de allí ejercen sobre las señoras de aquí, esa esperanza de pescar chicas que trabajen duro, no sean golfas y protesten poco, y todo eso pagándoles lo menos posible; chicas sufridas, vamos. Y en cuanto a la presencia, inmejorable: tenían alrededor de veinte años, morena la una, rubia la otra, agraciadas ambas. Pero agraciadas no ya por su físico armonioso cuanto, principalmente, por la relación entre un físico y otro, entre un cuerpo y otro; por el aura de sensualidad que de ese contacto, de esa oposición, de ese roce, dimanaba. Claro está que apreciar todo eso en su justo significado me tomó cierto tiempo. Al principio, para mí, se trataba simplemente de dos sirvientas venidas de Burgos, una cocinera –la rubia– y una doncella –la morena–, cuya falta de experiencia quedaba compensada, hasta cierto punto, por una motivación estética. El resto, su comportamiento, sus mutuas relaciones, las bromas que se gastaban, sus complicidades, un fenómeno de afectividad casi infantil

entre dos amigas que eran casi unas niñas, juegos propios de la edad, de una sexualidad todavía indefinida. Y así, ingenua que soy, más niña aún que ellas, hubiera podido continuar pensando hasta el final del verano, y no porque mi capacidad de percepción fuera entonces inferior a la de ahora, sino por esa especie de candidez que en el terreno erótico sigo teniendo ahora tanto como entonces, algo que, me supongo, seguiré teniendo mientras viva. Pues tuvo que ser el atroz Heribert, el jardinero, una especie de Constantino –siempre ha de haber un Constantino que meta el hocico en este tipo de cosas–, quien me abrió los ojos. Me encontraba tumbada en un sofá del living, leyendo, oyendo música, cuando compareció el Heribert, por delante la gorra entre las manos y su horrenda sonrisa desdentada. ¿Querría la señoreta acompañarle hasta la cocina? ¿Querría, una vez en la cocina –de amplitud ya francamente sanchopancesca la sonrisa–, querría la señoreta escuchar un momento, nada más que un momento? ¿Escuchar qué? Escuchar las risas, los confusos sonidos que interrumpían la secuencia de aquellas jóvenes voces, el ruido ritmado de un somier, el metálico entrechocar de las patas de un somier contra el techo de la cocina, contra el suelo de la habitación que, justo encima de la cocina, compartían las dos chicas de Burgos. Y no se piense la señoreta que es sólo a la hora de la siesta, dijo el espantoso Heribert; no se lo piense, no, que también por las noches se duermen así, todas las noches. Y únicamente entonces, allí, comprendí de pronto el justo significado de sus bromas y de sus riñas, de las caricias y toqueteos que se cruzaban, de sus comentarios a media voz, de las crípticas alusiones hilarantes que intercambiaban tras cada una de sus salidas, de vuelta, a carcajada limpia, del baile del pueblo. Tan sólo un enigma: ¿por qué hacían sonar de tal manera el somier al hacer el amor, como si de hombre y mujer se tratase?

El día elegido coincidió con el día de asueto que el Heribert se tomaba cada semana para cuidar de sus coles; una coincidencia en modo alguno casual, naturalmente. Tomé un baño de impresión en el agua helada de la piscina, desnuda –cosa ya en sí misma imposible de haber estado Heribert rondando por ahí, que ni que fuera el jardinero de Lady Chatterly–, y luego, descuidadamente envuelta en un ruso, mientras la morena me servía un martini, le propuse que ella y su amiga se bañasen también, libres como estábamos de la presencia del abominable Heribert. Las chicas me entendieron a la perfección y, tras juguetear con la mayor naturalidad en el agua –no más fría, a su decir, que la del río de su pueblo–, abrigadas en el imprescindible ruso –morado para la rubia, amarillo para la morena; el mío era verde mayo–, me acompañaron con un campari –más apropiado para ellas que un martini– no sin cierta comprensible sorpresa o aturdimiento al principio, a la vez que poseídas de una manifiesta sensación de alivio,

potenciada sin duda por la ausencia de Heribert, el deteriorado sátiro que, por lo visto, se había ganado ya más de un guantazo de la rubia, siempre más decidida ante cualquier contingencia. Pasamos al living; todo resultó mejor y más fácil de lo inicialmente previsto. Esta clase de situaciones, hasta cierto punto inesperadas y de intensa excitación, suelen tener en sus comienzos una solución inmediata, una especie de licuación incontrolable, similar a la que puede experimentar una colegiala, solución que, atemperada por el propio estímulo, suele irse centrando sobre la marcha en un sosegado ejercicio erótico. Algo realmente magnífico.

Hacia media tarde, intempestivo como nunca, nos despertó el funesto Constantino, Heribert, quiero decir; nos despertó a fuerza de timbrazos, convencido, o mejor, deseoso, de que se hubiera producido una irreparable tragedia, gas, veneno o lo que fuera. El pretexto era algún pretendido olvido. Pero la rubia, envuelta en el ruso, como recién salida de la ducha, le dio sin contemplaciones con la puerta en las narices, tanto por olvidadizo cuanto, fundamentalmente, por abominable. La experiencia, no obstante, era a todas luces irrepetible: ni quería que se me estropease el buen sabor –acaso casual– dejado por una afortunada conjunción de circunstancias, ni estaba dispuesta a que su reiteración pusiera en peligro el normal funcionamiento de la casa. Hablé con ellas en este sentido y ellas comprendieron y aun compartieron mis puntos de vista, no sin cierto desencanto, como es lógico. Cuando acabó el veraneo las recomendé a Vicky, la marquesa de Rocadaura, segura de que llegarían a un rápido entendimiento. Y así fue, en efecto: no hará todavía ni tres años me tropecé con Vicky cenando en el Finisterre acompañada de la rubia, mi feroz rubia, difícil de reconocer de puro fina y sofisticada, aunque tal vez sin el frescor de antaño. La otra, la morena, como por otra parte era de esperar, había terminado por casarse, y por cierto que hizo una buena boda. Tiene dos niñas, según creo.

El destino, por su parte, me ahorró, tiempo después, una tonta reincidencia con una joven a la que había dado mi visto bueno sin siquiera haberla visto, autojustificándome mediante el argumento de que no se trataba de una sirvienta, de que no era una sirvienta lo que me ofrecía la virago de la agencia, sino una chica au-pair, una joven de color, si no me importaban las negras. ¡Si no me importaban las negras! Una negra originaria de Barbados, por Jamaica o así; antillana. Quizás influyó en mi decisión el recuerdo de una aventura de mi época parisina con cierta persona que, sin ser negra, tenía indudables rasgos negroides o, cuando menos, exóticos; la aventura fue un desastre por razones que no hacen al caso, pero el atractivo exótico de aquellos rasgos persistía intacto en mi memoria, y pocas cosas ciegan tanto como el deseo de enmendar un deseo frustrado.

Además, ya estaba separada de Juan Antonio y me sentía verdaderamente harta de la ineptitud y cortedad de las jóvenes chicas de servicio españolas, de sus cabezas llenas de gorriones insustanciales, incluidas, en este aspecto, mis amiguitas de Burgos. Así es que, temerosa de que alguien me arrebatase a Ruth antes de que saliese de Londres, antes de que llegase a la agencia, con sólo dar un sí telefónico a la virago, cerré el trato sin haber visto siquiera una foto de Ruth, la joven de Barbados, espantoso producto de por lo menos tres razas –negra, hindú, blanca– que, aisladamente consideradas, son capaces de dar ejemplares tan esplendorosos. Un verdadero engendro que se plantó en casa una desdichada mañana y que, por mi estúpida debilidad de siempre ante determinados seres a los que, por su misma inferioridad, se me hace difícil tratarlos con la dureza que se merecen, por esta clase de escrúpulos, aguanté a mi lado cerca de dos meses. Y Ruth, como consciente de su esencial fealdad, para contrarrestarla, llegaba a colocarme al borde del ataque de nervios a fuerza de alentarme continuamente sobre la fealdad de todo –personas, paisajes, objetos–, del horror de todo –suciedad de las playas, descuido de los camareros al limpiar los vasos, riesgo de coger el cólera o cualquier otra enfermedad infecciosa debido a la falta de higiene–, ella, Ruth, crecida sin duda en un sórdido arrabal de Manchester, ella, estampa misma de la fealdad y el espanto. Al final, hasta mirarla me costaba trabajo.

Fue la última vez que recurrí a los servicios no ya de la virago sino de las agencias de colocación en general, un tipo de negocio que frecuentemente se confunde, hoy día, con el burdo timo, con la estafa organizada. Según mis averiguaciones, es una especie de gang, en efecto, lo que tienden a constituir esas agencias –ya en sí ilegales– al agruparse, al consolidar sus esfuerzos, al unificar sus métodos. Como su objetivo no es otro que la comisión que cobran al colocar una chica, todo su interés reside en que los despidos –y subsiguientes nuevas colocaciones– se produzcan en la mayor abundancia y con la mayor celeridad posible. Ésta es la razón de que, aparte de las chicas que ingenuamente acuden a tales agencias con verdadero ánimo de colocarse, los gángsters que las regentan, las viragos, dispongan de un personal fijo en rotación, girando constantemente, pasando de una casa a otra de acuerdo con ciertas técnicas y una cuidadosa distribución de papeles o actuaciones. Por lo visto, este personal especializado se divide en ganchos, trencas y reventairas, que así es como se les denomina en el argot que gastan. Primero llega el gancho, una chacha llena de cualidades y con pretensiones mínimas, de esas que responden exactamente al ideal de la señora; rápido acuerdo con ella, que si no llega a materializarse es porque, contra lo acordado, la señora no vuelve a verle el pelo. A continuación, tras varios ganchos

cada vez más ajustados a los gustos de la víctima, pero que siempre terminan por esfumarse, interviene la trenca, tan buena en su aspecto como llena de exigencias, hasta el punto de que, por mucho que se le conceda, se larga asegurando que aquella casa no le interesa. La víctima, presa ya de terror, toma entonces a la primera que se le presenta: la reventaira, una catástrofe de mujer que –cuestiones de aseo personal aparte– estropea la ropa, funde los electrodomésticos, rompe platos, etcétera; ligeras nociones de cocina y completo descuido en lo que a limpieza se refiere en algún caso, es obvio que se da a la bebida, y sus tardes de salida acostumbran a terminar bien entrada la madrugada. El despido, los ocho días pagados y vuelta a empezar. Cuando la señora cambia de agencia o intenta probar con varias a la vez, se establece entre éstas una especie de ronda –contactos telefónicos, intercambios de información, etcétera; existe incluso un fichero de víctimas–, una especie de círculo, en cuyo interior la señora no puede hacer sino rebotar y rebotar. Este juego es lo que las agencias, en su argot, denominan el ball. Es asimismo práctica habitual, tengo entendido, la inserción de anuncios de prensa, falsas demandas de chicas que, en óptimas condiciones, ganan sueldos de fábula, a fin de mantener en alza continua las tarifas. Y todo ello, como es lógico, en connivencia con la policía, de la que son confidentes. Desde que tuve conocimiento de tales extremos, pesco directamente las chachas a través de los comercios del barrio, dando buenas propinas.

Lo que ya no esperaba ni de lejos, después de años y años de no tropezar más que con ineptitud, irresponsabilidad y mala fe, era encontrarme con una Herminia. El hecho mismo de su extracción social, es decir, el camino que ha tenido que recorrer para convertirse en lo que ahora es, el esfuerzo que esto supone por mucho que haya aprendido a mi lado, no hace sino poner más de relieve sus cualidades naturales, su categoría. Herminia, en definitiva, pertenece a una familia de lo más humilde, gente de Huelva o de Álava o de Albacete –ahora no lo recuerdo con exactitud– afincada en no sé qué cuenca minera próxima a los Pirineos; por cierto que no tenía ni idea de que en los Pirineos, cerca de Puigcerdà, hubiera minas.

¿Quién que viese a Herminia tomando el sol en la playa o en las rocas del embarcadero la creería una chacha? Su admirable asimilación de las posturas, de los gestos, la forma de untarse de crema bronceadora, de tenderse boca abajo sobre una toalla, tras soltarse los tirantes de manera tan discreta como llamativa; el aire de solitaria enigmática que sabía adoptar, callando, riendo, distante cuando se le acercaba algún pesado; hasta la maña que se daba en enseñar apenas las manos, lo único que podía delatarla. De vez en cuando se incorporaba con aire perezoso, caminaba unos metros como

quien comprueba la temperatura del agua, trasmutando la realidad de que no sabía nadar en apariencia de que no le apetecía.

Sabía manejarse, arreglarse no ya para que el tiempo le cundiera y encontrar así un rato libre para ella tanto por la mañana como por la tarde, pasear, ir a la playa, etcétera, sino para hacerlo no a la hora de las chachas sino de las señoras. Hacía la compra muy de mañana, cuando no hay nadie conocido en la calle, siempre en las mismas tiendas. Se llevaba un curioso tira y afloja con los hombres que la despachaban –gente a la que no podía ni pretendía engañar respecto a su condición–, que los traía de cabeza, sin por ello perder la simpatía de las mujeres; una especie de coqueteo distante, cortado en el momento oportuno con una vaga alusión al novio, siempre sin aceptar ningún género de precisiones. Ni que decir tiene que también recurría al truco de la alianza colgada del cuello mediante una cadenita. A segunda hora de la tarde acostumbraba a darse una vuelta por las terrazas de los bares, con un Elle bajo el brazo, para acabar tomándose un gin-tonic a solas, como absorta en la lectura de su revista, aislada del mundo circundante por aromáticas volutas de Winston. Otras tardes, en lugar de salir, se encerraba en su habitación, supongo que desnuda, tumbada en la cama, fumando, calentándose los cascos con fotonovelas y revistas tipo Playboy.

Cuando estaba de malhumor o se sentía herida en su amor propio por alguna palabra mía de reprimenda o dicha en tono desabrido, o simplemente por cualquier palabra que su sensibilidad exacerbada le hacía interpretar a modo de censura, también se pasaba la tarde encerrada en su habitación, pero más tiempo, bebiéndose mi whisky (en una ocasión se me ocurrió registrar sus cosas y encontré una botella) y fumándose mis cigarrillos (esto no me era posible demostrarlo, ya que, debido a ese fenómeno de mimetismo, empezó a fumar Winston apenas vio que era mi marca), sin duda maquinando venganzas. Y, tras dar por terminado su encierro, iba y venía canturreando cosas vagamente alusivas a algo y, mientras a mí se me dirigía estrictamente lo necesario, se mostraba extremadamente amable y atenta con Camila, como si quisiera ganársela o ponerme celosa. Igualmente se complacía en chinchar a la Emilia y poner caliente al fauno del Constantino: un momento, no se vuelvan, les decía en el office; que me cambio de bata. Sabía de sobras que la Emilia no se atrevería a meterse con ella, que su posición en la casa era más fuerte.

Fruto conjunto de sus lecturas y de sus dotes de observación, potenciado al máximo por el alto vuelo de sus fantasías, las posturas que adoptaba, sus ademanes y hasta sus expresiones de cara. La de aquella mujer del Playboy meciéndose en la espuma de una bañera, especialmente: a gatas, de perfil, las puntas de los pechos rozando ya

la espuma, el trasero en pompa, la cara vuelta enteramente hacia el objetivo, por encima del hombro, la boca entreabierta, mitad temerosos los ojos, mitad expectantes: justo la expresión de Herminia cuando alguien le dirigía la palabra y ella aparentaba un sobresalto. Desde nuestro cuarto de baño se domina parte de su habitación y una vez la sorprendimos ensayando. Y me hace el efecto de que Herminia se había dado perfecta cuenta de que la mirábamos.

Cuando había invitados, si ella servía la mesa, o el café, o unas copas, y alguien hacía una broma que ella consideraba de carácter picante, se llevaba la mano a la cara como si contuviera la risa; y, claro, para quien no se entera bien de lo que se dice, todo puede tener un significado picante. Pero, a pesar de tales intromisiones, como lo hacía con gracia, a la gente les caía simpática, y los más asiduos la incitaban directamente a lucirse, a soltar uno de esos comentarios dichos con aquella naturalidad que rayaba en descaro, sin llegar nunca, no obstante, a pasarse. A estas alturas ya debía de saber que su concepto de lo que era o no era fino, de lo que era o no era distinguido, que traía cuando llegó a casa, resultaba cursi además de pueblerino.

Con su facilidad de adaptación, con sus artes en la captación no ya de posturas sino de maneras, nada tenía de raro que en la playa del pueblo –la de la gente de paso, del turismo de agencia; los residentes van al Llané– no le faltaran visitantes, donjuanes ocasionales que ella mantenía a raya sin problemas, igual que debía de tener a raya a su novio –si es que el famoso novio era una realidad–, debido, posiblemente, a su temor a que el comportamiento de ellos, de todos ellos, los donjuanes, el hipotético novio, no correspondiese adecuadamente al de ella, no estuviese a la altura del que ella había imaginado, palabras, actitudes, caricias. Capítulo aparte, por la complejidad de sus motivaciones, el de las maniobras de aproximación de Roberto, el bello Roberto, a Herminia, cuyas vicisitudes pude observar perfectamente –y no sin regocijo, lo reconozco– desde la terraza del Marítim, tomando un martini junto a Camila, quien, además de miope, no soporta las lentillas. Claro que tampoco Roberto podía imaginar que yo era testigo de tales maniobras respecto a Herminia, las frases, las sonrisas que entrecruzaban. Astuto él, zalamera ella.

Utilidad de los prismáticos: verlos hundirse en el fondo del bote como en una cama, por debajo de la línea de la borda, anclados a resguardo del viento de levante, a prudente distancia de la embravecida boca de la bahía, mientras yo releía su correspondencia cómodamente

instalada en la terraza de casa, a mis anchas, tomándome un martini.

Había seguido sus movimientos desde que dejaron la orilla, sus zigzagueos entre otras embarcaciones, su búsqueda de un lugar discreto y recogido, su forma de lanzarse a buscar, pero no en las profundidades marinas sino en las profundidades del bote.

De hecho, sin la ayuda de los prismáticos, hubiera resultado imposible no perderlos de vista entre aquel ir y venir de barcas y canoas y velas que anima la bahía en plena temporada, bañistas, gente que practica el esquí con esa gracia de quien hace sus necesidades, un espectáculo que, de acuerdo con lo inicialmente previsto –pero no de acuerdo con mis planes elaborados posteriormente–, nos lo hubiéramos ahorrado aquel verano igual que hasta entonces nos lo habíamos ahorrado cada verano. Escocia, Finlandia, Columbia Británica y sitios por el estilo –el encanto de las grandes ciudades, tan alabado por algunos, es la mayor sandez que he oído, sobre todo en lo que a New York se refiere– se han convertido en mis refugios habituales, no porque su belleza sea superior a la de Cadaqués, sino porque el espectáculo de Cadaqués sometido a los efectos de la avalancha turística es algo que no soporto. Toda esa gentuza que con sus ridículas extravagancias tanto afea la belleza incomparable de este pueblo que, armonioso como un órgano, se yergue a lo largo de la sinuosa costa contra el desnudo contorno montañoso.

Conste que, al decir eso, no me refiero a determinadas élites, asiduas, cuyo entusiasmo por Cadaqués soy la primera en compartir, sino a ese otro turismo barato que, en este caso concreto, atraído por las ideas preconcebidas que circulan sobre la vida en Cadaqués, llega en plan de Atila, dispuesto a entrar a saco en la primera cama redonda que se le ofrezca. O turistas como los de Rosas o cualquier otro pueblo de la costa, gente de agencia que, un día, llevados por una curiosidad no exenta de excitación, se dejan caer por aquí, a ver qué pasa. Actitudes que explican comportamientos, maneras hipócritas, amedrentadas, su forma de pasear por el pueblo, con esa degradante afabilidad, como de alegres colegiales, que apenas oculta su realidad perversa: temor a la aventura disfrazado de regocijo inocente, no menos asustadizos que gorriones, siempre vigilando, atentos –con sus miradas de soslayo– al posible castigo infligido por algún rudo lugareño.

A decir verdad, no obstante, como bien me hizo observar alguien, con el agudo sentido crítico que le es característico, peores que esta clase de turistas –élites aparte, insisto– son los veraneantes habituales, ese sector de la burguesía de Barcelona especialmente snob que, cada verano, tiene muy a gala trasladar sus reales a la casa de Cadaqués, una casa que, pese a todos sus esfuerzos, tiene muy poco de típica casa de pescadores que quisieran que pareciese –exteriormente, claro– a fin

de conservar el carácter, de no estropear el pueblo. Pues, en lo que al interior se refiere, baste considerar el hecho de que esa burguesía, en sus ansias de rusticidad, ha llegado a convertir lo que fueron pétreas bodegas en acogedoras salas de estar, y en sofisticados espacios las antaño húmedas lobregueces propias de tales lugares: el celler, en Cadaqués, es hoy el centro de la casa. Pero ¿qué se puede esperar del gusto de unas señoras lo bastante cursis como para seguir diciendo me voy al dos, igual que de niñas se lo pedíamos a las monjas levantando la mano? Como ese displicente crítico del TLS (imbéciles los hay en todas partes y el burro no es una exclusiva sanchopancesca), así su incomprensión total de lo que son las cosas, su dificultad de discernir, su falta de verdadera clase. Esto explica suficientemente mi voluntad de mantenerme al margen de ese mundillo, por más que ahora me busquen con el mismo encono con que antes, antes de casarme con Juan Antonio, y también los primeros años que siguieron a nuestra separación, me marginaban. Sin duda les intrigo, y no ya por mi modo de vida y mi desprecio por todo género de convenciones y prejuicios, sino incluso por mi físico. Les debe de desconcertar que una mujer como yo, alta, esbelta, elegante, con esa madurez serena que es el fruto de la inteligencia y la experiencia más que de los años, y el particular atractivo que de ello se deriva, que se refleja en la cara, ojos risueños y listos y sonrisa irónica, que una mujer así, iba diciendo, ose desafiar todos y cada uno de los tabúes que les oprimen. Un motivo más que añadir a cuantos pudieran tener bien para buscarme, bien para marginarme.

Ahora soy yo quien se automargina: o mejor, quien les margina a ellos, quien mantiene las distancias. Bastante marginada me sentí en el pasado, no ya por la sociedad de Cadaqués o de Puigcerdà sino, en definitiva, por toda Barcelona. Ese toda Barcelona que previamente había marginado a mi madre en la medida en que ella misma, la viuda de un rojo, se dejó marginar, en la medida en que, como vencida por la vergüenza, parecía ocultarse y ocultarnos a nosotros, los cuatro hijos de un rojo: mi hermana y yo en un internado de monjas y mis hermanos en uno de curas. Ocultarse y ocultarnos también durante los veranos, primero en Aiguaviva, la finca, y luego en diversos pueblos, empezando por Breda y acabando en Puigcerdà, siempre como huyendo, como aislándonos, sin dejarnos trabar amistad con otros niños de la colonia veraniega de turno, los hijos de las familias con las que parecía temer alternar; quizá deba agradecer a tal situación mi futura boda con Juan Antonio, el único niño que por aquel entonces se atrevió a acercárseme. Una infancia así explica, como es natural, un montón de cosas en lo que al carácter de cada uno de los cuatro hermanos se refiere, empezando, claro, por mí misma; de eso sí que soy plenamente consciente. Me asombra, en cambio, que ahora

Margarita salga con que eso de la vida social le aburre, cuando siempre le ha pirrado y desde siempre ha sabido arreglárselas para tratar gente de lo más convencional en su anticonvencionalidad, como es el caso de la gente que viene por Cadaqués, personas que me odian tanto como me envidian.

Lo seguro es que no me he perdido nada extraordinario. Recuerdo al respecto una aventura que tuve con una representante eminente de la burguesía barcelonesa, cuyo nombre no viene a cuento –está casada–, durante mis primeros años de Cadaqués: una de esas mujeres lentas hasta la exasperación, de orgasmos difíciles y secreciones profundas, tal vez debido a la misma parsimonia con que son emitidas, como lava que se va enfriando. Ese tipo de aventuras eróticas en las que una se mete llevada de la irresponsabilidad que se crea a partir de la euforia de una determinada situación, o de un exceso de champán, y de las que luego nos arrepentimos toda la vida por lo poca cosa que es la otra, y las ilusiones que se ha hecho, y el chasco que se lleva, y la tontería que hemos cometido al olvidar, una vez más, la simpleza de las mujeres y el esfuerzo que requiere romper esta clase de relaciones en razón de la misma insignificancia de la otra parte, algo así como lo que sucede con ese primito lejano con el que habían pretendido hacernos jugar de niñas, cuando nuestros respectivos padres se visitaban entre sí, ese primo llamado Magín o Valentín con el que nunca llegamos a congeniar, y que luego resulta ser un poco retrasado, vamos, tontito, aunque de muy buen carácter y, sobre todo, muy cuidadoso, eso sí, y con los años le vamos viendo de vez en cuando, generalmente en entierros o equivalentes solemnidades familiares, en cada ocasión más calvito y rechoncho, y más apagada la luz de sus ojos huidizos, hasta que un día nos enteramos de que al pobre le ha dado algo, de que se muere, y ya no resistimos asistir a su entierro.

No cabe duda de que la familia obedece a un mandato divino, ya que sólo Dios puede haber inventado un juego de azar tan apasionante: a una sola partida y sin descarte. Me refiero, por supuesto, a la familia en que uno nace, aunque –lo sé por experiencia propia– de la que uno elige o cree elegir, si las cosas se lían y hay hijos, podría decirse, en la práctica, y por más que yo haya sabido cortar a tiempo por lo sano, tres cuartos de lo mismo. Pienso en mis padres: un padre innombrable porque, pese a ser un Moret, un apellido que en Barcelona tiene su peso, o mejor, lo tuvo, fue abogado de rojos, se puso de parte de los rojos y murió como un rojo, en el exilio. Una madre que era una pobre de espíritu, que se pasó la segunda parte de su vida intentando reparar el error cometido en la primera, la gran vergüenza: su matrimonio. Una hermana que todo el mundo confunde conmigo, respecto a la cual todo el mundo se

empeña en decir que nos parecemos tanto, cuando lo cierto es que Margarita y yo no podíamos ser más esencialmente diferentes. Y aunque nuestras relaciones, en el aspecto formal, son buenas, las dos sabemos que bajo esta apariencia mantenida cara afuera, existe entre ambas un antagonismo no por informulado menos radical. Y es que si durante años Margarita se ha permitido pisar impunemente el terreno a Matilde, nada tendrá de raro que con el tiempo, a medida que Matilde vaya dejando de ser eso, la hermana de Margarita, a medida que vaya siendo mejor conocida, que vaya cobrando entidad, nada tendrá de raro, decía, que el proceso se invierta y, aun sin proponérmelo, sea yo la que le pise el terreno, la que le haga sombra más y más, hasta que Margarita termine por ser la hermana de Matilde. Porque lo que la gente no sabe, por ejemplo, es que Margarita, como suele pasar con las hermanas menores, me ha imitado siempre en todo. Porque lo que la gente no sabe es que hace ya muchos años que Margarita me envidia, que invade mi terreno por cuantos medios están a su alcance. No, la gente no tiene ni la más mínima idea de hasta qué extremos llega su narcisismo, hasta qué punto su carácter egocéntrico linda con la mitomanía sin que ella sea siquiera capaz de advertirlo.

De jóvenes –de niñas, incluso– nos unía una común actitud rebelde y desafiante frente a nuestra madre y el mundo que ella representaba, los tíos, los primos, las monjas. De los hermanos nos separaba no sólo el sexo y la edad sino también el hecho de que, en razón justamente de su mayor juventud, de ser los pequeños, fueran más maleables, más permeables, por lo menos durante su infancia, a los influjos del medio, al espíritu carca que les imbuía, a ese olor como de agua bendita que respiraban. El distanciamiento que se ha ido produciendo entre nosotras tuvo su inicio en la boda, a partir del momento en que se casó, prematuramente, a mi entender, por muchas millas que hubiese corrido. De haber esperado, quizá se hubiera dado cuenta a tiempo de que, bajo su pátina mundana, él era y es uno de esos catalanes tan ricos como mezquinos y rapaces; claro que el problema del matrimonio no reside tanto en la persona cuanto en la situación en sí, toda vez que, desaparecida la motivación económica –la tan execrada dote– que le daba consistencia y estabilidad, conforme al cambio de mentalidad que experimenta el mundo, el bien llamado lazo conyugal se ha convertido en pura pirueta en el vacío. El hecho de que ahora ella se tome sus libertades y lleve su vida, y él lo mismo, y todas esas componendas, no cambia nada. Durante años ella fue la inteligente y yo la guapa –quién sabe si no apresuró su boda precisamente por eso–; con el tiempo me he ganado, asimismo, la calificación de inteligente. Quien ahora interesa soy yo.

Me excuso; comprendo que me he ido por las ramas, pero es que

hablar de Margarita me pone muy nerviosa. Sobre todo porque no me gustaría parecer injusta, porque no quisiera dar la impresión de que Margarita es un ser vulgar y sin interés, ya que, por encima de cualquier discrepancia, la considero mujer de grandes cualidades en todos los terrenos; poca gracia me haría, de no ser así, que haya gente que todavía nos confunda. Hay un abismo, por ejemplo, entre Margarita y mi cuñada Conchita, cuyo único drama consiste en ser ni más ni menos que lo que es, así, pequeña, cortita, poca cosa; en el aspecto moral o personal o como quiera que se diga, quiero decir. El tipo de mujer, por otra parte, que mejor casa con Ignacio, un hombre gris y callado, como constantemente atormentado por su propia mediocridad. Aunque la mujer rica y tonta que se ha buscado también pudiera ser señal de que Ignacio es mucho menos mediocre y mucho más duro de lo que a primera vista pudiera creerse. No sé. Con todo y ser mi hermano, la verdad es que Ignacio, para mí, es un completo desconocido.

Con Joaquín, quizá porque me es más próximo en edad, siempre ha habido más confianza, y comunicación, ya que, tratándose de él, y aunque sea un encanto, no cabe hablar de compenetración; es tan cariñoso como falto de carácter. No es que no tenga personalidad sino que tiene demasiadas, y lo malo es que se las cree todas. Recuerdo el día en que finalmente se enteró de que me gustaban las mujeres, su visita imprevista, inoportuno y torpe como siempre; su fastidiosa ternura, sus evocaciones –completamente deformadas– de nuestra común infancia, su tono confidencial y comprensivo al decirme que, a veces, había llegado a pensar que también él era homosexual, posibilidad no por positivamente inexacta desprovista de delicadeza y, en este aspecto, inmerecedora de las crudas puntualizaciones con las que estuve a punto de salirle al paso, de pegarle un corte. Con tal de complacerme o darme ánimos, Joaquín es capaz de inventar lo que sea. En aquella ocasión, de haber sido preciso, me hubiera hecho una demostración práctica.

Pero, de toda mi familia, el único que realmente vale la pena lleva el apellido Moret en segundo lugar: Raúl, mi primo. A veces insoportable, también es cierto; un engreído como he visto pocos. Con esa irritante seguridad en sí mismo propia de quien se sabe en posesión de ciertos motivos para estarlo. Su risa, sus ojos irónicos, su acierto en elegir prendas que le caigan bien, la elasticidad de sus movimientos; pero, sobre todo, aquella forma suya de mirar, como si se te hubiera tirado de antemano en todos los terrenos. Una confianza más que excesiva, ni que decir tiene, que bien pudiera esconder el estado de ánimo contrario, la inseguridad total. Nada me extrañaría, en cualquier caso, que con los años y los chascos se le hayan bajado los humos y ya no sea el de antes.

Aun así, la verdad es que me gustaría que se dejara ver por Cadaqués, aunque sólo fuera para que comprobase por sí mismo que sigo siendo la Matilde de siempre, que la sencillez de mi vida en nada ha cambiado, que aún podemos volver a tener las largas conversaciones de antes y el baño de amanecer en las quietas aguas del embarcadero a modo de punto final. Sé que la casa le gusta; imposible que no fuera así, por otra parte. Esta casa a la que he sabido conservar realmente todo el aire de una casa de pescadores, todo el encanto, para envidia de los puristas del lugar que, cuando hice los arreglos y levanté una planta más, se hartaron de criticarme, de decir que aquello era un verdadero atentado estético. Se entra por la parte trasera, que da directamente a la calle, y tiene sol de tarde. La fachada se abre al mar, a la bahía, sobre una miniplaya particular y las rocas del embarcadero. El interior tiene un tono muy mediterráneo, a la vez sobrio y sofisticado: tallas barrocas contra el blanco de las paredes y grandes almohadones de seda tahilandesa sobre las losas de pizarra del celler. Pero el verdadero lujo, lo que no tiene precio, no está en la casa aunque pertenezca a su emplazamiento: la mejor vista de la bahía que pueda disfrutarse en Cadaqués.

III

Cómo hacer feliz a su raposa sería el título más adecuado. Uno de esos manuales tipo Cómo Triunfar en la Vida o Cómo Ganar Amigos que, por lo general, me imagino yo, deben de conducir al objetivo contrario al propuesto, es decir, directamente a la catástrofe. Esos elogios, por ejemplo, al pelo de la persona que nos atiende en un banco, en una oficina cualquiera, susceptibles de dar lugar, fuera de un contexto adecuado y según seamos o no del mismo sexo, a una contundente respuesta; o esas bromas para caer simpático, como la de pedir, en un parador de carretera, otra suela de zapato con ensalada, que fácilmente pueden ser mal entendidas. O las recomendaciones de uno de esos prontuarios relativos a la vida conyugal en los que se incita a los cónyuges a comprenderse mutuamente, a dedicarse recíprocas sorpresas, a iniciar la actividad sexual con delicadeza y tacto, y consejos por el estilo; delicadezas como las que les brindo, sorpresas y emociones como las que les tengo reservadas, comprensión como sólo de mí pueden esperar. Pues así, como ese género de manuales y prontuarios tan en boga años atrás, y de similares efectos contraproducentes, el libro que yo podría escribir sobre Camila y Roberto, la evolución de sus relaciones según yo les iba abriendo la válvula y se ampliaba el área de su autonomía, de las facilidades de que gozaban, hasta el azar, se diría, jugando de su parte. Ya que, pese al carácter positivo de las condiciones ambientales en que se desarrollaba la aventura de nuestros enamorados, como íntimamente entrelazados bajo el cálido manto de la furtividad; pese al cúmulo de elementos propiciatorios, dignos no ya de enumeración sino de ordenación detallada y hasta de clasificación, pese a eso, decía, algo empezaba a oler a artificial en todo aquello, y yo tenía fundadas razones, en efecto, para detectar tal factor de artificialidad –fruto del esfuerzo añadido– en el conjunto de datos que configuraban la gráfica de sus comunes vicisitudes. Escribo yo y no ellos, pues, por aquellas fechas, ellos, muy probablemente, eran ignorantes de la presencia de dicho factor. Y es que el instrumento adecuado para introducir semejante factor no estaba en sus manos sino en las mías: la duración indeterminada de lo que, en principio, de forma tácita, por analogía en relación a otros veranos, estaba perfectamente determinado; el mantenimiento de una tensión tan sólo soportable –para quien la sufre– dentro de ciertos límites. No es posible conservar el fervor de la llama cuando los leños se han convertido en brasa.

Yo, únicamente yo, no ellos, sabía con exactitud lo que les pasaba y

conocía los sentimientos que experimentaban. Sus citas, sus cartas, la expresión de sus caras, por amable y animoso que, sacando fuerzas de flaqueza, Roberto aparentaba estar cuando nos tropezábamos con él por una de esas casualidades que entre los tres preparábamos con tanto cuidado. Sonriente, siempre como ofreciéndose para lo que fuera, gentil y dispuesto, luciendo su físico, como lucía la medallita de oro que, aunque no fuera de tema religioso sino referente a su extravagante grupo sanguíneo, no perdía por ello el claro valor de reclamo erótico. De no estar tan a mi merced, inerme y sin siquiera caer en la cuenta, me hubiera llegado a resultar realmente odioso.

La fatiga, en lo que a Camila respecta, empezaba a traslucirse, principalmente, a través de alguna de las cartas que ella recibía, que Roberto le hacía llegar, esforzándose en levantarle el ánimo, en darle aliento, los clásicos remedios contra la fatiga. Una fatiga que se presentaba no de modo constante, por supuesto, sino –como pasa con todo– según el día. Y me parece más que probable que a él le pasase lo mismo, aunque lo ocultase mejor, bien por ser más fuerte, bien por ser más farsante, más carota; por tener más oficio. Y hasta me atrevería a afirmar que mi sistema de dejar mis notas –no éstas, como es lógico– descuidadamente a su alcance, empezaba a dar resultado. No quiero decir con eso que Camila, sospechándose que yo leía sus cartas, me diera a entender, a través de las respuestas de Roberto, cuál era su estado de ánimo, sino, más bien, que la lucidez de mis observaciones, la claridad diáfana de mis argumentos, hacía mella más y más en su espíritu. Y eso representaba un giro de por lo menos noventa grados en relación a sus cartas primeras –justo después de la noche del celler–, en las que se vertían veladas alusiones a mi persona de carácter insultante. Es posible que por aquel entonces, tras haber mencionado el sueño que tuve respecto a un cajón de su cómoda lleno de serpientes, Camila sospechara –esta vez sí– que yo había leído sus cartas y, aunque a partir de entonces comenzó a ocultarlas en fundas de discos, tal vez abrigara la secreta intención de hacerme saltar, de que fuese yo quien, perdiendo los nervios, rompiera el lazo que nos unía, a fin de evitarse la prueba de ser ella quien lo hiciera, de cara, frente a frente; sí, que fuera yo la que estallase tras haberme situado en falso al registrar sus cosas; es muy probable.

A mi juicio, lo más inteligente por su parte, lo más apropiado, hubiera sido dejar premeditadamente a mi alcance una carta de rendición o renuncia; una carta dirigida a mí metida en un sobre abierto, pero oculta en algún sitio donde yo no tardase en encontrarla –el cajón de las serpientes, por ejemplo–, como si le faltase valor para echarla al correo. Lo más airoso, también. Lo más airoso y elegante tanto para ella como para mí.

El principal obstáculo con que me tropecé en el curso de mis

operaciones de control fue la presencia casi constante de Constantino, todo el rato husmea que te husmea, como un perro que va levantando la pata. Más de cuidado era, en realidad, Herminia, que sabía caminar sin hacer el más mínimo ruido y no se le escapaba una, pero yo confiaba en que su misma discreción la haría mantenerse aparte. En cambio, Constantino, ese fauno decrépito que sin duda se barruntaba algo, conseguía exasperarme con sus continuas incursiones, con su sigiloso rondar por el interior de la casa bajo cualquier pretexto, con sus intentos por saber en todo momento dónde andaba Camila, con su forma de escrutar la bahía desde el embarcadero, a la caza del objetivo que yo pudiera seguir con mis prismáticos, espiando, vigilando, presa, sin duda, de la más rabiosa excitación. Los delirios de aquel fauno me llevaron en más de una ocasión al borde del ataque de histeria. Ya una vez tuvo problemas con la guardia civil por abusos deshonestos cometidos con niños y niñas, uno de estos casos en los que los padres acaban retirando la acusación para evitar a los críos el nuevo trauma que supone la vista del proceso. Bueno, en realidad el culpable no fue él sino otro pescador igualmente solapado y decrépito. Pero cuando me contaron la historia enseguida pensé en Constantino y, de hecho, hubiera podido ser él perfectamente.

Tales muestras no ya de torpe lascivia sino de cortedad moral y, sobre todo, de falta de sensibilidad, me resultan realmente insoportables. Tanto más cuanto que nunca me ha gustado dar pie a groseras habladurías ni a reacciones escandalizadas, y ello no por cobarde disimulo, ya que siempre hago lo que me da la gana, sino por un elemental sentido de las formas, que yo respeto y exijo sea respetado. Con Camila, en nuestros viajes, en cualquier lugar público, entre personas que no saben quiénes somos, nunca hemos dado motivo a la más mínima clase de comentario. Y es así como la gente debiera comportarse. Claro que, en la imaginación de la gente, la lesbiana es una mujer de rasgos duros, pelo corto, gestos enérgicos y pupilas afiladas, que viste con preferencia un traje sastre. En otras palabras: un marimacho. El equivalente, pero a la inversa, de una de esas parejas de hombres que, más que por los placeres físicos, parecen unidos por placeres fisiológicos y hasta vegetativos, el sol, la siesta, la digestión, la evacuación, todo realizado con esa ilusión de quien está viviendo un verdadero cuento de hadas. Una imagen muy catalana, cuya procedencia quizá haya que buscarla en aquel doble asiento instalado en los retretes de las antiguas masías de cierta entidad –para las otras bastaba el corral– y en la estampa que obviamente sugieren: un matrimonio evacuando al unísono, intercambiando dulces miradas, palabras de estímulo, amorosamente cogidos de la mano.

Es increíble la capacidad de fabulación de ciertas personas, las teorías y tópicos que consiguen poner en circulación y, lo que todavía

resulta más raro, que terminan por ser aceptadas poco menos que como un lugar común. Y esto es lo realmente grave: no lo muy papanatas que puede llegar a ser un autor, sino lo muy papanatas que puede llegar a ser el lector, el público, la gente. El tema del clítoris, por ejemplo. Todas esas historias que inventan cuatro lesbianazas camufladas de feministas, con el respaldo estadístico de algún que otro sociólogo, sexólogo o lo que sea, lo bastante bobo como para dejarse convencer –quién sabe si condicionado por la dimensión clitórica de su propio pene– hasta el punto de buscar –y por tanto encontrar– casos y cosas que ejemplifiquen sus postulados. Como si la mujer encuestada, adecuadamente preparada por las múltiples estupideces que lee en la peluquería, no supiera de sobras que debe confesarse clitórica, que quedaría mal, aunque sólo fuese ante su anónimo encuestador (o encuestadora: sé de más de un caso en que la encuesta fue sólo el preámbulo de un fogoso escarceo erótico resuelto en fuga conjunta), si afirmase lo contrario. Pero es falso. Falso y también indignante: una verdadera campaña internacional destinada a desorientar o confundir a la mujer –al hombre ni falta que hace– en beneficio de cuatro viragos, cuatro aprovechadas que hacen su agosto gracias al desconcierto imperante. Lo que tales sociólogos o sicólogos o sexólogos, de mente no menos embotada que el sexo, denominan clítoris, es para mí el cuerpo entero, excitante y sensible centímetro a centímetro, en grado diferente –y no sólo de intensidad– cada uno de ellos. ¡Falso! ¡Falso! ¡Falso! ¡Sólo el embotamiento aberrante y zafio de semejante clase de seres puede reducir la sensualidad a tan absurdo ombligo! Lo único que nos falta, si acaso –y dedico esa sugerencia a mis recalcitrantes feministas, a quienes debo tantos momentos de inenarrable placer–, lo único que nos falta, decía, es, justamente, un verdadero órgano penetrante, algo que siempre he echado de menos en mis exaltados momentos de plenitud posesiva.

Hecha esta salvedad, el cuerpo de la mujer es un objeto realmente perfecto. Incluso en su climaterio, incomparablemente mejor equilibrado, por las compensaciones que ofrece, que en el hombre, sujeto a un declive que, de forma inevitable, ha de convertirle en un viejo verde. Aunque todavía me faltan muchos años, supongo, para llegar a tal fase crítica, estoy plenamente convencida de que no sólo no ha de suponer un trauma –equivalente al que para el hombre supone la pérdida de potencia– sino que incluso cabe considerarlo como una ventaja: la liquidación definitiva de todas las murgas a las que, desde la pubertad, ha estado sometido el organismo de la mujer. Y no es poco: la raíz de los principales temores de una tan sensitiva como reflexiva alumna de un colegio de monjas. Una especie de renacer, en cierto modo.

A decir verdad, ni tan siquiera me parece exacto que una mujer –

como pretenden todas esas lesbianas– no pueda gozar con un hombre tanto –o casi– como goza con una mujer. Si alguna lo duda –salvo ser una de esas lesbianazas–, que haga la prueba. Y conste que no soy precisamente una especialista en esta clase de experiencias, lo que se llama una ninfómana; pero sé lo que me digo, y lo que es verdad es verdad, así lo diga Ulises o su porquerizo. Eso sí: lo que le puede fallar a una mujer frente a un hombre –como a mí me falla– es el problema afectivo. La inseguridad de gustarle, por mucho que nos lo jure. El temor de no estar a la altura de las circunstancias. La sospecha de que él se comporta con una como con cualquier otra. La evidencia de que, para ellos, las aventuras suelen ser sólo eso: aventuras, mecanismos de piezas intercambiables. Aparte de los casos, por supuesto nada infrecuentes, en los que el hombre se comporta como un caballero: noble, pero bruto.

Yo, por fortuna, estoy por encima, en posición dominante, de cualquier mecanismo, así físico como sicológico y hasta moral, tanto en lo que respecta al hombre como a la mujer. Y ello es así no sólo por lo que vulgarmente se llama experiencia, sino, sobre todo, porque poseo determinadas facultades que tal vez sería exagerado calificar de adivinatorias, pero que no por ello dejan de corresponder a lo que la gente incluye en el concepto de extraordinaria intuición, premoniciones y todo eso. Veo venir a las personas, las radiografío al instante, sé lo que harán antes de que ellas mismas lo sepan; y me complace comprobar la realización de mis previsiones. Eso, ni que decir tiene, entraña –como cualquier juego– sus riesgos. Pero soy consciente de ello y lo asumo. Ya me estaba hartando de tanta monotonía, tanto encuentro teóricamente casual, tanto seguir sus movimientos con los prismáticos –bajo la mirada atenta del viejo fauno–, tanto releer cartas y fisgar –por el momento sin el resultado esperado– en el cajón de las serpientes. Necesitaba algo más fuerte, más directo, más excitante. Dar rienda suelta, en otras palabras, a mis energías frenadas, a mi vigor retenido. El pretexto me lo sirvió en bandeja un local nocturno de Port de la Selva, al invitarnos –invitarme– a su inminente inauguración. Una inauguración tardía, poco menos que a final de temporada, postergada ya una y otra vez por esas cosas de que en verano todo son retrasos. En aquella ocasión, finalmente, tenía ciertos visos de responder a una realidad, ya que se anunciaba incluso la presencia de Dalí, y tengo entendido que así fue en efecto. Pero yo me guardé la invitación hasta la víspera de la fecha prevista, a fin de que Camila y Roberto tuvieran el tiempo necesario para organizarse, pero sólo justo el necesario, y no sin dar previamente por sentado que a ella le apetecían bien poco estas cosas, que el compromiso era para mí, que comprendía sobradamente que ella prefiriese quedarse en casa, qué más quisiera yo que poder hacer

otro tanto, que, de todas formas, no creía poder aguantar más de un par de horas, tres o así en total, ida y vuelta incluidas.

Plenamente identificadas, nos despedimos con resignación en el embriagador ambiente del celler, y yo salí a por mi descapotable, un descapotable que me limité a dejar unos cientos de metros más lejos, antes de volver a entrar sin ruido. Desde la terraza, fumando a oscuras, ocultando la brasa del cigarrillo, le vi llegar remando enérgicamente –casi un Lohengrin–, atracar su bote en el embarcadero, meterse en el celler; me quedé un rato más contemplando las luces de la bahía, el espléndido desplazamiento de los raudales lunares. En la habitación se seguía escuchando la música, tangos y tangos sonando una y otra vez –o quizás canciones de la Piaff, que vienen a ser lo mismo–, un laralá que me impedía oír otra cosa, por más que pudiera imaginármelo todo casi como si estuviera contemplándoles. La espera no fue larga, ya que debían de temer que yo regresase antes de tiempo. La interrupción de la música fue la señal, y una rápida escapada a la terraza me permitió presenciar la tierna despedida en el embarcadero, la emotiva partida del bote. Cuando Camila apareció en la habitación fingí salir de un profundo sueño y, como aún medio dormida, aparenté ni prestar atención al asombro que en ella provocó mi presencia en la casa, haciendo como que no me daba cuenta de su terror, como que aceptaba con la mayor naturalidad sus explicaciones, que si había estado oyendo música desde que salí, que si, de haber sabido que yo estaba de vuelta, hubiera subido al instante, que por qué no le había dicho nada. Hablaba y hablaba mientras yo la desnudaba despacio y con cuidado, gozando de la afloración paulatina de aquel cuerpo dilatado por el amor, todo él abriéndose como unos grandes labios, desbaratadas más y más sus palabras por mis caricias, atenta no ya al hilo del discurso cuanto a la respuesta de su propio cuerpo, su sensualidad estimulada al máximo por la disipación de los temores que inicialmente la embarazaban, por la seguridad de que yo no me había enterado de nada, por la euforia derivada de que, tras haberme engañado, nuevos y más intensos placeres eran todo el castigo que le aguardaba; por su buena suerte, en resumen, ella y yo como enfebrecidas, aunque no por los mismos motivos, uno y otro enardecimiento encabalgándose mutuamente. También en aquella ocasión el sol daba ya en las baldosas cuando nos dormimos. El mismo sol que acababa de hundirse tras las montañas cuando yo inicié el más maravilloso viaje que pueda imaginarse a Port de la Selva. Cuando –como alguien que ya dejó escrito, robándome no sólo las palabras sino la mejor expresión de lo que fue aquella noche– la luna de rosados dedos vence a todas las estrellas y su luz se extiende por el mar salado y los campos florecientes.

La invitación a Port de la Selva no pudo ser casual. Por algún motivo que desconozco pero que responde a una realidad, el nombre en sí, eso de La Selva, como si tuviese algo de mágico, ha ido siempre ligado a los momentos culminantes de mi vida. Port de la Selva, esta vez, como en mi infancia Aiguaviva, la finca, también en La Selva, pero no en La Selva a la que pertenece el Port, sino en esa región, cerca de Gerona, que se llama así. No deja de ser raro que en Cataluña haya tantos lugares que se llamen La Selva o estén relacionados con la palabra Selva, como Selva del Camp, en Tarragona, donde, si no me equivoco, visible desde el tren, hay un elefante de hormigón, obra naïf de alguno de esos jefes de estación que se vuelven medio locos con el viento. En todo caso, es sintomático que le chocase el nombre. No sé si a alguien se le habrá ocurrido investigar el origen.

Las Lanzas no es únicamente una pintura. Las Lanzas es toda una concepción de la vida. ¿Por qué se rinde Breda? ¿Por causa de las enfiladas puntas que, barrando verticalmente el paisaje, se alzan del lado español, a la derecha del cuadro, frente al puñado de picas flamencas que se arrinconan a la izquierda? ¿Por las humaredas que enturbian el campo a retaguardia de los vencidos, resultado probable de una intensa preparación artillera? ¿O estará más bien la respuesta en la pesada llave que el flamenco entrega al español, centro de la composición a la vez que símbolo del rescate, de lo que se paga a fin de no perder lo que se teme perder, una ciudad, una posición económica y social, un status? Es decir: una llave que es la clave tanto en el terreno plástico como en el temático, y respecto a la cual, las armas que la orillan, la perspectiva en fuga de las agudas lanzas, son meros elementos de realce. Después, tras la hipócrita cordialidad con que la ofrenda es acogida, vendrá una vengativa luminaria de hogueras purificadoras, a cuya luz cobrarán vivas tonalidades los ejemplares cadalsos, los despojos que gotearán desde lo alto de las murallas; el ineludible escarmiento. Pero la ciudad, aquello cuya suerte, cuya integridad, cuya existencia misma está en juego, se habrá salvado. La rendición como alternativa única a la destrucción. O la llave o el destino de Troya.

Una metáfora de la vida, sí, y también del amor, aún más concretamente. Al fin y al cabo, entre el amor y la guerra no sólo no hay contraposición alguna, por mucho que proclamen lo contrario tantos estúpidos slogans ahora en boga, sino que son, en esencia, aspectos diferentes de una misma práctica consustancial a la naturaleza humana. En ambos casos podemos encontrar, a modo de instancia última, un ataque y una defensa, repliegues y despliegues,

movimientos cambiantes en uno y otro sentido, al igual, asimismo, que en la enfermedad. ¿Y qué fenómeno más ligado a la vida –y a la muerte– que la enfermedad, esa sorda lucha entre defensas del organismo y agentes patógenos, entre asediadores y asediados, entre agresores y agredidos? Pues como la enfermedad, así el amor. Y conste que no me refiero al amor homosexual, al amor contra natura, como pretenden meterle en la cabeza a la gente y, de hecho, incluso a mí llegaron a inculcármelo hasta que mis experiencias personales se encargaron por sí solas de desmentir tal simpleza: lo anormal, lo perverso y, en consecuencia, lo enfermizo. No. Yo me refiero al amor, al amor en sí, sin más calificativos. Algo que, como bien han observado los poetas –poeta, para mí, es todo escritor que alcanza las más excelsas cimas, sea o no sea versificador–, conduce frecuentemente a los mayores desatinos, bien a encerrarse cada cual en su cárcel de amor, bien a huir de ese amor convirtiendo en cárcel el resto del mundo. Una experiencia, en suma, francamente regresiva en lo que a la personalidad respecta, eco reavivado de los deseos siempre frustrados del niño, de sus objetos de amor, de los robadores de ese objeto, de los traidores que le condenaron a la desposesión. Síntomas de un conflicto que, como cualquier otra alteración síquica y hasta física, es no ya explicable de acuerdo con las más diversas interpretaciones –conflictos de poder, de erotismo en desarrollos, etcétera– sino incluso curable, ya que, si una simple gripe puede ser vencida mediante la acción simultánea de algunos de los variados remedios que nos ofrecen los limitadísimos conocimientos de la ciencia médica –aspirinas, cama, tisanas, vitaminas, coñac con leche, leche con miel, tratamientos locales, gotas, inhalaciones, pastillas y supositorios antipiréticos, etcétera–, la curación real sobreviene únicamente cuando –como en un asedio cualquiera– el paso del tiempo hace que el remedio elegido, sea cual fuere, surta su efecto, no tanto en virtud de las cualidades que le son propias, cuanto del tiempo transcurrido. Con lo que llegamos a la verdadera esencia de todos los remedios, al denominador común que nos permite, si se quiere, prescindir de todos esos remedios: el factor tiempo; su transcurso, un plazo lo bastante prolongado para que la fiebre erótica se calme y vayan remitiendo las connotaciones relativas a la primera infancia junto con las reivindicaciones que de ellas se derivan, perdiendo el valor que primitivamente les había sido atribuido –el de motor, o poco menos, de los impulsos experimentados–, quedando a la larga, así el amor como las restantes enfermedades sicosomáticas, no bien se las domina, reducidas a algo del todo contingente, indiferente de existir o no existir, de haber o no existido.

Supongo que al equiparar amor y guerra habrá quedado suficientemente claro que no me refería al vulgar tópico del

antagonismo amanteamado, del tira y afloja que tiende a entablarse entre dos seres que se aman. No, no es ésa la lucha de la que hablo, sino de la que cada uno desarrolla dentro de sí, del combate que cada uno de los amantes libra consigo mismo, al igual que nuestro cuerpo cuando hace frente a un proceso infeccioso. Por eso, al hablar de recuperación, tampoco estoy refiriéndome al triunfo de una parte sobre la parte contraria en el antagonismo amoroso, sino al completo restablecimiento del equilibrio interior, en los contendientes, sea uno solo el afectado, lo sean ambos. En definitiva, la elección que se plantea a los defensores de Breda –resistir o rendirse– concierne a un solo objetivo: preservar la ciudad por encima de todo. Lo de menos, así pues, es la victoria de las tropas españolas, su entrada relativamente pacífica en la ciudad, un mal trago que más tarde o más pronto será olvidado por sus habitantes, como siempre acaban por olvidarse estas cosas. Lo que realmente constituye el núcleo de la cuestión es la victoria de la ciudad sobre sí misma por medio de un rescate: esa clave, la llave.

Y como con las ciudades, así con las personas en lo que al amor se refiere, aunque, por supuesto, sea bien poca la gente que tiene conciencia de ello. Los más tienden a sentirse víctimas de la persona amada, engañados por ella, defraudados, pisoteados; nunca víctimas de sí mismos. En algunos casos no llegan a olvidar nunca: éstas son las personas que realmente pueden considerarse vencidas. Yo, por el contrario, poseo unas defensas sólo comparables a mi capacidad de olvido. La simple convicción de que no podría enamorarme ni aunque quisiera, de que me limito a defender lo que es mío, de que bajo ningún pretexto puedo admitir que se intente siquiera hacerme objeto de un premeditado engaño, de una burda comedia, me da un dominio absoluto de la situación. Pues como esa águila que sobrevuela desplegada y que para el caminante es apenas un punto que circula en lo alto, mientras que para ella no hay detalle en el suelo ni asomo de movimiento que escape a sus ojos, así yo. La relatividad propia de toda perspectiva.

¿Qué debieron de llegar a imaginar Camila y Roberto, por ejemplo, no ahora, cuando la fatiga y el desánimo les embargaban, sino al comienzo, antes de la noche del celler, y más aún cuando, a sabiendas de que todo había sido descubierto, se obstinaban, no obstante, en proseguir, como si el éxito se encontrara realmente a su alcance? ¿Que iban en verdad a salirse con la suya, que podían burlarse impunemente de mí, tomarme el pelo a su antojo? Sólo en ese caminante que no ve en el águila que le sobrevuela más que un punto que gira, sólo en aquel a quien ciega tamaña cerrazón, se justifica tal incapacidad para captar lo evidente. ¿Cabe en la normal estructura de un cerebro comparar mis posibilidades y recursos a los de Camila o de

Roberto o de los dos juntos? Sería algo así –pocas cosas odio tanto como la falsa humildad, esa actitud untuosa y monjil, inoperante en la medida en que ajena a la realidad objetiva– como pretender disminuir la figura gigantesca de Aquiles con sofismas torpemente lógicos como el de la tortuga. Roberto: un argentino que ni tan siquiera es argentino sino de Barcelona, un chico de aquí que, por los motivos que sean –hijo de exiliados y cosas así–, se fue a vivir a Buenos Aires cuando era niño. Y ahora resulta que lo de su acento argentino es sólo una especie de show, de ironía sobre sí mismo, sobre los tangos, sobre Argentina, ya que, si quiere, puede hablar en perfecto español peninsular y hasta en catalán. ¿Una broma? ¡Cuentos chinos! Roberto es un cursi, un cursi verdadero y nada más que un cursi, y lo de su acento es pura pose. Un tipo humano que únicamente puede gustar a otro tipo humano de iguales características, a personas como Camila, que es otra cursi. Porque ahora también resulta que su Roberto no es un gigoló vulgar, que es un chico con estudios, con carrera, Biología, Filología o algo por el estilo, méritos que, aparte de que son imposibles de comprobar, no cambian en nada las cosas. Pasa lo mismo que con lo de la medalla: sea cual fuere el motivo de que la lleve, si la luce como la luce es para impresionar, a modo de reclamo, de discreta llamada de atención sobre el bulto que tiene por sexo.

Encontrarse siempre en buena forma tanto física cuanto síquica supone algo que, de no ser tan obvio además de ignorado, cabría considerar poco menos que como un secreto: las aptitudes naturales, si no son ejercitadas, se embotan. Y si no es mucho lo que conseguirá una persona de facultades limitadas por más que las trabaje, menor porvenir le auguro todavía a quien, poseyéndolas, las desperdicia y pierde. No voy ahora a salirme con aquello de mens sana in corpore sano, pero sí a decir, con otras palabras, aproximadamente lo mismo, dado que el proverbio encierra una gran verdad. Determinados hábitos, determinadas formas de vida, es todo lo que me separa, en ocasiones, de las ruinas humanas que me rodean, gloriosas tan sólo en razón de lo que fueron o pudieron haber sido. Una dieta adecuada que mantenga en el puesto que les corresponde, es decir, a raya, grasas y féculas, hidratos de carbono. O someterse periódicamente al vapuleo de un buen masaje. Considero que conservar la línea –cosa que, por fortuna, no es aún mi problema–, aparte de ser conveniente respecto a uno mismo, es deferencia obligada para con los demás.

Pero más importante, con mucho, que un ejercicio pasivo, lo será siempre una práctica activa. Así, unos minutos al día de gimnasia, una gimnasia de agilidad, de elasticidad, seguidos de una tonificante ducha de agua fría; en lo que a la ducha se refiere, lo importante no es que sea enteramente de agua fría, sino que, tibia o caliente, acabe siendo fría, helada si fuera posible, y entonces, aguantar la violencia

del chorro contra la nuca, espina dorsal abajo. Años atrás, tenía por costumbre frecuentar cierta academia de ballet, pero en la actualidad se me hace muy cuesta arriba, y no por el ejercicio en sí –que suplo a la perfección con la gimnasia– sino por lo desagradable del ambiente, de la atmósfera, ese permanente tufillo a chicas de medio pelo que van dando brincos. Por otro lado, el ballet a domicilio es algo que carece de sentido; si la Maldonado ya me resultaba cursi cuando ensayaba declamación, la simple idea de pillar a una mujer danzando por su casa es como para dar grima a cualquiera. Y es que, de hecho, sólo son atractivos los ejercicios y deportes que pueden practicarse en el ámbito que les es propio, en su marco natural, generalmente incompatible con la ciudad. La natación, por ejemplo; pero no en una de esas piscinas recalentadas que apestan a cloro, sino en Cadaqués, al amanecer, unas cuantas brazadas en un agua sutil, vivificadora, mar adentro, abriéndonos paso entre burbujas que nos recorren como calambres, como gotas de mercurio. O, igualmente en Cadaqués, ocuparse personalmente de la vela de la barca, cara al viento y mal que le pese al horrendo Constantino, que juzgará imperfectas tantas cuantas maniobras pueda realizar por el mero hecho de que sea capaz de realizarlas sin su ayuda. Lo realmente saludable, sin embargo, por coincidir con la estación habitualmente más ciudadana, el invierno, es el esquí. Bueno, no tanto el esquí como deporte cuanto el aire que se respira en los lugares donde se practica, por encima de las sucias nubes, en un archipiélago de níveos y soleados picos, todo infinitamente más puro que a la orilla de cualquiera de los mares llenos de porquería que nos ofrece el verano. Aunque no me considero lo que se llama una buena esquiadora, tampoco soy precisamente de las del montón. Pero es que lo importante no es eso, lo que importa es el clima que impera en estos sitios. Esa transparencia, esa nitidez, esas figuras energuménicas que descienden veloces, como saliendo de un cuadro de Brueghel. Y la delicia de esquiar semidesnuda, entre semana, cuando la estación recupera la calma perdida cada weekend, senos al viento, el sol bronceándonos con ese especial esplendor que le da la nieve. Y la belleza plástica del equipo necesario, de los conjuntos –hasta los colores con algo como de centella– que tanto favorecen, especialmente a las rubias. Y el cálido ambiente que se crea entre gente selecta no bien anochece, al calor de la chimenea. En este aspecto –como en casi todos–, nada comparable a las estaciones alpinas, sobre todo las de la Suiza alemana; las pirenaicas son, como si dijéramos, para estar por casa.

Ah, y un último consejo: prescindir en lo posible de toda clase de medicamentos. Yo tomo únicamente complejos vitamínicos y, a lo sumo, alguna que otra aspirina. Aspirinas infantiles, por cierto: un remedio que siempre recomiendo. Basta calcular la equivalencia –

cuatro tabletas corresponden a medio gramo–, y tiene la ventaja de no provocar malestares gástricos, aparte de que el sabor, si no agradable, tampoco supone la brutal agresión ácida característica de la aspirina corriente.

Claro que lo normal es no hacer nada de todo esto. Lo normal, particularmente entre quienes forman parte de esa peculiar institución que se llama las señoras, es justo lo contrario: sus cremas, sus tratamientos, su peluquero, su esthéticienne, su visagiste, sus secretas sesiones de rejuvenecimiento, de embellecimiento, y demás operaciones y productos que, a no muy largo plazo, a semejanza de lo que sucede con esas momias que se descomponen al simple contacto con el aire, no sirven más que para que la decrepitud se presente de golpe. Igual que empeñarse en repintar un cuadro cuya tela está irreparablemente deteriorada. Aunque yo use algún que otro producto de belleza y siga determinados tratamientos, sé de sobras que lo que cuenta es el soporte, el cuerpo, no los potingues. Y cuando me llegue el climaterio –que será muy tardío, ya que así ha pasado siempre con las mujeres de mi familia; toda mi vida he oído contar que mi abuela paterna funcionó como un reloj hasta cerca de los sesenta, y a mi madre le pasó algo por el estilo, aunque supongo que esto, para ella, debió de representar más bien una liberación de recuerdos enojosos antes que de otra cosa– estoy segura de que en nada se ha de ver afectado mi organismo por la ausencia de ritmos periódicos, como es natural que suceda cuando se encuentra en perfectas condiciones así físicas cuanto síquicas.

Las señoras como institución, una condición o estado que, por fortuna, como bien escribió alguien antes que yo, no se deriva obligadamente del hecho de ser mujer. Esas criaturas para quienes la belleza física de sus años jóvenes viene a ser una prolongación de su inteligencia o, en defecto de ésta, un sustitutivo: armas para la traición y la infidelidad que practican sistemáticamente, con la precisión y seguridad del cazador furtivo que se mueve en un terreno que conoce palmo a palmo. Luego habrán de compensar el paso de los años, el vacío interior y la progresiva indiferencia que se crea en torno a cuanto va quedando demodé, con el duro hábito de aprender a usar el cerebro como órgano autónomo. Así, en sus ansias de hacerse con el manejo de las ideas, imitan al hombre, al esposo, en todas las malas pasadas y chapuzas que le han visto poner en práctica en el mundo de los negocios, pero aplicándolas a su ámbito personal, todo a escala reducida: comprar a precio de ganga una de esas antiguas casas de pescadores en estado semirruinoso que tanto abundan en Cadaqués; rehacerla en plan rústico y decorarla con cuatro porquerías que le den cierto carácter; sacarle un alquiler de fábula por el procedimiento de colocársela a uno de esos recién llegados que se conocen en los

cócteles, americano –norteamericano, claro– a ser posible. También puede suceder que les dé más bien por lo intelectual, descubrirse ínfulas liberadoras y ponerse a la entera disposición de una de esas viragos que mangonean los movimientos feministas y que se encargarían a la perfección de cultivar todos sus despechos y frustraciones. Lo más frecuente, no obstante, es dejarse arrastrar por el peso de los kilos adquiridos y el empastamiento del cuerpo y la atrofia progresiva de facultades así físicas como intelectuales, y seguir vegetando. Pero lo que no cambia es el final: tras esos intentos fallidos, por debajo de cualquier fase de asentamiento, de búsqueda de una seguridad confortable, viene el resultado de la otra cara del matrimonio, el anverso de la vida conyugal, de sus claudicaciones y traiciones y marginaciones, el lento proceso de consunción, mucho menos tardía de lo que se supone, deterioro y alelación y estado de estupor permanente, propios de esa mujer prematuramente avejentada, alcoholizada, embotada a fuerza de tranquilizantes y somníferos, que acaba ardiendo mientras duerme gracias a un cigarrillo inacabado.

El matrimonio, ça va de soi, tiene gran parte de la culpa. Algún motivo habrá cuando la palabra patrimonio se vincula al concepto de posesión plena, mientras que el matrimonio se relaciona más bien con la idea de contrato, de contrapartida, de prestación, una prestación en la que a la mujer le toca, por supuesto, la peor parte. Pero no toda la culpa es atribuible al matrimonio. ¿Se ha parado alguien a pensar en la semejanza que existe entre un grupo de señoras, casadas o no, y un grupo de gallinas? ¡Co-co-co-co! ¡Co-co-co-co! ¡Co-co-co-co! Gallinas, sí; gallinas como coliflores. Porque no hay que olvidar que el matrimonio es una prueba que también afecta y disminuye al hombre. Y, sin embargo, ¿cómo comparar ese mundo de señoras a un hombre, a un hombre de verdad, que madura noblemente, digna la presencia física y despejado el intelecto? ¿Cómo comparar un hombre de tales características, por infrecuente que sea –basta que exista uno sólo–, a todas las gallináceas del mundo juntas? No entiendo –o lo entiendo demasiado– cómo esas viragos feministas pueden pretender, no ya plantear la comparación, sino con un descaro increíble, echando mano de argumentos pretendidamente objetivos, decantarla a su favor. Que esas horrendas viragos, mujeres insatisfechas y, en el fondo, puritanas, que consideran que el acto amoroso es una especie de recíproca masturbación de la que ellas deben extraer todo el placer posible, quieran rechazar al hombre sin más, sin que se les vea la oreja, cuando el cuerpo del hombre, bien utilizado, constituye uno de los mejores instrumentos masturbatorios que cabe idear, no ya respecto a la vagina, sino respecto a cualquier punto del cuerpo, incluidos aquellos que las viragos, con su cerrazón apriorística, con su habitual

fanatismo, intentan excluir de la anatomía femenina, todos, prácticamente, salvo este pequeño punto que no pasa de ser una réplica desmejorada del apéndice masculino. Cosas que, si a ellas –las viragos– no les atraen, no veo motivo para que dejen de atraerme a mí. Por eso precisamente me odian, porque me niego a ser asimilada por ellas, a verme integrada en sus filas, inscrita en cualquier tipo de clasificación, etiquetada.

De hecho, yo nunca he tenido mi Breda; la Breda del cuadro, no ese pueblo cerca de Aiguaviva tan deprimente, al que mi madre nos llevó de veraneo. Incluso en el caso de la Maldonado, yo, que por primera y última vez en mi vida fui la asediada, la que tenía algo que perder –o creía tenerlo–, no entregué mi llave, no di mi brazo a torcer, no acepté claudicar. Y salí victoriosa, tanto en lo que concierne a la Maldonado como a mí misma; mi resistencia se impuso, en definitiva, a su trato despectivo, a cuantas humillaciones, a cuantas agresiones verbales y hasta físicas quiso someterme. Mi sentido de la dignidad y mi amor propio, en ocasiones exacerbado, me salvaron. Puede decirse, a lo sumo, que en dos ocasiones hice tablas: con Juan Antonio y con Raúl.

Si alguien, algún día, llegase a leer estas líneas, se verá sin duda sorprendido por mi franqueza, por la sinceridad y claridad con que tengo por norma expresarme. Pero es que, realmente, me parece absurdo considerar un demérito la aceptación de que no siempre se ha de salir ganando, ni, en lo que a Raúl se refiere, por ejemplo, deja incluso de ser normal que así haya sucedido. Pues si existe una persona a la que, como se dice vulgarmente, no hay quien le hinque el diente, esa persona es Raúl. Sobre todo ahora que se ha convertido en escritor famoso y, a través de sus libros, ha tenido oportunidad de retocar su imagen, de ocultar su verdadera personalidad por el procedimiento de interponer velos y más velos entre lo que realmente es y lo que la gente –en cuanto autor de sus obras– supone que es; obras como esa en la que lleva trabajando años y años, uno de esos libros de título tan raro que, luego, en las librerías, da hasta como vergüenza pedirlo.

Pero yo le conozco bien y desde hace tiempo, y sé que sigue siendo el mismo Raúl que conocí y traté en París. Como pasa con todo el mundo, por otra parte; por más que se evolucione no ya en las maneras y en el aspecto exterior, sino asimismo en la forma de pensar, interiormente, hay algo en lo más profundo del ser humano que no cambia jamás. Y sé sobradamente que el verdadero Raúl es algo muy distinto del que aparenta ser. Pues yo sé exactamente lo que se esconde tras la fachada de sus tormentosas relaciones con Nuria; la verdad de lo que para cualquiera, ella incluida –y en primer término–, para quien quiera oírle y dar por buenos sus argumentos, constituye una quiebra total. Y yo sé también –tengo razones más que suficientes

para afirmarlo– que, si no enamorado de Nuria, Raúl sí está mucho más ligado a ella de lo que pretende frente a terceros, de lo que da a entender en público; que no quisiera perderla por nada del mundo. Y sé, incluso, las motivaciones últimas que sirven de soporte a semejante actitud.

Me imagino que a él no le gustaría leer estas líneas, pero estoy íntimamente convencida de que si su vida erótica, como él mismo afirma, es más que accidentada, las aventuras que ha ido teniendo al margen de Nuria, salvo contadas excepciones, ni le han resultado tan satisfactorias ni han sido tantas como la gente cree. No quiero decir con ello, ni por asomo, que Raúl sea un pobre tipo de esos que andan vanagloriándose de amores inexistentes, inventando conquistas. Lo que sí sucede es que Raúl engaña a Nuria acerca del resultado de la aventura, haciéndole creer que cada vez, con cada amante, todo ha sido mejor y más fácil de lo que realmente ha sido. Y eso por razones similares a las que le inducen, no sólo a asegurarle que no siente celos de los amantes que ella pueda tener, sino que la incita a tenerlos. Pues en ambos casos su actitud apunta a un mismo objetivo: que ella se convenza de que para él, a diferencia de lo que a ella le ocurre, de sus aventuras difíciles y decepcionantes, para él, esta clase de relaciones eróticas son tan afortunadas como, en razón de la misma normalidad de su desarrollo, intrascendentes. Nuria, de este modo, se ve colocada en franca situación de inferioridad y supeditación respecto a Raúl, una situación que si para él es de signo defensivo –evitar un segundo abandono, que se repita la traición originaria de la que fue víctima–, para ella tiene un carácter eminentemente destructivo, anulador de la personalidad, efecto imprescindible cuando lo que se busca es, precisamente, que ella sea incapaz de tomar iniciativa o determinación alguna en lo que a la continuidad de sus relaciones con Raúl se refiere.

No se trata de una crueldad voluntaria; ni tan siquiera, acaso, de una crueldad consciente. Pero es, sin duda, una crueldad, y hay veces que Nuria, en su total indefensión, me da verdadera pena. Una chica como ella, que tuvo su atractivo –lo tiene todavía– así como grandes cualidades y, sobre todo, una gran calidad humana, verla ahora convertida poco menos que en otra persona, una de esas mujeres que se refugian en sus dolores de cabeza, su sensibilidad a los cambios atmosféricos, sus enfermedades de características no menos personales que sus milagrosas curaciones. Y la culpa de todo, voluntaria o no, es de Raúl, ya que con otro tipo de hombre –y conste que no sugiero un imbécil, sino simplemente un hombre con menos recovecos y, sobre todo, sin los trazos de genio de un Raúl– ella hubiera podido ser perfectamente feliz.

Estar o no estar a la altura de su partenaire es, a corto plazo, un

problema sin importancia. Hay parejas que hasta pueden ir tirando años y años. Pero no indefinidamente. Camila y yo, sin ir más lejos. Mi relación con Camila está condenada a ser, con el tiempo, una relación muy similar a la de Raúl y Nuria. Es decir: una total falta de porvenir en ambos casos. Y también, al igual que Raúl, aunque a mi modo, en contradicción sólo aparente con mi clara visión de tal futuro, mi lucha por Camila, mi negativa a consentir que, en tanto yo quiera conservarla, me sea arrebatada por nadie. El placer de su reconquista, de mi dominio progresivo de la situación, de su derrota, de mi victoria, un placer efectivo incluso antes de que yo me lo reconociese como tal, antes de que, tras lo de Port de la Selva, ella, implícitamente, tirase la toalla al suelo.

Un placer no solamente moral, entendámonos; un placer que, trascendiendo el plano de la mera satisfacción moral, se sitúa plenamente en el campo del placer físico, de la sensualidad. Aquella siesta de Cadaqués, una tarde de septiembre, cuando aún no poseía los datos que ahora poseo, la clave de tantas preguntas para mí todavía incontestadas por aquel entonces. El cálido sol colándose por alguna rendija, las voces dispersas que llegaban de la calle, y yo, desnuda sobre la cama, sudorosa, no sabría decir si por la tibieza que trae el viento de mar o por la excitación que refloró incontenible apenas empecé a reconstruir mentalmente los diversos avatares de la aventura que había vivido, que estaba viviendo aún junto a Camila y Roberto, próxima y a la vez invisible partícipe de sus arrebatos amorosos, de sus rencillas, de sus apasionados reencuentros, de cuantos acontecimientos habían sucedido en el curso de las últimas semanas, evocaciones que, inevitablemente, terminaron por centrarse, al igual que en la mañana de loco amor con Camila que siguió a la noche de lo del celler, en aquella otra noche, armoniosa réplica de la primera, que siguió a lo de Port de la Selva, de modo que no se hizo esperar la llegada de un placer no menos loco que el recordado ni de menor duración, toda vez que el sol ya se ocultaba cuando el sueño acabó venciéndome, tras esa especie de continuado orgasmo que, tal y como yo lo alcancé, puede ser alcanzado prácticamente sin tocarse, y que sólo a un pobre de espíritu, a un sexólogo o gente así, se le ocurriría relacionar con un vulgar acto de onanismo.

Me desperté al poco rato y tomé una larga y espléndida ducha, algo parecido a lo que debe de sentirse en verano, con el vaho sofocante que emana de los prados calientes, bajo una de esas cascadas que se forman al fundirse los glaciares de la alta montaña. Luego, cena ligera en compañía de Camila, que –imposible expresarlo con palabras más significativas– tenía ganas de estirar un poco las piernas, de forma que salió a darse una vuelta por el Hostal o pretexto similar, la verdad es que no lo recuerdo con exactitud. Tumbada en los cojines del celler y

con un whisky on the rocks a mi alcance, eso sí que lo recuerdo a la perfección, emprendí la lectura, o mejor, relectura, de El Edicto de Milán, una novela que escribí años atrás y que publiqué discretamente bajo el seudónimo de Claudio Mendoza.[1] Con frecuencia releo determinadas páginas, determinados episodios, pero aquella vez la leí de cabo a rabo, de una sola sentada, hasta bien entrada la noche. Sea por el distanciamiento que el simple curso del tiempo establece respecto a toda obra de juventud, sea, más bien, por el conjunto de recuerdos, relacionados o no con la obra, que suscitó en mí la evocación de aquella época, el hecho es que el apasionamiento con que me entregué a su lectura era propio no ya tanto de la autora cuanto de una privilegiada lectora.

IV

Uno de esos momentos que inevitablemente generan el recuerdo de momentos similares ya vividos, el contraste entre la marcha cada vez más lenta del tren que entraba a su derecha y el tren que arrancaba a su izquierda, una sensación de desconcierto, casi de mareo, de vértigo, como si se le fuera la cabeza, el reflejo de sí misma agitando la mano entrecortado por el paso cada vez más rápido de los vagones.

Una mujer diciendo adiós a su hombre, quedándose de golpe como todavía más sola junto al vacío de la vía desocupada, volviendo sobre sus pasos a todo lo largo del andén. Una mujer –atrás ya el contorno inhóspito de la estación de Austerlitz– caminando por las aceras semidesiertas, pisando absorta la hojarasca mojada, su figura como disminuyendo a medida que se distanciaba, el pelo suelto y revuelto, las manos en los bolsillos de la gabardina. Una mujer entrando en el café de siempre, sentándose en la mesa de siempre, pidiendo lo de siempre al camarero de siempre, lo que Luis y ella tomaban siempre a estas horas, antes de que l'Alouette comenzase a llenarse de caras conocidas. Sólo que Luis ya no estaba y ella movía distraídamente el vaso con un crisantemo amarillo que adornaba la mesa, sola frente a una silla vacía. Algo que, aunque no perteneciese a ninguna película concreta, era como para hacer creer a cualquiera que lo había visto en alguna.

La estación súbitamente inanimada y silenciosa no bien el tren hubo partido. Las aceras resbaladizas que, como en un sueño, se alargaban y alargaban según ella iba avanzando, el pelo suelto, las manos en los bolsillos de la gabardina, el olor a llovizna como un aliento que empaña los cristales, y como la mirada de un loco el brillo gris del pavimento. La mirada y la respiración de alguien que la seguía desde siempre, como si desde siempre ella no hubiera hecho otra cosa que dirigirse al encuentro de una silla vacía, o como si cuanto pudiese haber hecho aparte de encaminarse hacia una silla vacía fuera del todo irrelevante.

La dificultad de formular esa sensación. La complacencia que se experimenta una vez captada, una vez definida. Sentarse sola ante un crisantemo amarillo, pasear sola por el Luxemburgo, por los muelles del Sena, como se puede pasear a lo largo de las aceras, pisando la hojarasca empapada, mientras sus compañeros de Bellas Artes se agrupan en torno a otras mesas, mientras bromean entre sí, mientras quedan para más tarde, mientras a todo lo largo de las aceras hay parejas besándose y abrazándose, cuando hasta la llovizna hostil y la

animación callejera parecen haberse conjurado para contrastar más aún su soledad, para mejor poner entre paréntesis cuanto en su vida no ha sido una despedida en la estación, ni caminar por las aceras solitarias, ni sentarse ante un crisantemo amarillo, ante una silla vacía. Y, una vez allí, libre aún de la clientela habitual de l'Alouette, introducir una moneda en el automático y, lo mismo que si él ocupara la silla vacía, escuchar el disco y empezar enseguida la carta, ahora que él todavía estaba cerca de París y que ella estaba escuchando Noches de Moscú, la música de siempre, el disco de él y ella en París.

Los problemas de una mujer hecha para un solo hombre, fuera del cual todo es rutina mejor o peor cumplida. Problemas incomprensibles, cuando no ridículos, para quien no sepa lo que es querer a un solo hombre. Problemas que se complican todavía más cuando resulta que el hombre es un militante revolucionario y que su regreso a España implica el riesgo que corre todo aquel que, paralelamente a su normal vida de estudiante, de hijo de la burguesía, desarrolla una actividad clandestina en contra de la supervivencia, justamente, de la clase a la que pertenece. Y cuando la mujer que ama a este hombre se queda en París, a salvo, sí, pero sola y plenamente consciente de la situación en que ambos se encuentran, tiempos difíciles para el amor, tiempos de guerra. Una guerra a muerte entre un puñado de militantes comunistas y la dictadura de Franco, contra cuyo aparato represivo ellos podían oponer, como única arma, el apoyo de las masas populares. Motivaciones morales y planteamientos ideológicos, teoría y praxis, elementos en juego que tal vez ella no supiera expresar correctamente, conceptos que tal vez no manejara con la precisión con que Luis o Jaime o Alejandro los utilizaban en sus discusiones, pero que entendía y compartía en todos sus extremos, persuadida como estaba de la trascendencia de la lucha entablada.

En tales circunstancias, igual que la heroína de un film soviético, la mujer debiera subordinar sus sentimientos personales a los principios ideológicos, a la concepción del mundo por la que luchaba su hombre, anteponer la tarea de transformar el mundo a su tan legítima como egoísta necesidad de amor. Quizá debiera hacerlo, tanto más cuanto que Lucía aceptaba sin reservas la ideología de Luis. Pero el hecho es que no podía. El hecho es que Lucía era, ante todo, una mujer enamorada. Algo que suena también a ridículo, que casi da como vergüenza decirlo.

I feel as though I were surrounded by wolves, do you see?, dijo haciendo girar sobre su base el vaso con el crisantemo amarillo. Una sensación similar a la que había experimentado al llegar a París, a comienzos de curso. Con la diferencia de que entonces sabía que Luis iba a reunirse con ella entre finales de octubre y primeros de noviembre, hacia Todos los Santos, y ahora, en cambio, no había un

nuevo encuentro en perspectiva.

Una semana, apenas ocho días, pasados junto a Luis como pasa la sombra de una nube aislada, poco menos que sin que nos demos cuenta. Luis tenía sus citas, sus reuniones con gente del partido. Pero el resto del tiempo, en el recuerdo de Lucía, se amalgamaba formando un todo caótico, una larga jornada en la que, a modo de variaciones en rotación, se sucedían y alternaban salidas con amigos, películas que vieron juntos, paseos que dieron un poco a la deriva, entre noches de amor y mañanas de amor o viceversa, aprovechando que Charlotte, sin que hubiera sido preciso pedírselo, les había dejado el campo libre. También ella tenía derecho, les dijo, a pasarse unos días con un amigo.

Nobody understands these things but you, dijo Lucía. ¿Quién, si no, aparte de Charlotte? ¿Podía entenderla Jaime, para quien ir y venir de España era algo tan normal como para Luis, necesidades de la lucha que había que aceptar sin más? ¿Un Jaime que parecía dar por descontado que, tras la partida de Luis, ella era lo bastante sensata para reincorporarse como si tal cosa a la vida estudiantil, reintegrarse al grupo de amigos y presuntos amigos, dejarse atrapar de nuevo por las nimiedades de aquel mundillo, sus bromas, sus chismes, sus líos, siempre como a tiro de cualquiera de aquellos buscadores de plan y coleccionistas de aventuras que luego se dedicaban a exhibirlas como un cazador exhibe sus trofeos?

Porque probar de hablar en serio con Alejandro carecía de sentido, salvo que lo que se pretendiera fuese, precisamente, ganarse uno de sus sarcasmos. En cuanto a Gina, con sus fervores místico-proletarios o místicocampesinos a lo Danilo Dolci, y a Jacques, que, por muy marxista que se dijera, no tenía la menor idea de lo que significaba serlo –y actuar en consecuencia– en un país como España, ni valía la pena intentarlo.

Sólo Charlotte, con su don de aceptar la normalidad de lo más insólito, podía entenderla. Sólo ella, por distinta que fuera de Lucía en su modo de ser, en sus hábitos, cambiando de amante como se cambia de calcetines, o quizá justamente en razón de tal desemejanza, estaba capacitada para comprender que, por raro que pareciese, había también mujeres de un solo hombre.

Se había dejado caer por l’Alouette para preguntarle si pensaba quedarse en la habitación aquella tarde, forma delicada de pedírsela; aunque, tratándose de Charlotte, entraba asimismo en lo posible una motivación no menos simple en su planteamiento, pero más compleja en su desarrollo. Pensar, por ejemplo, que Lucía, tras despedir a Luis, se dirigiría adonde siempre; encontrarse con ella como por casualidad a fin de darle conversación, de distraerla un poco; pedirle la habitación que compartían para evitar, precisamente, que Lucía se

encerrara en sí misma, en el escenario de sus enloquecidos amores, para obligarla a salir, a recuperar un ritmo de vida normal.

Mientras tomaban un último café con leche, Lucía le tradujo la carta de Javier. No se había atrevido a enseñársela a Luis, explicó, no porque Javier le anunciara su llegada, sino porque a Luis podía haberle molestado que siguiese dejándose perseguir por un hombre como Javier, tan rico cuanto falto de interés, tan simpático como intrascendente. El típico tío para llevárselas a cenar al Maxim's y luego seguir por ahí, recorriendo los sitios más caros. Lo único malo era que Luis no lo soportaba.

Tres cartas sin respuesta desde la partida de Luis constituían un motivo de preocupación más que suficiente. Y la inquietud de Lucía se incrementaba cada vez que recogía una carta de su madre, de su hermano, de quien fuera, pero no de Luis. El beso que se dieron al arrancar el tren, la forma en que él agitó la mano y se retiró de la ventanilla, como para abreviar, para quitar dramatismo a todo aquello; y su regreso a pie desde la estación, oprimida por una atmósfera de llovizna en suspensión que era todo un augurio. Aprensiones que tal vez merecían mejor el nombre de intuiciones, una facultad casi aterradora para quien, como Lucía, estaba habituada a verlas cumplirse en la realidad.

Por la noche, cuando llegaba Charlotte, Lucía le hablaba de sus temores, de sus pesadillas, de las horribles imágenes que, incluso despierta, parecían desarrollarse al otro lado de sus párpados, detenciones, interrogatorios, violencias, detalles alucinantes. Cosas difíciles de entender desde Francia, donde todo parecía tan claro y tan fácil. Porque, en España, la realidad era muy diferente, porque Spain is different, como bien rezaba la propaganda turística. Alejandro, por ejemplo, exiliado simplemente por pensar y actuar como tantos estudiantes franceses actúan y piensan. Y suerte que tuvo de escapar a tiempo, pues la alternativa bien hubiera podido consistir en cosas como tortura, años de cárcel, la vida. Ni siquiera allí, en París, podían los españoles sentirse a salvo. Los agentes del servicio de información franquista estaban en todas partes.

Jaime intentó tranquilizarla. Dijo que si a Luis le hubiera pasado algo, a estas horas lo sabrían de sobras: pas de nouvelles, bonnes nouvelles. Si no ha escrito es porque no ha podido, si no ha podido es porque no ha tenido tiempo y si no ha tenido tiempo es porque tenía otras cosas que hacer.

Creyera o no lo que decía, su actitud era la de un verdadero amigo. En cambio, el cabrón de Alejandro le dijo, sí, debe de estar ocupado.

¿Cómo se llama aquella camarada de Económicas que está tan buena y que milita tanto y que, además, es aristócrata? ¿Irene? Irene, sí. Yo la llamaba Guillermo, su nombre de guerra. Se lo puse yo cuando entró en el partido. Pues será eso: Guillermo.

Alejandro tenía la virtud de irritar a Lucía hasta la exasperación. A veces le parecía, no sé, como medio marica y todo. No matter, dijo Charlotte. I like men who are a bit homosexual.

Lucía la empujó con los pies como si quisiera expulsarla de la cama, una cama que, ya de sí cedida en cada uno de sus lados, tendía a expulsarlas. Charlotte, asida al borde, la cara hundida en la almohada, lejos de oponer resistencia, simulaba chillar aterrorizada. Pero lo cierto es que había conseguido disipar las ideas negras de Lucía, ponerla de buen humor. Y encima estaba en lo cierto: fuera cual fuese el motivo de los retrasos, de la irregularidad de su correspondencia con Luis, ningún simple temor justificaba alteración alguna en su normal ritmo de vida. Tenía que volver a salir, lo necesitaba, aunque pocas cosas le apetecieran menos que volver a entrar en esa especie de jungla de chicos a la caza de chicas, o viceversa. Se impuso la obligación de hacerlo, de acompañar por ahí a Charlotte, aun a costa de regresar sola a casa cuando Charlotte, como un perrito sin dueño, se iba con el primero que se lo proponía. Era poco menos que inaguantable, como para darle de bofetadas, verla comportarse así, ella, la hija de un banquero ginebrino que estaba medio loco, o que había vuelto loca a la mujer, es decir, a la madre de Charlotte, y la tenía internada o incapacitada o lo que fuera; o al revés, que el incapacitado y todo eso era él, el padre. Daba lo mismo: lo trágico era que ella, Charlotte, la hija de la loca o del loco, se tuviera tan en poco. Seguro que los chicos del laboratorio fotográfico donde ella iba a revelar sus cosas la dejaban ir sólo para eso, para pasársela del uno al otro a la luz de la bombilla roja.

También empezó a verse más a menudo con Marina. Lo único malo era que, a diferencia de Charlotte, Marina hablaba demasiado de sí misma. Y no es que sus experiencias careciesen de interés, ni mucho menos. Pero el problema no residía tanto en las cosas que contaba –su infancia entre rusos blancos arruinados, su azarosa carrera en el mundo del ballet clásico, su vida junto a Sergio Vidal– cuanto en el monótono acento francés del español que se empeñaba en hablar, una entonación que daba como sueño.

Generalmente se dejaba caer por l’Alouette a las mismas horas en que iba la gente del grupo. Para desintoxicarse de la Haute, decía. Huyendo de algún compromiso social o de la visita de los marqueses de No Sé Cuántos o de algún millonario tejano con ansias de verse inmortalizado en un cuadro. A Lucía, la presencia física de Marina le había llamado la atención incluso antes de que fueran presentadas por

Jaime. El peso específico de esa presencia, la especial cualidad que sobre la belleza exterior, sobre sus atractivos rasgos exóticos, imprime una personalidad madura; su misma elegancia, cuestión de buen gusto natural más que de precio, en fuerte contraste con los asiduos de l'Alouette, un público de estudiantes de Bellas Artes habituados a cultivar un aspecto entre bohemio y proletario. No obstante, más inconcebible todavía que la presencia física de Marina en aquel contexto pequeñoburgués con ínfulas revolucionarias, resultaba, sin duda, el relato de las experiencias por ella vividas, empezando por sus escasos recuerdos de la primera infancia. El palacio de verano en Samarcanda, la imagen de su padre subiendo a caballo las escalinatas de mármol, los servidores chinos, la vez que presenció cómo un hombre era decapitado públicamente, cosas insólitas en exceso para la clientela de l'Alouette.

No hay avestruces en el horizonte, decía Marina para significar que la tarde se presentaba despejada. Y entonces, cuando el campo estaba libre de avestruces, bien telefoneando directamente a Lucía, bien a través de Jaime, la invitaba a tomar el té en su casa, en Montmartre, a dos pasos del Moulin Rouge. La casa era de dos plantas, sencillo el exterior y muy amanerada la decoración interior, con rostros y cuerpos o partes de cuerpos que salían de las paredes, y objetos caros en los rincones, todo muy a lo Cocteau. Sergio Vidal tenía el estudio en el desván, al que se accedía por medio de una escalera de mano, y a veces se bajaba a charlar un rato con ellos, cordial y abierto en apariencia, aunque ni siquiera cuando bromeaba perdían sus pupilas aquel reflejo como de ofidio que las caracterizaba. Vestía invariablemente vaqueros y algún jersey cedido por el uso, pero, a juzgar por diversas fotos tomadas junto a princesas y gente por el estilo, se movía con igual soltura dentro del más clásico de los smokings. Aparte de que pertenecía a una de las familias más adineradas de Barcelona –o justamente gracias a eso–, su tren de vida era el resultado de haberse especializado en retratos de gente de rango internacional, uno de esos pintores cuyo nombre apenas conoce nadie, pero que son los mejor pagados del mundo a fuerza de pintar reinas y multimillonarios atraídos por el talento que Sergio Vidal se daba, dentro siempre del imprescindible realismo, en captar la imagen más favorecedora de la persona retratada. En esto consiste el secreto, dijo Marina. Pero lo fastidioso no es el tiempo que le toma pintar un retrato, sino el tiempo que pierde y me hace perder alternando con la Haute, la parte más importante de su trabajo.

Tomaban el té a la rusa, junto al samovar. Me recogió en una estación de metro, sin dinero siquiera para un café, y me trajo aquí. Luego resultó que me había visto actuar en el Liceo y que me había hecho llegar, acompañada de una orquídea, una nota en la que me

invitaba a una fiesta que daba, su cumpleaños o algo así. Y yo me quedé con la orquídea y tiré la invitación a la papelera del camerino. Claro que entonces no sabía que el caballero que me invitaba era, no el industrial con cara de cerdo que yo imaginaba, sino un hombre alto, guapo, delgado y elegante.

La noticia llegó junto con la aclaración: Luis había sido detenido en Barcelona y puesto en libertad a las pocas horas. La policía, al parecer, había irrumpido en una reunión que se estaba celebrando en el bufete de un abogado. Todos los participantes, entre los que se encontraba Luis, fueron trasladados a Jefatura. Pero, al no desprenderse de los interrogatorios actividad ilegal de ninguna clase, la totalidad de los detenidos fueron siendo soltados a lo largo del día siguiente.

Jaime se mostraba muy satisfecho, eufórico hasta el punto de no percibir el escaso entusiasmo manifestado por Lucía cuando él entró en tromba en su habitación, sacándola de un sueño profundo y opresivo. No bien se hubo ido, como con prisas por difundir la noticia, igual que si del nacimiento de un primogénito se tratase, Lucía volvió a hundirse en la cama, la cara contra la almohada.

Más que de júbilo era de estafa la sensación que experimentaba; casi de ridículo. Se había estado preocupando por Luis, por los peligros que le amenazaban en España, por el desamparo en que –cada uno a su modohabían quedado tras su despedida en la estación, por la inquietante falta de respuesta a sus cartas; el insomnio, el desánimo y la angustia habían ido acrecentándose en su interior por mucho que intentase marginarlos o vencerlos saliendo, distrayéndose, viendo gente. Y ahora resultaba que todo había sido una especie de broma sin consecuencias, de inocentada. Algo que, por otra parte, no justificaba ni explicaba el vacío epistolar en que se hallaba, esa sensación como de pesadilla de ir mandando cartas y cartas sin recibir contestación alguna. Sensación no paliada, antes al contrario, por la nota lacónica que le llegó un par de días más tarde; cuatro líneas en las que Luis, como para tranquilizarla, le anunciaba que todo andaba bien. Con Irene, claro: todo andaba bien con Irene; eso era, sin duda, lo que se callaba.

Irene. La Princesa Roja. Aristócrata, guapa y comunista: tres peculiaridades, por lo común irreconciliables, que se daban cita en Irene. Sobre su capacidad intelectual no se ponía especial énfasis, pero sí sobre su temperamento: encendido, apasionado, capaz de encender de pasión a todos los compañeros de militancia. Una histérica desaforada, probablemente. Pero con suficiente gancho como para arrastrar tras su enérgico pandero a cuantos camaradas tuvieran la

fortuna de luchar por el socialismo a su lado. ¿Y qué luchador más calificado que Luis para convertirse en su compañero integral, para compartirse mutuamente de pies a cabeza, de cabo a rabo? Exactamente lo que el cabrón de Alejandro había estado prediciendo, tal vez porque conocía a Irene y conocía a Luis, como conocía asimismo determinados incisos íntimos que los propios avatares de la lucha por el socialismo introducen en la vida de partido. En definitiva, el mismo Alejandro no era sino otro caso de señorito comunista, por más que los millones de papá fueran insuficientes para permitirle volver a España por el momento.

Es decir: que mientras ella, Lucía, se preocupaba por Luis, se mantenía fiel a Luis como una imbécil, se volvía cada noche a casa más sola que una novicia, intentando concentrarse aplicadamente, como si de un libro sagrado se tratase, en La Batalla del Puente Milvio, por el simple hecho de que él le había recomendado su lectura, de que, para ella, leer esa novela era una forma de seguir estando en contacto con él aún después de su partida, mientras ella obraba así, como una verdadera imbécil, él campeaba a sus anchas con Irene ad maiorem socialismi gloriam. Una conducta no ya inmoral sino verdaderamente incalificable si se tenía en cuenta la situación de cada uno, los tiempos difíciles que les había tocado vivir. La conducta de un falso revolucionario, de uno de esos tipos que camuflan sus apetitos personales bajo la apariencia de necesidades objetivas. De un cínico.

Otro problema: el alarmante retraso de su regla, los días que, según sus cálculos, estaba tardando en venirle, suficientes como para empezar a considerar si no se trataba más bien de una falta. La seguridad, en caso afirmativo, de que el hijo que llevaba dentro era del cínico de Luis. Un hijo que ella no quería, que no podía tener. Pero la solución de este problema era a ella a quien le iba a tocar enfrentarla, no al cínico, al cobarde del padre.

La incidencia de un problema sobre el otro, de la traición sobre el abandono, y la de ambos sobre su vida cotidiana. La dejadez, el desinterés y el desánimo que la oprimían, que imposibilitaban su asistencia a las clases de la Escuela, con la inevitable pérdida de curso que esto suponía y la consecuente inutilidad de su presencia en París, de su permanencia, de su soledad. Una desgana extensible a todos los órdenes de su vida cotidiana. La falta de apetito, por ejemplo; la costumbre de alimentarse exclusivamente a base de cafés con leche, próxima ya a convertirse en hábito permanente. O el simple esfuerzo de levantarse, de salir de la cama, algo que, por su gusto, no haría nunca más. Una sensación tal vez incrementada, por contraste, ante el espectáculo que cada mañana le ofrecía la vitalidad de Charlotte; su escasa necesidad de sueño, su agilidad al saltar de la cama, su envidiable alegría de vivir.

Una ausencia generalizada de estímulos que la hacía llegar tarde a todas partes, rompiendo con la puntualidad característica de quien ha pasado por un colegio de monjas en régimen de internado. Trámites burocráticos postergados día tras día, colas inútiles, ventanillas que se cerraban como una cruel sonrisa, ya tarde para comer algo al salir, para llegar a tiempo a una cita, para encontrarse en l'Alouette con alguna cara conocida. Era como si fuese incapaz, no ya de calcular el tiempo preciso, sino ni tan siquiera de pensar. Como si tuviese la cabeza invadida de niebla. O interiormente acolchada de una materia algodonosa, embotadora, contrapartida inevitable, sin duda, de sus insomnios nocturnos, contra los que ni siquiera La Batalla del Puente Milvio tenía poder alguno. La principal dificultad al respecto no estribaba en que se desvelara, en que tuviese un sueño agitado y ligero; la principal dificultad residía en conseguir dormirse antes de la madrugada.

En el fondo, lo único que le apetecía realmente era meterse en cama y que alguien la cuidara como si fuese una niña. Y es que, por encima de cualquier otra consideración, lo que Lucía experimentaba era una inmensa necesidad de cariño. El resto, cuanto hiciera o dejase de hacer, cuanto pudiese ocurrir en torno suyo, la tenía sin cuidado sumida como estaba en el agobio y la fatiga, igual que bajo el peso de una mano gigante. Y lo peor, lo más obsesivo, era su regreso a casa cuando cerraban l'Alouette, sola, las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina, poseída por la sensación de que toda su vida podía resumirse en esa acción de irse sola a la cama, mientras los demás se juntaban unos con otros y el mundo en general se disponía a pasarlo bien.

Cheer up!, dijo Charlotte. Ne faites pas l'idiotte, tonto. Amuse-toi! Do the same! Saltó sobre la cama y la obligó a salir a cachetadas, a vestirse de nuevo. Le eligió incluso la ropa: unos pantalones muy ajustados, fuera sostenes, la blusa a medio desabotonar y, directamente encima, el abrigo de mouton italiano, tan aparatoso, que la hacía sentirse como un bicho raro y casi que ni lo llevaba. Le maquilló los ojos, consiguiendo no sólo realzarlos, centrar la cara en torno a ellos, sino hasta dar a esa cara una expresión entre profunda y temerosa, incitante y salvaje al mismo tiempo.

En l'Alouette pidió calvados para las dos en lugar de los habituales cafés con leche, que tenían la culpa, sin lugar a dudas, de que no durmiera de noche, de que se durmiera de día y de todas las cosas que le pasaban. En cualquier caso, tras la segunda copa, Lucía se encontraba realmente mucho mejor, alegre y animada, en un estado próximo a la exaltación.

Jacques y Gina se metían con la pintura de Sergio Vidal, inconcebible en la época de un Paul Klee, de un Mondrian. Justo el

tipo de cuadros que gustaban al salope, al cerdo de su padre, decía Jacques. Lo que a la burguesía le gusta comprar; porque si los burgueses compran Picassos no es porque Picasso les guste, sino porque sus cuadros valen dinero, como inversión. A la burguesía le gusta la pintura burguesa. Lo reconozcan o no, los burgueses prefieren un Sergio Vidal a un Picasso. Picasso ataca sus principios estéticos; Sergio Vidal los defiende. Y defender los principios estéticos de la burguesía es defender sus intereses de clase.

Bastaba ver la casa de Sergio Vidal. Todo dispuesto pour épater le burgeois. Cosas poco convencionales pero caras, cosas que, aun teniendo algo de inquietante, corresponden exactamente a la idea que la burguesía, que el cliente se hace del artista que triunfa: un ser original, extravagante, con algo de loco, que lleva una vida al margen de cualquier clase de prejuicio, que puede permitírselo todo –todo: la envidia calenturienta, la añoranza profunda del respetable burgués–, pero que nada tiene en común con esa chusma de pintores que, tras los pelos y la ropa vieja de su bohemia, ocultan únicamente la faz vergonzante del fracaso profesional. No: Sergio Vidal es serio, sólido, solvente. Marina reía, también un poco borracha, y les daba la razón, que todo era un show montado de cara al cliente, que a veces, más que en su casa, se sentía como en un decorado del Liceo.

De un tiempo a esta parte se la veía con más frecuencia en l'Alouette y, sin que hubiese hablado al respecto con Lucía, era como si se hubieran puesto de acuerdo en pasarse al calvados, en dejarse Marina de sus tazas de té como Lucía de sus cafés con leche. Incluso cuando Lucía iba a casa de Marina, bien sola, bien acompañada de Jaime o algún otro amigo, en lugar de té les ofrecía vodka o un aguardiente de pera alsaciano tan fuerte como estimulante.

Tú también debías de ser una niña rara, dijo Marina. Se habían bebido mano a mano cerca de media botella en un cálido clima de intimidad y afecto. Sí, no sé, como extraña, dijo Lucía. Y Marina: es que yo lo era mucho; vivía rodeada de servidores, preceptores y todo eso, y aunque estaba semanas enteras sin ver a mi papá, me pasaba el día pensando en él. Y Lucía: sí, chica, pero es que tu infancia, en sí misma, fue ya de lo más raro, el ambiente, las circunstancias, todo; la mía, en cambio, fue de lo más normal: y, sin embargo, nunca llegué a ser una niña alegre. Yo tampoco; y, bueno, aunque no me diera cuenta, mi forma de querer a papá tenía algo de incestuoso. Igual que yo: lo recuerdo, sobre todo, haciéndome montar sobre sus rodillas, como a caballo. Luego murió, y con mi madre ya todo fue diferente. Mi padre, en cambio, me hacía montar caballos de verdad; y yo nunca tenía miedo a su lado, por mucho que galopásemos. Es que quienes nos meten el miedo en el cuerpo, quienes nos convierten en niñas son siempre las mamás. Exacto: lo que a ti te pasó con tu madre me pasó a

mí con la mía, cuando murió mi padre, en el exilio. Pero es que, además, quieren que esas niñas que se han inventado se comporten como señoras. Sí: esto es lo que quiso mi madre hacer de mí una vez llegamos a Francia, afortunadamente sin éxito. Como yo: porque te advierto que aún sigo siendo una niña por dentro. A mí me pasa lo mismo: Sergio me dice que lo que más le gusta de mí es que todavía no soy adulta, que gracias a mí ha descubierto la pederastia, que no quiere que me haga mujer. Y creo que tiene razón; vamos, que es verdad que no soy adulta. Ni yo: puedo parecer, no sé, desenfadada o libre o como se diga, pero, en realidad, sigo siendo la misma niña de antes, una niña sola y cargada de complejos. Como yo, diría –y dijo– Marina; como yo, siempre aquel como yo, yo, yo, yo. Y, decididamente, llegaba a ser abusivo estar hablando todo el rato de sí misma cuando la que tenía que volver a casa desde Montmartre no era ella sino Lucía, sola, las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina.

Sin embargo, aparte del vodka y del licor de pera, había en aquella casa un elemento de confort, de calidad, de calor y limpieza, que, después de la cochambre típica de los medios estudiantiles progresistas, representaba casi una especie de respiro. Algo similar a la sensación que, durante la estancia de Javier en París, podía experimentarse en los sitios caros a los que se empeñaba en llevarlas. La invitada, en principio, era Lucía, pero puesto que Charlotte era su compañera de habitación y Javier era todo un caballero, no hubo objeción alguna por su parte en salir con ambas en lugar de salir a solas con Lucía, como probablemente hubiese preferido. Los problemas más bien los planteó Charlotte: que si no quería estorbar, que si no tenía ropa para ir a sitios caros, etcétera. Esta vez fue Lucía quien tuvo que inmovilizarla sobre la cama para que la escuchase. Don't be silly tú, tonto, le dijo. Toda su ropa le caía bien a Charlotte, aparte de que Javier, aunque tal vez no fuera un genio, tampoco era un imbécil ni un tío estirado, y sabía de sobras que una mujer con clase como Charlotte podía llevar lo que quisiera sin perder la clase; así que no había problema. Javier era un chico normal, simpático y divertido y de mucho tacto; y, encima de que bailaba muy bien, tenía su atractivo físico. Además, a Lucía le había venido la regla y, disipados sus temores, estaba de excelente humor, llena de vitalidad y alegría. Lo pasaron muy bien los tres y, cuando Javier se hubo marchado, lo único que Lucía sintió es no habérselo llevado a la cama –se ponía cachondo perdido al bailar con ella–, aunque sólo fuese para dar una lección a Luis.

Debido quizás a que Camilo, en cuanto elemento nuevo, había centrado el interés del grupo, o quizá debido a la reiteración con que, durante las últimas semanas, se habían producido incidentes similares entre Marina y Sergio Vidal, lo cierto es que la noticia de que Marina se había ido de casa o de que había sido expulsada por Sergio Vidal –daba lo mismo, en la práctica– pilló a Lucía desprevenida. Unos días antes –¿doce?, ¿quince?–, cuando Marina compareció en l'Alouette con un ojo hinchado y oscurecido a pesar del maquillaje, y ella le preguntó, y Marina dijo Sergio y, sonriendo, le explicó que aquello era sólo lo visible y, luego, en su habitación, les mostró los morados que llenaban su cuerpo, Lucía y Charlotte experimentaron una verdadera crisis de indignación, de rabia incrementada por su sensación de impotencia, por la resignación eslava con que Marina parecía aceptar la situación. Le divierte hacerlo de vez en cuando, les dijo como quien habla de una afición cualquiera, la pesca, el bridge, las mariposas.

La segunda vez, aproximadamente una semana más tarde, el resultado de las diversiones de Sergio Vidal presentaba un aspecto todavía más grave y aberrante: los morados y señales se concentraban especialmente en pechos y nalgas, caras internas de los muslos y quién sabe si en el propio sexo, producto obvio, más que de golpes, de pellizcos retorcidos y calculados mordiscos. Todos, salvo Alejandro, coincidieron en que era un caso de juzgado de guardia, sadismo, tortura pura y simple, vejación denigrante. Que le suceda una vez, pase, había dicho Alejandro. Que le vuelva a ocurrir y Marina no arme un escándalo, ya es más raro. Que ahora resulte, en cambio, que es poco menos que una práctica normal entre ellos, lo aclara todo: si a él le gusta hacerlo, a ella le gusta que se lo hagan, y la verdad es que no veo qué puede pintar un juez de guardia en todo esto. El cinismo de su argumentación y el general regocijo con que fue acogida por el grupo, no dejó de hacer mella, sin duda, en el prestigio de Marina.

Pero cuando Marina le anunció que estaba en la calle y sin dinero, y al presentarse en casa le mostró la marca del sello de Sergio Vidal aplicado al rojo sobre sus nalgas, aquello no podía menos que alterar radicalmente el panorama: marcada como una esclava, como se marca una res. Afortunadamente, el temor a que el oro del sello se fundiera evitó que Sergio lo calentara lo bastante como para dejar una marca indeleble. Acababa de hacérselo, calentando el sello con ayuda de unas tenazas en las brasas de la chimenea; como despedida, le había dicho. Lucía le propuso compartir momentáneamente la habitación con Charlotte y con ella, pero Jaime ya le había buscado un sitio más desahogado.

Por la mañana se encontró de nuevo con Marina a fin de respaldarla moralmente mientras hablaba por teléfono con Sergio Vidal, para reclamar sus cosas, para concretar la hora en que pasaría a recogerlas,

pero Sergio le dijo que ya estaban empaquetadas y que, puesto que le llamaba desde l'Alouette, el chófer se las iba a dejar allí de inmediato: y colgó.

Entre todos la ayudaron a llevar los bultos a casa de Jaime. Faltaban muchas cosas, pero Marina cínicamente echaba de menos su elefante birmano, un pequeño elefante de bronce; es mi suerte, tú sabes, dijo. Sin embargo, no quería volver a telefonear a Sergio Vidal y fue Lucía quien tuvo que hacerlo. De hecho, aparte de recoger el pequeño elefante de la suerte, lo que realmente buscaba era la oportunidad de hablar personalmente con Sergio Vidal, hacerle ver la injusticia que entrañaba su comportamiento, su crueldad, su profunda incomprensión. Mira, le dijo Sergio Vidal: si tienes vocación de alcahueta, propónme lo tradicional: una virgen o una monja, nunca une garce. Lucía no supo, tal vez, reaccionar, estar a la altura; rotas sus defensas y como derrotada de antemano, se limitó a decir una y otra vez que Marina siempre le había sido fiel, que ella podía testimoniarlo, que seguramente había un malentendido en todo aquello. Sergio Vidal sonrió casi igual que Marina, difícil saber si con dolor o gozo. Yo de ti no me comprometería a testificar algo que no he visto, dijo.

Sergio Vidal, según Camilo, era un comemierda y un gusano. Y ella, Marina, otra gusana. No es que la Unión Soviética fuese precisamente el modelo. Pero lo seguro es que los contrarrevolucionarios, los blancos, fueron tan gusanos como ahora los de Cuba. Discutía continuamente con Jaime: política, cuestiones ideológicas, condiciones objetivas y todo eso. Para Camilo, los comunistas cubanos habían tenido un papel destacado en el triunfo de la revolución: el de espectadores privilegiados. Jaime decía que una cosa es el derrocamiento de una dictadura y otra muy distinta una revolución y que lo de Cuba quizás acabaría en revolución, pero que todavía no era una revolución; que allí había incluso algunos elementos, algunos rasgos, propios de un movimiento fascista cualquiera. Fíjate tú que entre el 18 de julio y el 26 de julio sólo hay ocho días de diferencia. Y Camilo: pues yo aún veo otra, chico: que el 26 de julio llevó el pueblo a la victoria y el 18 a la derrota.

Jacques y casi todos daban la razón a Camilo. Hasta el mismo Abelardo: eso es una revolución aquí y en Sevilla, niño; no lo que hacemos nosotros. Y Jacques: una revolución en todos los terrenos, con libertad, sin represiones; la revolución con pachanga. Una revolución con todo lo que le faltó a la revolución soviética. Incluso había oído contar, o había leído en alguna parte, que las milicianas bailaban con la camisa abierta, enseñando los pechos. Camilo dijo que nunca vio una compañera bailando así, pero que, al calor de la espontaneidad, todo era posible en Cuba. Jaime se mantenía

obstinadamente en sus trece: Camilo, como persona, era un gran tipo. Pero, desde el punto de vista ideológico, era poco serio, le faltaba rigor.

A Lucía le caía muy bien: un revolucionario de verdad que ha participado en una revolución de verdad. Diferente a cuantos había conocido hasta entonces. Y, además, si no guapo, sí muy hombre, muy bien constituido físicamente. Hasta su voz tenía como un peso de lo más peculiar: no nasal y chillona como la de otros cubanos, sino grave, profunda, a lo Paul Robeson. Quizás el hecho de que fuera mulato incrementaba el efecto: las humillaciones que había tenido que soportar hasta que se integró en la lucha revolucionaria, por culpa, únicamente, de su aspecto, del color de su piel. El desprecio implícito en el comportamiento de todos los blancos; no sólo los yankees, no: todos. Incluso allí, en París, donde con frecuencia le tomaban por argelino. La policía, los burgueses y hasta más de un proletario. Y es que, dentro de cada blanco, había en potencia un policía. Nadie que fuera blanco podía imaginar, aunque se lo propusiera, lo que representaba ser, en un mundo de blancos, persona de color.

Como en España ser gitano, niño, dijo Abelardo: su habitual gracejo. Llevaba dos o tres años en París, pero como recién salido de Utrera; un modo de ser agravado por la impertinencia bravucona –más que verdadera seguridad en sí mismo– que, en determinados neófitos, suscita el ejercicio de la militancia. Jaime se lo trajo a l'Alouette como a pesar suyo, como aquel que lleva un perro fastidioso pegado a los talones, sea porque se sentía obligado a prestarle cierta atención, sea porque esperase que en aquel ambiente se sentiría a sus anchas y le dejaría en paz. Consideraciones sólo acertadas en parte, ya que Abelardo parecía sentirse tan a sus anchas que no dejaba en paz a nadie, todo el rato de una mesa a otra, entrometiéndose en todo. Al menos por una vez, Lucía y Jaime estaban de acuerdo en algo: Abelardo tenía un no sé qué viscoso, incluso desde un punto de vista puramente físico.

No habían pasado ni dos semanas de la ruptura de Marina con Sergio Vidal, cuando, como por contagio, fue Gina la que rompió con Jacques. Lucía no consoló sus lágrimas: que llorara cuanto le viniese en gana, por imbécil, por cándida, que se lo tenía bien merecido. Ella, Gina, la hija de uno de los constructores más importantes de Italia, la niña bien de Milán que se había largado de su casa primero a trabajar con Danilo Dolci, como si el Mezzogiorno fuese la India y Danilo Dolci el Mahatma Gandhi, y todo porque el tío con el que se acostaba le había metido esta idea en la cabeza. Y cuando sus papás, tras

rescatarla de aquel mangante, la enviaban a París, a ella, a la Loló, como la llamaba el cabrón de Alejandro, no se le ocurría más que juntarse con el puerco de Jacques, el enfant terrible de la Escuela, uno de esos radicales que empiezan la revolución por el procedimiento de vapulear a la asquerosa burguesita con la que se acuestan. ¿Que no podía soportar más el trato que Jacques le daba? Pero ¿y por qué había soportado ya tanto de un marrano como él? ¿Cómo no había caído antes en la cuenta? Un tipo que dice que lo único que no le gusta de España es que las duchas no sean como en Francia; cabinas asépticas con agua de caída vertical, una especie de lluvia boba, en lugar del chorro manual de los baños franceses, ese cepillo de agua cálida con el que uno puede acariciarse todo el cuerpo, hacerse las pajas más enormes, metérselo en el culo a toda presión. ¿Había oído decir algo parecido a un tipo como Camilo, como Jaime, incluso como Alejandro, con todo y ser medio marica? ¿No veía claro aún que Jacques era un marrano y un degenerado? ¿No escuchaba lo que él decía de ella, las cosas de cama que contaba, no a sus amigos, como hacen los hombres cuando se juntan, sino en sus mismas narices, delante de la propia Gina, detalles que, si ya por su propia naturaleza tenían algo de vejatorio, contados en tales condiciones constituían un insulto puro y simple? ¿Así era de tonta?

Porque el problema no residía en que Jacques se hubiera portado con ella como un puerco. El problema era Jacques en sí mismo, como persona: un irresponsable total. ¿Cómo es que nadie se ha atrevido a terminar con el franquismo por medio de un atentado, cargándose directamente a Franco?, preguntaba. Alguien con cojones, como se dice en España. O que tenga un cáncer, una enfermedad incurable, y no le importe lo que pueda pasarle. No era tan difícil: él, Jacques, lo había visto bien de cerca en Madrid, durante una corrida de toros, y cualquiera, desde su sitio, hubiera podido hacerlo. ¡Cualquiera! Pues bien: ¿por qué no lo había hecho él mismo, ya que lo encontraba tan fácil? ¿Se imaginaba que había sido la primera persona en tener la idea? Aparte de que –y en eso sí que Lucía daba la razón a Jaime– actos de este tipo nada tienen que ver con las acciones de masa. Una cosa es acabar con un dictador y otra muy distinta, acabar con una dictadura, por no hablar ya de hacer la revolución. Alejandro dijo que, de todas formas, no veía motivo para desperdiciar entusiasmos; que, si había que esperar a que las masas españolas se lanzaran a la lucha, quizá valía la pena, aunque sólo fuera para matar el tiempo, dar su oportunidad a Jacques.

El cabrón de Alejandro tenía al menos esta virtud: saber poner punto final a cualquier rollo que llevara el camino de alargarse demasiado con una mera observación, un mero comentario dicho sin especial énfasis, sin elevar la voz, pero que casi parecía como esperada

por los demás, a modo de sentencia resolutoria y, en calidad de tal, celebrada por todos, con independencia de que su juicio fuese o no el que estaba previsto o el que cabía esperar de una personalidad como la suya. Un fenómeno cuyas raíces habría que buscar, probablemente, más que en su autoridad moral, en un reconocimiento de su capacidad intelectual y de su brillantez expositiva, de forma similar a como el público reacciona ante un reputado cómico, gente dispuesta de antemano a reírse a gusto.

Aquella noche la había tomado con los recuerdos y experiencias de Marina. Ni Marina ni Jaime estaban presentes, y así, en lugar de dedicarse a sonsacarla, interesándose por nuevos datos y precisiones, Alejandro se dedicó a poner en duda todas y cada una de las aventuras que Marina se atribuía. ¿Cómo era posible, por ejemplo, que Marina tuviese recuerdos anteriores a la Revolución Rusa? ¿No daba a entender que tenía alrededor de treinta años, unos treinta y tantos? ¿Y qué historia era ésta de que su padre tenía una finca en Samarcanda y, lo mismo que un Tamerlán, subía las escaleras a caballo? ¿Y lo de los criados chinos? ¿En Samarcanda? ¿Y por qué no suizos, como los del Papa? Y lo de las decapitaciones en la plaza del mercado. Y, sobre todo, el largo lapso que sucede a esos primeros recuerdos: el tiempo que necesita una princesa que vive en Moscú y veranea en Samarcanda para convertirse en Marina Durand, de Carcassonne. El pretexto de que su madre, muerto el príncipe que tenía por marido, sin recursos y con una niña, en el exilio, se había tenido que casar, aunque sólo fuese para sobrevivir, con un viticultor, vinatero o tabernero del Midi. Un segundo papá que, a falta de papeles, la reconoció como hija propia. La oscuridad que rodea a esos años transcurridos en Sète, seguramente trabajando de cantinera, vendiendo vino de arena, como llaman al vino de aquella zona. También de arena eran los castillos construidos por la joven Marina, estimulada sin duda por las historias de los marinos y visitantes que llegaban y volvían a irse. Que después había viajado realmente, era indudable, aunque no tanto, tal vez, como pretendía. En todo caso, conocía nombres de hoteles y sitios elegantes de las principales ciudades del mundo. Y entendía de modas, de música, de vinos, de especialidades gastronómicas, de trasatlánticos. Y, además de tener gran facilidad para los idiomas, no le faltaba cierta cultura general. Y, sobre todo, su gran sensibilidad en la captación de ambientes, en adaptarse a las situaciones. Pues era más que probable que su vida hubiera discurrido en un sentido exactamente inverso al pretendido, justo al revés de como lo contaba. La historia de una joven del Midi, una chica de rasgos exóticos nacida en Sète, en Carcassonne o donde fuera, hija de viticultores o vinateros o taberneros, que había convivido o cohabitado con rusos blancos, fuesen o no de Samarcanda,

fuesen o no príncipes, como querida de alguno de ellos, o de un amigo, o de un servidor de alguno de ellos o, más probablemente, con varios de ellos, con gente de diversa condición social, en plan de amante, de compañera, de lo que sea. Como chica de conjunto de una compañía de ballet, por ejemplo, cosa que siempre favorece el trato con rusos o hijos de rusos blancos. Pero, en definitiva, seguía siendo eso: la hija de un vinatero del Midi llamado Durand. Y que ahora está con un comunista como Jaime igual que antes con un pintor de la Haute, como ella dice. Y que, igual que de un tiempo a esta parte engañaba a Sergio Vidal con Jaime, ahora debía de estar engañando a Jaime con otro. De este modo, su historia con Jaime bien pudiera acabar constituyéndose en un nuevo y apasionante episodio de su biografía: los amores de una rusa blanca con un bolchevique español.

Es decir: Alejandro daba por descontado que Jaime y Marina se entendían desde tiempo atrás. Pero, aunque así fuese, y aparte de que Sergio Vidal se lo tenía más que merecido, resultaba irritante oírselo decir en ese tono. Así que Lucía dijo que ella no pensaba que Marina hubiera engañado a Sergio Vidal ni con Jaime ni con nadie mientras estuvieron juntos. Y entonces Alejandro, en lugar de responder, se echó a reír con aquella risa suya que terminaba por contagiarse a todos, desbocada, cascadeante, los ojos brillándole con exaltación, como si Lucía hubiera pretendido gastarle una broma o tomarle el pelo.

Camino de casa, Charlotte le dijo que probablemente Alejandro tenía toda la razón. También se reía, pero en ella, invertida como era, siempre resultaba difícil saber la causa, si Marina, si Alejandro, si la propia Lucía. Una risa que le entraba con independencia de que la situación tuviese o no algo de cómico y que, de forma intermitente, podía prolongarse durante horas, susceptible, en razón de su mismo carácter inmotivado, de sacar de quicio a cualquiera. Hasta cuando le sacaba fotos, cuando Lucía, la modelo, posaba para ella tomándoselo en serio, intentando adoptar las posturas que creía más adecuadas, mientras que Charlotte, la fotógrafa, no paraba de reír, en ocasiones, entre foto y foto, como si aquello fuera de lo más divertido; algo francamente incómodo. Quizás era que había salido al padre, el banquero ginebrino loco. Charlotte le había enseñado una serie de fotos que le sacó justo antes de venirse a París: uno de esos aristócratas suizos con cara de gaviota. Y, a veces, realmente, se diría que también a ella le faltaba un tornillo. Sólo que, en otras ocasiones, parecía que adivinase las cosas y que a esa visión anticipada de lo que había de suceder se debiera su risa.

Cuando lo de Camilo, por ejemplo, hacia Navidad, mientras la mayor parte del grupo andaba dispersándose, cada uno a su país, a su casa, y Lucía, harta de la celebración en familia de esta clase de

solemnidades, del clima que se crea y de todo lo que suponía volver a Barcelona, decidió quedarse en París.

La cosa empezó una noche en que l'Alouette estaba casi vacío y Camilo, Charlotte y ella eran todo lo que quedaba del grupo. Habían acordado resarcirse, celebrar por su cuenta el Fin de Año, los tres rondando por ahí hasta la mañana siguiente. A la hora de cierre, Camilo las acompañó a casa enlazándolas por la cintura, las cabezas también juntas, como embistiendo la llovizna. Subió a tomar un último calvados y siguieron charlando y riendo un rato más, por lo bajo, para evitar las protestas de los vecinos. Luego Charlotte dijo que tenía un compromiso y les dejó, y Camilo se puso a pasear por la habitación mientras hablaba, y de pronto Lucía se sintió abrazada contra el respaldo de la silla mientras la cara de Camilo aparecía por encima de su hombro y la besaba. Después ya estaban desnudos, sobre la cama, y él le hacía el amor como envolviéndola, como penetrándola a través de todo el cuerpo.

Fue una relación entrañable. Y nunca mejor aplicado, dijo Camilo. Tenía un sentido del humor que, a veces, en la cama, rayaba en el descaro, pero su misma naturalidad, sana y directa, convertía en delicadeza lo que en boca de otro hubiera podido constituir una grosería. Matices muy de Camilo, con aquel modo de ser donde parecían conciliarse las tendencias, los aspectos más contradictorios; donde su firme carácter de hombre de acción no estaba reñido con una sexualidad intensa, casi obsesiva, ni ésta con la entereza de sus convicciones revolucionarias. Un hombre capaz de pasar de las palabras tiernas, cuando hacía el amor, entre vez y vez, a una enardecida exposición –también como con un algo obsesivo– de los problemas del proceso revolucionario cubano. Una revolución de verdad, con armas de verdad; no como la lucha del pueblo español, que, si heroica en otros tiempos, había dejado ya de serlo.

En otro aspecto se diferenciaba aún Camilo de la mayor parte de los del grupo: en que él no era un bocazas. Si Lucía se hubiera ido a la cama con cualquier otro, a la mañana siguiente l'Alouette entero lo habría sabido. Y pasadas las fiestas, cuando ya todos estaban de vuelta, todos siguieron sin enterarse de lo de Camilo y ella. Salvo Charlotte, claro.

En l'Alouette, en público, ante terceros, Camilo se comportaba con Lucía igual que antes, involucrándola, a lo sumo, en alguna de las bromas con las que tenía por costumbre pautar las discusiones ideológicas que le enfrentaban a Jaime, conforme a ese modo de ser de los caribeños que, como él decía, ríen por no llorar. Y, entonces, era como si Camilo volviese a ser el niño de color sin estudios ni dinero, abocado ab initio a ser limpiabotas de los blancos. Un cambio de rumbo que para él debía ser como un sueño, verse así, convertido

en el Camilo de ahora, en el revolucionario victorioso, en el estudiante de agronomía becado por su gobierno para seguir en París un curso intensivo sobre plagas tropicales. Aunque tampoco faltaba quien afirmase que aquello era una simple tapadera, que Camilo estaba allí en misión secreta, compra de armas, posiblemente. Un argumento más, caso de ser cierto, en favor de la superioridad de la revolución cubana sobre la española, de los militantes de una y otra en París, donde, para los españoles, la palabra arma se diría que era, sencillamente, una palabra olvidada en el diccionario.

La carta de Luis llegó a mediados de enero, cuando ella ya había decidido no responder a la última, la de antes de Navidad. Ahora le proponía un breve encuentro, dos días o así, a mitad de camino entre Barcelona y París, hacia mediados de febrero. Seguro que lo hacía para aprovechar un viaje que hubiera tenido que hacer de todos modos, establecer un contacto a este lado de la frontera, sacar papeles, volver a España con una maleta de doble fondo, o algo por el estilo. ¡Y aún cómo no le había propuesto Perpignan!

Lucía contestó afirmativamente. Una nota escueta, en la que puntualizaba que el encuentro debía tener lugar en Sète, en el Grand Hotel. La elección del hotel fue hecha tras consultar a Marina: el mejor hotel de Sète, tipo fin de siglo, con mucho encanto. Lo que no precisó en su carta era que pensaba hacerse acompañar por Charlotte.

El viaje resultó de lo más divertido. Primero en un expreso nocturno, haciéndose pasar por inglesas, bromeando con los viajeros, con el revisor, que debía de ser español y les decía cosas que, a todas luces, no esperaba que entendiesen. De madrugada cambiaron de tren y llegaron al Grand Hotel a primeras horas de la mañana.

Luis no llegaba hasta más tarde, de modo que se dieron una vuelta por Sète, bordeando los canales, calentándose de vez en cuando con un café con leche, cuchicheando y riéndose por lo bajo, cosa que siguieron haciendo durante los dos días escasos de su estancia. Sète era una especie de Venecia de arrabal con cierto aire de puerto atlántico, lo que le daba una personalidad propia incluso para quien nunca ha estado en Venecia. Eso sí: carente por completo de sitios donde ir; además, ni que todos los chicos fueran homosexuales. El Grand Hotel era uno de esos hoteles anticuones y simpáticos, internamente desarrollado en torno a un amplio patio central cubierto por una bóveda encristalada, con plantas y tresillos de sabor colonial. Preguntaron aquí y allá por Marina Durand, pero nadie parecía conocerla.

Con Luis todo fue mal desde el principio; ni en el aspecto más

mecánico del amor las cosas iban como antes, debido, quizás, a que Luis tenía el pensamiento puesto en Irenita, su princesita roja. El caso es que, curiosamente, no pareció sorprendido o afectado por la presencia de Charlotte o, al menos, no dejó adivinar reacción alguna. Pero, tras las defensas de su habitual impasibilidad, Lucía lo vio de pronto como un algo no ya distante sino también mediocre. Y quién sabe, asimismo, si no más tocado, más vulnerable de lo que aparentaba. Cuando le preguntó qué tal le iban las aventuras amorosas, él escurrió el bulto, dijo que no tenía demasiado tiempo para estas cosas. Lucía dijo que ella tampoco, pero que lo pasaba muy bien en París. Y, cambiando de tema, le habló de la superioridad de la revolución cubana: Fidel y unos cuantos más empezaron por asaltar el palacio presidencial, cosa que no podía decirse respecto a los comunistas españoles y el palacio de El Pardo. Pero ni siquiera tal observación pareció sacar a Luis de su estéril impasibilidad.

La única nota verdaderamente discordante corrió a cargo de Charlotte, tan contradictoria como siempre, cuando, en un aparte, dijo que Luis le gustaba mucho, que estaba okay. Lucía, como es natural, reaccionó más bien violentamente, con tanta mayor razón cuanto que no se lo dijo hasta el tren, ya de vuelta. Por ella, dijo Lucía, se lo regalaba; pero ¿no creía que se lo estaba pidiendo un poco tarde? Únicamente entonces Charlotte pareció comprender que Lucía estaba enfadada de verdad y optó por hacerse la niña: que si sólo buscaba que la gente le hiciera caso, que si nadie se interesaba por ella, que si siempre tenía la sensación de que sobraba, que si su padre la había enviado a París para sacudírsela, que si todo el mundo le hacía lo mismo, etcétera, etcétera. A veces, verdaderamente, se portaba como una completa irresponsable.

La otra agarrada la tuvo con Alejandro durante uno de los bailes del Carnaval, el que organizaron los estudiantes de Filosofía, probablemente. Había llegado con un antifaz blanco y unos bigotes como de gato pintados con lápiz de maquillaje, hecho una especie de Jean Marais disfrazado de Chat Botté, y sudaba más que de costumbre. Se acercó a Lucía con su habitual aire de coña y le preguntó que cómo le iba con Camilo. Lucía lo mandó a hacer puñetas y, aunque no recordaba si había conseguido abofetearlo, estaba segura de que al menos lo había intentado, marica, marica de mierda.

Cada Facultad organizaba sus bailes y Lucía y Charlotte fueron a un montón, el de Medicina, el de Filosofía, y también a fiestas privadas donde la gente se escabullía para hacer el amor por los rincones. Pero la mejor de todas fue la de Bellas Artes, más imaginativa, más exuberante. También allí se podía bajar a un sótano cuya existencia, cuando menos para Lucía, era totalmente desconocida. Lo malo era que, sin darse una cuenta, se bebía demasiado –sobre todo en la de

Bellas Artes– y al día siguiente, con la resaca, resultaba imposible moverse de la cama hasta bien entrada la tarde.

En relación a su agarrada con el chismoso de Alejandro, lo más tonto del caso era que Lucía empezaba a estar realmente harta de Camilo. Le molestaba la seguridad con que Camilo se manifestaba respecto a todo, sus exhibiciones de virilidad, su machaconería y empecinamiento en las discusiones ideológicas, siempre con que si aquello era o no era dialéctico, si las condiciones objetivas se modifican o no se modifican, y cosas por el estilo; en el fondo, como bien decía Jaime, era más dogmático que comunista, sin estar provisto, en cambio, del bagaje científico de los comunistas. Y, en sus anécdotas sobre la revolución cubana, lo cierto es que empezaba a repetirse. Además, a la larga, ni siquiera podía decirse que hiciera bien el amor, demasiado directo, demasiado al grano, chis-chás, chis-chás, chischás. A veces, incluso la dejaba dolorida para todo el día, y era un problema que no se le notara al caminar, al sentarse. Si seguía acostándose con él era casi porque no sabía cómo dejar de hacerlo, poco menos que por obligación o cortesía.

El pretexto, por suerte, se lo ofreció en bandeja el mismo Camilo un día en que se puso excesivamente pesado y sermonero, y Lucía aprovechó para decirle que se fuese a la porra. Seguro que Camilo, con sus famosos análisis de las condiciones objetivas, esperaba que ella se volviese atrás, que buscase la reconciliación. Pues bien: ¡a esperar, compañero!

Puestos a despejar situaciones equívocas e incómodas, relaciones que no tenía por qué seguir aguantando, también le puso las peras al cuarto a Jacques. Por bocazas.

Su reaproximación a Jaime se había producido a raíz de la noticia de la detención de Luis en Barcelona, esta vez, por lo visto, muy en serio, uno de esos casos en los que, aun sin tener noticias precisas, dada la amplitud de la caída y, sobre todo, la personalidad de los caídos, se presentaba con mal cariz. Jaime la despertó muy de mañana con las primeras informaciones y también con un plan de acción, basado en la idea de que, al margen de los órganos de difusión del partido, había que movilizar como fuera los medios de comunicación franceses, prensa y radio, no sólo para ayudar a Luis y a los restantes detenidos, sino también para sensibilizar la confortablemente asentada opinión pública francesa respecto a la represión en España. Tuvieron un montón de entrevistas conjuntas con periodistas y corresponsales de agencias de prensa; primero hablaba Jaime, luego ella decía que era la novia de uno de los detenidos y que compartía sus ideas.

También fueron entrevistados por corresponsales en París de periódicos extranjeros, especialmente ingleses y escandinavos, y entonces Lucía iba traduciendo al inglés las palabras de Jaime, con lo que las declaraciones adquirían un tono como más oficial, más de comunicado.

La noticia apareció en diversos periódicos y semanarios, generalmente trivializada y, al mismo tiempo, cargada de alarmismo, como si Luis y los demás corriesen el riesgo de ser fusilados de un momento a otro. Sólo por radio, al ser entrevistados en directo para las emisiones en lengua castellana de la RTF, consiguieron dar una versión correcta, sin exageraciones ni inexactitudes. Jaime le había dicho que no temiera, que la policía española no disponía de medios técnicos para identificar su voz, y Lucía dijo que esto era lo de menos. Pero lo que sí le puso nerviosa al principio fue la presentación, los términos utilizados por el locutor, franquismo, represión policíaca, torturas, y cosas así. Y, aún más, la idea de que iba a ser escuchada desde toda España, pensar en la de millares y millares de sufridos radioyentes –los tímpanos machacados por las interferencias a fuerza de pegar la oreja al receptor– que, mientras ella se aclaraba la garganta, estaban ya a la escucha. Pero, no bien se vio ante el micrófono, fue como si se transformara en otra persona. Y habló y habló hasta que el locutor la cortó dándole las gracias, a fin de que también Jaime pudiera decir algo. Al acabar, el presentador la felicitó, y, en opinión de Jaime, un lenguaje espontáneo y emotivo como el que ella había empleado calaba más y resultaba diez veces más eficaz que cuantas exposiciones sobre el momento político español pudieran hacerse.

Lo que estaba fuera de duda, conforme iban llegando nuevos datos, era que Abelardo, el viscoso Abelardo, ocupaba un lugar destacado en los eslabones iniciales de la caída, quién sabe si en su mismo origen. Al parecer, fue detenido con anterioridad a Luis y a casi todos, de forma que, establecida la evidencia de que había cantado, quedaba por aclarar, a lo sumo, si se trataba, además, de un agente provocador, de un infiltrado al servicio de la policía. Y en esto sí que tanto Lucía como Jaime se sentían hasta cierto punto responsables: no haber puesto objeción alguna a que un tipo como él marchase a Barcelona para integrarse en la lucha clandestina; haber cometido la ligereza de sentirse poco menos que aliviados, por razones subjetivas, de repugnancia, cuando se produjo su partida. ¿Por qué Barcelona, por otra parte? ¿Por qué Barcelona y no Sevilla, siendo él sevillano?

Una consecuencia imprevista de las actividades desplegadas en torno a la detención de Luis, dentro de la campaña de visitas domiciliarias destinadas a obtener firmas para un documento en que se pedía la libertad de Luis y demás presos políticos, fue la

reconciliación de Lucía con Sergio Vidal, quien, tratado de cerca, resultó ser un hombre encantador y lleno de esprit. Con Lucía, cuando menos, fue extraordinariamente amable y la invitó a cenar una noche. Por supuesto que ni mencionaron a la mala puta de Marina, que estaba engañando al pobre Jaime con el primero que se le ponía por delante.

Jaime se había negado a ir a casa de Sergio Vidal, a pedir su firma para nada. Pero Lucía, tras su visita, creyó que había llegado el momento respecto a la verdadera personalidad de Marina, sus trampas, su narcisismo, su mitomanía. Y, aunque inicialmente Jaime opusiera todas sus resistencias, tuvo que acabar aceptando las pruebas de que Marina, de un tiempo a esta parte, se entendía por lo menos con Jacques; tal para cual, por otra parte, dadas sus respectivas propensiones eróticas. Al menos por esta vez –preciso era reconocerlo–, el instinto de bruja de Alejandro había funcionado a la perfección.

Con la vuelta de Javier a París el panorama se animó de nuevo. Javier la invitó a subir a la suite, a tomar una copa, ya la primera noche, pero Lucía no aceptó hasta pasados varios días. Y entonces todo se desarrolló de maravilla, en el propicio ambiente de calidad y recogimiento que siempre ofrece la suite de un hotel como el George V; lo que se dice una verdadera delicia. El resto del tiempo que duró la estancia de Javier en París siguieron saliendo a solas, sin Charlotte, quien, ni que decir tiene, se guardó bien no ya de pedir explicaciones innecesarias sino hasta de hacer comentario alguno.

El entusiasmo que ponía Javier en su relación con Lucía era cada vez más intenso, y más absorbente su entrega. Y Lucía, por su parte, descubrió un placer nuevo: la excitación de excitarle, de hacerle retorcerse en la cama como si le estuviese dando tormento. Poco antes de su partida, Javier le pidió que se casara con él. Lucía dijo que no, pero como quiera que él insistiese, dijo que se lo pensaría.

El único contratiempo, por suerte sin consecuencias, se produjo justamente la última noche, mientras estaban cenando, cuando Lucía vio entrar en el restorán a Sergio Vidal, acompañado de un grupo de amigos. Ella correspondió cariñosamente a su saludo, en tanto que él se les aproximaba, pero el susto llegó cuando, tras besarle la mano, Sergio Vidal y Javier se abrazaron como viejos amigos. Al despedirse, Sergio Vidal volvió a besarle la mano al tiempo que le guiñaba un ojo.

La nota original, como siempre, corrió a cargo de Charlotte; por fortuna, cuando Javier ya se había ido. ¿Por qué no me lo pasas?, tuvo la ocurrencia de decirle; es joven, rico y atractivo. Te advierto que no

sabe hacer el amor, dijo Lucía. Charlotte sonrió, estirando, al mismo tiempo, en divertidos pliegues, sus párpados superiores, una sonrisa que Lucía conocía bien y cuyo alcance la inquietaba. ¿Y eso qué importancia tiene?, dijo Charlotte. Respuesta difícil de interpretar tratándose de una mujer como ella, que aseguraba que nada más fácil que complacer a un hombre, que bastaba con gritar ah, ah, ah, y estremecerse un poco mientras él se corría. Pero ¿y si ahora resultaba que realmente le gustaban los hombres?

Otra decepción fue la que tuvo con Camilo y Gina. Que Camilo insistiese en salir con Gina cuando, en l'Alouette, todos menos Camilo sabían que Gina se acostaba con Sergio Vidal, resultaba, como mínimo, penoso. Pero, en fin, tanto peor para Camilo, que hacía el ridículo, y tanto mejor para Gina, que parecía empezar a reaccionar contra esa actitud de hija de papá que se larga con el primer presunto revolucionario que la llama burguesita de mierda, tipos como Jacques y, de un tiempo a esta parte, como Camilo, tíos pesados que no saben sino pasarse las horas discutiendo acerca de si tal o cual persona tiene o no mentalidad pequeñoburguesa, si alguien es metafísico en lugar de dialéctico, si las condiciones objetivas pueden o no pueden ser cambiadas, y cosas así. Quien salía ganando, en definitiva, era Gina, la Loló, como bien la llamaba el cabrón de Alejandro, ya que Sergio Vidal aventajaba a Camilo en todos los terrenos; más sabio y, por encima de cualquier otra consideración, menos bruto. Y si Lucía pudiese hacer algo más para facilitar su relación con Gina, desde luego que lo haría.

¿Por qué no casarse con Javier, después de todo? No estaba enamorada, es cierto. Pero eso era debido, sin duda, a su falta de vehemencia afectiva. A su imposibilidad –cabreos y euforias momentáneas aparte– así de odiar como de querer intensamente a nadie. Y, con mayor motivo todavía, de exteriorizar sentimientos que en el fondo no sentía sin tener la sensación de estar como en escena, representando algo. No creía, en realidad, que algún día pudiera llegar a enamorarse de alguien. No se veía, no se imaginaba siquiera verdaderamente enamorada. Javier, en cambio, la adoraba en el sentido más estricto: como se adora a una diosa; y había captado en ella cualidades y valores para cuyo aprecio la mayor parte de los hombres parecían negados. Una predisposición a la entrega lo bastante fuerte como para compensar, con creces, el vacío de entusiasmo que Lucía aportaba a la unión, para estabilizar de sobras el peso de las relaciones entre ambos.

Por otro lado, estaba claro que Lucía ya no aguantaba París. Tenía

el curso perdido de antemano, ni que decir tiene, dada su falta de asistencia a las clases y su mínima dedicación al estudio. Pero esto, más que una causa, era una consecuencia. Pues lo que verdaderamente no soportaba por más tiempo era Bellas Artes, la Escuela en sí, el ambiente de mediocridad creadora y mezquindad moral que allí se respiraba. Ni menos aún el trato con sus compañeros, así de Escuela como de l'Alouette, los tíos y tías que formaban parte de lo que entre todos habían dado en llamar el grupo: falsos bohemios y falsos revolucionarios, hijos de papá bajo cuya buscada apariencia radical ocultaban apenas sus miedos, sus mezquindades, sus frustraciones. Ni ellos ni, sobre todo, su modo de ser, de comportarse, sus líos, sus chismes, sus maledicencias, sus traiciones. No: el problema no estribaba en que su permanencia en París careciese de futuro. El problema era que carecía incluso de presente.

Pero si la razón principal de que hubiera decidido estudiar Bellas Artes en París no fue otra que la de alejarse de Barcelona, sustraerse al opresivo mundo familiar en que allí se hallaba envuelta, librarse de los clásicos condicionamientos económicos y morales imperantes en toda familia burguesa que viene a menos, estaría por completo desprovisto de sentido que ahora volviese a Barcelona para reinsertarse en el escaso margen de autonomía que le brindaba ese mundo dominado por la presencia de una madre neurótica y autoritaria, una hermana corroída por la envidia y un hermano estremecedoramente mitómano. Así pues, también bajo esta perspectiva, la de una joven que pugna por sacudirse las ataduras impuestas por el medio social en el que se desarrolla su vida, su matrimonio con Javier representaba una solución. Un género de vida distendido, desahogado y libre, respecto al cual los prejuicios del medio que había dejado en Barcelona y la cochambre del ambiente en el que se había desenvuelto desde su llegada a París en breve habrían de parecerle tan sólo una pesadilla. Lucía tenía derecho a este género de vida. Y no ya por afán de confort cuanto por una simple necesidad de higiene mental.

La aceptación, el sí, se lo comunicó a Javier por teléfono. Javier le pidió que se viniera enseguida y le escribió de inmediato en el mismo sentido, pero ella le había dicho que, puesto que Pascua se les estaba viniendo encima, prefería terminar el trimestre, igual que una buena colegiala, aunque sólo fuera por principio. A partir de entonces Javier la llamó a diario, cada vez con mayor impaciencia.

Lucía llegó a Barcelona en vísperas de Semana Santa, a bordo de un avión repleto de turistas. Javier la esperaba en el aeropuerto. Se casaron a mediados de junio en la capilla de la casa pairal de la familia de Javier, en Camprodon.

V

Dos cosas, por libre que una sea, hay que tener muy claras: lo que se puede y lo que no se puede hacer, dijo Lucía. Algo que Gina era capaz de entender perfectamente, pese a los embrollos morales que le creaba su desdichada propensión a caer siempre en los brazos de tíos mitad chorizos, mitad revolucionarios, dispuestos a explotar a fondo su mala conciencia de niña bien milanesa. Algo, en cambio, que era del todo inútil pretender explicar a Charlotte, para quien esta clase de consideraciones había que situarlas –no menos aceptables, pero tampoco de mayor validez– en un mismo plano, por ejemplo, que un proyecto de viaje en moto al Japón o un caso de vocación religiosa.

Que Lucía se negara, sin ir más lejos, a salir con alguien que tuviese pareja, a robar el hombre a nadie, casados o no casados, eso era lo de menos. Con gente como Camilo, sí: igualmente libres ambos, de igual a igual; Lucía, en definitiva, no era precisamente una estrecha. Pero eso de romper la unidad de una pareja, con el resultado seguro de que el sufrimiento de alguien estaba en juego, lo dejaba para personas tipo Marina o Irenita, la Princesa Roja.

O como las juergas colectivas, algo que no le apetecía en absoluto; los partouze, las camas redondas, los ménages a tres, y todo eso. Como tampoco los jueguecitos homosexuales y demás. No por prejuicio ni porque tuviera nada en contra de esta clase de prácticas, ni de las lésbicas, ni de que cada cual hiciese lo que le diera la gana. Simplemente que a ella no le apetecía.

Si a eso se le quería llamar tener principios, de acuerdo. Y no veía qué pudiese haber de malo en eso. En última instancia, todo el mundo tenía sus principios, los llamaran o no de esta forma. La misma Charlotte, con su estricto sentido de la amistad, por mucho que a veces pareciera que le faltaba un tornillo. Pero Charlotte no fallaba. Los amigos, para ella, estaban por encima de todo. Y aunque con frecuencia se cabrease con ella, Lucía confiaba plenamente en Charlotte, en su sentido de la amistad, en que podía contar con ella para lo que fuera.

Un aspecto, cuando menos, en el que ambas se parecían mucho. Pues una cosa, por ejemplo, era que Lucía se considerase prácticamente desvinculada de Luis, que sus relaciones amorosas se hubieran tensado hasta un punto de ruptura, y otra, muy diferente, que se sintiera desvinculada de él por completo, que no quedase lugar para un amplio y profundo campo amistoso, acaso más rico que cuando estaban unidos por una relación eminentemente erótica. La

amistad continuaba. Seguir siendo confidentes, ayudarse, ayudarle en la medida en que sabía que iba a ser ayudada.

Para empezar, Lucía había sido fiel a Luis en todo momento. Lo último que de ella podía decirse era que hubiera engañado a Luis con algún amigo común. Camilo y ella, por ejemplo, se habían conocido tras la partida de Luis. Camilo y Luis no se conocían. Lo de Camilo y ella fue una historia limpia, sin engaños ni traiciones, sin víctimas, sin ninguna clase de premeditación, la consecuencia, poco menos que fortuita, de una serie de factores imponderables de diversa índole: que así Lucía como Camilo se hubieran quedado en París por Navidad, que Charlotte y ellos se tomaran copas y copas de calvados hasta que cerraron l'Alouette, que, luego, él las acompañase a tomar un último calvados en su habitación, que Charlotte les dejara solos, etcétera. Aparte, claro está, de la mutua atracción que experimentaban, una inequívoca atracción que Lucía pudo captar prácticamente desde que se conocieron. Una atracción que Camilo terminó por expresar aquella noche del modo más explícito –los tres aún en l'Alouette– mientras Lucía, con toda inocencia, apuraba una copa de calvados pasando la lengua por todo alrededor del borde, y entonces él le dijo, quieta, Lucita, que si sigues así te vas a creer que la mesa se levanta sola.

De hecho, lo que más impresionó a Lucía de su aventura con Camilo fue que se hubiera iniciado igual que un sueño que tuvo años atrás y que, por algún motivo incierto, quedó especialmente grabado en su memoria: ella estaba sentada en una silla y, de pronto, alguien la abrazaba por la espalda y la besaba por encima del hombro. Ni Luis ni Camilo: alguien cuya cara no podía recordar, pero que hizo, que hicieron, exactamente lo que Camilo y ella hicieran la primera noche, cuando Charlotte la dejó en la estacada.

No obstante, la relación amorosa es materia sutil por excelencia y, como tal, especialmente sujeta al influjo de los contratiempos, de los equívocos, de los defectos de entendimiento, especialmente vulnerable a sus consecuencias el grado de afinidad en un principio establecido. Así, por poner un ejemplo, estaba bien claro que Lucía no abrigaba ninguna clase de prejuicios, y creía haberlo demostrado de sobras. Pero tampoco era del todo normal que Camilo, la mitad de las veces o casi, prefiriese hacerlo por el trasero. Desde el primer día: deslizando alternativamente la punta de su sexo de delante a atrás y de detrás a delante, humedeciendo paulatinamente el camino, abriéndose paso. Luego explicó que en Cuba era muy frecuente hacer eso, y Lucía dijo que ella no lo había hecho nunca, pero que le parecía bien. Y, efectivamente, nada tenía en contra de esa clase de cosas. Sólo que no era para que Camilo ni nadie lo tomase por sistema. Para una mujer, al menos para Lucía, la sensación era muy diferente de la que se experimentaba haciéndolo de la otra forma; completamente diferente.

Tal vez fuese cierto que en Cuba hacían eso desde chicos para que ellas no perdieran la virginidad. Pero ni ellos estaban en Cuba ni tampoco eran ya tan chicos. Y esa obsesión que tenía Camilo con el trasero llegaba a ser excesiva. Una verdadera manía.

También la irritaba que la llamase Lucita, Lusita, como él pronunciaba; la primera vez, además, entendió Luisita y creyó que se estaba coñeando de Luis. Y lo que no soportaba, sobre todo, era que la sermonease. ¿Con qué derecho se permitía Camilo hablarle como si fuese, no ya su marido, sino su padre? ¡Valiente padrazo!

Todo lo que tuvo de divertido el viaje a Sète, tanto a la ida como a la vuelta –especialmente a la vuelta–, lo tuvo de triste su estancia allí, a partir del momento en que llegó Luis. La exaltación le entró incluso antes de salir, no bien tomó la decisión de acudir con Charlotte a la cita propuesta por Luis. La primera medida fue saltar de la cama y transformar el absurdo anagrama L + L = Loving, que había pintado en la pared durante la estancia de Luis, en L + L = Loló. También le hubiera gustado devolver a Luis aquel dichoso libro, pero, a última hora, se le olvidó recogerlo.

Durante el viaje, Charlotte y ella se tomaron unos cuantos calvados en el vagón restorán y bromearon con otros pasajeros, con los camareros y revisores, haciéndose pasar por inglesas. Hablar inglés entre ellas era una costumbre que, por algún motivo indeterminado, quedó espontáneamente establecida desde que se conocieron en l'Alouette. Las dos lo hablaban con la misma naturalidad que su propia lengua, por supuesto. Pero quizás entró en juego, asimismo, cierta dosis de complicidad: el placer de intercambiar rápidos comentarios sin que el resto de los presentes supiera ni de qué estaban hablando.

En Sète, a decir verdad, no toda la culpa fue de Luis. También los pensamientos de Lucía y sus involuntarias rememoranzas contribuyeron al fracaso: lo diferente que era todo, lo diferente que todo hubiera podido ser de no haber entrado en escena la Princesa Roja. Por eso, cuando Luis le preguntó, como de pasada, qué tal le iba por París, ella dijo que muy bien. El único problema, le dijo, era que no le apetecía ningún hombre. Y eso, aunque ya no era cierto, lo fue en otra época, al principio de sus relaciones: ni le apetecían ni podían apetecerle, ya que una mujer enamorada es una mujer inevitablemente fiel a su hombre, una mujer para la cual es como si no existiera el resto de los hombres. Si se acostó con él, con Luis, cuando se conocieron, siendo medio novia de Javier, fue, precisamente, porque su hombre era Luis y no Javier, porque a quien

amaba no era a Javier sino a Luis. Y todo eso estaba implícito en su respuesta a la pregunta de Luis; lo había dicho sin especial énfasis, como desinteresada por el tema. Luis meneó la cabeza: tenía aspecto entristecido. Justo el estado de ánimo, claro está, que ella se proponía provocar.

Pero también a ella, mientras paseaba con Luis a lo largo de los canales, contemplando los movimientos de las gaviotas, la entristeció, sí, también a ella, el recuerdo de sus comienzos. Entonces Luis salía con otra, a la que acabó dejando. Lucía nunca logró sonsacarle más detalles, ni tan siquiera el nombre. Luis decía que no le gustaban esta clase de confidencias, y tal vez fuese verdad, ya que, a diferencia de lo que es costumbre entre la mayor parte de los hombres cuando se juntan, no era de los que se jactan de conquistas y aventuras, ni se atribuía fantasías eróticas, ni personalizaba jamás en sus teorizaciones sexuales. La incertidumbre, sin embargo, persistía insoportable: no saber, no estar segura de si Luis había dejado realmente a la otra o, por el contrario, continuaba a la par que con Lucía, paralelamente; si no iba a resultar que la otra, la innominada, era ni más ni menos que la Princesa Roja; si ella, Lucía, no estaba representando el papel que teóricamente correspondía a la otra, el del amor episódico; si el verdadero amor de Luis no era, en consecuencia, la Princesa Roja, la puta.

La necesidad de despejar tales dudas, junto con la imposibilidad de entrar en algo tan recóndito como son los sentimientos de una persona, fueron los dos encontrados motivos que más pesaron en la decisión de irse a estudiar Bellas Artes a París. Que el alejamiento esclareciera la situación, empezando por sus propios sentimientos al respecto. Que el deseo, potenciado por la distancia, obligase a Luis a definirse, a decantarse por ella sin reservas, o a dejarlo correr. Que Luis comprendiera que era él a quien le tocaba elegir; que, con una mujer que tomaba sin vacilar semejantes determinaciones, su separación temporal bien podía convertirse en definitiva. Que acabara por pedirle que volviese con él, a Barcelona, a vivir juntos, que es como deben vivir las personas que se aman, que quieren compartir sus vidas. Juntos y no separados, cada uno en su casa, como habían estado viéndose hasta entonces, amándose poco menos que clandestinamente, inventando excusas para volver tarde, para dormir fuera, para escaparse un fin de semana. Sordideces que tan sólo la añoranza característica de toda visión retrospectiva podían hacerle sentir ahora que, no obstante, aquellos comienzos con Luis en Barcelona constituían acaso la época más feliz de su vida.

Ahora, hasta el principio de su estancia en París lo veía con nostalgia. En octubre, mientras esperaba a Luis, cuando la inminencia de su llegada parecía dinamizarla y darle aliento en todos sus actos,

como si adivinase que la semana de amor que les aguardaba iba a representar, en efecto, el punto culminante de sus relaciones. Todo, en el recuerdo, parecía tocado de un irrepetible sabor a vitalidad juvenil, similar, por esa misma calidad irrepetible de la experiencia, a la encantada disposición con que el adolescente va descubriendo el mundo de cada día; así, su búsqueda de una habitación, su primera clase, su entrada en el grupo de l'Alouette a través de Jacques y Gina y otros compañeros de curso.

Alejandro le fue presentado directamente por Jaime; era amigo personal de Luis y compañero así de estudios como de militancia, y acababa de llegar de Barcelona, escapado por los pelos de una caída. Aunque el partido le había encontrado una casa y provisto de lo suficiente para vivir, se notaba que no le sobraba ni un franco, así que Lucía le invitó a comer bien de vez en cuando, y a cafés y al cine, hasta que empezó a recibir dinero de su familia. Una familia, por lo visto, forrada de millones, pero comprensiva hasta el punto de considerar una buena inversión el que uno de los hijos les saliera comunista; por lo que pudiera suceder, de cara al futuro.

A Charlotte, que tampoco reconocía estar pasando apuros, le ofreció compartir su habitación en tanto que su olvidadizo padre, el banquero ginebrino, no cayera en la cuenta de que tenía una hija, y le mandara de golpe una cantidad tal como para que, perdida toda noción de realidad, ella se lo gastase de inmediato en las mayores extravagancias. Un mecanismo que Lucía conocía a la perfección, ya que a ella le pasaba tres cuartos de lo mismo. Sólo que, en Lucía, sobre su generosidad de carácter incidía, además, ese peculiar estado de ánimo propio de la persona que, ansiando integrarse en un determinado grupo, ofrece cuanto tiene a cambio de ser admitida, aceptada como miembro con pleno derecho de ese grupo, contarse entre ellos como uno más, compartir de compañero a compañero sus problemas, los vaivenes de su vida cotidiana. Una experiencia que no podía acabar más que con la decepcionante comprobación de que aquel espíritu del todo para todos que informaba al grupo gozaba de especial popularidad entre quienes nada tenían que compartir o, como en el caso de Jacques, que aparentaba no tenerlo.

Curiosamente, al igual que en Barcelona, todo el mundo parecía considerar a Lucía más rica de lo que realmente era. Un prestigio que, en Barcelona, se fundaba más en el pasado de la familia que en el presente, ya que, si bien podían permitirse el lujo de costearle los estudios en París, su posición económica real andaba muy por debajo de las apariencias. El que la gente todavía se engañase al respecto era debido, sin duda, al sumo cuidado que la familia ponía en conservar ese prestigio, gracias, justamente, a permitirse lujos como el de enviar una hija a estudiar Bellas Artes en París y similares ostentaciones. Y si

en París, donde el apellido no decía nada a nadie, se repetía el fenómeno, la causa no podía residir más que en el modo de ser y hasta en la apariencia exterior de Lucía. Y eso llevado a tal extremo que, cuando quiso hacerles entender que empezaba a ir justa de dinero, la mayor parte de los compañeros debieron de suponer que, como en Jacques, aquello era pura pose de hija de familia, ganas de hacerse la pobre. La única diferencia estaba en que a todo el mundo le parecía normal lo de Jacques, quizá porque decía que su padre era un cochon, mientras que en el caso de Lucía se lo tomaban a broma, equiparada o poco menos, en lo económico, a la jovencita que, en lo sexual, pretende salvaguardar su virginidad.

Se trataba, en el fondo, de un problema de mentalidad. El problema de hacer entender a un público como el de l'Alouette, donde el que no era teórico de la revolución lo era de la bohemia, que quien había llegado gastando alocadamente, invitando a unos y otros, ofreciendo todo a todos, no tenía por costumbre actuar de tal manera, sencillamente porque no era en absoluto la niña rica que ellos imaginaban. Que su comportamiento respondía, no a un hábito, sino a la conjunción de una irreflexiva tendencia a la esplendidez, con una completa falta de sentido práctico. Que lo que podía permitirse a su llegada, no podía permitírselo semanas más tarde, que lo que entonces había gastado de más era ahora dinero de menos, que una cosa iba por la otra.

Había aún otro rasgo en el carácter de Lucía cuya repercusión en el comportamiento dificultaba asimismo su plena identificación con el grupo: la abulia, o mejor, la inconstancia, esa incapacidad de persistir en lo que se está haciendo aunque lo que se hiciera, como para la mayor parte del grupo, no fuera más que pasarse horas y horas en torno a una mesa de l'Alouette. Tal capacidad de asiento fue una de las cosas que más sorprendió a Lucía desde el principio, ya que la abulia, en ella, más que por la inactividad, por la pereza de moverse, se manifestaba, muy al contrario, en su falta de continuidad en las múltiples actividades que emprendía, en el rápido arrinconamiento de las cosas que había ido comprando para llevar a la práctica, en el olvido, incluso, del propósito que la empujó a comprar gran parte de esas cosas. Una especie de abulia activa que la impulsaba a empezar asistiendo disciplinadamente a todas las clases de Bellas Artes, para ir dejando de hacerlo inmotivada y paulatinamente. Gastarse un montón de dinero en material de dibujo y modelado, diferentes clases de papel, de colores, de arcillas y yesos, que llegó apenas a utilizar. Comprarse prendas interiores la mar de divertidas, y productos de belleza, y chucherías de esas que venden por la calle. O sacarse un abono para una piscina de agua caliente a fin de mantenerse en forma, y luego cansarse, dejar de ir a la tercera o cuarta vez, llena de maricas

como estaba, y el olor a cloro, y la de infecciones y hongos y cosas así que, al parecer, se acaban cogiendo en esta clase de sitios. Cosas, en fin, que ella emprendía con toda su ilusión y cuyo resultado, si no era el previsto, tampoco tenía demasiada trascendencia. Salvo, a lo sumo, para su bolsillo.

Además, por aquellos días, no pensaba sino en la inminente llegaba de Luis. Y ahora que lo tenía a su lado, ya dormido, en el Grand Hotel de Sète, tales recuerdos no eran precisamente lo más indicado para ayudarle a conciliar el sueño.

Antes de separarse, Luis se empeñó en visitar el cementerio, a la entrada de Sète, sobre el mar: un final de lo más significativo respecto a lo que había sido aquel encuentro. Hizo mención de unos versos de Valéry, y Lucía dijo que se los sabía de memoria, no fuese a ocurrírsele dar un recital encima. Lo único que faltaba.

A la vuelta, cuando cambiaron de tren, se encontraron con que, en el que había de llevarlas a París, el vagón restorán estaba cerrado. Tanto Charlotte como Lucía habían bebido lo suyo y subieron ya un poco borrachas, buscando obstinadamente, de vagón en vagón, algún vendedor de bebidas. Finalmente, preguntaron a un revisor con el que tropezaron, y el revisor les dijo que no había a estas horas tal vendedor de bebidas. Entonces le preguntaron, siempre haciéndose las inglesas, si el agua de los lavabos era realmente no potable. El revisor les dijo que probablemente no les haría ningún daño, pero que él, en cuanto revisor, no podía aconsejárselo.

Se habían encontrado justo entre dos vagones, y el revisor había retrocedido hasta la plataforma que acababa de dejar, a fin de cederles el paso. Lucía se desabrochó unos cuantos botones de la blusa y le preguntó si no había hecho nunca el amor con una pasajera, en plena marcha. El revisor, que tenía acento español, cambió bruscamente de tono y dijo que él había hecho de todo. Pues yo no lo he hecho nunca, dijo Lucía. ¿Quiere enseñarme cómo se hace?

El revisor la metió casi con violencia en el lavabo, indicando al mismo tiempo a Charlotte que se quedase ante la puerta, como si esperase para entrar. Lucía se encontró entre los brazos del revisor, que le bajaba los sostenes, le subía las faldas, le bajaba las bragas, besándola, acariciándola. Le hizo el amor sentado en la tapa del retrete, Lucía sentada encima, o mejor, mantenida en vilo por los muslos, a pulso. Se comportó entre brutal y tierno, llamándola cielo y vida y nena, en español, preguntándole si gozaba, susurrándole al oído lindezas y obscenidades, torpemente, esas porquerías que los hombres van balbuceando hasta que han acabado.

Luego las acomodó en un compartimento de literas de segunda clase que estaba vacío, y les trajo unas cervezas. Dijo que después volvería para hacerlo con la rubia, con Charlotte. Charlotte dijo a Lucía que ella no pensaba hacer nada con aquel ogro, que le daba miedo, y se cambiaron de vagón.

Lucía fue a lavarse, a enjuagarse la boca y hacer buches. Después, ya en la litera, mientras se tomaba la cerveza, le entró una risa loca. Soy una puta, soy una puta, soy una puta, repetía una y otra vez, como estimulada no tanto por el descubrimiento de una nueva faceta de su propia personalidad, cuanto por el simple enunciado de tal descubrimiento, por su formulación verbal.

Fue precisamente entonces, mientras tomaban sus cervezas instaladas en las literas superiores del otro compartimento, cuando Charlotte tuvo que estropearlo todo al decir que le gustaba Luis, que por qué no se lo pasaba si ella ya no lo quería. Lucía, tras darle la respuesta que se merecía, le dijo que, aparte de todo, en el terreno sexual, mejor que con Luis se entendía con el revisor. Por lo demás, puedes quedarte con quien quieras, que te los regalo a todos, dijo; que si alguno de los que tenemos a mano me atrae, es Alejandro, Alejandro, sí; el que menos podía interesar a una chica como Charlotte: un misógino, un tío que odiaba a las mujeres, un homosexual que, aunque acaso nunca realizado, aunque ni tan siquiera hubiese tomado conciencia de serlo, no por ello lo era en menor grado. Pero justamente ahí estaba la gracia, el atractivo perverso: la seducción de un marica. Cosas que mujeres tan simples como Charlotte, que se van con el primero que se les pone por delante sin el más mínimo discernimiento, nunca serían capaces de comprender. Cosas que no eran para gente del montón.

Esta discusión con Charlotte –Lucía montándose más según iba hablando– la puso realmente al límite; la irresponsabilidad de Charlotte la situaba con excesiva frecuencia incluso más allá de ese límite. A veces era como para pensar que de verdad le faltaba un tornillo. Y es que, si algo había que Lucía no aguantaba, era, ni más ni menos, este tipo de conducta disparatada, irresponsable. Fuese, así pues, fruto de esta discusión con Charlotte, que tuvo la virtud de mantenerla desvelada hasta París, fuese, más bien, el resultado de una expeditiva cópula carnal realizada en un lavabo de tren con el revisor, el hecho es que, apenas llegó a casa, lo primero que hizo Lucía fue tomarse un cálido y prolongado baño de espuma, de algas marinas y otras esencias naturales.

Sería difícil decir con exactitud a cuántas fiestas y bailes de disfraces

llegaron a ir; saraos, como decía Alejandro. Difícil, sobre todo, porque en una misma noche iban de un sitio a otro, de una fiesta a otra, y unas caras se confundían con las otras. Como los lugares, como las cosas que habían pasado en cada sitio.

El baile de Bellas Artes acabó en una especie de orgía multitudinaria, con montones de gente haciendo el amor por los rincones. Y es que, desde el principio, la gracia no estaba en el baile propiamente dicho sino en aquellos sótanos donde todo el mundo se sobaba y metía mano, los tíos buscando pareja como locos, alguien a quien tirarse. Incluso Alejandro volvió a ponerse pesado. Aquello llegaba a resultar realmente fastidioso.

Lucía tuvo una discusión con Jacques, que era un verdadero marrano. Jacques se burlaba y se reía y le gritaba que ella era sólo una pequeñoburguesa llena de prejuicios, de fronteras morales y sociales que no quería ni podía romper. Le contó el último de sus descubrimientos revolucionarios: hacerse una paja completamente desnudo ante uno de esos espejos como de armario de luna que le cogen a uno de cuerpo entero, sobre un suelo de parquet, las piernas bien abiertas y el mango de un cuchillo metido en el culo; la hoja del cuchillo tenía que ser bien puntiaguda, lo más afilada posible. Con el orgasmo y siguientes contracciones, el cuchillo se desprendía, caía de punta y se clavaba en la madera, sus vibraciones a modo de resonancia de las del pene esgrimido, las del cuerpo temblequeante, como descuajeringado. Lucía le dijo que era un verdadero marrano.

De repente, se sintió muy borracha y Jacques le ayudó a llegar a su habitación y, casi sin darse cuenta, se encontró con que los dos estaban desnudos, en la cama. Como era de esperar, resultó un completo fracaso. Por parte de Lucía no había la menor premeditación, ni mucho menos predisposición. Y a Jacques, por su parte, si primero le costó lo suyo ponerse mínimamente en forma, luego, de modo imprevisible, se escurrió más rápido que un conejo; además, ni tan siquiera molestarse en buscar disculpas, como aquel tío de los sótanos de Bellas Artes, que no paraba de decir que el sitio era incómodo, que el ir y venir de la gente le inhibía, y excusas por el estilo, para justificar de alguna manera que, después de tanto rondarla, su respuesta fuese poco menos que la de un eunuco. Lo de Jacques, no cabía duda, era el mango de un cuchillo metido en el culo.

Al día siguiente, en l’Alouette, todo el mundo estaba al tanto de lo sucedido; y seguro que en la Escuela, tres cuartos de lo mismo. Jacques se había encargado de propagarlo bien, de poner a todo el mundo al corriente. Eso sí: exponiéndolo como un problema, como una preocupación moral. Diciendo que sentía mucho, por Luis, lo que había pasado; que Luis era un compañero al que apreciaba mucho, un

militante, y que estaba muy mal lo que él, Jacques, había hecho, como aprovechándose de su ausencia. Lo que pasó es que había bebido demasiado, y cuando se bebe demasiado se hace lo que nunca se hubiera hecho estando sereno. Hablaba como aquel que busca un consejo o, cuando menos, un desahogo de la mala conciencia. Planteándolo como un problema ético, como un dilema personal en el que Lucía no contaba para nada, reducida a una especie de inapreciable –es decir, despreciable– nexo de unión entre los dos protagonistas del drama: Luis y Jacques. Finalmente, como es natural, pedía a todos que no lo comentaran con nadie.

Lucía lo supo incluso antes de que le fueran con el cuento; bastaba ver la expresión de la gente al saludarla, oír el retintín de sus palabras, entre la sorpresa y la broma. Pero ella no estaba para historias, para verse convertida en noticia pasiva, y adoptó la táctica del contraataque por defensa. Contó una y otra vez la castaña de campeonato que había agarrado la víspera, la forma en que, de pronto, se había encontrado con el puerco de Jacques en la cama, intentando violarla, pretendiendo lo que estaba fuera de su alcance, del alcance de un impotente, al margen ya de que ella lo rechazara, un verdadero desastre de tío, identificable por su facultad de provocar el sueño en su ocasional víctima antes y todo de empezar. Un desastre de hombre que lo primero que debiera hacer era empezar por aprender a serlo. No, Lucía no era precisamente de las que se dejan convertir en una especie de pelota que va y viene entre los tíos, que los tíos se pasan del uno al otro.

Lo más chocante del caso fue que Camilo, a raíz de todo este chismorreo, y pretextando también una inexistente relación personal con Luis, se atrevió asimismo a censurarla, a decirle que debía procurar no dar pie a esta clase de comentarios. Que su conducta era incorrecta, impropia de la compañera de alguien que, bajo las condiciones más duras, está luchando por el socialismo, por la transformación revolucionaria de la sociedad. ¡Él! ¡Camilo, el compañero revolucionario que había sido el primero en tirársela, el negrazo cubano, el sodomita!

Lucía no pudo soportar por más tiempo tanto sermón hipócrita y le hizo saber que no se trataba sólo de Jacques, sino también de Alejandro y hasta de un revisor de tren. Aparte del propio Camilo, claro.

Lo de Alejandro fue un caso completamente distinto. No un simple incidente fortuito, sino un largo proceso que llegó a su culminación la noche en que se presentó disfrazado de Chat Botté. Porque, al menos

para Lucía, la cosa venía de mucho antes. Desde el principio, como quien dice, ya que, gracias a la actitud coñona de Alejandro, a sus ironías y sarcasmos, las relaciones entre ambos se habían mantenido en una especie de estado de pique permanente.

Pero fue aquella noche cuando estalló todo. Alejandro había empezado parodiando las frases profundas que, según él, Sergio Vidal se atribuía como propias, cuando no eran más que el producto residual de las imbecilidades que algunos ensayistas franceses con aspecto de vieja escriben sobre el erotismo. Il faut toujours violer le fait naturel y cosas así, que Alejandro repetía con esa machacona insistencia que, cuando le daba por ahí, ya no había quien le apeara del carro. Además, si pesado y latoso resultaba en general, tener que oír este tipo de sentencias, lo del fait naturel, o frasecitas como que l'essence de l'amour n'est que la souffrance, y memeces por el estilo, aquella noche le cayeron particularmente mal. Casi era como si, por algún motivo indeterminado, el contenido de tales pensamientos no fuera dirigido más que a Lucía, como si Alejandro estuviera todo el rato metiéndose con Lucía.

Camilo se había empeñado en bailar con ella, y ella no dijo que no para evitar escenas, pero, al cabo de un rato, cuando ya estaba hasta las narices, lo dejó plantado con la excusa de ir un momento al lavabo. Y entonces, Alejandro, bien porque realmente se tropezase con ella de modo casual, bien porque la hubiese estado acechando, aprovechó para preguntarle si la fiel compañera de un revolucionario debía ser más fiel al compañero o a la revolución. Y, en caso de dos revoluciones, ¿a cuál más? ¿A la española, por ejemplo, o a la cubana? Lucía, como esa torcaz que se ve interceptada por un águila real, más que irritada se sintió, sobre todo, aterrada: aquello, Alejandro no podía saberlo ni por ella ni por Camilo ni por Charlotte, la única persona, aparte de ellos dos, que estaba en antecedentes, pero que, aunque estuviese como una cabra, no era capaz de contar nada a nadie ni bajo tormento. No: aquello era el fruto de la maldita intuición de marica que tenía el marica de Alejandro, de esa especie de radar que sólo puede tener un marica. La quiso emprender a bofetadas con él, y él se le vino encima; o ella se cayó y le mordió en una mano. Se metió de por medio un montón de gente y fueron separados.

Salió a despejarse, a que le diera el aire, y Gina y alguien más la acompañaron. Charlaron un rato sentados en la escalinata, pero Lucía no escuchaba lo que los otros estaban diciendo; se sentía enfadada consigo misma, abrumada por una intensa sensación de ridículo. Al volver a entrar, Charlotte se le acercó tirando de Alejandro, para que se reconciliaran. Quiso que brindaran, y Lucía estuvo a punto de estampar su vaso contra la cara de Alejandro, pero al percatarse de su expresión, alterada no por la furia, como a primera vista pudiera

creerse, sino desencajada por la angustia, optó por hacer lo que le pedían y hasta se excusó por lo del mordisco. Alejandro dijo que él se lo había buscado, que la crueldad bien entendida empieza por uno mismo. Y todos rieron y entrechocaron también sus vasos, para terminar enlazados unos a otros en el larguísimo serpeo de una conga. Inevitablemente, el obseso de Camilo tomó posiciones a su espalda, fregoteando groseramente el miembro erecto contra su trasero hasta que Lucía pudo zafarse con la excusa de que, aquella noche, su pareja era Alejandro.

Después, en la cama, Alejandro demostró que no era, ni mucho menos, el marica que pretendía parecer. Era, eso sí, un poco torpe, como ese principiante que va siguiendo al pie de la letra una receta determinada, como ese novato que se concentra en la ejecución por tiempos de determinado ejercicio gimnástico. Es decir: como aquel que, más que por instinto, se mueve de acuerdo con su idea de lo que es complacer a una mujer, sin conseguir, en consecuencia, no ya complacerla a ella en demasía, sino, ni tan siquiera, complacerse a sí mismo. Teoría más que experiencia; el manual frente al oficio. A esa falta de maña, justamente, supuso Lucía que se estaba refiriendo cuando, al despedirse, dijo: mañana ni nos atreveremos a mirarnos a la cara.

Sólo al otro día, tras darse cuenta de que Alejandro la evitaba o poco menos, Lucía comprendió que en su actitud había razones de tipo ético que nunca hubiera sospechado en una personalidad como la suya. Aunque no hizo comentario alguno, parecía realmente afectado, como entre avergonzado y deprimido. Lucía pidió auxilio a Charlotte y, entre las dos y a fuerza de calvados, acabaron logrando remontarle el ánimo. A Charlotte y a ella les costó una nueva trompa de campeonato, pero Alejandro estuvo divertido, encantador y ocurrente como nunca.

En cualquier caso, en lo que a la personalidad de Alejandro se refiere, quedaba claro que, así como bajo su fachada de marica había un hombre normal, por lo menos sexualmente hablando, así, de igual forma, bajo su exterior cínico y mordaz, se escondía toda la riqueza potencial de un ser víctima de la soledad y el desamparo, atormentado por los conflictos que le planteaba su elevado criterio de responsabilidad moral.

Como es lógico, la mala conciencia de Alejandro no hizo sino exacerbarse cuando la caída de Luis. Vista con cierta perspectiva, lo mínimo que podía decirse de su reacción era que fue, literalmente, la de un histérico.

Al parecer, había recibido la noticia con gran serenidad. Es más: la idea de aprovechar la ocasión para montar una campaña de propaganda antifranquista, al margen de cuanto hiciera o dejase de hacer el partido, fue fundamentalmente suya. Cogió a Jaime por su cuenta y juntos fueron planificando hasta el último detalle los diversos aspectos y las diversas fases de la campaña, Jaime como sorprendido, como desbordado no ya por la avalancha de iniciativas aportadas por Alejandro, sino por su articulación en un conjunto propagandístico de efectos perfectamente calibrados y graduados; denuncia del franquismo, solidaridad con la lucha del pueblo español y todo eso. No obstante, por las razones que fueran –conociendo sus rarezas, ni merecía la pena pretender averiguarlo–, Alejandro se negó a intervenir en forma directa en la campaña, a participar personalmente, a modo de testigo, de víctima, de exiliado, portavoz natural de los millones y millones de españoles que no se hallaban en condiciones de hacerlo, de modo que fueron Lucía y Jaime quienes tuvieron que dar la cara. Desde luego, es como para pensar que Alejandro se equivocó de carrera, dijo Jaime: si hubiera hecho caso a su padre en lugar de meterse en política y líos por el estilo, que por algo son la obsesión de todos los padres, a estas alturas tendría la mejor agencia de publicidad de Barcelona.

Pero, como siempre, el principal problema con Alejandro era el propio Alejandro, su manera de ser, el carácter imprevisible de sus reacciones. Aquella noche en l'Alouette, por ejemplo, cuando Lucía, con la mejor de las intenciones, le comentó lo bien que iba todo, la recogida de firmas, los artículos y notas de prensa, las declaraciones que Jaime y ella estaban haciendo, la entrevista radiofónica que les habían hecho, todo expuesto en el tono informativo que se merece quien, aparte de amigo, era el verdadero artífice de la campaña propagandística iniciada. Y, de repente, interrumpiéndola así por las buenas, sin que mediara ninguna clase de pretexto, Alejandro la envió a hacer puñetas. Además, dijo, ¿a mí qué me cuentas? Eso es cosa tuya y de Jaime. Yo no tengo nada que ver. Lucía prefirió tomárselo sin dramatismos, con la máxima frialdad, y le dijo que si lo que le remordía la conciencia era haberse acostado con ella, la novia oficial de Luis, de su mejor amigo, detenido actualmente por azares de la clandestinidad, podía estar tranquilo; que ni para ella ni para Luis, como personas civilizadas que eran, este tipo de cosas tenían importancia. La respuesta, en último término, había sido comedida; acaso no exenta de acidez, es cierto, pero racional en su contenido y enunciada con la mayor corrección de tono. Una respuesta que, a ojos de cualquiera, aparte de brillante, era ni más ni menos lo que Alejandro se merecía. Una respuesta que, en ningún caso, justificaba que Alejandro se pusiese a gritar como un loco, ¿qué quieres decir?

¿Que lo que pasa es que estoy encoñado de Luis? Pues bien, de acuerdo: estoy encoñado de Luis. ¿Contenta?

Fue entonces cuando, de un puñetazo en la mesa, hizo saltar las copas, los ojos enfurecidos brillándole como con lágrimas, bien de origen emocional, bien simple consecuencia del alcohol en circulación. Y siguió gritando verdaderos disparates: que no fuera imbécil, que no hablara de lo que no podía entrar en su pequeño cerebro, que dejara de pensar con el coño y groserías así. En plan francamente insultante. Se levantó y se fue, aunque, por suerte, no lo bastante aprisa como para que todos los presentes se dieran cuenta de que, si no borracho, poco le faltaba. Y Jaime fue el primero en apoyarla, en reconocer que Alejandro, realizado o no como marica, lo era, en cualquier caso, desde un punto de vista sicológico: una especie de solterona histérica.

También estaban completamente de acuerdo en lo que al cenizo de Abelardo, el sevillano, se refería: en la exactitud indudable –para cualquiera que le conociese– de los datos que iban llegando respecto a su responsabilidad en la caída, al papel determinante que había jugado en cuanto al origen o eslabón inicial en la cadena de detenciones. Curiosamente, al enterarse de que su nombre andaba mezclado en la caída, tanto Lucía como Jaime tuvieron el mismo presentimiento, si bien no se atrevieron a confiárselo el uno al otro hasta que los informes recibidos, con todo y no esclarecer suficientemente los hechos, lo hicieron evidente. En cierto modo, se sentían culpables por haber callado, por no haber tenido los cojones como para exponer claramente la opinión que aquel sujeto, sevillano, valenciano o de donde fuera, les merecía. Una responsabilidad subsidiaria que alcanzaba, por otra parte, al propio Luis. Ya que si Jaime no se atrevió a decir a su tiempo que la actitud de echao p'alante de Abelardo le parecía pura fanfarronada, y Lucía –llevada de una compasión mal entendida– prefirió guardarse el juicio que se había formado acerca de la catadura moral de Abelardo, tampoco Luis quedaba libre de culpa. Apurando mucho, y por doloroso y paradójico que resultase, Luis podía incluso ser considerado el principal responsable, ya que, conociendo de sobras al cenizo de Abelardo, habiendo sido el primero en observar que su entrada en el partido era producto de motivaciones escatológicas, no se opuso con la firmeza debida a que se integrase en la organización de Barcelona, absteniéndose de proponer que, conforme a las más elementales normas de prudencia y como era de razón, se integrase a lo sumo en la organización de su ciudad natal, Sevilla, Valencia o la que fuera.

Pues no había que ser un lince para darse cuenta de que, si Abelardo no se volvía a su Valencia o a su Sevilla, era por algo. Vamos, que su caso no era el de un militante sano. Que Abelardo era

uno de esos que entran en el partido por motivos personales, no por motivos objetivos; que era el ejemplo típico del militante que hubiera hecho mejor sicoanalizándose antes de adoptar semejante decisión.

Lucía lo vio aún más claro desde aquella noche en que Abelardo la siguió hasta su habitación contándole cosas tristes, problemas propios de un desgraciado, que es lo que Abelardo era en definitiva: un desgraciado. Tuvo que acabar expulsándolo a cajas destempladas, aunque sin poder evitar que se le llevara los libros que quiso, La Batalla del Puente Milvio entre otros, una novela, por otra parte, cuya lectura ella no hubiera concluido jamás; uno de esos libros que acaban cansando a fuerza de sacarle punta a todo.

Un enfermo, lo que se dice un enfermo: éste era, en lo fundamental, el problema de Abelardo. Un fantasioso, un mitómano, uno de esos hombres a los que no se podía conceder el más mínimo crédito. A los que no había que creer una sola palabra de cuantas historias pudieran llegar a inventar. Historias que ni merecía la pena perder el tiempo escuchándolas.

Tras esta clase de conflictos y escenas, francamente desagradables, el trato de una persona como Sergio Vidal suponía un verdadero descanso. Y no sólo por la persona en sí, un caballero de verdad, culto, ingenioso y educado, sino por el ambiente en el que se desarrollaba su vida, y que no era sino irradiación de esa persona, aura que se expandía. Un ambiente distendido, elegante y lleno de esprit, que sólo un cabeza cuadrada, uno de esos tipos obtusos, esquemáticos y con obsesiones igualitarias, podía llegar a pensar que tenía algo que ver con el dinero, como si con dinero pudieran adquirirse cualidades de este género.

Se habían encontrado casualmente en la terraza de Aux Deux Magots. Fue Sergio Vidal quien, incorporándose en su asiento, llamó a Lucía, que ya pasaba de largo sin siquiera haberle visto, Sergio dijo que tenía una cita, pero la invitó a tomar una copa en su compañía en tanto aguardaban al posible cliente, uno de esos magnates con minas en Bolivia y cosas así. Estuvo cordial y divertido, y cuando llegó el magnate, un indiazo sin remedio, la invitó a almorzar cualquier día en el campo, fuera de París. Esta insistencia en invitarla, al poco de haberse visto con motivo de la recogida de firmas, pasaba ya del mero gesto cortés de un hombre de mundo, de modo que Lucía resolvió aceptar y quedaron para el próximo miércoles. Ni ella ni él hicieron mención de sus pasadas diferencias ni, menos aún, se pronunció el nombre de Marina.

El miércoles, Sergio la llevó en su Jaguar a uno de esos espléndidos

restorantes de campo que hay en Francia, un sitio encantador con mesas al aire libre, al sol, bajo un emparrado –en esa época sin hojas– de rosales y vides, cerca de Chantilly. Después de comer, se dieron una vuelta por los jardines del palacio, donde Sergio le hizo comprender que ni su diseño ni su composición respondían en modo alguno a los caprichos geométricos y al perspectivismo absolutista propios del régimen monárquico, como pretendían la mayor parte de los compañeros de Bellas Artes. A medio paseo fueron sorprendidos por un chaparrón tan repentino y virulento que, cuando llegaron al coche, estaban empapados como bayetas. Sergio la llevó directamente a su casa de Montmartre y le hizo tomar un baño de agua hirviendo o poco menos, que le quitó radicalmente la tiritera. Luego, para acabar de reaccionar, al calor de la chimenea, bebieron unas copas de aquel famoso aguardiente que Marina solía ofrecerles cuando actuaba como ama y señora de casa de Sergio.

A partir de aquel día siguieron viéndose de vez en cuando, por lo general en compañía de Gina. Lucía no había tardado en advertir que Sergio manifestaba un especial interés por ella, o que, cuando menos, la recordaba con especial afecto. En otras palabras: era evidente que Sergio estaba buscando a Gina, y que Gina, harta también de tanta bohemia apolillada, se encontraba a gusto con él, en aquella casa de Montmartre. Y que Lucía, acompañándoles al principio, contribuyó decisivamente a unirlos. Pero ¿y qué tenía eso de malo? ¿Se puede considerar alcahueta a la persona que contribuye al encuentro de dos seres que se aman?

Lo seguro era que a Gina –tontita, pero buena chica– le convenía más, con mucho, un hombre como Sergio que un tío como Jacques. A fin de cuentas, Gina y Lucía procedían del mismo medio social y habían sido educadas en similares circunstancias, no en vano Milán es considerada la Barcelona de Italia o viceversa. Y, sin lugar a dudas, era tan sensible como Lucía a cuanto de familiar se hallaba en un ambiente como el de Sergio, al igual que a cuanto distingue ese ambiente del que podía ofrecerles Jacques, el bohemio. Un Jacques que, por otra parte, pertenecía a la misma clase social que Gina, Sergio y Lucía. La diferencia estaba en que Jacques era una especie de subnormal revolucionario y Sergio, por ejemplo, no. Y en lo que a perversiones sexuales se refiere, lo más probable era que las de Sergio, cuando menos, no fueran de consecuencias tan frustrantes como las de Jacques, las del onanista de Jacques.

Si hubiera que resumir en una sola palabra lo que estaba sucediendo con el grupo de l’Alouette, esa palabra no podía ser otra que

descomposición; descomposición del grupo considerado en su conjunto y descomposición moral progresiva de sus miembros considerados aisladamente, como amigos o hasta como simples compañeros.

Era, no sé, como si todos hubieran cambiado en pocos meses, dijo Lucía; casi como si no fueran las mismas personas, como si fueran otras. No estaba muy segura de que Charlotte hubiera entendido su razonamiento, aunque con su silencio y aquellos ojos de pájaro que se le ponían a veces, como a su padre, el ginebrino loco, más bien pareciese asentir. En todo caso era evidente que el problema no le apasionaba. Pero, para Lucía, era poco menos que una necesidad comentarlo con alguien.

Gina, por ejemplo, con todo y ser una buena chica, era, pues eso, poquita cosa. Una niña bien de Milán, con mala conciencia, con una especie de absurdo complejo de culpa por su origen burgués, que tendía a compensar encanallándose, dejándose arrastrar por el primer chulo moral –además de económico– que se cruzase en su camino, aceptando sin rechistar las teorizaciones de turno, fuesen las de Danilo Dolci, fuesen los radicalismos ultraizquierdistas de un detritus humano como Jacques, el onanista.

O Marina: una completa mitómana como bien adivinó Alejandro, y una cínica que por fuerza tenía que acabar mal. Porque lo que más rabia le daba a Lucía era que le hubiese tomado el pelo, que hubiese abusado de su buena fe, que cuando todo el mundo estaba al cabo de la calle en lo de los cuernos que Marina le estaba poniendo a Sergio con Jaime, ella, Lucía, anduviera como recién caída del nido; que, de entre todos los del grupo, ella hubiera sido la última en enterarse. Y cosas como ésta son de las que no se perdonan. Y tanto más cuanto que Marina, tras su ruptura con Jaime, aún tenía la cara de explicar su relación con Jacques, el onanista, diciendo que se sentía poseída de una decidida vocación jacobea: Jacques, Jaime, Giacomo, Santiago, y así siguiendo hasta tenerlos coleccionados a todos. Ahora me explico lo del Camino de Santiago, dijo: los peregrinos eran gente que tenía las mismas chifladuras que yo. Y sonrió con esa mansedumbre pretendidamente eslava que si antes, cuando gozaba del standing que le ofrecía la convivencia con Sergio, era más bien uno de sus atractivos, ahora, cada vez más dejada, le daba una expresión, no sé, como de pordiosera.

¿Y los hombres? ¿Qué hubiera podido decirle Charlotte de los hombres, caso de interesarle el tema y de no estar a veces ella misma, al menos en apariencia, como una cabra? ¿De Alejandro, un rato raro pero el mejor, a fin de cuentas, fuese o no fuese realmente un marica? O de Jaime: buen tipo, sí, pero mediocre, de cortos vuelos, uno de esos comunistas de cabeza cuadrada. Porque, lo que es Jacques, ni

valía la pena hablar; o hablar ya en plan de cotilleo, detalles de esos que Gina estaba capacitada como nadie para ir contando.

Ahora, eso sí: al que no podía tragar ni en pintura era a Camilo, aquel sodomita barrigudo que no había hecho sino engordar desde que llegó de Cuba, un síntoma, por otra parte, de que por allá, con la revolución y todo eso, las cosas no iban tan bien como se decía. Además, en última instancia –y en esto Alejandro tenía toda la razón–, ¿qué había sido la revolución cubana comparada con la guerra civil española? ¿Que en España, ahora, la policía torturaba para obtener información, para divertirse con el prisionero antes de liquidarlo? Pues esto no demostraba sino que en Cuba eran unos salvajes. Y en lo que a violencia y dureza de la lucha se refiere, también en esto Alejandro tenía razón: en toda la revolución cubana había habido menos muertos que a consecuencia de los cuatro días de combates entre anarquistas y comunistas en Barcelona, en mayo del 37, mientras en el frente unos y otros luchaban codo a codo contra las tropas de Franco. Como igualmente tenía razón en lo de que, si Franco seguía teniendo el pueblo español en un puño después de tantos años, esto era debido al exterminio sistemático, a los cientos y cientos de miles de fusilados con los que Franco, acabada la guerra civil, aprovechando la impunidad que le brindaba un favorable contexto internacional, castró las ínfulas revolucionarias de toda una generación en el curso de los tenebrosos años cuarenta.

Y como Camilo, la mayor parte de los compañeros de l'Alouette, falsos bohemios y falsos revolucionarios, hijos de papá a los que les ha entrado esa manía de acabar con la opresión o la represión o como quiera que se diga. Lucía miró en derredor, de mesa en mesa; apuró su calvados casi con violencia. No la mayor parte, rectificó: todos.

Claro que ella también se había endurecido. Ahora también ella sabía gastar su mala leche. Pidió otro calvados y contó a Gina su historia con el valenciano, uno de esos que, al verse en sitios como l'Alouette, utilizan su militancia política como señuelo para encontrar plan. El típico pelmazo que, conforme llega la hora de irse a la cama, se va poniendo más pesado, más sobón, más viscoso. Hasta que Lucía se hartó y le dijo: ¿quieres subir? Pues venga, sube. Y una vez arriba, no bien cerró la puerta: vamos, desnúdate. ¿No querías acostarte conmigo? Pues anda, rápido, ¿qué esperas? Y entonces él quiso besarla y abrazarla y todo eso, como para crear cierto clima, pero ella se lo iba sacudiendo mientras se desnudaba por sí misma, aparte. Quita, le decía, déjate de preámbulos: al asunto. Y el otro, ya en pelotas y sin empalmar, aguardaba de pie junto a la cama, como sin saber qué hacer, Lucía diciéndole, oye, pero ¿qué te pasa? ¿Que no puedes o qué? Y, efectivamente, el valenciano o lo que sea no podía nada de nada y se tuvo que largar como un perro con el rabo entre las piernas.

Casi de pena.

Poder hablar con alguien, poder contar las cosas y hacer comentarios sobre la gente, más que un simple desahogo contra esa gente, contra el ambiente que la rodeaba, era como situarse por encima, como verlo todo desde fuera, como si, a medida que hablaba, todo aquello dejase de atañerla, como si, en cierto modo, ese mundo en que se hallaba metida quedase anulado. Un fenómeno muy similar al que igualmente impulsaba a Lucía a exponer sus proyectos ante terceros, a detallarlos y desarrollarlos de tal forma que, formulándolos, llegaba a experimentar la sensación de que los iba a hacer, casi de que ya los había hecho y, en definitiva, era como quedar excusada de hacerlos, asunto concluido y a otra cosa, bajo el acicate de cualquier nueva iniciativa, dejar de fumar, beber menos, no alargar tanto de noche, y cosas así.

Piensa, Gina, que el dinero, a mi modo de ver, y lo digo sinceramente, dijo Lucía, no es la felicidad. Para mí, fundamentalmente, al revés de lo que suele decirse, el dinero es tiempo; tiempo que ganas, que te ahorras, dejando de hacer cosas desagradables o inútiles que otros hacen por ti, y que te permiten hacer lo que tú quieras hacer. Es como ganar años de vida, como ganar horas y horas desperdiciadas en sueño. Y también, por qué negarlo, es un poder extraordinario que tienes sobre personas y cosas. Un poder que una mujer inteligente igual puede obtener sin dinero, si bien el dinero, así como en general supone un ahorro de tiempo, en este caso concreto supone un ahorro de energía. Lo que menos me importa, te lo juro, es poseer, atesorar, y demás cualidades retentivas del dinero; lo verdaderamente importante, al menos para mí, es poder gastar en cualquier momento lo que haga falta para conseguir lo que en ese momento yo necesite. Frivolitée? Okay. Pero, entonces, lo frívolo es lo único serio.

Lo que pasa, Gina, es que llegar a entender estas cosas es todo un proceso y un esfuerzo. Darse cuenta de que ni los amigos de l'Alouette son lo que nos parecieron cuando éramos unas pobres chicas recién llegadas, unas bobas, unas infelices, requiere un verdadero esfuerzo. Comprender, por ejemplo, que el que una no sea una intelectual –si es que podemos llamar así a estos tíos sin ofender a los verdaderos intelectuales– no significa que no sea inteligente. O que lo que a ti y a mí nos pasa en el fondo, que los intelectuales nos aburren, que preferimos hablar con gente normal y corriente, camareros, dependientes de comercio, putas, lo que sea, no sé, gente de la calle, no tiene nada de raro; que los raros, en todo caso, son ellos, los intelectuales, los que se autoconsideran intelectuales, tíos incapaces de

hablar ni siquiera un minuto con esta clase de gente a la que no saben qué decir, con la que no saben de qué hablar, por mucho que digan que son de izquierdas y que están con el pueblo y todo eso. Te juro, Gina, que muchas veces, al oírles hablar, me sentía tonta, poco menos que subnormal, hasta que comprendí que los tontos, los subnormales, eran ellos.

Gina y Lucía se vieron por última vez en el aeropuerto de Orly. Charlotte dijo que tenía que hacer algo –cualquier extravagancia– y la única que se ofreció a acompañarla hasta el aeropuerto fue Gina. Claro que, tratándose de Charlotte, igual era sólo una de sus salidas, una de sus tretas para rehuir toda clase de situaciones que predispusieran al sentimentalismo.

En Barcelona, Javier la estaba esperando en El Prat, y la llevó directamente a su casa, un gran ático con piscina y terrazas en Pedralbes. Pero, teóricamente, para su familia, Lucía no llegó hasta veinticuatro horas más tarde. La noticia de que se iba a casar con Javier, por encima de la natural sorpresa, provocó en casa una inmensa y explicable reacción de júbilo.

VI

Tres o cuatro veces a la semana de salir por ahí de noche es lo máximo que, normalmente, se puede resistir. Y, mientras duró el carnaval, salieron cada noche; de modo que, al no disponer siquiera de ese día libre intercalado entre vez y vez, cuando el carnaval llegó a su término, estaban todos –al menos Lucía lo estaba– completamente agotados. No era sólo el hecho de pasarse la noche entera de aquí para allá, el cansancio y la falta de sueño; lo peor era lo que inevitablemente se bebía y, más aún, lo que se llegaba a fumar, cigarrillo tras cigarrillo. La resaca de este alcohol y de esta nicotina al día siguiente, el dolor de cabeza, y esa sensación como de asco que únicamente se iba al empezar a beber y a fumar para poder volver a salir, para entonarse lo suficiente como para tener fuerzas para poder volver a salir.

Eso sí: había que reconocer que hizo todas las locuras que le vino en gana. But, is there anything wrong in it? En definitiva, una tiene que hacer lo que le gusta hacer, y la única forma de saber qué es exactamente lo que a una le gusta hacer es probarlo todo primero. Son cosas sobre las que resulta imposible pronunciarse hasta que las has hecho, hasta que las has probado. Y si das un no de antemano, quiere decir, no ya que tienes prejuicios, sino que, inconscientemente, estás temiendo el sí, su atracción sobre ti. Para la gente, piensen como piensen, hay siempre una norma moral a la que debes adecuar tu conducta. Yo, en cambio, pienso que es la moral la que se debe acomodar a ti, a tus gustos, a tu manera de ser. Cualquier otra norma de conducta supone la aceptación de algo que es ajeno a ti, algo que se te impone desde fuera, que beneficia vete a saber a quién; no a ti, desde luego.

Hablaron de los hombres, de sus torpezas, de sus manías. Charlotte dijo que ella los prefería románticos. De esos con problemas, que tienen problemas y te los cuentan: la mujer, por ejemplo, si están casados; un ser que no les comprende en absoluto, con el que nada tienen en común, el gran error de su vida. Pero están los hijos, unos hijos a los que quieren mucho porque son igual que ellos cuando eran niños, y por eso no envían el matrimonio a hacer puñetas, para no traumatizarles y todo eso. O los hombres que vivieron un gran amor cuyo rescoldo todavía persiste y, aunque imposible o frustrado, buscan la imagen de la amada dondequiera que se encuentren, o la imagen de la amada les persigue y creen verla por todas partes, hagan lo que hagan. O los homosexuales que quieren rehacerse, que no están

esperando sino a la mujer que les salve, que les haga caso y les dé el cariño que les daba su madre. O los que saben, a fuerza de experiencia, lo que es una aventura, y por eso mismo no quieren herirte, conocen demasiado bien las dolorosas consecuencias del amor, lo fácil que prende, las cenizas que luego quedan; saben que lo mejor es guardar el buen recuerdo de lo que pudo ser una maravillosa aventura. Y entonces no se te joden: so they don't fuck at all. No se acuestan contigo aunque estén a punto de hacerlo, y así es mejor para todos.

Lucía dijo que a ella le daba lo mismo que fuesen de una forma o de otra: ella los trataba como le daba la gana, con independencia de si eran así o asá, según le cayera el tipo, según le conviniese a ella. Incluso había descubierto que, de cara a los hombres, lo mejor era hacerse la frígida en general y, encima, decírselo a cada uno en particular, tratarles despectivamente; eso la situaba en posición de superioridad, y el que perdía el culo era el tío en sus esfuerzos por conseguir algo, por hacerla cambiar de criterio, por salvarse de la quema al menos él. Y es que, en general, la única manera de que le hiciesen caso a una era no hacer caso a nadie. Con Charlotte, sí; Charlotte era una persona con la que podía hablar y comportarse con naturalidad, tal cual, conforme a su modo de ser. Se conocían, se entendían, sabía que podía confiar en ella. Pero no con los demás. Con los demás se había endurecido, no menos con las mujeres que con los hombres: ahora sabía cómo tratarles. No eran sólo los otros quienes parecían haber cambiado desde que llegó a París, en otoño; también ella había cambiado.

El rapapolvo que le pegó a Marina, por ejemplo, la noche en que ésta tuvo la ocurrencia de acercársele otra vez con sus problemas y sus historias. El modo casi brutal de enfrentarla a la realidad como si la enfrentase a un espejo; el corte, la sacudida que debió significar para Marina. No seas mitómana, le dijo Lucía; deja de vivir en las nubes. No me vuelvas con tus cuentos, que la única persona a la que engañas es a ti misma. ¿Te crees que alguien puede llegar a creerse tus historias de príncipes rusos y de palacios en Samarcanda y de criados chinos decapitados? Los tíos te dirán que sí, que sí. Pero ni te creen ni les importa, en el fondo, creerte o no creerte. Lo que les importa de veras es acostarse contigo, lo que hagas en la cama. El resto, para ellos, tendrá valor o no lo tendrá en función de lo que hagas en la cama. Y ten en cuenta, estúpida, que el tiempo juega en tu contra, que cuentes lo que cuentes, a los hombres, el argumento les va a interesar un poco menos cada año. Que tu capacidad de fabulación, que tu credibilidad, dependen, en última instancia, de tu físico, de tu aplicación en la cama, de tus aptitudes eróticas, del gusto que seas capaz de darles. ¿Comprendes? ¿O no lo comprendes?

A veces, eso sí, dijo Lucía, valía la pena hacer un poco de comedia: cuando ese poco de comedia tenía sus compensaciones. Como con Javier, que la llevaba a todas partes, que la trataba como a una reina. Es decir: un poco de comedia, pero sólo cuando lo que se lograba, lo que se resolvía, inclinaba la balanza en beneficio de una. Y, ni que decir tiene, siempre sin excederse.

Se dice que hay experiencias que marcan la vida de una persona, que fijan decisivamente el rumbo que ha de tomar a partir de entonces. Pues bien: las experiencias vividas por Lucía en el curso de los últimos meses eran tantas y de signo tan diverso, que ni con varias vidas le hubiera sido posible llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Su misma relación con Charlotte, sin ir más lejos. Un tipo de relación no enteramente nueva, es cierto, como era lógico en quien como ella, de niña, había estudiado interna en un colegio de monjas. Claro que ahora, ni Charlotte ni ella eran ya precisamente unas niñas.

Lucía cayó en la cuenta de lo que pasaba a los pocos días de invitar a Charlotte a compartir la habitación que había alquilado, antes de prestarse a posar de modelo para sus fotos, casi desde la primera noche; bastaba percatarse de cómo la miraba cuando se desnudaba. Charlotte se desvestía con rapidez y, tendida sobre la cama, como con pereza de ponerse el pijama, no le quitaba el ojo de encima mientras ella se iba desnudando sin exhibicionismos gratuitos, pero también sin recatos tontos, con naturalidad. Y justamente por eso, por el descaro con que Charlotte la contemplaba, para darle una lección, Lucía decidió hacerlo con calma, por partes: los zapatos, los calcetines, el jersey, los pantalones, los sujetadores, las braguitas, conforme a un orden eminentemente estético. A veces, de tres cuartos, casi como dándole la espalda. O como medio cubriéndose con el camisón, como con vergüenza. Y, al mismo tiempo, como distraída por la charla que mantenían, alargando el tránsito entre una y otra fase, enriqueciendo tales intermedios con un estudiado dominio de actitudes y posturas, de expresiones, de gestos. Así, no ya tenderse de lado sobre la cama, medio tapándose los pechos que asomaban colgantes por el escote desabotonado del camisón, mientras reía cualquier broma más o menos improvisada; o moverse por la habitación manteniendo el ángulo adecuado para que su figura adquiriese matizados relieves a ojos de alguien que la contemplara desde la cama; o, de nuevo tendida, con la proximidad de quien hace una confidencia, dejar que, tras un impremeditado movimiento, los pliegues del camisón se abriesen descuidados sobre los muslos juntos, sobre el pubis. No: no ya eso, sino, incluso, determinadas maneras de reír, de fumar, de

mirar.

Una de aquellas noches, Charlotte le dijo que siguiera moviéndose, hablando, y empezó a sacarle fotos. Lucía la interrogó acerca del alcance de aquello, el destino de las fotos, la gente que iba a verlas y demás, y Charlotte le dio toda clase de seguridades. O, al menos, Lucía hizo como que quedaba convencida de que nadie, sin su previo consentimiento, tendría acceso al material en cuestión. Pero, en el fondo, estaba convencida de que los tíos del laboratorio se iban a quedar de piedra.

El paso siguiente por parte de Charlotte, que por su gusto –según ella– dormiría siempre desnuda, consistió en aprovechar que aquella noche llevaban a cuestas una ración extra de calvados para hacerse la niña una vez acostadas, ya las dos dentro de la cama. Le daba patadas por debajo de la sábana, fingía como ataques de pánico, se le abalanzaba y, a continuación, se encogía y ovillaba, se replegaba como un caracol diciendo que tenía frío, que tiritaba. Y, en el curso de uno de esos forcejeos, le dio por besar en profundidad un pecho de Lucía, haciendo como que la devoraba, succionando. Todo se desarrollaba igual que en un juego y, también haciendo como que seguía el juego, Lucía tuvo que apartarla de sí tras hacerle una presa, inmovilizarla, declararla vencida y prisionera, únicamente traicionada en su papel por la excitación experimentada, por una turbadora sensación como de que le faltaba el aire, que resultaba difícil de disimular. Pues ésta era la verdad: Charlotte, con una precisión o maña realmente diabólica, había conseguido excitarla. Y eso no podía ser, había que parar el juego antes de que, en razón de su misma intensidad, las cosas llegaran demasiado lejos. Dominarse, recuperar el control justo en la medida en que, sea por el factor sorpresa, sea por lo que fuere, había llegado a perderlo, a sentirse confundida o, pura y simplemente, fundida.

Una actitud absolutamente necesaria. A Charlotte, sin duda, no le debió de sentar muy bien, ya que fue aproximadamente hacia esa época cuando empezó a reír como una cabra al sacarle fotos, como si lo hiciera en coña, mientras que, hasta entonces, cada vez que le daba al disparador, se había hartado de jalearla con todo género de expresiones de satisfacción, interjecciones, silbidos, soplidos, chasquidos de lengua y cosas así. De ahí que Lucía decidiese acabar también con lo de las fotos; por los equívocos que, con independencia de cuanto ella hiciera o dejase de hacer, pudieran crearse. En definitiva, y por sensible que fuese, Lucía no tenía nada de lesbiana. Charlotte, con sus maniobras y sus juegos, llegó a excitarla, lo reconocía: pero esto no significaba que hubiera en ello nada de anormal o insano. Muy al contrario: tan sólo los reprimidos –y sería interesante dilucidar la causa de tal represión– se cierran a cuanto,

aún atrayéndoles, es considerado anormal cuando no perverso. Pues ya nadie discute que todo el mundo tiene algo del otro sexo, que la sexualidad no es más que una cuestión de proporciones.

Por eso, justamente, puestos a cortar, Lucía cortó no ya lo de los jueguecitos sino, asimismo, lo de las fotos. Y no por prejuicios ni nada parecido; lo hizo, sencillamente, porque a ella le gustaban los hombres y, sobre todo, para evitar líos.

Bastante revuelto andaba ya todo. Había cosas, además, que –Charlotte aparte– nadie parecía dispuesto a comprender. Y no porque fueran en sí mismas de tal complejidad que hicieran imposible su entendimiento, sino porque se diría que, en ocasiones, lo más simple y lo más natural era lo que con mayor dificultad, por los condicionamientos que sean, aceptaba la gente. La de cosas que una Gina, por ejemplo, nunca llegaría a entender. O que nunca entrarían en la cabeza cuadrada y milimetrada de Jaime, con todo y lo buen tío que era. O que un Alejandro, con sus reacciones histéricas, rechazaría inevitablemente. Por no hablar ya de esos tipos viscosos que creen que con la militancia resuelven todos sus problemas, el sexual incluido.

Lo cierto es que Lucía estaba más que hastiada de tanta verborrea seudorrevolucionaria, lo de las condiciones objetivas y todo eso. Palabrería que, si aburrida pero inocua en el ambiente de l'Alouette, se convertía en peligrosa trasladada a otra clase de contextos, sobre todo si incluían su realización práctica, como Luis, mejor que nadie, podía seguramente dar buen testimonio. Y ahora Luis pagaba los platos rotos, mientras los demás seguían charla que te charla repartidos por las mesas de l'Alouette. Claro que, según y como se mirase, se lo tenía bien merecido. Por dejarse enredar.

Pero es que, realmente, era como para hastiar a cualquiera tanto teórico del ultraizquierdismo que si se entrega a sus radicales especulaciones, es sólo para compensar de algún modo su esencial impotencia, desplazando de terreno sus ejercicios onanistas. Y tanto falso héroe como Camilo, el negrazo cebón, el sodomita barrigudo, fogoso tan sólo en este aspecto, desde este punto de vista, por historias que pudiese contar acerca de la revolución cubana.

En este plan, habría que acabar considerando l'Alouette como una especie de epicentro de todos los movimientos revolucionarios, un lugar lleno de gente dispuesta a cambiar el mundo, como si de caballeros andantes en busca del mal se tratase. O de guerreros que, desde el último rincón de la Hélade convergen hacia un solo objetivo: el asedio de Troya. De ellos podría decirse, en palabras de Safo, aquello de: Y emprendieron todos camino hacia Ilión, y la flauta de

voz delicada mezclaba sus sones con los de la lira y el ruido de los cascabeles, mientras las doncellas, con voz aguda, entonaban un canto sagrado, y su eco divino llegaba hasta el cielo.

En lo que atañe a Lucía, por lo menos, ella tenía suficiente. Estaba harta de compartir una cama, aunque fuese con Charlotte; de compartir un baño con los restantes inquilinos del piso; del olor a mazout de la estufa; del olor a perro mojado de las ropas y pelos de sus compañeros de l'Alouette; del olor a colillas, a pringues íntimos, a miseria. Lucía experimentaba una elemental necesidad de confort, ese confort que todo el mundo busca y que nada más en un ambiente como el de l'Alouette se convierte en una grotesca extravagancia. O mejor aún: no confort: lujo, lo que se entiende –y todo el mundo lo entiende– por lujo. Lo necesitaba, lo merecía, y basta.

Lucía no era precisamente una Marina, la mitómana. Ni tenían nada en común ni pensaba seguir el camino que Marina había decidido tomar. Un camino que terminaba en los muelles del Sena, bajo los puentes, durmiendo la mona entre otros andrajosos y andrajosas como salidos de una novela de Victor Hugo, seres embotados por el vagabundeo, hinchados y enrojecidos por el vino tinto que empapaba sus cuerpos. Actualmente, agarraba ya una castaña cada noche, y cada noche le daba invariablemente triste. Parecía haberse distanciado del onanista de Jacques. O si no se había distanciado –y tanto peor para ella en este caso–, sí, al menos, apenas se les veía juntos. Ahora salía con una croata o algo así, otra mitómana que pretendía ser poco menos que directora de Éditions Gallimard y que la acompañaba en sus trompas. Tal para cual; un buen par de viragos.

No: su camino era otro; exactamente opuesto al de Marina. Y ni valía la pena tomarse la molestia de aconsejarla, de animarla ni consolarla cuando le venía a llorar encima con sus historias: que no había tenido infancia y que su juventud no podía haber sido más dura. Que había en ella una especie de fuerza autodestructiva que la impulsaba cada vez, irreprimible, a desbaratar cuantas posibilidades se le ofrecían de enderezar su suerte. Escenas que, por llegar demasiado tarde, dejaban por completo indiferente a Lucía; su vocación no era, que digamos, la de reconstruir ruinas humanas. Como Alejandro tenía por costumbre decir: que los muertos entierren a los muertos.

Y eso con tanta mayor razón cuanto que, gracias a las confidencias de Sergio, Lucía estaba al cabo de la calle acerca de la clase de pájaro que resultó ser Marina. Confidencias que, debido a su especial carácter y a las personas implicadas –nombres archiconocidos–, Lucía no podía

divulgar en modo alguno. Lo que sí podía hacer –y desde luego lo hizo– era tomar buena nota y tenerlo muy en cuenta, ya que la mitomanía de Marina no se proyectaba tan sólo sobre su pasado, sino también, y hasta con preferencia, sobre su vida cotidiana. Sergio y ella intercambiaron información desde la primera noche, poniéndose mutuamente en antecedentes.

Después del remojón, pero todavía calada hasta los huesos, ya en el Jaguar, camino de París, a Lucía, sin saber bien por qué, le dio por exagerar una pizca la nota, por tiritar como presa de unos escalofríos que en realidad no sentía. Pero, curiosamente, como si algo de eso hubiera en el fondo, acabó que le castañeteaban los dientes de veras, por más que Sergio, conduciendo con una sola mano, pese a la lluvia que no dejaba de caer, la cobijase contra su hombro.

Una vez en el estudio, tras el baño de agua hirviente, Sergio la despojó con suavidad y lentitud del ruso color púrpura que le había brindado, ambos ante la chimenea, sobre una piel de oso polar. Una noche tan inolvidable como lo había sido el día: la piel de oso polar, el aguardiente de pera, las sombras de ambos cuerpos proyectándose al capricho de las llamas.

A partir de entonces, siguieron viéndose con regularidad. Pero Lucía, que cada vez iba conociendo mejor a Sergio, pronto se dio cuenta de que él, sin menoscabo del perfecto entendimiento existente entre ambos, antes al contrario, en virtud de la confianza que de semejante clase de entendimiento se deriva, de la complicidad que se establece, él, Sergio, se hallaba vivamente atraído por el recuerdo de Gina; al parecer, Gina había despertado su interés ya en la época en que, junto con Lucía y otros del grupo, acudían a su casa invitados por Marina y él se bajaba a charlar un rato con ellos. Y como Lucía podía serlo todo menos exclusivista, como estaba muy por encima de necios vedetismos y actividades egoístas, no tuvo inconveniente alguno en facilitar en lo posible su mutua aproximación. Tanto más cuanto que, a juzgar por la positiva respuesta de los sondeos realizados, tampoco Gina parecía del todo indiferente –como suele decirse– a Sergio, una vez sustraída de la nefasta influencia del onanista Jacques; y que, tal si el azar junto con Cupido hicieran de las suyas conjurados, se habían encontrado los tres de modo enteramente casual, casi absurdo por lo oportuno, en la casa-museo Delacroix. Al salir, se llegaron a la terraza de Aux Deux Magots y charlaron un rato mientras miraban pasar la gente.

Cuando Sergio las invitó a cenar con él en un restorán vietnamita realmente genial, y luego a su casa, a beber algo al calor de la chimenea, fue Lucía la que se encargó de mantener siempre llenos de licor de pera los pequeños vasos, hasta conseguir que Gina se soltase como se suelta quien ha bebido lo suyo o como quien hace ver que ha

bebido lo suyo para soltarse. A todas ésas, Sergio andaba organizando un ceremonial en honor de una pequeña imagen que había dispuesto en lugar destacado, la diosa Ochún o algo así, una especie de Afrodita brasileña, según les dijo. Había encendido los siete cirios de un candelabro hebreo, y en los inciensarios humeaban esencias brasileñas; brasileñas, según él, ya que Lucía hubiera jurado que se trataba simplemente de alguno de esos productos, como sándalo y demás, que venden los chinos.

Todo parecía indicar que había llegado el momento de irse, de dejarles a solas, pero fue Sergio quien se lo impidió insistiendo en que no, en que interrumpir la ceremonia traía mala suerte, maldiciones horribles. Y empezó a maquillarlas y maquillarse, o mejor, a pintarlas de cuerpo entero, como salvajes, con materiales de maquillaje. Gina reía como una loca, decía que le hacía cosquillas. Al concluir su obra, en la que se ponía de manifiesto la exquisita sensibilidad plástica de Sergio, los tres cuerpos estaban pintarrajeados de cabo a rabo; y en estado de completa erección el sexo del autor. Les hizo el amor a las dos, pero invitándolas a que también ellas se amaran entre sí como se aman las diosas. Lucía, tras su experiencia con Charlotte, sabía sobradamente lo que tenía que hacer, y todo salió a la perfección, aunque los tres acabaron embadurnados de todos los colores, cosa que, a decir de Sergio, proclamaba el fausto resultado de la ceremonia. Una nota de humor muy de Sergio, quien, por otra parte, se comportó con una delicadeza exquisita en todo momento.

Pasada esta noche, Lucía se fue distanciando, auto-marginando, dejándoles que vivieran su gran aventura, un amor cada vez más apasionado por ambas partes. Gina, al menos, parecía en verdad como deslumbrada, confusa, así, tan bruscamente introducida en un mundo tanto más dulce que el de Danilo Dolci y su imaginería visionaria de cuando se conocieron. Para Lucía, en cambio, Sergio era tal vez demasiado cerebral. Supongo que todo el mundo entiende lo que quiero decir con eso, dijo a Charlotte.

Por otro lado, llegaba Javier; un motivo más para distanciarse. Y Javier y ella, como de tácito acuerdo, ya que nada habían convenido explícitamente, tomaron a su vez distancias respecto a Charlotte. A fin de cuentas, Javier se interesaba por Lucía, no por Charlotte. Y Lucía no estaba obligada en modo alguno a llevarla con ella a todas partes, como si de una escopeta se tratase. Así que, con no decirle nada, todo resuelto. Y es que estas salidas a tres, aparte de carecer de sentido, a la larga no traen más que disgustos. Bastante que hicieron invitándola a cenar una noche; y luego, ella ya se creyó con derecho a soltar una de

esas ideas de bombero que la caracterizaban. Una cosa es compartir una habitación y otra muy distinta compartir a Javier. Con Charlotte de por medio, la suite del George V pronto se hubiera convertido en una pajarera.

Javier la llevó a todas partes y en todas partes se divirtieron como críos. En Maxim's, cuando el violinista preguntó a Lucía si deseaba alguna pieza concreta, ella pidió La Internacional. En el Crazy Horse, al acabar el espectáculo, cuando la gente ya salía, inició un striptease por su cuenta que, rápidamente, fue secundado por un montón de americanas borrachas, subidas a la barra del fondo. En el Carroussel invitaron a su mesa a un travestí que resultó ser un pied-noir, de origen español, llamado Manolo y, al amparo de la penumbra, les hizo tal exhibición particular de sus cualidades que hasta la propia Lucía acabó, como se dice vulgarmente, por ponerse cachonda. Y así en cada sitio, la suite del George V a modo de santuario final de sus correrías.

Pero si ella vivía como nunca hubiese siquiera podido soñar, si llevaba una vida verdaderamente ideal, más entusiasmado aún parecía Javier. En otras palabras: que se ponía como un loco con Lucía y Lucía era plenamente consciente de ello, así como de que, en consecuencia, sería capaz de hacer lo que ella le pidiera con tal de complacerla. Por eso mismo y, más en general, para no malacostumbrarle, procuraba no acceder nunca a lo que él le proponía o, al menos, no de inmediato ni en el orden propuesto. Que cambiara sus planes, que se habituase a seguir sus caprichos a sabiendas de que eran caprichos, pura arbitrariedad a la que él debía plegarse sin reservas, y se plegaba.

Una noche incluso se hizo llevar a l'Alouette, a que sus antiguos compañeros les vieran juntos; y que Camilo fuese analizándolo desde un punto de vista dialéctico. Después, en algún lugar confortable, le hizo saber de qué clase de gente se trataba. Hasta con Charlotte tuvo que ponerse seria y pararle los pies –dijo–, ya que era medio lesbiana o, cuando menos, algo ambidextra. Desde que rompió con Luis, al que se mantuvo fiel mientras estuvieron juntos, puso buen cuidado en seguir teniendo a raya a todos los demás, que la rondaban como obsesos. Es que no es sólo una cuestión de atracción o repulsión física, dijo; es casi una cuestión de mundos, de que ellos y yo pertenecemos a mundos diferentes. Javier elogió su actitud; le dijo que había hecho muy bien guardándose, que tenía toda la razón. Déjate de historias, dijo; y aunque le faltaba inventiva para que la frase pudiera ser de acuñación propia, o tal vez precisamente por eso, porque no podía ser suya, Lucía la encontró de lo más acertada, de lo más acorde con su manera de pensar: la izquierda es de admirar por su idealismo, por sus buenas razones, había dicho; la derecha, por sus obras.

Una mañana, al volver a su habitación para cambiarse, Charlotte le salió con que, cuando Lucía se cansase de Javier, se lo pasara, que ella

hasta estaba dispuesta a casarse con él: el clásico numerito, la idea de bombero. Y Lucía le dijo, ni más ni menos, lo que pensaba: que no parecía sino que Charlotte sólo fuera capaz de interesarse por los hombres que salían con ella y que ahí había algo de malsano, de enfermizo; esto en primer lugar. Y luego, que por mucho que Charlotte estuviese dispuesta a casarse con Javier, ella, Lucía, tenía motivos más que razonables para dudar de que Javier estuviera dispuesto a casarse con Charlotte, de que semejante ocurrencia hubiera entrado, ni de lejos, en sus proyectos. Más claro, agua.

De hecho, esta típica salida de Charlotte, justo al día siguiente de que Lucía hubiera tenido la amabilidad de permitir que Javier la invitase a cenar con ellos, jugó un papel, en cierto modo decisivo, en su resolución de dar el sí a las reiteradas propuestas matrimoniales de Javier. Ni que decir tiene que, por el momento, no obstante, juzgó preferible no comunicárselo a Javier, por regalos y regalos con que la colmara, desde el perfume o la prenda cara, hasta la más tonta de las chucherías que venden por la calle. Javier insistía en sacarla de aquel ambiente, en que una mujer como Lucía no podía seguir sola en París por más tiempo, pero ella se limitaba a contestar que ya se lo pensaría.

Porque, además, estaba el problema de Helena, la actual novia de Javier. Y era mejor que él se volviese a Barcelona como con rabia, dispuesto a despacharla a cualquier precio. Si regresaba demasiado seguro de Lucía, siempre se iba a encontrar más al alcance de Helena, más vulnerable a sus maniobras, por mucho que cualquier comparación que se estableciera entre una y otra no podía sino actuar en perjuicio de Helena, que así es como ella escribía su nombre, con hache. Este simple detalle –que Lucía averiguó gracias a una de estas casualidades que ahora no viene al casobastaba para calificarla, sobradamente significativo respecto a lo que cabía esperar de una mujer que hacía cosas así. Para empezar, Javier y ella no habían tenido relaciones propiamente sexuales, según el mismo Javier confesó a Lucía; por hábito, por prejuicios, por eso de que con la novia oficial hay que aguardar hasta la boda y todas esas costumbres que aún subsisten en determinados ambientes de la burguesía. Algo que Javier, justamente en razón de que ni tan siquiera se lo había planteado antes, ahora comprendía que no era precisamente una buena señal. ¿Por qué sí con otras pero no con quien iba a ser su mujer? Ahora lo encontraba hasta inmoral, le dijo. Éstas fueron textualmente sus palabras: ahora lo encuentro, no sé, hasta inmoral.

Y seguro que tampoco Helena se lo había planteado, que semejantes ideas no pasaban por su cabecita dorada, tonta y de lujo toda ella como un perro afgano. Una chica tan mona como tonta y, por descontado, con el típico acento de las niñas bien barcelonesas, esa

pronunciación nasal y afectada que tienen en común con los maricas profesionales que se concentran en determinados bares del área de las Ramblas, en la parte baja de Barcelona.

Javier: su discreción, su tacto, su delicadeza; sus obras, como él diría. Ya que, si Lucía le habló de sus relaciones con Luis, no lo hizo, en modo alguno, respondiendo a preguntas o comentarios de ningún género; menos aún, ni que decir tiene, buscando alguna clase de contrapartida. Si lo hizo, fue con toda ingenuidad, aunque acaso dio pie, eso sí, a que Javier le hablase de Helena y luego se sintieran como más unidos. Pero sin que Javier abandonara su actitud de no entrar en detalles, de no hacer confidencias susceptibles de atañer la intimidad de otra persona.

Y es que Javier, por encima de todo, era lo que se dice un caballero de verdad. Palabras que hoy suenan anacrónicas en la medida en que designan un concepto que ya no existe. Especialmente para el tipo de mentalidad dominante en sitios como l'Alouette. Pero que a Lucía le sonaban con la familiaridad que supone haberlas oído pronunciar desde niña cada vez que era evocada la figura de su padre, a manera de título inexcusablemente ligado a la personalidad del señor Trías, un caballero de verdad. Un título cuyo valor y trascendencia rebasaba el ámbito puramente honorífico, para repercutir también en la consideración económica de la familia, incluso tantos años después de la muerte del padre, cuando los Trías no eran ya lo que habían sido, un emblemático pasado de prosperidad y abundancia del que Lucía no guardaba ni tan siquiera el recuerdo. Pues, al margen de cualquier clase de consideración, lo cierto era que el patrimonio de la familia, por obra y gracia de la tan escrupulosa como catastrófica administración de la señora Trías, había ido a menos de año en año. ¡Las viudas!, no desperdiciaba ocasión de exclamarse la señora Trías. ¡La manera infame con que la gente se aprovecha de las viudas, de su ignorancia en materia de negocios, de su desamparo! Y lo que callaba en sus lamentaciones: de su estupidez.

Los escrúpulos. Lucía siempre había oído decir que su madre tenía escrúpulos; ella, la madre, era la primera en decirlo delante de Lucía a quien quisiera oírla, igual que si Lucía fuese un ramo de flores o un animal doméstico. Y, durante años y años, Lucía pensó que, con eso de los escrúpulos, su madre significaba que le remordía la conciencia por un crimen que había cometido o que, de no haberle faltado valor, hubiera cometido. Sólo a fuerza de tiempo, y no sin cierto desencanto, supo que lo de los escrúpulos tenía un sentido, no moral o religioso, sino sicológico. Que simplemente quería decir que su madre era una

especie de mojigata, cosa que Lucía sabía de sobras.

Más mojigata que una monja. Y eso sí que Lucía estaba en condiciones de poder asegurarlo, ya que no en vano había pasado nueve años de su vida en un colegio de monjas. Hasta cierto punto, cabía incluso afirmar que, para Lucía, no hubo período más feliz en toda su vida que aquellos dos últimos cursos de bachillerato, con las monjas. Para entonces, convertida ya en la única niña de Trías del colegio, sin la sombra de una hermana mayor precediéndola siempre, pudiendo expandir sin trabas su propia personalidad, se sentía ya, decididamente, mucho más a gusto allí, en el colegio, que en casa. Mejor el trato con las monjas que con una madre cargada de escrúpulos, por llamar de algún modo sus manías. Mejor, también, que soportar las envidias mezquinas de la hermana o los delirios mitómanos del hermano.

Recordaba aún el último día de colegio, cuando fue a recoger su título de bachiller. El trauma de la salida, esa sensación como de encontrarse desnuda de repente: una niña de flequillo lacio, con gafas de sol recién estrenadas y el título de bachiller en la mano. Se detuvo a la puerta, consciente, de pronto, de lo feliz que allí dentro había llegado a ser, sin haberlo percibido siquiera. En aquel recinto ajardinado, campeando a sus anchas por todas partes, paseando con alguna monja o alguna amiga, monjas que ya eran como amigas en los últimos tiempos, un mundo privilegiado lleno de rincones que sólo ahora que se iba los veía como de cuento, los patios de juego, el huerto y, sobre todo, el jardín, aquel jardín umbrío con estanques y surtidores y la gruta de falsas estalactitas y el puente colgante bajo el cual –lo sabían– podía haber algún chico acechando su paso desde los macizos de laurel; y el edificio en sí, con su entrada como de castillo medieval, y los vitrales de colores del salón de actos, y el olor a esencia de trementina del llamado museo de historia natural, y la cocina donde la hermana Marta le preparaba meriendas especiales, torrijas, tazas de chocolate, mantecadas. Y ahora, definitivamente, fuera del recinto ajardinado, le aguardaba, como para tragarla, el sórdido mundo familiar, la cortedad de miras y los prejuicios timoratos propios de una familia que viene a menos, el quiero y no puedo de su vida social, los recatados veraneos en Viladrau, todo estrecho y menudo, por debajo, muy por debajo de la talla de una chica como la chica que ya entonces estaba hecha Lucía. Se había sentado en la acera, a la sombra de una acacia, sin caer siquiera en la cuenta de la impresión que su imagen podía suscitar en la mente de cualquiera que la contemplase, así, tal cual estaba, vestida de colegiala, sola, sentada en la acera, con su flequillo y sus gafas de sol, adorable en su perplejidad inerme; una joven, casi una niña, quieta y absorta, solitaria como el arco iris y así de hermosa.

Y como entonces, igual que a su salida del colegio de monjas, con la misma vigencia, el panorama de ahora, las perspectivas que le hubiera ofrecido regresar a Barcelona para reinsertarse de nuevo en el medio familiar. Una madre cada día más debilitada mentalmente; un hermano mitómano y una cuñada cretina; una hermana mayor que seguía considerándose Mayor, con mayúscula, no ya respecto a Lucía sino también respecto al mundo considerado en su conjunto. Una de esas personas que hablan del aspecto carnal del amor, de la sexualidad, como quien habla del surrealismo; de algo divertido y extravagante que no puede ser visto sino desde fuera, poco menos que como el hallazgo de un clown. Ni que decir tiene que sería ocioso entrar en conjeturas relativas a las particularidades de su vida conyugal.

Ante un mundo así, Lucía era capaz, a lo sumo, de sentir nostalgia de las tristezas perdidas.

Hecha la elección, se imponía llevarla hasta sus últimas consecuencias sin pérdida de tiempo. Incluso a costa de forzarse a ver sus renuncias como ventajas o como renuncias tan sólo aparentes. Y las ventajas que hubieran podido derivarse de cualquier otra opción, como inconvenientes y limitaciones.

Asimismo, proceder a una reconversión total de hábitos y actitudes, adecuados, quizás, a un mundo como el de l’Alouette, pero no a la clase de vida que le aguardaba junto a Javier, a los ambientes que le tocaría frecuentar. Un cambio que empezaba por la forma de arreglarse y acababa por la forma de moverse y hasta de sonreír. El paso de los pantalones de pana y suéter de cuello alto a un sencillo modelo de Chanel. Del maquillaje de ojos copiado de cualquier revista de moda, y el pelo más o menos cepillado, a la consideración de cara y peinado como un todo estéticamente inseparable. Cosas que sólo eran nuevas para Lucía en la medida en que puede sonar a nuevo lo que ha sido olvidado. Porque, en definitiva, lo que Lucía estaba haciendo no era sino reintegrarse al medio ambiente en el que había nacido, en el que normalmente se hubiera desenvuelto de no ser por las consecuencias que, en todos los órdenes, supuso la muerte de su padre cuando ella no era más que una niña. Un hecho que no dejó de influir, sin duda, en la convulsión que para ella supuso la entrada de Luis en su vida, en su aceptación inmediata y sin reservas de las ideas revolucionarias por las que Luis luchaba, en su buena o, mejor, entusiasta disposición, conforme a tales ideas, en lo que a una completa ruptura con la sociedad en que vivía se refiere. Una sociedad que, por otra parte, parecía tender a expulsarla de su seno o, al menos,

no hacer absolutamente nada para paliar la impresión que Lucía experimentaba de estar cada vez más lejos del epicentro, apartada más y más según se acentuaban o persistían las dificultades económicas de la familia.

Claro que, bien mirado, no era tanto de la sociedad cuanto de su madre. Y no dejaba de ser sintomático que hubiera necesitado pasar por una experiencia como la de su relación con Luis –acaso facilitada por la similitud de sus respectivas trayectorias: común origen de clase y posterior declive familiar–, y el trastorno en la concepción del mundo que de tal clase de relación se desprende, justo en las antípodas del ambiente en que había sido educada, para saber a ciencia cierta dónde estaba su puesto, cuál era realmente su sitio. Este período de su vida le parecía ahora algo así como un túnel en el que se había metido llevada tan sólo de su amor por Luis. Y, como a la salida de un túnel o una cueva, la realidad presente casi la cegaba de puro deslumbrante.

De un tiempo a esta parte, Lucía apenas si se dejaba ver por l'Alouette, pero a los pocos días de la partida de Javier, no bien éste le comunicó su ruptura formal con Helena, se presentó allí de inmediato, a pillar al vuelo a Charlotte. Necesitaba comentarlo con alguien, necesitaba compañía, y Charlotte era la única que podía ofrecerle ambas cosas en aquellos momentos. La llevó a un sitio caro que conocía gracias a Javier, y allí lo celebraron con una botella de Moët Chandon. Luego –el dinero no daba para más– siguieron con sus habituales calvados, y acabaron agarrando una castaña memorable. No era su victoria, por supuesto, lo que se celebraba, sino la caída de Helena. Y ello, no porque Lucía pensara que algo podía salir mal; pero todo el mundo sabe que trae mala suerte precipitarse, brindar por algo que no es del todo seguro, que no se ha conseguido todavía. Aparte de esto, y teniendo en cuenta que Charlotte estaba como una cabra, le convenía seguir entendiéndose con ella, llevándose bien. Le había reclamado las pruebas y negativos de las fotos que le fue sacando durante sus meses de convivencia, no fueran a seguir en circulación y terminaran por aparecer en alguna revista. Ni que decir tiene que Charlotte se las entregó sin rechistar. Pero con este tipo de personas nunca se sabe.

Contempló el avance de su figura a lo largo de los escaparates, caminando bien tiesa y a pasos breves, levantando los ojos como a fogonazos, rápidas y tímidas miradas, con unción y desamparo y un deje de tristeza o infantil seriedad, entre azorada y firme, lo mismo que avanzaría un ángel hacia sus jueces. Hay que decir, al respecto, que el gusto exquisito de Sergio Vidal, conjugado al natural instinto y a la facilidad de captación de Lucía, había sido de un valor en verdad inestimable.

Vistas las cosas desde otro ángulo, lo importante no era tanto lo que se ganaba cuanto lo que se perdía de vista, lo que se dejaba atrás. Un ambiente que no era el suyo, como tampoco lo eran las formas de vida ni los problemas que allí se llevaban, las preocupaciones, las discusiones, el mismo léxico. Y, sobre todo, la gente, las personas que poblaban ese no mundo sino submundo. Gente, en el mejor de los casos, como Jaime, como Federico, como Gina, como la misma Charlotte, seres que, al igual que Lucía, habían dado en recalar allí poco menos que incidentalmente, por error, por desorientación, por un malentendido, por las razones que sean, con todo y no pertenecer a ese submundo. Pues quienes formaban la población propiamente autóctona de ese submundo eran verdaderos enfermos desde el punto de vista moral, mental y hasta físico. Tíos como Jacques o como Abelardo, el sevillano; bueno, sevillano, valenciano o lo que sea. Tíos así, viscosos. Esos eran los habitantes propiamente dichos de aquel submundo.

Desde luego que con Abelardo había sido dura, despiadada. Le iba diciendo: pero ¿qué te pasa? ¿Que no puedes? ¿Entonces por qué te quieres acostar conmigo? ¡Vamos, espabila! Y un montón de cosas desagradables del mismo estilo. Por eso es justo lo que se merece un tipo cuya virilidad se le va por la boca, en palabras, en gracejo de mal gusto. Un ser viscoso, lo bastante cretino como para creer que hablando de su éxito con las mujeres, de su capacidad copulativa y del tamaño de su sexo, aparte de las consabidas y estúpidas alusiones a técnicas secretas y pretendidas virtudes ocultas, arreglaba algo; que hablando suplía la necesidad de demostrarlo con hechos. Y todo para que, a la hora de la verdad, quedase aún más de manifiesto su condición de medio impotente. Porque, si en lo del tamaño del sexo había tal vez algo de cierto, su consistencia, en cambio, dejaba mucho que desear.

Un desgraciado, en definitiva; un pobre desgraciado, de esos que le hacen a una sentir vergüenza por él. Pues, para colmo, tras todos sus esfuerzos y penalidades, se las arregló para correrse fuera, para ensuciarla. Y eso ya es de verdadero desgraciado. Como también lo es que él, entonces, se creyera en la obligación de contarle sus penas, que tenía un hijo ilegítimo, o que el hijo ilegítimo era él, hijo de una especie de puta borracha que había denunciado a su padre por rojo; o que la puta borracha era su mujer. Bueno, cosas así; Lucía había bebido demasiados calvados para recordarlo con exactitud. De hecho, ya le daba como lástima desde antes, y tal vez por eso dejó que llegara tan lejos, que lo intentara, después de haberle tratado tan mal, peor que a un perro.

También por eso le permitió que luego se llevara unos cuantos libros, obras de Marx y Lenin que Luis y ella compraron en Le Globe, y

que Luis le pidió que se los guardara por motivos de seguridad, por los subrayados y notas que había tomado al margen. Asimismo, se llevó La Batalla del Puente Milvio, de Claudio Sáinz de la Mora, una novela que dejó sin acabar tantas veces como empezó a leerla, por buena voluntad que puso, ya que se trataba de un regalo de Luis con dedicatoria y todo, una de esas frasecitas irónicas tan suyas ante las que una dudaba entre picarse o echarse a reír. Pero era como si la fatalidad se hubiera interpuesto entre aquel libro y ella, que lo habría acabado con la calma que requería si aquel cabrón, si aquel aprovechado, no se lo hubiera quitado sin siquiera consultárselo, robándoselo por las buenas, como quien dice. Un tipo que, si habló del partido y todo eso a la policía española como en l'Alouette hablaba de sus conquistas amorosas, no tenía nada de extraño que hubiese acabado cantando jotas valencianas, o sevillanas, o lo que sea.

En fin, cosas que ni a Charlotte se atrevió a contar. Pues lo mejor que se puede hacer con historias tan penosas es olvidarlas.

Del tren al avión: toda una época. Lucía llegó a París en couchette de segunda y ahora se volvía a Barcelona en avión. Y en primera clase.

Había dos vuelos casi a la misma hora: uno de Iberia y otro de Air France; Lucía eligió el de Air France.Viajar en primera, aparte del privilegio que ya en sí supone, tiene una doble ventaja: la comida es mejor y hay barra libre. De modo que Lucía llegó a El Prat algo colocada, y si sólo lo estaba un poco fue gracias a que, cuando ya andaba por su cuarto champán, le dijeron que se abrochase el cinturón, que aterrizaban.

En El Prat, mientras esperaba que apareciese el equipaje, vio a Javier aguardándola al otro lado del control aduanero, agitando la mano, mandándole besos. De repente, alguien le tapó los ojos por la espalda. Lucía tuvo un fuerte sobresalto, que sólo se le pasó al reconocer la risa cantarina de Francisca, su mejor amiga durante los últimos años de colegio y también después; era, realmente, como si todo volviese a ponerse en su sitio. Francisca le dijo que llegaba de Londres, que ahora tenía una especie de galería de arte o de antigüedades. Quedaron en verse cualquier día.

Puigcerdà, agosto de 1963

VII

El Edicto de Milán fue escrito aproximadamente en un mes, aprovechando que estaba sola en Puigcerdà, durante una de esas crisis que caracterizaron mi vida conyugal con Juan Antonio. A diferencia de la mayor parte de la gente, que cuando tiene problemas se queda medio obnubilada, en una especie de estado de confusión permanente, yo me crezco, casi como si esta clase de conflictos renovaran mis fuerzas en todos los terrenos. Y lo mismo que en Cadaqués al descubrir lo de Camila y Roberto, el falso gaucho, también durante aquel verano en Puigcerdà, la certeza de que J.A. andaba por medio mundo detrás de una casada pareció servir de acicate no sólo a mi vitalidad natural sino también a mi capacidad creadora. Los informes de la agencia –internacional, por supuesto; algo así como la Lloyd's de la información privada– eran tan concluyentes como, hasta cierto punto, superfluos. Daban toda clase de detalles, desde luego; y, aparte de satisfacer la lógica curiosidad, resultaba divertido contrastarlos después con las explicaciones de J.A., sus historias sobre las vicisitudes de la formación de un fantástico holding internacional, el apasionante papel catalizador que le correspondía en el asunto, su inexcusable protagonismo en el desarrollo de la operación. Pero, en el fondo, me importaba un rábano lo que había hecho y otro rábano lo que no había hecho. Prefería hacerme la tonta y preguntarle por el precio de la avellana en Selva del Camp. A fin de cuentas, el origen de la fortuna de los Ramoneda era la avellana de Selva del Camp, por furioso que le pusiera el que se lo recordaran. Aunque J.A. había nacido en Barcelona, sé positivamente que se avergüenza de sus orígenes, de su pertenencia a una de esas siete o diecisiete, o las que sean, familias ricas de Reus, tan emprendedoras como provincianas y tacañas, que controlan el mercado de la avellana. Siempre he pensado que éste fue uno de los principales motivos que le empujaron a construirme la villa de Puigcerdà; borrar huellas, alejarme y alejarse en lo posible de sus orígenes, quedar vinculado a un lugar que es la antítesis de Reus. Por razones obvias, J.A. nunca llegó a saber siquiera que yo escribía.

Si la redacción de mi novelita me llevó apenas un mes, su publicación fue ya otro cantar. No es que me sintiera insegura ni que temiera el escándalo a que pudiese dar pie. Al contrario: lo que me hacía dudar entre publicarla o no, era, justamente, el temor a no provocar una reacción determinada, de signo más bien revulsivo, en cierta persona. Es decir: no la gente, la masa, sobre cuya capacidad de

escándalo me encuentro a distancias olímpicas. No: una persona concreta, una sola persona.

La reacción deseada, ajena a toda clase de juicio estético, desgraciadamente no llegó a producirse y, aunque esto ya lo sabía cuando me decidí a publicarla, debo admitir que, bajo esta perspectiva tan sólo, El Edicto de Milán supuso un fracaso. Pero aun así, a sabiendas del resultado, conociendo de antemano la reacción de la persona a la que iba dirigida, opté finalmente por publicarla. No es por nada que Raúl me llama Flash Gordon: por mi don de estar en todo al mismo tiempo, de meterme en toda clase de líos. Mi decisión de que apareciese en una colección para bibliófilos como es Ediciones Originales se basaba en que así soslayaba los indudables problemas de Censura que me hubiera planteado su publicación en cualquier otra editorial. Y creo que acerté, pues la colección está dirigida por una persona que me demostró poseer una extraordinaria intuición, así como gran inteligencia y exquisita sensibilidad.

Además, el carácter elitista, selecto, de una edición de esta clase –por qué negarlo– no dejaba de satisfacerme; más, con mucho, que una de esas ediciones populares que la gente acaba leyendo hasta en el metro. También juzgué preferible firmar con seudónimo, y no precisamente, ni que decir tiene, por miedo al escándalo. No, no por eso, sino por motivaciones similares a las que me impulsaron a elegir una colección para bibliófilos en una época de consumismo desenfrenado, en la que lo que parece privar es la cantidad, la popularidad de un nombre, los millones de ejemplares vendidos. Una elección de sentido esencialmente ético.

En cuanto al seudónimo, lo de Mendoza se debe a que Mendoza es mi tercer apellido, como para Raúl es el cuarto. Esto es: mi padre, como la madre de Raúl, se llamaba Moret y Mendoza. Para un escritor barcelonés que escribe en castellano, encuentro que suena bien.

Lo de Claudio no es más que la masculinización de Claudia, mi mejor amiga por aquel entonces. Aparte de la relación que nos unía desde que éramos colegialas, estaba en deuda con ella por haberme rescatado de las garras de la Maldonado, un motivo más que suficiente para brindarle esta especie de homenaje, esta clin d'œil que nadie más podía captar; luego se fue definitivamente a Londres, si es que la palabra definitivo puede utilizarse en relación a la vida. Era –y sigue siendo– fotógrafo como la Charlotte de la novela, aunque, de acuerdo con la realidad, más bien encajaría con la Francisca que aparece justo en el último párrafo del libro. La ambigüedad de tal párrafo, como la de tantos otros, es, por supuesto, totalmente premeditada. Vamos, una broma en forma de trampa que tiendo al crítico avezado para que, recogiendo algunos cabos que dejo sueltos con malignidad calculada, analizando algunos lapsus, alguna que otra incoherencia, pueda llegar

a la sagaz conclusión de que Claudio Mendoza es una mujer y, por añadidura, lesbiana. De ahí que cualquier hipotético lector de las presentes líneas pueda concluir a su vez, no menos sagazmente y en virtud del mismo juego de compensaciones, que mi nombre, Matilde Moret, encubre un varón; cosa, por otra parte, acaso más cierta de lo que a primera vista pueda suponerse.

En el mismo sentido, a manera de trampa –sólo que demasiado evidente en este caso para que el lector se deje atrapar en ella–, la coincidencia de que el autor de La Batalla del Puente Milvio, el libro que está leyendo Lucía, se llame también Claudio, Claudio Sáinz de la Mora, un nombre que apesta a seudónimo. Aquí sí que, salvo cretinismo superior al normal, ningún lector puede sino pensar que Claudio Mendoza y Claudio Sáinz de la Mora son la misma persona, y que, en consecuencia, La Batalla del Puente Milvio es una novela que tiene vida meramente dentro de El Edicto de Milán.

Por otra parte, esos cabos que dejo sueltos adrede, y esos falsos lapsus, procuro equilibrarlos mediante diversos recursos, a fin de que el lector se vea obligado a ejercitar al máximo sus reservas de agudeza y malicia. En materia sexual, a modo de ejemplo, el léxico que utilizo es algo crudo, francamente obsceno en ocasiones. Pero los hombres hablan así, empleando esta clase de palabras y expresiones, y, puesto que su autor es teóricamente un hombre, escribí el relato en lenguaje de hombre, por más que, personalmente, me disguste mucho oírlas en boca de una mujer. Mejor dicho: me molesta en sí esta costumbre de utilizar palabras gruesas que tienen los españoles, como para sentirse más hombres, sobre todo cuando se juntan. Pero he observado que, de un tiempo a esta parte, tal costumbre se ha extendido también a las mujeres, a las niñas bien, especialmente; y esto me parece aún más grave. Pasa como con los extranjeros y extranjeras que aprenden español en este tipo de ambientes: que acaban siendo incapaces de hablarlo sin intercalar una palabrota cada tres palabras, y encima lo encuentran de lo más natural. A Raúl y sus amigos me atreví a sugerirles –lo recuerdo como si fuese ayer– que, en vez de utilizar con tanta frecuencia determinada expresión soez, verdadero leitmotiv del grupo siempre que discutían sus tonterías, dijeran, por ejemplo: va prendere per il sacco, que, al menos en italiano literal, carece de significación ofensiva.

Todo esto no quiere decir, naturalmente, que en El Edicto de Milán no existan, no ya erratas, sino errores involuntarios de todo género y hasta incorrecciones indiscutibles; como en cualquier libro, por otro lado, y por sublime que sea su contenido. Pero lo más curioso es que hay erratas en las que se diría que los diablos del inconsciente, sean los del autor, sean los del corrector o los del tipógrafo, han hecho de las suyas. Así, por ejemplo, cuando se califica a Charlotte de invertida

en lugar de introvertida, ahora no recuerdo en qué pasaje, no parece sino que una inspiración superior iluminara, en efecto, el trabajo de los tipógrafos.

Hay casos, como el poner Federico en lugar de Alejandro, en los que el lapsus no puede ser más que mío, ya que el corrector no tiene por qué advertir esta sustitución de un nombre propio por otro. Lo escribí así, por las buenas, y la errata pasó la prueba de todas las correcciones y acabó impresa, ya que la imagen que tenía delante al hacerlo no era la de Alejandro, que no existe, sino la de Federico, que sí existe; un amigo de Raúl verdaderamente insoportable. Aún había otro Federico, sólo que seguramente no se llamaba Federico, igual que el Gregorio que se citaba con Raúl, como si fueran novios, no se debía de llamar Gregorio; gente del partido, nombres de guerra. No, el Federico al que me refiero y al que, por desgracia, tuve ocasión de conocer a fondo, es del todo real, y parecido, en más de un aspecto, al Alejandro de mi novelita. Y es que, con los personajes, ocurre lo que Raúl, después de su detención, me contó respecto a los interrogatorios: cuando, en el curso de uno de esos interrogatorios, para salir del atolladero, te inventas un tipo clave del que no sabes nada pero que es el responsable de todo, el que sabe todo lo que te están preguntando, si no quieres que la policía te pille en contradicciones acerca de la personalidad de ese hombre en el que te estás desdoblando, hay que tomar como modelo una persona concreta que nada tenga que ver con el asunto: su físico, sus maneras, una referencia real y coherente a la que puedas recurrir una y otra vez. Y con los personajes, pues, sucede lo mismo: que tomamos a una persona real a modo de modelo –sus dejes, sus ademanes– simplemente porque nos resulta más cómodo que inventarla, porque está más a mano, aunque luego, con toda la carga que nosotros le añadimos, nada tenga en común con el original salvo en lo anecdótico. En este caso, no obstante, el nombre del original terminó colándose.

Las incorrecciones, por lo general, consisten en frases mal construidas, alguna que otra falta de concordancia entre sujeto y verbo, un deber por deber de, y cosas por el estilo. En la última revisión, ya sobre compaginadas, localicé una sonrojante catalanada, y suprimí por los pelos la n que convertía un defectivo había en habían, referido, creo yo, a vasos o copas. Faltas, en suma, de muy escasa importancia, ya que, como dice Raúl, escribir bien nada tiene que ver con escribir sin incorrecciones. Y eso con tanta mayor razón cuanto que, por lo general, corregir una falta es dar pie a que, al hacerlo, se cometan otras nuevas. Y hay incorrecciones que para el corrector no son tales desde el momento en que están provistas de sentido. Y que, por otra parte, el autor es la persona menos calificada para detectarlas, ya que, más que lo que está escrito, tiende a leer lo que

escribió.

Más graves, ni que decir tiene, son siempre los fallos propiamente narrativos, aunque en El Edicto de Milán tampoco revisten especial importancia. Así, por ejemplo, cuando la aventura con el revisor: en el capítulo primero el revisor con acento español es mencionado en relación al viaje a Sète, a la ida, mientras que en el segundo, que es cuando propiamente se relata la aventura, el revisor de acento español aparece a la vuelta, con lo que se crea una especie de duplicidad de versiones; de hecho, dos variantes de una misma situación. Esto se debe, probablemente, a que el episodio tiene cierta base real, pero no el contexto, creándose entonces una disparidad interna muy propicia a esta clase de equívocos. Existe igualmente cierta confusión, o mejor, imprecisión, no siempre voluntaria, en torno a los acontecimientos que rodean el carnaval, relatados tres veces. La fiesta de Bellas Artes, pongamos por caso, es descrita en forma contradictoria. ¿Se acostó Lucía con Alejandro aquella noche? ¿Se habían acostado ya? ¿Lo hicieron después? ¿Lo hizo con Jacques? La verdad es que la cosa no queda clara, y supondría tener en muy poco al lector achacarlo a que Lucía estaba con resaca.

Un tipo de fallo completamente distinto es el que se comete –que yo cometo, quiero decir– por dos veces, como mínimo, al comienzo de la obra. Primero, cuando la despedida en la estación, que es narrada como si fuera de día, mientras que, en la realidad, los expresos París-Barcelona salen, lo más pronto, a última hora de la tarde, y a última hora de la tarde, por estas fechas, a primeros de noviembre, es ya noche cerrada. El otro fallo se encuentra a las pocas líneas, cuando, tras su caminata, Lucía se entretiene dando vueltas y más vueltas al vaso con un crisantemo que adorna su mesa de l'Alouette, detalle ornamental totalmente impropio de un bar de esta clase, donde, a lo sumo, sobre cada mesa, habrá un gran cenicero que anuncie Ricard, Martini o lo que sea. Pero estos errores lo son sólo en relación a la realidad, no a la obra en sí, y desde un punto de vista literario no cuentan. L'Alouette, como nombre, está inspirado en l'Irondelle, un restorán modesto pero muy correcto que solía frecuentar durante mi primera época parisina. Y, al principio, el bar descrito en mi obrita conservaba el nombre de este restorán. Luego lo cambié por l'Alouette pensando en la canción, aquello de alouette, gentille alouette; lo que ahora se me ocurre –y hasta me parece muy probable– es que tal vez haya en París un bar que se llame realmente l'Alouette. En l'Irondelle, de propietarios muy esmerados, sí que había flores en las mesas.

Estos dos ejemplos son suficientes, me parece, para mostrar hasta qué punto llego a ser consciente de las virtudes y los defectos de mi propia obra. Pues lo cierto es que, a la hora de corregir, había caído ya en la cuenta de estas dos faltas de verosimilitud, de concordancia

entre ficción y realidad, y no me importó, sin embargo, dejarlas ahí. Y no por confiar en que la crítica no los captase –que no los captó, naturalmente–, sino porque, en verdad, carecen de importancia, ya que, de la estación de Austerlitz, cada mañana salen montones de trenes hacia todas partes, y hay montones de bares –no como l'Alouette, claro– con flores en las mesas. Fallos de este tipo sólo merecen ser tomados en consideración cuando, rozando el respetable ámbito de lo fantástico, entran de lleno en el campo de la oligofrenia semántica o, más frecuentemente, en el ripio estilístico; cuando el autor se deja llevar de avenates poéticos para los que su sentido crítico no está suficientemente preparado.

Un problema muy tonto relacionado con los ripios, quizá tan sólo una manía, es el que me creó el nombre de la protagonista, Lucía que, como Sofía, María, etcétera, rima con la mayor parte de los pretéritos imperfectos castellanos en tercera persona del singular, al tiempo que su a final tiende a encabalgarse con la preposición a seguida de innumerables palabras que empiezan por a, peculiaridades ambas que, en más de una ocasión, me condujeron al mismísimo disparadero en mi búsqueda de giros, de soluciones que soslayaran la maldita rima. Recuerdo al respecto, a modo de caso límite, que en el pasaje en que Lucía y Sergio Vidal pasean por Chantilly, tuve que suprimir un lucía un sol espléndido que, verdaderamente, dañaba los ojos. Pero con los personajes, como con las personas, cuesta mucho acostumbrarse a un cambio de nombre y, para mí, el nombre de Lucía estaba ya demasiado arraigado en la materia narrativa, desde sus orígenes, para poder cambiarlo a voluntad. Bauticé así a mi protagonista, lo recuerdo perfectamente, pensando en Lucía de Lammermoor; por la carga romántica, claro.

Otra cosa que ningún crítico parece haber observado, pese a que igualmente opté por dejar tal cual, es el cambio de tono que se produce en el relato a partir de las primeras páginas; un tono narrativo más minucioso, más descriptivo, que luego se pierde. Pero es que me resultaba trabajoso y forzado, poco menos que reñido con mi modo de ser, y casi que me sentí como liberada al dar con el tono que finalmente acaba predominando. Con todo y considerar un defecto tal discontinuidad narrativa, el arranque seguía pareciéndome bien escrito y acabé respetándolo.

La crítica –destinataria principal de los ejemplos disponibles, al objeto de obtener la máxima resonancia– acogió mi obrita con gratitud y consideración, como es habitual en ella salvo casos de particular inquina, o de que el crítico sea un jovencito ambicioso que pretenda abrirse camino a fuerza de estridencias. Y, como también es habitual en la mayor parte de la crítica, sin excesiva profundidad, limitándose a la transcripción rutinaria de esos resúmenes

informativos –normalmente redactados por el propio autor– que los editores adjuntan en forma de boletín a los ejemplares de prensa, con lo que el crítico se ahorra tiempo y el editor dinero en concepto de publicidad gratuita, y, por más que la incidencia de tales notas en el público sea prácticamente nula, todos quedan contentos. A lo sumo, el crítico no excesivamente puntilloso, en la necesidad de justificar ante la revista o el periódico las cantidades que cobra por reseña, saldrá del paso añadiendo cualquier lugar común sobre lo que se supone que es la obra aun sin haberla leído, ya que, con un poco de oficio, la ayuda del resumen informativo y –en caso de edición comercial– del texto de la contraportada, junto con el recurso a las manías personales que suelen constituir su encuadre teórico, basta con hojear el libro por encima. Así, sin ir más lejos, la crítica aparecida en el TLS, obtusa y corta en su alcance como sólo la crítica de un crítico inglés puede llegar a serlo. Frente a tales torpezas, y aunque parezca raro, fue precisamente un crítico español, de Madrid, el que más afinó en sus apreciaciones; un crítico insólitamente agudo que, por lo que me han dicho –y conste que no lo he visto en mi vida–, además de profesional de renombre, es todo un caballero. Bajo una primera apariencia al estilo de la novela en boga durante los años cincuenta, decía en su crítica, a través de las páginas de El Edicto de Milán sopla una brisa fresca, oxigenante, cargada de aromas dieciochescos. La imagen, aunque no coincidía con mi propia idea del libro, aunque jamás había pasado por mi cabeza una ocurrencia semejante, me pareció de lo más afortunada, y así se lo expresé en la breve nota manuscrita que, de acuerdo con las más elementales normas de cortesía, me creí en la obligación de dirigirle. Ignoro si en el mundo de las letras se estilan deferencias de esta clase y, en el fondo, es una cuestión que me tiene sin cuidado; yo estoy habituada a este tipo de cosas y basta. Y me imagino que también él debe de estarlo. A fin de cuentas, el dieciocho es el siglo de la elegancia y el esprit.

Está visto, en cambio, que verdaderamente nadie es profeta en su propia tierra, ya que la crítica local, indiferente a la atención que siempre supone ser obsequiado con un ejemplar de bibliófilo, haciendo gala de una descortesía que rayaba en ingratitud, tendió a minimizar, cuando no a ignorar, mi obra. Según la más extensa de las escasas reseñas aparecidas en Barcelona, El Edicto de Milán era una novela carente por completo de interés, llegando a declarar el crítico que resultaba hasta deprimente una tan larga serie de infidelidades, de amor mecánico. ¡Deprimente! Sus motivos personales tendrá para decirlo. Aparte de que, según tengo entendido, se trata de un reconocido y notorio comunista. Y de ahí su falta de libertad de espíritu, a diferencia del crítico madrileño, el de la brisa dieciochesca.

De entrada, debo admitirlo, me preocupó la posibilidad de que con

lo de la palabra oxigenada, mi crítico madrileño no estuviese aludiendo al clásico rubio platino de las pelucas del dieciocho. Pero, tras varias relecturas, comprendí que no, que con esta feliz expresión no hacía sino referir a su modo la esencial amoralidad femenina que campea a todo lo largo del libro, el desprecio que trasluce hacia los estúpidos conceptos viriles de fidelidad, respeto mutuo, compenetración y demás ideales que se nos inculcan a todo trance, en la medida en que nada tienen que ver con nosotras. Un libro brillante y desenfadado –terminaba la crítica–, impregnado del juvenil inconformismo de su autor. Una crítica, en resumen, llena de finas intuiciones y juicios acertados. Si al crítico se le escaparon los impulsos esencialmente vengativos que bullen bajo ese aire desenfadado, bajo esa ligereza un poco cínica, es cosa mía, no suya, y no voy a ser yo quien le culpe. Acaso las motivaciones secretas de la obra –cuando menos a nivel de conciencia– sean tan sólo transparentes para su autor, como los pensamientos lo son sólo para el sujeto pensante. Y acaso sea ésta la justificación de quien, debiendo entender, no entiende o hace como si no entendiese, a semejanza de aquel que, adivinando el pensamiento de otra persona, por egoísmo, por cobardía, por lo que sea, prefiere no darse por enterado. Pues, por lo demás, los defectos formales de mi obrita, los conozco y reconozco mejor que cualquier crítico, y vaya Raúl por delante.

Desde un punto de vista estrictamente literario, El Edicto de Milán es como el extracto de una obra de extensión por lo menos tres veces mayor. No hay descripciones ni diálogos propiamente dichos, ni el desarrollo de un argumento; antes que una novela, según los cánones convencionales, según la preceptiva del género, es un guión de novela. Bueno, ¿y qué?, me pregunto yo. ¿Y si consideramos El Edicto de Milán desde cánones que no sean los convencionales, los estrictamente literarios? Los diálogos siempre me han aburrido tanto como las descripciones detalladas, paja, ambas cosas, que en nada favorece a la materia narrativa, y no veo razón para que, pensando así, hiciera lo contrario sólo por ajustarme a unos cánones yo, precisamente yo, que tengo por norma no ajustarme a ninguno. En algo tengo que afirmar mi personalidad, tomar mis distancias respecto a esa mujer que sólo parece haber existido para quitarme luz, para plagiarme por anticipado en todos los campos.

Pero, volviendo a las diversas reacciones que mi obrita suscitó en el mundo de la crítica, la palma al mejor rebuzno corresponde, con todos los merecimientos, a Richard Burro, un crítico de TLS que conocí en Londres –en modo alguno íntimamente, ni que decir tiene– y que luego se descolgó con una reseña plagada de necedades sobre El Edicto de Milán. Fuimos presentados en el curso de un cocktail, y yo, lo confieso, lo encontré encantador, mientras que él, con la típica

hipocresía del homosexual, fingió abrigar idénticos sentimientos hacia mí, para salirse posteriormente con su ensañada crítica, cien por cien pederástica. Lo que nunca he podido establecer con claridad es si redactó su crítica sin llegar sinceramente a identificarme, a mantener vivo el recuerdo de que yo era Claudio Mendoza, o si, por el contrario, me tenía más que presente y no pretendía más que torturarme por placer, rabiosamente llevado de su agresividad mariconil, prisionero de esa feroz vindicación antifeminista que, por los motivos que sean, es característica común a determinados homosexuales. Un dilema, en el fondo, que ni merece la pena dilucidar, dado que, en cualquier caso, su crítica era propia de un perfecto imbécil. Escribir, por ejemplo: one can not renew the form of novels unless one drastically renews their themes, como acaba diciendo. Cuando lo que está claro es exactamente lo contrario: que lo único que cambia con respecto a un problema es la forma de contarlo.

El asedio tocaba a su fin. Un hecho que ya podía proclamarse abiertamente, sin temor a llevarse un chasco, a entonar un prematuro canto de victoria. Tras los escarceos y choques esporádicos característicos de cuando se establece un cerco, en julio, el mes de agosto, que coincidió casi exactamente con el asedio propiamente dicho, había sido decisivo. Y ahora, las calmas de septiembre con las que algunos veranos parecen querer prolongar su vida, pese a los días que se acortan y a la luz que ya es de otoño, constituían el escenario de los últimos golpes de audacia, las últimas salidas a la desesperada que preceden a la derrota de la parte asediada, al más completo triunfo de la parte asediante. Un triunfo como acuñado bajo el signo de Leo, un signo con cuyos nativos yo, que soy Acuario con ascendiente Piscis, siempre he conseguido llegar a un entendimiento perfecto, de igual modo que, como período, ese tiempo canicular dominado por Leo, suele serme de lo más favorable. Un dato que Camila, que no lo ignoraba, debió haber tenido en cuenta antes de que fuera demasiado tarde, de que sus reacciones acusaran ya la intuición del inminente final. Reacciones a veces de exasperación, a veces de agobio, a las que tampoco Roberto parecía escapar. Y, en último término, de fatiga, casi de indiferencia, de desinterés del uno por el otro, demasiado exhausto cada uno de los sitiados para encima preocuparse por el otro. Un estado que suele resolverse en un deseo cada día más imperioso de acabar de una vez y al precio que sea, con tal de, como el suicida, dejar simplemente de sufrir.

Lo malo del caso es que la fatiga tiende a contagiarse y, por lo general, termina haciendo presa también en las fuerzas asediantes.

Con lo que acaba resultando que el asedio se convierte en algo así como uno de esos trabajos de Hércules en los que lo más terrible son las sangrientas incidencias que preceden o siguen a la consecución del objetivo que supone la realización de cada trabajo. Lo notaba en Camila como lo notaba en él, en Roberto, cuando coincidíamos los tres en el mismo sitio, acaso más desfondado –en tanto que más blandengue– nuestro Martín Fierro. ¿Quién le debió de engañar?, todavía me pregunto a veces. ¿Qué gancho cree que tiene para la gente el ser argentino, que es algo por lo menos tan triste como ser australiano?

Ahora bien: al margen de cualquier otra consideración, puedo asegurar, por propia experiencia, que un marco como el de Cadaqués en agosto favorece al máximo el hastío que tiende a expandirse en torno a toda situación de asedio. El hastío y el cansancio que acaban imponiéndose al asediante en grado no menor que al asediado, y no tanto por las monótonas vicisitudes del asedio cuanto por el agobio y el carácter opresivo del ambiente en que se desenvuelve. Esa peculiar sociedad barcelonesa que veranea en Cadaqués, sus hábitos, el comportamiento que adopta; esa sociedad que años atrás me cerró sus puertas y que yo mantengo a distancia en la medida en que ahora me busca. Esa sociedad que ahora me envidia en la medida en que se ve rechazada, como el gañán que envidia desde sus terrones a las criaturas olímpicas. ¡La animadversión y la maledicencia de la gente contra todo ser que, por sus cualidades personales, su fortuna y el desafío de sus costumbres, brilla con luz propia muy por encima de sus doblegadas existencias!

Yo les conozco, así considerados como conjunto cuanto individualmente, uno por uno y una por una. Sí, les conozco bien, orondos burgueses de Barcelona que sólo se desprenden de su exterior ogroide al pisar Cadaqués, llevados de un snobismo disfrazado apenas de higiene mental. Como conozco a sus esposas, esas damas de mediana edad que fueron castas cónyuges hasta recalar en Cadaqués, para convertirse, antes de que acabe el primer verano, en fervientes, apasionadas, desenfrenadas fornicadoras. Me sé casi de memoria el proceso que, como los síntomas de una epidemia, se repite caso por caso, y puedo testimoniar que será mucho si alcanzan la media docena las que –posiblemente por ser todavía más pobres de espíritu que las otras– han quedado fuera del circuito. Llegan muy en su papel de madres ejemplares, que apechugan con los críos durante el verano mientras el marido hace de rodríguez en Barcelona, resignadas por anticipado hasta que el climaterio las libere de sus frustraciones. Ante el ejemplo de las otras, las veteranas, y dándose cuenta de que no pueden escandalizarse, de que estaría fuera de lugar el hacerlo, dejan entrever que, si no fuera por los hijos, también ellas se entregarían a

idéntico ejercicio, desengañadas no menos que las otras del marido y, por extensión, de la actividad sexual, que no conciben aún al margen del matrimonio. Pero están los hijos, su escudo, su coraza, la razón última de que no hagan lo que les venga en gana; la razón única. Pues, por ellos, los hijos, por ellos y no por el cerdo del marido, harían de puta si fuera preciso, dicen, poniendo tal énfasis en semejante extremo que, a todas luces, queda claro que no sólo estarían dispuestas sino que casi desean que llegue a producirse la traumática circunstancia, la contingencia que las ponga a prueba. Y sé positivamente de casos que han terminado literalmente así, en forma de prostitución apenas encubierta; lo único que necesitan es un pretexto. Un pretexto que, frecuentemente, responde a una motivación tan sencilla como puede serlo la pignoración de alguna que otra joya, a fin de hacer frente a los gastos extra que acarrean determinadas debilidades cuando ya no se es demasiado joven. Y sé hasta de casos que helarían la sangre a cualquier mujer mínimamente normal, pues tengo entendido que aquella gente hace pagar sus favores sur place, que en la trastienda, como si dijéramos, tienen un catre y una bañera para tales menesteres y, según ciertas fuentes, incluso una especie de minicámara de tortura para uno de los jefazos, que tiene propensiones masoquistas. En esto, ni más ni menos, consiste lo que en su argot llaman contraprestaciones.

El otro Cadaqués, el Cadaqués de los jóvenes, más visible y llamativo en cuanto más estético, como corresponde al hábito que los jóvenes crean con su simple presencia vegetativa, igual y diferente cada verano, debo reconocer que no lo entiendo, con todo y aceptar en lo que vale la plasticidad que la juventud ha sabido siempre imprimir a su mundo, un mundo que ha dejado de ser el mío. Y conste que no lo digo con el orgullo retrógrado del antes era distinto, del en mi época estas cosas no pasaban y frases por el estilo que la gente suele hacer suyas conforme envejece. Pues si me desagrada decirlo es precisamente por lo que mis palabras puedan tener en común, aunque sólo sea en apariencia, con esta clase de mentalidad; y a otro nivel –más profundo–, por el temor a estar haciéndome vieja de verdad, a que no sea otra la razón de que cada vez me sienta más ajena a ese mundo de los jóvenes, de que no me vea capaz de apreciar los aspectos positivos de la mutación en las costumbres que, con su comportamiento, están introduciendo. Pues lo cierto es que, realmente, hace unos años, en Barcelona, en París, los jóvenes de entonces no éramos así. Pocas líneas más arriba he utilizado la palabra vegetativo, y éste es, precisamente, el término que mejor encaja con el modo de ser de los jóvenes de hoy, el concepto que mejor conviene a la vida que llevan: vegetar. Libertades, todas, inimaginables cuando yo tenía su edad; pero, más que bajo el imperio de la voluntad y el deseo,

esas libertades parecen llegarles como a la deriva, como flotando en ese remanso de atonía en el que se hallan inmersos. Sé de más de una chica de buena familia que hasta se ha dejado fornicar por marineros del pueblo, igual que las primeras turistas que llegaban sueltas, pero sin siquiera el animoso entusiasmo de aquellas pioneras. Y es esa inercia del joven, esa como indiferencia ante todo lo que a su edad debiera ser descubrimiento apasionado, lo que no me resulta posible comprender. Pienso sinceramente que sólo un lelo, uno de esos viejos gagá que no admite serlo, que así disfraza la depresión senil de saber en el fondo que lo es, que así desplaza y proyecta sobre los demás su propia esclerosis, en un intento desesperado de salvarse, de reengancharse con una manta liada a la cabeza; sí, que sólo un lelo de tal especie, pienso yo, puede aplaudir sin reservas –como más de uno aplaude– la actitud ante la vida de los jóvenes de hoy día. Sandeces como lo de que se empieza a ser viejo cuando se deja de entender a los jóvenes y todo eso. Y la culpa, creo yo, la tienen quienes, abusando de la superioridad moral que se deriva de su relevante posición en la sociedad, lejos de reprobar este tipo de mentalidad, han contribuido a estimularlo cuando no a crearlo. La culpa es, sobre todo, de esos profesores de universidad que, desprovistos ya de próstata, predican las demagogias más disparatadas con tal de aguantar como sea en sus cátedras.

Pero no fue el ambiente de Cadaqués ni la vida mundana que llevábamos la causa principal del hastío y el agobio que me atenazaban. Fue la casa en sí, en su funcionamiento interno, lo que se me hizo más insoportable. Pues era allí, en la casa, donde, a niveles todavía más sórdidos, mejor se reflejaban las tensiones sicológicas derivadas del choque de dos fuerzas antagónicas, crispantes como esos silenciosos relampagueos que aparecen en los cielos plomizos del crepúsculo, mero eco de los calores caniculares. Emilia cada día más irremediablemente falsa en su forzada afabilidad, en su papel de abnegada sirvienta salida de una novela naturalista, que representaba con una falta de convicción muy en consonancia con la obviedad de saberse descubierta, perfectamente clasificada como bruja madrina. Y junto a ella, pero por separado, en continuo vaivén, entrecruzándose como las sombras de dos ramas movidas por el viento, Constantino. (¡Qué forma, por cierto, de desperdiciar un nombre de tan altas resonancias!) El boicot sistemático al que se entregaba impulsado por su malignidad, las averías que –estoy segura– provocaba, los constantes percances que sufrían las instalaciones, llaves de paso, fusibles, válvulas, desagües y demás elementos integrantes de ese mundo subterráneo de cañerías y conducciones que se complacía en toquetear con el mismo alborozo irresponsable con que un diablo travieso maneja los controles del infierno. Su hipócrita condolencia al

anunciar cada desastre, la gorra en la mano, la sonrisa solapada desbordándole irreprimible, como si no fuera lo bastante delator el hecho de que únicamente con la barca no hubiera problemas; y ello, sin duda, gracias a su amor propio marinero, a sus grotescas pretensiones de lobo de mar. Lo que más le cabreaba, por otra parte, eran mis conocimientos de bricolage, mi habilidad y mi maña, mi eficacia probada cuando me apetecía ponerme manos a la obra, muy superior a la suya; y, por encima de todo, que sólo me pusiera manos a la obra cuando me apeteciera, cuando me diera la real y pomposísima de las ganas. Cosas así sobrepasan sus fuerzas, su misma capacidad de disimulo.

De vez en cuando, no faltaría más, les cae la reprimenda, el susto que se han ganado. Y es entonces cuando convierten en refugio su propia indignidad y degradación. Como la ocasión aquella en que decidí poner coto a las constantes distracciones de caviar, foie-gras y jabugo –nunca he puesto objeción, quede bien claro, a que dispongan como les plazca lo mismo de la nevera como de la despensa, salvo en lo que se refiere a esta clase de delicias que sus bastos paladares son incapaces de apreciar debidamente, constituyendo, por tanto, un verdadero desperdicio, no ya económico sino gastronómico, puramente técnico como si dijéramos, permitirles que consuman algo que les atrae por la simple razón de que es caro–, así como de determinados chocolatines ingleses tipo after eight. Y entonces Constantino, con su clásica sonrisa infame, no exenta de complacencia por la irritación que habían conseguido provocar en mí, acrecentada por la imposibilidad en que me veía de probar una acusación descaradamente cierta, recuerdo que dijo: pero señoreta, dijo; si aunque quisiéramos no podríamos hacerlo: no tenemos –se trataba en esta ocasión de un magnífico jabugo– dientes para cosas tan difíciles de masticar. Y, al unísono con Emilia, mientras ella se quitaba la dentadura para enseñármela, me mostró su lóbrega boca llena de agujeros, gastadas amarillosidades y negruras de nicotina. Algo horrible. Tanto que, con tal de no verles ni un instante más, así quedó la cosa. Pero saben de sobras que un día puedo irritarme definitivamente y cortar por lo sano, y esto les mantiene a raya. Gente que, como en las novelas de Salgari, de Sabatini o de Karl May que leía en mi infancia, respondería sin rechistar al nombre de perro, y no tanto en razón de su inferioridad respecto a la persona que con tal apelativo las denomina y, consecuentemente, las trata, cuanto por su fundamental servilismo, por su bajeza. Perros, borregos, reptiles, lo más obtuso, lo que mejor se arrastre. Por lo visto, cuando los procesos de Moscú, los acusados se aplicaban similares calificativos en sus confesiones.

Ni siquiera Herminia escapaba a la regla. Y tal comprobación no

dejó de afectarme, frustradas una vez más mis esperanzas de rescatar, de levantar de su condición a cuantas chicas como ella, sensibles, receptivas, parecían capaces de responder adecuadamente. Pues, muy al contrario, la intuición de lo que estaba sucediendo sirvió únicamente para estimular al máximo sus malos hábitos, aquella amabilidad que sabía hacer rayar en reticencia, aquella discreción llena de insinuaciones, aquella forma suya de moverse por la casa, dándole a todo aires de complicidad y misterio. Sobreentendidos que conseguían suscitar en mí una irritación y un fastidio comparables tan sólo a los que consiguió provocar con aquellos comentarios que estuvieron a punto de valerle la expulsión cuando todavía llevaba poco tiempo en casa y, aún por afinar, no acababa de captar el ambiente que allí se respiraba; lo que Camila y yo llamábamos el parte del lunes, su relato, mientras nos servía el desayuno, de las proezas amatorias de su novio, uy, qué hombre, nunca tiene bastante, nunca se cansa, y demás repugnantes confidencias dichas casi como con hartura, en un torpe y desencaminado intento, probablemente, de excitarnos. Pero lo peor era su mimetismo, lo que me ponía más nerviosa. Eso de que, estás de mal humor, ella también; estás de bueno, ella lo mismo. ¡Hasta si me encontraba indispuesta, con eso! Le dolía la cabeza, se sentía mareada, todo lo mismo que a mí. Una forma de irritarme tan fuera de los límites de lo tolerable que lo único que con ello lograba era que le empezase a tomar verdadera manía; eso era lo que se estaba ganando.

Total, que así es el servicio, desde la chacha más chacha hasta el mayordomo de librea. Unos porque quieren suplantarte y los otros porque te ven gozar de la vida, cosa que para ellos es el súmmum de la perversión y quieren estropeártelo, hacértelo pagar como sea. Soy consciente de que tal vez mi lenguaje suene insultante, ofensivo en exceso, a determinados oídos delicados, pero es que me saca de quicio este odio sistemático hacia cuanto de noble y hermoso tiene la vida, por parte de aquellos a quienes sus propias limitaciones les hacen incapaces de apreciarlo. Guste o no guste, así son todos. Y no hay excepciones. Pues lo realmente triste es que lo que vale para Constantino vale también para Herminia. Las motivaciones, en el fondo, son las mismas: el hecho, por ejemplo, de que además de ser rica, de estar físicamente en pleno esplendor y de ponerme al mundo por montera, en lo que a la forma de vivir se refiere, sepa hacer las cosas mejor que ella. No ya llevar una casa –lo que supone mejores dotes organizativas, esto es: mayor inteligencia– sino incluso las tareas más concretas, como lavar y planchar prendas delicadas o preparar platos de alta cocina. Envidia, en suma, y no sin motivo. Las crêpes Grand Marnier que hago.

La única anécdota que rompió la monotonía de aquel agosto me

sucedió una tarde en que, segura ya de mi triunfo y como si en Cadaqués me fuese imposible paladearlo, salí a dar una vuelta en coche, a desahogarme. Encontré el desahogo en el término municipal de Sant Pere Pescador y, más concretamente, en uno de esos puestos que los payeses montan a los costados de la carretera, con el fin de vender directamente sus verduras. Me detuve, pues, junto al puesto aquel, y no porque abrigase la intención de comprar ninguna clase de fruto, sino por la belleza del paisaje en que se hallaba situado, inmerso en la frondosidad creada por el curso del río. Pero quiso la casualidad que mayor aún fuera el interés que, de inmediato, despertó en mí la joven vendedora, una rubia de tal perfección, tanto en los rasgos cuanto en la figura, que nadie, en otro ambiente, hubiese aceptado la realidad de su condición campesina. El entendimiento fue rápido, casi que hasta demasiado rápido y demasiado fácil para mi gusto. El campo, además, tiene el problema de los insectos; y, especialmente en las márgenes de un río, el de los mosquitos. La experiencia, sin embargo, fue de lo más refrescante.

Un asedio es un asedio, de forma que los incidentes, lo mismo con las personas que con las ciudades, entran siempre dentro de lo previsto. En las personas, claro está, el tipo de incidentes cambia según el sexo; y yo diría que hasta en las ciudades, que también tienen su sexo. Barcelona, por ejemplo, como bien me hizo observar Raúl, es una ciudad femenina por excelencia, y así se ha comportado tantas cuantas veces ha sido asediada; una estrecha. Esto hace que todo se complique, que, de acuerdo con la situación, con las circunstancias concretas, cambien enormemente las actitudes de cada una de las partes. Yo, pongamos por caso, de ser ciudad, sería de esas que convierten a sus asediantes en asediados. Y lo mismo puede decirse de mis relaciones con los hombres: conquistar lo más directamente posible y no, como acostumbran las mujeres –muy equivocadamente, por cierto–, dejarse conquistar, en la creencia de que ésta es la táctica que hay que seguir con los hombres, como si la lucha, el enfrentamiento, pudiese darse por terminado algún día. No, mi táctica siempre ha sido la de atacar primero, anticiparme, y no soltar mi presa mientras no me convenga hacerlo. Una erección rápida, imprevista, disipa en el hombre todo atisbo de falta de confianza en sí mismo, fuente –bien por motivos de carácter, bien a consecuencia de un trauma síquico, de lo que seade un sinnúmero de rasgos conflictivos, timidez, retraimiento, debilidad sexual, etcétera, mucho más extendidos de lo que las mujeres, con su habitual estupidez, suponen. Y es que el hombre, cuando se ve responder sin problemas ante una mujer determinada, prefiere, en última instancia, la seguridad que le da esa mujer, al riesgo de descalabro que siempre implica una aventura con cualquier otra; de ahí que utilicen y hayan

terminado imponiendo la palabra aventura para designar esta clase de reacción: por el riesgo que para ellos supone. La mujer, en cambio, por lo general nunca llega a enterarse de lo que pasa, creyendo, como usualmente cree, que la culpa es propia –y a veces lo es–, que sus fracasos con los hombres son producto de una personal ineptitud para la cama, algo vergonzoso, algo que, por sus especiales circunstancias, por su carácter insólito y privativo, no se atreve a comentar ni con la mejor amiga. En fin, son cosas muy complicadas. Lo importante es romper esquemas, prescindir de los equivocados lugares comunes que rigen la conducta de hombres y mujeres, que hombres y mujeres tienen metidos en la cabeza. Partir de esta base es ya en sí una especie de arma secreta. Un tipo de arma que, al menos a mí, me ha dado siempre excelentes resultados con mujeres igual que con hombres. Las mujeres, eso sí, lo que a veces requieren es más tiempo, más círculos.

En lo que a mí concierne, el problema es no ir demasiado lejos, no dejarme llevar de esa pugnacidad que me quema por dentro, de esos impulsos que obnubilan mi recto razonamiento y que, después, en más de una ocasión, me han hecho rectificar, volver atrás. Lo que me sucedió, sin ir más lejos, al releer las fotocopias del epistolario Camila-Roberto, al caer en la cuenta de la calculada intencionalidad de la palabra bruja, en el fin que se habían propuesto al emplearla: ni más ni menos que el de un bofetón. Pero no el de un bofetón dado para ofender, sino, muy al contrario, para sacudir, para hacer reaccionar. Pues era evidente que, a estas alturas, ella sabía que yo leía sus cartas; son cosas que se adivinan, y Camila me conocía demasiado para no estar ya al cabo de la calle a este respecto. De ahí que, bien con la tácita complicidad de Roberto, bien sin ella, utilizara ese epistolario –estoy segura– a modo de vehículo de relación indirecta, refleja, entre ella y yo, un vehículo que, por su misma naturaleza, me convertía en verdadera destinataria, o destinataria final, de la correspondencia intercambiada. Y, fuese desde el principio, fuese como consecuencia del proceso de recapitulación que todo largo asedio proporciona, lo que estaba fuera de duda era que Camila tenía plena conciencia de la indiferencia que, al menos por mi parte, estaba invadiendo nuestra vida cotidiana, la más mortal de cuantas enfermedades son susceptibles de afectar al ámbito amoroso. En consecuencia, Camila había resuelto hacerme reaccionar, recuperarme para ella, designio que, una vez percibido, me obligaba a mi vez a modificar mi línea de conducta. No por otra razón respondí entonces, recurriendo al mismo vehículo epistolar, con una carta redactada en ese tono de carta que se escribe pero no se manda, y la dejé asomando del bolso un número de días suficiente como para que Camila se empapase de su contenido. Una carta llena de pasión y deseo inflamado, aunque, eso sí, con invectivas, sin un perdón más que prematuro, con violencia hiriente.

Como para darle la razón en lo de la bruja.

Mi propósito no era otro que el de escribir una obrita sin excesivas pretensiones trascendentes, pero trabajada como un orfebre trabaja sus materiales, metales nobles, piedras preciosas. Es decir: una pequeña joya. Con todo el impacto inmediato que produce, a la vez que con todo el interés y detenimiento que, pasado el primer instante, su apreciación requiere. Cosa que, en términos literarios, presupone la concurrencia de determinadas cualidades, elementos imprescindibles para la obtención de una obra brillante, llamativa, llena de ironía. Tampoco falta, claro está, algún que otro detalle, alguna que otra alusión de esas que todo autor se complace en meter para su particular satisfacción, cosas tomadas de la realidad, quiero decir, que, aparte de mí, sólo son captables por la persona directamente afectada, para quien la lectura del párrafo en cuestión puede suponer un sobresalto, y hasta un ramalazo de terror la inevitable pregunta: ¿cómo lo habrá sabido? Son lo que yo llamo confidencias de confidencias, algo equivalente a ese amigo de amigos o pariente de parientes, que utilizamos para designar, mediante un giro difuso, un tipo de relación muy concreta. ¡Lo que en una cama puede llegar a saberse de lo que pasa en otra!

Si me creo obligada a esta especie de declaración de motivos es sólo para mostrar, al margen de que haya o no haya conseguido plasmarlos en mi obrita, hasta qué punto soy consciente de lo que en ella he querido poner. Y también, en consecuencia, de lo que no he querido poner. Por esta razón, puedo permitirme afirmar, del modo más rotundo, que nunca ha entrado, ni de lejos, en mis propósitos escribir una especie de roman à clé, como implícitamente insinuaba Raúl en la carta que me mandó después de leer el libro. No era éste el único punto de desacuerdo, pero sí el principal, de aquella carta que, por su contenido, merecería más bien el calificativo de verdadera crítica, la más profunda de las críticas que ha tenido El Edicto de Milán, desbordante de agudeza y de juicios atinados, y hasta me atrevería a decir que francamente elogiosa, si se tiene en cuenta lo poco dado que es Raúl a expresar su entusiasmo, si se sabe interpretar el valor que para él tiene cada palabra, el peso específico que le otorga. La transformación de la realidad, venía a decir, es en exceso directa, ya que los personajes se atienen más en su comportamiento al de la persona tomada como modelo que al mundo de ficción en que se mueven, cosa que si bien puede excitar la curiosidad de los cuatro amigos que están en antecedentes, disminuye el interés del lector que no lo está y, en conjunto, resta autonomía creadora a la obra. El

aspecto más interesante –transcribo de memoria– reside, me parece a mí, en su estructura, en ese volver una y otra vez sobre el planteamiento primitivo, en ese irlo enriqueciendo con nuevas aportaciones, en ese irnos aproximando a Lucía, de hecho, el único personaje strictu sensu, el sol que ilumina cuantos planetas componen su sistema; un símil, dicho sea de paso, de lo más logrado. La obra –terminaba diciendo– existe en función de Lucía y, fuera de su discurso, nada ni nadie cobra vida propia. Con palabras acaso más precisas que las mías, ésta era, no obstante, la esencia de su análisis crítico. Un análisis, ni que decir tiene, que no anda falto de validez ni de penetración, aunque habría que saber hasta qué punto un inconsciente sentimiento de autodefensa, propio del que ve su terreno invadido, inesperadamente amenazado, tanto desde un punto de vista personal como profesional, no llevó a Raúl a recortar el alcance positivo de sus apreciaciones, a escatimar –en una palabra– generosidad.

Lo seguro, desde luego, es que, para empezar, ni yo soy Lucía ni tampoco Raúl tiene nada que ver con Luis, por más que ciertos rasgos coincidentes, a los que antes hice alusión, no dejaran acaso de vejarle. Y es que, felizmente, por más que Raúl, bajo el aguijón del amor propio, haya reconocido en la pareja Luis-Lucía alguna de otra cosilla de sus relaciones conmigo, el hecho es que, felizmente, repito, las semejanzas no sobrepasan jamás el campo de lo anecdótico. Porque lo cierto –y sé que Raúl lo sabe– es que nadie corresponde a nadie, que todos los personajes de El Edicto de Milán son seres de ficción. Seres, eso sí, dibujados con trazos inspirados en la realidad, tomados de personas reales, de mí misma en primer término. Como en todas las novelas, me supongo.

Bueno, Javier, el Javier de mi novela, tiene muchos puntos en común con Juan Antonio, mi ex; aunque no precisamente en lo que a su aptitud erótica se refiere, por supuesto. Pero hubiera sido excesivo que Lucía admitiese que Javier, en la cama, era un desastre tipo J.A., con lo que queda un tanto desvirtuada, creo yo, la acusación de Raúl relativa a una mayor adecuación de mis personajes al modelo real que a las exigencias de la ficción. Ya que, cuando Lucía resalta las cualidades amatorias de Javier, el lector debe darse perfecta cuenta, espero, de que para ella es una pura cuestión de prestigio cara al grupo. Por lo demás, J.A. es casi el marido prototípico en determinados medios de la burguesía barcelonesa; hay miles de J.A., de gilipollas en diverso grado y de diverso matiz, sólo a partir de los cuales cabría rastrear las huellas de mi Javier.

Camilo es ya otro punto, pues aunque –en términos de Raúl– también exista el modelo real, no creo que esta clase de tipos sean típicos del Líbano ni de Argelia ni de ninguna parte, sea cual fuere el lugar del que han salido. Su fidelidad al modelo es completa, pero,

siendo éste tan raro, me imagino que da lo mismo. El real se llamaba Camil y no era cubano sino libanés. Pero pertenecía de veras al FLN y tenía documentación argelina. Lo que no me explico, siendo libanés como aseguraba ser, es su color; no sabía que en el Líbano hubiera gente tan negra. En fin, un verdadero lío.

Al parecer, poco tiempo después de que yo le perdiera de vista, en el curso de una de esas luchas por el poder que se desarrollan en el seno de organizaciones tipo FLN, su facción fue derrotada, y a partir de entonces, según tengo entendido, vive exiliado en Suiza, a salto de mata, acertado en su acción política como en todo. El cubano que utilizaba al hablar las expresiones que yo atribuyo al libanés era un amigo de Federico; también de la acera de enfrente, me imagino. Y, al igual que Camilo, el falso argelino, el sodomita barrigudo, acabó exiliándose. Lo que no recuerdo exactamente es su nombre: uno de esos, más bien extravagantes, que a veces tienen los hispanoamericanos.

Aunque parezca chocante, lo que sí es no sólo cierto sino además autobiográfico, es lo del sueño, aquel sueño que Lucía aseguraba haber tenido cuando Camilo la abraza. Yo estoy sentada y, entonces, un hombre que no conozco, a mi espalda, me tapa primero los ojos y luego me abraza por detrás, besándome; nunca veo su cara, pero no hay que ser un lince para saber que cualquier sicoanalista lo identificaría con mi padre. Bueno, digo yo. El hecho es que tal y como lo describo con Camilo, me sucedió con el libanés o falso libanés; exactamente así. Quede claro, en todo caso, que Camilo y Camila, mi Camila, nada tienen que ver. A Camila no la conocí hasta después de haber escrito mi obrita. Quizá su nombre hizo que me interesase por ella de inmediato, no lo niego; como prueba de que la naturaleza imita efectivamente al arte.

Charlotte, en cambio, corresponde en parte, sólo en parte, a Claudia; viene a ser una Claudia algo menos loca que la Claudia de verdad, la primera persona que me hizo conocer el amor. Se dedicaba a la fotografía como Charlotte, aunque con mayor fortuna; hoy es, probablemente, la repórter gráfica más cotizada del país. Nos conocimos en el internado, pero después seguimos siendo amigas, la única de mis compañeras de entonces cuya amistad se ha mantenido a través de los años. En una ocasión, me la encontré en el aeropuerto, yo volviendo de París y ella de Londres, igual que Lucía se encuentra con Francisca en la escena que cierra lo obra. Y, así como ellas quedan en verse, también nosotras volvimos a vernos. ¡Y tanto que nos vimos! Ella fue, precisamente, quien me rescató de las garras de la Francisca real, de la Maldonado, en Madrid; un episodio que estuvo a punto de dar al traste con mi matrimonio, de echarlo a pique por anticipado, cosa que sin duda hubiera sido una suerte, aunque entonces no tenía

por qué saberlo. Ni que decir tiene que lo de la galería de arte es inventado; pero la gente que se desenvuelve en este ámbito viene a ser la misma que la del mundo de la fotografía. En lo que se refiere a la costumbre que tienen Charlotte y Lucía de hablar inglés entre ellas, es algo que mi hermana Margarita y yo hacíamos normalmente cuando éramos niñas. Luego he seguido poniéndolo en práctica alguna que otra vez, sobre todo cuando no quieres que el servicio te entienda.

El caso de personajes como Gina, Sergio Vidal, etcétera, es muy similar al de J.A. En Barcelona hay millares de Ginas y cientos de pintores tipo Sergio; algunos, al igual que Sergio, de familia conocidísima. Y lo mismo puede decirse de los cientos de miles de individuos a lo Jacques que, de un tiempo a esta parte, proliferan por todas las universidades del mundo, y que no constituyen, ni muchísimo menos, un fenómeno típico de Bellas Artes, ya que, para empezar, y aunque nunca llegué a examinarme, lo que yo estudiaba durante mi primera época parisina no era Bellas Artes sino Historia del Arte. No, tipos así te los encuentras en todas las Facultades. Tipos de esos que estudian sociología y cosas por el estilo hasta los treinta o cuarenta años y que, una vez pasan de estudiantes a profesores, no sirven más que para perpetuar su propia locura, inculcándola a las nuevas generaciones. Gente que cambia en el aspecto físico –pelos blancos, dientes postizos, dioptrías–, pero no en su nivel intelectual ni en su catadura moral; que, corroídos por su frustrada sexualidad y sus vicios inconfesables, envejecen pero no maduran, la estructura de sus células cerebrales no menos caótica que el equilibrio hormonal. Atraídos no por las ideas sino por la disolución de las ideas, van de Marx a Marcuse como antes del existencialismo al marxismo y después al estructuralismo y así siguiendo. Luego, para darse mutuo bombo, escriben en cualquiera de estas revistas de las que todo el mundo habla pero nadie lee, para qué citar nombres, tal para cual, como dice Ferraté. Sé positivamente que incluso los que pretenden haber sentado cabeza y se casan utilizan las reuniones políticas como simple tapadera de sus amorcitos.

Quien sí tiene una correspondencia real muy concreta, posiblemente el que más de todos, es Abelardo, vivo retrato de un tío del partido llamado Modesto Pírez, responsable de no sé cuántas detenciones en Barcelona, la de Raúl entre otras. El nombre lo tomé de otro militante –no sé por qué, pero Abelardo es un nombre que suena a comunista– que rondaba por allí en aquella época y que también me caía muy gordo: el valenciano Abelardo Escuder o Peñalver o quizás Aguirre, un ser sobón y odioso que trabajaba de camarero, un tipo de una oligofrenia fuera de lo normal. En fin: el nombre de un miserable para otro perfecto miserable. Pero lo de los libros no fue así exactamente, y no ya por La Batalla del Puente Milvio, un libro que ni que decir tiene

que nunca existió, sino por los otros, los que Abelardo se lleva del cuarto de Lucía; el único título real que recuerdo es el de La Sagrada Familia, un libro que no tenía nada que ver con el templo que Gaudí dejó a medio construir en Barcelona. Yo creo que Raúl ni siquiera estaba al tanto del asunto, ya que nunca me hizo el menor comentario al respecto y yo, por mi parte, juzgué preferible no preguntar, no resucitar malos recuerdos. Lo más probable es que, de no haber leído El Edicto de Milán, ni siquiera hubiera tenido conocimiento de la anécdota, que, por cierto, le hizo mucha gracia. Dijo, más o menos, que en caídas como aquélla, cuando hay un tipo dispuesto a cantarlo todo, estos detalles carecen de importancia. Por otra parte, que yo recuerde, no tuve con aquel miserable trato carnal de ninguna clase.

El medio social de Lucía, las referencias a su infancia, etcétera, me son parcialmente afines, como también lo son a tantas otras chicas de mi edad, pertenecientes a familias burguesas venidas a menos, con estudios en colegios de monjas y demás. Pero los datos más distintivos, que me harían perfectamente localizable, no son ni mencionados: la muerte de mi padre en el exilio, el posterior comportamiento de mi madre, la venta de Aiguaviva, por poner algún ejemplo; cosas que me marcaron profundamente. Hay elementos, en cambio, por lo general menores, de segundo orden, que me son muy próximos. Así, cuando al hablar del colegio evoco la figura de una hermana, la hermana Marta, que prepara torrijas y otras golosinas para Lucía: justo lo que la hermana encargada de las cocinas me preparaba a mí. Marta era su nombre verdadero, su nombre civil, pero esto era un secreto que casi nadie conocía, como tampoco su apellido, que era italiano –Benelli o algo así–, aunque ella hubiera nacido en Barcelona; un encanto de mujer a la que debo el haberme iniciado en tantos aspectos de la vida. Luego, por lo visto, dejó el convento y se enchuló con un hombre de los bajos fondos, una especie de hampón centrado en el proxenetismo. A ella, en el convento, se la conocía con el nombre de Sor María de la Santa Faz. Siempre he pensado que en eso de la elección de un nuevo nombre, de un seudónimo, de un nombre de guerra, etcétera, actúa una fuerte carga compulsiva que, a nivel inconsciente, hace elegir justo tal o cual nombre en lugar de cualquier otro. Vamos, lo mismo que con la elección de los nombres de los personajes. Salvo que el autor juegue precisamente con la malicia del lector, claro.

Volviendo a mi obrita, quisiera asimismo destacar que cuantos vínculos con la realidad quieran encontrarse vienen dificultados, cuando no desvirtuados, por la ausencia, en el relato –dos recursos que no soporto, creo haberlo dicho antes– así de toda descripción (estas cosas las dejo para los baedekers y cicerones, que lo hacen mucho mejor) como de diálogo, esa maniática transcripción de lo que

dice la gente, que no sé si es más farragosa que estúpida o al revés, ya que, si por un lado es falso que la gente hable así, por otro, sobran cuatro quintas partes de las palabras transcritas, al menos desde un punto de vista literario. Pues lo que se habla es un bla-bla-blá que, si cansa en la vida real, en las obras de ficción resulta aún más insoportable, salvo cuando, como en Shakespeare, sobrepasa sus propios límites, deja de ser diálogo. La mejor prueba de lo que digo la tenemos en el teatro. Exceptuando a Shakespeare y a los griegos. Ellos no tienen la culpa de que los actores de ahora no sepan interpretar sus obras.

Las trasposiciones de lugar, aparte de escasas, desde luego que resultan obvias: Camprodon por Puigcerdà; bien, ¿y qué más da? En Camprodon no he estado más que una vez, y fue, precisamente, con la verdadera Francisca, la virago, que me introdujo en las intimidades de un círculo de congéneres que allí tiene su centro, poco antes de que todo acabase como el rosario de la aurora. Ni que decir tiene que estos hechos fueron sopesados a la hora de dar por bueno el final de mi obrita y que estuve a punto de cambiar las alusiones a Camprodon y a Francisca (¡la pobre Claudia!), pero, en definitiva, me pareció que tales alusiones no hacían sino reforzar, aunque fuese para mí sola, la carga irónica que andaba buscando. La catástrofe de Camprodon fue de tal magnitud que, hasta cierto punto, precipitó mi boda con J.A., una decisión que estaba todavía muy lejos de cristalizar y que, con tanta duda, tal vez no hubiese cuajado nunca de no ser por culpa de la Maldonado. Pero, poseída de esa particular predisposición expiatoria que, tras las más alocadas orgías y las más delirantes exuberancias, impulsa al ser humano a reintegrarse a la paz del orden tradicional, opté por casarme. Gracias, Francisca: tus amigas no te olvidan. Seguro.

Otra consecuencia no menos directa de mis relaciones con la Maldonado es la aversión que desde entonces siento hacia el teatro en general y los actores de teatro en particular. Para mí, ser actor o actriz de teatro constituye una enfermedad como cualquier otra; qué sé yo, como ser homosexual o estar loco. Lo insufrible que puede llegar a resultar esta clase de gente, su afán exhibicionista, sus ilusiones de trascendencia, sus ansias de protagonismo, sus mitos, el contacto con el público y todas esas mandangas. Lo que yo llamo complejo de Star, un mecanismo capaz de mover lo mismo a una actriz de tercera como la Maldonado que a una Marilyn Monroe; argucias y patrañas con las que cada una de ellas enmascara apenas un planteamiento esencialmente narciso, egocentrista, de lo que es o debiera ser su propia vida, una vida que, en sus fantasías, ven venir a modo de crecida avalancha, cines y teatros repletos de público, enjambres de periodistas y fotógrafos, grandes escándalos, titulares a toda plana,

multitudes que la persiguen y acosan, que la violarían, que la lincharían si pudieran. Los sueños megalómanos y satisfacciones inconfesables que yacen bajo el manto de la tan destacada popularidad. Y el dinero.

Ahora bien: la raíz del mal no está en la gente de teatro, que aprovecha el escenario para exhibirse, sino en el teatro en sí, ese tedioso rito que unos cuantos lunáticos se obstinan en perpetuar con fortuna no mucho mayor que la que obtendría una misa, la santa misa, si algún día se pretendiera convertirla en espectáculo de masas, adaptado a los gustos del momento, a las teorizaciones entonces en boga. Como el teatro de hoy día, ese teatro que afirma cumplir una especie de función social a base de sacar a la calle cuatro desharrapados en guerrilla, cuatro extravagantes en bombín y camiseta que se meten con la gente y van diciendo cosas sin ton ni son.

Core Ingrato y la terraza del Marítim a las nueve de la mañana, cuando, pese al dulce sol, se halla completamente desierta. ¿Qué mejor marco ambiental para saborear mi triunfo? Sola frente al esplendor azul, sin más testigo que el Pere y su discreción de gárgola, perfectamente al tanto de lo mucho que me gusta gozar a mis anchas de estos momentos en que la falta de vitalidad de los trasnochadores pone la terraza del Marítim a mi entera disposición.

¿Cómo no evocar cada vez la vez que fue la primera, cuando, a la vuelta de una de mis escapadas a Colera con Claudia, decidimos llegarnos hasta Cadaqués? Pues tal fue, en efecto, mi primer contacto con Cadaqués: la visión que ofrece el pueblo desde la terraza del Marítim, al sol, tomando unos martinis secos en compañía de Claudia, escuchando el Catari, Catari de Core Ingrato: una inenarrable sensación de estar respirando la belleza misma. Como cautivada, pedí una y otra vez el mismo disco; como si de su continuidad dependiese la embriaguez de los sentidos que experimentábamos. El Core Ingrato de ahora –que regalé personalmente al Pere en sustitución del primero, tras un viaje relámpago a Barcelona– es la mejor grabación que pude encontrar; pero la voz de tenor que la interpreta no puede ni compararse a la de aquella mujer cuyo nombre desconozco y que, más que mujer, tal vez fuese deidad, ninfa inaferrable. Por aquel entonces, el Pere era un joven de bigotes negros, hermoso como un griego. Claro que también Cadaqués y el mundo en general eran entonces más bellos.

Aunque no el único, éste fue acaso el más permanente de mis recuerdos con Claudia. Como no teníamos bastante con vernos en

Barcelona, hacíamos frecuentes escapadas a su casa de Colera, un pequeño pueblo de pescadores situado algo más allá de Port de la Selva, cerca de la frontera francesa; recuerdo que, al principio, no había forma de que yo pronunciase correctamente el nombre, de que dijese Colera en lugar de Cólera. He vuelto posteriormente, y creo que, en verdad, lo mejor que tenía el pueblo era Claudia. Luego, a ella le entró ese gusto por Londres que nunca he llegado a explicarme, y yo me casé: dos decisiones igualmente equivocadas. ¿Cómo es posible que una mujer como Claudia pueda encontrar algún atractivo en ese país esencialmente zurdo que es Inglaterra?

Amor: una palabra que hoy día suena casi a cursi, al igual que cuantas palabras expresan vitalidad, fuerza, pasión, un desuso, un desprestigio efímero y timorato que no deja de ser sintomático respecto a los tiempos que nos ha tocado vivir. La gente no dice amo; la gente dice quiero, tanto si se trata de personas como de cosas, igual de una mujer que de una motocicleta o un helado. Yo no: yo sigo llamando las cosas por su nombre, aunque la palabra nada gane en claridad; o justamente por eso, porque la oscuridad es parte consustancial del concepto. Querer algo es una expresión que no admite equívoco. En cambio, ¿qué es amor? ¿Qué es estar enamorado? Aun ahora, yo no sabría decir si estuve realmente enamorada de Claudia. Lo que sí sé es que no fue mi primer amor ni, desde luego, el único. Pero, si fue o no fue verdadero amor, no lo sé a ciencia cierta. Y es que, en materia de amor, hay siempre una importante dosis de sugestión, de autogestión, quiero decir. Es curioso cómo hasta en las aventuras que una inventa ante el ser amado, dejándose arrastrar por el vengativo propósito bien de responder, bien de anticiparse a una posible infidelidad por su parte –y de calmar los celos por la nuestra–, cómo en esas aventuras imaginarias, decía, los rasgos que definen al pretendido y episódico amante acaben por cobrar realidad, vida propia, convirtiéndose el ser así configurado en una especie de amigo, al que vamos conociendo más y más conforme pasa el tiempo, de forma similar a como un autor se familiariza con los personajes de su obra según la escribe.

En lo que concierne a la creación literaria, concretamente, el fenómeno al que me estoy refiriendo constituye un elemento en cierto modo autónomo, generado por la ficción en sí, a la vez que un elemento añadido a la ficción por nosotros mismos, presente en nosotros antes que en la ficción. Y esto lo digo no sólo a título activo, como autora que soy, sino también a título pasivo, como lectora, como espectadora, siendo cual es una operación completamente reverso de la otra. Así, nada más ilustrativo que mi experiencia con aquel cuadro que, en mis tiempos de París, me detenía a contemplar cada vez que iba al Louvre –generalmente después de comer–, aprovechando mi

pase de estudiante. Un cuadro de Poussin titulado La Cólera de Aquiles, que se encontraba en una de esas salas dedicadas a pintura francesa que hay que recorrer quieras que no, ya que sirven de acceso a la Grande Galérie. Mejor dicho: a la Grande Galérie se puede llegar siguiendo un montón de recorridos, pero yo me las arreglaba para pasar siempre ante el cuadro de Poussin. Por aquel entonces, como quiera que Malraux aún no había puesto las cosas en su sitio, nadie se atrevía a considerar siquiera esta clase de pintura, la de Poussin y su época, que era despachada con cuatro lugares comunes, academicista, retórica, desprovista de interés plástico. Pero a mí, con todo y reconocer que Poussin había cometido el error irreparable de no haber sabido anticiparse a Picasso, me parecía un gran cuadro. Para empezar, la especial fascinación que sobre mí ejercía, de innegable carácter literario, difícilmente hubiera superado el nivel de la anécdota y alcanzado semejante capacidad de fascinar, sin una oportuna solución plástica del drama representado: la ira de Aquiles al verse desposeído de Briseida. De hecho, creo yo, la primera reacción –considerada en el contexto de la personalidad de Aquiles– de profundo valor sicológico que registra la literatura arcaica. Una reacción que, ni destino fatal ni dictado de los dioses, supone una personalidad tan similar a la nuestra que ningún siquiatra de hoy día, con sus cómodos esquemas clínicos, dudaría de calificarla de vulgar ataque de histeria. Para mí, en cambio, poco inclinada a reverenciar principios científicos que no hacen sino desmentirse los unos a los otros, es la cólera de quien, una vez más, se siente objeto de la traición y el abandono, como si de antemano alguien o algo le hubiese condenado a ello. Un sentimiento que le llevará incluso a convertir la renuncia a la lucha en una forma de lucha, en una forma de asedio, de inacción activa contra sus compañeros de asedio, a cuya suerte antepone la reparación de la afrenta de que ha sido víctima, réplica de la desposesión original, por trágicas que sean para todos las consecuencias, para sí mismo en primer término.

La impresión que, como lluvia sobre tierra mojada, produjo en mí aquel cuadro fue tan intensa que, años después, a la hora de buscar título a mi obrita, dudé largamente entre el definitivo Edicto de Milán y su alternativa, La Cólera de Aquiles. Este último fundado, claro está, en la reacción de Lucía contra Luis –quien, según ella sospecha, está engañándola con otra en Barcelona–, reacción de despecho que no producirá sino desastres. El Edicto de Milán, por el contrario, se justifica más bien en la trayectoria de Lucía considerada en su conjunto, desde su salida del medio familiar hasta su reinserción en la sociedad a través de la institución matrimonial, pasando por una fase intermedia de ruptura, fase episódica que constituye el núcleo de la novela propiamente dicha, si bien respecto al resto de la trayectoria

supone apenas un paréntesis, reducida su relación con Luis a mero accidente desprovisto de mayor relieve. Una trayectoria similar a la que llevó al emperador Constantino, hijo de madre cristiana, a la proclamación del cristianismo –aunque personalmente se inclinara por el culto solar– como religión oficial del Imperio Romano. Más de uno, supongo, pensará que me estoy pasando de rosca, que nadie sería capaz de captar, sin más explicaciones, el significado del título. Pero este tipo de cábalas y conjeturas me tiene sin cuidado. Yo estoy convencida –y eso me basta– de que, aparte de las sugestiones, de las impresiones, de las alucinaciones, que así el autor o emisor de una determinada obra, como su receptor, lector, espectador o lo que sea, aportan a su interpretación, hay siempre, consciente o inconscientemente, un destinatario secreto por parte del autor, respecto al cual, consciente o inconscientemente, tiende a identificarse cada lector. ¿Qué, si no, podría explicar la emoción en forma de palpitaciones, que experimenté al conocer a Camila ante la simple mención de su nombre, y no precisamente como trasposición femenina de Camil, sino por los ecos que la Camila de la Eneida, la intrépida amazona muerta en combate, despertaba todavía en mí? Pues, al igual que un autor se anticipa en ocasiones a su época, ese destinatario secreto, en virtud de la misma correspondencia objetiva al impulso subjetivo que le dio origen, persiste como reencarnado a través del tiempo.

No deja de ser paradójico que fuera el propio Raúl quien me hablara de ese destinatario secreto, un concepto que yo había intuido desde siempre, pero que sólo él supo formularme con las palabras precisas, más rigurosas, posiblemente, que las mías. Con todo, igual que yo reconocí en esas palabras algo inherente a mi pensamiento, así, de forma similar, el verdadero destinatario de estas líneas se reconocerá en ellas como tal sin posibilidad de equívoco. De ahí, justamente, mi creencia de que Raúl no daba a su descubrimiento la importancia debida, ya que, en definitiva, parecía supeditar la personalidad de ese destinatario a la personalidad del autor, cosa con la que no puedo estar de acuerdo.

Para Raúl, si no entendí mal, todo autor escribe siempre sobre sí mismo, por muy ajena que a sus experiencias personales parezca la obra, por muy alejada que de su vida cotidiana sea en apariencia la realidad que inventa. Y esto seguirá siendo válido aun en el caso de obras de género –policíacas, ciencia ficción, etcétera–, puesto que lo interesante, ante todo, sería dilucidar el motivo de la atracción que sobre él ejerce el cultivo de tal o cual género. Pues ese autor, nuestro autor, no está sólo en el personaje o personajes donde cree haber puesto algo de sí mismo; el autor está en todos sus personajes sin excepción, en la entera materia narrativa y hasta en la manera en que

estructura y organiza esta materia narrativa en un mundo coherente, un mundo que, de hecho, es sólo la proyección del paisaje en que discurrió su primera infancia, de los fantasmas que la poblaron, de aquellos seres que se iban desgajando –incomprensibles, aterradores– de esa individualidad que en un principio lo abarca todo: yo y lo que no es yo.

Bien, pues la lectura –decía– supone un fenómeno a la vez paralelo y contrapuesto al de la escritura: a través de las obras de ficción, en medida mucho mayor que a través de textos testimoniales o especulativos, el lector descubre en el mundo aspectos hasta entonces no imaginados que le ofrecen un conocimiento inmediato así del mundo como de sí mismo. Y, sobre todo, de cuanto, aun sin haber llegado a definirlo, sin haber meditado siquiera al respecto, oscuramente esperábamos desde siempre, así del mundo como de nosotros, lo que así del mundo como de nosotros quisiéramos, o mejor, lo que así del mundo como de nosotros nos tememos.

Raúl, en este sentido, distinguía dos apriorismos, dos actitudes previas al acto de leer: la del lector de un periódico o de un texto cualquiera de carácter documental o informativo, y la del lector de una obra de ficción. En el primer caso, el lector está predispuesto a creer en la realidad indiscutible de lo que lee, en que lo que lee ha sucedido realmente. O, por el contrario –aunque viene a ser lo mismo–, que todo es falso, que la información está manipulada, que todo sucede al revés de como se cuenta. Mientras que, frente a una obra de ficción, pese a partir del presupuesto de que la realidad de lo relatado es pura convención, el lector se integra en ese mundo inventado con una entrega muy superior, afectado mucho más profundamente que por la noticia, que por la solución del problema de quién mató a Kennedy o similar embrollo, que despierta interés en la medida en que, como bien suele decirse, parece de novela. Real o no real –sostenía–, creída o no, si la noticia jamás iguala en atractivo profundo a la lectura de una obra de ficción, el hecho es consecuencia de que con ésta se dispara en el lector ese mecanismo al que acabo de referirme, un mecanismo a la vez inverso y paralelo al de la escritura, al que, con el acto de escribir, se dispara en el autor. Y sostenía también que las excepciones límite –la lectura de una esquela por parte de los deudos, el comienzo de la tercera guerra mundial– son excepciones sólo en apariencia, ya que, mejor que lectura de un hecho real, hay que considerarlas acontecimiento, realidad misma.

En cuanto a los trabajos de carácter especulativo, es el paso del tiempo lo que les resta validez, según Raúl, con sólo enfrentarlos a nuevas realidades, a nuevas demostraciones articuladas en sistemas de coherencia no menor que los precedentes. Así, mientras las obras de ficción guardan su oscura energía a través de los siglos, las obras de

pensamiento, neutralizadas por el mismo engranaje que contribuyó a su desarrollo, van quedando relegadas a la categoría de monumentos del pasado, construcciones que podemos admirar como el turista admira –aunque sólo sea para sacarse una foto a sus pies– la gran esfinge de Gizeh, pero que nada tienen que ver con nosotros. Recuerdo que lo de la esfinge me hizo mucha gracia y, naturalmente, cuando Camila y yo estuvimos en Egipto, lo primero fue mandar a Raúl la imprescindible foto. No obstante, aun y aceptando todo eso en líneas generales, las excepciones a la regla son, en mi opinión, más numerosas de lo que parece a primera vista. Cuando yo releo El Edicto de Milán, por ejemplo, dada mi condición de autora a la vez que de lectora y, hasta cierto punto, protagonista. Mi caso es aparte. Completamente aparte.

Lo que, al igual que lo de la esfinge, encuentro en verdad muy bien observado, es eso de la obcecación del lector de periódicos. Durante mi época parisina tuve ocasión de comprobar que la mayor parte de aquellos tíos que iban por l'Alouette, por l'Irondelle, quiero decir, se obstinaban, efectivamente, en interpretar justo al revés cuantas noticias aparecían en la prensa española. Donde ponía negro leían blanco, con la particularidad de que más de una vez resultaba ser negro. Y es que pasa lo mismo que con lo que la gente dice del nudismo en las encuestas, entrevistas y todo eso: que sí, que bueno, mientras los cuerpos sean atractivos. ¡Como si los cuerpos atractivos no lo fueran en cualquier circunstancia! ¡Como si los cuerpos no atractivos chocasen más en un campamento nudista que en la calle! ¿Y vestidos para una boda? Pues con eso de las noticias es lo mismo: idéntica falta no ya de perspicacia sino hasta de imaginación. Un físico desgraciado será siempre un físico desgraciado.

Incluso por aquel entonces, en los momentos más difíciles, Raúl supo conservar cierto sentido crítico, ésta es la verdad; un sentido crítico que nunca llegó a perder del todo. Pero la casi totalidad de sus amigos, de sus compañeros, camaradas o como quiera que se diga, eran de estos comunistas que, influidos más por Fabiola o por El Signo de la Cruz que por Marx, ven en cada rico un Nerón y en cada mujer de cierta clase una Popea. En lo que a ellos respecta, debían de verse como Frederic March en el papel de centurión Marcio, un pagano que, por amor a una cristiana, accede a una más elevada concepción del mundo y se hace comunista. Un amor que, ni que decir tiene, simboliza la toma de conciencia que precede a la entrada en el partido, un género de sentimientos, o mejor, de pensamientos, que yo, desde luego, no era la persona más indicada para propiciar. Me veían más como Popea que como Fabiola, se les notaba. Tipos que parecían sacados de una de esas aburridas obras sobre comunistas que en el fondo son buenas personas, que lo único que les falta es creer en Dios

–a veces ni eso, con frecuencia mucho mayor de lo que suele creerse–, y curas populistas a la vez que tradicionales, personajes ambos que, dibujados con trazo firme, finalmente acaban por entenderse. ¿Y por qué no?, me pregunto. ¡Si están hechos el uno para el otro!

Por lo demás, las preocupaciones personales de los componentes del grupo no se diferenciaban en nada de las de otros jóvenes de su edad. Esto es: eminentemente ligadas al sexo. A lo sumo, algo agravadas en su caso, más acentuado el carácter de idea fija. Me refiero, claro, a todas esas obsesiones cuantitativas, consustanciales, por lo visto, a la condición de estudiante: número de veces que son capaces de hacerlo, duración por vez, medidas de eso que llevan delante, etcétera. Conjeturas y apuestas que normalmente son experimentadas a expensas del ejército de reserva sexual formado por las chicas que están estudiando en una ciudad que no es la suya, carne de cañón de los chicos y, eventualmente, de otras chicas. Se les reconoce fácil, ya que en lugar de ser buscadas son ellas las que buscan, en razón de algún impulso de origen sociológico, sicológico o lo que sea, que no tiene mayor interés. Lo interesante es el fenómeno en sí, la manipulación que de él hace cada uno en provecho propio, engalanándolo con ideas revolucionarias y lo que haga falta. Tipos como Camil, con su manía de hacer el amor a las mujeres como si de hombres se tratara. Por suerte, la habitación era fría y hacíamos el amor bajo un montón de mantas, de modo que, cuando me hartaba, no me resultaba difícil hacerle creer que lo estaba haciendo por ahí, que lo había hecho; aunque tarde o temprano se descubre el engaño, simular eso es mucho más sencillo de lo que parece a primera vista. A fin de cuentas, también los hombres tienen sus trucos, y a veces simulan empalmar un acto sexual con otro, sin solución de continuidad; a mí no me la dan, desde luego, ya que siempre he sabido distinguir cuándo es cierto de cuándo no gracias a determinadas características del verdadero orgasmo que acaso ni ellos mismos conocen.

Pese a todo, es excelente el recuerdo que guardo de aquel período de mi vida, rescatado el conjunto por determinadas impresiones parciales. En palabras que no son mías, nunca mejor aplicado aquello de: me parece igual a un dios el hombre que frente a ti se sienta y tan cerca te escucha, absorto, hablarle con dulzura y reírte con amor. Quién sabe si, de haber ido todo por otros derroteros, lo que hoy es actitud autoimpuesta no pasaría de ser, tal vez, puro placer lúdico.

No deja de ser curioso que, si hoy algo me apena, sea lo circunstancial. Casos como el de Nuria. Pues Nuria es una chica de muchas cualidades que, si alguna desgracia tuvo, fue la de conocer a Raúl, de poner en él todo su amor; en tales condiciones, cuantos esfuerzos se hagan luego para encontrar una salida, no sirven de nada.

No es posible hacer girar la propia vida en torno a otra persona, como ella ha hecho, sin irse marginando, vaciándose, reduciéndose, eclipsándose más y más. Y eso con tanto mayor motivo cuanto que, como suele suceder en estos casos, si él la quiso, ya no la quiere. Más aún: le fastidia, le agobia, le harta –y es normal– tener una persona pendiente de él todo el tiempo, dando vueltas a su alrededor como si de un satélite se tratara. Estoy convencida, no obstante, de que, para Raúl, esta relación tan conflictiva, susceptible así de generar energía como de consumirla, ha sido de signo positivo, estimulante como experiencia, creadora. No una relación en la que cada parte se beneficia de algo, quiero decir. Al contrario: una relación en la que una parte se crece y gana en la misma medida en que la otra desmerece y pierde. De ahí la Nuria de hoy, debilitada no ya desde un punto de vista moral sino hasta meramente físico, hecha una alcohólica temerosa y desamparada, ella que, con otra clase de hombre, hubiera podido ser perfectamente feliz. La pobre quiso volar demasiado alto. No era el tipo de mujer capaz de ganarse a un Raúl, eso es todo. Cuanto Raúl y yo podamos tener en común, ella lo tiene en desacuerdo tanto con Raúl como conmigo. Y, al decir en común, sumo lo equivalente a lo complementario. Mientras que Nuria, en el mejor de los casos, no pasa de representar lo suplementario.

Pero éstas son cosas de las que sólo me doy cuenta ahora, tantos años después. Lo mismo que respecto a mi obrita, El Edicto de Milán. Ya que sólo ahora me siento realmente capacitada para juzgar así sus fallos como sus aciertos, fallos que ahora no cometería –ni volveré a cometer– y aciertos que no haría sino acentuar. Aunque a veces no puedo dejar de pensar que, si mi escritura no alcanza los elevados tonos que debiera, será, quizá, porque me robó las palabras de antemano esa persona que no parece sino haber empeñado su vida en la tarea de dejarme sin voz.

VIII

Mauvaise milk, por decirlo delicadamente. Eso es todo lo que, hasta donde alcanza mi memoria, parece despertar en la gente la figura de mi padre. Esa es también, en lógica contrapartida, la clase de trato que de mí puede esperar esa gente, la gente.

En medios familiares, con el clásico lenguaje de estos medios, se comentaba su afición a las faldas; con estas palabras y bajando un poco la voz, claro, como si una niña fuese normalmente dura de oído además de oligofrénica. Y así lo daban por liquidado: corriendo un tupido velo, dada la escabrosidad del caso. Sólo después y en otros medios he sabido que, en efecto, era un hombre de temperamento alegre, enorme vitalidad y, desde luego, reconocido mujeriego; temperamento y gustos que, por cierto, comparto plenamente. Otros rasgos destacados de su carácter fueron su brillantez intelectual y su gran capacidad de trabajo, tanto en lo que a su carrera profesional se refiere, cuanto a su posterior dedicación política.

Yo era, por lo visto, su preferida, lo que en la jerga familiar se llama la reina de la casa. Digo por lo visto porque es lo que me han dicho, no porque lo recuerde. Más que recuerdos, cuanto guardo de mi padre son, posiblemente, recuerdos de recuerdos. Así, la imagen de un hombre como muy mayor, corpulento, que ríe a carcajadas mientras me hace trotar sobre sus rodillas; la mezcla, seguramente, de cosas que me han contado superpuestas a imágenes fotográficas. De ahí, precisamente, el aspecto de hombre mayor que atribuyo, cuando su edad, por esa época, sobrepasaba en poco los cuarenta; de la impresión que en una niña produce toda foto anticuada, los cambios de la moda –por escaso que sea el tiempo transcurrido–, la forma de los lentes, el corte de los bigotes, la indumentaria.

El hecho es que mis primeros recuerdos son recuerdos de colegio más bien anodinos, en Inglaterra. Por esa época papá estaba todavía con nosotros y, sin embargo, no conservo al respecto ninguna reminiscencia mínimamente definida. Después vino la decisión de que volviéramos a España con mamá, por miedo a los bombardeos alemanes y también para cuidar de nuestras propiedades, de Aiguaviva.

Recuerdo a la perfección el siniestro regreso a España vía Portugal: la Barcelona de entonces, el colegio de monjas, mi imposible reinserción en aquel mundo tan opresivo. Me enteré de la muerte de papá con meses de retraso; nos fue comunicada poco menos que como la justa aplicación de una pena capital, casi como algo que el reo,

papá, se había ganado a pulso. En definitiva, me imagino, para la sociedad en que vivíamos, eso era lo mínimo que se merecía un rojo separatista como él, con sus orígenes burgueses a modo de agravante. Lo que nunca he llegado a saber es si, además, era masón. Con mamá, ni se podía hablar de este tipo de cosas.

El completo repliegue de mi madre no bien nos encontramos en Barcelona fue, aparte de una cobardía, un error cuyas consecuencias aún hoy estamos pagando todos sus hijos. Creo haber ya explicado que le bastó alejarse de papá y respirar el clima enrarecido que aquí privaba por aquel entonces para, como falta de norte, dejarse encerrar de nuevo en el círculo de su propia familia, hermanos y cuñados en abierta competencia, se diría, por establecer quién era el más carcamal de todos, su común apego a los valores tradicionales, desarrollado –como suele suceder– en razón directa al declive del patrimonio familiar, tal si un defecto de aquél estuviese en el origen de éste. Para ellos, por ejemplo, tanto el exilio como la posterior muerte de papá, pasando por la muerte, apenas nacido, de su primogénito, del que hubiera sido mi hermano mayor, no eran sino el natural castigo a su soberbia, un pecado que había que purgar, un crimen por el que teníamos que pagar la familia entera. De ahí nuestro internamiento expiatorio en colegios religiosos que, dadas las circunstancias, el ambiente de beatería y penitencia que se respiraba en casa, representaba casi una liberación. Lo único que no encajaba, me imagino, en el esquema de los tíos era el hecho de que el pecador, el incalificable réprobo, nos hubiera dejado una fortuna muy superior a la de todos ellos juntos. Y que, curiosamente, en mi familia paterna, muertas tía Eulalia y tía Margarita, los Moret restantes, tío Raimón y su prole, estuviesen también, a diferencia de nosotros, en la más completa ruina.

Aunque las consecuencias derivadas de la gestión económica de mi madre –una tarea para la que no estaba preparada– sean, a mi entender, lo de menos, comparadas con el daño derivado en otros órdenes, de su actitud hacia nosotros, no por ello merecen otro calificativo que el de catastróficas. Y es que, en el mundo de los negocios, tal actitud amedrentada la convertía en víctima perpetua de sí misma, igual en todo a esa dama –ella– venida a menos que va vendiendo poco a poco la colección de monedas heredada de algún abuelo –el abuelo Moret–, siempre con la mala pata de que la moneda concreta que vende, exacta, en apariencia, a otras que valen millones, pertenece a una serie carente de interés numismático, cuestión de detalles, de que lleve una letra de serie en lugar de otra, de que fuese acuñada en tal ciudad y no en tal otra, en un año determinado y no en otro, justo el importante, acumulación de desdichas que ni ella se acaba de creer ni él, el comerciante numismático, se preocupa

demasiado de que la crea o deje de creerla –¡que consulte si quiere su abrumador arsenal de catálogos!–, sabiendo como sabe que ella, mamá, seguirá vendiéndole a él monedas, ante el temor de acudir a otro no más honrado y sí, tal vez, menos discreto; que se las venderá tanto más aprisa cuanto más necesitada se encuentre, cuanto menos cobre por cada venta; que su misma recatada y vergonzante conciencia de hallarse en la necesidad de hacerlo le impedirá protestar o poner objeciones, enzarzarse en regateos de mal tono en una dama como ella, la presa perfecta del numismático. No tenía yo más de diecisiete años cuando me pidió que la acompañase a una operación de esta clase, una de las experiencias –¡los ojos del numismático!– más bochornosas de mi vida: ¿cómo no se daba cuenta de que yo era para él como una moneda más a incluir en el lote? Eso, tras haber vivido creyendo a pies juntillas, como una imbécil que aún cree en los cuentos de hadas, en el mito –de ámbito familiar– relativo a la fortuna de los Moret, lo más parecido que cabe imaginar a una de esas leyendas que corren sobre tesoros ocultos. Pues, como uno de esos pelmazos que se empeñan en contarnos las cualidades no ya especiales sino únicas de su barrio, el barrio en que nació, el barrio en que vive, sea éste un barrio de París o de Madrid, de Barcelona o de Nueva York, para acabar concluyendo –vista la atención puramente cortés que le prestamos– en que son cosas que, si no se han vivido, resultan imposibles de entender, así, con la misma malhumorada renuncia final, toda esa caterva de parientes ruinosos al hablarnos de los esplendores pasados de la familia.

Eso por la parte de Moret, ya que el declive de la familia materna precedió, como mínimo en una generación, al de la paterna, con todo y su integrismo, o quién sabe si en función de éste. Aparte de tíos y primos –cuyos nombres prefiero olvidar, como quien tiene un lapsus–, mis recuerdos, a modo de fotos fijas, alcanzan hasta el abuelo, el único de mis abuelos que he llegado a conocer. La única figura, también, por la que, dentro de su fundamental irrelevancia, guardo cierto afecto, o mejor, por la que, cuando menos, no guardo animosidad alguna, debido, seguramente, a su actitud siempre discreta y afable, bien de acuerdo con su temperamento, bien a causa de la arterioesclerosis. Aún me parece verle, con motivo de alguna celebración familiar, deambulando entre aquellos ogros como uno de esos médicos decimonónicos que salen en las películas, igual a ellos en su aspecto de pederasta medio ido.

Tampoco lo del colegio de monjas fue el mayor error de mi madre, ya que, como creo haber dicho, mi experiencia de internado supuso casi un descanso. No: su gran error fue, no el internado, sino el móvil que la indujo a meternos en el internado, el impulso que la llevaba, cuando no estábamos allí, a mantener la actitud que mantenía con

nosotros, de culpa, de expiación solidaria, de nazareno que encabeza una procesión de penitentes. Y del clima que imperaba en la casa, en perfecta consonancia con tal actitud, sin ocasión alguna de tratar a chicos y chicas de nuestra edad, de relacionarnos con ellos normalmente, por considerar, sin duda, que nosotros, para los familiares de aquellos chicos, debíamos de ser poco menos que apestados. No alcanzaba a entender, por lo que se ve, que se nos consideraría apestados en la medida, justamente, en que ella fuese la primera en darnos el trato de apestados, en hacernos vivir como bichos raros.

Por eso prefería el colegio, donde hasta el uniforme nos igualaba a mis compañeras. Y por eso lo recuerdo casi con nostalgia, ya que, con todo y tener que simular en lo que a sentimientos religiosos se refiere –inexistentes–, llegué a sentirme incluso a mis anchas en aquel ambiente, siendo totalmente válido al respecto cuanto escribí en El Edicto de Milán sobre la estancia de Lucía en el colegio. Salvo en lo que concierne a mi hermana Margarita, claro está. Aunque, bien mirado, pese a no ser mi hermana Margarita mayor que yo, como la de Lucía, sino la menor de las dos, se las arregló lo mismo para hacerme sombra, para pisarme el terreno siempre que pudo.

El hecho de que Margarita me haya envidiado toda su vida, de que siga envidiándome, es algo que no acabo de comprender. Pues, a decir verdad, tiene una habilidad, una gracia especial para ganarse a la gente, que yo no he tenido nunca. Y, por otra parte, siempre ha conseguido lo que se ha propuesto: un marido rico y muy corto, al que ha engañado desde el principio; unos hijos tan distintos entre sí que difícilmente cabe creer que sean de un mismo padre; una serie tal de amantes importantes, o mejor, de prestigio, que ni provocando una crisis conyugal, separándose del pobre tonto del marido, hubiese alcanzado una situación de mayor libertad. Cosas que, si a mí no me bastan, son más que suficientes para llenar una vida como la suya, para colmar su tiempo en tanto le dure la racha de ir cubriendo uno tras otro sus objetivos, a los que ella se aplica con la entrega y perseverancia que la caracterizan. Buscaba un determinado status social y no cabe duda de que lo ha conseguido plenamente; el que a mí no me baste ya es otra cuestión. Yo jamás he poseído, lo reconozco, ese don de gentes, esa facilidad para caer bien, para dar el pego. Ni ganas, desde luego. De su maña en este sentido, con decir que, por dar el pego, se lo ha dado hasta al mismísimo Raúl, está todo dicho. ¿Inconcebible? Desde mi punto de vista, por supuesto que sí, sobre todo en lo que a Raúl se refiere. ¡Tener que oírle elogiar el sentido del humor de Margarita! ¡El sentido del humor de Margarita!

Entre papá y mamá, según tengo entendido, existía una especie de acuerdo relativo al nombre de los hijos, conforme al cual él iba a

elegir el nombre de las niñas y ella el de los niños. Así, ella escogió el de Joaquín para el mayor –de san Joaquín, padre de la Virgen–, y el de Ignacio para el pequeño, por obvias devociones jesuíticas, que también en Inglaterra hay jesuitas. Y papá eligió los nuestros, en honor de sus dos heroínas de ficción predilectas: el mío por la Matilde de Le Rouge et le Noir, y el de Margarita, no por tía Margarita, sino por la Margarita de Faust. Por cierto que, así como Stendhal me parece un escritor soberbio, nunca he llegado a comprender el entusiasmo de papá por un ser tan profundamente antipático como Goethe. A todas éstas, queda un primer eslabón perdido, un primogénito frustrado que bien hubiera merecido llamarse Ramón –de San Ramón Nonato–, caso de no haber muerto antes de llegar a la pila bautismal, al igual que tantos primogénitos de por aquel entonces.

En lo que a los hermanos respecta, Ignacio siempre me pareció, no sé, como tonto, aunque teniendo en cuenta que sólo nos veíamos durante las vacaciones y que, a esta edad, cuatro años de diferencia crean un verdadero abismo, bien puedo estar equivocada. De hecho, al margen de haberse casado con una idiota, parece ser que en su esfera –el aire acondicionadose desenvuelve la mar de bien. Quizás ese aspecto suyo, un poco paradote, le venga de haber nacido en Inglaterra.

El caso de Joaquín es completamente diferente, a partir, sin ir más lejos, de su misma extravagancia, ubicable en el polo opuesto al de la presencia anodina de Ignacio. Y es que Joaquín, en efecto, pertenece a esa clase de seres cuya razón de ser no parece residir sino en su rareza, a semejanza de uno de esos pequeños países que sobreviven gracias a la aportación económica con que los filatélicos de todo el mundo responden a sus continuas emisiones de sellos, maníacamente apreciadas por el coleccionista. El hecho es que, a pesar de o debido a sus extravagancias, Joaquín es un amor, un verdadero encanto de persona. Me enternece, no puedo evitarlo, verle por ahí, por Cadaqués, en la playa, en los parties, comportándose con esa alocada vivacidad del joven que no parece advertir que está dejando de serlo, poco apto ya, con su cintura de cetáceo, para lucir camisas vistosas y ajustados vaqueros, los cabellos domados por demasiados años de pulcro peinado para adaptarse ahora a la melena descuidada y rebelde.

Pero, al mismo tiempo, resulta casi patético su sentido de la realidad, su conciencia de estar unido indisolublemente a una pobre cursi, problemas que intenta resolver inventando alternativas, cuando no soluciones. Así, sus conquistas amorosas, sus espléndidas seducciones, que él mismo acaba por creerse a pies juntillas de puro bien imaginadas. O sus triunfos profesionales en el terreno de la publicidad, una publicidad que linda casi con una nueva concepción

del arte, de un arte que es ya el arte del futuro, el arte que él ya realiza hoy. Y sus amistades famosas –actrices y cantantes, políticos, artistas y escritores–, gente que sin duda ha llegado a serle presentada en razón de su trabajo, o que, si no presentada, ha tenido ocasión de ver desde más o menos cerca, y que él considera íntimos amigos. Y su protagonismo político, sus decisivas intervenciones que han hecho variar más de una vez, en sentido favorable, el rumbo de la lucha contra el franquismo, al que su capacidad organizativa trae literalmente de cabeza. Pero lo más angustioso del caso, lo verdaderamente patético, es verle cobrar conciencia de que ni aun así logra interesar o asombrar a nadie, que la gente le ve venir, que le trata como a ese ser pintoresco que nunca falta en las reuniones, al que sólo hay que dar una pizca de cuerda para que interprete su papel de siempre. Lo advierte cada vez –no es sensibilidad lo que le falta– y cada vez, sobre la marcha, lo olvida de nuevo, y vuelve a la carga con sus historias que ninguno de los presentes se toma en serio, bien porque las chicas a las que se dirige tienen otras preocupaciones, las preocupaciones de las chicas de hoy, bien porque los temas en sí están ya demasiado vistos, bien porque nada puede hacer contra su propia aureola, ya inamovible, de hombre fantasioso al que basta tirar de la lengua para que dé rienda suelta a su megalomanía. Juro que, en tales momentos, no hay cosa que no hiciera para remediar su desamparo.

Pues lo cierto es que Joaquín, con todas sus extravagancias, es de los raros seres –por no decir el único que conozco– a los que cabe aplicar la expresión de buena persona, sin querer significar con ello que sea un pobre de espíritu. Joaquín es y ha sido siempre como uno de esos comunistas de la Ciudad Universitaria que lo que buscan fundamentalmente al comprometerse es resolver un problema personal –personal, que conste, y no específicamente sexual, ya que me parece una exageración esa manía de ver el sexo en todas partes– antes que revolucionar el mundo.

Su fase de coqueteo con el comunismo la desencadenó mi relación con Raúl y los líos en que Raúl anduvo metido, ya que Joaquín ha profesado toda su vida una admiración extraordinaria por Raúl, casi una fijación, pese a no haberle tratado más que superficialmente. Acabo de entrar en el partido, recuerdo que me dijo, sonriente, los ojos cargados de sobreentendidos. Y explicó que tal decisión la había tomado con tres o cuatro amigos, por sugerencia de uno de ellos. Llevaban tiempo hablando de hacerse socialistas, y el amigo instigador propuso que ingresaran en el Partido Socialista Unificado de Cataluña, cosa que fue aceptada por todos. Lo que pasa, les dijo entonces el instigador, es que, de hecho, PSUC es el nombre del partido comunista de Cataluña. Pero a mí me daba lo mismo, dijo Joaquín, y acabamos entrando los tres. Y volvió a sacar aquella sonrisa como de frivolidad o

indiferencia que no respondía sino a una pose de segundo grado destinada a encubrir –y en consecuencia a incrementar– el efecto de la pose de primer grado, la convencional actitud de firmeza y fervor revolucionario que suele privar en semejantes situaciones. Una prueba más de su delicadeza de sentimientos, en el fondo. Tanto más cuanto que, mientras le duró el entusiasmo, tuvo realmente varias actuaciones políticas destacadísimas, llenas de riesgos; que no todo lo que cuenta son fantasías. Cosa que, conociéndole bien, nada tiene de extraño, ya que, en lo más profundo de sí mismo, Joaquín tiene mucho en común con ese héroe primitivo y abnegado, incansable, impaciente y también colérico, al que nos tienen acostumbrados las películas soviéticas, encarnación de la sagrada y justa ira del pueblo soberano. Lo único que puede cambiar en el caso de Joaquín son las motivaciones profundas, aunque tampoco estaría de más saber lo que se esconde tras la fachada de nuestro héroe soviético.

Desde aquel entonces han pasado muchas cosas y no creo que Joaquín haya vuelto a las andadas, tanto más cuanto que, sin él saberlo, su entrada en el partido tuvo lugar justo en el momento en que Raúl empezaba a desentenderse de esta forma de lucha. Me alegra que así sea, ni que decir tiene, ya que la actividad clandestina entraña muchos riesgos y yo siempre me he sentido como obligada para con él. En definitiva, desde que nació tuvo que hacer frente a la imagen del primogénito muerto, nuestro Ramón Nonato, y fue esa para él desfavorable comparación, implícita en el talante de nuestros padres, no por muda menos permanente ni evidente, lo que le convirtió en el niño malo de la casa. Le habían hecho víctima de una discriminación y la superó como pudo. Algo parecido –aunque de bien distintas consecuencias– a lo que me pasó a mí con Margarita, la preferida de mi madre –quizá tan sólo porque yo lo había sido de mi padre–, que no hizo sino avivar un sentimiento de injusta postergación durante toda mi infancia.

Ésta, como tantas otras experiencias de la niñez, es de las que dejan huella, qué duda cabe. Como el declive económico que se respira en una casa, en agudo contraste con la prosperidad creciente que se respira en las casas de otros niños y, sobre todo, en contraste con el propio mito familiar, con la magnificación de la gloria y la fortuna de los Moret, algo que no se desperdicia ocasión de mencionar pero que no se ve por ninguna parte, debido, quizás, a esa costumbre de hablar en presente de lo que debiera hablarse en pasado. Y pocas cosas hay que desconcierten tanto a un niño como ese desacuerdo entre lo que oye y lo que constata. No en vano ninguno de los hermanos, salvo Ignacio –con su sentido económico llevado al céntimo, la otra cara de la moneda–, se ha caracterizado por su aptitud en materia económica. Cada uno a su modo, los cuatro hermanos estamos marcados por el

disparate de una administración como la que mi madre ejerció sobre el patrimonio de los Moret, una administración sembrada de errores, de ahorros humillantes y pésimos negocios, a la vez que de generosos préstamos irrecuperables a familiares menos afortunados y de las donaciones y obras de caridad a las que tan dispuesta estaba siempre, para compensar, sin duda, su incómoda situación social de viuda de un rojo. Por cierto que éste es uno de los puntos que siempre me han chocado en lo que a la fortuna que nos dejó papá se refiere: que al patrimonio por él heredado añadiese tantas ganancias con sólo defender obreros.

De todos los desaciertos derivados de la gestión económica de mamá, ninguno tan doloroso, tan irreparable para mí, para los cuatro hermanos, como la venta de Aiguaviva, la casa pairal de los Moret, la casa en la que pasamos los primeros veranos de la posguerra, imagen misma de un paraíso perdido. El recuerdo que guardo de la enorme casa y sus dependencias, del frondoso jardín, del radiante paisaje que la circunda, constituye el único buen recuerdo de aquellos años. Pero mi madre, aconchabada con un juez, consiguió autorización para venderla y, al verano siguiente, nos encontramos con que ya no había Aiguaviva para nosotros: casa y tierras habían sido compradas por un viejo cacique rural de la zona; a precio de numismático, me imagino. A partir de entonces y antes de empezar a ir por Puigcerdà, veraneamos en un pueblo próximo a nuestra finca, el peor sitio, en razón de tal proximidad, que mi madre podía haber elegido, sumidos en el ambiente de una reducida colonia veraniega de lo más estirado, gente de una afabilidad realmente odiosa. El pueblo se llama Breda, como la ciudad de Las Lanzas, coincidencia que no deja de ser chocante.

Las ruinas de los Moret, los escombros de su fortuna y de su gloria: éste es el verdadero escenario de mi niñez. De la familia materna, mejor ni siquiera hablar. Pero es que hasta el orgullo que los Moret sienten de su propio linaje es lo que escapa a mi comprensión, salvo que yo ande equivocada y resulte que el tener dinero debe ser entendido como cualidad o gracia personal. Pues, al margen de ese dinero que los Moret tuvieron y ya no tienen, no veo tampoco ningún mérito especial en que un bisabuelo llegase a ser magistrado o algo así de la Audiencia de La Habana. No: aparte de mi padre, el réprobo, el rojo separatista y tal vez masón, no veo motivo alguno para sentirme orgullosa de mis antepasados.

La ironía, más que gastada, del yo todavía creo en, constituye un leitmotiv de J.A., tan inexacto cuanto falto de gracia. Cazurrerías de

un tratante de avellana con pretensiones de cosmopolitismo, de dominar ese humor un poco cínico propio de la persona que ha corrido mucho mundo. Frases hechas, lugares comunes que la gente repite y repite en todas partes con la originalidad de un disco rayado, triste síntoma de que realmente el mundo se nos está quedando pequeño. Como la teoría de que las matemáticas son la gimnasia de la inteligencia y memeces por el estilo, muy propias también de un J.A., de cualquier persona para quien todo es reducible a números. Yo, en cambio, he sentido siempre una profunda aversión por las matemáticas, por todas esas tonterías que se enseñan relativas a problemas que no existen, abstracciones, conceptos como el de menos infinito, cuyo significado semántico ya me gustaría que alguien se animase a explicármelo alguna vez. A mi modo de ver, las matemáticas son, como máximo, el trapecismo de la inteligencia; cosas que no ofrecen mayor interés que debatir si Cristo era o no era, en definitiva, un pederasta como Sócrates y como él de sofista. Si ahora me pregunto qué hizo posible que mi vida más o menos conyugal con J.A. durase años, no encuentro más que una palabra justificativa, que un nombre: Claudia.

Supongo que la intensidad de mi relación con ella tuvo también un peso decisivo a la hora de determinar de una vez el título de la obrita que había escrito: El Edicto de Milán. Un título que, para todo aquel que posea las más elementales nociones de historia, lleva implícita la idea de vuelta al redil, o mejor, de entrada en el redil por pura y simple conveniencia. Pues Constantino –el emperador, no mi abyecto marinero–, a semejanza de Lucía, de la decisión que ésta toma de casarse, entra en redil de corderos cristianos, por motivos de índole política cuando no demagógica, ya que, muy por encima de pequeñas miserias morales, privadamente siguió entregado toda su vida al culto solar. Según parece, fue su madre, Elena, que era lo que se dice una verdadera mala pécora, la responsable de su pretendida conversión. Y el factor decisivo lo constituyó una larga entrevista que Constantino mantuvo con el obispo español Osio, en vísperas de la batalla del Puente Milvio. Se ve que durante la entrevista sopesaron los pros y los contras de tal decisión, y que Osio, estimulado en su elocuencia por las huellas de las torturas sufridas en el curso de alguna persecución anterior, acabó saliéndose con la suya. Toda esa historia está muy bien explicada en una especie de libro de lecturas llamado Glorias Imperiales, que conservo desde mis años escolares, debido, probablemente, a la fascinación que siempre ha ejercido sobre mí la figura del emperador Constantino, incluso al margen de haber sido el creador de esta maravilla que es Constantinopla. Si algún día estas líneas llegan a tener un lector –me basta uno–, comprenderá perfectamente, espero, lo que para mí significa todo esto.

El matrimonio fue, sin duda, una institución importante. Cada familia era un miniestado, con su política interior, su economía, sus relaciones exteriores, y la clave de todo, la piedra angular de cada uno de esos pequeños edificios, era el matrimonio. No sabría decir si como causa o como efecto, ni creo que valga la pena esclarecerlo, pero el hecho es que cada nueva generación, manipulada por sus antecesores en orden a determinada política matrimonial, terminaba también manipulando a su propia descendencia, de acuerdo con los supremos intereses de la familia. Consolidar el patrimonio familiar, incrementado –mediante el enlace nupcialcon patrimonios coincidentes o complementarios, o, en su caso, apuntalarlo, salvarlo de la ruina gracias al clásico braguetazo en el que una parte pone el prestigio y la otra el dinero, las bodas han sido a las familias lo que los ejércitos a los imperios, iguales aquéllas a éstos en sus períodos de expansión y repliegue, en sus cíclicas trayectorias de crecimiento, auge y declive. Y ello hasta el punto de que igualmente válido sería la proposición inversa: considerar las fases de la vida de un imperio a imagen y semejanza de las fases de grandeza y decadencia de las familias.

La familia lo hacía todo en nombre de los hijos, los hijos lo hacían todo en nombre de la familia, y así siguiendo. De ahí que ahora, entre que han cambiado las leyes, que se ha perdido la costumbre de la dote, que a los jóvenes les gusta ponerse el mundo por montera y que los impuestos pegan cada vez más fuerte, la institución carezca ya de sentido. El sentido lo tenía antes, cuando era una institución de verdad, no una institución de nombre; cuando los padres casaban a una niña de siete años con un tipo de cuarenta, o al revés. Yo, por ejemplo, si me casé, fue sólo para huir del medio familiar, para disponer de mí misma con mayor independencia. Y, las cosas como sean, esto no es serio. Pero es que, hoy día –y no han pasado tantos años–, no lo haría ni borracha. Porque, si por una parte ahora no necesitaría ninguna clase de subterfugio para hacer lo que me diera la más real y pomposísima de las ganas, por otra, desde un punto de vista más tradicional –el económico–, las cantidades que J.A. me pasa mensualmente no bastan para compensar, ni de lejos, no ya un simple mes de la semiconvivencia que mantuvimos, sino ni tan siquiera nuestro viaje a Holanda, un país que se adelantó a la invención del plástico con sus perfectamente impolutos y como lavables tulipanes.

Fue uno de esos viajes de negocios, el último que hicimos juntos –yo con la idea de que Holanda era un país divertido–, esto es: nuestros últimos días de vida conyugal. Y habría que ver si fue La Haya, como ciudad, la gota que colmó el vaso, o si, más probablemente, fueron las torpezas aberrantes de J.A. el motivo de mi aversión a La Haya y, por extensión, a Holanda entera. El hecho es que, sea como fuere, mi

alergia hacia Holanda llegó a superar la alergia que me produce Inglaterra, la zurda, ese país que si va adaptándose tan poco a poco al resto del mundo, primero la adopción del sistema decimal al uso en todas partes respecto a la moneda, luego a conducir por la derecha, etcétera, será, supongo, para evitar que los sesos del ciudadano sufran un calentón si todo es cambiado de golpe.

Hay que decir, no obstante, que más sorprendentes que los propios ingleses resultan esos maniáticos del socialismo, que tanto abundan en Barcelona; la euforia que les posee después de pasar un weekend en Londres, de la mano de cualquier agencia de viajes, euforia que para ellos se materializa en los palpables beneficios del sistema –trapos, suéters de cachemir, cortes de traje–, sin que siquiera merezca la pena intentar explicarles que es justamente ese estúpido sistema socialista lo que ha hecho de Inglaterra el país más incómodo del mundo. Un país que con su desairada actitud, sus reacciones imprevisibles, sus groserías, consiguió borrar por completo de mi memoria el recuerdo indudablemente hermoso, pese al dramatismo de las circunstancias, de mis primeros años pasados allí, con papá.

Mi tía, niños, mi tía no me deja en paz ni de noche ni de día, rezaba la letra, si mal no recuerdo. Y seguía: me gusta asomarme al balcón y cantar una canción y comerme un melón. Y el estribillo era: el tirururuí, rurí, rurí, el tiruriruriruraru (bis). Engendros muy de los años cuarenta que, no obstante, expresaban a su modo, mediante una especie de reducción al absurdo, las ansias insatisfechas de libertad. El tiruriru aquel pautando, como la mímica de un clown, unas estrofas sólo a primera vista carentes de sentido, lo de asomarse al balcón, etcétera.

La vida familiar, el colegio de monjas, la Barcelona entera de aquella época, todo y todos, en definitiva, como víctimas de una misma lesión, de una misma dicotomía, que, en un cerebro enfermo, traumatizado por la guerra, en franco proceso regresivo, puede llevar a entender lo que se quiera en cualquier cosa, a encontrar significados ocultos en la más llana de las expresiones, en la más infantil de las rimas. La plenitud de contenidos que cabe atribuir a ese tiruriru, a esa tía que no hay forma de que nos deje en paz. Más aún: la posibilidad de tararearla en plena calle, donde a uno le venga en gana, rodeado de oídos cómplices, por no hablar ya de ocasiones excepcionales, la oportunidad, por ejemplo, de participar en un concurso de aficionados, de cantarla en público, de comunicarse con ese público, los aplausos alborotados que se recogen, el eco estimulante que se despierta. Aquella especie de ex miliciano, por ejemplo, con su mono

azul y sus bigotazos, fruto residual de otra época, al que vi cantando justamente estas coplas en un café-concert del Paralelo –era una de mis primeras salidas por libre– igual que si aún se hallase en el frente, celebrando alguna victoria, y no hecho una ruina física y moral, caído en los niveles más bajos del homosexualismo, en los estratos más degradados de la vida barriobajera, imagen misma del triunfo de la esquizofrenia. Pero ¿cómo no dejarse llevar de la corriente en un mundo como el de aquel entonces? ¿Cómo impedir que nuestro pensamiento no difiriese demasiado del de uno de esos lelos? Recuerdo como si fuese ayer el día en que nuestra madre nos anunció, con la resignación culpable que la caracterizaba, la muerte de papá en Londres, a consecuencia de un bombardeo. Eso cuando, sin que hiciese falta que nadie lo dispusiese así, la palabra papá se había convertido en un obvio tabú, en algo que era mejor no mencionar en familia; cuando yo, por mí misma, había llegado a la conclusión de que papá estaba ya muerto al dejar nosotros Inglaterra. ¿Por qué, si no, volvíamos a España mientras él se quedaba?

En mis olvidos, estoy convencida, en esas lagunas que se abren en la memoria respecto a mi primera infancia, en Inglaterra, vacíos que inevitablemente se centran en la figura de mi padre, contornos que se esfuman conforme a él se acercan, está la explicación no sólo de la niña que fui sino hasta de la mujer que soy, incluyendo todas mis experiencias intermedias. Nada puede ser más inequívoco al respecto que un sueño que tuve de colegiala y que, sin embargo, recuerdo con precisión muy superior a la de cualquier hecho real de la época. Yo me encuentro hacia la mitad de una prolongada cuadra y gateo y gateo bajos los vientres de enormes caballos, entre sus patas, como a lo largo de un túnel. Juraría incluso que en sueños posteriores, recientes, la hilera de caballos –todos iguales, rubios, de monta– reaparece a manera de referencia constante.

Pero vayamos por partes, adentrémonos hasta lo más profundo de lo que ya está olvidado, hasta esa tierna niña que manipula gozosa los pechos de su madre. En esencia, una niña que, a semejanza de todas las niñas y niños, se siente ligada a la madre por unos lazos de afecto no muy distintos a los que la ligan a cualquier otra pertenencia, a un osito de felpa, a un chupete, a un objeto cualquiera de los que conforman su mundo circundante. Y he aquí que, súbitamente, uno de tales objetos, el más caprichoso y díscolo en lo que a disciplina se refiere, ese objeto llamado papá que, contra toda norma, desaparece y reaparece conforme, no a nuestra voluntad, sino a la suya, y que, justamente en función de tal actitud insolidaria y rebelde, es particularmente distinguido y apreciado, desaparece para siempre. No se trata de que vaya a volver cuando se le antoje; se trata de que no volverá. Justo cuando la relación con la madre ha entrado en una

especie de rutina funcional y fastidiosa que únicamente se rompe cuando aparece papá, el papá que ya no aparecerá más. Incluso se cambia de idioma, de casa, de país, un país en forma de colegio de monjas. Sólo que ahora es ella, la niña, la que rehúsa cambiar, la que, ante la ausencia de estímulos afectivos que antaño la movían, adopta una actitud de prudente pasividad. Su sensación es la de haber sido abandonada, traicionada, olvidada, víctima de una agresión incalificable. ¿Por qué? ¿Por quién? No lo recuerda. Lo único que sabe es que ella sigue siendo ella, que lo que ha cambiado es el mundo circundante, que ahora el mundo circundante le es hostil.

Con los años, a medida que la niña se endurece y recupera la perdida confianza en sí misma, su inicial actitud defensiva –no adaptarse a las nuevas circunstancias, no doblegarse, no aceptar el cambio de vida al que ha sido sometida– se irá trocando en respuesta activa, en contraataque: devolver la moneda con que ha sido pagada. Sobre todo, a partir del momento en que, ya adolescente, hechos y fechas comienzan a ordenarse en su cabeza, a cobrar coherencia. El regreso de Inglaterra, casi como una huida. ¿De quién? El colegio de monjas, casi como una cárcel. ¿Por qué? El comportamiento de la madre y del resto de la familia, su modo de bajar la voz al referirse a papá, con ese aire que adoptan los mayores cuando hablan de cosas que no son para niños. ¿Por qué? El clima de culpa imperante. ¿Por qué? La venta de Aiguaviva. ¿Por qué? Preguntas y respuestas que se entretejen y configuran, más que en una historia sobre la que carece de datos concretos, en una interpretación, en una sospecha, en una intuición: la de que el traicionado, el abandonado, el olvidado, fue, en primer término, su padre. Una intuición que en cierto modo es una identificación, ya que ella, al igual que él, ha sido víctima del mismo medio familiar, de los mismos prejuicios morales, del mismo mundo circundante, hipócrita y recatado como un colegio de monjas. Una identificación que es ya una suplantación, en la misma medida en que la primitiva actitud de asumir como propio el daño a él inferido se va convirtiendo en una informulada, en una inconsciente tendencia a vengar ese daño en memoria suya. ¿A vengarse de quién? De su madre, por de pronto, la principal responsable; de su familia; del mundo circundante, del mundo entero. ¿Que él, papá, había sido reprobado y condenado en razón de su conducta, de una conducta que, en definitiva, y como a contra corriente, se relaciona con la vida antes que con la muerte? Ella no ha de hacer sino seguir sus pasos. ¿Que él era un irreverente librepensador? Ella tendrá por lema la irreverencia. ¿Que él era un fauno? Bien: pues ella será un fauno.

En otros términos: los de la vida cotidiana: propensión, desde niña, a tratar con sus compañeras como un chico trata con otros chicos, sin los celos y actitudes quisquillosas que caracterizan las relaciones entre

niñas, réplica infantil del comportamiento que han observado en sus mayores, esas mamás en modo alguno menos cotorras, chinchosas y acusicas que sus nenas; conducta franca y generosa que, con el respaldo de una inteligencia despejada, una gran rapidez de reflejos y una enorme audacia imaginativa, pronto le harán ganarse, si no el afecto, sí el respeto y la admiración tanto de las compañeras como de las monjas. Desarrollo físico sostenido, sin esos baches desgraciados que acostumbran a pasarse hacia la pubertad; aspecto ágil y armonioso, con ese algo que hace brillar, por encima de cualquier uniforme, una personalidad sugestiva y atrayente. Nada en su presencia, así pues, susceptible de ser confundido con lo que se llama un chicazo, ese error de la naturaleza de ademanes patosos, exterior desaliñado y rasgos burdos más que propiamente varoniles. Tampoco punto de contacto alguno con lo que se entiende por niña traviesa, inmejorable como fue su paso por el colegio, esa especie de limbo que, del gris, en la memoria, va evolucionando hasta el dorado. Posteriormente, según la actividad sexual cobra relieve, propensión, asimismo, a adoptar la conducta de un chico en su trato con los chicos, como bien lo prueba mi primera época parisina, la más intensa de mi vida desde un punto de vista erótico. Un período en el que, aún ahora, bajo una perspectiva más madura, no veo nada de reprobable; si de algo me arrepiento es, en todo caso, de no haber empezado antes. De no haberme acostado con más hombres, de no haber coleccionado más fracasos, de no haber llegado con mayor prontitud a la conclusión de que lo mío son las mujeres. Como lo eran para mi padre. Pues, si yo fuera hombre, seguiría siendo un mujeriego.

Porque éstas son cosas, creo yo, que, tanto como del sexo al que se pertenece, dependen del modo de ser de la persona. Es indudable, por ejemplo, que hombres y mujeres se conducen de una forma diametralmente opuesta, no ya en lo que concierne a las relaciones heterosexuales, sino también a las homosexuales. Los hombres, en general, buscan directamente el físico, el cuerpo; más aún: no el cuerpo, sino determinadas partes del cuerpo. De hecho, tal disponibilidad, tal facilidad, tal facultad que tiene el homosexual de irse con el primero que les enseñe algo en el pissoir, o de meterse mano en los cines, o en la sauna, indiscriminadamente, al bulto, es inconcebible entre mujeres. Las mujeres somos más románticas, más afectivas; para nosotras no vale –¡ni mucho menos!– eso de todas contra todas; hay más selección. Se trata, en realidad, de dos clases de homosexualismo que, lejos de converger, tienden a la divergencia, a extremar en cada caso los rasgos característicos del propio sexo, imperiosidad física en ellos, calor afectivo en nosotras. Pero, por otra parte, al menos en lo que a mí se refiere, la conducta del hombre, más directa, más combativa, brutal en ocasiones, no sólo la comprendo

sino que la comparto, que la he compartido en la práctica multitud de veces, llevada por la intensidad del estímulo. Y digo homosexual a secas cuando hablo del hombre homosexual porque lo de uranista me parece muy sublimado, y sé de sobras que les ofende que les llamen maricones. Eso será debido, supongo, a que no han acertado a dar con una palabra que les designe.

A mi modo de ver, el homosexualismo no es más que una exacerbación defensiva, y a menudo reductora, de las contradicciones que se dan también en el heterosexual, y que también en el heterosexual que se cierra a la evidencia pueden dar lugar a conflictos equivalentes y de consecuencias –aunque de signo contrario– no menos nefastas. Seguro que, si alguien se entretuviera en investigar la vida de criminales famosos, encontraría conflictos de esta clase a punta pala. Me refiero, claro está, al esencial bisexualismo de la gente y todo eso. Un tópico, por supuesto. Salvo en lo que a su valoración respecta. ¿Quién podría asegurar, por ejemplo, que la cólera experimentada por Aquiles ante la pérdida de Patroclo –porque hablo de cólera, no de otros sentimientos– es superior o inferior a la que experimentó cuando le fue arrebatada Briseida?

Lo que sí es un hecho, me consta, es la solidaridad que existe entre ellos, y que hay que situar muy por encima de la que siquiera puedan soñar para sí las mujeres; no hay más que ver las agarradas que continuamente se organizan entre feministas por las más nimias cuestiones de matiz. De ahí que, con mayor razón todavía, sea del todo inviable cualquier esfuerzo que se haga tendente a coordinar los movimientos reivindicativos de ambas clases de homosexualismo, diametralmente opuestas como son el uno del otro. Ellos, además, ni siquiera lo necesitan. Ellos están ya unidos, se ayudan entre sí y tienen infinitamente más poder que las mujeres. Lo de la internacional de los homosexuales, tengo pruebas para afirmarlo, es una realidad que funciona a todos los niveles, en todos los terrenos, el literario incluido. Mientras que obras de incuestionable valor son tratadas por la crítica con la máxima desconsideración, basta que el escritor sea un reconocido homosexual para que su obra, por inane que resulte ser, recoja los aplausos de todas las revistas y publicaciones del mundo, sin exceptuar las de mayor prestigio.

Recuerdo cuando expuse a Raúl las conclusiones a las que había llegado y todo eso. Tales conclusiones eran el resultado de una profunda meditación, de un implacable autoanálisis que se prolongó durante todo uno de mis veranos en Puigcerdà, el último, para ser exactos, antes de que decidiera separar mi vida de la del avellanero. Hasta qué punto mi autoanálisis incidió en esta decisión, precipitándola, es algo que no sabría decir con seguridad. Pero no me extrañaría en absoluto que un esfuerzo como el que exige todo

autoanálisis, tarea que nada tiene de fácil ni de grata, sea de los que, lejos de agotar, renueva el ánimo, lo rejuvenece. De lo que se trata, en definitiva, es de reconstruir la propia personalidad; ni más ni menos que de eso. Partir de lo que soy en la actualidad para luego remontarme, en una especie de cuenta atrás, hasta la primera infancia, hasta lo que ni tan siquiera se recuerda. Y eso lo hice por mí misma, sin necesidad de recurrir a esos siquiatras y sicoterapeutas que tanto satisfacen a quienes se sienten incapaces de afrontar a pecho descubierto su propia realidad o están ansiosos de soltar el rollo.

Tal vez por eso me sorprendió más la reacción de Raúl, ya que, en sustancia, vino a decirme que las cosas no son tan sencillas como parece a primera vista, que él no se atrevería a llegar a conclusiones tan rápidas sobre sí mismo, etcétera. Una reacción que, por lo abrupta, me pilló completamente desprevenida, debo confesarlo. No me parecía que pudiera considerarse precipitada una reflexión que me había tomado un verano entero –de hecho fue sólo un mes, uno de mis famosos agostos, pero éstas son cosas de las que se van rumiando tiempo y tiempo–, y así se lo dije. Como también que, para mí, todo aquello estaba clarísimo. Y entonces va y me sale con que las explicaciones sicoanalíticas acaban con frecuencia en puro consumismo: pagamos a cómodos plazos algo que no necesitamos para nada.

Por lo que se ve, según Raúl, lo claro es sospechoso. Y si yo insisto en que estoy completamente segura de lo que digo, peor. Y si entonces le pido que me dé su propia interpretación de los hechos, del sueño de los caballos, por ejemplo, contesta que no me conoce lo bastante –¡que no me conoce lo bastante!– para hacerlo, que el hecho de que se atreva a opinar que determinada interpretación pueda no ser del todo correcta no significa que esté capacitado para proponer una alternativa. Que, además, para cuando llegase a esclarecer si me sentía traicionada por mi padre, o si, por el contrario, tendía a identificarme con él, a suplantarle, lo más probable era que el problema hubiera perdido toda su vigencia. Que con ello no quería decir que los conflictos derivados de la desaparición del padre o del trato o ausencia de trato con la madre no tuvieran vigencia real, ni que su formulación no le sirviese a uno incluso de coartada, de coraza defensiva, sino simplemente que el hecho de que un día hubieran tenido vigencia no supone que hayan de seguir teniéndola toda la vida. Y, aún, que si, no obstante, una opción cualquiera me parece esencialmente válida, no tengo por qué rechazarla, ya que, si la hago mía, no es porque me convenga, sino, muy al contrario, invirtiendo la relación, que me conviene justo en la medida en que la hago mía, etcétera, etcétera. Evasivas y más evasivas. Ni que el cerebro, con su conciencia y su inconsciente, subconsciente o como quiera que se

diga, fuese algo así como una de esas agencias bancarias en las que, si no las conoces de otras veces, no hay forma de saber si en la ventanilla donde pone Pagos te van a liquidar el talón y donde pone Cobros tienes que hacer el ingreso, o exactamente al revés. Es decir: si hay que entender los carteles desde el punto de vista del banco o desde el punto de vista del cliente. Pues con las interpretaciones sicoanalíticas de Raúl pasa tres cuartos de lo mismo.

Ignoro hasta qué punto semejante actitud, no sólo negativa sino también pusilánime, impropia de un hombre como él, no abrigaba motivaciones ocultas o hasta una informulada predisposición al rechazo, producto instintivo de esa falta de generosidad que en más de un momento crítico le ha traicionado. Tozudo, mezquino, la personalidad de Raúl presenta, en ocasiones, rasgos exasperantes, descorazonadores. Pues no aceptar explícitamente que la conducta de una persona viene condicionada por tal o cual hecho concreto y cognoscible equivale a decretar la imposibilidad de que, en virtud de tal otro hecho concreto, esa conducta se modifique, que de entonces en adelante todo cambie. Y yo estoy convencida de que este cambio es posible; aparte de que ponerlo en duda no deja de ser una forma de fatalismo que tiene bien poco de constructivo. A veces me pregunto si Raúl merece verdaderamente la confianza que en él he puesto siempre. Ya que, si la decepciona, quiere decir que no la merece.

No quiero dejar de señalar, por otra parte, la enorme repercusión que tuvo en el desarrollo de mi autoanálisis el descubrimiento, en la figura de Aquiles, de un claro antecedente de mi propio caso, antecedente mejor que modelo, dado lo muy subjetivo que todo resulta en esta materia. Sobre todo si se tiene en cuenta que el mérito de tal descubrimiento –que, más aún que mi propia personalidad, explica la de Aquiles– es algo que, o mucho me equivoco, o me pertenece por entero. Que yo sepa, al menos, nadie hasta la fecha ha encarado el tema con suficiente agudeza. Me gustaría ver, si no, quién es la eminencia capaz de explicarme la reacción de Aquiles en dos momentos cruciales del asedio de Troya –el abandono de la lucha y su retorno a ella, similares en ambas ocasiones así el motivo como el resultado, a cual más aciago– sin remontarse hasta la primera infancia, sin rastrear el enmarañado panorama que allí se ofrece a nuestros ojos. Pues si consideramos estos dos pasajes, verdaderos polos de la Iliada, exclusivamente a la luz del texto, será difícil evitar el diagnóstico que hace de Aquiles, a diferencia de sus restantes compañeros de armas, un peligroso perturbado, ya que, salvando tal particularidad, nada distingue a los demás de Aquiles, vitales, crueles, feroces todos ellos, como les corresponde ser. En lo que a su figura concierne, no obstante, lo de menos son las anécdotas que mayor popularidad han alcanzado, cosas como su origen, semidivino, lo del

talón o la predicción de su muerte por el oráculo, final más que probable para cualquiera que se encontrase en las circunstancias previstas en el vaticinio. Lo que realmente importa, lo que sí constituye una pieza clave para la comprensión de su personalidad, es la terrible dicotomía a la que fue sometido de niño. Me refiero, claro está, a su feliz iniciación en la vida bajo la tutela del centauro Quirón, al desarrollo de sus facultades físicas a la par que intelectuales en directo contacto con la naturaleza, aprendizaje que tan brutalmente había de interrumpir su madre, con el inútil pretexto de salvarle, dándole una educación de niña en esa especie de convento de monjas que, para un Aquiles, debió de ser la corte del rey Licomedes. La clásica espantada ante el destino, que no hace sino facilitar el cumplimiento de ese destino, ya que fue allí justamente, en la corte de Licomedes, donde el astuto Ulises acertó a reclutar al joven Aquiles, con su disfraz de niña y todo, para la guerra de Troya. De ahí en adelante, sus avatares así bélicos como amorosos son meros detalles ilustrativos. El daño –irreparable, como para facilitar las cosas al oráculo– estaba ya hecho: haberle sustraído a la tutela del centauro, hacerle pasar por lo que no era en la corte de Licomedes. Baste con lo dicho al que pretenda ver el problema con transparencia, oírlo con claridad, entenderlo con mente despejada.

Nada más engañoso al respecto, nada más falaz, por poner un ejemplo, que la trampa que Dante nos tiende al equiparar el rapto de Ganímedes por Júpiter, rapto que aquél deseaba, al no deseado rapto de Aquiles por su madre, mucho más a gusto como se encontraba Aquiles, con toda evidencia, junto a ese hombre medio caballo que fue el sabio Quirón (Purgatorio, IX, 19 y siguientes). Y sólo a partir de esta desviación forzada, impuesta desde fuera, podremos explicarnos su desdeñoso sentimiento de superioridad, el típico comportamiento prepotente que no esconde sino la inseguridad y el desamparo característicos de aquel que no ha logrado superar la creencia de haber sido víctima, en sus primeros años, de la traición y el abandono, de haber sido sometido a las reglas de un mundo que no era el suyo, constreñido a simular una manera de ser que nada tiene en común con la que le es propia. Bajo tales condicionamientos, la más mínima interferencia de la realidad en las pretensiones de omnipotencia que abriga el sujeto en cuestión, será tomada por éste poco menos que como una afrenta personal, como una nueva agresión de la que el mundo le hace víctima, obligándole, en consecuencia, a una respuesta no sólo contundente sino también de alcance cósmico.

¿Está suficientemente claro? Confío en que así sea, aunque, si quien debe entender no entiende, allá él. Yo no escribo para esta clase de gente. Yo escribo para quien sea consciente de que, en definitiva, en mayor o menor grado, todos hemos sido víctimas de la dicotomía a la

que estoy refiriéndome, de que a todos se nos ha robado algo de nosotros mismos. ¿Qué símbolo más expresivo que la propia Venus Afrodita, nacida del sexo amputado del celeste Urano al caer al mar, del contacto de la esperma con la espuma? Afrodita, esa deidad cuyo nacimiento consagra la escisión, la bipartición, la separación de lo alto y lo bajo, de vida intelectiva y vida sensitiva, de seso y sexo. Esto es: que, en cada uno de nosotros, mente y sexo conforman dos áreas por completo separadas, dos ámbitos ni tan siquiera coincidentes conforme a la ley de probabilidades, no menos mutilado el hombre que la mujer, ella y él no menos en contradicción consigo mismos que con los demás, cada uno en continua búsqueda de su complemento escindido, que nunca lo será respecto al sexo a la vez que respecto a la mente. Por cierto que la responsable de la mutilación no fue otra que Rea, la siniestra Tierra, esposa de Urano.

Podemos referirnos a un símbolo, podemos hacer mención de un antecedente. Lo que no podemos es hablar de un modelo, llámese éste Aquiles, llámese Edipo. Cada caso es un caso particular, y sólo en sentido metafórico cabe relacionarlo con otro. ¿Qué hubiera hecho yo, por ejemplo, ante los muros de Troya? Lo mismo que hubiera podido hacer el propio Aquiles, de haber sido otra la disposición de las estrellas en el momento en que nació, de haber sido otra su ascendencia y diferentes las condiciones en que transcurrió su infancia. Muerto Héctor, entrar en Troya como entró Ulises: a sangre y fuego, pasando a cuchillo a sus habitantes, no dejando de la ciudad piedra sobre piedra; como hizo Ulises o como los romanos hicieron con Jerusalén, con la saña de un san Jorge que acaba con su dragón. Pero, a diferencia de Ulises, lejos de volver a su triste Itaca, fundar una nueva ciudad como hizo Eneas, construir una Roma, sólo que no en Roma sino en Troya, sobre las ruinas de Troya, con sus escombros. Nada de regresar a casa como regresa un adolescente, regreso que el mismo tiempo y los acontecimientos transcurridos han desprovisto de coherencia interna. Nada de huidas ni tampoco de remodelaciones o reconstrucciones de nada, esos morbosos ejercicios a los que con tanta lascivia se entrega una mente enferma o las personas, como Claudia, nacidas bajo el signo de Cáncer. No: asumir el pasado, pero no en función del pasado sino en función de problemas del presente, de problemas que apuntan al futuro. No problemas de muerte sino de vida. Fundar nuestra propia ciudad sobre las ruinas de la ciudad que hemos conquistado, sobre la tierra que pisamos, bajo nuestros pies.

Ignoro si he logrado expresar concretamente mis pensamientos, si mi lenguaje ha sido preciso y adecuadas las imágenes expuestas. Se trata de materias muy complejas y, al escribir, siempre se pegan cosas de los libros que estamos leyendo, especialmente si son obras de nuestros autores más queridos. Además, las cosas pueden ser dichas de

otra forma, es cierto, utilizando otras palabras, otras referencias, conforme a ejemplos más fácilmente asimilables, es cierto, sí, pero no sin riesgo de trivializarlas. Sería como definir mi caso por contraposición al de la mujer española de antes, la típica maja, engendros zarzueleros como esa madrileña verbenera que advierte y advierte a su Cipriano que no se pase o propase con pretexto del baile, que no baje más la mano, que tenga siempre presente que al menor movimiento se la ha ganao, que al menor movimiento te la has ganao, imperiosa como un guardia civil al dar el alto, enjundiosa en su insistencia que apunta no tanto a los sórdidos manejos de Cipriano cuanto a su propia valoración ante el resto de los presentes, triunfal en la convicción de su alto precio, de lo mucho que vale la sabrosa y codiciada fruta que su cuerpo encierra. Un tipo humano en verdad asqueroso, el que más repugna a mi modo de ser. Claro que habría que ver si la española de antes no era así únicamente en las zarzuelas, cosa más que probable, me sospecho. Aunque, conociendo a la Maldonado, de las madrileñas puede esperarse cualquier cosa.

Divagaciones aparte, hay, sin duda, ciertos aspectos de mi personalidad que Raúl rehúsa aceptar. Más aún: que, consciente o inconscientemente, le asustan, le dan miedo. Mi vitalidad desbordante, mi apasionamiento, mi actividad infatigable, mi fortaleza física, mi propia salud, mi joie de vivre, resumiendo. Suele pasar con los hombres, incluso con los mejores: temen la fuerza contenida en nosotras, la expansión de esa fuerza, como si de una bomba se tratase. No quieren reconocerlo, no quieren dar su brazo a torcer, pero es así: cuando una mujer escapa a los esquemas convencionales y el hombre se ve sobrepasado en su reprís, en la fuerza de sus acometidas, se atemoriza. De ahí, supongo, la sensación de hacer tablas que tengo con Raúl. O, más exactamente, de que mi partida con él no ha terminado, de que hay todavía varias jugadas pendientes.

Lo más curioso de todo eso, lo más sintomático, es la fascinación que siempre ha ejercido sobre mí la figura de Aquiles; desde mucho antes, al menos, de que me planteara siquiera semejantes cuestiones. Buena prueba de ello la tenemos en lo que me pasó con el cuadro, con aquel Poussin que no podía dejar de ver cada vez que iba al Louvre, generalmente después de comer. Pues, en definitiva, con todo y tratarse de una buena pintura, distaba mucho de ser lo que se entiende por una obra maestra. Especialmente, a la luz de la sensibilidad de hoy, mal dispuesta hacia la pintura con argumento. Y eso es, precisamente, lo que la teatralidad de su composición, su expresividad exagerada, hacían de La Cólera de Aquiles: una pintura con argumento. Carga temática que, para Poussin, por el contrario, suponía, sin duda, un enriquecimiento de los valores propiamente plásticos, conforme a un proceso no muy diferente del que lleva a una

persona a magnificar los rasgos que definen su propia vida, a verse a sí mismo bajo una óptica glorificante, haciendo lo que nunca hizo ni hará ya, diciendo lo que no llegó a decir cuando debió haberlo dicho, representando lo que jamás llegó a salir del ámbito de sus fantasías personales, como aquel que, desde el patio de butacas, se admira a sí mismo interpretando, en el escenario, su papel preferido.

Tampoco deja de ser curioso –ni sintomático– que sólo yo me detuviese a contemplar el cuadro, que nadie más se acercara si no era para ver lo que yo estaba mirando, ese visitante cauteloso y bien intencionado que se detiene apenas a mirar la guía más que el cuadro, según se pasa de largo. Gente que acababa de ver la Victoria de Samotracia y tenía prisa para llegar a la Grande Galérie, a la Gioconda, demasiado al grano para detenerse ante un vulgar Poussin. Vamos, Poussin o quienquiera que sea el autor de La Cólera de Aquiles. Si pienso en Poussin es, sobre todo, porque el estilo del cuadro corresponde al de Poussin y porque, si mal no recuerdo, la sala en cuestión, entre las escalinatas que preside la Victoria de Samotracia y la Grande Galérie, estaba dedicada a Poussin por aquella época. Pero, bien mirado, la pintura podía ser asimismo obra de Delacroix y hasta de Ingres, que también tenía cuadros en la zona. O, por la maestría con que estaba pintado, incluso de Rubens o, cuando menos, de su taller. O hasta de Tiziano, de un maestro italiano en lugar de flamenco, de uno cualquiera de esos discípulos suyos, que pintaban como ángeles.

El patatús que agarrará Herminia, cuando se entere de que ni siquiera le voy a dar la oportunidad de poner los pies en Barcelona, será de campeonato. Pero es que no quiero que tenga la más mínima ocasión de ir soltando su veneno por el barrio, con los porteros, con las chachas de los vecinos, con la gente de las tiendas. Y que no espere encontrar otra cosa por los alrededores, después de los informes que pienso facilitar a quien me los pida. Hasta en las tiendas me harán más caso a mí. No se trata de mi palabra contra la suya. Se trata de que la clienta no es ella sino yo; y buena clienta, por cierto. Y a las clientas, a veces, nos da por cambiar de proveedores.

Herminia es de las que, como los caracoles, viaja siempre con todos sus bártulos, ¿no? Bien, pues la meto en el tren en Figueres, y listos. Y con las cosas de invierno que pueda tener en Barcelona, pues lo mismo: las meto en una maleta y se las mando adonde quiera. No se trata sólo de que sea más cargante que Constantino y Emilia juntos o de que haya defraudado la confianza que yo tenía puesta en ella. Hay, además, una cuestión objetiva: las cosas se rompen por su punto más

débil, más frágil. Y en la trama de relaciones que constituyen, como si dijéramos, la vida vegetativa de una casa, de mi casa en este caso, el punto débil es ella. No haber caído en la cuenta de cuál era exactamente su situación respecto a los demás, haber sobrevalorado la propia, ha sido la prueba que me faltaba sobre los límites de su inteligencia.

Las tensiones de este último mes tienen que resolverse de alguna forma. No ya para evitar que se repitan –que no se repetirán– sino casi por una cuestión de higiene: abrir el absceso, limpiarlo. Y, excluida Camila, como es lógico, resulta evidente que si alguien tiene que ser despachado, este alguien es Herminia. Nada más faltaría que lo que aquí ha pasado y aquí se ha de quedar empezase a correr por todo el barrio una vez de vuelta en Barcelona, convirtiéndome en el hazmerreír general, en blanco de bromas tan burdas y groseras cuanto alejadas de la realidad de los hechos. Son cosas que yo no estoy dispuesta a tolerar, y Herminia, que me conoce, debiera saberlo. Los errores de cálculo se pagan.

El caso de Constantino y Emilia es completamente distinto. Y no, ni que decir tiene, porque mi afecto hacia ellos sea superior al que le tengo a Herminia. No: también aquí los elementos en juego son de carácter objetivo. Mientras que la sustitución de Herminia, por ejemplo, no me supone más molestia que un anuncio en La Vanguardia –nada de agencias–, reemplazar a Constantino y Emilia me crea ya más problemas. Para empezar, la escasez de marineros, que me obligaría a robar uno –pagando más– a una de esas tacañas familias barcelonesas que vienen por aquí, operación que siempre trae piques, líos, disgustos y todo eso. Pues por raro, por increíble que parezca que sea precisamente el abyecto de Constantino el más difícil de sustituir, así es en la práctica. Mujeres como ella, las que quiera. Vamos, no como ella, mejores, con más energías, sin esa hipocresía empalagosa característica de Emilia. Por cierto, que le va bien llamarse así, como mi madre.

Pero, sobre todo, y por chismosos que sean, tanto él como ella, mientras sigan a mi servicio se guardarán bien de excederse, lo contrario de lo que sucedería si los despidiera. Dependiendo de mí, los tengo atados de pies y manos y con un esparadrapo en la boca. Aparte de que Cadaqués es el caldo de cultivo menos idóneo que cabe imaginar para esta clase de habladurías; hasta la gente de Barcelona pierde capacidad de chismorreo, se diría, no bien llega a Cadaqués. Lo que en Barcelona tiene importancia, aquí la pierde. Esto se debe, en parte, al contagio del desdén que manifiesta el pueblo hacia estas cosas, curados como están de espantos. Gente espléndida, casi una raza aparte, altiva hasta la impertinencia gracias a su mismo aislamiento geográfico, a que durante siglos les fuese más sencillo irse

a América que a la capital de la comarca. Constantino, por ejemplo, no es de Cadaqués sino de Rosas, un detalle que desconocía cuando se me ocurrió contratarle.

Estas líneas, las líneas precedentes relativas al patatús vaticinado a Herminia, fueron escritas justo antes de que se produjera, de que todo sucediera tal y como yo lo había previsto; lo que ahora hago no es sino transcribirlas. Para entonces, mis relaciones con Camila habían vuelto a sus antiguos cauces y estaba ya claro de quién era la victoria. Sin ser un prodigio de inteligencia, Camila había conseguido realmente provocarme, llevarme al borde de la ruptura, en un claro intento de que, a partir de ahí, recomenzara sobre nuevas bases, con renovada vida, una convivencia que no sin razón debía de ver amenazada por la rutina; temía verse progresivamente anulada, desplazada, y recurrió a la más vieja de las estratagemas: excitar los celos de la persona amada, mis celos, mediante su aventura con Roberto, una aventura cuya función consistía, justamente, en ser descubierta, en que yo les sorprendiese como les sorprendí, en que yo siguiera como seguí todos y cada uno de sus movimientos, en que yo leyera todas y cada una de sus cartas. Lo que probablemente no entraba en sus cálculos era que yo reaccionase como reaccioné, que, dando la vuelta a la situación, me convirtiese de asediada en asediadora; esto en primer término. Y en segundo, que le fallase su aliado, su compañero de aventura, sin duda ajeno, por otra parte, al verdadero alcance de la maniobra. Me refiero a Roberto, naturalmente, y a la desazón que debió de entrarle cuando se dio cuenta exacta de hasta qué punto le había contagiado sus secretos sentimientos hacia mí. ¿Qué otra cosa, si no, podía significar su carta final, la del abandono de toda lucha, cuya fotocopia releo todavía de vez en cuando? Renunciar definitivamente, escribía Roberto, por ti, por mí, y, sobre todo, por ella. Esto es: por mí. Sobre todo por mí. La frase, incluso en un contexto de desbordante amor por Camila, supuso para ella, sin duda, un duro golpe. Lo que se dice ir por lana y salir trasquilado, jugar con fuego y quemarse, caer en la propia trampa. Ya que una cosa era conseguir provocarme, y otra muy diferente mejorar su estado de subordinación y dependencia respecto a mí, cosa que no había conseguido en absoluto, antes bien al contrario.

Sería un acto como de falsa modestia pretender ahora que me lo venía sospechando desde el principio. Pues la realidad no es que lo sospechase, la realidad es que lo sabía a ciencia cierta, que lo supe de pronto y basta; desde mediados de agosto, aproximadamente. Es mi famosa facultad de predecir las cosas, mi intuición que todo lo abarca, mi sentido adivinatorio, mis premoniciones, mi visión del futuro que tanto aterroriza a la gente. Brujería, para algunos.

Por aquellas fechas, todavía en Cadaqués, sabía ya lo que iba a

suceder: regreso a Barcelona el tiempo justo para poner cuatro cosas en orden, y luego –ahora sí– a Islandia, con Camila.

Un chófer negro, un cocinero chino, una cabina de lujo en un trasatlántico. ¿Por qué estas cosas han de convertirse poco menos que en un delito? ¿En qué lugar del mundo vamos a poder vivir con normalidad dentro de poco? Viajar, por ejemplo. Irse así, de pronto, a donde a uno le viniera en gana, sin otro motivo que el de haberse despertado con esa idea. Antes no había país, no había ciudad que se hallara fuera de nuestro alcance: Shanghai, Benarés, Saigón, La Habana, Buenos Aires de noche, una fiesta en Cuernavaca, un safari en cualquier colonia africana. Todo estaba cerca, todo era fácil. Ahora, en cambio, ¿qué sitios nos quedan que ofrezcan no ya interés sino simple seguridad personal? ¿Qué países de Asia, de África, de Sudamérica, podemos recorrer con seguridad? ¿Y Estados Unidos? ¿Y la misma Europa, prescindiendo ya de si aún existe algo que ver en Europa, de si aún hay algo a salvo de esa plaga que es el turismo de masas, ese fenómeno que va devorando uno tras otro los rincones más privilegiados, la Riviera, la Costa Dálmata, las islas griegas, los Alpes, el valle del Rihn, ese movimiento multitudinario que persigue a la belleza como si de una alimaña se tratase y como a una alimaña la destruye, Capri, Biarritz, Cap d'Antibes, Cadaqués, sin ir más lejos? La degradación de países como Inglaterra o Italia, el deterioro que experimentan en todos los terrenos, epidemias, inundaciones, terremotos, sequía, miserias hasta hace poco inimaginables, totalmente impropias de una nación civilizada. Y esa otra plaga de nuevo cuño que es la burocracia. Antes, una podía tener su apartamento en París o, qué sé yo, en Nueva York o Londres, y pasarse ahí todo el tiempo que quisiera sin preocuparse por los impuestos y todas esas murgas de ahora. Un simple telefonazo a la Cook, y todo arreglado.

Dónde meterse, éste es el problema. Tengo entendido que Barcelona fue una ciudad alegre, disparatada, realmente única, hasta que Franco la convirtió en el colegio de monjas que, como el resto de España, sigue siendo todavía. Pero, por otra parte, fuera del colegio, en la calle, están esos movimientos radicales que la inconsciencia de los jóvenes de hoy y el vedetismo irresponsable de cuatro ancianos profesores incuban en la universidad hasta que, como una granada, acaba explotando entre sus propias manos, dando pie a espectáculos tan espeluznantes como el de ese París que no parecía sino estar escenificando una nueva Commune. Confieso que lo que he visto en las revistas me ha puesto los pelos de punta. Me era imposible

reconocer en aquellas imágenes el París de mis tiempos, mi París. Se diría que, frente a dictaduras como la de Franco, la única alternativa parecen presentarla esos fanáticos desaforados, esos profesionales de la revolución y el terrorismo. Porque, a mi entender, lo preocupante sería que Europa entera volviese a polarizarse en torno a estas dos opciones extremas. El único aspecto de los años treinta que no me resulta, que digamos, precisamente atractivo.

Pues ésa es, sin duda, mi época, la época en que debiera haber vivido: los treinta. De hecho, la época en que nací, una época a cuyo ritmo mi vida se hubiera desenvuelto fluidamente, de no haber venido enseguida las crisis y las guerras y las revoluciones y todo eso que ha terminado por transformar el mundo en algo tan antipático. Un mundo que todavía era como el de las comedias americanas, el de las películas de por aquel entonces, cuando yo no era más que una niña que se ensoñaba ante aquellos ambientes, que ella, que yo, ávida, impaciente, creía que me estaban reservados. Pero ¿qué se hizo de los hoteles internacionales, tipo Ritz de París o Claridge de Londres? ¿Puede decirse que siguen siendo los mismos, aunque subsistan? ¿Y los restoráns tipo Maxim's, por más que en apariencia sean los de siempre? ¿Y de los grandes trasatlánticos que ya no existen? ¿Quién se atrevería hoy a pasearse en el equivalente de un Hispano, tapizado de piel de tigre? ¿Quién no rehúye o disimula el disfrute de cuanto de hermoso puede ofrecernos la vida, lo mismo que si de un crimen se tratara? Es como si, de repente, todo eso hubiera volado por los aires, como volaron por los aires las risas que soltaba papá cada vez que me hacía trotar sobre sus rodillas.

¡Gastar a semejanza de uno de esos estrafalarios jeques árabes que se ven por Londres, de uno de esos emires hinchados de petróleo, que deambulan por ahí, bajo un exterior más bien zarrapastroso, como figuras sacadas de un belén! ¡Comprar y comprar sin más, sin cálculo, sin límites! ¡Tener lo que uno quiere en cuanto lo quiere, en cuanto lo ve! Éste es mi mundo, lo tenga o no a mi alcance; ésta es la forma de vida que me corresponde. Ya en mi primera época parisina, lo recuerdo perfectamente, Raúl me decía –y seguro que estaba en lo cierto– que yo no sabía calcular, que no podía ir por el mundo así, gastando sin mirar. De acuerdo. Pero ¿y qué puedo hacerle? Ésta es mi manera de ser, la compensación que busca mi inconsciente a ese mundo que me fue robado.

Con lo dicho, creo yo, queda más que explicada mi simpatía de siempre por Constantino, el emperador; la admiración que su determinación y su lucidez me inspiran, consciente como él era de que con sus actos precipitaba al Imperio en la más horripilante de las catástrofes. Sólo que, consciente asimismo de que cualquier otra alternativa significaba un final no por más lento menos inevitable,

abrió las puertas a la única opción susceptible de conllevar, a la larga, una solución en potencia. Buena prueba de que no andaba tan desencaminado la constituye el hecho de que, desde entonces, bajo las más dispares apariencias, la Humanidad no ha dejado de replantearse, vez tras vez, idéntico objetivo: la máxima coincidencia posible del poder temporal y el espiritual. El que este objetivo nunca haya sido alcanzado, no resta méritos a su iniciativa, antes al contrario, ya que tampoco puede decirse que otro triunfara donde él fracasó ni, menos aún, que haya sido planteada siquiera una alternativa más válida. Su desgracia, en mi opinión, fue la de acceder al poder en un período de decadencia sólo comparable al que estamos viviendo. Y lo mínimo que de él se puede decir es que planteó su batalla y la ganó.

Con el boxeo, con la decadencia del boxeo, pasa tres cuartos de lo mismo. La crisis, el mal, no está en el boxeo sino en el público, en la sociedad, igual que con tantas otras cosas, y pronto, como la esgrima, el boxeo será un deporte exclusivamente amateur, de salón. El boxeo es una forma de lucha con reglas, con principios, y nada tiene ya que hacer frente a esa serie de técnicas orientales, ahora de moda, en las que vale todo.

IX

De la trilla a la vendimia, el tiempo que media entre las tareas de una y otra recolección; nunca mi estancia en Cadaqués se había prolongado tanto. Cuando llegamos, los trigales se transformaban de un día para otro en terso rastrojo, jalonado de balas de paja, mediante esa solapada actividad de las cosechadoras de hoy, capaces de realizar, sin que una siquiera lo perciba, las múltiples tareas que antes, empezando por la siega, convertían el campo en una espléndida coreografía de animación y plasticidad. La vendimia ha cambiado menos, sobre todo en zonas como Cadaqués, donde la misma pendiente hace imposible el uso de tractores, y la uva cosechada debe ser acarreada en las portadoras de siempre. En los días que precedieron a nuestra partida, pude observar alguna que otra de estas portadoras semihundida, semiflotando, como cada año, junto a los embarcaderos, a fin de que el agua hinche la madera de que están hechas, mientras que, desde portales oscuros, un excitante olor a mosto se expandía por las callejas. Cosas que, si para la gente carecen de significado, para mí no. Yo vivo, como los antiguos, al ritmo de las estaciones, que ejercen un fuerte influjo sobre mi organismo. Y sabía que para la vendimia, el asedio, mi asedio, habría concluido. Lo sentía en mi cuerpo, al margen de cualquier reflexión, como si un fluido me recorriera de pies a cabeza, una especie de savia que se activase por simple contacto durante mis paseos a través del campo, pisando la tierra, respirando los aromas del monte.

Estoy convencida de que la pérdida de esta clase de facultades por parte de la gente no responde sino a la pérdida de contacto con la naturaleza. No se trata ya de que la gente que viene por Cadaqués no sepa una palabra de agricultura o de que ni tan siquiera tenga por costumbre caminar por el campo. Lo que pasa es que ya ni saben ver cuando miran el paisaje, cuando le echan una ojeada desde la ventanilla del coche. Aminoran la velocidad, a lo sumo, en los tres puntos convencionales que hay entre Rosas y Cadaqués, siempre que se traen un invitado neófito al que hay que iniciar. Primero, para llamar la atención sobre la vista de la bahía de Rosas, que se va abriendo según se alcanzan los altos del Paní; después, al descrestar, ante el panorama que ofrece la otra parte del cabo; y finalmente, tras el cruce con la carretera de Port de la Selva, cuando abajo aparece Cadaqués. Vistas, postales; la gente ve a través de postales. Verlo con otros ojos, ver el campo en sí, los montes yermos, los bosques, los cultivos, es parte de mi deuda con Aiguaviva, de los veranos que allí

pasé durante mi infancia. Pues, en definitiva, la idea que esta gente que viene por Cadaqués tiene del mundo en general y de Cataluña en particular corresponde a lo que en los mapas de carreteras merece la calificación de paisaje pintoresco.

La falta de sensibilidad es sólo una de las características –en modo alguno exclusiva– de esa burguesía barcelonesa que frecuenta Cadaqués. Más grave me parece su insustancialidad y, sobre todo, su inconsciencia. Especialmente en lo que a las damas se refiere, esas mamás burguesas modernas desinhibidas. Y no me refiero, que conste, a las madres de esos chicos y chicas que, quieras que no, se juntarían de todas formas, y que ya tienen edad de saber lo que se hacen. No: me refiero, más concretamente, a las mamás de esas criaturas de seis y siete años, que rondan por ahí al alcance del primer ser abyecto que se tropiecen. Pero les debe de parecer que preocuparse un poco, aparte de la incomodidad que supone, sería no estar à la page. Bastante tienen con explicarse las unas a las otras lo complicadas que son –cuatro simplezas–, de modo semejante a como sus maridos, que por dinero que hayan hecho siguen con su cultura de medio pelo, pueden gloriarse, a falta de consideraciones de mayor entidad, de lo complicada que llega a ser la ortografía de su idioma, el catalán, idéntico el objetivo de ambos casos: la búsqueda de una singularidad para algo que no interesa demasiado a nadie. Pues, como ese débil mental, el tonto del pueblo, exacto a sí mismo a través del tiempo, ni más ni menos viejo ni meticuloso en sus hábitos que cuarenta años atrás, cuando hacía el mismo recorrido que hoy, cumpliendo los mismos pequeños encargos, las mujeres que hacen labores al sol diciéndole a semejanza de entonces, alsa, Ton, con una cesta y todo, a fin de envanecerle y permitirle pavonearse un poco, así, como este lelo, también esa clase de gente ante un mínimo de atención que se les preste. De ahí eso que cuentan algunos a la vuelta de un viaje, esas historias de que con el catalán se han entendido o hecho entender en todas partes, lo cual habla más en favor de la amabilidad y agudeza de los camareros y personas así de los países que han recorrido, que del nivel cultural y hasta intelectual de nuestros buenos burgueses.

Capítulo aparte, desde luego, lo merece asimismo la juventud, esos chicos y chicas, todos más o menos parecidos entre sí, como sucede con los homosexuales y las lesbianas de ahora; todos con esa indumentaria que, singularizando a cada uno en particular, uniformiza el conjunto, al estilo de una troupe teatral de hoy, de esos actores y actrices que hacen teatro espontáneo o como quiera que se llame, ataviados de la más excéntrica de las formas. Una coincidencia de lo más reveladora, puesto que quien se siente atraído por el teatro tiene ya en sí algo de enfermo; buena prueba de ello la tenemos en la Maldonado. ¡Y se quejan de que hay crisis, de que la gente no va al

teatro! El problema del teatro, para mí, es un problema de eutanasia.

Claro está que el hecho de que el problema de los jóvenes sea parecido, no significa, por suerte para ellos, que la solución deba ser la misma, por más que, a decir verdad, tampoco se me ocurran alternativas. Hubo un momento en que llegué a confiar en el valor revulsivo de movimientos tipo feminista, pese al riesgo de manipulación que a todas luces entrañan; aunque sólo fuese para poner un poco de orden. Pero está visto que es pedir demasiado, que cuando algo se aclara por un lado, algo tiene que confundirse por el extremo opuesto. Así, esos calzonazos de maridos y partenaires que las respaldan fervorosamente y que, como transexuales o masoquistas, tanto se afanan en las tareas domésticas y en alardear de los pañales que cambian, cuando lo que debieran hacer es preocuparse de ganar más y pagarles una criada o, si tan puntillosa es la dama, un criado.

Lo notable del caso es que, en cierto modo, esos jóvenes de hoy están contagiando no sólo a quienes ya no son tan jóvenes, sino incluso a sus propios mayores, esos papás rozagantes que montan en bicicleta no bien llegan de Barcelona y les imitan en el atuendo cuando no en las costumbres, a ver si con eso de la promiscuidad consiguen algo. El espectáculo de las mamás puede ser todavía más patético. Si se me pregunta el porqué, no sabría decirlo; tal vez por su menor sentido crítico, por su mayor capacidad de autoengaño. La propia Nuria, sin ir más lejos, guardándonos de entrar en lo específicamente grotesco, ateniéndonos a los límites de lo que aún se considera normal. Nuria: estampa misma del estupor, siempre como preguntándose qué está sucediendo, siempre como diciéndose lo bien que hubiera ido todo si todo hubiera ido bien, dejando cigarrillos encendidos por todas partes, tomando pócimas continuamente. En el fondo, una pobre chica anulada, víctima de Raúl, como víctima de su posición satélite acaba siendo toda persona que pertenece al contorno de quien ella considera un genio. No supo, a diferencia de mí, crear su propia órbita. En eso de las medicinas, además, yo soy muy estricta. Yo no creo en las medicinas, ya que, así como las llamadas ciencias exactas lo son únicamente en un plano operativo, así la eficacia de un fármaco cualquiera. Para mí, los remedios son otros. Y siempre naturales.

Resulta en verdad chocante comprobar hasta qué punto la gente pierde la noción de su edad –como de tantas otras cosas– y se comporta de un modo impropio de esa edad, de los años que realmente tiene, sea porque imagine aparentar menos, sea por irresponsabilidad pura y simple. Tal vez mi sentido crítico al respecto peque de riguroso en exceso, pero lo cierto es que, a mi modo de ver, hay dos edades en la vida de una mujer, desde que empieza a serlo hasta que empieza a dejar de serlo, perfectamente delimitadas: la edad

de la ducha y la edad del baño. Los matices que distinguen un placer del otro definen lo que es nuestro cuerpo a una y otra edad. El cuerpo joven gusta de la ducha, del contacto fecundante con esa cálida lluvia, de ese halo vaporoso que vela su desnudez como para guardarla de los peligros que le acechan, de ese estímulo táctil que, como una caricia, prepara la piel suave para los goces que le aguardan. Nada más acorde, por el contrario, al cuerpo ya realizado que el marco del baño, donde, mediante un espejo cualquiera, por pequeño que sea, como ese de mango de concha que tengo, podemos contemplar la propia desnudez madura aflorando literalmente de entre la espuma, expuesta en toda su plenitud, con todo su énfasis, sin las esquivas delgadeces de la adolescencia. Sí, el cambio de nuestro gusto respecto a los placeres del agua como reflejo del cambio que se opera en nuestro propio organismo. Algo tan tonto como eso.

Claro que tales muestras de falta de sentido crítico, al igual que tantas otras rarezas ante las que, vez tras vez, no puedo sino maravillarme, pillada cada vez desprevenida, no son peculiaridades de la gente que viene por Cadaqués, sino que, por desgracia, responden a un fenómeno mucho más generalizado. Claro está, también, que una cosa es Cadaqués y otra muy distinta sus habituales. Cadaqués, como lugar, autóctonos incluidos, es único. Por eso no me explico la manía de Raúl con Rosas, que de un encanto de pueblo que era se ha convertido en el típico producto del turismo de masas. A veces, me pregunto si Raúl no estará un poco chiflado.

La clave de mi vocación de escritora –aparte del dato genético de que una bisabuela paterna fue poetisa– habría que buscarla en mis defensas inexpugnables de aquella época, mis años de iniciación así en la escritura cuanto en la vida. Una época, quiero decir, en cuyo contexto la escritura entendida como camuflaje constituía tan sólo uno de sus aspectos.

¿Y la clave de la clave? ¿Cómo había logrado hacerme con esas defensas inexpugnables? Y, sobre todo, ¿por qué? La respuesta a estas preguntas supondría, de paso, la respuesta a una más: ¿por qué escribí El Edicto de Milán? Pero aquí es cuando aparece un nuevo problema, indisolublemente ligado al anterior. ¿Por qué la lectura de El Edicto de Milán –una obra objetivada ante mis ojos por el mismo tiempo transcurrido desde su redacción, hasta el punto de que, actualmente, creo poder hablar de ella como si no fuese yo su autora– sigue sin coincidir con la lectura que yo esperaba fuese hecha, cuando menos, por quien estaba en situación de hacerla? En otras palabras: ¿por qué veo en la obra lo que otro lector no ha visto? Una pregunta, por otra

parte, cuyo planteamiento, igual de válido que para El Edicto de Milán, lo es para toda obra de creación. Pues, en definitiva, como bien decía Raúl, el fenómeno de la lectura es la sombra, el negativo, del fenómeno de la escritura.

A su entender, en resumen, de igual modo que cuanto escribimos hay que referirlo, en último término, a ese período de la infancia en que el mundo circundante se va desgajando de lo que uno es, cuanto lo que uno es se va viendo definido en función de lo que uno no es, así, del mismo modo, interpretamos también lo que leemos de acuerdo con la óptica derivada de las experiencias propias de ese período. De ahí, viene a decir, que el escritor no sólo escriba siempre sobre sí mismo, sino que escriba siempre lo mismo, sin siquiera cobrar conciencia de ello, nuevos temas y nuevas formas de expresión que apenas hacen otra cosa que revestir, o mejor, disfrazar, bajo nuevas apariencias, lo que siempre ha dicho. Y que, de acuerdo con el mismo principio, toda lectura, desde la obra maestra hasta el último cómic, constituya una materia que cada lector remodela conforme a una particular óptica interpretativa, cuyas raíces, no menos que en el caso de la escritura, habría que remitir a la primera infancia. Hasta en lo que al llamado gusto concierne, la cuestión por antonomasia acerca de la cual no cabe disputa, toda aceptación o rechazo, casual o caprichoso en apariencia, responde siempre a cierta predisposición, bien hacia una obra concreta, bien hacia tal o cual género considerado en su conjunto. Tanto en un caso como en otro, nada despertará la lectura en el lector que no exista en él previamente. Como en otros existe a la vez que en él, como en otros existió antes que en él, acorde siempre la intensidad de la reacción con el peso de la presencia que subyace.

Pasar por alto cosas tan obvias constituye el principal error de esos teóricos de los mass media, la información, la comunicación o como quiera que se diga, para quienes todo parece consistir en relacionar el contenido del mensaje con su brevedad o su rareza, con el hecho de que sea oído, leído o televisado, y tonterías por el estilo. Pues, al centrar el problema en el aspecto objetivo del mensaje, marginan automáticamente su valor subjetivo, elemento imprescindible para que el acto de leer sea llevado a término, para que llegue sencillamente a realizarse. El valor del texto, en lo que a las obras de ficción se refiere, es cosa de la que ya se ocupa –o debiera ocuparse– la crítica literaria. Lo tonto, así pues, de las teorías de la información, es que prescinden de lo que debiera ser lo suyo, que es la lectura. No el texto, sino la lectura del texto. No el contenido en sí del mensaje, sino la lectura en sí de ese mensaje. No la forma en que llegue, sino el impacto que causa. No la bala, sino el balazo. El resto de lo que se diga son especulaciones que valen para el receptor de un télex, y basta.

Sea como fuere, creo haber tratado ya de todo eso, mis puntos de coincidencia con Raúl, mis puntos de discrepancia. Lo que no sé si ha quedado suficientemente claro es el papel del destinatario de la obra de ficción, término con el que he designado a la persona o personas, uno mismo en ocasiones, que, al constituirse en objetivo –consciente sólo hasta cierto punto– del autor, en motivo de sus ansias de venganza, de seducción, de lo que sea, contribuye de manera decisiva a la puesta en marcha del proceso creador. Alguien al que amamos escribiendo ese libro, alguien a quien pretendemos mediante ese libro, no hallándonos en condiciones de lograrlo por otros medios. La realidad del fenómeno, me parece a mí, es incuestionable. Pero lo que fundamentalmente me preocupa son los problemas de sintonía que se plantean en la práctica. Que receptor y emisor funcionen, por ejemplo, a diferente longitud de onda. Éste es el problema al que me refería al principio, cuando he mencionado El Edicto de Milán. Y, más concretamente, a las interferencias, a los apriorismos de aceptación o rechazo que pueden jugar del lado del receptor; al desdén o desafío que pueden encubrir el carácter amoroso por parte del emisor.

Algo de eso hay, tiene que haber, en mi caso, el de Claudio Mendoza, autor de El Edicto de Milán. Mis famosas defensas inexpugnables, el exceso de camuflaje. Las tres aproximaciones sucesivas a la materia narrativa que, a modo de lentes de aumento, estructuran el relato, y que igual que tres hubieran podido ser tres veces tres, ya que el número de nuevos datos, así como el de las reinterpretaciones que generan, es prácticamente ilimitado. La obra puede gustar o no gustar, pero, desde un punto de vista estrictamente literario, mi objetivo está –me hace el efecto– plenamente conseguido: que el lector acabe por no conceder el más mínimo crédito a Lucía, que cuando ella afirma una cosa, el lector tienda a creer exactamente lo opuesto. Pero ¿y desde otro punto de vista, desde el punto de vista del destinatario, por ejemplo? ¿Y si, en definitiva, bien porque yo me haya confundido de onda, bien porque, siendo correcta, su destinatario no esté calificado para captarla, el resultado fuera que la onda no ha sido captada?

Dado mi modo de ser, si algo hay que no soporto es la incertidumbre. No estar segura, en este caso concreto, de si hay error de cálculo ni, de haberlo, si es culpa de los otros o de una, de la sobrevaloración que una ha hecho de los otros. ¿Tan disparatado sería considerar que así como el asedio de Troya no fue para Aquiles más que una ofrenda, un homenaje amoroso, así, de modo semejante, puede serlo, no ya el poema que se dedica, sino también una obra cualquiera que se escribe? ¿O es que alguien sube a una montaña porque sí, con independencia del esfuerzo que le supone la ascensión, del panorama que se le ofrece desde la cima y, en especial, de lo que

para sí mismo significa la conjunción de ambos factores, la realización de sí mismo que se deriva? Y es en este sentido, justamente, en el que ha de valernos la ascensión a un monte como símil de la experiencia creadora, una experiencia al cabo de la cual siempre encontraremos esa realización de sí mismo a la que acabo de referirme, esa expresión de sí mismo que para todo creador representa la obra creada. Sólo que, me objetaría Raúl, cuando alguien se expresa lo hace no tanto para revelarse cuanto para ocultarse, para inventarse. Bien, ¿y qué? ¿Cabe imaginar mejor invención que la que una puede realizar de sí misma a través del acto creador? Y conste que si, por una parte, como en el ascenso a la montaña, el empeño que se ponga no es garantía del éxito, por otra, esa invención de sí mismo que el creador realiza por medio de la obra será estéril y hasta contraproducente en la medida en que exista un deliberado propósito de falseamiento, en la medida en que los rasgos que en la obra definen la personalidad del autor sean fruto, no tanto de una necesidad interna de la obra, cuanto, como es frecuente, de la personal satisfacción del autor. Pues si un simple ataque de cuernos ha llevado a más de un hombre a proclamarse homosexual, esto es, a vengar la ofensa vaciándola de contenido, a cubrirse, a salirse del juego, a ponerse a salvo, castigando, al propio tiempo, a la mujer adúltera, con la expulsión de por vida del ghetto en el que voluntariamente se recluye, un ghetto al que ella no tiene la más mínima posibilidad de acceso, ¿qué no hará ese hombre, si además dispone de la panoplia de una obra escrita que legar a la posteridad, una interpretación teóricamente definitiva de sí mismo, ejemplar desde un punto de vista punitivo y hasta autopunitivo? Invertir el asedio; dejar que las fuerzas asediantes se estrellen una y otra vez contra los muros inexpugnables de nuestra ciudad. Que se pudran ahí fuera.

En el fondo, con todo esto pasa lo mismo que con publicaciones tipo Who's Who, donde lo único que no se dice de la persona incluida es justamente quién es. Lo que ha hecho, lo que tiene, obras, aficiones, cargos, méritos, familia, cuanto rodea la vida de uno, pero no quién es en realidad ese uno. Claro que ¿toleraría alguien, empezando por el propio interesado, que se dijera quién es ese quien realmente? ¿Sus familiares, sus amigos, sus conciudadanos? ¿Se atreverían a publicarlo los editores? ¿Osarían hacer frente a la cascada de procesos y querellas que se les iba a venir encima? Yo creo que no, que su papel consiste, precisamente, en ocultar bajo una pila de premios, títulos, condecoraciones, pretendidos hobbies y todo eso, la verdadera personalidad de la gente incluida, gente que, a su vez, paga con gusto el precio de la suscripción a cambio de tener siempre a mano esa prueba objetiva de su imagen pública, esa coartada.

Y cuando es una o uno el que se autodescribe públicamente, cuando

nos explica Who I'm, peor. Los famosos Personal de la prensa anglosajona, esos anuncios por palabras que todo corazón solitario acaba insertando tarde o temprano con el pretexto de buscar compañía. Los calificativos que usan para autodefinirse, términos como lovely, aristocratic, bright, vivacious, intellectually alive, sharp, splendid, thoughtful, imaginative, atractive, sensitive, slender, intelligent y hasta salacious, cosas que si ni la propia persona anunciante se cree a pies juntillas, sí, al menos, se siente mejor tras haberlos escrito, pagado, leído y releído, imaginando, mientras toma un baño relajante, las hipotéticas relaciones amorosas que una hipotética respuesta positiva bien pudiera desencadenar, por más que, aunque no llegase a desencadenar ninguna, el mero placer de irle dando vueltas a la idea constituye ya, en última instancia, un placer en sí.

He observado que el hecho de pagar cash algo incrementa enormemente el goce que pueda derivarse de esta clase de experiencias. Se deberá, quizás, a que el sentido posesivo se ve incrementado paralelamente, a que así la gente lo siente como más propio. O tal vez a que, como el ciudadano que tras realizar toda clase de marranadas paga meticulosamente sus impuestos, se siente –a semejanza de aquel que sale de confesarse– como más en paz consigo mismo, como más liberado de culpa. El caso es que con J.A., cuando nos vemos para hablar de dinero –el único motivo de que nos veamos– sucede tres cuartos de lo mismo. Paga lo que sea con una satisfacción inmensa, siempre que eso le dé motivo para exclamarse de la facilidad con que se va el dinero y la dificultad con que se gana, para insistir en lo disparatado que es el tren de vida que llevo, en que los gastos nunca deben ser superiores a los ingresos, en que todo bolsillo tiene un fondo, y cosas así; muy de traficante de avellanas.

Un Cadillac en la boca, fue su expresión exacta. Es, tal vez, el mejor dentista del mundo. Norteamericano, con clínica en Ginebra. Me resolvió a la perfección un delicado problema dentario, una prótesis poco menos que imposible, y sus honorarios, ni que decir tiene, estuvieron muy en consonancia con la brillantez del trabajo. Ahora puede usted presumir de llevar un Cadillac en la boca, dijo mientras yo extendía el talón por una cantidad con la que, efectivamente, bien hubiera podido comprarme un Cadillac. Lo dijo, claro está, para levantarme el ánimo, a sabiendas de que la moral de una siempre pega un bajón tras esta clase de intervenciones; un tipo de humor muy neoyorkino, ya que la frase implicaba una obvia sugerencia erótica. No quiero decir con eso que se me insinuase, naturalmente; fue sólo

una broma, y por cierto que muy gentil. No, él no pertenece a esa clase de médicos, más numerosos, por lo visto, de lo que la gente cree. Recuerdo, sin ir más lejos, aquella vez que mi ginecólogo me recibió cuando la enfermera ya se iba, no sé yo si de acuerdo con sus instrucciones o, sencillamente, debido a que, al ser yo la última visita, recibida con todo el retraso que suele acumularse a lo largo de la tarde, ella daba por concluido su trabajo; tampoco sé si el hecho de que se me diera la última de sus horas de visita fue casual o no. Sea como fuere, el doctor empezó enseguida con que no tenía prisa, con que su mujer estaba fuera y él no sabía qué hacer aquella noche. Comprendí de inmediato a dónde quería ir a parar y corté por lo sano diciendo que yo, por el contrario, sí tenía prisa, ya que había concertado una cita amorosa con una persona recién llegada de Londres.

La mayor parte de mis problemas dentarios, por no decir todos, se deben al hecho de que soy bruxómana. Cuando duermo, hago rechinar los dientes, y se ve que, a la larga, las consecuencias que eso trae son enormes. Según mi dentista, la bruxomanía se da con particular frecuencia entre gente nerviosa, hipersensible. Y quisiera puntualizar que mi dentista es una persona muy competente, no sólo en su especialidad sino también en medicina general; un verdadero humanista. Fue su elevado sentido ético, en definitiva, lo que le hizo alertarme en lo que a los dentistas respecta, ponerme al corriente de lo que la gente se juega sin saberlo al caer en manos de un dentista. Supongo que su posición privilegiada en la profesión, le sitúa a salvo, en cierto modo, de las maniobras de sus colegas europeos, pero una mafia es una mafia, y desafiarla puede dar pie a reacciones imprevisibles.

Al parecer, la práctica totalidad de los dentistas europeos –la red no ha logrado aún introducirse en Estados Unidos, probablemente porque sólo allí el odontólogo es algo más que un simple remendón– se hallan organizados de tal forma, que la persona que se visita por primera vez con uno cualquiera de ellos no puede dejar ya de hacerlo durante el resto de su vida. Así, por ejemplo, aprovechan la revisión más rutinaria, la limpieza de boca más inocente, para crear falsas caries que, empastadas y todo, acaban fragmentando el diente, lo que supone más extracciones, más prótesis y, en última instancia, nuevos focos de problemas, que es de lo que se trata. De este modo, cuando el cliente, lógicamente harto de hacer el primo, decide cambiar de dentista, el próximo, sea quien sea el elegido, como estará beneficiándose del trabajo, o mejor, de la faena realizada por su antecesor, se guardará pero que muy bien de decir nada, de irse de la lengua. El proceso se prolonga durante años y años –los necesarios para limpiar así de dientes como de billetes al paciente–, pero no hay cuidado de que se

filtre denuncia alguna, ya que existe entre todos ellos una especie de acuerdo, de pacto, que les obliga no sólo a guardar silencio sino a cubrirse mutuamente, caso de ser preciso. Y sé positivamente que, si a uno cualquiera se le ocurre quebrantarlo, se hunde de inmediato en el vacío y el desprestigio, ya que el resto de sus colegas no dudará en atribuirle toda clase de desastres, inmoralidades y bajezas. La existencia del pacto, por otra parte, explica que el dentista, a diferencia de los demás médicos, no haga jamás reducciones o descuentos a determinados clientes; el pacto se lo prohibe taxativamente, y aunque contravenirlo en este aspecto constituye una falta leve, pocos son los que se arriesgan. Lo mismo puede decirse en lo que al buen nombre se refiere. ¿Alguien ha oído jamás a un dentista hablar mal de otro? ¿Nadie se ha preguntado la razón de que, a diferencia de otros especialistas, ellos se abstengan de hacerlo? Pues es por eso, por acuerdos de honor tipo mafia, una especie de organización secreta en la que van integrando, bajo severas amenazas, a las nuevas promociones, a todo joven dentista que pretenda ganarse alguna vez la vida. A veces, si una siente escalofríos al pensar en el mundo en que vive, no es por el peligro de guerra nuclear y catástrofes por el estilo, sino por estas pequeñas cosas de la vida cotidiana. Capítulo aparte, sin ir más lejos, podría ser el que se refiere a los talleres de reparación de automóviles, sobre los que también tengo mis datos. Aunque el problema parezca de grado menor, como más próximo a la picaresca, estoy convencida de que cabría detectar su presencia en más de uno de esos pretendidos fallos humanos que tan socorridos resultan a la hora de dar carpetazo a tantos trágicos accidentes.

No, la diferencia, más que de grado, es de organización, superior, con mucho, la de los odontólogos. Pues, por lo que se ve, tampoco es ajena la influencia de esta mafia especializada respecto al hecho de que todavía estén a la venta una serie de productos –cuya lista poseo– altamente nocivos para el esmalte de los dientes, especialmente en los niños, su clientela del futuro, su plantel. Y lo mismo sucede con la, en apariencia, inexplicable ausencia de la precisa dosis de flúor en el agua corriente de las ciudades, cuya adición va siendo retrasada en la medida de lo posible. Con estas confidencias de mi dentista norteamericano quedó explicado, de golpe, el origen de todos mis problemas dentarios, el verdadero viacrucis que para mí han representado los dientes desde niña.

Problemas de dientes aparte, mi forma física ha sido siempre, es desde siempre, inmejorable. Me siento joven, llena de vitalidad. Incluso me atrevería a decir que, por la calle, en los sitios, la gente me mira más que antes. Especialmente los jóvenes. Y también las jóvenes, a hurtadillas, cuando en la sonriente ironía de mis ojos adivinan mi

conocimiento de su cuerpo, las posibilidades que ese conocimiento entraña, las turbadoras experiencias que sugiere. Pero esta fuerza de la naturaleza que soy, fruto de una adecuada conjunción de vigor y energía, no hace sino crecerse ante las contrariedades, y mi fuerza se redobla cuando me siento traicionada, un furor que me haría mover montañas si me lo propusiera, ya que no hay cosa que no consiga en semejante estado, ni meta que no alcance si alcanzarla me he propuesto. Pues el mismo efecto revulsivo que puede producir la lectura de una obra determinada –reflejo y réplica del valor revulsivo que todo proceso de creación supone para su creador–, este mismo efecto, regenerador además de revulsivo, puede resultar, qué duda cabe, de un enfrentamiento en el terreno amoroso.

Pocas cosas hay más delatoras, tanto en lo que a la edad como a la salud se refiere, que el cutis. Y mi cutis, sin exagerar, es el cutis de un bebé. Mis rasgos no son ya los de los veinte años, desde luego, pero mi cuerpo, al tacto, sigue siendo el de una niña, así de fino y de suave. Claro que por dentro también soy como una niña, y mucho me sorprendería que tal acuerdo entre lo más epidérmico y lo más profundo fuese casual. Además, no hay que olvidar que cuando se lleva tiempo sin hacer el amor con hombres, las mujeres volvemos a ser como vírgenes; estoy segura de que, hoy por hoy, un hombre no particularmente experimentado, un adolescente, por ejemplo, podría tomarme por virgen, más virgen, al menos, que muchas jovencitas de su edad. Hasta en este sentido es válida mi afirmación de que a veces me siento una mujer nueva. Cosas, todas ellas, propias de un organismo en perfecto estado de conservación y mantenimiento.

Se me dirá que es un lugar común, pero yo atribuyo una gran importancia a la salud, ya que su trascendencia es no sólo de orden físico sino también síquico y moral. Esto lo vi ya muy claro durante mi primera época parisina. Frente a mi salud de hierro, era de pena el espectáculo de aquellos chicos y chicas con los que me trataba, flojos, delicados todos ellos, con algo que no les pitaba, fuera la tripa, fuera el sexo, y de ahí sus ideas. Salvo Raúl, por supuesto, con esa cosa que tiene como de águila, con aquella aura como dorada que le distinguía de los demás, el aura de un dios antiguo ante su diosa. Siempre han llamado mi atención estas coincidencias casi de novela rusa, estos puntos de cruce entre su vida y la mía, tan estrechamente ligadas en algunos aspectos como el cuerpo y su sombra. El único problema, en último término, residiría en establecer quién es el cuerpo en cada momento y quién la sombra.

Probablemente sea éste el motivo de que, cuando pienso en mi primera época parisina, cuando la reconstruyo, me resista, más aún, me resulte imposible incluir a Raúl en el mismo montón que a los demás, aplicarle la misma calificación genérica que a cualquier otro

compañero de entonces. Si hasta desde un punto de vista físico era diferente, sus ideas no podían ser las mismas. Para empezar, él no tenía ese complejo de culpa que atenazaba a los otros, síntoma siempre de enfermedad, de debilidad física o mental. Y, para terminar, no recuerdo haberle visto recurrir jamás al sofisma ideológico entonces en boga –y me imagino que también ahora–, fruto de una mala conciencia que ni yo ni él, como digo, teníamos; en lo que a mí concierne, al menos, me parece como mínimo tonto dejarse ganar por las ideas comunistas cuando se goza de una posición económica desahogada, de una situación económica como la que yo disfruto. Me lo parecía ya entonces y me lo sigue pareciendo ahora, y propio de idiotas pretender convencerte mediante el sofisma al que me refiero. Por una parte, no se cansan de repetir que la gente, el mundo entero, se mueve en función de los intereses económicos, de los intereses de clase; por otra, en virtud de una especie de instancia superior, te piden que renuncies a defender los intereses que teóricamente, o científicamente, o como se diga, tienes que defender conforme a su esquema –los intereses de la clase a la que perteneces– y entres en el partido. Un argumento válido, quizá, para quien igual acabará dejándose convencer por el hortera que le vende un apartamento, de que la magnífica perspectiva de la autopista que se domina desde el apartamento en cuestión es un factor decisivo para comprarlo. No para mí, desde luego. Y mucho me extrañaría que continuara siéndolo para Raúl. ¿Por qué habría de serlo?

El dinero, siempre el dinero. El mismo razonamiento, sólo que al revés, que el de J.A., que ahora parece empeñado en convencerme de que soy mucho menos rica de lo que imagino. Bien, ¿y qué, aunque fuese cierto? ¿He de cambiar por eso mi vida? ¿He de renunciar a gastos como el de mi dentista norteamericano? Pues, a mi modo de ver, si en algo vale la pena gastar el dinero es en estas cosas. Difícilmente puede pensarse en un dinero mejor empleado. ¿En qué vale la pena hacerlo si no es en eso? Tanto más cuanto que mi dentista tenía razón. Es, efectivamente, un placer, pensar que se lleva un Cadillac en la boca.

Reconquistar es una palabra tan útil como usualmente mal empleada. Ya que si reconquistar no es precisamente sinónimo de recuperar, de hacerse otra vez con algo que bien pudo haber sido extraviado en un descuido, tampoco significa conquistar de nuevo. No: reconquistar significa restablecer el dominio, a consecuencia del resultado positivo de un enfrentamiento, sobre algo que, de hecho, no ha sido nunca realmente perdido. Un matiz que a la hora de aclarar ideas, tiene su

importancia. Y cuando se ha jugado una partida y encima se ha ganado, nada más conveniente que aclarar ideas, que recapitular.

Desde el principio juré que no me dejaría pisar, que a mí nadie me robaba nada; por el hecho en sí, al margen del valor que para mí pudiese tener lo robado. Y así fue. Pero, a estas alturas, eso ya es casi lo de menos. Más importante, me parece, en cambio, destacar el carácter estimulante de la partida entablada. La conveniencia y todo de provocar de vez en cuando este tipo de enfrentamientos. Como para los antiguos la guerra, esta clase de lances despiertan y ejercitan facultades que la burocracia de lo cotidiano tiende a embotar y adormecer. Además, si bien todo vuelve luego a sus cauces de antaño, no vuelve enteramente igual que antes; vuelve renovado, puesto al día. Una actualización tanto de sentimientos cuando de ideas que supone ya en sí misma un incentivo más, un estímulo añadido a la recapitulación iniciada. Llevados de tal impulso, llegamos incluso a encontrarnos fuera del ámbito primitivamente establecido, lejos de nuestro concreto y personal asedio, adentrados en otros terrenos, áreas hasta entonces inexploradas. Y, al tiempo que nuevas realidades apuntan en el horizonte, se replantean viejos problemas, no por haber pasado hasta el momento inadvertidos menos vigentes. Cosas que no se ha sabido ver antes, ideas y sentimientos que sólo gracias a esa nueva luz se han hecho perceptibles, tanto en lo que a una misma se refiere, cuanto en lo que se refiere a ideas y sentimientos de otras personas respecto a una. Cosas tal vez obvias para todos, pero no para mí, con mis complejos de siempre. Qué sé yo, mi idea de que Margarita gustaba más que yo, de que ella caía bien a todo el mundo y yo no. El que con el tiempo se haya puesto de manifiesto que estaba equivocada no disminuye para nada el efecto negativo que tal idea ha ejercido sobre mi comportamiento durante todo ese tiempo. Es un ejemplo.

Mis malditos complejos. No haber previsto siquiera –es otro ejemplo– que, si Camila iniciaba su arriesgado juego por miedo a perderme, bien podía acabar contagiando a Roberto los sentimientos que ella nunca dejó de profesarme, haciéndole partícipe de su amor hacia mí. Nunca sabré, ni merece ya la pena averiguarlo, si Roberto se convirtió en su cómplice consciente y voluntariamente o no. Lo que cuenta es el resultado final, el desenlace de la partida. Y en lo que a mí concierne, no haber sido capaz –como la tonta, como la ingenua que a veces soy en estas cosas– de advertir a tiempo por dónde iban los tiros, no haber sabido captar el verdadero signo de sus anzuelos, de las trampas que me tendían, por lo general mediante el hilván invisible de su correspondencia, las cartas que Roberto hacía llegar a Camila, a sabiendas de que yo iba a releerlas, de que yo era su destinataria parabólica. Así, aquella frase relativa al cachalote, cuyo

alcance, pese a escapárseme de entrada, no dejó por ello de golpearme con dureza, lo confieso, ahora que puedo hacerlo. Tú no sabes lo que es encontrarse con un cachalote en la cama, escribió literalmente Camila en una de esas cartas que dejaba por la casa un tiempo prudencial antes de hacérsela llegar a Roberto. Tardé lo mío, ésta es la verdad, en caer en la cuenta de que a lo que realmente estaba aludiendo era a mi fogosidad amorosa, una peculiar forma de ferocidad que, para bien o para mal, no pude menos que reconocer como muy mía. Hubiera quedado mejor poniendo una pantera en lugar de un cachalote, es cierto; pero también más convencional. Aparte de que el oficio de Camila no es precisamente el de escritora.

Para ser exactos, se estaba refiriendo a una especie concreta de cachalote llamado orca; cuando caí en eso, me vino incluso a la memoria la serie de imágenes que, con toda seguridad, le sugirió el símil, uno de esos documentales sobre la fauna marina que dan por la tele y que vimos juntas, dándonos pie, lo recuerdo muy bien, a ciertas bromas de carácter íntimo. La orca es de color blanco –tal vez negro, ahora no sabría decirlo– y se caracteriza por su extrema ferocidad. Son muy inteligentes, temperamentales, y poseen una gran voluntad. Se distinguen a simple vista de otros cachalotes por su aleta dorsal y, dentro del agua, nadando, su silueta es de lo más estilizada. Además, a diferencia del cachalote vulgar, la orca tiene dientes tipo tiburón, lo que le hace aún más peligrosa. Este detalle, por otra parte, excluía toda posibilidad de velada referencia a mis problemas dentarios, puesto que, aparte de estar ya resueltos por aquel entonces, mis colmillos, los pivotes de toda dentadura, han sido siempre tan firmes y afilados como los de la boca más sana.

No menos hiriente para mi sensibilidad fue, de momento, lo de la virago, expresión con la que, dado el contexto, Roberto me estaba obviamente aludiendo en una de sus cartas a Camila. ¿Yo una virago? ¿Una virago como la Maldonado, que es en lo que ha terminado por convertirse, o mejor, que es lo que ha sido siempre, pero que sólo con el paso de los años se ha puesto suficientemente de manifiesto, continuamente por ahí, en tientas y capeas, de montería? Pues el hecho es que, si alguna ilustración se me pidiera del concepto de virago, difícilmente encontraría representante más calificado que la Maldonado. Y fue ese mismo automatismo reflejo, sobradamente conocido por Camila, lo que, a la larga y tras mucha reflexión, me dio la clave de semejante agresión verbal, de su intencionalidad: el bofetón, la sacudida que se propina en un desesperado intento de reanimar lo que parece muerto. Igual que cuando lo de la bruja.

Soy generosa, al menos creo serlo, y cuando quiero olvidar algo, lo olvido. Pero hay cosas que cuesta olvidar, como lo que me hizo la Maldonado. Esta clase de cosas ni se olvidan ni se perdonan. Quizá

para aquel que vive oprimido por un sentimiento de culpa y la oportunidad de perdonar le alivia, tal actitud resulte incomprensible. Sólo que yo –me parece haberlo dicho más arriba– no pertenezco a este tipo de personas, yo no necesito liberarme de culpas que no son mías. Eso lo dejo para gente como aquella con la que me veía durante mi primera época parisina, gente con mala conciencia y problemas así, comunistas, enfermos en definitiva, siempre hablando de que si una es culpable por el mero hecho de ser de origen burgués y que si el otro se encuentra en una posición moral superior por el mero hecho de ser hijo de obreros explotados, y sandeces por el estilo. No sé si eso de comunista vendrá de la Comuna, pero ya la palabra en sí resulta chocante. Aún ahora no puedo evitar que me siga haciendo gracia, ya que la primera vez que la oí la relacioné automáticamente con lo que los payeses de Aiguaviva llamaban comuna, que en catalán significa retrete. También debo decir –las cosas como sean– que, comparados con los revoltosos de hoy día, los comunistas de entonces eran gente muy seria.

De cualquier modo, esas manías igualitarias han ido prendiendo en todas partes, y ahora no es sólo en los países comunistas donde están siendo puestas en práctica, sino en muchos más, tanto si son los socialistas los que gobiernan como si lo hacen los liberales, los conservadores o los que sean, ya que a lo que nadie se atreve es a denunciar esa obsesión igualitaria, a ir en contra. El caso de Inglaterra, teóricamente el más tradicional de los países, es un buen ejemplo de ello. Claro que Inglaterra, constreñida por el estreñimiento crónico que padece, con todo y ser un buen ejemplo, no es acaso el más representativo. O representativo en exceso, si así quiere mirarse; vulnerable en exceso, dado ese hábito que tiene de hacerlo todo al revés en grado no menor que su insigne súbdito Richard Burro. El que un subnormal como él haya podido no sólo desenvolverse con absoluta normalidad, sino incluso hacer carrera, ya es todo un síntoma. Como tampoco deja de ser revelador que un país, teóricamente de gran corrección, se permita advertir, en los excusados de los museos, que llevarse papel higiénico constituye un acto prohibido por la ley. Capaces son de controlarlo por medio de un circuito cerrado de televisión, ojo eléctrico o similar sistema de espionaje.

Se me dirá, seguro, que me estoy excediendo respecto a Richard Burro, que la aversión que me inspira raya en la fobia, que un sujeto de su calaña no merece siquiera mi atención. Pero hay que comprender, ésta es la verdad, que no esperaba que mi Edicto tuviese tan estridente acogida en un país por el que guardaba tanto cariño y tanto afecto. Sí, como sentirse apuñalada por la espalda; esto por una parte. Y la herida no quedó precisamente restañada cuando una de

esas publicaciones tipo Who's Who, que por allí funcionan, se me dirigió con el fin de incluirme en su próxima edición, adjuntando un formulario, ridículamente breve, que yo rellené y remití a vuelta de correo, no sin la natural amargura. ¿Cómo condensar en tan escasas líneas la riqueza de una vida? Una muestra más de la zurda tacañería británica.

Pero, por otra parte, el problema no es tanto Richard Burro cuanto lo que R. B. representa. Dejemos olvidada por ahí, flotando en el aire, la respuesta a la pregunta de cómo un hombre de su debilidad mental ha salido adelante si no es gracias a ciertas debilidades de otro género. Pues, tal vez, si yo hubiera compuesto uno de esos largos trabalenguas que ahora se estilan –las tonterías pueden escribirse en cualquier idioma–, o si, tal vez, yo hubiera empezado diciendo Once upon a time, nuestro R.B. se habría quedado extasiado. Y esto ya no es culpa de R.B. sino de su contexto, el contexto intelectual en el que R.B., como tantos otros, se halla inscrito. Me refiero a eso de que la literatura es sólo lenguaje y cretineces así. La onda del momento que, como un fenómeno atmosférico más, se pasa en un santiamén de un país a otro. Modas que no sé yo a qué vienen. ¿Es acaso más importante ahora que antaño, para un escritor, eso del lenguaje? ¿No es, precisamente, lo que ha distinguido siempre al buen escritor del mal escritor? ¿Qué tendrá que ver esa presunta ciencia que es la lingüística con la literatura? R.B. no es el problema, sino sólo un exponente del problema. De ese continuo descubrir América que es la moda.

El momento que estamos viviendo me parece crucial. Las convicciones se debilitan y los farsantes tienen el campo libre. Lo que hoy importa es que nadie destaque por sí mismo, con luz propia, y si alguien lo hace, ¡a por él! De ahí el arraigo de todas esas obsesiones igualitarias, objetivos que, si algún día son alcanzados y cada uno acaba siendo igual a su vecino, la gente no hará sino empezar a levantarse la tapa de los sesos el uno después del otro. Un horizonte que Raúl no suscribe en absoluto, por muy comunista que haya sido. No, éstas no son sus ideas, estoy convencida; y pecará de ingenuo quien crea que me paso de lista. No es que él me lo haya dicho, que me haya hecho siquiera alusión alguna. Simplemente lo sé, igual que sé los sentimientos que abriga respecto a mí, sin que jamás haya tenido que expresármelos. Una persona como él no puede aceptar semejantes planteamientos si no es para que destaque más aún el carácter excepcional de su presencia.

Como la sombra de un cuerpo se agiganta a su espalda cuando

atardece, así la sombra de papá en lo que a mi pasado se refiere. Una sombra, un vacío, que ha incidido en todos los aspectos de mi vida, desde el más inmediato de las relaciones familiares hasta el más intrincado y oscuro, el de las áreas donde tienen su origen impulsos como los que nos llevan a un amor por alguien en concreto o a crear algo.

Los factores ambientales, secundarios como su nombre indica, justo en la medida en que son ambientales, no deben, sin embargo, ser descuidados. Y el franquismo, como caldo de cultivo, ha propiciado hasta un punto inimaginable las medias tintas, las experiencias inacabadas, las frustraciones de todo género. ¿Puede decirse siquiera que Franco sea un hombre, un gran hombre, si por gran hombre entendemos un gran tirano? ¿Que España sea un mundo viril? Muy al contrario. Si lo fue, ya no lo es. Franco lo ha convertido en un convento de monjas de clausura, del que se ha constituido en despótica y quisquillosa madre superiora. Éste es un país donde desde el tecnócrata de máxima responsabilidad hasta el hombre de negocios tipo J.A. –intercambiables en la práctica– coinciden en afirmar que, en España, el fraude fiscal está institucionalizado, con lo que resulta claro que quienes defraudan son, en primer término, ellos mismos. Y lo que pasa con esos tecnócratas teóricos y hombres de empresa prácticos, pasa, pongamos por caso, en el terreno sexual, ya que salirse con eso de que todo el mundo es bisexual equivale al reconocimiento, por parte de quien esto afirma, del propio homosexualismo, en el sentido más triste y peyorativo, el del homosexual vergonzante.

Por idénticos motivos y similares consideraciones, tampoco debe ser ignorada, no obstante, la excepción a la regla, el caso aquel en que los factores ambientales, lejos de amortiguar, tal una superficie acolchada, de diluir y degradar lo que de verdaderamente vivo hay en una persona, lejos de eso, actuando en forma de acicate, propician una reacción exasperada. De hecho, la respuesta natural del niño y de quien, a semejanza del niño mientras es niño, se siente inmune a cuantas manipulaciones se le quiera someter. Ya que, como un dios para el hombre que lo ha inventado, así ese hombre, ese adulto de irascibilidad incomprensible para el niño que lo contempla, reacio no menos a la piedad que a la obediencia. Y como el hombre que se rebela contra la voluntaria arbitrariedad de aquel Viejo que inventó en otro tiempo, o como el niño en su rechazo de los gritos, no más explicables que las sonrisas de los adultos, así Aquiles en su cólera: contra el compañero que le quitó lo que le pertenecía, contra Briseida, contra Patroclo, contra el ejecutor de Patroclo, contra la madre que violentó su infancia, contra el rey que pretendió suplantar a su padre, contra ese padre esfumado, contra sí mismo, en definitiva. Y como Aquiles en su cólera, o como ese niño que se repliega sobre su

pequeña realidad, así yo en mi arrebato, en mi furia.

Una fuerte dosis de negatividad, qué duda cabe, coexiste o subyace siempre bajo las más positivas facetas de la reacción a la que me estoy refiriendo. Pues, como ese vitoreado y jaleado atleta que realiza su proeza sin que a ninguno de los presentes se le ocurra pensar en el cansancio que le abrasa los pulmones, ni en los golpeteos que conducen su corazón al límite del estallido, así, mientras los demás aplauden admirados, algo nos hiere por dentro íntimamente, sin que nadie ni tan siquiera lo perciba. El precio de mi tendencia de siempre a desafiar la mediocridad, a escandalizar deliberadamente a quienquiera que muestre un comportamiento apocado, a no rehuir cuanto sea expresión de grandeza, a desentenderme por completo de ese miserable afán de ser como todo el mundo que corroe a todo el mundo.

Sé sobradamente, por ejemplo, que está pasado de moda decir que una es romántica. Que es algo que no se dice, propio de persona cursi cuando no de hortera. Lo malo, en mi caso, es que eso es exactamente lo que soy en el sentido más elevado del término: idealismo, desprecio de las convencionalidades, entrega apasionada. ¿Seré pues, en aras de la moda, lo suficientemente cobarde para negarlo? Por supuesto que no. Porque la gente teme las palabras y yo no. La gente teme las palabras tanto o más que las obras. De ahí que romántico se haya convertido en sinónimo de aventurero, esto es, de aquel que, desde el punto de vista de la sociedad, acaba perdiendo, llámese Che Guevara o Marilyn Monroe. Los que ganan, Lenin, Grace Kelly, no son románticos.

Yo, en cambio, no sólo no aprecio menos el valor de las palabras que el de las obras, sino que hasta no concibo disociar una cosa de otra, expresión de lo mismo como ambas son, cada una en el campo que le es propio. Habría que ver, incluso, a cuál de estas dos manifestaciones del género humano ha sido más sensible el curso de la historia, si a las obras o a las palabras, esas palabras que la cerril sabiduría popular se obstina en contraponer a las obras, sin duda por ser menos palpables. Cuando, así como un escarceo amoroso puede ser motivo de una profunda renovación de ideas, de un verdadero ejercicio de esgrima para el intelecto, por no hablar ya del estímulo a las facultades creadoras que implica, un estímulo bien familiar a los antiguos, así, de modo semejante, la lectura de una obra determinada es susceptible de abrir amplio espacio al desarrollo de nuestros deseos, al despliegue de nuestros impulsos eróticos. Tanto en un caso cuanto en el otro se trata de un choque, un enfrentamiento, de unas defensas que hay que rebasar, unas defensas que, como la Gran Muralla, antes que protegernos de hipotéticos agresores, terminan por impedirnos toda visión, no menos del mundo exterior que de nosotros mismos.

Es ese fenómeno de iluminación, justamente, esa especie de visión totalizadora que alcanza de forma simultánea lo más trivial y lo más profundo, el punto que considero clave en la experiencia de la lectura. Una experiencia tan reveladora, en ocasiones, como la de la propia escritura. Pues no fue la escritura sino la lectura, mejor dicho, la relectura de El Edicto de Milán, lo que me reveló algo que, cuando me hallaba entregada a su redacción, era incapaz de ver con la claridad suficiente: que Raúl me amaba ya durante mi primera época parisina, prácticamente desde que nos conocimos. Y que, además, él era consciente de ello, y que yo, que no lo era, que lo último que se me podía ocurrir es que Raúl estuviese enamorado de mí, supe, no obstante, arreglármelas para dejarlo explícitamente plasmado en mi obra, que esto es lo más curioso de todo. El brusco alejamiento –y no sólo desde un punto de vista físico– de Luis, el enfriamiento de sus relaciones con mi protagonista no bien se halla de vuelta en Barcelona, fruto evidente de una larga reflexión, de haber llegado al convencimiento –equivocado– de que no es hombre para Lucía, de que no tiene derecho a arrastrarla consigo, a involucrarla en los azares e inseguridades de la vida de un activista revolucionario. Unos motivos que, aun en el caso de haber sido debidamente expuestos, ella no estaba en condiciones, por aquel entonces, desde un punto de vista emocional, no ya de aceptar, sino ni tan siquiera de entender. Se inicia así un proceso de rechazo similar al que se pone en marcha tras la pérdida de un ser querido, rechazo de ese ser y de cuanto ese ser representaba para el que queda. Y la culminación de un proceso de esta naturaleza no podía ser otro que el final feliz por excelencia, la boda de nuestra heroína con un joven apuesto y rico que, en un plano más real y menos sugestivo, corresponde a mi boda con J.A., en la que Raúl no debió de ver sino una confirmación de todos sus temores y hasta una justificación a su retraimiento. No se trataba ya de que él fuera o no fuera persona para mí; ahora, vista la convencionalidad y cínica conveniencia de la solución a la que yo me había plegado, el problema se había invertido. Ahora era yo quien, a todas luces, no estaba hecha para él.

Como con Camila y Roberto. Como con Claudia, cuando no acababa de resolver el enigma de su comportamiento y me desentendía del asunto diciéndome que la pobre chica estaba como una cabra. Tonta, ingenua que soy, aún ha de llegar el día en que aprenda a percibir el amor que otra persona me profesa mientras me lo profesa y no después, por mucho que encubra ese amor bajo las apariencias más dispares y hasta disparatadas. ¿Qué signo necesitaba que no tuviese ya delante de mis ojos? Más aún: dentro de mis ojos cuando los cerraba. Durante años me fue difícil, o mejor, imposible, alcanzar el orgasmo sin sustituir in mente por Raúl a la persona que estaba entre mis

brazos. Me refiero, claro, al orgasmo profundo. No a esa especie de estremecimiento superficial y mecánico que llega tan de repente como se va, ni al derivado del placer que nuestro cuerpo es capaz de generar en otro cuerpo. Y sólo ahora comprendo que él ha pasado exactamente por lo mismo, que su experiencia ha discurrido paralela en lo esencial a mi experiencia, cosa que explica la brevedad de nuestras relaciones amorosas, su prolongación en forma de buena amistad, su matrimonio y el mío, el progresivo distanciamiento al que nos hemos dejado conducir, forzados ambos por lo que considerábamos un imposible. Está visto que tenía que releer mi Edicto para empezar a entenderlo. Que tan sólo al leer lo allí escrito se ha hecho consciente lo inconsciente.

Su aproximación a Margarita, sin ir más lejos; esa relación inexplicable por lo aberrante, por lo mucho que le separa, por lo poco que ella y él tienen en común. Salvo que de pronto se caiga en la cuenta y se aprecie todo bajo otro prisma, como puede ser, pongamos por caso, el de una aproximación sucedánea: a ella puede acercarse, de mí debe alejarse. Y así tantos otros detalles que de momento se te escapan, tantas y tantas coincidencias que nada más con el tiempo cobran pleno sentido. Coincidencias de fechas, por ejemplo. El que, de un año a esta parte, nuestras relaciones empezasen a congelarse de nuevo y él pareciese como rehuirme, justo cuando, tras aquella lectura de mi Edicto en Cadaqués, el otro verano, yo acababa de conseguir formularme a mí misma la evidencia que durante todo ese tiempo, como un espíritu travieso que rehúsa encarnarse, no hizo sino negarse a cobrar cuerpo, entidad concreta. Esto es: la idea de que tanto él como yo nos habíamos pasado la vida jugando a los despropósitos, aparentando con nuestras palabras y nuestros actos ni más ni menos que lo contrario de lo que en verdad sentíamos el uno por el otro. Juzgué que había llegado el momento de sincerarse y le escribí extensamente, haciendo recapitulación de lo que habían sido las relaciones entre ambos, acerca de su evolución, acerca de su sentido. Fueron varias y largas, muy largas cartas. No contestó a una sola, y en las contadas ocasiones en que, a partir de entonces, nos hemos tropezado, jamás me ha hecho la más mínima alusión a su contenido. La última vez, hace escasas semanas, en casa de amigos comunes, noté que, cuando él me creía distraída, su mirada grave no se apartaba de mí ni un momento. Había tristeza en aquellos ojos. O nostalgia. Más que de costumbre.

Lástima. Lástima que, con frecuencia, cuanto más nos afecta una cosa determinada, más tardemos en entenderla. Y lástima, sobre todo, que lo perdido deba ser irremediablemente reconquistado, lo que supone todavía más tiempo, más retrasos. Pero me he pasado demasiados años diciéndome que nadie presume tan en vano como el

presuntuoso, para que ahora, si algún día él vuelve a mí, no tenga que reconquistarme primero. Sé que está como recluido en el campo –por cierto que cerca de Aiguaviva, dato que sólo una interpretación muy generosa calificaría de fortuita– trabajando en su novela. Pues bien, que la acabe. Luego ya veremos.

Resulta estremecedor, no obstante, de verdadero escalofrío, pensar hasta qué punto el destino de dos vidas depende a veces de cosas ajenas por completo a la voluntad de ambos. Las interferencias a las que se está expuesto. Los elementos, en nuestro caso concreto, que han jugado acaso un papel decisivo sin que Raúl o yo, o los dos a un tiempo, tengamos ni la más ligera idea al respecto. Un mero accidente mecánico que puede venir a complicarlo todo: que se extraviase alguna de mis cartas, la primera en especial: que alguna o todas cayeran en poder de Nuria y creasen problemas a Raúl, escenas de celos y cosas así, qué sé yo, pasan cosas tan raras. Y tontas. Como con lo del cachalote, ya que la impresión de fogosidad erótica puede verse incrementada por causa de los muelles de la cama, extraordinariamente sensibles, que repiten y aumentan el efecto de cualquier clase de movimiento. Por eso, personalmente, prefiero el somier escandinavo de madera –que, además, es más sano para la espalda– con un delgado colchón de goma espuma; delgado, sí, el error está en pensar que cuanto más grueso mejor. La de los muelles es Camila, que los pondría hasta debajo de las playas.

Otro hecho que me parece importante destacar es la incidencia que en mi vida han tenido las presentes líneas, así en lo que se refiere a su redacción como, sobre todo, a su posterior lectura, a las correcciones que iba introduciendo, fuente siempre de nuevas sugerencias; hasta qué punto estas páginas han contribuido a esclarecer determinadas facetas de mi personalidad que El Edicto de Milán no alcanzó a poner en claro. Se trata, en el fondo, de dos niveles de un solo fenómeno, profundo en grado no menor éste que aquél. Y tal vez sea ese equilibrio que hay entre escritura y lectura, ese carácter de comentarios escritos a una lectura que tienen estas páginas, lo que confiere al fenómeno sus rasgos más peculiares. Una estrecha imbricación entre lectura, escritura y vida que, al menos para mí, constituye una experiencia totalmente inédita. Algo que no se produjo, desde luego, cuando escribí mi Edicto, aquel agosto, si bien es verdad que la atmósfera de Puigcerdà era lo menos propicia que cabe imaginar para esta clase de conjunciones armónicas, conmocionado como se hallaba por aquel entonces el Barrio del Golf a causa de los discretamente ostentosos cuernos que cierta excelentísima dama madrileña estaba imponiendo a su ilustre consorte, casi con la misma resonancia que si de uno de esos escándalos de otras épocas se tratase, lo recuerdo perfectamente. Anécdotas y cotilleos aparte, lo que desde

luego nunca me había sucedido es lo de ahora, esa excitación que me entra a veces, susceptible, incluso, de sustituir a la propia realidad, de ocupar su sitio, de no dejar espacio para ella. Esa especie de vibraciones que de repente la recorren a una, un tipo de sensación de tal intensidad, que en más de un momento me he visto obligada a abandonar la redacción de esas líneas. Valga eso de explicación, dicho sea de paso, a cuantos fallos y erratas alcance a observar en ellas quien tenga ocasión de leerlas. Así, el uso, impropio en apariencia, de determinados tiempos de verbo, que viene determinado por la mayor o menor proximidad de la redacción a los acontecimientos reseñados, poco menos que superpuesto, en ocasiones, el relato de lo acontecido a lo acontecido. Lo mismo digo respecto a alguna que otra inexactitud que pueda habérseme escapado y a las incorrecciones en que pueda haber incurrido –no siempre premeditadas– que el lector, espero, sabrá perdonar, ya que no afectan a la realidad de los hechos ni al vigor expresivo con que de ellos doy testimonio. Pero la pasión es no sólo fuente de inspiración creadora, sino también, con harta frecuencia, de sentimientos contrapuestos y confusos. Las inexactitudes en lo que al orden temporal de los acontecimientos concierne, así como las variantes contradictorias de los mismos, repeticiones y otros lapsus que puedan observarse, cárguense a cuenta de mi memoria, de las malas pasadas que me juega.

De entre esos puntos oscuros, ninguno de tanta importancia, probablemente, como el que se refiere al cuadro, a La Cólera de Aquiles, ni, sin duda, de explicación menos sencilla, ya que yo soy la primera en no entender lo sucedido. No es cuestión de que lo haya perdido de vista, de que, con las reformas y cambios realizados en el Louvre, me haya sido imposible localizarlo de nuevo. El problema está en que tampoco he podido encontrarlo en mi guía del museo, la misma guía que usaba durante mi primera época parisina y que, en consecuencia, nadie haya podido darme razón de un cuadro que ni siquiera constaba en un catálogo de diez o quince años atrás. Pero lo más raro del caso es que tampoco aparece en libro alguno sobre Poussin de los que he consultado, ni en tratados generales sobre la obra de Rubens, Tiziano, Delacroix y escuelas respectivas. Y conste que me harté de buscar durante mi segunda época parisina, con Camila, antes de que empezásemos a ir por Cadaqués, y que Camila me prestó una gran ayuda. Así las cosas, casi que lo de menos –puesto que el cuadro existe, lo he visto veces y veces– sea saber el nombre de su autor y hasta el título de la pintura. Ya que no sería nada de extrañar, en definitiva, que el cuadro no tuviese nada que ver con Aquiles, que el personaje representado no fuese Aquiles sino cualquier otro héroe mitológico, con lo que quedaría más que explicada la dificultad de su localización. Yo creía que sí, que el tema se centraba

en Aquiles, pero, visto lo visto, no puedo ya estar tan segura al respecto.

El caso me parece altamente ilustrativo en lo que a la importancia –o carencia de importancia– del tema en la pintura se refiere. Y no ya el tema sino hasta el argumento, al que tanto valor se le concedía en épocas pasadas. Algo que, inevitablemente, terminará por ser olvidado, perdidas las coordenadas culturales del tiempo en que fue compuesta para quien ahora lo contempla. Coordenadas que, lo que es más, generalmente le tienen a uno sin cuidado, en grado no menor en el ámbito plástico que en el literario. Pues así como una prosa testimonial, informativa –siempre que alcance un mínimo nivel de calidad en su escritura–, es susceptible de convertirse, para los lectores futuros, en un texto plenamente asimilable a la prosa de ficción, así de modo semejante, mientras un cuadro como por ejemplo Las Lanzas, que para el público de la época debió de tener cierto valor documental, y un cuadro como La Cólera de Aquiles –mi Cólera de Aquiles–, de signo esencialmente mítico, suponían antaño dos actitudes diversas, perfectamente delimitadas, de contemplación, para el espectador de ahora, ignorante así del mito cuanto de lo que pasó en Breda, el significado es del todo equiparable, interesado como está más por el valor de la pintura en sí que por el valor de lo que la pintura representa.

Una niña sentada en un orinal, mirando a la calle desde el pequeño balcón de una casa de pescadores, aferrada a los barrotes, el sol transfigurando en aura el rubio de sus cabellos. Miraba hacia abajo, con esa curiosidad un tanto despectiva que es propia de la inocencia, ignorante aún de las insidias que encubre la familiar apariencia del mundo cotidiano, de los sinsabores que ese mundo cotidiano le reserva a lo largo de la vida, de las dificultades que entraña enderezar lo torcido cuando ni siquiera se tiene conciencia de que se tuerce mientras se tuerce, como tal vez se está ya torciendo para ella, la pequeña niña sentada en un orinal. No voy a exclamarme a estas alturas con la obvia falta de sensibilidad de la gente; me pregunto únicamente por mi exceso de sensibilidad, por la causa de que una escena tan de cada día me afectara tanto y tan súbitamente, dejándome como desarmada hasta el punto de que, cuando caí en la cuenta, las lágrimas estaban enturbiando mi visión de la estampa. Era la última mañana de nuestra estancia en Cadaqués; y éste es el último y, desde luego, más extraño recuerdo de aquel verano, ahora que ha transcurrido ya uno más, apacible y distendido, y que de nuevo nos encontramos en Barcelona, aún como poseídas por la inercia de esa

calma y de esa armonía que tanto invitan a la reflexión sosegada, a la recapitulación. Camila se ha ido al cine con unos amigos y yo he preferido quedarme ante la chimenea. La noche no es exactamente fría, pero en el otoño, por benigno que sea, siempre apetece la compañía del fuego, ese elemento decorativo que ya no volvemos a prender cuando el frío arrecia de verdad y una buena calefacción central lo convierte en algo superfluo, salvo desde un punto de vista estético. Y ha sido precisamente aquella última imagen del verano anterior, la niña sentada en el orinal, lo que me ha traído tantos otros recuerdos de aquel entonces, mientras me tomo sin prisas mi scotch y reviso mis cuartillas, la piel de oso polar bellamente coloreada por la llama breve de los troncos ya casi consumidos, rojeces y opacidades reavivándose alternativamente, sucediéndose movedizas como en mi memoria se suceden los recuerdos de aquel verano, desde los más sonrojantes hasta los más placenteros, imágenes, emociones, sensaciones, la evocación de aquella larga siesta en que rememoré a solas la loca noche de amor que siguió a lo de Port de la Selva, evocaciones y evocaciones de evocaciones encabalgándose, ya sólo brasas encanecidas por la ceniza en la chimenea. Luego, un prolongado y espléndido baño con otro whisky on the rocks a mi alcance, el vaho del agua caliente velando los espejos, a modo de réplica o resonancia del frío vaso empañado por los trozos de hielo, vaso y espejos que se empañan como se empaña la mirada serena de unos ojos con las lágrimas. Un baño que relaja y tonifica el cuerpo al tiempo que esclarece las ideas. Justo lo que necesitaba antes de volver a emprender una última revisión de estas páginas.

Teoría del conocimiento

I

9 Sept. La belleza física reside en el cuerpo, pero sólo reside, ya que sólo hasta cierto punto su naturaleza es en verdad física. Junto a rasgos propiamente físicos, una determinada armonía de líneas, una determinada calidad de piel, del cabello, de los dientes, hay rasgos que, con todo y manifestarse en el cuerpo, superpuestos a los rasgos físicos, no son de naturaleza física. Su ámbito, más que al cuerpo, pertenece al espíritu, a lo que antaño se llamaba el alma, una palabra a la que me parece una lástima haber renunciado, dado su alto valor analógico, cuando lo que con ella se quiere designar es el conjunto de factores síquicos que en el cuerpo tienen su asiento y seguirán teniéndolo hasta que la muerte los separe, todo igual que en una de esas pinturas primitivas que nos muestran el alma inmortal en trance de abandonar la cárcel que para ella fue el cuerpo perecedero, ese cuerpo que ahora exhala, exangüe, su último aliento. Y ello aunque hoy sepamos que las potencias síquicas que constituyen lo que antes se denominaba el alma, así como sus perturbaciones, los soles y lunas de la locura, son mera exteriorización de una oscura cadena de reacciones químicas. En definitiva, cuando te refieres al carácter anímico de tal o cual rasgo físico, todo el mundo te entiende.

Claro que la actitud normal es otra. Cuando la gente alude a la belleza concreta de un cuerpo concreto, no parece sino que lo haga respecto a un todo fragmentable en las diversas partes que lo componen, a un producto susceptible de ser desmontado en elementos de serie: tetas, culo, labios de arriba y de abajo, y ello siempre de acuerdo con un ideal de estandarización establecido de antemano, un ideal que permita clasificarlos en razón de su mayor o menor aproximación al modelo. Para mí, en cambio, está claro que hasta el aspecto de un culo obedece, más que a su propia materialidad, a las órdenes que el cuerpo recibe desde esa área de sombras donde se configura lo que llamamos personalidad.

En un rostro, en su rostro, ¿es la belleza en sí de los ojos lo que manda o es la mirada? ¿La línea estilizada de esos ojos o los pliegues que forman los párpados superiores en su encuentro con los inferiores, rasgos que, así como los meandros de un río son producto no tanto de un capricho del cauce cuanto del fluir del agua, así, de igual modo, no son esos rasgos movimiento fijado, expresión impresa en la materia? ¿Son sus labios o es su sonrisa, o será más bien, como sucede con los ojos, la huella del gesto que conforma la comisura de sus labios lo que da su verdadera peculiaridad a la expresión de su boca? ¿Es acaso

obra de un peluquero ese vuelo del pelo que acompaña sus movimientos de cabeza? ¿Cabe afirmar que ese movimiento o vuelo, ese gesto de párpados y de labios, son algo propiamente físico? ¿Serían iguales en ella los cabellos, los ojos y la boca, una vez muerta, con todo y seguir siendo los mismos? ¿No es esa identidad lo primero que desaparece con la muerte, lo que de inmediato convierte a un muerto en un extraño, bruscamente despojado el cuerpo de las manifestaciones visibles de cuanto en él había de invisible?

No es que estuviese a punto de saludarme como se saluda a una persona que se cree conocer y no se sabe de qué. Fue como si nosotros mismos nos presentásemos el uno al otro cuando nuestras miradas se cruzaron y ella desvió la suya. Justamente lo que yo sabía que ella iba a hacer, no ya al verla, sino antes de verla, antes de doblar la esquina, pues fue en ese momento, fracciones de segundo antes de tropezarme con ella, cuando supe que iba a tener lugar el encuentro. Descartado un don adivinatorio que no poseo, sólo se me ocurre pensar que tal certidumbre no fue sino el residuo de uno de esos sueños que se interrumpen cuando uno despierta, y que, aunque generalmente luego se olvidan, no por eso dejan de inquietarnos sus atisbos durante el resto del día. Sea como fuere, esto es exactamente lo que sucedió: al doblar la esquina de la calle donde ella y yo vivimos, en la acera de su lado, por la que ahora se iba aproximando con la mirada puesta en los escaparates de una boutique. Y fue al apartar la vista del escaparate cuando su mirada se cruzó con la mía y ella desvió la suya.

Yo seguí caminando sin volverme poseído por una sensación de aturdimiento y extrañeza sólo comparable a la que puede generar una vuelta por la feria de belenes que poco antes de Navidad suele instalarse en los contornos de la catedral, encontrarse de pronto en pleno despliegue de movimiento, sumido en aquel vaho de frescor y rutilancias y villancicos que se expande sobre el área afectada, deambulando entre los tenderetes, entre musgo y muérdago y agujas de abeto, entre olores fugaces, ni sólo a clorofila ni sólo a marihuana, singular atmósfera constituida en base no tanto a lo que es afín y entonado cuanto a lo que resulta chillón y disonante, matracas picassianas, apretujones, floristas con aspecto de campesina soviética, vibrantes víboras de papel, flautas de terracota, las caras del público como flotando sobre un confuso amontonamiento de ropas de abrigo, expresiones ora aleladas, ora perversas, la cómplice fascinación suscitada por la figura del cagador, el brillo codicioso de un diente de oro, y, a modo de réplica de todo aquello, acorde lo pequeño con lo grande, el detalle con la panorámica, a modo de concordancia, la expresión de la señora que tenemos al lado, que contempla lo que nosotros estamos contemplando, una de esas reposadas mujeres de la pequeña burguesía barcelonesa que tanto tienen en común con un

repostero de Nuremberg, plácida la reposada redondez de su presencia física, de su cara, de sus ojos de pesados párpados, de sus trepados y reteñidos rizos, plácida, sí, aunque no por ello menos jovial y hasta pícara, con ese aire de escuchar la tonadilla de una cajita de música que asume quien, ensimismado, va pensando en las buenas ventas realizadas y en la apacible pipa de porcelana que le aguarda tras la frugal cena sólidamente preparada para ambos por la amada esposa, no bien acabe de cerrar la tienda y todo sea calma en el hogar. Como si más que mercado aquello fuese campamento y la gente allí congregada allí permaneciera en vez de llegar y marcharse, las calles de los alrededores ofrecían un aspecto tranquilo, desahogado, y se diría que hasta los escaparates de los comercios –artesanía, libros de lance, antigüedadeseran una invitación al sosiego. Desde el interior de la tienda, poco menos que integrado en la composición de un tapiz flamenco, el anticuario me observaba con aire risueño, casi como si estuviésemos conversando. Y me hallaba yo mirando aún los pequeños objetos expuestos en primer término, contra el cristal, cuando sonó un repiqueteo de campanillas y el anticuario apareció en la puerta. ¿Vendes algo?, me preguntó. Si tú vendes, yo compro.

10 Sept. La observación de su ventana ha llegado a convertirse en una verdadera actividad refleja, como fumar sin siquiera darse cuenta o conducir mientras se habla de lo que sea. Puedo pasarme toda la tarde ante mi mesa, de cara a la ventana, sin que la visión de las ventanas del otro lado de la calle y, más concretamente, de su ventana, me estorbe para nada, tanto si lo que hago es estudiar, como si escribo mi diario o escucho música; mi capacidad de concentración no se ve alterada en ningún caso. Y esto, no desde lo del otro día, sino desde hace años. Al contrario: lo del otro día bien hubiera podido alterar mi atención durante una buena temporada, crear una interferencia entre mis libros y su ventana, de no ser por la de años que llevo compaginando ambas cosas, factor éste –la repetición en el tiempo– consustancial, me imagino, al proceso que permite que un acto determinado se convierta en acción refleja. Me había levantado a mear, o tal vez a estirar las piernas, y mientras paseaba por mi habitación, arriba y abajo, se me ocurrió mear, no lo recuerdo exactamente ni tiene mayor importancia. El hecho es que acababa de mear, así como, según tengo por costumbre hacer a continuación, de aclararme el capullo en el lavabo. El baño comunica directamente con mi habitación, así que, distraído, con la cabeza en otras cosas, me encontré avanzando hacia la ventana con el pene todavía fuera, dándole esas sacudidas que se dan justo antes de guardarlo. Fue

entonces cuando advertí su presencia allí enfrente, tras los cristales de su ventana, como lo demuestra inequívocamente el hecho de que, al ver que yo me daba cuenta de que ella estaba mirándome, los visillos cayeran de inmediato. Ella siguió allí, no obstante, algo retirada, ahora mirando a través de los visillos, en la ignorancia, sin duda, de que su silueta continuaba siendo perfectamente visible desde el otro lado de la calle, así como de que su ventana no era para mí una ventana más, una de tantas del otro lado de la calle, sino precisamente su ventana, la única entre las muchas que quedan por encima de las copas de los árboles que merecía mi atención. Volví a mi mesa y me senté haciendo como que me enfrascaba en la lectura de mis libros, pero sólo la perdí de vista cuando ella se retiró definitivamente.

Hoy, a la misma hora, he repetido puntualmente la ceremonia. Y salvo en el hecho de que ella atisbaba desde el principio al amparo de los visillos, con la seguridad del que cree hallarse en un santuario, ha vuelto a suceder exactamente lo del otro día. Salvo, asimismo, en lo que a otro detalle se refiere: la parsimoniosa operación de guardarme de nuevo el pene ha venido dificultada por el hecho de que, para entonces, lo tenía ya en estado de total erección.

12 Sept. Esta tarde me ha telefoneado Mariana para concretar la hora. Yo le he pedido excusas por olvidar que habíamos quedado en salir juntos; pero me había pasado eso, lo había olvidado, y ahora tenía otro compromiso. Mi olvido no le ha hecho ninguna gracia, sobre todo porque me conoce lo bastante como para saber que yo no tengo esta clase de olvidos. El motivo, para ella, seguro que habrá sido lo de menos; está más que acostumbrada a mis cambios de humor. Y hubiera supuesto una ofensa inútil explicarle que tenía una cita más importante, mucho más importante.

No parece, sin embargo, que mi fidelidad para con esa otra cita se haya visto recompensada: su ventana debía de estar medio entornada y la brisa que movía los visillos me impedía distinguir a ciencia cierta si era o no era su silueta la sombra que se divisaba en segundo término. En cualquier caso, al menos por mi parte, el ceremonial se ha repetido hasta en su más mínimo detalle, erección incluida. El único elemento simulado –ni que decir tiene– es lo de ir a mear. Se trata sólo de una convención, pero mantenerla me parece tan importante como, en una obra narrativa, el que la ficción cobre realidad autónoma.

La lástima es que la tarde se presentaba propicia, con todo y no saber en qué sentido se presentaba propicia, con todo y no saber, tampoco, qué coño podía hacer yo aparte de repetir una vez más el

ceremonial, por muy propicio que se presentara todo. Mi estado de ánimo era el de quien se encuentra a la espera de algo que, a manera de contraseña, le marque una pauta de actuación. Y la contraseña no se produjo.

Por otra parte, la sensación de que la tarde me era propicia no pasaba de ser eso, pura sensación subjetiva, desvinculada por entero de la señal esperada, sin posibilidad alguna de suscitarla o estimularla. Una sensación, en definitiva, asentada en el hecho de que me encontraba solo en casa, que es cuando uno se siente más a sus anchas, cuando el servicio tiene la tarde libre y mi madre está fuera, jugando al bridge con unas amigas, y mi padre se quedará en el despacho hasta que pueda despachar a gusto con su secretaria, en cuanto salga el resto del personal. Desde luego que lo del bridge de mi madre bien pudiera ser tan sólo una tapadera; algo debe de hacer para conservar esa cualidad de leche fresca que todavía tiene su tez, y es sabido que no hay método más eficaz que el ejercicio erótico. A fin de cuentas, seguro que el único punto de acuerdo entre ella y mi padre será el de que cada uno lleve su vida cuidando de mantener las formas; de ahí lo de la tapadera. En una ocasión, no obstante, llegó poco menos que a fugarse con un joven que conoció en el curso de un crucero por el Mediterráneo, un maltés, y mi padre parecía el ogro de un cuento de niños. Luego todo volvió a los cauces de siempre, mi madre con un aspecto inmejorable.

La norma, sin embargo, tanto en lo que se refiere a mi madre como a mi padre, es cuidar con esmero la imagen pública de su matrimonio. El por qué lo hacen es para mí un misterio, pero el hecho es que ambos parecen preferir continuar juntos, como si temieran que separados no iban a poder seguir tan de cerca los efectos que cada uno inflinge al otro, que cada uno recibe del otro. Y eso desde mis primeros recuerdos, cuando mi madre me llevaba con ella a visitar a un amigo que veraneaba en el mismo pueblo que nosotros. Por lo general se veían en su casa, y yo jugaba en un jardín donde había cañas de bambú, pero me divertía más cuando se encontraban en un enorme yate que él tenía, que aún tiene, y me dejaban explorar la cubierta bajo la vigilancia de un marinero. Yo sabía de sobras que aquello era un secreto entre ella y yo, algo que no debía contar a nadie.

Fue por aquel entonces cuando descubrí el significado de la palabra torpe, aunque no sabría precisar en qué circunstancias concretas, en qué momento, a consecuencia de qué. Y, en realidad, mi descubrimiento se refería no tanto al significado de la palabra cuanto a que ese significado no coincidía con el que hasta entonces le había atribuido. Cierta vez que mi padre me había asustado, probablemente a consecuencia de alguna de sus bromas, de no menor mala sombra

para un niño que para un adulto, recuerdo que mi madre, tomándome en brazos, le dijo: no seas torpe. Y yo pensé, y así seguí creyéndolo durante años, que con lo de torpe se refería a esa calidad como de ladrillo que tiene su cara, a ese aspecto de terracota que se adquiere a fuerza de tomar el sol tanto en invierno como en verano, así como al carácter abrupto que en consecuencia tomaba cualquier cosa que dijera, cualquier expresión que adoptara, características todas ellas que contrastaban desagradablemente con esa cualidad como de leche fresca, a la que antes hice mención, que es propia de mi madre. También en este caso tenía conciencia de que se trataba de un secreto, de que era una palabra que no podía pronunciarse sin riesgo a conjurar, precisamente, la más torpe de sus reacciones. Por eso se lo decía en voz baja, por dentro, cuando se hallaba cerca, y a gritos, entonces sí, cuando se hallaba lejos y no me oía: ¡Torpe! ¡Torpe! ¡Torpe!

14 Sept. Pacientemente atento a la ventana de enfrente, sin evidencia alguna de no haber actuado una vez más para un espectador ausente –la persiana a medio bajar, los visillos quietos, ni el más mínimo movimiento–, me ha venido a la memoria el día en que dio comienzo mi relación con ella. No recuerdo la fecha, el año. Sólo recuerdo que entonces iba al cole en lugar de a la uni y que fue a comienzos de verano, una tarde calurosa en la que yo preparaba mis exámenes mientras fuera sonaban intermitentes los estallidos de los petardos y el silbido de los cohetes que, con menor convicción cada año, anuncian la inminente verbena de San Juan. Empezaba a oscurecer y, al otro lado de la calle, a contraponiente, se veía alguna luz encendida. Fue durante ese largo intervalo en que la claridad decrece y se aquietan las hojas de los árboles cuando algo sustrajo mi atención de aquel mirar sin ver las luces que se encendían, algo que, en la medida en que escapaba a este reclamo, en la medida en que estaba sucediendo a la luz natural, era escasamente susceptible de atraer la atención de todo aquel que no se encontrara en mi situación, sentado a una mesa ante una de tantas ventanas del otro lado de la calle. Más aún: frente por frente de aquella ventana, al mismo nivel una que otra, en un mismo plano, como si de una prolongación de mi piso se tratase, como si fuera al otro extremo de mi piso donde la mujer hubiera hecho su aparición, una mujer moviéndose precipitadamente, seguida de un hombre que la abraza y la besa mientras, como venciendo cierta resistencia, la atrae hacia una cama sobre la que terminan por caer juntos. Aunque lo único de la cama que entra en mi campo visual es el último tercio, la agitación que se percibe es suficientemente expresiva

respecto a lo que está ocurriendo. El abrazo es breve, apenas unos minutos, y el primero que reaparece, metiéndose los pliegues de la camisa en los pantalones, es el hombre. Pasa a la habitación de al lado, la sala de estar, también con ventana de fachada, para seguir hacia el fondo, pasillo adentro. Quien ahora vuelve al campo visual es la mujer, asimismo como ajustándose la ropa, y entra en una contigua al dormitorio, sin duda el cuarto de baño. Cuando reaparece viste una prenda larga de color negro, tipo camisón o bata ligera; enciende la luz y baja la persiana. Momentos más tarde pasa a la habitación de al lado, la sala, y enciende también las luces. Sus movimientos son suaves pero precisos: cierra la puerta del pasillo, se dirige a un rincón, tal vez para poner un disco, y luego al rincón opuesto, donde se sirve un vaso de algo, whisky, a juzgar por la forma del vaso. Como al objeto de confirmarlo, abandona la pieza para volver instantes más tarde con un recipiente blanco de forma cúbica: el hielo. Cierra de nuevo la puerta del pasillo, se aproxima a la ventana y echa una mirada al exterior; fuera ya es casi oscuro, y la mirada de la mujer ha pasado de largo por mi ventana, sin advertir siquiera que alguien la está observando desde la penumbra. Baja la persiana poco a poco, se diría que para graduar su descenso, y, efectivamente, como para que entre el aire, deja abierta una franja de aproximadamente palmo y medio, dos palmos máximo. Una franja estrecha, lo bastante estrecha como para ponerla a cubierto de la curiosidad ajena, salvo, claro está, desde una posición de verdadero privilegio, la posición de un observador que se halle situado frente por frente y en un mismo plano, sobre todo si el observador se ha hecho –como yo me había hecho– con unos buenos prismáticos, y si la mujer ocupa –como ocupó– un sofá encarado a la ventana, sin más objetos interpuestos que un whisky con hielo sobre una mesita baja. Al instalarse, se ha despojado ya de la túnica negra y, más recostada que propiamente tendida, abraza y acaricia su propio cuerpo como tiritando, como estremecida. La calle es ancha, pero unos prismáticos realmente buenos permiten distinguir hasta los cubitos de hielo que se deslíen dentro de un vaso. Y, con mayor motivo, seguir el movimiento de aquellas manos al deslizarse sobre el cuerpo, casi como a ralentí, sea porque la lentitud de ese movimiento –ora espoleando, ora retardando– responde a una realidad, así cuando se centra en los puntos más destacados como cuando lo hace en los más recónditos, cuando se adentra y extravía en el sombrío pubis, sea porque es la propia emoción del observador lo que, distendiendo el tiempo, lo dilata en su secuencia.

Pocos días después, a la salida del cole, me encontré con ella en el estanco. Yo iba con unos compañeros, a comprar cigarrillos, y ella estaba haciéndose pesar una carta. Inmediatamente detrás de nosotros entró un hombre de pelo canoso y aspecto deportivo como de oficial

de marina, que la saludó efusivamente; la llamó Aurea.

En otra ocasión, aquel mismo verano, recuerdo haberla visto asomada a su ventana, a la importante, la de la sala de estar. Entonces me asomé yo también, ostensiblemente, agitando la mano y mirando para abajo, como si estuviese hablando con alguien situado en la acera de mi lado, un paseante que a ella le quedaba forzosamente oculto por el follaje de los árboles. ¡Tú, aquí!, grité. ¡Soy Carlos! ¿Que no me ves? ¡Carlos, sí, Carlos! ¿Te ha ido bien? ¡Pues me alegro! ¡A mí también! Y volví a saludar con la mano. Lo que ignoro es si ella recuerda la escena –en el supuesto de que le hubiera prestado atención– y, caso afirmativo, si sabe que aquel chico llamado Carlos que hablaba con alguien a gritos desde su ventana, que aquel chico y yo somos la misma persona.

17 Sept. Me enteré de que Torpe se entendía con su secretaria merced a una irónica observación de Leche, una de esas observaciones que los padres se dedican mutuamente delante de los hijos con la intención de herirse sin que los chicos se enteren. Sólo que el cónyuge herido en su amor propio suele reaccionar mal, y los chicos, salvo en caso de subnormalidad extrema, acaban por enterarse, aunque lo aconsejable sea hacer como que no. ¿Qué mejor defensa tiene el niño que la hipocresía? De ahí que el adulto le exija sinceridad por encima de todo.

Lo que me sorprendió no fue el hecho en sí, muy propio de Torpe, sino el que se entendiera con la persona a la que yo pensé que se estaban refiriendo, Tere o Montse, uno de esos seres que a fuerza de dedicación terminan por serlo todo en un despacho, la típica mujer cuya presencia física y aseada indumentaria la definen en función de lo que en la vida constituyen sus objetivos: el hogar y la oficina, o incluso al revés, invirtiendo el orden. Así, su pelo corto y manejable, sus pendientes pequeños, su blusa, su suéter, su falda plisada, sus zapatos cómodos, elementos que no son sino expresión complementaria del físico propiamente dicho, ojos vivarachos, manos pequeñas y expertas, piernas cortas y dinámicas, en contraste con el abultado busto y la no menos abultada popa, que confieren a su silueta un algo de ánade. En otras palabras: un ser constituido para conjugar rapidez y estabilidad, precisión y resistencia, y, por encima de todo, energía aplicable a las labores administrativas y domésticas que le son propias. La simple idea de que Torpe y ella se hallaban sentimentalmente enganchados era algo que me llenaba de júbilo, que me hacía soltar la carcajada a la que me encontraba a solas.

Luego resultó que no era el ánade sino otra, rubia, pícara, cursi

como ella sola, pero con unas gafas que, aparte de disimular la vaciedad de su mirada, de dotarla incluso de cierto contenido intelectual, realzaban el atractivo de sus ojos claros y enormes, una pizca saltones, con ese algo de miopía que a menudo no es sino exteriorización de las calenturientas turbulencias que ciegan el organismo entero de la ninfómana. Se había convertido –o había sido convertida– en secretaria personal de Torpe, la secretaria que atiende en todo, en absolutamente todo, al mánager, que es lo mínimo que en esos ambientes puede esperarse de la secretaria de un mánager que se precie de serlo.

Pero todo esto no lo supe hasta años más tarde, una vez que, con eso del veraneo y de la jornada intensiva, Torpe me propuso que almorzáramos juntos en un restorán gallego que queda cerca del despacho. Me bastó verle dar órdenes por el interfono, en la penumbra de aquel ámbito insonorizado y climatizado, sin más color vivo que el de alguna litografía de Miró, a manera de entonado contraste con la impresión de recogimiento, reflexión y poderes mistéricos que con todo aquello se pretendía imponer al amedrentado visitante, como si a las decisiones de un Richelieu se hallase sometido, me bastó verle ahí, en su ambiente, tras la animosa y cómplice acogida que me había dispensado el ánade, un ánade que sabe lo que es la vida, y la discreta y cariñosa aparición de la secretaria personal, muy en su papel de rubia de película que se dirige al hijo de su amante con la esperanza de que acabe por comprenderla y quererla, me bastó eso para hacerme una completa composición de lugar. El final de la jornada intensiva, la salida del personal, la ensimismada permanencia de Torpe, su parsimonioso paseo por las oficinas recogidas y desiertas, para terminar entrando –siempre como de acuerdo con la cotidiana rutina– en el retrete de las chicas y, abiertas de par en par todas las puertas, contemplar meditabundo sus dominios en tanto va haciendo sus necesidades. Cenará con la rubia de hermosos ojos miopes y hablarán de la empresa y de la vida en general, y él expondrá sus problemas y acabará la noche sumido en la tijera de sus muslos, desquiciado, desvalido, trémulo y quejumbroso infante.

Otro hecho sobre el cual arrojó luz retrospectiva aquel almuerzo en plan rodríguez con Torpe: el que, con motivo de mi cumpleaños, mis buenas notas o lo que fuera, por la misma época en la que yo le creía vinculado al ánade, Torpe me regalara un libro, el único libro que me ha regalado en su vida: Robinson Crusoe. La atmósfera de aquel despacho me ayudó a comprender la naturaleza de la satisfacción que se expande en el ánimo del hombre de provecho –no forzosamente un burgués– ante la lectura del Robinson, los valores que encuentra en sus páginas, el carácter instructivo de su contenido, las lecciones que de su perseverancia pueden extraerse, los progresos derivados de su

esfuerzo, la acumulación de bienes de los que nuestro héroe se convierte en señor absoluto y único, la tranquilidad de espíritu que se deriva de esa posesión solitaria, similar a la que embarga a un dios al contemplar sus creaturas, sus creaciones, sus construcciones, la redondez de su obra.

Entonces, por supuesto, ni me gustó el libro ni caí en el motivo de que lo regalara, esto es, en que si me lo regalaba era porque le gustaba a él, y, de haber caído, el descubrimiento no me hubiera afectado ni poco ni mucho. Por aquel entonces, el pasatiempo favorito de mis veraneos era otro: las horas pasadas caminando despacio a lo largo de los viejos muros soleados, empuñando una carabina de aire comprimido, atento a los movimientos de las lagartijas que corren a esconderse en los resquicios erosionados de la argamasa, a los altos que hacen de vez en cuando a fin de otear en derredor, justo el momento que hay que aprovechar para abatirlas, para segarles como mínimo la cola y, una vez a nuestros pies, contemplar sus prolongadas contorsiones, sus vibraciones espasmódicas, últimos caracoleos de un miembro que se resiste, se diría, al hecho consumado de la amputación. ¿Cazar a sangre fría unos animalitos inofensivos e inermes? En efecto; y tal vez precisamente por eso, por inofensivos e inermes, para hacer así más implacable nuestro escarmiento. Solía cazarlas en las afueras del pueblo; abundaban especialmente en el exterior de los muros del cementerio.

18 Sept. Basta de hacer el ridículo como un cretino. O Aurea no está, o está y me observa a escondidas y entonces soy doblemente cretino. ¿Y si se lo ha dicho a cualquier amiga o amigo, aquel con aspecto de marino, y cada tarde se reúnen a tomar copas y bromear a mi costa en espera del show de las seis en punto? ¿Y si me han filmado, si tienen en su poder un largo travelling que termina con un primer plano de mis genitales y se dedican a pasarlo ante sus amigos? Y lo sigue haciendo cada tarde, les dirá. Venid mañana y lo veréis con vuestros propios ojos. Esto y similares y más detalladas ideas es lo que, como un vértigo en rotación, me ha venido hoy a la cabeza una vez he acabado mi número de cada día, con el habitual entusiasmo y la también falta de respuesta. Una sensación muy parecida a la que en su día debió de experimentar Rousseau al ser apresado en el acto de mostrar el culo, semioculto tras unas matas, a un grupo de mujeres. Sólo ahora estoy en situación de comprender la razón de que imbécile, idiot, stupide y cretin sean los calificativos que Rousseau, con insobornable honestidad, se aplica a sí mismo con mayor frecuencia en las páginas de sus confesiones.

Por un momento me he complacido identificando a Aurea con una de esas mujeres que, en razón de una menopausia que adivinan próxima y de acuerdo con un peculiar criterio coleccionista basado más en la resta que en la suma, no tanto en lo que se atesora cuanto en lo que se disipa, van acumulando orgasmos alcanzados como aquel que apura hasta el límite el cupo de tal o cual producto que tiene asignado, el tiempo máximo de permanencia al que le da derecho una entrada, la distancia total que le permite un billete quilométrico; una fórmula, verdadera regla de oro del orgasmo femenino, cuyo planteamiento vendría a ser el siguiente: número ideal de orgasmos igual a número de ovulaciones habidas multiplicado por infinito. Orgasmos que esa mujer ansía gastar como un pistolero borracho ansía vaciar el cargador, con la codicia de aquel que exprime el vientre del esturión a fin de vaciarlo de cuantos granos de caviar contiene. Sólo que nada de esto, es obvio, tiene relación alguna con Aurea. Con independencia del comportamiento que para mi satisfacción me empeñe en atribuirle, la realidad de Aurea, la realidad que de su cuerpo dimana, es otra: el brillo movedizo de su pelo, glorioso como la irrupción de los cobres en una sinfonía; la viveza sonriente de sus ojos; la divertida expresión de sus labios, con esa satisfacción en las comisuras que infunde el conocimiento del placer potencial que el propio cuerpo encierra; y, sobre todo, la tez, más sofisticada que simplemente suave así en la tersura cuanto en la coloración, con un rosa marronáceo en el fondo, susceptible por sí solo de incitar a la práctica de toda clase de perversiones. Ésta es Aurea, ésta es el aura de Aurea, prueba tangible de que no puede hablarse de materia y espíritu. Y es en este sentido en el que debiera rectificar mi afirmación inicial acerca de lo que es y lo que no es propiamente físico, siendo como son lo uno y lo otro simples estratos diferentes de una misma cosa: la materia, una materia única que en sus capas más profundas incluye su contrario, lo que llamamos espíritu. Y es precisamente entre tales estratos de la presencia física de Aurea donde se esconde el principio activo de la atracción que siento por ella, lo que en ella me fascina, familiar en la medida en que desconocido.

No creo que sea necesario aclarar que no es precisamente al gran amor a lo que me estoy refiriendo cuando hablo de Aurea, a esa gran aventura a la que todo el mundo apunta cuando está viviendo una aventura que es una de tantas, aventuras que hay que entender como simple preparación de esa otra aventura más definitiva, y también más general y abstracta, que incide sobre la vida de uno hasta el punto de confundirse con ella, de ser tomada por uno de sus grandes hitos, incluso al margen de que en efecto concluya siéndolo, sea para bien del sujeto, sea para su desgracia. No, a mi modo de ver, si el atractivo

de una aventura hay que cifrarlo en su carácter sucedáneo, tal atractivo se pierde en cuanto se transmuta en el gran amor buscado para, eventualmente, acabar en boda. A mi modo de ver, así como sería superficial pensar que lo que importa al cazador es la pieza cobrada cuando, aunque tal vez ni se le haya ocurrido pensarlo, lo que realmente le importa es la prueba de sí mismo que supone cobrarla, la prueba de que ha salido victorioso merced a su destreza o su valor o su puntería, esto es lo de menos, así, de modo semejante, lo que en una aventura amorosa se dirime no es tanto el conjunto de cualidades que posee la persona que se pretende seducir cuanto el que la seducción se haya consumado, lo que para cada parte supone la posesión de la otra, extremo acerca del cual –dicho sea de paso– anda más que acertado el viejo derecho canónico. Y, si bien está fuera de duda que hay piezas y piezas, que el cazador se siente más satisfecho de unas que de otras, que ante unas se prueba mejor a sí mismo que ante otras, también lo está el que lo propio sucede en lo que a la aventura amorosa se refiere, y es en este sentido en el que cabe afirmar que, si yo soy el cazador, Aurea es la gran pieza. El porqué de esta afirmación es algo que yo no sabría precisar. Ni siquiera el origen del planteamiento, la explicación de que haya llegado a planteárseme tal y como se me plantea. Está la escena que presencié desde mi ventana cuando era colegial, aquellas vísperas de San Juan. Imágenes que, ni que decir tiene, pueden impresionar fuertemente a un muchacho, y ello más por lo que despiertan en él que por lo que tienen de espectáculo, sobre todo si, en cuanto espectáculo, no representa nada nuevo para el muchacho desde el momento que sus propias experiencias infantiles lo superan con creces. ¿Qué fue entonces exactamente lo que en mí despertó cuanto presencié aquella tarde desde mi ventana y, en grado no menor, el encontronazo del estanco, cuando, en presencia de un grupo de colegiales, el hombre con aspecto de marino la llamó Aurea, los latidos de mi corazón amedrentándome, como si más que dentro sonaran fuera, atronadores, para escándalo y cólera de los allí presentes?

Responder a esta cuestión no es más fácil que responder a la pregunta de por qué escribo, de por qué estoy ahora redactando estas líneas. Y conste que no me refiero al hecho de que lo que estoy escribiendo sea un diario, al problema de por qué una persona escribe su diario, sino al hecho de escribir en sí, indiferente como es el que se trate de un diario o de una ficción, no menos ficticia como resulta ser la materia narrativa de un diario que la de un relato, ni menos biográfica ésta que aquélla. Pues así como la memoria del hombre comienza con su nacimiento en cuanto individuo, esto es, a partir del momento en que el niño establece la distinción entre su yo y el mundo, entre cuanto pertenece al mundo y cuanto pertenece a sí

mismo, relegando al olvido, a los desvanes de la memoria cuantas vivencias pertenecen a la previa fase de indiferenciación, de confusión entre lo que uno es y lo que no es, así, no menos incierto que el rastreo de datos almacenados en esos desvanes y sótanos de la memoria, no menos incierto, en verdad, ha de ser referir el fenómeno de la escritura a toda contingencia ajena a la conciencia de estar siendo lo que realmente es que posee el escritor en el acto de proyectarse hacia el exterior por medio de su obra, de una obra que –él lo sabe bien– escapa al dominio de su conciencia en la medida en que se objetiviza, en la medida en que se convierte en réplica antagónica de sí mismo; incierta, sí, aunque no por ello menos determinante.

21 Sept. Aburrida tarde con Mariana. Cuando llegué a su casa estaba ya algo nerviosa debido a que las tripas le sonaban con intermitencia, ora como puertas correderas, ora como desagües. La noche anterior había salido por ahí, se debió de tomar uno de esos ricos gin-tonics a los que es tan aficionada, y he aquí el resultado: incomodidad y tensión, la mano lista para presionar el vientre, en un vano intento represivo, allá donde al solapado y travieso ruido, con el sobresalto de un ratón que irrumpe en nuestro campo visual, le diera por aparecer. Pero lo que definitivamente la puso de mal humor fue que, tras una precipitada escapada al cuarto de baño, yo entrase a continuación, sin darle tiempo siquiera a que apagase la luz, el agua todavía cascadeando en el depósito del retrete. Es un recurso que aprendí de niño y que solía poner en práctica con Leche, al igual que el de esperar fuera no bien ella se encerraba dentro, quedarme a la puerta canturreando como para matar el tiempo, cosa que tenía la virtud de crisparla aún en mayor grado y que, en más de una ocasión, la hizo salir casi de inmediato, con brusquedad apenas controlada. Conocido el efecto, comprobado que su alcance no es menor en Mariana que en Leche, lo utilizo como castigo según me sienta de humor y según sea el comportamiento de Mariana, su estado de ánimo y hasta su expresión, esa expresión –pesados los párpados, altiva la nariz– que tanto acentúa su aspecto de pelirroja irlandesa estilo fin de siglo, de muchacha perezosa y mal criada; basta hacer una ligera referencia a nuestros comunes juegos infantiles, por ejemplo, para que ponga esta cara y diga que ella no recuerda nada. Son este tipo de reacciones, tan parecidas a las de Leche, así como cierta similitud de rasgos y hasta de cutis, lo que me impulsa, me imagino yo, a trasladar de una a otra así mis gestos afectivos cuanto vengativos.

Antes que a Mariana conocí a su hermano. Iba al cole, pero aunque

era de mi curso no empecé a tratarlo hasta que, por esos cambios de sitio que tanto gusta imponer a los profesores, como amantes celosos de los niños que intiman en exceso con el compañero, me lo encontré sentado a mi lado. Tenía por costumbre sacarse el pito durante la clase y manejarlo al amparo de la mesa como si fuera un muñeco, una especie de polichinela que hacía burla del profe; luego se olfateaba los dedos. Por aquella época vivía en un piso del Ensanche, enorme, silencioso, sombrío, y el piso contiguo, de iguales características, estaba deshabitado; le llamaban el piso del abuelo, de un abuelo que –es de suponer– estaba muerto, si bien, incluso al margen de esta contingencia, difícilmente cabe imaginar un piso al que le cuadrase mejor eso de ser el piso del abuelo. Las llaves las tenían los padres, pero a través del patio era sencillísimo pasar de un piso a otro, de la ventana de un cuarto de baño a la del otro. Y allí, en aquel segundo piso deshabitado, idéntico al primero, sólo que invertido, como reflejado en un espejo, establecimos nuestra sede secreta: él, Mariana, otro tío del cole y yo. Desnudos, nos torturábamos por turno, con rigor y detenimiento, sobre el damasco color caramelo de una aparatosa cama de matrimonio. Supongo que es esta evolución de mis relaciones con Mariana, sin solución de continuidad en el tránsito de aquel tipo de juego erótico al de ahora –tampoco tan distinto, por otra parte–, lo que hace de nosotros una pareja que en nada responde a lo que normalmente se entiende por tal. Lo único que siento es que cambiaran de piso, que del principal se hayan pasado al ático y sobreático que han construido arriba; Mariana tiene poco menos que un apartamento para ella sola en el sobreático, pero yo prefería el piso deshabitado de abajo, el damasco polvoriento color caramelo.

Con el hermano, en cambio, he perdido contacto casi por completo. El problema no es que esté como una cabra, que es lo que de él se decía ya en el cole, sino que sea una cabra sin interés por más que haga, por más que presuma de sus aficiones y conocimientos literarios, de sus viajes, de su amistad con escritores famosos. Para él, por lo que veo, la palabra clave de hoy día es transgredir, transgredirlo todo en todos los terrenos, la moral, el lenguaje, los parámetros culturales, todo. Una palabra que le debe de servir, me supongo, transgresor habitual como él es, para justificar esa costumbre que tiene de encerrarse en los lavabos al objeto de transgredirse a gusto, radicalmente. En definitiva, no era mucho más todo lo que se le ocurría hacer en las ricas profundidades del piso de abajo, debido, probablemente, dada su manera de ser, al mayor margen de satisfacción de las propias fantasías que tales aficiones permiten, adaptables como anillo al dedo a las modalidades del propio gusto. Por eso yo le llamo Mariano. Porque la que cuenta es Mariana.

La culpa de mi mal humor de esta tarde, no obstante, no es

Mariana. Ni siquiera pensaba en ella al volver a casa. Pensaba más bien en lo grandioso que hubiera sido haber dispuesto de un megáfono aquella tarde en que, mientras preparaba mis exámenes escolares, descubrí la existencia de Aurea, enfrente, al otro lado de la calle, y entonces, de ventana a ventana, hablarle como le hablaría un dios que la estuviese contemplando así tendida en el sofá, desnuda, entregada a prácticas pecaminosas: su incredulidad al oír la terrible voz, su pánico.

27 Sept. El abuelo la está palmando y Torpe se ha ido al pueblo para hacerle la rosca ahora que aún puede sacar algo en limpio. En casa, todos nos sentimos mejor, más relajados. Y es que el mismo problema que con los años parece que acaba planteándose en el seno de todo matrimonio respecto al sexo, centro simbólico de su enlace tanto si el comercio carnal ha cesado cuanto si sigue siendo ejercitado, sea a modo de imperioso y expeditivo asalto, sea en forma de repetición ritual de una seducción amorosamente correspondida, fórmula si cabe todavía más agobiante, el mismo problema, sí, se extiende a los restantes ámbitos de la vida conyugal, creándose así en el hogar una atmósfera de crispación que afecta no sólo a los hijos que viven en la casa sino también al servicio y a los animales domésticos. De ahí que resulte indiferente el que sea Torpe o que sea Leche quien se halle ausente, que la repercusión de su ausencia en el mundo familiar sea idéntica en ambos casos: la tensión cede.

Al abuelo no recuerdo haberle visto más de dos o tres veces. Es uno de esos viejos caciques rurales que ha llegado a ser quien es, a tener el pueblo en un puño, con sólo la ayuda de esa sabiduría práctica, tipo Esopo, acerca de lo que es la vida. El hombre que se hace a sí mismo que está en el origen de toda mitología familiar, sin que, por otra parte, tampoco falte la leyenda de la ayuda providencial, del hallazgo de un tesoro oculto cuyo brillo alumbra como una aureola la oscuridad de los comienzos. Y es ese otro brillo más tangible, el de su actual fortuna –el dogal que tiene puesto al pueblo–, lo que ha congregado allí a sus herederos: la esperanza de no irse sin su bocado, el ansia de conocer de una vez por todas la hasta ahora inescrutable, última voluntad del viejo, el temor a las manipulaciones entre bastidores, a los manejos de algún presunto sucesor, ni más ni menos escrupuloso que los restantes, pero sí más allegado al que ahora agoniza y, en calidad de tal, más susceptible de influir en una mente senil que es como un sol que se enfría. Cuesta poco imaginar el clima de la casa grande, la multiplicación de disputas entre abuelos, tíos y primos, entre hermanos y sobrinos, los reproches y acusaciones que se formulan con la intervención generalizada de sus respectivos

cónyuges, las inmensas trifulcas que se organizan entonces, cada parte haciendo recuento ab initio de las ofensas y daños recibidos, las escenas, los tranquilizantes tomados con un trago de agua, los amagos de infarto, los sustos, las llamadas al médico. Y lo que, más que esfuerzo alguno, constituye un verdadero placer, es imaginar a Torpe allí en medio, en representación de Leche, cumpliendo con la consigna oficial de neutralizar a su querido cuñado Morro de Cerdo, único punto respecto al cual los demás familiares, sin quitarse por ello el ojo de encima el uno al otro, sin perderse de vista mutuamente, parecen estar de acuerdo: ojo con Morro de Cerdo, ojo con quien desde hace años pretende convertirse en la mano derecha del viejo, como si el viejo hubiera necesitado alguna vez de otras manos que las propias, de una visión distinta a la que dimana de su propia mente. Y así como desde los puntos más remotos del Islam las diversas tribus convergen a tambor batiente sobre el escenario de la Guerra Santa, así de modo semejante, cabe imaginar a la descendencia del viejo orientándolo todo contra Morro de Cerdo, y a Morro de Cerdo revolviéndose contra todos como un jabalí se revuelve agigantado contra la jauría que le acosa, o como un miembro viril se levanta sobre la pelambre al entrar en erección, cabeza de jabalí morada de puro fogosa.

Morro de Cerdo tiene un hijo de mi edad. Cara de Pedo, que, para decirlo en el lenguaje de los profesores, es uno de esos chicos que no sirven para estudiar, que no llegan, que no les entra. Recuerdo que, de niños, hubo una época en la que nuestros respectivos padres parecieron empeñarse en que jugáramos juntos como buenos primos o, al menos, que lo intentáramos. Desde entonces, Cara de Pedo procura siempre causarme buena impresión, como si sus padres me hubieran puesto por modelo, y el impresionar favorablemente a ese modelo supusiera, ya que no parecerse, aproximarse a él de algún modo; un raciocinio muy de oligofrénico. Por otro lado, eso de que, en estos casos, más que a superar la propia cortedad, se les enseñe a disimularla, me parece una delicadeza para con el prójimo que es muy de agradecer. Y así tenemos a Cara de Pedo esforzándose, luchando por contrarrestar, animoso y tesonero, la pobreza de espíritu que desprende su desdibujada presencia física, la imagen de cortedad que ofrece a primera vista y de la que es consciente; y así nos lo encontramos, por ejemplo, leyendo el periódico en el metro, en el autobús, para que todos vean que se interesa por las cosas, que soy un chico serio y hasta sesudo, de esos que aprovechan para aprender el tiempo que se pierde yendo de un sitio a otro. Y la gente pensará que él es un chico que estudia o, mejor aún, que trabaja y estudia, que tiene mucho mérito. Pero lo más curioso es que tal vez haya un fondo de verdad en todo eso y que, a fuerza de esfuerzo, algo haya logrado. La última vez que le vi, por ejemplo, como si advirtiera que mi

comentario a la enumeración de los progresos por él realizados en materia de ir en moto era en exceso encomiástico, me miró con esos ojos de charco nublado que tiene. No, si ya sé, dijo: mi sitio es el retrete. ¡Y estaba en lo cierto! ¡Mediante un mecanismo del que nunca le hubiera creído capaz, como ese aficionado principiante que en un concurso de pesca se hace con el ejemplar de mayor tamaño, su limitada inteligencia había sintonizado en las profundidades del inconsciente la más acertada de las imágenes que sobre sí mismo pudieran ser propuestas!

Si para cualquier padre tener un hijo de estas características es lo que se llama una verdadera cruz, para Morro de Cerdo debe de serlo especialmente, siendo como es tan sentimental en su vida familiar cuanto despiadado fuera de ella, conforme a una dicotomía que supera a la que es habitual en el hombre de negocios, quién sabe si en la medida en que también es más agudo el contraste, en lo que a él se refiere, entre sus triunfos profesionales y sus desdichas domésticas. Un drama similar al de ese hombre de negocios al que, un buen año, a los sustanciosos beneficios con que va a saldarlo, se le juntan de golpe los millones correspondientes a una serie completa del Gordo de Navidad, y entonces, llevado de su natural extrovertido, reparte besos y abrazos, y brinda y estrecha manos y más manos, casi sorprendido de lo mucho que quiere a la mujer y a los chicos, a sus colaboradores, subordinados y clientela, a toda esa gente que le rodea, a todo el mundo, y va de un lado para otro, incapaz de estarse quieto, hasta que, súbitamente, como a la luz de una bengala que ilumina la noche, ve todo ese gozo desde fuera, a modo de conjunto que de golpe se ofrece a sus ojos de forma global y simultánea, un conjunto que le hace caer en la cuenta de que con esos millones de más no cambia nada, que nada nuevo hay en la vida respecto a la situación de antes de que le tocara el Gordo, nada que no pudiera hacer antes y que sin embargo, no hacía y que ahora seguirá sin hacer, siendo como es imposible hacer al mismo tiempo lo que uno quiere y lo que uno debe, que el problema está ahí, y que como su solución no es cuestión de dinero, todo continuará igual que antes, con más preocupaciones que antes, más problemas, más disgustos, que la única satisfacción de contar con esos millones de más reside en la idea de que se cuenta con ellos, y que lo que más desea en estos momentos de júbilo, lo que verdaderamente desea, no es otra cosa que meterse en cama y apagar la luz.

El mal que se abate sobre los otros me produce placer, eso está claro. Sí, disfruto con la desgracia ajena, y tanto más cuanto más próxima me es, cuando más de cerca la veo. Me alegra, por ejemplo, que el viejo esté agonizando, pero mayor sería mi alegría si fuera Morro de Cerdo el que agonizara, ya que le conozco más y me

imagino mejor la situación, el dolor de tía Mercedes, Cara de Pedo estupefacto, etcétera. Como mayor que si se tratara de Morro de Cerdo sería si se tratara de Torpe. Y más aún de Leche. Sí, de ella sobre todo, y conste que para elaborar esta conclusión tuve que medir y afinar hasta el límite el alcance de mis sentimientos. Y es este acto de lucidez, el hecho de haber llegado a formular mis sentimientos que todo el mundo comparte consciente o inconscientemente, lo que singulariza mi actitud moral. Pues lo que la gente hace es justamente lo contrario: reprimir, interponer cortinas, ocultar bajo otras apariencias –sean simplemente diferentes, sean ni más ni menos que las opuestas– la reacción de alegría que experimenta ante el mal ajeno, sea éste de la índole que fuere, muerte, ruina, desmoronamiento. Así, mientras en presencia de un accidente cualquiera, un viejo que resbala y se rompe la cadera, un atropello, revisten su júbilo de curiosidad morbosa sancionada por cualquier comentario conmiserativo, vaya por Dios, qué desgracia, así, en virtud del mismo impulso, cuando es preciso, cuando el mal se abate sobre un conocido, un familiar, un amigo, y tanto más cuanto más próximo, transforman su alegría en horror modificando la exteriorización de las enormes carcajadas que resuenan en los sótanos de su conciencia, haciendo de ellas manifestaciones de dolor tan escalofriantes como contagiosas, generadoras y potenciadoras de nuevas reacciones de parecido signo. Nada más sintomático en este sentido que lo que sucede con los niños, ya que, en lo que a ellos concierne, la sublimación del placer hasta su transmutación en horror supone un proceso de apariencia en extremo dramática, elevando como eleva el valor simbólico de esos inocentes por antonomasia a la categoría suprema de víctimas sacrificiales. Un autocar lleno de niños que cae al río, por ejemplo, que sufre uno cualquiera de esos accidentes que de vez en cuando consiguen significativos titulares de primera plana: el espectáculo espeluznante del que uno ha sido privilegiado testigo presencial, las escenas de dolor entre los familiares y amigos que van llegando al lugar del suceso, la historia que se extiende al resto de los curiosos allí congregados, escenas desgarradoras y reacciones compulsivas que se repiten cada vez que el suceso es relatado de nuevo, ganando si cabe en lo que a plasticidad y riqueza de detalles se refiere según los sucesivos oyentes lo van repitiendo ante un nuevo auditorio, el sentido de culpa estimulado al máximo por el contagio de un oyente a otro: niños que podrían ser los propios, los amados hijos de cada uno; que podrían incluso ser ellos mismos cuando eran niños y ya culpables y perversos. La descarga emocional característica de toda catástrofe, insoslayable hasta el extremo de haberse ido plasmando en la conciencia colectiva a través de dichos populares como lo de ni qué niño muerto, a modo de prototípico summum del

infortunio, colmo de las desdichas que señala el carácter potencialmente límite de la respuesta emotiva. Respuesta que, como toda descarga síquica, física y hasta fisiológica, supone un intenso placer: el de suscitar en los otros el sentido de culpa, explosión catártica que no hace sino aliviar el peso de la culpa propia conforme a un mecanismo compensatorio –el más usual, no el único– que suele activarse por debajo del nivel de la conciencia. Un placer que, por más que la gente lo ignore, por más que desconozca su verdadera naturaleza, no por ello deja de gozarlo. Caso que no es el mío: yo conozco su verdadera naturaleza y mi placer es otro. Mi placer, el que yo experimento ante la desgracia ajena, se fundamenta en la posibilidad de actuar con éxito contra ese mecanismo compensatorio: darle la vuelta a la situación, utilizar el horror que hace presa en el testigo presencial de una catástrofe, en el curioso que acude al lugar del suceso, en el oyente que escucha y pide precisiones, y que todo ese horror no haga sino incrementar la propia culpa en cada uno de ellos, que contribuya en lo posible a que su respuesta emocional, lejos de descargar, sobrecargue, abrume. Esto es: convertir el sacrificio expiatorio en castigo ejemplar, a semejanza de aquel sabio emperador persa que castigaba los pecados de sus súbditos haciéndoles desfilar entre una doble hilera de despojos, los cuerpos descuartizados de sus hijos. Invertir, simplemente, el sentido del proceso.

27 Sept. Seguir a Maira sin que se diera cuenta no ofrecía mayor dificultad a esa hora, cuando los colegiales camino de la escuela se entremezclan a la gente que corre al trabajo. La dificultad comenzaba al llegar al laboratorio, situado bajo un templo a medio construir, algo así como la Sagrada Familia, una Sagrada Familia en cuya cripta se hallara ubicado el laboratorio. El templo se alzaba en un área yerma, en vasto descampado donde los materiales de construcción, piedra, ladrillo, sacos de cemento, se amontonaban junto a los escombros. Las obras, totalmente abandonadas, daban al conjunto un aspecto más de ruina que de construcción, pórticos, escalinatas, arcos y columnas a cielo abierto configurando espacios apenas insinuados. La entrada del laboratorio se encontraba dentro del recinto configurado por las ruinas, y para llegar hasta allí había que seguir alguno de esos senderos que los escasos transeúntes van trazando con sus propias pisadas al atravesar el descampado. Pero, si se quería evitar ser visto, no quedaba otro remedio que arrastrarse entre las zarzas y los hierbajos, aun a costa de arañarse las rodillas, aprovechando, como máximo, la protección visual de las grandes piedras talladas para correr agachado durante un trecho. Los riesgos eran grandes: un niño

que avanzaba por aquellos senderos fue súbitamente levantado en volandas por dos hombres que permanecían ocultos y transportado a toda prisa al recinto central. Algo más lejos sucedió lo mismo con otros dos niños que habían osado adentrarse en el descampado, y ni tan siquiera escapaban al asalto los niños que se limitaban a bordearlo, a transitar simplemente por las calles que delimitaban su perímetro. Es más: de vez en cuando se detenía algún coche en las proximidades, y algún que otro pequeño cuerpo pataleante era sacado de su interior y llevado como un fardo hasta las ruinas. Y bastaba oír los chillidos y sollozos que llegaban por los tragaluces abiertos a ras de suelo para comprender lo que sucedía allí abajo. Volvió atrás, se dirigió a varios viandantes, una señora mayor vestida de oscuro, un caballero con un abrigo reversible y un sombrero de fieltro verde, les explicó lo de los raptos y asaltos, lo de los experimentos con niños que se realizaban en aquel laboratorio. Nadie le hizo caso, ni tan siquiera se detenían a escucharle, y él tenía que correr para mantenerse a su lado mientras les hablaba. Estaba claro, no obstante, que el problema no era que no le creyeran, que ellos sabían que cuanto les decía era cierto, que incluso estaban interesados en que sucediera todo esto, que todo esto les beneficiaba de algún modo, que era inútil esperar nada de ellos. Así pues, resolvió introducirse en las ruinas, meterse bajo aquella enorme bóveda que sobresalía del suelo como el tope de una calavera, descender a la cripta. Sí, dejarse asaltar, ser conducido a la sala de operaciones, y que la propia Maira, al advertir que ahora le tocaba a él, que él era la próxima víctima de los experimentos, que era él justamente quien iba a ser inyectado, comprendiera la trascendencia de todo aquello. Que Maira lo comprendiera, esto era lo esencial. Tanto o más que a la Sagrada Familia, el ámbito del laboratorio se parecía al Hospital de San Pablo, y había enfermeras y enfermeros que deambulaban entre los pabellones.

Estas líneas podrían haber sido escritas sustituyendo el pasado por el presente en lo que a tiempo de verbo se refiere, así como, aquí y allá, la tercera persona por la primera. Resuelvo por resolví, resolvió, etcétera.

II

20 Oct. Hoy había luz en su ventana y, fugaz pero inconfundible, he podido distinguir la silueta de Aurea tras los visillos. Luego han apagado. No eran las seis sino algo más tarde, aunque no mucho más; los días se acortan y el atardecer engaña. Me ha extrañado, no obstante, que encendiese la luz tan temprano. ¿Y si fuera una señal o un truco, una manera de recuperar mi atención, de escapar al ostensible olvido en que la tengo? Si era eso, habrá quedado defraudada. Ha sido como responderle con una pregunta, como responde el eco. En definitiva, ¿quién hace aquí de mirón?

La incertidumbre produce incomodidad, y la incomodidad, irritación. Sensaciones que me traen a la memoria un incidente ocurrido durante mi primer año de carrera, cuando al salir de la Facultad, de vuelta para casa, en el metro, casi cada mañana solía encontrarme con un señor de pelo encanecido, como de jabalí viejo, que no me quitaba el ojo de encima. Yo hacía como que leía o como que me hallaba absorto en mis reflexiones, pero a la que terminaba por dirigirle la vista para saber si seguía mirándome, sea directamente, haciéndome el distraído, sea a través del reflejo de las ventanillas, invariablemente me encontraba con aquellos ojos risueños que no parecían sino estar esperando mi mirada. Bajaba en la misma estación que yo y me dejaba caminar delante, o mejor, me seguía a corta distancia, durante poco más de tres manzanas hasta la esquina en la que, al parecer, nuestros respectivos caminos se bifurcaban. Allí se detenía y me seguía con la vista mientras yo me alejaba, no sin comprobar sobre la marcha, mirándole de refilón, que continuaba allí, también en espera, probablemente, de que yo me volviese a comprobarlo. Y así una mañana y otra y otra, con una regularidad tal que la única explicación posible era la de que aguardaba en la estación a que yo llegara, imposible si no tanta coincidencia. Un día, seguro de que me había seguido por la calle, de que se había detenido a mirarme en la esquina de siempre, giré en redondo sobre mis talones y, como bajo el efecto de una descarga de adrenalina, me fui hacia él como en tromba, golpeándome con el puño derecho la palma de la mano izquierda. ¿Qué pasa?, grité. ¿Se puede saber qué pasa? Y aquel hombre de color jabalí, la ropa como haciéndole juego con el pelo, enarcó las cejas alegre, casi jovial: ¿Te parece que pasa algo de particular?, dijo. Yo sacudí el índice derecho delante de sus narices: ¡No se equivoque conmigo, no se equivoque! Y, dándome la vuelta con la misma brusquedad que antes, proseguí mi camino intentando

esconder con la decisión de mis pasos la confusa sensación de ridículo que me poseía, las ganas de haberle dicho otra cosa, de haberle soltado una frase brillante, tajante, aterradora, algo que no le hubiera dejado al otro la oportunidad de decir como dijo, en tanto que yo me iba: no veo en qué puedo haberme equivocado, hijo; a partir de entonces decidí que lo mejor era olvidarme de que existía. Tiempo después, una vez que tomé el metro en compañía de un tipo de la Facultad que también vivía en el barrio, le vi saludar con la mano, efusivamente, por encima de las cabezas de varios pasajeros, al hombre del pelo de jabalí. Le pregunté quién era y el otro me dijo que un tío cojonudo, de lo más cachondo, y que sabía un rato de arte; tiene una tienda de antigüedades en la calle de la Paja y la mejor colección particular de culos que hay en el mundo. De verdad, tú; yo la he visto: gárgolas medievales, bajorrelieves romanos, dibujos japoneses, cerámica precolombina, orfebrería, de todo, tú, y de todas las épocas, mientras tenga por tema el culo.

El primer sorprendido por la forma en que había reaccionado ante nuestro coleccionista fui yo mismo. Estoy habituado desde siempre a despertar el interés de los homosexuales y, precisamente por eso, quedaba todavía más fuera de lugar la agresividad de mi respuesta, equiparable en todo, para mi sonrojo, a la que con su actividad pretende suscitar el exhibicionista callejero. Aunque yo no lo sea, no tengo nada en contra, suele decir de los homosexuales la gente que se considera evolucionada, mostrando así, a la par que su natural comprensivo, el interés que pone en subrayar su no pertenencia al gremio. Una insistencia mojigata, ni que decir tiene, y que, curiosamente, aproxima al que así se expresa a esa quisquillosidad intemperante de la que con tanta frecuencia hacen gala determinados homosexuales, monosexuales, como yo les llamo. Y si algo hay en ellos que me horroriza es precisamente esto: la mutación que en un momento dado experimenta su personalidad, su forma de desdoblarse, de rizárseles los ojos con un simple pestañeo. Pues, si ya la relación heterosexual tiene en sí algo de enfermizo y de alienación mental transitoria el escarceo erótico, la conducta del monosexual se hace paródica además de enfermiza, mímesis de un comportamiento y de unas maneras sólo explicables como fruto de las obcecadas fantasías de un perturbado. Discutir si es defecto congénito o deformación inducida, me parece una simpleza que no sirve para acentuar el fenómeno, para proveer al monosexual de nuevas coartadas, al igual que todas esas historias sobre marginación y psicología barata, lo de que ya la madre solía vestirle de niña y entonces el padre lo castigaba y los compañeros de colegio se burlaban, etcétera. Manipulaciones similares a las que da lugar la explotación del sentimiento de culpa, por lo general menos inocentes en el móvil, acordes incluso con

objetivos muy concretos. Manipulaciones que mal pueden afectar a quien, como yo, si algún sentimiento abriga a modo de motor que impulsa, no es el de culpa sino, antes bien, el de represalia.

24 Oct. Mariano estaba radiante, poseído por esa alegría de las personas insustanciales que un buen día se encuentran con algo que contar, sea un notición que por cualquier motivo ha sido el primero en conocer, sea un simple chisme, susceptible no obstante de causar cierto impacto en el ámbito de su grupo. No se trataba de nada que le hubiera pasado a él, sino al Busto, y el Busto acababa de contárselo. De hecho, tampoco era una cosa que le hubiera pasado al Busto, sino a otro, pero el Busto había sido testigo, lo había presenciado todo con sus propios ojos. Y, para cualquiera que le conociese, la posibilidad de que se lo hubiera inventado era algo que debía ser descartado de antemano, estando como estaba la inventiva por encima de sus alcances. Si le llamo el Busto es justamente por lo de la fábula: de cabeza hermosa pero sin seso.

El Busto es un antiguo compañero del cole, miembro de una de esas familias de muchos hermanos, todos buenos mozos, guapotes, fortachones, tontos, vagos, buenos chavales y sin un duro, chicos predestinados, en consecuencia, a ser pasto de pederastas. El hecho de que su historia tenga por escenario, no una sauna cualquiera, sino aquella sauna, sobre la que no caben sorpresas, me parece en este sentido de lo más significativo. Empecé a intuirlo la tarde que le descubrí de tertulia en la terraza de un bar, creo que La Puñalada, unos cuantos chicos como él presididos por uno de esos niños bien marchitos que se ven a veces, pijos nostálgicos de la Diagonal de antes, el enigma de cuya peculiar naturaleza es sólo cuestión de tiempo, el tiempo que se tarda en atar cabos, en identificar esa naturaleza con la de una loca, siendo especialmente revelador al respecto su forma de hablar, la voz gangosa que sacan y, sobre todo, el tono de sinceridad juiciosa y un poco pesimista típico de esta clase de sujetos, que por lo general gustan de ser llamados Rafa, Rafa o análogo diminutivo familiar. El muy taimado peroraba, y el Busto y los otros jovencitos le escuchaban con esa actitud abierta y esa disposición favorable que son patrimonio de los simples. Recuerdo una ocasión, de chicos, en que el Busto se hallaba convaleciendo de algo, y algunos chicos del cole fuimos a visitarle; un montón de hermanos nos guiaron hasta su habitación y allí lo encontramos, hundiéndose con risas como cacareos hasta el fondo de la cama en obvia busca de la instintiva respuesta a tal actitud: que los mayores se le vinieran encima y lo aplastaran y estrujaran hasta llevarle al estrecho filo que

separa la risa del llanto. Otro dato que, a la hora de considerar su historia de la sauna, también resulta revelador. Ya que, de no ser por la completa falta de imaginación a la que antes me he referido, me inclinaría a creer que su presencia en esta historia se desdobla, que cuenta como sucedido a otro lo que en realidad le sucedió a él.

Exista o no exista un segundo protagonista, sea o no sea más exacto hablar en tercera persona que en primera, el hecho es que el Busto se encontraba en esa sauna hacia media mañana, una hora en la que no suele hallarse demasiado concurrida, dos o tres personas yendo de un lado para otro, hojeando revistas distraídamente. Y en ésas llegó el chico, un chico de aspecto normal, más bien tímido y casi que hasta intimidado, a juzgar por la forma de moverse, de tomar asiento. Pero algo especial debía de tener cuando el tipo que estaba enfrente, un cuarentón más bien corpulento, le miraba tan detenidamente. El Busto, situado en un rincón, podía verles a los dos a un tiempo, y fue la expresión del chico lo primero que le alertó acerca de la maniobra iniciada por el otro, aquel ir levantando la revista que mantenía desplegada ante el vientre hasta mostrar en toda su longitud un pene largo y delgado como una flauta y así de tieso, también como notas de flauta las incitadoras rendijas de sus ojos. El chico se sacudió el sudor de la cara, se dio aire con la mano y, encapsulando las palabras en una especie de soplido, dijo: qué calor. Y el de enfrente, mirándole por encima de la revista desplegada: de eso se trata, ciertamente. El chico le dirigió una sonrisa con ese reconocimiento del alumno que es felicitado por un maestro: me han dicho que esto es lo mejor que hay para quitarse un constipado, dijo. Y el otro: te han orientado bien, ciertamente que sí; verás que sales como nuevo. El chico volvió a sonreír; bueno, voy a mojarme un poco, dijo. En las duchas, el de la cabina contigua asomó la cabeza preguntando algo. ¿Qué?, dijo el chico. El vecino de cabina se pasó a la del chico empuñando un frasco rosado, chorreantes sus mechas de abundante vello. ¡Que si quieres jabón, coño!, dijo al tiempo que le vertía de aquel líquido rosado sobre los hombros y se lo esparcía por todo el cuerpo con la palma de la mano. Gracias, dijo el chico, pero es sólo para refrescarme un poco. El otro, colocándose a su espalda, le metió un dedo en el culo y, a continuación, probó de introducir el pene. Fuera, contemplándole, estaban el de los ojos como notas de flauta y un tipo aún más fornido que vestía un conjunto de entrenamiento. El chico se debatió riendo: esto es muy incómodo, dijo. Y el del traje de entrenamiento: el chico tiene razón; lo que necesita es un buen masaje, y aquello siempre es más cómodo. Y el de los ojos como notas de flauta: eso es, vamos allá, no vaya a coger frío el chico, que está constipado. Razón de más. Toma, pues claro. Y luego una cerveza. ¡Ahora te escucho! Y como formando uno de esos grupos callejeros que cantan y danzan cogidos

del hombro durante la celebración de los sanfermines, en plan rondalla, así se encaminaron hacia la sala de masajes, el de los ojos como notas de flauta precediéndoles, la toalla colgándole del pene como una bandera cuelga del mástil, y el chico entre los otros a semejanza de ese adolescente que un buen día, como rindiéndose a una tentación largo tiempo contenida o como embriagado por algún licor o droga de naturaleza imprecisa, echa a correr por la calle, descalzo, en paños menores, entreabierta la boca y los ojos en blanco, flojo todo él, como de trapo sus miembros, dando pie con su comportamiento a que la gente, pasada una primera reacción de asombro, emprenda su persecución entre mofas y cuchufletas, para terminar, como espoleados los unos por los otros, sometiéndole a todo género de sevicias, tal si de un reo con su sambenito se tratase o de un tonto de capirote. La puerta había quedado entreabierta y desde fuera era posible captar un amago de lo que allí estaba sucediendo, de las vicisitudes de las acciones en curso, cuerpos en tenso ejercicio, movimientos rápidos, enérgicos, fragmentarios, centrados en la mesa de masaje, los unos como alternando con los otros, como intercambiando posiciones, como relevándose, también como de ronda o zarabanda los sonidos que llegaban de adentro, ora similares a relinchos, ora parecidos a rebuznos. En el suelo se divisaba el traje de entrenamiento tirado de cualquier manera y, más cerca, casi en el umbral, configurando con sus pliegues mojados una enorme sonrisa, una toalla blanca.

Cuando llegó Mary Ann –hoy estaba muy irlandesa– me hice repetir la historia para que ella la oyera de cabo a rabo, de cap a cua.

25 Oct. Con la sexualidad pasa lo que con los maniáticos del cine, esos obsesos eruditos que se extasían ante tal o cual secuencia de Hitchcock, o tal o cual plano de Bogart fumando, o tal o cual otro de la Garbo con una copa, simbolismos de lo más banal todos ellos, elementos sicoanalíticos digeridos como se digiere la fruta y con parecidas consecuencias fisiológicas, un bagaje ideológico equivalente al del que sale a cazar rinocerontes provisto de una carabina de aire comprimido. Todo el mundo lo sabe todo, no hay hecho que no pueda ser explicado por poco que se sepa buscar en el repertorio de interpretaciones, generalidades de baratillo, útiles a duras penas para preservar las defensas que uno se monta en torno al propio desamparo. El caso de aquel tipo que el pasado verano, en el curso de uno de esos picnics en barca que tanto se prestan a confesiones íntimas, se autodiagnosticó un edipo invertido, y a partir de ahí, como si tal declaración hubiera disparado un oscuro mecanismo compulsivo,

todo el mundo empezó a revelar las ricas complejidades de su personalidad en el más impecable lenguaje de un Freud de discoteca.

Mayor interés –y desde luego mayor trascendencia– que hacer gala del honor más que discutible que implica el dominio de la jerga característica de esta clase de vulgarizaciones, me parece, con mucho, pararse a pensar en lo que fue nuestra infancia más allá de cualquier esquema teórico, en los rasgos concretos que la definen y la individualizan, así como en los rasgos generales, comunes a los demás jóvenes, que nos diferencian de nuestros mayores. Cosas irrelevantes en apariencia, la generalización del uso del biberón, por ejemplo; el que las mujeres se rehúsen a estropearse los pechos dando de mamar a los hijos y en las relaciones que el niño mantiene con el mundo familiar de la primera infancia haya sido introducido ese elemento nuevo que es el biberón. Pues una cosa es subrogar el papel de madre en una nodriza, en esa institución que para las familias adineradas de antes representaba el ama, denominación más que expresiva, y otra muy distinta el uso del biberón. Y no precisamente por la artificialidad del contenido –lo único que parece preocupar a los médicos–, sino por el objeto en sí, susceptible de transformar lo que era vínculo intransferible en la más indiscriminada satisfacción de las necesidades del niño, al que no puede sino desconcertar la multiplicidad de rastros que ofrece el placer: la madre, sí, pero también la yaya o la tieta o una amiga a la que le hace ilusión dárselo, al igual, con frecuencia, que el propio padre. Frente a la constante de un pecho conocido y seguro –sea o no el de la madre–, la versatilidad del biberón, incierto, proteiforme; ¿puede dejar de repercutir un cambio semejante en quienes como yo hemos sido criados con biberón? Yo más bien diría que no, que acaso la promiscuidad sexual y la ligereza afectiva que tanto se echa en cara a los chicos y chicas de mi edad tal vez resulten menos raras si se tiene en cuenta que quien satisfizo los placeres orales del bebé en cuestión mediante una teta de goma fue, por ejemplo, el papá. Al menos, en el pasado, las reinas, princesas y nobles damas en general, abandonaban a sus hijos ya amamantados, y éstos, educados en el destierro palaciego, crecían naturalmente predispuestos al magnicidio.

La promiscuidad de los jóvenes, otro lugar común que los padres suelen decorar de acuerdo con sus personales fantasías eróticas, de forma no muy diferente, por lo general, de como lo hubiera hecho un Cecil B. De Mille. Sin caer en la cuenta de que, en esta atmósfera de marihuana y orgía que ellos imaginan, las chicas no saben mejor que una mujer en plena madurez lo que hay que hacer para estar a la altura, y los chicos ni tan siquiera qué cara poner, unos y otros aplicados al logro de un grado de concentración lo bastante intenso como para situarles a salvo de la destrempada que puede suscitar el

más nimio de los detalles, una frase cursi, una risa inoportuna, una mirada boba. El agobio de esos inanes ritos de iniciación, la frustración que supone para quienes en ellos han participado, en la linde misma del ridículo, un sentimiento sólo superable a fuerza de darse ánimos pensando que ya está, que ya se ha hecho la experiencia, que ya se conoce todo lo que hay que conocer, como si este género de experiencias pudiera ser comparado, ni de lejos, a las invenciones que cuatro niños son capaces de llevar a la práctica en la quietud de un enorme piso deshabitado. Imágenes de la infancia que, en la medida en que reprimidas, reviven, a la vuelta de los años, en las fantasías eróticas de los padres, sólo que ahora con decorados de Cecil B. De Mille y puesta en escena al estilo Copenhague. No es que no haya cambios; lo que pasa es que los cambios no son lo que los padres imaginan.

¿Existen los celos para los jóvenes? Pues sí señor: pese a su aparente desenfado y descaro, al igual que para los suecos, existen los celos para los jóvenes, así como toda la gama de sentimientos susceptibles de matizar el amor hasta convertirlo en su contrario. Y lo mismo podría decirse en lo que a la timidez se refiere, esos chicos que prefieren hablar con ellas, explicarse el uno al otro cómo es cada uno, descubrir coincidencias, a penetrar en el terreno erótico propiamente dicho, tanto por la interrupción del placer que ya depara en sí la conversación, cuanto por el temor al cambio de terreno y, sobre todo, a cómo realizar ese cambio, un problema que es casi un problema de expresión, la que hay que poner entre tanto, sea mientras se besa con el apasionamiento del amor como revelación, sea, descendiendo a un nivel más bajo pero también más directo, mientras con un torpe tanteo se inicia la exploración de las principales zonas erógenas.

Lo que sí me parece positivo es el progresivo reconocimiento de que todo el mundo es bisexual, aunque el que insiste demasiado en ello suele ser simplemente monosexual, por un principio semejante al de que, cuando uno de esos generales que dan golpes de estado en cualquier república sudamericana declara que el nuevo régimen no es de derechas ni de izquierdas, hay que entender que es de derechas. Toda la vitalidad que genera la aceptación del hecho se convierte en una fuerza que disminuye y deforma cuando es rechazado en un sentido o en otro. El comportamiento crispado del reprimido y el farfalá de una maricona como fenómenos complementarios.

29 Oct. Si, como decíamos, el hecho de haber sido criado con biberón puede alterar el esquema erótico del individuo y, en consecuencia, su vida afectiva en grado no menor que el comportamiento sexual, ¿qué

no ha de variar en el terreno de la moral, en lo que a principios y conducta se refiere? ¿Cabe imaginar siquiera que sigan guardando su vigencia, no ya las normas acordes con la moral tradicional que todavía subsisten en la sociedad de hoy, sino las normas aún más constrictivas imperantes en lo que los comunistas llaman nueva sociedad? El cambio de estructura social no impide que los principios morales sigan siendo los mismos que antes de la revolución, reforzados incluso por el hecho de que, después de la revolución, el estado actúa a modo de segundo padre y la sociedad de segunda madre. Tengo un amigo comunista al que le preocupa esto, la falta de gancho que para los jóvenes de ahora ofrece la imagen de la nueva sociedad; lo tuve de profesor en mi primer año de carrera y ahora nos vemos de vez en cuando y hablamos de estas cosas. También le preocupa el contagio, el impacto que los hábitos y actitudes morales de la juventud de aquí pueden causar en la juventud de allí, lo que sería de la nueva sociedad si esto sucediera, si cundiera el ejemplo; yo he sugerido que la única forma de anticiparse a los acontecimientos, de prevenir una posible ruptura generacional, consiste en vacunarse, esto es, en imponer de inmediato el uso del biberón. Pero estos comunistas no tienen sentido del humor.

A mí, en cambio, me divierte indagar el lugar común, descubrir lo que hay detrás de determinadas palabras cuyo contenido esconde una especie de petición de principio: significan esto porque están ahí. Algo parecido a creerse una noticia porque la trae el periódico. Como si, al igual que para designar, las palabras no sirviesen para ocultar significados, para encubrir. Los enunciados de signo altruista y valor positivo, por ejemplo dedicarse a la enseñanza, tener hijos, actividades cuya mera formulación verbal parece que lleve ya en sí misma algo de modélico. Y es que la realidad es hipócrita, sí, pero la gente no la soportaría si no lo fuera. Pues así como la llamada vocación pedagógica encubre con frecuencia en el maestro o futuro maestro no tanto el deseo de enseñar a los niños cuanto el oscuro impulso de rehacerse a sí mismo, de ponerse a salvo mediante un orden maniático, una disciplina sádica y un adoctrinamiento restrictivo, de los peligros que le acechan, de la incoherencia y el caos producidos por la degeneración anárquica de un cerebro enfermo, así, bajo la compulsión de una similar voluntad de formarse a sí mismo a su propia imagen y semejanza a través de los hijos, a imagen y semejanza de lo que creen que fueron o debieron haber sido, así, bajo esta clase de compulsión, los padres cuando se entregan a sus ansias procreativas.

Lo más obvio es, en ocasiones, lo más difícil de captar; y ello no sólo respecto a uno mismo sino también respecto a los demás. La significación profunda de los detalles en apariencia más triviales, de

los tics más cotidianos, un significado que funciona exclusivamente por debajo del nivel de la conciencia, inaceptable en la medida en que extravagante como sin duda iba a resultar por encima de ese nivel, como sin duda resulta para la sensatez de juicio del hombre medio. Un fenómeno capaz, en razón de ese carácter inconsciente, de rebasar las fronteras de lo individual, de hacerse colectivo, de hacerse historia, ese cueste lo que cueste hay que conseguir que entre el rey de España en la Corte de Madrid con que finaliza el himno de nuestros tradicionalistas, voluntarismo imperioso de una letra cuya significación última cobrará toda su transparencia esclarecedora si, como por azar, la relacionamos con un viejo chiste de Jaimito, aquel tararí, tararí, tararí, Carlos V entra en Madrid, palabras con las que se describe el coito que el niño ve realizar a sus padres. Se trata, en efecto, de un mecanismo asociativo susceptible de ilustrar el contenido inconsciente de la causa tradicionalista española a la vez que la agudeza no menos inconsciente de quienes, conocedores del himno, han escuchado el chiste durante generaciones; de alumbrar las áreas sombrías de la mente tanto del autor del himno cuanto del inventor del chiste. ¿Por qué un rey llamado precisamente Carlos? ¿Será este rey Carlos el emperador, Carlos I de España y V de Alemania, para quien entrar en Madrid no podía suponer una emoción más intensa que la de atravesar cualquier otra aldea similar a la aldea que Madrid era por aquel entonces, o será más bien ese Carlos V el Carlos V de los tradicionalistas, el fundador de su oficiosa estirpe real? ¿Por qué precisamente Madrid y no otra villa cualquiera si nuestro rey, el Carlos V en cuestión, no es el pretendiente tradicionalista? Un pretendiente que, al igual que cuantos le sucedieron en la histórica empresa, que cuantos le respaldaron con su apoyo, jamás consiguió cumplir el objetivo de entrar en Madrid costara lo que costara, herederos no tanto de una corona cuanto de la impotencia que genera toda frustración reiterada, realidad certeramente captada por el chiste al remitir el valor emblemático del himno y, más en general, de la causa tradicionalista, al ámbito de los informulados temores a la castración que experimenta el sujeto, que no es preciso ser un Freud para verlo simbolizado por ese niño, por ese Jaimito que presencia el coito de sus padres. De ahí, justamente, la proverbial agresividad de los tradicionalistas, agresividad que no es sino reflejo compensatorio de una impotencia histórica. De ahí también que hace ya tiempo yo llegase a la conclusión de que Torpe es impotente.

Me gusta detectar síntomas, hacer diagnósticos; en este aspecto –sólo en éste, ya que los cuerpos enfermos o heridos me horrorizan– hubiera servido para médico. Pues desentrañar el enigma de estas cosas en apariencia tontas no tiene nada de fácil. El enigma existe hasta bajo la más diáfana de las apariencias, y desentrañarlo toma

tiempo; yo le voy dando vueltas y más vueltas hasta que, de pronto, generalmente como sorpresa, tropiezo con la solución. Y cuanto más tardo en encontrarla, más me obsesiona. Mi odio a la col, por ejemplo, la única verdura que no me gusta, sin que el caso pueda ser reducido a una cuestión de sabor –la petición de principio–, puesto que si su sabor no me gusta es por algo, y es ese algo lo que me interesa dilucidar. Lo cierto es que, hoy por hoy, no sabría decir si la explicación se relaciona con el hecho de que tuve una espantosa yaya que, con todo el empeño del que era capaz su seso esclerosado, no se cansaba de repetir que yo había nacido de una col, o si, más directamente, tendrá que ver con los fétidos gases que se expanden en el estómago de quien la come, dando a su silueta, efectivamente, una hinchazón similar a la del embarazo, origen, tal vez, de ese cuento que se les cuenta a los niños.

31 Oct. Hoy me he despertado lleno de angustia por un sueño del que, a los pocos momentos, no más fácil de fijar que ese contorno paisajístico surgido a la luz del relámpago nocturno, apenas si me quedaba impresión alguna. Lo único seguro es que estaba relacionado con el tétanos, cosa que no aclara nada, ya que, para mí, cuanto se relaciona con el tétanos es sinónimo de pesadilla. Desde mis primeros recuerdos, cualquier pequeño rasguño, por superficial que fuera, me hacía correr a casa, a la enfermería del cole, a la farmacia más próxima, a dondequiera que pudieran desinfectarme lo antes posible, someterme a los salvadores efectos del agua oxigenada, aquel blanco ardor contra el que nada podía la insidiosa perversidad del microbio. Un pánico que no por mantenido en secreto a fin de ahorrarme las bromas de mis compañeros de juego deja de estar presente en el origen de ciertas precauciones que tomaba –y que sigo tomando, a modo de hábito mecánico– ante cualquier circunstancia que implique el riesgo de clavarse un espino, cortarse con un hierro oxidado, pincharse con lo que sea, por no hablar de lo más terrorífico: pisar descalzo una chincheta.

Miedo residual de esta especie de fobia será, supongo, el que me causan las inyecciones, una especie de equivalente al miedo que otros tienen a viajar en avión. A mí me las pone el farmacéutico de casa, que lo hace mejor que muchos practicantes; ayer tarde, justamente, cuando entré en la farmacia, acababa de pinchar a uno de estos caballeros cuyo mero aspecto es indicio más que suficiente de su confianza en que, con una buena tanda de vigorizante, podrán ir dando el pego por un tiempo, y quizá sea esta imagen, el brillo de los lentes del farmacéutico al avanzar desde la trastienda, la sonrisa boba

del caballero que se iba con el júbilo de haberse quitado diez años de encima, el antecedente más inmediato del que echó mano mi inconsciente, como un albañil echa mano de sus materiales, a la hora de ambientar mi sueño del tétanos.

Parece que en una ocasión el farmacéutico me vio en la terraza de un bar charlando con mi amigo comunista, y desde entonces me habla de política cada vez que me acerco a la farmacia; por lo visto conocía a mi amigo comunista de no sé dónde y de inmediato supuso que yo compartía sus ideas. Cuando digo que me habla lo digo en sentido literal, ya que quien habla es él y yo quien escucha su cada vez renovada declaración de fe en el triunfo inexorable de la causa socialista, que es como él llama al comunismo, declaración que suele ir acompañada de un repaso a la marcha del mundo en general y a la causa del socialismo en particular, con aportación de las noticias más recientes que avalan la realidad de los avances que desde los rincones más diversos del mundo se efectúan en este sentido, convergencia de victorias parciales que se van ensamblando unas con otras, puntos aislados que, unidos mediante una especie de línea imaginaria, dibujan poco a poco la rúbrica de lo que es ya una sentencia de la historia. Si yo, por decir algo, le pregunto por los chinos, ni se inmuta, metálico el espejeo de sus lentes y como de acero la mecha de pelo que le cae sobre la frente: pasa por encima del comentario como se pasa por encima de lo que por su misma irrelevancia resulta desdeñable, siendo como son lo mismo chinos y soviéticos, comunistas unos y otros, y ello hasta el punto de que lo de sus presuntas desavenencias bien pudiera no ser más que una estratagema tendida al mundo capitalista, un recurso cuyo objetivo final no sería otro que el de acelerar el proceso, precipitar el hundimiento del capitalismo bajo el peso de sus propias contradicciones, acelerar la victoria final del campo socialista. Tampoco le preocupa el que por aquí las cosas no vayan demasiado bien, el que llevemos treinta y tantos años intentando sin éxito acabar con el franquismo; el conjunto va bien y esto es lo que importa. España es sólo una pequeña pieza de este conjunto, tan pequeña que se diría que casi le molesta hablar de ella.

Estaba yo en estas notas, escribiendo lo que antecede acerca del farmacéutico, cuando, en una pausa, hace un momento, me ha dado por abrir la ventana, asomarme a respirar un poco, atraído sin duda por la tibieza casi estival de la tarde. Asomada a una ventana del piso contiguo, a escasos metros, una chacha de mediana edad parecida a la hija de Franco, una flamencota de gruesa sonrisa que, acodada con empaque, miraba hacia abajo diciendo ¡uy qué hombre!, ¡si parece un ventilaó!, esto es, el agente de tráfico de la esquina que, a fuerza de silbato y enérgicas señales, luchaba por despejar el clásico embotellamiento que se produce a la salida de los colegios. Luego me

ha mirado a mí y al contorno urbano en general, como en espera de un merecido aplauso o similar homenaje a su gracejo prosopopéyico, enjundiosa extraversión de las andaluzas, superior incluso a la de los andaluces; carácter eminentemente descriptivo de sus imágenes, relación entre dos cosas basada en la apariencia, desprovista de vínculos internos, los brazos del agente de tráfico, las aspas del ventilador.

Ha sido entonces cuando he caído en la cuenta de la de días que llevo sin siquiera fijarme en la ventana de enfrente. Tampoco por la mañana, al despertar tendido sobre mi sexo como sobre una firme quilla, pienso en Aurea.

2 Nov. A primera vista, el placer de que nadie sepa que escribo se puede confundir con una variante del placer solitario. Pero nada tiene que ver con eso, a menos que se considere el onanismo como placer sucedáneo, cosa que dista mucho de ser exacta, ya que ni el onanista encontrará satisfacción equiparable en otras prácticas eróticas ni yo encuentro especial atractivo al hecho de escribir en secreto. Muy al contrario: si hay algo que no me gusta es el papel de escritor inédito, un tipo del que la gente sabe que escribe y basta, lo que se llama una promesa, categoría equiparable a la de la muchacha virgen incluso por lo que tiene de sonrojante. Tampoco me gustan las relaciones que se crean a partir del hecho de que eres escritor, las complicidades implícitas, las alianzas y rivalidades de la vida literaria, las envidias y paranoias propias de ese mundillo. No busco a los escritores conocidos porque nada tienen que decirme que no esté ya en sus obras y porque, por más que simularan lo contrario, tampoco nada mío iba a interesarles, interesados como están exclusivamente por ellos mismos. En cuanto a la gente de mi edad, a los jóvenes que escriben, la simple perspectiva de tratarlos, de intercambiar manuscritos y lecturas, de discutir nuestros respectivos proyectos, cada uno escuchando a los demás para luego poder hablar de sí mismo, es algo que me repugna, todos como mujercitas que ya fornican y se hacen confidencias. No, mi idea es otra; encontrarme un buen día con un libro mío en los escaparates, inesperado como uno de esos hongos que brotan, se diría, de la noche a la mañana; que la presencia de mi libro y mi aparición como escritor coincidan hasta superponerse, hasta hacer ociosa cualquier clase de explicación o conjetura.

La única persona con la que he hablado de estas cosas es Ricardo Echave, un arquitecto amigo de mis padres. Mejor dicho: hablamos no sólo de literatura sino también de arquitectura, pintura, música, cine, etcétera, y cuando él me preguntó si escribía yo le dije que no. Me

imagino que no me creyó, pero no me insistió más. Se dio cuenta de que, por alguna razón, yo no quería hablar de lo que hacía y respetó mi actitud. ¿Por qué me iba a decir, de no ser así, que, en lo que a él concernía, cada vez estaba más lejos de la arquitectura y más cerca de la palabra escrita? ¿No es ésta una forma indirecta de alentarme, sobre todo si quien lo dice es nada menos que un arquitecto conocido en el mundo entero? Lo adivinó, es cierto, como también lo es el que yo había adivinado que lo adivinaría. Hacía tiempo que buscaba la ocasión de abordarle, pero en casa, con mis padres por ahí, se convertía en un objetivo poco menos que imposible, y el resultado era que, en lugar de cosas brillantes, decía impertinencias. Hasta que el pasado verano me las arreglé para coincidir con él en una de esas aburridas excursiones en yate y, haciendo campo aparte, pudimos charlar a gusto.

Lo que no me explico es su relación con mis padres. Sé que en otro tiempo Torpe le encargó un proyecto, pero no veo en esto motivo suficiente como para mantener una relación de amistad teniendo como tienen tan poco en común, siendo como son poco menos que el polo opuesto el uno del otro. Leche también puede ser un motivo, pues doy por descontado que más de una vez se debió de acostar con Ricardo; no muchas, probablemente. Pero si bien esto puede explicar que entre ambos subsista un lazo afectivo, me parece que sería ya mucho suponer considerar siquiera la posibilidad de que el lazo hubiera terminado por hacerse extensivo a Torpe. ¿Y si en vez de ser hijo de Torpe lo fuera de Ricardo? Esto explicaría muchas cosas.

Otra cuestión relacionada con mi voluntad de escribir y de la que, en consecuencia, tampoco puedo hablar con nadie, es la que se refiere al replanteamiento que me he ido haciendo de mi propia vida en orden a eliminar de antemano interferencias y adherencias, lastre subrogado de cualquier género. Acomodar el mundo a mi voluntad y no al revés; la familia, la sociedad, el Estado, todos tienen sus planes sobre uno, planes que sólo hay que aceptar en la medida en que coincidan con los de uno, ni un milímetro más: ésta es mi única regla de obediencia. Así, la perspectiva de casarme y tener hijos me parece no sólo disparatada sino también ridícula y hasta humillante; el autor se debe exclusivamente a su propia obra. ¡Qué sabia sutileza la de la Iglesia Católica al instituir el celibato, excluyendo de este modo, como queda excluido un problema que ni tan siquiera puede ser planteado, toda posibilidad de que un eclesiástico tuviera familia! Pues no podía estar en la actividad sexual, presumiblemente desbordante, de esos clérigos de la antigüedad, recios y encendidos como toros, ni en que, a resultas de los embates de la lujuria, vinieran hijos; el problema estaba en la familia como institución, incompatible con la institución del celibato. Y a lo que el celibato apunta es a la familia, no a los hijos,

unos hijos que no pueden constituir una familia desde el momento en que tampoco hay esposa, ya que el padre no está capacitado para ser marido.

No menos admirable me parece la regla de pobreza que rige en determinadas órdenes: el religioso no posee nada, la Orden lo posee por él y, al tiempo que provee sus necesidades, lo exime de preocupaciones económicas. Exactamente la situación que yo espero alcanzar: sin posesiones que esclavicen ni el hostigamiento de las urgencias económicas. Es decir: no rico en bienes, pero tampoco ligado a un trabajo absurdo, de esos que la gente hace obligada por la necesidad de dinero. Sin problemas, en una palabra, materiales ni morales, nada que se interponga entre el escritor y su obra.

4 Nov. Ayer hice correr la copa con Mary Ann y otros amigos. Cuando yo pregunté quién eres, los movimientos de la copa dictaron un clarísimo: tu bisabuelo. Y al preguntar si estaba muerto, la respuesta fue: enfer. Y, a continuación, la copa empezó a ir y venir, señalando una ininteligible sucesión de consonantes, cada vez más aprisa, para terminar girando sobre sus propios bordes, como loca o borracha, antes de caer de lado y romperse. Enfer. ¿Había respondido en francés? ¿Había dejado inacabada la palabra enfermo? Aparte de que ni los vivos tienen por costumbre acudir a esta clase de invocaciones ni, que yo sepa, el viejo ha muerto. Tuvo una recaída, eso sí, un curioso ataque de hipo, y Torpe ha vuelto al pueblo a rondarle, o mejor, a vigilar al resto de la familia. Sería impresionante que el viejo hubiese muerto justo en el momento en que hicimos correr la copa.

Lo más probable, no obstante, es que se produjeran interferencias. Entre los presentes había uno que no cree en estas cosas, y ya se sabe que basta que una persona mantenga una actitud reticente para que todo salga mal. Yo ni creo ni rechazo nada por principio; lo indudable es que, sea por la razón que fuere, la copa dicta frases enteras, y no veo del todo claro que sean producto de la manipulación de nadie ni de una interpretación acomodaticia. ¿Se me va a hundir el mundo por aceptar eso? Para nuestro amigo escéptico, en cambio, el problema es un problema de principio: salga lo que salga, no es verdad, no puede serlo. Como la astrología, según él; como pensar que los planetas y las constelaciones están pendientes de uno: antropomorfismo, puro antropomorfismo. Yo le digo que lo sorprendente sería una concepción del mundo no antropomórfica, desarrollada, por ejemplo, desde el punto de vista de una piedra; sin mucho énfasis, claro, no vaya a sentirse obligado a darme un baño de materialismo dialéctico, como buen comunista que es. No mi amigo comunista, el que tuve de

profesor en primero de carrera; otro. Éste es más bien amigo de Mary Ann, la busca con disimulo y no me extrañaría que ya se hubiesen encontrado en la cama alguna que otra vez. Con todo, y aunque no quiera reconocerlo, cuando lo que no es posible resulta ser posible, se asusta. En esto, igual que Torpe, a quien, por cierto, también le gusta presumir de haber sido un revolucionario cuando era joven; aún recuerdo su espanto la vez que una astróloga italiana amiga de Ricardo empezó a descubrirle cosas y cosas. Y al amigo de Mary Ann le pasa lo mismo a la que el bagaje ideológico no le sirve de nada, a la que no puede salirse con aquello de que proclamarse simplemente de izquierdas significa que se es de derechas, y sentencias por el estilo con las que cree ir desenmascarando la realidad, que es lo que le gusta: hacernos ver que lo que parece una cosa es otra, que detrás del equívoco se esconden siempre los intereses del capitalismo, que al tirar de la manta deja el capitalismo en pelotas.

Me hace el efecto, por otra parte, de que cuanto supone cambiar de plano, ir más allá de lo teórico, también le asusta. Así, por ejemplo, a principios de verano, cuando me llamó por teléfono con espanto para anunciarme que Franco estaba grave, poco menos que en estado de coma, noticia que parecía llenarle de temor, cosa que no dejó de chocarme viniendo de un militante comunista. Se le notaba el susto en la voz, atiplada como la de un niño, síntoma o exteriorización de la retracción de los genitales que se produce paralelamente en casos como éste y circunstancias similares, exámenes orales, hablar en público, etcétera; retracción o absorción de los genitales en general y de los testículos en particular, reducido el escroto al tamaño de un pequeño higo seco. Otro síntoma es que le sudan las manos, y me imagino que aquellos días le debían de sudar más que de costumbre. Sólo me lo imagino, ya que, como él lo sabe y habrá observado que a la gente le repugna estrechar manos mojadas, intenta evitarlo saludándote con una palmada en el brazo o mediante un gesto que quiere ser familiar y desenfadado, pero que en la práctica es como si, más que darte la mano, te diera el codo.

Marx no me interesa. Para el caso me quedo con Nietzsche, que no está de moda por más que se diga que lo está, ni creo que pueda estarlo nunca, aunque en verdad no deja de ser preocupante la sugestión que ejerce sobre determinados subnormales, hasta el punto de hacerles creerse superhombres. No, lo que se sigue llevando es Marx, especialmente entre los profesores. Y, consecuentemente, entre los alumnos más vivos, que ven ahí la posibilidad de hacer carrera en el más literal de los sentidos. Tanto más cuanto que los riesgos son mínimos mientras uno sepa mantenerse en un plano exclusivamente teórico, un arte que el trepa de nuestro amigo, el amigo de Mary Ann, domina a la perfección, capaz como es de gafar una mesa y lograr que

la copa se rompa no bien se mete en prácticas oscurantistas.

Sobre lo de ayer aún se me ocurre otra explicación: lo que captamos, más que la presencia del viejo, fue el ambiente creado a su alrededor, las tensiones resultantes de los pensamientos y deseos reprimidos, que convierten la muerte natural en crimen, no ya inconscientemente, como es usual, sino también de forma consciente: esos olvidos, esos descuidos en la administración de medicamentos vitales, oxígeno, suero, inyectables, fallos propicios y hasta justificados en un clima de crispada espera como el que se establece entre deudos y allegados a medida que pasa el tiempo.

Yo diría, incluso, que este clima de tensión se trasladó a nuestra mesa, que por eso se rompió la copa. Una excitación que, contra lo que suele suceder –ya que esta clase de sesiones dejan más bien agotado y con los nervios flojos–, se transformó ayer en excitación sexual, lo mismo para mí que para Mary Ann, verdaderamente afectada de penis envie.

6 Nov. Un año, una semana, un mes, un día, son traslaciones más o menos exactas, en términos de tiempo, de ciclos de rotación relacionados con el sol, la luna y, por supuesto, la propia tierra. La hora, no. La hora, como veinticuatroava parte del día, constituye un tipo de unidad puramente cronométrica, artificial, arbitraria en la medida en que responde a un número determinado de grados del ciclo diario, con independencia del puesto que tal período de tiempo ocupa en el conjunto del ciclo, de que sea el que hace dieciocho. De ahí que la palabra hora, que en sentido estricto expresa un período de sesenta minutos, sirva también para designar un momento de especial relevancia, un instante que tiene a la vez algo de eternidad. Una hora que, por extensión, asimila el día al que pertenece y hasta el año al que pertenece ese día, para conferirles la categoría de fecha. Así, el seis de noviembre de este año es una fecha que sin duda he de recordar toda mi vida en razón de lo acontecido durante alguno de esos sesenta minutos que van de seis a siete de la tarde.

Me acababa de duchar y debían de ser, en efecto, sobre las seis, la hora de mis olvidadas citas con Aurea, cuando avancé hacia la ventana de la habitación, todavía frotándome con la toalla. Y de pronto la divisé allá enfrente, pegada al cristal de la ventana, mirándome de forma inequívoca; estaba oscureciendo, pero la claridad era todavía más que suficiente para distinguirla con toda nitidez. Con la toalla sobre un hombro y los brazos en jarras, la miré también yo de hito en hito, inmóvil por completo salvo en lo que a mi sexo se refiere, rebullente como la culebra que se desenrolla y

encrespa sobre sus anillos; y esta vez, a diferencia de las anteriores, Aurea no hizo nada por disimular su presencia, el hecho de que seguía mirándome. Pero los días se habían acortado desde entonces, y como no estaba dispuesto a que la proximidad de la noche diera pie a excusas y confusiones, encendí la lámpara de mi mesa. Respuesta inmediata: su ventana se iluminó al instante, casi como si Aurea, con la mano sobre el interruptor, no estuviese esperando otra cosa; su figura se destacaba ahora a contraluz. Decidido como estaba a no perder la iniciativa, a seguir presionando, le indiqué por señas mi intención de llamarla por teléfono. Y acto seguido, como quiera que conocía su dirección pero no su apellido ni su teléfono, tomé el rotulador y escribí la palabra ¿número? en caracteres de grueso trazo, a razón de letra por folio; las ordené en una serie y, utilizando la pantalla de la lámpara a manera de foco, se los fui mostrando de uno en uno, letra tras letra. ¿Número? Ni se me ocurrió pensar que podían verme otros ojos que los de Aurea, que a estas horas, al filo del anochecer, cuando se encienden las luces y se bajan las persianas, algún vecino de enfrente podía estar siguiendo con curiosidad mis movimientos, los manejos de un joven desnudo aparentemente ocupado en exponer unos folios a la luz de un foco. Ni lo pensé ni, de haberlo pensado, hubiera dejado por ello de arrinconar la ocurrencia, como suele hacerse con cuanto es anecdótico ante acontecimientos de mayor entidad, ahora que la luz de su ventana se había apagado por dos veces consecutivas y, tras un intervalo luminoso más largo que el que había mediado entre los dos instantes de oscuridad, la luz se apagó otras cuatro veces y, alternando con nuevos intervalos de mayor duración, siete veces más, y luego tres o cuatro, imposible ya saberlo perdiendo como había perdido la cuenta de aquella sucesión de intervalos largos y breves, de luces y sombras. ¿Morse? No: la función de los largos no parecía ser otra que la de establecer una solución de continuidad entre grupo y grupo de breves, o mejor, entre grupo y grupo de vacíos, de momentos de oscuridad, que era sin duda donde se hallaba la clave. Le indiqué por señas que repitiera, que volviese a empezar, y esta vez fui anotando con el rotulador el número de vacíos que sumaba cada grupo: dos, cuatro, siete, etcétera. Y así hasta siete cifras. Es decir: su número de teléfono.

No sé –cuando tuve ocasión de fijarme no lo hice– si el teléfono de Aurea quedaba junto a la ventana, o si, por el contrario, no era allí donde se hallaba situado y, mientras yo conectaba la grabadora y marcaba su número, ella se fue a esperar mi llamada a dondequiera que se encontrara el aparato; el hecho es que descolgó al momento. Su diga sonó acaso más grave de lo que me esperaba, pero no menos suave, la suavidad del brillo rosáceo de un terciopelo púrpura. Yo le dije, más como afirmación que como pregunta, si no sería mejor que

nos viésemos de cerca. Ella respondió con una risa leve a la vez que profunda, añadiendo que esperaba que no me llevase una decepción. Le pregunté por el piso; sexto tercera, dijo. Y yo: hasta ahora, una despedida probablemente algo seca, sí, pero la falta de efusión era voluntaria, resuelto como estaba a no hacer concesiones, a no alargar, a no permitir que Aurea se me desvaneciera de nuevo entre los visillos de su ventana.

Me vestí a toda prisa. No entendía qué había querido decir con aquello de llevarme una decepción y, por si acaso, tomé una grabadora de bolsillo que el pasado verano compré en Suiza y, al cruzar la calle, sólo sentí no haberme comprado también la microcámara, una maravilla japonesa capaz de sacar fotos hasta en la oscuridad. Estuve tentado de mirar hacia arriba, pero me pareció una muestra de debilidad el hacerlo, aparte de que la imagen de una persona mirando hacia una ventana suele resultar minimizante, en razón del desamparo que sugiere, para quien desde allí la contempla. En el zaguán, el portero me salió al paso preguntándome a dónde iba; yo le dije que al 6.º 3.ª en tono enérgico, casi autoritario, el más indicado para hacerse entender por esta clase de gente. Ésta es la transcripción exacta del diálogo que sostuvimos, sacado de la cinta no sin perder toda la riqueza de matices propia de la palabra hablada, sonándome no más expresiva respecto a la realidad que los subtítulos de una película respecto al desarrollo de la acción: ¿Al 6.° 3.a? Esto creo haber dicho. ¡Pero si allí no hay nadie, joven! ¿Cómo que no hay nadie? Acabo de hablar con Aurea, hemos quedado en que iba a pasar a verla ahora mismo. ¿La señorita Aurea? Eso sí que no puede ser, joven; la señorita Aurea está en Manila desde hace por lo menos dos meses. Le habrá llamado desde allá. ¿Desde Manila? ¡Qué va! La he llamado yo a casa hace unos minutos y ella estaba allí. Y hasta la he visto desde mi ventana. ¿Desde su ventana? Sí, desde mi ventana. Yo vivo enfrente y la he visto desde mi ventana y hemos hablado por teléfono. Te habrás confundido de ventana, chico. Allí arriba no hay nadie. Le digo que no, que no me he confundido: tiene las luces encendidas y la he visto y hemos hablado por teléfono. ¿Las luces encendidas? Esto sí que me extraña. Ya te aseguro yo que allí no hay nadie. Y yo le aseguro que sí; sálgase a la calle y lo verá. No sé, como no sea un descuido. Pero ahora parecía vacilar. Se metió en su antro, habló brevemente con alguien y volvió a salir, con más fastidio que inquietud, empuñando una llave. Subamos, subamos, pero verás como no hay nadie, decía. ¿No comprendes que yo sería el primero en saberlo?

Una vez arriba, ni tocó el timbre; abrió directamente con su llave: el vestíbulo estaba completamente a oscuras. ¿Lo ves?, dijo en tanto se llegaba al armario de los contadores y encendía el interruptor general.

Varias luces configuraron de pronto, desde distintos puntos, el interior del piso. El portero y yo avanzamos hacia la sala de estar, al fondo. La pieza era bastante amplia y el mobiliario confortable aunque algo convencional. La única lámpara encendida quedaba junto a la ventana, avivando el verde intenso de las grandes hojas de una planta tropical. Me llamó la atención un cuadro, un paisaje de atardecer con prados y sombrías masas de árboles, muy en el estilo de la pintura romántica salvo en lo que a la ausencia de figuras se refiere. Ya le dije yo, decía el portero; aquí no viene más que, de vez en cuando, la mujer de la limpieza. Vamos, mi señora. Frente al cuadro, enmarcada por los visillos a medio descorrer, se divisaba mi propia ventana.

De nuevo en casa, quise oír la cinta de la conversación que había sostenido con Aurea por teléfono. Sea que la puesta en marcha había sido defectuosa, sea que se produjo un fallo técnico y la grabación empezó con retraso, el hecho es que, de toda la conversación, quedaban solamente mis últimas palabras: hasta ahora.

7 Nov. Ayer, en el piso de Aurea, la ventana estaba cerrada, tal y como parecía estar momentos antes, vista desde mi cuarto. Hoy, entreabierta, el aire inflaba los visillos corridos; no la he visto, es cierto, ni nadie ha tomado el teléfono, cuyo número he marcado con insistencia. Pero ¿qué sentido tiene negarme que ayer sí la vi, que hablé con ella por teléfono, que no está en Manila sino en Barcelona?

Al atardecer me he sentado ante la ventana abierta, los pies en el alféizar. Una tarde tibia y despejada, muy de otoño, con esa luz que sólo suele darse cuando el viento aclara la atmósfera. Un viento, ya brisa, que amainaba por momentos, según el sol se iba. Si seguía pareciendo que soplaba con fuerza era más bien debido a que las hojas sequizas de los plátanos acentuaban el efecto con su rumoroso sonido, suficiente con creces para amortiguar los ruidos del tráfico, ruidos callejeros como ahogados bajo aquel manto de fronda ora erizada, ora peinada por las ráfagas en fuga. Había puesto algún disco de Mozart o de Haydn, la música que prefiero a estas horas, y de pronto me he sentido no aquí sino en Rosas, ante la ventana de mi cuarto, sí, pero no el de aquí sino el de Rosas, contemplando no el follaje seco y crispado de los plátanos sino las laderas del monte, las rocas que retienen el último sol, rosas en evolución hacia el malva y el morado, el escaso arbolado que se oscurece y aquieta. Siempre he preferido la vista de mi habitación, en la parte de atrás de la casa, lado montaña, a la del living, en la fachada orientada al mar, a la bahía, con sus crepúsculos de tarjeta postal.

¿Qué nexo existe entre el aire y la música? ¿Genera música el aire?

Pues yo diría, cuando menos, que es del aire de donde un Mozart o un Haydn absorben su armonía, de ese soplo que aligera la inmóvil superficie del agua, que revuelve las hojas de los árboles y apaga la llama de los cirios de la casa en duelo, tan sólo la rígida efigie del difunto ajena al súbito entenebrecimiento, al combate de luces y sombras que desencadena el aire que se cuela por la ventana entreabierta, como para mejor contrastar la muerte irrevocable con su presencia viva.

III

DESVANES. Escribir como pensar perfeccionando, como forma de dar agudeza a la idea, de articularla con otras y organizar el conjunto. La palabra escrita no será ni más ni menos cierta que la palabra pensada por el mero hecho de haberse objetivado; lo que sí ganará, en cuanto expresión, es coherencia respecto a sí misma, respecto a lo que con ella se quiere significar y hasta respecto a lo que se significa sin haber tenido la intención de hacerlo, respecto, incluso, a lo que se quería silenciar, a lo que se quería esconder y se revela. Todo escrito tiene un lector potencial y el escritor conoce el riesgo que esto entraña y hace lo que puede, no ya para cubrirse, sino también para encauzar en beneficio propio ese insoslayable margen interpretativo. Un juego cuya sutileza es para mí un estímulo más que añadir a los motivos que justifican –en el supuesto de que deba justificarlo– mi propósito de escribir, de escribir y no sólo de pensar, acerca de unas cuantas cosas; de explicarme a mí mismo esta necesidad de hacerlo y, si no en primer término tampoco en último, la razón de haber elegido para mi retiro, de entre todos los sitios posibles, precisamente Gorgs de la Selva, un lugar que por su proximidad a Vilasacra, por ir inevitablemente asociado a Margarita y a Jaime, al contraste del recuerdo vivo con la ausencia irremediable, suscita, no obstante, un sentimiento de atracción íntimamente unido al de rechazo.

Decir Gorgs de la Selva es para mí, desde que escuché el nombre por primera vez, decir Vilasacra, ya que para los primos el pueblo parecía no ser sino una mera extensión de la finca, el pueblo al que se iba cuando en Vilasacra se decía vamos al pueblo, una de esas formas idiomáticas de ámbito familiar que el invitado más o menos asiduo termina dando por buena al igual que tantas otras peculiaridades locales. Mi decisión de hospedarme en Gorgs, cerca de Vilasacra pero no en Vilasacra, guardaba estrecha relación con el estado de ánimo expresado por Magda al decirme que por el momento le faltaba valor para volver a Vilasacra, esto es, que no pensaba acompañarme. Recordé además la fonda de Gorgs, una casa de pueblo cuidada y acogedora, un tipo de establecimiento muy común en mi época de estudiante que con los años se ha ido viendo sustituido –y no sólo en la costa– por horrendas edificaciones hoteleras. Pero la elección del lugar, por sugestiva que me resultase la imagen de la fonda, poco tenía que ver, como es obvio, con esta clase de consideraciones, y mucho, por el contrario, con su proximidad a Vilasacra, más que nunca vinculada al recuerdo de Margarita. ¿Por qué? Yo diría que por

motivos similares a los que explican la fascinación que sobre los niños suelen ejercer los desvanes, esa mezcla de atracción y temor que experimenta el niño ante los trastos allí amontonados, ante el deterioro de tanto objeto en aquella atmósfera de telarañas y correr de ratas, de polvo, de penumbra, de inmovilidad. La persistencia con que los desvanes, al igual que las bodegas, siguen reapareciendo como escenario de nuestros sueños de adulto, no menos viva en la pesadilla de hoy que en la realidad del niño esa atracción por lo que más aterra. Así, las palabras que vinieron a mi memoria días atrás, mientras me afeitaba, disgustado o acaso algo deprimido, sin saber a ciencia cierta ni por qué estaba así ni por qué venían a mi memoria aquellas palabras: el balancín de la Bunde y el triciclo de Ramón París. Unas palabras que me remitieron de inmediato a mi primera infancia, durante la guerra civil, a mis correrías por aquel pueblo de montaña en el que mi familia, como tantas otras familias barcelonesas, había buscado refugio; nuestras correrías en pandilla y, más concretamente, la incursión exploratoria realizada en el desván de una villa abandonada o desierta. No sé, ni sabría decir si alguna vez lo supe, quiénes eran esa Bunde y ese Ramón París que algún compañero de exploración mencionó al reconocer los objetos, poseído como yo estaba por la certeza de cuál iba a ser la respuesta si yo lo preguntaba, la confirmación inapelable de que se trataba de niños muertos. Ni siquiera estoy seguro de que los nombres sean exactos; Bunde, especialmente, suena a una de esas palabras que se aprenden de niño, fruto de una captación fonética y carente de sentido.

¿Es contagiosa la desgracia? Porque algo de eso se agita, qué duda cabe, por debajo del nivel de la conciencia cuando la gente toma sus distancias respecto a los lugares donde la desgracia parece haberse asentado, respecto a las personas por ella designadas como para integrarse en su séquito. Pero, al margen de las motivaciones profundas, al margen del contenido inconsciente que se halla en el origen de esta clase de actitudes, de lo que en todo ello hay de subjetivo, me parece importante destacar el carácter genérico del fenómeno, la similitud de respuestas que suscita con independencia de la clase social, el nivel cultural y las cualidades del sujeto, a la hora de apartarse de la persona en desgracia, de todo aquel que parece perseguido por la mala suerte. Esa sospecha, no por inconfesada menos atormentadora, de que los tumores se contagian, al igual que las alergias o las hernias discales o las fracturas; esa intuición acerca del carácter epidémico de la muerte por accidente, cuando el coche derrapa y uno se sale de la carretera, todavía con tiempo suficiente para preguntarse si soy realmente yo el que vuela y gira y rebota ingrávido contra estos rosados algodones. Un tipo de inquietud similar al que suscitan las rachas de accidentes aéreos, de inundaciones, de

terremotos, sin que la influencia de las fases de la luna sea explicación suficiente, como en el caso de las mareas, de lo que más bien presenta los síntomas de un proceso infeccioso. Se diría que en ocasiones hasta es posible determinar el momento del contagio: el frío que desde el asiento nos traspasa los fondos de los pantalones durante la visita que hacemos al enfermo que sabemos condenado; aquel peculiar olor pegadizo de la casa en la que transcurrieron sus últimos días y que ni siquiera el ambiente festivo de la Nochebuena fue capaz de disipar por entero; el humo pardo que desde la chimenea del tejado que corresponde al fuego de su habitación se esparce por toda la comarca, afectando a cuantas personas de los alrededores sean propensas a la infección. Las precauciones y medidas de asepsia que suelen tomarse tras la defunción, no sólo respecto a prendas y objetos personales sino también respecto a cartas, recuerdos y hasta fotografías. Y las señales, los avisos: los magnolios de Vilasacra tuvieron una segunda floración en octubre que se prolongó hasta principios de diciembre, semanas antes de la muerte de Jaime. O el pésimo síntoma que supone la muerte de un perro, de un gato, de una tortuga, de un animal doméstico cualquiera, el anuncio de desgracia para la casa en que se produce que representa esta muerte, augurio inequívoco de la aniquilación que aguarda a todos o parte de sus moradores. O el lenguaje de los electrodomésticos, el significado de vaticinio que tienen determinadas averías, interruptores, televisores, la máquina de afeitar, así como las bombillas que se funden, los escapes de agua, las pilas que se acaban de súbito, vaticinios que se convierten en el peor de los augurios cuando se producen, no aislados, sino conjuntamente, por acumulación. La víspera de venirme aquí, sin ir más lejos, el coche no se me puso en marcha y tuve que llamar a un mecánico; al pisar el vestíbulo de Vilasacra se fundió una luz no bien la encendía; durante mi primera noche en la fonda se me estrelló contra el suelo un vaso de agua y, a todas ésas, desde hacía ya días, se me iban soltando diversos botones del pantalón, la camisa y la pelliza, cosas todas ellas que, ahora que han pasado, reconozco que no dejaron de estimular mis naturales tendencias aprensivas.

El caso límite se produce cuando la enfermedad no es una enfermedad cualquiera sino cáncer. Entonces la gente evita llamarlo por su nombre, tiende a sustituirlo por un giro, por una expresión convencional y hasta por su mera omisión, convirtiendo así en signo denotativo la palabra no pronunciada, el vacío abierto en la frase, tal si pronunciar la fatídica palabra equivaliese a invocarla o conjurarla, a correr el riesgo de atraerla hacia uno como el alma del réprobo atrae al gran cangrejo azul o como el cadáver varado en un remanso atrae al cangrejo de río. De ahí la creencia popular que, invirtiendo el orden de los hechos, tomando por causa la consecuencia, hace de la persona

mordida por la enfermedad símbolo vivo de la muerte, como lo es de la condenación eterna el alma en pecado. De ahí también las resonancias de carácter ritual y expiatorio que expande la simple mención de la palabra cáncer, similares por su función a las que son propias del luto, del color negro y el retraimiento social que inhiben la vida cotidiana en el contorno familiar del difunto, verdadero cordón sanitario mediante el cual la comunidad se defiende de toda interferencia exterior, de toda agresión a su normal desenvolvimiento, aislando, segregando, poniendo en cuarentena las áreas contaminadas del cuerpo social, sangrándolo en beneficio de la colectividad igual que se hace sangrar todo corte sucio, susceptible de infectarse o de producir tétanos. Si el color negro no ha llegado a ser impuesto a los familiares del canceroso, si no se ha intentado siquiera hacerles extensiva una normativa semejante a la del luto, es porque, en la sociedad de hoy, es la propia razón de ser del luto lo que está en entredicho en la medida en que, lo que era válido en un medio pueblerino, deja de serlo en un medio urbano donde nadie conoce a nadie y el valor del símbolo, perdidas las peculiaridades que lo individualizaban, se diluye en el anonimato. Si de niño, cuando murió la abuela, en la cerrada sociedad barcelonesa de la posguerra, me tiñeron de negro hasta los calcetines, menos de veinte años más tarde, al morir mi padre, ya no hubo luto. Y ahora, por lo que pude observar en el funeral de Jaime, hasta los curas llevan la casulla de todos los días, no una de aquellas en negro con dorados que se estilaban antes.

Hablar de la gente es hablar de los demás, excluirse de la cerrazón general en compañía, a lo sumo, de nuestro interlocutor, al que otorgamos este beneficio. Por eso no sería justo que me refiriese a la actitud de la gente hacia Jaime en los últimos tiempos sin incluirme explícitamente en tal categoría genérica, ya que mi actitud se diferenciaba poco de la que mantenían los otros acaso porque es la única posible de mantener ante un hombre que se encuentra en su situación, evitar contradecirle, seguirle la corriente en todo, imprimir a nuestro trato para con él cierta forzada animación y el aliento y estímulo que requieren las circunstancias, esto es, las deferencias usuales –no muy distintas de las que se gana el pavo reservado con mimo para la celebración navideña– a las que se hace acreedora toda persona que ha sido desahuciada por los médicos. Ni que decir tiene que Jaime, sumido en la irrealidad del proceso que se inicia con el ingreso en la clínica, preocupado únicamente por la mecánica de su nueva condición, era la persona menos indicada para advertir cambio alguno en el comportamiento de la gente, para reparar siquiera en detalles tan irrelevantes como pueden serlo las atenciones de que era objeto, el trato afable y solícito que se le dispensaba, todo el mundo ofreciéndose para lo que fuera, poniéndose a su entera disposición,

obviamente al cabo de la calle en lo que a la gravedad del diagnóstico se refiere, por mucho que la operación en sí hubiera sido un éxito y que su mujer, Magda o Margarita hubieran acordado guardar en secreto el margen de vida que el resultado de la biopsia le concedía. Durante el postoperatorio, eso sí, su mirada, intensa, como sobrecogida, tenía algo de acechante, la mirada del que quiere verse en nuestros ojos, saber qué aspecto tiene, qué suerte le aguarda. Claro que, de haber algo de tranquilizador en la vida de la clínica, el propio equipo médico se hubiera encargado de disiparlo con sus visitas, cuando en el curso de su recorrido matutino se les oía llegar de habitación en habitación, cada vez más próximos, intercambiando bromas, riendo brutalmente, para acabar irrumpiendo en tromba, embarullados de puro expeditivos, de modo similar a policías que caen de golpe sobre el detenido que lleva ya horas aguardando ser interrogado. Y, también como policías dispuestos a poner las cosas en claro, cuando, acabada la campechanía de rutina, de nuevo en el corredor, cambiando bruscamente de tono, se dirigían a la familia con la crudeza inflexible propia de una situación sin remedio, no menor su manifiesta indiferencia hacia el efecto de sus palabras que la de un crupier que canta un número en lugar de otro, el negro en lugar del rojo. Aparte de que hay crupieres que, canten el número que canten, la gozan pensando en los que han apostado por cualquier otro, dijo Margarita dando ostensiblemente la espalda al grupo. Una salida muy de Margarita –más justificada respecto al hecho en sí que respecto a la interpretación un tanto libre de las motivaciones– que el cirujano no dejó de captar, las entendiera o no, ni de acusar el impacto en su presurosa retirada, confuso, desarbolado.

Lo cierto, en cualquier caso, es que a Jaime le bastó verse fuera de la clínica para recuperar totalmente la confianza, para aceptar cuantas explicaciones se le daban acerca de las peculiaridades de la convalecencia, para hacer proyectos: irse a reestablecer a Vilasacra, aprender ruso, estudiar historia del arte, proyectos que no podían sino contar con el beneplácito de la familia, dado el alivio que siempre supone distanciarse de una persona que tiene los días contados, no ya por las interferencias que se evitan en la normal actividad de la casa, sino asimismo, y sobre todo, por el carácter depresivo de tal convivencia. Ni Ana, la mujer, ni Vera y Sergio, o similares nombres de resonancia eslava, tan del gusto de los jóvenes matrimonios progresistas de hace unos años, hubieran influido, por otra parte, si no es negativamente, complicando las cosas, en los avatares de su presunta recuperación, fases de mejoría en alternancia con fases estacionarias, dentro de un general empeoramiento, poco menos que imperceptible por lo paulatino, molestias que se hacen crónicas casi sin darse uno cuenta, disminución de funciones que termina en

atrofia, altibajos de una lucha que, para Jaime, se iba convirtiendo en objetivo absorbente y prioritario, quedando relegada a un anodino segundo término la curación propiamente dicha. En mis visitas a Vilasacra, siempre en fin de semana –hasta la mujer y los hijos le visitaban casi exclusivamente los fines de semana, como si temieran convivir con él a solas–, uno de sus temas de conversación predilecto era, justamente, el de las pequeñas rectificaciones que había introducido en el tratamiento, pequeñas modificaciones de beneficiosos efectos en las que, incomprensiblemente, nadie había caído todavía, detalles no por pequeños carentes de importancia, el mérito de cuyo descubrimiento le correspondía por entero a él. Cuestiones que, una vez restablecido, quizá valdría la pena seguir investigando, ya que las conocía por experiencia propia.

El aislamiento de Jaime, su incomunicación respecto al mundo circundante, fue aumentando de día en día. Y no como en el pasado, debido a sus fantasías y propensiones mitómanas, cuya formulación, a partir de cierto grado, resulta tan fatigosa y hasta exasperante de aceptar, de escucharla simulando interés y admiración, como de rechazar, obligándole a corregir palabra por palabra cada una de sus aserciones, a ceñir su enunciado cuando menos al ámbito de lo verosímil, alternativa a la que invariablemente se acababa renunciando en razón de la obvia inutilidad del esfuerzo. No, muy al contrario: si la dificultad de comunicación se agudizó, la causa habría que buscarla más bien en la desaparición de esas fantasías –no exentas de amenidad en ocasiones– de su conversación habitual, como extirpadas, se diría, a raíz de la intervención quirúrgica, bien de forma directa, mediante el bisturí, bien como resultado de una transformación de la personalidad similar a las ya experimentadas en otras épocas de su vida, la última de ellas al entrar en contacto con el partido comunista. El problema, ahora, no era ya el de escuchar con paciencia, sino el de hacerlo activamente, el de compartir su entusiasmo por cosas que sólo a él le interesaban, en todo como ese tendero catalán que un buen día decide conocer París: su gozo de sentirse al fin ahí, de comprobar personalmente la tradicional afinidad que hermana París a Barcelona, el esmero que pone en contárselo a quien quiera oírle –el solitario vecino del bistrot, los silenciosos amos del restorán, el malhumorado taxista que le lleva al hotel, el antipático gerente de ese hotel–, sin arredrarse ni dejarse comer la moral por la indiferencia, cuando no repulsión, con que es escuchado mientras cuenta que procede de un pequeño país, Cataluña, unido a Francia –unido, sí, no separado sino unido– por los Pirineos, un pequeño país con grandes ciudades como Barcelona y parajes de belleza incomparable como la Costa Brava, sí, la Costa Brava está en Cataluña, y Montserrat, ¿no ha oído hablar de Montserrat?, ¡ah, pues

vale la pena!, un pequeño país, en fin, que siempre ha sentido una gran admiración por Francia, que se ha sentido siempre más vinculado a Francia que a España, que casi viene a ser, como si dijéramos, una especie de pequeña Francia, sí, ¿oi que me entiende? –guiño y risita–, un pequeño país europeo cien por cien, lo que se dice un pequeño gran país; y así, como ese catalán en París, así Jaime, no menos patético en sus tentativas de apasionar, de hacer partícipes a los demás de sus entusiasmos y preocupaciones. A decir verdad, me fue más fácil soportar al tendero catalán cuando finalmente descubrió que también yo era de Barcelona y me pilló por su cuenta; con él, al menos podía reírme por dentro, cosa que en modo alguno sucedía con Jaime, cada vez que, sea solo, sea en compañía de sus hermanas, de algún amigo común y hasta de su mujer –ahora no parecía importarle que ella escuchara–, hablaba de los estudios que pensaba desarrollar no bien se hubiera establecido en la Unión Soviética, como era su propósito desde que supo que en Ukrania, a orillas del Mar Negro, había una clínica especializada en el tipo de tratamiento que precisaba para su curación. El Mar Negro: paisaje y clima, escasa salobridad de sus aguas debido a los grandes caudales que en él vierte el Danubio, hecho que facilita el que sus orillas estén pobladas, no ya de pinos, sino también de enormes robles, fresnos y abedules, casi como si de un lago se tratase. Personalidad del ukraniano. Vida cotidiana del campesino soviético. La sociedad socialista. El progreso sin límites de la ciencia en el sistema socialista, libre de las trabas y contradicciones del capitalismo. Consideraciones a partir de las cuales, se veía venir, Jaime iba a volver una vez más a su tema favorito: el grave daño que el idealismo ha inflingido a la humanidad, la de supersticiones y oscurantismo que la humanidad se hubiese ahorrado gracias a una concepción materialista del mundo. Algo perfectamente plasmado por Cervantes en el Quijote, donde éste, que empieza simbolizando el idealismo, termina simbolizando el materialismo, a la inversa que Sancho, trocados dialécticamente los papeles de uno y otro. Esto es precisamente lo que no le acepto a Luckács, dijo con placidez. El antagonismo fundamental no es el que pueda establecerse entre irracionalismo y racionalismo, sino el que existe entre idealismo y materialismo.

Como suele suceder, la lucha de Jaime contra el Cangrejo alcanzó su apogeo escasas semanas antes del desenlace, precediendo a éste como un radiante heraldo, cuando Jaime tomó la decisión de celebrar la Nochebuena con una gran fiesta mundana en Vilasacra, a la que fueron invitados todos sus amigos, convocados, se diría, para dar testimonio del desdén con que su anfitrión hacía frente a la adversidad. Rosa y yo aceptamos, constreñidos a ello, al igual que todos, por esa sensación de luto anticipado que termina por imponerse

en estos casos. No así Magda ni Margarita, hermanadas por el dolor además de por su común infancia; lo siento muchísimo, comentó Margarita no bien se enteró del proyecto, pero si hay algo que no me siento con fuerzas para resistir es una especie de última cena. Tajantes ambas al respecto, Magda se organizó un viaje a Egipto con Irene por esas fechas, y Margarita, tras colaborar activamente en los preparativos de la fiesta, telefoneó a última hora desde Barcelona, cuando en Vilasacra empezaban ya a llegar invitados, diciendo, desolada, que estaba borrachita y bien, pero que se la pegaría si tomaba el coche, que no estaba en condiciones de conducir, que se la pegaría si lo intentaba, si lo intento, Jaime, seguro que no llego; muy propio de cada una su particular manera de encontrar una excusa que no fuese un desaire, acorde en cada caso con su personal actitud ante la vida –más retraída en Magda, con ese fuerte impulso inicial que no obstante falla en el momento decisivo en Margarita–, así como con el límite de sus respuestas emocionales, fácilmente rebasable en ambas.

Su deserción fue un acto de lucidez, ya que el ambiente de la fiesta se ajustó exactamente a lo que era de temer, a lo que ya parecía presagiar aquel jardín hostil y depresivo de cuando llegamos a Vilasacra, las ramas desnudas de los tilos, los tejos oscuros y sobrecogidos como gallinas bajo la lluvia. Lo peor no era la falsa alegría, la reprimida angustia que inhibía el comportamiento de los presentes; lo peor era el propio Jaime, la imagen que ofrecía contemplándonos a todos desde la presidencia de la gran mesa, sentado como un comensal más, pese a que hacía ya tiempo que no toleraba ninguna clase de alimento sólido: su obstinada actitud de anfitrión que está al tanto de todo, entre inquisitivo y estupefacto, como ensordecido, sonriendo de modo casi permanente a fin de disimular sus ausencias, su dificultad de concentración, los fallos de su memoria, los lapsus, las confusiones. Y el mensaje que a modo de brindis –simbólico por su parte– se creyó en la obligación de dirigir a los convidados cuando fue servido el champán, una especie de disertación de contenido políticofilosófico sobre una cuestión –hoy tan de moda, dijo– como es la cuestión de los derechos humanos en un contexto revolucionario, cuestión que yo prefiero llamar dialéctica de la libertad. Los derechos humanos como tesis. La revolución como obligada antítesis, y ello tanto más cuanto mayor sea la resistencia impuesta por el imperialismo. La Nueva Sociedad –a la que, no nos engañemos, podemos tardar años y años en llegar, decenios, siglos– es, en consecuencia, la síntesis. De ahí el carácter inevitable de la dictadura del proletariado aún hoy, por severa y hasta violenta que sea, como exigencia histórica que es a la vez que científica, dato éste que la distingue de toda violencia no revolucionaria. Al terminar de hablar parecía emocionado, o al menos los ojos le brillaban y tenía la

voz ronca. Alguien había sacado fotos de revelado instantáneo y se las mostraron: Jaime presidiendo la mesa, Jaime de pie, dirigiendo su mensaje a los comensales, Jaime contemplando las fotos que le mostraban, la paulatina aparición de la imagen, el aflorar de su rostro, algo contraída la expresión, como deslumbrado por el flash.

Después de la cena, en el salón, charlamos un rato, o mejor, le escuché un rato. Parecía feliz, o acaso divertido, aunque el que además se le notase le costaba un esfuerzo suplementario que también se le notaba. Sus planes de convalecencia en Ukrania una vez más. Su evocación de nuestra lejana época de militancia política y actividades clandestinas. Y lo que fue aún más embarazoso: su sincera admiración por mis éxitos profesionales, algo acerca de lo cual todavía me resultaba más difícil hablar, más, desde luego, que de política, y también más inútil. ¿Cómo explicarle que la arquitectura había dejado de interesarme, que cuanto con ella se relacionase me cansaba casi tanto como explicar los motivos de que así sucediera, como hablar de ello? O como hablar a secas, como hablar con la gente de las cosas sobre las que la gente tiene por costumbre hablar.

Mi amistad con Jaime fue siempre de carácter superficial. Posiblemente, de no ser hermano de Margarita y Magda ni tan siquiera hubiéramos pasado de simples conocidos. El que además fuésemos primos no añadía ni quitaba nada; también mi madre y su padre fueron primos y en grado más próximo que nosotros, primos hermanos, y tengo entendido que apenas si se veían, con todo y haber veraneado ambos en Vilasacra cuando eran jóvenes. Pero así como para el niño que revuelve un desván el hallazgo más vulgar, más impensado –un triciclo–, puede ser también el más aterrador, el que más profundamente queda grabado en su memoria, así, de modo semejante, con la muerte de determinadas personas, cuya desaparición, por motivos ajenos a lo que esa persona fue, nos afecta mucho más de lo previsto. Y es que así como en el caso del triciclo el elemento aterrador se fundamenta, no en lo que es el juguete, sino en el lugar en que se halla, en el desván, así, en lo que a un fallecimiento concierne, lo que nos impresiona no es el muerto, lo que nos impresiona es la muerte.

Un sobresalto similar al de aquella mañana, años atrás, en la que, como se dice vulgarmente, no sabía dónde tenía la cabeza, entre bajo de tono y presa de inquietud, un estado como de estupor y desconcierto que sólo empezó a despejarse cuando, como el reflejo de la luz de un bote en las negras aguas de una bahía, vislumbré una instantánea del sueño que había tenido aquella mañana. El secreter de mi padre se encontraba en el jardín de casa, entre unos laureles, un elegante mueble estilo chipendale cuya puerta abatible, que se convertía en un tablero de escritorio, se abría con un chirrido

inconfundible, pensado sin duda a modo de discreta alarma por si alguien pretendía abrirlo subrepticiamente. Entonces estaba cerrado y, al abrirlo, era como si ya supiera lo que iba a encontrar dentro: un pequeño montón de anaranjados huesos humanos.

CAPTACIÓN DEL MENSAJE. De Gorgs de la Selva a Vilasacra habrá unos tres o cuatro kilómetros, de modo que, hospedándome en la fonda del pueblo, Vilasacra me quedaba a cinco minutos de coche; Magda había insistido en ofrecerme la casa, pero yo le hice ver que esta solución me daba mayor independencia. Y es que, prescindiendo incluso de otras razones, entre un hotel y la casa de un amigo elijo siempre el hotel, la claridad de trato entre personal del hotel y huésped, el derecho del huésped a ser huraño, a seguir el horario que le plazca, a no dar explicaciones a nadie, a no perder el tiempo charlando, libertades que la corrección más elemental me hubiera impedido tomarme con el matrimonio que tiene a su cuidado la finca. Aparte de que una cosa era llegarme a Vilasacra aunque fuese cada tarde y otra vivir allí, rodeado de recuerdos susceptibles de condicionar en exceso la autonomía de mis actividades.

Si el motivo de mi presencia en Vilasacra estaba claro, no podía decirse lo mismo del objetivo. Magda parecía segura de que acabaríamos por encontrar algo, pero ni ella, ni mucho menos yo, teníamos la más mínima idea acerca de la naturaleza del hallazgo. Sobre su localización, en cambio, había menos dudas, directa o indirectamente relacionada como tenía que estar con la que fue habitación de Margarita. ¿No se lo había dicho así, implícitamente, la propia Margarita cuando respondió a sus llamadas en el curso de aquella sesión a la que fue convocada por Irene y Magda mediante una copa de cristal encerrada en un círculo de letras? ¿Y el nítido sí que dibujó la copa al enlazar la s y la i cuando preguntaron si había alguien? ¿Y la firmeza con que se fue hilvanando la palabra Margarita, la copa casi escapando al contacto de sus dedos, cuando preguntaron el nombre de ese alguien, sea por el esfuerzo de mantener el contacto, sea por la emoción con que seguían la filigrana del recorrido cuya significación adivinaron desde las primeras letras? ¿Y aquel: que busque Ricardo, deletreado con calma, casi con fatiga o indiferencia, antes de que el mensaje se perdiera en un errático trabalenguas similar a esa musiquilla que uno tararea por dentro mientras va pensando en otra cosa, encargo menos conminativo, se diría, que malhumorado, con que respondió cuando le preguntaron qué quieres, antes de esfumarse sin dejar rastro como una más de tantas estrellas que caen durante las primeras noches de agosto, dejando a Irene y a

Magda no menos frustradas que ese sufrido oyente de las noticias en castellano de Radio París relativas a la salud de Franco bajo el castigo de la acción combinada de los adversos factores atmosféricos y los ruidos de las interferencias, inútil, ya totalmente inútil que preguntaran una y otra vez qué ha de buscar Ricardo, dónde ha de buscarlo, interrogantes que a partir de entonces Magda sólo dejó de replantearse tras dar con la solución, la única solución posible? Pues ¿cómo no relacionar una incógnita con otra, esta ausencia de respuesta con el posible significado de aquella fotografía encontrada en el bolso de Margarita cuando el coche fue sacado del río, detalles que, si momentáneamente marginados por las imperiosas exigencias de la muerte, en modo alguno fueron relegados al olvido? La foto iba metida en un sobre de correo aéreo, sin más señas que el nombre del presunto destinatario, un nombre apenas legible, así emborronado por el agua, pero que bien pudiera ser, en efecto –para Magda estaba clarísimo–, Ricardo, es decir, yo. En cuanto a la foto, en perfecto estado de conservación, el problema no residía en la identificación de la imagen representada –una vista de la habitación de Margarita en Vilasacra tomada desde el pasillo, con la ventana al fondo– cuanto en el significado de esa imagen, en el valor que tenía para Margarita en un contexto determinado. En otras palabras: poco antes de su muerte, acaso cuestión de horas, Margarita había metido aquella foto en un sobre dirigido a mí con la obvia idea de acompañarla bien de una carta –una carta que no llegó a escribir, o que, de haberla escrito, se había extraviado–, bien de una explicación verbal, a fin de pedirme o ponerme al corriente de algo, lo que fuera, relacionado con su habitación de Vilasacra. Esa explicación, oral o escrita, que la foto ilustraba o de la que la foto era tal vez la clave, no me había llegado tal y como estaba previsto, y sólo a partir de ciertas consideraciones, como si la voluntad de Margarita persistiera por encima de su propia vida como el humo persiste sobre el fuego ya apagado, como si esa voluntad, en su resistencia a esfumarse definitivamente, en un último intento de llamar la atención sobre el contenido del mensaje que me había dirigido, hubiera recurrido al lenguaje de la copa de cristal guiando sus movimientos de una letra a otra, como llevada de un impulso autónomo, ya sin otro objetivo que el de dar cumplimiento a un deseo que los acontecimientos habían convertido poco menos que en su última voluntad, sí, sólo a partir de tales consideraciones había que entender la respuesta recibida a las invocaciones de Irene y Magda. Sé de sobras que ella no estaba allí cuando hicimos correr la copa, dijo Magda. ¿Qué más quisiera yo que hablar con ella, esté donde esté, como ahora hablo contigo, tener la certeza de que esto es posible? Pero algo que la preocupaba cuando murió flotaba en el ambiente la otra noche, esto sí que puedo asegurártelo, Ricardo, lo

creas o no lo creas. De ahí lo importante que para ella era, aunque no fuera más que por su propia tranquilidad, que yo me llegase a Vilasacra, precisamente yo, y registrase hasta el último rincón, o mejor, interpretase desde todos los puntos de vista, cuanto pudiera relacionarse con la habitación de Margarita.

Al llamarme por teléfono, Magda únicamente había adelantado que se trataba de algo importante, y yo no hice preguntas; quedamos en que pasaría a verlas hacia última hora de la tarde. El living se hallaba casi en la penumbra, iluminado más por el resplandor de la chimenea que por las luces indirectas de los rincones; Magda, no obstante, llevaba puestas las mismas gafas de sol que cuando el accidente de Margarita, las llamas del hogar brillándole en los cristales como luces de cirio. Mientras Magda hablaba, Irene, sentada a sus pies, sobre la piel de oso, removía el fuego en silencio, con ese algo como de loba o galgo que es frecuente en determinadas lesbianas, sólidos los pómulos, hundidas las mejillas, delgadas las líneas del rostro, uniforme el color de la tez y el del cabello. En un momento dado, Magda se quitó las gafas, y entonces pude apreciar que su cara no había mejorado en nada respecto al momento en que tuvo que identificar el cadáver de Margarita, sin la firmeza de ánimo que sin duda se impuso en aquellos momentos, con mayor angustia insomne, como si el papel que le había tocado jugar en todo aquello, sus premoniciones, sus facultades adivinatorias, la facilidad con que se convertía en medio transmisor de lo desconocido, la hubiese llevado al límite de su resistencia. Pues, en definitiva, cuando el accidente de Margarita, también había sido ella la primera en llamarme, en dar la alarma. Y si ya entonces se temía que le hubiera pasado algo, era debido, no tanto a la falta de noticias, que sin duda empezaba a ser preocupante, cuanto al sueño agitado, o mejor, al estado de duermevela en que había pasado la noche. Pero, tratándose de Margarita, no haber telefoneado a Magda como había dicho que haría, haberse olvidado de hacerlo, no haber llegado la víspera a su casa de Rosas como tenía previsto, haber dormido en cualquier otro sitio, eran variantes de conducta que entraban del todo en lo previsible, susceptibles de causar inquietud únicamente en la medida en que persistieran, en que todo siguiera igual horas más tarde, un plazo que, si excesivo para que en caso de accidente de tráfico no se supiera lo sucedido, sería asimismo excesivo para que no hubiera sucedido nada. Por eso sólo empecé a considerar la posibilidad de que le hubiera pasado algo cuando Magda volvió a llamarme hacia el mediodía, tras haber hablado con Vilasacra, donde le confirmaron que Margarita había salido de allí después de cenar, con la idea de dormir en Rosas; esa partida sin llegada, esas veinte horas largas transcurridas desde el comienzo de un recorrido que no daba para más de dos, esa ausencia de noticias, empezaron entonces a

incidir sobre un factor instintivamente rechazado hasta aquel momento, como suele rechazarse cuanto, sea por absurdo, sea por horrible, nos resistimos a relacionar con personalidades como la de Margarita, y ello más en función de esa personalidad tan viva que de dato objetivo alguno: las grandes lluvias y consecuentes inundaciones de la víspera, 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de la Merced, conforme una vez más con la tradición que hace estas fechas pródigas en agua, tal si de un culto a una antigua diosa de la fertilidad se tratase. La noche del 24 al 25, la noche que Magda se pasó en blanco, había sido muy lluviosa, sí, pero cuando salí hacia Gorgs de la Selva acompañado de Magda, dispuesto a seguir el mismo recorrido que Margarita tenía que haber realizado veinticuatro horas antes, dominado aún por esa resistencia a conectar lo que está vivo con lo que no lo está, pensaba en un patinazo del coche, en un despiste, que si en un principio imaginaba sin mayores consecuencias, según nos aproximábamos a Gorgs se me figuraba más y más grave, una curva, un barranco, Margarita herida y aprisionada en el interior, mientras la lluvia que sigue cayendo borra las huellas del accidente. En Gorgs habían visto pasar su coche a eso de las diez, bajo un fuerte aguacero, en dirección a la carretera general, y bastó que alguien comentara que la riera se había llevado más de un coche aparcado en las proximidades del cauce, para que decidiese dirigirme directamente a la oficina de tráfico más próxima. La joven que nos atendió parecía poco versada en esta clase de trámites, o acaso, simplemente, en cuestión de marcas y modelos de automóviles; revisaba informes, decía que sí, que el río había arrastrado varios coches de parecidas características, anotaba los datos del de Margarita, intercambiaba consultas por teléfono, pero de pronto, aprovechando el silencio ensimismado de Magda, me pasó una hoja de bloc en la que acababa de escribir una palabra: muerta. En el Tordera, cerca de la desembocadura; habían sacado el coche aquella tarde, al bajar las aguas. La identificación del cuerpo de Margarita no se efectuó hasta la mañana, tras una noche de insomnio –esta vez general– pasada en un parador de carretera al que no habían tardado en llegar Irene y Rosa, una noche ni mejor ni peor, en definitiva, que la siguiente, cuando, de nuevo en Barcelona, Rosa y yo nos fuimos a casa y Magda se fue con Irene a la suya igual que cualquier otra noche, como si Margarita no hubiera muerto y nosotros no nos hubiéramos pasado el día realizando trámites relativos a su cadáver, el juez, el forense, el secretario del ayuntamiento, la empresa de pompas fúnebres, atendiendo cada problema con esa aplicación algo obcecada de que hacen gala los participantes de un concurso televisivo según se van enfrentando a las imprevisibles pruebas a las que se ven sometidos. Nada más entrar en casa, Rosa se puso a sollozar en mi hombro, a decir que Margarita era

la única persona que hubiera podido comprenderla, mayor su desaliento que por la mañana, sin el sobrecogimiento de entonces, en el depósito, cuando abrieron la capilla del cementerio y nos encontramos a Margarita tendida sobre el mármol, el cuerpo en una posición a la vez airosa y forzada, similar a lo que sería la escultura de una danzarina tendida boca arriba, los ojos abiertos y sorprendida la expresión, como si contemplara el coloreado haz de rayos solares que, a partir del rosetón, traspasaba diagonalmente la penumbra interior, por encima de nuestras cabezas; fue en ese momento cuando Magda se quitó las gafas oscuras, réplica trágica del de Margarita su rostro enmarcado entre dos mechas de pelo negro. El principal problema que hubo que solventar se planteó a propósito de la modalidad del entierro, que Magda quería civil, consecuente con la repugnancia que Margarita sentía por el ceremonial religioso previsto para estos casos, lo que ella llamaba ritos necrofílicos, expresión que no se cansó de repetir por lo bajo con motivo de la muerte de Jaime. Pero el secretario del ayuntamiento, que al parecer se había hecho a la idea de vender uno de los nichos recientemente costeados por el municipio y de los que tal vez él era el constructor, se resistía a perder la ocasión, y no se dio por vencido hasta haber agotado todos sus argumentos, que si no había que hacer cuestiones de principio, que si había que ir a lo práctico, a simplificar las cosas, que si el cura igual venía con historias, y ya sabrá usted aquello de que con la iglesia nos tapamos, aparte de que el sepulturero difícilmente iba a tener tiempo de desbrozar el rincón destinado a cementerio civil, a extramuros del recinto sagrado, etcétera, fija y despiadada su mirada de vendedor empeñado en vender algo, inexorable en su designio como un oligofrénico de propensiones homosexuales en su sueño de sodomizar al urbano que cada mañana puede ver desde su balcón, dirigiendo el tráfico. En el juzgado, por el contrario, no pusieron obstáculo alguno a la entrega inmediata de cuantos efectos personales fueron encontrados en el interior del coche, el bolso con la foto a mí dirigida, entre otros.

Me imagino que Magda tenía la convicción, no ya de haber cumplido con su deber, sino de que Margarita le agradecía desde alguna parte el haberlo hecho. Pues lo cierto es que Magda había conseguido despojar el entierro de Margarita de cuantos rasgos necrofílicos, al decir de la propia Margarita, la habían llevado al borde de la histeria en el curso del entierro de Jaime. No fue éste, sin embargo, el único elemento diferencial entre una y otra ceremonia, difícilmente más disímiles, con todo y haberse celebrado en memoria de dos hermanos y en un intervalo tan breve, apenas los nueve meses que tarda en venir al mundo una criatura. Aunque nada hubiera dicho al respecto, también en el caso de Jaime era de suponer que un hombre como él, no sólo comunista convencido sino específicamente

ateo, hubiera preferido un sencillo acto de carácter laico a las solemnes exequias con funeral de corpore insepulto organizadas inesperadamente por Ana, la mujer –también ella había pertenecido al partido en sus años universitarios–, con el apoyo de su propia familia y en contra de la escandalizada opinión de Margarita y Magda. Nada más alejado que aquella multitud de parientes y afines de todo grado entre los que se perdían los amigos personales de Jaime, que aquella movilización de personalidades y gente importante relacionada con la familia, que aquel cortejo de automóviles que siguió el traslado del cadáver desde Vilasacra hasta la iglesia del pueblo y, desde allí, tras el oficio cantado, hasta el panteón familiar en el cementerio de Gorgs de la Selva, donde se despidió el duelo, nada más alejado de todo aquello, en efecto, que el sepelio poco menos que clandestino de Margarita en el cementerio civil de un pueblo cualquiera, el que correspondía al término municipal hasta el que fue arrastrado su coche, un sepelio con previa autopsia en lugar de misa, en una fosa abierta al pie de un muro plagado de caracoles, sin más asistencia que la de un reducido grupo de amigos y hasta de algún que otro antiguo amante, caras para mí desconocidas en más de un caso, desconocidas o difíciles de reconocer a causa de la luz menguante. Al acabar, hubo unos abrazos y unos apretones de mano entre los cipreses, y enseguida empezaron a sonar puertas de coche y a encenderse faros, y al salir arrancando, con tanta maniobra entrecruzada, se levantó una gran polvareda.

Así como la huella de un neumático en el barro se superpone a una huella anterior y la suplanta, así la desaparición de Margarita se superpuso a la de Jaime, y cuando Magda me pidió que desentrañara el significado de la foto, Vilasacra estaba ya vinculada por entero al recuerdo de Margarita, y relegada a un segundo término progresivamente difuso su condición de escenario final de Jaime. Pues, inversamente que con el barro, de igual modo que en los interiores de una casa como la de Vilasacra la humedad de las paredes hace saltar la pintura más reciente y siempre acaban por reaparecer aquí y allá manchas de la originaria, clapas de los estucos y óleos que se le aplicaron cuando fue construida, insertos ya en la construcción por debajo de los pasajeros vaivenes de la moda que se suceden con las generaciones, así, de manera similar, los recuerdos de Vilasacra que terminaron por imponerse eran también los más lejanos, anteriores incluso, se diría, a la época en que Margarita y yo la convertimos en sede central de nuestras conflictivas relaciones amorosas, de nuestras discusiones, de nuestros proyectos, de la nueva aventura que para nosotros significaba entonces cada nuevo día. Recuerdos que generaban nuevos recuerdos, o mejor, impresiones fugaces, imprecisas, difíciles de aislar todas ellas, como si, más que

sugerir, velaran, y como si, a semejanza de ese limonero injertado que a la primera helada dará paso al pie primitivo, el naranjo que sirvió de base al injerto, vigorosos brotes de amargo fruto, su verdadera naturaleza fuese otra, algo que perviviera por debajo, que estuviera en la raíz y no en las ramas, a semejanza de ese pie cuya parte aérea fue injertada, o a semejanza de esas formas inciertas que aparecen en el primer plano de una fotografía panorámica, difíciles de reconocer en razón de su misma proximidad al objetivo. Como esa nube parda que se alarga oblonga sobre una cadena de montañas, quedando entre ambas una luminosa franja de cielo de poniente, de sesgados haces de sol que, tal dedos de luz, otorgan profundidad a cuantos relieves tocan, o como esas siluetas de árbol que, destacados al filo del horizonte, proyectan su opacidad contra el crepúsculo, formando en los cielos grandes aspas radiales a partir del centro irradiante ya oculto, como esos fenómenos, uno y otro no muy distintos de la claridad que desciende sobre el elegido o de la aureola que expande la santidad en las representaciones pictóricas medievales, toque de gracia divina que se extiende sobre el mundo en el primer caso, halo sagrado en el segundo, así, como esos efectos de luz que se dan en el paisaje no menos que en la pintura, por motivos similares a los que han hecho de Montserrat un monte sagrado desde siempre, con independencia de la clase de culto al que se halle dedicado, así, en la foto encontrada en el bolso de Margarita con el interior de su habitación de Vilasacra como tema, pensé, lo sigo pensando, que bien pudiera encontrarse, al margen de las premoniciones y prácticas adivinatorias de Magda, algún elemento significativo digno de ser explorado. Una habitación sencilla, no más propia de una mujer que de un hombre, que en la familia se consideraba algo triste por estar orientada al norte, sobre la espesura del jardín, sin la amplia vista del campo circundante que tienen las habitaciones de fachada.

IV

EL EFECTO SIRENA. Hasta que conocí a Margarita, Vilasacra era para mí poco más de un nombre, la finca en que mi madre había pasado los veranos de su infancia, el equivalente para ella de lo que para mí representaba y representa Santa Cecilia. Por otra parte, la relación con los primos de línea materna había sido prácticamente nula, ya que, en casa, sus padres eran tenidos por verdaderos indeseables, los unos por rojos y los otros por estar arruinados, aunque estos motivos tardé en conocerlos, hallándose como se halla al margen de cualquier apelación, para un niño, el concepto de indeseable. Jaime, Margarita y Magda pertenecían a la rama roja, o mejor, del rojo, su padre, un hombre que había muerto en el exilio, en caso, a todas luces, del que era mejor no hablar. Por eso pienso que lo más seguro es que alguna vez nos hubiéramos visto de niños, en el curso de una de esas visitas de cumplido que se hacen a familiares lejanos al objeto de que las nuevas generaciones no pierdan contacto; a fin de cuentas, los pecados del padre habían recibido su castigo, y el oprobio que pesaba sobre los hijos, que gozaban de una excelente situación económica, era sin duda menor que el del resto de la familia, los arruinados, el trato con los cuales quedaba excluido.

Por supuesto que ni recordaba sus nombres, pero, aun recordándolos, lo último que se me hubiera ocurrido pensar cuando conocí a Margarita en París era que podíamos ser primos. Me fue presentada como Margarita a secas por un compañero de estudios y de partido que tuvo que exiliarse a raíz de una caída; no sé cuál sería la intensidad de sus relaciones, me imagino que superficial, dada la naturalidad con que Margarita se vino conmigo aquella misma noche. Entonces sólo sabía que se llamaba Margarita, que era de Barcelona, que estudiaba Bellas Artes y que no entendía –ni ganas– de política; nuestro parentesco no lo descubrimos hasta al cabo de unos días y fue gracias a mi apellido, que a ella no podía dejar de chocarle si se tiene en cuenta que, al menos a nivel social de nuestras respectivas familias, Echave no es precisamente un apellido que abunde en Barcelona. En aquella época ya salía con Rosa, y aunque nos habíamos concedido mutuamente esa especie de interdependencia que suelen acordar las parejas, lo cierto es que nunca estuvimos tan cerca del rompimiento, pues cuando Margarita se cansó de París nuestra relación continuó en Barcelona, paralelamente a mi relación con Rosa. A Magda la conocí a través de la propia Margarita, que se había impuesto la obligación de iniciar en la vida a una chica que se mostraba demasiado tímida para

hacerlo por sí sola.

Aunque ahora parezca raro, hubo una época en la que la actividad política jugó un papel relevante en mis relaciones con Margarita y con Rosa, así como en la relación establecida entre ambas. Quien tomó la iniciativa al respecto fue Rosa, que sin duda creyó apuntarse un tanto importante, dada mi condición de responsable del partido comunista en la universidad, integrándose en la vida de partido, donde no tardó en distinguirse por sus posiciones radicales así en los planteamientos ideológicos como en los aspectos prácticos de la lucha clandestina. Y aunque Margarita, con mejor criterio que Rosa, ya que ni la una ni la otra estaban hechas para la militancia, se negó a entrar en el juego, a pedir el ingreso, no por ello dejó de repartir propaganda, de participar en manifestaciones, de correr ante las arremetidas de los grises, en ocasiones no ya con sangre fría y eficacia sino incluso con verdadero arrojo, por mucho que luego, refugiados en algún bar, confesase que si corría era de puro miedo a las porras, a ser detenida, a los malos tratos, que a ella no le vinieran con torturas, que si la detenían cantaba. Quien sí acabó entrando fue Jaime, aunque tardó tanto en decidirse que para entonces yo estaba ya prácticamente fuera; este retraso –cuestiones de carácter aparte– se debió, me supongo, a que, como si no se considerase digno ni suficientemente preparado para pedir el ingreso, parecía preferir el papel de compañero de viaje, y en calidad de tal desarrolló una labor enormemente imaginativa y útil, sobre todo en lo que a organización de diversos movimientos de apoyo se refiere, así como a encauzar la colaboración de otros simpatizantes; también me supongo que quien le empujó a dar el paso decisivo fue Joaquín, que por aquel entonces se hallaba en el apogeo de su espectacular carrera política, cuando, de militante de base que era en Barcelona en la época de mi encarcelamiento, supo ganarse la confianza de la dirección, de la que llegó a formar parte durante los dos o tres años que pasó en París.

¿Por qué ese movimiento masivo de los hijos de la burguesía barcelonesa hacia las filas del partido comunista que se produjo a finales de la década de los años cincuenta? ¿Luchábamos por la construcción de una nueva sociedad que íntimamente no creíamos posible y que, caso de haberlo sido, no hubiéramos considerado deseable? ¿O era más bien contra la dictadura contra lo que luchábamos, contra los aspectos represivos del franquismo en todos los órdenes, o mejor, en unos órdenes más que en otros, más importantes unos que otros según el caso, según el modo de ser de cada uno? Pues si el carácter contagioso del fenómeno revela sin lugar a dudas la existencia del necesario caldo de cultivo que facilite o permita el contagio, algo de irreductiblemente subjetivo tenía que haber al mismo tiempo, ya que mis motivaciones no podían ser las

mismas, no ya que las de un Jaime, sino incluso que las de un Joaquín, por muy hermanos que fuéramos. Un especialista, un sociólogo, por ejemplo, lo explicaría como un caso típico de rebelión de los hijos contra los padres, contra el orden franquista que éstos representaban, contra la opresión y corrupción que veíamos encarnadas en ese orden, del todo inasimilable a nuestro natural altruista. Y personalizando, pasando de lo general a lo particular, en lo que a mí se refiere, por ejemplo, un sicoanalista se remitiría al no menos típico edipo, al amor defraudado hacia una madre tempranamente desaparecida, al rechazo de la figura del padre, así como del mundo que esa figura representa, etcétera. Simplezas divulgatorias cuyo significado se revelaría perfectamente reversible con sólo analizar el concepto franquista de madre patria, el sabor monjil, como a yemas de Santa Teresa, de ese concepto, con sólo pararse a pensar en la facilidad con que un amor defraudado puede conducir al asesinato, etcétera. La explicación del fenómeno, o mejor, la trama de impulsos así individuales como colectivos que, de igual forma que la trama de un tapiz da vida a las figuras en él representadas, trama también a la vez que imagen, así, de igual forma, esa trama de impulsos que con el paso del tiempo se van precisando en motivaciones, tiene que constituir algo mucho menos definido y sistematizado y mucho más epidérmico y profundo al mismo tiempo. No se trata tan sólo, en efecto, de la repugnancia instintiva que es capaz de suscitar la mitología franquista, sus principios, sus símbolos, sus héroes, hoy calvicie y dentadura postiza, mejillas flojas y boca glotona, donde hubo músculo y nervio, la fidelidad al bigote –ya blanco– y a las gafas de sol –que siempre contribuyen a mantener la impasibilidad del ademán– a manera de reliquia cuidadosamente preservada; una generación forjada en la guerra y aposentada en la posguerra, sin ceder no obstante en su alerta, en su disponibilidad para volver en cualquier momento a las andadas; una generación esencialmente vertical y afirmativa, rotunda como un buen taconazo, como unos gritos de ritual, gente siempre dispuesta a saltar como un resorte, impasible hasta la crispación, agresiva hasta la obcecación, hombres definidos por la entrega característica de la toma de posesión de una actitud como la que tomaron, una actitud precisamente basada en el principio de posesión y en su defensa permanente: la posesión de una propiedad, de un cargo, de un enchufe, de un chollo, de un chocho, aunque sólo sea de unos tacos de jamón y unos chiquitos, y en última instancia, de la posesión por la posesión, como jabatos, con uñas y dientes, contra viento y marea; esos hombres y los nombres de esos hombres, entre los cuales, por algún motivo indeterminado que dejo para el investigador curioso, son frecuentes las resonancias y hasta el acento del área donde confluyen Aragón, Castilla y Navarra,

nombres rotundos también ellos, José Luis Bozal, por ejemplo, Bartolomé Lechuga, Jesús Mostaza, Adriano Rincón, José Miguel Aizpún, Laureano Berrocal y, bien mirado, hasta el del héroe de la familia muerto en combate, mi primo Juan Antonio Echave, nombres con algo de mordisco todos ellos, esto es, de constante disposición, de acuerdo con el requerido espíritu de servicio, a la llamada del Centinela, perfectamente al cabo de la calle, niña hermosa, de lo que habrá que volver a dar: café. Porque está esa legión de héroes, como dice la prima Ángeles al evocar la imagen de Juan Antonio, la juventud de entonces, su propia juventud; pero está también, a modo de sustrato, la burguesía catalana en su conjunto, la alta, media y pequeña burguesía, el ámbito social en el que tal estructura viva –los héroes del franquismo– se halla implantada como algo a la vez ajeno y beneficioso, en íntima relación simbiótica, sirviendo a la vez que sirviéndose del franquismo, una sociedad melosa y plañidera que no en vano se identifica plenamente con la figura del Patufet, esa especie de pulgarcito que tan a gusto se siente en la tripa del buey que lo tragó inadvertidamente, confortable recinto ciego cuyo significado en un cuadro sintomático del erotismo anal no puede ser más explicito, dados los valores retentivos, ahorrativos y acumulativos que representa.

Más decisivo que el medio social en lo que a los aspectos recónditos de la toma de conciencia se refiere, de esa toma de conciencia que termina por llevarle a uno a ingresar en el partido comunista, más decisivo, a todas luces, lo es el medio familiar, la familia y sus mitos particulares, la imagen del bisabuelo y de los abuelos, la infancia de papá y los tíos, el tren de vida que conocieron, la villa de la calle Lauria, la de servicio que todo eso requería, un tren de vida magnificado en la medida en que constrasta con la realidad presente, en la medida en que, como un planeta que pierde la rotación, la familia reduce la amplitud de su horizonte a Santa Cecilia, la casa de campo que aún se conserva a manera de emblema de un pasado que ya no es y que, en virtud de ese desplazamiento hacia una posición central de lo que fue accesorio, a los ojos críticos de un joven bien puede acabar convirtiéndose en imagen misma del mundo, un mundo que se deteriora y arruina todo él sin caer siquiera en la cuenta, con la misma satisfacción con que tío Gregorio se encara cada mañana con el crucigrama del periódico. Pero tampoco en la familia entendida como medio ambiente se encuentra la raíz de semejantes decisiones compulsivas, ya que, a semejanza de la sociedad a la que se pertenece, la familia no puede incidir si no es desde fuera, como la luz en un pequeño espejo, en ese objeto –extraño en la medida en que autónomo– que ha crecido en su seno que es el individuo, refractario en grado muy superior a lo que los mayores sospechan de un niño, a

toda influencia que no convenga a una voluntad formada antes de que lo que soy y lo que no soy haya sido claramente delimitado. Pues, si de dos hermanos criados en circunstancias prácticamente idénticas, sometidos a los mismos influjos, uno de ellos se manifiesta ya desde la niñez pisando fuerte, yendo a por todas como ya entonces iba Joaquín, mientras el otro, bajo la hipócrita apariencia de normalidad que mantiene frente al adulto, se siente como ese condenado que desde la celda contempla el júbilo callejero que acompaña los preparativos para el suplicio público del que ha de ser protagonista, ¿qué diferencias no habrá entre uno y otro en las motivaciones –si no las hay incluso en los objetivos– de una decisión en apariencia tan clara que hasta cuesta creer que haya quien no la comparta, como es la de entrar en el partido comunista, resultado final de esa operación de racionalidad no menos transparente llamada toma de conciencia? Siendo como es la utilidad de un diagnóstico, en esta clase de materias, independiente de su certeza, me limitaré a destacar las principales fases de un proceso cuyo significado está en el propio proceso, al margen de todas esas conclusiones a las que gustan llegar los especialistas: la facilidad con que aquel niño que se siente condenado, bien a la compasión, bien al escarnio, de quienes han de contemplar su suplicio, se convierte en un pequeño cazador furtivo a cuyo paso el bosque parece quedarse yerto; la facilidad no menor con que ese hábito remite cuando, con los años, hecho ya un hombre, ingresa en el partido comunista y participa desde la clandestinidad en una lucha que cree conducente al derrocamiento de la dictadura y al fin del orden franquista; la suplantación, no por gradual menos completa, de esas actividades en las que ha dejado de creer, por su total entrega –absorto en grado no menor que el investigador perdido en los lentes del microscopio como se pierde aquel que contempla las estrellas– a la profesión elegida, la de arquitecto.

Joaquín es otro caso que si creo conocer bien, entender en sus aparentes contradicciones, se debe únicamente a nuestra relativa convivencia durante la infancia y al normal contacto entre hermanos que desde entonces hemos mantenido, un tipo de contacto en el que toda la ventaja es para el pequeño en lo que a conocimiento mutuo se refiere, esto es, para el que más ha observado al otro. Pero ¿qué decir, no ya de un Jaime, sino de un Serra, pese a la amistad que nos une desde la universidad, escudado como está en esa ideología tan redonda, o mejor, tan cuadrada, que es el marxismo, deslumbrado, se diría, por su claridad diamantina, por muy errónea y hasta brutalmente que haya sido interpretado hasta la fecha y por muy críticamente que considere y reconozca que la responsabilidad de tales fallos recae sobre sus máximos intérpretes? ¿Cómo desentrañar lo que subyace igual que bajo un caparazón que en nada desmerece del

escudo de un Aquiles o un Eneas, bajo la lógica de un mecanismo que hace de la razón histórica una instancia suprema? En lo que a Jaime se refiere, su ingreso en el partido lo veo más bien como un problema de identidad, es decir, no tanto de saber cómo era Jaime cuanto de saber cuántos Jaimes hubo. Pues así como hay gente cuyos rasgos físicos parecen desarrollarse a partir de unas constantes ya existentes en la niñez, acordes con la evolución de su personalidad en el curso de los años, dentro asimismo de unas constantes, así, de modo semejante, hay gente cuyo desarrollo parece haberse producido a saltos, soluciones de continuidad no menos patentes en la personalidad que en el físico, giros de ciento ochenta grados, cambios incomprensibles para quien conoció al sujeto en anteriores fases; a esta clase de personas pertenecía Jaime. Cuando empecé a tratarle –lo que Margarita le había contado de mí le llevó, por lo visto, a querer conocerme– Jaime era un joven ingeniero interesado en la actividad política más por lo que tenía de actividad que por lo que tenía de política, como si la contradictoria figura del padre, el rico burgués exiliado por rojo, le restara seguridad a la vez que le aguijoneaba. De ahí que durante años pareciese preferir el papel de compañero de viaje, de tonto útil como él decía parodiando el léxico franquista, que el de militante: en razón de la agilidad y capacidad de maniobra que eso le permitía y no por los miedos que se cargaba en cuenta con un énfasis excesivo para resultar convincente. Bromista a la vez que intrigante y algo amigo de los embrollos, costaba trabajo saber cuándo hablaba en serio y cuándo en broma, cuándo era real o no lo que afirmaba como cierto, y, en consecuencia, tardó asimismo en hacerse perceptible su natural tendencia a la mitomanía. Pequeñas bromas, pequeñas baladronadas cuyo carácter de ficción sólo el paso del tiempo podía poner en evidencia, avaladas como iban por la realidad de sus éxitos, y sólo con el paso del tiempo, asimismo, configurarse como verdadera predisposición mitómana, con retraso, con demasiado retraso, cuando probablemente tal predisposición, sometida a una general mutación de la personalidad, estaba ya remitiendo. Con la nueva fase coincidió su tardía entrada en el partido, a la vez que una automática pérdida de eficacia respecto a sus anteriores actividades políticas y, también en agudo contraste con la fase precedente, una actitud humilde y discreta, fundamentalmente seria, con esa peculiar formalidad del juerguista que contrae matrimonio y de repente se convierte en ejemplar padre de familia, asentado no ya de cabeza sino de cuerpo entero. ¿Coincidió asimismo este cambio con el comienzo de su enfermedad, esa larga y penosa enfermedad como suele decirse, que sin duda tardó años en gestarse, así como en hacerse patente su progresiva pérdida de facultades? ¿Era más bien ese cambio, considerado en relación a los anteriores, fruto hereditario, indicio de

un trastorno mental como el que en su tiempo afectó al abuelo materno –aunque, a juzgar por la sintomatología, transmitida por lo bajo en el seno de la familia y sin que ésta pareciese extraer conclusión alguna al respecto, todo pudiera reducirse a unas más o menos reprimidas propensiones pederásticas– y, años después, condujo a una apacible casa de salud a la tía Marta y al tío Oriol? Aparte, claro está, del padre, el rojo, y sus dos escandalosas hermanas menores, muertas en plena juventud, equiparables los tres casos, a ojos de los restantes tíos, a una verdadera enajenación mental. ¿Podía hablarse de algo parecido en el caso de Jaime? Difícil de asegurar ahora, como difícil era de creer que el Jaime de los últimos años y aquel primo Jaime que conocí a través de Margarita fueran la misma persona. Al parecer, por aquella época, acababa de dejar atrás otra fase, la del Jaime deportista, una fase que siempre me costó creer por su falta de coherencia respecto a la realidad de entonces, no era precisamente una de sus invenciones, como bien lo atestiguaban las copas y medallas que había reunido en la que fue su habitación de Vilasacra. Antes hubo aún por lo menos otra fase: el niño malo, travieso y maleducado, terror de vecinos y parientes no menos que de sus padres. ¿Y antes del Jaime avieso y torcido, enfrentado por todos a la venerada memoria del primogénito muerto? Tal vez el período clave, en esa fase de su personalidad que no era propiamente una fase porque había sido olvidada. Recuerdo una foto de los tres hermanos tomada al parecer en Brigthon durante el verano del 39, entre el final de la guerra civil y el comienzo de la mundial: Margarita y hasta la pequeña Magda son una réplica infantil de la Margarita y la Magda que conocí, ya tan parecidas entre sí como siguieron siéndolo de adultas; a Jaime, un grandullón a su lado, no se le reconoce.

De lo que no me cabe duda es de que el compromiso político fue tan sólo una de las muchas repercusiones del impacto que en Jaime pareció provocar mi relación con Margarita, lo que llamábamos nuestro incesto; mayor trascendencia tuvieron otras de las decisiones coetáneas desencadenadas por ese impacto, la idea de casarse con Ana, por ejemplo, y, más en general, el descubrimiento de que la vida ofrecía una gama de sugestiones más rica de lo que en apariencia había supuesto. Mi relación con Margarita y también mi relación con Magda, algo de lo que Margarita, limitada su agudeza por la seguridad de sí misma que le era habitual, tuvo que enterarse porque yo se lo dije, mientras que Jaime, con la chinchosa perspicacia de la que hacía gala por aquella época, con esa maliciosa rapidez del que no deja escapar una, lo captó, estoy seguro, antes incluso de que respondiese a una realidad tangible, antes de que Magda y yo nos encontrásemos una buena noche en la cama, entregados al placer licuante con todo el ahínco que exige la antigua máxima de que el verdadero placer del

hombre se halla en el placer de la mujer, en que el placer de ésta alcance su grado sumo, logro que en este caso se frustró tantas cuantas veces intenté la penetración, Magda crispándose de súbito como se crispa una ostra bajo el limón exprimido, rígida y encogida al mismo tiempo, como paralizada, para relajarse de nuevo en cuanto yo renunciaba a la empresa y nos integrábamos en cualquier otra forma de abrazo envolvente, así una y otra vez hasta que acabamos por dejarlo correr y nos tomamos un whisky y nos fumamos un cigarrillo tendidos el uno junto al otro sobre la cama. Si luego se lo conté a Margarita fue con el consentimiento de Magda, ambos en la convicción de que Margarita no podía menos que acogerlo favorablemente, y hasta reírse con nosotros de este momentáneo tropiezo en la iniciación sexual de Magda, de que sin duda la enorgullecería el coraje con que su tímida protegida había hecho frente a la prueba, una prueba que no iba a merecer sino aliento y enhorabuena, y supongo que habría que buscar en el hecho de que ninguna de estas previsiones se cumpliera la causa de que la reacción de Margarita me pareciese si cabe más insólita: no sé qué gracia le veis los hombres a eso de hacer bollos, dijo, sin que ni aun ahora me sea posible dilucidar si fue la virulencia con que se revolvió al decir esto, áspera, seca, ceñuda, o fue la ordinariez de las palabras empleadas lo que más desagradablemente me sorprendió de su respuesta. El hecho es que, como si en mi intento con Magda hubiese algo de irreparable, bien porque para Margarita no tuviese perdón, bien por el enfado que en mí había provocado su venenosa y desabrida susceptibilidad, a partir de ahí el signo de nuestras relaciones cambió para siempre, desplazándose, tras un período de distanciamiento, del terreno de la intimidad que se deriva de la relación erótica, al de la intimidad que se da por supuesta para quien, además de amigo, es depositario de nuestras confidencias, cambio que se produjo no tanto en razón de un rencor residual cuanto de la dificultad de enderezar lo que en el amor se tuerce. A los pocos días de este incidente, Margarita empezó a dejarse ver en compañía del hombre polla, un joven de rasgos lobulados, cuyo eje, esto es, la línea que va del ceño al mentón voluntarioso, pasando por la nariz y el centro del labio, constituían una línea imaginaria similar a un frenillo, delimitadas a uno y otro lado las mejillas por el contorno de las poderosas mandíbulas conforme a un peculiar entronque que hacía de la cabeza mera prolongación levemente engrosada del cuello, trazos robustos al tiempo que delicados acoplándose en un solo volumen que, unidos a la tonalidad rubicunda de su tez, conferían a su testa cierta apariencia de glande henchido.

El lugar común de que el hombre proyecta su sexualidad sobre el coche que conduce, ganaría validez antes que perderla haciéndolo

extensivo a la mujer, con la salvedad de que lo que para el hombre es símbolo de vigor amatorio, de aptitud y empuje similares a los de cuando fornica, en la mujer es, como lo era para Margarita, símbolo de autonomía y libre disposición en materia erótica. Y es que si hubiera que destacar alguna característica de Margarita a este respecto, la primera que se me ocurriría no iba a ser otra que la celeridad, celeridad de la que se sentía orgullosa como si de un coche deportivo se tratase, impaciencia y prisas similares a las de cuando se sentaba al volante, y una general precipitación en la conducta que, por encima del atractivo propio de cuanto es fresco y espontáneo, fruto de un reflejo más que de una reflexión, no podía dejar de retraer o inhibir en mayor o menor grado al amante de turno, al igual que los destellos de jactancia y desafío que a menudo asomaban bajo su desenvuelta actitud de disponibilidad, una actitud que en ocasiones rayaba en el alocamiento y que –según me contaba después, espantada de sí mismale había costado más de un susto; como tampoco dejaba de inhibir y retraer a quien con ella andase su puntilloso sentido de la independencia, o mejor, de la soberanía, ese rechazo sistemático de cuanto, a su entender, supusiera ser dominada por otro, ya que para ese otro la cuestión bien pudiera ser –como lo fue para mí– una cuestión de palabras, de que Margarita llamaba ser dominada a no poder dominar, reacia como era a cualquier voluntad que no fuera la propia. De ahí que mi entendimiento con Rosa, con todo y no poder ser más distintos de lo que somos, por no decir opuestos, haya sido en sus buenos momentos mucho más completo que el alcanzado con Margarita en todos y cada uno de los terrenos. El hecho de que con Margarita lo satisfactorio terminara siempre en problemático se debía tal vez a que, siendo ella y yo tan parecidos en algunos aspectos, fueran tan diferentes nuestros respectivos objetivos, desenfoque esencial que inevitablemente había de dar lugar a toda clase de situaciones conflictivas. Y, no obstante, aquella primera época de nuestra relación se ha mantenido viva en mi memoria a semejanza de una de esas noches de verano en las que, de niños, jugamos al escondite por el jardín y alborotamos hasta la tarde, y luego, ya calmados, miramos aún las estrellas con tío Rodrigo, buscamos una tras otra las constelaciones, y sólo cuando las vacaciones se acaban, semanas después, nos damos cuenta de que aquella noche fue justamente lo mejor del verano.

Algo de esa impresión debía de removerse por debajo de la línea de la conciencia, o mejor, por encima, en ese dominio de lo que con mayor propiedad habría que llamar metaconciencia, aquella tarde en que, camino de Port de la Selva, justo cuando desde la autopista empieza a divisarse la silueta del Paní, un golpe de viento me giró el retrovisor de fuera, al tiempo que una fina lluvia se estrellaba contra

el parabrisas como por sorpresa, tal un Júpiter que se precipita sobre el objeto de su amor desde los claros abiertos en el cielo revuelto. Al fondo, una cadena de blancos cúmulos cubría el Cabo Creus, configurando un sistema montañoso de dimensiones muy superiores a los Pirineos, cumbres resplandecientes sobre los que a su vez se elevaba una gran nube marronácea de desarrollo vertical. Fue entonces, al cesar la pasajera lluvia, cuando, contra ese fondo enfilado por la brillante recta de la carretera, a la altura aproximada de Port de la Selva, se extendió un arco iris completo que, si en sus extremos coloreaba las rocas del cabo, en su parte central trocaba las tonalidades grises del cielo en esplendores color topacio, mientras en el coche, a partir de un punto difícil de precisar, empezaba a oírse un sonido similar al silbido de una sirena, un sonido armónico, modulado, que parecía venir de lejos, con esa sensación de distancia que da el eco de un motor fuera borda llegando a nuestros oídos bajo las aguas, en tanto buceamos ceñidos al relieve de los fondos marinos. Sólo instantes después, según el efecto iba remitiendo, caí en la cuenta de que estaba pensando en Margarita, de que su presencia era lo primero que había venido a mi imaginación al producirse el fenómeno. El que en el futuro volviese a pensar en ella cada vez que el fenómeno se repetía, era algo que ya nada tenía de particular, simple asociación de ideas. Lo que también estaba claro era que el fenómeno se hallaba adscrito al lugar en que se produjo por primera vez, al comienzo de aquella recta de la autopista, cuando el Paní aparecía ante mis ojos, ya que ni el sonido procedía del coche ni se producía en otros tramos de similares características, siendo asimismo independiente de las condiciones climatológicas, de que el viento silbase de un modo peculiar al filtrarse, por ejemplo, por alguna rendija del capó. Hasta que todas estas consideraciones se vinieron abajo cuando el efecto sirena se reprodujo hará tan sólo unos días, camino de Vilasacra, antes de llegar a Gorgs, hacia el final de una recta que se resuelve en curva al atravesar una vaguada, una vaguada umbría en la que, no bien anochece, se arremansa la niebla, espesa al extremo de empañar los cristales. Y el temor, con fuerza de iluminación intuitiva, que experimenté aquella noche se ha repetido al repetirse también el efecto tantas cuantas noches he vuelto a pasar por ese punto: el temor de ver aparecer a la luz de los faros, embebida de niebla, agigantada, la efigie sonriente de Margarita, justo en el punto donde la potencia de la luz se pierde en la niebla.

DIÁLOGO CON LA GRABADORA. Cuando uno habla de los errores que ha cometido en su vida suele hacerlo como aceptando de antemano que

cualquier otra opción hubiera dado lugar a resultados diferentes, esto es, como si todo se redujera a que había sacado la paja más corta. Si tal supuesto puede ser exacto en determinadas circunstancias, ¿lo será asimismo respecto a mis dos errores axiales, mi profesión y mi matrimonio? Yo diría que no, que en ambos casos el error se refiere más al aspecto genérico, al matrimonio como institución y a la arquitectura como carrera, como conjunto de estudios especializados que troquelan al futuro arquitecto, que a los aspectos concretos de mi caso concreto. Pues si por una parte mi matrimonio con cualquiera de las mujeres que he conocido más o menos íntimamente hubiera resultado antes peor que mejor que mi matrimonio con Rosa, es impensable, por otra, que me sintiera más a mis anchas habiendo seguido una carrera diferente, con otra clase de estudios especializados, distintos pero no menos torpemente limitados a una función apriorística y redundante que los exigidos para ser arquitecto. ¿Cuál ha de ser el sitio del matrimonio en la sociedad de hoy cuando es la propia institución familiar lo que está en entredicho? Ni a Rosa ni a mí se nos pasó por la cabeza la idea de casarnos hasta que Camila estuvo en camino y, equivocados o no, echamos mano del matrimonio a modo de expediente administrativo, el más indicado para estos casos, el menos fastidioso para los futuros padres y para el futuro hijo cuando la futura madre opta por tenerlo. A Margarita le pareció un tremendo error por mi parte plegarme a lo que ella consideraba una obvia enganchada de Rosa, un punto de vista del todo acorde con su tendencia a entender la vida como una partida de tenis, en la que no hay que perder pelota. De acuerdo con el mismo criterio, su boda, pocos meses después, con un rico fabricante de esos productos de cosmética que se venden en las farmacias, constituía, por el contrario, una tremenda volea, un espectacular tanto que se anotaba, por muy inimaginable que resultase su convivencia con un tipo que necesitaba cultivar cierto aire de marino británico para dotarse de una apariencia de personalidad, y por más que esa convivencia no sobrepasase, como era de esperar, los seis meses; o tal vez precisamente por eso. Cosas de Margarita que era preferible no discutir, que había que respetar como ella respetaba las mías, aunque no sin sorprenderse, supongo, de que un tipo como yo tuviese semejantes ocurrencias siendo como éramos tan afines, estando como estábamos tan compenetrados; que ese juego de raquetazos, ese vaivén de golpes y contragolpes que para ella era la vida, fuese para mí poco más que la onda de agua que levanta a su paso la quilla de una embarcación, que el dibujo cambiante de la espuma, era algo que probablemente tampoco acababa de entrarle en la cabeza, que sólo podía explicarse como una jugada mía de gran estilo cuyo verdadero alcance se le escapaba. Pues lo cierto es que, a mi entender, ni la trayectoria de Margarita, ni la de Rosa, ni la mía, ni

la del fabricante de cosméticos –aunque a este respecto me falten tal vez ciertos elementos de juicio– se hubieran visto sustancialmente alteradas, salvo en lo que al fondo ambiental se refiere, de haber intercambiado nuestros respectivos emparejamientos, de haberme casado yo con Margarita y Rosa con el de los cosméticos, permutación menos disparatada, en definitiva, de lo que puede parecer a primera vista.

Objeciones no menos graves que el matrimonio en lo que a su vigencia se refiere, cabe hacérselas al trabajo del arquitecto, por más que ni los profesionales ni quienes estudian para llegar a serlo parezcan conscientes de ello; tampoco yo lo era cuando estudiante, pero al menos no tardé en darme cuenta de que lo que yo esperaba de la arquitectura no era lo que esperaba la mayor parte de mis compañeros. Hechos a la idea de que la arquitectura no es más que el dominio de una serie de conocimientos técnicos, no puede chocarles ver el arquitecto convertido en una especie de ebanista que idea gigantescos armarios llenos de pequeños cajones en los que hay que hacer caber el mayor número de gente posible, con la máxima originalidad en el diseño que la función que le es propia permita. No es un problema de formalismo, quede claro, de reivindicar una completa libertad de creación en lo que concierne a la forma, ilimitada hoy como nunca lo fue en la medida en que el planteamiento formal se ha hecho irrelevante, en que, sea cual fuese, con mejor o peor gusto, carecerá de sentido. Porque el núcleo central del problema es justamente éste: la pérdida de sentido de la arquitectura en el mundo de hoy, vacío como está del significado que antaño tuvo para los pueblos, el sentido al que respondían las pirámides, el Partenón o las catedrales góticas en sus respectivos contextos, cuando ni el Coliseo era simplemente un circo ni la Ciudad Prohibida era simplemente un palacio. ¿Qué clase de edificación puede tener hoy en día un significado equivalente? Y nada más inane que la contraposición de la arquitectura orgánica, por ejemplo, a la racionalista, o el lanzamiento al mercado de conceptos como el de espacio a manera de panacea, por no hablar ya de esos movimientos que propugnan la vuelta a una arquitectura popular y, más en general, a lo rústico y primitivo, denominaciones que no sé qué quieren decir, o mejor, que no quieren decir nada aunque quienes las utilizan ni siquiera lo sepan. El equívoco es siempre el mismo: abogar por una arquitectura social o, en palabras mayores, una arquitectura para el hombre, planteamiento que si bien justifica la producción en serie de apartamentos como si de coches se tratase, no por ello deja de ser una negación del concepto mismo de arquitectura; éste es el verdadero fondo de la cuestión. Lo demás, la aceleración de los cambios o revoluciones en materia técnica, los llamados avances y, sobre todo, la

aceleración del cambio en los hábitos y formas de vida, no son sino rasgos de un fenómeno más general cuya incidencia en la cuestión, aunque insuficiente para definirla, es asimismo de gran importancia. No se trata de que los jóvenes de hoy sean diferentes a los de antes, de una versión agudizada del clásico enfrentamiento generacional, sino de que quienes ya eran adultos cuando esos jóvenes vinieron al mundo, no menos sometidos a la aceleración del cambio y tal si quisieran recuperar el tiempo perdido, han modificado asimismo su actitud ante la vida. Pues así como el comportamiento de la mujer madura se halla influido por la libertad de que hace gala la jovencita de hoy, una libertad que ella no tuvo ocasión de gozar, la mujer madura de entonces –en grado mayor que el hombre, dada su situación de mayor dependencia– se halla sometida a un proceso de envejecimiento prematuro, o mejor, de idiotización, en el que los pequeños actúan a manera de agente inductor. La madre de Rosa a la vuelta de quince o veinte años, por ejemplo; su intensa vida mundana y sentimental de entonces, propia de la mujer de buen ver que fue, comparada a esa especie de yaya en que se ha convertido arrastrada por sus nietos a partir de Camila, que fue la primera. Y es que al natural agarrotamiento con los años de los mecanismos cerebrales hay que añadir, en efecto, ese elemento nuevo, de acción potenciadora, que es el trato con los nietos de hoy, distintos a los de antes, a los de siempre, reacios aunque lo disimulen al lenguaje infantil con que esas abuelas, que uno creería lelas, les hablan, a las bobas canciones y palmas palmitas que, imitando a las abuelas de cuando ellas eran niñas, se empeñan en enseñarles, reacción que ellas presienten y que se manifiesta en la inquieta cautela de su sonrisa, en la inseguridad del autoritarismo que lucen cuando se creen en la obligación de lucirlo, ganadas casi moralmente como lo están ya culturalmente, interesadas en grado no menor que los pequeños en los cotidianos programas de la tele, en las peripecias de los seriales, en el resultado de los concursos y hasta en la apasionante reiteración de los spots publicitarios, y, en consecuencia, integradas en grado no menor, asimismo, en el mundo que todo eso supone, deslumbradas por esa nueva dimensión que a sus años les es revelada y que tanto dificulta la tarea de señalar con precisión los límites de la realidad que viven y de la que han vivido. ¿Qué otro papel ha de ser el del arquitecto ante ese cuadro si no es el de ponerle el marco adecuado, realizar el sueño de cuantos habitan cualquiera de esos apartamentos en que han sido metidos, la segunda residencia, uno de esos chalets tipo bombonera, si es que todavía no lo tienen?

La mención de los factores ambientales en lo que al bajón dado por la madre de Rosa se refiere no significa, por otra parte, que olvide lo que es ley de vida, ya que, si cuando debía de tener sus buenos

cuarenta y tantos, el tiempo transcurrido desde entonces se basta para explicar que parezca lo que es: una vieja. Pues, si a la edad de diez años pensar en quince más tarde es como pensar en la vida eterna de los bienaventurados, supongo que hacia los cincuenta, habituado uno al declive casi imperceptible que se viene arrastrando, resultará igualmente difícil de imaginar la brusquedad con que la vejez se precipita y fragua, inconcebiblemente breve el mismo período de tiempo que para el niño era inconcebiblemente largo; años que en la infancia parecían siglos conforme a una apreciación sin duda basada en la capacidad del niño de vivir el presente, minuto a minuto, de forma que la noción de duración y la de instante llegan a confundirse en una dilatada secuencia. Capacidad –si no facultad– que se pierde en el adulto, pendiente como siempre está del reloj, del tiempo que tiene para llegar, del tiempo que le falta para salir, todo a semejanza de lo que sucede con un reloj de arena, de lo pendiente que uno está de la arena que cae hasta el punto de que se olvida que le ha dado la vuelta, de igual forma que, según pasa el tiempo, el adulto se olvida del paso de los años. Y es que lo que vale para las fases extremas de la vida es válido también, aunque menos ostensible, para las fases intermedias. Ver moverse, por ejemplo, a una de esas jóvenes de alrededor de veinte años, graciosa si no agraciada, dinámica, expeditiva, obviamente dispuesta a gastar su cupo de orgasmos como más le cunda, es una impresión sin duda placentera. Pero, en determinados momentos, bajo de tono el ánimo, ese carácter placentero tiene su contrapartida: la consideración de que una mujer de nuestra edad, bien conservada externamente, sí, pero con el organismo corroído por el alcohol, el tabaco y los tranquilizantes, y el sistema nervioso deshecho, era exactamente así cuando empezó a salir con nosotros, una joven animosa y segura de sí misma que se comía el mundo, un mundo que se ofrecía a nuestra vista como el cumplimiento de una profecía, consideración, o mejor, consideraciones que, en semejante estado de ánimo, por fuerza han de generar nuevas ideas de carácter no sólo ingrato sino también deprimente. De ahí la instintiva tendencia de la gente a aislar el hecho, la impresión placentera, de su consideración intelectiva, y de ahí también que, reprimida ésta, la natural atracción que así el hombre como la mujer sienten por los jóvenes, en la medida en que pueda parecer irreflexiva y hasta irresponsable, sea juzgada ridícula si no grotesca o incluso perversa, cuando si bien existe una base física que justifica por sí sola tal atracción, la motivación profunda hay que buscarla en lo que esa juventud simboliza y propicia a manera de amuleto, en el valor estimulante de cuanto de bueno ofrece la vida, las buenas noticias, la buena salud, la buena fortuna, la risueña expresión que así lo atestigua, en contraposición –y no es redundancia– al carácter

deprimente de lo depresivo, esas caras largas, esas expresiones descolgadas por la tristeza o el desánimo, llorosos los ojos, ahogada la voz al contar las cosas que cuentan, sus desgracias, sus penas, sus descalabros, adversidades que si tanto se les acumulan por algo será, no siendo así de extrañar que uno reaccione, se defienda, tome sus medidas respecto a esos portadores de desdicha, sacudírselos, darles esquinazo, apartarlos de nuestro camino como apartamos con la punta del pie, de una patada, cuantos objetos fastidiosos encontramos a nuestro paso, a impulsos de esa convicción informulada de que así como la buena suerte llama a la buena suerte, la mala llama a la mala y lo cenizo a lo cenizo, de modo que el rechazo que suscita la aceptación de una decadencia física o síquica en los seres más próximos a nosotros en el terreno amoroso o simplemente afectivo debe ser entendida como algo que se refiere no sólo al ser amado y a su vinculación a nosotros, sino también a nosotros mismos, al influjo que sobre nuestro propio estado puede ejercer tal aceptación y, en definitiva, a la posibilidad que se abre de que, como por contagio, sin habernos dado cuenta, nos encontremos sometidos a un proceso de similares características.

No cabe duda, en este sentido, de que, por encima de mis problemas con Rosa, yo he guardado la imagen de nuestros comienzos por más tiempo que ella; de que para mí seguía siendo referencia válida cuando para ella había dejado de serlo, aquel verano en que empezamos a salir juntos, por ejemplo, nuestras incursiones en la vida nocturna barcelonesa, Ramblas abajo, nuestras escapadas a Cadaqués, una época en la que nos entregábamos a eso que la moral entonces imperante denominaba excesos simplemente porque para nosotros no tenían nada de excesivo –y si en ocasiones lo tenían, en el más literal de los sentidos, no lo supimos hasta más tarde, cuando comenzamos a pagarlos con intereses de demora–, porque para nosotros lo importante era emularnos cada vez a nosotros mismos, exceder los excesos, alcanzar ese estado en que, como dijo el de León, el sexo se serena y el alma se prolapsa con el alba. Durante años me he remitido siempre a nuestros principios juntos, considerando equivalentes, si no iguales, a los conflictos de entonces los nuevos conflictos que se iban creando entre nosotros, algo más dañinos, a lo sumo, en la medida en que el carácter progresivo de toda erosión es en sí mismo un factor de deterioro. No se trata sólo de tensiones afectivas y de infidelidades mal asimiladas por más que cada parte se esmere en parecer inmune a su impacto; está también el desgaste que a la larga produce la convivencia, los hábitos y pequeñas manías personales que, pese a su carácter inocuo y hasta trivial, son susceptibles de convertirse en agravios de primera magnitud a impulsos del rencor que se acumula a cada lado de la fisura abierta en el terreno afectivo. Podría incluso

elaborarse un código cifrado de esa gradual intolerancia que la vida cotidiana introduce en el matrimonio, una recopilación sistemática que permitiera establecer el significado que para cada parte tienen determinados actos, palabras y gestos en el contexto de la vida en común, por circunstanciales que sean en apariencia. Así, cuando por la mañana despierto apenas, o mejor semidespierto, él, movido por una general predisposición calenturienta, imperiosa, inmediata, inicia una maniobra de aproximación al otro cuerpo, avanzando un pie, aproximándose como entre dos aguas, alargando caricias enlazantes, mientras ella, como sumida en un sopor profundo, le deja hacer, inerte, callada, para finalmente murmurar que tiene un dolor de cabeza terrible, igual que si le fuese a estallar, ella, que por la noche tomará un par de copas más de las habituales y saldrá del baño recién bañada y envuelta en lo que llaman su bata de puta para encontrarse con que él se ha tomado ya sus pastillas y apagado la luz, y cuando ella le recrimine su ofensiva desgana, él dirá que a estas horas tiene demasiadas cosas en la cabeza, que cuando aún no las tiene es justamente por la mañana, y entonces ella dirá que por la mañana ella está dormida, y entonces saldrá todo a relucir una vez más, las dos listas de ofensas, las dos retahílas de reproches, y así años y años hasta que cada uno comprenda que, para evitar frustraciones, lo mejor es ni tan siquiera insinuar nada y esperar simplemente que, merced a una concurrencia de circunstancias, ambos estén borrachos y acaben entrecabalgándose salvajemente, como antaño, no muy seguros de que la otra parte sepa con quién lo está haciendo realmente mientras lo hace, de si yo sé que ella es Rosa, de si ella sabe que yo soy Ricardo. Las consecuencias de este proceso serán, qué duda cabe, más nocivas para la mujer que para el hombre en la medida en que ella no haya sabido, podido o logrado crearse una situación previa de independencia, a prueba de matrimonio, que le permita prescindir de otra clase de estímulos, alcohol, somníferos, tranquilizantes, etcétera, que no harán sino distanciarla aún más de toda posible actividad que refuerce su autonomía, que le ayude a enfrentarse a la vida cotidiana, levantarse a las siete o a las ocho y hacer algo, lo que sea, en lugar de salir de la cama al mediodía para encontrarse con menos horas por pasar antes de que, con el atardecer, llegue la hora del primer trago. En estas circunstancias, las reflexiones relativas a cómo ha podido suceder lo que está sucediendo se convertirá en ocupación principal para los momentos de mayor lucidez, con tendencia a explicarse cuanto le sucede por medio de una causa única –muerte del padre, celos que ella tiene de la madre o que la madre tiene de ella– así como a encontrar el origen de cuantas dolencias le aquejan en el defectuoso funcionamiento de algún órgano, una cosa en la que nadie acertó a caer de tonta y elemental que es: el gran simpático, la vista, el oído

interno, algo que articule los diversos síntomas en una respuesta coherente y global. Consecuentemente se tomará la firme decisión, demasiadas veces postergada quién sabe por qué, de someterse a una cura o tratamiento de rehabilitación en una de esas remotas clínicas donde te ponen bien de pies a cabeza, otra vez en forma sin necesidad de drogas, por procedimientos totalmente naturales, una cura de sueño, por ejemplo, dormir y dormir hasta quedar como nuevo, o un tratamiento basado en una dieta de agua o en el aire de alta montaña o en la rígida disciplina de determinado régimen de vida, aparte, claro, de la inflexible factura que pone fin a la estancia del paciente y que sin duda juega un papel importante, por lo que tiene de ofrenda ritual, en sus beneficiosos efectos. Sólo que, a partir de un determinado momento, ni los diagnósticos barajados ni sus posibles remedios podrán seguir ocultando la evidencia que, según emerge, relega, arrincona y termina por excluir cualquier otra consideración: la edad que se tiene, la realidad de que ya no se es lo que se entiende por una mujer joven, de que sus problemas no son ya los de antes ni las soluciones pueden ser en consecuencia las mismas, y, sobre todo, el estado de estupor al que se ve reducida ante el mero planteamiento del enigma: ¿cómo es posible que hayan pasado todos esos años y ella no se haya dado siquiera cuenta de que pasaban?

La formulación y ulterior aceptación de estos hechos por ambas partes suelen hacer precipitar la situación, decantándola, bien hacia la disolución del vínculo, bien hacia fórmulas que fijen las diversas opciones que ofrece su mantenimiento. Lo único seguro es que carece de sentido prolongar ese antagonismo que impregna y satura la vida de los cónyuges incluso fuera del ámbito doméstico, una relación conflictiva similar, en lo personal, a la que en el ámbito internacional, por ejemplo, mantiene México respecto a España, algo así como el amor no correspondido de un macho por otro macho, con toda la carga de fascinación-rencor que una relación de estas características lleva implícita, así como sus secuelas, de signo eminentemente sadomasoquista. Por lo general, hay siempre un momento en que, sea de común acuerdo, sea unilateralmente, se decide la ruptura, pero son muchos años de buscar una solución de continuidad, demasiados, para que, cuando llegue la ocasión propicia tanto tiempo esperada, no estén ambos demasiado cansados para hacerlo y se opte una vez más por seguir juntos, por intentar aún el equilibrio, la solución de compromiso ya que no de continuidad; un cansancio que es más definitivo a los cuarenta que a los veinte años en la medida en que menos improvisado, que es más desesperado en la medida en que no procede de la quiebra de esperanza alguna ni reside en el contraste con alternativas de nuevo cuño. Ahora bien: el hecho de que no existan alternativas reales a la solución natural de un problema creado

por la propia naturaleza del matrimonio, no quiere decir que no sea posible inventar otras, llegar uno y otro cónyuge a un entendimiento basado en la creación de nuevos alicientes y compensaciones, aunar sus intereses frente a terceros hasta el punto de que el gozo suscitado por esa consolidación de los lazos que al fin les vinculan como a dos verdaderos enamorados no sea menor al que les deparan los triunfos sobre el mundo exterior que comparten, o mejor, sus desquites respecto a ese mundo, o mejor todavía, los fracasos de que son testigos, las desgracias, contemplar cómo los otros enferman o se arruinan, cómo envejecen, cómo se la pegan donde ellos se la pegaron o hubieran podido pegársela, ver cómo se los llevan por delante. Un tipo de historial que se repite en tantas cuantas variantes quepa imaginar de esta rectificación que a la larga suele operarse respecto a la tradicional justificación amorosa del matrimonio, en ese entendimiento ahora centrado en la acumulación de dinero o de peso, en el engorde o en la sensación de seguridad derivada del desahogo económico en un contexto dominado por la ansiedad y las estrecheces; los matrimonios de gordos, por ejemplo, fruto de ese pacto tácito conforme al cual los cónyuges acuerdan trasladar al mantel, sin cortapisas de ningún género, los placeres o presuntos placeres de la cama, sin contemplaciones ni remordimientos, engorden lo que engorden, su cómplice cualidad ogroide convertida incluso en segunda fuente de placer, como es frecuente en los fenómenos acumulativos. La satisfacción obtenida puede llegar a ser real, y así nos encontramos con esas parejas de viejos eufóricos que se achuchan y hacen arrumacos porque se quieren como el primer día, como críos, y quieren que se sepa y que la gente lo atestigüe y se sorprenda, casi a manera de estampa que ilustra la portada de una novela, la historia de ese joven lleno de ilusiones y de ímpetu que contrae matrimonio con una joven de similares cualidades y deseos, y ambos hacen frente juntos al desafío de la vida, a los problemas que ésta genera en todos los órdenes, el trabajo, la casa, los chicos que van viniendo, siempre alentados por el éxito con que terminan por superar cuantas crisis y pruebas se les plantean, sea en el terreno afectivo, en el económico o en el social, año tras año, y así hasta que llega la jubilación que lo resuelve todo y, ya abuelos, se permiten el lujo de dar una vuelta al mundo de despedida.

Al trasladar al papel estas líneas me doy cuenta de que, cuando más arriba hablaba del ejercicio de la arquitectura en la sociedad de hoy, me salté algunas de las observaciones personales relativas a lo que en la práctica consiste nuestro trabajo que figuraban en las notas tomadas previamente. La tarde en que grabé este fragmento me encontraba en Barcelona y había acudido con Rosa y Camila a uno de esos almuerzos que las abuelas organizan periódicamente debido a la manía que

tienen de reunir a la familia entera o a lo que de ella quede. La madre de Rosa estuvo especialmente lamentable y fue probablemente la influencia de esta impresión –tal vez incrementada por los días que llevaba aquí en Gorgs, encerrado con mis notas– la causa de que me fuese por las ramas a la hora de grabar, un procedimiento –inventado, se diría, para satisfacer los delirios de un paranoico– que cada vez me convence menos en razón de los imponderables a que está sujeto, del esfuerzo que luego requiere desbrozar el texto de cuanto no es propio de la palabra escrita; útil, a lo sumo, una vez realizado el trabajo, para recoger el resultado final. Otra cosa que me distrajo y perturbó mi capacidad de concentración fue el pensamiento de lo mucho que se va pareciendo Camila a la Magda de antes, como si aquel coito no consumado hubiese terminado por fructificar en el vientre de Rosa, de quien Camila tiene muy poco.

Las consideraciones entonces omitidas se refieren no tanto a lo que el joven que se prepara para ser arquitecto no sabe porque tampoco lo saben sus presuntos maestros, es decir, arquitectura, cuanto a determinados aspectos de lo que ha de ser un oficio que no se enseñan y que sin embargo son los que acabarán tomando más tiempo al arquitecto no bien sean sus subordinados quienes se encarguen de los cálculos, dibujos y maquetas. Pues el estudiante imagina que su carrera consiste en el dominio de una serie de conocimientos técnicos, en definitiva no muy distintos a los de un carpintero, y luego resulta que su ejercicio consiste en otra cosa, que fundamentalmente es cuestión de tratar gente, de relacionarse, no ya con los clientes, sino sobre todo con financieros, promotores, altos cargos de la administración, representantes de unos y otros, entre los que tanto abundan, inevitablemente, catalanes de esos a los que les gusta hacerse el vivo, demostrar que se las saben todas, que a mi no me la fots, tu. Así entendida la profesión, como negocio, los contactos que más cuentan a la hora de realizar una obra, de realizar lo que en el lenguaje del mundo de los negocios se llama una operación, los que más cuentan, contra lo que el profano pueda creer, son los que tienen por centro, no al cliente, sino al alto cargo de la administración del que dependen los permisos, el papeleo, la recalificación del terreno, etcétera, requisitos indispensables para que el negocio sea negocio, esto es, para que llegue a ser, como también más importante que el cliente propiamente dicho, si por tal entendemos al titular de ese terreno, es la personalidad financiera que ha de otorgar la bendición necesaria para que la operación se realice como si dijéramos sin dinero. Ese personaje que el arquitecto conocerá tarde o temprano, sea en la intimidad de un despacho, sea en los lugares más insospechados para un no iniciado, la barra de una cafetería, por ejemplo, ante un whisky, con el cubilete de los dados en la mano, un tipo que nuestro

neófito hubiera tenido por hortera más o menos encumbrado y que, sin embargo, a decir de su ayudante u hombre de confianza, el introductor o intermediario que ha facilitado la entrevista a los recién llegados, a saber, el promotor, el propietario y el propio arquitecto neófito, a decir de ese hombre de confianza que posiblemente ha preparado la entrevista en semejante lugar para dar mayor informalidad a la toma de contacto, para que parezca más natural, a decir de ese hombre y como ya sabrán, se supone, los recién llegados, neófito incluido, es presidente, presidente, sí, de la Caja de Ahorros de la que son clientes tanto nuestro cliente como el promotor y hasta tal vez –aunque a efectos prácticos tal eventualidad sea desdeñable– el arquitecto no iniciado, presidente de una entidad en la que entró de botones, toda una carrera que ahora va a experimentar aún un nuevo giro –el paso del sector privado al público– con su presentación a las elecciones a concejales de Barcelona, que es en lo que estamos, dice el relator, el cronista, en su calidad de hombre de confianza, identificándose al propio tiempo como persona de influencia en el Movimiento, sí, señor, con su cara de cerdito afable, a pesar o gracias a ella: persona de influencia en el Movimiento. Y el presidente de una entidad financiera de ahorro y ex botones y actual candidato a concejal del Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona le deja hablar, le escucha como quien se escucha a sí mismo, no por improbable el éxito esta vez menos sugestivo de contemplar a manera de remate biográfico, igual que se contempla un cuadro, ennoblecidos los rasgos por la solemne música de fondo que suena en el local, una música como de superproducción cinematográfica famosa que no parece sino realzar las palabras del cronista, dar fe de su autenticidad, todo como si fuera cierto, como si su carrera desde el puesto de botones al de presidente de una entidad financiera de ahorro no hubiera discurrido por vericuetos probablemente ignominiosos, como si tales vericuetos no fueran de todo punto insuficientes en lo que a los circuitos del mecanismo electoral franquista se refiere, como si el apoyo de personas con cara de cerdito y con influencia en el Movimiento tuviese alguna trascendencia, y sobre todo como si las elecciones en cuestión fuesen las elecciones norteamericanas y él fuese un Rockefeller. Ante esta clase de personajes, como ante un delegado provincial de urbanismo o ante un modesto a la vez que todopoderoso secretario del ayuntamiento de un pueblo, los recién llegados, el promotor, el propietario y hasta el arquitecto neófito, cuya condición de elemento añadido y por tanto perfectamente sustituible, condición débil en la medida en que aleatoria, no habrá dejado de ser incidentalmente destacada, todos, en una palabra, harán gala del mismo servilismo complaciente y de idéntica actitud adulatoria tantas cuantas veces sea preciso, todos se comportarán entonces como ese

sablista que no espera sino la oportunidad de caer sobre nosotros, ese manta, ese hijo de familia venido a menos, ese pijo de antaño convertido en hombre de peloteos, de letras y números, que aprovecha, pongamos por caso, la muerte del padre de uno, de un familiar cualquiera, para testimoniarnos, en nombre de cuanto puede suponer en estas cosas la presencia de un antiguo compañero de colegio, su más sentido pésame, en la creencia de que la aflicción compartida puede proporcionarle un resquicio por donde colarse en su empeño de obtener algún favor –un aval, por ejemplo– del antiguo amigo que somos, un querido amigo que, por azares de la vida, está en situación de hacerlo, ahora, justamente ahora, bajas como están las defensas que normalmente mantiene al respecto, rotas las distancias que suele guardar, ese no está, o está reunido, o ya le diré que ha llamado, con que lo tiene a raya a través de la secretaria, perfectamente sabedor de la clase de sujeto que es en la actualidad aquel pijo que iba al mismo colegio y ahora le estrecha repetidamente la mano, transida como por un dolor agónico la expresión de los ojos. Así, como ese denostado sablista profesional, exactamente así cualquiera de los recién llegados a la cafetería, a la intimidad de un despacho, pertenezca éste a quien pertenezca, sea quien fuere el posible otorgante, trátese del presidente de la entidad financiera, del delegado de urbanismo, del propietario de los terrenos o hasta el promotor, intercambiables como son sus posiciones según quien sea el que necesite del otro, rotatorios los turnos como todo en la vida, salvo, claro está, el que pudiera corresponder al arquitecto neófito.

Elemento imprescindible a la hora de cerrar el trato, o mejor, de celebrar la llegada a buen fin de las negociaciones, es el tipo de risa con que todos y cada uno de los presentes deben sellarlo, risas estrepitosas, llenas de autocomplacencia a la vez que de desdén hacia cuanto se halla fuera de ese círculo de autocomplacencia, desdén hacia los límites teóricos del poder del dinero, hacia las leyes que teóricamente lo regulan, hacia los intereses ajenos vulnerados por la excepción que ellos representan, prolapsada la risa no menos que los ojos y porcina la redondez de los rasgos, todo a semejanza de esa prototípica imagen del plutócrata puesta en boga durante la Gran Depresión por los chistes y caricaturas aparecidos en determinada prensa, tanto de izquierdas como de tendencia fascistoide, en su denodado empeño por desenmascarar a los ricos, estos seres gordos y grotescos, de apaisada elegancia, que nos muestran sus gordos anillos y sus no menos gruesas cadenas de oro que cuelgan sobre sus voluminosas barrigas, impúdicos, desafiantes, como impúdicos y desafiantes aparecen nuestros hombres a la hora de cerrar el trato, tal si quisieran hacer suya esa imagen de las caricaturas que les hace poderosos en la medida en que odiados, apropiársela como si de un

talismán se tratase, objetivo por cuyo logro están dispuestos a poner de su parte cuanto haga falta. Y el rito que se impone a nuestros recién llegados iniciales y actuales beneficiarios, o cuando menos principales beneficiarios, del trato que se ha cerrado, neófito incluido gracias al espíritu dadivoso que suele predominar en esta clase de momentos: el bocadillo de jamón que, acompañado de un rápido café, se toma al salir en cualquier cafetería, la más próxima al despacho que ha sido escenario del feliz acontecimiento, un bocadillo que hay que comer a dentelladas, llenándose la boca, a modo de merecido culto a la suculencia que le es propia, implícita casi en la propia palabra jamón, de igual forma que la palabra bocadillo, bocado pequeño, parece invitar a repetir en razón de su insignificancia y de su carácter emblemático, augurio de prosperidad cuando hacia media mañana apetece comer algo, de acuerdo con la voracidad sicológica a la que induce cuanto huele a dinero, el cierre de un trato o la concesión de un crédito o la materialización de una buena venta.

El trato, en ocasiones, hay que realizarlo de forma directa, sin personas interpuestas, con el cliente propiamente dicho, esto es, con el propietario, por lo general en relación a encargos de menor entidad, ese chalet tipo bombonera que suele ser la segunda residencia. Aunque hace ya años puedo permitirme rehusar este tipo de encargos, en mis comienzos, en mi época de neófito, tuve que aprender a moverme también en estos círculos donde, más que el propietario, cuenta la esposa del propietario, su voluntad, sus gustos, sus ideas, circunstancia ésta, no obstante, que no reviste especial importancia, ya que, si por una parte la compenetración al respecto entre ambos cónyuges suele ser grande, por otra la natural feminidad del pueblo catalán, reiteradamente destacada por Pidal, hace irrelevante el hecho de que nuestro interlocutor sea el cliente o lo sea su esposa. La presencia de este rasgo, que Pidal atribuye a la impregnación de la mentalidad pequeñoburguesa que ha experimentado la sociedad catalana en su conjunto, hace que no ya sus hombres sino asimismo sus hembras se vean con frecuencia contagiadas de la ñoñería y empalago que en lo que a maneras y comportamiento se refiere son manifestación de tal característica. Y ello hasta el punto, señala Pidal, de que en caso de disputa suscitada por algún problema de circulación o similar contingencia, es muy de encarecer la precaución de dirigirse a la parte contraria en femenino y con tono afectuoso, a fin de evitar enojosas complicaciones y equívocos, como el que se produciría en caso de que la persona que nos ha hecho –o a la que hemos hecho– una rascada fuese tratada como varón. Sea como fuere, el trato continuado con esta clase de gente, la cortés atención que hay que prestar a sus iniciativas y criterios estéticos, termina por hacerse intolerable, no inferior el agobio al que se deriva de las fiestas

navideñas, cuando la abrumadora proliferación de celebraciones que va invadiendo nuestra vida privada se convierte en un problema de expresión, de cómo aguantarla en consonancia con el afable tono de voz al devolver los mejores deseos a quienes nos felicitan, acordes ambos con el carácter risueño y animoso que es de rigor.

Éstas son cosas que ya cabía intuir en mi época de estudiante, ante el contraste entre los conocimientos técnicos que íbamos adquiriendo en la Facultad y los aspectos iniciáticos que se vislumbraban fuera, después, vinculados al ejercicio de la profesión y en estrecho contacto con lo que se entiende por realidad de la vida, o también por mundo de los negocios, aspectos, mejor dicho, requisitos indispensables, cuando lo que se busca es que el arquitecto se integre en el sistema en que vive como lo que es: cabeza destacada de la sociedad de consumo en la medida en que ha sido designado para organizar el entorno en que vivimos, el medio ambiente en el que la gente desarrolla sus actividades, el escenario que decora sus ocios. Algunos de mis compañeros no sólo parecían saberlo desde el principio sino que, sea por tradición familiar u otro motivo, parecían haber elegido la carrera precisamente por eso, por lo que tiene de negocio; y yo, aun presumiéndolo, me resistía a creerlo en términos reales, de igual forma que cuesta captar el verdadero alcance de otros códigos secretos, por palpable que sea el fenómeno, palpable, o mejor, detectable, como puede serlo el acento catalán, pongamos por caso, esa alegría de los catalanes que por las razones que sean, matrimonio, negocios, exilio, las que sean, han dado en vivir fuera, en Madrid, en México, fuera, la alegría al comparar, decíamos, cada vez que regresan al suelo patrio, por Navidad, de vacaciones o motivo análogo, la alegría que experimentan al comparar el acento que traen con el que dejaron, los dejes y muletillas adquiridos, las expresiones madrileñas o mexicanas que tanto asombro causan a quienes les conocen desde la infancia, una alegría que no es sino reflejo suplementario de la que experimenta cada uno de ellos cuando en México, en Madrid o en Guayaquil, se encuentra con un compatriota y ambos comprueban hasta qué punto, una vez mutuamente identificados, dejan de ser comprendidos por todos los demás con sólo ponerse a hablar en lengua vernácula, hasta qué punto el deje del acento matriz perdura por debajo de los acentos adquiridos, hasta qué punto ese acento constituye realmente una especie de tarjeta de socio de un privilegiado club privado, útil, aunque sólo sea como satisfacción personal, prescindiendo incluso de las fructíferas consecuencias en el orden económico que eventualmente pueden resultar de semejantes encuentros, útil, en suma, en grado no menor que el proceso iniciático que el arquitecto debe seguir paralelamente al ejercicio de la profesión si pretende llegar a ser cuando menos tolerado por el sistema. El que

Gaudí fuera un gran arquitecto, probablemente el último, con todo y vivir a la sombra de la gran burguesía barcelonesa, se deberá, supongo, a que le salvaron su despiste y su obcecada fe católica, que le mantenían al margen del concepto mismo de negocio, inasimilable.

Esa intuición de que en el trabajo del arquitecto se daban cita todos los gravámenes que eran de temer, desde los de carácter práctico hasta los puramente conceptuales, menos degradantes, si se quiere, pero de trascendencia todavía mayor, refiriéndose como se refieren al papel o, para ser más exactos, a la ausencia de papel de la arquitectura en la sociedad actual, esa intuición, decía, estaba del todo presente en mis preocupaciones de cuando acabé la carrera, un período que curiosamente coincide con el de mi máxima dedicación a las actividades políticas clandestinas, antes de que, alejado de éstas y entregado plenamente a mi profesión, terminase por ir a la cárcel como en pago de una factura atrasada. Recuerdo lo mucho que me molestaba por aquel entonces la idea de que las casas que había diseñado fuesen a ser habitadas algún día, que alguien se permitiera modificar algo, cambiar los colores, comprar muebles a su gusto, poner plantas, soltar niños, salir a la terraza, todo; el modelo, para mí, hubiera sido una arquitectura inhabitada y vacía, lo más parecida posible a una gloriosa ruina, algo no profanable por posibles inquilinos ni susceptible de ser convertido en negocio. Ni que decir tiene que mis colegas más próximos, con tan pocas ganas como yo de controversia, debían de considerar que se trataba de una pose, de la boutade de un arquitecto que se cree genial, de un sarcasmo sólo tolerable en razón de su misma extravagancia, ya que no debían de poder concebir que yo sostuviese seriamente ideas que les sonaban a deshumanización y actitud antisocial como era inevitable que les sonasen, no sabiendo como no sabían de qué les hablaba y encontrando como encontraban de lo más normal esos inmensos suburbios en los que, a la vuelta de muy pocos años, habremos convertido las ciudades. Y hablo de ciudad y no ya simplemente de casas porque esto es en definitiva lo que bulle en el fondo de todo arquitecto neófito, lo sepa o no, con independencia de su capacidad profesional y hasta de su mayor o menor inteligencia: esa imagen de la ciudad ideal que quisiéramos fuese el mundo y que no renunciamos a que algún día llegue a ser.

Decidí abandonar la profesión el otoño pasado, hacia septiembre o tal vez octubre, hará poco más de un año. Pero más viva y próxima, con mucho, me resulta la impresión de extrañeza que me produjo Barcelona en el curso del largo paseo que emprendí acto seguido a manera de desahogo, no bien hube dejado el estudio, un paseo no en coche sino a pie y en metro, saliendo a la calle en estaciones que sólo conocía de nombre, recorriendo al azar los alrededores de cada una,

desconcertado, tomase la dirección que tomase, ante lo mucho que había cambiado la ciudad o, si se prefiere, por lo mucho que la desconocía tras años y años de no verla más que a través de planos parciales, memorias y proyectos de remodelación. Fue como si me hubiera quedado a trabajar de noche y hacia el amanecer, al volver a casa, cayera en la cuenta de que habían transcurrido veinte años.

DIARIO ÍNTIMO. Nunca asocié a Carlos con Gorgs de la Selva ni, a decir verdad, tenía motivo alguno para hacerlo. A Carlos yo lo asociaba con Rosas, donde tiene un motel cuyos planos fueron uno de los primeros trabajos que realicé al acabar la carrera. Por aquella época, Rosa y yo íbamos a Cadaqués, y Aurea y Carlos venían a visitarnos con frecuencia; Margarita no empezó a ir por Rosas hasta más tarde, cuando si me tropezaba con Carlos era más bien por casualidad, el tiempo de coincidir una vez más en que teníamos que vernos y basta. Yo sabía que Aurea tenía por abuelo una especie de cacique rural, pero lo último que se me podía ocurrir era que el feudo de ese cacique fuese precisamente Gorgs, que estuviese relacionado, aunque sólo fuera por razones de vecindad, con Vilasacra, que la proximidad de su muerte a la muerte de Margarita había de ser la causa de que Carlos y yo coincidiéramos aquella tarde en la fonda de Gorgs. Pues, al parecer, éste era el motivo de la presencia de Carlos, la muerte del viejo, que el médico veía inminente, aunque hacia finales de septiembre ya les dio un primer susto, por la Merced, justo cuando el accidente de Margarita.

Aun así, aquel encuentro con Carlos en una fonda de pueblo cuya existencia, semanas atrás, era probablemente desconocida para ambos, tal vez no hubiera llegado a producirse de no ser por la lluvia, de no haber sido porque, harto de pasarme la tarde encerrado en la habitación dando vueltas y más vueltas, bajé al comedor antes que de costumbre. Interrumpir mi trabajo para pasear por el cuarto es algo que suelo hacer siempre, como si ese acto de cruzar la habitación en diagonal una y otra vez, en uno y otro sentido, lejos de apartarme de los papeles extendidos sobre la mesa, me reaproximase a ellos, me permitiese verlos como con nuevos ojos. Pero, me encuentre donde me encuentre, y con mayor razón si es en el campo, también tengo el hábito de caminar un rato antes de empezar el trabajo, y eso es precisamente lo que no había podido hacer aquel día, no tanto por la lluvia en sí cuanto por el barro, sin que, por otra parte, fuera de la habitación y hasta la hora de la cena, hubiera en toda la fonda otro sitio donde estar que la sala de la tele, circunstancia que sin duda contribuyó a que mi encierro terminase por hacérseme opresivo; una

sensación que nada tiene de raro, en definitiva, si tenemos en cuenta que esa costumbre de pasear por la habitación arriba y abajo, contando los pasos, o mejor, procurando que, con independencia del alcance mayor o menor de cada zancada, sean siete, es una costumbre adquirida en la cárcel o, cuando menos, que empezó a manifestarse en la cárcel, pues bien pudiera ser que, potencialmente, como tendencia, existiese ya antes, y que fue el hecho de estar confinado en una celda lo que la hizo precipitar, de igual forma que la forzada soledad del náufrago en una isla desierta hará aflorar una serie de aspectos de su personalidad insospechados hasta entonces en la medida en que latentes. Por otra parte, el tiempo transcurrido desde mi reclusión en aquella celda permite establecer a posteriori una continuidad entre los diversos momentos dedicados, a partir de entonces, a pasear por la habitación, sea ésta cual fuere, en tal o cual país, en tal o cual período de mi vida, con independencia de las circunstancias concretas propias de cada caso, el nexo de unión que da la coherencia de una cadena a lo que hubiera podido parecer simple acumulación de eslabones: el hecho de que sea aquí en esta modesta habitación de fonda de pueblo, donde, entre paseo y paseo, me encuentro colocando las últimas piezas del edificio que allí empecé a construir, con aquellas primeras intuiciones, intuiciones más que ideas, que de repente se configuraron en un todo concreto y preciso, similar al triángulo que se forma con sólo unir entre sí tres puntos de un plano. No recuerdo la fecha, pero sí el día, la tarde, el instante, tras uno de esos chaparrones que son anuncio de la primavera, contemplando desde la ventana de mi celda el cielo que escampaba, la ventolera que esparcía las nubes como a escobazos, retorciéndolas, haciéndolas girar, igual que sobre el piso de la celda giraban y se retorcían las borlas de polvo, a merced de las insidiosas corrientes de aire. Y como a impulsos de ese mismo aire capaz de introducirse en lo más profundo de una cárcel a la vez que de barrer los cielos, así la exaltación de mi espíritu ante aquellas primeras intuiciones, justo en el polo opuesto de ese estado de ánimo que, como aplacado por las nubes rasas y la lluvia mansa, me poseía la otra tarde en esta habitación cuando opté por abandonar mis notas, con todo y saber, a diferencia de aquella tarde en la cárcel, que la clave de los problemas que afectan a la arquitectura de hoy se halla, no en el ámbito arquitectónico, sino en el hombre.

Carlos apenas si ha cambiado, cosa, me temo, que no es precisamente lo que él habrá pensado de mí. Pasada una primera época en la que, a raíz del proyecto que me había encargado, nos veíamos asiduamente, nuestros encuentros se espaciaron más y más, conforme a ese proceso que con los años se da hasta con los amigos de toda la vida, cuando comprendemos que son justamente esto, amigos de toda la vida pero no de ahora, que ahora nos aburren, que sólo

seguimos viéndolos por la inercia del hábito adquirido. Con todo y habernos ido distanciando, la charla que sostuvimos en el comedor desierto después de la cena, mientras los demás huéspedes se congregaban ante la tele, me pareció como una continuación de cualquiera de aquellas veladas de Rosas o Cadaqués, quince años atrás, el mismo humor solapado del Carlos de entonces, idéntica su actitud irritada respecto al mundo en general y de pesimismo y retraimiento frente a la vida, rasgos todos ellos que no son difíciles de relacionar con un irreconocido sentimiento de ingenuidad burlada, de inocencia herida. Al hablar del motivo de su estancia en Gorgs de la Selva, por ejemplo, lo hacía más como espectador curioso que como actor incluido en el reparto, interesado no tanto en los problemas que allí se ventilaban cuanto en cómo se ventilaban, en la actuación de cada uno de los presentes, en el espectáculo desplegado en torno a la agonía de un viejo, un viejo que, al parecer, en la confusión del tránsito, se creía situado ya en el otro mundo, incrementando así el ambiente de incertidumbre que se respiraba entre los familiares, dado que ninguno de sus potenciales herederos osaba decirle la verdad acerca de la situación económica que les legaba, ponerle al corriente del fracaso de sus proyectos relativos a la instalación de un gran polígono industrial en las tierras próximas a la autopista que había ido comprando, maniobra especulativa de altos vuelos a la que durante años había dedicado toda su capacidad y que ahora, en el último momento, cuando el viejo se hallaba ya fuera de juego, alguien con poderes superiores o de mayor alcance que los de un cacique rural, no subordinados, como los de éste, al término del municipio, alguien, esa instancia de localización imprecisa aunque sin duda más alta, había desbaratado por completo al ganarle por la mano, al hacerse con el bocado, al llevarse el polígono industrial a otro emplazamiento, con lo que las tierras del viejo habían vuelto a su primitivo valor agrícola. Una situación que, si bien no era ni mucho menos de bancarrota, suponía ciertamente, desde el punto de vista de los herederos, una sensible pérdida de imagen, acorde con la diferencia que media entre acceder al imperio económico soñado y repartirse entre muchos los despojos que deja a su muerte un rico propietario de pueblo. Y así como para nadie es más dura la muerte que para los inmortales, así el reparto de una herencia que se creía de fábula y resulta no serlo, origina tal vez mayores tensiones entre los herederos que si realmente hubiera sido de fábula, todos poseídos por el afán de lograr una parte del reparto lo más aproximada posible a la idea que sobre lo que iba a ser esa parte se habían hecho, a unos cálculos previos que ahora habrá que traducir en términos de tierras de cultivo, ganado, maquinaria agrícola y, sobre todo, la rectoría, ese edificio gótico contiguo a la iglesia que el viejo había comprado, restaurado y acondicionado con

la meticulosidad con que el fundador de una dinastía organiza el asentamiento de la casa pairal de las generaciones futuras.

Carlos quería dejar bien sentado, era obvio, que su interés en todo aquello no era otro que el de mirón, el de alguien ajeno por completo a cuanto allí se ventilaba, el de una persona que sabe observar y sacar conclusiones; eso, estaba claro. Pero desde el principio tuve la impresión de que había algo más, de que cuanto estaba contando no dejaba de ser una forma de ganar tiempo en espera del momento propicio para hablarme de algo que le afectaba mucho más directamente, y cuando abandonamos el comedor porque había acabado el programa de la tele y ahora podíamos instalarnos a nuestras anchas en la salita vacía, ante la chimenea, comprendí que ese momento había llegado, que finalmente la conversación iba a centrarse en sus verdaderas preocupaciones: el joven Carlos, su hijo, un hijo que súbitamente se les acababa de revelar poco menos que como un desconocido. Al parecer, tras una noche en la que, sin previo aviso, el chico no durmió en casa, y temiendo que anduviera metido en política, registraron sus cosas por si hallaban papeles susceptibles de comprometerle. Ignoro hasta qué punto sus temores eran reales, hasta qué punto personas como Carlos y Aurea pueden olvidar que, a la edad del chico, pasarse una noche fuera de casa sin previo aviso no tiene nada de raro, hasta qué punto esta clase de olvidos son algo más que un pretexto para curiosear en algún que otro punto oscuro de la vida de los hijos; sea cual fuere el tipo de inquietud que la conducta del chico les hubiera hecho abrigar –y me extrañaría que se refiriese al ámbito de las actividades políticas clandestinas–, sus motivos de alarma se vieron plenamente satisfechos con la lectura del diario íntimo que encontraron, de aquellas fotocopias que Carlos me bajó de su cuarto para que les echase un vistazo. Pues esto era en definitiva lo que Carlos deseaba pedirme, lo que probablemente había estado sobrevolando su pensamiento mientras me exponía los motivos de su presencia en Gorgs de la Selva: que leyera el diario y, prescindiendo de cuantas inexactitudes y deformaciones contenía, le diera mi opinión acerca del resto, acerca de la personalidad de quien era capaz de escribir semejantes cosas, y más en general, y me supongo que por encima de todo, qué podía o debía hacer él, malparado como quedaba así en su calidad de padre del autor como en su papel de malo de la historia. Se daba la circunstancia, por otra parte, de que yo era una de las personas que aparecía en las páginas del diario, y la particular deferencia con que se me trataba permitía suponer no sólo que estaba especialmente calificado para entender al chico, sino también, eventualmente, para ejercer sobre él una influencia beneficiosa; esto fue cuando menos lo que Carlos subrayó implícitamente al despedirnos, antes de que cada uno se retirase a su habitación, a

manera de avance sobre la lectura que iba a emprender, quién sabe si con ánimo de aguijonear mi curiosidad, de estimular mi sentido de la responsabilidad o, simplemente, por añadir algo, víctima una vez más de esa tendencia suya a dar explicaciones innecesarias, a justificar lo que no precisa justificación alguna.

Conozco a Carlos; mejor dicho: conozco bien las reacciones de Carlos. De ahí que, así como la presencia de una violación o un crimen en determinada obra de ficción puede ser interpretada por un lector proclive a las explicaciones sicoanalíticas como la solución de un conflicto en el inconsciente del autor, el asesinato simbólico del padre, por ejemplo, o viceversa, la castración, la violación moral o física del padre y el asesinato de la madre, así, de modo semejante, determinadas actitudes y reacciones de Carlos, próximas con frecuencia a la fobia, no eran otra cosa, se diría, que la personalización de determinados daños y ofensas que tenían el don de reactivar otras ofensas y daños sufridos en su propia carne, por más que él ni tan siquiera se lo hubiese formulado en estos términos, olvidadas o rechazadas como a buen seguro las tenía en virtud de esa irreprimible propensión a mantener en secreto los secretos que humillan. El resultado de todo ello quedaba reflejado en el carácter con frecuencia contradictorio de su conducta, amable hasta el exceso en privado, entre amigos, y retraído en público; tímido a la vez que capaz de las mayores impertinencias, de crudezas expresivas que difícilmente podían escapar al calificativo de groseras; poco brillante o incluso torpe, llegaba no obstante a resultar llamativo por su mordaz agresividad cuando el curso de la conversación le permitía dar rienda suelta a sus fobias. Argentina y los argentinos, pongamos por caso, país en el que había transcurrido una buena parte de su vida. Pero también Cataluña y los catalanes, la tierra en la que había nacido, la gente entre la que se había criado, ahora blanco predilecto de sus sarcasmos, como por ejemplo cuando se complacía en destacar la singular fealdad del pueblo catalán, en agudo contraste con la belleza de sus paisajes naturales por una parte y con el físico notoriamente más favorecido de los pobladores de las tierras limítrofes por otra, rasgo característico que a su entender, parodiando a Pidal, se hallaba en el meollo de numerosas solicitudes en apariencia incongruentes de la historia de Cataluña, hechos tales como la política sucesoria de Jaime I, tendente a crear reinos tapón en torno a lo propiamente catalán –Valencia, Mallorca, cesión de territorios ultrapirenaicos a San Luis de Francia y de Murcia a San Fernando de Castilla– al objeto de aislar al máximo el fenómeno y de impedir su propagación. De forma similar, fobia a los maricones y, al mismo tiempo y al margen de una general predisposición misógina, fobia a determinadas mujeres, tanto más violenta cuanto más atractivas y sofisticadas, el prototipo de las

cuales parecía haberlo encontrado en ese peculiar producto femenino –según sus palabras– que circula por Cadaqués, esas mujeres tipo maniquí ralentizadas por el propio narcisismo así en sus funciones intelectivas como en la actividad sexual, ámbito éste en el que la peculiar viscosidad de sus partes húmedas, fría como si de un tajo de pescado crudo –también en sus palabras– se tratase, difícilmente permite esperar que alcance, a manera de orgasmo, algo de intensidad superior a la de un bostezo. Y como con las mujeres o los maricones, con los curas y los comunistas, una nueva fobia repartida entre lo que su padre odiaba y lo que su padre fue y tal vez él mismo estuvo próximo a ser en la inmediata posguerra, una contradicción acaso lo suficientemente explícita en su dualidad antagónica para ayudar a echar luz sobre los restantes factores que daban lugar a reacciones emocionales agrupadas por pares contrapuestos, producto, en última instancia, de un antagonismo interior, de una bipartición conflictiva que sería en exceso simplista pretender reducir a hipótesis tales como la de que Carlos se sentía ignorado por las mujeres hermosas o incapaz de reaccionar ante sus estímulos o rebajado en su masculinidad por alguna antigua vejación homosexual, cuando no por un homosexualismo reprimido, etcétera. Afirmaciones o diagnósticos que no podían rebasar los límites de mero enunciado sin valor probatorio para quien, como yo, había conocido a Carlos cuando ya era el Carlos de ahora, un hombre sujeto a impulsos contradictorios que, dentro de una general tendencia a neutralizarse mutuamente, explicaban sus altibajos, una inestabilidad cuyo intrincado origen, si se me pidiera que también lo explicase, tendría que inventarlo.

Al día siguiente, como cumpliendo un acuerdo tácito, volvimos a encontrarnos en el comedor, recluidos a causa del tiempo no menos que la víspera, un día impregnado de bruma lluviosa que, a juzgar por la luz mortecina, se diría estancado en el amanecer. Por razones obvias preferí hablarle del manuscrito más que de su autor, un joven al que recuerdo vagamente de verle por Rosas, uno de esos chicos silenciosos y de aspecto sensible que resultan más bien pegadizos, con pocos puntos en común, a primera vista, con la imagen que de sí mismo brindaba a través del diario, aunque, invirtiendo los términos de la relación, partiendo del texto en lugar de partir de la realidad, costaba poco trabajo creer en su capacidad de parecer a los ojos de los demás lo que se hubiera propuesto parecer. La cuestión quedaba no obstante soslayada con sólo plantear las cosas correctamente, con sólo considerar el manuscrito como lo que realmente era, no un diario íntimo sino una obra de ficción escrita en forma de diario. En efecto: dejando a un lado el hecho de que determinados aspectos de lo narrado respondan o no a una base real, lo importante, lo que lo define como falso diario, como obra de ficción, es el hecho de que se

halle estructurado a manera de relato, en torno a un argumento construido conforme a determinados ritmos, a determinadas líneas maestras, ya que la vida carece de argumento, de esa abstracción, temática desarrollada en función de un plan previo que constituye lo que se llama argumento, abstracción a priori cuya presencia se basta para caracterizar una obra como obra de ficción, de igual forma que la abstracción a posteriori caracteriza al diario, al libro de memorias o de carácter documental, en una palabra, a la historiografía. La relación que a través de la ventana establece el yo narrador con Aurea, por ejemplo, constituye un eje narrativo que resultaría del todo inverosímil en un verdadero diario, en un libro donde teóricamente va siendo anotado lo que pasa cada día, sin que sea posible prever –a diferencia de lo que sucede en una novela– lo que el autor reseñará al día siguiente ni, en consecuencia, destacar y dar especial relieve, o simplemente seleccionar, un hecho ya producido en función de otro que aún se ha de producir. Dicho en otros términos: en la vida cotidiana van pasando cosas, y esas cosas son susceptibles de ser reseñadas en las páginas de un diario, pero esa sucesión de acontecimientos es algo que nada tiene que ver con un argumento. Así, esa disquisición sobre la naturaleza de la belleza física con la que se abre el diario denota ya la existencia de un plan previo, establecido con anterioridad al encuentro casual que el yo narrador anuncia haber tenido con Aurea, un encuentro que sólo deja de ser nimio en relación a lo que sucederá después, al papel de hilo conductor que ha de jugar respecto a la trama argumental apreciada en su conjunto. Un problema de estructura narrativa que es también, así pues, un problema de tiempo, de tiempo del relato a la vez que de tiempo del autor en la medida en que atañe a la posibilidad o imposibilidad que éste tiene de organizar sus materiales según se trate, respectivamente, de una obra de ficción o de una obra, como es un diario íntimo, que en principio ha de ceñirse a lo acontecido en el curso del día. No es de extrañar, en este sentido, que las obras de carácter autobiográfico más interesantes, si no desde un punto de vista testimonial, sí al menos desde un punto de vista literario, son aquellas que se estructuran en una trama coherente así en el terreno argumental como en el estilístico, esto es, las más elaboradas, las que más y mejor toman sus distancias respecto a la realidad objetiva, cosa que no sólo implica forzosamente un premeditado propósito de falseamiento, sino que con frecuencia permiten el acceso a una realidad más profunda, y buen ejemplo de ello lo tenemos en Rousseau, citado, por cierto, por el presunto autor de nuestro presunto diario íntimo.

Otro aspecto importante, relacionado con lo que antecede, es el de las influencias que se perciben en el texto. Pues así como todo escritor en ciernes empieza plagiando, tomando como referencia no sus

experiencias personales sino una obra determinada que, consciente o inconscientemente, le ha impresionado en especial, incidiendo en sus planes creadores no menos que en otros órdenes de su vida, y sólo más adelante, con el tiempo, su obra irá emancipándose, cobrando entidad autónoma, generando una órbita propia, así, de modo semejante, las influencias que se perciben en nuestro presunto diario íntimo no pertenecen al campo de los escritos de carácter biográfico sino al de la novela y, más concretamente, en lo que se refiere al estilo, no es difícil descubrir la huella de Luis Goytisolo: esas largas series de períodos, por ejemplo, esas comparaciones que comienzan con un homérico así como, para acabar empalmando con un así, de modo semejante, no sin antes intercalar nuevas metáforas encabalgadas, metáforas secundarias que más que centrar y precisar la comparación inicial, la expanden y hasta la invierten en sus términos, no sin antes sentar las bases de nuevas asociaciones subordinadas, no sin antes establecer nuevas relaciones de concepto no más afines entre sí, y nuevas asociaciones de apariencia no menos coloidal, que el mercurio y el azufre que mezclan los alquimistas. La misma forma elegida, el diario íntimo, la ficción encubierta por un testimonio, no deja de ser un recurso literario de segundo grado, un procedimiento que permite dar objetividad a lo subjetivo, convirtiendo al protagonista, al yo narrador, en una especie de cronista o testigo que da fe de lo narrado gracias al uso de la primera persona. El resto, los elementos añadidos que aparecen como reales sin serlo, las deformaciones, mutilaciones y falsificaciones de la realidad, todos esos detalles que tanto preocupaban a Carlos, tienen validez únicamente para él, que es el padre del autor; me imagino que en el contorno de todo novelista, y tanto más cuanto más próximas sean las personas que se sienten aludidas, debe de pasar lo mismo. En definitiva, sólo una persona situada como él se halla situado, respecto al autor en el plano real y respecto al protagonista en el de la ficción, está capacitada para entender el alcance de sus alusiones y apreciar sus imposturas, cuestiones tales como la de los motes que aplica a la mayor parte de los personajes, empezando por sus propios padres; o los actos que atribuye a éstos, los líos de Carlos con su secretaria o la historia de que Aurea estuvo a punto de fugarse con un chipriota o maltés que conoció en el curso de un crucero por el Mediterráneo que en realidad nunca hizo; y, más en general, la magnificación de los factores ambientales, como si llevaran un tren de vida propio de millonarios, que, por desgracia –puntualización de Carlos–, dista mucho de ser el nuestro. En cuanto a las fantasías eróticas, si son otra cosa que esto, las fantasías de un narciso, serían reflejo de una realidad vergonzosa por ambas partes, si bien, por tratarse de mi hijo, tal vez me repugne más su exhibicionismo degradante, su inmadurez sexual, que la

morbosidad climatérica de la Aurora esa, que así es como verdaderamente se llama o llamaba la vecina de enfrente, Aurora y no Aurea, confusión fonética que más bien me tranquiliza, pues parecería confirmar tu impresión de que todo lo que ahí se cuenta es cuento. Y de que, añadí yo, su objetivo al introducir las modificaciones que introduce así en los factores ambientales como en los hechos de base real no es otro que el de suscitar la repulsión del lector, del lector en general además de un lector o unos lectores en concreto, la persona o personas a las que va dirigida la obra aunque el autor tal vez ni lo tenga en mente, suscitar su repulsión, ofender su sensibilidad, causar escándalo, apuntando siempre no a expresar la realidad cotidiana sino a vulnerarla, quién sabe si en su afán adolescente de afirmar la propia personalidad, objetivo que, en todo caso, hay que reconocerlo, parece plenamente alcanzado. Otro tanto en favor del texto, así en lo que concierne a su carácter de obra de ficción como a las dotes literarias que denota, es la distancia que le separa del clásico diario íntimo que tanta gente empieza y –para bien de la sufrida humanidad– tan pocos acaban y publican, ese diario plagado de incisos relativos a uno mismo en el acto de escribir, su perplejidad, la sensación de vacío que experimenta, vacuidades con las que el desdichado autor pretende llenar, junto con las cuartillas, la vacuidad real de la propia existencia.

Convencido en parte y en parte tal vez prefiriendo aparentar que lo estaba, prefiriendo eludir la exposición de unas preguntas cuyo mero enunciado sin duda le atormentaba, Carlos hizo como que daba por buenos mis argumentos, como que asentía en líneas generales, aunque no sin ciertas reservas. Lo curioso, dijo a modo de comentario final, es que por las fechas en que acaba el diario, vamos, el falso diario, no hará ni dos semanas, la Aurora esa estaba muerta, aunque entonces el portero aún no lo supiera: asesinada en Manila, en la habitación del hotel, donde, una mañana, la encontraron tendida sobre la cama, desnuda y con la garganta obscenamente abierta; una muerte muy consecuente con lo que por lo visto había sido su vida. Lo que sí me confirmó el portero es lo que cuenta el chico: que subieron juntos al piso porque el chico decía que acababa de hablar con ella, que ella lo estaba esperando. Y me puso en antecedentes sobre la clase de persona que era aquella mujer, que había abandonado al marido y a un hijo para vivir su vida.

Hay obras, un texto, un cuadro, un ámbito arquitectónico, que generan material onírico, que se integran en nuestros sueños provistos de un significado aparentemente insólito, en función de valores totalmente distintos de los que les son propios, producto, se diría, de las manipulaciones de un ilusionista. Si bien tal facultad no es sinónimo de calidad artística, si ni tan siquiera va ligada al hecho de que la obra en cuestión responda o no a lo que llamamos nuestro

gusto, es indudable, no obstante, que alguna cualidad, así en el orden formal como en el conceptual, debe de poseer, seamos o no conscientes de ello, para despertar en nosotros semejante género de impresiones y sugerencias. Y esa cualidad, sea cual fuere su naturaleza, la tuvo para mí nuestro falso diario íntimo, ya que, aquella noche, tras acabar su lectura, tuve un sueño que, si bien en principio no parecía guardar relación alguna con esa lectura, yo sabía que sí, que la conexión existía, que aquel Guayaquil de mi sueño estaba directamente relacionado con el relato del joven Carlos, un Guayaquil cuya imagen, cuanto más intentaba retenerla, más rápidamente se desvanecía, un Guayaquil que ya ni tan siquiera era Guayaquil sino una ciudad llamada Ecuador. No sin cierta desorientación, yo discutía apasionadamente con otros arquitectos, airadamente incluso, en defensa de la espléndida arquitectura colonial, por más que Ecuador tuviese poco que ver con la arquitectura colonial, siendo como era una ciudad tipo Manchester, un brumoso conglomerado de suburbios desprovisto por entero de atractivo. Nel mezzo del cammin di nostra vita, dijo alguien. Y yo intenté desembarazarme de quienes me sujetaban para evitar que agrediese al otro, a otro, tal vez al que había hablado. ¿Y por qué la ciudad se llamaba Ecuador?, pensé al despertar. Y fue quizá la primera respuesta, que se me ocurrió, relacionada con la cita de Dante, lo que, al propio tiempo que se me ofrecía con la claridad de un enunciado, me hizo olvidar no sólo el resto del sueño sino asimismo el nexo de unión que la vinculaba con la lectura de la víspera.

No menos significativa me parece la circunstancia de que estos girones de sueño me sugiriesen de inmediato otro sueño que tuve, si no me equivoco, cuando me iniciaba como arquitecto, un sueño que era a su vez –ésa fue al menos la sensación que experimenté al tenerlo– repetición o variante de otro anterior cuya fecha no sería difícil de situar en las imprecisas coordenadas que rigen el recuerdo de la propia niñez, ya que igualmente pudiera tratarse de algo que había imaginado despierto, sin que por ello pierdan importancia ni el hecho de haber guardado en la memoria un dato que se diría tan trivial, ni el de que, incluso sin saber la causa, ahora, tantos años después, lo hubiese asociado a los residuos oníricos que tenían por escenario esa ciudad llamada Ecuador; un sueño que el paso del tiempo había reducido en su secuencia a series de imágenes fijas, instantáneas como de archivo en las que Barcelona, sea por una subida del nivel del mar, sea por una generosa respuesta divina a las preces ad petendam pluviam, sea por una sabia combinación de ambos factores, aparecía totalmente anegada, la limpia orilla, similar en su quietud a la de un lago, reflejando las plantas del jardín de casa, y allá abajo, a profundidad más bien uniforme, la ciudad intacta, sus calles y plazas,

sus edificios, sus árboles mecidos por las corrientes marinas igual que lo haría el aire, el tibio sol que traspasaba las aguas bañándolo todo, réplica del cielo, con sus azules y sus borrones de nubes, la lisa superficie.

Saltos que nos retrotraen en el tiempo, sueños que nos remiten a otros sueños y que, con todo y manifestarse de forma casi simultánea en los primeros segundos que siguen al despertar, terminan por perderse en las áreas de lo que se ha olvidado, de lo que se halla más allá de cualquier impresión consciente así sensitiva como selectiva, sin apelación posible en su falta de certeza cuantas interrogaciones queramos formularnos, cuestiones tales, por ejemplo, como la de si no habrá un principio común a hechos tan dispares como pueden serlo un sueño de infancia y mi temprana vocación de arquitecto. De ahí que la otra mañana, a continuación de la serie asociativa generada por una noche de sueño inquieto, a manera de remate a la vez que de síntesis reflexiva de semejante acumulación de generaciones en tan pocos instantes, viniese a mi memoria La Ciudad Ideal, un dibujo de autor anónimo así titulado que no veo desde hace años y sin embargo recuerdo con todo detalle, probablemente la obra de un loco, mezcla de plano y vista panorámica de una ciudad, realizado en tinta china e iluminado con diversos colores, al modo de los grabados de ciudades hechos con anterioridad a la invención de la fotografía y como ellos salpicado de números que, a pie de página, dan cuenta del carácter y nomenclatura de los elementos urbanos señalizados. La ciudad, de perfiles decimonónicos a juzgar por el peculiar barroquismo de determinados edificios, dibujados con toda la minuciosidad característica del arte naïf, ofrece una estructura urbanística concéntrica: un recinto amurallado en forma de dodecágono regular, con nueve paseos de ronda inscritos uno dentro de otro en proporción decreciente, y cuatro avenidas transversales que confluyen en el centro geométrico del perímetro. En ese centro, de superficie circular, se encuentra, rodeada por un foso, la Ciudadela, un conjunto de palacios y templos dominados por una enorme torre principal denominada Torre del Tiempo; una de las notas a pie de página especifica que la sombra que proyecta dicha torre, al girar de poniente a levante en el curso del día sobre diversos tramos de los paseos de ronda –de izquierda a derecha en el plano–, marca las horas a manera de gigantesco reloj de sol en el que el zenit coincide con la propia torre, quedando la totalidad de la ciudad dividida en áreas de luz y áreas de sombra, áreas alcanzadas por la sombra de la torre y áreas no alcanzadas, con la particularidad de que son las áreas de sombra las que corresponden al transcurso del tiempo y las de luz las que escapan a su paso. Los colores utilizados para iluminar determinados puntos son todos ellos compuestos –verde, malva, anaranjado–, aunque sobre

la ciudad, en segundo plano, a modo de proyección vertical del paso del tiempo, se extiende un amplio arco iris en el que se dan cita los siete colores del espectro, la Torre del Tiempo apuntando a su mitad como la aguja de un reloj que marca las doce. Supongo que otro factor propició el que la otra mañana, instantes después de aquellos sueños, recordara justamente este grabado: el hecho de que su propietario no sea otro que Carlos, el padre del autor de nuestro presunto diario íntimo.

EL VIEJO DE LOS PERROS. Comparar la vista panorámica que se nos ofrece desde lo alto de un monte con una de esas miradas retrospectivas que en determinados momentos echamos sobre el propio pasado constituye un acierto en más de un sentido. Lo de menos es hablar del tiempo en términos de espacio, referirse a lo no visible en términos de lo visible, analogía que en cierto modo viene forzada por la falta de otra mejor; los elementos determinantes del carácter de la imagen son de otro orden, pertenecen no tanto al paisaje circundante, sea éste cual fuere, cuanto a la engañosa impresión de dominio que experimenta la persona que lo contempla, el caminante que ha llegado hasta allí llevado por el deseo de contemplarlo desde una posición de privilegio y que cree estar haciéndolo, sin caer en la cuenta de hasta qué punto se le ocultan, no ya los recovecos y pequeños accidentes del terreno, sino asimismo los grandes valles que yacen tras las montañas interpuestas y, lo que es más, la verdadera naturaleza de esas montañas de menor altura que nuestro caminante verá reducidas a imágenes planas, desprovistas de las estribaciones, contrafuertes y macizos transversales que le dan relieve. Y así, a semejanza de ese panorama que se extiende ante la vista de nuestro caminante, con no menos recovecos ocultos, valles olvidados y volúmenes montañosos reducidos a perfiles, las miradas hacia atrás de la memoria, su ilusoria visión del pasado a partir de las concretas connotaciones de la realidad presente. Pues así como el hombre cuya madre murió cuando era niño fijará la imagen que de ella tenga en ese período que no recuerda del que sólo quedan fotografías, la imagen de una mujer eternamente joven y bella, mientras que el padre, para quien el tiempo siguió corriendo, será para siempre el viejo extravagante que fue en sus últimos años, anulados los recuerdos anteriores por los finales, el de una bella joven casada con un viejo, así las reconstrucciones de la memoria, sus tretas y sus trampas. A papá, por ejemplo, lo recuerdo no sólo tal cual era en la última época de su vida sino además, supongo que a causa de un mecanismo asimilable al que rige los sueños, preferentemente en Santa Cecilia. En la glorieta, por la

mañana, leyendo el periódico. O por la tarde, emprendiendo uno de sus paseos, acompañado por los perros que habían acudido a sus voces de llamada, una pequeña jauría de perros que brincaban y retozaban a su alrededor, felices por la llegada del esperado momento, excitados por sus palabras de estímulo, por los trozos de galleta que siempre les caían, por las piedras que les arrojaba camino adelante, perros cuyos nombres conocía como ellos podían conocer su olor, mientras que para mí, detenido en el recuerdo de los perros de cuando era niño, sus nombres no eran más fáciles de identificar de lo que lo eran sus cuerpos en el revuelo que armaban por hacerse con la piedra lanzada camino adelante. Volverían al atardecer, sosegados los perros, en rebaño, y él con ese automatismo meditabundo del que camina no sólo con el pensamiento sino hasta con la vista puestos en otra cosa, no tanto la visión de un pasado lleno de fracasos cuanto de un futuro halagüeño, consideraciones probablemente relativas al porvenir que había ganado para sus hijos gracias al hecho de haberse quedado en su día, y en cumplimiento de sus deberes de primogénito, con la casa pairal, con Santa Cecilia, a cambio de otros bienes de valor equivalente cedidos a sus hermanos, hoy todo perdido por todos salvo Santa Cecilia que, adquirida como por obligación y preservada como un milagro de tantas adversidades y, sobre todo, de tanto mangante, parecía destinada, ahora que el valor de las fincas había subido una enormidad, a ser algo así como la hucha de su descendencia. Pero, haciendo gala del mismo optimismo que le llevaba a considerar la atracción magnética que su personalidad ejercía sobre determinado tipo de estafadores como un hecho fortuito, haciendo gala de este mismo optimismo, compensatorio a todas luces de un pesimismo más profundo, lejos del catastrofismo masoquista que, al dictado de otra clase de temperamento, suele llevar al hombre derrotado por la vida a la exaltada contemplación de sus repetidas y multiplicadas derrotas, a convertir en dedicación principal y hasta en profesión la defensa de sus de antemano perdidas querellas, y en único placer el barruntar venganzas por todas y cada una de las ofensas y humillaciones recibidas, lejos de todo ello, papá prefería ensimismarse en la meditación de las enormes posibilidades de hacer fortuna que nos legaba, en los cálculos a los que razonablemente daba derecho a entregarse el examen de tales posibilidades, rescatado por medio de sus ensoñaciones sobre el futuro de Santa Cecilia de los sinsabores pasados, de los errores cometidos, de las estafas de las que había sido víctima. Tal vez eso baste para explicar el que, al poco de su muerte, le soñase ya enfermo pero todavía vivo, y no en Barcelona sino en Santa Cecilia, en su habitación, metido en cama, pidiendo a Margarita que le quitara los anillos, el sello, la alianza, diciendo luego es peor, hija. Claro que tampoco fue Margarita la que estuvo a su lado los

últimos días, sino Rosa.

Algo hay, no obstante, en una casa pairal, en la propia palabra pairal, incluso, con entidad suficiente como para justificar la huella que indefectiblemente deja en cuantos a ella se hallan vinculados. Un algo consustancial, se diría, el espíritu que les dio vida, casas que el fundador de la dinastía construye para sí y los suyos, y cuyo destino no parece ser sino el de convertirse, no ya en escenario de las vicisitudes que ha de atravesar la suerte de la familia, sino en verdadero símbolo –cuando no en artífice– de su decadencia. Como resultado de ese mutuo sometimiento de la casa al apellido y del apellido a la casa, tarde o temprano se produce una solución de continuidad que afecta a la casa en grado no menor que al apellido. Así, la bancarrota familiar, tras quiebras, embargos y, eventualmente, una venta en pública subasta, tiene un reflejo inmediato en la casa pairal, ya que el comprador, con todo y codiciarla, con todo y estar posiblemente necesitado de un marco ambiental que dignifique con su antigüedad una fortuna de nuevo cuño, no dejará por ello de introducir en la casa toda clase de reformas, de intentar acomodar la vieja estructura al gusto de hoy, cambios que forzosamente han de romper la anterior coherencia de esa estructura, la finalidad que cada cosa cumplía respecto al modo de vida de sus primitivos habitantes, una finalidad de significado no menor –como heredado junto con la titularidad para quien allí se hubiera criado– a la de cualquier otra de sus características arquitectónicas, y entonces la suerte de la casa entra en una nueva fase, por lo general más acelerada, más sujeta a los avatares del dinero rápido, a su acumulación y a su disipación, de forma que fácilmente termina por convertirse en un lastre tan incómodo y falto de sentido que casi lo mejor es deshacerse de ella, apta como es para casa de reposo o sanatorio o colegio internado, lo que sea, con lo que la vida de la casa pairal alcanza el término de su ciclo.

Pero incluso cuando no se plantea este tipo de situación límite y la propiedad no cambia de mano, llega el momento, propiciado por las modificaciones que el propio paso del tiempo imprime así en el ritmo como en las formas de vida, en que la tarea de remozar la casa pairal se hace poco menos que inevitable, en especial si lo que se pretende es salir al paso de toda posible interpretación que asocie el abandono de la casa a la ruina de la familia. Si en Santa Cecilia se llevó a cabo y en Vilasacra no, fue simplemente porque en este caso faltó la persona idónea, porque Jaime no era Joaquín, aparte de que la propia estructura de Vilasacra, anterior y menos permeable a la moda que la de Santa Cecilia, contribuye sin duda a su salvaguarda. Frente a ese exterior de masía importante que ofrece Vilasacra, tradicional, o mejor, atemporal en su acondicionamiento a la función de residencia

campestre de una buena familia barcelonesa, Santa Cecilia parece más bien una fantasía muy fin de siglo, así en lo que se refiere a la casa propiamente dicha, una villa italianizante que casi sorprende encontrársela en pleno campo, como por el carácter de sus dependencias, destinadas, se diría, a usos industriales antes que agropecuarios, cosa que no deja de ser normal tratándose de una explotación agrícola organizada conforme a los criterios de modernidad y mecanización imperantes en la época del abuelo. De ahí que, si por una parte las reformas realizadas por Joaquín, la transformación de una finca agrícola, fundamentada, cuando menos teóricamente, en el rendimiento económico de sus instalaciones, en finca exclusivamente de recreo, se bastaban para hacer salir de su tumba a un Catón, por otra, su intento de modernizar y hacer confortable lo que no era moderno ni confortable, no podía dar mejor resultado que si lo hubiese aplicado a los interiores vaticanos. Cierta conciencia de esa contradicción debía de pesar sobre el ánimo de Joaquín, a quien no le falta sensibilidad plástica, ya que, si al comienzo de las obras más bien parecía temer mis posibles intromisiones, lo que luego le irritaba, según iban siendo desarrolladas, era justamente lo contrario, que me inhibiera, preferir que todo quedase tal cual. Y es que una reforma interior no es sólo una reforma del interior de una casa, la creación de unos nuevos espacios en los que la memoria no sabrá encontrar su sitio, sino algo que también afecta al contexto, a la relación que guardan entre sí las diversas partes de un conjunto, a dependencias y cultivos abandonados, al propio jardín, cuyo papel acaba por ser olvidado. Claro que esta clase de fenómenos tienden a darse no sólo cuando la casa pairal es bruscamente remozada, sino también cuando se ve sometida a un lento proceso de esclerosis, de atrofia progresiva, como Vilasacra. En ocasiones es suficiente un simple paseo por el jardín para captar estas cosas, con independencia de que estén o no descuidados, algo que se respira tanto en el jardín de Santa Cecilia como en el de Vilasacra, por diferentes que sean sus respectivos olores, el de la vegetación, el de la tierra, de igual forma que un perro distingue el olor del muerto del olor de la muerte; más húmedo, como a musgo y mantillo, el de Vilasacra, como corresponde al tipo de jardín que es, más frondoso además de más romántico y sofisticado, con sus magnolios y sus tejos, sus avenidas de tilos y sus macizos de laureles; más aromático el de Santa Cecilia, acorde también con sus particulares características, parque natural más que jardín, con glorietas y senderos escalonados, arriates de hiedra y borduras de romero, palmeras chinas que gradualmente van siendo sustituidas por encinas y pinos, de forma que, cuando uno cae en la cuenta, se encuentra ya en el bosque. Lo único que ambos lugares tienen en

común es esa atmósfera a la que me refiero y que yo relacionaría, más que con olor alguno, con una sensación de silencio y vacío, una sensación de olvido susceptible, se diría, de ser captada por el propio jardín. Esa floración desordenada de los magnolios de Vilasacra, prolongación otoñal de la primavera o simple confusión de estaciones que, tal una persona con los sentidos alterados por la fiebre, a semejanza de un hombre próximo a la muerte, no parece indicar sino que el árbol delira, que, perdido el norte, se entrega a las extravagancias de un enajenado. O, como en Santa Cecilia, aquel enorme pino que, gracias probablemente al considerable tamaño que ya entonces alcanzaba, fue respetado cuando el abuelo hizo construir las dependencias agrícolas, un pino, idéntico a sí mismo a través del tiempo, que se alzaba detrás de los establos, por encima de los tejados, como si del elemento principal de un ex libris se tratase, hasta que, no hará más de dos o tres veranos, encaneció de súbito y hubo que cortarlo; uno de esos veranos extremadamente secos que suelen ser para los grandes árboles lo que los inviernos rigurosos para la gente de edad.

Entre la muerte de papá y el inicio de las reformas emprendidas por Joaquín hay un período que, con todo y ser relativamente próximo, apenas si recuerdo, a menos que me lo proponga expresamente. Narcís, el hombre que llevaba Santa Cecilia desde antes de que yo naciera, murió pocos meses después que papá, y los de abajo –como llamábamos a los masoveros y mozos, debido, supongo, a que las dependencias quedaban al pie de la colina, separadas de la casa por el jardín, aunque tampoco hay por qué excluir una connotación más simbólica– se dispersaron: la familia del Narcís por un lado y cada uno de los mozos por otro. Fue entonces cuando hicieron su aparición la Dama de Elche y los suyos. La idea era que se encargaran de los cultivos en sustitución del Narcís, ya que ni a Joaquín ni a mí se nos ocurría solución mejor ni podía ocurrírsenos, sumido como estaba Joaquín, recién llegado del exilio, en sus problemas políticos, y yo en los profesionales, sin ganas siquiera –yo cuando menosde acercarme a Santa Cecilia, unas ganas, por cierto, que todavía no he recuperado. Ahora no sabría decir cómo llegaron, por recomendación de quién, pero el caso es que allí estaban, ella, el marido y algún que otro hijo o yerno con sus respectivas mujeres, hijas y nueras, y un montón de críos, dispuestos a todo, conscientes de que hasta la propia muerte les allanaba el camino. Ella es como si fuera su abuela, dijo el largo y tétrico marido con una sonrisa de oreja a oreja. Y, aunque no lo hubiera dicho explícitamente, bastaba una primera impresión de conjunto para darse cuenta de que, en efecto, la importante era ella, una mujer de cerca de Ponferrada casada con un andaluz que, de años que llevaban juntos, hablaba con un acento como de gallego, él, el

largo y tétrico marido, que era de Porcuna, un acento similar al de los hijos, nacidos ya en Ponferrada, mientras que el yerno y la nuera, hermanos entre sí, venidos también de Porcuna, conservaban el acento andaluz pese a llevar su tiempo en Cataluña, lo mismo que algún que otro concuñado que acababa de llegar, o al revés, los que acababan de llegar eran los hermanos, que no eran de Porcuna sino del pueblo de al lado, detalles que nunca llegué a dominar, pero que para ellos parecían tener gran importancia. Ni tan siquiera supe nunca con exactitud su número, cuántos eran en total, pues a veces llegaban más yernos o hermanos del yerno con el fin de ayudar, chicos hábiles sobre todo con el hacha, de cuyo filo hubo que salvar cuando menos el jardín; también planteó sus problemas la alimentación de las gallinas y conejos que se habían traído, por no hablar de las cabras. Entre los vecinos no tardó en creárseles cierto mal ambiente; se quejaban de que no devolvían las herramientas y utensilios tomados en préstamo, de que habían pillado a los críos robando en el huerto. Entonces los de Porcuna venían como en procesión, ella presidiéndola aunque no pronunciara palabra, desgarradora en su dolor, en su amor propio ofendido: la marginación de la que eran objeto, las vejaciones que se les infligían, los desprecios. Nosotros somos como sus abuelos, decía el largo y tétrico marido, las orejas en forma de asa destacando sobre su breve cráneo, no mucho más grande que el de un cretino. Y a continuación me mostraba un nuevo chico, casi como ofreciéndomelo para prácticas inconfesables, cosa que tal vez estaba haciendo, si bien con torpeza. Es el hijo del Paco y de la Espiri, ¿no se acuerda?

La cosecha fue ridícula, y con todo y haber renunciado Joaquín a la parte del amo por aquel año, los de Porcuna no tardaron en volver constituidos en plataforma reivindicativa: los trabajadores a sueldo tenían derecho a la gratificación del 18 de julio; ¿por qué no ellos, aunque no estuvieran propiamente a sueldo? ¿No eran acaso seres humanos aunque fuesen pobres e ignorantes? Joaquín, que intentó hacerles ver que un contrato de aparcería no era lo mismo que un contrato de trabajo, que en los contratos no había gratificaciones, que no obstante estaba dispuesto a correr con los gastos de siembra para compensar de algún modo el que, tratándose del primer año y no teniendo aún la finca por la mano, la cosecha hubiese sido inferior a lo normal, etcétera, Joaquín, que no quería añadir más problemas de conciencia a los derivados de su reciente salida o expulsión del partido comunista, se plantó en redondo a la vez siguiente, la de los conejos, cuando los de Porcuna, que no parecían haber considerado seriamente la realidad de la mixomatosis, acudieron de nuevo en procesión: no, no iba a indemnizarles por la catástrofe. Delante iba ella, con sus faldas y blusas y batas y delantales superpuestos, y un pañuelo anudado a la cabeza, bajo el arranque de las gruesas trenzas grises

recogidas en sendos rodetes, telas de colores entonados, con predominio de azules, marrones y morados, que caían en rígidos pliegues, una rigidez que probablemente era reflejo de la general rigidez de sus movimientos, de aquel caminar envarado, desplazando las piernas lateralmente al tiempo que hacia adelante, los brazos tiesos y separados del tronco, trágica la expresión que pronto habría de descomponer el llanto, figura de alto valor emblemático, intérprete a la vez que detentadora de los poderes sobrenaturales que decía poseer y sin duda poseía en el ámbito del clan, imagen misma de lo trascendente en su plasticidad hierática, variante viva de la Dama de Elche; detrás, como sosteniéndola para que no cayera, el largo y tétrico marido, el andaluz de acento gallego, y después los restantes miembros de la familia, incluidos los que allí se encontraban de forma episódica, torvos todos ellos, justicieros, inexorables a modo de ese coro que en Esquilo encarna más que comenta la verdadera dimensión del drama. Aunque así en esta ocasión como en la que había de ser la última sus reivindicaciones fueron eminentemente económicas, la escena podía repetirse en respuesta a motivaciones de cualquier otro género: el desaire que suponía el que no nos mostrásemos lo bastante satisfechos de su trabajo, la humillación que para ellos representaba el que nos hubiéramos creído en la necesidad de recabar los servicios de un jardinero, la falta de confianza que les mostrábamos al hacer consultas a los vecinos, etcétera, etcétera. Sólo que la última –el dinero que exigían para irse a pasar la Semana Santa a Porcuna– era ya demasiado incluso para un ex comunista con escrúpulos como Joaquín, compelido a decirles que sí, que les pagaba el viaje a todos, pero que no volvieran; los de Porcuna aceptaron el dinero de igual forma que cuando lo de los conejos habían terminado por conservarlos en escabeche, y en cuanto recurrieron a la Magistratura, Joaquín optó por pagarles sin rechistar la indemnización que pedían, o mejor, poniendo buen cuidado en puntualizar ante el funcionario encargado del caso que con gusto hubiera pagado el doble con tal de perder de vista a los tíos aquellos, inexplotables como eran en todos los conceptos bajo cualquier sistema social y político, fuera éste capitalista, fuera socialista.

Aunque lo sucedido no sobrepasara el valor anecdótico de una experiencia desgraciada, aunque le faltase la entidad necesaria para influir en la posterior evolución política de Joaquín, no tendría nada de raro que, por el contrario, hubiese tenido la virtud de hacer precipitar cuantos proyectos pudiese abrigar acerca de Santa Cecilia, olvidarse de las sórdidas actividades agropecuarias, emprender sin complejos –ahora que había roto con el partido– la tarea de convertirla en finca exclusivamente de recreo, en descarada residencia de lujo. En cualquier caso, y aunque sólo fuera en concepto de

experiencia humana, el trato con aquella gente tuvo para él, sin duda, algo de traumático, a modo de contraste y complemento respecto a las reuniones de partido a las que estaba habituado, al nivel ideológico de las discusiones, a los supuestos teóricos que en ellas se manejaban y hasta respecto al lenguaje en que tales supuestos eran formulados, un trauma no inferior al que experimentan determinados lectores de Dostoievski –los más atormentados por la culpa– no ya al descubrir la naturaleza compleja de lo que siempre habían considerado reacciones elementales, sino sobre todo al identificar como propios los aspectos más contradictorios y masoquistas de los personajes que así reaccionan, con el consiguiente riesgo de elevar a la categoría de universal lo que bien pudiera ser simple proyección folletinesca de sus personales deficiencias. Esto, cuando menos, era lo que parecía indicar su expresión al darme cuenta de los hechos, como si más que desahogar su asombro necesitase saber si lo sucedido resultaba verosímil, con la sorpresa y aturdimiento en los ojos de ese aldeano metido a motorista que, habiéndose aventurado a salir a la carretera nacional, entra en colisión con un coche a consecuencia de una tosca maniobra y cae al suelo, sin más daño, gracias a la protección del casco, que algunas contusiones y raspaduras, ese casco que ahora le queda torcido mientras se incorpora con ayuda de la gente que le rodea, grueso, silencioso, estupefacto no tanto debido al susto cuanto al insólito protagonismo que el accidente acaecido le otorga.

A pesar de lo dicho, cuando pienso en Santa Cecilia, nunca lo hago asociándola a Joaquín. Santa Cecilia, para mí, es la Santa Cecilia de antes, el lugar en el que de niño pasaba los veranos, un lugar y un tiempo cuyo peso, en lo que a mi formación se refiere, supera con mucho el de los cursos escolares intercalados. Y en ese vasto veraneo constituido por la difusa adición de todos los veranos Joaquín no aparece más que como alguien que llega o que se va, que se mueve por la casa como lo haría un invitado, de paso hasta mentalmente, con su gente y sus problemas en otra parte. Una Santa Cecilia habitada por papá, por tía Pepita, por tío Rodrigo, y después de comer, aprovechando la escampada general, yo me voy abajo, donde los mozos hacen la siesta a la sombra del pino, y entonces aparece el Narcís y los despierta y yo me subo al carro. La precisión está no ya en lo que concierne al ritmo general de la vida, ni a la organización de mi tiempo a lo largo del día, sino también en los detalles más concretos: en la tartana, yendo a la misa dominical, el momento en el que el caballo empieza a empinar la cola y, justo debajo, con vibrante petardeo, comienzan a dilatarse aquellos negros anillos que se abren sucesivos a una enrojecida profundidad por la que, como un cráter cóncavo a la vez que convexo, pronto brotarán gruesos racimos de humeantes excrementos, espectáculo que fascina tanto como inquieta,

que suele suscitar las risitas de los pequeños, atentos asimismo al reguero dejado a su paso por el trote del caballo según se prolonga el oloroso derrame y la encendida cavidad del caballo, como sometida a un efecto de moviola, comienza a fruncirse y retraerse, a reajustarse anillo tras anillo, sin que tía Pepita haya dado la más mínima muestra de haberse enterado de nada, estrictamente ignorada la operación en todas y cada una de sus fases. Y lo mismo podría decirse de anécdotas cuya singularidad las hace poco susceptibles de haberse repetido en otra ocasión, otro verano: la vez aquella en que espiamos al abuelo Eduardo –sin duda ignorante de que desde nuestro escondite, entre las plantas del jardín, dominábamos por entero el retrete– mientras daba rienda suelta a una serie de vacuosidades prolongadas y profundas, cavernosas, silbantes, sus fláccidas nalgas ya presionando como cachas de fuelle antes incluso de haber llegado a sentarse, un recuerdo que me viene sugerido por el anterior conforme a la más elemental asociación de ideas. El abuelo Eduardo era en realidad bisabuelo por línea materna, abuelo materno de mi madre, y por la fecha de su muerte hay que deducir que su visita a Santa Cecilia se produjo en los primeros veranos de la posguerra; un hombre tímido y apacible, con aspecto de pederasta decimonónico, significativamente cautivado, al contarnos las tragedias de Shakespeare a manera de cuentos para niños, por la figura de Horacio, el fiel y discreto amigo de Hamlet, al igual que, de un modo más general pero no menos revelador respecto a su carácter formal y cumplidor, lo estaba por las reglas y figuras gramaticales, acerca de cuyo cumplimiento mostraba un respeto que, más que de norma jurídica, parecía propio de verdadera ley divina.

Aparte de los parientes y parientes de parientes, con los que papá cumplía invitándoles por turno, cada vez más espaciadamente, equiparados con los años a esos íntimos amigos de toda la vida, gente conocidísima en toda Barcelona, de la que papá hablaba pero a la que apenas trataba, en su progresiva tendencia al retraimiento, aparte de esas amistades de otros tiempos, la casi totalidad de las visitas que recibíamos, visitas que con frecuencia se prolongaban en largas estancias, familia incluida, caso de haberla, eran caras nuevas, personas que papá había conocido recientemente y de manera fortuita, hombres de ideas conservadoras y probada religiosidad que, con un sensacional invento por explotar o una fabulosa patente registrada, invariablemente terminaban por involucrar a papá en algún negocio cuya primera consecuencia era la de salir con las manos en la cabeza, y la segunda, la más laboriosa, el trabajo que toma demostrar que, lejos de haber sido cómplice de la estafa, lo que se ha sido es el principal estafado, mangantes cuyos nombres sonoros, como si de capitanes almogávares se tratase –Montfort de Montalt, Dalmau de Montblanch, Eloy de Provenal, Coix-Carbó de Subiracs– acaso

constituyeran, a manera de glorioso emblema que glosa todo un carácter, un factor importante a la hora de echar luz sobre la sugestión que esta clase de sujetos ejercía sobre papá, de igual forma que algún o algunos rasgos de la personalidad de papá por fuerza tenían que actuar a modo de reclamo de tanto mangante. Siendo como era prerrogativa exclusiva de papá el papel de anfitrión, cuando sus invitados ocasionales defraudaban el amplio margen de honorabilidad que se les suponía, ni tía Pepita ni tío Rodrigo osaban permitirse comentario alguno al respecto, observaciones impropias de la situación subordinada en la que se hallaban, dada su doble condición de invitados permanentes a la vez que de hermanos menores del señor de la casa. Pues así como la controversia, el contraste de opiniones encontradas, constituía el principal entretenimiento de los tres cuando cada mañana se reunían en la glorieta, quedaba fuera de toda controversia, por el contrario, como en virtud de un acuerdo tácito, cualquier extremo que directa o indirectamente pudiera socavar el prestigio personal de quien en definitiva ostentaba la representación de la familia. Privilegios residuales de un extinguido derecho de primogenitura, con toda probabilidad, como también lo eran el de ser el primero en leer el periódico, salvo que tío Rodrigo le ganase por la mano cuando lo traían del pueblo, o el de disponer a su voluntad de la radio, aun a costa de interrumpir un programa, una pieza de Mozart que tía Pepita estuviese escuchando, a fin de oír las noticias, el parte, como las llamaba, seguramente desde la guerra civil, igual que asimismo debía de datar de entonces esa costumbre de hacerlo con el oído pegado al aparato, como si corriera el riesgo de que algún vecino lo denunciara por faccioso.

En septiembre, cuando regresaba de su paseo vespertino, ya era prácticamente de noche. Los perros, lo mismo que cuando el día era más largo, seguían quedándose en la glorieta, tal vez engañados en lo que a la proximidad de la cena se refiere, pero papá se dirigía directamente al salón, y tanto si había invitados como si no los había –no era frecuente que los hubiera hacia finales de verano– ocupaba su sitio junto a la radio. Detrás, a su espalda, destacaba el retrato al óleo del abuelo; papá parecía más viejo. De niño, también el abuelo me parecía viejo, pero supongo que eso era debido a que en el retrato figuraba con barba, y entonces sólo los viejos llevaban barba. De él siempre había oído contar que murió diciendo ¡Qué error! ¡Qué tremendo error! Y cuando alguien de la familia lo contaba por enésima vez, todos los presentes se miraban como a la espera de que finalmente surgiese una explicación válida acerca de lo que había querido decir, como si, a semejanza de las palabras que pronuncia un viejo cuando muere sin que ninguno de los que le rodean sea capaz de entender su significado, así, a semejanza de esas palabras, no fuese la

vida para uno mismo mientras se es objeto de felicitaciones y apretones de mano, cuando las copas entrechocan y se brinda por el cumpleaños o la Navidad.

Pregunta o preguntas de respuesta menos obvia me parecen, en cambio, las que cabe hacerse ante una pequeña foto como ésta, la vista del interior de una habitación tomada desde la puerta. ¿Qué es lo importante en ella: la habitación, con una ventana al fondo sin más valor que el que pudiera tener un cuadro? ¿O es más bien la habitación el marco y la vista exterior que se domina desde la ventana el cuadro propiamente dicho, el tema central de la foto?

V

REINSERCIÓN SOCIAL DEL CABALLERO ANDANTE. No sé –ni tengo por otra parte especial interés en saberlo– si mi antiguo barrio conserva todavía esa costumbre más bien pueblerina de celebrar su fiesta mayor. Lo seguro es que los terrenos que en mis años escolares solía ocupar la feria durante los días de fiesta mayor, están hoy –en la mejor tradición de esa pugnacidad especulativa tan típicamente barcelonesa– literalmente edificados palmo a palmo. Y por aquel entonces, al menos para mí, fiesta mayor quería decir feria de atracciones, y más concretamente, pista de autoschoque, y más concretamente todavía, la posibilidad de entrar en contacto con una serie de chicas a las que, pese a vivir en el mismo barrio, los tres o cuatro años de más que me llevaban situaban por completo fuera de mi alcance, siendo como debía ser a sus ojos un crío que, no por la divertida insistencia con que las miraba al cruzarse con ellas en la calle, dejaba de ser un crío. La fiesta se celebraba a finales de septiembre o primeros de octubre, cuando la belleza de aquellas hijas de familia, tras los estímulos de un saludable verano, se hallaba en todo su esplendor, superable tan sólo por la que previsiblemente habían de alcanzar al año siguiente.

Dado que las conocía tan sólo de vista, esto es, que no las conocía en absoluto, que me limitaba a contemplarlas desde un vigilante anonimato, mis preferencias se basaban en consideraciones estrictamente físicas, o mejor, en la consideración de las posibilidades que parecía ofrecer el físico de cada una de mis preferidas, un físico susceptible –a falta de otros elementos individualizadores– de oscilar enormemente, ora deportivo y arisco, ora con la pureza rubia y celeste de un Botticelli, ora provisto de todos los dejes que en la apariencia exterior suele imprimir una sugestiva sexualidad aberrante. Acudían a la pista hacia última hora de la tarde, en pequeños grupos, y por lo general las chicas que constituían mi diana tomaban un coche acompañadas de alguna amiga menos favorecida, si bien más de una parecía preferir la relevancia siempre mayor de la actuación solitaria. La cuestión, en cualquier caso, era embestirlas con el máximo de violencia, aviesamente, en los laterales traseros a ser posible, justo el punto donde un buen golpe las hacía girar en redondo, con revuelo de pelos y risas y grititos y grandes pestañas, inermes frente a uno en sus desmadejados intentos de salir del mal paso, de esa inmovilidad y descontrol de la máquina que no hace sino atraer sobre las chicas que se encuentran en tales circunstancias nuevos encontronazos y redobladas sacudidas. El magnetismo que de por sí dimanaban parecía

expandirse entonces a la pista entera y, a semejanza del calentamiento que produce el choque reiterado del eslabón con el pedernal, de los llamativos chispazos que saltan, así, de modo semejante, caldeada la atmósfera bajo las chispas vivaces, se hacía contagioso el fenómeno y se generalizaba el alocado impulso de chocar y entrechocar con la máxima contundencia, buscando el efecto más aparatoso posible. Una actitud a todas luces vinculada a la que se produce en torno a una violación, donde el desahogo que supone un acto consumado puede ser inferior a los incentivos que ofrece el no consumado, a la sobrecarga de libido que genera una violación frustrada, al igual que en estas circunstancias y en virtud de similares motivaciones, también en una pista de autos-choque, desde el punto de vista de nuestro pequeño violador, más que una presa fácil, mucho más, puede contar la dificultad del contacto, la insatisfacción que engendra el acoso inútil de una diestra conductora, al seguir y seguir por todos los rincones de la pista a tan fugitivo objetivo, tanto mayor el deseo de darle alcance cuanto mejor rehúye y dribla, cuanto más impertérrita resiste el impacto, estólida como una Amazona, olímpica como una mismísima Diana Cazadora.

¿Ha variado sustancialmente mi posterior comportamiento erótico? ¿Tan alejada está la conducta amorosa de nuestro pequeño violador de la vida amorosa del adulto? Yo diría que no, que menos, en todo caso, de lo que pudiera parecer a primera vista. Pues, si lejos de limitarse a considerar en qué acabaron mis relaciones con Rosa, con Magda, con Margarita, o si, a partir precisamente de esa consideración, me remonto en el tiempo y reconstruyo lo que fueron nuestros primeros encuentros, la toma de contacto con las mujeres que en definitiva más han contado en mi vida, el esquema de comportamiento resultante no será muy distinto del que con su actitud nos ofrece el pequeño violador de la pista de autos-choque. Y es que, como la visión de ese lelo con el que no nos habíamos tropezado desde chicos, de cuando lo veíamos al ir al cole, ese tonto del barrio idéntico a sí mismo a través de los años, igual que a los dieciocho a los cuarenta y ocho, con el mismo andar animoso y emprendedor, el andar de alguien que lleva camino de hacer algo aunque no sepa exactamente qué, como ese lelo cuya visión nos retrotrae de súbito a una impresión ya vivida y con respecto al cual no es él quien ha cambiado sino nosotros, así, a semejanza de ese lelo que en su incapacidad de razonar tiene tanto en común con la respuesta sexual del sujeto, si algo ha experimentado un cambio en lo que a nuestra vida amorosa se refiere, son las circunstancias en las que se ha desarrollado, no el esquema de comportamiento. Y si la figura de Rosa, trasladada a la pista de autos-choque, se correspondería con la de esa chica que ríe con la sacudida, revuelto el pelo, Magda se correspondería con la que nos mira

temerosa y muda, como bajo el efecto de un susto del que todavía no se ha repuesto, quedando para Margarita el papel de Diana Cazadora, mi verdadera diana, la muchacha imposible que nos esquiva con destreza, que sin mayor respuesta emocional rehúye vez tras vez un nuevo choque, casi como sin quererlo, como si ni tan siquiera hubiese advertido nuestro propósito, más aún, como si ni tan siquiera nos hubiese visto. ¿No había, en efecto, en el comienzo de mi relación con Rosa algo de la actitud de ese violador que intuye la orgía a la que ha de acabar entregándose juntamente con la víctima, emulado si cabe el violador por la violada? ¿De ceremonia ritual, de sacrificio, de la fascinación que embarga así al sacrificante como al sacrificado en el caso de Magda?

El que ahora estas consideraciones sean admisibles no sin esfuerzo, se deberá, supongo, no ya a que la repetición del esquema parece poco probable a estas alturas, a que, de repetirse, su impacto en mi vida difícilmente iba a ser equiparable al de otras veces, sino sobre todo a la mutación que desde hace ya bastantes años experimentaron mis relaciones tanto con Rosa como con Margarita y Magda, esa pérdida de la libido, como extraviada en los entresijos de mi trato con cada una de ellas, eclipsada de forma no sólo súbita sino también recíproca y, lo que es más curioso, poco menos que simultánea, como ganados todos, se diría, por la engañosa creencia de que la sexualidad no es más que la idea previa que uno se ha hecho a este respecto. Y ello tanto más profundamente cuanto mejor se sostuvieron los elementos no eróticos de la relación, más respecto a Margarita que respecto a Magda, y más respecto a cualquiera de las dos que respecto a Rosa. Ignoro si para que se produzca el fenómeno es preciso haber visto en los demás, como en un espejo, los cambios en la presencia física que no parecen sino preparar el camino a tales cambios de actitud, haber visto convertirse a nuestros amigos y amigas de cuando nos conocimos en lo que son ahora, chicas afiladas como un siamés que se transforman –uno diría que de repente– en un siempre más mullido gato de angora. De ahí que, llegados a este punto, el hombre, más a la defensiva, tienda a una irónica y civilizada misoginia, mientras que la mujer, en la medida en que sabe que acusar el paso del tiempo le supone un verdadero cambio de condición, tiende a posturas más combativas, a desarrollar los aspectos más posesivos, afirmativos y maximalistas de su carácter, predispuesta por naturaleza a posiciones tipo feminista, a análoga militancia reivindicativa, cuyos planteamientos por fuerza han de calar más hondo en ella que en la joven universitaria, toda vez que cuanto en ésta es apasionada entrega al puro placer especulativo, en la mujer ya hecha responde a una experiencia vivida, algo así como participar en una representación teatral para encontrarse de pronto con que no tiene papel. Hay

entonces una crispación de actitudes, e incluso cuando se pretende probar de nuevo, volver a empezar desde el principio, lo que se repite es el ensayo general que precede a la representación propiamente dicha, esa representación que no llegó a celebrarse o que fue suspendida o que salió mal, un ensayo bajo el que no obstante aún subyace –irreconocible tras tantos maquillajes superpuestos– el mismo esquema de comportamiento del pequeño violador de la pista de autos-choque, aquel lamentable adolescente que se pregunta escandalizado cómo es posible que las mujeres anden por la calle tan tranquilas, como si bajo la ropa que llevan no hubiera las desnudeces que hay, cuerpos acaso recién salidos del escarceo erótico, dilatadas aún sus partes húmedas, haciendo gala de un inconcebible cinismo ante el cual, nuestro adolescente, obnubilado, como cargados de dioptrías sus ojos, se siente una vez más del todo inerme y descalificado, incapaz de hacerles frente como no sea en una pista de autos-choque, y, al volante de un pequeño bólido, caer como un ave de presa sobre sus inasibles bellezas del barrio.

Hablar de hombres y mujeres poniendo todo el énfasis en su diferenciación erótica no es más que una de tantas clasificaciones que cabe establecer cuando se echa un vistazo al mundo que nos rodea; hay otras más intrincadas en la medida en que, confuso su origen no menos que su naturaleza, parecen menos susceptibles de dar lugar a generalizaciones simplificadoras, sin que por ello sea menos radical la dicotomía resultante. Así, la división entre personas que despiertan de inmediato el afecto de cuantos entran en contacto con ellas, que de antemano generan en los demás la necesidad, necesidad más que simple impulso, de hacerles objeto de sus atenciones, de mantener desde el principio una actitud comprensiva y protectora, y personas que no suscitan nada de eso. Por ejemplo: Rosa, Magda y Jaime, sí; Joaquín, Margarita y yo, no. Evidente para cualquiera que nos conozca. La razón, sin embargo, es ya más imprecisa. ¿Qué tenemos en común los que no frente a los que sí o viceversa? Como preferir verse en la necesidad de tener que tomar, por las razones que sean, una o dos aspirinas con un sorbo de agua, a ese último recurso contra los atascos digestivos que es la cucharadita de bicarbonato, experiencia repulsiva para unos lo que para otros –entre los que me cuento– es gesto rutinario, una división que no por su apariencia superficial o frívola deja de implicar, según tengo observado, una bien definida serie de rasgos de carácter comunes a los componentes de cada bando. Pues el conflicto reside, no en encontrar una explicación individual, caso por caso, sino en encontrar un denominador común a esas explicaciones individuales en cada una de las series propuestas, conflicto que se complica cuando, al considerar dos o más series, establecidas conforme a diferentes propuestas, nos encontramos con

que se entrecruzan, con que Margarita y Magda también prefieren el bicarbonato, mientras que Rosa, Joaquín y Jaime son adictos a la aspirina.

En lo que a Jaime se refiere, la explicación más elemental de ese don que tenía de hacerse querer, como se dice vulgarmente, podría estar fundada en su afabilidad, en su incapacidad de decir no, en el insistente sí, sí, sí, que tenía de entrada para todo y para todos, aunque a continuación y de la forma más respetuosa, fuese a exponer argumentos diametralmente opuestos a lo que inicialmente parecía haber dado por bueno con sus síes de cortesía. En el mismo sentido, su tendencia a disculparse continuamente, a dar explicaciones innecesarias, cosas que ni preocupaban ni podían interesar a nadie. Complementariamente, su necesidad de regalos, de ser obsequiado con algo que no se espera, el regalo navideño de algún cliente agradecido, por ejemplo, un regalo que, por convencional y rutinario que fuese, él valoraba en más, en mucho más que la relación profesional o económica que lo justificaba, valoración sólo superada por la del regalo, no ya inesperado, sino también inmotivado, ese pequeño presente mandado por una persona cuya identidad es localizada no sin esfuerzo, una persona a la que apenas si se conoce y que sin embargo, como bien lo atestigua ese pequeño presente, tiene por nosotros un singular aprecio; una propensión que, suplementariamente, no podía conducirle sino a la mitomanía, a inventar regalos, a llamar regalo a lo que era producto de una compra, y, en ocasiones, a la cleptomanía, a robar sus regalos. Motivos sobrados, en cualquier caso, para tomarle todo el afecto al que se hace merecedora una persona que es un encanto, sí, pero que, al mismo tiempo, resultaban más que suficientes para hacerle inaguantable, crispante como ese conductor dominguero que, tras haber recorrido sus buenos kilómetros de autopista junto a otro coche, adelantándose alternativamente y recíprocamente el uno al otro, ambos con deportividad y compañerismo, casi que siente que al fin se hayan separado sin conocerse, sin charlar un rato y contarse sus respectivos problemas, sin haber intimado. Pues, a semejanza de ese estado de ánimo del conductor dominguero, propiciado por la digestión pesada, el aroma del puro y los carajillos tomados, así el humor de Jaime en su relación cotidiana con la gente. ¿Acaso el hecho de ser inaguantable acababa asimismo contando en su haber a la hora de hacerse acreedor al afecto de los demás? Sin lugar a dudas, pues lo cierto es que no era yo el único en rehuirle, que todo el mundo lo hacía, como suele pasar con los pesados, y que tal vez esta reacción, por lo que tenía de injusta en la medida en que Jaime no era propiamente un pesado, contribuía, efectivamente, a reforzar esa especie de cariño a distancia que despertaba, a manera de cuota extra o compensación.

El caso de Magda era completamente distinto, más directo, más inmediato en su manifestación, ya que el afecto que parecía liberar en la gente con su mera presencia física era difícilmente separable del atractivo que ejercía esa presencia física, un atractivo basado, más que en la belleza de rasgos, o además de ella, en la apacible desolación que traslucían sus ojos incluso cuando sonreían divertidos. A esa primera impresión favorable habría que añadir la irrupción de los impulsos protectores que suele inspirar una actitud ante la vida como la suya –firmeza de carácter y obstinada independencia de criterio actuando a manera de resorte o fleje, tal el cuerpo de una danzarina bajo los tules, de una apariencia exterior frágil y asustadiza, de animalito del bosque–, impulsos que si en virtud de su propia naturaleza se desdoblan y decantan con enorme facilidad, tratándose de Magda, las iniciales ansias de dar a la criatura aquella todo el cariño que se merecía, se trocaban con especial rapidez en deseos más imperiosos, proyecto de desahogo sexual incluido, circunstancia ésta a la que probablemente no era ajena su conocida condición de lésbica; reacciones que no podían sino potenciar en Magda su tendencia al retraimiento, justificar su sensación de ser víctima de un verdadero acoso, y ello con tanto mayor motivo cuanto más se repetía la experiencia, cuanto más generalizado se mostraba el fenómeno. El obvio esfuerzo que le suponía, la dificultad que para ella entrañaba hacer frente a una visita cualquiera cuando se hallaba en Vilasacra haciendo compañía a Jaime, el sobresalto ante el simple anuncio de la visita, su forma de mirarse al espejo antes de hacerla pasar, como con temor a que el espejo reflejara lo que los visitantes podían creer que era su vida sexual, a que sus ojos, como pequeñas pantallas, reprodujeran las escenas desenfrenadas que sin duda ellos le atribuían, escrutándose acechante, con la conciencia de extrañeza de un ave nocturna que vuela llamativa a plena luz del sol y como ella de ciega. En consecuencia, complejidad creciente de las prácticas rituales a las que ya se entregaba cuando la conocí, pequeñas manías, supersticiones como ella las llamaba, que con el paso del tiempo no habían hecho sino proliferar y extremarse hasta regir la práctica totalidad de sus actividades cotidianas: tocar ambos lados del vano con la punta de los dedos al franquear una puerta; lavarse las manos tras haber empuñado un picaporte, gesto que procura evitar abriendo con el codo cuando la forma del picaporte lo permite; lavarse asimismo las manos después de haber tocado dinero; tener un cenicero para su uso exclusivo, que lava siempre que ha sido tocado por otra persona; dejar habitualmente levantada la tapa del retrete, cuyos bordes, por otra parte, presentan señales de desgaste producidas por las suelas de los zapatos; disposición rigurosamente simétrica de los cubiertos sobre el mantel, de las tazas de café sobre una bandeja,

etcétera, detalles que pillo al vuelo en la medida en que los reconozco, afines como son a ciertos hábitos que adquirí en la cárcel –contar los pasos, los peldaños, hacer siete abluciones al lavarme la cara, etcétera–, aunque, probablemente, más que adquirirlos, lo que hice fue advertir su existencia, igual que aún ahora tienden a reaparecer, irreprimibles, en mis peores momentos o períodos, desde la muerte de Margarita, por ejemplo.

De primera intención, al contrario que Magda, Rosa más bien asusta. Y acerca del tipo de sentimientos afectivos que despierta en la gente, más que de afecto propiamente dicho, habría que hablar de aprecio, un aprecio que se mantiene a prudencial distancia: su apasionamiento, su vehemencia, su opinión voluble, cuya potencial peligrosidad está en el aire, así parecen aconsejarlo. Sobre todo cuando su manifiesta generosidad es intuida como arma de dos filos, expansividad posesiva a la vez que capacidad de entrega, maniobra invasora a la vez que desinteresada ayuda. Su total falta de sentido de la realidad, la ilusión que es capaz de poner en una solución inviable, no hacen sino trabajar en el mismo sentido: crearle un contorno fantasmagórico donde nadie la contradice, todos como siguiéndole la corriente igual que se hace con los locos. El problema de Rosa consiste entonces en cómo apuntalar esa seguridad en sí misma que todo el mundo le supone, que ella misma ha llegado a creerse en ocasiones, sea con la ayuda de un lema, Osar, construido con las mismas letras que Rosa, su divisa de cuando nos conocimos, sea con ayuda de algún estimulante, fármacos, alcohol, etcétera, sea, como en los últimos tiempos, buscando refugio y encontrándolo en un aislamiento que viene a ser el negativo del aislamiento en que vive Magda: no es que el mundo la hostigue, lo que al mundo le pasa es que no se merece que ella lo trate.

De las diversas soluciones adoptadas, el recurso al alcohol ha sido sin duda la de mayor trascendencia, al incidir durante más tiempo y con mayor intensidad tanto en las oscilaciones emocionales de Rosa como en su seguridad o falta de seguridad y hasta en la realidad o irrealidad del mundo circundante. Los altibajos propios del consumo del alcohol se hicieron crónicos del modo más natural del mundo, y luego, con la misma naturalidad, según los efectos nocivos iban predominando sobre los benéficos y los deprimentes sobre los estimulantes, según las recaídas seguían a los tratamientos y a las curas, el equilibrio quedó restablecido en sus altibajos merced a una crónica supresión del alcohol, todo como a resultas de uno de esos saltos cualitativos tan caros al materialismo dialéctico. Las vicisitudes a que da lugar la introducción del alcohol en la vida de una pareja, las tensiones y erosiones que produce, han servido de tema a un sinnúmero de aburridas novelas en las que el autor, con esa manía por

la minuciosidad digna en efecto de un dipsómano arrepentido, parece empeñado en no perdonarnos ni un solo detalle acerca de lo que eso representa en la convivencia diaria. Ofuscados por tal obsesión, son incapaces de advertir que lo que cuenta no es la secuencia cotidiana sino su interrupción, la solución de continuidad provocada por la irrupción de una tercera persona, producto del desdoblamiento del miembro de la pareja afectado de etilismo, una persona más parecida a Mr. Hyde, la Bête o el Hombre Lobo, sea cual fuere su sexo, que a esos pobres amargados que deambulan con sus tics por las páginas de las novelas a las que me refiero. El fallo está en el enfoque, en que equivocan el género, tratando en tono analítico y realista lo que más bien pertenece al ámbito de la novela de terror. El momento de la transfiguración, cuando Nabucodonosor presenta los primeros síntomas de su transformación en alimaña: el párpado que se crispa, la mueca que aflora entre los pelos, su receloso gruñido justo antes de saltar desde el trono, palacio afuera, derribando a cuantos no se apartan a tiempo de su trayectoria en fuga hacia el yermo.

La metamorfosis solía coincidir con el crepúsculo, cuando Rosa desaparecía como a caballo de una escoba y en su lugar quedaba un ser progresivamente agresivo, que si había empezado moviéndose como un duende, bebiendo a escondidas, no tardaba en convertirse en expresión misma de la rudeza más incoherente, ya más desafiante que furtiva y pronto iracunda, una especie de troglodita que arremetía contra cuantos testigos hallase de su peculiaridad, vociferando, abofeteando, pataleando, bebiendo a gollete, para terminar devorando a mordiscos un salchichón o zampándose una tableta entera de chocolate igual que un ogro se zampa la casita del cuento; empapado el alcohol ingerido, satisfecha esa necesidad de nutrirse más que de comer, de asimilar alimentos pesados y espesos y, a ser posible, caros, el sopor la vencía como a un cíclope y quedaba adormecida durante un rato, presa de agitados sueños, tras lo que volvía a espabilarse intermitentemente, a beber y a engullir y a revolverse, ahora con el pavor y el desamparo del oso que se sabe acorralado, que busca inútil refugio entre los peñascos, en sus ojos el reflejo de las antorchas de los campesinos que con palos, forcas y escopetas estrechan el cerco.

Para Rosa, como para cualquiera, el panorama retrospectivo de esta clase de celebraciones sabáticas, la impresión que prevalece durante el día y medio largo que suele tomar despertarse mínimamente, salirse del túnel del sueño, difiere bien poco, sin duda, de la impresión producida por un tren que se cruza a toda máquina con el tren en que viajamos, imágenes cuya verdadera identidad, de tan fugaces, resulta imposible dictaminar, y que, sea por su celeridad martilleante, sea por la naturaleza de las instantáneas registradas, constituyen en su conjunto una verdadera invitación a seguir durmiendo, a ver si resulta

que esos recuerdos forman parte de un sueño y luego se despierta uno con otras ideas, más acordes con el desayuno y el periódico y el reconfortante tráfago callejero. En cuanto a la escenografía que sirvió de marco al desarrollo de la acción, es algo que el protagonista o la protagonista, Rosa en este caso, sólo puede imaginar por analogía, por haberle tocado hacer en otras ocasiones, conmigo, con un amigo cualquiera, el papel de espectador, de igual forma que tampoco el pasajero que viaja en nuestro tren es capaz de apreciar la impresión de movimiento que produce ese tren en el contorno paisajístico que recorre, embarcado como se halla en ese movimiento del que es parte imperceptible a ojos de un eventual observador que desde fuera contemple el paso del tren, la larga línea que se desplaza en la quietud del paisaje, o incluso, por qué no, las líneas de dos trenes que se cruzan. Más que un simple intervalo, este período de recuperación constituye un verdadero interludio: no un vacío entre dos períodos sino un período en sí, distinto al que le precedió y al que le seguirá, dotado de entidad propia. Rasgo común a los tres períodos es la virtud que tienen de mantener en vilo a toda la casa, ahora, en las negras horas de recuperación, ante el temor de que el coloso despierte, igual que en el período precedente, durante el nunca mejor llamado mal trago, la casa se mantenía en vilo no ya por miedo a lo que el coloso aquel pudiera decir o hacer, gritar, tirar al suelo, sino a su temible fragilidad, a sus bamboleos de reina de ajedrez basculante, a que perdiera el equilibrio y les alcanzase a todos al hacerse añicos, o como después, pasada la recuperación, se mantendrá en vilo a la espera de los primeros y sigilosos signos de una inminente recaída. Para volver a las andadas vale cualquier pretexto: poner un poco de orden en la casa, por ejemplo, a fin de tener la sensación de que se ha ganado –¡y bien ganado!– un trago. El buen humor que entonces la embargaba, su animación al empezar a beber, los largos y precipitados tragos que se servía como diciéndoles, esperad, esperad que ponga gasolina, que ahora vuelvo, y volvía en efecto con renovados ímpetus y la satisfacción del que ha cumplido todos los requisitos, lo primero es lo primero. Y a continuación, como era de prever, las expresiones de amor más encendidas que, sobre todo a horas crepusculares, no son sino el peligroso anuncio de una inminente avalancha de invectivas. El aviso definitivo, no obstante, estaba en sus ojos, en la calidad húmeda que adquirían, la mirada resbaladiza y culpable que, a modo de un alerta, desencadenaba la escampada general. Entonces, la crisis, Rosa poniéndose como a crepitar sobre el propio asiento.

El hueco que al dejar de beber se abre en los hábitos de una persona obliga a la remodelación de esos hábitos, tanto en lo que se refiere a encontrar un sucedáneo de los estímulos suprimidos, como, más en general, a un nuevo planteamiento de la vida que uno lleva o quisiera

llevar. La insistencia de Rosa durante esa fase en autodefinirse y caracterizarse, pongamos por caso, en delimitar lo que ella es y marcar distancias respecto a lo que no es. Por de pronto está enferma; no una enfermedad propiamente dicha sino tal o cual función, tal o cual órgano que hacen el tonto, la vesícula, el riesgo de una lipotimia, una mala circulación periférica, nada grave, molestias, tonterías que hay que cuidar, acorde el arsenal de fármacos con la diversidad de síntomas. Pues como esas personas que un buen día resuelven que han salido al abuelo, aquel ser ogroide que atemorizaba a cuantos le rodeaban, o bien que han heredado el genio de la madre, una mujer de genio, como se decía en la familia, o de carácter insoportable, como era generalmente admitido fuera de tal ámbito, esto es, convertirse en personaje, con una línea de comportamiento que defina lo que acaso el temperamento no basta para definir por sí mismo, así, a semejanza de esas personas que optan por convertirse en personajes, así Rosa en su condición de establecerse como enferma, de asentarse en la condición de persona de salud delicada, de forma tampoco muy distinta, en definitiva, de como su propia madre, su denostada madre, le había hecho en su día. Un status, por otra parte, que encierra cierta tendencia a la retrospección, pues, igual que esa genealogía de lo que le pasa lleva a hurgar en los rasgos hereditarios, a remitirse, por ejemplo, a la figura de la madre o a la del abuelo, la lleva también, en sus pesquisas, a una búsqueda en el propio pasado, a una reinterpretación de sí misma a partir de la infancia, ya que, en definitiva, cosas similares le han pasado desde niña, desde siempre, como quien dice. La contemplación de las posibilidades que ofrece una explicación de este género, la exploración de las diversas opciones que permite, incluida la de volver a sentirse por dentro como cuando tuvo la primera regla, contribuyó, sin duda, a mantenerla en esa especie de estupor ensimismado en el que tan frecuentemente se hallaba sumida, siempre como pensando en otra cosa, olvidando dos y hasta tres cigarrillos encendidos en distintos ceniceros, dejándose las puertas abiertas a su espalda y encendidas las luces.

A veces, en el curso de los conflictos a los que de por sí da pie la vida conyugal, cualquiera de los cónyuges, ella, él, en ocasiones los dos, aunque por separado, se ven conducidos, en su absorta contemplación global y simultánea de lo que es transcurso, y a manera de estímulo resolutivo del estado de atemporalidad en el que se hallan sumidos, a la contemplación de una sugerente alternativa: la eventual posibilidad de represalia, poder, en un momento dado, darle la vuelta a la situación, y entonces, invirtiendo el sentido de las heridas recibidas a consecuencia de una relación de este género, tener al otro cónyuge a su disposición lo que le quede de vida para ir haciéndole pagar todos sus agravios, del primero al último. Más a menudo, esto

es, sin llegar a tales extremos en la medida en que se trata de una posibilidad no sólo más inmediata sino también más esperanzadora, se opta por otra clase de intento alternativo, lo que Rosa llamaba hablar, aclarar cosas, intento que, indefectiblemente, no hacía sino añadir un motivo más de reproche –incomprensión, indiferencia– a la ya larga lista que, una vez más remitiéndose ab initio, pretendía que repasáramos juntos, y una vez más iba yo a resistirme a ser sometido a semejante baño, su habitual enumeración de mis innumerables traiciones –las suyas, decía, no eran más que un desesperado intento de hacerme reaccionar–, de sus ocasiones perdidas, la de hombres que habían llegado a estar enamorados de ella sin ella saberlo, lo distinto que hubiera sido todo con cualquiera de ellos, sin una presencia nociva como la mía, capaz de anularla aún sin hacer nada deliberado en este sentido, sin siquiera darme cuenta. El valor catalizador, o mejor, liberador, que para ella tenían este tipo de sesiones era evidente, al hacer precipitar, a manera de desahogo, todos los malos humores acumulados, y, descargada de ese lastre, a impulsos de un insólito rebrote de vitalidad, emprendía una tarea cualquiera, ordenar sus cosas, por ejemplo, es decir, extender el desorden a la casa entera en una exhibición de su voluntad de cambio, que también podía ser entendido como esfuerzo compensatorio de la imposibilidad en que se hallaba de poner en orden su mente, y así hasta que se cansaba y terminaba por recogerlo todo de nuevo, ya que, en definitiva, estaba enferma, ya que, en definitiva, su salud no le daba para tanto.

Algo parecido podría decirse, probablemente, acerca de su personal sentido del tiempo, un sentido al que aún hoy parece seguir ateniéndose: las fluctuaciones de valor que para ella ofrece su transcurso, esa tendencia que tiene a calcularlo avaramente, así cuando es cuestión de minutos –los que hacen falta para llegar puntualmente al cine, a una cita– como cuando es cuestión de fechas –la de salir o volver de un viaje, que se procura retrasar en lo posible–, unidades temporales valiosas, se diría, en función de su proximidad al límite. Y supongo que igualmente habrá que atribuir a ese movimiento hacia atrás, a ese ahondar en el propio pasado, a manera de adherencias residuales, inevitables en un proceso de esta índole, el apego de Rosa a determinadas actitudes, adoptadas en diferentes épocas y a menudo contrapuestas, que con el tiempo han de ir quedando –en su calidad de cuestiones de principio– completamente fuera de lugar: su aversión a las cosas provisionales que luego terminan en definitivas, por ejemplo, y, en general, a las medias tintas; el asco que le inspiran ora la cabronería de los burgueses, ora la hijoputez de los obreros, etcétera, etcétera. Similar carácter recurrente, de verdadero leitmotiv, su actitud para con las personas, rígida, inamovible, como fijada cada persona para siempre en un

concreto instante de su vida. Rigidez que no es sinónimo de sinceridad. Su obsesión con Margarita, por ejemplo. Los intentos de Rosa para ganársela, por convertirla en su amiga, a los que Margarita siempre correspondió cordialmente pero a distancia, todo ello encubriendo un fuerte antagonismo conforme al cual, y por lo bajo, Rosa acusaba a Margarita de no ser una mujer de verdad o de serlo poco, y Margarita a Rosa de terminar por agobiar a cualquiera. Rosa la buscaba, le hacía regalos, y Margarita más bien la esquivaba; el tiempo y sus posiciones respectivas jugaban a su favor.

Así como en los libros de caballerías el caballero es definido por sus hazañas, quedando para la dama una caracterización basada en sus cualidades, excelsas no menos en lo físico que en lo espiritual, así, aún hoy en día, la mujer acostumbra a ser explicada en función de lo que es y el hombre de lo que hace. La deformación es no sólo moral y cultural sino también específicamente literaria; en las novelas, por ejemplo, la caracterización de la protagonista suele superar en relieve a la del protagonista, más coherente en sus líneas maestras, más acabada en los detalles, más convincente. El hecho se debe, a mi juicio, a que mientras la protagonista constituye el objeto inequívoco del relato, el protagonista se identifica más bien con el objetivo mediante el cual el autor desarrolla ese relato, la lente a través de la cual se nos ofrecen las diversas vicisitudes de su desarrollo. Y ello se cumple incluso cuando, a falta de ese protagonista-visor, el autor la suplanta implícitamente, subrogándose en el papel de lente observante –caso de Madame Bovary–, o cuando el autor es autora, una mujer que, asumiendo las convenciones propias del género, trabaja la caracterización de sus heroínas igual que pudiera hacerlo un hombre. En este sentido, la protagonista de una novela suele ser más afín a los personajes secundarios que al protagonista, algo así como un personaje secundario tratado en extenso, redonda como en ellos la caracterización, pulcra, bien perfilada, figuras que se diría pertenecientes a un bajorrelieve, convexas más que cóncavas, a diferencia del protagonista, cuya peculiar profundidad más bien parece resultar de una paciente labor de vaciado.

Un fenómeno, en definitiva, que no hace sino reproducir en el plano de la ficción lo que sin duda el autor ha experimentado previamente en su vida cotidiana: la dificultad que entraña resumir la personalidad de alguien que nos es próximo, que conocemos en sus contradicciones, frente a la ductilidad propia de la imagen externa, de la persona que irrumpe desde fuera, más susceptible de ser esbozada con decisión y brillantez, de que sus firmes rasgos resulten convincentes, gracias, justamente, a los escasos motivos de duda que nos ofrecen, al amplio margen de iniciativa que permiten a nuestra enérgica intuición. Y conste que por persona próxima entiendo no sólo la que lo es en el

terreno afectivo sino también a la que lo es en virtud de una mera proximidad física, sin que ni siquiera sea necesaria una especial afinidad de carácter. El caso de Joaquín, por ejemplo, posiblemente la persona cuyo desarrollo he seguido desde más cerca, más próximo en este aspecto que papá –una figura que el niño ve como algo que le es impuesto, la figura de un hombre que siempre fue viejo– o que Rosa, una mujer a la que me era posible aceptar o rechazar tal cual era cuando nos conocimos, una mujer cuya personalidad podía evolucionar en el futuro, pero ya no cambiar. Por eso, ni siquiera en el marco de estas notas, de lo que uno escribe para sí mismo, ni siquiera aquí, me resultaría más sencillo introducir una semblanza biográfica de Joaquín que de papá o de Rosa. Una cosa es conocer la personalidad de alguien en sus diversas facetas, y otra organizar esos datos parciales en un todo coherente; y hasta me atrevería a decir que, cuanto más coherente sea la imagen resultante, más motivos hay para poner en duda el que además respondan a realidad alguna. De ahí que sea en el ámbito de la autobiografía –el caso límite, el punto en el que los papeles superpuestos de autor y protagonista coinciden de un modo absoluto– donde esa labor de vaciado, ese sistema de definir la figura indirectamente, a partir de su contorno, se manifiesta de forma más patente. Incluso cuando todo ese despliegue reflexivo tan sólo responde, conscientemente o no, a la voluntad de trucar, alterar y soslayar la realidad con el máximo de perfección técnica posible, de inventar la más verosímil de las ficciones.

Salvo que olvidemos la idea misma de semblanza. Que dejemos a un lado los detalles que impiden apreciar el conjunto, así como la propia idea de que tal conjunto tiene entidad real, en favor de la llamita que, súbitamente encendida, como iluminando el cuadro desde dentro, dará a la composición la vida que le falta. Se trata, en suma, de un problema de luz. De hacer visible una imagen que, al tiempo que expresión de lo que por ejemplo es Joaquín, permita vislumbrar en un solo plano, de manera simultánea, lo que Joaquín hace, hizo y hará: la imagen de alrededor de cincuenta años que parece un muchacho disfrazado de hombre de alrededor de cincuenta años, como es frecuente en los actores que representan el papel de una persona con muchos más años de los que en verdad tienen. De ahí el fastidio y la indisimulable preocupación que le producen los lapsus que en número creciente se abren, de un tiempo a esta parte, en su discurso, los fallos de una memoria proverbialmente excepcional, superior desde luego su disgusto al respecto que el que pudiera ocasionarle el blanco prematuro de los cabellos, al que siempre se le puede ver un lado bueno, el atractivo que esto tiene para muchas jóvenes y todo eso. Pero ¿se daba cuenta cabal de hasta qué punto se repetía contando siempre las mismas anécdotas a las mismas personas, la anécdota

correspondiente a cada persona, se diría, en su particular registro? ¿De que de la reiterada introducción de la misma tarjeta perforada en una computadora no podía sino resultar inevitablemente la misma respuesta tantas cuantas veces insistiera? ¿De la desfavorable impresión que eso acaba causando, del todo contraproducente si su propósito era el de ser ameno, lo que se dice un gran conversador?

Joaquín y yo nos hemos llevado siempre como dos buenos hermanos que, con tal de no dejar de serlo y aun a costa de sacrificar un eventual mayor grado de intimidad, procura, cada uno por su lado, mantenerse al margen de la vida del otro, evitando no ya las intromisiones sino incluso la tentación de hacer a ese otro partícipe de las propias preocupaciones, de forzar la mano en busca de un entendimiento que si no se ha producido es porque carece de base. De chicos, apenas tuvimos trato; los seis años que me lleva, para un niño, suponen un verdadero abismo. En líneas generales, podría decirse que fue un joven más ejemplar que yo: en el colegio era de Acción Católica, y después tuvo novia formal y se casó por la Iglesia; cosas todas ellas, por otra parte, muy comunes entre los jóvenes de su edad –las primeras hornadas del sistema educativo franquista– y ya muy poco entre los de la mía, de acuerdo con una evolución que nada tiene de insólita ni de sorprendente. Había estudiado Derecho, la carrera de moda por aquel entonces, y trabajaba en una agencia de publicidad. Cuando, a través de conocidos comunes, tuvo noticia de mis actividades políticas, decidió entrar en contacto con el partido de inmediato, un poco perplejo de haber tardado tanto en caer en la cuenta; un caso asimismo frecuente entre quienes como él se habían visto pillados de lleno por la educación imperante en la inmediata posguerra, acostumbrados a dar por bueno cuanto se les enseñaba, así en el terreno religioso como en el sexual o en el político, hechos a una pauta de comportamiento y a un criterio de normalidad con los que luego costaba romper en razón de lo que tal rompimiento –de llegar a producirse– tenía de desafío a la colectividad. Pidió el ingreso y adoptó el nombre de Fortuny; yo no tenía ni idea de que admirase a Fortuny como entonces me dijo, en un innecesario intento de razonar su elección, pero esa elección, a la luz de su futura vinculación con el mundo de las artes plásticas, no dejó de resultar premonitoria. Aunque como Fortuny realizó una destacada labor en el aparato de propaganda del partido, el factor decisivo de su ascenso a puestos de responsabilidad cada vez mayor fue sin duda su capacidad de identificarse y aun de adelantarse a los puntos de vista de la dirección. Cuando mi encarcelamiento, se exilió preventivamente –luego diría que lo hizo para huir de su mujer– y permaneció cerca de tres años en París, con viajes frecuentes a países del Este. Yo sabía que había llegado a formar parte del comité central, pero cuando regresó,

convertido de nuevo en Joaquín, expulsado posiblemente no ya sólo del comité central sino también del partido, antes que frustrado por la vertiginosa trayectoria de su carrera política, parecía más lleno de ideas que nunca, seguro de sí mismo como suele estarlo aquel que acaba de pasar por una experiencia estimulante. Basta de hacer el burro, me anunció: la única realidad es la que uno pisa. Y, en efecto, tal un Quijote que tras su derrota en la playa de Barcelona decidiera volver a su tierra y, una vez allí, no tardara en llegar a ser uno de los principales terratenientes de La Mancha, con importante producción de grano, vino y ganado lanar, curado de su anterior locura gracias al golpe recibido al caer del caballo, así Joaquín en la nueva vida que había emprendido, lejos, cada vez más lejos del modesto marco de joven matrimonio progresista y frugal en el que se había desenvuelto con anterioridad a su partida. Se metió en diversos negocios, pero lo que le dio dinero de verdad fue la galería de arte, su afortunada participación en el auge de la pintura moderna, casi como si, guiado por el mismo buen olfato que en su anterior vida política, más que adivinar la evolución del gusto del público y, consiguientemente, de los precios, propiciaria esa evolución a su mejor conveniencia. En cierta manera, también él se había puesto de moda; se codeaba con el Todo Barcelona y, como él decía, evitaba el riesgo de tener mujer teniendo mujeres. Incluso empezó a pintar: creo que debiéramos delimitar con toda claridad los campos, me dijo entonces; dejar bien sentado quién es el arquitecto y quién el artista. Porque has de saber que yo pinto, y que las pocas personas –todas ellas muy entendidas– a las que he mostrado mis cuadros, han sido taxativas: genial.

No era sólo la seguridad en sí mismo que había adquirido; era, sobre todo, la plena conciencia de esa seguridad. Pues así como en los partidos revolucionarios o supuestamente revolucionarios hay dos niveles de actitud moral y hasta de lenguaje, el de la dirección y el de la base, tan distintos en ocasiones que los miembros de ésta probablemente no darían crédito a sus oídos si pudieran escuchar a los de aquélla sin ser advertida su presencia, así, de forma similar, también en nuestra sociedad hay dos niveles o categorías cuyo reflejo más preciso lo encontraremos en el mundo de la moda: la moda para los demás, que se hace variar cada año a fin de incrementar al máximo el giro de los negocios, y la moda para uno mismo y sus pares, la moda secreta –contrapuesta por entero a la moda vulgarque, a manera de código cifrado, sirve justamente para que los iniciados se reconozcan entre sí, relojes de tal marca, cuero de tal otra, encendedores, etcétera, contraseñas que sólo a la que empiezan a vulgarizarse, a ser captadas por trepas, gigolós, y demás inevitables intrusos, habrá que ir modificando conforme a una línea en cualquier caso mucho más estable; y era este descubrimiento, o mejor, el acceso

a ese privilegiado nivel superior, lo que se hallaba en la base de la seguridad de Joaquín. La actitud, en definitiva, del que ha triunfado en la vida, sin complejos, sin torpes prejuicios ni estúpidos sometimientos al rasero de una moral mezquina. Le complacía contar, por ejemplo, cómo yuguló una huelga del personal de unos grandes almacenes en los que tuvo un importante cargo poco antes de empezar con la galería de arte. No se preocupe, dije al director, yo sé cómo se resuelven este tipo de situaciones. Y convoqué a los delegados de aquella gente y les dije: si estuviéramos en un país libre no habría problema; desgraciadamente, hoy por hoy, en este país no hay libertades democráticas, y una huelga laboral se transforma automáticamente en un delito políticosocial, de modo que si no deponéis ahora mismo vuestra actitud no tendré más remedio que telefonear a la policía. Y volvieron al trabajo. ¿Cómo te crees que hubieran solucionado este problema en la Unión Soviética?

¿Te das cuenta?, dijo Jaime. Se ha creído lo que de niños nos contaban acerca del ateo; se comporta como uno de esos ateos de los que nos hablaban en los ejercicios espirituales, una persona capaz de todo, un verdadero malvado del que se puede esperar cualquier canallada, libre como se siente de hacerla o dejar de hacerla. Y es que, contrariamente a Joaquín, Jaime, como un Ignacio de Loyola que si abandona las armas es para entablar una lucha más alta, como ese Ignacio de Loyola en el acto de ofrendar su espada a la Virgen de Montserrat, así Jaime, forzado a retirarse de las actividades clandestinas, no parecía sino que en la enfermedad hubiera encontrado una nueva razón para perseverar aún con mayor ahínco en sus convicciones. Acorde con este obligado y paulatino alejamiento de la acción, con la paralela reafirmación de los inamovibles principios ideológicos, Jaime fue desplazando el centro de su interés hacia nuevos ámbitos, campos de actuación asequibles incluso a las mermadas facultades de un enfermo en la medida en que, a manera de pantalla, le permitían proyectar y resolver sus insatisfechas ansias de socialismo. Así, el vehemente interés por el teatro que se le despertó en sus últimos tiempos, las cualidades catárticas que le atribuía, consecuencia, sin duda, al igual que para esos fervorosos revolucionarios que con frecuencia son los actores, del gran espectáculo teatral y catártico que adivinan en el desarrollo de una revolución. O su indagación apasionada en la tipología del campesino ukraniano, en su no siempre fácil adaptación a la sociedad soviética, problemas que seguía mucho más de cerca que los que afectaban a la familia de andaluces que ahora cuidaba Vilasacra. Pero los numeritos, como él decía, de Joaquín, tenían la virtud de hacerle volver a la realidad incluso cuando, atónito, me observaba por encima de las gafas, como si ya no recordara con exactitud por qué me miraba así de

atónito.

La libertad moral de la que Joaquín gustaba hacer exhibición tenía no obstante sus fisuras, resquicios que, si insuficientes para que su conciencia se resquebrajase como un dique bajo el embate de las aguas turbulentas, no por ello dejaba de reflejarse en su precaria estabilidad nerviosa. Pues, como ese inspector de policía que, tras ser relevado en el tan largo como duro interrogatorio al que está siendo sometido un presunto militante comunista, se toma un café ristretto al salir de Jefatura con el pensamiento aún puesto en las palabras del detenido, en su fe en la victoria final, en el carácter inexorable de esa victoria, una fe que el inspector, víctima de una deformación profesional adquirida a fuerza de andar siempre en las mismas, comparte a pies juntillas, no menos obsesionado al respecto uno que otro, sólo que, lo que para el detenido será el paraíso, para el inspector será el infierno, inevitable como la muerte y por el momento no menos lejano, ya que, mientras el cuerpo del detenido va adquiriendo tonalidades moradas, él, el actual verdugo y eventual futuro reo, ayuda con la cucharilla a que se disuelvan los terrones de azúcar en el cafetito caliente y, en cuanto se lo haya tomado, a casa con la mujer y los críos, así, como ese policía en la enfática delectación con que se toma el reconfortante cafetito, así Joaquín en su forma de sacarle gusto a la vida. Y de igual modo que el natural campechano del policía se crispa y agarrota y su frágil irritabilidad salta en añicos de furia ante aquel futuro verdugo al que ahora patea y apalea, así, de modo semejante, la virulencia verbal de Joaquín cuando perdía los nervios ante los abundantes casos de incompetencia que nos depara la vida cotidiana. Estaba también esa serie de exigencias y manías, a veces simples reacciones instintivas, que, escapando a su control, irreprimibles, atestiguaban la presencia de ese mar de fondo al otro lado del dique. Muchas de ellas afloraron y quedaron plasmadas en los arreglos y reformas de Santa Cecilia. La limpieza del bosque en los alrededores de la casa, por ejemplo, un bosque sin sotobosque ni ramas bajas, a fin de que los troncos de los árboles destacaran con la máxima nitidez posible. O su preocupación por la simetría, sea respecto a una cuidada disposición de las luces, o la alineación de las ventanas o al perfecto paralelismo de diversos elementos decorativos, zócalos, molduras, etcétera. Y, en general, la repugnancia que le inspira cuanto huele a viejo, cuanto se ve usado o, en sus palabras, podrido, cosas, en consecuencia, que hay que tirar o, mejor aún, quemar y sustituir por otras nuevas.

Cuando digo –lo he dicho más de una vez– que, si por una parte mi relación con Margarita provocó la boda de Jaime con Ana –Análoga al Ánade, como la llamaba Margarita–, precipitó, por otra, la separación de Joaquín y su mujer, no sólo exagero sino que mi enunciado es

inexacto, ya que el factor decisivo no reside en que yo tuviera o dejara de tener una relación amorosa con alguien sino en que ese alguien fuese precisamente Margarita. Mi relación con Rosa, por ejemplo, nunca se hubiera prestado, nunca se prestó, a este tipo de frases. No en vano, incluso para mí mismo, la relación que mantuve con Margarita fue del todo diferente a la que mantuve con Rosa. Tenemos, así pues, una peculiaridad de Margarita, algo que Margarita irradiaba y que era captado por cuantos entraban en su contorno físico como si de un campo magnético se tratara; y tenemos, asimismo, el particular influjo que sobre mí ejercía su persona, así como mi personal respuesta a ese influjo. Se me ocurre a este respecto que quien leyera estas notas sin conocernos, quien me viera escribiéndolas en esa fonda de Gorgs próxima a Vilasacra, que ese eventual lector se iba tal vez a preguntar qué demonios podía haber encontrado yo en Margarita, ya que, si algo había encontrado, no parecía sino que prefiriese callármelo.

No se trata sólo de una imagen retrospectiva, de la típica glorificación póstuma de quien ya no está entre nosotros. Es algo, por el contrario, específicamente vinculado a la presencia de Margarita dondequiera que se encontrara, independiente del grado de intimidad que la gente tuviera con ella, del alejamiento que con el tiempo hubiera podido producirse. La reacción de Rosa ante la desaparición definitiva de su antagonista, por ejemplo, o la de Magda, o la de ese amigo que tuvo en la época parisina y que, desde París, donde ha optado por establecerse, harto de España no menos que de la militancia política, me escribió, a raíz de su muerte, que con ella se esfumaba una de las pocas cosas vivas que quedaban en nuestro tétrico país; y como él, un inacabable número de amigos y hasta de simples admiradores que hubieran dado lo que fuera por ser algo más que eso. No, esta reacción general hay que relacionarla, no con la muerte, sino con la vida, con los sentimientos que Margarita había despertado en cuantos tuvieron ocasión de conocerla. Algo que nada tiene que ver con las manifestaciones de dolor a las que usualmente da lugar la muerte de alguien, la ceremonia que entonces se organiza, la puesta en escena de ritual y la no menos ritual respuesta que suscita entre los asistentes, una atmósfera similar, por lo ilusoria, a la que se respira en un teatro cuando acaba la función, ese silencio, esa emoción contenida que embarga al público al término del drama, variante triste, en definitiva, pero no por ello menos efímera, de esa especie de sentimiento de fraternidad y armonía que posee a los espectadores de una revista musical cuando, tras el desfile final, se encienden las luces y todo el mundo empieza a moverse hacia la salida, todavía sonrientes y satisfechos, cómplices todos ellos, partícipes anónimos de un risueño mensaje, de un canto a la alegría de vivir, que sólo comenzará a

disiparse, como el vaho que resopla, con el frío de la calle y la oscuridad hostil, en busca del maldito coche.

En lo que a mí respecta, basta echar un vistazo a lo que vienen siendo estas notas, al rumbo que han tomado desde que las inicié, más como reflexión sobre una realidad que como reflejo de esa realidad, para comprobar hasta qué punto el recuerdo de Margarita es capaz de generar otros recuerdos, recuerdos que se diría rescatados del desván, dada su condición de cosa usada o, por el contrario, superflua, sin que, por otra parte, ni yo mismo alcance a ver qué relación guardan con Margarita, si es que guardan alguna. Más aún: es el propio recuerdo de Margarita lo que en ocasiones parece perderse bajo la avalancha de impresiones a la vez inesperadas y persistentes como esos dibujos y palabras que los niños garabatean en los cristales empañados, y que, años más tarde, al recorrer la casa deshabitada, reaparecerán burlones ante nuestros ojos con la humedad de la noche. Subsidiariamente, que el trato que Margarita recibe en estas páginas se corresponde con lo que fueron nuestras relaciones a partir del momento en que empezaron a enfriarse, cuando mi frustrada aventura erótica con Magda.

Entre Margarita y yo el amor era algo que se sobreentendía, que se daba por supuesto, que ni siquiera se mencionaba. Una vez, durante nuestros eufóricos comienzos parisinos, me dijo que se había enamorado de mí, y entonces le dije que también yo lo estaba de ella, ambos un poco borrachos; y eso fue todo. Por aquella época yo tendía a establecer una firme identidad entre amor y sexualidad, convencido no sólo de que era la única forma de asentar sólida y saludablemente una relación íntima, por episódica que fuese, sino también de que las mujeres compartían plenamente tal criterio. Nada tiene de raro, en consecuencia, que, tras lo de Magda, las primeras fisuras entre Margarita y yo aparecieran en el terreno erótico, como si de pronto ambos hubiéramos cobrado conciencia de nuestro diverso modo de entender el sexo, dicotomía de conceptos que forzosamente debía repercutir en la práctica amorosa, en lo que hasta entonces había sido despreocupada entrega al placer licuante: lo que para mí constituía un fin en sí mismo, relación íntima en el más estricto de los sentidos, significaba para ella ejercicio de poder; eso quedó claro entonces –sólo un malentendido, el que se crea cuando cada parte atribuye a la otra sus propios sentimientos, evitó que cayéramos antes en la cuenta–, y nuestra evolución posterior, el camino tomado por cada uno, no ha hecho sino confirmarlo. Así, en lo que se refiere a Margarita, basta repasar la lista de sus principales amantes: uno de los más prometedores arquitectos del país, el escritor más brillante de la joven generación, un conocido actor de cine, un importante hombre de negocios con un gran futuro político, y así siguiendo, todo como si el

atractivo que veía en cada uno de ellos residiera fundamentalmente en su condición de figura, como si la excitación obtenida fuese producto, más que de una relación sexual, del impacto que en su sexualidad provocaba el hecho de acostarse con el cabeza de serie, con el número uno de cada campo. Efecto multiplicador de semejante coleccionismo selectivo: no ya tener por amante al primero del ramo, sino darle además la impresión de ser un pobre hombre que, encerrado en su estrecho círculo, había perdido de vista la rica variedad de sugestiones que ofrece el mundo, el rito celeste de la vida. Y junto a eso, cuando coincidían, como era frecuente, varios amantes o ex amantes en una reunión, en una fiesta, la sensación que sabía dar a todos de que cada palabra, cada sonrisa, cada mirada, iba dirigida a él en particular.

En el mismo sentido, su afición a las sorpresas, a los movimientos secretos, imprevistos: una cena en Londres, un curso de surf en California, un viaje relámpago a Tahití, organizar una exhibición y venta de obras de Picasso, Miró, Tàpies, etcétera, en París, al objeto de recabar fondos para la campaña pro-amnistía de los presos y exiliados políticos españoles. Maquillaje, peinado, forma de arreglarse y vestir, acordes con la agilidad y urgencia del tipo de actividades que desarrollaba, con los ambientes que frecuentaba y, en definitiva, con la dinámica de su vida. En cuanto a ropa, preferencia por una línea deportiva de corte más bien clásico, propio de una mujer segura de sí misma, que se movía con decisión y elasticidad: predilección por la lana, el lino, la seda, el cuero y, en general, los modelos diseñados por las grandes firmas con materias primas naturales, artículos en los que la calidad resplandecía por sí misma. Contraste entre su gusto y el de Rosa, más exagerado en todo, lindante en ocasiones con el gran disfraz, propensa como es Rosa a los toques extremados de mujer fatal; lo contrario del ideal de belleza anónima, de esa belleza que nos sorprende y desaparece al instante, tan arraigado en Margarita. Afición asimismo a los secretos, a los escondites, al incógnito, ese cofre del tesoro que guardaba en alguna Cueva del Sésamo con todos sus recuerdos, mis cartas, las cartas de cada uno de sus amantes, fotografías, pequeños objetos de valor simbólico y rememorativo, aquella cinta que me hizo oír, obsequio de un locutor de radio madrileño con el que sin duda tuvo una aventura erótica, la grabación del reportaje que le había dedicado, el tierno canto de un hombre enamorado que, si a los radioyentes habituados al folletín debió de parecerles de lo más normal, lo que ya no tenía tanto de normal era que también a ella se lo pareciese. ¿Habría salido de aquel cofre del tesoro la fotografía de su habitación de Vilasacra que llevaba en el bolso el día del accidente?

Cuando nos distanciamos por un tiempo y nuestra relación cambió de signo, tal vez yo ignorase –mi convivencia con Rosa apenas si había

comenzado– en qué medida ese inocente y libre fin en sí mismo que para mí era lo que la gente llamaba amor, escondía una informulada pero real voluntad de dominio de la persona amada, susceptible de acentuarse tanto más cuanto mayor fuese la resistencia opuesta. Pero tampoco Margarita debía de saber en qué medida el poder logrado sobre su amante, sobre cada uno de sus amantes, constituía para ella tan sólo un medio, un elemento aislado dentro de un conjunto más amplio, un punto más de irradiación que con su influjo potenciaba el influjo total del conjunto, esa red de influencias recíprocas incidiendo simultáneamente desde diferentes planos que, a manera de telón de fondo, daba realce a su personalidad, de modo similar a como la blanca sábana realzaba la euforia de su entrega, nítida y disponible, abierta como una estrella de mar. La impresión resultante era de enorme control no ya personal sino social, de estar al tanto de todo, en áreas próximas a la omnipotencia, omnipresencia y omnisciencia, impresión externa sólo traicionada, en ocasiones, por la insistencia excesiva, la innecesaria afirmación del propio yo, ese yo, fui yo, yo estaba allí, yo lo vi, yo ya lo sabía, yo, yo, yo, se hablara de lo que se hablase, ella en el centro de todo, por encima de todo, dominándolo todo, ella, ella, una mujer que sin duda necesitaba apreciar el efecto, recoger el eco, cuando ni toda su decisión bastaba para compensar la esencial seguridad en sí misma que, contra cualquier apariencia, le faltaba.

La localización del malentendido, comprobar la distancia que mediaba entre dos actitudes que habíamos llegado a creer coincidentes, supuso una doble sorpresa: para mí, el que Margarita, tras una apariencia de desinterés, de desprecio hacia toda clase de convencionalismos, se mostrara súbitamente dispuesta, no ya a aceptarlos, sino a situarlos bajo su control; para Margarita, el que de veras no me interesara ese contexto, contexto si no componente clave, de la sexualidad –su dimensión de triunfo social–, algo que se resistía a considerar seriamente, inclinada más bien a pensar que yo, con astucia suprema, disimulaba mis objetivos profundos bajo un exterior de indiferencia, cuando no de olímpico desprecio. Si luego volvimos a intimar –aunque no en el mismo sentido que antes– fue porque, en definitiva, algo subsistía entre nosotros, afinidad, atracción mutua, qué más quisiera yo que poder precisarlo; decir que Margarita necesitaba un testigo de excepción de su grandeza, por ejemplo, testigo a la vez que juez y augur, sería repetir una broma sólo válida entre ella y yo, acorde con nuestra tendencia a trivializar lo que nos hubiera resultado incómodo dicho de manera no trivial.

¿Tiene algún sentido hablar de afinidad imprecisa y profunda entre dos personas? Porque no se trata de meros puntos de contacto. Puntos de contacto también los había, a fin de cuentas, entre Margarita y

Rosa, similares ambas en su capacidad de desdoblarse, de convertirse de golpe en Cochise, en un pintarrajeado jefe piel roja que danza clamando por las cabelleras de sus rivales, de mis amantes, todas, de la primera a la última, como un cumplimiento de una inmemorial venganza. Pero entre Margarita y yo, como entre Rosa y yo, la relación siempre fue algo más que una mera acumulación de puntos de coincidencia. Pues ¿no cabe acaso calificar de afinidad imprecisa y profunda el vínculo que me une con Rosa, ese antagonismo que nos enfrenta como a San Jorge y el Dragón, condenados ambos a un continuo combate definitivo, a morir y ser muertos una y otra vez, ora por un tesoro, ora por una princesa, ora por la inmortalidad, ora por la transmutación salvadora, esa fuerza que nos conduce una vez más a la conjunción, a ese indefectible sacrificio del Dragón a manos de San Jorge? ¿Cómo si no explicar una relación de este tipo, en la que cada parte responde a un esquema de comportamiento que se diría preestablecido, a una norma de conducta que funciona con la exactitud fatal de un mecanismo en acción? ¿Qué otra cosa es la búsqueda del complementario, de lo que nos complementa en la medida en que nos falta? Esa necesidad de Rosa de estar segura de ser amada y esa resistencia mía a reconocérselo, a pronunciar siquiera la palabra amor, a decir algo más que un tópico: claro que te quiero, sin que parezca rutina o tópico. Esa insistencia por su parte en seguir preguntándomelo una y otra vez, y el consiguiente agobio, más que justificado, por la mía. Esa sensación suya de estar inhibida y bloqueada frente a todo, y ello en tanto mayor grado cuanto más se obstina en obtener una garantía amorosa. Esa convicción mía, a la vista de los hechos, de que mi presunción inicial fue acertada, de que lo correcto era impedir que se hiciera falsas ilusiones, salvarla del peso del desengaño que tarde o temprano hubiera terminado por aplastarla. Y así siguiendo. Ahora bien: ¿es concebible que Rosa se hubiera interesado por otro tipo de hombre y, sobre todo, que ese interés le hubiera durado? ¿O que yo siguiera con ella de no existir por su parte esa dependencia?

La reticencia afectiva implícita en mi relación con Rosa no constituye un caso aislado. Al contrario: es casi una constante, algo que tiende a repetirse en cuanto la relación sobrepasa los límites de la aventura episódica. Se trata de una atracción poco menos que de orden químico, una actitud reacia a la entrega amorosa que las mujeres sensibles a su atractivo adivinan de inmediato, igual que a otras les atraen los homosexuales o la locura, y detectan su presencia con los ojos cerrados. En semejante contexto, la única excepción de importancia sería Margarita, que rehusó jugar un papel que nada tenía que ver con lo que andaba buscando. ¿Será este punto la clave de nuestra especial relación, similar a la del lagarto y la serpiente que se

observan como mutuamente fascinados? Pues lo que desde luego no explica nada son las pequeñas vicisitudes, incidentes como el de Magda, por mucha que parezca haber sido su trascendencia. Y es que, así como de cuantos elementos componen una obra de ficción son los que se refieren a la anécdota los más irrelevantes, reemplazables unos por otros sin que los ejes y núcleos del relato tengan que verse afectados, así, en la realidad, las distintas opciones que ofrece la vida cotidiana, acorde como ha de resultar su elección con lo que la persona es.

EL OJO. Así como los accidentes orográficos irán cobrando entidad según los vayamos remontando y recorriendo, y lo que parecía una ladera en forma de plano inclinado se desdoblará en nuevas hondonadas y ondulaciones serpeantes, y lo que parecían cerros se revelarán como meros repechos de cimas más altas, destacando en torno al caminante, a medida que se mueve, relieves normalmente imperceptibles, matados por la luz cenital que es propia de las áreas mediterráneas, así, de modo semejante, la realidad presente de una ciudad respecto al proyecto que estuvo en su origen o la escritura de una novela respecto al plan inicial de la obra. Y de igual forma que nuestro caminante, con todo y disponer de un detallado mapa topográfico, comprobará hasta qué punto difiere la mera lectura de las cotas de pisar realmente el terreno escabroso, así, de igual forma, al leer un texto de ficción descubrimos aspectos no sólo imprevistos por el propio autor sino también insospechados, ajenos por completo a sus planes. Ello es así no ya porque cuanto el autor se ha propuesto escribir encierra significados no propuestos, y así se refleja en la obra, sino, además, porque leer un libro es como subrayarlo con un lápiz, como destacar, señalizar y aun añadir comentarios al margen, no tanto acerca de lo que es importante respecto al texto en sí, cuanto acerca de lo que es importante para nosotros, motivo que explica el que nos fastidie prestar libros subrayados en la medida en que nuestra intimidad puede verse afectada. Leer sin subrayar no deja huellas materiales, pero los supuestos de la operación a la que nos entregamos siguen siendo los mismos. Como en un paisaje: todo está ahí, pero reconocerlo toma tiempo.

La ambigüedad de la obra de ficción, la oscuridad que preside sus orígenes y el resultado final no menos que la interpretación de ese resultado, una oscuridad consustancial a la luz que libera y sin cuya presencia simultánea sería inviable el proceso creador. Pues así como pensar no es ni mucho menos una actividad puramente racional, ya que pensamos con todo el cuerpo –yo preferentemente con los pies–, y

esa idea que nos viene de golpe, sin que sepamos por qué, responde a una coherencia que poco tiene que ver con la razón, así, el lector de una obra de ficción encuentra siempre una serie de significados que el autor no sabría decir por qué están ahí, en el supuesto de que se hubiera dado cuenta de que están, por muy pensado que creyera tenerlo todo, tanto en lo que se refiere al plan de la obra, a las líneas maestras que lo informan, como a los menores detalles de su realización, sopesada palabra por palabra. Y lo que es válido respecto a la operación de leer, lo es también, ni que decir tiene, respecto al proceso resumido en el acto de escribir. El desarrollo de tal proceso no hay que referirlo, en definitiva, a la voluntad del autor, a lo que el autor quiso escribir, sino a lo que el autor ha escrito, deliberadamente o no, como algo que se le impuso sin saber del todo por qué, como exigencia de la propia dinámica de la obra, casi como si, al dictado de la materia narrativa, su papel en esa obra no fuese otro que el de un elemento fundamentalmente instrumental. Pero si el lector se proyecta sobre la obra que lee como sobre una superficie reflectante, ¿no serán, de forma similar, proyecciones de sí mismo esos componentes de la obra que, cuando el escritor escribe, parecen imponérsele desde fuera?

Consecuentemente, la obra como punto hacia el que convergen autor y lector, ámbito en el que se reflejan sus respectivas actitudes. De ahí la dificultad que entraña trasladar esa obra a otra forma de expresión, representación plástica que ilustre el texto, por ejemplo, o bien adaptación cinematográfica de ese texto, una dificultad tanto mayor cuanto más profundamente la materia narrativa se halle encarnada en el lenguaje, cuanto más intraducible sea, por tanto, a otros lenguajes. La frustración que experimenta el autor ante esa objetivización de una obra que no reconoce como propia, comparable a la que experimenta el espectador que antes fue lector, que ya conocía la obra, frente a esa representación concreta y objetiva de lo que él había imaginado diferente, de lo que cada lector había imaginado diferente. Sucede como con una sinopsis, con un resumen de la obra y demás formas de extracto, forzosamente incompletas, limitativas y desenfocadas en la medida en que la materia narrativa tampoco es susceptible de reducciones, en la medida en que, lo que está expresado con determinadas palabras no puede expresarse ni con otras palabras ni con menos palabras sin que la imagen resultante se resienta de semejantes mutilaciones.

De primera intención, así pues, la clave última de una obra está en el autor y la clave última del autor está en la obra. Pero sólo de primera intención, ya que a partir del momento en que la obra se objetiviza, en que tiene un lector, en que éste se proyecta en la obra como antes lo hizo el autor, la verdadera clave del fenómeno que genera la obra de ficción reside, no en cualquiera de los elementos que

integran el proceso, sino en la relación que los vincula. Y esta relación se mantiene aunque con el tiempo mude de contenido, aunque la apreciación de la obra, por lo general bajo la guía de esa idea imperante acerca de lo que la obra es que la crítica establece y cuya reiteración mecánica termina convirtiendo en lugar común, tienda a modificarse, aunque un nuevo lector, unos nuevos ojos, supongan cada vez una nueva lectura. Pues lo que no está sujeto a cambio alguno es la estructura de la relación existente entre los elementos que la componen, el papel que cada uno de ellos, dentro de tal estructura, juega respecto a los otros dos. Tampoco el autor, en definitiva, desaparece cuando muere, persistiendo como persiste su presencia en la obra, en las zonas sombrías de ésta con motivo no menor que en las luminosas. ¿Hay algo de casual en la composición de Las Meninas? ¿En ese autor integrado en el cuadro en el acto de pintar y en ese espectador cuya imagen virtual nos la ofrece el espejo del fondo, quedando en consecuencia fuera del cuadro la real, la de los reyes y la de quienquiera que a semejanza de los reyes lo contemple, la de cada uno de los espectadores silenciosos que se apiñan en la verde penumbra del Prado?

¿Cuántas veces, de chico, no me había dicho que la explicación final de algo se encuentra siempre fuera de ese algo, y como aquel que actúa movido por poderes superiores que cree propios, así un dios puede ser a su vez simple creatura de un dios superior a él, cuya existencia desconoce? Aquellas consideraciones que me hice una tarde, al borde de una balsa, mientras algo más allá mis compañeros jugaban a guerras: la posibilidad de que así como aquella balsa redonda reflejaba igual que una pupila mi figura contra los cielos soleados, mi propia pupila resultase ser, de modo semejante, imagen misma del universo; si una célula cualquiera de mi ojo, una simple célula, no contendría realmente esos cielos reflejados, y los planetas, astros y galaxias que esos cielos encerraban en su pálido azul, así como los cielos de otras galaxias, incluidas las que, debido a su lejanía, ya ni resultaban visibles o calculables desde ninguno de ellos; y si yo, el niño que contemplaba los cielos reflejados en una balsa, si yo, y conmigo esos cielos reflejados y sus planetas, astros y galaxias, no constituiríamos sin saberlo una insignificante célula del ojo de un chico inconcebiblemente superior, un chico igual a mí en aquel momento, un chico que, al igual que yo, se hallaba contemplando el reflejo de su propia figura contra el cielo soleado en las aguas de una balsa. Y si, a semejanza del origen de esa célula, la de mi ojo, la del suyo, ese nacimiento producido por partenogénesis en un momento determinado, a semejanza de ese instante primigenio y de su posterior expansión, el final de su existencia no respondería a un pequeño accidente traumático, un accidente casual y sin importancia, esa

contusión en un ojo que uno de mis compañeros había producido involuntariamente a otro en el curso del juego, un pelotazo, una pedrada, sin más consecuencia que una breve interrupción del juego y la aplicación, a modo de compresa, de un pañuelo mojado en el agua de la balsa, antes de reemprenderlo con renovadas energías; y si este incidente traumático que pone fin a la vida de la célula, a manera de paréntesis que se cierra, simétrico y contrapuesto al que se abrió en el instante en que la célula se constituyó en entidad autónoma, el trauma propio de lo que se es al irrumpir en lo que no se es, si este incidente, decíamos, que para el chico que recibió la pedrada en un trauma insignificante que se salda en algo pronto olvidado, si este incidente no significará el cataclismo final de todo un universo, culminación de las miríadas de siglos luz que supone el paulatino enfriamiento de los astros, la pérdida de su rotación, la ruptura del equilibrio que los sostiene, apenas una fracción de segundo para nuestro niño infinitamente superior perteneciente a un mundo inimaginablemente más grande, todopoderoso a la vez que inerme respecto al otro niño que se contempla contra los cielos reflejados en la balsa en la medida en que uno y otro se ignoran mutuamente, uno y otro meros elementos consecutivos, a escala infinitamente diferente, de una serie indefinida de niños que se contemplan contra el cielo todavía soleado de la tarde reflejado en una balsa. Tener en cuenta también que no se trata sólo del ojo del niño que se hace estas consideraciones mientras se contempla en las aguas de una balsa en forma de pupila; está asimismo el ojo del niño contusionado por la pedrada, y el del niño que, acaso con una malicia que no confiesa, le apuntó certeramente antes de tirar la piedra, así como los ojos de ese paseante solitario que desde la carretera contempla las vicisitudes del juego, y hasta los de una pareja que circula en automóvil como están en la contemplación del amor que les une, camino de la ciudad tras un día de campo.

Secuela probable de estas consideraciones acaso sea mi habitual resistencia a dar por buena la explicación más en boga relativa a otra clase de traumas, los de carácter síquico, esa tendencia maniática, todavía imperante, a referirlos a un acto reprobable de los adultos presenciado durante la infancia –mentiras, adulterios, asesinatos–, como si los actos moralmente neutros fueran menos susceptibles de ocasionar un trauma en quien, como el niño, es incapaz de apreciar, no ya su calificación moral, sino incluso su significado. Asimismo, estrechamente asociado a aquellas ensoñaciones de infancia, mi proyecto de novela, un proyecto desarrollado de modo paralelo a mi trabajo como arquitecto, prácticamente desde que dejé la universidad. El posible título me vino después, en Rosas: La Ciudad Ideal. Un título que hace referencia no tanto al contenido cuanto a la impresión que me produjo el plano del mismo nombre que allí tuve ocasión de ver y

que creo haber mencionado ya más arriba. Y es que, como el plano de La Ciudad Ideal para quien lo contempla, así la obra de ficción ha de ser susceptible de despertar en el lector, sea o no consciente de lo que sucede, las sugestiones más recónditas.

Importancia de saber dar a los temas centrales de una obra de ficción una primera apariencia menor o marginal respecto a lo que parece constituir el flujo principal de la obra. Ejemplo del Contre Sainte-Beuve: así como Proust juzga oportuno darnos a través de un pretendido ensayo las claves de su estética, el método adecuado de ponerla en práctica –exactamente opuesto al de Sainte-Beuve– y hasta sus modelos, los escritores que, como Virgilio para Dante, había tomado como guías en su particular recherche –Nerval o la ensoñación, Baudelaire y sus infiernos, Balzac o la recreación de la realidad–, así, de modo semejante, cabe afirmar que no menos valiosa que una prefiguración de esta clase, valiosa y complementaria, es susceptible de serlo una oportuna posfiguración que arroje luz sobre determinados aspectos de una obra que inicialmente no parecían sino anodinos, mero trámite o ambientación preparatoria de los temas centrales de la obra, y que sólo gracias a este rescate realizado por medio de la posfiguración, se revelan en todo su valor significativo, de forma similar a como el rostro de una persona determinada con la que nos tropezamos al salir de casa, un rostro desconocido que no es la primera vez que vemos, únicamente cobrará trascendencia y sentido cuando lo identifiquemos con el rostro de uno de los ejecutores del secuestro en el que nos hallamos metidos, siendo perfección de cálculo y realización sincrónica lo que en un principio no pasaba de irrelevante coincidencia. En otros términos: prefiguración y posfiguración como variantes de un mismo procedimiento.

Imaginar la aplicación de este procedimiento a la propia estructura de la obra. Se dice que el pensamiento del que muere, incluso reducido a instantes, semeja uno de esos castillos de fuegos artificiales en los que cada fase genera nuevas fases, cada vez más altas, cada vez más amplias. Pues bien: imaginemos una obra así, en la que, de cada una de sus partes surjan otras que a su vez generen otras y otras, en un despliegue más y más vasto. Esta fue mi idea primitiva de la obra en proyecto, una idea que no tardó en completarse y definirse hasta quedar concretada en lo que es ahora, el proyecto de una obra compuesta por diversos libros articulados conforme al siguiente esquema: a partir de un relato A, que se ofrece al lector como un todo acabado, explorar el contorno real de B, el autor de A, considerándolo exclusivamente desde fuera, a modo de personaje visto por otros personajes; aproximarse, a continuación, a los orígenes de A, al proceso de gestación de la obra, las notas tomadas, los escritos previos, a ser posible en el contexto en que fueron escritos –realidad

cotidiana, sueños, etcétera–, para concluir, finalmente, con una reconstrucción de la vida de B. Esto es: incluir al autor en la obra y, con el autor, el tiempo, el tiempo que torna a ese autor el desarrollo de la obra. Pensar, por ejemplo, en las catedrales, los rigurosos planos a los que en un principio se ajustaba la ejecución de las obras, las modificaciones a las que obligaba el transcurso del tiempo, los imprevistos detalles ornamentales que, con los años, van siendo introducidos por el incontrolable artesano en los relieves de los capiteles y de las gárgolas, en las tallas del coro, guiada su mano, se diría, más por el diablo que por un dios. Y ahora que el papel del arquitecto es hacer lo que durante milenios no necesitó para nada del arquitecto, ahora que el arquitecto intenta imitar lo que nunca fue hecho por arquitectos, esto es, la casa donde la gente vivía de acuerdo con sus necesidades, y el arquitecto no es capaz de lograr lo que antaño era trabajo, a lo sumo, de un maestro albañil, ahora que el arquitecto se ha quedado sin papel porque es la propia arquitectura lo que carece de papel, este proyecto de obra ha tenido para mí, durante todos esos años, un claro valor compensatorio.

No me refiero, cuando hablo de la presencia del autor en la obra, a lo que es susceptible de quedar reflejado en la propia estructura de esa obra, una estructura que, al vertebrar la obra en un conjunto, debe ser entendida como proyección de lo que el autor es, con sus luces y sombras, del mismo modo que el plano de La Ciudad Ideal es, en primer término, el plano de la mente de su autor, o que la organización de una catedral pretende ser, en su estructura, representación visible del Creador por antonomasia. Tampoco a esa otra presencia, más subrepticia, que lo involucra –emboscado en sus personajes, diluido en ellos– en el argumento de la obra, y que a determinada crítica tanto le complace rastrear: ese adolescente a la vez sublime y repulsivo que acaso hubiera querido ser, ese hombre que quisiera parecer que es, ese viejo admonitivo al que acaso odia, sin siquiera saberlo, en la medida en que se le parece. No: me refiero a la presencia irrefutable del autor en el acto de escribir la obra, sujeto a los influjos que sobre él se abaten en este preciso momento, al aparente azar que le lleva a introducir elementos nuevos no previstos en el plan inicial, sea por imposición de la propia dinámica de la obra, por las sugestiones que esa dinámica dispara por debajo de los niveles de su conciencia –las diabluras de nuestro artesano al picar la piedra de los capiteles–, sea como respuesta a una incitación del mundo exterior, el mundo que nuestro autor pisa en el momento de redactar la obra, imposiciones no del texto pero sí del contexto. Esto es: la consideración del autor sometido al tiempo de la obra, al tiempo que requiere su realización y que, con todo y no ser visible en el producto final, con todo y no quedar reflejado en sus páginas, condiciona

decisivamente el resultado por lo mismo que su transcurso es preciso, no tanto como vehículo de variantes y modificaciones en apariencia casuales, cuanto como período de maduración del proyecto inicial y de todo aquello que potencialmente –como la semilla el árbol– éste contenía; ese fluir del tiempo que se hace perceptible cuando la nota que teníamos previsto desarrollar, por el mero hecho de materializarse en un texto, no sólo se desarrolla sino que se enriquece y define con nuevas e insospechadas precisiones iluminadoras, fruto maduro de aquella breve nota que, casi sin saber cómo, nos vino a la cabeza igual que la semilla algodonera traída por el viento desde un árbol distante. Incluir el contexto en el texto, presente el autor no menos que el lector entre los personajes, y como ellos insertos uno y otro en la trama, un lector que conoce tanto el autor como lo que éste escribe y que lee dentro de la obra lo que luego todo lector leerá fuera de ella, similar, en su equiparación virtual al lector real, a esas imágenes que aparecen reflejadas en el espejo del fondo del cuadro, contemplando al autor, que, en alto el pincel y la paleta, les contempla a su vez desde un segundo término.

Apreciar el instante como fijación ilusoria del transcurso, de ese fluir del tiempo: una foto tomada del hongo atómico, distinta a cuantas otras la precedieron o seguirán en una simple fracción de segundo, coagulación de un proceso para quien contemple la foto, lo que, considerado desde el hipotético punto de vista de un observador situado sobre el tope de la nube, supondría un irrepetible paisaje de cimas y simas y eternidades retumbantes. Subjetividad no menor la del espacio que la del tiempo, referidos como están uno y otro en su manifestación al movimiento. De ahí que, en la obra de ficción, el transcurso del tiempo no menos que el movimiento en el espacio, sólo pueden ser resueltos –en razón de que un simple enunciado de ese transcurso, de ese movimiento, es únicamente eso: un enunciado– por medio del lenguaje, un lenguaje que siempre es más, mucho más, que mera jerga formal. El lenguaje no es, en efecto, un código autónomo de símbolos neutros que permita realizar operaciones similares a las que cabe realizar con las cifras, irreprochables por su misma naturaleza; el lenguaje constituye una malla significativa además de formal, un entramado de símbolos que, más o menos rico, mejor o peor articulado, se encuentra por entero, como un todo, en cada uno de nosotros, y el escritor es escritor en la medida en que lo que ha escrito reaviva en cada lector la estructura de esa malla, en la medida en que la estira dándole tensión, intensidad, polivalencia significativa. Inanidad de todo intento de reducir el interés de una obra a su interés lingüístico desde una perspectiva puramente formal, juegos de palabras, etcétera: hacer que lo que en sí mismo es sólo materia parezca el más sutil de los aspectos de la obra. Papel similar del papel

en blanco: un tema para que determinados epígonos filosofen como bebés que patalean panza arriba, pataleos que sólo en su imaginación terminan por convertirse en inspiradas fintas; algo que carece de sentido para el novelista aunque sólo sea por una cuestión de cantidad, con tantas hojas como guarda en el escritorio, espacios que las palabras tienden a invadir se diría que espontáneamente, como los sueños invaden al que duerme. Espacio vacío que ni siquiera existe si no es como intervalo en la medida en que, a semejanza de la pantalla que, descorridas aún no del todo las cortinas, se puebla de inmediato de las primeras imágenes, a semejanza de esa pantalla, también las palabras parecen aflorar del papel ya extendido sobre el escritorio, nuestro autor haciendo a duras penas las veces de ese anfitrión que ve comparecer uno tras otro, en el banquete que celebra, a todos y cada uno de los invitados y hasta a más de uno que no ha sido invitado.

¿Una prueba? El hecho de que recoger de la mesa los papeles y la estilográfica no equivale a ese momento en que se encienden las luces del cine y la gente se va levantando; el hecho de que guardar los utensilios no signifique acabar, de que los materiales sobre los que se ha trabajado o se ha de trabajar permanecen, siguen rodeándonos como figuras amigas, ni tan siquiera forzosamente amigas, acaso todavía torvas o incluso amenazadoras, como a la busca de un desquite, mientras, paseando con creciente simpatía la idea de abandonar todo esto, la habitación, la fonda, Gorgs, Vilasacra, este sucio paisaje de final de otoño, carente aún de la serenidad que las labores de poda y labranza le otorgarán para todo el invierno. Empiezo a echar de menos la presencia invariable del horizonte marino, ese azul cambiante de Port de la Selva que resta importancia, aunque no los suprima, a los efectos, en ocasiones deprimentes, de un cambio estacional. Si antes necesitaba esto para pensar, ahora necesito aquello para pensar en esto. La lejanía, la perspectiva que da la lejanía.

Una prueba que es también un objetivo: La Ciudad Ideal, la obra en proyecto.

VI

AL NORTE, PORT DE LA SELVA; al sur, Rosas; al este, Cadaqués: un pueblo por cada uno de los frentes marítimos que flanquean el Cabo Creus o Cruces o Corazones o comoquiera que se llamase en sus orígenes. ¿Y a poniente, tierra firme adentro? Un llano con marismas, un paisaje ciego y encharcado, siempre como recién llovido, que poco a poco se va resolviendo en cultivos, en pequeños pueblos, los Pirineos nevados al fondo. Entre los pueblos, no deja de ser curioso, Vilasacra, una Vilasacra que por supuesto nada tiene que ver con la de Margarita.

También es curioso observar hasta qué punto el Cabo, sus costas y sus pueblos, resumen determinados aspectos de mi vida, hasta qué punto ese resumen, considerado como itinerario, se superpone a la configuración del Cabo. Port de la Selva corresponde a los veranos de mi primera infancia, ese período del que no recordamos absolutamente nada. Rosas es Margarita, el escenario de nuestras grandes escapadas, elegido en función de que, a diferencia de lo que nos pasaba en Cadaqués, allí no nos conocía nadie. Y Cadaqués resulta ser, con mucho, el lugar más vinculado a Rosa, más que la propia Barcelona, por ejemplo, del mismo modo que a Margarita la relaciono más con Rosas que con París. Un itinerario, en suma, que discurre en sentido contrario al de las agujas del reloj, como el tornillo que se saca para levantar o abrir algo, como el agua que gira al desaparecer por el desagüe. Y con una particularidad: el sector abierto entre Port de la Selva y Rosas, la tierra que se extiende a poniente, un área que no asocio a nada concreto y que, dentro del ciclo, correspondería a ese período de latencia que se desarrolla entre la primera infancia y la edad adulta, el segmento que completa el círculo. Mi casa de Port de la Selva queda muy cerca de la que mis padres alquilaban cuando éramos niños, poco antes de la guerra civil. Mejor dicho: cerca del sitio que ocupó la casa, ya que ésta fue derribada hace unos años y en su lugar se levanta una edificación con tétricas terrazas blancas que sirven para colgar los bañadores. La que tengo ahora es pequeña y sin especial carácter, rasgos que sin duda han contribuido a salvarla de la demolición con vistas a un imposible mayor aprovechamiento, así como de ser convertida en un decorado de casa de pescadores. Al principio, hará tres o cuatro años, cuando el cansancio de tanto Cadaqués me impulsó al cambio, a Rosa le sentó muy mal. Con esa vehemencia emocional característica de algunas mujeres, que tanto puede hacerles reaccionar en un sentido como en el opuesto, debió de ver en el abandono de Cadaqués el símbolo de una ruptura con ella,

con nuestro pasado en común, y el eventual comienzo de una nueva vida en común con otra; después debió de pensar que esta nueva casa también podría constituir el marco ideal de una nueva base de nuestras relaciones, una especie de renacimiento, y cambió de parecer, siempre dentro de ese simbolismo interpretativo que le es peculiar.

¿Singularidad de Rosa? Ni mucho menos. Ni tan siquiera se trata de una propensión específicamente femenina, si bien es cierto que en las mujeres resulta más llamativa. Se trata, simplemente, de esa enojosa complejidad que esconden las reacciones emocionales a la que a uno se le ocurre levantar la tapa: separar la cosa, lo que la cosa es, del valor simbólico que le es atribuido, escarbar en los motivos de que una cosa nos guste o no nos guste, matizar las modalidades de esos gustos contra los que se nos dice que no hay disputa, indagar las razones de esa seguridad, de esa necesidad de que no haya disputa al respecto, de que nadie indague nada, claro y transparente como está todo. El gancho cínico y reconfortante de las explicaciones triviales basadas en el carácter caprichoso del gusto, el cansancio que las cosas producen a la larga, etcétera: en el curso de una aventura erótica, por ejemplo, ese primer anuncio del desenlace que más tarde o más pronto termina por presentarse, ese primer síntoma que puede ser cualquier cosa, una risa destemplada o boba, una frase desabrida, una palabra inoportuna, una expresión, un gesto, la simple apreciación –tras compartir lecho y cuarto de baño, tras compartirlo todo– de que la línea de la nalga está algo descolgada, cosa que no servirá precisamente de incentivo a la fogosidad en el siguiente abrazo carnal y, en términos generales, supone incluso el comienzo de un todavía insignificante pero ya irreversible distanciamiento. Opciones, movimientos de traslación en el gusto, en las actitudes, en la conducta, más fáciles de describir que de explicar, como no sea recurriendo a la casualidad, al hecho fortuito, a la trascendencia que a veces reviste la cosa más nimia, el acontecimiento en apariencia más intrascendente. Ver en mi relación con Margarita, pongamos por caso, el fruto de una magnífica coincidencia, los avatares de un proceso desencadenado a partir de una salida ocasional con unos amigos comunes en París, un encuentro cuya normalidad no hacía sino más insólitas las consecuencias, imprevisibles poco menos que como en caso de reacción alérgica; como si otros encuentros de similares características que ella y yo hayamos podido tener nos hubieran deparado similares consecuencias; como si, de habernos encontrado en otras circunstancias, el resultado no hubiera sido el mismo; como si, de no habernos conocido, no nos las hubiéramos arreglado ambos para dar con la persona que cumpliera la misma función que cada uno de nosotros cumplía respecto al otro en nuestras relaciones; como si, en las propias reacciones alérgicas, nuestro desconocimiento acerca de

sus orígenes nos autorizase a descartar de antemano una soterrada coherencia de lo que a primera vista es sólo un imponderable, desentrañar el proceso que subyace bajo la manifestación episódica, la posible relación, por ejemplo entre la antigua lesión tuberculosa tratada en su momento con un intenso bombardeo antibiótico y la alergia que con los años se genera en el paciente hacia los antibióticos que asimiló con tal intensidad y que ahora su cuerpo rechaza con semejante violencia.

Importancia de lo que está detrás de todo eso: lo que no queremos saber, lo que hemos olvidado, lo que soñamos y no acabamos de recordar, cosas que ni parecen merecer nuestra atención o, por el contrario, cosas cuya comprensión se diría situada fuera de nuestro alcance, verse a sí mismo como uno ve a los otros o algo por el estilo. Y esto es, sin embargo, lo que me trajo aquí: escribir sobre lo que no sé, sobre lo que no recuerdo, siguiendo las pocas pistas de que dispongo, esa tonadilla de una película que tarareamos por dentro al salir del cine y que luego no hay forma de que volvamos a recordar, pero que, días después, nos sorprendemos a nosotros mismos tarareándola de nuevo. O ese sueño que al cabo de unas horas vislumbramos como a ráfagas, susceptible apenas de ser reconstruido por más que intentemos asir sus cada vez más imprecisos contornos. Mis inexplicables celos de Rosa: por toda prenda llevaba puesto aquel ruso azul de tía Magda que rodó por casa durante años y años, un ruso que solíamos llevar con nosotros cuando íbamos a la playa y que, de un modo u otro, acabó desapareciendo de la circulación cuando yo era todavía un niño. Y ahora Rosa se cubría con él y yo sabía que acababa de acostarse con alguien, no sé exactamente con quién, y me sentía celoso. Estábamos en la galería de Santa Cecilia, sumidos en esa luminosidad algo espectral que produce la incidencia del sol en las baldosas hacia media mañana.

De todo eso a las invocaciones de Magda hay sólo un paso, pero bajo este paso se abre un abismo. Los objetivos pueden ser coincidentes; las actitudes, a cuál más antigua una que otra, no. Magda, con sus prácticas mágicas, convoca fuerzas que desconoce, y este desconocimiento desequilibra la balanza en favor de esas fuerzas. De ahí sus ritos maniáticos cada vez más rigurosos, verdaderos sacrificios expiatorios que realiza en el curso del día, susceptibles de terminar por convertirse en principal tarea cotidiana, y ella, en la medida en que los asume, en mera oficiante del ritual. Teniendo en cuenta las diferencias que siempre la han separado de Margarita en lo que se refiere al modo de ser, ya que no al físico, y el atractivo que para mí siempre ha tenido no obstante esas diferencias, habrá que reconsiderar la broma que Margarita y yo nos traíamos acerca del carácter incestuoso de nuestra relación, una predisposición erótica que

no por hallarse libre de la condena que pesa sobre las relaciones entre hermanos, por no hablar ya de padres e hijos, tiene más de evidencia que de broma: la fascinación respecto a los rasgos familiares que cada parte encuentra en la otra, las afinidades con uno que descubre, lo más parecido a uno mismo que uno ha visto nunca, casi como abrazarse a sí mismo abrazar al otro. Un factor que, lejos de restar peso a cuantos otros concurran, tiende a realzarlos, factores, pongamos por caso, como el comportamiento de Margarita, como el influjo que sobre mí ha ejercido ese comportamiento, fruto de una irritante a la vez que admirada independencia de carácter perfectamente equiparable a la de esa madre que el niño había llegado a considerar parte o prolongación de sí mismo y que con el tiempo se revela progresivamente indócil, autónoma respecto a sus deseos hasta el punto de que un buen día le deja, le abandona y no vuelve a reaparecer, sea porque realmente se ha ido, sea porque ha muerto, idéntica una y otra alternativa a efectos prácticos. Y, aún ahora, es esta imagen de Margarita, la Margarita díscola, de conducta indómita, desprovista del más mínimo sentido de la fidelidad, la que termina por imponerse, por resultar determinante tantas cuantas veces busco la caracterización de ciertas facetas de su personalidad y, en consecuencia, de la mía. Y lo que es más curioso: sin que ello suponga por mi parte mayor reproche que el que pueda merecernos la travesura de una hija, una travesura que, según se mire, puede resultar incluso divertida. En relación al mensaje que Magda cree haber recibido, por ejemplo: ¿me estaba realmente destinada aquella foto encontrada en su bolso? ¿Tenía algo que ver el nombre escrito en el sobre con la foto que contenía? ¿Era realmente yo el Ricardo al que iba dirigido aquel sobre o era otro, un Ricardo cuya existencia desconocíamos todos, una última travesura de Margarita?

Mensaje o broma por parte de Margarita, facultad real o sugestión por parte de Magda, sus consecuencias, en lo que a mí concierne, son las mismas: los hilos seguidos a partir del momento en que acepté el encargo de Magda, han terminado por integrarse en una verdadera trama. Ahora resulta fácil imaginar que esto habría sucedido de cualquier modo, fueran cuales fuesen los hilos seleccionados, dado que, si los había seleccionado, era debido, justamente, y aunque ni siquiera tuviese conciencia de ello, a su condición de hilachas de la trama; pero esto lo sé ahora, no entonces. En definitiva, desentrañar el sentido oculto de la foto era, si no un pretexto, sí un simple punto de acceso a una significación de ámbito mucho más vasto. De ahí estas notas, mi decisión de entrar en ese ámbito por escrito, asido a las palabras como un Teseo al hilo de Ariadna. Hay experiencias de desarrollo imprevisible y ésta tenía todo el aspecto de serlo, expediciones de carácter casi festivo, una de esas excursiones en barca

y con buena mar, susceptibles de discurrir por derroteros muy diferentes a los proyectados, una travesía que se alarga no sólo en el tiempo y se desdobla en episodios y episodios, cada vez más insólitos, sino que bien puede concluir en naufragio, uno de esos naufragios de los que sólo suele salvarse nuestro héroe, aventura, en último término, que no parece sino proyección de la aventura interior mediante la cual nuestro héroe llega a comprenderse a sí mismo a través del mundo, a la vez que a comprender ese mundo a través de sí mismo.

La sensación de estar moviéndome en un ámbito verdaderamente nuevo, en la incierta realidad de una segunda vida, réplica indócil de la primera, según iba trasladando al papel las experiencias aquí recogidas, una vida superpuesta a la que había llevado hasta ese momento, pero no del todo coincidente, deformada de modo semejante a esas composiciones fotográficas que, a partir por ejemplo de un paisaje tomado en primavera, nos ofrecen la vista de este mismo paisaje tal cual será en invierno, las ramas desnudas, los charcos helados y, eventualmente, hasta la silenciosa nieve, o, partiendo del retrato de un hombre, el retrato de ese mismo hombre cuando sea viejo. Ver a Magda como no había sabido verla –con todo y haberme impresionado enormemente– cuando me llamó para hablarme del mensaje de Margarita: su cara sombría, sus ojos sombríos, mientras, apartándose una mecha de pelo, se quitaba las gafas de sol. Aquella mujer ya no era la Magda que había tratado tan estrechamente en mi época universitaria, que había cambiado de signo mi relación con Margarita y hecho más borrascosa, si cabe, mi entente con Rosa; una Magda cuya imagen, pese a los años transcurridos desde entonces y a sabernos ambos todos esos años más viejos, se mantenía al margen de cualquier solución de continuidad, por encima de vicisitudes y acontecimientos, más allá de las rectificaciones impuestas o autoimpuestas a nuestras respectivas vidas. No se trataba de que tuviera quince o dieciocho años más, ni de las modificaciones que ello implica; se trataba de que era otra. Una evidencia que sólo se me impuso al redactar estas notas, aquí, en mi habitación de la fonda de Gorgs: al escribir sobre nuestra entrevista, no al entrevistarnos, al convertir la entrevista en palabras, en ese momento en que el verdadero tiempo de la acción coincide con el tiempo de la escritura. Como también Margarita era otra, una Margarita no más vieja ni mejor o peor, sino otra, una Margarita distinta a la imagen global que me vino a la mente cuando me encontré ante su cadáver, algo en lo que sólo he caído en la cuenta aquí, al leer lo que había escrito sobre aquel último encuentro en el claroscuro de la capilla de un cementerio de pueblo. O como Rosa era otra Rosa. Como, en consecuencia, tampoco yo era el Ricardo Echave que creía ser, todo como si esa coincidencia de tiempos a la que acabo de referirme, tiempo de la

acción y tiempo de la escritura, me hubiera permitido actuar, no ya sobre el texto, sino sobre la realidad de la que ese texto es referente. Una segunda realidad que, según cuanto iba siendo escrito cobraba entidad autónoma, se revelaba no ya como mero ajuste o retoque de la primera sino como iluminación retrospectiva de cuanto hasta entonces no había sabido ver. Una segunda realidad, en última instancia, conforme a la cual ya no éramos quienes creíamos ser cuando nos conocimos ni tampoco las personas en las que creemos habernos convertido, todos nosotros, se diría, más nítidos, más definidos de rasgos y, a la vez, más desconocidos; figuras en movimiento igual que la silueta de un árbol que crece en el curso de los años, o que los contornos de esa nube que se expande en cuestión de instantes, figuras cuya propia evolución, fraccionable en instantáneas sucesivas, termina por convertir su presencia en una presencia distinta a la inicial, una y otra únicamente vinculadas entre sí por la idea de persistencia que se deriva de la comparación de cada una de esas instantáneas con la que le precede y la que le sigue. Carácter ilusorio de la impresión de continuidad, una continuidad basada más en el concepto de trayecto que en el de viaje, en el itinerario de una línea de tren, de una línea de larga distancia, pongamos por caso, que en las contingencias concretas del recorrido, en la consideración, sin ir más lejos, de quiénes eran los pasajeros que subieron a los vagones en el punto de partida y quiénes los que bajaron al andén de llegada.

Encontrarme en Gorgs de la Selva, un pueblo entero pendiente de la muerte del que fue y es todavía su dueño, supuso al principio cierta impresión de estar viviendo una situación ya vivida. Como la escuela, como la mili, como la cárcel. Y no sólo por esta fonda, por esta habitación que tantas veces llevo recorrida en uno y otro sentido. Me refiero a mi situación aquí en general, sentirme como un estudiante recién llegado, como un novato que no conoce la institución de enseñanza en la que acaba de ingresar, ni la localidad en que se halla situada, ni la personalidad de sus futuros profesores y compañeros de estudios, ni las costumbres y peculiaridades verbales allí imperantes; la inseguridad de sus primeros pasos, el temor a ser objeto de bromas más o menos pesadas, la incertidumbre de sus contactos iniciales, sus dudas respecto a las personas con las que va entablando amistad, no muy convencido de que sus informes sean del todo fiables, de que los profes sean así y los hábitos de la comunidad como le cuentan que son, de que los chicos contra los que se le pone en guardia no estuvieran destinados a ser justamente sus verdaderos amigos, caso de haber trabado conversación con ellos antes que con éstos; una sensación sintomática, por lo que tiene de regresivo, del bajo estado de ánimo en que me hallaba al llegar aquí, contrapuesto por entero a mi estado de ánimo actual. La sorpresa que en semejante contexto

supuso el tropezarme con Carlos, tan lejos uno y otro del ambiente en que nos habíamos conocido, de aquella vista de la bahía de Rosas que se nos ofrecía desde el porche de su casa, el panorama más remoto que cabe imaginar respecto al de hoy, doce de diciembre, a punto ya de marchar, puede presentar un pueblo como Gorgs, lóbrego en grado no menor el contorno invernal del paisaje que esa agonía del viejo que como una niebla baja se alarga y pesa sobre los tejados ateridos.

Pero la manifestación más decisiva de ese ámbito nuevo, el punto donde ese desdoblamiento de la realidad se hizo más inmediato y tangible, hay que centrarlo en Vilasacra. Una casa superponiéndose a otra, un jardín superponiéndose a otro, un paisaje superponiéndose a otro según entraba en la casa. Una Vilasacra que no era ya lo que sirvió de escenario a la muerte de Jaime, pero que tampoco era la Vilasacra de mis comienzos con Margarita, cuando, fuera de temporada, los hoteles de Rosas estaban cerrados. Una Vilasacra cuya imagen se desdoblaba, o mejor, se superponía a otra imagen aún no revelada por entero, pero que, según afloraba desde el fondo y predominaba en la superficie, según los trazos iban definiéndose y precisándose, se hacía más y más evidente que pertenecía, no a Vilasacra, sino a Santa Cecilia, una Santa Cecilia que poco a poco se iba imponiendo a Vilasacra, traspasándola, rebasándola, remitiéndola a un difuso segundo plano, todo a semejanza de lo que sucede con esas fotos en las que, a causa de algún fallo, el carrete no rodó como debía y las imágenes aparecen superpuestas hasta el punto de que la foto que a primera vista parecía predominante –un paisaje, por ejemplo– acabó por quedar integrada, a manera de fondo, en una composición dominada, por ejemplo, por la figura de una mujer que se agiganta sobre ese fondo paisajístico. Una Santa Cecilia que tampoco era la de ahora, la de Joaquín, ni era del todo la Santa Cecilia de mis recuerdos de infancia, la de papá y los tíos, sino más bien una Santa Cecilia anterior a ésta, que arrancaba de ésa pero hacia atrás. Pues, como una lejanía que se concreta a medida que graduamos los prismáticos, así el relieve cobrado por Santa Cecilia a partir de mi ya inútil presencia en Vilasacra, un relieve que, abarcando simultáneamente el detalle y la impresión de conjunto, parecía centrarse más en las cosas, en los espacios interiores o exteriores, atemporales en su manifestación, que en las personas que en el curso de los años habían habitado esos espacios, que a las ocasionales variaciones impuestas por el paso de esas personas, figuras disueltas, se diría, en aquel ni-sol-ni-sombra del jardín, fundidas en su propio contorno, los listones verdes del banco, los tiestos con hortensias, el peculiar brillo arenoso de la tierra bajo los zapatos. Algo similar, en suma, a lo que sucede con el escenario de un sueño, un lugar que, nos sea o no familiar, sabemos cómo es, que es así y basta,

con la particularidad de que frecuentemente recordamos mejor el lugar, el escenario, que los hechos en él acaecidos. Impresión repetitiva, similar, a su vez, a la que producen determinados actos, determinados gestos, caminar arriba y abajo en una celda, por ejemplo, que de pronto nos dan la sensación de ser cosas que venimos haciendo desde siempre, transpuestos, juraría uno, los espacios cerrados de la cárcel a los interiores y subterráneos de nuestra propia mente.

Adentrarme en la casa, vestíbulo, escaleras, salas, habitaciones, todo tal y como estuvo siempre, sin asomo de esos cielorrasos que cubren bóvedas y estucos, intactos los tabiques hoy derribados, inexistentes los cuartos de baño instalados en diversas estancias, la inhóspita sala de estar –entre refectorio monacal y discoteca– en que fue transformada la bodega, los dormitorios de pretendido carácter encajados en los desvanes, ámbitos que ni uno solo de sus antiguos moradores sería capaz de reconocer como no fuera por medio del olfato, la peculiar atmósfera de cada sitio, ese persistente olor a tía Pepita que ha conservado siempre el salón, sus jaulas de canarios, sus medicinas, sus chales gris perla, papá y tío Rodrigo como esperando su llegada, su presencia en la chaiselongue de la galería, para reanudar sus enfrentamientos de cada mañana: bastaba encontrar un tema, o mejor, elegir de entre los temas habituales el más susceptible de ser conectado con las novedades del día, pretexto puramente formulario, la novedad no menos que el tema, para llegar a lo realmente importante, el enfrentamiento. Bien porque la natural irreverencia y chinchoso sentido del humor de tío Rodrigo actuasen de catalizador, de provocación calculada, bien porque tal actitud tuviese menos de causa desencadenante que de previa acción defensiva, lo cierto es que papá y tía Pepita se alineaban invariablemente en contra suya conforme a un esquema que se diría preferido por todos, tía Pepita limitándose a no dar por recibidas determinadas ironías, igual que ignoraba los juramentos del conductor de la tartana cuando íbamos a misa o las indisimulables evacuaciones del caballo cada vez que, en pleno trote, al animal le daba por levantar la cola, actitud que por aquel entonces, y con una lucidez intuitiva en verdad impropia de un niño, yo relacionaba insidiosamente con su negativa a reconocer el declive económico en que vivía, a compensarlo con los rigores de una meticulosa salvaguarda de las apariencias. Los papeles antagónicos de papá y tío Rodrigo se mantuvieron como por rutina cada nuevo verano, si bien quedaba fuera de duda que la falta de tía Pepita les había quitado parte del estímulo, centrados uno y otro más en la diversidad de sus dietas a la hora de comer –hervidos y picantes respectivamente– y en destacar las múltiples diferencias que, a manera de símbolos, les separaban, y ello hasta un extremo tal que sobraba

toda controversia. Por lo demás, cada uno ocupaba el asiento de siempre, y cuando tío Rodrigo empezó a dejar de ir por Santa Cecilia, papá continuó sentándose en la galería aproximadamente a las mismas horas que antes, solo, semiatravesado en el sillón como tenía por costumbre, igual que si estuviera ensayando, igual que si tío Rodrigo fuese a volver algún día. A veces, falto sin duda de interlocutor, se quedaba dormido, y fue justamente allí, en la galería, donde se despertó de pronto y, mientras recogía las hojas esparcidas del periódico, dijo que no se encontraba demasiado bien, hijo, tal vez el pescado de ayer no estaba del todo fresco. A la semana de encontrarse mal hubo que convencerle de que debía hacerse ver por un médico. Él se obstinaba en que fuera precisamente el doctor Moix, su médico de toda la vida, en quien tenía mucha confianza, y el problema no era que el doctor Moix hubiera muerto varios años atrás, sino que él no recordara que había muerto; pero para entonces ya estábamos en Barcelona. En Santa Cecilia, las figuras desaparecían como el contorno de las formas cuando anochece; quedaban las estancias, su objetividad engañosa.

Con frecuencia me he preguntado cuál fue la habitación de mis padres en Santa Cecilia. ¿La que llamábamos del abuelo, una pieza contigua a la galería que yo siempre he visto convertida en salita? Muy probable; lo único seguro es que, muerta mi madre, papá no quiso seguir ocupando la habitación que habían compartido, y volvió, me supongo, a su habitación de soltero. Tampoco sé cuál era la habitación de mi madre en Vilasacra, de joven, antes de casarse, cuando la finca era aún un indiviso compartido por todos los primos, incluidos al padre de Margarita, el rojo, el réprobo, y sus dos hermanas menores, como él borradas de la memoria familiar por sus innumerables desafíos a la moral y como él castigadas incluso en esta vida, muertas en plena juventud, de tisis la una, y decapitada en un accidente de características similares al de Isadora Duncan la otra. ¿La misma habitación, tal vez, que luego ocupó Margarita? Allí, la habitación de los abuelos no había vuelto a ser utilizada por nadie; quedaba al fondo del pasillo, ensombreciéndolo más que iluminándolo con aquellos cristales translúcidos de la puerta.

Un pasillo largo y desnudo, con habitaciones a uno y otro lado, regularmente distribuidas. Los dormitorios –salvo el del fondo, que no he visto nunca– son más bien reducidos, amueblados todos ellos con la misma sobriedad de estilo, cosa que acentúa, sin duda premeditadamente, ese aire conventual que tiene. La foto debió de ser tomada desde el pasillo, el marco de la puerta coincidiendo prácticamente con el encuadre: una habitación impersonal, carente de rasgos específicamente femeninos, si bien tampoco aparecía ninguno de los elementos decorativos –postales, recortes, una carabina de aire

comprimido– con que los chicos suelen afirmar su personalidad. Sólo el carácter de algunos libros y revistas de la estantería –no perceptibles en la foto– así como una máscara de seda negra para dormir y un florero vacío tamaño ramillete, sobre la mesita de noche –fuera, por otra parte, del campo visual–, inducían a pensar que se trataba de la habitación de una joven; la enorme caracola de mar, también junto a la cabecera, carecía de valor indicativo en este sentido. El encuadre abarcaba únicamente parte de la cama, el escritorio, la estantería, una silla y la ventana. La ventana daba al jardín y, fuese o no voluntario, la única zona de la foto correctamente enfocada era justamente aquélla, el follaje. La fronda seca movida por esa brisa que se alza al atardecer, con el último sol; el sonido a lluvia que levanta ese soplo, hojas crepitantes de roble, de castaño, de plátano, en contraste, a modo de último baluarte, con las ramas desnudas de los álamos o de los tilos, rendidas ya sus hojas en mansa y pálida alfombra. El aire que infla la fronda dorada y eriza los afilados tejos, un aire que se irá calmando según las hojas dejen de ser doradas y el verde de los tejos se convierta en negro, según la luz se vaya como escapa la vida de un cuerpo en agonía.

VII

La humanidad se idiotiza progresivamente en virtud de la creciente ignorancia que atrofia las facultades intelectivas del hombre. El problema viene de lejos y, de querer remontarnos a sus fuentes, no habría más remedio que llegar al origen mismo de la palabra filosofía, inventada en mala hora por aquellos nefastos amantes de la sabiduría, que mejor hubieran hecho dejando en paz lo que no es susceptible de ser amado ni odiado en la medida en que, por definición, puesto que no la poseemos, no sabemos qué es; en la medida en que la sabiduría no es algo que se ofrezca a nuestras percepciones como el cuerpo desnudo de una mujer o la representación plástica de una mujer o de cualquier otra cosa, sino, antes bien, como un libro cerrado cuyo contenido desconocemos o como un camino que hay que recorrer, caso de estar interesados en saber a dónde conduce, si es que realmente conduce a alguna parte. Pues ¿y si la sabiduría no fuese a la vez bondad y belleza como parecían dar por supuesto? ¿Y si la sabiduría supusiese, por el contrario, el horror, el conocimiento de todo el horror concebible? ¿Seguirían amándola? ¿O ni siquiera habían previsto semejante contingencia desagradable? Como una mujer que, al abrazarla, comprendiéramos que está momificada y hueca.

Los únicos pensadores que merecen tal nombre son los presocráticos y, en especial, Pitágoras; ellos aún olfateaban los rastros de una sabiduría desaparecida, los restos del naufragio. Sólo esa ignorancia a la que acabo de referirme justifica el que se les conozca bajo la denominación genérica de filósofos de la naturaleza, ya que, por suerte para ellos, ni la naturaleza a la que se refieren tiene nada que ver con lo que por tal entiende no ya el vulgo sino asimismo el científico. Bastó, no obstante, la aparición de ese producto de la imaginación llamado Sócrates, para que el pensamiento de aquéllos pasase a la prehistoria y la imbecilidad sentase sus reales con el nombre de filosofía. Las reglas gramaticales de esta nueva forma de imbecilidad las estableció Aristóteles, pero es principalmente a partir de Descartes cuando empiezan a proliferar y expandirse las escuelas filosóficas, a fragmentarse y ramificarse en tendencias y contratendencias, y a salir como duendecillos filósofos y más filósofos –la responsabilidad alemana en lo que a la participación de sus nibelungos se refiere es incalculable–, no sólo sin el más mínimo rubor sino incluso con orgullo, a cuál con mayor originalidad en sus planteamientos y sistematizaciones. Consideradas en su conjunto, esta

suma de teorías constituye una recopilación de curiosidades que en su día pretendieron explicar el mundo, a mitad de camino entre las ansias de notoriedad de todo fabulador y las convicciones maníacas de un perturbado.

La historia de la filosofía es, así pues, la historia de la imbecilidad humana, que culmina en la propia iniciativa de organizar los diversos materiales de que se dispone en una historia, por orden cronológico, articulándolos conforme a ciertas pautas de afinidad, una empresa que no puede dar otros resultados que los que invariablemente da: una especie de antología de ocurrencias y extravagancias que rivalizan en el empeño de lograr una idea sobre el mundo que suene a nueva. El equivalente de uno de esos museos o pinacotecas donde, en el corto tiempo que toma recorrer las diversas salas, al visitante le está permitido contemplar las grandes obras que el genio del hombre ha creado en el curso de los milenios, ficticio el tiempo no menos que el espacio en que se agrupan esas obras huérfanas de todo contexto. Ahí reside, no obstante, una de las principales diferencias que median entre un museo de arte y una historia de la filosofía, entre las obras que en aquél se exhiben y las sandeces que en ésta se coleccionan: las pinturas, aunque desviadas de su propio destino, pueden conservar cierto significado; las sandeces coleccionadas por el autor de uno cualquiera de nuestros manuales, en cambio, no sólo siguen siendo sandeces, sino que tal carácter acostumbra a verse incrementado por acumulación y contraste, por el hecho de hallarse yuxtapuestas las unas a las otras, excluyéndose a la vez que complementándose en su común inanidad, disparates que si alguna vez fueron aceptados por alguien, así expuestos, superponiéndose sus respectivos reflejos como en los cristales de una vitrina, pierden tal posibilidad, potenciada al máximo como resulta su naturaleza insustancial. Pero entre el manual y el museo aún hay otra diferencia si cabe más irrelevante: la que se deriva de relacionar el concepto de sucesión cronológica con el concepto de progreso, con la idea de que el pensamiento se perfecciona con el paso del tiempo de igual modo que los guijarros de un río se afinan y pulen tanto más cuanto más ruedan; como si, jalonadas por determinadas cumbres señoreantes del saber, las ideas del hombre, inicialmente obtusas, toscas o rudimentarias, hubieran ido evolucionando hacia formas de expresión superiores, como bien lo demuestra, sin ir más lejos, el manual que tenemos en las manos, resumen a la vez que remate de esa positiva evolución del conocimiento humano.

Variante o superación de tal despropósito, suele ser una actitud intelectual asimismo muy extendida hoy en día: la consideración de que el desarrollo de la ciencia ha hecho innecesaria, si no inviable, la filosofía; que, en cuanto especulación pura, la filosofía parece más

propia de épocas en las que la relación del hombre con el mundo en que vive se basaba más en la conjetura que en la verificación, práctica, antigualla o reliquia de otros tiempos. Como si las ciencias, la física, la química, las matemáticas, la biología, la economía, todas, hubieran seguido asimismo una línea ascendente, como si ese ilusorio movimiento hacia arriba no fuese producto de una continua rectificación de errores antaño tenidos por verdades, pretendidas verdades que, a su vez, venían a reemplazar anteriores aserciones o interpretaciones tenidas en su momento por correctas, y así siguiendo, un montoncito de pequeños cadáveres al que hay que trepar cada vez, siendo esta acción de encaramarse lo que está en el origen de semejante impresión de movimiento ascensional. Más aún: como si ese aparente movimiento ascensional afectase no sólo al aspecto teórico de tal o cual ciencia concreta, sino también, por desgracia, a su verificación práctica, a los efectos de esa verificación en la realidad, y la ciencia, no consistiera sustancialmente en ir poniendo apaños a las catástrofes provocadas por apaños anteriores, las naturales catástrofes que resultan de aplicar a la realidad los principios de la ciencia en sus más diversas manifestaciones. Algo así como tener que correr y correr porque a cada paso que damos hundimos el suelo, porque no seguir corriendo equivaldría a caer en los abismos que dejamos abiertos a nuestra espalda.

Soy un autodidacta; cuanto sé lo he aprendido por mí mismo. No he tenido estudios, y en lo que a los conocimientos adquiridos a través de los libros concierne, nunca he contado con otra guía ni criterio que el de mi propio instinto. Un sistema, a mi modesto entender, que no representaba más que ventajas, desde el rigor y la disciplina que en semejantes circunstancias son consustanciales al ejercicio del intelecto, hasta la salvaguarda que supone frente a toda clase de influencias funestas, lejos de los prejuicios, envidias y mezquindades que prevalecen en el mundillo intelectual, ofuscando el entendimiento de cuantos en este mundillo se desenvuelven. Tampoco he viajado; incluso cuando por algún motivo he tenido que ir a Barcelona, siempre he procurado volver al pueblo antes de la noche. Los viajes largos nunca me han atraído; ni tengo tiempo ni creo que viajar hubiera podido aportarme nada nuevo; la verdad es la verdad aquí y en la Conchinchina. En consecuencia, como es de suponer, no sé idiomas; las obras de los grandes pensadores las conozco exclusivamente a través de traducciones, en ediciones tipo Austral o Bergua. De esta forma, ni el mejor o peor manejo de una lengua puede influir en mi juicio respecto a su riqueza conceptual, siendo como son

medidas todas por el mismo rasero. Quiero significar con lo dicho que cuando me refiero a la creciente ignorancia que aqueja a la humanidad, lo hago con conocimiento de causa, desde una sólida posición de dominio.

Conviene aclarar, por otra parte, que cuando hablo de la degradación del saber, de la merma que de continuo retraen los conocimientos del ser humano, no lo hago pensando tan sólo en los pretendidos avances de la ciencia o en las especulaciones filosóficas; esto no constituye más que una pequeña parte del problema, la punta del iceberg. Lo realmente grave del fenómeno es su extensión a todos los estratos de la sociedad, su proliferación desordenada, sus repercusiones en avalancha, como si de una epidemia incontrolable se tratase. No ya los ricos y poderosos, sino también –y esto es lo grave– los más humildes, reducen paulatinamente el alcance de sus conocimientos, reduciéndose consecuentemente su capacidad mental no sólo en el orden intelectivo sino también en el sensitivo, más tontos a cada nueva generación, más torpes y embotados. En lo que al campo se refiere, por poner un ejemplo: ¿qué sabe de menos el campesino de hoy respecto al de hace unos años, qué sabe de más? Llevar un tractor y las marcas de cuatro fertilizantes, herbicidas, etcétera: esto es todo lo que sabe de más. Lo que sabe de menos, en cambio, es casi imposible de resumir y menos aún de evaluar: desde los nombres de las plantas que hay en el monte, al igual que sus usos, hasta la influencia de las fases de la luna en las faenas agrícolas, pasando por el conocimiento de las peculiaridades concretas de cada trazo concreto de terreno y la previsión de las variaciones meteorológicas. El agricultor joven cree saber de números, de rendimiento por hectárea, de producción en toneladas, y se equivoca hasta en esto, porque lo que no sabe calcular es la amortización de los instrumentos y materiales que utiliza, con lo que gana mucho menos de lo que cree y acaba pagando mucho más de lo que temía tener que pagar. ¿Qué queda de sus conocimientos si los comparamos con los que tenía su abuelo o el abuelo de su abuelo?: fragmentos irrecomponibles, jirones sueltos, a partir de los cuales, a semejanza de lo que sucede con una prenda de ropa, resulta imposible, no ya rehacer nada, sino incluso adivinar su hechura, diluida por entero como se halla su antigua capacidad de discernimiento. Y semejante efecto del mal, aunque reflejo, aunque subsidiario, es más funesto a la larga, en sus repercusiones, que los estrepitosos fracasos de la ciencia, normalmente rectificables, saldables mediante un nuevo error –no siempre trágico– que de momento lo compensa o contrapesa, sin otro problema que el del amor propio pasajeramente herido de su inventor.

Otro factor enormemente regresivo, por más que se intente revestirlo de todo lo contrario, es el que se deriva de todos esos planes

de divulgación cultural y científica en los que, al margen de diferencias ideológicas, la práctica totalidad de los dirigentes de los países más avanzados –y, sobre sus huellas, una recua de pequeños tiranuelos dispuestos a erradicar cuanto de valioso subsista en sus respectivos pueblos, teóricamente primitivos– parecen empeñados en ver la panacea de cuantos males afectan a la humanidad: enseñar al pueblo, darle cultura, ésta es la gran solución ideada por los más esclarecidos cerebros de nuestro tiempo; que todo el mundo sea culto, educado, civilizado, con opinión propia, esto es, más libre, más creador y, en definitiva, más feliz. Es decir: que mientras por una parte se expone a la gente la necesidad de especializarse en algo, en algún campo concreto del conocimiento, debido a que la misma complejidad de la vida moderna hace inviable una formación global de la persona, se insiste, por otra, en la necesidad de que cada una de esas personas tenga una buena cultura general y una información en consonancia con el mundo de hoy. El carácter forzosamente regresivo de tal planteamiento me parece obvio: no se trata sólo de la merma que el presunto saber sufre según se extiende de una mente a otra; se trata de que semejante intento es susceptible de convertir en un torpe galimatías incluso lo que en su concepción original acaso no lo era, situándolo así en un mismo plano, a un mismo nivel, respecto a lo que ya en su origen era un verdadero galimatías.

Tantas cuantas veces, en el curso de alguna reunión familiar, me he referido al legado que pienso hacer a la humanidad, los presentes han imaginado de inmediato que les estaba haciendo víctimas de una de mis famosas bromas. Mi descendencia es tanta que ni sé ni me interesa saber cuántos y quiénes la forman; pero, aun así, mi patrimonio es lo suficientemente grande como para que haya para todos, y ellos lo saben. Por eso ni a uno solo de mis herederos le preocupa seriamente la posibilidad de tener que repartir su porción alícuota con el resto de la humanidad, aunque sólo sea por un problema de orden práctico, de procedimiento; a lo sumo, un escalofrío pasajero al pensar en organizaciones internacionales de carácter humanitario tipo Cruz Roja. Tampoco entienden lo que digo cuando afirmo que el valor de ese legado es eterno, sabiendo como saben por propia experiencia lo fácil que se dilapida una fortuna por importante que sea; en este sentido, lo de eterno más bien les tranquiliza en la medida en que parece respaldar la tesis de la gran broma. Y es que ellos piensan en términos de dinero, en propiedades, en bienes materiales, y yo hablo de otra cosa: del valor de las verdades aquí recogidas, fruto de la experiencia de toda una vida. Pensamientos como los de un Dante, un

Milton, un Goethe, verdades que siempre serán verdades, cosas para las que el tiempo no pasa. ¿De qué mejor patrimonio dispone la humanidad? El único valor que de algún modo contrapesa la creciente proliferación de inventos, especulaciones filosóficas y teorías falsamente científicas, un lastre que con su peso amenaza el precario equilibrio que mantiene en órbita al globo terráqueo.

No es sólo mi descendencia. Es el ser humano en general, cada día más negado a entender el sentido profundo de las cosas. En relación a mi fortuna, por ejemplo: la de cábalas que se hacen, la de murmuraciones que se llegan a rumiar y rumiar en la intimidad de los hogares, al calor del fuego, dando vueltas y más vueltas en la oscuridad atufante del lecho. Y todo por una frase mía de hace años: el que tiene oro, dije entonces, no pierde el tiempo preocupándose por las fluctuaciones en el precio de las cosechas. Resultado: el secreto de mi fortuna, la piedra angular de mi patrimonio, así como el agente impulsor del proceso acumulativo desarrollado a partir de ese punto de origen, quedaban satisfactoriamente explicados mediante una sola palabra: oro; yo había encontrado un tesoro, y esto lo aclaraba todo. Sus mecanismos cerebrales, obturados en grado no menor que los oídos, les hicieron entender lo que nunca podían haber escuchado: el hallazgo de un tesoro, de un oro que se hallaba, no dentro de mí, al término del viaje emprendido por mi mente, sino bajo tierra, oculto en algún escondite que yo había acertado a descubrir. La Pascualina fue la única persona que ya entonces supo captar el verdadero significado de mis palabras. De ahí que haya terminado por convertirse en mediadora única entre la gente del pueblo y yo.

Nada hay más previsible que la reacción del ser humano ante las diversas contingencias de la vida. Cuando alguien pide a la Pascualina una entrevista conmigo, por ejemplo, lo hace convencido de que la solución de su caso está en mis manos, de que yo resolveré su problema o le curaré del mal que le aqueja mediante una infusión de hierbas; por eso viene. Es decir: cree en mí en la medida en que desconoce la naturaleza del remedio, en la medida en que no entiende, en la medida en que para él es magia. En cambio, si lo que hago es darles un consejo acerca de algo que no conocen pero creen conocer, una enseñanza que no encierra mayor secreto que cualquiera de mis infusiones, pero que choca con lo que ellos creen saber al respecto, ya no les parece magia sino manías de viejo, producto de la resistencia que las personas de edad suelen manifestar respecto a cuanto suponga una innovación. Mis consejos relativos a la salud, por ejemplo, a cómo mantenerse en perfecta forma física y síquica, mis normas para lograr una nutrición equilibrada del organismo. Así, que se olviden de la nevera y eviten en lo posible el consumo de congelados, precocidos, etcétera. Para conservar alimentos sólo hay

tres vehículos idóneos: aceite, alcoholes vínicos y sal. Entre los aceites, el de oliva es el único aconsejable, por más teorías en contra que se inventen. Rechazar toda clase de carne y demás productos derivados de animales criados con ese veneno que son los piensos compuestos. Lo mismo podría decirse de verduras y frutas tratadas con pesticidas y herbicidas, sustancias que, además de acabar con multitud de insectos y parásitos útiles, terminan por esterilizar la tierra, obligando a un uso cada vez mayor de fertilizantes que, por su parte, no hacen sino acelerar el proceso de conversión de la tierra en materia muerta. Los alimentos deben ser considerados desde un punto de vista no sólo nutritivo sino también profiláctico: con una dieta rica en aceite de oliva, miel, jugo de limón y leche, pueden ser evitadas las enfermedades más comunes –acidez, estreñimiento, resfriados, etcétera– y conjuradas algunas de las más graves. Sustituir, al menos una vez al día, las proteínas de origen animal por legumbres; nada menos recomendable que el consumo simultáneo de ambas, la famosa butifarra con judías que tanto gusta a la gente de por aquí. Beber –el agua tomada directamente del manantial es la mejor de las bebidas– exclusivamente entre horas; durante las comidas, un vaso –dos a lo sumo– de vino, blanco si se padece del estómago, blanco y no tinto, contra lo que suele creerse. En cuanto al ejercicio, nada más estimulante que un paseo por mis propiedades bien de mañana, en ayunas.

La mayor parte de conocimientos que posee el ser humano no tiene otra base que el hecho de que le fueron enseñados como ciertos, y en tal concepto son tenidos hasta que es comprobada su falsedad, igual que lo de los Reyes Magos para los niños. Por esta razón, en la vida práctica, los hombres adoptan una prudente actitud de escepticismo, de la que ni tan siquiera suelen ser conscientes. Hasta que se sienten seguros de algo, hasta que mi juicio adverso tropieza con lo que para ellos constituye una evidencia: entonces interpretan mi criterio como una muestra de senilidad, y esto les remonta la moral. No hay más que verles cuando les hablo de según y qué cosas, para ellos incomprensibles, riéndose por dentro mientras hacen como que me siguen la corriente; percibo su reacción como si escuchara los pequeños latidos de sus pensamientos, como si lo leyera en el humo que escapa de sus hogares mientras se carcajean en familia a la hora de la cena.

Luego, que el Moro se complazca en el pesimismo de mi visión del mundo en contraposición a su fe en el futuro. ¿Qué optimismo puede experimentar el arquitecto que presencia la demolición de la obra que ha diseñado, a manos de los propios hombres empleados en su construcción? ¿Y cuál puede ser la fe en el futuro de un pobre diablo como él que hasta el mal hace mal, una fe tan sólo justificable a partir

de la imposibilidad de empeorar su desdichada condición presente?

Se me objetará que los grandes pensadores siempre se han lamentado de la miseria espiritual propia del tiempo que les ha tocado vivir, con la bajeza de miras que caracteriza el comportamiento individual y colectivo de sus respectivos pueblos. Una objeción que sería válida si nos limitásemos a considerar la distancia que en tal o cual época separa o enfrenta cabeza espiritual y cuerpo social; pero que deja de ser válida si comparamos además una y otra época en su conjunto, si contrastamos el valor global de una con el de la otra. Así, es a todas luces evidente que Platón y sus personajes, como, antes que Platón, Moisés y los suyos, ambos en conflictiva relación con la plebe, se hallan insertos en una fase ascensional en el cuarto creciente de uno de esos ciclos –más próximos a lo que antes se entendía por edad que a lo que ahora se entiende por era– que la humanidad recorre a través de los milenios; y ahora estamos en el menguante, cuando no en plena luna nueva.

El alto concepto en que tengo tanto a Moisés como a Platón atañe, no obstante, más que a su relevancia como pensadores, a su relevancia como novelistas. El pensador, a semejanza de ese gran afluente que se integra en un río, tiende al anonimato que resulta de enriquecer con el caudal que aporta la corriente de pensamiento a la que pertenece en su permanente aproximación a lo indecible. Mientras que el novelista, por el contrario, tiende a destacar por todos los medios a su alcance del ámbito circundante a fin de realzar al máximo su individualidad. En este sentido, Moisés y Platón no son sólo dos grandes novelistas; Moisés y Platón son el modelo mismo de lo que todo novelista, sea o no consciente de ello, aspira a realizar. Convertir su principal personaje en único dios, extrapolarlo hasta el extremo de que sea el lector quien esté en sus manos y no al revés; hacer de aquel irascible anciano del Sinaí no ya el verdadero creador del libro sino también del mundo; abdicar no sólo de su inicial condición de autor, sino incluso, reducido su papel al de un mero personaje, terminar por inmolarse en las propias páginas del libro, el relato de su muerte simple accidente dentro de un relato mucho más vasto. Pero ¿y Platón, ese insigne narrador que desde las páginas de una obra de ficción, no contento con inventarse un Sócrates, proscribe toda obra de ficción dentro de los confines de su república, erigiéndose así en privilegiado fabulador único, a la vez dentro y por encima del espacio de la ficción, al frente de la nueva realidad por él propuesta? ¿Se ha detenido alguien a levantar el plano del Banquete como si de una construcción arquitectónica se tratase, a estudiar la estructura

narrativa de esa reunión de amigos que conversan acerca del amor igual que podrían comentar un chisme cualquiera, uno de esos escándalos que de pronto se convierten en la comidilla de todo el pueblo?

Novelas que nada tienen de imitación de la realidad, de mímesis, ni tampoco de insustancial rechazo de toda realidad, como tan vanamente se pretende a veces; no, nada de eso: novelas que son una metáfora de la realidad, esto es, que proceden por analogía, única vía de aproximación al objetivo propuesto, un objetivo que, como en el caso del pensador, tiene más de recorrido que de meta, o mejor, un objetivo cuya meta es justamente el recorrido, impulso creador que, al tiempo que reflejarse a sí mismo en las obras que genera, sea reflejo analógico del proceso creador por excelencia. Impulso que es a la vez condena en la medida en que todo creador se halla inexorablemente constreñido a crear, a convertir en reino el ámbito cerrado que constituye su prisión. De ahí la atracción por la cautividad que tanto Moisés como Platón manifestaron incluso en su vida real, reclusión que no hay que entender sino como metáfora exterior y visible de la cárcel interior que constituía su residencia, ese oscuro paisaje que servía de escenario a su actividad creadora, libres en él como en la noche un pájaro nocturno. El fuego negro que llevó a Moisés a dejar los palacios egipcios para asumir la esclavitud a la que se hallaban reducidas las doce tribus de Israel; que incitó a Platón a venderse como esclavo y, desde el más bajo estrato de su república, emprender la reorganización de la vida del hombre sobre la tierra; que impulsó a Esopo, similarmente, a posar para el artista cargado con un pesado libro, a fin de mostrarnos en qué consiste el mágico talismán que permite sobrevolar la condición de esclavo.

¿La raíz de ese impulso creador o, si se prefiere, su designio final? Desentrañar el sentido último de esa experiencia que al niño se le ofrece en forma de banquete, asistido por la dócil puntualidad de los pechos maternos, un banquete cuyos ecos el adolescente se dispone a encontrar en la vida, que el adulto no desespera de encontrar y que el viejo quisiera haber encontrado.

¿Cuál es el peor enemigo del pensamiento de un maestro? ¿Quiénes son los responsables de que se degrade y degenere? Sus discípulos, sus seguidores, sus intérpretes y protagonistas, sus imitadores, sus epígonos. Como sucede en las dinastías con los herederos, con la descendencia. Y en los imperios. Y, en las familias, con lo que fue su patrimonio. Como los chupones de los árboles, esos vástagos desordenados que roban grandeza al viejo tronco. Estos son los

verdugos.

¿Qué hay de mi descendencia? Su número es considerable. Pero nadie lleva mi nombre, que se pierde conmigo. Ninguno de mis hijos supo darme a su vez hijos varones, y así hoy me encuentro rodeado de nietos y biznietos cuyos nombres ni siquiera conozco porque no tengo tiempo ni ganas de aprendérmelos. Así es mejor. Pues, a semejanza de lo que pasa con los retratos de los diversos reyes de determinada dinastía, en los que a simple vista se detecta el comienzo de la decadencia, también la mera presencia física de toda esa gente que ronda por ahí es suficiente para hacer comprender la suerte que representa el que, en su regresión –se diría que hacia el hermafroditismo original–, su nombre sea diferente al mío. ¿Qué fruto puede esperarse de la cópula de un nieto o biznieto como ese Roca, o tal vez Riera, o comoquiera que se llame, con una mujer como la que tiene? Basta verla en el lecho, durmiendo obscenamente, caldeada por la virtud de su propia tripa llena, de los gases y líquidos retenidos, del laxo volumen del peso sobrante. Y la indecencia no menor de sus despertares, el problema planteado, pongamos por caso, cada vez que se empeñan en llevarla de excursión; la sensación de acoso que entonces la posee aunque no le den prisas, cuando se da cuenta de que la están esperando, de que así, sabiendo que están pendientes de ella, no podrá ir al retrete, nerviosa como se siente después de una noche tan agitada en esta maldita fonda donde todo el mundo parece confabulado, los huéspedes que se levantan temprano, viajantes y comisionistas en su mayor parte, las cañerías y desagües, los portazos, y luego, las camareras que hacen la limpieza, sus malintencionados canturreos, su risa pueblerina, y así horas y horas, caso de que, por suerte, nadie haya tenido la ocurrencia de organizar una excursión o cualquier otra murga matutina, de modo que, cuando baja al comedor, las mesas ya están preparadas para el almuerzo y ella tiene que embarullarse una vez más con penosas explicaciones para justificar el desayuno que pide al chico aquel que parece como medio lelo.

Imaginan que voy a morir y esto les ha convocado a mi alrededor. Una muerte que, como si de una misa se tratase, se les ofrece a modo de tedioso pero inexcusable ritual previo a lo que para ellos constituye el verdadero motivo de su presencia aquí: mi herencia, su reparto. No estos textos en los que se recoge mi pensamiento, una verdadera autobiografía de carácter conceptual traducida en términos de pensamiento puro, la obra de la que hago legado a la humanidad. No, nada de eso: mi patrimonio, algo demasiado importante para que no se tenga que hablar de ello bajando la voz. Lo más curioso es que, por otra parte y al mismo tiempo, se temen que mi fortuna sea menor de lo que yo creo. ¡Los cálculos calenturientos a los que da lugar una noche de ávido insomnio! ¿Qué saben ellos acerca de lo que yo puedo

creer o dejar de creer? Piensan que el trazado definitivo de la autopista, al no cruzar mis propiedades, representa un gran revés, una gran pérdida económica; que yo no estoy al tanto de la aprobación de ese trazado que por algún motivo consideran contrario a mis intereses, a mis proyectos, y ni siquiera se atreven a darme lo que, a su corto entender, es para mí una mala noticia. ¿Qué saben ellos de mis proyectos, de mis intenciones? ¿Qué ventaja o beneficio encuentran en el paso de una autopista que no representa sino una servidumbre que hipoteca el destino de las tierras colindantes? ¿Qué clase de idea o de ausencia de ideas ha podido llevarles a atribuirme semejante desatino?

¿Qué saben, no ya de mí, sino de la muerte? Supondrían que bromeo si les dijera que sólo se muere el que ya está muerto. Que la muerte, como el cáncer, es una reacción alérgica, la respuesta del yo a un estímulo exterior negativo, algo que, pese a responder a tal estímulo, es en el yo donde tiene su raíz. Y, no obstante, como esa cara que nos suena y no sabemos de qué, hasta que, días más tarde, la identificamos con la de uno de los secuestradores que nos están conduciendo a punta de pistola, dentro de un coche, a un lugar desconocido –la cara del que nos pone la venda negra–, así la muerte cuando se presenta, para sorpresa de los mortales.

No me quejo de la soledad. Tampoco la celebro. ¿Por qué habría de celebrar lo que no puede ser de otra forma, siendo como es resultado de la distancia insalvable que me separa de mis descendientes?

Hay, eso sí, un problema de confianza. La suerte de mi legado me preocupa. Grabo mis palabras en cintas, pero alguien tiene que encargarse de trasladar al papel el contenido de esas cintas, de transformarlas en texto escrito. Y excluyendo por razones obvias a la Pascualina, Carlos me ha parecido la persona más idónea, Carlos no sé qué, el único entre cuantos familiares me rodean que merece mi confianza. Ni siquiera es un descendiente propiamente dicho; está casado con una nieta o biznieta llamada Aurora o algo así. Pero el hecho de que no sea de mi sangre, sumado a otras características que veo en él, para mí imprescindibles, constituye un dato que, lejos de representar un obstáculo, ha pesado decisivamente a la hora de hacer recaer en él mi designación.

El pensamiento aquí expuesto, aunque en ocasiones roce lo autobiográfico, nada tiene en común con los libros de confesiones al uso, obras cuyo propósito se ve implícitamente traicionado por la propia palabra confesión, la trampa de un viejo zorro que, en sus rememoranzas desde la perspectiva global de los años vividos, remoza

y rehace a placer; confesiones que, sea proclamadas abiertamente como tales, sea solapadamente camufladas bajo la etiqueta de cualquier otro género –novela, memorias, anotaciones, intercambio epistolar–, enturbian y embrollan, antes que aclaran, todo un panorama de pequeñas travesuras y pequeños latrocinios –espárragos, manzanas y cosas así– que reseña casi escandalizándose de sus propias diabluras y pretendidas maldades, culpable y cándido intento de ocultar su íntima realidad perversa, de modo similar a como la proyección cósmica de todo ello, la imagen del mundo elaborada a partir de semejante esquema, no hace sino cubrir con una corteza de naturaleza idílica la esencial naturaleza devoradora del universo. Los textos que recogen mi pensamiento, por el contrario, cuando dentro de milenios sean hallados junto a un mar muerto, están destinados a revelarse como el eslabón perdido del pensamiento que para entonces prevalezca, relegadas por completo al olvido las creencias hoy imperantes. Y Carlos habrá sido mi depositario.

No se me oculta el recelo que todo esto ha de suscitar en el resto de mi descendencia: el contraste entre el enérgico tecleo que, al dictado de mi voz, les llegará desde la habitación de Carlos, y el grosero parloteo que ellos mantienen ante la chimenea, atipados por la copiosa cena, potaje de habichuelas y cosas así, platos de esos que hinchan las tripas, uno de esos manjares a los que suelen ser tan aficionados los invertidos, conforme, sin duda, a un elemental mecanismo traslatorio que remite el efecto de una experiencia a otra clase de experiencia de similares efectos. Y eso, después de haberse pasado la tarde en el salón de la Rectoría, como a la espera de que la Pascualina bajase la guardia, la por todos odiada en la medida en que insobornable Pascualina, siempre anteponiendo mi tranquilidad a cualquier otra consideración. Contagiados todos en sus apetencias por la señora Riera, entregados al cultivo de determinados placeres fisiológicos cuya gestación y descarga suele sustituir tarde o temprano a los desahogos propiamente físicos, son capaces de pasarse la tarde entera torrando castañas en la chimenea para matar el tiempo, hasta la hora de la cena, y así, caldeados, indigestados, adormecidos, hacer más opaco el sueño y más emocionante la pugna por liberar el cuerpo a la mañana siguiente.

Hoy, 18 de diciembre, el día me ha parecido propicio para dar comienzo a las grabaciones; por la noche, cada noche, Carlos irá pasando a máquina lo que yo haya grabado durante el día. Esta mañana, la casa estaba agradablemente tranquila; mi descendencia en peso, niños incluidos, la ha desalojado voluntariamente con el pretexto de una excursión, de llevar a la Font de les Delícies a un épicier amigo de alguien que se ha dejado caer por aquí, de hacerle probar el agua burbujeante. El alborozo de los excursionistas era

grande, de antemano estimulados por los habituales preparativos de una excursión, los tenedores de aluminio, los vivos colores de los platos de baquelita, los termos y fiambreras, las cestas de mimbre. Como si estuviéramos en junio y no en diciembre; como si el espectral entramado de los álamos desnudos, pálido, desdibujado en el aire neblinoso, fuera fronda resplandeciente, ora verde, ora puro destello, a merced de la brisa; como si hubiera fresas y violetas silvestres y flabelados helechos, y no hierba yerta, quemada por el frío; como si el agua brotara diamantina y violenta y no entre carámbanos, descolgándose sobre las piedras ennegrecidas por el musgo helado. Quelle belle journée!

VIII

Así como un bosque no es simplemente un número indeterminado de árboles, sino, muy al contrario, una forma de vida autónoma, irreductible a la mera suma de árboles que lo componen, ya que, al pie de esos árboles, enmarañando el suelo, está el sotobosque, en íntima relación con los troncos, antagónica a la vez que complementaria, y al igual que por encima de este sombreado sotobosque están las ramas, en lucha unas con otras por la luz, y, por debajo, la lucha silenciosa además de oscura, las raíces, como serpientes enfrentadas, enroscándose y desenroscándose en la búsqueda de la humedad que señala el paso vivificante de las aguas subterráneas, así, de modo semejante, ni un pueblo es una simple adición de vecinos, ni una familia una serie de individuos relacionados por diversos grados de parentesco. Y del mismo modo que por medio de la semilla el árbol hereda no sólo sus características específicas y la forma ideal que le es propia sino, asimismo, el comportamiento que regulará su futura vida en el bosque y que convierte en ficticia esa forma ideal, sometida como se halla cada forma concreta a la presión de las formas circundantes, un comportamiento que no es otra cosa que la moral del bosque, así, a semejanza de los árboles, los hombres heredan peculiaridades que sobrepasan su condición individual, que atañen a la humanidad de la que forman parte. Peculiaridades que, si por una parte se heredan, por otra se degradan y pierden. Pues, al igual que el hombre va viendo acumularse sobre sí los achaques, causa a la vez que efecto de eso que se llama vejez –y cuyos primeros síntomas, hernias de disco, cálculos renales, prótesis dentarias, alergias, vista cansada, fallos degenerativos reveladores de que es el organismo entero el que empieza a sentirse cansado–, al igual que sobre el hombre, se abaten los achaques sobre la humanidad, y al igual que sobre la humanidad, sobre los bosques. Nacen más árboles, pero según clarea y se reduce el número de árboles primigenios, éstos, despojados de la cohesión de su anterior contorno, tienden a convertirse en ejemplares singulares, árboles que, con todo y hacerse acreedores de la admiración de cuantos los avistan en razón de su porte majestuoso, con todo y terminar ganándose un nombre propio, por el que son conocidos popularmente, no son sino rarezas, ejemplares extravagantes aislados en un paisaje al que son ajenos, colosales en grado no menor que inermes. Y entonces, más propiamente aún que como hombres, los grandes árboles mueren como los dioses: imperceptiblemente.

El campesino vive acuciado por las innovaciones que la publicidad le brinda de continuo, con el sueño puesto en esa vida urbana que imagina funcionando con la impecable precisión de un aparato electrodoméstico. Saqueada la mente, perdido el norte, tarde o temprano se replantea la razón de su presencia en un paraje tan alejado del sistema de vida que intuye, de no haber abandonado todavía aquel maldito rincón en el que tuvo la desgracia de nacer, de no hallarse ya incorporado a la marcha del mundo moderno, una marcha de cuyo ritmo se siente cada día más apartado. Una actitud que contrasta grandemente con la del campesino de antes y sus actuales supervivientes, lo que la gente aún entiende por payés, un tipo humano para quien la novedad que representan, pongamos por caso, las imágenes de experiencias interplanetarias que ve en la tele mientras se va tomando la sopa, es sólo de grado respecto a sus antiguas creencias en milagros y hechicerías, simple estímulo adicional, a lo sumo, a su innata propensión a la demencia, tan contraria a la idea de sensatez que de él suele hacerse el hombre de ciudad. Pero el hecho de que esta figura, hoy pintoresca, esté desapareciendo, no debe inducir a pensar que con él desaparece el campo, que el campo está en trance de transformarse en un taller o factoría llevado por un par de electricistas. Sería como pensar que para hacer negocios se precisan oficinas ultramodernas, con recepcionista y télex; como si para hacer negocios no bastara un pequeño escritorio con una pequeña lámpara de pobre luz en una pequeña habitación; una habitación, en otras palabras, como la de mi despacho, con una lámpara y un escritorio como las de mi despacho. El campo se trabaja sobre todo con la cabeza, una cabeza asentada, a ser posible, sobre unos buenos pies.

Pero por profundo que sea el estado de ignorancia en que ha venido a caer el hombre de campo de hoy día, mayor es aún, con mucho, la ignorancia de que hace gala el hombre de ciudad que, llevado de un impulso incontrolable, se siente de pronto atraído por el campo. Esos señores que heredan o compran una finca convencidos de que, cuando encuentren el momento, ellos, que tienen ideas y empuje, van a convertir en una explotación moderna y rentable las tierras que la rutina, rapacidad y cazurrería de los payeses han reducido a tan lamentable estado. ¡Como si el campo necesitara de sus ideas, ellos que ni siquiera saben que no ya los animales y plantas sino también la propia tierra necesitan de los mismos cuidados y atenciones que las personas! Una tierra nunca es igual a otra como un negro no es igual a otro negro, teniendo como tiene cada trozo una personalidad propia. Cosas que ni tan siquiera habrán aprendido cuando, habiéndose pillado ya los dedos, habiendo comprendido al menos que los sumandos que se suman en el campo no son homogéneos, espantados

por el costo real de sus fantasías racionalizadoras, vuelvan a dejar la tierra entregada a su suerte, de la que nunca debieron intentar salvarla. Pero es típico de estos aficionados de ciudad dejarse arrastrar por las apariencias, extasiarse ante el espectáculo de una finca bien cultivada igual que un tendero puede extasiarse ante el movimiento de mercancías del puerto de Rotterdam, ignorantes de que si una tierra mal llevada rinde poco, una tierra mal bien llevada puede significar –lo ha significado para muchos– la ruina en cuanto la perfección del cultivo exceda el valor de mercado de la cosecha. Pues como ese especulador de Bolsa que atraviesa una fase maníaca y compra y compra valores con dinero que no posee, convencido de la inminencia del alza, o como ese revolucionario de toda la vida, seguro –como el católico cumplidor lo está de la salvación de su alma– del triunfo final, así el embeleso de ese aficionado de ciudad que contempla el esplendor de su primera cosecha como aquel que pondera los ricos matices cromáticos de una pintura, sin tener en cuenta lo que cuando menos debiera saber puesto que nada tiene que ver con la agricultura, esto es, el costo real de los trabajos llevados a cabo, que hace irreal cualquier clase de beneficio.

El problema no hará sino agravarse en el caso de que nuestro aficionado de ciudad recabe los servicios de asesores técnicos, cuya ayuda se centrará en trasladar del terreno práctico al teórico los términos del problema, encubriendo así con la discusión inane el carácter irrebatible de los hechos. Ese sabelotodo que a partir de un determinado dato concreto, las dimensiones de una antigua balsa de riego, por ejemplo, deducirá que esa balsa recibía un gran caudal de agua, hoy mermado, que hay que recuperar, a lo que otro sabelotodo responderá que tal magnitud en las dimensiones es más bien indicio de que el caudal siempre ha sido escaso, dado que un caudal importante apenas si necesita embalse, con olvido total, uno y otro, de datos tales como el tipo de cultivo al que estaba destinada el agua, la extensión de superficie regable, etcétera, especuladores, en suma, que tienen por objetivo, no tanto el significado de la cosa, cuanto la brillantez con que tal significado es rebatido o expuesto.

Mi consejo, en estas materias, lo ha tenido todo aquel que ha querido tenerlo, todo aquel que, por curiosidad o verdadero interés, se ha molestado en pedírmelo. Pero la experiencia me ha demostrado que el humano acepta el consejo en la medida en que responde a lo que desea recibir por respuesta. Y mis consejos o máximas no responden precisamente a lo que ese aficionado de ciudad espera o desea. Le molesta incluso, como un atentado a la lógica, que le diga, pongamos por caso, que el cultivo de la tierra no tiene otro secreto que el de conocer esa tierra palmo a palmo, las peculiaridades de cada trozo de terreno, los vientos a los que se halla expuesto, la

orientación, etcétera; como en la caza: caza más no el que tira mejor sino el que conoce mejor el terreno, el que sabe por dónde cruzará el conejo, de dónde se levantará la perdiz.

Desconfiar de la mecanización por la mecanización, de un mal entendido perfeccionismo que, lejos de resolver problemas, crea otros nuevos. Desconfiar asimismo de determinadas obras de regadío, aquellas en las que el gasto de instalación y mantenimiento puede ser superior al beneficio. Lo mismo sobre cultivos nuevos, no comprobados previamente en el terreno al que están destinados, sobre todo si esos cultivos se ponen de moda y todo el mundo se lanza a probarlos, con lo que indefectiblemente bajarán los precios. No agotar la tierra ni pensar que todo se arregla con más fertilizantes; es como una poda abusiva, más permanente el daño que el beneficio.

En cuanto a la adquisición de fincas, descartar de antemano todo recurso a la usura, un método que, aparte de innecesario, bien puede acabar con un escopetazo nocturno; cada compra tiene su momento. Caso de haber edificaciones, casa pairal, dependencias, no dejarse tentar por los aspectos suntuarios. Sabiduría de los antiguos al respecto: la importancia que Catón otorgaba a los establos, pocilgas y graneros, frente a los derroches y lujos de carácter residencial paulatinamente introducidos en las villas romanas. La estética de un conjunto es siempre resultante de su funcionalidad, una funcionalidad global y no meramente arquitectónica, algo que debieran haber asimilado en su recto sentido, a fin de tenerlo muy en cuenta en sus diseños de casas de campo, esos arquitectos que se hacen llamar funcionalistas.

Hacerse a la idea, por encima de todo, de que el campo no es lo que canta el gran Virgilio; el campo huele a estiércol y el que lo trabaja también.

El tópico del cacique, las historias acerca de la forma de hacer negocios que es propia de los ricos de pueblo: otra invención de la gente de ciudad. En el campo, como en todas partes, a la hora de hacer negocios, cuenta más la capacidad intelectual que la corrupción y las presiones de cualquier género. Y también como en todo, incluida la guerra, la única estrategia consiste en ser más fuerte que la otra parte, en tener más dinero, en este caso. Es decir: en poder pagar sin dificultad una cantidad, la que sea, que permita que el negocio en perspectiva sea negocio. Actuando así, se gana siempre; el dinero de más que hubiéramos podido arañar, lo dejo a los especialistas en arañazos que, por su manera de ser, están condenados a no hacer otra cosa que arañar durante toda su vida, arañazos y no negocios.

Eso sí: comprar siempre a través de personas interpuestas, terceros que firmen en nombre propio por cuenta del verdadero comprador. En lo que a préstamos se refiere, saber prestar la cantidad que se nos pida –sin esperar por ello agradecimiento alguno–, siempre que vaya avalada por propiedades que, aunque difíciles de realizar, posean un valor cumplidamente superior al dinero prestado; el tipo de interés debe ser normal, nunca usurario. Y una recomendación: no dejarse tentar jamás por caprichos y encaprichamientos similares a los que padece el coleccionista y que con frecuencia terminan por perderle.

La gente de por aquí entiende los negocios como una longaniza que se va cortando en rodajas según se come, estimulado el apetito en razón directa a la suculencia del producto. Y como los negocios, las herencias, tanto más apetitosas cuanto más esperadas: mi fortuna, el apetito de mis herederos ante el bocado que ellos creen que está al caer, cegado por la voracidad cualquier asomo de lucidez. En ocasiones se comportan literalmente como esos familiares del pariente rico que, autoinvitados a lo que creen fatal desenlace, apiñados en torno al lecho del presunto agonizante, se precipitan llenos de alivio a cerrarle los ojos justo en el momento en que vuelve a abrirlos. Todo como si realmente yo fuese a morir y, sumido en el tránsito, pudiera escapárseme el más mínimo detalle de su comportamiento. El otoño, sin lugar a dudas, favorece y acompaña en cuanto marco ambiental –los días acortándose, los árboles despojándose de las mojadas hojas– esa actitud de ansiedad irreflexiva y de impaciencia resuelta en concupiscencia de la que hacen gala mientras esperan; como el pueblo en carnaval, ante la proximidad de la cuaresma, o el género humano en su conjunto, a cada cambio de milenio, ante el temor de una catástrofe universal: con la misma incitación a los placeres carnales, ora en el lecho, ora ante la chimenea, con la pancha llena, sujetos a las tremendas trempadas y somnolencias que tanto propicia la caldeada atmósfera.

Los hombres, más habituados a la farsa campechana con que acostumbran a cerrar los negocios, se controlan más, disimulan mejor. Las mujeres, por el contrario, educadas en el principio de que la amistad que entre ellas fingen profesarse encubre una profunda relación de fuerza que apenas si merece la pena mantener en la sombra, son más transparentes en su comportamiento, sin que de tal transparencia haya que deducir ventaja alguna. Lascivia y codicia en ellas se confunden, similar su delectación a la que les produce el pago al contado cuando van de compras, no sólo como muestra de la vida desahogada que llevan sino también, más simbólicamente, del estricto

cumplimiento de la parte que les corresponde en el acoplamiento sexual. De ahí los soliloquios de la señora Riera cuando despierta, no muy segura todavía de que se trata realmente de un soliloquio, de que su madrugador no la escucha porque se levantó hace horas: entonces heredaré y seré muy rica y daremos la vuelta al mundo y me joderás despacio y bien y seré muy exigente con las chachas. Los despertares, y como los despertares, los sueños, viéndose a sí misma como una atractiva joven de cuando las jóvenes eran atractivas, en su época, allá por los años cincuenta: la joven que ella fue, sólo que no en Barcelona, sino en París, en el París que conoció cuando su viaje de novios, y en ese París, el de entonces, ella saliendo a la calle a comprar una baguette tras una noche de intenso ejercicio carnal, todavía deliciosamente despeinada y con cara de sueño, envuelta tan sólo en un abrigo de visón, suave la piel contra su piel mientras regresa al apartamento, al amante dormido y al característico panorama de tejados que desde allí se divisa, mordiendo graciosamente un corrusco, acompañada de la simpatía y admiración de los transeúntes, además de la fresca sonrisa de una soleada mañana de primavera, un encanto de chica, una verdadera monada. Similares goces, una vez enteramente despierta, le depara cada mañana la solución del estreñimiento habitual que, como a buena ninfómana semirreprimida, le aqueja; una solución que encara con calma, equiparable la satisfacción que en ambos casos produce la liberación de conductos al acabar el acto –sexual o fisiológico–, terminada la cópula en un caso, aligerado el cuerpo en el otro.

El marido, Riera o Roca, me recuerda a uno de esos verduleros de pueblo cuyo supremo deseo sería el de poder manosear igual que manosea la fruta, a placer, las despuntantes redondeces de alguna de las majorettes que desfilan cuando la fiesta mayor. Y aunque es posible que a veces lo confunda con uno de sus hermanos o cuñados o tíos o sobrinos, el hecho mismo de que tal confusión sea posible muestra bien a las claras la inutilidad de todo intento de entrar en mayores precisiones. Como las mujeres, las esposas, las hermanas, las tías, las sobrinas, las cuñadas, perfectamente intercambiables todas ellas, a flor de piel la crispación derivada de las tensiones a las que se hallan sujetas, no siendo difícil adivinar en cada una de ellas, bajo una apariencia de afabilidad, a esa madre de familia que, acosada en sus funciones, ahuyenta como una mofeta no sólo a la propia prole sino también a vecinos y visitantes.

Solamente Carlos se salva, y su trabajo, la inestimable ayuda que me presta, le distrae de su desgracia.

Nada hay en el mundo más desprovisto para mí de interés que la propiedad. Si la gente en general y mi descendencia en particular no creyeran que se trata de otra de mis bromas, se escandalizarían, ya que el humano se escandaliza de lo que no entiende. Y ellos no entenderían que, para mí, la propiedad es a la concupiscencia lo que el poder es al amor, y lo que a mí me interesa es el poder. Pero ¿qué es el poder sino amor?

Cierto que, en los principales idiomas, los conceptos de bondad y posesión se hallan no en vano estrechamente vinculados: bienes, goods, biens. También la concupiscencia tiene por base un atractivo físico real o figurado. Pero belleza y ponzoña no son términos que se excluyan, y sólo la obcecada mente de un enamorado es capaz de establecer un paralelo, si no una identificación, entre belleza y bondad. La belleza de los límites dominantes de una finca, de los términos y jalones que la configuran en perfecta armonía con los rasgos orográficos del paisaje; algo que enloquece a la gente, que puede arruinar a un hombre con mayor presteza que una querida caprichosa. Como la embriaguez del agua, la que lleva a un propietario a la bancarrota en su obstinada búsqueda de caudales subterráneos, mucho más peligrosa que la embriaguez del vino: ver brotar el agua brillante de las entrañas de la tierra, las resonancias simbólicas que eso contiene. Tentaciones, celadas que le tienden a uno los propios demonios personales, interponiéndose en la recta comprensión de que lo que importa no es la propiedad ni tampoco la posesión, de que lo que realmente importa es el poder sobre personas y cosas.

Inclinación, o mejor, desviación, que no por natural pierde el carácter de desviación, no resulta difícil detectar en el fondo de toda pasión posesiva un desequilibrio síquico. Por eso en el campo, donde en mayor o menor medida casi todo el mundo es propietario, esta clase de problemas se plantean con especial violencia. Ningún forastero imaginará jamás, si no es por analogía, en relación a su propio lugar de origen, las descargas de adrenalina que, bajo un exterior de gran placidez, puntean la vida cotidiana de un pueblo, el desperdicio de secreciones suprarrenales que aquí se produce, superior, con mucho, al desperdicio de tal sustancia que es propio de la ciudad: odios y rencores persistentes y, en ocasiones, inexplicables; envidias, putadas insospechadas, venganzas meticulosamente calculadas, reacciones virulentas en forma de bruscos arrebatos, de verdaderos accesos de furia, así entre vecinos y grupos de vecinos como en el seno de la familia a la que cada uno de los contendientes pertenece.

La verdad favorece al poderoso, quien, con justicia o sin ella, tiene todos los argumentos de su parte. El humilde, en cambio, se halla en

falso desde todos los puntos de vista y no puede permitirse semejante lujo. Y así, mientras para aquél decir la verdad es una forma de jactarse de la propia astucia, para éste decir la verdad significa confesar un crimen. De ahí el valor de la palabra dada, de ser socialmente considerado hombre de palabra, esto es, poderoso hasta el punto de que no necesita mentir. Inversamente, confundiendo el efecto con la causa, el humilde haría cualquier cosa por salir del anonimato en que se encuentra, por gozar, aunque sólo fuera un instante, del notorio reconocimiento que acompaña al poderoso. Como ese infeliz, ese pobre de espíritu que, en caso de ocupación militar del pueblo o parecida situación de emergencia, casi que siente, tras haber pasado un control de rutina, que el oficial de la patrulla no le haya hecho más preguntas a fin de poder demostrar más cumplidamente, no ya su inocencia, el hecho de que lo tiene todo en regla, de que nunca se ha metido en política, sino que es además persona de orden, adicta a la causa victoriosa, un hombre identificado por completo con el poder que de tal victoria se deriva, de pies a cabeza, dispuesto como está a hacer lo que le manden, sí señor, a sus órdenes; como ese infeliz, como ese pobre de espíritu en busca de una oportunidad, así el hombre de la plebe, sea en su comportamiento individual, sea en el colectivo.

El pueblo ha sido ganado por el mal gusto que es característico de los tiempos que corren y esta pérdida es un indicio más de lo avanzado del mal, de las cotas alcanzadas por la humanidad en el curso de esa fase degenerativa en que se halla inmersa. Pues, si por una parte las repercusiones de tal degradación son mayores cuando afectan a centros vitales de poder y decisión, a las cabezas pensantes de la sociedad, por otro, la extensión de esta mentalidad degradada es siempre síntoma de que tales centros se hallan ya afectados y el mal prolifera en el conjunto del cuerpo social. Y así nos encontramos con que casas y pueblos que durante siglos han sabido preservar su carácter, se hallan ahora desbaratados por el mal gusto; con que el propio interior de cada hogar, interrumpida aquella armónica evolución que lo adaptaba a las necesidades de cada época, se ha convertido en caricatura de sí mismo, de igual forma que el trabajo realizado por cualquiera de estos artefactos electrodomésticos es caricatura del trabajo antes realizado a mano, de igual forma que la mayonesa de batidora nada tiene que ver con la mayonesa pacientemente ligada en un mortero, o que el zumo de uvas, verdadero néctar de los dioses, ninguna relación guarda con la amarga trituración de un racimo, piel y pepitas incluidas.

Pero si hay algo que el pueblo no soporta es que haya personas de gusto, de un gusto distinto al gusto común y que, por tanto, convierten el gusto común en mal gusto. Aunque no se le diga, aunque por delicadeza no se le haga ver la consecuencia de tal contraste, su mera existencia es considerada un insulto. Y, humillación además de insulto, el hecho de no saber el motivo de que justamente aquello que no le gusta valga, y aquello que creían de gusto resulte ahora que no vale. En otras palabras: que haya seres superiores, inteligentes, sensibles, cultos, cualidades que son vistas como un provocativo acto de soberbia por quienes se sienten torpes, zafios, lerdos y, en la medida en que satisfechos del propio embrutecimiento, despreciados. La ofensa máxima, para ellos, el colmo del desprecio que se les infiere, de la soberbia de la que se les hace víctimas, puede ser, sin ir más lejos, el que la música de Mozart, ese ñiguñigu tan árido y fastidioso, sea música buena y ellos no sepan por qué es buena, como les pasa en la pintura con esos cuadros que no entienden o que, de puro primitivos, les parecen hechos por un niño, mientras que, por el contrario, tal o cual objeto de uso doméstico, tal o cual elemento decorativo del que se sentían tan orgullosos, se constituya de pronto en prueba tangible de su inferioridad. Una depravación del gusto musical que, incluso cuando se trata de canciones populares tradicionales no carentes de interés, tipo La Santa Espina o Per Tu Ploro, con ese aire eslavo que tienen en común con el Cant dels Ocells, incluso en estos casos, les lleva a preferir siempre la interpretación más ramplona, la más rica en las estridencias de la interpretación sardanística propia de esas musiquillas que, como compuestas por un retrasado, son las que en realidad les gustan, estribillos para corear en corro, el fum, fum, fum famoso y demás tonadas de carácter infantil o navideño.

Mi obra preferida es La Creación del inmortal Haydn, antecedente directo no sólo de la Misa Solemnis sino también de la 9.ª Sinfonía, la máxima exaltación jamás lograda de la voz humana. Escucho La Creación prácticamente cada mañana, en interpretación de la Filarmónica de Viena y Coros de la Ópera del Estado, Julius Patzac en el sublime papel de Uriel. Me consta que la gente del pueblo está harta de oírla, pero yo hago caso omiso y, tanto en invierno como en verano, abro la ventana de par en par y elevo el volumen al máximo, consciente de que mi vano intento de cultivar su oído ha de ser tomado como un acto de desdén. En días de niebla o cielo muy cubierto suelo poner las Suites para Violoncelo Solo de Bach, a cargo de Pau Casals, que les hace rechinar los dientes al límite.

El rencor de la plebe derivado de la frustrante humillación que experimenta al palpar su inferioridad, al mascar y mascar la tan correosa como insoslayable presencia de lo que se halla fuera de sus

alcances: éste es el sentimiento que el Moro exacerba, encauza y manipula en favor de sus ambiciones subversivas. Lo cual no deja de ser curioso por la contradicción que entraña respecto a otros aspectos de su pensamiento, a sus planteamientos ideológicos más queridos, ese extasiarse suyo en el elogio del hijo del pueblo, en la inteligencia natural y el vigor lozano que le caracterizan frente al hijo de la burguesía, en la capacidad de asimilación que le hace destacar en todos los terrenos, empezando por el de cabecilla revolucionario. Pero él sabe olvidarse de esta clase de incoherencias a la hora de halagar los delirios igualitarios de la plebe, cuando, confundiendo superioridad con riqueza, atribuye a los ricos rasgos que nada tienen que ver con ellos, pero que –y eso es lo que cuenta– le permiten anunciar el futuro establecimiento, en la sociedad que predica, de un trato discriminatorio de carácter reeducativo para los hijos de los antiguos burgueses, a fin de compensar la situación de privilegio que supone su origen, encaminándoles antes al trabajo manual que al intelectual, futuro privilegio exclusivo de los hijos del proletariado. ¡Como si esos solemnes bobos que son la mayor parte de los hijos de la burguesía tuviesen algo de envidiable, como si la condición de burgués tuviese algo que ver con la inteligencia y la cultura, como si el dinero sirviese para algo más que para disimular con la educación adquirida su natural tontería!

Recuerdo la ocasión en que el Moro, ave fénix del mal, volvió a las andadas con sus instigaciones, una vez más enseñando la oreja, o mejor, el rabo aberrante, los cuernos, las pezuñas. Era Nochebuena y, por primera vez en muchos años, hizo una nueva exposición pública de sus ideas, a modo de insólito mensaje navideño. Precisamente aquella noche Pau Casals estaba de incógnito en la Rectoría, tocando para mí el Cant dels Ocells, y no iba yo a permitir que preocupaciones bastardas me estropearan aquella memorable velada. El halo de armonía en que el violoncelista se hallaba envuelto se hizo más y más radiante, hasta que todo él, respondiendo a ese brillo, y con todo y conservar su figura, se transformó en oro, como suele suceder cuando el humano trasciende los límites de su entidad física, así como de la contingencia del tiempo en que vive.

Lo único que se interfiere en el perfecto desarrollo de estas grabaciones, a manera de esos ruidos de matraca con los que, en caso de guerra, cada país beligerante interfiere las emisiones del enemigo utilizando su misma longitud de onda, lo único que se interfiere es la presencia del Indiano en lo alto de la colina, cuando, si el tiempo es bueno, Ramona lo saca al jardín en su silla de ruedas y allí le hace

tomar unas galletas y un vaso de leche, tieso y torpe, paralizado de medio cuerpo, las gafas oscuras semidescolgadas sobre la cara, su lúgubre silueta destacando contra un cielo revuelto de golondrinas que giran y giran, sustituidas en invierno por estorninos o acaso cornejas. Aunque ni él ni ella sean directamente visibles desde la rectoría, su presencia es suficiente para irritarme y, en consecuencia, amargarme el rato que pasan allí fuera. Digo que me irrita y mejor diría que me inquieta, ya que no encuentro palabra más apropiada para expresar lo que me sucede, improbable como es que tal desazón se deba a su miserable fealdad, de la que no tiene precisamente el monopolio. Una sensación sólo equiparable en sus consecuencias a esa mezcla de desamparo y miedo que experimenta el niño la noche en que, uniéndose curioso a los mayores que rodean el lecho de un agonizante sin que su presencia sea advertida, oye anunciar al médico: señores, este hombre ha fallecido; una sensación que, como el temor a los rayos atronadores o a la oscuridad, rebrotará en tantos cuantos momentos críticos le tenga reservados la vida.

IX

Si las acusaciones y reproches que a lo largo de los años se me han hecho fuesen ciertos, no habría eternidad en los infiernos que diera cabida suficiente a mi expiación. Para que semejantes mentiras tomen cuerpo hace falta, ciertamente, que alguien las invente y difunda, pero, factor no menos imprescindible, sobra decirlo, es la estupidez humana, que permite transformar en demonio a quien siempre ha sido tenido por un santo, y en vituperio ensañado la reverencia más servil. Así, lo de hacerme con las propiedades de medio pueblo por el procedimiento de inscribir a mi nombre cuantas fincas no constaban oficialmente en el registro, un sistema por desgracia muy en uso en la inmediata posguerra. Y bastó que una pobre loca como la comadrona se empeñase en hacerme artífice –contra toda evidencia, pues ni una sola de sus propiedades se halla inscrita a mi nombre– del expolio por ella sufrido, para que de inmediato se creara un clima propicio a dar por buena su acusación, algo que la gente siempre está dispuesta a admitir cuando se da además la circunstancia, como en este caso, de que el presunto expoliador es rico y la presunta expoliada pobre. Para mayor dramatismo, obrando como si fuera víctima de mis presiones, pintaba la injuriosa palabra que hubiera definido mi comportamiento, caso de ser cierto, unido a mi nombre, en las abundantes peñas de la propiedad que había perdido, y se subía a los montes para desahogarse proclamándolo a pleno pulmón. Nada de esto fue obstáculo para que posteriormente, dándolo todo por olvidado, le hiciese algún que otro importante favor. Y ahora, definitivamente soltera debido al desgaste que implica haber pasado por demasiadas manos en su juventud, cuando estaba en edad de contraer matrimonio, trabaja para mí en calidad de enfermera, discreta pero estrechamente controlada, eso sí, por la Pascualina.

Otro de los infundios –éste acuñado por el Moro– es el que me atribuye haber domeñado la voluntad de un alcalde díscolo mediante la estratagema de hacerle firmar cierto documento que contenía determinadas cláusulas ilegales sin que advirtiera tal ilegalidad, teniéndole así, a partir de entonces, totalmente a mi servicio; ¡como si yo necesitara recurrir a esta clase de manejos! La base real de todos esos infundios es sólo un mal entendimiento de lo que por mi parte no son sino algunos de los rasgos distintivos de mi forma de trabajar: meticulosidad, previsión y dedicación. ¿Iba yo a ser alcalde, juez y notario al mismo tiempo? Con redactar sus escritos tengo suficiente. Incluso en cuestiones de detalle prefiero ocuparme personalmente a

dejarlo en sus manos, arriesgándome a los pequeños fallos que irremediablemente cometen.

Pero la gente, que tan mala memoria tiene para lo que fue la posguerra –aunque mejor que acerca de lo que fue la guerra–, gusta de llenar a voluntad estos vacíos, de inventar lo que sus oídos quieren oír. Las tesis del Moro, la idea de que las motivaciones económicas están detrás de las restantes. ¿Y qué está detrás de la idea de que las motivaciones económicas determinan las restantes? ¿Qué es lo que determina tal idea? Esto es lo que me gustaría que me contestasen.

Pocas cosas suelen ser tan impopulares como la verdad. El hecho, por ejemplo, de que mi hijo fuese asesinado al poco de comenzar la guerra. Un hecho que les molesta y que, en consecuencia, hay que encubrir como sea, inventando las maniobras de diversión que haga falta, manipulando los conceptos.

No deja de ser curioso, en este sentido, que mientras se consideran cualidades positivas ser un hombre bueno y celoso de su trabajo, no deja de ser curioso, en efecto, que el ser demasiado bueno y el exceso de celo sean consideradas negativamente, cosa que no sucede con el exceso de maldad o de negligencia, que, conforme a tal esquema, debieran ser consideradas positivamente. Pues cierto es que yo podría haber sido alcalde de habérmelo propuesto; pero ¿qué interés podría tener yo en serlo si el secretario del ayuntamiento trabajaba para mí? No negaré que le sabía algún que otro tapujo, pero este conocimiento de sus puntos débiles era, precisamente, lo que me permitía mantenerlo bajo control, a raya, sin dejar de utilizar, por otra parte, sus dotes de laboriosidad y eficacia, que no le faltaban, en bien del pueblo. Una decisión susceptible de ser mal interpretada por aquel cuyo juicio no puede ser sino mal intencionado, pero que se inscribe, de manera prístina, en mi línea de conducta, en mi hábito sistemático de ocuparme personalmente de todo, de estar en todo.

Norma de conducta no menos indispensable me parece el hábito de saber escuchar y hacerse escuchar. Tener en cuenta que no saber escuchar implica en muchos casos, no ya aceptar los planteamientos de nuestro interlocutor y el campo de batalla que con ellos delimita, sino también las conclusiones implícitas en tales planteamientos. Falacias contra las que hay que estar en guardia en la medida en que la verdad está en manos del que detenta el poder, en la medida en que estar en posesión de la verdad es una redundancia, en la medida en que verdad y poder son una misma cosa. Remodelando la famosa frase de Goethe, ya que en su época no había revólveres, el hombre es una creatura en verdad bien pensada: el corazón a la izquierda, el revólver

a la derecha, y la cabeza en el centro y muy por encima.

Ser precavido no es signo de debilidad, sino de un profundo conocimiento del ser humano, de cuanto del ser humano podemos esperar. Cuando la gente piensa en mí, más que en mí está pensando en mi patrimonio; un patrimonio que para mí, en cambio, es sólo la pantalla destinada a impedir, como una pantalla de lámpara, que esa gente se vea cegada por la luz de lo que constituye mi verdadero patrimonio: el contenido de estas cintas, mi legado.

Con la falta de cálculo de la persona hecha más a destruir que a construir, de ese enfermo compulsivamente dirigido al ejercicio de cuanto de aberrante haya a su alcance, caído una vez más víctima de una vanidad sin límites, ¿qué salida mínimamente airosa le quedaba al Moro? Tras gloriarse como se glorió de haberme puesto panza arriba, se encontraba de pronto con que era yo quien le había salvado in extremis de ser fusilado, yo el que le había sacado del campo de concentración y también yo el que le había extendido el aval que le permitió volver al pueblo. Sin propiedades, sin trabajo, reducido a la dura condición de emigrante en su propia tierra, si no de mendigo, su regreso no era precisamente el tipo de regreso que había imaginado cuando esperaba llegar convertido en amo y señor del pueblo. Pasados los tiempos de exaltación en que predicaba el amor libre con el ejemplo y amancebado con una aristócrata revolucionaria que era una víbora, exhibía jubiloso el fruto funesto de ese amor, el hijo ilegítimo cuya vida –aunque entonces no lo supieran– traía consigo la insoslayable penitencia, volvía ahora junto a su fiel Elena, escarmentado y contrito como el niño que ha tenido ocasión de comprobar por sí mismo las dolorosas consecuencias de infringir una prohibición cualquiera, no jugar con cuchillos, no tirar piedras, y, hecha tal comprobación, corre a buscar consuelo y castigo en el regazo materno.

Si la discreción, la humildad y la vergüenza fueron los principales rasgos de su reacción inicial tras el descalabro sufrido, voluntariamente retirado de la vista de todos, a sabiendas de la ofensa que para muchos suponía su mera presencia, hubiera sido ingenuo ver en tal actitud otra cosa que un compás de espera, una estratégica retirada a los cuarteles de invierno en espera de mejores tiempos. Cuando había creído hallarse definitivamente instalado en el poder, su actuación personal, de un egocentrismo inconcebible, estuvo plagada de intrigas y traiciones, maniobras de difamación y desprestigio respecto a cuantos, desde una posición relevante, juzgaba sus rivales en la medida en que podían hacerle sombra. Y, perdida tal capacidad

de maniobra, no había de pasar no obstante mucho tiempo sin que, atribuyéndome los rasgos que definen su comportamiento, comenzase a acusarme de manipular el pueblo como él había soñado manipularlo.

La murmuración y la maledicencia no eran, sin embargo, más que el primer paso, ya que, para él, sólo en la acción cabe cifrar el triunfo. La reorganización de una sociedad de cazadores, por ejemplo, su primera intentona: una sociedad de carácter puramente recreativo. Sólo que, arrendando a cazadores forasteros el conjunto de tierras del municipio, constituidas en coto, contarían con ingresos suficientes para crear un fondo social. Y, si además de arrendar la caza, se arrendaba la recolección de setas, muy abundantes en el término, ese fondo permitiría incluso comprar tierras más o menos abandonadas para explotación o uso comunitario. Y esto, ni que decir tiene, era ya demasiado: una cosa es repartirse los despojos de la caza, otra muy distinta considerar bien común lo que, aunque silvestre, crece en tierras de límites perfectamente definidos, y otra, ya sin relación alguna con los objetivos inicialmente propuestos, fundar una especie de absurda comuna, con desvergonzada intrusión, por añadidura, en el mercado de compra-venta de fincas rústicas. La aventura terminó sin pena ni gloria, tras una serie de desgraciados accidentes de caza y subsiguiente retirada de licencias a unos cuantos socios. Pero las intenciones del Moro estaban más que claras: el germen que representa una sociedad de este tipo, el clima de confraternización –las escopetas, los carajillosque propicia, las iniciativas que, entre broma y broma, de ahí pueden brotar. Bromas, dicho sea de paso, del peor gusto. Considero del todo inadmisible las bromas relativas al hijo de la Pascualina que, nacidas en ese círculo, llegaron a mis oídos, burlas acerca de un hijo que, más que natural, decían, habría que llamar sobrenatural, y a ella, la Inmaculada. Inadmisible, o mejor, intolerable, hasta el punto de suprimir toda diferencia entre quienes así bromeaban y quienes le dieron el paseo y vaciaron sus armas en el joven cuerpo tirado en la cuneta, no menos merecedores de un castigo ejemplar éstos que aquéllos, castigos que, por diversos caminos, todos ellos han acabado recibiendo.

Otra cosa del Moro que me repele, así epidérmica como profundamente, es la suciedad; una suciedad que se diría consustancial a su piel macilenta, a sus cabellos grisosos. Sólo una mujer como la Elena, que es una verdadera santa, puede soportar semejante convivencia, y, de no ser por ella, en los fondos de su cama anidarían cucarachas, ratas y escolopendras. Yo, en cambio, soy un verdadero maniático de la limpieza.

¡Qué fárrago las especulaciones ideológicas, cada especulador otorgando a las palabras el contenido más adecuado a los fines perseguidos, atrincherado como en un fortín en el sistema de conceptos por él articulado, sabiéndose a salvo allí dentro, con el arsenal de que dispone, y del todo perdido fuera, la más inerme de las creaturas! La libertad, ese principio universalmente invocado cada vez que la voluntad de los demás es doblegada, trátese de individuos, trátese de países, esa verdadera libertad que, contrapuesta a la libertad de los otros, a la falsa libertad, nos permitirá esclavizar a sus beneficiarios, empezando por nuestros propios conciudadanos, en razón directa a la fuerza de que dispongamos para imponerla. La justicia, esa referencia suprema a la que suelen remitirse quienes detentan el poder real cuando precisan utilizarla, a manera de aval con rango de ley, en defensa del orden por ellos establecido. La igualdad, esa añagaza de hacer creer al pueblo que son iguales los que han nacido diferentes, no tanto para concederles una teóricamente legítima igualdad de derechos, cuanto para convertirse en guardianes y monopolizadores de esa igualdad que proclaman, a cientos de años luz por encima de sus presuntos semejantes. La democracia, convencer a la gente de que está capacitada para comprender lo que se halla fuera de su comprensión, y en virtud de la delegación de criterio así obtenida, libres las manos para actuar, poder emplearse a fondo, sin ningún género de cortapisas, como poseedores que son de un cheque en blanco extendido a su favor. Y como planeando por encima de todo ello, proyectando sobre todo ello su sombra como si de una bendición se tratase, la idea de progreso, de que la humanidad marcha en sentido lineal y cronológico de lo rudimentario a lo complejo, de lo elemental y laborioso a lo sofisticado y fácil, como si lo actual fuese indiscutiblemente superior a lo antiguo y el hombre de la calle de hoy tuviese algo que envidiar al esclavo de Horacio.

Lo más desolador, no obstante, y lo que repercusiones más graves reporta, es la moral que se deriva de la asimilación de semejantes extremos por parte de la plebe. Pues si la ceguera de Tiresias no era sino expresión de su acceso a una visión más alta, la ceguera de la Justicia, hoy, representa a la perfección la obcecada búsqueda de un imposible equilibrio entre magnitudes desiguales, la ceguera que es propia de situaciones como la presente, en la que la inteligencia está siendo ya considerada privilegio intolerable, al igual que el buen gusto, la inventiva y, ni que decir tiene, el genio.

Altaneros, situados en los antípodas, adoptando la gallarda actitud de ir contra corriente, están los tradicionalistas, como gustan autodenominarse, aunque, a decir verdad, no sé de qué tradición hablarán, como si la historia discurriese por un cauce y ese cauce se hubiera perdido, como si lo que en realidad añoran no fuesen

determinados aspectos del pasado provechosos para sus bolsillos, como si la pérdida que en verdad les preocupa no fuera ésta, a cambio de cuya recuperación estarían dispuestos a renunciar sin el menor escrúpulo a las restantes tradiciones, principios y valores esencialmente simbólicos, pura tapadera de su codicia. Se trata, en definitiva, de un engaño equivalente y de signo contrario al de los que promueven los partidarios de las diversas utopías en boga: su lucha por su cumplimiento en la medida en que se considera imposible.

Este tipo de debates sirve, en primer término, para poner en evidencia el desconocimiento de las leyes del universo por parte de cuantos en ellos participan. Pues, así como sería contraproducente iniciar una plantación de árboles de ribera, plátanos, chopos, respetando algún que otro ejemplar preexistente, así, de modo semejante, entiendo que sería inútil comenzar una nueva era aprovechando los escombros y desechos de la era anterior, los valores preexistentes, y no hablo sólo de los económicos. La ruptura, muy al contrario, ha de ser –y así ha sido siempre– violenta, convulsiva. Y es obvio, por tanto, que las necedades que predica el Moro encubren un solo deseo: ser él quien haga lo que hago yo.

Una observación más: esa simpleza tan del Moro de que lo que importa no es conocer la realidad sino transformarla, como si fuera posible separar una cosa de otra. ¡Que presuma él de desdeñar los libros, que es de donde ha sacado las ideas que tan torpe y vanamente ha intentado poner en práctica! ¿Hay algo que haya transformado la realidad más profundamente que los libros?

De cuanto acontece en el mundo, al igual que de la marcha de una explotación agrícola, sólo queda constancia de aquello que se halla registrado en los libros. Pero el hecho de que tal o cual acontecimiento, grande o menudo, no haya encontrado lugar en sus páginas no significa que no haya sucedido. Tampoco de las heridas que el fuego infiere a los bosques o las tormentas a los cultivos, dan cuenta cabal los libros de una explotación agrícola, que recogen, a lo sumo, los daños a corto plazo, no las pérdidas de carácter más duradero, en ocasiones irreversible. Esto lo sabe y en ello confía todo aquel que con el olvido quisiera saldar sus culpas: no constan, luego no cuentan.

Pero ahí están las imágenes para desmentirles, perceptibles todavía sus vibraciones –basta querer percibirlas– en el mismo lugar en que se desarrollaron los hechos, de modo semejante a ese calor que persiste en una cama una vez ha sido abandonada por el cuerpo: la plaza del pueblo, la plaza de la iglesia y el ayuntamiento, de una iglesia que

está siendo saqueada, de un ayuntamiento ocupado por el populacho, un populacho ebrio de alcohol y de ese peculiar olor a pólvora y grasa que es propio de las armas, enardecida y promiscua la atmósfera que se respira en aquellos interiores abovedados, todo como propiciando la celebración de una de esas orgías revolucionarias que, como la postal que define una ciudad, definen toda una situación. En el embarullamiento general, con el aturdimiento producido por las diversas canciones cantadas multitudinariamente, casi que cuesta reconocer al Moro, así vestido de miliciano, bebiendo cerveza en las vulvas espumeantes de milicianas semidesnudas, sostenidas verticalmente cabeza abajo, un espectáculo que se diría presidido, en calidad de hierático oficiante, por el cuerpo todavía goteante del cura, un cuerpo pálido, ensartado en un garfio de carnicero, espectralmente iluminado por un cabo de vela que arde pegado al ruedo de la tonsura, en la coronilla: la típica escena del populacho triunfante dando rienda suelta a la vesania liberada por el comportamiento emulativo de cuantos en ella participan. A modo de telón de fondo, colgando asimismo de sendos ganchos, un Cristo de Velázquez ridiculizado por obscenos dibujos y garabatos, y una Monna Lisa recién fusilada, en la creencia, obviamente, de que se trataba de una representación de la Virgen.

Fuera, entretanto, en medio de la plaza, a la luz de las fogatas que llega del interior de la iglesia, la muchedumbre se entretiene dando tormento a un gordito, muy de acuerdo con la manifiesta tendencia de las turbas a cebarse en los gordos por el mero hecho de serlo, por su redondez incitante, por la dificultad con que huyen y el pánico del que dan muestras al ser apresados, predilección que es producto de un atavismo ritual analógico y del tono festivo que reina en la popular matanza del cerdo. Bajos instintos que, en virtud de su propia dinámica, rebasan inevitablemente a quienes los generaron con sus instigaciones, y, cabezas de turco quienes fueron cabecillas, acaban por convertirse en blanco favorito de sus propias huestes, un Moro que, lejos de guiar a nadie, aguanta como puede las feroces burlas de las que le hacen objeto sus seguidores, todos como parodiándole en sus ensoñaciones de fraternidad, en sus delirios igualitarios.

Pues, como niños que se entregan a las crueldades propias de su edad –estrellar caracoles, torrar sapos, cazar lagartijas– en razón de los conflictos de afectividad y rechazo que de este modo conjuran, así los dioses con sus problemas más íntimos, de los que hacen víctima al ser humano; y como esos dioses que actúan como niños, así el Moro y los suyos al entregarse a toda clase de excesos. De ahí que, tras una larga y ardua reunión del comité local, declarase suficientemente probada la inexistencia de cualquier forma de divinidad, como si matar un dios no fuese menos inútil que inventarlo.

Si bien es cierto que mal puedo yo presumir de descendencia, de un linaje no ya regresivo sino en trance de desaparición, hay cuando menos indicios que, precisamente por haberse manifestado bajo la más degradada de las apariencias, sean acaso alentador anuncio de un cambio inminente; el hermafroditismo primigenio, en definitiva, se halla íntimamente vinculado a lo divino, cosa que no puede decirse de la subnormalidad y la locura, asimilables ambas en su expresión a la figura del endemoniado. Ni más ni menos que lo que ocurre con el linaje del Moro, maldito como cuanto de él procede. Así, Federico, el hijo que le dio la abnegada Elena, un joven y brillante siquiatra recluido desde hace años en un manicomio del que no quiere salir, convencido de que, en el exterior, su vida corre peligro; un joven de inteligencia prometedora al que alguien que permanece en el anonimato, un ser verdaderamente magnánimo, le costeó los estudios igual que ahora le costea su estancia en la institución siquiátrica. Con la aristócrata revolucionaria, que por cierto era epiléptica, el Moro tuvo un hijo afásico, un retrasado mental que creció en el orfelinato debido a que tanto ella como él –condenado a muerte por aquel entonces– fueron privados de la patria potestad. Otra de las manías de Federico, el primogénito, es la de creer que no es hijo de su padre, rechazo instintivo que le honra.

Un linaje que no es sino expresión de lo que la vida del Moro ha sido: empresas inviables, frustraciones personales, una vida que ahora se apaga lenta pero irremisiblemente, brindándole tiempo suficiente para meditar sobre todo esto, para dar vueltas y más vueltas con la mente –todas las vueltas que la escasa capacidad de movimiento del cuerpo le impide dar en el lecho– a lo que ha sido su vida, a lo que será su muerte. Eso sí, mal que bien, siempre se las ha arreglado para vivir de gorra.

Del mismo modo que en caso de intoxicación, tras una noche de diarrea y sudor y vómito y dolores articulares, nos basta recordar uno tras otro los alimentos ingeridos el día anterior para que una especial repugnancia, a la vez que una aguda reactivación de los fenómenos expulsivos, nos asalte no bien nos representamos el ponzoñoso manjar, así, de modo semejante, al encontrarme con un hecho contrario a mis intereses, trátese de algo ya ejecutado, en proyecto o de una mera maquinación, me basta repasar la lista de personas que me la tienen jurada, por motivos reales o imaginarios, para descubrir de inmediato al responsable, como si un aura intermitente de luz negra delatase su relación con el caso.

En lo que al Indiano se refiere, la ventaja es que ni tan siquiera

preciso repasar esa lista de enemigos ocultos o manifiestos, de usurpadores, de réplicas y falsarios, agentes de la doblez y la traición; su influjo nefasto, de tan patente, se delata por sí mismo. Sentado ahí, en su silla de ruedas, contemplando el pueblo desde el jardín, desde el porche de su casa cuando llueve, esa extravagante casa con elementos decorativos de sabor colonial que se hizo construir al volver del Uruguay, del Paraguay, qué importa eso: un desgraciado paralítico alentado en su locura por la solicitud con que le cuida la Ramona, una mujer que, por más que sea una santa, por fuerza ha de acabar algún día soltando la silla colina abajo, si no es colándole una galleta mojada en cianuro entre las que le moja en la leche. Loco funesto, habituado a juzgar y condenar cuanto sucede en el mundo como lo haría un débil mental erigido en presidente del tribunal supremo, abriga el propósito de salvar el mundo mediante un mensaje televisivo que cuenta sufragar con sus ahorros de indiano agarrado. Un motivo de peso para que la fiel Ramona ceda de una vez por todas a sus impulsos.

El que este desgraciado se considere un filósofo lo dice todo; yo soy un pensador, no un filósofo, y nada podría ofenderme más que el que alguien me considerase filósofo.

Hay otras cintas. Se trata de las notas de Ricardo Echave, grabadas por él mismo poco antes de su muerte. Cuando dejó el pueblo, quedaron olvidadas en su habitación, y la Josefina de la fonda, que conocía su amistad con Carlos, pidió a éste que, al volver a Barcelona se las entregara en mano. Entonces no se sabía aún lo del accidente, ya que tuvo lugar en las proximidades de Port de la Selva y la noticia no llegó aquí hasta unos días más tarde, a través de terceros, gente de esa que compra el periódico por las necrológicas y los sucesos. Yo las he oído –cosa que Carlos ignora, convencido de ser el único que las conoce– y puedo afirmar que son de verdadero interés en más de un aspecto. Pero en esta atmósfera de incertidumbre que se respira, de maniobras solapadas, un dato como éste no hace sino acentuar el desasosiego.

¿Qué van a contarme de Vilasacra que yo no sepa, tanto acerca de la vida de cuantos en ella han habitado, como de las diversas vicisitudes por las que ha pasado la finca propiamente dicha, una finca cuyo nombre es utilizado en toda la comarca como sinónimo de lo que no tiene parangón? Éste es precisamente el aspecto que más me ha interesado del Libro de Ricardo, que así es como merecen ser llamadas

sus notas: el influjo que sobre él ha ejercido Vilasacra, un influjo que parecía ignorar en la medida en que lo consideraba ajeno a su propia experiencia y sólo en parte se le fue imponiendo de forma consciente.

Su caso no es único. Otra persona subyugada sin saberlo por esa casa que como una poderosa antena cubre con sus ondas toda la comarca, es el Moro, cuyo sueño secreto –tengo pruebas de ello– era el de requisarla y, allí encastillado en compañía de su aristócrata revolucionaria, entregarse a toda clase de orgías. Una mujer, dicho sea de paso, que pese a su truculenta presencia, y contra lo que pueda parecer a primera vista, difiere bien poco de la señora Riera, expertas ambas en esa perversa astucia de las mujeres que dicen como desesperadas: pídeme lo que quieras, haré lo que tú quieras, con la obvia esperanza de que sea uno el que haga lo que ellas quieren, lo que nos están pidiendo.

Si Vilasacra se salvó, si los designios del Moro y su barragana se vieron frustrados como en tantas otras ocasiones, fue debido, es evidente, a que alguien que estaba en situación de hacerlo velaba para que así fuera. Pues, así como los herederos de una gran propiedad convierten en juego el registro sistemático de los cajones y papeles del difunto, y en una nueva fiesta cada jornada, pendientes como están del repentino hallazgo de un tesoro, así los hombres como el Moro cuando tienen la oportunidad de gobernar un pueblo, así sus crueldades, sus torpezas.

X

No es Lorenzo de Médici la representación más perfecta del pensador, no ese hombre de actitud más abstraída y errática que propiamente meditabunda, que, al cobrar movimiento, se preguntará confuso, ¿en qué estaba pensando? No; es a Esopo a quien con todo merecimiento le corresponde tal honor, Esopo el esclavo, el fabulista, el sabio. Un hombre pobremente vestido y humildemente ambientado que, directo en su estrabismo, mira de hito en hito al espectador que le mira: la túnica de basto tejido marrón sujeta a la cintura mediante un paño; la jofaina y la bayeta, los instrumentos de su quehacer cotidiano; el pesado libro que sujeta su mano derecha, parte de sí mismo, se diría, más que objeto simplemente asido, un libro que, como si de un espejo se tratase, es reflejo diáfano del contenido de ese libro. Viejo a la vez que vieja, irónico y afable, despiadado casi en su clarividencia –risueño el ojo derecho, implacable el izquierdo–, una clarividencia equiparable únicamente a la de un dios caído, rasgos que, perfectamente expresados en su representación plástica, hacen de ella, no sólo la obra cumbre de su autor, sino también de la pintura de todos los tiempos.

El retrato de un dios que ha perdido sus antiguos poderes, un dios que ya no es el ser único, omnipresente y omnipotente que fue, iracundo y despótico como un niño; un dios al que ya no le queda más que la sabiduría, un viejo. Para los dioses, al igual que para los hombres, la creación es la solución de un problema personal. Pero con los años, los siglos, los milenios, el dios se convierte en esa especie de viejo cascarrabias –portero, ujier, guardabosques– que ya sólo desea para la humanidad las mayores catástrofes a modo de gigantesca orquestación en la que se pierdan los estertores de su personal desaparición. La principal peculiaridad de los dioses es ciertamente la astucia; pero cuanto tienen de astuto lo tienen de episódico, una característica en función de la otra, una astucia que ya no tiene otro objetivo que el de durar, retrasar al máximo ese momento en que, como un viejo cualquiera, ya no inspira temor a nadie, cuando lo que el hombre teme es otra cosa y nueva la representación de ese temor, la nueva divinidad. Y es que así como Moisés es al mismo tiempo autor de un libro y personaje destacado de ese libro, llegando incluso a narrarnos su propia muerte, así un dios cualquiera, inmerso en ese fluir del tiempo que es sólo una metáfora del tiempo, en esa corriente de la que la eternidad es mero accidente, un accidente que termina por engullir a ese dios ni más ni menos que como a cualquiera de los

que le antecedieron, con todo y haber creído cada uno de ellos que también ese fluir, que también esa corriente, eran obra suya, y, sobre este supuesto, haber ejercido sus poderes como un Sancho cualquiera en su Ínsula Barataria. Y, como ese hombre asesinado en el lecho mientras duerme, que, en una última mirada perdida entre los párpados, reconoce aún la sonrisa de la comadrona que le atendió cuando vino al mundo, así, como ese hombre, un dios cuando muere. La misma recompensa, dicho sea de paso, que de la humanidad puede esperar el hombre que ha dedicado su existencia al bien del pueblo.

Nunca se insistirá lo bastante en la importancia de ser previsor, de tener el don de la previsión o visión previa, anticipadora. ¿Qué finalidad, si no, llevaba a Moisés y a Platón a crear de continuo, a imagen y semejanza de Jehová y sus demonios, un antagonista que fuese parte de sí mismo, como Eva lo era de Adán, creación de uno, proyección de uno, imprescindible –como la sombra lo es a la luz– para lograr una precisa definición de los propios límites? Un antagonista autónomo como cualquiera de los personajes por ellos inventados y, también como ellos, susceptible de enriquecer hasta extremos insospechados la personalidad de su inventor. El refocilo de un Sócrates al decir: Platon, c'est moi!

Dentro de la inserción de la realidad en la ficción y viceversa, dentro de esa recíproca incidencia, destaca ejemplarmente la obra de Dante, de ese genial paranoico que supo satisfacer sus fobias y rencores personales, a la par que sus sentimientos narcisos, proyectándolos y articulándolos en los cien cantos de los que consta su libro, un libro que obligadamente debía ser genial porque sólo siéndolo estaba destinado a alcanzar la inmortalidad y a gozar de vida eterna así sus sublimaciones como sus venganzas, esos enemigos personales fijados para siempre en los círculos del infierno por él creado, a fin de sustraerlos a la misericordia del olvido y del anonimato. ¿Qué si no son ahora, figuras históricas o personajes antagónicos del autor, un autor tan feroz como falto del sentido del humor, y ello hasta el extremo de que casi resulta raro que se le olvidara ubicar el sentido del humor en alguno de los círculos de ese infierno por él inventado?

¿Es el Purgatorio expresión simbólica, como alguien ha señalado, de la vida terrena? Por supuesto que lo es: su cima –donde el poeta sitúa el paraíso terrenal–, punto de máxima distancia respecto al Paraíso, es también el punto óptimo para dominar así los aspectos inferiores de uno mismo como los superiores, aspectos en relación a los cuales Infierno y Paraíso pueden ser entendidos como meras alegorías. Pero

no es menos cierto que, en cuanto subida a un monte, el Purgatorio es además expresión de ese proceso ascensional que tiene por objeto la visión desde lo alto que nos ofrece el mundo, previo descenso a lo más profundo de nosotros mismos. El conocimiento, sí. Y, en grado no menor, la actividad creadora. ¿No es en definitiva un sentimiento de condena el que posee por igual al que sube a un monte y al que se halla enfrentado a un itinerario, justo el que ha de conducir a la realización de su obra?

Así como la lectura de una obra de ficción que llamaremos A, en la que el protagonista se entrega a su vez a la lectura de una obra B, incluida en A, obra que personaje y lector leen simultáneamente, prepara a éste para la ulterior lectura de nuevas obras en las que la realidad del referente no sea real sino de ficción, predisponiéndole, en consecuencia, a no buscar en ella ilustración de una realidad determinada, sino, antes bien, la visión interiorizada de la realidad en general y de sí mismo en particular, así, de modo semejante, el aprendizaje del niño, basado no tanto en explicaciones razonadas de la realidad cuanto en la elaboración de imágenes, analogías y símbolos. Y así como en una obra de ficción su sentido último no hay que buscarlo en el texto, ni en su autor, ni en el lector, sino en la relación que vincula la obra con uno y otro, relación a través de la cual aquélla cobra vida, se vivifica, a la vez que ilumina la figura del autor lo mismo que la del lector, así, de modo semejante, nuestra relación de conocimiento respecto al ser humano y al mundo en que vive. Y así como el gran sueño del género humano no es otro que el de convertir el hombre en dios, un dios al que habrá que dar muerte a fin de que aparezca el hombre nuevo, el correlato de tal proceso nos lo ofrece esa interrelación entre hombre y obra a la que acabamos de referirnos: el personaje de un autor, convertido a su vez en autor a través de las páginas de la obra que le es atribuida, termina suplantando al autor inicial en relación a esa obra nueva. Es decir: que sólo gracias a esa obra nueva el personaje se libera de tal condición convirtiéndose en autor. Y, del mismo modo, sólo la comprensión del papel del autor en relación a su obra permite al lector un ajustado conocimiento de ambos, el conocimiento que se deriva de la operación de leer, susceptible de hacer partícipe al lector de la operación de crear. Lo que no deja de suponer un serio peligro para el autor: la mera existencia, antagónica en muchos casos, de ese creador que ha creado.

La mejor ilustración del proceso, el mejor ejemplo, como bien ha sido observado, lo tenemos en Las Meninas. Un ejemplo al que me parece imprescindible añadir ciertas consideraciones relativas a Las

Hilanderas, consideraciones previas que completan y redondean el proceso iniciado en las áreas oscuras del taller, en ese primer término cuyo centro no está constituido por los materiales y útiles de trabajo necesarios para elaborar la trama del tapiz, ni tampoco por las manos que han de elaborarlo, sino por el cuerpo entero de esas mujeres que dan nombre al cuadro, ya que no es con las manos con lo que se teje, sino con el cuerpo entero, y esto es precisamente lo que el cuadro nos hace ver. Pero es sólo en Las Meninas donde esa primera aproximación al proceso creador se hará concreta y precisa, no ya, como bien observa Ricardo Echave, por el hecho de introducir en el cuadro la figura del autor, presencia que por sí misma no hubiera representado mayor novedad, sino, sobre todo, porque ese pintor, al que vemos en el acto de retratar a la infanta en compañía de su menudo séquito, está a la vez dentro y fuera del cuadro, al igual que los ojos que lo contemplan y que vemos difusamente reflejados en el espejo del fondo, unos ojos que, además de ser los de los reyes, son los nuestros y los del propio pintor. Exactamente a donde yo iba: sólo ve aquel que es capaz de verse a sí mismo mirando lo que ve.

Que sea o no propio del ser humano, que pueda y quiera lograrlo, esto ya es otra cuestión. Pues así como el Fausto de Marlowe, ese Mr. Hyde travieso y gamberro de la pareja, encontrará su réplica en el Mefistófeles de Goethe, mientras que el Fausto de éste corresponde más bien al pobre diablo que es el Mefistófeles de Marlowe, así, a semejanza de esta transformación de Fausto en Mefistófeles y viceversa que suscita la comparación de ambas obras, la reversibilidad de las fuerzas que se enfrentan en cada uno de nosotros.

Acertadas en gran manera son igualmente las opiniones de Ricardo Echave en materia de arquitectura. Se pregunta, con razón, qué sentido tiene hoy día la arquitectura. Pero ¿y las restantes artes sobre las que no se pregunta, la pintura, por ejemplo, así cuando pretende reproducir la realidad como cuando pretende inventarla, pura combinación de colores y formas? ¿Y la novela, ese género hacia el que, con toda evidencia, Ricardo Echave termina por decantarse? Ese mortal aburrimiento de las cosas que el novelista nos va contando, esa murga de que si fulano hizo esto y después esto y esto, y nada de lo que hace, nada de lo que en sustancia sucede, tiene el más mínimo interés, tanto menos, con frecuencia, cuanto más complicada es la trama. Y los diálogos, las cosas que se dicen, ¿qué mérito le ven a eso de reproducir para el lector, con la máxima fidelidad posible, lo que la gente dice, como si la gente no hablase ya suficientemente al sufrido lector en la vida cotidiana? Y esas descripciones maniáticas, esa

obsesión de que visualicemos exactamente un paisaje, un interior, como si el que sean así o asá tuviese alguna importancia, como si no nos tuviera sin cuidado el que ella vista de tal manera o el que él lleve una gabardina en lugar de un abrigo. Ni más ni menos que detallarnos los actos, los gestos, entró, salió, encendió un cigarrillo, ya que, como el humo de ese cigarrillo, así de trascendente todo lo que hacen.

Durante milenios, aquí como en la China, el hombre ha trabajado ante un gran espejo en el que se reflejaba el mundo y el origen de este mundo hasta donde lo permitía la esfumación de los contornos, hasta donde la frontera entre un ámbito y otro se confundía, y era tarea del hombre, apenas una partícula de ese reflejo, aguzar la vista al máximo, precisar al máximo esas líneas como emborronadas por la calina; es a Dante, sin duda, a quien le corresponde la gloria de haber sido el último, no ya en delimitar sino también traspasar tales fronteras, de haber sabido proyectarse al otro lado del espejo sin dejar por ello de permanecer en éste. Luego el espejo se rompió y los hombres empezaron a esmerarse en reproducir las imágenes fragmentadas de esos fragmentos. ¿Qué otra cosa han hecho los pintores y novelistas desde entonces? ¿Hay alguna diferencia sustancial entre pintar un bodegón y pintar un paisaje? ¿A quién le interesan en verdad esos fragmentos del espejo roto?

Pero todo eso Ricardo Echave sólo lo intuye, no lo afirma. Y de ahí su malestar, bajo de ánimo cada vez con mayor frecuencia y sin que ni él mismo diera en definir la causa, la tarde en que marchó a Port de la Selva, por ejemplo, en ese estado en que, con la esperanza de remontarse remontándolo, uno se obliga a pensar en el buen trabajo realizado, en el buen trabajo por realizar, en las óptimas condiciones en que se halla para que así sea, en la proximidad de Port de la Selva, en cuantas cosas de carácter estimulante se le vayan ocurriendo. Pues tal era su estado de ánimo al dejar Gorgs y tales eran sus pensamientos al tomar la curva en descenso que se ciñe a la sinuosidad de aquella vaguada, cerca ya de Port de la Selva. ¿Me creerá alguien si digo que yo lo he visto todo, tanto el accidente en el que encontró la muerte como su vida, los destellos que, brotando de sus palabras, de su libro, iluminan las áreas más oscuras de su primera infancia?

Éste es precisamente el gran riesgo: la obra apócrifa, la falsa atribución de una obra a un autor, sea premeditadamente, por insaciable vanidad del que usurpa, sea por mera confusión interpretativa, por deducción errónea. Veamos si no cuál es la situación y qué es lo que se halla en juego: tenemos el diario del joven Carlos, una copia mecanografiada que, a falta de datos más explícitos acerca de su desdichado autor, cualquier futuro estudioso puede llegar a pensar que se trata de una obra de ficción escrita por Ricardo

Echave, dada la seguridad con que éste se refiere a determinados aspectos de su contenido. Tenemos también lo que yo llamo el Libro de Ricardo, esto es, la grabación del contenido de sus notas realizada por él mismo. Y están, finalmente, mis cintas, estas cintas que Carlos convierte cada noche en transcripción mecanografiada, justo el procedimiento inverso al seguido por Ricardo Echave. Una situación, sobra decirlo, que convierte a Carlos en depositario único de todos esos materiales. Y Carlos tiene mi confianza, ya que su elección como transcriptor y depositario se debe a lo que vi en el iris de sus ojos tanto acerca de su vida cuanto acerca de su carácter, pasivo por excelencia, falto de imaginación, de cualidades creadoras, el transcriptor ideal, en suma. Pero ¿qué confusiones y equívocos, cuando no acechanzas, no deparará el futuro? Ante una amenaza imprecisa no cabe actitud más precisa que la simple alerta, la vigilancia. Pues percibo la traición en el ambiente igual que se percibe la humedad del aire cuando sopla la marinada.

Los usurpadores y también los intrusos. La imagen perturbadora del Indiano agigantándose allá en lo alto gracias a ese efecto óptico que acrecienta las figuras que destacan contra el cielo, contra los pájaros, la silla de ruedas, su cabezota de rizos grises, las gafas de sol semidescolgadas, su descabellado proyecto de mensaje televisivo. Entre iluminado y réplica de un iluminado, hay días en que, antes de que la Ramona lo saque al jardín, según y como haya amanecido, no alcanza ni a saber si él es él o una mera voz de otro que lo utiliza igual que se utiliza una cinta. Su confusión mental es grande, al extremo, incluso, de llevarle a olvidar el nombre de la abnegada Ramona, a llamarla Mariona y aun Josefina, y a pasarse la tarde entera repitiendo que no necesita para nada una silla de ruedas. Porque conoce el Uruguay cree que conoce el mundo, y porque se halla en situación dominante respecto al pueblo, que abarca con la vista desde el jardín, cree estar al tanto de cuanto aquí sucede. Y de eso a sus pretensiones de salvar el mundo no hay más que un paso.

No deja de ser un rasgo de senilidad esa resistencia a admitir el valor relativo de los conocimientos que se poseen, su manifiesta inferioridad respecto a un hipotético observador que lo considere a él al mismo tiempo que lo que él está viendo. El gran fallo de entender la ventana como espejo, como marco de un panorama en el que, con privilegiado protagonismo destaca en primer término el propio observador. No deja de ser una suerte que a su lado se encuentre la Ramona, que, con todo y no ser precisamente una Ramona como la del disco –¡aquello eran canciones!–, es una verdadera santa y en ella

confío.

¿Quién osó decir que el viejo es un ser sin corazón, de sentimientos embotados por el paso de los años? ¿Y ese viejo que, a solas consigo mismo, almuerza frugalmente en una semidesierta cafetería de autopista o de aeropuerto un día de Navidad? ¿Qué pasa entonces con sus sentimientos, qué pasa incluso con sus ojos, con sus dos lágrimas, sabiéndose como se sabe en plena forma y sabiendo también que no obstante todos le dan por acabado? ¿Cómo ha de sentirse entonces ese viejo que desde un parador de autopista contempla los coches que pasan, con el Cant dels Ocells como música de fondo, próximas las montañas en este aire transparente y frío de soleada mañana de invierno?

Cuando no se hace del viejo un ser de corazón endurecido, que no sólo permanece indiferente sino que se complace ante el espectáculo de la desgracia ajena, se tiende a considerarlo poco más que un tronco, así de inerte y agarrotado tanto física como intelectualmente. Ambas reacciones no son, sin embargo, más que variantes de un mismo sentimiento: miedo a unas fuerzas que se intuyen superiores, ora minimizadas, ora vituperadas, según sean las circunstancias que acompañan la manifestación del fenómeno.

Mis poderes, algo de lo que tiene pruebas todo el que ha querido tenerlas, y que, pese a tanta evidencia, son acogidos con la reserva propia de lo que está por demostrar, de lo que entre tanto, y por si acaso, es mejor ni comentar con nadie. No hay vecino en el pueblo que no haya visto, por ejemplo, cómo cojo un terrón seco y lo desmenuzo entre los dedos, y la tierra, al caer, me dice la clase de cultivo que le conviene. O que no sepa que, para que las plantas produzcan más, les hablo; las de huerto, salvo raras excepciones, son las más tontas, los corderos del reino vegetal. Claro que eso de hablar es un decir: me basta pensar. El árbol más inteligente es, ni que decir tiene, el roble; las coníferas, en cambio, son casi tan tontas como los cactus. También me entiendo con los diversos componentes del terreno, minerales y materia inorgánica en general, por no mencionar siquiera aquellos elementos inmateriales de los que determinados elementos químicos son sólo un símbolo.

Lo mismo podría decirse de los fenómenos climatológicos o de los movimientos sísmicos. Como la culebra que abandona las entrañas de la tierra ante la proximidad de un temblor, así yo noto en mi pulso los

movimientos sísmicos que se avecinan, pero no con minutos sino con años de antelación, ese terremoto, de magnitud no inferior al de Lisboa, que no ha de tardar en partir el corazón de Cataluña y que yo percibo con sólo apoyar el índice en la yugular.

En lo que concierne a los cuatro elementos, más importante que destacar el carácter primigenio del fuego o la vinculación de la vida con el agua y de la tierra con la muerte, reversible como resulta su significación, susceptible como es de adquirir el valor contrapuesto, más importante, con mucho, me parece destacar la vinculación del ser humano con el aire. El aire exterior, el aire que infla los bosques, que transporta ejércitos, que precipita océanos; pero también el aire interior, el aire incorpóreo, aliento, ánimo, vida. El peligro está en su corporeización corrupta, vacuosidad, eructo, flatulencia, el aire que hincha hasta el límite de la explosión el vientre del Moro en su lecho de muerte.

Hay temblores sísmicos y temblores históricos, y predecir, o mejor, detectar éstos, no supone mayor dificultad que la previsión de aquéllos. Se ha de ser historiador para errar los vaticinios no ya del futuro sino también del pasado; hay que padecer su típica miopía para considerar hitos o piedras de toque –la revolución francesa, la revolución rusa– acontecimientos que son meras cristalizaciones más o menos llamativas de procesos mucho más vastos: la fragmentación de los imperios y las naciones merced a la proliferación del mismo principio que contribuyó a su formación y asentamiento en los pasados siglos, fase que, a su vez, sería ilusorio considerar de consolidación antes que de disolución respecto a los modelos precedentes; la extensión al mundo entero de los arbitrarios criterios de nacionalidad nacidos en Europa, por una parte, y la extensión a la sociedad entera de la mentalidad y hábitos propios de esa chata prole del antiguo estado llano que es la burguesía, por otro; éstos, éstos son los aspectos en los que hay que centrar la atención si a lo que se aspira es a entender mínimamente lo que pasa en el mundo. Pues, como esa vida que en la adolescencia es íntima y halagüeña autocontemplación, en la madurez reflexión con pretensiones críticas y en la senectud delirio paranoico, así también la vida de los pueblos considerados en su conjunto, las obras por ellos realizadas y los libros en los que se hallan reseñadas esas obras.

Otro error de bulto lo tenemos en la división de la historia de la humanidad en eras, concepto no menos artificial que el de año bisiesto. Muy por encima de esos períodos, en los que los historiadores se complacen en dividir y subdividir la vida del universo en su

relación con el tiempo, está el de ciclo vital, del que todas esas monsergas juntas no llegan a ser ni tan siquiera un atisbo. No sé qué esperan ahora de bueno de la Era de Acuario que no venga inexorablemente vinculado a lo malo, como en Piscis. Ni que los planetas y las constelaciones fuesen a girar de manera distinta o a dejar de girar.

Un pájaro quieto no es sólo un pájaro quieto: es un instante irrepetible. Y el presente no es sólo un instante irrepetible; el presente es la visión del tiempo en desarrollo, una visión que incluye simultáneamente una interpretación del pasado y una esperanza o temor del futuro, no menos incierto aquél que éste, uno y otro implícitos en la imagen en movimiento de ese hongo atómico que crece y crece hacia lo que no es hongo.

Ver lo que Ricardo Echave estaba soñando, soñar lo que él soñaba como quien dice, igual que si me encontrase a su lado en la ceremonia, asistiendo también a la incineración de una zombi con aspecto de monja vietnamita por el procedimiento de cubrirla de polvo de metano de color verde, y encender; pero él sabe, y yo lo sé con él, que se trata de un cuerpo en estado de hibernación y apaga las breves llamitas que lo envuelven con la esperanza de devolverlo a la vida. Sí: ver lo que ven los otros, lo que los otros piensan y hasta lo que sueñan. Más aún: hacer ver a otros lo que yo veo, visiones, pensamientos y sueños de terceros que yo materializo en forma de proyección virtual ante sus ojos.

Caso distinto es el de las infusiones de hierbas, pues lo que la gente no sabe, ni tiene por qué saber, es que su eficacia no reside en el beneficioso efecto que les reporta beberlas en mi presencia, sino en lo que yo leo en ellas al prepararlas. Con frecuencia, según sea lo que haya leído, el verdadero efecto lo consigo una vez se han ido, reconfortado el ánimo no menos que el estómago, por la tisana caliente, cuando, a solas con mi hornillo de alcohol, manteniendo en ebullición la infusión sobrante, observo los movimientos de la inflada espuma formada, al borde casi del desborde, semejante a ese gran pulpo que parece pugnar por salirse de la cazuela en que se cuece, las figuras que se configuran, islas, continentes de caprichosa geografía que, apenas consolidados, comienzan a desinflarse para formar de inmediato una brusca depresión, ya vertiginoso agujero, que termina por engullirse a sí mismo y desaparecer, para pronto reaparecer de

nuevo, reaflorar a la superficie en forma de partículas dispersas, partículas que se irán juntando a otras partículas hasta configurar nuevos y sinuosos relieves en expansión, islas y continentes en mutación constante. Consumida finalmente el agua, los humeantes residuos agarrados al fondo formarán una última figura, y de acuerdo con las sugerencias que tal figura suscite, se actuará en un sentido o en otro. Es decir: se trata, no de interpretar un vaticinio, sino de crearlo, de actuar sobre él hasta adecuar a nuestra voluntad lo que en apariencia es sólo una feliz mezcla de inspiración y azar. A título meramente orientativo diré que la aparición del emperador de China, pongamos por caso, es una excelente señal. La serpiente, mala, en contraste con el dragón. Y con los vientos norte y este.

Años atrás, hallándome a punto de empezar a cenar, solo en la penumbra del comedor, se abrieron repentinamente las puertas y, al otro lado, radiante de luz, rodeando una gran mesa dispuesta para el banquete, cuantos allí se hallaban presentes rompieron en aplausos y felicitaciones, un numeroso grupo de familiares, amigos y convecinos allí reunidos a fin de celebrar mis bodas de oro en el desempeño de determinadas funciones. Imaginaban así darme una sorpresa, equivalente, aunque de distinto signo, a la que creen dar el juez, el alcalde y sus hombres cuando irrumpen en la celda del condenado para anunciarle el inmediato cumplimiento de la sentencia, y yo les dejé con la ilusión, fingiéndome confuso y deslumbrado. Suelo hacerlo con frecuencia, renunciando del todo, como he renunciado a luchar contra la incredulidad popular, a que la gente acepte la evidencia de que ni el dato más recóndito puede escapar a mi percepción, no ya los hechos, los pensamientos o los sueños, sino incluso las sensaciones, ver, por ejemplo, al joven Carlos entrando en una farmacia próxima a su casa, y captar cuanto él ve, piensa y siente mientras lo hace, a la vez que cuanto hacen su Mariana y el farmacéutico, Mariana aguardando ante el mostrador, el farmacéutico acompañándole a la trastienda, preparando la inyección sin parar de hablar, preguntándole incidentalmente si no será alérgico, y el joven Carlos contestando incidentalmente que no, justo en el instante en que nota el vértigo en la punta de la lengua y cae, las piernas como fundiéndose, como transformándose en cola de pez, persuadido de que dice me parece que me estoy mareando, sin oír los gritos del farmacéutico pidiendo que llamen a urgencias, ya que él cree estar preguntándole que si lo que tiene es tétanos, y que el farmacéutico mueve afirmativamente la cabeza y dice ajá, y el joven Carlos se entretiene contemplando la pecera con estrellas de mar en la que no había reparado antes, y las

cambiantes combinaciones geométricas de las baldosas del suelo, como de caleidoscopio, y la mujer vestida de negro que asoma la cabeza, algo desdibujada su figura por esa serie de infusorios que vibran en el aire, visita imprevista que le impulsa a decir al farmacéutico que no deje asomarse a Mariana, ya que podría impresionarse, como si realmente pudiera decir algo mientras coletea en el suelo como un pez fuera del agua, así de boqueante y de espasmódico, como si efectivamente fuese a ver, oír, hablar o respirar de nuevo alguna vez, imposible como ya era hacer volver a latir el corazón aquel cuando a los pocos minutos, haciendo sonar la sirena, llegó el coche de urgencias, y ella, la enfermera o doctora o comadrona o lo que fuese, le cerró los ojos.

El banquete que se prepara me brindará la oportunidad de dirigirme a los comensales. Desenmascarar al Moro, por supuesto. Pero, más que hablarles, prefiero hacerles ver el alcance de mis poderes, enfrentarles una vez más a la evidencia de que yo soy yo y lo que está contra mí. En definitiva, la claridad con que veo el futuro no se limita al para ellos incomprobable futuro lejano, a lo que ha de suceder dentro de milenios, no tan distinto, por otra parte, a lo que –como la rotación de las estaciones– ha sucedido ya en el pasado. Con igual claridad que lo lejano veo lo próximo, el futuro inmediato, la Nochebuena, el nuevo año, la adoración de los Reyes a modo de preludio ritual y motivo de la ya inminente entrada de las tropas salvadoras enarbolando sus enseñas color rosa de Epifanía. Lo veo sin necesidad siquiera de proponérmelo, pues, como un gran pájaro que remonta el vuelo en flecha gracias al impulso de sus poderosas alas, rozando casi las escabrosas rocas de un despeñadero, así me elevo yo sobre los límites de la naturaleza en apariencia insalvables, para luego planear con júbilo por encima, muy por encima, de las cotidianas miserias en que se afana el ser humano.

XI

Eran tales las excelencias de la tarde, tan grato el tibio sesgo de la luz dorada, que gran parte de los invitados, resistiéndose a entrar, seguían demorándose en el jardín, formando pequeños grupos en torno a los blancos manteles de las mesas dispuestas sobre el césped, gozando del aperitivo que allí les era ofrecido, si bien, como suele suceder, desdeñando los combinados, casi todos terminaban decantándose por el whisky con hielo. Como buen anfitrión, yo mantenía una actitud discreta y diligente, a fin de que todos y cada uno de los invitados tuvieran la sensación de estar siendo objeto de una atención preferente. Pau Casals vestía un frac blanco, completamente distinto a la oscura etiqueta que reserva para sus actuaciones, deferencia que no tenía otro objeto que el de dar mayor realce al carácter festivo del acontecimiento.

Dentro, la animación era si cabe todavía mayor, como fácilmente podía apreciarse a través de las ventanas con sólo pegar la cara a los cristales y hacer pantalla con la mano, evitando así el reflejo deslumbrante de la tarde, la soleada fronda de los árboles, la imagen allí repetida de los invitados conversando con sosiego en torno a las mesas instaladas sobre el césped; y entonces, al otro lado de los cristales, casi como un segundo reflejo, bajo el esplendor de las arañas, lágrimas y lágrimas refulgentes, se divisaban nuevos grupos de invitados, nuevas y largas mesas, y toda clase de manjares y vinos dispuestos sobre los blancos manteles. Con todo y haber tanta gente, cualquier invitado podía avistarme de inmediato sentado ante el alegre fuego de la chimenea en un profundo sillón orejero de terciopelo verde, dándoles la espalda a todos.

Una fiesta nunca lo es para la totalidad de los presentes. Siempre ha de haber, perdido en el jovial bullicio, ajeno a todo tal un Nabucodonosor destronado y borracho que cree ser o es una doncella, siempre ha de haber ese hombre que se retrae, que rehúsa brindar, que escurre el bulto, agobiado por la mala suerte que se ha ganado a pulso, amargado por el mero hecho de encontrarse allí, participando en una celebración que le deprime no menos de lo que le deprime la prosperidad en general, la favorable coyuntura económica, índices en alza, gráficas que suben en flecha, todo como poniendo sordina a sus mascullaciones, sus bien, ¿y yo qué gano con todo eso? ¿Dónde está

mi parte de esa famosa renta per cápita?, insolidario, taciturno, malhumorado. Como tampoco puede faltar ese otro desdichado, ese otro frustrado, ese otro perdedor nato que, acaso menos lúcido, se deja ganar, aunque sólo momentáneamente, por el alborozo general, y brinda con uno y otro como si las felicitaciones fuesen para él, a semejanza de ese acomodador de cine que, en el ámbito de su círculo de familiares y amigos, llega a convertir en mérito propio y triunfo personal el hecho de trabajar como acomodador de una sala donde se está proyectando un film de gran impacto comercial, a semejanza, sí, de ese acomodador de cine y del ciudadano medio en general, ese hombre medio que vive y muere como tantos otros han vivido y morirán por los siglos de los siglos, salidos del anonimato no por más tiempo del que dura la ilusión del brindis. Y están finalmente –y son los más– esos invitados a la fiesta que, como en el curso del desfile que pone el broche de oro a una revista musical, ese paseo ante el público en el que todos y cada uno de los artistas y estrellas van apareciendo por orden inverso a su importancia, sonrientes todos, como formando en verdad una gran familia, mientras por dentro cada estrella maldice a la que ha merecido más elogios del presentador y recogido más aplausos del público, todos y todas robándose luz, haciéndose sombra, pisándose el terreno, así, como en ese gran desfile final de las estrellas, el estado de ánimo más común entre los invitados a una fiesta.

Muy en consonancia con las dotes de sutileza y perspicacia propias del bajo pueblo, tuvo que ser a través de las fotos de revelado instantáneo que aquí y allá diversos comensales iban tomando del desarrollo del banquete, tuvo que ser ese paulatino aflorar de la imagen desde el viscoso fondo blanco, el único medio de que se percataran de la presencia incuestionable de determinadas personalidades que, en tanto su imagen no fue fijada en una foto, habían pasado inadvertidas: Esopo, Dante, Milton, Goethe, etcétera. Eso sí, una vez identificados, todo el mundo quería fotografiarse en su compañía, aflorar a su lado en los sombríos rosas, ya azules y pronto amarillos, definida más y más la imagen según los colores parecían coagularse, y a continuación, obtenida la foto, obtener el autógrafo que avalase por escrito el valor memorable de la prueba, así como chocar con ellos la copa en un afanoso brindis con el que habría de culminar aquel encuentro que, a partir de entonces, sería relatado por sus descendientes de generación en generación. El champán inevitablemente derramado les impulsaba puerilmente a descorchar nuevas botellas aunque fuese para mojarse el cogote y conjurar así la

buena suerte, una vez tras otra, tantos más taponazos cuanto más abundante era la espuma derramada.

Los grandes espejos repetían indefinidamente la escena, el empeño de los improvisados fotógrafos en obtener fotos que, entre otras cosas, recogían su propia imagen en el acto de tomar una foto reflejada en espejos y espejos, repetida en fotos y fotos de espejos. Fue precisamente a través de uno de esos espejos como pillé al Moro intentando unirse a un brindis como si nada hubiese pasado, pero de la botella que había descorchado no salió sino aire fétido y una gruesa mosca, todo un augurio.

Resulta difícil, en la práctica, distinguir el indeseable de la persona cuya mera presencia se hace incómoda a los comensales. Así Aurea o Aurora, en su deambular solitario, llevando una blusa de cuello alto, como de enfermera o comadrona, pero de seda blanca, a fin de cubrir en lo posible la herida inferida a su yugular en un hotel de Manila o en el Hotel Manila de Barcelona, no tengo tiempo ni ganas para preocuparme por estos detalles. Y esas personas que nadie acierta a saber por quién han sido invitadas, ese épicier que va dando la razón a cuantos interlocutores consigue, sea cual fuere el tema, como a fin de tener la oportunidad, a su vez, de repetir y repetir que la importancia de Cataluña es perfectamente comparable a la de Francia, y no sólo desde el punto de vista paisajístico, en lo que concierne a sus respectivas bellezas naturales, sino, más globalmente, en todos los órdenes. Y a la que se hace un silencio, suspira, o mejor aspira, y exclama, quelle belle journée!

Cuando todo aquel parloteo se me hacía fatigoso en exceso, cambiaba de canal, y de este modo seguía contemplándoles, obsequioso como todo buen anfitrión, mientras escuchaba Las Bodas de Fígaro, asintiendo con un gesto de cabeza a la pregunta de alguna Barbarina, denegando cortés pero firmemente la petición de algún Cherubino; de vez en cuando cambiaba nuevamente de canal y escuchaba la adaptación radiofónica de Las Bodas de Camacho, o un curso de inglés que reproducía la alocución de Satanás a su corte de ángeles caídos, o incluso un reportaje en directo sobre el desarrollo del banquete. Y fue gracias a ese reportaje, advertido como quien dice por el locutor, que sorprendí al Moro en plena maniobra de fotografiarme a traición, riendo como un diablo tras sus grisosas barbas, un pobre diablo al que la foto no podía salirle más que como le salió, velada. Mi foto, por el contrario, le captó al vuelo, todavía riendo con prematuro júbilo, reducido a su real insignificancia en aquella toma que abarcaba el conjunto de la fiesta en su conjunto, presentes todos los presentes a

excepción de mí en calidad de centro, de ojo de aquella cámara cuyo ángulo visual de 360° sólo dejaba fuera al autor de la foto, visible, a lo sumo, en el reflejo de algún que otro espejo.

Nuestros invitados de honor se hallaban literalmente acaparados por un grupo de chicos y chicas que acababan de remontar el río en un yate anfibio, gente joven de esa que sólo en razón de tal juventud se hace perdonar su conducta irreflexiva y sus maneras imprudentes, así como esa impresión que dan de estar todo el rato compartiendo sus respectivos sexos. Dignas de elogio, por el contrario, la inventiva y la pericia que habían demostrado al remontar con éxito los bancos de arena que dificultan la navegación de ríos como el Tordera, de tan exiguo caudal salvo en caso de crecida y eventual desbordamiento. Los chicos parecían hallarse especialmente atraídos por la figura de Dante, sin que ello fuera obstáculo para que el sentido de la atracción discurriese asimismo a la inversa.

La embriaguez del alcohol, que alborota los más bajos instintos de la naturaleza humana, contribuyó de forma decisiva a la degradación de una atmósfera inicialmente apacible, a crear entre los asistentes un clima de mala educación, cuando no de franca hostilidad. Así, esas alusiones a la Nochebuena y a la Noche Vieja, como fingiendo ignorar el aspecto más importante de la celebración: el final feliz de una obra, de una autobiografía que es en cierto modo la autobiografía de todos, siendo la coincidencia de fechas una mera forma de dar mayor relieve al acontecimiento. Y esa insistencia por parte de ciertos convidados en brindar por una presunta respuesta que yo había dado, cuando era notorio que nadie me había dirigido pregunta alguna. El desasosiego producido por esa serie de pequeños incidentes fue la causa directa de que dejase olvidada mi copa sobre algún mantel. Y lo que es peor: también un libro que llevaba en la mano. Y es que, verdaderamente, como en una de esas representaciones pictóricas del Juicio Final, sólo que a la inversa, hordas de réprobos trepando fuego arriba con ayuda de diablos y serpientes, como al encuentro de esos justos que, por su parte, desde sus radiantes alturas, no parecen sino estar derribando del centro de la gloria a sus legítimos ocupantes, precipitándoles como pueden hacia esa marea de manos vengadoras que suben y suben, así, en verdad, la fiesta convertida en orgía y en pandemonium el plácido banquete. Sic transit deorum gloria!

El brindis fue precedido de unas breves palabras en las que el homenajeado glosó el significado del acto, al tiempo que agradecía de corazón a los allí presentes las múltiples atenciones de las que estaba siendo objeto. Ironizó con finura sobre quienes no encontraban nada de sorprendente en su perfecto conocimiento de las circunstancias que habían concurrido en la muerte del joven Carlos y fustigó sin contemplaciones a cuantos osaban calificar de patético el recurso a la lógica de un silogismo por parte de quien, atribuyéndose toda clase de poderes extraordinarios, hacía de dicho silogismo la prueba última de la realidad de tales poderes. Tras diversas puntualizaciones, se refirió a la existencia de una mal intencionada maniobra contra la que no tenía otro remedio que ponerles en guardia, puso de manifiesto la doblez de determinadas personas, así como la presencia de traidores, usurpadores y falsarios, cada vez más embarullado el discurso, sea por deficiencias técnicas, interferencias, cruces o defectuoso funcionamiento de los auriculares en lo que a selección de canales se refiere, superpuestas ahora sus palabras a las del Contino de Las Bodas de Fígaro.

De signo eminentemente moralista, la prédica no tardó en centrarse en los excesos a los que de por sí tiende la juventud y, más exactamente, en los peligros que entrañan tales excesos, esa costumbre en apariencia tan inocente de pasarse el tiempo compartiendo los respectivos sexos. El camino tomado por el joven Carlos, por poner un ejemplo de todos conocido, un camino que, iniciado en sus perversos juegos infantiles, no podía conducirle más que a donde le había conducido, un camino plagado de toda clase de desviaciones y, en especial, de indiscriminados abusos sexuales, cuando, como presa de fiebre, en estado de ebriedad o locura, telefoneaba imperioso a su Mariana ordenándole que viniese a visitarle de inmediato y sin bragas, y así, no bien ella acudía obediente y se arrodillaba a los pies de la cama, ofreciéndole la grupa, poder penetrarla al instante con sólo levantarle la falda. Ebriedad o locura que, bien a continuación, bien justo antes de poseer a Mariana, le iban a llevar una vez más a la sauna, en blanco los ojos, tenía por costumbre entregarse a los hombres allí presentes, hombres y más hombres que, bajo la batuta de Modesto Pírez, el viejo anticuario, con cara de Lolly Loker, le poseían colectiva y reiteradamente, como insuflándole la fuerza precisa para volver con Mariana, de igual forma, y en virtud del mismo principio, que sus desahogos sexuales con Mariana le llevaban de nuevo a la sauna, permanentemente acuciado en sus oscilaciones pendulares por el temor a contraer la enfermedad infamante, tal si, más que huir,

corriese al encuentro de aquel fatal desenlace en la trastienda de una farmacia.

Acompañando al sonido a manera de ilustraciones del discurso, los espejos, convertidos en improvisadas pantallas, ofrecían diversas imágenes –la boca entreabierta de Mariana mientras era penetrada, el acoplamiento de varios cuerpos en las ardientes turbulencias de la sauna– como por circuito cerrado. De hecho, la proyección objetiva de mis propias visiones, ahora también visibles para los comensales.

En el jardín, la audición era todavía más clara, y además se estaba a salvo de las molestias que ocasionan los focos de la televisión, calor, deslumbramiento, etcétera. Allí eran las caras externas de las ventanas las que hacían las veces de pantalla, y en ellas se proyectaban las mismas escenas que dentro repetían los espejos, detalles de la actividad organizada en la sauna en torno al joven Carlos, no menor el contraste entre su físico y el de aquellos hombres que ahora le aupaban para mejor penetrarle –calvas y pelos grises y pálidas barrigas y rodillas peladas– que el creado por una de esas luminosas deidades al manifestarse ante los atónitos trabajadores de una fragua o ante un grupo de borrachos entregados a torvas libaciones. También era posible seleccionar escenas ya proyectadas o pedir una ampliación de datos, bastando para ello pulsar el botón correspondiente. Así, a los pocos instantes de solicitar un informe sobre determinada persona, en la pantalla aparecía una foto tipo pasaporte del interesado, Modesto Pírez, pongamos por caso, y sobre su efigie, como letreros que anuncian el reparto de una película y demás datos de la ficha técnica, se iban sucediendo los antecedentes precisos para proveer al solicitante de la más completa información, desde edad, lugar de nacimiento y filiación (54 años, Barcelona, hijo de Modesto y Patrocinio, personas vinculadas al Movimiento, Delegación de Trabajo y Sección Femenina respectivamente, ambos naturales de Murcia), profesión (anticuario) y estado civil (s.), hasta grupo sanguíneo, tensión arterial, cicatrices (circuncisión tardía), tamaño pene (normal), prótesis dentarias (tres puentes), calificación bancaria (muy positiva), estado esfínter (normal), etcétera. Mi padre conoció a tu padre, dijo con sonrisa afable.

A semejanza de ese primer rayo de sol que, colándose en el interior de una habitación, termina por sacar del más profundo de los sueños al durmiente, ignorante hasta ese momento del nuevo día que amanece,

así, a semejanza de ese rayo de sol, algo había que, como bien subrayaba el mensaje, por fuerza tenía que representar, incluso para el más obnubilado de los mortales, el anuncio de un importante acontecimiento. Tal impresión, más que de un hecho preciso, dimanaba del conjunto, de la mera presencia del joven Carlos, de sus ojos de luna y de la corona de laurel y las colgantes guirnaldas que llevaba, como si en un claro del bosque se hallase danzando, en un claro del bosque y no en una sauna; de su manera de manifestarse, sí, pero también de su manera de integrarse en la acción, hecho uno de esos faunillos de verga en perpetua erección y aberturas inferior y superior en forma de trompetilla, para después saltar sobre Mariana, como si, igual que el pitorro de un cántaro proyecta hacia fuera el agua tomada por el orificio de entrada, igual que ese cántaro, devolviese a través de su órgano penetrante cuanto había recibido a través de su órgano receptor, o como si éste constituyera la labiada corola de una flor cuyo tallo, traspasándole el bajo vientre, asomara enhiesto por la parte anterior. Y tened todos bien presente que así como híbrido fue el caos inicial, esa luz y esa sombra que habían de estructurarse en un orden, fruto híbrido es también su producto final en la medida en que este final significa en verdad un nuevo nacimiento.

¡No temáis que la luz os deslumbre, vosotros que estáis en la oscuridad! ¡La luz os hará ver lo que no veíais en la oscuridad! ¿Cómo sin la luz ibais a estar atentos a los grandes cambios que se avecinan? ¿Quién, desde la oscuridad, hubiera sido capaz de captar los signos, los anuncios, el carácter precursor de ese gran hermafrodita que fue el Bautista? ¿Qué otra cosa es el ciclo vital sino el permanente alumbramiento que genera la actividad, para muchos nefanda, de transmitir de continuo la materia a la vez que el espíritu? ¿Qué otro significado tenía para Orfeo la invención de la música? ¿Qué nos dice si no el Bautista con su ejemplo, en qué consistían si no sus prácticas de iniciación, dando a la vez que recibiendo una nueva vida en las aguas del río? ¿A qué responde su sacrificio sino a los furores de una mujer disconforme y celosa de esa difusión de vida que hubiera deseado para sí sola? ¿En qué se diferencia su sacrificio del de Orfeo a manos de las furias? ¿Tan distinto resulta el sacrificio del joven Carlos si consideramos la etiología de las alergias, la presencia de esa alergia insólita, quién sabe por qué y por quién inducida? ¿Qué es el hermafrodita sino el signo vivo de la fertilidad original, el anuncio de un nuevo ámbito, de un nuevo recién nacido, a la vez que del final de algo, la última luz de ese viejo a la vez que vieja cuya extinción

precede necesariamente a todo nuevo nacimiento? ¿No podría incluso proclamarse que su función precursora y su función final, ese trágico y necesario final, son una sola y misma cosa? ¡Grabad este mensaje en vuestros corazones!

Así como Lucifer, inicialmente hincado en lo más profundo del Infierno, terminó por destacar como el Coloso muy por encima de las más altas montañas, así vosotros podéis encontrar en vuestro propio ojo la luz de esa pupila que constituye el centro del Paraíso, esa luz que, reflejada en su reflejo, da fuego a vuestra propia pupila, y descubrir entonces que el Paraíso está en vosotros, que vosotros sois el Paraíso. ¡No, no basta ser dioses! Porque yo os exhorto, sí, a crear a imagen y semejanza vuestra esos nuevos mundos no descubiertos que lleváis dentro, esos nuevos Paraísos, esos nuevos Infiernos. Pero, al igual que un nuevo mundo, yo os invito a crear también el nuevo padre eterno que ha de presidirlo desde ese punto único donde coinciden Infierno y Paraíso. ¡Cread creadores!

Del mismo modo que el hijo se venga del padre en los territorios del sueño y, por debajo del nivel de la conciencia, en las construcciones imaginarias en general, así el padre se venga a su vez del hijo atribuyéndole cuantas maldades y perversiones, a duras penas contenidas, anidan en su interior, uno y otro compitiendo en la tarea de proyectar sobre la parte contraria los aspectos más tenebrosos o más humillantes de sí mismo.

De ahí que la ambigüedad de la operación de crear, el valor ambivalente de los horrores que proyectamos sobre otros en la ignorancia de que nos pertenecen, ese hijo que atribuye al padre –Noé, Saturno– las experiencias más ridículas y vergonzantes, o que hace víctima a la madre del más despiadado de los crímenes, sin ni tan siquiera cobrar conciencia de que lo hace. O, en sentido inverso, cargar sobre la propia descendencia los actos más execrables, esto es, los actos que secretamente hubiéramos realizado de haber cobrado conciencia de que ansiábamos realizarlos.

Dos objeciones que hacer al desarrollo del convite: la insistencia con que se comenta que no es Nochebuena sino la víspera o antevíspera de

Nochebuena, como si se pretendiera sembrar el equívoco y la duda respecto al motivo y circunstancias de esta celebración. Y, más grave aún, el rumor que se hace correr entre los invitados, esa historia de que me dedico a verter falsas acusaciones sobre un desgraciado convecino, un verdadero infeliz al que hago responsable de las mayores monstruosidades, un pobre diablo que ni siquiera existe, un personaje que me he inventado a fin de que cargue con mis propias atrocidades y maquinaciones. ¡Como si nadie hubiera perturbado jamás una celebración navideña vestido de rojo como un diablo! ¡Como si fuera yo quien lo hubiera hecho disfrazado de Papá Noel! Comentarios maliciosos hechos por lo bajo, en la creencia, se diría, de que tal vez escapan así a mi control. ¿Y si yo les dijese a esos invitados que ni parecen verme que el mal no es otra cosa que un aspecto de mí mismo, algo que campea a sus anchas mientras yo duermo, y que si ahora me durmiera, como es frecuente en los viejos, capaz sería de destruirles a todos?

Con independencia de que funcionen o no los auriculares, de que los altavoces difundan o no mi mensaje en el jardín, aquel que quiera oírme podrá hacerlo, a partir de ahora, sin interferencias de ningún género. Pues quiero que quede constancia, no sólo pública sino también por escrito, de que así como el joven Carlos es el verdadero autor de su Diario y Ricardo lo es de su Libro, el legado del que os hago herederos no tiene otro autor que yo. Carlos, lector de todos ellos en su calidad de transcriptor y depositario, así puede atestiguarlo, y a él consultaréis a este respecto. Pero el problema no se plantea hoy, lo sé de sobras; el problema se planteará cuando, desaparecidos así Carlos como todos vosotros, llegue el momento de la atribución errónea, de la obra apócrifa. Se trata, en definitiva, de que, llegado ese momento, cuando menos el contenido del presente mensaje no pueda ser erróneamente atribuido a otro autor que yo. Esto es lo que quiero que quede bien claro y por ello lo afirmo explícitamente, a sabiendas de que una cosa es tener ojos para leer y otra, por desgracia muy distinta, saber leer lo que está escrito. ¿Qué mayor evidencia, en efecto, que el superior conocimiento por mí demostrado, no ya de la dinámica de la creación en general y de la obra del joven Carlos y de Ricardo en particular, sino asimismo de cuanto concierne a la vida de uno y otro, a la muerte de uno y otro? ¿Qué conocimiento superior acerca de mí tenía Ricardo –por ni mencionar siquiera al joven Carlos, ya que es una personalidad como la de Ricardo a la que obviamente se le atribuiría la obra–, si hacemos salvedad de esa capacidad de la que a veces da muestras el ser

humano, en circunstancias como la del accidente en que Ricardo encontró la muerte, no ya de reconstruir su vida en la fracción de un segundo, sino de inventar otras y otras hasta el extremo de convertir el propio final en el final de una invención? ¿Iba yo a ser entonces creación suya de principio a fin, sea como fulgurante visión global sobrevenida en el momento del accidente, sea como resultado de una minuciosa labor por él planeada y desarrollada en el curso de los años, hipótesis ambas igualmente inaceptables desde todos los puntos de vista, el de la lógica incluido? Pregúntese si no aquel para quien cuanto afirmo resulta inconcebible –ya que para él hablo– cómo explicar mi irrefutable conocimiento de los hechos. Pues una de dos: o se me cree porque cuanto digo es cierto, o no se me cree, y entonces hay que probar que no es cierto, cosa que no resulta precisamente más sencilla que probar que es cierto. Tales son los términos de un correcto planteamiento del dilema.

¿Cuántas cosas sobre sí mismo no ignoraba Ricardo? ¿Sabía acaso que había estado en Vilasacra muchos años antes de lo que él consideraba la primera vez? ¿Que también desde entonces conocía a Margarita? ¿Que juntos fueron a merendar a la Font de les Delícies? Al poco de acabar la guerra, con otros primos y primas y otros niños y niñas pertenecientes a las familias de la colonia veraniega del pueblo, en el curso de una de esas excursiones que se realizaban como para propiciar una inmediata recuperación de los hábitos perdidos en el verano del 36, como para encerrar en un paréntesis cuanto desde entonces había acontecido. Para Ricardo, un recuerdo confuso que nunca supo dónde situar, no muy seguro de que correspondiese a una realidad antes que a un sueño; para Margarita, algo que había olvidado por completo. También estaban presentes Joaquín y Jaime y hasta la pequeña Magda, siguiendo los pasos sin saberlo de las señoritas de Vilasacra de antes. Todavía me parece verlos ensartando fresas en finos tallos de hierba, buscando violetas, bebiendo casi como por obligación del agua burbujeante, habitual pretexto de la excursión.

La enfermera me informó de que en el office, al abrir la cámara frigorífica, sobre una bandeja, habían encontrado un conejo desollado en avanzado estado de descomposición. Esto es que se fue la luz, dijo. Pude observar que bajo la bata blanca le asomaban los bordes de un vestido negro. Sonreía, como es su costumbre cuando tiene ocasión de

ser ordinaria y desagradable, sin que por ello se suavicen sus rasgos de zombi vietnamita.

Como si en lugar de diciembre fuese junio, luz y oscuridad mantenían su presencia simultánea, sol de medianoche en la línea del horizonte y, por debajo de esa línea, el paisaje sombrío, un efecto similar al de la noche americana o al de una película en color proyectada de súbito en blanco y negro. A levante, nubes retorcidas, traspasadas aquí y allá de claridad lunar, se configuraban en una colosal masa de músculos, en un iracundo y gesticulante atleta que planeaba sobre los relieves ensombrecidos de la montaña. Un espectáculo que era toda una invitación a olvidarse de la fiesta, de los invitados y del mensaje a ellos dirigido, con sólo tomar la grabadora, oprimir un botón y borrar el contenido de estas cintas desde la primera palabra hasta la última.

XII

Más que de anochecer, el cielo se diría propio de uno de esos diciembres del norte, cuando el día amanece para dar apenas paso al crepúsculo, a la larga noche. La brisa se había calmado paulatinamente, como paulatinamente se pierden los rojos y oros de las hojas en el curso del otoño y se despojan las ramas, esas ramas grises en las que la brisa suena más limpia y fluida, inmóviles casi a su paso las afiladas puntas, unas puntas que se hincharán al filo del invierno para irse abriendo al tibio sol de la tarde cuando el invierno se llame primavera, según los campos adquieran una pátina color caramelo y un plumón amarillo y rosa los árboles, brotes que reventarán en pegajosos carmines y dorados si carmines y doradas fueron las hojas caídas, carmín donde hubo carmín y dorado donde hubo dorado, efímera recuperación de las tonalidades perdidas, vigentes tan sólo hasta que prevalezcan los verdes, hasta que los verdes se sumen a los verdes y terminen por imponerse en la espesa fronda, ese entramado que forman las copas de los árboles al integrarse las unas en las otras, la fronda que la brisa infla y matiza al caer la tarde, soplo vivo lo que fue silbido yerto cuando era invierno y la misma brisa de la tarde sonaba en las ramas desnudas, una brisa que se irá aquietando según oscurezca, de abajo arriba, de las raíces a las hojas y por orden de tamaño, empezando por los arbustos y acabando por los árboles, vides, avellanos, laureles, robles, hayas, tilos y, por último, los altos álamos. Una paulatina quietud, una paulatina oscuridad, un paulatino silencio que los pájaros harán definitivo al callarse de súbito, a semejanza de ese viajero que cae en la cuenta de que está hablando a gritos en el interior de un tren que ya no marcha, que se halla detenido en una apacible estación de pueblo.

¿Dónde se ha visto un banquete en el que los invitados empiecen a comer sin esperar siquiera que el anfitrión haya sido servido? Quelle belle journée! A mi espalda, el bullicio de los comensales en torno a los blancos manteles; ante mí el jardín oscuro y tranquilo.

Nada de esto me atañe, su ceguera, sus miserias. Yo veo lo que ellos no ven. El nuevo año que se aproxima, la llegada inminente de las tropas salvadoras con sus enseñas color rosa de Epifanía, el atronador relampagueo de los cañones que anuncia una vez más su presencia, salvas de honor se diría, a las que pronto han de unirse los clamores y

vítores con que serán recibidos cuando, en columna de a dos, hagan su entrada en el pueblo capitaneados por un oficial montado en un caballo blanco. Y entonces volveremos a la Font de les Delícies igual que antes, cuando las señoritas de Vilasacra organizaban la excursión, no las señoritas de ahora, las de antes, y mientras los pequeños jugaban en la hierba, la señorita Margarita y la señorita Magda disponían los manteles para la merienda, la señorita Margarita en especial, una de estas bellezas por las que uno estaría dispuesto a dar cuanto posee, una mujer con el don de convertir una merienda campestre en un banquete respecto al cual este banquete no sería sino un simple destello de luz en el agua burbujeante. Y en tanto que los invitados se congregaban a mi alrededor, y, como un gran pájaro, o mejor, como un vuelo de golondrinas que gira y gira sobre las doradas piedras del monasterio precipitándose desde lo alto, delirio centrífugo a la vez que centrípeto, ora como preso en el ámbito cerrado de los claustros, ora como cautivo de la atracción ejercida por el cimborio, imperceptible casi en razón de su presencia ubicua, trinos asimilados al aire, pluma rauda asimilada al sol de la tarde, idéntico a sí mismo a través de los siglos y los milenios, así yo, no menos libre que en los espacios exteriores en esta habitación de altos techos ojivales, como un vuelo de golondrinas que se arremolinasen triunfales configurando los rasgos de mi rostro, las cejas enarcadas, no menor el júbilo que las estentóreas carcajadas, inaudibles para los allí presentes, así yo al remontar el aire sobre sus cabezas con renovada agilidad y energía, mientras la enfermera se volvía hacia los familiares, amigos y convecinos que rodeaban mi lecho, para anunciarles, señores, este hombre ha fallecido.

1. Claudio Mendoza, *El Edicto de Milán,* Ediciones Originales, Barcelona.

Edición en formato digital: febrero de 2012

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3344-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es